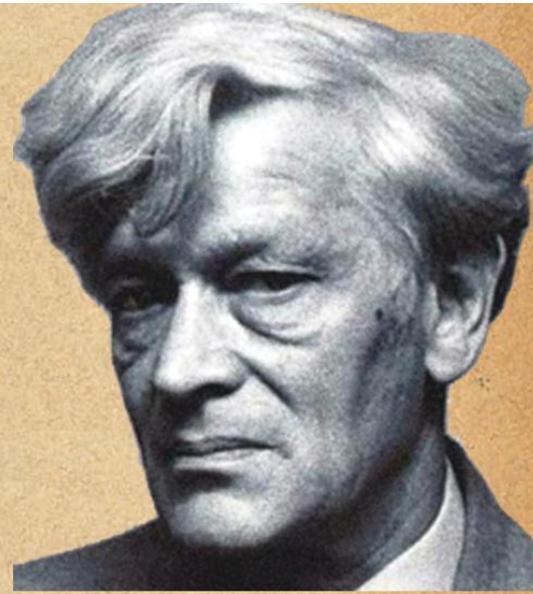


E.P. Thompson



LA FORMACION DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

1963

Fondo documental

EHK

Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

E.P. THOMPSON

LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
en inglés

El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

<http://www.abertzalekomunista.net>

Prólogo de Josep Fontana

Traducción de la parte I y II: ELENA GRAU

Traducción de la parte III: con IA.

Este libro, que es ya un clásico de la historiografía del siglo XX. nos muestra el proceso, a la vez objetivo y subjetivo, que condujo a la formación de la clase obrera inglesa, en los años de la llamada «Revolución industrial». Thompson ha renovado nuestra visión de este proceso con sus aportaciones sobre la división del trabajo nacida de la especialización de los oficios, con anterioridad a la máquina y a la fábrica, o sobre el significado real de la explotación. adelantándose con ello a las recientes revisiones del modelo explicativo tradicional de la industrialización británica. También lo ha hecho en el campo de la historia del movimiento obrero, al entroncarlo con sus orígenes en el asociacionismo artesano y al destacar los fuertes lazos que mantuvo con el radicalismo revolucionario, y, sobre todo, en su análisis de la formación de la conciencia de clase de los trabajadores, mostrándonos cómo surgió de la conciencia plebeya ya existente. Lo más importante de su libro, sin embargo, no reside en ninguno de estos terrenos, sino en la forma en que enlaza y relaciona los diversos planos de

esta historia —substrato económico, evolución política y cambio cultural— para integrarlos en una imagen global.

Una primera versión española de este libro, agotada desde hace años, apareció en 1977, pero como su traducción fue poco afortunada se ha optado ahora por traducirlo de nuevo, con el fin de que esta nueva edición, que no reedición, permita una mejor aproximación a un texto de una extraordinaria calidad histórica y literaria.

Tomo I

Prólogo de
JOSEP FONTANA

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Título original:
THE MAKING OF THE ENGLISH WORKING CLASS
Víctor Gollancz, Ltd., Londres
Traducción castellana de ELENA GRAU
Cubierta: Enric Satué
© 1963, 1968, 1980: E. P. Thompson
© 1989 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.A., Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-416-6 obra completa
ISBN: 84-7423-417-4 tomo I
Depósito legal: B. 22.978-1989 (I)
Impreso en España
1989. — HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

PRÓLOGO

La importancia de E. P. Thompson —de quien ha podido decirse que, como todo gran historiador, «ha conseguido transformar la naturaleza del pasado de manera que nunca volverá a parecer el mismo»— y muy en especial la de esta obra, que es ya un clásico de la historiografía del siglo XX, deben bastar para explicar que se reedite hoy. Este libro se tradujo por primera vez al castellano en 1977 con el título de La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832. Hacía años que esta edición de 1977 se encontraba agotada, de modo que era obligado volver a ponerlo en circulación entre los lectores de habla española.

Conviene añadir, además, un elemento adicional que hacía necesaria esta nueva edición. La traducción de 1977 no fue precisamente afortunada, lo cual dificultaba apreciar la riqueza de matices y sugerencias contenidos en el libro, cuando no inducía a malentendidos. Había que volver a traducirlo y esto es lo que se ha hecho ahora, trabajando duramente para que este nuevo texto castellano se aproxime algo más a un original de considerable calidad histórica y literaria, y de muy difícil versión. O para conseguir que, cuando menos, no traicione su sentido.

Para la primera salida de la obra, cuando Thompson era todavía un desconocido entre nosotros, escribí una nota preliminar en que comenzaba afirmando:

Este es, en mi opinión, el más importante y renovador libro de historia que se haya publicado en muchos años. Es una obra llena de ideas nuevas, que plantea problemas teóricos importantes y que no habla para la «comunidad académica» sino para el hombre común —lo que quiere decir: para el hombre sin adjetivos—, a quien el pasado le interesa sobre todo como ayuda para descifrar el presente.

Hoy, por fortuna, Thompson es suficientemente conocido, en su doble faceta de historiador y de luchador en el movimiento por la paz, y resulta innecesario glosar de nuevo la importancia de su aportación a la ciencia histórica de nuestro tiempo.

Pero quisiera explicar por qué, además, se ha elegido su libro para iniciar una nueva colección de estudios de «Historia del mundo moderno», lo cual no ha sido motivado únicamente por su valor historiográfico, sino por unas cualidades que trascienden este valor.

Publicada en 1963 (y reeditada con revisiones en 1968), esta obra tenía un doble propósito que el propio Thompson explicó posteriormente:

The making of the English working class surgió de una polémica teórica que tenía un doble objetivo. Por una parte, no podría haberse escrito de no haber existido una disciplina como la historia económica, extraordinariamente firme y bien fundamentada desde el punto de vista intelectual, que tiene una tradición continua (con notables

excepciones) desde Adam Smith y los economistas clásicos «ortodoxos» hasta la actualidad. Pero se trata de una tradición muy contaminada por la ideología capitalista. De aquí que, en un cierto sentido, sea necesario polemizar con ella para poder escribir la historia social de las gentes de este período. Por otra parte, había que polemizar también contra las versiones economicistas esquemáticas del marxismo, tal como se estaban manifestando en las discusiones que se sostenían, dentro y fuera del movimiento comunista, entre 1956 y la creación de la «nueva izquierda». En estas versiones, la noción muy simplificada de la aparición de la clase obrera se reducía a la de un determinado proceso: fuerza de vapor + sistema de fábrica = clase obrera. Una clase especial de materia prima, los campesinos «afluyendo a las fábricas», se elaboraba para producir tantos metros de proletarios con conciencia de clase. Combatí esta visión con el objeto de mostrar cómo la conciencia plebeya ya existente, refractada por las nuevas experiencias de existencia social —unas experiencias que la gente manejaba en términos culturales—, dio nacimiento a una nueva conciencia transformada.

El libro tuvo una acogida extraordinaria y se convirtió en un revulsivo para los jóvenes historiadores progresistas del mundo entero, a quienes ayudó a liberarse de la doble amenaza asfixiante de un economicismo de corto vuelo, que estaba emprendiendo entonces la estéril aventura de la «cliometría», y del corsé deformador de las degeneraciones catequísticas del marxismo. Pasado este entusiasmo inicial, sin embargo, la obra de Thompson sigue conservando toda su vigencia y su capacidad de sugerir nuevas vías, tanto por lo que se refiere a las discusiones actuales en torno a la «Revolución industrial» —el capítulo sobre «explotación» sigue siendo una lectura obligada antes de sumergirse en el «debate sobre el nivel de vida»—, como en lo referente a los orígenes del movimiento obrero o ala preocupación por los temas relacionados con la cultura popular.

IX

En efecto, la visión más compleja de la «Revolución industrial» que está reemplazando hoy al viejo esquema codificado a comienzos del siglo XX, encontrará muchos motivos de reflexión en este mundo del trabajo «prefabril», donde podemos advertir que la división del trabajo que Adam Smith celebraba como instrumento del progreso humano no fue el fruto de la máquina o de la fábrica, sino del perfeccionamiento y especialización de los oficios artesanos.

En el otro extremo del espectro —y para limitarme a estos dos únicos ejemplos—, quienes se apasionan hoy por la historia de las «mentalidades» podrán advertir que hace ya muchos años que se están estudiando con un método adecuado —mucho más adecuado que ese retorno a la historia inmanentista de las ideas que algunos parecen creer una novedad— temas como las culturas de grupo, con las que un sector de la sociedad expresa sus problemas objetivos en términos culturales, o los mecanismos de formación de una conciencia colectiva. No se trata tan sólo de que convenga prevenirles contra los descubridores de océanos frecuentemente navegados, sino de la conveniencia de que adviertan que la tarea del historiador no se puede limitar ni a ocuparse solamente del trabajo y de la subsistencia de los hombres (si no se esfuerza

Prólogo

en entender, al propio tiempo, cómo interiorizan y expresan sus experiencias en este terreno, no podrá comprender cómo reaccionan ante ellas), ni tan sólo de sus ideas y creencias (que se nos aparecen, cuando las aislamos, como fantasmas sin relación alguna con el mundo real). Un trabajo como el de Thompson, que enlaza y relaciona los diversos planos, desde el trabajo a la conciencia, es un modelo difícil de imitar, pero es seguramente el único modelo válido.

Estos motivos explican por qué esta nueva edición —que no reedición— se ha escogido para iniciar una colección de estudios de historia de los tiempos modernos que se propone publicar, sobre todo, libros que reúnan una doble condición que está presente en la obra de Thompson: la calidad científica (esto es, el rigor y la seriedad de la labor de investigación en que se apoya) y la voluntad de trascender la mera aportación erudita para, en palabras del propio Thompson, «evaluar el significado que tienen para nosotros los procesos históricos estudiados».

Josep Fontana
Barcelona, mayo de 1989

NOTA DE LA TRADUCTORA

Agradezco la generosa amabilidad de Jaume Torras, con quien he discutido una buena parte de las dificultades terminológicas que esta traducción presenta. Por supuesto, la responsabilidad de los errores que pueda contener es solamente mía.

*A Dorothy y
Joseph Greenald*

PREFACIO

Este libro tiene un título un tanto tosco, pero que cumple su cometido. *Formación*, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación.

Clase, en lugar de clases, por razones cuyo examen es uno de los objetivos del libro. Existe, por supuesto, una diferencia. «Clases trabajadoras» es un término descriptivo, que elude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, y juntos componían las clases trabajadoras.

Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engrazado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no nos puede dar una de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas en relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni deferencia sin *squires* ni jornaleros. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy en día, existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. Este no fue el sentido que Marx le dio en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos «marxistas». Se supone que «ella», la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener «ella» (pero raras veces tiene) si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural, a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos «atrasos» culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde esta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase, no tal y como es, sino como debería ser.

Pero en el otro lado de la divisoria ideológica se comete diariamente un error parecido. En cierto sentido, es una simple impugnación. Puesto que la tosca noción de clase que se atribuye a Marx se puede criticar sin dificultad, se da por supuesto que cualquier idea de clase es una construcción teórica perjudicial que se impone a los hechos. Se niega que la clase haya existido alguna vez. De otro modo, y mediante una curiosa inversión, es posible pasar de una visión dinámica de la clase a otra estática. «Ella» —la clase obrera— existe, y se puede definir con cierta exactitud como componente de la estructura social. Sin embargo, la conciencia de clase es una mala cosa inventada por intelectuales desplazados, puesto que cualquier cosa que perturbe la coexistencia armoniosa de grupos que representan diferentes «papeles sociales» (y que de ese modo retrasen el desarrollo económico) se debe lamentar como un «indicio de perturbación injustificado».¹ El problema reside en determinar cuál es la mejor forma de que a «ella» se la pueda condicionar para que acepte su papel social, y cuál es el mejor modo de «manejar y canalizar» sus quejas.

11

Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo. «Ella», no existe, ni para tener un interés o una conciencia ideal, ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador. Ni podemos poner las cosas boca abajo como ha hecho un autor que (en un estudio sobre la clase, que manifiesta una preocupación obsesiva por la metodología hasta el punto de excluir del análisis cualquier situación de clase real en un contexto histórico real) nos informa de lo siguiente:

Las clases se basan en las diferencias de poder legítimo asociado a ciertas posiciones, es decir, en la estructura de papeles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad ... Un individuo se convierte en miembro de una clase cuando juega un papel social relevante desde el punto de vista de la autoridad ... Pertenece a una clase porque ocupa una posición en una organización social; es decir, la pertenencia de clase se deriva de la

¹ Un ejemplo de este enfoque, que abarca el periodo de este libro, se encuentra en la obra de un colega del profesor Talcott Parsons: N.J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*. 1959.

posesión de un papel social.²

El problema es, por supuesto, cómo este individuo llegó a tener este «papel social», y cómo la organización social determinada (con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad) llegó a existir. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición.

Si he mostrado una comprensión insuficiente de las preocupaciones metodológicas de ciertos sociólogos, espero sin embargo que este libro sea considerado como una contribución a la comprensión de la clase. Porque estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van entre 1780 y 1832, la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida, y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de los mismos años porque se superaron ciertos antagonismos (o perdieron su importancia relativa) frente a una clase obrera insurgente. De modo que en 1832 la presencia de la clase obrera era el factor más significativo de la vida política británica.

12

El libro está escrito del siguiente modo. En la Primera parte estudio las tradiciones populares con continuidad en el siglo XVIII, que tuvieron influencia en la agitación jacobina de la década de 1790. En la Segunda parte paso de las influencias subjetivas a las objetivas: las experiencias de grupos de obreros durante la Revolución industrial, que en mi opinión tienen una significación especial. También intento hacer una estimación del carácter de la nueva disciplina del trabajo industrial, y la relación que la iglesia metodista puede tener con aquélla. En la Tercera parte, recojo la historia del radicalismo plebeyo y la llevo a través del ludismo hasta la época heroica del final de las guerras napoleónicas. Al final, trato algunos aspectos de teoría política y de la conciencia de clase en las décadas de 1820 y 1830.

Esta obra es más un conjunto de estudios sobre temas relacionados, que una narración continuada. Al seleccionar estos temas he sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes. Está la ortodoxia fabiana, en la que se considera a la gran mayoría de la población obrera como víctimas pasivas del *laissez-faire*, con la excepción de un puñado de organizadores clarividentes (señaladamente, Francis Place). Está la ortodoxia de los historiadores de la economía

² R. Dahrendorf. *Class and Class Conflict in Industrial Society*, 1959, pp. 148-149.

empírica, en la que se considera a los obreros como fuerza de trabajo, como inmigrantes o como datos de las series estadísticas. Está la ortodoxia del «*Pilgrim's Progress*», según la cual el período está salteado por los pioneros-precursores del *Welfare State*, los progenitores de una *Commonwealth* socialista, o (más recientemente) los primeros ejemplares de las relaciones industriales racionales. Cada una de estas ortodoxias tiene cierta validez. Todas han añadido algo a nuestro conocimiento. Mi desacuerdo con la primera y la segunda se debe a que tienden a oscurecer la acción de los obreros, el grado en que contribuyeron con esfuerzos conscientes a hacer la historia. Mi desacuerdo con la tercera es que interpreta la historia bajo la luz de las preocupaciones posteriores y no como de hecho ocurrieron. Sólo se recuerda a los victoriosos (en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente). Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores se olvidan.

Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al cosechador ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico», e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas.

13

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar. Además, la mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía se podrían ganar, en Asia o en Africa, causas que se perdieron en Inglaterra.

Finalmente una nota de disculpa para los lectores escoceses y galeses. He omitido estas historias, no por chauvinismo, sino por respeto. Precisamente porque la clase es una formación tanto cultural como económica, he sido cauteloso en cuanto a generalizar más allá de la experiencia inglesa. (He tomado en consideración a los irlandeses, no en Irlanda, sino como inmigrantes en Inglaterra.) La historia de Escocia, en particular, es tan terrible y atormentada como la nuestra. La agitación jacobina en Escocia fue más intensa y más heroica. Pero la historia escocesa es sensiblemente diferente. El calvinismo no era lo mismo que el metodismo, aunque es difícil decir cuál era peor a principios del siglo XIX. En Inglaterra no teníamos un campesinado

Prefacio

comparable a los emigrantes de las Highlands y la cultura popular era muy distinta. Es posible, al menos hasta la década de 1820, considerar como algo distinto las experiencias inglesa y escocesa, puesto que los vínculos de tipo sindical y político eran pasajeros e inmaduros.

Este libro se escribió en el Yorkshire, y a veces está ilustrado con fuentes del West Riding. Mis más efusivos agradecimientos son para la Universidad de Leeds y para el profesor S.G. Raybould por permitirme, hace algunos años, iniciar la investigación que ha dado lugar a este libro; y a los administradores de Leverhulme por la concesión de una beca de investigación que me ha permitido completar el trabajo. También he aprendido mucho de los que participaban en mis clases reducidas, con quienes he discutido muchos de los temas que aquí se tratan. También merecen mis agradecimientos los autores que me han permitido citar fuentes manuscritas y con derechos de autor; los agradecimientos particulares se encuentran al final de la primera edición del libro.

14

Tengo que dar también las gracias a muchos otros. Christopher Hill, el profesor Asa Briggs y John Saville criticaron partes del libro cuando aún era un borrador, aunque no son responsables en modo alguno de mis opiniones. R.W. Harris mostró una gran paciencia editorial cuando el libro sobrepasó el límite de páginas de la colección para la que había sido encargado en un primer momento. Perry Anderson, Denis Butt, Richard Cobb, Henry Collins, Derrick Crossley, Tim Enright el doctor E.P. Hennock, Rex Russell, el doctor John Rex, el doctor E. Sigsworth y H.O.E. Swift me han ayudado en diferentes aspectos. Y también tengo que dar las gracias a Dorothy Thompson, historiadora con quien estoy relacionado por el accidente del matrimonio. He discutido cada uno de los capítulos con ella, y he estado en situación inmejorable para tomar prestadas no sólo sus ideas, sino material de sus cuadernos de notas. Su colaboración no se encuentra en este o aquel aspecto particular, sino en la forma en que se ha enfocado todo el problema.

Halifax, agosto de 1963

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1980

Cuando Víctor Gollancz Ltd y yo firmamos un contrato, en agosto de 1959, era para realizar un libro sobre la «Política de la clase obrera, 1790-1921», que iba a tener «aproximadamente 60.000 palabras de extensión». Este es, supongo, el primer capítulo de aquel libro, y estoy agradecido a los editores porque recibieron mi voluminoso y desaliñado manuscrito con buen humor y de forma alentadora. Si miro hacia atrás me quedo perplejo al darme cuenta de cuándo y cómo se escribió este libro, puesto que en los años 1959-1962 estaba también profundamente implicado en el trabajo de la primera Nueva Izquierda, la Campaña en favor del Desarme Nuclear, etcétera. Escribir esta obra sólo fue posible porque alguna parte de la investigación se había ya realizado durante los diez años anteriores, mientras trabajaba dando clases particulares a grupos reducidos de alumnos en el West Riding. Sin duda, la discusión y la actividad política práctica de diversos tipos me estimularon a enfocar los problemas de conciencia política y de organización, de cierta forma.

Muchos lectores han observado que el libro está estructurado en una crítica de doble vertiente: por un lado, de las ortodoxias positivistas que entonces dominaban en las escuelas de historia económica más conservadoras: ortodoxias que últimamente se venden bajo el nombre de «teoría de la modernización»; por el otro, de una cierta-ortodoxia «marxista» (cuya influencia disminuía por aquel entonces en este país), que creía que la clase obrera era la creación, más o menos espontánea, de las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción. Algunos críticos pertenecientes a la primera opinión consideraron que el libro era escandaloso, e hice una réplica a algunas de sus críticas en un *postscriptum* a la edición de Pelican de 1968 (reimpresa aquí), no porque piense que mi libro debe estar fuera del alcance de la crítica, sino porque están implicadas cuestiones de principio importantes. Con respecto a las críticas de la segunda corriente de opinión, durante varios años he estado ocupado en una discusión continua de carácter más teórico, que ha culminado con la publicación de *The Poverty of Theory* (Merlin Press, 1973).*

* Hay trad. cast.: *Miseria de la Teoría*. Crítica. Barcelona. 1981. (N. de la t.)

No pretendo escribir un nuevo *postscriptum* que recoja los nuevos trabajos de la década pasada. Este libro ha tenido un recibimiento generoso y ha pasado a formar parte del discurso histórico; y sería presuntuoso juzgar y sentenciar a los otros investigadores, a la luz de mis propios hallazgos. Sin embargo, mi investigación seguía mientras este libro estaba en prensa —como atestiguaron las galeradas—; y al trabajar sobre la multitud y la conciencia tradicional durante el siglo XVIII, me he extendido y he revisado parte del material de los cuatro primeros capítulos. Entretanto se han publicado muchas obras nuevas e importantes, y otras muchas se encuentran en tesis o se publicarán próximamente. La investigación sobre la década de 1790 se ha vuelto

a reiniciar, como se puede ver en la bibliografía del importante estudio del profesor Albert Goodwin, *The Friends of Liberty* (Hutchinson, 1979). Los papeles proféticos de Richard Brothers y Joanna Southcott han sido ahora ampliamente estudiados en la obra de J.F.C. Harrison, *The Second Coming* (Rouletge & Kegan Paul, 1979). En el estudio sobre John Gast hecho por el doctor Iorwerth Prothero, *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London* (Dawsons, 1979), se hacen importantes revisiones y adiciones a mi descripción de los artesanos de Londres, la política radical londinense acerca de que la prensa ilegal «no ha encontrado todavía su historiador» está hoy superada por la existencia de dos estudios admirables: el de Patricia Hollis, *The Pauper Press* (Oxford University Press, 1970) y el de Joel H. Wiener, *The War of the Unstamped* (Cornell University Press, 1969).

Otras áreas siguen siendo más controvertidas. Quizás debería indicar también brevemente que sigo sin arrepentirme del tratamiento que le di al metodismo; que, a pesar de las críticas, mantengo mi punto de vista con respecto a la existencia de una pequeña presencia jacobina «clandestina» durante los años de guerra; que los diversos trabajos del doctor Malcolm Thomis sobre el movimiento, ludita no me han llevado a alterar mi propia interpretación; y que el estudio del doctor Duncan Bythell, *The Handloom Weavers* (Cambridge University Press, 1969), parte del cual se estructura alrededor de la crítica al capítulo 9 de mi libro, me parece criticable tanto por lo que se refiere a los argumentos generales como en los asuntos de detalle. Pero seguir adelante con cualquiera de estas cuestiones exigiría una minuciosa y prolongada atención a los datos.

El trabajo de investigación y de crítica seguiré, y si he pasado por alto y no he mencionado obras importantes sólo ha sido por miedo a convertir esto en una bibliografía. Sólo deseo señalar que, para su autor, las tesis más importantes de este libro son todavía hipótesis que, a su vez, nunca deben quedar petrificadas con ortodoxias.

Worcester, octubre de 1979

Primera parte. EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

Estáis luchando contra los enemigos de la humanidad, no sólo para vosotros, que quizá no podáis ver el día de la libertad completa, sino para los recién nacidos.

*Mandato de la Sociedad de Correspondencia
de Londres a sus delegados volantes, 1796*

La bestia y la prostituta gobiernan sin control
William Blake, 1798

Capítulo I. MIEMBROS ILIMITADOS

«Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.» Esta es la primera de las «reglas fundamentales» de la Sociedad de Correspondencia de Londres, tal y como la transcribió su secretario cuando empezó a mantener correspondencia con una sociedad similar de Sheffield, en marzo de 1792.¹ La primera reunión de la Sociedad de Londres había tenido lugar dos meses antes en una taberna del Strand (La Campana, que estaba en la calle Exeter) y a ella asistieron nueve «hombres bienintencionados, juiciosos y laboriosos». El fundador y primer secretario, Thomas Hardy, recordaba más tarde ese encuentro:

Después de haber comido su pan con queso y cerveza negra, como era habitual, y luego fumado sus pipas, conversando un poco sobre la dificultad de los tiempos y la carestía de los productos de primera necesidad ... se abordó el asunto para el que se habían reunido —*La Reforma Parlamentaria*— un tema importante para que aquella clase de hombres meditara sobre él y lo afrontara.

Ocho de los nueve que estaban presentes se convirtieron aquella noche en miembros fundadores (el noveno reflexionó sobre ello y se incorporó a la semana siguiente) y pagaron su primera cuota semanal de un penique. Hardy (que también era el tesorero) regresó a su casa, en el número 9 de Piccadilly, con todos los fondos de la organización en su bolsillo: 8*d.* destinados a papel para establecer correspondencia con los grupos del país que pensarán como ellos.

En 15 días se habían inscrito 25 miembros, y la suma que estaba en manos del

¹ *Memoir of Thomas Hardy ... Written by Himself* (1832). p. 16.

tesorero era de 4s. 1d. (6 meses más tarde se declaraban más de 2.000 miembros). La admisión en calidad de miembro era simple, la prueba era la respuesta afirmativa a tres preguntas, la más importante de las cuales era:

¿Está usted completamente convencido de que la prosperidad de estos reinos requiere que toda persona adulta, en posesión de sus facultades mentales, y que no esté incapacitada por delitos, tenga derecho a votar para escoger a Miembros del Parlamento?

18

En el primer mes de su existencia, durante cinco noches consecutivas, la sociedad debatió la pregunta —¿Tenemos derecho nosotros, hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales a conseguir una reforma parlamentaria?— considerándola «desde todos los puntos de vista desde los que podamos ser capaces de presentar el tema a nuestras mentes». Decidieron que tenían derecho.

Dos años más tarde, el 12 de mayo de 1794, el enviado del rey, dos agentes de Bow Street, el secretario particular del ministro del Interior, Dundas, y otros dignatarios llegaron al número 9 de Piccadilly para detener a Thomas Hardy, zapatero, bajo una acusación de alta traición. Los Hardy vigilaban mientras los funcionarios registraban la habitación, rompían un escritorio abierto, rebuscaban entre las ropas de la señora Hardy (que estaba embarazada y guardaba cama), llenaban cuatro grandes pañuelos de seda con cartas y un saco con folletos, libros y manuscritos. El mismo día se llevó a la Cámara de los Comunes un mensaje especial del rey acerca de las prácticas sediciosas de las Sociedades de Correspondencia; y dos días más tarde se nombró una Comisión de materia reservada de la Cámara para examinar los papeles del zapatero.

El zapatero fue interrogado varias veces por el propio Consejo Privado. Hardy dejó poca información sobre esos encuentros; pero uno de sus compañeros de prisión amenizó a sus lectores con una dramática reconstrucción de su propio interrogatorio por parte del más alto consejo de la región. «Me hicieron entrar —narraba John Thelwall— y contemplé a todo el *Dramatis Personae* atrincherado, con la barbilla hundida en lecturas y manuscritos ... todo disperso en la mayor confusión.» Todos estaban presentes, el presidente de la Cámara de los Lores, el ministro del Interior y el primer ministro (Pitt):

FISCAL DE LA CORONA (*despacio*): Señor Thelwall, ¿cuál es su nombre de pila?

THELWALL (*un tanto de mal humor*): John.

Fis. COR. (*todavía despacio*): ... ¿Con dos eles al final o con una?

T.: Con dos, pero eso no importa. (*Descuidadamente, pero más bien hosco, o algo parecido*.) No es necesario que se preocupe. No tengo intención de responder a ninguna pregunta.

PITT: ¿Qué dice? (*Precipitándose, muy ferozmente, desde el otro lado de la habitación y sentándose al lado del presidente de la Cámara de los Lores*.)

PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE LOS LORES (*con elocuente suavidad, casi fundida en un susurro*): Que no piensa contestar preguntas.

PITT: ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué? (*ferozmente*) ...²

² *Tribune* (4 de abril de 1795). Compárese el registro del propio Consejo Privado del interrogatorio de Thelwall:

Entonces John Thelwall volvió la espalda a la augusta compañía y «empezó a contemplar un dibujo pintado con acuarelas». El primer ministro le despidió y llamó a un muchacho de 14 años para interrogarle: era Henry Eaton, que había estado viviendo con los Thelwall. Pero el chico se mantuvo firme y «empezó una arenga política, en la que utilizó un lenguaje muy duro contra el señor Pitt; censurándole que hubiera hecho pagar tan enormes contribuciones a la población „.»³

Si nos atenemos a los criterios de los siguientes cien años, los adversarios parecen ser extrañamente inexpertos e inseguros de sus papeles, ensayando en confrontaciones curiosamente personales las confrontaciones impersonales y masivas del futuro.⁴ La cortesía y la virulencia están mezcladas; todavía hay lugar para actos de amabilidad personal al lado de la malevolencia del odio de clase. Thelwall, Hardy y otros diez prisioneros fueron encarcelados en la Torre y más tarde en Newgate. Mientras tanto, Thelwall fue recluido durante un tiempo en el osario; y la señora Hardy murió de parto debido a la conmoción que sufrió cuando fue asediada por una muchedumbre favorable a la «Iglesia y la Corona». El Consejo Privado decidió completar su presión con la acusación de alta traición; y la pena máxima para un traidor era ser colgado por el cuello, cortado mientras aún estuviera vivo, desentrañado (y sus entrañas quemadas ante él) y luego decapitado y descuartizado. Un Gran Jurado de ciudadanos respetables no fue capaz de resistirlo. Después de unos nueve días de proceso, Hardy fue absuelto (el día de Guy Fawkes de 1794). El presidente del jurado se desmayó después de comunicar su «Inocente», mientras la muchedumbre de Londres iba, loca de entusiasmo, y arrastraba a Hardy triunfalmente a través de las calles. Siguieron las absoluciones de Home Tooke y Thelwall (y el sobreesimiento de los otros casos). Pero las celebraciones de la multitud eran prematuras. Porque al año siguiente se reanudó la dura represión contra los reformadores, o «jacobinos». Y, hacia el final de la década, parecía que toda la agitación había sido disgregada. La Sociedad de Correspondencia de Londres había sido declarada ilegal. *Los derechos del hombre* de Tom Paine fueron proscritos. Las reuniones fueron prohibidas. Hardy regentaba una zapatería cerca del Covent Carden, y suplicaba a los viejos reformadores que fueran parroquianos suyos como pago a sus anteriores servicios. John Thelwall se había retirado a una granja aislada en Gales del Sur. Después de todo, parecía que los «hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales» no tenían derecho a obtener una reforma parlamentaria.

Se ha reivindicado a menudo a la Sociedad de Correspondencia de Londres como la primera organización política claramente obrera que se formó en Inglaterra.

«Al ser preguntado por el secretario del Consejo acerca de cómo se deletreaba su nombre, respondió que lo podía deletrear como mejor le pareciese, porque no contestaría preguntas de ningún tipo...» T.S. 11.3509 f. 83.

³ *Morning Post* (16 de mayo de 1794).

⁴ Más tarde, cuando John Binns, el jacobino, fue encarcelado sin juicio en el castillo de Gloucester, el ministro del Interior, su esposa y dos hijas le hicieron una visita de cortesía.

Pedantería aparte (las sociedades de Sheffield, Derby y Manchester se formaron antes que la Sociedad de Londres), esta afirmación requiere aclaración. Por una parte, desde la época de la guerra norteamericana, existieron en Londres, esporádicamente, sociedades de discusión en donde participaban los trabajadores. Por otra parte, quizás es más preciso pensar en la Sociedad de Correspondencia de Londres (SCL) como una sociedad «popular radical», que como una sociedad «obrera».

Hardy, desde luego, era un artesano. Nacido en 1752, había sido aprendiz de zapatero en Stirlingshire; había visto algo del nuevo industrialismo cuando trabajaba como albañil en el Carrón Iron Works (casi murió cuando se derrumbó el andamio mientras trabajaba en casa del herrero Roebuck) y tuvo que ir a Londres de joven, poco tiempo antes de la guerra norteamericana. Allí trabajó en uno de esos numerosos oficios en los que un oficial se prometía llegar a ser independiente y, con suerte, llegar él mismo a ser maestro; como lo fue Hardy finalmente. Se casó con la hija de un carpintero y maestro de obras. Uno de sus colegas, un presidente de la SCL, era Francis Place, que estaba en camino de llegar a ser maestro en sastrería: La línea entre los oficiales y los pequeños maestros se cruzaba a menudo; los oficiales que hacían botas y los zapateros se enfrentaron con Hardy en su nuevo papel de pequeño patrón, en 1795, mientras que Francis Place, antes de convertirse en sastre, ayudó a organizar una huelga de oficiales pantaloneros en 1793. Y la línea de separación entre el artesano de condición independiente (cuyo taller era a su vez su «tienda») y los pequeños tenderos u hombres-de oficio era incluso más borrosa. De ahí al mundo de los grabadores que trabajaban por cuenta propia, como William Sharp y William Blake, de los impresores y los boticarios, los maestros y los periodistas, los cirujanos y el clero disidente, había otro paso.

Así, en un extremo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba en contacto con los cafés, las tabernas y las iglesias disidentes de Piccadilly, Fleet Street y el Strand, donde los oficiales autodidactas se podían codear con el impresor, el tendero, el grabador o el abogado joven. En el otro extremo, al este y sur del río, se relacionaba con aquellas viejas comunidades obreras: los trabajadores ribereños de Wapping, los tejedores de seda de Spitalfields, el viejo baluarte disidente de Southwark. Durante 200 años el «Londres radical» siempre ha sido más heterogéneo y fluido, en cuanto a su definición social y ocupacional, que los núcleos de las Midlands o del norte agrupados alrededor de dos o tres industrias principales. Los movimientos populares de Londres a menudo han carecido de la coherencia y la fuerza que se deriva de la participación de toda una comunidad en tensiones laborales y sociales comunes. Por otra parte, han sido más propensos, en general, a las motivaciones intelectuales e «ideales». Una propaganda de ideas ha tenido mayor público que en el norte. El radicalismo londinense alcanzó pronto una mayor complejidad a partir de la necesidad de unir diversas agitaciones en un movimiento común. En general, las nuevas teorías, los nuevos debates han conectado primero con el movimiento popular en Londres, y se han extendido desde Londres hacia fuera, a los núcleos de provincia.

La SCL era un punto de contacto de esa clase. Y debemos recordar que su primer organizador vivía en Piccadilly, no en Wapping o en Southwark. Pero hay rasgos, incluso en la breve descripción de sus primeros encuentros, que indican que había nacido un nuevo tipo, de organización; rasgos que nos ayudan a especificar (en el contexto del período 1790-1850) la naturaleza de una «organización de la clase obrera». Hay un trabajador como secretario. Hay una cuota semanal baja. Hay mezcla de temas económicos y políticos: «La dificultad de los tiempos» y la reforma parlamentaria. Hay la función del encuentro, a la vez, como acontecimiento social y como centro de actividad política. Hay atención auténtica a las ceremonias de procedimiento. Y sobre todo, hay voluntad de propagar opiniones y de organizar a los convertidos, expresada en el lema: «Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.»

Hoy en día, podríamos omitir un lema como éste considerándolo una perogrullada; y sin embargo es uno de los ejes sobre los que gira la historia. Significaba el fin de cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna élite hereditaria o grupo de propiedad. La aprobación de este lema significaba que la SCL rechazaba la identificación, que se había hecho durante siglos, de la política y los derechos de propiedad; y rechazaba también el radicalismo de la época de «Wilkes y Libertad», en la que «la multitud» no se organizaba *a sí misma* con arreglo a sus propios fines, sino que un grupo —incluso un grupo radical— la convocaba a una acción intermitente para fortalecer su influencia y asustar a las autoridades. Abrir las puertas de par en par a la propaganda y la agitación de esa forma «ilimitada» suponía una nueva noción de la democracia, que desechaba antiguas inhibiciones y confiaba en los mecanismos de movilización y organización de sí misma que existían entre la población. Un desafío revolucionario como éste tenía que desembocar, forzosamente, en la acusación de alta traición.

22

Este desafío, naturalmente, lo habían expresado con anterioridad los *levellers** del siglo XVII. Y la cuestión había sido discutida entre los oficiales de Cromwell y el ejército de agitadores en términos que anticipan lo que serían los conflictos de la década de 1790. En el debate decisivo, en Pumeys,⁵ los representantes de los soldados sostenían que, puesto que habían conquistado la victoria, debían beneficiarse mediante el reconocimiento de un derecho popular al voto mucho más ampliado. Es bien conocida la petición del *leveller* coronel Rainborough:

* *Levellers*: miembros del partido republicano y democrático que existió en Inglaterra durante la guerra civil y el período de la Commonwealth. Este es el nombre que le dieron sus enemigos para dar a entender que sus miembros aspiraban a la igualdad social. (*N. de la t.*)

Porque pienso, verdaderamente, que el más pobre de Inglaterra tiene una vida que vivir, igual que el más rico; y por lo tanto, señor, pienso con sinceridad que está claro que todo

⁵ A. S. P. Woodhouse. *Puritanism and Liberty*, 1938, pp. 53 y siguientes. [En octubre de 1647 tuvieron lugar los debates de Putney, en los que un consejo del ejército —que incluía tanto a activistas influidos por los *levellers* como a oficiales— discutió el *Agreement of the People*, presentado por los *levellers* como un nuevo contrato social para refundar el Estado después de la guerra civil. (*A. de la t.*)]

hombre que debe vivir bajo un gobierno debería, en primer lugar, ponerse bajo ese gobierno por propio consentimiento ... yo debería dudar de que fuese inglés, quien dudara acerca de eso.

La respuesta del yerno de Cromwell, el general Ireton —portavoz de los «grandes»— fue que «nadie tiene derecho a influir o participar en el control de los asuntos del reino ... que no tenga un interés fijo permanente, en este reino». Cuando Rainborough le presionó, Ireton se acaloró a su vez:

Todo lo que defiendo como fundamental es porque creo que hay que saber apreciar la propiedad. Espero que no llegaremos a disputar por la victoria; pero dejad que todo hombre estime por sí mismo que no escoge aquel camino que lleva a la destrucción de toda propiedad. Porque tenemos ante nosotros el punto más importante de la constitución del reino, desaparecido el cual, todo desaparece.

«Si reconocéis a cualquier hombre que respire y exista —continuó— podría resultar elegida una mayoría de los Comunes que no tuviera “interés local y permanente”. ¿No podrían estos hombres votar contra toda propiedad? ... Mostradme dónde os detendréis; en qué aspecto protegeréis a cualquier hombre que tenga propiedad, de acuerdo con esa regla.»

Esta identificación incondicional de los derechos políticos y de propiedad ocasionó protestas enojadas. Por parte de Sexby:

23

Muchos miles de nosotros, soldados, hemos arriesgado nuestras vidas; hemos tenido poca propiedad en el reino por lo que se refiere a hacienda, sin embargo hemos tenido un derecho por nacimiento. Pero ahora parece que a no ser que un hombre posea una hacienda determinada, no tiene derecho ... me sorprende que nos engañaran tanto.

Y Rainborough interpuso irónicamente:

Señor, yo creo que es imposible tener libertad a menos que toda propiedad desaparezca. Si se tiene que abandonar como norma ... que se haga. Pero me gustaría saber ¿para qué ha estado luchando el soldado durante este tiempo? Ha luchado para esclavizarse a sí mismo, para darles poder a los hombres ricos, a los hacendados, para hacer de sí mismo un perpetuo esclavo.

A lo que Ireton y Cromwell respondieron con razones, que parecen disculpas prescientes por el compromiso de 1688. El soldado corriente había luchado por tres cosas: la limitación de la prerrogativa de la corona, de violar sus derechos personales y su libertad de conciencia; el derecho a ser gobernado por representantes, aun cuando no participara al escogerlos; y la «libertad de negociar para obtener dinero, para conseguir hacienda» y, de ese modo, tomar posesión de los derechos políticos. En esos términos, «se puede tener libertad y no destruir la propiedad».

Este compromiso —la oligarquía de los terratenientes y la propiedad comercial— permaneció incontestado durante 100 años después de 1688, aunque con un tejido de corrupción, soborno e interés que se iba enmarañando y cuyas complejidades han sido cariñosamente descritas por sir Lewis Namier y su escuela. La amenaza *leveller* fue dispersada en su conjunto, aunque a menudo se hacía aparecer el fantasma de un resurgimiento *leveller*, como la Escila para la Caribdis de los papistas y los jacobitas,

entre los cuales la buena nave de la Constitución debe dirigir su curso. Pero hasta el último cuarto del siglo XVIII, los impulsos republicanos moderados y libertarios del «hombre de la Commonwealth* del siglo XVIII» parecen estar paralizados dentro de los límites de la definición de Ireton.⁶ Leer las controversias entre los reformistas y la autoridad, y entre los diferentes grupos reformistas, en la década de 1790, es ver resucitar de nuevo los debates de Putney. El «más pobre» de Inglaterra, el hombre con un «derecho por nacimiento», se convierte en *Los derechos del hombre*; mientras que la agitación de «innumerables» miembros se ve, por parte de Burke, como la amenaza de la «multitud canallesca». El gran cauce semioficial para intimidar a los reformadores se llamaba la Asociación para «proteger la libertad y la propiedad contra los republicanos y los *levellers*». El reformador moderado de Yorkshire, el reverendo Christopher Wyvill, con respecto a cuya lealtad no puede haber duda, creía sin embargo que una reforma según el principio del sufragio universal «no se podía llevar a cabo sin una guerra civil»:

* Commonwealth es el término que los escritores del siglo XVII utilizaban para referirse al concepto de comunidad política organizada. También se utilizó este término para denominar de manera específica el régimen de Cromwell en Gran Bretaña (1649-1660). (*N. de la t.*)

24

En momentos de debate político acalorado, la concesión del Derecho de Sufragio a un populacho ignorante y feroz, conduciría al tumulto y a la confusión. Después de una serie de elecciones deshonoradas por la corrupción más vergonzosa, o perturbadas por los disturbios más furiosos, es de esperar que la turbulencia o la venalidad del populacho inglés inspiraría al fin una aversión tan grande a la Nación, que para evitar los males intolerables de una Democracia libertina, se refugiarían ... bajo la protección de un poder despótico.⁷

«En caso de que el señor Paine sea capaz de levantar a las clases más bajas —escribió en 1792— su intervención se caracterizará probablemente por la actuación salvaje, y todo lo que ahora poseemos, tanto en propiedad privada como en libertad pública, estará a merced de una chusma violenta y furiosa.»⁸

El viejo debate continúa. Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos, y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado. Demasiado a menudo, puesto que todo relato debe empezar en algún sitio, vemos sólo las cosas nuevas. Empezamos en 1789, y el jacobinismo inglés aparece como un derivado de la Revolución francesa. O, empezamos en 1819 y con Peterloo,* y el radicalismo inglés parece que sea una creación espontánea de la Revolución industrial. Es cierto que la Revolución francesa produjo una agitación nueva, y es cierto que esta agitación arraigó entre la población obrera, configurada por nuevas experiencias, en los distritos manufactureros crecientes. Pero sigue planteada la pregunta: ¿Cuáles fueron los

⁶ Véase Caroline Robbins, *The Eighteenth-Century Commonwealthman*, Harward. 1959.

⁷ C. Wyvill a John Cartwright, 16 de diciembre de 1797, en Wyvill, *Political Papers*, York, 1804, pp. 381-382.

⁸ *Ibid.*, p. 23.

Cap. 1. Innumerables miembros

elementos que se precipitaron con tanta rapidez a causa de esos acontecimientos? Y de inmediato encontramos las viejas tradiciones de los artesanos y hombres de oficio urbanos tan parecidos al *menú peuple* que, según ha demostrado George Rudé, es el elemento revolucionario más volátil de la multitud parisiense.⁹ Algo podemos atisbar de las complejidades de esas tradiciones, que se mantienen, si aislamos tres problemas, a saber: la tradición de disidencia y su modificación debida al resurgimiento metodista; la tradición compuesta de todas esas nociones populares imprecisas que se combinan en la idea del «derecho por nacimiento» de los ingleses; y la ambigua tradición de la multitud del siglo XVIII, que asustaba a Wyvill y que Hardy intentaba organizar en comités, secciones y manifestaciones respetables.

* Peterloo, o masacre de Manchester, es el nombre que recibe el mitin realizado el 16 de agosto de 1819 en St. Peter's Fields, Manchester. Fue uno de los mítines que tuvieron lugar en aquel año de depresión industrial. Además de mostrar el descontento por el elevado precio de los alimentos, el mitin tenía como objetivo pedir la reforma del Parlamento. Asistieron unas sesenta mil personas. Los magistrados ordenaron detener a los oradores poco después de que empezara el mitin, a pesar del comportamiento pacífico de la multitud. Pero no sólo se detuvo a los líderes, sino que se atacó al público. El resultado fueron unos quinientos heridos y once muertos. (*N. de la t.*)

⁹ Véase G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, 1959. (Hay trad. cast.: *La multitud en la historia*. SXXI de España Editores, 1979.)

Capítulo 2. EL CRISTIANO Y LUCIFER

El término disidencia es equívoco. Abarca muchas sectas, muchas tendencias intelectuales y teológicas en conflicto, tropieza con muchas formas diferentes en medios sociales distintos. Los antiguos grupos disidentes, los cuáqueros y los baptistas, presentan algunas semejanzas en su evolución después de la Gloriosa Revolución. A medida que la persecución dejó paso a una mayor tolerancia, las congregaciones se volvieron menos celosas y más prósperas. Donde los pañeros y los granjeros del valle de Spen se habían reunido, en 1670, en secreto y por la noche, en una granja llamada Ye Closes o «en el granero cercano a la capilla Fold», 100 años más tarde encontramos una robusta iglesia con un próspero diácono, Joseph Priestley, que consignaba en su diario piadoso apuntes como éste:

El mundo sonríe. Con el correo recibí algunos compromisos agradables. Cuando iba a Leeds, me decía, qué puedo ofrecerle a mi Señor. Decidí entregarles cuatro o cinco cargas de trigo a los pobres de Cristo. Mucha razón tenía para quejarme el día que no tuve a Dios presente en todos mis pensamientos. Me es difícil con las prisas de las obligaciones

...

Y la semana siguiente:

Esta mañana he ... comido con una compañía de oficiales que parecían, todos ellos, desconocer el camino de la salvación. Tuve algún placer al leer Isaías, 45 ... Ordené al hermano Obadiah que repartiera una carga de trigo entre los pobres de Cristo.¹

Este Priestley era todavía calvinista, aunque con algún sentido de culpa. (Sin duda, el «hermano Obadiah» también era calvinista.) Pero su primo menor, también Joseph Priestley, en esta época estudiaba en la Daventry Academy, donde defraudaba tristemente a sus parientes y a su iglesia al ser alcanzado por el espíritu de la ilustración racional, convirtiéndose en unitarista, científico y partidario de la reforma política. De este doctor Priestley eran los libros y el laboratorio que una multitud partidaria de «la Iglesia y el Rey» destruyó en Birmingham, en 1791.

27

Esta es una breve descripción de una parte de la tradición disidente. Los disidentes, cuya libertad de conciencia se toleraba, pero que aún estaban desautorizados en la vida pública por las *Test and Corporations Acts*,* siguieron trabajando a lo largo del siglo en favor de las libertades civiles y religiosas. Hacia mediados del siglo, muchos de los pastores instruidos más jóvenes se enorgullecían de su teología liberal y racional. La rectitud calvinista no siguió la mística de las sectas perseguidas y tendió, a través de la «herejía» arriana y sociniana, hacia el unitarismo. Del unitarismo al deísmo sólo había un paso más, aunque pocos dieron este paso hasta la década de

¹ Frank Peel, *Nonconformity in Spen Valley*, Heckmondwike. 1891, p. 136.

1790; y todavía eran menos los que, en la segunda mitad del siglo XVIII, deseaban o se atrevían a hacer una declaración pública de escepticismo: en 1763, Peter Annet, profesor de 70 años, fue encarcelado y se le puso el cepo por traducir a Voltaire y por publicar folletos «librepensadores» accesibles al público, mientras que un poco después fue clausurada la escéptica sociedad de debate Robin Hood. Los principios liberales se sostenían desde posiciones socinianas o unitarias. Las figuras famosas son: el doctor Price, cuya obra *Observations on Civil Liberty* (1776), durante la guerra norteamericana, alcanzó la notable cifra de ventas de 60.000 ejemplares en pocos meses, y que vivió para enfurecer a Burke con su sermón de saludo a la Revolución francesa; el propio doctor Priestley; y una veintena de figuras menores, algunas de las cuales — Thomas Cooper de Bolton y William Friend de Cambridge— participaron activamente en la agitación por la reforma, de la década de 1790.²

* Leyes que establecían que sólo quienes profesaban la religión oficial de Inglaterra podían ser elegidos para los cargos públicos. (*N. de la t.*)

Hasta aquí la historia parece clara, pero es engañosa. Esas ideas liberales predominaron ampliamente entre el clero disidente, los profesores y las comunidades urbanas educadas. Pero muchos de los pastores habían abandonado sus congregaciones. La iglesia presbiteriana, en donde se sintió una mayor presión hacia el unitarismo, fue la que perdió fuerza de manera más notable, en relación con otros grupos disidentes. A mediados del siglo XVIII, los presbiterianos y los independientes (conjuntamente) eran los más fuertes en el sudoeste (Devonshire, Dorset, Gloucestershire, Hampshire, Somerset, Wiltshire), en el norte industrial (señaladamente Lancashire, Northumberland y Yorkshire), en Londres y en East Anglia (particularmente Essex y Suffolk).

28

Los baptistas disputaban algunos de esos baluartes y estaban asimismo bien arraigados en Bedfordshire, Buckinghamshire, Kent, Leicestershire y Northamptonshire. Así, los presbiterianos y los independientes parecerían haber sido más fuertes en los centros comerciales y de manufactura de la lana, mientras que los baptistas predominaban en áreas en las que pequeños agricultores, hombres de oficio y trabajadores rurales debieron de componer una parte de sus congregaciones.³ En el mayor de los viejos centros laneros, el West Country, fue donde la religión liberal, «racional», que se inclinaba hacia la negación de la divinidad de Cristo y hacia el unitarismo, hizo a la vez sus avances más rápidos y perdió la lealtad de sus congregaciones. Hacia el final del siglo XVIII, se habían cerrado en Devonshire más de veinte templos presbiterianos, y los historiadores de la disidencia, que escribían en

² Véase Anthony Lincoln, *Social and Political Ideas of English Dissent, 1763-1830*, Cambridge, 1938, y R. V. Holt, *The Unitarian Contribution to Social Progress in England*. 1938. Para descripciones más breves, véase Robbins. *op. cit.*, cap. 7, y H. W. Carless Davis. *The Age of Grey and Peel*. Oxford, 1929. pp. 49-58.

³ D. Bogue y J. Bennett, *History of Dissenters*. 1809, ID, p. 333, estiman que, en 1760, la «fuerza principal» de todas las variedades de disidencia se encontraba entre los hombres de oficio y en algunos granjeros de los condados, mientras que «una gran parte de sus congregaciones las componían trabajadores manuales de todo tipo en las ciudades, y trabajadores agrícolas en los pueblos rurales».

1809, declaraban: «Devonshire, la cuna del arrianismo, ha sido la sepultura de los disidentes arrianos; y no queda, en aquel populoso condado, ni una veinteava parte de los presbiterianos que había en la época de su nacimiento.»⁴

Pero en otros sitios la historia fue distinta. En las cuestiones de organización de la iglesia, las sectas disidentes llevaban a menudo los principios de autogobierno y de autonomía local al borde de la anarquía. Cualquier autoridad centralizada —incluso la consulta y la asociación entre iglesias— se veía como «tendente a la gran apostasía anticristiana»;

Una apostasía tan funesta para las libertades civiles y religiosas de la humanidad, y en particular las de los valerosos puritanos viejos y los inconformistas, que las meras palabras sínodo y sesión, concilio y canon, todavía hacen zumbar los oídos de un firme Disidente Protestante.⁵

Donde la tradición calvinista era fuerte, como en zonas del Lancashire y el Yorkshire, las congregaciones se defendían contra la tendencia hacia el unitarismo; y testarudos diáconos, administradores y Obadias atormentaban las vidas de sus pastores, investigando sus herejías, expulsándoles o separándose para formar sectas más virtuosas. (Thomas Hardy adquirió algunas de sus primeras experiencias de organización, en las luchas faccionales de la congregación presbiteriana de Crown Court, en Russell Street.) Pero, ¿qué ocurría con los «pobres de Cristo» a los que el doctor Price ofrecía ilustración y el diácono Priestley cargas de trigo? El valle de Spen estaba en el centro de un distrito manufacturero densamente poblado y en expansión; ahí se podría haber esperado que las iglesias disidentes cosecharan, al menos, la recompensa a su resistencia durante los años de persecución. Y sin embargo, tanto la Iglesia oficial como los antiguos disidentes parecían hacer poca mella en los «pobres de Cristo». «Nunca vi una gente más fiera en Inglaterra —anotó John Wesley en su *Diario*, cuando cabalgaba por las cercanías de Huddersfield en 1757—. Los hombres, las mujeres y los niños abarrotaban las calles mientras las atravesábamos a caballo, y parecían estar a punto de devorarnos.»

29

El cristianismo racional de los unitarios, con su preferencia por la «sinceridad» y su recelo por el «entusiasmo», atraía a algunos de los hombres de oficio y los tenderos de Londres, y a grupos semejantes de las grandes ciudades. Pero parecía demasiado frío, demasiado distante, demasiado fino, y demasiado asociado a los cómodos valores de una clase floreciente, para atraer a los pobres de la ciudad o del pueblo. Su mismo lenguaje y tono constituían una barrera: «Ninguna predicación ayudará al Yorkshire —decía John Nelson a Wesley—, sino es la de viejo tipo que cae sobre la conciencia como un tronido. Aquí la buena predicación hace más mal que bien». Y sin embargo, el viejo calvinismo había levantado sus propias barreras que impedían cualquier entusiasmo evangélico. La secta perseguida no hizo más que convertir, con demasiada

⁴ *Ibid.*, IV, p. 319.

⁵ J. Ivimey, *History of the English Baptists*, 1830, IV, p. 40.

facilidad, su propia exclusividad en virtud, y esto, en contrapartida, reforzó los principios más firmes del dogma calvinista. «La elección —rezaba un artículo de la Confesión de Savoy (1658)— no estaba prevista para la masa corrupta o la mayor parte de la humanidad.» Por supuesto, los «pobres de Cristo» y la «masa corrupta» eran la misma gente: desde otro punto de vista, la «ferocidad» de los pobres era una señal de que vivían fuera de los límites de la gracia. Los calvinistas elegidos tendían a reducirse a un grupo de parentesco.

Y había otras razones para que se diera este proceso. Algunos retroceden directamente hasta la derrota de los *levellers* en la Commonwealth. Cuando se derrumbaron las milenarias esperanzas de un gobierno de los santos, a continuación se produjo una aguda disociación entre las aspiraciones temporales y espirituales del puritanismo de los pobres. Ya en 1654, antes de la Restauración, la Asociación General de los Baptistas Generales hizo público un manifiesto (dirigido a los hombres de la Quinta Monarquía que había entre ellos) declarando que «no conocían razón alguna por la que los santos esperasen, por ejemplo, que el Mando y el Gobierno del Mundo se pusieran en sus manos», hasta el juicio final. Hasta aquel momento su parte era «sufrir con paciencia el mundo ... en lugar de alcanzar el Mando del Gobierno en todas partes». ⁶ Al final de la Commonwealth, la tradición rebelde del antinomianismo «renunció a todas sus demandas». Donde los sectarios apasionados habían sido celosos —verdaderamente despiadados— jardineros sociales, ahora, estaban satisfechos con decir: «dejad que la cizaña (si es que lo es) crezca sola con el trigo ...» ⁷ Gerrard Winstanley, el *Digger** nos ayuda a entender la mudanza de sentimiento, que se desplaza del «reino exterior» al «reino interior»:

* *Diggers* era el nombre de un grupo de comunistas agrarios dirigidos por Gerrard Winstanley y William Everard. Sostenían que la guerra civil se había hecho contra el rey y los grandes terratenientes, y que, una vez ejecutado Carlos I, la tierra debía estar a disposición de los pobres para que éstos la cultivaran. (*N, de la t.*)

30

El ser viviente y el espíritu creador no son uno solo, sino que están divididos, uno se ocupa de un reino exterior a él, y el otro le arrastra a buscar y esperar un reino en su interior, que no sea corrompido por la polilla ni el óxido y en el que los ladrones no puedan penetrar y robar. Este es un reino que permanecerá; debes despojarte del reino externo. ⁸

Entender esa retirada —y lo que se conservaba a pesar de la retirada— es crucial para comprender el siglo XVIII y el elemento de continuidad en la posterior política de la clase obrera. En un sentido, el cambio se puede ver en las diferentes asociaciones de ideas que sugieren dos palabras: la energía positiva del *Puritanismo*; el retraimiento, para la propia continuidad, de la *Disidencia*. Pero también podemos ver la forma en que la resolución de las sectas, de «sufrir con paciencia el mundo» mientras se abstendían de la esperanza de alcanzar su

«Mando y Gobierno», les permitía combinar el quietismo político con una especie

⁶ A. C. Underwood, *History of the English Baptists*, 1947, pp. 84-85.

⁷ G. Huehns, *Antinomianism in English History*, 1951, p. 146.

⁸ *Fire in the Bush* en *Seleccions ... from Gerrard Winstanley*. compilado por L. Hamilton, 1944, pp. 30-31.

de radicalismo adormecido —que se conservaba en las metáforas de los sermones y los folletos, y en las formas democráticas de organización— que podría, en cualquier situación más esperanzadora, hacer estallar el incendio una vez más. Podríamos esperar que esto fuera muy perceptible entre los cuáqueros y los baptistas. Sin embargo, en la década de 1790, los cuáqueros —que eran menos de 20.000 en el Reino Unido— se parecen poco a la secta que, en otro tiempo, encuadró a hombres como Lilbourne, Fox y Penn. Habían prosperado demasiado; habían perdido algunos de sus espíritus más activos, en sucesivas emigraciones hacia Norteamérica; su hostilidad hacia el Estado y la autoridad se habían reducido a símbolos formales, la negativa a prestar juramento o a descubrirse la cabeza; la tradición que se mantuvo, en el mejor de los casos, contribuyó más a la conciencia social de la clase media que al movimiento popular.

31

A mediados de siglo había todavía congregaciones humildes como la que se reunía en el templo de Cage Lañe, Thetford —contigua a la cárcel, con su picota y sus cepos—, donde el joven Tom Paine recibió (según su propia afirmación) «una educación moral sumamente buena». Pero parece que pocos cuáqueros cambiaron cuando Paine, en 1791, conjugó algunas de sus propias ideas sobre el servicio a la humanidad con el tono intransigente de *Los derechos del hombre*. En el año 1792, la Reunión Trimestral de Amigos del Yorkshire recomendaba encarecidamente a todos sus miembros que tuvieran «verdadera quietud de espíritu» en el «estado de perturbación que existe actualmente en nuestra nación». No debían unirse a asociaciones políticas, no debían fomentar «un espíritu de descontento hacia el Rey y el Gobierno bajo el cual vivimos y disfrutamos de muchos privilegios y favores que merecen nuestra sumisión agradecida a ellos».⁹

Sus antepasados no habían aceptado la *sumisión*, tampoco hubieran admitido la palabra *agradecida*. La tensión entre los reinos «exterior» e «interior» suponía un *rechazo* de los poderes dominantes, excepto en los aspectos en que la coexistencia era inevitable; y una muy buena razón había decidido, hacía tiempo, lo que era «lícito» para la conciencia y lo que no lo era. Quizá los baptistas eran los que presentaban la mayor coherencia: seguían siendo los más calvinistas en cuanto a su teología y los más plebeyos en cuanto a sus seguidores. Y sobre todo en Bunyan encontramos el radicalismo adormecido que se conservó a través del siglo XVIII y que estalla una y otra vez en el siglo XIX. *Pilgrim's Progress* es, junto con *Los derechos del hombre*, uno de los dos textos fundamentales del movimiento obrero inglés: Bunyan y Paine, con Cobbett y Owen, contribuyeron mucho a la provisión de ideas y actitudes que constituyen la materia prima del movimiento desde 1790 a 1850. Miles de jóvenes encontraron en *Pilgrim's Progress* su primer relato de aventuras, y hubieran convenido con Thomas Cooper, el carlista, en que era su «libro de libros».¹⁰

32

⁹ Rufus M. Jones, *The Later Periods of Quakerism*, 1921, I. p. 315.

¹⁰ Véase Q. D. Leavis, *Fiction and the Reading Public*, 1932, cap. 2.

«Ambiciono una herencia incorruptible, inmaculada y que no se desvanezca ... custodiada en el cielo y fuera de peligro ... para que se ofrezca, en el momento señalado, a los que la buscan de manera perseverante. Léelo así, si lo deseas, en mi libro.» Ahí está el reino de Winstanley que no es «corrompido por la polilla ni el óxido», ahí está el reino espiritual milenarista de los santos, quienes deben «sufrir con paciencia» este mundo. Ahí está el «grito lamentable» —¿qué puedo hacer?— de los que perdieron en Putney, y que no tuvieron parte en el pacto de 1688. Ahí está el viejo papa, de quien el cristiano piensa que *sus* antepasados le han domesticado, y que ahora se le han «vuelto tan desquiciadas y rígidas las articulaciones», que puede hacer poco menos que sentarse en la boca de su cueva y decirles a los peregrinos: «Nunca os reformaréis hasta que muchos de vosotros hayáis sido quemados»; «sonriendo ... mientras pasan, y mordiendo las uñas porque no puede atacarles». Ahí está el íntimo paisaje espiritual de la disidencia del pobre: de los «sastres, vendedores de pieles, jaboneros, cerveceros, tejedores y caldereros» que se encontraban entre los predicadores baptistas;¹¹ un paisaje que parece tanto más misterioso, bañado de ardiente energía y conflicto, por cuanto que proviene de la frustración de esas pasiones en el mundo exterior: el castillo de Belcebú, los gigantes sanguinarios, destrozar, asesinar el bien, la colina de la dificultad, el castillo de la duda, la feria de vanidades, la tierra encantada; un camino «lleno de engaños, fosos, lazos y trampas». Ahí están los aristocráticos enemigos del cristiano: «el señor Placer Carnal, el señor Ostentoso, el señor Deseo de Gloria Vana, mi viejo señor Lujuria, el señor Tener Codicia, junto con el resto de nuestra nobleza». Y ahí está el Valle de la Humillación en el que los lectores de Bunyan se debían encontrar: «un Valle en el que nadie entra, sino aquellos a los que les gusta una vida de peregrino». Es la MISERICORDIA quien dice:

Me gusta estar en aquellos lugares donde no hay traqueteo de carrozas, ni retumbar de ruedas; me parece que ahí uno puede pensar, sin que le importunen mucho, qué es, de dónde viene, qué ha hecho ... ahí uno puede pensar, y abrir el corazón, y fundirse en su propio espíritu, hasta que los ojos se conviertan en «el vivero de Heshbon».

Y GRAN CORAZÓN le responde, con el orgullo espiritual de los perseguidos y fracasados: «Es cierto ... Yo he atravesado muchas veces ese valle, y nunca estuve mejor que allí».

Pero el mundo del espíritu —de la virtud y la libertad espiritual— está bajo una constante amenaza que proviene del otro mundo. En primer lugar, está amenazado por los poderes del Estado; cuando nos encontramos con LUCIFER, nos parece estar en un mundo de fantasía: «Estaba recubierto de escamas, como un pez (ellas son su orgullo), tenía alas como un dragón, patas como un oso, y de su vientre salía fuego y humo ...»

33

Pero cuando ese monstruo ataca al CRISTIANO («con un semblante desdeñoso»)

¹¹ R. M. Jones. *Studies in Mystical Religion*, 1923, p. 418. Véase también J. Lindsay, *John Bunyan*, 1937.

resulta ser muy parecido a los perplejos jueces del país que intentaban, mediante razones y amenazas alternativamente, que Bunyan prometiera desistir en el campo de la predicación. LUCIFER abre su boca —que era «como la boca de un león»— para emitir un rugido apagado: «Si todavía ahora cambiaseis y retrocedieseis, estoy dispuesto a pasarlo todo por alto». Sólo cuando ha fracasado la persuasión, se atraviesa «a todo lo ancho del camino» y declara: Juro por el infierno que tú no seguirás adelante». Y es la sutileza de LUCIFER la que le permite encontrar aliados entre la propia colectividad CRISTIANA y los compañeros peregrinos. Ésos —y son con mucho los más numerosos y engañosos— constituyen la segunda fuente de amenaza a la incorruptible herencia del CRISTIANO; uno por uno, Bunyan presenta los escurrizos argumentos de aliento y pacto que preparan el camino para una contemporización entre LUCIFER y la disidencia. Está el señor Bajo Mano del Pico de Oro; y el señor Domina el Mundo, el señor Amor al Dinero, y el señor Ahorralotodo, todos ellos alumnos de «un maestro de Amor a la ganancia, que es una ciudad de mercado del condado de Codicia, en el Norte». El señor Bajo Mano condena a aquellos «que son demasiado virtuosos»:

BAJO MANO: Porque, ellos ... en su viaje se lanzan a la intemperie; y yo soy partidario de esperar el viento y la marea. Ellos son partidarios de arriesgarlo todo por Dios en una descarga; y yo soy partidario de aprovechar todas las ventajas para asegurar mi vida y mi hacienda. Ellos son partidarios de mantener sus ideas aunque todos los demás estén en su contra; pero yo soy partidario de la religión en la medida que. y durante el tiempo que, mi seguridad la resista. Ellos son partidarios de la religión cuando está harapienta y despreciada; pero yo la apruebo cuando anda con sus babuchas doradas, al sol, entre aplausos.

SEÑOR DOMINA EL MUNDO: Sí, y manténgase ahí firme, buen señor Bajo Mano ... Vamos a ser prudentes como serpientes; es mejor hacer el agosto...

SEÑOR AHORRALOTODO: Creo que estamos todos de acuerdo en este punto, y por lo tanto no es necesario hablar más.

SEÑOR AMOR AL DINERO: NO, no hacen falta más palabras acerca de este asunto, por supuesto; porque él, que no cree ni en la Escritura ni en la razón (y ya veis que las tenemos a ambas de nuestro lado), tampoco conoce su propia libertad, ni busca su propia seguridad.

Es un espléndido pasaje, que prefigura mucho el desarrollo de la disidencia del siglo XVIII. Bunyan sabía que, en un sentido, los amigos del señor Bajo Mano tenían a ambas, la Escritura y la razón, de su lado; él introdujo en su disculpa los argumentos de la seguridad, el consuelo, la ilustración y la libertad. Lo que han perdido es su integridad moral y su piedad; la herencia incorruptible del espíritu, según parece, no se podía preservar si se olvidaba la herencia de la lucha.

Esto no es todo lo que trata *Pilgrim's Progress*. Como observó Weber, la «atmósfera primordial» del libro denota que «la vida futura no sólo es más importante, sino más cierta, de diversos modos, que todos los intereses de la vida en este

mundo». ¹² Y esto nos recuerda que la fe en una vida futura era útil, no sólo como consuelo para los pobres, sino además como cierta compensación emocional por los sufrimientos y las injusticias actuales; era posible no sólo imaginar la «recompensa» de los humildes, sino además gozar de alguna venganza sobre sus opresores imaginando sus tormentos futuros. Por otra parte, al subrayar los aspectos positivos de la metáfora de Bunyan hemos dicho poco acerca de los aspectos manifiestamente negativos —el fervor, la sumisión temporal, la búsqueda egocéntrica de la salvación personal— con los que aquéllos están inseparablemente entremezclados, y esta ambivalencia continúa existiendo entrado el siglo XVIII, en el lenguaje del inconformismo humilde. A Bamford la historia le parecía «tristemente tranquilizadora, como la de una luz que proviene de un sol eclipsado». Cuando el contexto es esperanzador y surge la agitación de masas, las energías activas de la tradición son más visibles: el Cristiano se bate con Lucifer en el mundo real. En los tiempos de derrota y apatía que viven las masas, predomina el quietismo, reforzando el fatalismo de los pobres: el Cristiano sufre en el Valle de la Humillación, lejos del traqueteo de las carrozas, volviendo la espalda a la Ciudad de la Destrucción y buscando el camino hacia una Ciudad espiritual de Sión.

Por otra parte, Bunyan, con su miedo a la erosión de la herencia debida a la transigencia, añadió a la lúgubre tristeza puritana su propia descripción figurada del «recto y estrecho» camino, que acentúa el celoso sectarismo de los calvinistas elegidos. Hacia 1750, aquellas mismas sectas, que habían pretendido ser sumamente leales a los «pobres de Cristo», acogían con menos entusiasmo a los nuevos conversos y tenían una disposición menos evangelizadora. La disidencia estaba atrapada en la tensión entre dos tendencias opuestas, que, tanto una como otra, se apartaban de cualquier interés popular: por una parte, la tendencia hacia un humanitarismo racional y una predicación selecta, demasiado intelectual y elegante para los pobres; por otra, los estrictos elegidos, que no se podían casar fuera de la iglesia, que expulsaban a todos los reincidentes y herejes, y que se mantenían aparte de la «mesa corrupta» predestinada a la condenación. «El calvinismo de la primera —observó Halévy— experimentaba descomposición, el calvinismo de la última, petrificación.» ¹³

35

Incluso los baptistas de Bunyan estaban profundamente divididos: los baptistas generales «arminianos» que perdían terreno ante los entusiastas baptistas particulares calvinistas (con sus baluartes en Northamptonshire, Bedfordshire, Lincolnshire), cuyo propio calvinismo, sin embargo, les impediría la propagación de la secta. ¹⁴ No fue hasta 1770 que los baptistas particulares empezaron a salir de la trampa de su

¹² M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, 1930, pp. 109-110, 227. (Hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península. Barcelona, 1969.) Véase también A. Kettle, *Introduction to the English Novel*, 1951, pp. 44-45.

¹³ Véase el excelente compendio de Halévy, *A History of the English People in 1815*, Penguin, III, pp. 28-32, 40-48.

¹⁴ Bogue y Bennctt. *op. cit.*, III, pp. 332-333; Ivimey, *op. cit.*, III, p. 160.

propio dogma, haciendo pública una carta circular (proveniente de Northamptonshire) que ofrecía una fórmula mediante la cual podían reconciliarse el evangelismo y la idea de elección: «Toda alma que llega a Cristo para ser salvada ... debe ser alentada ... El alma que llega no debe temer no ser elegida, porque ninguna sino aquélla quería llegar.» Pero el resurgimiento era lento, y fue la competición con los metodistas, más que una dinámica interna, la que condujo a los baptistas de vuelta hacia los pobres. Cuando Dan Taylor, un minero del carbón de Yorkshire que había trabajado en la mina desde la edad de 5 años y a quien los metodistas habían convertido, miró a su alrededor, en la década de 1760, en busca de una secta baptista con disposición evangelizadora, no encontró nada que le gustara. Construyó su propio templo extrayendo la piedra de los páramos de más arriba del puente de Bebdon y acarreándola en su propia espalda;¹⁵ luego bajó desde el municipio tejedor de Heptonstall (un baluarte puritano durante la guerra civil) hasta Lincolnshire y Northamptonshire, entrando en contacto con grupos baptistas inquietos, y formando finalmente (en 1770) la Nueva Conexión Baptista. En los siguientes años, recorrió 25.000 millas y predicó 20.000 sermones. Este es un hombre que debe ser recordado al lado de Wesley y Whitefield; pero no provenía ni de la sociedad de los baptistas particulares ni de la de los generales: quizá espiritualmente provenía de la herencia de Bunyan, pero materialmente salió sencillamente de la tierra.

Deberíamos recordar tanto al doctor Price como a Dan Taylor; y deberíamos tener presente que *gozaban* de libertad de conciencia, que no estaban amenazados por la Inquisición o la mazmorra de la «Prostituta Escarlata de Babilonia».¹⁶

36

La misma anarquía de la vieja disidencia, con sus iglesias autónomas y sus cismas, hacía que, de pronto, pudieran aparecer las ideas más inesperadas y poco ortodoxas: en una aldea de Lincolnshire, en una ciudad mercado de las Midlands, en una mina de Yorkshire. En la ciudad lanera de Frome (anotó Wesley en su *Diario* en 1768) había «una mezcla de hombres de todas las opiniones, anabaptistas, cuáqueros, presbiterianos, arrianos, antinomianos, moravos y qué sé yo qué más». Los comerciantes y los artesanos escoceses introdujeron otras sectas en Inglaterra; en las últimas décadas del siglo XVIII, los glasitas o sandemanianos hicieron un pequeño progreso gracias a su entusiasta disciplina de iglesia, su creencia de que las «distinciones de la vida civil (estaban) eliminadas en la iglesia» y de que la pertenencia suponía cierta comunidad de bienes, y —en opinión de los críticos— su desmesurado orgullo espiritual y «abandono de la multitud pobre, ignorante y maldita».¹⁷ Hacia

¹⁵ John Wesley anota en su *Diario* (31 de julio de 1766) que «metodistas renegados, que primero se han vuelto calvinistas, y luego anabaptistas, han provocado confusión en Heptonstall».

¹⁶ Término de la disidencia para denominar el cristianismo: en primer lugar el Papado y la Iglesia Romana, pero atribuido también a la Iglesia de Inglaterra o a *cualquier* iglesia acusada de prostituir su virtud espiritual debido a razones de Estado y de poder mundano. Cobbett recordaba: "Cuando era un muchacho, creía firmemente que el Papa era una mujer prodigiosa vestida con una capa terrorífica, que era roja porque había sido teñida con la sangre de los protestantes." *Political Register* (13 de enero de 1821).

¹⁷ Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 107-124. A pesar de su severidad, los sandemanianos eran intolerantes que

finales del siglo, había sociedades sandemanianas en Londres, Nottingham, Liverpool, Whitehaven y Newcastle.

La historia intelectual de la disidencia se compone de colisiones, cismas, mutaciones; y a menudo se tiene la sensación de que las semillas, en estado latente, del radicalismo político se encuentran en su seno, dispuestas a germinar siempre que se siembren en un contexto social benéfico y esperanzador. Thomas Spence, que se educó en una familia sandemaniana, pronunció una conferencia en la Sociedad Filosófica de Newcastle, en 1775, que en términos generales contenía su doctrina completa del socialismo agrario; y sin embargo, hasta la década de 1790 no empezó su propaganda pública formal. Tom Paine, con su educación cuáquera, había dado pocas muestras de sus puntos de vista políticos, terriblemente heterodoxos, durante su monótona vida como recaudador de impuestos en Lewes; la situación era desesperada, la política parecía una simple especie de «artimaña». A menos de un año de su llegada a Norteamérica (noviembre de 1774) había publicado *Sentido común y Crisis*, artículos que contienen todos los supuestos de *Los derechos del hombre*. Escribió: «Aborrezco la monarquía porque es demasiado degradante para la dignidad del hombre.» «Pero nunca molesté a los demás con mis ideas hasta hace muy poco tiempo, ni publiqué jamás en mi vida una sílaba en Inglaterra.» Lo que ha cambiado no es Paine, sino la situación en la que Paine escribía. La semilla de *Los derechos del hombre* era inglesa, pero solamente la esperanza que despertaron las revoluciones norteamericana y francesa le permitió arraigar.

37

Si alguna secta de la vieja disidencia hubiese marcado el paso del resurgimiento evangélico —en lugar de John Wesley—, el inconformismo del siglo xrx podría haber adoptado una forma más intelectual y democrática. Pero fue Wesley —gran conservador en política, sacerdotal en su enfoque de la organización— el primero que tendió la mano a los «pobres de Cristo», rompiendo el tabú calvinista con el sencillo mensaje; «Lo único que tenéis que hacer es salvar almas.»

A "vosotros os llamo, proscritos por los hombres,
¡Rameras, y taberneros, y ladrones!
Él tiende sus brazos para abrazaros a todos;
Sólo a los pecadores acoge su gracia:
Los virtuosos no tienen necesidad de él;
Él vino a buscar y a salvar a los perdidos.

Venid, ¡Oh! mis culpables hermanos, venid,
¡Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
Su corazón sangrante os acogerá.
Su costado abierto os recibirá;
Ahora os llama, os invita a su casa:

Venid, ¡Oh! mis culpables hermanos, venid.*

* Outcasts of men, to you I call / Harlots, and publicans, and thieves! / He spreads his arms to embrace you all; / Sinners alone His grace receives: / No need for him the righteous have; / He come the lost to seek and save. / Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in; / He calls you now, invites you home: / Come, O my guilty brethren, come.

Por supuesto, habría una cierta lógica en el hecho de que el resurgimiento evangélico hubiera venido del seno de la Iglesia oficial. El acento puritano sobre una «vocación» se ajustaba, como han mostrado Weber y Tawney, particularmente bien a la experiencia de los grupos de clase media floreciente y laboriosa o de pequeña burguesía. Las tradiciones más luteranas del protestantismo anglicano estaban menos adaptadas a las doctrinas exclusivistas de la «elección»; aunque como Iglesia oficial tenía una responsabilidad particular sobre las almas de los pobres; y, desde luego, el deber de inculcarles las virtudes de la obediencia y la laboriosidad. El letargo y el materialismo de la Iglesia del siglo XVIII eran tales que al final, y contra los deseos de Wesley, el resurgimiento evangélico dio lugar a la Iglesia Metodista diferenciada. Pero con todo, el metodismo estuvo profundamente marcado por su origen; mientras que la disidencia del hombre pobre de Bunyan, de Dan Taylor y —más adelante— de los metodistas primitivos era una religión del pobre; el wesleyanismo continuó siendo, tal como había empezado, una religión *para* los pobres.

38

Como predicadores y evangelistas, Whitefield y otros primeros predicadores que lo hacían al aire libre eran más impresionantes que Wesley. Pero Wesley era activo en grado sumo y un diestro organizador, administrador y legislador. Logró conjugar con precisión las justas proporciones de democracia y disciplina, doctrina y sentimentalismo. Su éxito no residió tanto en las históricas reuniones de partidarios del resurgimiento (que no eran extrañas en el siglo de Tyburn) ** como en la organización del mantenimiento de las asociaciones metodistas en los centros comerciales y los mercados, y en las comunidades mineras, de tejedores y obreras, la participación democrática de cuyos miembros en la vida de la Iglesia estaba a la vez catalogada, estrictamente dirigida y disciplinada. Facilitaba el ingreso a esas asociaciones eliminando todas las barreras de las doctrinas sectarias. Con el fin de aumentar la incorporación, escribió: los metodistas

** Tyburn fue el lugar de ejecución pública del Middlesex hasta 1783. (*N. de la t.*)

no imponen ... opiniones cualesquiera que éstas sean. Que sostengan la redención particular o general, los decretos absolutos o condicionales; que sean eclesiásticos o disidentes, presbiterianos o independientes, no es impedimento ... Los independientes o anabaptistas [pueden] utilizar sus propias formas de culto; lo mismo podrá hacer el cuáquero, y nadie discutirá con él acerca de eso ... Una condición, y una sola, se requiere: un deseo auténtico de salvar sus almas.¹⁸

Pero una vez dentro de las asociaciones metodistas, los convertidos estaban sujetos a una disciplina que no tenía nada que envidiar a las sectas calvinistas más fanáticas.

¹⁸ R. Southey, *Life of Wesley and the Rise of Methodism*, edición de 1890, p. 545.

Wesley deseaba que los metodistas fueran una «gente singular»; que se abstuvieran de casarse fuera de las asociaciones; que se distinguieran por su forma de vestir y por la solemnidad de su lenguaje y su conducta; que evitaran la compañía incluso de los familiares que todavía estaban en «el reino de Satán». Se expulsaba a sus miembros por frivolidad, por blasfemia y juramento, por asistencia negligente a las reuniones de clase.* Las asociaciones, con sus encuentros musicales, clases, vigiliias nocturnas y visitas, componían un orden seglar en el que, como observó Southey, había una «policía espiritual» que estaba en una alerta constante para cualquier signo de recaída.¹⁹ La democracia de «raíces populares», gracias a la cual los hombres de oficio y los obreros dirigían las asociaciones, no se extendía en absoluto a las cuestiones de doctrina o gobierno de la Iglesia. En ninguna otra cosa rompió Wesley tan severamente con las tradiciones de la disidencia como en su oposición a la autonomía local, y en su propio dominio autoritario y el de los ministros nombrados por él.

* La clase era una subdivisión de las congregaciones o asociaciones metodistas. En cada una de sus reuniones había un dirigente de clase con fines religiosos. A las propias reuniones también se les llama, simplemente, clases. (N. de la t.)

39

Y sin embargo, el progreso más rápido del metodismo entre los pobres se dio a menudo en áreas con una larga tradición de disidencia como Bristol, el West Riding, Manchester, Newcastle. En la década de 1760, a dos millas de Heckmondwike, donde el diácono Priestley y Obadiah mantenían todavía una iglesia de calvinistas independientes, John Nelson, un cantero de Birstall, estaba ya atrayendo grandes reuniones de pañeros y mineros para oír el nuevo mensaje de la salvación personal. En su camino hacia la cantera, Nelson debía pasar por delante de la casa del viejo pastor disidente, intercambiar textos y discutir las doctrinas del pecado, la redención mediante la gracia y la predestinación. (Tales discusiones se volvieron más escasas en los últimos años a medida que la teología metodista ortodoxa se convertía en más oportunista, antiintelectual y ociosa.) Nelson se había convertido mientras estaba en Londres, cuando oyó predicar a John Wcsley en Moorfields. Su *Diario* es muy distinto al del diácono Priestley:

Una noche ... soñé que estaba en Yorkshire, yendo a casa en mi ropa de trabajo; y cuando iba por Paul Champion's, of un potente grito, como de una multitud de gente afligida. ... De pronto empezaron a chillar y a revolcarse uno sobre otro; pregunté qué ocurría y me dijeron que Satán andaba suelto entre ellos. ... Luego pensé que le veía en forma de toro rojo pasando entre la gente, como una bestia pasa entre el trigo que crece, no hizo ademán de cornear a nadie, pero se encaró hacia mí como si quisiera clavar sus cuernos en mi corazón. Entonces grité: «¡Señor, ayúdame!» e inmediatamente le cogí por los cuernos y le giré sobre su espalda, poniendo mi pie derecho sobre su pescuezo, en presencia de un millar de personas ...

Despertó de este sueño sudoroso y agotado. Otra noche, «mi alma se llenó con una sensación tal de amor Divino, que me hizo llorar delante de él»;

Soñé que estaba en Yorkshire. yendo desde Gomersal-Hill-Top hasta Cleckheaton, y

¹⁹ *Ibid.*, pp. 382, 545.

hacia la mitad del camino, creí ver a Satán que venía a mi encuentro en forma de un hombre alto, negro y con los cabellos como serpientes. ... Pero seguí, desgarré mis vestidos y le enseñé mi pecho desnudo, diciendo: «Mira, aquí está la sangre de Cristo». Entonces me pareció que huía de mí tan rápido como lo haría una liebre.

40

John Nelson hablaba muy en serio. Fue enrolado en el ejército, se negó a servir, él y su esposa fueron acosados y apedreados en su trabajo. Sin embargo, se me ocurre que el Satán de Nelson pertenece más a un mundo de fantasía que el Lucifer de Bunyan, a pesar del fuego y las escamas del último. Y la fantasía tiene unos matices de histeria y de sexualidad deteriorada o frustrada que —junto con el paroxismo que a menudo acompañaba la conversión—²⁰ son algunos de los contrastes del resurgimiento metodista. Mientras Bunyan revelaba el desafío del Diablo en un mundo de magistrados, excusas reincidentes y mundanas para la transigencia, este Satán metodista es una fuerza incorpórea localizada en algún lugar de la psique, que se descubre a través de la introspección o surge delante como imagen fálica opuesta a la imagen femenina del amor de Cristo, en las ráfagas de histeria masiva que culminaban las campañas del resurgimiento.

En un sentido, se puede ver a ese Satán como una emanación de la miseria y la desesperación de los pobres del siglo XVIII; en otro, podemos ver las energías de una efectiva salida en la vida social, frustradas y constreñidas por los principios del puritanismo que niegan la vida, vengándose en el espíritu humano. Podemos ver al metodismo como una mutación de aquella tradición que se remonta a los *ranters* * del siglo XVII, cuyos primos, los moravos, tan profundamente influenciaron a Wesley.

* Secta de antinomianos que surgió en 1645. (*N. de la t.*)

Pero el culto al «Amor» fue conducido a un punto de equilibrio entre las afirmaciones de la «religión social» y las aberraciones patológicas de los impulsos sociales y sexuales frustrados. Por un lado, verdadera compasión por «las ramerías, los taberneros y ladrones»; por el otro, una preocupación enfermiza por el pecado y el confesionario del pecador. Por una parte, auténtico arrepentimiento de infamias auténticas; por otro, exuberantes refinamientos de culpabilidad introspectiva. Por un lado, una religión que cedía un lugar a los humildes, como predicadores locales y jefes de clase, que les enseñaba a leer y les daba dignidad y experiencia en la expresión oral y la organización; por otro, una religión hostil a la investigación intelectual y a los valores artísticos, y que abusaba tristemente de la fidelidad intelectual de aquéllos. Era un culto al «Amor» que temía la verdadera expresión del amor, ya fuese como amor sexual o en cualquier otra forma social que pudiera entorpecer las relaciones con la Autoridad. Su auténtico lenguaje de devoción era el de la sublimación sexual entreverada de masoquismo: el «amor sangrante», el costado herido, la sangre del cordero,

²⁰ Véase W. E. H. Lecky, *History of the English People in the 18th Century*, 1891, ni. pp. 582-588. A pesar de todo lo que se ha escrito en este siglo sobre el tema del metodismo, los relatos de Lecky y Southey continúan siendo lecturas esenciales.

De todas las trampas agradables, enséñame
A guardar los asuntos de mi corazón.
¡Sé Tú mi Amor, mi Alegría, mi Temor!
Tú mi arte de Eterno Destino.
Sé Tú mi Amigo incondicional,
Y ámame, ¡Oh! ámame hasta el fin.*

* Teach me from every pleasing anare / To keep the issues of my heart. / Be Thou my Love, my Joy, my Fear! / Thou my Eterna! Portion art. / Be Thou my never-failing Friend, / And love, O love me to the end.

En Londres, un grabador jacobino fue al «Jardín del Amor» y encontró «una capilla ...
construida en medio, / Donde solía jugar sobre la hierba»:

41

Las puertas de esa capilla estaban cerradas,
Y «No pases» escrito sobre la puerta.**

** And de gales of this Chape! were shut, / And «Thou shalt not» writ over the door ...

En el jardín había «lápidas sepulcrales donde debería de haber flores»;

Y paseaban sacerdotes con vestidos negros,
Ciñendo de espinas mis alegrías y deseos.***

*** And Priests in black gowns were walking their rounds, / And binding with briars my joys & desires.

En los últimos años, se han dicho tantas cosas acerca de la contribución positiva del metodismo al movimiento obrero, que es necesario que recordemos que Blake y Cobbett, Leigh Hunt y Hazlitt veían la cuestión de distinta forma. A partir de algunos relatos populares, podríamos suponer que el metodismo no fue más que un terreno abonado para los radicales y los organizadores sindicales, todos ellos formados a la imagen del mártir de Tolpuddle, George Loveless, con su «pequeña biblioteca de teología» y su firme independencia. La cuestión es mucho más compleja. A un nivel se puede establecer, sin la más mínima dificultad, el carácter reaccionario —en verdad, detestablemente servil— del wesleyanismo oficial. Las pocas intervenciones activas de Wesley en la política contuvieron propaganda contra el doctor Price y los colonos norteamericanos. Pocas veces dejaba escapar cualquier oportunidad de inculcar a sus seguidores las doctrinas de la sumisión, expresadas menos a nivel de ideas que de superstición.²¹ Su muerte (1791) coincidió con el primer entusiasmo por la Revolución francesa; pero consecutivas conferencias metodistas continuaron la tradición de su fundador, reafirmando su «verdadera lealtad al Rey y su sincera adhesión a la Constitución» (Conferencia de Leeds, 1793). Los estatutos que se redactaron el año anterior a la muerte de Wesley eran explícitos: «Ninguno de nosotros puede hablar del gobierno, ya sea por escrito o en conversación, con ligereza o sin el debido respeto.»²²

²¹ Para una descripción breve y concisa de los prejuicios políticos de Wesley, véase Maldwyn Edwards, *John Wesley and the Eighteenth Century*, 1933.

²² Citado en Halévy, *op. cit.*, ni, p. 49. Halévy añade el comentario: «Una conducta como aquélla garantizaba que ... la impopularidad de los principios jacobinos no perjudicara la propaganda metodista.» Sin embargo, como los principios jacobinos ganaban en popularidad en 1792 (véanse pp. 99-119 más adelante), es más cierto que la propaganda metodista estaba pensada para *hacer* impopulares estos principios, y que esto fue perjudicial para las

Así, el metodismo aparece, a este nivel, como una influencia políticamente regresiva o «estabilizadora», y encontramos cierta confirmación de la famosa tesis de Halévy, según la cual el metodismo evitó la revolución en Inglaterra durante la década de 1790. Pero a otro nivel, nos es conocido el argumento de que el metodismo fue responsable, de forma indirecta, de un incremento de la confianza en sí misma y la capacidad de organización de la población obrera. Este argumento fue formulado por Southey, en fecha tan temprana como 1820:

Quizá entre los males accesorios que ha producido el metodismo, se pueda contar la forma en que éste ha dado a conocer a las clases bajas la labor de organizarse en asociaciones, estableciendo reglas para su propio gobierno, reuniendo fondos y comunicándose de una parte a otra del reino ...

Y, más recientemente, esto ha sido documentado en los interesantes libros del doctor Wearmouth. Pero sus lectores harán bien en recordar la importante matización de Southey. «mas, por lo que a eso se refiere, sólo ha facilitado un proceso que ha tenido lugar por otras causas».²³ La mayor parte de las «aportaciones» del metodismo al movimiento de la clase obrera lo fueron a pesar de, y no gracias a, la conferencia wesleyana.

Es cierto que en toda la historia primitiva del metodismo podemos ver un prometedor espíritu democrático que luchaba contra las doctrinas y las formas organizativas que imponía Wesley. Los predicadores seculares, la ruptura con la Iglesia oficial, las formas autónomas en las sociedades; en todas esas cuestiones Wesley opuso resistencia, contemporizó o fue a remolque de los hechos. Wesley no pudo escapar a las consecuencias de su propio igualitarismo espiritual. Si los pobres de Cristo llegaban a creer que sus almas eran como las almas de los aristócratas o los burgueses, esto podría llevarles a los argumentos de *Los derechos del hombre*. La duquesa de Buckingham lo descubrió con rapidez y dijo a la condesa de Huntingdon, metodista:

Señoría, le agradezco la información acerca de los predicadores metodistas; sus doctrinas son muy repugnantes y están intensamente teñidas de impertinencia y falta de respeto hacia sus superiores, en un continuo intento de nivelar todas las categorías y de poner fin a todas las distinciones. Es monstruoso enterarse de que vos tenéis un corazón tan pecador como los vulgares infelices que se arrastran sobre la tierra.²⁴

Smollett ha señalado casi lo mismo en una comedia en que un cochero, Humphrey Clinker, predica a la chusma de Londres. Y —por su parte— cientos de predicadores seculares, que siguieron los pasos de John Nelson, lo aprendían de forma muy diferente. Una y otra vez los escritores del sistema establecido expresan este temor.

libertades de la población inglesa. Véase también la crítica a Halévy hecha por Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution» *History Today*, febrero de 1957. (Hay trad. cast. en E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 36-48.)

²³ Southey, *op. cit.*, p. 571.

²⁴ Citado en J. H. Whiteley, *Wesley's England*, 1938, p. 328.

Un escritor de folletos antijacobino, en 1800, daba la culpa a los «muchachos imberbes, y los trabajadores manuales u obreros» que predicaban en Spa Fields, Hackney e Islington Green. Entre los predicadores de las sectas encontró a un comerciante de ropa vieja, un molendero, un vendedor de cabezas de oveja, un pintor de carruajes, un constructor de exprimidores de ropa, un lacayo, un dentista, un peluquero y sangrador, un pantalonero y un cargador de carbón. El obispo de Lincoln veía en eso una amenaza más oscura: «se podrían emplear los mismos medios, con la misma eficacia, para socavar y derrocar el estado, al igual que la iglesia».²⁵

Y de la predicación a la organización. Aquí hay dos aspectos: la penetración transitoria del metodismo por parte de algunas de las tradiciones autonomistas de la disidencia, y la transmisión a las asociaciones de la clase obrera de formas de organización características de la Conexión Metodista. En cuanto a la primera, Wesley no sólo (como se ha supuesto algunas veces) llevaba su mensaje a los «paganos» que estaban fuera de las iglesias existentes; también ofrecía una salida a los sentimientos cautivos de la vieja disidencia. Pastores disidentes y congregaciones enteras se incorporaron a los metodistas. Algunos sufrieron el resurgimiento, sólo para reincorporarse a sus propias sectas, en desacuerdo con la autoritaria dirección de Wesley; a la vez que, hacia la década de 1790, la disidencia disfrutaba de su propio resurgimiento evangélico. Pero otros conservaban una especie de participación inquieta, en la que sus viejas tradiciones luchaban en el seno de las formas sacerdotales wesleyanas. En cuanto a la segunda, el metodismo proporcionaba no sólo las formas de las reuniones-de clase, la recaudación sistemática de cuotas de un penique y el «cupón», adoptados con tanta frecuencia por las organizaciones radicales y sindicales, sino también una experiencia de organización centralizada eficiente — tanto a nivel de distrito como a nivel nacional— de la que la disidencia había carecido. (Aquellas Conferencias Wesleyanas Anuales, con su «programa», sus camarillas trabajando en el orden del día, y su cuidadosa dirección, desgraciadamente parecen otra «contribución» al movimiento laborista de épocas más recientes.)

44

Así, el metodismo de finales del siglo XVIII estuvo agitado por tendencias democráticas ajenas a él, mientras que al mismo tiempo servía de modelo, a pesar suyo, de otras formas organizativas. Durante la última década de la vida de Wesley, las presiones democráticas internas sólo se contuvieron en consideración a la elevada edad del fundador, y con el convencimiento de que el viejo autócrata no podría estar muy lejos de tomar posesión de su «gran recompensa». Las sociedades disidentes expresaban diversas demandas: una Conferencia elegida, una mayor autonomía local, una ruptura definitiva con la Iglesia, participación seglar en las reuniones de distrito y en las trimestrales. La muerte de Wesley, cuando la marea radical general estaba subiendo, fue como un «detonante». Se sometieron a discusión los planes de

²⁵ W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of the Metropolis* (Auge y disolución de las sociedades infieles de la metrópolis) (:800), pp. 45-8.

organización rivales, con un acaloramiento que es tan significativo como lo eran los problemas puestos a discusión. «Detestamos a los Nerones perseguidores, y todas las acciones sangrientas de la Prostituta de Babilonia, y sin embargo, a nuestro nivel, seguimos sus pasos», declaró Alexander Kilham en un folleto titulado *The Progress of Liberty*.²⁶ Y propuso proyectos de autonomía de largo alcance, que fueron sometidos a discusión en toda la conexión mediante folletos, en las reuniones de clase y en las reuniones de los predicadores locales, y cuya discusión debió de ser una parte importante del proceso de educación democrática.²⁷

45

En 1797, Kilham encabezó la primera separación wesleyana importante, la Nueva Conexión Metodista, que adoptó muchas de sus propuestas de estructura más democrática. La conexión tuvo su mayor fuerza en los centros manufactureros, y (probablemente) entre los artesanos y los tejedores teñidos de jacobinismo.²⁸ El mismo Kilham comprendía a los reformadores, y aunque mantenía sus convicciones políticas en un último término, sus oponentes de la conexión ortodoxa se esforzaron por mostrarlas. «Perderemos a todos los alborotadores revoltosos de nuestra Sión», la Conferencia se dirigía a los miembros de la iglesia en Irlanda, al darles cuenta de la separación: «todos los que se han adherido al sentir de Paine ...» En Huddersfield, los miembros de la Nueva Conexión eran conocidos como «los metodistas de Tom Paine». Podemos conjeturar el aspecto de sus partidarios a partir de una descripción del principal templo kilhamita de Leeds; con una congregación de quinientos «en medio de una gente dura de mollera, pobre e ingobernable, en lo alto de Ebenezer Street donde, razonablemente, no se podía esperar que fueran forasteros de la clase media». Y en diversos lugares, el vínculo entre la Nueva Conexión y la organización jacobina auténtica es más que una cuestión de deducción. En Halifax, en el templo Bradshaw, se formó un club de lectura y una sociedad de debate. La gente de este pueblo tejedor no sólo discutía el *Progress of Liberty* de Kilham en sus reuniones de clase, sino también *Los derechos del hombre* de Paine. El historiador del metodismo de Halifax, que escribía cuarenta años más tarde, todavía no pudo reprimir su asco hacia «aquel detestable grupo de escorpiones» que, al final, tomaron el templo, expulsaron al pastor ortodoxo del circuito,* compraron el local y continuaron como un templo «jacobino» para ellos.²⁹

* El circuito era un distrito de iglesias metodistas atendido por una serie de predicadores itinerantes. (V. de

²⁶ *The Progress of Liberty Amongst the People Called Methodist*, Alnwick, 1795.

²⁷ Véase *An Appeal to the Members of the Methodist Connexion*, Manchester, 1796; E. R. Taylor, *Methodism and Politics. 1791-1851*, Cambridge, 1935, cap. 2; W. J. Warner, *The Wesleyan Movement in the Industrial Revolution*, 1930, pp. 128-131.

²⁸ El apoyo a Kilham era fuerte en Sheffield, Nottingham, Manchester, Leeds, Huddersfield, Plymouth Dock, Liverpool, Bristol, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Bolton, Wigan, Blackburn, Oldham, Darlington, Newcastle, Alnwick, Sunderland, Ripon, Otley, Epworth, Chester y Banbury. Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 81; J. Blackwell, *Life of Alexander Kilham*, 1838, pp. 290, 343.

²⁹ J. Blackwell, *op. cit.*, p. 339; E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 85; J. Wray, «Facta Dillustrative of Methodism in Leeds», c. 1835, MS. de la Biblioteca de Consulta de Leeds; J. U. Wlaker, *Wesleyan Methodism in Halifax*, Halifax, 1836, pp. 216-223.

la t.)

El progreso de la Nueva Conexión no fue impresionante. El propio Kilham murió en 1798, y sus partidarios se debilitaron debido a la reacción política general de los últimos años de la década de 1790. Hacia 1811, la Nueva Conexión sólo podía declarar 8.000 miembros. Pero su existencia nos hace dudar de la tesis de Halévy. A la muerte de Wesley, se estimaba que las sociedades metodistas tenían unas 80.000 personas. Incluso suponiendo que todos ellos compartieran los principios conservadores de su fundador, apenas eran suficientes para haber detenido una marea revolucionaria. De hecho, acordaran lo que acordasen las Conferencias Anuales, hay pruebas de que el mar de fondo radical de 1792 y 1793 se extendía por toda la disidencia, de forma general, y en la mayor parte de las sociedades metodistas. El alcalde de Liverpool hacía seguramente una observación acertada, cuando escribió al Ministerio del Interior en 1792:

En todos estos lugares sólo hay locales de reunión metodistas y algunos otros y ... de ese modo la Juventud del Condado se está formando bajo la Enseñanza de un Grupo de Hombres no sólo Ignorantes, sino de quienes, creo, tenemos Demasiada Razón, últimamente, para imaginar que son contrarios a nuestra Afortunada Constitución.³⁰

46

Fue durante los años contrarrevolucionarios, *después* de 1795, cuando el metodismo hizo su mayor progreso entre la población obrera y actuó de la manera más evidente como una fuerza social estabilizadora o regresiva. Privado de sus elementos más demócratas e intelectuales debido a la separación kilhamita, y sujeto a formas de disciplina más severas, casi parece un fenómeno nuevo durante esos años; un fenómeno que se puede contemplar, a la vez, como consecuencia de la reacción política y como su causa.³¹

A lo largo de todo el período de la Revolución industrial, el metodismo nunca superó esta tensión entre las tendencias autoritaria y democrática. El segundo impulso se sintió con mucha fuerza en las sectas secesionistas: la Nueva Conexión y (después de 1806) los metodistas primitivos. Además, como ha señalado el doctor Hobsbawm, dondequiera que se hallase, el metodismo realizó, con su ruptura con la Iglesia oficial, las funciones del anticlericalismo del siglo XIX en Francia.³² En los pueblos agrícolas o mineros, la polarización del templo y la Iglesia pudo facilitar una polarización que adoptó formas políticas o industriales. Durante años pareció que la tensión estaba contenida; pero cuando estalló, a veces estaba cargada de una pasión moral —en la que el viejo Dios Puritano de las Batallas levantó una vez más su estandarte— que los líderes seculares difícilmente podían alcanzar. Con tal que Satán continuase siendo algo indefinido y que no tuviese un domicilio de clase fijo, el metodismo sometía a la población trabajadora a una especie de guerra civil moral: entre el templo y la taberna, el malvado y el redimido, el perdido y el rescatado. Samuel Bamford, en su *Early Days*,

³⁰ Citado en J. L. Hammond, *The Town Labourer*, 2ª ed., 1925, p. 270.

³¹ Véase más adelante, cap. 11.

³² E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, 1959, p. 146. (Hay trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1983.)

relataba con qué entusiasmo misionero él y sus compañeros estaban dispuestos a ir a las reuniones de plegaria de los pueblos vecinos «donde Satán tema, hasta ahora, muchos baluartes». «Esas plegarias se veían como tantos otros ataques contra los poderes del Príncipe del Aire.» (Un entusiasmo similar despertaba, al otro lado de los Peninos, el memorable himno: «En Bradford, asimismo, mira hacia abajo, donde Satán permanece sentado.») Sólo algunos años más tarde, Cobbet les había enseñado a los tejedores de las tierras altas del Lancashire a buscar a Satán, no en las cervecerías de un pueblo rival, sino en «*the Thing*» * y en la Vieja Corrupción. Precisamente, fue la rápida identificación de Lucifer con Lord Liverpool y Oliver el Espía lo que condujo a los tejedores a Peterloo.

* En los países escandinavos o en asentamientos, como en zonas de Inglaterra antes de la conquista, se denominaba así una reunión o asamblea pública y especialmente un consejo legislativo, un parlamento o un tribunal de justicia. (*N. de la t.*)

47

Deberíamos destacar otras dos características de la tradición de la disidencia. Aunque ninguna de las dos tuvo gran influencia en el siglo XVIII, ambas adquirieron un nuevo significado después de 1790. En primer lugar, existe un hilo continuo de ideas y ensayos comunitarios asociados con los cuáqueros, los camisardos y, en particular, los moravos. En Bolton y en Manchester, un fermento en un pequeño grupo de cuáqueros disidentes culminó en la partida, en 1774, de «Madre Ann» y un pequeño séquito para ir en busca de las primeras comunidades de *shakers* * en los Estados Unidos; 40 años más tarde, Robert Owen encontraría aliento en el éxito de los shakers, cuyas ideas popularizó en forma secular.³³

* Secta religiosa norteamericana que se denominaba a sí misma «Sociedad de los que creen en el Segundo Advenimiento de Cristo», tenían comunidades mixtas de mujeres y hombres que vivían practicando el celibato. (*N. de la t.*)

Los moravos, a quienes Wesley debía su conversión, nunca llegaron a estar completamente consolidados en la Inglaterra del siglo XVIII. Aunque mucha población inglesa ingresó en sus comunidades de Fulneck (Pudsey), y Dukinfield y Fairfiels (cerca de Manchester), así como en la congregación morava de Londres, las sociedades continuaron dependiendo de predicadores y administradores alemanes. Aunque las primeras sociedades metodistas surgieron en relación con la Fraternidad Morava, la última se distinguía de las primeras por su «inmovilidad», su evitación del «entusiasmo», y sus valores comunitarios prácticos; «el carácter sosegado, suave, regular, amable e impresionante del servicio (en Fulneck) era, tal como aparecía, como una especie de censura a la firmeza, el ruido y el tumulto de una reunión [metodista] del resurgimiento». La influencia de los moravos fue triple: primero, a través de sus actividades educacionales: Richard Oastler y James Montgomery (el poeta radical y editor del *Iris* de Sheffield) fueron educados en Fulneck; segundo, a través del éxito evidente de sus comunidades, que —junto con las de los shakers— eran a menudo citadas por los owenitas de principios del siglo XIX; y tercero, a través de la

³³ W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, 1961, I, caps. 3 y 5.

persistencia, en el seno de las sociedades metodistas —mucho después de que Wesley hubiese renegado de la conexión morava—, del anhelo de ideales comunitarios expresados en el lenguaje de la «fraternidad».³⁴

48

La tradición comunitaria se hallaba a veces asociada a otra tradición subterránea, la del milenarismo. Los miembros más apasionados de las sectas de la Revolución inglesa —los ranters y los Hombres de la quinta monarquía—, con sus interpretaciones literales del Libro de la Revelación y sus expectativas de una Nueva Jerusalén que descendería desde arriba, nunca se extinguieron totalmente. Los mugletonianos (o seguidores de Ludovic Muggleton) todavía predicaban en los campos y los parques de Londres, a finales del siglo XVIII. La sociedad Bolton, a partir de la cual surgieron los shakers, estaba presidida por la Madre Jane Wardley que se paseaba por la sala de reuniones, «con una fuerte agitación», declamando:

Arrepiéntete. Porque el Reino de Dios está Cerca. El nuevo cielo y la tierra nueva profetizados antaño están a punto de llegar Y cuando Cristo aparezca de nuevo, y se alce la verdadera iglesia en plena y superior gloria, entonces todas las confesiones anticristianas —los sacerdotes, la iglesia, el papa— serán eliminadas.³⁵

Cualquier suceso dramático, como el terremoto de Lisboa de 1755, daba lugar a expectativas apocalípticas. Ciertamente, existía una inestabilidad milenarista en el corazón del propio metodismo. Wesley, que era sumamente crédulo acerca de brujas, posesión satánica y bibliomancia (búsqueda de consejo en los textos hallados abriendo la Biblia al azar), a veces expresaba presentimientos referidos a la inminencia del Día del Juicio. Un primitivo himno de los Wesley, utiliza la acostumbrada metáfora milenarista:

Erige aquí Tu tabernáculo,
Haz bajar la *Nueva Jerusalén*,
Aparece Tú mismo en medio de Tus santos,
Y siéntanos en Tu trono deslumbrador.

Empieza el gran día milenario;
Ahora, Salvador, desciende con clamor,
Despliega Tu estandarte en los cielos,
Y trae el júbilo que nunca acabará.*

*Erect Thy tabernacle here, / The *New Jerusalem* send down, / Thyself amidst Thy saints appear, / And seat us on Thy dazzling throne. / Begin the great millennial day; / Now. Saviour. wjth a shout descend. / Thy standard in the heavens display. / And bring the joy which ne'er shall end.

Aunque se desalentaba la creencia literal en el milenio, la forma apocalíptica de las reuniones del resurgimiento metodista encendía la imaginación y preparaba el camino para la aceptación de los profetas quiliastas, después de 1790. En Londres, Bristol y Birmingham, pequeñas congregaciones de la iglesia swedenborgista de la Nueva

³⁴ Véase C. W. Towlson, *Moravian and Methodist*, 1957; Armytage, *op. cit.*, I, cap. 6; J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*. Stanningley. 1887, cap. 15; C. Driever, *Tory Radical*, Oxford, 1946, pp. 15-17.

³⁵ E. D. Andrews, *The People Called Shakers*. Nueva York. 1953, p. 6.

Jerusalén, preparaban a algunos artesanos para creencias milenaristas más intelectuales y místicas.³⁶

49

Si bien los historiadores y los sociólogos han prestado recientemente más atención a los movimientos y a las fantasías milenaristas, en parte su significado se ha oscurecido a causa de la tendencia a tratarlos en términos de inadaptación y «paranoia». Así el profesor Cohn, en su interesante estudio *The Pursuit of the Millennium*, puede hacer generalizaciones —gracias a una selección de las pruebas un tanto insólita— como que «los Elegidos» tenían una idea paranoica y megalómana, y que los movimientos de mentalidad «quiliástica» tenían el «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Cuando los movimientos mesiánicos obtienen un apoyo de masas: «Es como si unidades de paranoia hasta entonces diluidas entre la población, de pronto se fundieran para formar una nueva unidad: un fanatismo paranoico colectivo.»³⁷

Un proceso de «fusión» como éste ofrece dudas. Sin embargo, dado tal fenómeno, el problema histórico continúa existiendo, ¿por qué los agravios, las aspiraciones, o incluso los trastornos psicóticos deberían «fundirse» en movimientos influyentes, sólo en determinados momentos y en formas particulares?

Lo que no debemos hacer es confundir los puros «caprichos» y las aberraciones fanáticas con la *metáfora* —de Babilonia y del exilio egipcio y la Ciudad Celestial y la contienda con Satán— en donde grupos minoritarios han articulado su experiencia y han proyectado sus aspiraciones durante cientos de años. Además, la extravagante metáfora que determinados grupos han utilizado, no siempre revela sus motivaciones objetivas ni sus convicciones reales. Este es un problema difícil; cuando hablamos de «metáfora» queremos decir mucho más que figurar ras del lenguaje con las que se «revisten» ulteriores motivos. La metáfora es, en sí misma, una prueba de poderosas motivaciones subjetivas, completamente «real» como su objeto, completamente efectiva, como vemos repetidamente en la historia del puritanismo, en su intervención; histórica. Es el síntoma de cómo sentían y tenían esperanza, cómo amaban y odiaban, y cómo conservaban determinados valores en el propio íntimo de su lenguaje. Pero el hecho de que la exuberante metáfora apunte a veces hacia metas que son claramente ilusorias no significa que podamos concluir a la ligera que indica un «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Es más, una «adaptación» servil al sufrimiento y a la carencia puede denotar a veces un sentido de la realidad tan deteriorado como el del quiliasta. Siempre que encontremos un fenómeno como éste,

³⁶ Por lo que se refiere al wesleyanismo, véase Southey. *op. cit.*, p 367; Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807, pp. 443 y siguientes; J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 249. Para el swedenborgismo. Bogue y Bennett. *op. cit.*, IV, pp. 126-134; R. Southey, *Letters from England*, 1808, III, 113 y siguientes. En relación al fin del milenarismo del siglo XVII, véase Christopher Hill, «John Masón and the End of the World», en *Puritanism and Revolution*, 1958. Para algunas indicaciones sobre la tradición de) siglo xviii, véase W. H. G. Armytage, *op. cit.*, I, cap. 4.

³⁷ N. Cohn, *The Pursuit of the Millennium*, 1957, p. 312. (Hay trad. casi.: *En pos del milenio*, Alianza Editorial. Madrid. 1983.)

debemos intentar distinguir entre la energía psíquica acumulada —y liberada— en el lenguaje, por muy apocalíptico que sea, y el trastorno psicótico real.

50

A lo largo de la Revolución industrial podemos ver esa tensión entre el «reino exterior» y el «reino interior» en la disidencia de los pobres, con el quiliasma en un polo y el quietismo en el otro. Durante generaciones la educación más comúnmente asequible llegaba a través del pulpito y la escuela del domingo, el Antiguo Testamento y el *Pilgrim's Progress*. Entre este mundo simbólico y aquella experiencia social había un continuo intercambio; un diálogo entre actitudes y realidad que a veces era fructífero, a veces árido, a veces masoquista en su resignación, pero pocas veces «paranoico». La historia del metodismo indica que las deformaciones morbosas de la «exaltación» son las aberraciones más comunes de los pobres, en períodos de reacción social; mientras que las fantasías paranoicas corresponden más a los períodos en los que se liberan los entusiasmos revolucionarios. La corriente milenarista, subterránea durante tanto tiempo, irrumpió en la superficie con una inesperada fuerza, como resultado inmediato de la Revolución francesa: «Para el quiliasta auténtico, el presente se convierte en la brecha a través de la cual lo que antes estuvo oculto sale de pronto, se apodera del mundo exterior y lo transforma.»³⁸

De nuevo, la imagen y la realidad llegaban a confundirse. El quiliasma rozó a Blake con su aliento: se paseaba, no sólo entre los jacobinos y los disidentes del Londres artesano, sino también por las poblaciones mineras y de tejedores de las Midlands, por el norte y los pueblos del suroeste.

Pero en muchos espíritus se mantenía un equilibrio entre la experiencia exterior y el reino interior, al que los poderes del mundo no podían influir y que se conservaba con el evocador lenguaje del Antiguo Testamento. Thomas Hardy era un hombre sensato, incluso prosaico, con una atención meticulosa a los detalles prácticos de organización. Pero cuando rememoraba su proceso por alta traición, parecía lo más natural del mundo que se inspirase en el Libro de los Reyes para utilizar un lenguaje que entendiesen la mayor parte de los ingleses.

51

«El pueblo dijo: “¿Qué porción tenemos nosotros en David? Tampoco tenemos herencia en el hijo de Jesse. A vuestras tiendas, Oh Israel.... De este modo Israel se rebeló contra la Casa de David hasta nuestros días.”»

Por lo que se refiere a la tradición de la disidencia, que fue uno de los elementos que desencadenaron la agitación jacobina inglesa, no se puede ofrecer un resumen sencillo. Tiene una diversidad que escapa a cualquier generalización y que, sin embargo, es, en sí misma, su característica más importante. En la complejidad de las sectas que competían y los templos que se segregaban tenemos un substrato para la pluralidad de la cultura de la clase obrera del siglo XIX. Están los unitaristas o independientes, con un séquito de artesanos pequeño pero influyente, sustentado en

³⁸ Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, ed. de 1960, p. 193. Véase más adelante, pp. 115-119 y 426-431.

una vigorosa tradición intelectual. Están los sandemanianos, de los que el padre de William Godwin fue pastor; los moravos con su patrimonio comunitario; las sectas de los inghamitas, los mugletonianos, los swedenborgistas que surgieron en una peluquería apartada de Coid Bath Fields, y que publicaban un *Magazine of Heaven and Hell*. Están los dos viejos pastores disidentes de quienes Hazlitt dijo que llenaban sus pipas con hojas de frambuesa, con la esperanza de derribar la Vieja Corrupción mediante el boicot a todos los productos gravados con impuestos. Están los inmigrantes calvinistas metodistas que provienen de Gales y los inmigrantes educados en las sectas de covenantarios escoceses; Alexander Somerville, que se convirtió en famoso propagandista contra las *Corn Laws*,* se educó en una estricta familia antiburgher de campesinos del Berwickshire. Está el impresor Zacbariah Coleman, el héroe maravillosamente recreado de *The Revolution in Tanner's Lane*, con sus retratos de Burdett, Cartwright, y el Bunyan de Sadler en la pared: «no era un *ranter* o un partidario del resurgimiento, sino lo que se llamaba un calvinista moderado; es decir, se atenía al calvinismo como su credo indudable, pero cuando llegó el momento decisivo, lo modificó en su práctica real». Y están las sociedades curiosas, como los viejos deístas de Hoxton, que hablaban de sueños y (como Blake) de conversaciones con almas difuntas y ángeles, y que (como Blake) «cedieron casi inmediatamente al impulso más fuerte de la Revolución francesa» y se convirtieron en «*políticos*»³⁹

* Leyes que regulaban el comercio de grano en Inglaterra, y que fueron derogadas en 1846. después de una agitación considerable. (*N. de la t.*)

52

La libertad de conciencia fue el único gran valor que la gente común conservó desde la Commonwealth. El campo estaba dominado por la *gentry*,* las ciudades por ayuntamientos corruptos, la nación por la corporación más corrupta de todas: pero el templo, la taberna y el hogar les pertenecían sólo a ellos. En los lugares de culto «que no tenían campanario» había espacio para una vida intelectual libre y para experimentos democráticos con «innumerables miembros». Sobre el fondo de la disidencia de Londres, con su franja de deístas y de místicos fervorosos, William Blake ya no parece el genio estafalario y poco instruido que les debe parecer a aquellos que sólo conocen la cultura elegante de la época.⁴⁰ Por el contrario, es la voz original, y sin embargo auténtica, de una larga tradición popular. Si algunos de los jacobinos de Londres permanecieron extrañamente impertérritos ante la ejecución de Luis y María Antonieta, se debió a que recordaban que sus propios antepasados habían ejecutado una vez a un rey. Nadie que tuviese a Bunyan profundamente arraigado podía encontrar extraños muchos de los aforismos de Blake:

* *Gentry* designa a los miembros de la pequeña nobleza rural o urbana inglesa. (*N. de la t.*)

El mayor veneno que jamás se ha conocido

³⁹ W. H. Reid, *op. cit.*, p. 90.

⁴⁰ David V. Erdman, en su Blake, *Prophet against Empire*, Princeton, 1954, nos ha ayudado a ver a Blake en este contexto y —al hacerlo— ha clarificado muchas cosas sobre la vida intelectual del Londres jacobino. Véase también (para los antepasados de Blake, *ranters* y mugletonianos) A. L. Morton, *The Everlasting Gospel*, 1958.

Provino de la corona de laurel del César.**

** The strongest poison ever known / Carne from Caesar's laurel crown.

Y muchos, como Blake, se sentían desgarrados entre el deísmo racional y los valores espirituales alimentados durante un siglo en el «reino interior». Cuando en los años de represión se publicó *La edad de la razón* de Paine, muchos debieron de sentir como Blake cuando anotó en la última página de *Apology for the Bible*, del obispo de Llandaff (escrito en réplica a Paine): «Ahora me parece que Tom Paine es mejor Cristiano que el Obispo».

Cuando vemos la disidencia de este modo, estamos viéndola como una tradición intelectual: de esta tradición salieron muchas ideas originales y hombres originales. Pero no deberíamos dar por supuesto que los «viejos disidentes» estaban dispuestos, como un conjunto, a tomar el partido popular. Thomas Walker, el reformador de Manchester, que —siendo él mismo eclesiástico— había trabajado mucho en favor de la revocación de las *Test and Corporation Acts*, menospreciaba su timidez:

Los disidentes ... como conjunto han faltado constantemente a sus propios principios ... debido al miedo o a algún otro motivo, han sido tan firmes partidarios de una Moderación Excesiva, que más bien han sido los enemigos que los amigos de aquellos que lo han arriesgado todo y hecho todo en favor de los derechos del pueblo.⁴¹

53

Aquí vemos, quizá, una tensión entre Londres y los centros industriales. Los disidentes de Manchester, los miembros del Viejo Encuentro de Birmingham o el Gran Encuentro en Leicester, incluían algunos de los patrones más importantes del distrito. Su apego a la libertad civil y religiosa iba de la mano con su apego a los dogmas del libre comercio. Contribuyeron bastante —especialmente en las décadas de 1770 y 1780— en las formas de agitación extraparlamentaria y los grupos de presión política que anticipaban el modelo de política de la clase media del siglo XIX. Pero su entusiasmo por la libertad civil se desvaneció con la publicación de *Los derechos del hombre* y en muy pocos de ellos sobrevivieron los procesos y las persecuciones de los primeros años de la década de 1790. En Londres y en algunas bolsas en las grandes ciudades, muchos de los artesanos disidentes pasaron gradualmente, en el mismo período, desde el deísmo a una ideología secular. «La secularización», ha escrito el doctor Hobsbawm,

es el hilo ideológico que une en un conjunto la historia del laborismo londinense, desde los jacobinos de Londres y Place, pasando por los antirreligiosos owenitas y sus colaboradores, periodistas y librerías antirreligiosas, y los radicales librepensadores que seguían a Holyoake y se congregaban en el Bradlaugh Hall of Science, hasta la Federación Social Demócrata y los Fabianos de Londres con su ostensible disgusto hacia la retórica del templo.⁴²

Casi todos los teóricos del movimiento obrero se encuentran en esa tradición de Londres; si no, como Bray el impresor de Leeds, son análogos a los obreros

⁴¹ T. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794. p. 125.

⁴² Hobsbawm. *op. cit.*, p. 128.

cualificados de Londres.

Pero el propio catálogo revela una dimensión que está ausente: la fuerza moral de los ludistas, de Brandreth y el joven Bamford, de los Hombres de las Diez Horas, de los cartistas del norte y las ILP.* Y algunas de esas diferencias en las tradiciones pueden retrotraerse a las formaciones religiosas del siglo XVIII. Cuando en los últimos años del siglo llegó el resurgimiento democrático, la vieja disidencia había perdido a muchos de sus seguidores populares, y aquellos artesanos que todavía se adherían a ella estaban impregnados por los valores del individualismo ilustrado que conducía, a hombres como Francis Place, a aceptar una filosofía utilitaria limitada. Pero en todas aquellas grandes áreas de provincias, donde el metodismo triunfó en ausencia de la disidencia, prácticamente destruyó los elementos democráticos y antiautoritarios de la tradición más antigua, interponiendo entre la gente y su herencia revolucionaria un sentimentalismo inexperto que sirvió como auxiliar de la Iglesia oficial. Y sin embargo, el metodismo rebelde estuvo caracterizado por una especial seriedad y energía de inquietud moral. El sur y el norte, el intelecto y el entusiasmo, los argumentos de la secularización y la retórica del amor; la tensión se mantiene en el siglo XIX. Y cada tradición parece que se debilita sin el complemento de la otra.

* ILP: Independent Labour Party. (*N. de la t.*)

Capítulo 3. «LAS FORTALEZAS DE SATÁN»

¿Qué decir de las «fortalezas de Satán», las «rameras, taberneros y ladrones» por cuyas almas luchaban los evangelizadores? Si nos preocupa el cambio histórico, debemos prestar atención a las minorías articuladas. Pero esas minorías surgen de una mayoría menos articulada cuya conciencia se puede describir, en ese momento, como «subpolítica»; compuesta de superstición o irreligiosidad pasiva, prejuicio y patriotismo.

Lo inarticulado, por definición, deja pocos recuerdos de sus pensamientos. Los vislumbramos en momentos de crisis, como los motines Gordon, y sin embargo; la crisis no es una situación característica. Estamos tentados de seguirles en los archivos del delito. Pero antes de hacerlo debemos prevenirnos contra el supuesto de que, a finales del siglo XVIII, los «pobres de Cristo» pueden dividirse en pecadores arrepentidos por un lado, y asesinos, ladrones y borrachos por el otro.

En la Revolución industrial, es fácil hacer una división falsa de la población entre los organizados, o que van al templo, buenos, y los disolutos, malos, puesto que las fuentes nos empujan, por lo menos desde cuatro direcciones, hacia esa conclusión. Tal y como llegan a nuestras manos, aquellos hechos se presentaban de forma sensacional y manipulados con un propósito peyorativo. Si hemos de creer a uno de los investigadores más laboriosos, Patrick Colquhoun, sólo en las metrópolis había, en el momento del cambio de siglo, 50.000 rameras, más de 5.000 taberneros y 10.000 ladrones. Sus estimaciones más generalizadas de las clases delincuentes, que abarcan a los receptores de propiedad robada, falsificadores de moneda, jugadores, agentes de lotería, vendedores fraudulentos, sablistas ribereños, y pintorescos caracteres como los galopines, camorristas, hombres de la cachiporra, marroquíes, cocheros relámpago, carpantas, domadores de osos y cómicos ambulantes suman (junto con los primeros grupos) 115.000 de una población metropolitana de menos de un millón. Su estimación de las mismas clases para todo el país, incluyendo un millón de personas en la lista de la beneficencia parroquial, suma 1.320.716. Pero esas estimaciones agrupan de manera indiscriminada a los gitanos, vagabundos, desempleados y buhoneros y a los abuelos de Mayhew, que eran vendedores callejeros; mientras que sus prostitutas resultan ser, en un examen más minucioso, «mujeres impúdicas e inmorales», incluyendo «el extraordinario número que, entre las clases bajas, cohabitan sin casarse» (y eso en una época en la que el divorcio era absolutamente imposible para los pobres).¹

56

Así pues, las cifras son estimaciones impresionistas. Son tan reveladoras acerca de

¹ Patrick Colquhoun. *Treatise on the Police of the Metropolis*, 1797, pp. VII-XI; *Observations and Facts Relative to Public Houses*, 1796, Apéndice; *Treatise of Indigence*. 1806, pp. 38-43.

la mentalidad de las clases propietarias (que daban por supuesto —no sin razón— que cualquier persona sin empleo fijo y que no tuviese propiedad se debía mantener por medios ilegales) como lo son acerca del comportamiento delictivo real de los sin propiedad. Y la fecha de las investigaciones de Colquhoun es tan relevante como sus conclusiones, ya que se llevaron a cabo en la atmósfera de pánico del desenlace de la Revolución francesa. Durante las dos décadas anteriores a este hecho, hubo un importante arrebato de preocupación humanitaria entre las clases altas; lo podemos ver en la obra de Howard, Hanway, Clarkson, sir Frederick Edén, y en la preocupación creciente, entre la pequeña *gentry* y los hombres de oficio disidentes, por las libertades civiles y las religiosas. Pero, «el despertar de las clases trabajadoras, después de las primeras sacudidas de la Revolución francesa, hizo temblar a las clases altas»; Francés, lady Shelley, anotó en su *Diario*. «Todo hombre sentía la necesidad de poner su casa en orden ...».²

Para ser más exactos, la mayor parte de los hombres y mujeres con propiedad sentían la necesidad de poner en orden las casas de los pobres. Los remedios que se proponían podían diferir; pero la idea que había detrás de Colquhoun, con su defensa de una policía más eficaz, de Hannah More, con sus folletos de medio penique y sus escuelas dominicales, de los metodistas con su renovado acento en el orden y la sumisión, de la más humana Sociedad para mejorar las Condiciones de los Pobres, del obispo Barrington, y de William Wilberforce y el doctor John Bowdler, con su Sociedad para la Supresión del Vicio y el Fomento de la Religión, era más o menos la misma. El mensaje que se debía dar a los pobres obreros era simple; Burke lo resumió en el año de carestía de 1795: «Se les debería recomendar paciencia, trabajo, moderación, frugalidad y religión; todo lo demás es un engaño indiscutible.» «No conozco nada mejor calculado para llenar un país de bárbaros dispuestos a cualquier maldad —escribió Arthur Young, el propagandista agrícola— que los bienes comunales extensos y el servicio religioso sólo una vez al mes. ... ¿Tan lento es el progreso de las ideas francesas que debéis prestarles tal ayuda?»³ En la década de 1790, la sensibilidad de la clase media victoriana era alimentada por una *gentry* asustada que había visto cómo los mineros, los alfareros y los cuchilleros leían *Los derechos del hombre*, y sus padres adoptivos eran William Wilberforce y Hannah More. Durante esas décadas contrarrevolucionarias la tradición humanitaria se pervirtió de tal modo que resultó irreconocible. Los malos tratos en las prisiones de las décadas de 1770 y 1780, que Howard había revelado, retrocedieron lentamente en las décadas de 1790 y 1800; y sir Samuel Romilly encontró, en los primeros 10 años del siglo XIX, que sus esfuerzos para reformar la ley penal eran recibidos con hostilidad y timidez; la Revolución francesa había producido (recordaba) «entre los órdenes más elevados ... un horror hacia todo tipo de innovación». «Todo sonaba y se conectaba con la Revolución en Francia —recordaba lord Cockburn (de su juventud escocesa)—. Todo,

² *The Diary of Frances Lady Shelley, 1787-1817*. compilado por R. Edgcumbe, 1912, pp. 8-9.

³ *General View of the Agriculture of the County of Lincoln*, 1799, p. 439.

no esto o lo otro, sino literalmente todo, estaba impregnado por este acontecimiento.» Era la capa de ambigüedad moral que se asentaba en Gran Bretaña durante esos años, lo que hizo montar en cólera a Blake:

57

Por causa de los Opresores de Albión en toda Ciudad y Pueblo...

Obligan a los Pobres a alimentarse de un mendrugo de pan por medio de artes suaves y persuasivas.

Reducen al hombre a la indigencia, luego donan con pompa y ceremonia:

La alabanza de Jehová la cantan labios hambrientos y sedientos.⁴

Una disposición como ésta por parte de las clases propietarias no favorecía (como hemos visto en el caso de Colquhoun) la observación social precisa. Y reforzaban la tendencia natural de la autoridad a mirar las tabernas, las ferias y cualquier congregación grande de gente, como una molestia: una fuente de ociosidad, pependencias, sedición o contagio. Esa disposición general a «falsear» los hechos, a finales del siglo XVIII, se veía instigada desde otras tres direcciones. En primer lugar tenemos la actitud utilitaria de la nueva clase de los fabricantes, cuya necesidad de imponer una disciplina de trabajo en las ciudades fabriles se oponía a muchas diversiones e informalidades tradicionales. En segundo lugar, está la propia presión metodista, con su infinita procesión de pecadores golpeándose el pecho, divulgando biografías provenientes de la confesión, desde la prensa. «Padre Todopoderoso, ¿por qué fuiste indulgente con un rebelde como yo?», pregunta uno de esos penitentes, un marinero redimido. Él, en su disoluta juventud:

58

no sólo asistía a las carreras de caballos, vigiliyas, bailes, ferias, frecuentaba la casa de juego, sino que además, tan pronto como había olvidado el miedo de su Hacedor y el consejo de su madre, se emborrachó varias veces con licor. Era aficionado a cantar canciones profanas, contar chistes groseros y a hacer comentarios para mofarse y ridiculizar ...

Y por lo que se refiere al marinero común:

Su canción, su vaso rebosante de vino y su amada (quizá una prostituta de la calle) constituyen su trío de placer. Piensa pocas veces, lee raramente y nunca reza ... Háblale de la llamada de Dios, te dice que bastante tiene con oír la llamada del contra maestre. Si le hablas del Cielo, contesta que espera tener una buena litera en la arboladura; ¿se menciona el infierno? bromea acerca de estar bajo la escotilla.

«¡Oh, hijos míos, qué milagro si una víctima del pecado como ésta se convirtiera en predicador de la salvación!»⁵

Una literatura como ésta debemos exponerla a una luz satánica y leerla para atrás, si queremos captar lo que el «Alegre Marinero» o el aprendiz o la chica de Sandgate pensaban acerca de la autoridad o de los predicadores metodistas. Si esto no se hace,

⁴ Véase también el estimulante análisis de V. Kieman. «Evangelicalism and the French Revolution», *Past and Present*. I (febrero de 1952).

⁵ Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor* Hull, sin fecha (¿1812?); para una visión diferente del marinero del siglo XVIII, véase R. B. Rose, «A Liverpool Sailor's Strike in the 18th Century». *Trans. Lañes, and Chesh. Antiq. Soc.*, LXVIII (1958).

el historiador se puede inclinar a juzgar con mucha dureza el siglo XVIII, por algunas de las cosas que hacían soportable la vida para la gente común. Y, cuando valoramos el movimiento obrero primitivo, ese tipo de hechos se complementan desde una tercera dirección. Algunos de los primeros líderes y cronistas del movimiento eran trabajadores autodidactos, que se hicieron a ellos mismos mediante esfuerzos de autodisciplina que les obligaron a volver la espalda al despreocupado mundo de la taberna. «No puedo ir a una taberna, como muchos otros —escribía Francis Place—. Detesto las tabernas y la gente de las tabernas. No puedo beber, no puedo consentir, ni por un minuto, en hablar con necios.»⁶ Las virtudes de la propia dignidad llevaban a menudo consigo actitudes estrechas en correspondencia; en el caso de Place le conducían a la aceptación de las doctrinas utilitaristas y malthusianas. Y aunque Place fuera el mayor archivista del movimiento primitivo, su propia abominación de la imprevisión, la ignorancia y la licencia de los pobres, por fuerza tiene que teñir el registro. Además, la lucha de los reformadores era en favor de la ilustración, el orden y la moderación en sus propias esferas; hasta tal punto que, en 1802, Windham pudo afirmar, con algún viso de verdad, que los metodistas y los jacobinos se habían confabulado para acabar con las diversiones del pueblo:

59

Según los primeros ... todo lo que fuera alegre debía ser prohibido, para preparar al pueblo a recibir sus fanáticas doctrinas. Según los jacobinos, por otra parte, una cuestión importante a tener en cuenta era dar un carácter de mayor seriedad y solemnidad al temperamento de los órdenes más bajos, como medio para facilitar la recepción de sus principios.⁷

Los que han querido subrayar la juiciosa ascendencia constitucional del movimiento obrero han minimizado algunas veces sus características más vigorosas y abigarradas. Lo máximo que podemos hacer es estar alerta. Necesitamos más estudios de las actitudes sociales de los delincuentes, los soldados y los marineros, de la vida de la taberna; y deberíamos examinar los hechos, no con una visión moralizante («los pobres de Cristo» no siempre eran buenos), sino sabiendo apreciar los valores brechtianos: el fatalismo, la ironía frente a los sermones del poder, la tenacidad de la propia supervivencia. Y debemos recordar también el «substrato» del cantor de baladas y del recinto de la feria, que legaron tradiciones al siglo XIX (al teatro de variedades, o a la *troupe* de los Dickens, o a los buhoneros y charlatanes de Hardy); porque por esos caminos lo «inarticulado» conservó ciertos valores —una espontaneidad y capacidad para el placer y las lealtades mutuas— a pesar de las presiones disuasorias de los magistrados, los propietarios de las factorías y los metodistas.

Podemos aislar dos formas de incidencia de esas tradiciones «subpolíticas» en el movimiento obrero primitivo; los fenómenos del motín y la muchedumbre, y las ideas

⁶ Graham Wallas, *Life of Francis Place*, 1918, p. 195.

⁷ Windham hablaba en un debate sobre la diversión de acosar a los toros con perros, y sobre este tema, sin duda, la mayoría de los metodistas y los jacobinos estaban de acuerdo. Véase L. Radzinowicz, *History of the English Criminal Law*. 1948-1956, m. pp. 205-206.

populares de un «derecho por nacimiento» del ciudadano inglés. En cuanto al primero, debemos advertir que siempre persistieron actitudes populares con respecto al delito, que a veces eran equivalentes a un código no escrito completamente diferente a las leyes del país. Ciertos delitos eran proscritos por ambos códigos: el asesino de una esposa o un hijo sería apedreado y execrado en su camino hacia Tyburn. Los piratas y los salteadores de caminos pertenecían a las baladas populares, en parte como mito heroico, en parte como advertencia a los jóvenes. Pero comunidades enteras perdonaban decididamente otros delitos: la acuñación de moneda, la caza furtiva, la evasión de impuestos (el impuesto sobre las ventanas y los diezmos) o de los derechos sobre el consumo interior * o del *pressgang*.** Las comunidades de contrabandistas vivían en un estado de guerra permanente con la autoridad, cuyas reglas no escritas se sobreentendían por ambas partes; las autoridades podrían prender un barco o atacar el pueblo, y los contrabandistas podrían resistirse a la detención: «pero no formaba parte de las tácticas del contrabando llevar la lucha más allá de la defensa, o a veces el rescate, debido a las represalias que, seguro, se sucederían ...».⁸ Por otro lado, otros delitos, que se cometían con facilidad y sin embargo afectaban al sustento de determinadas comunidades —como el robo de ovejas o de telas de los tendedores en los campos abiertos—, suscitaban la condena popular.⁹

* En inglés *excise*; era un impuesto que gravaba los productos del país, ya fuera en el proceso de su fabricación o antes de la venta a los consumidores ingleses. Algunos equivalentes del *excise* serían: alcabalas, cientos y millones en la corona de Castilla; la *bolla* y las *generalizats* en la corona de Aragón, etc. (*N. de la t.*)

** Cuerpo de hombres que, bajo la dirección de un oficial, tenía la función de apremiar a los hombres para el servicio en el ejército o la armada. (*N. de la t.*)

60

Esta distinción entre el código legal y el código popular no escrito es frecuente en cualquier época. Pero pocas veces los dos códigos se han diferenciado más agudamente el uno del otro que en la segunda mitad del siglo XVIII. Incluso se pueden ver esos años como aquellos en que el enfrentamiento de clase se decidía luchando en los términos de Tyburn, las galeras y los correccionales de un lado; y el delito, el motín y la acción de la muchedumbre del otro. Las investigaciones del profesor Radzinowics en *History of English Criminal Law* han añadido un deprimente peso de evidencia a la imagen que Goldsmith dio a conocer hace tiempo:

Cada juez caprichoso hace nuevas leyes más gravosas
Las leyes oprimen al pobre y el rico las dispone ... *

* Each wanton judge new penal statutes draw, / Laws grind the poor, and rich men rule the law ...

No era el juez (una salvedad importante), sino el cuerpo legislativo el responsable de promulgar siempre más penas capitales por los delitos contra la propiedad: en los años que van desde la Restauración a la muerte de Jorge III, el número de delitos que fueron penados con la muerte aumentó en cerca de 190; o sea más de uno por año, y de ellos, se agregaron no menos de 73 en los años 1760-1810. Iban a ser castigados

⁸ Serjeant Paul Swanston. *Memoirs of... a Soldier's Life*, sin fecha.

⁹ Para formarse una idea de las iradiciones no escritas de los deportados, véase Russell Ward, *The Australian Legend*, Melbourne. 1958, cap. 2.

con la muerte, no sólo los pequeños hurtos, sino también las primeras formas de rebelión industrial: destruir un telar de seda, derribar vallas cuando se cercaban las tierras comunales, y prender fuego a los almiarés de cereales. Es cierto que el cuerpo de policía era completamente ineficaz y que la administración de «justicia» funcionaba de cualquier modo. También es cierto que, en los últimos años del siglo XVIII, mientras se multiplicaban los delitos penados con la muerte, algunos jurados se volvieron reacios a condenar, y la proporción de infractores condenados que realmente llegaban a ser ejecutados descendió.¹⁰ Pero si la sentencia de muerte se aplazaba, era conmutada por la terrible vida de las galeras o la deportación, que era peor que la muerte. El desfile hacia Tyburn (más tarde al cadalso en el exterior de Newgate) era una ceremonia central del Londres del siglo XVIII. Los condenados en las carretas — los hombres con un atavío llamativo, las mujeres de blanco, con canastas de flores y naranjas que lanzaban al gentío—, los cantores de baladas y los vendedores ambulantes, con sus «últimas palabras» (que se vendían incluso antes de que las víctimas hubiesen dejado caer el pañuelo, señal para que el verdugo hiciera su trabajo): todo el simbolismo de la «Feria de Tyburn» era un ritual en el corazón de la cultura popular de Londres.

61

La expansión comercial, el proceso de cercado de campos, los primeros años de la Revolución industrial: todo tuvo lugar a la sombra de la horca. Los esclavos blancos abandonaban nuestras costas para ir a las plantaciones norteamericanas y, más tarde, a Tasmania, mientras Bristol y Liverpool se enriquecían con los beneficios de la esclavitud negra; y los propietarios de esclavos de las plantaciones de las Indias Occidentales injertaban su riqueza en antiguos linajes, en el mercado matrimonial de Bath. No es una imagen agradable. En los bajos fondos, los policías y los carceleros rozaban el campo del delito: dinero manchado de sangre, dinero fruto de la extorsión, y venta de alcohol a sus víctimas. El sistema de recompensas escalonadas para los capturadores de ladrones les incitaba a agrandar el delito del acusado. Los pobres perdían los derechos que tenían en el país, y su pobreza más las ineficaces medidas de prevención les inducían a delinquir; el pequeño hombre de oficio o el maestro tenían la tentación de falsificar o hacer transacciones ilícitas por miedo a la prisión que se aplicaba a los deudores. Cuando no se podía probar delito alguno, los *J.P.s* * tenían amplios poderes para enviar al vagabundo, al pícaro renuente o a la madre soltera, al Bridewell (o «Casa de Corrección»); aquel lugar funesto, invadido por la enfermedad, dirigido por funcionarios corruptos, cuyas condiciones escandalizaron a John Howard,

¹⁰ Véase Radzinowicz, *op. cit.*, I, Partes 1 y 2. El doctor Radzinowicz demuestra que de 527 condenados a muerte en Londres y el Middlesex, entre 1749 y 1758, fueron ejecutados 365; mientras que entre 1790 y 1799, se condenó a 745 y sólo se ejecutó a 220. Así, la proporción de ejecutados en relación con la de condenados desciende, más o menos, de dos de cada tres a uno de cada tres: y continúa descendiendo en la década de 1800. Por otra parte, la mayoría de condenas son por delitos contra la propiedad; por ejemplo, de 97 ejecuciones en Londres y el Middlesex en 1785, sólo una lo fue por asesinato, 43 fueron por robo en domicilios y las restantes por delitos contra la propiedad (falsificación, robo de caballos, etc.). Radzinowicz concluye que estas cifras indican tendencias nacionales, y que «en 1785 la pena de muerte se imponía casi exclusivamente por delitos económicos».

más que las de las peores prisiones. La mayor ofensa contra la propiedad era no tener ninguna.

* *J.P.s* son las siglas que corresponden a *Justice(s) of Peace*, es decir, jueces que estaban encargados de mantener la paz en la jurisdicción para la que habían sido nombrados. (*N. de la t.*)

62

La ley era detestada, pero también se la despreciaba. Sólo los delincuentes habituales merecían tanto odio popular como los delatores que llevaban a los hombres a la horca. Y el movimiento de resistencia a las leyes de los propietarios no sólo tomaba la forma de actos delictivos individuales, también se materializaba en acciones insurreccionales esporádicas y fragmentarias, en las que el número proporcionaba cierta inmunidad. Cuando Wyvill previno al comandante Cartwright del peligro de la «acción desenfadada» de la «chusma furiosa e ingobernable», no estaba poniendo dificultades imaginarias. Al pueblo británico se le conocía en toda Europa por su turbulencia, y la población de Londres asombraba a los visitantes extranjeros por su falta de respeto hacia ellos. El siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX están salpicados por el motín, ocasionado por los precios del pan, los portazgos y peajes, los derechos sobre el consumo interior, el «rescate», las huelgas, la nueva maquinaria, los cercados, los *press-gangs* y muchísimos agravios más. La acción directa contra determinadas injusticias se diluye, por una parte, en las grandes rebeliones políticas de la «muchedumbre»: la agitación de Wilkes de las décadas de 1760 y 1770, los motines Gordon (1780), los tumultos del Rey en las calles de Londres (1795 y 1820), los motines de Bristol (1831) y los motines Bull Ring de Birmingham (1839). Por otro lado, se mezcla con formas organizadas de acción ilegal ininterrumpida o casi insurrección: el ludismo (1811-1813), los motines de East Anglia (1816), la «Última revuelta de los trabajadores» (1830), los motines Rebecca (1839 y 1842) y los motines Plug (1842).

Esta segunda forma, casi insurreccional, debemos analizarla más atentamente cuando pasemos a considerar el ludismo. Era una forma de acción directa que surgía en unas condiciones específicas, que a menudo estaba muy organizada y se encontraba bajo la protección de la comunidad local; y con respecto a la cual deberíamos ser cautelosos por lo que hace a la generalización. La primera forma está recibiendo la atención de los historiadores sólo desde hace poco tiempo. El doctor Rudé, en su estudio de *The Crowd in the French Revolution*, sugiere que «el término “muchedumbres”, en el sentido de cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos ... debería ser utilizado con prudencia y sólo cuando esté justificado en un caso determinado».

Los historiadores han utilizado el término demasiado a menudo de forma remisa, para eludir un análisis más detenido, o (con la sugerencia de la existencia de elementos delincuentes motivados por el deseo de botín) como un gesto de prejuicio. El doctor Rudé indica que el término «multitud revolucionaria» puede ser de mayor utilidad cuando se trate del motín de finales del siglo XVIII en Inglaterra, del mismo modo que en la Francia revolucionaria.

La distinción es útil. En Gran Bretaña, en el siglo XVIII, las acciones de amotinamiento adoptaban dos formas distintas: la de la acción directa más o menos espontánea; y la de la utilización deliberada de la multitud como instrumento de presión, por parte de personas situadas por encima o al margen de ella. La primera forma no ha recibido la atención que merece. Se fundamentaba en legitimidades populares más articuladas, y estaba sancionada por tradiciones más complejas de lo que la palabra «motín» indica. El ejemplo más común es el motín del pan o de subsistencia, del que podemos encontrar repetidos casos en casi todas las ciudades y condados, desde la década de 1840.¹¹ Pocas veces era un tumulto que culminara en la apertura por la fuerza de los graneros o el saqueo de tiendas. Estaba legitimado por los principios de una economía moral más antigua, que establecía la inmoralidad de cualquier método desleal de hacer subir el precio de las provisiones especulando con las necesidades de la población.

63

Tanto en las comunidades urbanas como rurales, la conciencia de consumidor precedió a otras formas de enfrentamiento político o industrial. El indicador más sensible del descontento popular no eran los salarios, sino el coste del pan. Los artesanos, los menestrales que trabajaban por cuenta propia, o grupos como los mineros del estaño de Cornualles (donde las tradiciones del minero «libre» tiñeron las reacciones de la población hasta el siglo XIX),¹² tenían la concepción de que sus salarios se regulaban por la costumbre o gracias a su propio regateo. Esperaban comprar sus provisiones en el mercado al aire libre, e incluso en las épocas de escasez esperaban que los precios se regularan también por costumbre. (Las «leyes» divinas de la oferta y la demanda, según las cuales la escasez provocaba inevitablemente un vertiginoso aumento de los precios, no habían ganado aceptación de ningún modo en la mentalidad popular, en la que todavía persistían las viejas nociones del regateo cara a cara.) Cualquier aumento repentino de los precios provocaba el motín. *EL Assize of Bread*,* el tamaño y la calidad de la hogaza, se regulaban mediante un intrincado tejido de legislación y costumbre.¹³ Incluso el intento de imponer la medida patrón de Winchester para la venta de trigo, frente a algunas medidas acostumbradas, podía acabar en motines. Cuando la Sociedad Agrícola de North Devon impuso el *bushel*** patrón de Winchester en el mercado de Bideford, en 1812, uno de sus principales miembros recibió una carta que helaba la sangre:

* Reglamento sobre el precio del pan. (*N. de la t.*)

¹¹ Para la frecuencia de los motines, véase R. F. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of the Eighteenth Century*, 1946.

¹² Los *tributen* o *tut-workers* de Cornualles eran trabajadores por contrato directo, una minoría de los cuales todavía a finales de siglo XVIII diversificaban su trabajo con la pesca del arenque, las pequeñas tenencias (como hacían algunos mineros del plomo del Yorkshire), etc.; véase J. Rowe, *Cornwall in the Age of the Industrial Revolution*, Liverpool, 1953, pp. 26-27. [*To work on tribute* o *upon tut* es un sistema de contratación, utilizado en las minas y también en agricultura, en el que el pago se realiza con una parte proporcional del producto. En España se utiliza en el sector pesquero y se denomina «pescar a la parte». (*N. de la t.*)]

¹³ Para esa compleja situación, véase C. R. Fay, *The Corn Laws and Social England*, Cambridge, 1932, cap. 4.

** Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros. (*N. de la t.*)

... las Noches de Invierno no han pasado, por esta razón tu persona no irá viva a casa; o si tienes la suerte de escapar de la mano que guía esta pluma, un Fósforo encendido realizará la misma ejecución. No sé, pero tu familia entera se verá envuelta en llamas, tu Cadáver, si es que se encontrara algo parecido, se tirará a los Perros si Contiene algún Humor para que los Animales lo devoren ...¹⁴

64

Los motines de subsistencias eran a veces tumultuosos, como el «Gran Motín del Queso» en la feria de los gansos de Nottingham, en 1764, en la que quesos enteros se hicieron resbalar rodando por las calles; o el motín de la misma ciudad, en 1788, a causa del elevado precio de la carne, en el que se arrancaron y se quemaron las puertas y las contraventanas de las carnicerías, junto con los libros de cuentas de los carniceros, en la plaza del mercado.¹⁵ Pero incluso esa violencia revela un motivo más complejo que el hambre: se castigaba a los detallistas a causa de sus precios y de la baja calidad de la carne. Más a menudo, las «muchedumbres» mostraban una autodisciplina en el marco de un modelo de comportamiento establecido por costumbre. Quizá la única vez en su vida que John Wesley elogió una acción tumultuosa fue cuando anotó en su diario las acciones de una muchedumbre en James' Town en Irlanda; la muchedumbre:

había estado en movimiento todo el día; pero su actividad sólo tenía que ver con los acaparadores del mercado, que habían comprado todo el cereal, por todas partes, para hacer morir de hambre a los pobres y cargar un barco danés que estaba en el muelle; pero la muchedumbre lo trajo todo al mercado y lo vendió al precio normal, dándole el dinero a los propietarios. Y esto lo hicieron con toda la calma y la compostura que se pueda imaginar, y sin atacar ni hacer daño a nadie.

En Honiton, en 1766, los encajeros fijaron los cereales según las condiciones de los granjeros, los llevaron ellos mismos al mercado, los vendieron y devolvieron el dinero e incluso los sacos a los granjeros.¹⁶ Durante el mismo año, en el valle del Támesis, grandes grupos de trabajadores que se intitulaban a sí mismos «Los Reguladores» visitaban los pueblos y las ciudades (Abingdon, Newbury, Maidstone) e imponían un precio popular para todos los víveres. (La acción se inició con cuadrillas de hombres que trabajaban en la carretera del portazgo, que decían «con una sola Voz, Vamos todos a Newbury como un solo Hombre para Abaratar el pan».)¹⁷ Un ejemplo de Halifax de 1783 repite el mismo modelo de intimidación popular y autodisciplina. La multitud reunida provenía de pueblos tejedores de fuera de la ciudad, y descendió en dirección al mercado con cierto tipo de orden (formados de «a dos») con un ex soldado y acuñador de moneda, Thomas Spencer, a la cabeza. Los negociantes de grano fueron asediados y obligados a vender avena a 30s. y trigo a 21s. la carga. Con posterioridad,

¹⁴ Cana adjunta de «Tilomas Certain», en Skurray a H.O., 25 de marzo de 1812. H.O. 42.121.

¹⁵ J. Blackner, *History of Nottingham* Nottingham. 1815. pp. 383-384.

¹⁶ Véase R. B. Rose, «18th Century Price-Riots. the French Revolution, and the Jacobin Maximum», *International Review of Social History*, IV (1959). p. 435.

¹⁷ T. S., II, 3707.

cuando Spencer y un compañero amotinado fueron ejecutados, se llamó a un numeroso cuerpo del ejército por si se producía un intento de rescate; y el carro funerario subió el valle del Calder, hasta el pueblo natal de Spencer, por una carretera atestada por varios miles de acompañantes.¹⁸

65

Estos «motines» se consideraban a nivel popular como actos de justicia, y sus líderes se tenían como héroes. En la mayoría de los casos culminaban en la venta obligada de víveres al precio de costumbre o popular, de manera semejante a la *taxation populaire* francesa,¹⁹ y los ingresos se daban a los propietarios. Por otra parte, requerían más preparación y organización de lo que parece a primera vista; a veces la «muchedumbre» controlaba el mercado durante varios días, a la espera de que bajaran los precios; a veces las acciones eran precedidas por octavillas escritas a mano (e impresas, en la década de 1790); a veces las mujeres controlaban la plaza del mercado, mientras partidas de hombres interceptaban grano en las carreteras, en los muelles, en los ríos; muy a menudo la señal para la acción la daba un hombre o una mujer que llevaba una hogaza en alto, decorada con cinta negra y con alguna consigna escrita. En septiembre de 1812, en Nottingham, empezó una acción con varias mujeres, «que clavaron una hogaza de medio penique en el extremo de una caña, después de haberla listado con almagre y haberle atado alrededor una tira de crespón negro, emblemática ... de “el hambre devastadora ataviada con el Hábito de penitencia”».²⁰

El año culminante de esos «motines» fue 1795, un año de hambre europea o de extrema escasez, en el que la vieja tradición popular se endureció debido a la conciencia jacobina de una minoría. A medida que los precios se disparaban, la acción directa se extendía por todo el país. En Nottingham, las mujeres «fueron de una panadería a otra, fijaron su propio precio para las existencias que allí había y, dejando el dinero sobre la mesa, se las llevaron». El comandante de Gloucester escribió con inquietud: «Tengo mucha razón en temer la visita de los mineros del carbón que se encuentran en el Bosque del Deán y que han estado durante varios días yendo de pueblo en pueblo en los alrededores, y vendiendo la Harina, el Trigo y el Pan que pertenecía a los Molineros y Panaderos, a precios reducidos».

66

En Newcastle la multitud impuso la venta de mantequilla a 8d. la libra, el trigo a 12s. por *boll*,* y las patatas a 5s. la carga, en presencia de las autoridades de la ciudad; no se cometió violencia alguna. En Wisbech los «Banqueros» ** («una Pandilla de Hombres de lo más Terrible, cuyo número les hacía temibles») —grupos de trabajadores rurales empleados en la construcción de canales, trabajos de cercado, etc. — dirigieron un motín en el mercado, encabezado por un hombre con un pan de seis peniques clavado en un horcón. En Carlisle se averiguó el paradero de grano en un almacén, y su contenido, así como el cargamento de un barco, se llevaron al

¹⁸ H. Ling Roth, *The Yorkshire Coiners*. Halifax. 1906. p. 108.

¹⁹ Véase R. B. Rose. *op. cit.*

²⁰ J. F. Sution, *The Date-Book of Nottingham*, Nottingham, edición de 1880, p. 286.

ayuntamiento y se vendieron a 18s. la carga. Por otro lado, en Cornualles, los «estañadores» pululaban por las tierras de labranza, imponiendo sus «Leyes del Máximo».²¹

* Medida de capacidad para granos que en Escocia equivalía a 6 bushels, pero que en Inglaterra oscilaba entre 6 y 2 bushels. (*N. de la t.*)

** En inglés la palabra *bunker* significa, a la vez, propietario de un negocio de banca y persona que trabaja en la construcción de banales, márgenes y canales. (*N. de la t.*)

Las acciones a esa escala (y hubo muchas más) son indicio de un modelo de comportamiento y convicción extraordinariamente arraigado. Además, eran tan generalizadas que el Consejo Privado (que estuvo muy preocupado por el problema del abastecimiento de grano, desde mayo a diciembre de 1795) apenas podía asegurar el transporte de provisiones de un condado al próximo. Surgió algo parecido a una guerra entre el campo y las ciudades. La población de los distritos rurales creía que su cereal sería enviado a las ciudades, mientras que a ellos se les dejaría morir de hambre. Los granjeros se negaban a mandar su grano al mercado, por miedo a que fuera vendido a precio popular. En los puertos, los barcos eran detenidos porque la gente pensaba que los agentes estaban enviando grano al extranjero. Los magistrados hacían la vista gorda ante las retenciones de grano en sus propios distritos. En Witney, «los Habitantes ... se apoderaron de algún Grano cuando iba a ser enviado fuera del País, lo devolvieron, y lo vendieron a bajo precio». En Cambridge fueron detenidas algunas cargas de trigo y se saldaron en la plaza del mercado. En el West Riding las muchedumbres detuvieron y confiscaron las barcazas del Calder y el Aire. En Burford, la población impidió que saliera de la ciudad una carga de cereal, y se vendió a 85. el *bushel*, un magistrado temía que la población de Birmingham saliera resueltamente y atacara Burford. En Wells, «un buen número de Mujeres» impidió que los barcos de grano zarparan hacia Londres.²²

67

Esas acciones populares estaban legitimadas por la vieja economía moral paternalista. Aunque la vieja legislación contra los acaparadores y los especuladores había sido revocada y abolida en gran parte hacia finales del siglo XVIII, se mantenía con un vigor que no había disminuido, tanto en la tradición popular como en la mentalidad de algunos paternalistas *tories*, entre los que se incluía nada menos que el *Lord Chief Justice* * (Kenyon) quien en 1795 manifestó su opinión de que el acaparamiento y el acopio seguían siendo ofensas a la ley consuetudinaria.²³

* Título de los jueces que presidían todos los tribunales de la magistratura real y de litigios consuetudinarios. (*N. de la t.*)

En la mentalidad popular, esas ofensas abarcaban cualquier acción de fraude

²¹ Nottingham: J. F. Sutton, *op. cit.*, p. 207; Gloucester, Wisbech y Carlisle: H.O. 42.35; Newcastle: E. Mackenzie, *Descriptive and Historical Account of Newcastle-upon-Tyne*, Newcastle, 1827, p. 72; Cornwall: Rowe, *op. cit.*, pp. 104-105, y. para acciones posteriores, pp. 142, 158-162, 181-184. Véase también W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-1797*, Nueva York, 1912. pp. 202-215.

²² P.C.A. 56/8; H.O. 42.35/7.

²³ Los antiguos estatutos fueron revocados en 1772 y 1791, pero para la complicada situación que existía en la década de 1790, véase Fay, *op. cit.*, cap. 4, y D. G. Barnes, *History of the English Com Laws*, 1930, cap. 5.

calculada para aumentar los precios de las provisiones, y en particular las actividades de los agentes comerciales, los molineros, los panaderos y todos los intermediarios. «Aquellos Crueles Villanos los Molineros, Panaderos, etc. Vendedores de Harina aumentan la Harina bajo Combinación hasta el precio que quieren con el propósito de crear un Hambre Artificial en una Tierra de abundancia»; así reza una octavilla de 1795, de Retford. «Los comerciantes de granos y el tipo de gente que llamamos especuladores y harineros que tienen el grano en sus manos y que lo retienen y lo Venden a los pobres al precio que quieren»; así reza una petición de algunos trabajadores de Leeds.²⁴ Se creía que los grandes molineros acaparaban el grano para aumentar su precio; en Birmingham, un gran molino harinero que era accionado con vapor fue atacado en Snow Hill, en 1795; mientras, en Londres, los grandes molinos harineros de Albión ardían por dos veces. En la primera ocasión, se rumoreó que era un incendio provocado, ya que se creía que los molinos practicaban formas de adulteración; las gentes actuaban como «espectadores complacidos», y «se imprimieron y se cantaron baladas de júbilo en el lugar». En la segunda ocasión (1811), «el populacho se alegró con el incendio».²⁵

Por tanto, los últimos años del siglo XVIII contemplaron un último esfuerzo desesperado, por parte de la población, por volver a imponer la vieja economía moral, en contra de la economía de mercado. En este intento recibieron algún apoyo de los anticuados *J.P.s.*, que amenazaban con perseguir a los acaparadores, estrechaban los controles sobre los mercados, o hacían públicas proclamas contra los acaparadores que compraban el grano en el campo, antes de segar.²⁶ La resolución de Speenhamland de 1795, de subvencionar los salarios en relación al precio del pan, se debe entender como surgida en este contexto; en la medida que la costumbre de la plaza del mercado estaba en disolución, los paternalistas intentaban revivirla en la escala de la beneficencia. Pero las viejas ideas tradicionales tardaron en morir. Entre 1795 y 1800, hubo procesamientos por acaparamiento aquí y allá; en 1800, se formaron diversas sociedades privadas de demandantes, que ofrecían recompensas a cambio de condenas; y los Tribunales Superiores confirmaron una importante condena por acaparamiento, para satisfacción evidente de lord Kenyon.²⁷ Pero este fue el último

²⁴ Fay, *op. cit.*, p. 44; Petición de Leeds al duque de Portland, 20 de julio de 1795, H.O. 42.35.

²⁵ C. Gill, *History of Birmingham*, O.U.P., 1952, I, p. 128; R. Southey. *Letters from England*, segunda edición, 1808, III, pp. 179-181; *Alfred*, 25 de octubre de 1811.

²⁶ Véase, e.g., H.O. 42.35 para resoluciones de un comité de habitantes notables de Gloucester (26 de junio 1795), amenazando con procesos por acaparamiento y especulación; y fragmentos extraídos del *Blackbum Mail* (julio-septiembre 1795), en G.-C. Miller, *Blackbum: The Evolution of a Cortan Town*. Blackbum, 1951, pp. 23, 60-63.

²⁷ Véase Fay, *op. cit.*, p. 55; Bames, *op. cit.*, pp. 81-83; J. Ashton, *The Dawn of the 19th Century in England*, 1906, pp. 240-241; W. Smart, *Economic Annals of the 19th Century*. 1910, I, pp. 5-6; Miller, *op. cit.*, pp. 94, 103; J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, Birmingham, 1868, II. pp. 101-102; y especialmente I. S. Girdler, *Observations on the Pernicious Consequences of Forestalling, Regrating, and Ingrossing*, 1800. pp. 209-215. El conde de Warwick, que propuso sin éxito una moción a la Cámara de los Lores que autorizara a los *J. P.s* a fijar el precio del grano, declaró que han habido no menos de 400 condenas por acaparamiento, especulación y monopolio en los meses anteriores; *Parliamentary History*, XXXV, 1800, 839.

intento de hacer cumplir la vieja protección paternalista del consumidor. Después de eso, la crisis total de los controles tradicionales contribuyó en gran medida al rencor popular contra un Parlamento de propietarios proteccionistas y magnates comerciales partidarios del *laissez faire*.

68

Al estudiar esta única forma de acción de la «muchedumbre» hemos encontrado complejidades insospechadas, ya que detrás de cada forma de acción directa popular se encuentra alguna idea legitimadora de derecho. Por otra parte, la utilización de la «muchedumbre» en un sentido mucho más próximo a la definición del doctor Rudé («cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos») era una técnica conocida en el siglo XVIII; y —lo que se señala menos veces— había sido empleada por la propia autoridad desde hacía mucho tiempo. Después de todo, el acuerdo de 1688 fue un compromiso y, para los beneficiarios, era importante intentar reafirmar su posición alentando la antipatía popular hacia los papistas (potenciales jacobitas) por una parte, y hacia los disidentes (potenciales *levellers*) por la otra. Una muchedumbre era un complemento muy útil para los magistrados en una nación que apenas estaba vigilada. John Wesley, en sus primeros años, y sus primeros predicadores, que lo hacían al aire libre, encontraron a menudo esas muchedumbres que actuaban con la autorización de un magistrado. Uno de los encuentros más violentos se produjo en Wednesbury y Walsall, en 1743. Según el relato de Wesley, la multitud era volátil y confusa como sus propias intenciones. Los «capitanes de la chusma» eran los «héroes de la ciudad»: pero los únicos que se identificaron fueron un «honrado carnicero» y uno «que boxeaba en los guirigays», que de pronto cambiaron de bando y se pusieron de parte de Wesley. El asunto se clarifica más cuando nos enteramos de que la muchedumbre estaba respaldada por los magistrados locales y por un párroco local que había sido ultrajado por los predicadores locales de Wesley («un albañil y luego un fontanero-vidriero»), quienes habían «enajenado las adhesiones» de los mineros del carbón a la Iglesia, y habían llamado «perros aburridos» a los curas. Ciertamente, según el relato de Wesley, «algunos de los señores ... amenazaron con despedir de su servicio a los mineros que no fueran e hicieran su parte».²⁸ El *Diario* de John Nelson nos proporciona una prueba desde Grimsby, lugar donde estaba el pastor de la Iglesia de Inglaterra quien «cogió a un hombre para que tocara el timbal de la ciudad por toda la ciudad, y fue delante del timbal, y reunió a toda la chusma que pudo, dándoles licor para que fuesen con él a luchar por la Iglesia».

69

A la puerta de la casa donde Nelson estaba predicando estaba el párroco gritando a la muchedumbre: «¡Derribad la casa! ¡Derribad la casa!»

Pero, más importante que esas manifestaciones provincianas de sentimiento popular sobre determinados temas era la muchedumbre de Londres, cuya presencia se siente continuamente en la historia política del siglo XVIII, y que Wilkes sustrajo

²⁸ Wesley, *Journal*, Everyman, I, pp. 438-444, 455; *Some Papers giving an Account of the Rise and Progress of Methodism at Wednesbury*. 1744. p. 8.

completamente al control de los representantes de la autoridad en la década de 1760. En cierto sentido, ésta era una muchedumbre de transición, en camino de convertirse en una multitud radical con conciencia de sí misma; la levadura de la disidencia y de la educación política estaba actuando, dándole a la población una predisposición a levantarse en defensa de las libertades populares, en oposición a la autoridad, y en «movimientos de protesta social, en los que es claramente visible ... el conflicto subyacente de los pobres contra los ricos ... ».²⁹ Los tejedores de seda de Spitalfields y sus aprendices eran conocidos desde hacía tiempo por su turbulencia antiautoritaria; el doctor Rudé, en su estudio *Wilkes and Liberty*, señala ocasiones en las que el conflicto industrial se introduce inadvertidamente en la manifestación wilkita, y en las que las consignas de la multitud adquirieron un tono republicano o revolucionario: «¡Maldito el Rey, maldito el Gobierno y malditos los Jueces!» ... «¡Jamás se presentó una oportunidad más gloriosa que ésta para una revolución!». Durante casi una década, Londres y el sur parecían ser (en palabras de un crítico) «una gran confusión bajo el dominio de una muchedumbre indigente, ociosa y embriagada, sin guardianes, movida sólo por la palabra *Wilkes* ... ».³⁰ Esos eran los seguidores que:

70

se manifestaron en St Georges Fields, en Hyde Park Comer, en la residencia del alcalde de Londres, en la plaza del Parlamento y en el palacio de St James; que gritaban o escribían «Wilkes y Libertad» en las calles de la *City*,* Westminster Southwark; que apedrearon al *sheriff* Harley y al verdugo habitual, en el Royal Exchange cuando intentaban quemar el número 45 de *The North Briton*; que rompieron las ventanas de Lord Bute y Lord Egremont y mancharon las botas del embajador austríaco; que pasearon la Bota y la Enagua por las calles de la *City*, y quemaron en efígie al coronel Luttrell, a Lord Sandwich y Lord Barrington frente a la Torre de Londres. Esos son los elementos a quienes los contemporáneos y más tarde los historiadores han denominado —ya fuese por indolencia, prejuicio o falta de un conocimiento más seguro— «la muchedumbre» ...³¹

* Parte de Londres situada dentro de los límites antiguos de la ciudad. También se designa con este nombre el centro de negocios de Londres. (*N. de la t.*)

También era la gente —hombres de oficio, criados, cargadores de carbón, marineros, artesanos y asalariados de todo tipo— la que se mostraba partidaria de Wilkes en las *hustings** y que le arrastraba triunfalmente por las calles cada vez que ganaba.

* Plataforma temporal en la que se presentaban los candidatos al Parlamento y se dirigían a los electores. (*N. de la t.*)

El doctor Rudé tiene razón en rescatar a la multitud de Londres de la acusación de ser simples gamberros y «elementos delictivos»; y la distinción que establece, entre los matones contratados reunidos para apoyar al candidato anti-Wilkes, Proctor, y el entusiasmo espontáneo de la mayoría partidaria de Wilkes, es importante. Sin embargo, al protestar contra el «prejuicio» de los historiadores, protesta demasiado.

²⁹ G. Rudé, *op. cit.*, p. 237.

³⁰ G. Rudé, *Wilkes and Liberty*. Oxford, 1962, pp. 50, 173.

³¹ *Ibid.*, p. 181

Porque la multitud de Londres, de las décadas de 1760 y 1770, apenas había empezado a desarrollar su propia organización o sus líderes; tenía poca teoría diferente de la de sus «dirigentes»; y en cierto sentido era manipulada y convocada por Wilkes para «actuar en beneficio de intereses externos»: los intereses de las gentes de oficio acaudaladas, los negociantes y fabricantes de la *City* que eran los seguidores de Wilkes más influyentes. El propio Wilkes fingía un cínico desprecio hacia los hurras de sus seguidores plebeyos: «¿Supone usted —cuentan que preguntó a su oponente, el coronel Luttrell, mientras miraban los tropes entusiastas durante las *hustings*— que hay muchos necios o pillos entre la concurrencia?». Y la disfunción entre las aspiraciones libertarias de la multitud y la técnica de dirección de muchedumbres se subraya todavía más cuando recordamos que los negociantes y proveedores wilkitas alcanzaron puestos claves en el gobierno de la *City*, de modo que los londinenses que acosaron los carruajes y rompieron las ventanas de los grandes sabían —al igual que los mineros de Walsall— que estaban actuando bajo licencia. La multitud wilkita estaba, de hecho, en un punto intermedio en el proceso de emergencia de la conciencia política popular; mientras que su consigna más popular era «¡Libertad!», muchos de sus miembros eran sumamente volátiles y podrían, del mismo modo, girarse para atacar a los elementos «extraños» o romper las ventanas de los ciudadanos que no les iluminaban en las «ocasiones» patrióticas.³²

71

Esto se revela con mucha claridad en los motines Gordon de 1780. Ahí vemos una agitación popular que pasó por tres fases. En la primera fase, la «multitud revolucionaria», bien organizada por la popular Asociación Protestante, marchó en buen orden detrás de las grandes pancartas para presentar al Parlamento una petición contra la libertad de culto católico. Quienes encabezaban la manifestación eran «la mejor clase de hombres de oficio ... bien vestidos, una clase de gente decente ... muy tranquila y ordenada y muy educada». Este era el Londres disidente, y entre ellos Gibbon describía a algunos «Puritanos» fanáticos, «tal como podrían haber sido en la época de Cromwell ... salidos de sus tumbas». La negativa, por parte de la Cámara de los Comunes, de debatir la petición —y las arengas de lord George Gordon— desembocaron en escenas de indignación que introdujeron la segunda fase. Esta fase puede describirse como una de espontaneidad permitida, que condujo a la violencia de la muchedumbre inspirada por «un deseo tentativo de ajustar cuentas con los ricos, aunque sólo fuera por un día»; algunos de la «mejor clase de hombres de oficio»

³² Para Proctor, véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, pp. 59-60. Puesto que el doctor Rudé es el primer pionero en este importante terreno, quizá sea ingrato indicar las deficiencias de su análisis. Pero debería observarse que no muestra interés alguno por la tradición disidente del Londres artesano; y muestra poco interés en las sociedades de debate de los clubes y las tabernas que serían focos intelectuales y de organización para la multitud; tampoco lo muestra por la política subterránea de los vendedores de baladas y los «charlatanes». 'Mob' of the Eighteenth Century; *Historical Journal*, II (1959); Lucy S. Sutherland, *The City and the Opposition to Government, 1768-1774*, 1959, y «The City in Eighteenth-Century Politics», en *Essays presented to Sir Lewis Namier*, compilados por R. Pares y A. J. P. Taylor, 1956; y, para la vida de la taberna. M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, 1928, cap. 6. Para una visión más detallada de la política plebeya en Londres, véase G. Rudé, «The London

desaparecieron, mientras que los oficiales, los aprendices y los criados —y algunos delincuentes— llenaban las calles.³³ El grito «Abajo el papa» había retumbado en la conciencia popular desde la Commonwealth y 1688; y sin duda hizo mella en muchos cuyas respuestas subpolíticas describía Defoe muchos años antes: «buenos chicos que darían hasta su última gota de sangre en contra del papado, y que no saben si éste es un hombre o un caballo». Los motines se dirigieron en primer lugar contra las capillas católicas y las casas de los católicos ricos, luego contra personalidades destacadas por lo que hace a la autoridad —incluyendo al *Lord Chief Justice*, Mansfield, y al arzobispo de York— que eran sospechosos de simpatizar con la libertad para los católicos, luego contra las prisiones —cuyos presos fueron puestos en libertad— y finalmente culminó en un ataque al mismo banco. Durante toda esta segunda fase continuó la sensación de una muchedumbre «permitida»: las autoridades wilkitas de la ciudad se distinguieron por su inactividad o su ausencia, en parte por miedo de suscitar el odio popular, en parte por una connivencia real con los desórdenes que reforzaban su influencia contra el rey y su gobierno. Sólo cuando empezó la tercera fase —el ataque al banco, por una parte, y las orgías indiscriminadas de borracheras, incendios provocados y raterismo por la otra— se retiró e «permiso»: el inactivo alcalde mandó por fin un mensaje desesperado al jefe supremo del ejército pidiendo «Caballería e Infantería para ayudar al poder civil» y el propio concejal Wilkes salió a repeler a la muchedumbre, en la escalinata del banco. La rapidez en sofocar los motines subraya la inactividad previa de las autoridades de la *City*.

72

Así, en este caso tenemos una mezcla, en cierto modo, de muchedumbre manipulada y multitud revolucionaria. Lord Georges Gordon había intentado imitar a Wilkes, pero no tenía nada del atrevimiento bien calculado de Wilkes, ni de su espléndido sentido del carácter popular. Desencadenó un proceso espontáneo de motín que, sin embargo, estuvo bajo la inmunidad de los concejales wilkitas de la *City*. Grupos de amotinados erigieron sus propios líderes temporales, que recordaban a Thomas Spencer, el acuñador de Halifax: James Jackson, un relojero que montaba un caballo de tiro y agitaba una bandera roja y negra, y Enoch Foster, un forzudo de circo que divertía a la muchedumbre arrojando tablas del suelo a través de las ventanas de una casa de Whitechapel. Pero ese tipo de mezcla nunca se volvió a ver en una metrópolis. En 1780, la población de Londres, a pesar de sus excesos, estaba bajo la protección de los *whigs* libertarios, que la veían como un contrapeso a las pretensiones del Trono: Burke deploraba la utilización de los militares para dominar los motines, mientras Fox declaraba que «preferiría ser gobernado por una muchedumbre que por un ejército permanente». Pero después de la Revolución francesa ningún político *whig*

³³ Véase G. Rudé, «The Gordon Riots; *Trans. Royal Hist. Soc.*, 1956, Serie Quinta, Vol. 6, y Christopher Hibbert, *King Mob*. 1958. El doctor. Rudé pone menos énfasis que el señor Hibbert sobre el grado de implicación de delincuentes y prostitutas en las últimas fases de los motines; el doctor Rudé analiza una muestra de prisioneros (la mayoría de ellos asalariados) que fueron llevados ante los tribunales, y el señor Hibbert confía más en los relatos de los testigos oculares de los motines. Véase también J. P. de Castro, *The Gordon Riots*, Oxford, 1926.

se hubiera arriesgado, ningún concejal de la *City* hubiera tolerado, la intromisión de energías tan peligrosas; mientras los reformadores, por su parte, trabajaban para crear una opinión pública organizada y despreciaban la técnica de desatar a la muchedumbre. «Agilidad» fue el término que orgullosamente adoptaron radicales y carlistas del XIX, para sus pacíficas y bien dirigidas manifestaciones.

73

La última gran acción de una muchedumbre del siglo XVIII tuvo lugar en Birmingham, en 1791, y se desarrolló de una forma que debería hacernos ser especialmente cautelosos por lo que se refiere a las generalizaciones sobre la «multitud revolucionaria». ³⁴ Birmingham era, posiblemente, el mayor centro de la disidencia de clase media; sus Vieja y Nueva Reuniones Unitaristas incluían a algunos de los patrones más importantes del distrito; los disidentes jugaban un papel tan importante en la vida económica, intelectual y corporativa de la ciudad que el grupo partidario de la «Iglesia y el Rey» hacía tiempo que venía sintiendo el rencor que proviene, no de la fuerza, sino del poder y el prestigio menguantes. El motivo aparente de los motines fue un banquete celebrado por los reformadores de clase media (disidentes la mayoría de ellos) el 14 de julio de 1791, para conmemorar la caída de la Bastilla. Aquella noche y durante los tres días siguientes la «tumultuosa, miserable, descarada, insolente, cínica, canalla, bulliciosa y estúpida muchedumbre de Birmingham» se desbocó en la ciudad y los alrededores, saqueando dos templos unitarios y uno baptista, quemando y desvalijando una veintena de casas y muchas tiendas de disidentes ricos (o supuestos simpatizantes), y sacando de la cárcel de la ciudad a los prisioneros. Aunque los disidentes fueron las principales víctimas (especialmente los que estaban asociados a la causa de la reforma) «nunca estuvo claro —comenta el señor Rose— si los disidentes ricos fueron atacados porque eran disidentes o porque eran ricos». Los gritos de los asaltantes iban desde «¡Iglesia y Rey!» hasta «¡Abajo el papa!».

En cuanto a la autenticidad del resentimiento popular contra algunos de los disidentes ricos, no puede haber duda alguna. (Por ejemplo, una de las víctimas, William Hutton, se había ganado una particular impopularidad en su cargo de comisario del Tribunal de Demandas de Birmingham, un tribunal para el cumplimiento del pago de pequeñas deudas.) Pero hay varias circunstancias especialmente sospechosas en los motines de Birmingham que recuerdan el trato que recibió John Wesley, casi cinco años antes, a manos de las muchedumbres de Walsall. En primer lugar, está la indudable complicidad de diversos magistrados *tories* destacados y del clero, que alentaron a los amotinados en un principio, les dirigieron a los templos, intervinieron con poco entusiasmo, se negaron a procesar a los infractores, e incluso es posible que indicaran objetivos «legítimos» para la violencia de la muchedumbre. En segundo lugar, está el reducido número de verdaderos amotinados que participaron en las acciones importantes. Aparte de los mineros y

³⁴ Para el relato que sigue me he basado ampliamente en el estudio definitivo hecho por. B. Rose. -The Priestley Riots of 1791; *Past and Present* (noviembre, 1960), pp. 68-88.

otras personas que provenían de pueblos circundantes y que se sumaron al saqueo del fin de semana, la muchedumbre indeseable casi nunca pasó de 250, mientras que los numerosos relatos hablan de la existencia de un núcleo implacable de 30 incendiarios que llevaron a cabo la mayor parte de los daños serios. En tercer lugar, está la prueba de que este núcleo implacable (que quizá ni siquiera estaba compuesto por hombres de la localidad) seguía un plan de campaña definido y estaba extraordinariamente aleccionado acerca de las filiaciones religiosas y políticas de los ciudadanos notables de Birmingham. La causa de los motines pudo ser el «fanatismo religioso» —según la acusación de Priestley— y, ciertamente, la celebración del Día de la Bastilla les sirvió como pretexto. Pero fue un estallido discriminatorio, con el permiso de una parte del poder establecido local, y se debería considerar «como un episodio en el que los señores rurales convocaron a la muchedumbre urbana para extraer los dientes disidentes a la agresiva y próspera burguesía de Birmingham». Al mismo tiempo fue «una explosión de odio de clase latente y violencia personal desencadenada por la coincidencia fortuita de viejos rencores religiosos y nuevos agravios sociales y políticos»,³⁵ en la que las actuaciones de la muchedumbre fueron más allá de los límites previstos en el origen de su permisividad.

74

Pero es un grave error generalizar, a partir de los motines de Birmingham, en cuanto a la hostilidad general de los pobres de las ciudades hacia lo que era revolucionario en Francia, o las ideas «jacobinas». Como veremos, la bienvenida a los primeros momentos de la Revolución francesa provenía sobre todo de la clase media y los grupos disidentes. No fue hasta 1792 cuando estas ideas ganaron un amplio apoyo popular, principalmente por medio de *Los derechos del hombre* de Paine. Así, los motines contra Priestley se deben ver como el último tumulto hacia atrás de la muchedumbre de transición, antes de que la propaganda painita empezase en serio a formar una nueva conciencia democrática. Por supuesto, los motines continuaron durante muchos años después de 1792: ya fuera por cuestiones específicas —*Passages in the Life of a Radical* de Bamford empieza con una lista de los motines, en Bridport, Bideford, Bury, Newcastle, Glasgow, Ely, Preston, Nottingham, Merthyr, Birmingham, Walsall, al final de las guerras napoleónicas— o (especialmente en Bristol, Merthyr, Nottingham y Derby en 1831 y en Birmingham en 1839) como puntos culminantes insurreccionales de la agitación radical. En los motines de Bristol encontramos de nuevo algunas de las características de los motines Gordon y Priestley: el saqueo del palacio del obispo y de la residencia del alcalde, la liberación de prisioneros de las cárceles, el asalto y el incendio de las casas y las tiendas de los ciudadanos impopulares. Pero las autoridades no pudieron encontrar conspiración alguna detrás de los amotinados; como máximo un alborotado tendero librepensador, Charles Davis, que iba de un lugar a otro agitando su sombrero en lo alto del paraguas, gritando «¡Derribemos las iglesias y reparemos las carreteras con ellas!», y a quien

³⁵ R. B. Rose, *op. cit.*, p 84.

colgaron por sus esfuerzos en este sentido.³⁶ Los motines no tuvieron lugar bajo la consigna «¡Iglesia y Rey!», sino la de «¡Rey y Reforma!» y el rey sólo se asociaba al grito último porque se creía que era partidario de la reforma del sacerdocio. El objetivo principal no eran los disidentes, sino importantes eclesiásticos (muchos de los cuales eran propietarios de esclavos de las Indias Occidentales). Al mismo tiempo, los sentimientos democráticos que inspiraban a los amotinados no deberían conducirnos a conclusiones erróneas, confundiendo los motines de Bristol con una acción política revolucionaria consciente. Bristol en 1831 pone de manifiesto la persistencia de modelos de comportamiento antiguos, que miran hacia el pasado, lo mismo que Manchester en 1819 pone de manifiesto la emergencia de modelos de autodisciplina del nuevo movimiento obrero. La ignorancia y la superstición pasaron bruscamente desde una trayectoria legitimista a una radical; pero percibimos el olorcillo de los motines Gordon y Priestley en las palabras de un amotinado de Bristol que tiraba al fuego una brazada de manuscritos y libros de la Biblioteca del Cabildo Catedralicio, declarando: «*no podía haber reforma sin que se quemasen los libros*».³⁷

75

Las verdaderas *muchedumbres*, en el sentido de «cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos», son las muchedumbres favorables a la «Iglesia y el Rey», utilizadas desde 1792 en adelante para aterrorizar a los jacobinos ingleses.³⁸ Aunque esas muchedumbres a veces se dirigieran contra los ricos y los reformadores destacados —como en el caso de Thomas Walker de Manchester—, pertenecen a la tradición de los propietarios de las minas de Walsall y el párroco de Grimsby, y estaban tan sumamente organizadas por —y algunas veces pagados por— «intereses externos» que es difícil considerarlas indicativas de cualquier auténtico sentimiento popular independiente. Además, a pesar de que el clero y los *J.P.s.* concedían, en muchos lugares, una licencia completa a las muchedumbres antijacobinas, éstas pocas veces implicaban a más de un pequeño grupo de gamberros escogidos, y nunca hacían estallar la violencia popular a la escala de Birmingham en 1791.

76

Hubo importantes centros urbanos —especialmente Sheffield y Norwich— en los que las muchedumbres favorables a la «Iglesia y el Rey» actuaron con un éxito muy limitado. También fue imposible utilizar esas muchedumbres, a cualquier escala, en Londres. La absolución de los prisioneros jacobinos en 1794 fue la señal del triunfo popular al mismo nivel de las celebraciones wilkitas. En 1795 la multitud de Londres era de carácter revolucionario y (a través de la Sociedad de Correspondencia de Londres) estaba descubriendo nuevas formas de organización y liderazgo. Quizá el encuentro crucial tuvo lugar en octubre de 1797, en el punto culminante de la

³⁶ Otra característica parecida es la sensación de *licencia* que se dio a la multitud por parte de los magistrados que estaban «estupefactos de terror» y que se negaron a acompañar a las tropas; y por el humanitario jefe, teniente coronel Brereton, que cabalgó por entre la multitud que profería hurras por «el Rey y la Reforma». Véase «Un Ciudadano» [John Eagles], *The Bristol Riots*, Bristol, 1832.

³⁷ Relato de testigos oculares en *Bristol Times* (30 de octubre de 1931).

³⁸ Véanse pp. 110 y siguientes, más adelante.

represión antijacobina, cuando se produjo un intento instigado de destruir el establecimiento de Thomas Hardy, cuando éste se negó a iluminar con motivo de una victoria naval. El ataque fue rechazado por una guardia de 100 miembros de la SCL, «muchos de ellos irlandeses, armados con buenas cachiporras». Fue una victoria histórica; como recordaba uno de los «guardianes»: «Nunca estuve en una lucha tan larga y bien dirigida como la que hicieron aquella noche los que defendían la casa de Hardy». Los sentimientos de Hardy eran inequívocos, cuando rememoraba los incidentes: «No me gusta el gobierno de una muchedumbre».³⁹ Y en los acontecimientos que ocurrieron 4 años más tarde podemos ver una irónica secuela. En 1801, Londres fue iluminada de nuevo, pero esta vez fue en honor a los preparativos de la paz que se habían firmado entre Gran Bretaña y Francia. En esta ocasión la muchedumbre desahogó sus sentimientos rompiendo todas las ventanas de la casa de un belicoso periodista antijacobino, que se negó a iluminar por la paz. Allí no había guardia popular, e incluso las autoridades de la *City* fueron lentas en enviar protección. El periodista era William Cobbett.⁴⁰

³⁹ John Binns, *Recollections*, Filadelfia, 1854; Hardy, *op. cit.*, pp. 85-86.

⁴⁰ G. D. H. Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, p. 76. La guerra recomenzó, con pleno apoyo por parte de Cobbett, en mayo de 1803.

Capítulo 4. EL INGLÉS NACIDO LIBRE

En 1797 los defensores de la casa de Hardy luchaban en un combate de retirada. En los años que siguieron, cuando era posible una invasión francesa, es indudable que los sentimientos patrióticos de la plebe amenazaron a los jacobinos supervivientes mediante el terrorismo de la muchedumbre. En Westminster, con su amplio derecho a voto, todavía en 1806 era posible derrotar a los radicales, desplegando los recursos del soborno y el clientelismo. Francis Place vio a criados del duque de Northumberland «con sus vistosas libreas, tirando trozos de pan y queso a la densa multitud de vagabundos»;

Ver a esos vagabundos cogiendo los pedazos, gritando, blasfemando, luchando e insultando de todas las formas posibles, tanto mujeres como hombres, todos los desgraciados de las plazas y los callejones de St Giles y Westminster, Porridge Islands y otros lugares miserables; ver a esa gente que representaban, tal como se decía, a los electores de Westminster, era, verdaderamente, el eslabón más bajo de la degradación...

Se le dio cerveza a la multitud, se hundieron las tapaderas de los barriles a golpes y los «cargadores de carbón repartieron la cerveza con sus sombreros de larga cola y ala ancha ..., pero con la impaciencia de la muchedumbre, se volcaron los barriles y la cerveza afluyó a los desagües, desde donde algunos hacían esfuerzos por recogerla». Place miraba, horrorizado ante esa «vergonzosa escena». Pero al año siguiente (1807), Place y sus amigos organizaron un comité radical para las elecciones, que trabajó entre la población con tan buenos resultados que Westminster eligió a dos diputados radicales, sir Francis Burdett y lord Cochrane.¹ Y desde aquel momento en adelante, la tradición del «Londres radical» es casi ininterrumpida. En 1810, Burdett pudo diseñar su táctica a imitación de la de Wilkes y hacerse con el apoyo de la plebe en su contienda con el gobierno. En los principales centros provinciales es cierto más o menos lo mismo, para 1812: «la muchedumbre —observaba el editor de un periódico de Sheffield— lo aborrece todo menos a un concienzudo reformador».² Cuando acabaron las guerras (1815), era imposible, en Londres o en el norte industrial o en las Midlands, utilizar a una muchedumbre favorable a la «Iglesia y el Rey» para aterrorizar a los radicales.

78

De vez en cuando, entre 1815 y 1850, los owenitas o los carlistas se quejaban de la indiferencia de la población. Pero, si no tomamos en consideración los tumultos habituales en las elecciones, en general es cierto que los reformadores estaban amparados por el apoyo de las comunidades obreras. En las épocas de elecciones, en

¹ Add. MSS. 27850 ss., 19-20; 27838 ss., 19-20; G. D. H. Cole y A. W. Filson. *British Working Class Movements*. 1951. pp. 79-80. Véase más adelante vol. 2, capítulo 13.

² T. A. Ward, *Peeps into the Past*. ed. A. B. Bell. 1909. p. 192.

las grandes ciudades, las votaciones a mano alzada realizadas en las *hustings*, que precedían a la elección, se decantaban abrumadoramente a favor del candidato más radical. Los reformadores dejaron de temer a «la muchedumbre», mientras que las autoridades se veían obligadas a construir cuarteles y a tomar precauciones contra «la multitud revolucionaria». Este es uno de esos hechos históricos tan importantes que fácilmente se pasa por alto, o se acepta sin poner en duda; y sin embargo, indica un cambio fundamental de acento en las actitudes inarticuladas y «subpolíticas» de las masas.

El cambio de acento se relaciona con las nociones populares de «in-dependencia», patriotismo y el «derecho por nacimiento» del inglés. Los amotinados de los motines Gordon de 1780 y los amotinados en favor de la «Iglesia y el Rey» de Birmingham en 1791 tenían eso en común: creían estar defendiendo, de alguna forma confusa, la «Constitución» contra elementos extraños que amenazaban su «derecho por nacimiento». Se les había enseñado durante tanto tiempo que el acuerdo de 1688, encarnado en la Constitución del Rey, Lores y Comunes, era la garantía de la independencia y las libertades británicas, que se había creado el reflejo —Constitución es igual a libertad— del que los desaprensivos podían aprovecharse. Y sin embargo, es probable que los mismos amotinados que destruyeron la valiosa biblioteca y el laboratorio del doctor Priestley estuvieran orgullosos de verse a sí mismos como «ingleses libres por nacimiento». El patriotismo, el nacionalismo, e incluso el fanatismo y la represión, todos estaban arropados por la retórica de la libertad. Incluso la Vieja Corrupción ensalzaba las libertades británicas; la libertad, y no el honor nacional o el poder, era la creación de los patricios, los demagogos y los radicales por un igual. En nombre de la libertad, Burke denunció y Paine defendió la Revolución francesa; en el inicio de las guerras francesas (1793), el patriotismo y la libertad entretenían a todos los poetastros:

79

Así los britanos defienden su antigua fama,
Imponen su imperio sobre el mar,
Y proclaman ante el envidioso mundo,
Que todavía una nación es bravía y libre;

Resuelta a triunfar o a morir,
Fiel a su REY, a sus LEYES, a su LIBERTAD.³

El miedo a la invasión dio lugar a un torrente de octavillas y baladas sobre esos temas, los cuales constituyen un ambiente apropiado para los pretenciosos y sonoros sonetos patrióticos de Wordsworth:

Es impensable que el torrente

³ *Anti-Jacobin* (1 de enero de 1798). Thus Britons guard their ancient fame, / Assert their empire o'er the sea, / And to the envying world proclaim, / One nation still is brave and free / Resolv'd to conquer or to die, / Trae to their King. their Laws, their Liberty.

De la libertad británica, que, hacia el mar abierto
Del elogio del mundo, desde la oscura antigüedad
Ha manado, «con fastuosidad de aguas, se sometiese» ...*

* It is not to be thought of that the Flood / Of British freedom, which, to the open sea / Of the world's praise, from dark antiquity / Hath flowed, «with pomp of waters, unwithstood» ...

«Es impensable»: y sin embargo, en aquel mismo momento, la libertad de prensa, de reuniones públicas, de la organización de *trade unions*,** de organizaciones políticas y de elección estaban, o bien rigurosamente limitadas o en suspenso.

** Denominación de los sindicatos obreros ingleses. (*N. de la t.*)

¿En qué consistía, entonces, el consuetudinario «derecho por nacimiento» del inglés? «¡Protección de la propiedad! —respondía Mary Wollstonecraft—. He aquí ... la definición de la libertad inglesa».⁴ No obstante, la retórica de la libertad significa mucho más: en primer lugar, por supuesto, libertad respecto de la dominación extranjera. Y, dentro de este halo envolvente de autocomplacencia patriótica, había otras nociones menos definidas que la Vieja Corrupción se veía obligada a alabar y que no obstante resultarían ser peligrosas para ella a largo plazo. Libertad con respecto al absolutismo (la monarquía constitucional), inmunidad con respecto al arresto arbitrario, juicio por jurado, igualdad ante la ley, inmunidad del domicilio contra los allanamientos y los registros arbitrarios, cierta libertad de pensamiento limitada, de expresión y de conciencia, la participación delegada en la libertad (o en su apariencia) proporcionada por el derecho a la oposición parlamentaria y por las elecciones y los tumultos electorales (aunque el pueblo no tenía derecho al voto, tenía el derecho a desfilar, vitorear y mofarse en las *hustings*), así como la libertad de viajar, negociar y vender su propio trabajo. Ninguna de esas libertades era insignificante; tomadas todas en conjunto, encarnaban y reflejaban un consenso moral en el que a veces participaba la autoridad, y que siempre estaba obligada a tener en cuenta.⁵

80

Por muy indefinida que sea una idea como la de «consenso moral», la cuestión de los *límites* más allá de los cuales el inglés no estaba dispuesto a ser «mandado», y los límites más allá de los cuales la autoridad no se atrevía a ir, es crucial para entender este período. La actitud del inglés medio no era tanto democrática, como antiabsolutista. Se consideraba a sí mismo como un individualista, con pocos derechos afirmativos, pero protegido por las leyes contra la intrusión del poder arbitrario. De forma más difusa, consideraba que la Gloriosa Revolución había proporcionado un precedente constitucional para el derecho al motín en resistencia a la opresión. Y ésta, en verdad, era la paradoja central del siglo XVIII, tanto en términos intelectuales como prácticos: el constitucionalismo era la «ilusión de la época». La teoría política, de los tradicionalistas y los reformadores por igual, quedó completamente paralizada dentro de los límites pseudoliberales establecidos por el acuerdo de 1688, por parte de Locke o de Blackstone. Para Locke, los objetivos principales del gobierno eran el

⁴ *A Vindication of the Rights of Men*, 1790. p. 23.

⁵ Véase E. Halévy, *op. cit.*, I. pp. 193-212.

mantenimiento de la paz civil, y la seguridad de la persona y la propiedad. Una teoría como ésta, adulterada por el egoísmo y el prejuicio, proveería a las clases propietarias de una sanción para el más sangriento código, que penalizara a los transgresores contra la propiedad; pero no disponía sanción alguna para la autoridad *arbitraria*, que estorbara los derechos personales o de propiedad y que no estuviera controlada por las disposiciones de la ley. De aquí la paradoja, que sorprendía a muchos observadores extranjeros, de un código penal sangriento junto con una administración e interpretación de las leyes *liberal* y, a veces, meticulosa. El siglo XVIII fue ciertamente un gran siglo para los teóricos constitucionales, los jueces y los abogados. El hombre pobre podía sentirse a menudo poco protegido cuando quedaba atrapado en las redes de la ley. Pero el sistema de jurado ofrecía una medida de protección, como descubrieron Hardy, Home Tooke, Thelwall y Binns. Wilkes *pudo* desafiar al rey, al Parlamento y a la administración —y establecer nuevos e importantes precedentes— utilizando alternativamente los tribunales de justicia y la muchedumbre. No había *droit administratif*, ni derecho a la detención y al registro arbitrarios. Incluso en la década de 1790, cada intento de introducir un sistema de espionaje «continental», cada suspensión del hábeas corpus, cada intento de amañar los jurados, levantaba una ruidosa protesta más allá de las propias filas de los reformadores. Si alguien —teniendo presentes las historias de Tyburn y la represión— se siente inclinado a poner en duda el valor de esos límites, debería contrastar el proceso de Hardy y sus compañeros con el trato que recibieron Muir, Gerrald, Skirving y Palmer, en 1793-1794, en los tribunales escoceses.⁶

81

Este constitucionalismo teñía las respuestas menos articuladas del «inglés libre por nacimiento». Exigía pocos derechos salvo el de que le dejasen en paz. En el siglo XVIII no había otra institución más detestada que el *press-gang*. Se desconfiaba profundamente de un ejército permanente, y pocas de las medidas represivas adoptadas por Pitt crearon tanto descontento como la construcción de cuarteles cerca de las ciudades industriales. Los reformadores exigían el derecho a llevar armas en defensa propia. La profesión de soldado se consideraba deshonrosa. Escribía un folletista:

En las monarquías arbitrarias, en las que el Déspota que reina puede decirles a sus desdichados súbditos «Come paja», y ellos comen paja, no es extraño que se puedan reclutar ejércitos de Carniceros humanos, para destruir a sus criaturas amigas; pero, en un país como Gran Bretaña que al menos *pretende ser libre*, el que tantos miles de hombres deban renunciar expresamente a los privilegios y las bendiciones que corresponden a los Hombres Libres, y deban venderse voluntariamente a la *Esclavitud* más humillante y degradante, por la miserable paga de seis peniques al día, se convierte en una cuestión extremadamente sorprendente ...⁷

⁶ Véase más adelante, pp. 124 y ss. Los hechos se tratan de manera completa en la erudita y animada obra de lord Cockburn *Examination of the Trials of Sedition ... in Scotland*, Edimburgo, 1888.

⁷ Anónimo, *Letters on the Impolicy of a Standing Army in Time of Peace, and on the unconstitutional and illegal*

En agosto de 1794, las *crimping-houses* * que se utilizaban para el reclutamiento militar en Holborn, la *City*, Clerkenwell y Shoreditch fueron atacadas y destruidas a lo largo de tres días de amotinamiento⁸. En el punto álgido de la agitación de los tejedores de punto en favor de una legislación proteccionista, en 1812, el secretario de la sección de Mansfield, cuando se enteró de que los representantes de los trabajadores proponían una cláusula que autorizara los poderes de inspección y registro en las casas de los fabricantes que fueran sospechosos de evadir las regulaciones propuestas, escribió alarmado: «si algún día se derriba este baluarte de que la casa de todo inglés sea su castillo, entonces se habrá roto para siempre aquella sólida barrera por la que muchos de nuestros antepasados se desangraron y en vano».⁹ La resistencia a un cuerpo de policía eficaz continuó a lo largo del siglo XIX. Mientras que los reformadores estaban dispuestos a asentir en cuanto a que era necesaria una policía *preventiva* más eficaz, con más vigilantes y unas guardias nocturnas sobre la propiedad más fuertes, cualquier fuerza centralizada con mayores poderes se veía como: «un sistema de tiranía; un ejército organizado de espías e informadores, para la destrucción de toda libertad pública, y la perturbación de toda felicidad privada. Cualquier otro sistema de policía es la maldición del despotismo ...»¹⁰

* *Crimp* es el nombre que recibe un agente que procura marineros y soldados. (*N. de la t.*)

82

El comité parlamentario de 1818 vio en las propuestas de Bentham para un Ministerio de policía, «un plan que convertiría a todos los criados de todas las casas en espías de las acciones de sus señores, y a todas las clases de la sociedad en espías unas de otras». Los *tories* temían la anulación de los derechos restringidos y de fuero, y de los poderes de los *J.P.s* locales; los *whigs* temían un aumento de los poderes de la Corona o del gobierno; los radicales, como Burdett o Cartwright, preferían la idea de las asociaciones de ciudadanos voluntarios o las listas de tandas de cabezas de familia; el populacho radical hasta la época cañista veía en cualquier policía un mecanismo de opresión. Un consenso de opinión bastante sorprendente se resistió al establecimiento de «un tribunal supremo e irresistible, como el que en otros países se denomina el “Alto tribunal de policía”; un mecanismo ... inventado por el despotismo...»¹¹

Tenemos una curiosa combinación de actitud defensiva localista, teoría *whig*, y resistencia popular hostil hacia el aumento de los poderes o hacia cualquier autoridad centralizada. Tanto la *gentry* como el pueblo común protegían los derechos y las costumbres locales contra la usurpación de) Estado; la hostilidad hacia «*the Thing*» y

Measure of Barracks, 1793. La *History of Standing Armies in England*, 1698, de John Trenchard se volvió a publicar en 1731, 1739, 1780 y en el jacobino *Philantropist*, 1795.

⁸ Véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, p. 14; S. Maccoby, *English Radicalism 1786-1832*, 1955, p. 91. Se decía que algunas prostitutas, conocidas como «perras de la horca», incitaban a los hombres a entrar en la casa, donde eran reclutados» a la fuerza: véase H. M. Saunders, *The Crimps*, 1794.

⁹ *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, 1952, p. 152.

¹⁰ J. P. Smith, *An Account of a Successful Experiment*, 1812.

¹¹ *The Times* (31 de enero de 1823): véase Radzinowicz, *op. cit.*, ni, pp. 354-364.

hacia los «Pachás» contribuyó mucho a la tensión rory-radical que se observa desde Cobbett hasta Oastler, y que alcanzó su punto álgido en la resistencia a la *Poor Law** de 1834. (Es irónico que los protagonistas principales del Estado, en su autoridad política y administrativa, fueran las clases medias utilitaristas, al otro lado de cuyo estandarte estatalista estaban inscritas las doctrinas del *laissez faire* económico.) Incluso en la cima de la represión de los jacobinos, a mediados de la década de 1790, se mantuvo la ficción de que la intimidación era obra de asociaciones «voluntarias» de ciudadanos «privados» (la Sociedad Antijacobina de los Reeves o la Sociedad de Wilberforce para la Supresión del Vicio); y se empleó la misma ficción en la persecución de Richard Carlile después de las guerras. Los subsidios que dio el Estado a la prensa «oficial» durante las guerras se administraron con sentido de culpa, y con muchas evasivas y desmentidos diplomáticos. El empleo de espías y de *agents provocateurs* después de las guerras fue la señal para un auténtico estallido de indignación en el que participaron muchos que eran rabiosamente opuestos al sufragio masculino adulto.

* «Ley de Pobres»: ley dirigida a controlar y regular a los pobres, así como a procurarles asistencia y trabajo. (*N. de la t.*)

83

Además, no sólo la libertad con respecto a las intrusiones del Estado era una fuente de auténtica exultación popular, también lo era la creencia en la igualdad de los ricos y los pobres ante la ley. Una publicación sensacionalista, como el *New Newgate Calendar: or Malefactor's Bloody Register*, reseñó con satisfacción varios precedentes del noble e influyente que fue llevado a Tyburn. Los analistas locales señalaban con aire satisfecho los casos como el del «tiránico malvado señor del señorío» de Leeds, que fue ejecutado en 1748 por haber matado a uno de sus arrendatarios en un arranque de mal genio. Los radicales podían fingir un cinismo bien fundado. Si la ley está abierta por un igual a los ricos y a los pobres, decía Home Tooke, también lo está la taberna de Londres; «pero os darán una bienvenida muy triste a no ser que vengáis con dinero suficiente para pagar por divertiros». ¹² Pero incluso los jacobinos sostenían la convicción de que el imperio de la justicia era la herencia distintiva del «inglés libre por nacimiento», y que era su defensa contra el poder arbitrario. La Sociedad de Correspondencia de Londres, en un *Address* de 1793, intentó definir la diferencia de situación entre el plebeyo inglés y el plebeyo en la Francia prerrevolucionaria; «nuestras personas estaban protegidas por las leyes, mientras que sus vidas estaban a merced de todo individuo noble ... Nosotros éramos HOMBRES mientras que ellos eran ESCLAVOS.»

Esta ideología defensiva nutría, por supuesto, reclamaciones mucho más amplias de derechos positivos. Wilkes sabía perfectamente cómo tocar la cuerda sensible: el paladín que defendía sus derechos individuales se transformó imperceptiblemente en el ciudadano libre por nacimiento que desafiaba al rey y a los ministros y que

¹² T. Walker. *Review of some Political Events in Manchester*. 1794. p. 87.

reclamaba derechos para los cuales no existía precedente. En 1776 Wilkes llegó lo suficientemente lejos como para solicitar en la Cámara de los Comunes los derechos políticos de «el trabajador manual más humilde, el campesino más pobre y el jornalero», quien

tiene importantes derechos en cuanto a su libertad personal, la de su esposa e hijos, su propiedad por muy insignificante que sea, sus salarios ... que en muchos oficios y fábricas son regulados por el Parlamento ... Por lo tanto, se debería reservar alguna parte del poder de hacer aquellas leyes que les interesan profundamente ... incluso a ese inferior pero muy útil grupo de hombres ...

84

El argumento es todavía el mismo que el de Ireton (o Burke), pero los derechos de propiedad se interpretan en un sentido mucho más liberal; y Wilkes lo redondeaba con la tradicional apelación a la tradición y el precedente: «Sin una representación real de los comunes nuestra Constitución es esencialmente defectuosa ... y será inútil cualquier otro recurso para recobrar la prístina pureza de la forma de gobierno establecida por nuestros antepasados.»

«Prístina pureza», «nuestros antepasados» son frases clave; y durante 20 años los argumentos que se daban entre los reformadores versaron sobre sutiles interpretaciones de esos términos. ¿Qué modelo era puro y prístino, a qué antepasados debían referirse los reformadores? Para los padres fundadores de los Estados Unidos, que roturaban libres de las trabas del precedente, parecía suficiente encontrar determinadas verdades «evidentes». Pero al comandante John Cartwright (1740-1824), que publicó su folleto *Take Your Choice* en el mismo año de la declaración de independencia (1776), le parecía necesario reforzar su causa en defensa de los parlamentos anuales, los distritos electorales iguales, el pago a los diputados y el sufragio masculino adulto, con la referencia al precedente sajón. El «buen comandante canoso» (como llegó a ser conocido casi medio siglo después) definía, en fecha tan temprana como ésa, las principales demandas de los reformadores políticos avanzados, desde 1776 hasta los carlistas y más allá.¹³ Y nunca se desvió de esas demandas. Incapaz de hacer componendas, excéntrico y valiente, el comandante prosiguió su firme camino, publicando cartas, llamamientos y folletos, desde su escaño en Boston, Lines, sobreviviendo a pruebas, tumultos, discordias y represión. Fue él quien estuvo dispuesto a fundar, antes de que hubiesen finalizado las guerras napoleónicas, las primeras sociedades reformistas de una nueva era, los clubs Hampden, en aquellas regiones industriales del norte, donde su hermano clérigo había acelerado otros procesos de cambio con su invento del telar mecánico. Pero aunque los principios y las propuestas del comandante sobrevivieron su larga vida, sus argumentos no lo hicieron.

Podemos ver, en un momento, el porqué. (La respuesta, en dos palabras, es Tom Paine.) Pero deberíamos advertir, en primer lugar, que 20 años antes de la Revolución

¹³ El comandante Cartwright también fue partidario del voto secreto, pero no del sexto punto de los carlistas, la abolición de los requisitos de propiedad para los miembros del Parlamento.

francesa se ponía *en práctica* una nueva dimensión que se añadía a los procedimientos aceptados de la Constitución. La prensa había establecido ya unos derechos indefinidos, independientes del rey, los lores y los comunes; y la agitación que rodeó el *North Briton* de Wilkes mostraba tanto la precariedad de esos derechos como la sensibilidad de un público amplio en su defensa. Pero la segunda mitad del siglo XVIII también contempla el surgimiento de la Plataforma;¹⁴ el grupo de presión «extraparlamentario» que hacía campaña por unos objetivos más o menos limitados, movilizandando la opinión «de la calle» por medio de publicaciones, grandes mítines y peticiones. Se adoptaron diferentes métodos de plataforma y petición por parte de grupos tan variados como los partidarios de Wilkes, las asociaciones del condado de Wyvill, la Asociación Protestante (que figuraba en el inicio de los motines Gordon), los reformadores «económicos», la agitación antiesclavista, la campaña en favor de la revocación de los impedimentos que pesaban sobre los inconformistas. Aunque Wilberforce o Wyvill desearan limitar su agitación a los caballeros o a los campesinos propietarios, se establecieron los precedentes y el ejemplo fue contagioso. Se añadió una nueva pieza a la complicada maquinaria de la Constitución; Erskine y Wyvill, utilizando la conocida metáfora mecánica de los frenos y los equilibrios,¹⁵ exigían «Regularidad de Reloj en los movimientos de la Población». El comandante John Cartwright iba más allá; cuanto más se fomentara la protesta, en favor de peticiones del más largo alcance, entre todo tipo de gente, mejor:

85

Siguiendo la máxima de enseñar a un joven arquero a disparar a la luna [le escribió a Wyvill] para que sea capaz de tirar su flecha suficientemente lejos con fines prácticos, siempre he pensado que una discusión libre sobre el principio del Sufragio Universal es el medio más apropiado para obtener cualquier Reforma por la cual merece totalmente la pena haber luchado.

Porque el comandante —aunque expresaba sus argumentos en los términos del precedente y la tradición— creía en los métodos de agitación entre «innumerables miembros». En los años de la represión, 1797-1799, el *squire** de Boston hizo pública una reconvencción a la cautela del reformador del norte de Yorkshire. «Sólo estoy un poco asustado de vuestra *Yeomanry*** —le escribió a Wyvill— pero temo a vuestros *Gentlemen*. ... Por suerte para mí, hasta ahora todos los *gentlemen*, excepto uno, han estado en el *otro lado*. Por lo tanto, mis esfuerzos no se han visto mermados por sus consejos, y en todo momento he hablado claro»:

* Señor rural, propietario de tierras; en especial se refiere al principal propietario de un pueblo o distrito. (*N. de la t.*)

** Designa el conjunto de los campesinos o labradores libres de Inglaterra, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la t.*)

Siento como si nada que no sean fuertes cordiales y los estimulantes más poderosos, pudiera despertar al Pueblo a cualquier actitud vigorosa. ... A menos que nuestros

¹⁴ Utilizo aquí el término de Henry Jephson, cuyos dos volúmenes de historia de *The Platform*, 1892, son todavía el único estudio consecuente de esta institución.

¹⁵ Véase Asa Briggs, *The Age of Improvement*. 1959, pp. 88 y ss.

llamamientos convenzan a todas las inteligencias, y las verdades que damos a conocer se fijen en el corazón, no haremos nada. ... Si te vieras obligado, para hacer algún progreso, a proponer simples subterfugios que no satisficieran aquellos enérgicos llamamientos, confío en Dios para que seas rescatado de la situación por algún hombre resuelto que asista a tu reunión...¹⁶

86

Así pues, argumentos constitucionales semejantes podían esconder profundas diferencias de tono y formas de propaganda. Pero todos los reformadores antes de Paine empezaban con «las corrupciones de la Constitución». Y su grado de radicalismo puede deducirse, en general, de los precedentes históricos que citan en sus escritos. Los Partidarios wilkitas, pero en su mayor parte aristócratas, de la Declaración de derechos (y sus sucesores: las «Asociaciones de la Revolución», 1788, y Los Amigos del Pueblo, 1792) se sentían satisfechos con hacer respetar el precedente del acuerdo de 1688. La avanzada Sociedad para la Información Constitucional, fundada en 1780, y cuyos folletos escritos por el doctor Jebb, Cartwright y Capel Lofft proporcionaron a Thomas Hardy su primera introducción a la teoría de la reforma, se extendía con amplitud —a la Carta Magna y más allá— en busca de precedentes, y se inspiraba tanto en el ejemplo anglosajón como en el norteamericano.¹⁷ Y, después de la Revolución francesa, los teóricos de las sociedades populares incorporaron en gran parte los *tyhings** anglosajones es el Witenagemot** y las leyendas del reinado de Alfredo. Para muchos jacobinos, la «prístina pureza» y «nuestros antepasados» se amoldaban a casi cualquier innovación constitucional para la cual se pudiera improvisar un precedente sajón. John Baxter, un platero de Shoreditch, líder de la SCL y compañero de prisión de Hardy durante los procesos por traición, encontró tiempo para publicar, en 1796, una *New and Impartial History of England* de 830 páginas, en la que el precedente sajón casi no se puede distinguir de] estado natura], del buen salvaje, o del pacto social originario. «En sus orígenes —suponía Baxter— la Constitución debió ser libre.» La historia era la historia de su corrupción, «los britanos fueron dominados primero por los romanos, a continuación por los sajones, éstos de nuevo por los daneses y, finalmente, todos por los normandos ...» En cuanto a la Revolución de 1688, ésta «no hizo más que expulsar a un tirano y confirmar las leyes sajonas». Pero había muchas de esas leyes que todavía debían ser restablecidas; y, junto al sufragio masculino adulto, las que más importantes le parecían a John Baxter eran la ausencia de un ejército permanente y el derecho de cada ciudadano a ir armado. Había llegado al derecho del pueblo de desafiar la Constitución, mediante laboriosos argumentos constitucionales.

* Conjunto de diez personas. Cada miembro del grupo debía responder de la nueva conducta o de los daños causados por cualquier otro miembro del *tything*. (N. de la t.)

** *Asamblea de los Witan*, Consejo nacional de la época anglosajona. (N. de la t.)

87

¹⁶ C. Wyvill, *Political Papers*, V, pp. 389-390, 399-400.

¹⁷ La Sociedad Constitucional estuvo inactiva durante los últimos años de la década de 1780, pero fue muy activa después de 1790, con Home Tooke como miembro destacado.

No obstante, como ha mostrado el señor Christopher Hill en su estudio de la teoría del «yugo normando», esas controversias constitucionales, elaboradas y a menudo engañosas, tenían una trascendencia real.¹⁸ Incluso las formas de argumento anticuario esconden importantes diferencias de énfasis político. Desde el anónimo *Historical Essay on the English Constitución* (1771) hasta los primeros años de la década de 1790, los reformadores más avanzados estuvieron marcados por su afición a citar el ejemplo sajón. Mucho antes, Tom Paine había publicado su *Sentido común* (1776), cuyos argumentos apenas conducían al recurso del precedente:

Un bastardo francés que desembarca con un ejército de bandidos y se hace él mismo rey de Inglaterra, contra el consentimiento de los nativos, es, en términos llanos, un prototipo de canalla, muy miserable. En verdad, no había en él ninguna divinidad. La verdad simple y llana es que la antigüedad de la monarquía inglesa no resistiría una investigación.

Pero esto se publicó en territorio norteamericano; y, como veremos, tal declaración iconoclasta sólo se conoció en Inglaterra, después de la Revolución francesa y la publicación de *Los derechos del hombre*: «Si la sucesión sigue la línea del Conquistador, la nación sigue en la línea de ser conquistada, y se debería rescatar a sí misma de este camino». Mientras tanto, la teoría del «Yugo Normando» daba signos de una asombrosa vitalidad; e incluso tuvo un resurgimiento en los círculos jacobinos, después de 1793, cuando Paine fue conducido al exilio y sus *Derechos del hombre* fueron prohibidos como libelo sedicioso.

En parte, esta era una cuestión de conveniencia. E] proceso de Paine puso de manifiesto los límites de la libertad permitida dentro de las convenciones del constitucionalismo. Negar por completo el recurso a «nuestros antepasados» era altamente peligroso. Cuando Henry Yorke, el reformador de Sheffield, fue procesado en 1795, su defensa se basó en este punto: «En casi todas las intervenciones me esmeré en contradecir las doctrinas de Thomas Paine, que denegaban la existencia de nuestra constitución. ... Declaré continuamente lo contrario, que teníamos una buena constitución», «este magnánimo gobierno que proviene de nuestros padres sajones, y de la prodigiosa inteligencia de] inmortal Alfredo». Incluso John Baxter, cuyos «Sajones» eran jacobinos y *sans-culottes* sin excepción, creía conveniente distanciarse él mismo de la tota] falta de respeto de Paine: «Aunque respetamos mucho las opiniones del señor Thomas Paine ... no podemos estar de acuerdo con él en que no tenemos constitución; su equivocación parece surgir de no haber llevado sus puntos de vista más allá de la conquista normanda.»

88

Pero era más que conveniencia. De acuerdo con la leyenda, el precedente sajón legitimaba una monarquía constitucional, un parlamento libre basado en el sufragio masculino adulto, y el imperio de la ley. Al presentarse como «Patriotas» y constitucionalistas, hombres como el comandante Cartwright y Baxter estaban

¹⁸ *In Democracy and the Labour Movement*, ed. de P. Saville, 1954, pp. pp. 42-54.

intentando hacer suya la retórica de una época.¹⁹ Parecía que si las cosas se decían tan francamente como Paine las había puesto en *Sentido común*, entonces los reformadores se verían obligados a retirarse por completo del debate constitucional y a fundamentar sus demandas en la razón, la conciencia, el individualismo y las verdades «evidentes». Para muchos ingleses del siglo XVIII, cuyas mentes estaban nutridas en una cultura constitucionalista, la idea era escandalosa, aterradora y peligrosa en sus implicaciones.

Y sin embargo, era necesario que se rompiera esa retórica, porque —incluso cuando estaba adornada en los improbables términos sajones de Baxter— implicaba la absoluta inviolabilidad de determinadas convenciones: el respeto hacia la institución monárquica, hacia el principio hereditario, hacia los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la Iglesia oficial, y hacia la representación, no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad. Una vez enredados en los argumentos constitucionales —incluso cuando éstos se utilizaban para promover las demandas de sufragio masculino adulto— los reformadores quedaban atrapados en las trivialidades poco sistemáticas de la renovación constitucional. Para que surgiera un movimiento plebeyo, era esencial escapar completamente a esas categorías y situar delante peticiones mucho más ampliamente democráticas. En los años que van desde 1770 a 1790, podemos observar una paradoja dialéctica gracias a la cual la retórica del constitucionalismo contribuyó a su propia destrucción o superación. Quienes, en el siglo XVIII, leían a Locke o los comentarios de Blackstone encontraban en ellos un agudo criticismo de los manejos de facción y de los intereses que había en la no reformada Cámara de los Comunes.²⁰ La primera reacción fue criticar la práctica del siglo XVIII a la luz de su propia teoría; la segunda reacción, más retardada, fue desacreditar la teoría en sí misma. Y en este punto, fue cuando Paine entró en escena, con *Los derechos del hombre*.

89

La Revolución francesa había sentado un precedente de un tipo más amplio: se había redactado una nueva Constitución, a la luz de la razón y a partir de unos principios básicos, que arrojaba «los exiguos, rancios, lúgubres métodos / De la costumbre, la ley y la sanción» a las sombras. Y no fue Paine, sino Burke, quien perpetró el primer y principal abandono de los fundamentos del argumento constitucional. El ejemplo francés por una parte, y los laboriosos reformadores que

¹⁹ Esta retórica aparece en lugares inverosímiles. Un programa de finales del siglo XVIII anuncia «esa Muy antigua, Leal, Nacional, Constitucional y Legítima Diversión: ACOSO DE TOROS CON PERROS». Las sociedades jacobinas provinciales se describían habitualmente, entre 1792 y 1796, como constitucionales o patrióticas. La viuda de John Telwall, cuando estaba compilando la vida de aquél, se esmeró en destacar que su marido era «descendiente de una familia sajona», mientras que Joseph Gerrald, cuando proponía el peligroso expediente de una Convención Nacional, citaba como precedentes las «asambleas de la población» de «nuestros antepasados sajones».

²⁰ Erskine basó la defensa de Paine, en el proceso que se le hizo *in absentia*, en pasajes extraídos de Blackstone, mientras que el reformador de Sheffield, Yorke, leía fragmentos de Locke en las manifestaciones públicas. Estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*, 1794. p. 108.

desenterraban el precedente anterior a 1688 o el precedente prenормando por la otra, habían convertido el viejo fundamento en insostenible. En sus *Reflections on the French Revolution* (1790) Burke reemplazó la autoridad del precedente por la de la sabiduría y la experiencia, y el respeto hacia la Constitución por el respeto hacia la tradición: aquella «asociación ... entre los que están vivos, los que están muertos y los que tienen que nacer». La teoría de los frenos y equilibrios sobre el ejercicio de poderes específicos se tradujo en la atrevida idea de frenos y equilibrios sobre las imperfecciones de la naturaleza del hombre:

La ciencia de la construcción de una *commonwealth* ... no es para enseñarla *a priori*. ... La naturaleza del hombre es intrincada; los propósitos de la sociedad son de la mayor complejidad posible, y por lo tanto ninguna simple disposición o instrucción del poder se puede adecuar ya sea a la naturaleza del hombre, o a la importancia de sus asuntos. ... Los derechos de los hombres en los gobiernos están ... a menudo en equilibrios entre las diferencias de provecho; en un término medio a veces entre el bien y el mal, y a veces entre el mal y el mal...

Los reformadores radicales «están tan enfrascados en sus teorías sobre los derechos del hombre, que han olvidado su naturaleza». «Debido a su impetuosa precipitación y a su desafío del proceso de la naturaleza, se han entregado a ciegas a todo intrigante y aventurero, a todo alquimista y empírico.»²¹

El argumento se deduce a partir de una naturaleza moral del hombre, en general; pero continuamente vislumbramos el hecho de que no era tanto la naturaleza moral de una aristocracia corrupta lo que alarmaba a Burke, como la naturaleza del populacho, «la cochina multitud». El gran sentido histórico de Burke le llevaba a suponer un «proceso de una naturaleza» tan compleja y dilatoria que cualquier innovación estaba llena de peligros ocultos; un proceso en el que el pueblo común no participara. Si Paine estaba equivocado al rechazar las advertencias de Burke (ya que sus *Derechos de hombre* fueron escritos en réplica a Burke), tema razón al desenmascarar la inercia de los intereses de clase que subyacen en su espaciosa argumentación.

90

El juicio académico ha tratado a los dos hombres de forma extraña. Se ha exagerado la reputación de Burke como filósofo político, sobre todo en los últimos años. Se ha rechazado a Paine como un mero vulgarizado! En realidad, ninguno de los dos escritores era suficientemente sistemático para figurar como teórico político importante. Los dos eran ensayistas de talento, ambos son menos notables por lo que dicen que por el *tono* en que lo dicen. Paine carece de cualquier profundidad de lectura, de cualquier sentido de seguridad cultural, y le traiciona su carácter arrogante e impetuoso en pasajes escritos de una mediocridad que las mentes académicas siguen lamentando y hace que lo arrinconen con un solo vistazo. Pero la mentalidad popular recuerda a Burke, menos por su penetración que por su impertinencia del momento; «la cochina multitud», su traicionera frase que revelaba otro tipo de insensibilidad de

²¹ *Reflections on the French Revolution*, edición Everyman, pp. 58-59. 62, 166.

la que Paine era incapaz. La mancha de Burke estropea la compostura de la fina cultura del siglo XVIII. En toda la airada producción popular de folletos que siguió, casi podría parecer que los temas se podían definir en cinco palabras: el epíteto de dos palabras de Burke por una parte, y el título de tres palabras de Paine por la otra. Con monótona invención los folletistas populares hicieron variaciones satíricas sobre el tema de Burke: *Despojos de Cerdo, Carne de Puerco, Hayucos y Bellotas: Recogidas por el Viejo Hubert, Política para el Pueblo: Salmagundi * para los cochinos* (con la colaboración de «Hermano Gruñón», «Porculus» y *ad nauseam*) eran los títulos de los folletos y los periódicos. La pocilga, los porqueros, el tocino; y así prosigue. «Mientras vosotros estáis ... atracándoos en los comedores atestados de delicados despojos; nosotros, con nuestro numeroso séquito de *puercos*, nos dedicamos, desde que sale el sol hasta que se pone, a conseguir los medios de subsistencia, ... recogiendo unas pocas bellotas», así reza *an Address to de Hon. Edmund Burke from de Swinish Multitude* (1793). Nunca otras palabras han irritado tanto al «inglés libre por nacimiento», ni le han hecho tan sensato en la respuesta.

* Comida compuesta de carne picada, anchoas, huevos, cebollas, con aceite y condimentos. (*N. de la t.*)

Puesto que *Los derechos del hombre* es un texto básico del movimiento obrero inglés, debemos examinar sus argumentos y su tono de forma mucho más atenta.²² Paine escribió en territorio inglés, pero lo hizo como un norteamericano con reputación internacional que había vivido durante cerca de quince años en el vigorizante ambiente del experimento y la actitud iconoclasta con respecto a la Constitución. «Quería saber —escribió en el prefacio a la segunda parte— de qué forma sería recibida una obra escrita en un estilo de pensamiento y de expresión distinto a lo que ha sido tradicional en Inglaterra.» Desde el principio rechazó el marco del argumento constitucional: «Lucho por los derechos de los *vivos* y contra el hecho de que sean legados y controlados y estipulados por la supuesta autoridad manuscrita de los muertos.» Burke deseaba «transmitir los derechos de la posteridad para siempre, sustentados en la autoridad de un enmohecido pergamino», mientras que Paine afirmaba que cada generación sucesiva tenía la capacidad de definir sus derechos y su forma de gobierno de nuevo.

91

En cuanto a la Constitución inglesa, no existía nada de eso. Como máximo, era un «sepulcro de precedentes», un tipo de «Papado Político»; y «el gobierno mediante el precedente, sin hacer ninguna consideración del principio del precedente, es uno de los sistemas más viles que se pueden establecer». Todos los gobiernos, excepto los de Francia y Norteamérica, derivaban su autoridad de la conquista y la superstición: sus

²² Paine volvió a Inglaterra en 1787 y estaba muy absorto en sus experimentos en torno a la construcción de puentes. La primera parte de *Los derechos del hombre* se publicó en 1791; la segunda parte en 1792. La biografía más reciente de Paine, A. O. Aldridge, *Man of Reason* (1960), es completa pero sencilla y añade poco a nuestro conocimiento acerca de la influencia de Paine en Inglaterra y de sus conexiones. Se debería leer junto con la animada pero partidista *Life* (1892) de Moncure D. Conway; o el breve retrato de H. N. Brailsford en *Shelley, Godwin and their Circle*.

fundamentos descansaban sobre «el poder arbitrario». Y Paine reservaba sus particulares improperios para el respeto supersticioso que iba unido a los medios por los que se aseguraba la continuación de este poder: el principio hereditario. «Una banda de criminales invade un país, y lo somete a contribuciones. Una vez establecido su poder de ese modo, el jefe de la banda se las ingenia para cambiarse el nombre de Ladrón por el de Monarca; y he aquí el origen de la Monarquía y los Reyes.» Por lo que se refiere al derecho de herencia, «heredar un Gobierno es heredar al Pueblo, como si fueran rebaños y pjaras». «Los Reyes se suceden unos a otros, no como seres racionales, sino como animales. ... Ser un trabajador manual corriente y moliente requiere algún talento; pero ser un Rey sólo requiere la figura animal de un hombre: una especie de autómatas que respire»;

No está muy lejano el momento en que Inglaterra se reirá de sí misma por enviar a buscar hombres a Holanda, Hanover, Zell o Brunswick, gastándose un millón al año, que no comprenden ni sus leyes, ni su lenguaje, ni su interés, y cuyas capacidades apenas les hubieran facultado para el cargo de guardias de una parroquia.

«¿Para qué mantener entonces a esos hombres?», preguntaba.

Chambelanes, Pensionistas, Señores de la Alcoba, Señores de la Cocina, Señores de lo Necesario y el Señor sabe de cuántas cosas más: todos ellos pueden encontrar tantas razones en favor de la monarquía como suman sus salarios, pagados a costa del país; pero si le pregunto al labrador, al fabricante, al negociante, al hombre de oficio ... al trabajador corriente, de qué le sirve la monarquía, no me puede dar respuesta. Si le pregunto qué es la monarquía, cree que es algo parecido a una sinecura.

92

El sistema hereditario, en general, estaba condenado al mismo desprecio: «un gobernante hereditario es tan absurdo como un autor hereditario».

Todo esto era (y algo tiene del temerario aire de) blasfemia. Paine encontró incluso que la sagrada declaración de derechos era «una declaración de males * y una ofensa». No se trata de que Paine fuera el primer hombre que pensaba de ese modo: muchos ingleses del siglo XVIII debieron tener privadamente esas ideas. Él fue el primero que se atrevió a expresarse con tal irreverencia; y con un libro destruyó tabúes centenarios. Pero Paine hizo mucho más que eso. En primer lugar, apuntaba hacia una teoría del Estado y del poder de clase, aunque de forma confusa y ambigua. En *El sentido común* había seguido a Locke en su consideración del gobierno como un «mal necesario». En la década de 1790, las ambigüedades de Locke parecen dividirse en dos partes, una Burke y la otra Paine. Donde Burke da por sentado el gobierno y examina su funcionamiento a la luz de la experiencia y la tradición, Paine habla como representante de los gobernados y da por supuesto que la autoridad de gobierno deriva de la conquista y el poder heredado en el seno de una sociedad dividida en clases. Las clases se definen de una forma tosca: «hay dos clases distintas de hombres en la nación, los que pagan impuestos, y los que reciben y viven de los impuestos»; y en cuanto a la Constitución, es buena para: «cortesanos, chambelanes, pensionistas, *borough-holders* ** y los líderes de los Partidos ... ; pero es una mala Constitución para, al menos, noventa y nueve de las cien partes de la nación».

* Juego de palabras con el término *right*, que en inglés significa «derecho» y «bien», y el término *wrong* que significa «mal». (*N. de la t.*)

** Perceptores de rentas urbanas. (*N. de la t.*)

De ahí también, la guerra entre los propietarios y los no propietarios: «cuando los ricos despojan a los pobres de sus derechos, esto se convierte en un ejemplo para que los pobres despojen a los ricos de su propiedad». ²³ Con este argumento el gobierno aparece como el parasitismo de la corte: los impuestos son una forma de robo, para los pensionistas y para las guerras de conquista, mientras «la totalidad del Gobierno Civil la lleva a cabo el Pueblo de toda ciudad y región, por medio de los funcionarios de las parroquias, los magistrados, las *quarterly sessions*,* los jurados y el *assize*,** sin dificultad en comparación con lo que se llama el Gobierno». Así que —en este punto— estamos cerca de una teoría del anarquismo. Lo que se necesita no es tanto la reforma como la abolición del gobierno: «en el instante en que el Gobierno formal es abolido, la sociedad empieza a actuar».

* Tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción civil y limitada que actuaban trimestralmente. (*N. de la t.*)

** Sesiones que se realizan periódicamente en cada condado de Inglaterra, con el objetivo de administrar justicia civil y criminal, a las que asisten jueces que actúan por comisión especial. (*N. de la t.*)

93

Por otra parte, la «sociedad», al actuar a través de un sistema representativo como gobierno, abría nuevas posibilidades que, de pronto, se encendieron en la mente de Paine mientras escribía el crucial capítulo cinco de la segunda parte de *Los derechos del hombre*. Aquí, después de ensalzar el comercio y la empresa industrial, darle de tortas a la dominación colonial (y —más adelante— proponer el arbitrio internacional en lugar de la guerra), asestarle unos golpes al código penal («barbaridad legal»), denunciar las cartas de privilegios exclusivos, las corporaciones y los monopolios y quejarse contra la carga de la fiscalidad, vino a detenerse un momento en los pecados de la aristocracia terrateniente:

¿Por qué ... el señor Burke habla de esta Cámara de los Pares como el pilar del interés de la tierra? Si este pilar se hundiera en la tierra, continuarían los mismos bienes raíces, y el mismo arado, siembra y siega seguirían existiendo. La Aristocracia no son los labradores que trabajan la tierra ... sino los meros consumidores de la renta ...

Y esto le condujo a propuestas poco detalladas, de más largo alcance, para recortar los costes del gobierno, el ejército y la armada; perdonar los impuestos y las contribuciones a los pobres; establecer un tributo supletorio mediante un impuesto gradual sobre la renta (elevándolo a 20 chelines por libra a partir de las 23.000 libras); y dar el dinero aumentado o ahorrado, en cantidades para mitigar la situación de los pobres. Propuso subsidios familiares: fondos públicos para permitir la educación general de todos los niños; pensiones de vejez, «no como una cuestión de distinción y favor, sino de derecho» (porque a los receptores sólo se les devolvería una parte de lo que ellos habían aportado a través de los impuestos); un subsidio de natalidad, un

²³ Estos últimos tres párrafos están tomados de: Paine, *Lener Addressed io the Addressers*, 1792, pp. 19 , 26, 69. Todos los demás son de *Los derechos del hombre*.

subsidio para parejas recién casadas, un subsidio para los funerales de los indigentes; y la construcción, en Londres, de casas de huéspedes combinadas con talleres para asistir a los inmigrantes y a los desempleados:

Con el funcionamiento de este plan, las leyes de pobres, esos instrumentos de tortura civil, serán reemplazadas. ... Los pobres agonizantes no serán arrastrados de un lugar a otro para morir, como represalia de una parroquia sobre otra. Las viudas tendrán una manutención para sus hijos ... y los hijos no serán ya considerados como un aumento de las desgracias de sus padres. El número de pequeños delitos, consecuencia de la desgracia y la pobreza, se reducirá. Los pobres, al igual que los ricos, estarán interesados en dar apoyo al Gobierno, y la causa y el temor a los motines y tumultos dejará de existir. Tú, que estás cómodamente sentado y te consuelas en la abundancia, ... ¿has pensado en estas cosas?

94

Este es Paine en sus mejores momentos. El éxito de la primera parte de *Los derechos del hombre* fue grande, pero el éxito de la segunda parte fue fenomenal. Fue esta parte —y en especial las secciones como éstas— la que tendió un puente entre las tradiciones más antiguas del «hombre de la Commonwealth» *whig* y el radicalismo de los cuchilleros de Sheffield, los tejedores de Norwich y los artesanos de Londres. Mediante esas propuestas, la reforma se puso en relación con las experiencias cotidianas de la penuria económica. Por muy engañosos que fueran algunos de los cálculos financieros de Paine, las propuestas dieron un nuevo carácter constructivo al conjunto de la agitación reformista. Si el comandante Cartwright formuló las demandas específicas en favor del sufragio masculino adulto, que iban a constituir la base de un centenar de años de agitación (y Mary Wollstonecraft, con sus *Right of Women*, inició una era de lucha para el segundo sexo, incluso más larga), Paine, en este capítulo, sentaba las bases para la legislación social del siglo XX.

Pocas de las ideas de Paine eran originales, excepto quizá las de este capítulo «social». «Los hombres que se entregan a su poderoso Genio de la forma en que lo hace Paine, no son Investigadores»; el comentario es de William Blake. Lo que Paine dio al pueblo inglés fue una nueva retórica del igualitarismo radical, que conectaba con las más profundas reacciones del «inglés libre por nacimiento» y que impregnaba las actitudes subpolíticas de los obreros urbanos. Cobbett no fue un verdadero painita, y Owen y los socialistas primitivos aportaron una línea completamente nueva; pero la tradición de Paine recorre con fuerza el periodismo popular del siglo XIX: Wooler, Carlile, Hetherington, Watson, Lovett, Holyoake, Reynolds, Bradlaugh. En la década de 1880 sufre un enérgico reto, pero la tradición y la retórica todavía están vivas en Blatchford y en el llamamiento popular de Lloyd George. Casi podemos decir que Paine estableció un nuevo marco dentro del cual estuvo confinado el radicalismo durante cerca de cien años, tan claro y tan bien definido como el constitucionalismo al que reemplazaba.

¿Cuál era este marco? Ya lo hemos visto, el desprecio por los principios monárquicos y hereditarios:

Desapruebo los gobiernos monárquicos y aristocráticos, por muy reformados que estén.

Las distinciones hereditarias y el orden privilegiado de toda especie ... necesariamente debe contrarrestar el progreso del perfeccionamiento humano. De ahí se deduce que no me cuento entre los admiradores de la Constitución británica.

95

Las palabras resultan ser de Wordsworth, en 1793. Y también son de Wordsworth las retrospectivas líneas que reviven, más que cualquier otro, el optimismo de aquellos años revolucionarios, cuando —caminando con Beaupuy— se encontró a una «hambrienta» muchacha campesina:

... y mi amigo ante la visión
Dijo con inquietud: «Es contra *eso*
Contra lo que luchamos», yo, como él, creía
Que se extendía un espíritu benigno
Al que nada se podría resistir, aquella miseria
Absoluta, en poco tiempo
Desaparecería, para que viésemos la tierra
Libre de cercas en su deseo de recompensar
A las sumisas, humildes criaturas del trabajo,
Aniquiladas para siempre las instituciones
Que legitimaban la exclusión, la ostentación vacía
Abolidos el Estado materialista y el poder cruel,
Ya fuese por edicto de uno o de unos pocos;
Y finalmente, como culminación de todo,
Que viésemos al pueblo detentando un gran poder
Para poder disponer sus propias leyes; y por consiguiente
tuviésemos mejores días
Para toda la humanidad. *

* ... and at the sight my friend / In agitation said, «Tis against *that* / That we are fighá ting.» I with him believed / That a benignant spirit was abroad / Which might not be withstood, that poverty / Abject as this would in a little time / Be found no more, that we should see the earth / Ünthwarted in her wish lo recompense / The meek, the lowly, palign child ; of toil, / All institutes forever blotted out / That legalised exclusión, empty pomp / Abolished, sensual State and cruel power, / Whcther by ediet of the one or few; / And finally, as sum and crown of all, / *i* Should see the people having a strong hand / In framing their "i own laws; whence better days / To all mankind.

Un optimismo que Wordsworth iba a perder al cabo de poco, pero al que el radicalismo se adhería con tenacidad, basándolo en premisas que Paine no se había detenido a examinar: una fe ilimitada en las instituciones representativas; en el poder de la razón; en (palabras de Paine) «una suma de buen sentido que yace en un estado latente» entre el pueblo llano; y en la creencia de que «el Hombre, si no fuera corrompido por los Gobiernos, es, por naturaleza, el amigo del Hombre, y esta naturaleza humana no es perversa en sí misma». Y todo eso expresado en un tono intransigente, impetuoso e incluso presuntuoso, con el recelo del hombre autodidacta hacia la tradición y las instituciones de estudio («se sabía de memoria todos sus propios escritos y no sabía nada más», fue el comentario de uno de los conocidos de Paine), y una tendencia a esquivar los problemas teóricos complejos con un poco de

empirismo y un llamamiento al «Sentido Común».

96

Tanto la fortaleza como las debilidades de este optimismo se reprodujeron una y otra vez en el radicalismo de la clase obrera del siglo XIX. Pero los escritos de Paine no iban dirigidos en especial a la población obrera, como algo distinto de los labradores, los hombres de oficio y los profesionales. La suya era una doctrina adecuada para la agitación entre «innumerables miembros»; pero no ponía en cuestión ni los derechos de propiedad de los ricos, ni las doctrinas del *laissez faire*. Sus propias relaciones se daban, muy claramente, con hombres de las clases no representadas de fabricantes y comerciantes; con hombres como Thomas Walker y Holcroft; con la Sociedad Constitucional más que con la SCL. Sus propuestas de un impuesto gradual sobre la renta anticipan ideas de más largo alcance sobre redistribución de la propiedad; pero iban dirigidas a la aristocracia de grandes propietarios, de la que le disgustaba el principio hereditario junto con la costumbre de la primogenitura. En términos de democracia política deseaba igualar todas las distinciones y privilegios heredados, pero no contemplaba la igualdad económica. En la esfera política, todo hombre debe tener iguales derechos como ciudadano; en la esfera económica, debe continuar siendo patrono o empleado, y el Estado no debería interferir ni en el capital, ni en los salarios. *Los derechos del hombre* y *La riqueza de las naciones* deberían complementarse y nutrirse uno a otra. Y también en eso, la tradición principal del radicalismo obrero del siglo XIX tomó su carácter de Paine. Hubo épocas, en los momentos álgidos de los owenitas y los cartistas, en que otras tradiciones llegaron a ser dominantes. Pero después de cada recaída, el sustrato de los supuestos painistas quedaba intacto. La aristocracia era el objetivo principal, su propiedad podía ser amenazada —incluso por lo que se refiere a la nacionalización de la tierra y al impuesto único de Henry George— y sus rentas consideradas como exacción feudal de la época del «bastardo francés» y sus «bandidos armados»; pero —por muy fuerte que fuera la lucha de los *trade unionists* contra sus patronos— el capital industrial se consideraba como el fruto de una empresa y, por consiguiente, fuera del alcance de la intervención política. Hasta la década de 1880, por lo general, el radicalismo obrero permaneció paralizado dentro de este marco.

Otro elemento que Paine aportó a la tradición del siglo XIX: el verdadero painita — Carlile o James Watson o Holyoake— era también un librepensador. «Mi religión es hacer el bien», escribió Paine en *Los derechos del hombre*, y dejó aquí la cuestión. Pero se consideraba a sí mismo como el paladín de esos derechos contra «la era de la ficción y la superstición política, y de la astucia y el misterio»; y era natural que completase su trabajo con *La edad de la razón*, una serie ininterrumpida de improperios contra la religión del Estado y toda suerte de triquiñuelas de los curas. Paine escribió, no como un ateo, sino como un déista; la primera parte, escrita en Francia en 1793 bajo la sombra de la guillotina, veía pruebas de la existencia de un Dios en el acto de la creación y en el mismo universo, y apelaba a la razón como opuesta al misterio, el milagro o la profecía. En 1795, el libro fue publicado en

Inglaterra por Daniel Isaac Eaton, quien sufrió no menos de siete procesos, y hacia 1812, 15 meses de prisión y 3 años de destierro, por sus actividades como impresor. A pesar de las descaradas provocaciones de su tono, *La edad de la razón* contenía pocas cosas que pudieran sorprender a los deístas del siglo XVIII o a los unitaristas avanzados. Lo nuevo era el público popular al que atraía Paine, y la gran autoridad de su nombre. La segunda parte, publicada en 1796 (también por el valiente Eaton),²⁴ era un ataque a la ética del Antiguo Testamento y la veracidad del Nuevo, un atropellado ensayo de criticismo bíblico:

97

«He ... recorrido la Biblia, como un hombre recorrería un bosque con una hacha a su espalda y cortaría árboles. Ahí están, y los curas, si quieren, los pueden volver a plantar. Quizá, podrán clavarlos en el suelo, pero nunca conseguirán hacerlos crecer.»

Hay que decir que existen otros usos para los bosques. Blake reconocía la fuerza y la acometida de los argumentos de Paine, parafraseándolos en su propia taquigrafía inimitable:

Que la Biblia es un completo Engaño del Estado, y aunque el pueblo lo vio siempre, nunca pudo quitárselo de encima. Otro argumento es que todos los Comentaristas de la Biblia son unos Bellacos Falsos e Intrigantes, que con la esperanza de tener una vida mejor adoptan la religión del Estado ... Podría nombrar a un centenar de ellos.

Pero Paine era incapaz de leer cualquier parte de la Biblia como (en palabras de Blake) «un Poema de imposibilidades verosímiles». Para muchos de los seguidores ingleses de Paine, durante los años de la represión, *La edad de la razón* era «una espada enviada para dividir». Algunos jacobinos que seguían perteneciendo a las iglesias disidentes o metodistas se sintieron enojados tanto con el libro de Paine, como con la oportunidad que daba a sus enemigos de montar un renovado ataque contra los «ateos» y los «republicanos». Las autoridades, por su parte, consideraron que la última ofensa de Paine superaba todos los ultrajes previos; había cogido los períodos moderados de los cómodos pastores unitaristas y el escepticismo de Gibbon, los había traducido a un torpe inglés polémico, y los había lanzado a los humildes. Ridiculizaba la autoridad de la Biblia con argumentos que podía entender un minero o una muchacha campesina:

98

... la persona a la que llaman Jesucristo, engendrada, dicen, por un espíritu, al que denominan santo, en el cuerpo de una mujer comprometida en matrimonio y casada más adelante, y a la que llaman virgen. 700 años después de que esta absurda historia fuera contada ... ¿Crearía alguien a cualquier muchacha con un hijo que, hoy en día, dijera que ella había sido fecundada con un hijo por un espíritu, y que un ángel se lo había anunciado?

Cuando consideramos las bárbaras y perniciosas supersticiones que inculcaban en esa época las iglesias y las escuelas dominicales,²⁵ podemos darnos cuenta del efecto

²⁴ Eaton publicó una «Tercera Parte» en 1811, y fue sentenciado en 1812, a la edad de 60 años, a otros 18 meses de prisión y a la picota. T. S. Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 927 y ss.

²⁵ Véase más adelante, cap. 11.

liberador que los escritos de Paine tuvieron en muchos espíritus. Ayudaba a los hombres a luchar, libres de la capa de respeto religioso que reforzaba el respeto debido al magistrado y al patrono, y lanzó a muchos artesanos del siglo XIX por un camino de fuerte independencia intelectual e investigación. Pero también debemos recordar las limitaciones de la «razón» de Paine; tenía una facilidad y una falta de recursos imaginativos en el hacer que recuerdan una de las constricciones de Blake en la «visión única». En el Libro del Eclesiastés, Paine sólo podía ver «la reflexión solitaria de un libertino maltrecho ... que, evocando escenas de las que ya no puede disfrutar, exclama, *¡Todo es vanidad!* Una gran parte de la metáfora y de los sentimientos es oscura...».

La edad de la razón no fue la única fuente del pensamiento libre del siglo XIX. Se divulgaron otros muchos tratados y traducciones (compendios de Voltaire, D'Holbach, Rousseau) en los círculos jacobinos, en la década de 1790. de los cuales el más influyente fue *Ruins of Empire* de Volney. Era éste un libro más profundo e imaginativo que el de Paine, un original estudio comparativo sobre religión. Además, la alegoría de Volney sobre la evolución de las triquiñuelas de los curas se hacía corresponder con la alegoría del desarrollo del despotismo político; en su conclusión ofrecía un mensaje más general de tolerancia e internacionalismo que Paine. A diferencia de *Political Justice* de William Godwin, cuya influencia se redujo a un pequeño círculo sumamente culto,²⁶ *Ruins* de Volney se publicó en forma de libro de bolsillo barato y estuvo en las bibliotecas de muchos artesanos durante el siglo XIX. Su capítulo quince, la visión de una «Nueva Era», se divulgó con frecuencia como un folleto. En él, el narrador ve a una nación civilizada decidida a dividirse en dos grupos: los que «mediante trabajos útiles contribuyen al mantenimiento y conservación de la sociedad», por una parte, y sus enemigos por la otra. La abrumadora mayoría se encuentra en el primer grupo: «trabajadores, artesanos, hombres de oficio y toda profesión útil a la sociedad». El segundo era «un pequeño grupo, una fracción sin valor»; «nadie, sino curas, cortesanos, contables públicos, jefes de tropas, en resumen, los representantes civiles, militares o religiosos del gobierno». Entre los dos grupos tiene lugar un diálogo:

99

PUEBLO: ... ¿Qué trabajo realizáis en la sociedad?

CLASE PRIVILEGIADA: Ninguno, nosotros no estamos hechos para trabajar.

PUEBLO: Entonces, ¿cómo habéis adquirido vuestra riqueza?

CLASE PRIVILEGIADA: Preocupándonos de gobernaros.

PUEBLO: ¡Gobernarnos! ... Nosotros trabajamos y vosotros disfrutáis; nosotros producimos y vosotros derrocháis; la riqueza mana de nosotros y vosotros la absorbéis. Hombres privilegiados, clase separada del pueblo, formad una nación aparte y

²⁶ El anarquismo filosófico de Godwin sólo llegó a un público obrero después de las guerras; y entonces lo hizo, principalmente, a través de las notas a *Queen Mab* de Shelley, en las ediciones no autorizadas de Richard Carlile.

governaros vosotros mismos.

Unos pocos de la clase privilegiada se unen al pueblo (continúa la visión), pero los demás intentan intimidar al pueblo con tropas. Sin embargo, los soldados tiran sus armas al suelo y dicen: «Somos parte del pueblo.» A continuación, la clase privilegiada intenta engañar al pueblo con los curas, pero éstos son rechazados: «Curas y cortesanos, vuestros servicios son demasiado caros; en lo sucesivo tomaremos vuestros asuntos en nuestras manos.» Por un curioso efecto de traducción, los puntos de vista de Volney parecen más radicales en inglés que en francés. La noción del Estado u orden aristocrático parasitario se expone como la «clase» más generalizada de ricos y ociosos. De ahí arrancarí­a la sociología del radicalismo de posguerra, que dividía la sociedad entre las «Clases Productivas» o «Útiles» por un lado, y los cortesanos, los detentadores de prebendas, los poseedores de fondos, los especuladores y los parasitarios intermediarios por el otro.²⁷

Sin embargo, Volney fue una influencia algo posterior. Paine dominó el radicalismo popular de los primeros años de la década de 1790. Es cierto que su torpe mentalidad polémica dio una estrechez de miras al movimiento que (con la euforia más sofisticada de Godwin) fue agriamente caricaturizado por los reformadores desencantados, cuando se pasó de la Convención revolucionaria francesa al bonapartismo, por la vía del terror. La crítica y la caricatura, expresadas con los genios combinados de Burke, Wordsworth y Coleridge, han dominado las opiniones de muchos estudiosos contemporáneos expuestos, ellos mismos, a experiencias similares de desencanto revolucionario durante los pasados 25 años.

100

Ciertamente, entre algunos de los discípulos de Godwin y de Paine, había una actitud mesiánica, de selección estelar, que les hacía proclives a la aceptación de ideas superficiales (y a la larga vulgares) de la perfectibilidad humana:

¡Oh, Paine! junto a Dios, cuán infinitamente están millones de seres en deuda contigo por el pequeño residuo de sus libertades ... Alejandro, Césares, Fernandos, Capetos, Federicos, José y Zarinas han ... luchado ferozmente para esclavizar a la humanidad; pero te estaba reservado ... ondear los estandartes celestiales de los derechos del hombre, sobre las tambaleantes bastillas de Europa; romper los grilletes del despotismo de los tobillos de millones de seres, y destruir aquellos yugos de opresión ... preparados para los cuellos de más millones de seres aún por nacer.²⁸

Siempre se encuentran actitudes como ésta en períodos de entusiasmo revolucionario. Pero si se aplica el mito de «totalitarismo» jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el «pagano, turco o judío».

²⁷ Véase especialmente la discusión de Wade y el *Gorgon*, más adelante, vol. 2, pp. 382 y ss.

²⁸ Ciudadano Randol, de Ostende, *A Political Catechism of Man*, 1795, p. 8.

Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a «la muchedumbre» (en palabras de Paine) de «seguidores de la *facción*» en seguidores del «*estandarte* de la libertad».

Esto no significa desechar las acusaciones contra algunos jacobinos ingleses, de ideas doctrinarias y experimentalismo moral frívolo, cuya expresión más notable se encuentra en el libro ni de *Excursión* de Wordsworth. Estos han sido, a menudo, los vicios de la «izquierda». Paine tenía poco sentido histórico, su visión de la naturaleza humana era superficial, y el suyo es un tipo de optimismo («No creo que la Monarquía y la Aristocracia se mantengan por siete años más en cualquiera de los países ilustrados de Europa») que la mentalidad del siglo XX encuentra pesado. Pero en nuestra época, la reacción contra la interpretación *whig* o marxista de la historia ha sido tan grande, que algunos estudiosos han propagado una inversión ridícula de los papeles históricos: los perseguidos se ven como precursores de la opresión, y los opresores como víctimas de la persecución. Y por ello, nos hemos visto obligados a reexaminar esas verdades elementales. Fue Paine quien depositó su fe en la libre actuación de la opinión en la «sociedad abierta»; «hoy no se le puede decir a la humanidad que no debe pensar o que no debe leer»; también fue Paine quien vio que en los debates constitucionales del siglo XVIII «la nación siempre estaba excluida del tema». Incluyendo a la nación *en* el tema, estaba obligado a poner en marcha unas fuerzas que no podía ni controlar ni prever. En eso consiste la democracia.

Capítulo 5. PLANTANDO EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

Debemos ahora volver a Thomas Hardy y sus compañeros, que se reunieron en La Campana, en la calle Exeter, en enero de 1792. Hemos hecho este largo rodeo para sortear la muralla china que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera, de la historia cultural e intelectual del resto de la nación. Los acontecimientos de la década de 1790 se ven, demasiado a menudo, en Inglaterra como un destello que se refleja de la toma de la Bastilla.¹ Pero los elementos que cristalizaron mediante el ejemplo francés —las tradiciones disidentes y libertarias— se remontan muy lejos en la historia inglesa. Y la agitación de la década de 1790, aunque sólo duró cinco años (1792-1796), fue extraordinariamente intensa y de largo alcance. Alteró las actitudes subpolíticas del pueblo, afectó los alineamientos de clase e inició tradiciones que se extienden hacia adelante hasta el presente siglo. No fue sólo agitación en torno a Francia, aunque los acontecimientos franceses a la vez la inspiraron y la complicaron. Fue una agitación inglesa, de unas dimensiones impresionantes, en favor de una democracia inglesa.²

El ejemplo francés rompió la compuerta del constitucionalismo. Pero el año fue 1792, no 1789, y las aguas que fluyeron a través de ella fueron las de Tom Paine. Una vía para acercarnos a estos acontecimientos son algunas impresiones del norte de Inglaterra en la segunda mitad de 1792. En verano, el ministro de la Guerra consideró que la situación era suficientemente seria como para enviar de viaje al lugarteniente del general ayudante para que averiguase la disposición de las tropas y su fiabilidad en un momento de emergencia. En Sheffield «encontré que las doctrinas sediciosas de Paine y la gente facciosa, que intentan perturbar la paz del país, se habían extendido hasta un punto, mucho más allá de lo que imaginaba». En Sheffield vio un «centro de todas sus maquinaciones sediciosas»; 2.500 «de los trabajadores manuales más bajos» estaban inscritos en la principal asociación partidaria de la reforma (la Sociedad Constitucional):

103

«Ahí leían y comentaban las publicaciones más agresivas, así como su

¹ Para las sociedades populares, véase G. S. Veitch, *The Genesis of Parliamentary Reform*, 1913; W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-97*. Nueva York, 1912, y P. A. Brown, *The French revolution in English History*, 1918. Véase también J. Deschamps, *Les lies Britanniques et la Revolution Française*, Bruselas, 1949; H. Collins, «The London Corresponding Society; en *Democracy and the Labour Movement*, compilado por J. Saville, 1954; W. A. L. Seaman, «British Democratic Societies in the French Revolution; tesis doctoral no publicada, Londres, 1754.

² Por supuesto, también fue una agitación, si cabe más intensa, en favor de la independencia de Irlanda y la democracia en Escocia. Véase, H. W. Meikle, *Scotland and the French Revolution*, Glasgow. 1912; R. B. Mariden. *The United Irishmen, 1842-1846*.

correspondencia no sólo con las sociedades que dependían de ella, en las ciudades y los pueblos vecinos, sino con aquellos que estaban ... en otras partes del reino...»³

En el otoño y el invierno de 1792, Wilberforce (el diputado por Yorkshire) recibió noticias alarmantes de varios corresponsales. Wyvill le escribió acerca de «la actitud del pueblo bajo en el condado de Durham»:

Una cantidad considerable de gente ha manifestado descontento hacia la Constitución, en Bernard Castle, y se han escrito en la plaza del mercado* las palabras, «Abajo el rey», «Libertad» e «Igualdad». Durante los últimos disturbios entre los marineros en Shields y Sunderland, éstos se dirigieron al general Lambton de este modo: «¿Ha leído usted esta pequeña obra de Tom Paine?» «No.» «Pues léala; a nosotros nos gusta mucho. Usted tiene una gran hacienda, general; pronto la dividiremos entre nosotros.»⁴

* En el original, *market-cross*. En Inglaterra se acostumbraba erigir cruces en los lugares de reunión y, por excelencia, en el mercado. Luego estas palabras han pasado a designar el mercado. (*N. de la t.*)

En noviembre un corresponsal escribía directamente a Pitt, desde North Shields, describiendo las huelgas y los motines de los marineros («P.S. Es espantoso narrarlo, en este momento la muchedumbre está conduciendo a algunos marineros y oficiales, que se han mostrado renuentes a atenerse a su modo de proceder, desnudos a través de la ciudad»), en términos que rayan en el pánico:

Cuando miro alrededor y veo este país cubierto de miles de Mineros, Marineros, Carreteros y otros trabajadores, formidables compañeros profundamente impresionados con las doctrinas de la igualdad y en la actualidad compuestos de una materia tan inflamable que la más mínima chispa lo convertirá en una llamarada, no puedo dejar de pensar que la debilidad de los Magistrados es muy censurable.⁵

Un hombre importante le escribió a Wilberforce desde Leeds acerca de «la dañina obra de Paine ... comprimida en un folleto de seis peniques, y vendida y distribuida con profusión. ... La puedes ver en las casas de los oficiales aprestadores de paños. Los soldados están conchabados por todas partes». «El estado del país ... parece muy crítico», anotó Wilberforce en su diario. E informó a su corresponsal de Leeds: «Estoy pensando en proponerle al arzobispo de Canterbury ... que fije un día de ayuno y humillación.» Pero desde Leeds llegaron mejores noticias: una muchedumbre leal había desfilado por las calles,

104

llevando una imagen de Tom Paine en lo alto de un palo, con una cuerda alrededor del cuello sostenida por un hombre que estaba detrás y que continuamente azotaba la efigie con un zurriago de carretero. Al final la imagen se quemó en la plaza del mercado, mientras la campana del mercado doblaba lentamente. ... En todos los rostros había una sonrisa ... «Dios salve al rey» resonaba en las calles...⁶

Sin embargo, las calles de Sheffield presenciaron escenas de un carácter muy diferente. Se convocaron manifestaciones a finales de noviembre para celebrar las victorias de los ejércitos franceses en Valmy; y el *Sheffield Register*, un periódico semanal que

³ Citado en Aspinall, *The Early English Trade Unions*, 1949, pp. 4-5.

⁴ R. I. y S. Wilberforce. *Life of William Wilberforce*. 1838. II, p. 2.

⁵ De Powditch a Pitt, 3 de noviembre de 1792, H.O. 42.22.

⁶ Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 1-5.

daba apoyo a los reformadores, informó de ellas (30 de noviembre de 1792). Una procesión de cinco o seis mil personas llevó a través de las calles un buey asado descuartizado, entre disparos de artillería. En la procesión había:

una caricatura que representaba a *Britannia*,* Burke cabalgando sobre un cerdo; y una figura, cuya parte superior era el retrato del Ministro Escocés,⁷ y la parte inferior la de un Asno ... el estandarte de la Libertad yacía roto en el suelo, en él estaba escrito «La Verdad es Mentira»; el Sol salía detrás de una Nube y el Ángel de la Paz extendía con una mano hacia abajo los «Derechos del Hombre» y tendía la otra para levantar a *Britannia*.

* Nombre de la personificación de Gran Bretaña en una mujer. (*N. de la t.*)

105

«Jamás había visto un grupo de villanos tan decidido y enérgico», subrayó un observador hostil.

Hay algo poco habitual en ello: mineros, marineros, aprestadores de paños, cuchilleros; no eran sólo los tejedores y los trabajadores de Wapping y Spitalfields, cuyas pintorescas y ruidosas manifestaciones habían salido en apoyo de Wilkes, sino obreros de pueblos y ciudades de todo el país que exigían derechos *generales* para ellos. Fue esto —y no el Terror francés— lo que provocó el pánico entre las clases propietarias.

Lo podemos ver si nos fijamos más atentamente en los acontecimientos que rodearon la publicación de *Los derechos del hombre*. Las primeras sociedades populares no se formaron hasta más de dos años después de la toma de la Bastilla. Entre las clases medias y altas había una buena disposición para acoger los primeros acontecimientos de la Revolución; incluso los tradicionalistas argüían que Francia se estaba alineando tardíamente con las ideas británicas de la «Constitución mixta». Los disidentes —y particularmente el doctor Price— fueron de los primeros en aprovechar el ejemplo francés, trazando analogías con Gran Bretaña y derivando de la Gloriosa Revolución el derecho a pedir cuentas a su propio «juez supremo». La agitación en favor de la revocación de los impedimentos contra los disidentes (las *Test and Corporation Acts*) alcanzó su punto álgido en el invierno de 1789-1790; y en el clima de grandes pasiones que creó esta campaña (y el rechazo de la Revocación) se formaron las primeras Sociedades Constitucionales provinciales de los reformadores, a la vez que los primeros clubs de partidarios de la «Iglesia y el Rey», de sus aristocráticos oponentes. Las *Reflections* de Burke (en las que se criticaba al doctor Price) fueron el primer signo importante de una reacción general, que precedió a la proclamación de la república francesa y al primer terror contra los contrarrevolucionarios. En verdad, Burke sorprendió a muchos reformadores circunstanciales (entre los que se habían contado Pitt y el propio Burke durante un tiempo) e incluso a los tradicionalistas, debido a la vehemencia de sus argumentos. Como hemos visto, los motines de Birmingham favorables a la «Iglesia y al Rey», del verano de 1791, apenas pertenecen a la era «revolucionaria francesa». Aunque el

⁷ Henry Dundas, ministro del Interior.

pretexto para los motines fue un banquete para celebrar el aniversario de la caída de la Bastilla, tanto la propaganda de los jacobinos como la de los antijacobinos apenas si había penetrado en el pueblo. Desde mayo de 1792 hacia adelante, las manifestaciones antijacobinas como las que describe Wilberforce en Leeds estuvieron mejor organizadas, compuestas más a menudo por personas desmoralizadas y esbirros y dirigidas de forma más abierta a la intimidación de los reformadores plebeyos.

Sin embargo, los motines de Birmingham suponen un momento de transición.⁸ La evidente complicidad y satisfacción de las autoridades indignaron y fortalecieron a los reformadores que, en otras muchas partes del país, habían celebrado la caída de la Bastilla sin que se les importunara. También sirvieron, de forma aviesa, como un anuncio de sus actividades, en un momento en que la primera parte de *Los derechos del hombre* estaba aumentando su popularidad. Algunos magistrados de Lancashire detectaron un «malhumor general» al que los sucesos de Birmingham habían contribuido, y lo relacionaban con «un espíritu de conspiración muy generalizado entre todo tipo de trabajadores y artesanos que se encuentran en un estado de descontento en relación a todo control legal».⁹ Quizá como réplica a los sucesos de Birmingham, en agosto, en Londres, Home Tooke, anterior lugarteniente de Wilkes, presidió una «Reunión Exclusiva de los AMIGOS DE LA PAZ UNIVERSAL y la LIBERTAD» en la taberna La Casa de Paja, en la que se hizo público un *Comunicado y Declaración*, en forma de cuartillas impresas, que señalaba en términos directos la importancia del ejemplo francés para Gran Bretaña.

106

El paso se acelera cuando, en el invierno de 1791-1792, se fundan varias de las sociedades reformistas, en las provincias y en Londres. En febrero de 1792 se publicó la segunda parte de *Los derechos del hombre*, con su decisivo capítulo «social». En marzo se reorganizó la Sociedad Constitucional,¹⁰ con Home Tooke como espíritu dirigente, que iba a actuar como enérgico mediador entre las diferentes secciones de los reformadores. En abril varios pares *whigs* y parlamentarios fundaron una selecta «Sociedad de Amigos del Pueblo», uno de cuyos objetivos era *contrarrestar* el extremismo inconstitucional de Paine, y cuya principal aportación positiva fue la publicación del informe de una comisión que había investigado, con meticulosidad fabiana, el estado de la representación parlamentaria, la corrupción y el favoritismo. En mayo se hizo pública una proclama real contra las publicaciones sediciosas, dirigida en particular contra Paine. Aquel verano los ejércitos austroprusianos invadieron Francia; el rey y la reina fueron detenidos; y se inició el primer terror contra los

⁸ Tienen un significado adicional, porque inhiben el desarrollo ulterior del movimiento radical en Birmingham. Si no hubiese sido por los motines, Birmingham —con sus numerosos pequeños menestrales y artesanos— se podría haber convertido en un centro jacobino dirigente, junto con Norwich y Sheffield.

⁹ Aspinall, *op. cit.*, p. 1.

¹⁰ Es decir, la Sociedad de Londres (o nacional) para la Información Constitucional, que no tenía ramas provinciales. Las Sociedades Constitucionales (como las de Sheffield, Manchester y Derby) mantenían correspondencia con Londres —y a menudo con la SCL así como con la SIC— pero su fundación y su dirección eran independientes.

partidarios del *ancien régime*. La Convención se reunió en septiembre, y se proclamó el primer año de la República. En noviembre John Reeves fundó su asociación antijacobina; en diciembre Paine fue proscrito (en su ausencia) y se condenaron *Los derechos del hombre* como libelo sedicioso. En enero de 1793 Luis fue ejecutado, y en febrero empezó la guerra entre Inglaterra y Francia.

Los acontecimientos, ensartados equivocadamente de ese modo, pueden ser engañosos. Lo que es notable es el muy drástico cambio que tuvo lugar en los 12 meses que van entre febrero de 1792 y febrero de 1793. Al principio de aquel año, Pitt esperaba, con toda confianza, «quince años» de paz. Más de 6 meses después, todavía tenía esperanzas de beneficiarse de la confusión de Francia, mientras mantenía la neutralidad inglesa.

107

La proclama de mayo de 1792 significó la primera alarma seria de parte del gobierno por lo que se refiere a la propaganda painita; pero éste todavía se consideraba un tema puramente doméstico. Tres factores alteraron la situación. Primero, la rápida radicalización de la Revolución francesa después de las matanzas de septiembre. Segundo, la amenaza directa a los intereses ingleses y al equilibrio diplomático en Europa que representaba el fervor expansionista de la nueva República. Tercero, los peligrosos signos de confluencia entre el optimismo revolucionario en Francia y el creciente movimiento jacobino en casa. En noviembre de 1792, la Convención había hecho público su famoso decreto de «fraternidad y ayuda» a todos los pueblos; más tarde, en el mismo mes, delegaciones fraternas de Londres y Escocia asistieron a la Convención, y un diputado (Grégoire) saludó a la nueva república que pronto surgiría a las orillas del Támesis. Paine, en su exilio francés, fue elegido diputado por el Pas de Calais. Hacia diciembre se confirmó la política expansionista de los vacilantes girondinos, en Saboya, Rcnania, Niza y Bélgica; y se gritaba el eslogan «Guerra a los *châteaux*; paz en las casas de los campesinos». Las ocasiones reales para la guerra (la ejecución de Luis y el control del Escalda) concluyeron los 12 meses que habían transformado a Pitt, de primer ministro del asentamiento económico, la paz y la reforma paulatina, en el arquitecto diplomático de la contrarrevolución europea.¹¹ Y esta no fue la transformación de un hombre, sino la de una clase: la de los patricios así como la de la *bourgeoisie* comercial e industrial, que habían puesto en Pitt su esperanza de racionalización económica y reforma política prudente.

De estos factores, generalmente se subestima el tercero: la profundidad y la intensidad de la agitación democrática en Inglaterra. El pánico y la ofensiva contrarrevolucionaria de los propietarios comenzó, en Inglaterra, algunos meses antes de que se produjeran, en Francia, la detención del rey y las matanzas de septiembre; y cuando esto último tuvo lugar, todos los órganos de la autoridad de aquí utilizaron todos los medios para dar publicidad a los sufrimientos de las víctimas de la guillotina,

¹¹ Véase G. Lefebvre, *The French Revolution*, 1962, pp. 274-283. (Hay trad. cast.: *1789: Revolución Francesa*, Laia, Barcelona, 1974²)

y de los *émigrés* franceses, no sólo a partir de un sentimiento de conmoción, sino también —y, quizá, en primer lugar— como un medio de contrarrestar la propaganda jacobina inglesa.

108

Porque el éxito de la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue, verdaderamente, fenomenal. La estimación (que se hacía en un folleto de 1793) de que las ventas alcanzaron un total de 200.000 ejemplares en aquel año ha sido ampliamente aceptada; y esto en una población de diez millones.¹² La segunda parte llegó rápidamente a una sexta edición, patrocinada por la Sociedad Constitucional y sociedades locales. Hannah More lamentaba que «los amigos de la insurrección, la infidelidad y el vicio, llevaran tan lejos sus esfuerzos como para cargar asnos con sus perniciosos folletos y los repartieran no sólo por las casas de los campesinos y las carreteras, sino por las minas y los pozos de carbón».¹³ En Sheffield se decía que «todos los cuchilleros» tenían un ejemplar. En Newcastle (Staffordshire) se decía que las publicaciones de Paine estaban «casi en todas las manos», y particularmente en las de los oficiales alfareros: «más de las Dos Terceras partes de este populoso Vecindario están maduras para una Revuelta, especialmente la clase más baja de Habitantes».¹⁴ El libro de Paine se encontraba en las minas de estaño de Cornualles, en los pueblos de Mendip, en las Highlands de Escocia y, un poco más tarde, en la mayor parte de Irlanda. «Las partes Septentrionales de Gales —lamentaba un corresponsal— están infestadas de predicadores Metodistas itinerantes que disertan largamente sobre los Derechos del Hombre y atacan al Gobierno Regio.»¹⁵ «El libro —escribió un corresponsal inglés— se ha vuelto tan Corriente hoy en día en este País como Robinson Crusoe y *Pilgrim 's Progress*».¹⁶

En el proceso *in absentia* de Paine, el fiscal de la corona se quejaba de que *Los derechos del hombre* se «pone en manos de sujetos de todo tipo, incluso se envuelven con él los confites de los niños». Dundas explicó que la proclama real de mayo de 1792 estaba justificada «cuando grandes grupos de hombres en importantes ciudades industriales abrazaban y hacían circular doctrinas de tendencia tan perniciosa». Se afirmó con claridad que el bajo precio de las ediciones abreviadas agravaba el delito.

¹² Las *Reflections* de Burke se vendían a 3s., y durante los dos primeros años se vendieron 30.000 ejemplares de las mismas. La primera parte de *Los derechos del hombre* también costaba 3s., y se vendieron 50.000 ejemplares en 1791. Hacia 1802. Paine declaraba que las dos partes habían alcanzado una tirada de 400.000o 500.000 ejemplares — y en 1809. se declaraban 1.500.000pero eso incluye las enormes ventas en Irlanda así como las traducciones europeas. Me inclino a aceptar la estimación de una venta de 200.000 ejemplares en Inglaterra, Gales y Escocia (teniendo en cuenta las dos panes, y también las ediciones abreviadas que publicaron los clubs locales) de 1791 a 1793, aunque R. D. Altick nos advierta de que «ni una sola obra de ninguna literatura ... se ha acercado jamás a esa tirada». Véase *The English Common Reader*, 1957, pp. 69-73.

¹³ W. Roberts. *Memoirs of... Mrs. Hannah More*, 1834, n, pp. 424-425.

¹⁴ J. Massey, 22 de noviembre de 1792, H.O. 42.22; F. Knight, *The Strange Case of Thomas Walker*, 1957, p. 117.

¹⁵ «Memorandum on Clubs», octubre 1792, en H.O. 42.22. Para el jacobinismo en Gales, véase D. Davies, *The Influence of the French Revolution on Welsh Life and Literature*, Camarthen, 1926, y M. P. Jones, «John Jones of Glangors», *Trans. Cymmrodorian Society* (1909-1910).

¹⁶ Benjamín Vaughan. 30 de noviembre de 1792. H.O. 42.22.

La proclama se corroboró mediante reuniones cuidadosamente patrocinadas, por todo el país. Los magistrados locales y el clero promovieron la elaboración de comunicados leales que condenaran a Paine y se formaron sociedades de la *gentry* «para mantener inviolable la GLORIOSA CONSTITUCIÓN DE LA VIEJA INGLATERRA». Se imprimieron 20.000 ejemplares de un panfleto difamatorio atacando a Paine, que fueron subvencionados a través del fondo del Servicio Secreto.¹⁷ Paine replicó a este montaje para atacarle, con una provocativa *Letter Addressed lo the Addressers* en la que también la emprendió con los aristocráticos Amigos del Pueblo y ridiculizó el uso de peticiones como medio de reforma:

109

Considero que la reforma del Parlamento, mediante la solicitud al Parlamento ... es un asunto inútil y gastado, acerca del cual la nación está cansada. ... El derecho, y el ejercicio de este derecho, pertenece sólo a la nación, y el medio apropiado es una convención nacional, elegida para ese fin por todo el pueblo.¹⁸

Esta forma de hablar, con un rey bajo arresto al otro lado del canal como consecuencia de una Convención Nacional, era revolucionaria. Pero antes de que se publicase la *Letter*, el propio Paine había cruzado el canal para evitar la detención. Sus últimas palabras fueron una carta, dirigida al fiscal general, desde «París, 11 de noviembre del primer año de la República», para ser leída en su proceso. Una sentencia contra él (decía) significaría lo mismo que una sentencia contra «el Hombre de la Luna»: en realidad, significaría una sentencia contra los derechos del pueblo de Inglaterra.

Señor, las cosas se están poniendo demasiado serias para jugar con procesos judiciales. Los terribles ejemplos que han tenido lugar aquí, con hombres que hace menos de un año se sentían tan seguros como cualquiera de los que procesan, ya sean Jueces. Jurados o el Fiscal de la Corona lo puede estar en Inglaterra, deberían tener algún peso en su situación. Que el gobierno de Inglaterra es de una gran, si no la mayor, perfección en el fraude y la corrupción que siempre existió desde que se crearon los gobiernos, es algo que no puede serle desconocido. ... ¿Es posible que usted, o puedo creer ... que la capacidad de un hombre como el señor Guelp, o cualquiera de sus libertinos hijos, sea necesario para el gobierno de una nación ...?¹⁹

Pero incluso antes de que Paine adoptara un tono tan agresivo, sus escritos habían servido de piedra de toque para distinguir los diversos acentos entre los reformadores. Los aristocráticos Amigos del Pueblo se esmeraban en asegurar su lealtad hacia el acuerdo de 1688, en separarse de cualquier idea de Convención Nacional, y del «ambiguo lenguaje de engaño», de Paine, «que ... tiende a estimular un espíritu de innovación del que ningún saber es capaz de prever el efecto y ninguna habilidad puede dirigir el curso» (mayo de 1792).²⁰

110

¹⁷ En el invierno de 1792-1793; véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 152-153.

¹⁸ Paine, *loc. cit.*, p. 56. Eaton, que publicó la *Letter*. fue procesado, pero (en esta ocasión) absuelto por un amistoso jurado.

¹⁹ Publicada íntegramente en *Proceedings on the Trial... against Thomas Paine*, 1793, de Joseph Gurney.

²⁰ Wyvill, *Political Papers*, ni. Apéndice, pp. 154-155.

Christopher Wyvill, el caballero reformador del Yorkshire, publicó *A Defence of Dr. Price* (1791) contra Burke, en la que aprovechaba la ocasión para deplorar los «dañinos efectos!» de la obra de Paine, porque contribuían a «incitar a las clases más bajas del Pueblo hacia actos de violencia e injusticia».²¹ Después de la publicación de la segunda parte de *Los derechos del hombre*, el tono de Wyvill se endureció. En su correspondencia a escala nacional con reformadores moderados ejercía su considerable influencia para instarles a crear una contra-agitación que aminorase el efecto de los «inoportunos y ... perniciosos consejos del señor Paine». En abril de 1792, urgía a la Sociedad Constitucional de Londres para que se separase del «partido popular»:

«Como el señor Paine ... basa sus propuestas en ofrecer pensiones a los Pobres que deben ser extraídas de la riqueza superflua de los Ricos, pensé que la tendencia extremadamente peligrosa de esas doctrinas inmorales exigía una oposición ...»

Sin duda alguna lo que produjo mayor alarma en Wyvill fue el agudo espíritu de antagonismo de clase cristalizado por la vinculación que hacía Paine de las demandas políticas con las económicas. «Es desafortunado para la causa pública —escribió a un caballero de Sheffield en mayo de 1792— que el señor Paine optara por este terreno inconstitucional, y haya formado un partido en favor de la República entre las clases más bajas del pueblo, ofreciéndoles la perspectiva de saquear a los ricos.»²²

En la Sociedad Constitucional de Londres (de la que el propio Paine era miembro), los painitas eran más numerosos que los partidarios de Wyvill. La Sociedad había dado oficialmente la bienvenida a la primera parte de *Los derechos del hombre*, mientras que, al mismo tiempo, aprobaba una resolución general confirmando su apoyo a la Constitución mixta (marzo y mayo de 1791). Durante el resto del año los moderados perdieron terreno ante el inflexible comandante Cartwright, el oportunista pero emprendedor Home Tooke, el procurador jacobino John Frost y el círculo más cercano a Paine. «¡Oye! ¡por la Nueva Jerusalén! ¡el milenio! y por qué la paz y la eterna beatitud estén en el alma de Thomas Paine», le escribió el dramaturgo Thomas Holcroft extáticamente a Godwin.

111

En la reorganización de la Sociedad, a principios de la primavera de 1792, los partidarios de Paine obtuvieron un control incontestable. La segunda parte de *Los derechos del hombre* fue oficialmente bienvenida —y en particular las propuestas «sociales»— y la Sociedad inició una política de agitación mucho más enérgica. Tooke y Frost ayudaron a Hardy a promover la Sociedad de Correspondencia; se empezó a mantener correspondencia con sociedades provinciales y (en mayo de 1792) con el Club Jacobino de París; se publicaron octavillas, folletos y ediciones baratas de Paine; la Sociedad abrió una suscripción pública para la defensa de Paine, mientras que en noviembre y diciembre de 1792 John Frost fue a París como delegado de la Sociedad,

²¹ *Ibid.*, III, Apéndice pp. 67-68. Debe decirse en favor de Wyvill que se opuso a cualquier procesamiento de Paine.

²² *Ibid.*, V, pp. 1, 23-24, 51.

donde asistió al proceso del rey. Las simpatías painitas de la SCL y de las sociedades provinciales de Manchester, Norwich y Sheffield se declararon de igual modo. Thomas Cooper, un joven comerciante y unitarista de Bolton, y un propagandista muy capaz, fue dominado por el entusiasmo cuando apareció la segunda parte: «Me ha entusiasmado más que nunca desde el punto de vista político. Rebosa buen sentido por todas partes ... intensificado además con una abundancia de material difamatorio. Lo considero una auténtica joya de libro ... Burke no tiene nada que hacer para siempre jamás».²³

Así pues, 1792 fue el *annus mirabilis* de Tom Paine. En 12 meses su nombre se convirtió en una palabra familiar. Había pocos lugares en las Islas Británicas a los que su libro no hubiese llegado. Sirvió de piedra de toque al dividir a los caballeros reformadores y los patricios *whigs* de una minoría de industriales y profesionales radicales que buscaban una alianza con los trabajadores y los artesanos, aprobaban las propuestas sociales y económicas de Paine y tenían la vista puesta en dirección a una república. La decisión de Pitt, aplazada durante mucho tiempo, de procesar a Paine señaló el inicio de la era de la represión. La proscripción de Paine (y la prohibición de *Los derechos del hombre*) estuvo precedida y acompañada por un esfuerzo continuado, por parte de la autoridad, de enfrentarse con los reformadores. «Ahora que lo hemos puesto en marcha —escribió Paine a Walker en el verano de 1792— debemos seguir con las publicaciones baratas. Esto confunde a la *gentry* de la corte más que cualquier otra cosa, porque es un terreno al que no están acostumbrados».²⁴ Pero la *gentry* de la corte» montó su propia ofensiva de publicaciones; y estimuló su propia «regularidad de reloj» en los movimientos de sus seguidores.

112

La Asociación para la Protección de la Propiedad contra los Republicanos y los *Levellers* de Reeves consolidó y reforzó numerosas sociedades de magistrados y de la *gentry*, que ya estaban formadas, sólo en réplica a las sociedades populares. En el invierno de 1792-1793, éstas intentaron reavivar e inflamar la técnica de la violencia de la muchedumbre, que tan efectiva había sido en Birmingham el año anterior. En diciembre de 1792, una muchedumbre embriagada fue dirigida, intencionadamente, contra los establecimientos de Thomas Walker en Manchester; éste y sus partidarios se defendieron con éxito disparando al aire. «Se utilizaron las mismas estratagemas que en una elección impugnada — escribió Walker—, Se reunieron grupos en distintas tabernas, y desde allí desfilaron por las calles encabezados por un violinista y llevando un tablero en el que estaba escrito IGLESIA y REY.»²⁵

Las manifestaciones contra Tom Paine del tipo de las de «Guy Fawkes», en la misma línea de la que se le contaba a Wilberforce desde Leeds, se fomentaron por

²³ Citado en Knight, *op. cit.*, pp. 63-64.

²⁴ Blanchard Jerrold, *The Original*, 1874, p. 41.

²⁵ Walker, *op. cit.*, p. 55. Véase también el excelente relato que se hace en Knight, *op. cit.*, y A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 419 y siguientes.

todo el país. En el pequeño municipio tejedor de Ripponden, situado en los Peninos, un próspero abogado anotó en su diario del 7 de enero de 1793, que había pagado 10s. 6d. a alguna gente «que paseó la efigie de Tom Paine y disparó contra ella».²⁶ El propietario de un molino de Heckmondwike se hizo pasar por Paine y se exhibió leyendo *Los derechos del hombre* por las minas de carbón; su máscara se trasladó a un muñeco de paja que fue arrastrado por todo el pueblo y «ejecutado». Cerca de Littletown se rompió a trozos una imagen de madera de Paine con un mazo, con tal vigor que sangraron las manos del verdugo.²⁷ En diciembre de 1792:

La efigie de Thomas Paine fue transportada en un trineo, con gran solemnidad, desde el castillo de Lincoln hasta la horca, y luego colgada, en medio de una gran multitud de espectadores. Después de estar colgada el tiempo acostumbrado, fue llevada a la colina del castillo y allí colgada en un palo que se había plantado con ese fin. Por la tarde se hizo un gran fuego debajo de la efigie, que ... quedó reducida a cenizas, en medio de las aclamaciones de varios centenares de personas acompañadas por una gran banda de música que tocaba *Dios Salve al Rey* ...

Se formaron secciones de la Asociación de Reeves incluso en las pequeñas ciudades de mercado de Brigg y Caistor; entre sus muchos objetivos se hallaba (para citar a la Sociedad de Caistor) el de realizar un esfuerzo de «Vigilancia y Actividad para descubrir y llevar ante la Justicia a todas las personas que, mediante la publicación o la distribución de Periódicos o Escritos sediciosos, o entrando a formar parte de Asociaciones ilegales o Conspiraciones, pudieran intentar perturbar la Paz pública...»²⁸

113

Si la distribución de *Los derechos del hombre* fue a escala nacional, también lo fue la promoción de sociedades antijacobinas. Por lo tanto, apenas el impulso revolucionario había empezado a reunir fuerzas en Inglaterra, cuando fue sometido a un asalto contrarrevolucionario respaldado por los recursos de la autoridad establecida. «A partir de entonces», ha señalado Georges Lefebvre,

siempre que el pueblo se agitaba, los líderes de toda Europa coincidían en que se le debía devolver a la cordura, como establecía la tradición. El mismo éxito de la Revolución francesa provocó un proceso, fuera de sus fronteras, exactamente contrario a la serie sucesos que habían asegurado su victoria en Francia.²⁹

Pero esas manifestaciones de lealtad cuidadosamente alentadas, por muy populares que el soborno momentáneo y la permisividad las pudieran hacer, tenían un creciente aspecto artificial. Cada hoguera que se hacía con la efigie de Paine servía, de una manera involuntaria, para encender las diferencias entre la Constitución de la *gentry* y los derechos del pueblo. Las acciones favorables a la «Iglesia y al Rey» encarnan cada vez menos el ciego *pogrom* del prejuicio contra un grupo foráneo y más una escaramuza en una guerra civil política. Thomas Walker repudiaba la muchedumbre

²⁶ J. H. Priestley, «John Howarth, Lawyer», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1949.

²⁷ Frank Peel. *Spenn Valley: Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 307-308.

²⁸ *Stamford Mercury* (8 de diciembre de 1792, 11 de enero de 1793). Estoy en deuda con el señor Rex Russell por esta referencia.

²⁹ Lefebvre, *op. cit.*, p. 187.

que le había atacado, como «miserables instrumentos de una facción sin escrúpulos». «Todo ... seguirá tranquilo si se deja actuar al pueblo por sí mismo; o mejor dicho, la Muchedumbre, como el pueblo, en mi opinión, está con nosotros.»³⁰

¿Hasta qué punto tenía razón Walker? De todas las preguntas, ésta es la más difícil de responder. Y nos podemos dirigir una vez más a una breve narración de los sucesos de los 2 años que siguen.

Después de cada gran cambio en la actitud popular, tiene lugar, por lo común, un endurecimiento y una contracción. Y esto se reforzó durante los primeros meses de 1793 por tres causas: la ejecución del rey francés, el inicio de la guerra y el comienzo de la persecución legal de los reformadores. Entre estos últimos estaban: un pastor disidente, el reverendo William Winterbotham, encarcelado durante 4 años por un sermón que apenas fue más lejos de los puntos de vista acerca de la responsabilidad del soberano, que ya había popularizado el doctor Price; y John Frost, el procurador, condenado a la picota y a 18 meses de encarcelamiento, en realidad, por actuar como delegado inglés en la Convención francesa, pero bajo el pretexto de haber dicho, en un café de Marylebone: «Estoy a favor de la igualdad ... Por esta razón, ¡abajo los reyes!»

114

Un impresor llamado Holt estuvo en prisión durante 4 años, en Newark, por reeditar uno de los primeros comunicados de la Sociedad Constitucional. En Leicester, el librero Richard Phillips, que publicaba el pro-reformista *Leicester Herald*, fue encarcelado durante 18 meses, al parecer por vender *Los derechos del hombre*. Y muchos hombres humildes fueron hostigados de múltiples formas. Las autoridades se esforzaron, con gran éxito, por apostar espías en las sociedades populares. Ya en el otoño de 1792, 186 taberneros de Manchester habían firmado una declaración en la que se negaba el uso de sus salas a «cualquier CLUB o sociedades ... que sean proclives a poner en práctica lo que tan *ardiente y devotamente desean* aquellos INFERNALES, a saber, la DESTRUCCIÓN-DE ESTE PAÍS». Se fue a visitar a los que habían dejado de firmar y se les advirtió que sus licencias no serían renovadas. Se situaron vistosos carteles sobre los mostradores, «AQUÍ NO SE ADMITEN JACOBINOS». «Los Enemigos de la Reforma que hay en esta Ciudad —escribía el secretario de la Sociedad para la Reforma de Manchester a la SCL— están empleando todos sus poderes para paralizar el noble espíritu de la Libertad ...»³¹

Las mismas formas de intimidación cuasi-legales se emplearon en Londres, donde las secciones de la SCL fueron hostigadas de taberna en taberna. «Se puso rápidamente en pie una caza oficial de la herejía, en casi todas las ciudades desde Portsmouth hasta

³⁰ Knight. *op. cit.*, pp. 101-105.

³¹ T. S. 11.3510 A(3); A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 7-8. Para acciones similares contra los taberneros de Leicester, véase A. Temple Patterson, *Radical Leicester*. Leicester, 1954, p. 71. Para los procesamientos provinciales véase R. Phillips, *Original Papers Published in the Leicester Herald &c.*, Cárcel de Leicester, 1793; *Account of the Trial of Alexander Whyte, Baker*, Newcastle. 1793; Daniel Holt, *Vindication of the Conduct and Principles of the Primer of the Newark Herald*. Newark. 1794.

Newcastle y desde Swansea hasta Chelmsford.»³² En Ipswich, los magistrados disolvieron un «Club de Discusión» que se reunía en una cervecería, y que «se componía de una Gente muy Inferior»; en Wiltshire, se despidió a un maestro por «expresiones traidoras»; en pueblos de Northamptonshire tuvo lugar un puerta a puerta para solicitar lealtad. Se nombraron delegados en varios distritos para visitar las librerías y procesar a cualquiera que se le encontrara vendiendo *Los derechos del hombre*; por fin, se encarceló a un cartelero analfabeto por colgar carteles favorables a la reforma.

Tampoco los acontecimientos externos facilitaron el trabajo de los jacobinos ingleses. No existe la menor duda de que la guerra contra Francia, impopular desde un principio, reactivó la antigua tradición de sentimiento anti-galo entre la población. Cada nueva ejecución, relatada con abundantes detalles —las matanzas de septiembre, el rey, María Antonieta—, se añadía a esos sentimientos. En septiembre de 1793, también los amigos de Paine, los girondinos, fueron expulsados de la Convención, y sus líderes enviados a la guillotina; mientras que el propio Paine fue encarcelado en el Luxemburgo, la última semana de 1793. Esas experiencias provocaron la primera fase de un desencanto profundo en una generación intelectual que había identificado sus ideas con la causa de Francia, de una forma demasiado fervorosa y utópica. Nunca se volvió a recuperar la unidad que había en 1792 entre los reformadores intelectuales y plebeyos.

115

En 1794, la fiebre de la guerra se intensificó. Se formaron cuerpos de voluntarios; se hicieron suscripciones públicas; las ferias tradicionales se volvieron ocasiones propicias para las demostraciones militares. El gobierno aumentó las subvenciones a, y la influencia sobre, la prensa diaria: se multiplicaron los panfletos populares antijacobinos. En Exeter circuló una octavilla:

... en cuanto a los que no les gusta... la CONSTITUCIÓN actual, dejemos que reciban su merecido, es decir, un DOGAL y una HORCA, y luego que los quemen, no en efigie, como lo fue PAINE, sino en persona. Ante lo cual, cualquier corazón leal dirá Amén.

En Birmingham, un procaz folletista antijacobino, «Job Nott», se dirigía a los reformadores: «Largaos ... pensad sólo en la Nueva Horca ... podéis constar en el Almanaque de Newgate ... la deportación quizá os reforme ... merecéis ser ensalzados en grado sumo ... ¿Nunca visteis la Nueva Horca?».

En las parroquias de Londres donde la influencia de la Asociación de Reeves era la más fuerte, se hicieron investigaciones puerta a puerta; en el barrio de St Anne se llevaba un registro con «el aspecto, la edad, el empleo, etc., de los huéspedes y los extranjeros»; en St James se hizo un llamamiento a todos los habitantes para que denunciasen por «falta de civismo» a todas las gobernantas que no obligasen a sus criados, trabajadores y aprendices a firmar una declaración de lealtad hacia la Constitución, tampoco se le daba trabajo a ningún hombre de oficio que no hubiese

³² P. .A. Brown. *op. cit.*, p. 85.

sido acreditado por los agentes de Reeves, y a los taberneros que no diesen información sobre «personas sospechosas» se les negaba la licencia. Los miembros del Comité de Reeves hicieron colectas de chalecos de franela para las tropas, como una forma complementaria de atestiguar su lealtad; y de la colecta de chalecos pasaron a la de «mitones, calzones, gorras, camisas, pelucas galesas, medias, zapatos, pantalones, botas, sábanas, sobretodos, capotes, zamarras, mantas ...»³³

116

La existencia, en época de guerra, de una caza de herejes de esas proporciones no *demuestra* la existencia generalizada de la herejía. En esos momentos la «lealtad» siempre supone la existencia de la «traición», aunque sólo sea para darse importancia a sí misma. Y sin embargo, las efusiones de los folletos, los sermones y los ataques a determinados jacobinos en lugares remotos indican algo más que una «fiebre de guerra» o una culpabilidad e intranquilidad por parte de las clases propietarias. En abril de 1794, una pandilla de brutos armados con porras, a su paso por Middleton camino de Royton, aterrorizaron al joven Samuel Bamford con sus maldiciones y roturas de cristales dedicadas a los «painitas». En Royton destrozaron la taberna llamada El Jinete Ligero, en la que los reformadores estaban reunidos, y apalearon a toda la concurrencia. Mientras tanto, los jueces se negaron a abandonar su casa, que estaba a pocos metros de la escena del tumulto, y el párroco, situado en un pequeño montículo, les señalaba fugitivos a los rufianes; «¡Ahí va uno, ... es un jacobino; y aquel es otro!»³⁴ Parece que las autoridades percibieran alguna mudanza en la opinión de las masas, alguna alteración subterránea en su actitud; no tan grande como para convertir a la nación inglesa en painita y jacobina, pero suficiente para que estuviese dispuesta a hospedar y a tolerar a los sediciosos. Algún hecho insignificante podía bastar para poner en llamas toda aquella «materia inflamable». Se debía vigilar e intimidar a los reformadores, se debía aislar y rodear de sospecha a las sociedades, se debían permitir y estimular los prejuicios del ignorante. En particular, los objetivos de la intimidación eran los profesionales con acceso a las imprentas, las librerías, el púlpito o la tribuna, que tenían contacto con los reformadores plebeyos.

Podemos encontrar una confirmación de esa mudanza en las actitudes de lo inarticulado —o en la configuración de la sensibilidad de los pobres— en un lugar inesperado. Los años 1793 y 1794 contemplaron una súbita emergencia de las fantasías milenaristas, en una escala que desde el siglo XVII había sido desconocida. En lugar de la «Nueva Jerusalén» de Holcroft, que era un concepto racional, y el «Jerusalén» de Blake, que era una imagen visionaria (aunque debía al antecedente milenarista más de lo que han advertido los críticos), los pobres y los crédulos encontraron un profeta más apropiado en Richard Brothers, un capitán de marina retirado con media paga. A principios de 1794, se publicó su *Revealed Knowledge of*

³³ Varios de los ejemplos de este párrafo están extraídos de un folleto anónimo: *Peace and Reform; against War and Corruption*, 1794. Para las publicaciones antijacobinas (incluyendo a Job Nott) véase también R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, 1955, pp. 41-51; M. J. Jones, *Hannah More*, Cambridge, 1952, cap. 6.

³⁴ Bamford, *Early Days*, edición de 1893, pp. 55-56.

the Prophecies and Times. Sus profecías combinaban un gran conocimiento en cuanto a las intenciones del Todopoderoso, con la parafernalia habitual del Libro de la Revelación, y se expresaban en un lenguaje que combinaba la «materia inflamable» de la disidencia de los pobres, con la de una era revolucionaria:

117

Todas las naciones han apurado el vino de la ira de la fornicación de Babilonia, y los reyes de la tierra han incurrido en fornicación con ella, y los comerciantes de la tierra se han hecho ricos gracias a la abundancia de sus exquisiteces ...

Entre sus visiones se encontraba la de «un amplio río que corría a través de Londres, teñido de sangre humana». Una de sus predicciones, que Londres sería destruido en una fecha determinada, coincidió por casualidad con una tempestad de truenos de una fuerza excepcional; John Binns, en su camino hacia una reunión de la SCL, se refugió en una cervecería en la que (para su diversión y sorpresa) se encontró a la gente esperando la consumación de todas las cosas.³⁵ Un poco después Brothers declaró que Londres había sido perdonada sólo gracias a su intervención en el último minuto; y puesto que poseía, evidentemente, tal influencia con el Todopoderoso, sus seguidores se doblaron de golpe.

Se publicó —no está claro si con su autorización o sin ella— un folleto de ocho páginas de *La Profecía de Brothers de todos los Extraordinarios y Maravillosos Sucesos que ocurrirán ... pronosticando la Caída del Papa; una Revolución en España, Portugal y Alemania; la Muerte de Ciertas Personas Importantes de este y otros Países. Así como una terrible Hambruna, Peste y Terremoto. ...* En Inglaterra habría «pena y gran dolor, junto con una alegría indecible»; «los orgullosos y altaneros serán humillados, incluso hasta el polvo; pero los virtuosos y los pobres florecerán sobre las ruinas de los malvados; los Palacios serán..... y las Casas de los campesinos serán ...» Y en cuanto al Hambre, la Peste y el Terremoto, se debían entender como una metáfora:

El Hambre destruirá sólo a las Orugas de *España* y La Peste acabará con las Langostas que devoran la cosecha de la Laboriosidad; y el Terremoto engullirá al monstruoso *Leviatán*, con todo su séquito. De todo esto se alegrarán los pobres, los honrados, los virtuosos y los patriotas.

118

«*Francia* debe sangrar de nuevo, pero no manará sangre contaminada.» «*Italia* arrojará al Anticristo de su trono...» Turquía y Rusia se sumirán en una guerra que acabará con la destrucción de la Corte Otomana, la Religión Mahometana, el Imperio Ruso y la Iglesia Griega. Cuando finalicen estos signos de misericordia, habrá una era de hermandad universal. «Todo será como un solo pueblo, y de un solo espíritu. ... el *Cristiano*, el *Turco*, y el *Pagano* ya no se distinguirán el uno del otro»:

Ha llegado el momento, y ahora está cayendo la prostituta de Babilonia, y caerá para no levantarse más. Salid, pues, vosotros Hijos de la Luz Eterna, y enseñad a los Hijos de la Ignorancia y la Oscuridad ...

³⁵ Binns, *op. cit.*, pp. 47-48.

Entonces no habrá más guerra, ni escasez, ni crueldad; todo será paz, abundancia y virtud.

La influencia de Brothers puede haber sido mucho mayor de lo que se ha supuesto.³⁶ Algunas de sus vagas predicciones no podían, aparentemente, dejar de cumplirse, y la victoria de los ejércitos ingleses las devolvió a la memoria. Los miembros de la SCL solían visitarle: quizá incluso le incitaban. Un miembro del Parlamento estuvo dispuesto (como habitualmente ocurre) a testificar con respecto a la autenticidad de los poderes proféticos de Brothers; William Sharp, el famoso grabador y reformador político, se convirtió en discípulo suyo. El Consejo Privado le tomaba bastante en serio como para detenerle, en marzo de 1795, y asegurar su confinamiento en un manicomio durante los años siguientes. Sus seguidores, como George Turner de Leeds, siguieron agitando para que le dejaran libre (amenazando con la destrucción de la Babilonia inglesa si el profeta continuaba confinado), hasta el cambio de siglo; y de ese modo prepararon el camino para el culto, incluso mayor, de Joanna Southcott.³⁷ Se desarrollaron escuelas proféticas rivales y se hizo mucha manipulación por medio del Libro de la Revelación; mientras, los pastores metodistas y baptistas intentaban extirpar esta nueva herejía. En 1798, un «Verdadero predicador baptista» luchaba con su grey, que se encontraba entre los pobres de Norwich, Wisbech y Liverpool, administrando golpe a golpe la Revelación, distanciándoles de un encuentro tan concreto con Lucifer y haciéndoles volver al peregrinaje del espíritu:

El espíritu de Cristo no se inclina a confraternizar con la humanidad en una situación de trato mundano o político. Llama a individuos del mundo y les considera sólo como extranjeros y peregrinos en la tierra. Del mismo modo que ... un viajero, que se apresura en dirección a su esposa y su familia en la distancia, donde centra toda su felicidad, podría interferir en las regulaciones internas de cada ciudad y pueblo por los que pasa; debería entrometerse un cristiano como aquel en la constitución ...

119

Y con respecto al milenio, estaba situado resueltamente en el mundo, cuando: «El altivo y el humilde, el opresor y el oprimido serán reducidos a un mismo nivel. El caprichoso tirano y sus indigentes vasallos; el par rico, y el pobre abandonado, recibirán una sentencia equitativa e imparcial ...»³⁸

El espíritu milenarista que hizo acto de presencia en Wisbech y Liverpool denotaba una inquietud, que la autoridad menospreció como «el espíritu de innovación», un indefinido optimismo social de los crédulos que era afín a las aspiraciones revolucionarias de los más sofisticados «Está próximo el momento, a pesar de todo, —había escrito Burns—, en que todo el mundo, el hombre con el hombre/serán hermanos.»* «El Hombre No Puede Existir Sino Gracias a la Hermandad», se hizo eco Blake; y en sus propios «libros proféticos» y su hermosa visión de Jerusalén, subyace

³⁶ Véase Cecil Roth, *The Nephew of the Almighty*, 1933; G. R. Balleine. *Past Finding Out*, 1956. cap. 4; R. Southey, *Letters from England by Don Manuel Alvarez*. 1808, 2ª edición, IH, pp. 223 y siguiente.

³⁷ G. Turner, *A Call to All the World*. Leeds, 1800 Para Joanna Southcott, véase más adelante, pp. 426-439.

³⁸ S. Fisher, *Unity and Equality in the Kingdom of God*, Norwich, 1798; *The Christian's Monitor*. Wisbech, 1798.

el mismo espíritu:

* It's comin' yet, for a'that, when man to man, the warld o'er, shall brothers be for a'that.

En mis cambios cada tierra se mueve
y mi patria va a cada tierra,
mutuamente edificaremos Jerusalén,
corazón a corazón y mano en mano.*

* In my Exchanges every Land /Shall walk, & mine in every Land /Mutual shall build Jerusalem. /Both heart in heart & hand in hand.

El espíritu, ya sea en su forma visionaria o supersticiosa, es una curiosa paradoja del advenimiento de «La Era de la Razón». Pero en cuanto a la capacidad de modificar actitudes y nutrir nuevas aspiraciones, quizá fue una influencia tan perdurable como los argumentos de Tom Paine.

Tal vez el hecho de que las sociedades populares sobrevivieran a los golpes y a la caza de brujas de los primeros meses de 1793 sea un testimonio de la clase de entusiasmo que se despertó en 1792. Donde las sociedades estaban bien consolidadas en 1792, mantuvieron la mayor parte de su terreno e incluso mejoraron su organización: eso fue cierto para Londres, Sheffield y Norwich, y posiblemente para Derby y Nottingham. Muchas sociedades sufrieron alguna disminución en la afiliación, y el abandono de muchos de sus influyentes partidarios de la clase media. Manchester (con Thomas Walker en espera de juicio por alta traición, por haber defendido sus locales contra la muchedumbre) se debilitó mucho, mientras que la Sociedad Constitucional de Leicester se disolvió cuando Phillips fue encarcelado. Pero en ambos centros continuaron existiendo sociedades más plebeyas, después de que hubiesen caído los respetables grupos matrices. (En Manchester el terreno era compartido por la Sociedad Constitucional de Walker y las Sociedades Reformistas y Patrióticas, de las que se afirmaba estaban compuestas por «trabajadores manuales de la clase más baja».)³⁹

120

Sheffield, la sociedad más fuerte, que había registrado cerca de 2.000 socios en 1792, parece haberse visto muy poco afectada. En abril aprobó una serie de resoluciones condenando abiertamente la guerra. En mayo registró cerca de 10.000 firmas recogidas para una petición nacional en favor del sufragio masculino adulto. Norwich, antiguo baluarte de la disidencia, con profusión de pequeños maestros y artesanos con una fuerte tradición de independencia, pudo incluso sobrepasar a Sheffield como principal centro del jacobinismo, aunque los documentos del movimiento son incompletos. En agosto de 1792, cuando la Sociedad de Norwich para la Revolución costeó una edición barata de *Los derechos del hombre*, declaraba tener 48 clubs asociados. Hacia octubre declaraba que los «hermanos asociados» no eran menos de 2.000.⁴⁰ En marzo de 1793 seguía siendo el centro de una constelación de

³⁹ Memorandum en T. S. 11.3035. Entre los que estaban acusados junto con Walker había artesanos de estas sociedades: William Paul, teñidor de papel; James Chcetham, sombrerero; Olí ver Pearsall, tejedor; véase J. Gurney, *The Whole Proceedings on the Trial... of T. Walker and Others*, 1794, Apéndice, pp. 122-126.

⁴⁰ T.S. 11.3510 A (3).

pequeños clubs, que tenía «entre 30 y 40 sociedades independientes —en la ciudad— junto con otras muchas en los pueblos rurales».⁴¹ Pero el tono de una carta que enviaron a la SCL sugiere que se habían encontrado dificultades:

... cuando pensamos cuánto sudor y trabajo y hambre para sostenerlo, sólo podemos estar convencidos de que existe un plan entre los propietarios de la tierra y los comerciantes para mantener al pueblo en vasallaje; porque ellos devoran al pueblo como comen pan; ... la influencia de la aristocracia y la jerarquía se está volviendo muy alarmante, porque han absorbido y han engullido al pueblo; pero se extiende un rumor desde el sur, y es terrible para los tiranos ...⁴²

121

La situación en Londres es más difícil de determinar. La Sociedad Constitucional parece haberse reducido gravemente después del principio de la guerra; hasta el otoño de 1793 sus actividades fueron escasamente más allá de la aprobación de mociones formales. También la SCL encontró grandes dificultades. En los últimos meses de 1792 había declarado una afiliación de varios miles. En enero de 1793 (según un espía que estaba en el proceso de Hardy) se lomaron medidas para subvencionar el alquiler de las salas de reunión de las secciones de Spitalfields y Moorfields, que, aunque pobres, eran «tan numerosas como todas las demás secciones juntas». Pero resultó necesario reformar la sección de Moorfields en septiembre, junto con otra que «parecía muy violenta ... del Paseo del patizambo en el Grove». La SCL sólo consiguió reunir 6.000 firmas para la petición nacional, a pesar de la energía invertida por el comité: Joseph Gerrald recogió 200 firmas y huellas digitales de los reclusos (por deudas) de la prisión del Tribunal Real.⁴³ El 30 de mayo de 1793 (de acuerdo con el espía) «el señor Hardy propuso que la sociedad se disolviera durante 3 meses. Se rechazó la proposición». «Hemos hecho frente a los locales y al subsidio de los clubs», escribía Hardy, con más confianza, a una nueva Sociedad Constitucional de Leeds, en julio: «Se nos ha injuriado en el senado, calumniado en público, perseguido en privado y expulsado de las tabernas, y a pesar de todo seguimos reuniéndonos todos en gran número ... y nuestra doctrina sigue ganando numerosos prosélitos ...»⁴⁴

La confianza no estaba fuera de lugar, ya que en verano se dio un definitivo restablecimiento de la correspondencia provincial —con viejas sociedades que se reavivaban o con sociedades formadas de nuevo— para la cual la SCL, más que la Sociedad Constitucional, hacía las funciones de un centro. Una sociedad de Birmingham, que se había formado en los últimos meses de 1792, extendió sus actividades con prudencia a principios del verano y recibió una especial bienvenida: «vuestro crecimiento numérico pronto acabará con el estigma que ha recaído sobre vuestra ciudad debido al comportamiento injustificable de una muchedumbre

⁴¹ *Report of the Committee of Secrecy*, 1794. p. 140.

⁴² *Ibid.*, p. 150. Donde dice «el Sur», léase «Francia».

⁴³ El relato de un informador [en T.S. 11.3510 A (3)] enumera 29 secciones, en abril de 1793, de las cuales por lo menos 16 estaban activamente comprometidas en la recogida de firmas.

⁴⁴ *Report from the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 152, 154; un estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*. 1794. pp. 142. 144; F. Knight, *op. cit.*, p. 134.

favorable a la Iglesia y al Rey». Desde Leeds, una nueva sociedad formada por «un grupo de pobres Trabajadores manuales» solicitó poder ser admitida en «fraternización» con la Sociedad Constitucional de Londres:

La Tiranía Aristocrática y la Ignorancia Democrática parecen extenderse e intimidar, hasta un Punto tan Asombroso, en la Ciudad de Leeds, que en General se nos contempla más como Monstruos que como amigos del Pueblo, y creo que durante estos últimos seis meses la parte más Ignorante del Pueblo (debido a las insinuaciones de la Aristocracia y de los curas) ha esperado que cayésemos sobre ellos y les destruyésemos. ... Somos un total de cerca de doscientos y constantemente aumentamos ...

122

En julio, nuevas sociedades, de Hertfordshire y Tewkesbury, escribieron a la SCL. «Vuestro compañero ciudadano, y Colaborador en la gloriosa causa de la libertad», que así firmaba el secretario de Tewkesbury, describía como;

La quema de la Efigie de Thomas Paine, junto con las *benditas consecuencias* de la guerra presente, han hecho más bien a la causa que los argumentos más trascendentes; es asombroso el aumento de los amigos de la libertad, y el espíritu de investigación que se ha extendido por las calles; excepto alguna mujer vieja, todo el mundo habla de política.

En agosto, la SCL renovó la correspondencia con las sociedades de Derby, Stockport, Manchester, Nottingham y Coventry —les pidió que

«propusieran un modo más seguro de transmisión de las cartas que el servicio de correos»— y tenía algunos planes (aplazados por el momento) de pedirles que adoptaran el mismo nombre y formaran una «Sociedad Universal». Los libros de actas de la Sociedad muestran unas reuniones muy concurridas y bien dirigidas, la formación de nuevas secciones y una afluencia de nuevos miembros a las viejas.⁴⁵

Las sociedades populares habían resistido su primera tormenta. Pero de ella salieron con significativos cambios de acento y tono. El nombre de Paine quedó relegado a un segundo plano, y su abierto tono republicano dejó paso a un énfasis renovado sobre la recuperación de la «pureza» de la Constitución. (En junio de 1793, la SCL llegó hasta el punto de definirlo en términos del acuerdo de 1688.) Pero, aunque estas modificaciones se hacían necesarias debido a la intención evidente de las autoridades de procesar cualquier retórica que fuese más allá de estos límites, en otros aspectos la persecución condujo a una radicalización de las sociedades. En primer lugar, ahora el paso no lo marcaba Londres, sino Escocia, Sheffield, Norwich. En segundo lugar, aunque unos pocos apasionados miembros de las profesiones compartieran la dirección junto con artesanos como Hardy y Baxter en Londres — Joseph Gerrald, Maurice Margarot, John Thelwall—, la gran mayoría de los reformadores organizados en sociedades, en 1793, eran artesanos, asalariados, pequeños menestrales y hombres de oficio. Y dos temas nuevos se subrayan con gran insistencia: las injusticias económicas y las soluciones sociales; y la imitación del ejemplo francés en cuanto a formas de organización y de procedimiento.

⁴⁵ *Report from the Committee of Secrecy*. 1794, pp. 148-157; Actas de la SCL, Ad. MSS. 27812.

Thomas Hardy, a juzgar por sus libros de notas, era un organizador capaz y concienzudo, un honroso ejemplo para la multitud de secretarios voluntarios que le iba a seguir. Según Binns «vestía con sencillez, hablaba francamente sin adoptar nunca un aire pretencioso». Maurice Margarot, un presidente de la SCL, era hijo de un comerciante de vinos. Había pasado gran parte de su infancia en Portugal y Suiza (donde cursó estudios en la Universidad de Ginebra), y a veces se le llamaba el «francés». Era enérgico y atrevido, pero estaba gravemente afectado por el defecto característico de los jacobinos ingleses: la infatuación.⁴⁶ Joseph Gerrald y John Thelwall estaban más cerca que cualquier otro de poseer el temple de líderes y teóricos nacionales. Gerrald, brillante alumno del doctor Samuel Parr, llamado el «*Whig Johnson*» y decano de la erudición del West Country, era un acérrimo partidario de la peligrosa propuesta de Paine: la convocatoria de una Convención Nacional de los reformadores ingleses.⁴⁷ Fue esta amenaza, de un acuerdo general de los reformadores, y la de una alianza entre los reformadores ingleses y escoceses y los Irlandeses Unidos —amenaza todavía más seria y creciente— lo que resolvió al gobierno para actuar.

El dilema de las autoridades surgió de la paradoja del constitucionalismo. Aunque había legislación suficiente para que los magistrados locales impusieran condenas sumarias, los fiscales de la corona estaban poco dispuestos a aconsejar mayores procesamientos. La ley de sedición era poco definida y el fiscal general se veía en la situación de elegir entre la espantosa acusación de alta traición o la acusación menor de libelo sedicioso. Pero la ley sobre el libelo de Fox, que convertía al jurado en juez, tanto del asunto como del hecho, entró a formar parte del código penal durante los moderados primeros meses de 1792. Quizá este fue el mayor servicio de Fox al pueblo llano, que se aprobó en la última hora, antes de que el rumbo girara hacia la represión.⁴⁸ Así, en Inglaterra, el gobierno se enfrentó con una serie de obstáculos: una ley poco definida, el sistema de jurado (que por dos veces humilló a la autoridad, al absolver a Daniel Eaton y a Thomas Walker en 1794), una oposición foxita poco numerosa, pero brillante, entre cuyos componentes estaba el gran abogado Thomas Erskine (que condujo la defensa en diversos procesos), una opinión pública saturada de retórica constitucionalista y dispuesta a salir prestamente en defensa ante cualquier caso de usurpación de las libertades individuales.

Pero la ley escocesa era distinta. Ahí los jueces eran parciales o dóciles, los jurados

⁴⁶ Apuntes en D.N.B.; Binns, *op. cit.*, p. 42; M. Roe, «Maurice Margarot: A Radical in Two Hemispheres». *Bulletin of the Institute of Historical Research*. XXXI, 1958, p. 68.

⁴⁷ Véase Joseph Gerrald, *A Convention the only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, pp. 111 y siguientes, y Henry Collins, «The London Corresponding Society; en *Democracy and the Labour Movement*, compilado por Saville, 1954, pp. 117-118. Para Thelwall, véase más adelante, pp. 161-165.

⁴⁸ La tercera lectura del proyecto de ley se aprobó el 21 de mayo de 1792, en la Cámara de los Lores, el mismo día que se hizo pública la proclama contra los escritos sediciosos. El presidente de la Cámara de los Lores, lord Thurlow, pronosticó «la confusión y la destrucción de la ley de Inglaterra».

se podían escoger impunemente. Además, ahí los «Amigos del pueblo» escoceses habían hecho una Convención Nacional en diciembre de 1792. Los procesos que se hicieron en Escocia, en 1793-1794, no sólo estaban dirigidos a las activas sociedades jacobinas escocesas, también lo estaban a las sociedades que había en Inglaterra. El primer golpe se asestó en agosto de 1793, cuando Thomas Muir, el líder escocés más dotado, fue condenado a 14 años de deportación, después de una escandalosa parodia de proceso. Braxfield, el secretario del juez, se comportó de forma más virulenta que la acusación: «Vamos, señor Horner, vamos, ayúdenos a colgar a uno de esos condenados sinvergüenzas», le susurró a un miembro del jurado que pasaba por detrás del tribunal. En su acusación ante el jurado, presentó como un agravante el talento de Muir y el hecho de que hiciese propaganda entre «campesinos ignorantes, y entre las clases más bajas, haciendo que interrumpiesen su trabajo»: «El señor Muir debería haber sabido que a aquella chusma no se le podía prestar atención. ¿Qué derecho tienen a la representación? ... Un gobierno ... debería ser exactamente igual que una corporación; y en este país se compone de los intereses de la tierra, sólo ellos tienen derecho a ser representados.»

Una sola cosa, hizo saber al jurado, no requiere «prueba alguna»: «la Constitución inglesa es la mejor que jamás existió desde la creación del mundo, y no es posible mejorarla». Sus doctos colegas, jueces, asintieron en todo, uno de ellos —lord Swinton— opinaba que el delito de sedición comprendía «todo tipo de delito, asesinato, robo, rapiña, incendio. Si se tuviera que buscar el castigo adecuado al delito, no se encontraría en nuestras leyes, ahora que por fortuna se ha abolido la tortura».⁴⁹ En septiembre siguió un segundo golpe: el reverendo T. F. Palmer, un pastor unitarista inglés y miembro de la junta del Queen's College de Cambridge, que entonces ejercía su ministerio en Dundee, fue procesado en Perth. Su «delito» era el de inducir a la lectura de Paine y pertenecer a los Amigos de la Libertad de Dundee, que se describía como una sociedad de «viles tejedores y trabajadores manuales». Un tribunal de cocodrilos lloró copiosamente mientras le condenaba al «más leve castigo» de 7 años de deportación en Botany Bay.

125

Dos profesionales con talento, que habían sido incondicionales en su voluntad de cooperar con los reformadores plebeyos, recibieron un castigo ejemplar. Ambos soportaron sus procesos con gran firmeza y dignidad. Y los reformadores escoceses, sobre cuyas cabezas se cernían ahora esas sentencias, no se dejaron intimidar. Les parecía que una mayor unidad con las sociedades inglesas les proporcionaría alguna protección, e impulsaron una primera Convención Nacional. Hardy, Margarot y Gerrald estuvieron de acuerdo y se convocó una convención que se reuniría en Edimburgo, en un plazo de menos de tres semanas. La SCL nombró como delegados

⁴⁹ Lord Cockburn. *op. cit.*, I, pp. 175 y siguientes. Véase también Meikle. *op. cit.*; cap. 6; *The Life and Trial of Thomas Muir*, Rutherglen. 1919.

a Margarot y a Gerrald. y se les confirmó el nombramiento en el primer acto público, en Hackney, el 24 de octubre de 1793. Asistieron varios miles de seguidores junto con los curiosos atraídos por los rumores de que los jacobinos franceses habían desembarcado, o de que «Tom Paine había venido para plantar el árbol de la libertad». Las actas registran fielmente los gastos que se aprobaron para los delegados (10 libras para el billete de ida y vuelta y 4 libras para gastos durante el viaje, más 9 libras para los gastos diarios en Edimburgo), durante las siguientes semanas la sociedad sufrió fuertes presiones para recoger esos «fondos». Pero hubo suficiente dinero como para enviar a los delegados a las antípodas.

La invitación se conoció con insuficiente antelación para que las sociedades provinciales pudiesen recoger el dinero necesario para enviar delegados. Sheffield fue la única excepción. El primero de noviembre, esta sociedad mandó una irónica carta a la Sociedad Constitucional de Londres criticándola por su inactividad:

Las medidas últimamente adoptadas en el reino hermano, medidas tan opuestas a ... una Constitución libre, como el fuego y el agua han sido contempladas, hasta ahora, con un grado de apatía tal por parte de las grandes asociaciones del reino, a los que nosotros, pequeños grupos del país, admiramos como ejemplos, ya que ellas se intitulan patrióticas, como «La Sociedad para la Información Constitucional de Londres», «Los Amigos del Pueblo», que por aquí casi empezamos a pensar que ya es el momento de cortar aquellos brotes de libertad ... para que no queden expuestos al peligro de arruinarse debido a aquellas aletargantes heladas ...

Nombraba como delegado en Edimburgo a M. C. Brown, un «actor» convertido en procurador, que también fue designado para representar a la sociedad en Leeds. Las sociedades de Norwich autorizaron a Margarot para representarlas y le ayudaron con «fondos». Hay una nueva nota de desesperación en el aire, a la que contribuyeron los veredictos escoceses, la victoria francesa en Valenciennes, el aumento de los precios y del desempleo y el auténtico atrevimiento de convocar una convención. La sociedad de Birmingham lamentaba su incapacidad para enviar un delegado,

126

como consecuencia de la guerra del señor Pitt a la humanidad, que casi ha aniquilado completamente el comercio en esta ciudad, y ha conducido a muchos de nuestros mejores miembros y trabajadores manuales al otro lado del Atlántico. ... Sin embargo, sobre todo ... ha tendido a reducir sumamente el orgullo, a mitigar la malicia y a confundir muchas de las estratagemas de los enemigos de la reforma ... y ha conquistado muchos prosélitos para la causa de la libertad.

También Sheffield sentía los efectos de la guerra:

Tenemos muchos miles de socios, pero como una gran mayoría de ellos son trabajadores, la guerra, que ha privado de *todo* empleo a muchos de ellos y, a casi todos, de la *mitad* de sus ingresos, nos ha mutilado más que a cualquier otra ciudad en el reino.⁵⁰

Margarot y Gerrald sabían perfectamente el peligro que corrían. Estaban llevando «provisiones» de solidaridad moral a sus camaradas escoceses que, si se les negaban

⁵⁰ *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 160-165.

en este momento, hubieran tenido como resultado la desmoralización de los movimientos escocés e inglés. Y estaban desafiando al tribunal de Braxfield a tratar a un inglés como había tratado a Muir y a Palmer. Las provisiones apenas llegaron a tiempo. La convención de Edimburgo se había reunido brevemente, a finales de octubre, y se había disuelto en ausencia de los delegados ingleses. A su llegada se volvió a convocar precipitadamente, con mayor fuerza que antes, y Margarot, Gerrald y el secretario escocés, Skirving, controlaron los procedimientos. Se reunió durante las dos últimas semanas de noviembre y la primera de diciembre de 1793, en que fue disuelta y sus principales dirigentes fueron detenidos. (Antes de eso,¹ Margarot y Gerrald habían pedido más fondos a Hardy, que les permitiesen visitar las principales sociedades escocesas: «ninguna excusa puede ser válida para hacernos volver, a no ser que esté basada en el *miedo*; y debemos recordarle que es nuestro problema, no el suyo».) Los procedimientos de la Convención fueron moderados, aunque un tanto histriónicos; pero determinadas circunstancias le dieron un color más revolucionario, el hecho mismo de que la Convención se reuniera, la presencia de observadores de Irlandeses Unidos, y las formas de procedimiento y discurso al estilo francés (aunque el término «ciudadano» hacía mucho tiempo que se utilizaba en Sheffield) que retoñaban en el clima pro-galo de Edimburgo. Las actas se dataron, «Primer Año de la Convención Británica», y se aprobó una resolución (cuyos términos fueron puestos a discusión en los juicios subsiguientes) que autorizaba la convocatoria de una primera convención de emergencia en un lugar secreto, en caso de que se suspendiese el hábeas corpus o se introdujese legislación contra los reformadores.⁵¹

127

Siguieron los juicios, del tipo de los de Muir y Palmer. Skirving y Margarot salieron airosos; se les condenó a catorce años de deportación. «Señores míos, sé que lo que estos dos días se ha hecho volverá a ser juzgado; ese es mi consuelo y mi esperanza», dijo Skirving cuando abandonaba el tribunal. A Margarot, que fue acompañado al juicio por una procesión que sostenía un «árbol de la libertad» en forma de M sobre su cabeza, se le fue la mano y se mostró demasiado anhelante de la corona del martirio. Pero recusó a Braxfield, con gran audacia, por haberse jactado, en una cena anterior al proceso, de que él hubiese hecho azotar a los reformadores antes de deportarlos, y que «la muchedumbre sería lo mejor para verter un poco de sangre». Según el recuerdo de lord Cockburn (que le había visto de pequeño), era «una pequeña y oscura criatura, vestida de negro, con medias de seda y botones de metal blanco, algo parecido a la idea que uno se hace de un francés canijo, un ser de lo más insolente e irritante».⁵²

⁵¹ De acuerdo con el proceso, en el caso de que se diesen otras circunstancias, incluido el desembarco de tropas francesas en Gran Bretaña. Véase también «A Member», *Account ... of the British Convention, 1794*, pp. 24, 34, 45; Meikle. *op. cit.*, cap. 7.

⁵² Cockburn, *op. cit.*, II. p. 25. El exceso de histrionismo en el carácter de Margarot parece confirmarse en su historia subsiguiente. Escribió una cana muy indiscreta a Norwich, mientras estaba a la espera de ser deportado a las galeras, en Spithead: «Se rumorea ... que se han hecho a la mar 70 veleros franceses; si es cierto ... el resultado probablemente será una incursión. Por Dios, mis estimados amigos, no bajéis la guardia.» (10 de marzo de 1794), *Committee of Secrecy*, p. 81. Riñó con sus compañeros de prisión cuando salió, y alrededor de su nombre aleteó la

Joseph Gerrald obtuvo la libertad bajo fianza, volvió a Londres para informar a la SCL y a liquidar sus asuntos, y regresó para afrontar el proceso, en marzo de 1794. No tenía necesidad de hacerlo; sus compañeros y amigos le pidieron que hiciera caso omiso de su libertad bajo fianza. Su naturaleza se había debilitado a causa de la enfermedad, cuando estuvo en las Indias Occidentales en la década de 1780, y la deportación suponía probablemente una sentencia de muerte, como así ocurrió. Pero él argumentaba que su «honor estaba en juego», no ante los tribunales escoceses, sino ante los hombres más humildes que «se han puesto en peligros similares debido a la influencia de mis propios argumentos». Sólo brindó una provocación al rechazar empolvarse el cabello a la moda «legitimista» y comparecer ante el tribunal «con el cabello sin empolvar, que le caía libremente por detrás; el cuello casi desnudo, y la camisa con un cuello amplio doblado. Este era el vestido francés de la época». Por lo demás, en opinión de lord Cockburn, «jamás los modales y el tono de un acusado contrastaron de forma más asombrosa con los de sus jueces». ⁵³ Cuando Gerrald insistió en que Jesucristo había sido, él mismo, un reformador, Braxfield les comentó a sus compañeros jueces, riendo entre dientes: «Le sirvió de mucho, *le* colgaron.» Gerrald, que tenía preparación legal, siguió el ejemplo de otros reformadores al dirigir su propia defensa. Sin apartarse ni una sílaba de las demandas de los reformadores, se inspiró ampliamente en Hooker, Locke y Blackstone al argumentar el derecho a la agitación en favor de la reforma. Fue un proceso constitucionalista que puso al descubierto la retórica del constitucionalismo:

128

La palabra *¡Constitución, Constitución!* se hace resonar en nuestros oídos con una perseverancia incesante. Ese es el *talismán* que los enemigos de la reforma sostienen sobre las cabezas de los crédulos y los simples; y, al igual que hechiceros viejos y perversos, cuando ya les han atrapado en el hechizo, se aprovechan de la somnolencia que produce su engaño. Pero escuchar a los chambelanes y a los pensionistas hablar de una Constitución, cuando el conjunto de sus vidas es una violación constante de sus principios, es como un monje que predicase el aumento de población ... ⁵⁴

«Cuando se ve al señor Gerrald ... haciendo discursos como el que ustedes han oído hoy —observó Braxfield en su “acusación” ante el jurado— le considero como un miembro de la sociedad muy peligroso, porque me atrevería a decir que tiene suficiente elocuencia como para persuadir al pueblo de que se levante en armas.» «¡Oh, señor! ¡Señor! —interpuso el acusado— ésta es una forma muy deshonesta de dirigirse a un jurado...»

A Gerrald le cayeron 14 años. Él y Skirving fallecieron menos de un año después de su llegada a Nueva Gales del Sur. ⁵⁵ Braxfield y los misterios de la «ley escocesa» se

sospecha. Fue la única víctima que volvió —en 1810— y entonces se reincorporó en parte a la política radical, hasta su muerte en 1815. Véase M. Roe, «Maurice Margatrot». *op. cit.*

⁵³ Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 41-43.

⁵⁴ *Trial of Joseph Gerrald*, Edimburgo, 1794, pp. 197-198, 241. Gerrald pudo haber ejercido en los Tribunales de Pensilvania, en la década de 1780; véase *Trial of Gerrald*. Glasgow, 1835, p. 4.

⁵⁵ Gerrald estuvo retenido durante más de un año en Newgate y otras prisiones de Londres, y hay algunas razones

han hecho demasiado famosos, en manos de los historiadores ingleses, por esos veredictos. Eran veredictos tanto del gobierno inglés como de la judicatura escocesa. Pitt, Dundas, Loughborough, Thurlow se cuidaron de defender cada punto y cada coma de los procesos, en los debates parlamentarios subsiguientes. Dundas pensaba que los jueces habían mostrado, al conceder la sentencia, una «prudencia digna de confianza»; Pitt, tratando de eludir un ataque más perjudicial por parte de Fox, pensaba que los jueces hubiesen sido «sumamente culpables» si *no* hubiesen utilizado sus poderes facultativos para castigar a «aquellos atrevidos delincuentes» y silenciar «doctrinas tan peligrosas para el país». (Los reformadores se esmeraban en señalar que esas doctrinas, en apariencia, diferían muy poco de las que Pitt había defendido en la década de 1780.) Y Wilberforce «ridiculizó que la idea de humanidad pudiese aplicarse al señor Palmer, aunque él no se había leído el proceso»; «declaró, con cargo a su responsabilidad, que no concebía el que la sentencia se debiera suspender».⁵⁶

129

La persecución, como sabemos, es un arma de dos filos. En la década siguiente, cuando se hacía referencia a los años anteriores, no se hablaba de la época de Braxfield, sino —como De Quincey— de la «época de Gerrald». La imagen de Tom Paine, al otro lado del mar, conspirando junto con los enemigos del rey, podía inspirar miedo u odio. Pero la imagen de un hombre enfermo, que regresaba voluntariamente a hacer frente a ese tipo de «juicio», no podía inspirar nada parecido. Además, de manera curiosa, el prejuicio nacional ayudó a la causa de los reformadores. La culpabilidad que sentía el moderado «inglés libre por nacimiento» quedaba aliviada por el pensamiento de que tales cosas podían ocurrir en Escocia, pero no «aquí». El repentino cambio de opinión entre los ingleses «decentes y respetables» se hace patente con la tercera absolución de Eaton (febrero de 1794) y la absolución de Thomas Walker en abril. Fue lo suficientemente fuerte como para refrenar los sentimientos opuestos de horror que había creado el Terror de Robespierre. Gerrald y sus compañeros, con su ejemplo, contribuyeron materialmente a salvar las vidas de Hardy, Tooke y Thelwall. Con su sacrificio, ayudaron a que Inglaterra se salvase de un Terror Blanco.

El ejemplo de las víctimas escocesas, en vez de intimidar, fortaleció a las sociedades inglesas. Cuando John Frost (que había sido encarcelado el año anterior) fue puesto en libertad, el 19 de diciembre de 1793, habiendo sufrido un colapso, se le condujo triunfalmente por las calles de Londres y la multitud se detuvo ante la casa del príncipe de Gales para mofarse. John Thelwall, que había reemplazado a Gerrald como teórico más capacitado de la SCL, inició una serie de conferencias para recoger fondos para la defensa de los prisioneros. El 17 de enero de 1794, Gerrald (que era miembro de las dos sociedades y que en aquel momento estaba en libertad bajo fianza) asistió a una reunión de la Sociedad Constitucional, que había sido devuelta a la actividad; le eligieron por aclamación para presidir la reunión y aprobaron la resolución de

para suponer que se le ofreció el perdón a cambio de que renunciara a sus principios.

⁵⁶ Una vez más, se encuentra un resumen brillante de los debates en Cockburn, *op. cit.*, 11, pp. 133-149.

«oponerse a la tiranía con los mismos medios con los que ésta se ejerce». «La rebelión contra los Tiranos —había recordado una vez Gerrald a los reformadores ingleses— es Obediencia a Dios.» Tres días más tarde, la Taberna del Globo estaba tan atestada durante una reunión general de la SCL, que el suelo cedió. Se propuso una nueva Convención británica, que esta vez tendría lugar en territorio inglés. El ciudadano John Martin, desde la presidencia, presentó una provocativa alocución:

130

Nos encontramos ante un problema. Debemos escoger ahora mismo, o la libertad, o la esclavitud para nosotros y para la posteridad. ¿Vais a esperar hasta que se construyan CUARTELES en todas las poblaciones, y hasta que los de Hesse y Hanover, *subvencionados*, nos dominen?

Cuatro días más tarde, la Sociedad Constitucional acordó que «la Sociedad de Correspondencia de Londres había merecido que el país la tratase bien», y encargaron que se imprimiesen y se distribuyesen

40.000 ejemplares de su Comunicado. El efecto del comunicado fue infundir ánimo a las sociedades provinciales. Al recibirla, escribía el secretario de Bristol, «reuní, aquella misma tarde, a tantos amigos como buenamente pude; leímos, nos azoramos, adquirimos valentía ... vuestra segunda epístola ha avivado nuestro ánimo, vivificado nuestro patriotismo ... y todavía más, en la actualidad hemos aumentado considerablemente de número».⁵⁷

Llegaron cartas de otras sociedades inactivas. Desde Newcastle (silenciosa durante mucho tiempo) llegó la noticia de que existían diversas «sociedades», que «se reúnen cada semana, y sólo admiten a los amigos que se conocen; y no han adoptado ningún nombre, sino el de grupos de lectura de periódicos». Es evidente que existían —o se reanimaban— otras muchas sociedades que no tenían correspondencia formal con la de Londres, como la sociedad de Royton o la sociedad de Halifax que se presentó por primera vez en abril de 1794, excusándose por el hecho de «haber adoptado, hasta ahora, la mayor prudencia y circunspección» en sus procedimientos: «Queremos que el público en general sepa que en esta ciudad y parroquia existen bastantes personas que se oponen violentamente ... a toda discusión libre. Su rabia se vería indeciblemente satisfecha, si viesen a uno de los partidarios de la Libertad de esta ciudad, multado, puesto en la picota o encarcelado ... ».

131

Durante el mismo mes, se hizo un acto público al aire libre en Halifax «al que asistieron muchos amigos de Leeds, Wakefield, Huddersfiel, Bradford y la vecindad adyacente»; se aprobaron planes para una reunión general de delegados (en Bristol) y una Convención Nacional. En Leicester, se reunían diversos clubs y se hacían «charlas democráticas» en tabernas. En Londres, la SCL y la Sociedad Constitucional habían

⁵⁷ *Report of the Committee of Secrecy*. 1794. pp. 185 y siguientes; Joseph Gerrald, *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, p. 59; *The Address published by the LCS ... 20 January 1794*. John Martin escribió a Margarot en la cárcel municipal de Edimburgo (22 de enero de 1794): «La Sociedad está aumentando rápidamente tanto en ánimos como en número, y los *ricos* están empezando a estar entre nosotros y a sentarse con placer entre los hombres honrados con mandil de cuero.» T.S. 11.3510 (B).

formado un comité conjunto para convocar una Convención, aunque la última deseara encontrar algún otro nombre. En abril, se hizo un acto público al aire libre en Chalk Farm, en el que intervinieron Thelwall y otros; se acordó que cualquier nuevo intento «de violar aquellas leyes que todavía quedan ... se debería considerar que disolvía el pacto entre la Nación Inglesa y sus Gobernantes».⁵⁸

Esta era la cosecha, no sólo de la persecución, sino también del aumento de los precios y de la penuria económica. Existen algunas pruebas de que la agitación se estaba introduciendo en las partes más pobres del East End. Mientras que el mitin de Hackney, en octubre, había sido una novedad, Francis Place recordaba que al acto de Chalk Farm había asistido una «inmensa multitud ... con personas de todo tipo: hombres y mujeres ... en el mayor orden que jamás presencié ... aunque recibieron muchos insultos y provocaciones por parte de los enviados de Bow Street y diversos agentes de policía, espías e informadores del Gobierno ... se comportaron como hombres *inteligentes y racionales*»,⁵⁹ También en abril, en Sheffield se hizo una reunión pública de seis o siete mil personas (los reformadores declararon 12.000) para protestar contra las sentencias escocesas; la presidencia la ocupó un caballero muy joven, elocuente e inseguro de Derby, Henry Yorke, que auguraba con placer el momento en que «la imponente voz de todo el pueblo les aconsejaría a los 558 caballeros de St Stephen's Chapel que se preocupasen de sus propios asuntos». «Por la noche, tipos borrachos» asaltaron las casas de los reformadores de Sheffield, y Davison, el secretario de la sociedad, concibió un plan para proporcionar «a los patriotas un número de chuzos, que sea suficiente para hacerles temibles».

En los procesos posteriores de Hardy y Yorke, a esto se le concedió un gran peso. La acusación lo presentaba como prueba de intento insurreccional; los testimonios de la defensa negaban el hecho o declaraban que la intención última era la autodefensa ante los desalmados partidarios de la «Iglesia y el Rey». De hecho, probablemente, podían encontrarse ambas intenciones en las sociedades. En Edimburgo, un comité fragmentario que subsistía desde la Convención británica todavía se reunía en secreto y había pasado a ser controlado por un anterior espía del gobierno, Roben Watt. Se fabricaron unas pocas puntas de chuzo y hachas de combate, y Watt, en una confesión agónica, declaró que se había convertido a la causa de la reforma, y que estaba planeando insurrecciones simultáneas en Edimburgo, Dublín y Londres. Cualesquiera que fuesen los motivos de Watt, una veintena de tejedores y artesanos escoceses se vieron profundamente implicados en sus intrigas.⁶⁰

⁵⁸ *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185-189; *An Account of a Meeting of the Constitutional Society of Halifax*, Halifax, 1794; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 111-117; A. Temple Patterson, *op. cit.*, p. 74.

⁵⁹ Ad. MSS. 27814. Estos mítines ayudaron a establecer un precedente importante, puesto que la convocatoria de mítines públicos por parte de plebeyos sin autoridad —y sin la intención específica de hacer alguna petición al Parlamento— era de dudosa legalidad; véase Jephson, *op. cit.*, I, p. 277.

⁶⁰ *Trial of Hardy, passim*; *Trial of Henry Yorke*, 1795, pp. 26, 80-81; *Trial of Roben Watt*, Edimburgo, 1795, p. 353; Meikle, *op. cit.*, pp. 150-153, *The Life and Character of Roben Watt*. Edimburgo, 1795, p. 76.

Esas fueron las circunstancias que precedieron el ataque repentino de Pitt a las sociedades, en mayo de 1794. Fueron detenidos los líderes de la Sociedad Constitucional de Londres y de la SCL, sus papeles fueron confiscados y el Parlamento nombró un comité de materia reservada para que los examinase.⁶¹ Se suspendió el hábeas Corpus. En Norwich, Isaac Saint y otros miembros del comité fueron detenidos. En Sheffield (cuyo delegado a la convención de Edimburgo, M. C. Browne, todavía estaba en espera de juicio) fueron prendidos Henry Yorke y algunos miembros del comité. Richard Davison, secretario de la sociedad, escapó a la detención, y el editor del *Sheffield Register*, Joseph Gales, también fue encausado por conspiración (en junio), pero huyó a América. Inmediatamente después de estas detenciones se lanzó a la opinión pública contra las sociedades, mediante «revelaciones» de conspiración en la Cámara, y rumores de complots insurreccionales y conexiones entre las sociedades y los franceses. Vendedores de baladas y volantines corrieron por las calles con hojas encabezadas así «¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN!» Se colgaron carteles por toda la ciudad. Fue durante la celebración de la victoria naval del «Glorioso Primero de Junio» cuando una muchedumbre atacó la casa de la señora Hardy; y un periódico de Londres se mofaba de que «la mujer murió atormentada por las visiones de su querido Tommy siendo colgado, destripado y descuartizado». Algunos clubes, alarmados, se disolvieron, mientras aquellos que se mantenían estaban ocupados recogiendo fondos para los familiares de los prisioneros. (Algunos miembros de la SCL fueron demandados cuando intentaban hacer una colecta para la defensa de los prisioneros.) *The Times* publicó un simulacro burlesco de información de una revolución inglesa, en la que se retrataba a los prisioneros disfrutando de un poder sanguinario.⁶² En Lincolnshire «se pagó a los cantores de baladas, y éstos se apostaban al final de las calles para cantar la caída de los jacobinos ...». Entre la gente de buen tono, incluso el silencio acerca del tema de los juicios despertaba sospechas.⁶³ En Nottingham tuvo lugar un acoso de jacobinos, promovido por los partidarios de la «Iglesia y el Rey», de excepcional violencia. Al igual que el año anterior, las casas de los reformadores fueron «abiertas por la fuerza y las personas arrastradas, se les pusieron dogales alrededor del cuello y se les arrojó al arroyo fangoso situado al lado de la ciudad». Un comité legitimista les pagó a los «navegantes»* que estaban abriendo un nuevo canal, para que atacasen a los jacobinos, a quienes el comandante se negó a proteger.⁶⁴ Más o menos en esta época, en Failsworth, un destacado jacobino fue «atado a la silla de montar del caballo de un dragón, mientras el populacho, enloquecido y fanático, le clavaba alfileres en las piernas».⁶⁵

**Navigators* (navegantes) es el nombre que recibían los trabajadores empleados en la construcción de canales,

⁶¹ Para las circunstancias de la detención de los reformadores de Londres, véase arriba, pp. 3-5.

⁶² (James Parkinson), *A Vindication of the LCS*, 1795, pp. 1-6: *The Times* (5 de septiembre de 1794).

⁶³ W. Gardiner, *Music and Friends*. 1838, I, p. 222.

⁶⁴ F. D. Cartwright, *Life and Correspondence of Major Cartwright*, 1826, I, p. 312; Blackner. *op. cit.*, pp. 396-401; Sutton, *op. cit.*, pp. 193-199.

⁶⁵ B, Brierley, *Failsworth. My Native Village*. Oldham. 1895, p. 14.

y por extensión todos quienes hacían trabajos similares de excavación. (*N. de la t.*)

133

Sin embargo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba lejos de disolverse. Se creó un comité ejecutivo secreto de nueve, cuyos miembros más activos eran Richard Hodgson, un sombrerero, John Bone, un librero, y el «ciudadano Groves». Según un memorándum oficial, que quizá influyó en la decisión de actuar de Pitt, la SCL había estado incorporando adeptos de forma intensa, durante toda la primavera. No sólo contaba con 48 secciones en mayo de 1794, sino que además de los hombres de oficio y los artesanos «últimamente ha aparecido entre ellos un nuevo tipo de personas, a saber: varias Personas que proceden de los Mozos de Cuerda Ribereños y Dependientes de los Almacenes de la *City* y algunos Criados de los Caballeros». Cincuenta irlandeses se unieron en grupo a una sección, a la vez que se establecían secciones en Woolwich y Deptford.⁶⁶ Después de las detenciones de Hardy, Thelwall y los demás líderes, Hodgson, Bone y el «ciudadano Groves» pudieron reunir a la mayor parte de los nuevos inscritos. En julio se informó de que «18 secciones, presas del pánico, no se reunían», y de que se habían enviado delegados para revitalizarlas; pero las 30 secciones restantes seguían funcionando. De hecho, el resultado de la persecución fue acentuar más el proceso de radicalización en el seno de la Sociedad. Si bien en agosto algunas secciones se habían «dormido», y algunos miembros se habían apartado de otros, como consecuencia (observó un informador) «actualmente, la Sociedad está compuesta, principalmente, por los atrevidos y los desesperados». Antes, el lenguaje de las reuniones se había mantenido en los límites de la reforma parlamentaria: «*Ahora* se afirma abiertamente la intención de derrocar al Gobierno del País». En otoño, cuando el sobresalto de las detenciones desapareció, se produjo un nuevo cambio en la actitud popular. Mejoró el trato de los prisioneros, y Hardy observó que, en Newgate, los delincuentes comunes empezaban a tratar con respeto a los reformadores. Place recordaba: «Las violentas medidas del gobierno asustaban a muchos.»

134

Sin embargo, muchas personas, entre las que yo me contaba, consideraban que hacerse miembros en aquel momento era loable y era el cumplimiento de un deber. Esto mejoró el carácter de la Sociedad, ya que la mayor parte de aquellos que ingresaban eran hombres de carácter decidido, hombres inteligentes y juiciosos, a los que no se podía hacer cambiar fácilmente de idea.⁶⁷

En el ínterin, la ejecutiva secreta de la Sociedad atravesó sus propios problemas. Tenía dificultades para encontrar «*formas y medios adecuados para una comunicación*

⁶⁶ Memorándum *con respecto* a las Sociedades de Correspondencia, especialmente en el «Eastern end de la Ciudad y en la *City*, 6 de mayo de 1794, en T.S. 11.3510 A (3). Según éste, Sheffield, Bristol y Norwich declararon un crecimiento similar en el mismo período.

⁶⁷ G. Wallas, *Life of Place*, p. 21. El manuscrito de Place. «History», debe tratarse con alguna reserva. Escrito muchos años después de los hechos, cuando era un tibio reformador benthamita, en parte es una *justificación* personal, en la que los «hombres inteligentes y juiciosos» (es decir, Francis Place) son ensalzados, y los menos moderados son denigrados. Las conferencias de Thelwall se describen como «declaración de carácter vago» que «contenía todos los prejuicios vulgares del momento»; un breve examen del *The Tribune* pondrá de manifiesto el sesgo de esta opinión.

segura» para sus cartas a los clubs provinciales. En agosto, hubiesen apresado a su miembro más capacitado, el ciudadano Hodgson, bajo una orden de prisión por alta traición, si los agentes de Bow Street no hubieran «capturado a una persona equivocada», lo que (cuando se informó a los miembros de la ejecutiva que quedaban) «provocó grandes risas». Después de eso, sólo pudo comunicarse con su ejecutiva mediante cartas que encabezaba: «En el *Camino*.» El 3 de septiembre, los agentes de Bow Street entraron bruscamente en la ejecutiva y detuvieron al secretario en funciones. El «ciudadano Groves» desafió su autoridad, y luego condujo a los demás a una taberna para hacer una colecta para la familia del detenido. Pero al día siguiente tuvo lugar un acontecimiento más notable. Un portavoz de Hardy acusó a Groves de ser un espía del gobierno, y éste se defendió en un proceso formal ante el pleno del Comité General de la Sociedad. Su discurso fue conmovedor, aunque un poco exagerado, por su sinceridad. Presentó muchas pruebas de su lealtad, así como testigos de su talante jacobino. Fue absuelto de modo triunfal.

135

Pero el «ciudadano Groves» *era*, de hecho, un espía; uno de los más capaces de la larga hilera que va desde Oliver hasta los años del carlismo y más allá. Después de cada reunión o ejecutiva secreta, se recibían sus informes completos para que Pitt, Dundas o el procurador del tesoro los examinasen detenidamente. Sólo gracias a su habilidad particular podemos describir de algún modo los hechos de aquellos meses.⁶⁸

El proceso de Hardy tuvo lugar el 25 de octubre de 1794, en la Old Bailey.*

* Sede del Tribunal Central para asuntos criminales, en Londres. (*N. de la t.*)

La acusación era de alta traición. Y quizá para acentuar lo terrible de la acusación, 10 días antes, Roben Watt —el auténtico conspirador y tal vez «agente doble»— había sido decapitado en Edimburgo. Tanto el público como el jurado sabían que a los prisioneros les iba la vida en el juicio. (El único hombre de la sala de justicia que se negaba a reconocer la gravedad de los procesos era John Home Tooke, que combinaba la afectación de fastidio con el talento irreverente, a la verdadera manera de Wilkes. Cuando le preguntaron si sería juzgado «Por Dios y su Patria», «miró al tribunal durante algunos segundos con un aire significativo que pocos hombres son capaces de adoptar, y sacudiendo la cabeza contestó con énfasis “Sería juzgado por Dios y mi patria, *pero ... !*”») A medida que lentamente avanzaba el juicio, durante 8 días, los indicios de «conspiración» peligrosa parecían más y más despreciables, y los interrogatorios caprichosos, incluso brutales, de Erskine a los testigos de la acusación los hacían aparecer todavía más endebles de lo que eran. En Hardy, el público encontró, una vez más, una de aquellas imágenes de independencia que encantaban al inglés libre por nacimiento: un plebeyo firme y juicioso que desafiaba el poder del

⁶⁸ Tanto las actas de la «ejecutiva secreta como los informes de Groves se conservan en T.S. 11.3510 A (3). Los informes de Groves abarcan desde mayo hasta mediados de octubre de 1794; no he podido descubrir por qué se terminan, quizás a pesar de su absolución formal se perdió la confianza en él después de su «juicio». Para tener un ejemplo de su perspicaz información, véase más adelante, p. 160. Sobre la cuestión de los espías, más en general, véase más adelante, vol. 2, pp. 57 y siguientes.

Estado. Las circunstancias de la muerte de la señora Hardy le atrayeron mayores simpatías. El nerviosismo aumentó: en provincias se detenía a los viajeros y a las sillas de posta por las carreteras y se les preguntaban noticias; la víspera del día en que se debía conocer el veredicto, se rumoreó que Hardy había sido absuelto; se desengancharon los caballos del carruaje de Erskine y fue arrastrado triunfalmente por las calles. El último día —mientras el jurado se retiró a deliberar durante tres horas— las calles cercanas a la Old Bailey se vieron atestadas por una alborotada multitud: un veredicto de «culpable» sin duda hubiese provocado un motín. Un delegado de la Sociedad Patriótica de Norwich, llamado Davey, estaba en Londres para seguir los juicios. Al conocer la noticia de la absolución, volvió en silla de posta hacia Norwich, viajó toda la noche, y llegó el domingo por la mañana a la hora del servicio divino. Fue directamente al templo baptista de St Paul, cuyo pastor, Mark Wilks, era un reformador apasionado; uno de los pastores baptistas al viejo estilo, que combinaba una ocupación (como granjero) con su ministerio no retribuido. Cuando Davey entró, Wilks estaba en el púlpito, se interrumpió para preguntar: «¿Cuáles son las noticias, hermano?» «¡Inocente!» «Entonces, cantemos, “Alabado sea Dios del que provienen todas las bendiciones”».

136

El gobierno persistió con el caso contra Home Tooke. Pero el proceso fue una fuente de humillación todavía mayor. La defensa hizo comparecer al primer ministro, Pitt, y se vio obligado a admitir que había asistido a las reuniones del condado de Wyvill, en favor de la reforma. La absolución de Tooke fue seguida por un último esfuerzo, en diciembre, para asegurar una sentencia contra Thelwall. Pero el resultado fue inevitable. Quizá no del todo. Thelwall, que tenía un carácter un tanto exagerado, se había dedicado, mientras estaba en Newgate, a escribir poemas sobre el tema de Hampden, Sidney y la Tiranía:

En la nociva lobreguez del calabozo
El patriota, a pesar de todo, con el corazón impávido,
Puede adoptar un aspecto alegre
—Y sonreír— ¡sabiendo que la virtud le bendice!⁶⁹

Cuando se acercaba su juicio fue presa del deseo de pronunciar una arenga ante el jurado. «Me ahorcarán si no lo hago», le dijo a Erskine. «Le ahorcarán si lo hace» fue la respuesta de Erskine. Al absolver a Thelwall, se retiraron las acusaciones contra los restantes prisioneros.

Podría esperarse encontrar un ingreso inmediato de miembros a las sociedades. Pero es difícil desenmarañar los acontecimientos del año siguiente. En primer lugar, la mayor parte de las sociedades provinciales se habían disuelto durante el verano de 1794, o las demás continuaban en formas «clandestinas» que han dejado pocas pistas.

⁶⁹ J. Thelwall, *Poems Written in Close Confinement in the Tower and Newgate ...* 1795, p. 9. (Within the Dungeon's noxious gloom / The Patriot still, with dauntless breast, / The cheerful aspect can assume / And smile in conscious Virtue blest!)

(El Comité de Materia Reservada había anunciado de forma bastante clara el peligro de la correspondencia, y los juicios habían revelado el empleo generalizado de espías del gobierno.) En Sheffield la sociedad permanecía paralizada, puesto que Yorke todavía seguía en prisión: su juicio no tuvo lugar hasta julio de 1795, y fue condenado a 2 años de cárcel por conspiración. Además, estos procesos sólo eran excepciones. En las provincias los magistrados tenían considerables poderes de jurisdicción sumaria, y los reformadores humildes no podían esperar que Erskine fuera a defenderles.⁷⁰

137

Por lo demás, todavía tenían que pagarse los costes de la defensa. (En Norwich, donde todavía había ciudadanos influyentes que apoyaban a la Sociedad Patriótica, Mark Wilks predicó una serie de sermones jacobinos en la capilla de St Paul, en abril de 1795, para sufragar los gastos de los juicios.) Si bien las absoluciones habían evitado un terror generalizado —Hardy fue informado, de buena tinta, de que se habían preparado por lo menos 800 órdenes de detención contra reformadores (y se habían firmado realmente 300), que se iban a cumplir inmediatamente en caso de que se obtuviese un veredicto contra él—, no obstante, los juicios revelaron lo lejos que estaba dispuesto a ir el gobierno. Y las absoluciones condujeron a los publicistas del orden establecido al punto de la incoherencia. Burke, que había participado en la preparación del informe del Comité de Materia Reservada, y que ahora estaba en posesión de una pensión de 4.000 libras al año, se convirtió, después de 1794, en el intelectual análogo a James Reeves. Consideraba que una quinta parte del electorado y casi todos los que no tenían derecho a voto eran «jacobinos puros; completamente incapaces de enmienda; objetos de eterna vigilancia». Daba por supuesto que los hombres absueltos eran «asesinos», e insistía en que los males del cuerpo político exigían «los tenores decisivos del cauterio y la cuchilla».⁷¹

En segundo lugar, algunos de entre los líderes de los reformadores habían tenido suficiente. La Sociedad Constitucional jamás resucitó, y Home Tooke se retiró de los asuntos públicos, hasta la elección de 1796. Hardy estaba muy preocupado con sus propios asuntos, después de la muerte de su esposa, y no volvió a tomar una parte activa en la SCL. Y la sociedad en Londres estaba ahora desgarrada por la discordia.

138

Pasaron semanas discutiendo acaloradamente si la sociedad debía tener una nueva constitución; una parte argumentaba que *toda* constitución era un impedimento a la democracia directa, y la otra argüía que con una disciplina interna más estricta podría

⁷⁰ Por ejemplo, James Bindley de Leeds fue sentenciado, en 1794, a 2 años de prisión por vender escritos sediciosos. En 1794, detuvieron a George Bown, pero le dejaron en libertad después de varios meses, sin haberle hecho juicio. En Sheffield, James Montgomery, que intentaba continuar el trabajo de Joseph Gales publicando el más moderado *Iris*, fue encarcelado dos veces (durante 3 y 6 meses) en 1795. No se ha llevado a cabo una investigación sistemática en cuanto al alcance de esos procesamientos provinciales.

⁷¹ Hardy, *Memoir*, pp. 42-43; Mark Wilks, *Athaliah: or the Tocsin Sounded*, Norwich, 1795; Thelwall, *The Rights of Nature*, 1796, Letter, 1, pp. 40, 56-57; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821, pp. 78-79; E. Burke, *Two Letters addressed to a Member of the Present Parliament, &c.*, 1196.

hacerse frente a la persecución. (Incluso la utilización casual de las palabras nuestros «líderes», en una carta, acarrió una alarma democrática dentro de la sociedad.) En una confusión de personalismos, se separaron dos secciones para formar nuevas sociedades. John Bone se convirtió en secretario de la Sociedad para la Reforma de Londres, que mantenía relaciones amistosas con el grupo matriz. Parece que John Baxter inició la otra separación, una Sociedad de Amigos de la Libertad que se especializó en declaraciones libertarias grandilocuentes. Descrito por un espía como «un hombre de aspecto humilde ... de cara delgada, con el cabello negro recogido en una cola, americana marrón oscuro, chaleco color tabaco, cerca de los cuarenta», Baxter parece que fue partidario de tomar medidas más enérgicas y él mismo pronunciaba conferencias sobre *Resistencia a la Opresión*: «Mientras todo el Poder del Estado se confíe a los Hombres Propietarios de Tierras, puede decirse verdaderamente, que tienen en sus manos los resortes de la VIDA y de la MUERTE». Thomas Spence, que había sido profesor en Newcastle, estaba ganando partidarios con «un nuevo *Los derechos del hombre ... que va más allá del de Paine*». La tierra de la aristocracia debe ser expropiada y las nuevas cooperativas de Spence deben ocupar su lugar, «¿Pensáis que la Humanidad disfrutará alguna vez de un grado de Libertad y Felicidad admisible, mediante una Reforma Parlamentaria, si permitimos que los Terratenientes continúen existiendo? ... Una Convención o un Parlamento del Pueblo estaría eternamente en guerra con la Aristocracia».⁷²

Esas tensiones eran de esperar. En fecha tan temprana como octubre de 1793, ya se recoge en las actas de la SCL una moción de una sección que reclamaba la expulsión de las personas que propagaban principios igualitarios. Como el coste de la vida aumentaba —y como la sociedad hacía progresos en el este y el sur de Londres— la cuestión «social» se situó más y más en primer plano. Un folleto característico de 1794 apoyaba, como medidas de la reforma, una reducción de los impuestos y del *excise**, reforma de las *Poor Laws* y las *Game Laws*** , fin de las limitaciones a las *trade unions*, trabajo para los desempleados, y acabar con el *press-gang* y la obligación que pesaba sobre los taberneros de alojar a las tropas.⁷³

* Véase nota de traducción en el capítulo 3, p. 50. (*N. de la t.*)

** Leyes de caza. (*N. de la l.*)

Tales demandas podían obtener una aceptación universal dentro de la sociedad, mientras que los puntos de vista más extremos de Spence y de Baxter no lo podían. Pero está claro que la sociedad también estaba dividida en cuanto a las tácticas. Como ejemplo de las dos tendencias se pueden tomar a dos recién llegados al liderazgo de Londres. El mismo Place, con sus serios modales, su gran capacidad organizativa, su

⁷² *The Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 4. 20-21, 26, 42-43; Hardy, *Memoir*, *passim*; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 142, 151; J. Baxter, *Resistance to Oppression*, 1795; Anónimo [T. Spence], *The End of Oppression*, 1795. Para Spence, véase más adelante, pp. 165-167.

⁷³ Anónimo [James Parkinson], *Revolutions without Bloodshed*, 1794. Este admirable ejemplo de las demandas jacobinas moderadas, declaradas con firmeza, se encuentra impreso en Cole y Filson, *British Working Class Movements*. pp. 48-52.

aplicación intelectual y su experiencia en la organización de *trade unions*, se situaba en la tradición de Hardy. Durante el verano de 1795 fue a menudo presidente de la reunión semanal del Comité General, y, según su propio relato, consideraba que la misión principal de la sociedad era proporcionar educación política a los obreros:

139

Estaba convencido de que los Ministros seguirían hasta llevar al gobierno a una parálisis; es decir hasta que no lo pudiesen mantener por más tiempo. Me parecía que la única oportunidad de que el pueblo tuviese o pudiese tener un gobierno bueno y barato residía en que se le enseñaran las ventajas de la representación ... de forma que siempre que la actuación de los Ministros produjese una crisis, estuviesen capacitados para dar apoyo a los más apropiados para establecer una forma de gobierno sencilla y barata. Por lo tanto aconsejé que la sociedad procediese de la forma más silenciosa y reservada que fuese posible.

Eso es demasiado imprudente: «un gobierno sencillo y barato» es una frase de la última jerga benthamita de Place, mientras que la sociedad, en 1795, quería el fin de la represión y el sufragio masculino adulto, en razón de la libertad y la igualdad. Pero probablemente Place es preciso al decir, en fecha tan temprana como 1795, que consideraba que el papel de los reformadores obreros era *complementario* al de los reformadores de clase media y aristócratas, en el Parlamento. Los obreros no podían esperar hacer la reforma por y para ellos, sino que debían apoyar a otros que tenían «más probabilidades» de obtener concesiones. En un sentido, éste era un compromiso táctico previsor; pero esto suponía favorecer una crisis —esperando, quizá, un desajuste financiero, motines de subsistencia y tumultos entre el populacho— más que hacer una política de *precipitar* la crisis mediante la agitación popular.

Es la política de aquellos hombres de oficio o artesanos, con amor propio, que preferían tender un puente hacia la clase media, que tratar de salvar el abismo que había entre ellos y los pobres levantiscos. Como tal, representa una renuncia a la agitación entre «innumerables miembros», aunque al mismo tiempo incorpora las fuerzas de la autodidaxia y la organización concienzuda.⁷⁴

140

La otra tendencia la representa John Binns, un joven perteneciente a una familia de gentes de oficio de Dublín, que trabajaba como fontanero en Londres. También se incorporó a la SCL en 1794 y accedió rápidamente a la presidencia de comités y actos públicos. Formaba parte de la mayoría de miembros que sostenían que, inmediatamente después de las absoluciones, la sociedad debía propagar más ampliamente su mensaje, y debía organizar grandes manifestaciones públicas, de modo que el gobierno «se viera obligado a conceder una reforma*. Y la reforma en favor de la que luchaba era, en realidad, una reforma mediante una revolución; aunque la reforma era el objetivo declarado (anotó en sus *Recollections*) «los deseos y las esperanzas de muchos de los miembros influyentes [de la sociedad] les conducían al

⁷⁴ G. Wallas, *op. cit.*, pp. 24-25.

derrocamiento de la monarquía y al establecimiento de una república». ⁷⁵

Hacia marzo de 1795, la sociedad había quedado reducida, como resultado de las secesiones, sólo a 17 secciones. ⁷⁶ Más grave todavía, la correspondencia provincial había disminuido, de manera que el movimiento carecía de un centro nacional. John Thelwall también dimitió, aparentemente porque (tal como él mismo explicaba) era mejor para él colaborar como conferenciante y propagandista independiente, pero más probablemente lo hizo porque estaba cansado de las disensiones. No obstante, después de las secesiones la sociedad parecía más unida y su actividad se reanimó. En contra de los argumentos de Place —de que los mítines públicos desencadenarían una persecución renovada y la suspensión del hábeas corpus— la política de Gale Jones y Binns, favorable a la agitación en la más amplia escala, resultó victoriosa en un referéndum de todas las secciones de Londres. Como resultado de ello, se hizo un gran mitin en St George's Field a finales de junio, en apoyo del sufragio masculino adulto y los parlamentos anuales. Verdaderamente, fue la mayor manifestación pública en favor de la reforma que se había hecho nunca en Londres, incluso si reducimos la cifra de 100.000 asistentes que declaraba la SCL. Presidió el ciudadano John Gale Jones e hizo un discurso cuyo lenguaje rimbombante está lejos de las reminiscencias benthamitas de Place:

Somos Britanos, ¿y no es la libertad nuestro derecho por nacimiento? ... Traed vuestros látigos y potros de tortura, vosotros ministros de la venganza. Levantad vuestros patíbulos. ... ¡Erigid cuarteles en todas las calles, y bastillas en todas las esquinas! Perseguid y desterrad a todos los individuos inocentes; pero no triunfaréis. ... La sangre sagrada del Patriotismo, que gotea del hacha acerada, traerá consigo las semillas nacientes de la Libertad ...

141

Con todo, los manifestantes, tambaleándose bajo esas variopintas metáforas sanguinarias, se comportaron pacífica y ordenadamente, y se dispersaron con tranquilidad. ⁷⁷

Desde este momento hasta el final del año, la sociedad creció con rapidez. Rompió el círculo, bastante reducido, de artesanos y hombres de oficio, y ganó un apoyo creciente entre la población asalariada. En junio se declararon 400 nuevos miembros, entre 700 y 800 en julio; las 17 secciones de marzo habían pasado a ser 41 a finales de julio y 70 u 80 hacia octubre. Entretanto, las dos sociedades que se habían separado también prosperaron. Aparecieron grupos de discusión colaboradores y clubs de lectura. El deísmo y el librepensamiento ganaron terreno, hasta el punto de que, al

⁷⁵ Binns, *op. cu.*, p. 45.

⁷⁶ En el invierno de 1794-1795, hubo otra alarma de «traición», tres miembros de la Sociedad —Smith, Higgins y Lemaitre— fueron acusados de organizar un complot para asesinar al rey, con un dardo envenenado disparado con una escopeta de aire comprimido. La acusación había surgido de un informador rencoroso, y los acusados fueron puestos en libertad sin juicio; véase! Smith, *The Conspirators Exposed*. 1795; P. T. Lemaitre, *Narrative of Arrest*, 1795; P.C.A. 35/6.

⁷⁷ *Correspondence of LCS*, 1795, pp. 4-5 *et passim*: *Tribune* (20 de junio de 1795); Ad. MSS. 27808: Anónimo. *History of Two Acts*, pp. 91 y siguientes.

año siguiente, Gale Jones escribía como cosa evidente, «Aunque no profeso el cristianismo ...». La sociedad acuñó monedas y medallas de recuerdo, para celebrar las absoluciones de 1794 y para otras ocasiones. Thelwall reunía con regularidad a un público de algunos centenares en sus conferencias, que tenían lugar dos veces por semana, y no pudo resistir jactarse de ello en las cartas que escribía a su esposa:

Durante dos noches he tenido casi seiscientas personas. Dos conferencias, en particular, han sacudido los cimientos de la corrupción hasta que cada piedra del podrido edificio ha temblado. Cada frase saltaba de pecho en pecho con un contagio eléctrico, y los propios aristócratas —muchos de los cuales vinieron en tropel a escucharme— se veían a menudo obligados a unirse a las aclamaciones.

Además, alrededor de las sociedades crecieron otros grupos y clubs de taberna con un nuevo estrépito de retórica republicana. Un tal «ciudadano Lee» (que a veces es descrito como un metodista) publicó, desde el «Árbol Británico de la Libertad, n° 98 Berwick-Street, Soho», una serie de folletos incendiarios y provocativos, entre cuyos títulos se incluían *King Killing*, *The Reign of the English Robespierre*, y *The Happy Reign of George the Last*. Ponía el acento (al igual que Spence) en las «asociaciones parroquiales y de pueblo», y también era uno de los pocos jacobinos ingleses que hacía referencia a la guillotina en términos de una cálida aprobación. Probablemente fue su producción de libros de cuentos, historias jacobinas, y de hojas sueltas, lo que inspiró a Hannah More a contraatacar con su Almacén de Folletos Económicos, aunque D. I. Eaton y varias de las sociedades provinciales también se dedicaron al negocio del folleto barato.⁷⁸

142

Después de junio de 1795, también se reavivó la correspondencia provincial. En agosto se hizo un mitin al aire libre en Sheffield; el presidente había sido enviado expresamente desde Londres. Se declaró una asistencia de 10.000 personas.⁷⁹ Pero, por lo demás, Norwich era, con mucho, el centro provincial más imponente. En septiembre había 19 secciones activas de la Sociedad Patriótica y, además de los tejedores, zapateros, artesanos y tenderos que componían la sociedad, todavía tenía el apoyo cauteloso de las familias patricias de comerciantes, los Gurney y los Taylor. Al mismo tiempo, Norwich tenía un grupo de profesionales con grandes facultades, que publicaron, durante 1795, un periódico —*The Cabinet*— que quizá fue la más interesante de las publicaciones intelectuales casi-jacobinas del período. Sus artículos abarcaban desde el análisis concienzudo de los asuntos europeos y la dirección de la guerra, a través de las efusiones poéticas, hasta las disquisiciones sobre Maquiavelo, Rousseau, los derechos de la mujer y el socialismo godwiniano. A pesar de los muy diversos grados de énfasis, Norwich mostraba un notable consenso de sentimiento antigubernamental, que iba desde las capillas baptistas a los ambiciosos *philosophes* de *The Cabinet*, desde la «Divisa de los Tejedores» (cuartel general de la

⁷⁸ *Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 4-5, 29, 35; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour 1796*, p. 3; Mrs. Thelwall. *Life of John Thelwall*. 1837, p. 367.

⁷⁹ *Proceedings of the Public Meeting on Crooke's Moor at Sheffield*. Sheffield, 1795.

Sociedad Patriótica) a la casa de Gurney, desde el foxita Coke de Holkham a los trabajadores de los pueblos cercanos a la ciudad.⁸⁰ La organización se extendía desde Norwich a Yarmouth, Lynn, Wisbech y Lowestoft. Un movimiento similar surgía en las ciudades de Medway, Chatham, Rochester, Maidstone, que se extendía desde los médicos y los profesionales a los artesanos de los muelles. Nottingham presencié un resurgimiento (una vez más) con cierto tipo de alianza entre los industriales y los calceteros. Y la *Correspondence* de la SCL, que se ha publicado, muestra síntomas de actividad en Leeds, Bradford, Birmingham, Leominster, Whitchurch (Salop), Melbourne (cerca de Derby), Sunbury (Middlesex), High Wycombe, Truro y Portsmouth.

143

«Un nuevo maestro está trabajando entre las masas: LA ESCASEZ», estas son palabras del historiador de Manchester, Prentice. 1795 fue un año de crisis, tanto en Francia como en Inglaterra. El invierno excepcionalmente duro de 1794-1795, los desajustes de la guerra, la pérdida de las cosechas, todo ello disparó los precios de las subsistencias. Mayo de 1795 es la famosa fecha de la decisión de Speenhamland, que regulaba la liberalización de los salarios en relación con el precio del pan. El precio del trigo alcanzó niveles insostenibles: 108s. el cuarto* en Londres, 160s. en Leicester, mientras que en algunos lugares era imposible obtenerlo. Durante el estallido sin precedentes de motines de subsistencias que barrió el país en verano y otoño, en diversas ocasiones la milicia se puso de parte de los amotinados.⁸¹ Había signos de descontento en el ejército; Irlanda se aproximaba a la rebelión; los industriales de Norwich, Manchester y el West Riding hacían peticiones en favor de la paz. John Thelwall dedicó varias de sus conferencias más convincentes al tema de la escasez. En el Norwich jacobino (según él declaró) por lo menos 25.000 trabajadores están pidiendo ayuda: los tipos de interés que pagaban los pobres habían alcanzado los 12 ó 13s. la libra. La gran industria sedera de Spitalfields, se lamentaba, estaba abandonada:

* Un cuarto (*quarter*) tiene 28 libras de peso, corresponde a 12,7 kg, aproximadamente una arroba. (*N. de la t.*)

Incluso en mi corto recuerdo, los niños descalzos harapientos eran muy escasos en esa parte de la ciudad. ... Recuerdo la época ... en que un hombre que trabajase de manera regular en los campos tenía generalmente, junto al lugar donde ejercía su profesión, una pequeña casa de verano y una estrecha parcela de jardín en las afueras de la ciudad, donde pasaba su *Lunes*, haciendo volar sus palomas o cultivando sus tulipanes. Pero hoy en día esos jardines están en decadencia. La pequeña casa veraniega y el recreo de los lunes no existen; y encontraréis a los pobres tejedores y a sus familias amontonados en horribles, inmundas e insalubres habitaciones, desprovistos de las más mínimas

⁸⁰ *Correspondence. op. cit.*, pp. 27-28, 63-64; *Cabinet* (Norwich, 1795). 3 volúmenes; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*. 1821.

⁸¹ Para los motines de 1795, véase lo escrito anteriormente, pp. 57-59. Véase también el *Morning Post* del 20 de mayo de 1795, que informa del «motín» en Oakhampton (Devon), cuando la milicia del Staffordshire «toda ... como un solo hombre se unió al Pueblo»; T. S. 11.3431; Hammond, *Town Labourer*. edición de 1920, pp. 85-86; Maccoby. *op. cit.*. p. 90; J. H. Rose, *William Pin and the Grear War*, 1911, pp. 282-288.

comodidades, e incluso de lo mínimo indispensable para vivir.

He aquí una imagen de la desaparición de la vieja Inglaterra que —incluso más que el tema de los «pueblos abandonados» (que Thelwall también tocaba)— removía profundos focos de emoción en las memorias de los oficiales y artesanos jacobinos.⁸²

El 26 de octubre de 1795, la SCL convocó un nuevo gran acto público, en Copenhagen Fields, Islington, que fue presidido por el ciudadano John Binns (de 22 años). «Un proceder imprudente», desde el punto de vista de Place, que se negó a tomar parte oficial en el mitin. Thelwall fue uno de los disecadores principales y utilizó sus grandes poderes de oratoria para mantener a la multitud en una actitud pacífica. En este momento abrigaba un proyecto de «toda la nación ... organizada en una gran Asociación, o Sociedad de Correspondencia, desde las Oreadas hasta el Támesis, desde los acantilados de Dover hasta el Land's End»; y en la reunión se aprobó una resolución de enviar representantes a las principales ciudades de todo el reino. (El propio Thelwall se volvió a incorporar a la sociedad en noviembre.) No puede desecharse la información de que asistieron entre 100.000 y 150.000 personas.⁸³ A pesar de que se utilizaron tres plataformas o tribunas, «ni la mitad de los espectadores se pudo acercar lo suficiente para oír una sola palabra». En esta ocasión, se dirigió una «protesta» al rey:

144

«¿Cómo es posible que, en medio de una aparente abundancia, nos veamos forzados de ese modo a pasar hambre? ¿Por qué si trabajamos y nos afanamos, debemos consumirnos en la miseria y en la escasez? ... *La Corrupción parlamentaria* ... devora como un torbellino espumoso el fruto de todos nuestros esfuerzos.» «Predominó la mayor armonía, regularidad y buen orden —afirma el anónimo historiador de las Dos Leyes— fue un día *consagrado a la libertad.*»⁸⁴

Tres días más tarde, hubo un día —que si bien no estuvo consagrado a la libertad— con toda seguridad, infundió miedo a la autoridad. El rey, que iba con gran pompa a inaugurar el Parlamento, fue abucheado, silbado y su carruaje apedreado: «¡Muera Pitt!», «¡Abajo la guerra!», «¡Abajo el rey!», «¡Abajo Pitt!», «¡Paz!». Quizá 200.000 londinenses atestaron las calles. Algunos blandían pequeñas hogazas, decoradas con un crespón negro, ensartadas en palos. Un baratillero que vendía «*Los derechos del hombre* por un penique» fue detenido, rescatado y llevado en hombros de forma triunfal. La ventana del carruaje del rey se rompió, probablemente de una pedrada, pero se cuenta que cuando llegó a la Cámara de los Lores dijo con voz entrecortada: «¡Dios mío, me han disparado!»⁸⁵ Al día siguiente, cuando el rey se empeñó en ir al

⁸² *Tribune*, XXIX (23 de septiembre de 1795).

⁸³ Place, que en general tendía a reducir las afirmaciones retóricas, y que escribía (en 1824) al margen de una amplia experiencia de agitación política, simplemente diría que 150.000 «eran quizás una exageración».

⁸⁴ LCS, *Account of the Proceedings of a Meeting ...26 October 1795*: Add. MSS. 27808; J. Thelwall, *An Appeal to Popular Opinion against Kidnapping and Murder*. 1796, p. 8; Thelwall, *Life*, pp. 379 y siguientes; *The History of Two Acts*, pp. 97 y siguientes.

⁸⁵ Anónimo, *Truth and Treason! or a Narrative of the Royal Procession*, 1795.

teatro, se despejaron las calles y fue protegido por 100 hombres a pie, 200 a caballo y 500 policías.

La Sociedad de Correspondencia de Londres declinó toda responsabilidad. Pero podía haber tenido algo que ver con aquella manifestación, y en cualquier caso no podía pretender controlar la cólera de sus seguidores. (La tarde posterior a los tumultos, en una taberna, un miembro de la sociedad alardeaba ante John Binns de haberse encaramado al carruaje y haber intentado asaltar al rey.) En cualquier caso, la respuesta de las autoridades fue inmediata. Se hizo pública una proclama contra las reuniones sediciosas y seguidamente Pitt introdujo las Dos Leyes. Por la primera de ellas se convertía en un delito de traición el incitar al pueblo, ya fuese de palabra o por escrito, al odio o desacato al rey, la Constitución o el gobierno. Por la segunda, no se podía hacer ninguna reunión de más de 50 personas, sin notificarlo a un magistrado que tenía amplios poderes para prohibir discursos, detener oradores y disolver reuniones. Y todavía se añadió un delito capital más al código penal: el incumplimiento de las órdenes de un magistrado se podía castigar con la muerte. Una cláusula especial, dirigida a Thelwall en particular, permitía que las salas de conferencias de los reformadores se cerraran como «casas de alborotos».

145

El intervalo entre la introducción de esta ley (10 de noviembre) y la recepción de su aprobación real (18 de diciembre) fue el último, y el mayor, período de agitación popular. La pequeña oposición foxita luchó en cada etapa de su aprobación, y por primera y última vez hizo campaña en el país junto con las sociedades populares. La SCL convocó una manifestación de emergencia el 12 de noviembre (esta vez se declararon 200.000 personas),⁸⁶ en Copenhagen Fields: «al mitin, como es habitual en estas ocasiones —recordaba Place— asistieron hombres, mujeres y niños». Pero ni la ocasión del mitin, ni la práctica de llevar niños eran «habituales»; y lo último es una indicación del propósito pacífico, que se convirtió en algo tradicional en el movimiento obrero posterior. En diciembre, en Marylebone Fields, la sociedad hizo una gran manifestación final, de la que existe un relato en el diario de Joseph Farington. Entre los oradores de las varias «tribunas» estaban William Frend, Thelwall y John Gale Jones. Jones, el «endomingado» cirujano, con una «afección paralítica» que le provocaba «una contracción convulsiva casi constante de la cabeza, los hombros y los brazos», tenían sin embargo «una voz excelente; fuerte, clara e inconfundible ...». Su intervención incluyó la amenaza de que Pitt sería conducido a una «ejecución pública»:

«No hubo ningún tumulto, ni se ofendió a nadie que no levantase las manos o no se uniera a los aplausos.»⁸⁷

146

Se hicieron grandes manifestaciones en todo el resto del país, casi todas en contra de las leyes. «Si dimitiera, mi cabeza rodaría en 6 meses», dijo Pitt. El mayor contratiempo se produjo en el Yorkshire. Wilberforce, uno de los diputados del

⁸⁶ De hecho, un *Account* publicado por la SCL declaraba -por encima de 300.000- britanos.

⁸⁷ *The Farington Diary*, editado por J. Greig. 1922. I, pp. 118-119.

condado, había trabajado en privado con Pitt en «el proyecto de ley de sedición; lo había mejorado ampliándolo». (Se había cuidado de defender su reputación de «independencia» oponiéndose a una cláusula en la Cámara.) Mientras tanto, en el Yorkshire, Christopher Wyvill, fiel a sus principios moderados, solicitó un mitin en el condado para protestar e hizo público un llamamiento, con cuatro días de anticipación —un viernes—, a todos los campesinos propietarios del West Riding para que asistieran el siguiente martes en York: «Acudid desde vuestros telares, vosotros pañeros honrados e industriosos; dejad por un día el trabajo de vuestros campos, vosotros *yeomen** tenaces e independientes: acudid con el espíritu de vuestros antepasados ...».

* Campesinos o labradores libres, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la t.*)

Wilberforce, cuando iba de camino a la iglesia en Londres («Permítaseme recordar el carácter peculiar de un Cristiano; solemnidad en la Cámara, buen humor, amabilidad y sosiego, con una secreta alerta y seriedad oculta», había anotado en su diario pocos días antes), fue detenido por un mensaje urgente del Yorkshire. Salvando sin dificultad sus escrúpulos con respecto a viajar en domingo, se dirigió a ver a Pitt. Pitt le dijo que debía asistir al mitin del condado. Pero el carruaje de Wilberforce no estaba dispuesto. «El mío está a punto —dijo Pitt— váyase en él.» («Si descubren de quién es el carruaje en el que habéis viajado —dijo alguien del grupo— correréis el riesgo de que os asesinen.») Wilberforce hizo la «marcha forzada» hacia el norte con el coche que Pitt le había prestado. Todo el condado parecía entrar a raudales en York, los pañeros, o «*Billy-men*», lo hacían cabalgando en sus caballos de carga. Cuando Wilberforce llegó a York, el mitin, que ya había empezado, tenía un carácter duramente contrario al gobierno. Se dirigió «a la mayor reunión de caballeros y campesinos propietarios que jamás se había congregado en el Yorkshire» con una elocuencia «nunca superada», insuflando «energía y vigor a las abatidas almas de tímidos legitimistas». La gran reputación de independencia y filantropía cristiana de Wilberforce venció sobre los *yeomen* y los pañeros del West Riding. La reunión se dividió: mientras la gran mayoría de los 4.000 campesinos propietarios daba apoyo a la alocución de Wilberforce en favor del rey y la Constitución, «aquel tipo loco, el coronel Thornton, se levantó vestido de uniforme», y se dirigió a la «chusma de York ... hablando en favor de los jacobinos. Les dijo que muchos de los soldados estaban dispuestos a unirse a ellos cada vez que se sublevaran». Thornton terminó «despojándose de su uniforme ante la chusma», que le llevó triunfalmente en hombros hasta el Guildhall.⁸⁸

147

Este es uno de aquellos momentos de la historia que parece revelar una crisis entre épocas. Aparte de las elecciones, el siguiente mitin masivo del West Riding que se hizo en York iba a ser la «Peregrinación» de Oastler, de esclavos de la fábrica (1832). Del mismo modo que el mitin de York se escindió en campesinos propietarios

⁸⁸ Wilberforce. *op. cir.*. II. pp. 112-113: Wyvill. *Political Papen*, V, *passim*.

legitimistas y sediciosos sin derecho a voto, la sociedad del siglo XIX iba a estar dividida, en las *hustings*, entre electores y obreros, hasta 1850. Y simboliza otra división. «Entre Yorkshire y Middlesex hacen toda Inglaterra», dijo Fox. La conciencia inconformista del Yorkshire había demostrado ser vulnerable: donde no alcanzaban la iglesia y el rey, podían llegar Wilberforce y los metodistas. Pero en el Middlesex la disidencia tradicional de los hombres de oficio y los artesanos se decantó, en este momento, netamente hacia el librepensamiento. Y también eso fue consecuencia de las Dos Leyes, y de las declaraciones de «lealtad» por parte de dirigentes de la Iglesia y el templo por un igual.

Se ha dicho que el ladrido de las Dos Leyes fue peor que su mordisco. Nunca se impuso la pena de muerte bajo sus disposiciones. Aunque el *habeas corpus* estuvo suspendido durante 8 años, parece que sólo unos pocos fueron retenidos sin juicio por un tiempo.⁸⁹ Por supuesto, este era el ladrido que Pitt deseaba: miedo, espías, magistrados vigilantes con poderes indefinidos, de vez en cuando el castigo ejemplar. En cualquier caso, entre el ladrido y el mordisco de las Dos Leyes quedaba la barrera de un jurado inglés; y se puede poner en tela de juicio la opinión de Place (1842), según la cual «se puede decir que la mayoría de los tenderos y los obreros las aprobaron [las leyes] sin entenderlas».⁹⁰

En todo caso, las leyes triunfaron. En un primer momento la SCL arriesgó una política de desafío: se enviaron delegados a las provincias con la esperanza de reconstruir una organización nacional. Se envió a John Binns a Portsmouth, el principal apostadero naval, pero se le hizo volver cuando el comité de Londres tuvo noticia de que era seguido y vigilado y podía ser detenido. John Gale Jones viajó por las ciudades de Kent —Rochester, Chatham, Maidstone, Gillingham, Gravesend—; en Rochester encontró una sociedad que contaba con nueve secciones, en Chatham, cuando alguien del público preguntó si la reunión no sobrepasaría los 50 autorizados por la ley, «otro le rogó airadamente que se fuera para contribuir con *su* ausencia a la disminución». Se enteró de que los estibadores de Chatham se habían negado a firmar un comunicado dirigido al rey, en apoyo a las leyes, y en su lugar, habían firmado una petición de protesta. La atención que la sociedad dedicaba a esos apostaderos navales arroja una duda sobre la resuelta negativa (varios años más tarde) de Place acerca de que algunos miembros veían con buenos ojos «la formación de una República con la ayuda de Francia». Esas visitas a los estibadores pueden ser uno de entre los varios hilos que unían a los jacobinos con los amotinados navales de Spithead y el Nore, en 1797.⁹¹

⁸⁹ Entre los manuscritos de Place se encuentra una «Narrative of John Oxlade», miembro de la SCL apresado en mayo de 1798; en el documento se estima que durante los años cumbre (1798-1800) fueron encarcelados sin juicio, cerca de cuarenta miembros de la SCL, y cerca de treinta y cinco de los Ingleses Unidos. Véase también «Lists of Suspects» en P.C.A. 158.

⁹⁰ Wallas. *op. cit.*, p. 25.

⁹¹ John Binns, *op. cit.*, pp. 63-64; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour through Rochester, Chatham, Maidstone, Gravesend...*, 1796, pp. 27, 81; Wallas, *op. cit.*, pp. 27-28.

Luego, Jones y Binns fueron a Birmingham como representantes, allí les detuvieron mientras intervenían en un mitin, el 11 de marzo de 1796. Los juzgaron por separado, Jones fue encarcelado en 1797, pero Binns consiguió la absolución. (El doctor Samuel Parr, el viejo maestro de Gerrald, contribuyó materialmente al veredicto, sentándose directamente frente al jurado durante todo el juicio, frunciendo feroz e incrédulamente el ceño durante las pruebas de la acusación, y asintiendo benignamente a cada uno de los puntos que señalaba la defensa.) Mientras tanto, Thelwall, después de continuar sus conferencias bajo el disfraz de «Historia de Roma», se quedó sin salas de conferencias y fue obligado a cerrar la publicación de *The Tribune*. Recorrió East Anglia pronunciando una serie de 22 conferencias en Norwich; pero en Yarmouth él y su público fueron brutalmente agredidos por 90 marineros armados con chafarotes y cachiporras, a quienes se había enviado, desde una fragata atracada en el puerto, con este propósito. La Sociedad de Londres, con sus líderes ausentes o detenidos, y con una correspondencia sólo superficial con las provincias, se volvió contra sí misma y entró en una fase de disensiones y desintegración.⁹²

La disensión no dejó de ser creativa. Surgió, en parte, de temas religiosos, o antirreligiosos. Esos hombres se habían opuesto al Estado; ahora, muchos de ellos ansiaban oponer sus mentes a la religión del Estado. Place intervino en la publicación de una edición barata de *La edad de la razón*. El apoyo que una mayoría del comité de la sociedad dio a este proyecto motivó secesiones por parte de las personas religiosas.⁹³ Un jacobino «renegado». William Hamilton Reid, publicó un relato de la sociedad durante estos años, que lleva la marca de la autenticidad. Recomendar a los hombres como «un buen Demócrata y Deísta» o «no es Cristiano» se convirtió en algo normal, al escoger a los delegados de las secciones para el comité general. Los clubs y los grupos de lectura, perseguidos de taberna en taberna, tenían una existencia fugitiva. Se creó una sociedad de debate en el Dragón Verde en Cripplegate, en 1795, y se mudó sucesivamente a Finsbury Square, Fetter Lañe, la Divisa del Explorador en Little Britain, de allí a dos tabernas de Moorfields, y por fin, en 1798, a Hoxton «más allá de los límites de los agentes de policía de la ciudad»; hasta el último día las reuniones estuvieron abarrotadas. Una empresa más ambiciosa fue la inauguración de un Templo de la Razón en la primavera de 1796, en la sala de subastas de Nichol, en Whitecross Street. Sus miembros aprovisionaron y construyeron una biblioteca. No prosperó, pero preparó el terreno en el que, una generación más tarde, arraigarían los owenitas.⁹⁴

⁹² Binns, *op. cit.*, *passim*; Thelwall, *Narrative of the late Atrocious Proceedings at Yarmouth*, 1796; C. Cestre, *John Thelwall*, 1906, pp. 127-129.

⁹³ James Powell, otro espía que consiguió ser elegido para el Comité General (y, de vez en cuando, a la ejecutiva) en 1795-1796, informó de que en septiembre de 1795 «se leyó una carta de un numeroso grupo de metodistas, que pertenecían a la Sociedad, pidiendo la expulsión de los Ateos & Deístas de la Sociedad». Cuando esta resolución fue rechazada, se separaron para formar «Los Amigos de la Libertad Religiosa & Civil». Powell creía que les seguirían seis secciones enteras y varios centenares de personas individuales. P.C.A. 38.

⁹⁴ W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of this Metropolis*,

Antes de acabar la narración, podemos hacer una pausa, hacer inventario de las sociedades, y examinar qué tipo de grupos eran. Podemos tomar como ejemplos las sociedades de Sheffield y Londres, puesto que eran las más fuertes y se conocen muchas cosas acerca de ellas.

La Sociedad de Sheffield se creó, al igual que la SCL, a partir de una reunión de «cinco o seis trabajadores manuales ... para hablar del altísimo precio de las subsistencias». Creció con tal rapidez que hacia enero de 1792 comprendía ocho sociedades «que se reunían cada una en un local diferente, todas la misma tarde». «No se admite a nadie sin carnet ... y se mantiene un perfecto buen orden continuamente.» Las sociedades se reunían cada 15 días, la reunión general, «a la que asistían algunos cientos», lo hacía mensualmente. Había 1.400 suscriptores (a *6d.*) para la edición de un folleto de la primera parte de *Los derechos del hombre*, que se «leía con avidez en muchos de los talleres de Sheffield». En marzo de 1792, después de 4 meses de existencia, la sociedad declaró cerca de 2.000 afiliados. En mayo se adoptó un nuevo sistema de organización:

a saber, dividiéndolos en pequeños grupos o reuniones de diez personas cada una, y que esos diez escojan a un representante: Diez de esos delegados constituyen otra reunión, y así sucesivamente ... hasta que, al fin, queden reducidos a un número apropiado para constituir el Comité o Gran Consejo.

150

Esas secciones se describían, a la manera sajona, como *tythings*. Desde el principio, la *gentry* local se alarmó ante una sociedad que estaba compuesta por «personas del orden más bajo», pero las informaciones de personas independientes, con buena disposición hacia una reforma moderada, ponían el acento, en esos primeros meses, en el comportamiento juicioso y ordenado de sus miembros. Un corresponsal trataba de tranquilizar a Wyvill, en mayo de 1792, diciéndole que estaba compuesta de «personas de buen carácter ... hombres de inteligencia sólida, con la mente abierta a la información». Había unos pocos cuáqueros (aunque no reconocidos por el grupo) y «varios metodistas»:

Una de las Reuniones, en la que accidentalmente se produjo la presencia de una persona, se desarrollaba con orden y regularidad, empezó con la lectura de actas por parte del Presidente ... y más adelante varios miembros, uno detrás de otro, leyeron pasajes seleccionados ... para la instrucción de la Reunión, todos ellos en favor de la Libertad y las Reformas pacíficas ...⁹⁵

De todas las sociedades, Sheffield era, en los años 1792-1794, la más puntual y cuidadosa con la correspondencia. (Como era técnicamente ilegal formar una sociedad

1800, pp. 5, 9-12, 22-23.

⁹⁵ Fitzwilliam Papers (Sheffield Reference Library), F. 44 (a); Wyvill, *Political Papers*, V, pp. 43-50; H. McLachlan, *Letters of Theophilus Lindsay*, 1920, p. 132; *A Complete Refutation of the Malevolent Charges Exhibited against the Friends of Reform in and about Sheffield*, Sheffield, 1793; *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 85, 116, 119; W. A. L. Seaman, «Reform Politics at Sheffield», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, Vil, pp. 215 y siguientes.

nacional, la correspondencia —junto con la admisión formal, a la afiliación honoraria, de miembros de unas sociedades a otras— fue el medio gracias al cual se mantuvo la asociación nacional.) Aunque, como hemos visto, sus miembros tenían una marcada preferencia hacia el talento teatral en el estrado —M. C. Brown y Henry Yorke— sus propios dirigentes eran todos oficiales o artesanos de las industrias de Sheffield. Sheffield era una ciudad de pequeños menestrales y de artesanos altamente cualificados y relativamente bien pagados; y (como se lamentaba el lugarteniente del general ayudante) «sin poder civil». En 1792, los dos magistrados vivían fuera de la ciudad, uno a una distancia de 14 millas del otro «que había hecho algunos esfuerzos durante los motines del año anterior, en relación con algunos cercados, vio parte de su propiedad quemada por el populacho, y desde entonces ha estado muy poco por la zona».⁹⁶ Así pues, era un centro ideal para la agitación jacobina, con poca influencia aristocrática, muchos obreros cualificados e instruidos, y una tradición de independencia democrática. Entre los pocos profesionales, había varios con buena disposición; entre los primeros miembros se encontraba un «médico cuáquero», y dos pastores disidentes que aportaron pruebas para la defensa, en el juicio de Yorke; mientras que algunos acomodados maestros cuchilleros eran reformadores. Aunque destacaban en cuanto a organización, los cuchilleros de Sheffield no parecen haber encontrado ningún orador notable entre sus propias filas. Pero los testimonios que provenían de su comité, en los juicios de Hardy y Yorke, son impresionantes por su solidaridad y su negativa a ser intimidados o burlados en los interrogatorios. Un testigo del juicio de Hardy definía cuál era el objetivo de la sociedad:

151

Ilustrar al pueblo, mostrar al pueblo la razón, el fundamento de todos sus sufrimientos; cuando un hombre trabaja duramente treinta o cuarenta horas a) día, durante toda la semana, y no puede mantener a su familia; eso es lo que yo entiendo, mostrar al pueblo el fundamento de eso; por qué no pueden hacerlo.

«No he venido a repasar la lección, sino a decir la verdad», protestó otro cuando le preguntaron durante el juicio de Yorke. Es posible que algunos de ellos pensaran en la rebelión armada, durante la depresión (y la represión) de 1793-1794. Eran verdaderamente intransigentes en su oposición a la guerra, y fueron los primeros en acudir a dar apoyo a Palmer y Muir.

Sheffield tenía una ventaja excepcional, un editor y director de periódico competente, Joseph Gales, quien tenía un periódico semanal, el *Sheffield Register*, que daba apoyo a la sociedad. (También se publicó durante un tiempo en Sheffield un diario más intelectual *The Patriot*.) Fundado en 1787, alcanzó la elevada circulación, para aquella época, de 2.000 ejemplares semanales en 1794. El espíritu «democrático» del momento afectaba tanto a la política como a las costumbres: los «demócratas» reformaron la indumentaria, en vez de cabalgar paseaban a pie por el campo, abolieron todos los títulos formales, incluyendo los de «señor» o «*esquire*», y —si eran

⁹⁶ Aspinall, *op. cit.*, pp. 4-5.

jacobinos— llevaban el pelo corto. Del mismo modo, los periódicos democráticos de las provincias —el *Sheffield Register*, el *Manchester Herald*, el *Cambridge Intelligencer* (editado por Benjamín Flower, un reformador unitarista) y el *Leicester Herald*— establecieron nuevos modelos en el periodismo provincial, abandonando el recorta y pega que se hacía copiando la prensa de Londres, y presentando artículos de fondo originales. La actitud, de la que Gales fue pionero, se expresaba también en el primer número del *Manchester Herald* (31 de marzo de 1792): «Dejaremos poco espacio a los artículos que tengan como fin el *buen tono*; para las informaciones sobre los Vestidos de la Corte o las Intrigas Cortesanas; de Partidas de Caza, Guateques o Tertulias, que sólo interesan a las Mariposas de la Sociedad ... ».

152

El periódico de Gales, su librería y su imprenta de folletos eran una parte integrante del movimiento de Sheffield.⁹⁷

La sociedad de Sheffield se basó desde sus comienzos en «la clase inferior de Fabricantes & Obreros» de la industria cuchillera.⁹⁸ (Aunque se menciona la propaganda en los pueblos de los alrededores, en ningún puesto de cualquier tipo de comité figura minero o trabajador rural alguno.) La afiliación de la sociedad de Londres era, por supuesto, mucho más diversificada. Sus miembros provenían de muchas otras sociedades, de la tradición del Coachmakcr's Hall y de la «Sociedad para el Debate Libre» (en la que Thclwall hizo su aprendizaje) o de las sociedades posteriores de «descreídos» que describe Reid. La SCL era, con mucho, la más fuerte de todas, pero muchos grupos siguieron estando siempre en su periferia.

La sociedad estaba organizada en «secciones», cada una de las cuales debía tener unos 30 miembros, y debía formar una nueva cuando alcanzaba de los 45 a los 60. Al Comité General, que era semanal, asistía un delegado de cada sección (a la vez que un subdelegado que no podía votar); las secciones podían destituir a su delegado y tenían el derecho a ser consultadas acerca de las cuestiones de principio. Los cuidados libros de actas revelan un vivo intercambio entre el comité y las secciones, de modo que continuamente surgían propuestas de parte de los afiliados, que vigilaban celosamente los poderes del comité. Por otra parte, el miedo a los espías, después de 1794, llevó a que se delegasen poderes considerables a una ejecutiva, o comité de correspondencia del Comité General, que se componía de unas cinco personas.⁹⁹

Es sumamente difícil ofrecer una estimación precisa de la afiliación de la sociedad. El punto más alto se alcanzó en otoño de 1792, la primavera de 1794 y (probablemente el más alto de todos) los últimos 6 meses de 1795. La propia sociedad

⁹⁷ Véase Donajd Read, *Press and People*, 1861, pp. 69-73; también F. Knight, *op. cit.*, p. 72, y J. Taylor, «The Sheffield Constitutional Society», *Trans. HunterArch. Soc.*, V, 1939.

⁹⁸ Fitzwilliam Papers, F. 44 (a).

⁹⁹ Para una información más completa véase H. Collins, *op. cit.*, p. 110, y para una investigación minuciosa sobre los procedimientos, véase la tesis de doctor Seaman, que no está publicada. Las normas cambiaron en varias ocasiones, la descripción que se ha hecho se basa ampliamente en las impresiones que se han obtenido a partir de los libros de actas de los primeros dos o tres años.

hizo declaraciones abultadas, a veces muchísimos miles, mientras que los historiadores han hecho estimaciones que parecen, con mucho, demasiado modestas. (A menudo se indica que la afiliación nunca sobrepasó la cifra de 2.000, la cual, existen buenas razones para suponerlo, fue sobrepasada tanto en Sheffield como en Norwich.) El hecho de que dos miembros dirigentes del comité de 1795-1796 se contradigan totalmente en sus recuerdos no facilita la situación. Francis Place, que fue presidente coyuntural del Comité General, decía que en el verano de 1795 había 70 secciones y 2.000 afiliados que realmente *se reuniesen* semanalmente. John Binns entra en más detalles. Los ingresos de la sociedad (en su relato) fueron durante un tiempo superiores a 50 libras por semana; a 1*d.* por semana, esto hubiese requerido «la asistencia regular de 12.000 miembros». Puesto que muchos miembros raramente cotizaban, o sólo asistían ocasionalmente, Binns sugiere un *promedio* global de miembros que asistían, de 18.000 a 20.000, «la gran mayoría ... tenderos, artesanos, trabajadores manuales y obreros». Cuando fue presidente coyuntural del Comité General (en 1795-1796) el promedio de asistencia de delegados y subdelegados de secciones, a la sala de conferencias de Thelwall, en Beaufort's Buildings, era de 160 a 180.

153

Ambos relatos se escribieron algunas décadas después de los acontecimientos. La descripción de Place es más fiable, pero está sesgada por un deseo de debilitar el papel de los «agitadores» en la sociedad. El sesgo de Binns va en la dirección de dar un color romántico a su juventud jacobina. Uno de los problemas es estimar el número de miembros de cada sección. La norma de que las secciones debían subdividirse cuando llegaran a tener 45 miembros no se siguió durante los primeros años. Los registros que quedan de algunas secciones, de los años 1792-1794, muestran extremos que van desde 17 miembros a 170, mientras que Hardy, en sus moderadas y reservadas respuestas ante el Consejo Privado (1794), declaraba que su propia sección tenía 600 miembros. Pero sólo 50 o 60 de esos miembros *se reunían* realmente cada semana; proporción de falta de asistencia de los afiliados que no es extraña en un movimiento popular. Margarot declaró en la Convención británica (diciembre de 1793) que la sociedad tenía de 12.000 a 13.000 miembros: exageración casi segura. En mayo de 1794, un espía bien informado (probablemente el «ciudadano Groves») informó: «Ellos mismos dicen que suman más de 18.000 ... pero eso parece completamente increíble». En esta época (informaba) los ingresos de la sociedad, que eran de 280 libras por barrio, supondrían (a 13*d.* por cada miembro de cada barrio) una afiliación solvente de 5.500. En otoño de 1795, otro espía (Powell) informó con regularidad acerca de las relaciones semanales de nuevos miembros y asistencia de los mismos a las reuniones de las secciones. Éstas muestran que aunque la estimación de Place, de algo menos de 2.000 asistentes semanales regulares, es correcta, este número debe haber aparecido varias veces en los libros de la sociedad. A finales de 1795 (informó Powell) «se ha hecho un Estado General de la Sociedad a partir de los Libros de las Secciones, parece que efectivamente hay más de 10.000 registrados». Pero Powell

consideraba que éste era un «recuento falso» porque incluía a muchos que habían dejado de asistir después de 1794, así como «muchos que inscriben sus nombres, pagan los 13*d.* y nunca más vuelven a ir a la Sociedad». De este modo, Place y Binns se sitúan más cerca el uno del otro. Pitt podía ser muchas cosas, pero no era un tonto; difícilmente hubiera sancionado impopulares procesos por traición y las Dos Leyes por miedo a un grupo que nunca hubiese tenido más de 2.000 miembros. Lo que parece creíble, para principios de 1794 y finales de 1795, es una afiliación activa de, al menos, aquel número, una afiliación solvente de 5.000 y un registro de afiliación de más de 10.000.¹⁰⁰

154

Los asuntos y las finanzas de la sociedad se llevaban con gran puntualidad y una rigurosa atención al principio democrático. En la crucial reunión de octubre, en la que se nombró a Margarot y a Gerrald para asistir a la Convención Británica (1793), se rechazó a un delegado que se ofreció a asistir voluntariamente *sin recompensa* (es decir, a su costa), con el argumento de que esto era «contrario a los principios de nuestra sociedad». Eso —en un momento en que la sociedad estaba escasa de fondos— se hizo para subrayar el principio de pago por los servicios prestados, para impedir el control de sus asuntos, por parte de hombres que tenían medios y tiempo libre. Por otra parte, recordaba Binns, «mientras fui su representante, y viajaba por sus asuntos, pagaron mis gastos con liberalidad».¹⁰¹

Las descripciones del trabajo de las secciones son variadas. Place, que estaba muy interesado en exponer un sólido certificado constitucional, puso el mayor acento en las actividades educativas: su SCL no era en absoluto la de Pitt, era una precoz Asociación Educativa de los Trabajadores. Su sección se reunía en una casa privada: «Me reunía con gran número de hombres observadores, inteligentes y honrados ... Teníamos un libro de cuotas ... Hacíamos las reuniones los Domingos por la tarde ... lecturas, conversaciones y discusiones.»

El modo de proceder habitual en esas reuniones era éste. El presidente (cada hombre era presidente de forma rotativa) leía un fragmento de algún libro ... y acto seguido se invitaba a las personas presentes a hacer comentarios, tantos como quisieran, pero sin levantarse. Luego se leía otro fragmento y se hacía una segunda invitación en la que se esperaba que dijeran algo los que todavía no habían intervenido. Luego había una discusión general.

155

«Los efectos morales de la Sociedad eran verdaderamente muy grandes. Inducía a los hombres a leer libros en lugar de pasar el tiempo en las tabernas. Les enseñaba a pensar, a respetarse a sí mismos y a desear educar a sus hijos. Les elevaba en su propia

¹⁰⁰ Los registros de las secciones y los informes de Powell se encuentran en P.C.A. 38; «Examinations before the Privy Council», T. S. 11.3509; Grove en T. S. 11.3510 (A); el relato de Place, Add. MSS 27808; Binns, *Recollections*, pp. 45-46; un miembro, *Account of the British Convention*, p. 40; *Correspondence of the LCS, 1795*, pp. 29, 35. Entre junio y noviembre de 1795, ingresaron 2.600 miembros.

¹⁰¹ Actas de la SCL, Add. MSS. 27812; Binns, *op. cit.*, p. 36.

opinión.»¹⁰²

Todo esto está muy bien, es un espléndido relato de los primeros estadios de la autodidaxia de una clase; y, conteniendo una parte importante de verdad, sólo es parcialmente cierto. Pero no podemos dejar de tener presente que Place también posaba con James Mili para que le hiciese su retrato, como el Tío Tom del hombre blanco. Los informes contemporáneos de algunos espías tienen un toque de animación que a Place se le ha pasado por alto. «Casi todo el mundo habla —decía un mozo de cuerda de Londres— y siempre hay un gran ruido, hasta que se levanta el delegado. La gente es muy escandalosa y no atenderá, entonces se levanta el delegado e intenta suavizarles.» Además, sabemos que las secciones no *siempre* se reunían los domingos en casas particulares: muchas secciones, de los distritos más pobres, eran hostigadas de taberna en taberna. Y la descripción de W. H. Reid de las reuniones del club, a finales de la década de 1790 —con «canciones en las que el clero era el objeto permanente de las injurias», «pipas y tabaco», «las mesas cubiertas de publicaciones de un penique, dos peniques y tres peniques»—, parece tan creíble como (y no incompatible con) la descripción de Place.¹⁰³

Con respecto a la composición social de la sociedad no puede haber duda. Era, por encima de todo, una sociedad de artesanos. Los registros de las secciones que nos han quedado muestran tejedores de seda, relojeros, cordobaneros, ebanistas, carpinteros sastres. El registro de una sección de 98 miembros presenta 9 relojeros, 8 tejedores, 8 sastres, 6 ebanistas, 5 zapateros, 4 cordobaneros, 3 carpinteros, tintoreros y peluqueros, 2 comerciantes, pasamaneros, carniceros, calceteros, tallistas, albañiles, cortadores, pantaloneros, constructores de cujas, cocedores de porcelana, y un papelerero, sombrerero, panadero, tapicero, cerrajero, trabajador del alambre, músico, cirujano, fundidor, vidriero, hojalatero, charolista, librero, grabador, mercero, almacenista y trabajador, y los demás que no están clasificados.¹⁰⁴ Si bien varios de los propagandistas más activos de la sociedad, como Gale Jones y Thelwall, eran médicos y periodistas, la mayor parte de los hombres que pertenecían al comité eran artesanos u hombres de oficio: Ashley era zapatero, Baxter, oficial de platero, Binns, fontanero, John Bone, librero en Holborn, Alexander Galloway, un constructor matemático de máquinas (para convertirse más tarde en el principal empresario de ingeniería de Londres), Thomas Evans, pintor de estampados y (más tarde) constructor de abrazaderas patentadas, Richard Hodgson, maestro sombrerero, John Lovett, peluquero, Luffman, orfebre, Oxlade, maestro encuadernador, mientras otros pueden identificarse como zapateros, panaderos, torneros, libreros y sastres. En junio de 1794, el «ciudadano Groves» les dio a sus patronos un informe revelador de la

¹⁰² Add. MSS. 27808; G. Wallas, *op. cit.*, p. 22; R. Birley, *The English Jacobins*. 1924, Apéndice n, p. 5.

¹⁰³ P. A. Brown, *op. cit.*, p. 73; Reid, *op. cit.*, p. 8. El relato de Place puede describir

a los artesanos y los hombres de oficio de) centro de Londres, el otro relato las secciones del este y el sur.

¹⁰⁴ P.C.A. 38.

composición social de la sociedad:

156

Hay algunos con el aspecto decente de los hombres de oficio que poseen facultades notables, pero no cultivadas, y aunque son audaces, sin embargo, son prudentes. Los delegados que responden a esa descripción son pocos. Hay otros que por su apariencia pertenecen a un orden inferior, sin duda son oficiales, que aunque parecen no tener talento y no decir nada, se muestran resueltos ... y siempre votan a favor de todas las mociones que llevan consigo algo de osadía. El último grupo ... que es el más numeroso, se compone del orden más bajo de la sociedad; pocos son los que alguna vez tienen un aspecto decente, algunos de ellos van sucios y andrajosos, y otros tienen un aspecto de pillos tan lamentable, que se requiere cierto dominio sobre ese innato orgullo que todo hombre bien educado debe poseer, incluso para sentarse en su compañía; y he visto, en una *Oyer & Terminer** que tuvo lugar en la Old Bailey, cómo se dejaba en libertad, mediante un anuncio público al final de la Sesión, a tipos mucho más decentes, por falta de acusación. Estos tienen un aspecto muy violento y parecen dispuestos a aprobar cualquier cosa que tienda a la Confusión & a la Anarquía.¹⁰⁵

* Comisión autorizada para oír y decidir en las acusaciones de traición y felonía. (*N. de la t.*)

Estos jacobinos ingleses eran más numerosos, y se parecían con mayor exactitud al *menú peuple* que hizo la Revolución francesa de lo que se ha reconocido. Verdaderamente, se parecen menos a los jacobinos que a los *sans-culottes* de las «secciones» de París, cuyo apasionado igualitarismo sostuvo la guerra revolucionaria de la dictadura de Robespierre, de 1793-1794.¹⁰⁶ Sin embargo, sus baluartes no se encontraban en las nuevas ciudades fabriles, sino entre los artesanos urbanos con una tradición intelectual más larga: en la vieja ciudad industrial de Norwich, que todavía no había perdido su supremacía en la industria del estambre ante el West Riding; en Spitalfields, donde la industria sedera, con sus aprendices famosos por su turbulencia, estaba sufriendo la competencia de los algodones del Lancashire; y en Sheffield, donde muchos oficiales cuchilleros estaban a medio camino de ser pequeños menestrales. Exactamente igual que en París, en el Año II, se destacaban los zapateros. Estos artesanos llevaron las doctrinas de Paine hasta el extremo: democracia absoluta, oposición completa a la monarquía y a la aristocracia, al Estado y a los impuestos. En las épocas de entusiasmo, eran el centro invariable de un movimiento que obtenía su apoyo de miles de pequeños tenderos, de impresores y libreros, médicos, maestros, grabadores, pequeños menestrales y clérigos disidentes, en un extremo; y de mozos, cargadores de carbón, obreros, soldados y marineros, en el otro.

157

El movimiento sólo produjo dos teóricos importantes, y ellos revelan las tensiones que había en su seno. John Thelwall, hijo de un mercero de seda, fue el más importante; tenía un pie en el mundo de Wordsworth y de Coleridge y el otro en el mundo de los tejedores de Spitalfields. Después del declinar del movimiento, se hizo

¹⁰⁵ T.S. 11.3510 A (3).

¹⁰⁶ Cf. A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an 11*, París, 1958, Libro II, y la valiosa discusión de las bases sociales de los *sectionnaires* en R. Cobb, «The People in the French Revolution», *Past and Present*, XV (abril 1959).

habitual el despreciar al «pobre Thelwall»; a principios del siglo XIX, era una figura de lo patético: vano, obsesionado por una sensación de persecución que no era injustificada, ganándose la vida como maestro de la elocución. También tuvo la desgracia de ser un poeta mediocre, pecado que, aunque cada día se comete a nuestro alrededor, los historiadores y los críticos no pueden perdonar. Cuando De Quincey, que había sido educado «en un horror frenético al jacobinismo ... y en la adoración del nombre de Pitt», aludía a las «pobres rimbombancias vacías de hombres como Thelwall», estaba simplemente expresando la opinión corriente entre los intelectuales radicales de la siguiente generación. Esta opinión le ha perseguido hasta nuestros días.

Pero era necesario algo más que una rimbombancia vacía para seguir hacia adelante como líder destacado de los jacobinos, en el desenlace de los juicios de Gerald y Margarot; para enfrentarse a un proceso por alta traición; y para seguir (como no hicieron Tooke y Hardy) hasta —y más allá— de la época de las Dos Leyes. Para hacerlo, quizá era necesario poseer algo del temperamento de un actor; el defecto de los jacobinos ingleses fue la teatralidad, y de vez en cuando aparecen ridículos en su exageración. Pero aquella era una época de retórica, y la retórica de un *parvenu* forzosamente tiene que ser menos sosegada que la de un Burke. Y las expresiones floridas de las Tribunas de la Libertad (que realmente eran tribunas de auténtica libertad) seguro pueden ser perdonadas, si servían para darles ánimo. Además, en la prensa políticamente comprometida, entre 1793 y 1795, Thelwall era a la vez valiente y sensato.

158

Durante el año 1793, libró una batalla pública con las autoridades de Londres para conseguir el derecho a dar conferencias y a hacer debates: después de ser llevado de sala en sala, finalmente consiguió (con la ayuda de un comité de valedores) los locales de Beaufort Buildings que eran utilizados como centro para dar sus conferencias y para las actividades generales de la sociedad en los años 1794 y 1795.¹⁰⁷ Cuando detuvieron a Hardy, reanimó inmediatamente la sociedad. Cuando asistían espías a sus conferencias, volvía las tornas conferenciando sobre el sistema de espionaje; cuando se hacía algún intento de provocar un tumulto, conseguía que el público saliese de la sala con tranquilidad. Modificaba los acuerdos inmoderados y estaba alerta ante las provocaciones. Tenía un gran dominio sobre las multitudes, y se cuenta que cuando en la manifestación final contra las Dos Leyes se empezó a alzar el grito «Soldados, soldados!», convirtió la ola de pánico en una ola de solidaridad, recomendando la doctrina de fraternización con las tropas, que tenía la sociedad.

En 1795 y 1796, sus conferencias y sus escritos son mucho más profundos y consecuentes que los de cualquier otro jacobino en activo. Definió con claridad una valoración inglesa de los sucesos que transcurrían en Francia:

Lo que me satisface de la Revolución francesa es lo siguiente: que se ha defendido y propagado como un principio de esa Revolución el que los viejos abusos no se han

¹⁰⁷ Véase C. Cestre, *op. cit.*, pp. 74 y siguientes.

convertido en virtudes gracias a su antigüedad ... que el hombre tiene unos derechos que ninguna ley o costumbre puede alienar ... que el pensamiento debería ser libre ... que los seres con intelecto tienen el derecho a usar sus intelectos... que un orden de la sociedad, aunque durante muchos años haya sido culpable de saqueo, no tiene derecho a robar y a oprimir a las demás partes de la comunidad. Estos son los principios que admiro y que me llevan, pese a todos sus excesos, a alegrarme de la Revolución francesa.

Durante el Terror de Robespierre se alzó para declarar que «los excesos y las violencias de Francia no habían sido el resultado de las nuevas doctrinas de la Revolución, sino de los viejos acicates de venganza, corrupción y recelo a que daban lugar las crueldades sistemáticas del viejo despotismo». Su apoyo no lo identificaba ni con los ineficaces girondinos ni con la Montaña, y criticaba «la imbecilidad del partido filosófico y la ferocidad del enérgico partido». Pero a la muerte de Robespierre pronunció de inmediato una conferencia «sobre una semejanza de los caracteres de Pitt y Robespierre»:

159

Robespierre oprimió injustamente a los ricos, de modo que pudo basar su popularidad entre los pobres. *Pitt* ha desatendido y, con sus guerras e impuestos consiguientes, ha oprimido a los pobres, para asegurar su popularidad entre los ricos. ... *Robespierre* estableció una Constitución libre, y tiranizó oponiéndose directamente a ella. *Pitt* elogia otra Constitución *libre*, y pisotea todas sus disposiciones.¹⁰⁸

También esto requería valentía.

Sus conferencias, pronunciadas dos veces por semana, que se publicaron en *The Tribune*, combinan la educación política con el comentario de los hechos, de una forma que nos hace pensar en Cobbett. Manifestaba un generoso espíritu de internacionalismo al encrespar a su público con la descripción de la represión contra la lucha de Polonia en favor de la independencia nacional, bajo Kosciuszko. Su radicalismo, en general, quedaba reducido al área que Paine había definido; pero ponía el acento, mucho más que Paine, en las cuestiones sociales y económicas. Se hacía eco de la demanda del artesano de ganarse la vida de manera independiente, mediante un trabajo moderado; denunciaba la legislación que penalizaba a «los pobres oficiales que se asocian ... mientras los ricos industriales, los contratistas, los monopolistas ... se pueden asociar a su gusto».¹⁰⁹ Rechazaba las ideas «igualadoras» y criticaba, como «especulativos» y remotos, los proyectos de nacionalización de la tierra o de pantisocracia. Defendía al industrial independiente que podía hacerse a sí mismo «con el sudor de su frente». Pero «la producción era una burla, si no iba acompañada de una distribución justa. ... Si la propiedad estuviese bien distribuida, sería suficiente poca cantidad de trabajo para cubrir las necesidades y las comodidades». Los enemigos de la distribución justa eran «el monopolio de la tierra» y los cercados, y la «acumulación de capital». Amplió *Los derechos del hombre* a *The Rights of Nature*:

¹⁰⁸ *Tribune* (25 de abril, 23 de mayo de 1795); C. Cestre. *op. cit.*, p. 173.

¹⁰⁹ Aunque las *Combinarian Acts* no se aprobaron hasta 1799, éstas sólo reforzaron la legislación *existente* contra las *trade unions*.

Afirmo que *todo* hombre, y *toda* mujer, y *todo* niño, debería obtener, en la distribución general de los frutos del trabajo, algo más que comida y harapos, y una miserable hamaca con una pobre manta para cubrirla; y eso, sin tener que trabajar doce o catorce horas al día ... desde los seis años hasta los sesenta. Tienen derecho, un derecho sagrado e inviolable ... a alguna comodidad y disfrute ... a algún tiempo libre aceptable para tales discusiones, y a algunos medios o a una información que les permita llegar a una comprensión de sus *derechos* ...

160

Estos «derechos» incluían «un derecho a la parte del producto ... proporcional a los beneficios del patrón», y el derecho a la educación a través del cual los hijos de los obreros pudiesen acceder a la «posición social más elevada». Y, entre multitud de otras ideas y propuestas, que formaban parte de la corriente política de la clase obrera del siglo XIX (puesto que *The Tribune* y *The Rights of Nature* todavía se encontraban en la biblioteca de los radicales del siglo XIX), Thelwall intentó trazar la ascendencia de la jornada laboral de 8 horas como la «norma» tradicional del trabajador.

Podemos afirmar que Thelwall ofreció una ideología coherente al artesano. Su revisión más detenida de *The Rights of Nature* radicó en el análisis del «Origen y Distribución de la Propiedad» y el «Sistema Feudal». Aunque, como Paine, se detuvo antes de llegar a la crítica de la acumulación privada de capital *per se*, pretendió limitar la actuación del «monopolio» y la explotación «comercial», intentando pintar una sociedad ideal de pequeños propietarios de tierra, pequeños comerciantes y artesanos, y de trabajadores cuyas condiciones y horas de trabajo, salud y vejez estuviesen protegidas.¹¹⁰

Thelwall llevó el jacobinismo a las orillas del socialismo, también lo llevó a las orillas de lo revolucionario. Ahí el dilema no estaba en su mente, sino en su situación: fue el dilema de todos los reformadores radicales hasta la época del carlismo y más allá. ¿Cómo iban a llevar a cabo sus objetivos aquellos que no tenían representación, si además sus organizaciones se enfrentaban a la persecución y a la represión? Cómo lo denominaban los carlistas, ¿fuerza «moral» o «física»? Thelwall rechazaba la política de gradualismo educativo de Place, como el auxiliar de las clases medias. Aceptaba una agitación ilimitada, pero rechazaba el procedimiento extremo de la organización revolucionaria clandestina. Esta situación difícil era la que le iba a enfrentar (a él y a reformadores posteriores) a la elección entre la retórica provocativa y la capitulación. Este dilema se iba a repetir, una y otra vez, entre 1792 y 1848. El jacobino o el carlista, que insinuaban la amenaza de los números abrumadores, pero que refrenaban la preparación revolucionaria real, siempre estaban expuestos, en cualquier momento crítico, tanto a la pérdida de la confianza por parte de sus propios seguidores como al ridículo por parte de sus oponentes.

161

Está claro que algunos miembros de la SCL estaban preparados para ir más allá.

¹¹⁰ *Tribune*. 3 volúmenes, *passim*: Cestre, *op. cit.*, pp. 175 y siguientes; J. Thelwall, *The Rights of Nature*. 1796. Cartas I y II.

No hace falta decir que una gran parte de la información acerca de los grupos implicados en la acción ilegal quedará siempre en la oscuridad, pues ellos mismos se cuidaron de comprometerse poco en el papel. Pero los revolucionarios de la SCL se encuentran, de alguna manera, continuamente conectados con el nombre de Thomas Spence. Spence, un pobre maestro de Newcastle (donde había desarrollado sus teorías de nacionalización de la tierra en fecha tan temprana como 1775), fue a Londres en diciembre de 1792. Le detuvieron por lo menos una vez por vender *Los derechos del hombre*, pero fue absuelto. Publicó y vendió folletos, primero en una tienda de Chancery Lane, luego en el número 8 de Little Turnstile, más tarde en el número 9 de Oxford Street y por fin en un carretón de mano en el que también vendía *saloop* (infusión de saсаfrás). Según recuerdo de Place, «no medía más de metro y medio, era muy honrado, sencillo, resuelto, amaba a la humanidad y creía firmemente que llegaría un tiempo en que los hombres serían virtuosos, sabios y felices. Tenía una falta de sentido práctico para con las cosas mundanas que es difícil de imaginar». Durante toda la década de 1790, fue una fuente de octavillas, escritos en las paredes, hojas impresas y un periódico, *Pig's Meat* (1793-1796). Entre mayo y diciembre de 1794, estuvo encarcelado bajo la suspensión del hábeas Corpus. Entre 1795 y 1797 complementó sus ventas de folletos tratando también con las monedas de recuerdo de los jacobinos. Fue encarcelado de nuevo en 1801. Cuando le dejaron en libertad, la sociedad de Spence continuó siendo un centro de agitación hasta, y más allá de, su muerte en 1814.

Es fácil que se vea a Spence, con sus periféricas panaceas y su alfabeto fonético (en el que publicó un relato de su propio proceso de 1801) como poco más que un chiflado. Pero existen algunas pruebas incompletas, que se presentaron al juicio por alta traición de 1794, acerca de armas y entrenamientos militares conectados con su tienda; mientras que en las últimas etapas de la SCL algunos de los miembros dirigentes, incluyendo a Thomas Evans y Alexander Galloway, eran indudables spenceanos. Spence adoptó los argumentos de Paine contra la aristocracia hereditaria y los condujo a su conclusión: «debemos destruir, no sólo el señorío personal y hereditario, sino su causa, que es la Propiedad Privada de la Tierra»:

Estando adecuadamente preparada la opinión pública, mediante la lectura de mis pequeños tratados ... un pequeño Contingente de Parroquias sólo tienen que declarar que la tierra es suya y formar una convención de Delegados Parroquiales. Otras Parroquias vecinas ... seguirían el ejemplo, y mandarían también a sus Delegados y de este modo surgiría instantáneamente una bella y poderosa Nueva República en su plenitud. Pasando de ese modo, en un momento, el poder y los recursos de la Guerra a manos del Pueblo ... sus Tiranos se volverían débiles e inofensivos ... Y al ser privados de sus Rentas y de las Tierras que las producían, su Poder no volvería a crecer para permitirles derrocar nuestro Templo de la Libertad.

No está claro si Spence estuvo directamente implicado en la conspiración insurreccional (como algo distinto de la incitación general). Pero verdaderamente

creía en los métodos de la clandestinidad; la prensa secreta, el pasquín anónimo, el pavimento de carboncillo, el club de la taberna, quizá el motín de subsistencia. En su juicio se describía a sí mismo como «el desinteresado abogado de la descendencia desheredada de Adán». Su propaganda tenía pocas probabilidades de ganar un séquito masivo en los centros urbanos, y parece que nunca alcanzó los distritos rurales. Pero uno de sus seguidores, Thomas Evans, fue el primero en dar al socialismo agrario de Spence una aplicación más general. En su *Christian Polity the Salvation of the Empire*, publicado al final de las guerras, pedía: «Toda la tierra, las aguas, las minas, las casas y toda la propiedad feudal estable, debe volver al pueblo ... y ser administrada en común, como la de la iglesia». El acento todavía está en «feudal», como opuesto a riqueza comercial o industrial. Pero la definición de clase es más clara que cualquiera de las que ofrece Paine:

Primero, establece la propiedad, los dominios nacionales, del pueblo sobre unos fundamentos equitativos y justos, y este acuerdo lo solucionará todo ... y producirá una reforma realmente radical en todas las cosas; todos los intentos de reformar sin hacer eso *no son sino otras tantas vías de acceso a la auténtica ruina ...* que no alterará las relaciones de las clases de la sociedad.

El escrito de Evans pertenece, en realidad, a los años posteriores a la guerra. Pero él fue uno de los últimos secretarios de la SCL y esto nos recuerda la importancia de los spenceanos como la única agrupación jacobina inglesa que consiguió mantener una continuidad ininterrumpida a través de las guerras. Y hay otra tradición particularmente vinculada a esa agrupación. *Los derechos de la mujer* y la causa de la liberación sexual fueron defendidos, en su mayor parte, en un pequeño grupo intelectual: Mary Wollstonecraft, Godwin, Blake (y, más tarde, Shelley). Spence fue el único de los propagandistas jacobinos que dirigió sus escritos a las propias mujeres trabajadoras. *The Rights of Infants; or, the Imprescriptable RIGHT of MOTHERS to such share of the Elements as is sufficient to enable them to suckle and bring up their Young* es el título de una crítica a *Agrarian Justice* de Paine, publicada en forma de diálogo entre una mujer y un aristócrata. Puesto que las mujeres han descubierto que sus maridos son «lamentablemente negligentes e ineptos por lo que se refiere a sus propios derechos —se hace decir a la mujer— nosotras las mujeres vamos a ocuparnos directamente de los asuntos». Y en un folleto posterior, Spence defendía el derecho del pueblo común a obtener un divorcio fácil:

163

Este tema se comprende con tal emotividad en este país, que en el caso de que hubiese una Revolución parece que las Cadenas del Himen estarían entre las primeras que se romperían, y los asuntos de la vida de la familia serían traspasados a Cupido, que aunque sea un poco caprichoso, no es un Dios tan parecido a un severo carcelero.

«¿Qué significado tienen las Reformas de Gobierno o la Enmienda de los Agravios Públicos, si el público no puede enmendar sus agravios domésticos?»¹¹¹

¹¹¹ Materiales sobre la vida de Spence que se encuentran en la Place Collection, Add. MSS. 27808; O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, 1927; A. W. Waters, *Trial of Spence in 1801, &c.*, Leamington Spa. 1917; A.

Después de las Dos Leyes, Place escribió: «Algunos pensaban que era peligroso, otros que era inútil, reunirse de nuevo ... Todo el asunto empezó a deteriorarse con rapidez ... Después de que sus miembros disminuyeran, los trabajos de la Sociedad aumentaron». Delegaciones del Comité General tuvieron que visitar secciones inactivas o indolentes: «recuerdo haber tenido que visitar, de ese modo, hasta tres secciones en una tarde, y haber tenido que arengarlas a todas por su descuido ... La correspondencia con el resto del país era también muy considerable».¹¹²

La propia sociedad se sentía rodeada de espías: si Thelwall iba a una marisquería, o a una tienda à *la mode* donde servían ternera (decía Binns), «presumiría de que la mitad de los compartimientos de la sala estaban ocupados por espías del Gobierno». «No ocurre nada —escribió un grabador amigo y colega de Blake, George Cumberland—, salvo que *Gran Bretaña* cuelga a los irlandeses, persigue a los cimarrones, alimenta la Vendée y practica el comercio de carne humana». Sólo tenía que entrar en un café y pedir el desayuno, para que «algún hombre desconocido, pero bien vestido, se sentara en el lado opuesto de mi compartimiento».¹¹³ Thelwall, después de haber sufrido el ataque de los marineros en Yarmouth, continuó su gira de conferencias. De nuevo le atacaron «marineros, sicarios armados y los torpes dragones» (y se le negó protección por parte de los magistrados) en actos públicos en Lynn, Wisbech, Derby, Stockport y Ashby-de-laZouch. Durante 15 días se convirtió en director del *Derby Courier*, pero fue obligado a dejar el empleo.

164

Al fin había llegado al límite. Los «artesanos, tenderos, pastores disidentes, profesores» que le alojaban durante su gira por East Anglia y el norte recibían intimidaciones por todos lados. En 1797, el pánico a la invasión era creciente, se formaron asociaciones armadas leales y cuerpos de voluntarios que servían tanto contra la conspiración interna como contra los franceses.¹¹⁴ Thelwall había empezado a mantener correspondencia con el joven Coleridge, en 1796, que había dirigido el *Watchman* de Bristol, y a quien le gustaba su *Rights of Nature*. «Es intrépido, elocuente y honrado... —le escribía Coleridge a un amigo en 1797— Si llegase el día de la oscuridad y la tempestad, es muy probable que la influencia de Thelwall sobre las clases bajas fuese grande». Pero en el verano de 1797, los ánimos de Thelwall

Davenport. *The Life, Writings and Principles of Thomas Spence*, 1836; T. Spence, *Pig's Meat: The Rights of Infants*, 1797, *The Restorer of Society to its Natural State*. 1801, Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 124-128; T. Evans, *Christian Polity the Salvation of the Empire*, 1816. pp. 14, 33, y *Life of Spence*, Manchester, 1821.

¹¹² Add. MSS. 27808. En verano de 1796 Place dimitió de la ejecutiva, en marzo de 1797 del Comité General, y en junio de 1797 de la sociedad. Los informes de Powell (P.C. A.38) muestran que la entrada de nuevos miembros casi se paralizó después de la aprobación de las Dos Leyes: 16 secciones dejaron de reunirse en enero de 1796, 1.094 miembros todavía se reunían con regularidad en las secciones en febrero. 826 en marzo, 626 en mayo. 459 en junio, y sólo 209 en noviembre. Place fue todavía nombrado secretario auxiliar en diciembre de 1796.

¹¹³ Binns, *op. cit.*, p. 44; D. V. Erdman, *op. cit.*, p. 272.

¹¹⁴ En febrero de 1797, los franceses realmente hicieron un pequeño desembarco cerca de Fishguard, en la costa del Pembroke shire: véase E. H. S. Jones, *The Last Invasion of Britain*, Cardiff, 1950.

estaban bajos; visitó a Coleridge en Stowey, en julio, paseó con él y con Wordsworth por el campo, y envidió su paz:

... sería agradable

Con intercambio bondadoso de ayuda mutua
Cavar nuevas pequeñas parcelas de jardín, en tanto que
Fluye la amable conversación, suspendiendo con frecuencia el brazo
Y la pala medio hincada, mientras uno expone con vehemencia
Y el otro escucha, sopesando cada palabra cargada de significado,
Y meditando la respuesta adecuada ...*

* ... it would be sweet / With kindly interchange of mutual aid / Todelve our little garden plots, the while / Sweet converse flow'd, suspending of t the arm / And half-driven spade, while, eager, one propounds / And listens one. weighing each pregnant words, / And pondering fit reply...

Era el año de la germinación de *Lyrical Ballads*, y también los poetas eran objeto de atención por parte de un espía del gobierno, que informó acerca de su emocionante conversación con el jacobino: «un pequeño hombre resuelto, con el cabello oscuro recortado y que vestía un sombrero blanco». Thelwall decidió renunciar a la vida pública:

¡Ah! dejadme, pues, lejos de las escenas de contienda
De la vida pública (donde la voz admonitoria de la Razón
Ya no se oye, y la trompeta de la Verdad
Resuena, pero incita a la pandilla de canallas del poder
Y actos del más disparatado desorden y de sangre).
¡Ah! dejadme, lejos en algún vallejuelo remoto,
Construir mi humilde refugio; podría ser muy feliz,
¡Mi Samuel! cerca del tuyo, de modo que a menudo pudiese
Disfrutar de tu amable conversación, ¡el más querido de los amigos!*

* Ah! let me then, far from the strifeful scenes / Of public life (where Reason's warning voice / Is heard no longer, and the trump of Truth / Who blows but wakes The Ruffian Crew of Power / To deeds of maddest anarchy and blood). / Ah! let me, far in some sequester'd dell, / Build my low cot; most happy might it prove, / My Samuel! near to thine, that I might of t / Share thy sweet converse, best-belov'd of friends!

165

Pero Coleridge se estaba cansando del «triumfo de la Verdad», y preparaba la irrupción de su propia «estridente trompeta de la sedición». Su respuesta a Thelwall fue amigable, pero firme: «actualmente creo que su retiro comportaría pocas ventajas y muchos perjuicios».¹¹⁵

Mientras tanto la SCL, con Binns y Jones en espera de juicio, se negó a rendirse. En las elecciones generales de 1796, se hizo una alianza informal entre los *wigh* y los radicales en Westminster, donde Fox, en las *hustings*, declaró: «En la Historia Inglesa jamás existió uno [gobierno] más detestable ... Este Gobierno ha destruido más seres humanos en sus guerras extranjeras que Luis XIV; y ha atentado contra la vida de más hombres inocentes que Enrique VIII». Y a lo largo de los siguientes 10 años la oposición foxita fue (cosa incomprensible para los historiadores de la Namier School),

¹¹⁵ J. Thelwall, *Poems Chiefly written in Retirement*, Hereford, 1801, pp. XXX, 129; Cestre, *op. cit.*, p. 142 y siguientes; H.O. 42,41; E. Blunden (comp.), *Coleridge Snulies*. 1934.

junto con el sistema de jurado, la última defensa de las libertades inglesas. El propio Fox ganó en Westminster sin dificultad; y uno de los que Burke consideraba «asesino», Home Tooke, obtuvo cerca de 3.000 votos.¹¹⁶ En Norwich, el patricio cuáquero, Bartley Gurney, se presentó, con el apoyo de la Sociedad Patriótica, frente al ministro de la guerra, Windham. Al igual que en Westminster, había un amplio derecho a voto y consiguió una mayoría entre los ciudadanos residentes, pero fue arrollado por los votantes foráneos importados de Londres. En opinión de Thelwall, los «ciudadanos trabajadores» hubieran vencido si Gurney no hubiese sido un inútil candidato absentista, que incluso dejó de aparecer en las *hustings*. En Nottingham, el doctor Crompton, con el apoyo jacobino, obtuvo un número de votos respetable.¹¹⁷

166

El derrumbamiento llegó a finales de 1796. En otoño de aquel año la sociedad todavía tenía fuerza suficiente para publicar un importante *Moral and Political Magazine*, aunque Place advertía prudentemente que eso agotaría las finanzas, y parece que utilizó ampliamente a Thelwall para las Cuestiones intelectuales. En enero de 1797, todavía pagaban cuota 18 secciones de la sociedad, aunque en el mismo mes el secretario, John Bone (que se había vuelto a incorporar desde la Sociedad Reformadora), hizo pública una circular impresa para todos los miembros reprochándoles su falta de asistencia. En verano, la sociedad inició la larga tradición de la propaganda política en las talles, tomando el ejemplo de los predicadores disidentes y metodistas, que lo hacían al aire libre: cada domingo hablaban cerca de la City Road y en Islington, Hoxton, Hackney, Hornsey, Bethnal Green, combinando la propaganda jacobina con la defensa del deísmo y el ateísmo. También empezaron (dice Reid) una penetración sistemática en las sociedades de socorro mutuo; un progreso de gran importancia para la historia del tradeunionismo durante los años de ilegalidad. En julio de 1797, intentaron desafiar las Dos Leyes convocando un acto público en St. Paneras: asistió una multitud considerable que fue dispersada por los magistrado, y seis miembros de la tribuna (incluido Binns) fueron detenidos. Todavía continuaba la correspondencia provincial; en julio la Sociedad Patriótica de Norwich escribía: «Continuamos firmes en nuestro Puesto ... mejor preparados para conseguir un éxito Público que para abandonar ...» Pero intercambiar cartas era más difícil: se dieron cinco direcciones nuevas, de tenderos cuyo correo tenía pocas probabilidades de resultar sospechoso, y «pensamos que también deberíamos cambiar la dirección de vez en cuando, como hemos dicho antes». Después de las detenciones de julio, el spenceano Thomas Evans se convirtió en secretario; en noviembre, una reunión del Comité General hizo pública una declaración que denunciaba a las «personas vacilantes» que extienden la opinión de que las asociaciones populares son infructuosas; prometía la continuación de la SCL hasta el más remoto límite, pero sólo

¹¹⁶ C. J. Fox, 5.160, sir A. Gardner, 4.814 (elegido). John Home Tooke, 2.819 (no elegido).

¹¹⁷ Thelwall, *The Rights of Roture*, Carta I, pp. 25-29. Norwich: hon. H. Hobart, 1.622, W. Windham, 1.159 (elegido). Bartlett Gumcy, 1.076 (no elegido). Nottingham: lord Carrington, 1.211, D. P. Coke, 1.070 (elegido). Doctor Crompton, 560 (no elegido).

estaba firmada por siete personas.¹¹⁸

Pero existen algunas pruebas de que en la SCL había al menos dos sectores, en aquel momento; uno que intentaba tener una existencia casi legal (y que todavía publicaba abiertamente sus procedimientos), otro que estaba comprometido en la organización ilegal. Algunas personas —John Binns, su hermano, Benjamín, y John Bone— probablemente pertenecían a ambos. Los historiadores se han burlado de las pruebas de la actividad clandestina, y sin embargo, en las circunstancias de 1796-1801, hubiese sido más sorprendente que este fenómeno no hubiese tenido lugar. Después de todo, los obreros no eran ajenos a esas formas de actuación; había correos que transmitían regularmente los asuntos ilícitos de las *trade unions*, por entre todas las zonas de Inglaterra. Y aunque las autoridades manipulaban los papeles y los presentaban de forma selectiva y sensacionalista, no hay pruebas que indiquen que esos documentos, como los que se presentaban en el *Informe del Comité de Materia Reservada* en 1799, eran falsificaciones.

167

La «clandestinidad» jacobina nos llevaría a la colonia de ingleses emigrados en París, a la insurrección de los tejedores escoceses (Tranent, 1797), y sobre todo a las relaciones entre los jacobinos ingleses y los Irlandeses Unidos, cuya rebelión latente se convirtió en guerra abierta en 1798. Pero los mayores presagios revolucionarios para Inglaterra fueron los amotinamientos de la marina en Spithead y el Nore, en abril y mayo de 1797. No hay duda de que las detestables condiciones en cuanto a comida, paga y disciplina precipitaron los amotinamientos, pero también existen pruebas de instigación jacobina. Entre los amotinados había miembros de la Sociedad de Correspondencia; el propio Richard Parker, almirante, contra su voluntad, de la «República Flotante» del Nore, es un ejemplo del papel de los «hombres de cuota» educados, que llevaron a la flota el lenguaje de *Los derechos del hombre*, y alguna experiencia en la organización de comités. La presencia de 11.500 marineros irlandeses y 4.000 infantes de marina también irlandeses añadió otro ingrediente revolucionario. «Malditos sean mis ojos si entiendo vuestra jerga y vuestras largas Proclamas», escribió un amotinado a los «Señores Comisarios de la Junta del Almirantazgo».

pero resumiendo, dadnos lo que nos Corresponde de Inmediato y no se hable más de ello, hasta que vayamos en busca de los Canallas, los Enemigos de nuestro País. Este puede haber sido el lenguaje de la mayoría. Pero durante una crítica semana, cuando el Támesis estuvo bloqueado, entre los amotinados se hablaba de llevarse la flota a Francia (hacia donde, por cierto, zarparon varios barcos desesperados). Lo que es notable acerca de la conducta de los marineros no es ni su «lealtad fundamental» ni su jacobinismo, sino la «naturaleza irracional y estrafalaria» de sus cambios de actitud. Contra esa naturaleza volátil, advertía Richard Parker a sus amigos, en un último

¹¹⁸ *Moral and Political Magazine of the LCS*, (noviembre de 1796); P.C. A.38; H.O. 65.1; LCS Libro de cartas, Add. MSS. 27815; Reid, *op. cit.*, pp. 17-20.

testamento:

Recordad, no os entrometáis en las clases bajas, porque son cobardes, egoístas y desagradecidas; la menor tontería les intimidará, y a aquel a quién en un momento han alabado como su Cabecilla, le mandarán a la horca sin escrúpulo alguno. Yo mismo os hago estas observaciones con dolor, pero ... lo sé por experiencia, y muy pronto seré el ejemplo de ello.

168

Pero al mismo tiempo declaró que moría «como un Mártir por la causa de la Humanidad».¹¹⁹

Esos grandes amotinamientos, y la rebelión irlandesa del año siguiente, fueron por supuesto sucesos de significación universal, y muestran cuán precario era el asidero del *ancien régime* inglés. Que la armada inglesa —el instrumento más importante de la expansión europea, y el único escudo entre la Francia revolucionaria y su mayor rival— proclamase que «por fin se ha restablecido la Era de la Razón» era amenazar con subvertir todo el edificio del poder mundial. Es absurdo argumentar que, como la mayoría de los marineros tenían pocas ideas políticas claras, éste fue un asunto circunscrito a las galletas del barco y los atrasos en la paga, y no un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios de la mayoría y las aspiraciones articuladas por parte de la minoría con conciencia política. Pero a la vez, la actitud que la SCL adoptó con respecto a los amotinados es problemática. Existen pruebas de que algunos marineros asistían a sus reuniones jacobinas en Chatham y Portsmouth, y que miembros individuales de la SCL contactaron con los delegados del barco e incluso arengaron a grupos de amotinados. Se supone que un indefinido «caballero que vestía de negro» estuvo en contacto con Parker y sus compañeros; y éste pudo ser el doctor Watson que en aquel momento estaba, en verdad, trabajando en favor de una invasión francesa, pero que (según una declaración posterior) no fue reconocido por la SCL.¹²⁰

Los amotinamientos agudizaron al máximo el conflicto de los miembros de la SCL, entre las simpatías republicanas y las lealtades nacionales. Más o menos hacia esta época puede distinguirse un partido pro-galo y revolucionario (del que formaban parte muchos emigrantes irlandeses), de los reformadores de mentalidad constitucionalista, muchos de los cuales se estaban desmoronando (como Place).

169

En junio de 1797, poco después del amotinamiento, fue detenido un tal Henry Fellowes cuando distribuía octavillas entre las tropas. Era un emisario de la sociedad

¹¹⁹ G. E. Manwaring y B. Dobrée, *The Floating Republic*, edición de Penguin, en especie) pp. 200, 246, 265-268. Este relato flojea en cuanto a las pruebas de la influencia jacobina en la armada; esto se estudia de forma mucho más minuciosa en C. Gill. *The Naval Mutinies of 1797*, 1913.

¹²⁰ C. Gill, *op. cit.*, pp. 301, 319, 327, 339 y siguientes y Apéndice A; y, para Watson, declaración de Henry Hastings en P.C. A.152, y artículo en *D.N.B.* Las sensacionales historias en cuanto a una conspiración secreta, en toda Europa, del iluminismo y la francmasoncriajacobina parece que tienen fundamento por lo que se refiere a Inglaterra, aunque pueden tener alguna relación con los sucesos en Irlanda; véase Abbé Barruel, *Memoirs Illustrating the History of Jacobinism*, trad. y notas por Ho. R. Clifford, 1798, IV, pp. 529 S.

de Londres. En una carta dirigida a John Bone, en Londres, se informaba de que, en la sociedad activa de Maidstone, había dos secciones (con una asistencia de 60 personas), y se pedían más octavillas (en particular para los soldados irlandeses), así como ejemplares de la «Declaración de Bonaparte» y el *Agrarian Justice* de Paine. A continuación de estos sucesos, se aprobaron dos leyes adicionales que imponían la pena de muerte por juramentos ilícitos y por intentos de apartar a las fuerzas armadas de su lealtad.¹²¹ Inmediatamente después se detuvo a un tal Richard Fuller y se le condenó a muerte por dirigir un discurso incendiario a un miembro de la guardia de Coldstream.

La propia sociedad de Londres adoptó una constitución nueva, mejor adaptada a la organización clandestina y a impedir la infiltración de espías. Al lado de eso, un comité secreto se reunía en la bodega del mesón de Furnival, en Holborn. Este era, con bastantes posibilidades, un centro de los Ingleses Unidos, una organización que era, en lo fundamental, auxiliar de los Irlandeses Unidos; en verdad, en Inglaterra las dos aparecen como prácticamente indistinguibles. Sus comunicaciones tenían lugar de palabra o con lenguaje cifrado, sus emisarios temían santo y seña y signos:

... extendías tu mano izquierda para estrecharla con su mano izquierda, luego apretaban el primer nudillo del dedo índice, con el pulgar, y si él hacía lo mismo con el tuyo, tenías una señal inequívoca; uno decía Unidad y el otro respondía Verdad; uno decía Libertad y el otro decía Muerte ...

En Londres, John Binns, Benjamín Binns y el coronel Despard estaban entre los iniciados. Un informador relató, acerca de una de las secciones que se reunía en el Gallo y Neptuno en Well Cíose Square, que «principalmente asistían Cargadores de Carbón». Si bien en el Támesis su fuerza se encontraba entre los trabajadores irlandeses, también se decía que en Liverpool y Manchester tenían por lo menos 50 secciones, con otras secciones adicionales en las poblaciones de tejedores del sudeste de Lancashire.¹²² En Manchester se obtuvo algún éxito al penetrar en la armada, donde se tomó juramento a algunos miembros de los dragones ligeros:

170

Con la plena Asistencia de Dios. Yo juro obedecer no al Coronel, sino al ... pueblo. No a los oficiales, sino al Comité de Ingleses Unidos ... y ayudar con las armas tanto como esté en mi poder a establecer un Gobierno Republicano en este País y en otros y ayudar a los franceses a su Desembarco para liberar a este País.

(El acento irlandés se traiciona incluso en la ortografía.)* Pero aunque la organización secreta sin duda se extendía más allá de las filas de los irlandeses, parece que en la primavera de 1798 había diferencias de puntos de vista entre los conspiradores. Por una parte los jacobinos nativos parecen haber continuado su trabajo bajo diferentes disfraces. Los «Amigos de la Libertad» de Rochdale y de Roy ton (verano de 1797)

¹²¹ Esta ley contra los juramentos ilegales fue la que se utilizó contra los luditas y los «mártires de Tolpuddle».

¹²² Un acusado interrogado en mayo de 1798 declaró que la sociedad de Manchester «había disminuido mucho — en 1796— debido a una pelea entre los Caballeros que a ella pertenecían y los trabajadores Manuales de la Sociedad». Parece que los trabajadores manuales pasaron a formar secciones de los Ingleses Unidos, 29 secciones de las cuales constan en otra declaración, en H.O. 42.45.

parecían estar vinculados a un centro de Manchester que se llamaba el «Instituto para la Divulgación del Conocimiento entre la Población Obrera de Manchester y sus Alrededores». En Bolton (febrero de 1798) un espía consiguió obtener la admisión (mediante un juramento) en los Ingleses Unidos; el líder local «recomendaba crear un Club de Lectura como algo útil para conseguir Prosélitos»; En Thornley, en febrero de 1798, un sacerdote irlandés fue abordado por un compatriota y francmasón (un «Caballero Templario») que alardeó de que los Ingleses Unidos eran 20.000 en Manchester: «como yo era un *Santo Padre*» (les escribió a las autoridades) el hombre creyó que podía confesar sus secretos. «Parece —escribió un clérigo de Bolton al duque de Portland en el mismo mes— que no están completamente de acuerdo en cuanto a sus deseos de intervención francesa; algunos dicen que ellos mismos pueden resolver sus asuntos ...»¹²³

* No tenía sentido mantener una ortografía incorrecta ya que no es significativa para el castellano. (*N. de la t.*)

En el invierno de 1797-1798, un sacerdote irlandés, el padre O'Coigly, anduvo entre Lancashire, Irlanda y Francia, bajo el nombre de «Capitán Jones». A principios de 1798 fue a Londres, y John Binns estaba intentando encontrar un contrabandista en uno de los puertos de Kent para que llevase a O'Coigly y a Arthur O'Connor a Francia, cuando los tres hombres fueron detenidos. A O'Coigly se le encontró un papel en el que se trataba sobre la posible recepción de los franceses en Inglaterra, en caso de que se produjese una invasión. Aunque los ingleses tenían muchos motivos de queja, también les preocupaba que los franceses pudiesen reducir a Inglaterra a ser una provincia. Por lo tanto se les aconsejó a los franceses que, al desembarcar, hiciesen pública una proclama que incluyese lo siguiente: 1. que las Islas Británicas formarían «repúblicas diferenciadas»; 2. que cada una debía escoger su propia forma de gobierno; 3. que todos los que se unieran a los invasores recibirían armas; 4. que no se impondrían más impuestos que los necesarios para sufragar los gastos de la invasión; 5. que Francia limitaría sus adquisiciones a barcos y posesiones ultramarinas que los aliados le hubiesen quitado. O'Coigly, que se negó, con gran heroísmo, a revelar quienes eran sus compañeros, fue ejecutado. Binns, que tenía una gran suerte en la vida, fue absuelto del cargo de alta traición, y —antes de que se pudiese presentar otra acusación menor— se refugió con un nombre supuesto en los «condados de Derby y Nottingham, donde tenía muchos amigos».¹²⁴

171

La solidaridad con la rebelión irlandesa no se limitaba a los irlandeses como Binns. El 30 de enero de 1798, la SCL publicó un Comunicado a la Nación Irlandesa, firmado por R. T. Crossfield, presidente. y Thomas Evans, secretario:

GENEROSA Y GALLARDA NACIÓN:

Que el presente Comunicado os convenza de cuán sinceramente nos

¹²³ *Report of Committee of Secrecy*, 1799, *passim*; diversas fuentes en T.S. 11.333 y 4406; P.C. A.152, A. 158, A.161; H.O. 42.43/6.

¹²⁴ *Comminee of Secrecy*. 1799. *passim*; T.S. 11.333; P.C. A.152: Binns, *op. cit.*, caps. 4 al 6.

solidarizamos con todos vuestros sufrimientos ... Que las Naciones ... aprendan que las «actuales circunstancias» han sido el lema del Despotismo de todas las Épocas y todos los Países; y que cuando un Pueblo permita a su Gobierno violar una vez los genuinos Principios de la Libertad, se practicará Usurpación sobre Usurpación; el Mal crecerá sobre el Mal; la Violación seguirá a la Violación, y el Poder engendrará Poder, hasta que las libertades de TODOS quedarán sometidas a un dominio despótico ...

Es un comunicado conmovedor, que rescata a los ingleses de la acusación de complicidad total en la represión irlandesa, y que incluía un llamamiento a los soldados ingleses que estaban en Irlanda, para que se negasen a actuar como «Agentes de la esclavización de Irlanda». Y que hacía decorosa la «intervención pública» de la sociedad. Evans y los miembros supervivientes del comité de la SCL fueron acorralados en abril de 1798, durante una acalorada discusión acerca de qué tipo de acción debían llevar a cabo en el caso de que se produjese una invasión francesa. Thomas Evans era de la opinión de que el gobierno francés había traicionado la causa revolucionaria, y parecía estar «más deseoso de establecer un extenso despotismo militar, que de propagar los principios republicanos». Por lo tanto, él proponía a la sociedad que sus miembros se uniesen a los voluntarios. El doctor Crossfield estaba de acuerdo con sus críticas, pero afirmaba que la SCL no podía defender lo malo ante lo peor. Los agentes de Bow Street acabaron la discusión.¹²⁵

172

El día anterior, habían sido atrapados el coronel Despard y tres miembros de los Ingleses Unidos. Desde luego, pueden considerarse exagerados los informes alarmistas que dio el Comité de Materia Reservada en 1799, por lo que se refiere a la fuerza de esta organización:

Casi todas las sociedades repartidas por toda Inglaterra, que solían mantener correspondencia con la Sociedad de Correspondencia de Londres habían ... adoptado el mismo plan de formar sociedades de Ingleses Unidos ... y la destructiva influencia de la que procedían todavía se extendió más allá con la fundación de clubs, entre las clases más bajas de la comunidad ... en los que se cantan canciones, se hacen brindis y se utiliza un lenguaje de la índole más sediciosa.

Pero al mismo tiempo, no hay razón para que los historiadores hayan aceptado, sin ponerla en duda, la versión de Place, según la cual la sociedad de Ingleses Unidos había nacido muerta y nunca había tenido más de una docena de miembros.¹²⁶ Place se había opuesto, desde hacía mucho tiempo, no sólo a la organización ilegal, sino a cualquier forma de agitación abierta, y había favorecido una política de moderación educativa. Se había apartado de la sociedad en 1797, y a buen seguro no disfrutaba de

¹²⁵ Véase H. Collins, *op. cit.*, p. 132; R. Hodgson. *Proceedings of General Committee of LCS*, Newgate, 1798; *Committee of Secrecy*, 1799, Apéndice, pp. 70-73; H. C. Davis, *op. cit.*, pp. 92-93.

¹²⁶ Add. MSS. 35142 y siguientes, 62-66. Es posible que el relato de Place haya ganado aceptación porque una organización clandestina, por su propia naturaleza, casi no deja papeles tras suyo y, por lo tanto, no tiene realidad existencial para el historiador.

la intimidad de los conspiradores. Por lo que se refiere a su existencia en el Lancashire, hay pruebas contundentes; y entre los papeles del procurador del Tesoro y el Consejo Privado hay relatos de algunos informadores sobre las actividades de varias secciones de Londres. *Dos* espías declaraban pertenecer a un Comité General, con delegados de ramas dispersas en Shoreditch, Hoxton, Bethnal Green; algunos delegados recibían instrucción militar (septiembre de 1798) en Epping Forest; había un grupo muy concurrido que se llamaba «Hijos de la Libertad».¹²⁷ «Afortunadamente no tenemos Líder», declaraba el «Comunicado del Comité Secreto de Inglaterra dirigido al Directorio Ejecutivo de Francia» que se le encontró a O'Coigly:

Unos pocos de los opulentos se han declarado, desde luego, Amigos de la Democracia, mediante Discursos, pero no han actuado, se han considerado a sí mismos como algo distinto del Pueblo, y el Pueblo, a su vez, considerará las Declaraciones en Favor suyo como algo injusto y frívolo. ...

Hoy, sólo esperamos con Impaciencia para ver al Héroe de Italia, y a los valientes Veteranos de la gran Nación. Miríadas saludarán su Llegada con Gritos de Alegría ...¹²⁸

173

La realidad se presentaría de forma compleja. Por un lado, las «minadas», lejos de adoptar la actitud que declaraba el «Comité Secreto de Inglaterra», hacia 1798 se vieron envueltas en la ola de sentimiento patriótico levantada por la expectativa de una invasión francesa. En verdad, el Movimiento de Voluntarios de esos años pudo no alarmar a los franceses, pero era una fuerza auxiliar poderosa para los otros recursos de la Iglesia y el Estado, en la represión de los jacobinos del país.¹²⁹ Probablemente Place tiene razón al decir que en los círculos extremistas de Londres había, en aquel momento, algunos conspiradores congénitos que vivían en un mundo de fantasías paranoicas de taberna, que tenían pocos contactos verdaderos, y cuyos comunicados (si en Francia se les hubiese dado crédito) habrían sido completamente engañosos. Uno de esos hombres era (parece) el doctor Richard Watson, un antiguo miembro de la SCL y a quien ya hemos observado como asociado de algún modo con los amotinamientos de la marina. En 1797 fue detenido por pasar información a Francia por la vía de Hamburgo. Puesto en libertad en 1799, «*de Citoyen* Watson» envió un memorial al Directorio francés, en el que se describía a sí mismo como «Presidente del Comité Ejecutivo de la Sociedad de Correspondencia de Londres, Miembro de la Unión Británica y Representante de las Asociaciones de Bath Bristol, etc.». Al huir hacia Francia empezó a dirigirse a la nación inglesa en el mismo tono grandilocuente.¹³⁰

¹²⁷ Informes de John Tunbridge y Gent, P.C. A.144.

¹²⁸ *Report of Committee of Secrecy*. 1799. p. 74.

¹²⁹ Véase J. R. Western, «The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Forcé, 1793-1801», *English Hist. Rev.* (1956), p. 603; y para las deficiencias de los voluntarios, *The Town Labourer*. pp. 87-89.

¹³⁰ Diversos documentos en P.C. A. 152; Meikle, *op. cit.*, pp. 171, 191-192; *Clefdu Cabinet des Souverains*. 2 de frimario. y VII; *D.N.B.*

Pero otros conspiradores eran más serios, como iba a atestiguar el coronel Despard en el cadalso, en 1803.¹³¹ Hacia 1797, está claro que algunos de los jacobinos más extremos habían llegado a perder la esperanza con respecto a la agitación constitucional. Desde este momento en adelante, durante más de veinte años, hubo un pequeño grupo de demócratas londinenses (spenceanos o republicanos) que no veían otra esperanza que la de un *coup d'état*, ayudado quizá por armas francesas, en el que alguna acción violenta alentara a la «muchedumbre» de Londres a levantarse en su apoyo. Esta es la tradición que heredaron Arthur Thistlewood y otro doctor Watson, en 1816. A finales de la década de 1790, algunos del grupo, incluyendo a Richard Hodgson y a John Ashley (zapatero y anterior secretario de la SCL), se refugiaron en Francia, donde todavía permanecían en 1817. El retorno de dos miembros de este grupo a Londres, durante este año, fue suficiente para motivar un informe alarmista al propio lord Sidmouth.¹³²

174

Así, las conspiraciones jacobinas existían. Y éstos eran bastante serios como para arriesgar sus vidas y soportar la cárcel y el exilio. Pero el tipo de conspiración que hacían tenía una cierta estridencia y un ardor republicano abstracto que no iba con los tiempos. Además, con la ejecución de O'Coigly, el fracaso de la rebelión irlandesa, y la detención de los dirigentes en Londres y en Manchester, la conspiración dejó de tener una existencia *nacional*. En las provincias, donde existía alguna organización clandestina, o bien se marchitaba en el aislamiento, o echaba un nuevo tipo de raíces en su propio contexto industrial. En 1799, se introdujo una legislación especial que «prohibía y suprimía por completo», citándolas por su nombre, la SCL y los Ingleses Unidos. Incluso el infatigable conspirador, John Binns, creyó que no había esperanzas para una nueva organización nacional, e intentó iniciar un pacto de no agresión con el Consejo Privado, aunque eso sólo tuvo como resultado que tuviese que cumplir condena como su invitado en la cárcel de Gloucester. Cuando le detuvieron estaba en posesión de un billete que quizá era una de las últimas «coberturas» de la vieja SCL: «Dar entrada para la Temporada a la Escuela de Elocuencia».¹³³

Hacia 1799, casi todos los viejos dirigentes estaban en la cárcel o en el exilio; entre los prisioneros se encontraban: Evans, Hodgson, Bone, Binns, Galloway, Despard y John Baxter. Su espectáculo en prisión dejaba mucho que desear, si se compara con el de Wilkes 30 años antes. Thomas Evans, según su propio relato, «fue trasladado a la Bastilla, y allí confinado muchos meses en una celda, con el acomodo de una ciénaga de paja, una manta y una alfombrilla; no le dejaron tener libros, pluma, tinta, papel, vela y durante mucho tiempo tampoco le facilitaron fuego». Su casa fue incautada por los magistrados de Bow Street y su esposa y su hijo encerrados. Estuvo preso durante 2 años y 11 meses. El trato de los prisioneros por parte del gobernador Aris en Colbath

¹³¹ Para Despard, véase más adelante, vol. 2. pp. 41-47.

¹³² G. Sangster a Sidmouth. 13 de abril de 1817, H.O. 42.163.

¹³³ P.C. A.152; Binns, *op. cit.*, pp. 140-141.

Fields provocó un escándalo, en la denuncia del cual sir Francis Burdett tuvo una parte destacada. El hecho de que la campaña en beneficio de los prisioneros le hiciese ganar una popularidad sólo comparable con la que había disfrutado Wilkes demuestra la inclinación libertaria de la multitud de Londres. Durante años, el lema más popular de Londres fue: «¡Burdett, y Abajo la Bastilla!». Uno de los prisioneros a los que ayudó a conseguir la libertad fue el coronel Edmund Despard. La historia del radicalismo del siglo *XK* empieza con esos dos hombres.¹³⁴

175

¿Cuál es el precio de la experiencia? ¿La compran a cambio de una canción?
¿O compran la sabiduría a cambio de una danza en la calle? No, se compra
al precio

De todo lo que tiene el hombre, su casa, su esposa, sus hijos.

La sabiduría se vende en el desierto mercado donde nadie va a comprar. Y en el
campo yermo, donde el campesino ara en vano para obtener pan.*

* What is the price of Experience? do men buy it for a song? / Or wisdom for a dance in the Street? No, it is bought with the price / Of all that a man hath, his house, his wife, his children. / Wisdom is sold in the desolate market where none come to buy, / And in the wither'd field, where the farmer plows for bread in vain.

Así lo expresaba William Blake al escribir *Vala, or the Four Zoas* en 1796-1797. A medida que la corriente jacobina iba por canales más clandestinos, sus propias profecías se volvieron más misteriosas y particulares. A lo largo de los años en que siguieron los encarcelamientos: Kyd Wake, un encuadernador de Gosport, fue condenado, a finales de 1796, a 5 años de trabajos forzados, y a la picota por decir: «Abajo Jorge, abajo la guerra» (el mismo Blake escapó por poco de una acusación como ésta, en 1803); encarcelaron a Johnson, el librero y amigo de Godwin; se hicieron procesos por sedición en Lancashire y Lincolnshire; se encarceló a un cestero de Somerset por decir «Deseo que los franceses tengan suerte».¹³⁵ El duque de Portland, en el Ministerio del Interior, dio instrucciones de que se cerraran las sociedades de las tabernas, y de que se entregasen al correccional a los pequeños que vendían las hojas de Spence a $1/2d$.¹³⁶ En Hackney, el excéntrico erudito en lenguas clásicas, Gilbert Wakefield, levantó la vista de sus libros y dio la opinión de que las clases trabajadoras tenían poco que perder con una invasión francesa: «Dentro del área de tres millas alrededor de la casa donde estoy escribiendo estas páginas, hay una cantidad mucho mayor de seres humanos miserables, que mueren de hambre ... que en cualquier otra porción de tierra igual, en toda la zona habitable del globo terrestre».¹³⁷ Ni su amistad con Fox, ni su propia erudición le salvaron de la prisión. «La Bestia y la Prostituta gobiernan sin control», anotó Blake en la portada de *Apology for the Bible* del obispo Watson: «Defender la Biblia en este año de 1798, le costaría la vida a un hombre.» Ciertamente, Kyd Wake murió en prisión, mientras que Wakcfield sólo fue puesto en

¹³⁴ T. Evans, *Chhstian Polity*, p. iv; *Reasoner* (26 de marzo de 1808); «Narrative of John Oxlade», Add. MSS. 27809; P.C. A.161.

¹³⁵ T.S. 11.5390.

¹³⁶ H.O. 119.1: H.O. 65.1.

¹³⁷ G. Wakcfield, *Reply to the Bishop of Llandaff*. 1798, p. 36.

libertad cuando estaba a punto de morir.

La persecución acabó con los últimos intelectuales jacobinos, además de los artesanos y los trabajadores. En Francia, como le parecía a Wordsworth,

176

... todo estaba silenciado por las cadenas de hierro
 Del dominio militar. Los propósitos mudables,
 Las diversas funciones y los elevados atributos De la acción civil, sometidos a un poder
 Formal, y detestable, y vil.
 En Inglaterra reinaba un miedo terrible al cambio;
 Los débiles eran alabados, recompensados y promovidos;
 E, impulsado por un justo desdén,
 Una vez más, me encerré en mí mismo.*

* ... all was quieted by iron bonds / Of military sway. The shifting aims, / The varied functions and high attributes / Of civil action, yielded to a power! Formal, and odious, and contemptible, / -In Britain ruled a panic dread of change; / The weak were praised, rewarded, and advanced; / And, from the impulse of a just disdain, / Once more did I retire into myself.

Ahí empezó, para una generación intelectual, el modelo de desencanto revolucionario que prefigura los modelos más burdos de nuestro siglo. Perdidas sus fantasías pantocráticas, los arrepentidos acusaban a los jacobinos de sus propias locuras intelectuales. En el verano de 1797, andando con Tehlwall por los Quantocks, los poetas llegaron a un pequeño valle apartado. «Ciudadano John —dijo Coleridge—, este es un buen lugar para hablar de traición.» «No, Ciudadano Samuel —respondió Thelwall—, es más bien un lugar para olvidar que exista alguna necesidad de traición.» La anécdota prefigura el descenso hacia la «apostasía» política; muy rastrera en Southey, muy compleja en Coleridge, muy dolorosa e interrogativa en Wordsworth. «Me gustaría que escribieses un poema en verso puro —le escribió Coleridge a Wordsworth, en 1799— dirigido a quienes, como consecuencia del fracaso completo de la Revolución francesa, han abandonado todas las esperanzas de mejora de la humanidad, y se están hundiendo en un egoísmo casi epicúreo, disfrazándolo bajo los suaves títulos de apego doméstico y desprecio hacia los *philosophes* visionarios ...» Por esta época Thelwall se había retirado a una granja aislada en South Wales. (Al llegar allí quedó sorprendido al descubrir que un espía lo vigilaba. ¿O era su manía persecutoria?) Allí, Wordsworth le hizo su última visita; y fue en estos parajes desolados donde describió al Solitario de *The Excursión*, reflexionando sobre los errores de aquellos años del milenio.¹³⁸

En el otro extremo, tenemos a los obreros, desorganizados y perseguidos, sin una dirección a nivel nacional, luchando para mantener algún tipo de organización ilegal. Su difícil situación queda muy bien expresada en una cana dirigida a la SCL por una sociedad de Leeds, escrita en nombre de un centenar de miembros, en octubre de

¹³⁸ helwall, a diferencia del Solitario, siguió en la política radical. Durante las guerras subsistió como profesor de elocución, y reparació en una plataforma radical en Westminster, en noviembre de 1818, «para el gran asombro de la Compañía, —observó el *Gorgon*— como un resucitado» (21 de noviembre de 1818). Después editó el *Champion*, se preocupó de seguir adelante con las sociedades, y tomó parte en la agitación de la *Reform Bill* de 1831-1832. Pero no estaba a tono con el nuevo movimiento, y su trabajo careció de la primera originalidad y provocación.

1797:

177

Somos principalmente Obreros Manuales como pocos de los hombres de oficio de aquí que son amigos de nuestra causa tienen Fortaleza suficiente para darse a conocer Públicamente como la influencia Aristocrática es tan grande que tienen todo el comercio en sus manos de este modo tienen el Poder de arruinar a cualquier hombre de oficio que denuncie la Vileza de un Sistema Corrupto. Aquí había una excelente Sociedad hace unos tres años, pero desde que los arbitrarios procesamientos de nuestros Jueces actuaron de una forma tan terrible sobre nuestros Amigos en general que sus espíritus se han hundido bajo el Estandarte de la Moderación y la llama Sagrada que ardía en sus Pechos casi se extinguió ...

Ningún tabernero se atreve a albergarles, y necesitan carnets de socios «con urgencia» «porque no hay ningún impresor en la ciudad que se atreva a hacer algo para nosotros». ¹³⁹

Es una equivocación considerar esto como el fin, porque también era un comienzo. En la década de 1790 acaeció algo parecido a una «Revolución inglesa», de profunda importancia en la conformación de la conciencia de la clase obrera de la posguerra. Es cierto que el impulso revolucionario fue ahogado en sus albores, y la primera consecuencia fueron la amargura y la desesperación. El terror contrarrevolucionario de las clases dominantes se manifestó en todos los aspectos de la vida social; en actitudes hacia el tradeunionismo, hacia la educación del pueblo, hacia sus diversiones y sus modales, hacia sus publicaciones y sus asociaciones, y hacia sus derechos políticos. Y el reflejo de la desesperación entre el pueblo común se puede ver, durante los años de la guerra, en el quiliasmo trastocado de los partidarios de Joanna Southcott, y en el nuevo resurgimiento del metodismo. En las décadas posteriores a 1795 hubo un profundo alejamiento entre clases en Inglaterra, y la población obrera se vio empujada a una situación de *apartheid* cuyos efectos —en los detalles de discriminación social y educativa— pueden percibirse hasta nuestros días. Inglaterra se diferenció de otras naciones europeas en lo siguiente: que la pleamar del sentimiento contrarrevolucionario y la disciplina coincidieron con la pleamar de la Revolución industrial; a medida que avanzaban las nuevas técnicas y formas de organización industrial, los derechos políticos y sociales retrocedían. La alianza «natural» entre la impaciente burguesía industrial de ideas radicales y un proletariado en configuración se rompió tan pronto como se formó.

178

El fermento que se dio entre los industriales y los ricos negociantes disidentes pertenece, en lo fundamental, a los años 1791 y 1792, el momento culminante del «descontento» entre los artesanos y los asalariados de Londres, Norwich y Sheffield —ya fuese a causa de la agitación jacobina o a causa del hambre— pertenece a 1795. Coinciden sólo durante unos pocos meses de 1792; y después de las matanzas de septiembre, todos los industriales, excepto una pequeña minoría, habían sido

¹³⁹ LCS libro de cartas, Add. MSS. 27815.

ahuyentados de la causa de la reforma. Si en Inglaterra no hubo revolución en la década de 1790, no fue debido al metodismo, sino a que la alianza que hubiese tenido suficiente fuerza para hacerla se desintegró; después de 1792 no hubieron girondinos que abriesen las puertas por las que pudieran entrar los jacobinos. Si hombres como Wedgwood, Boulton y Wilkinson hubiesen actuado junto con hombres como Hardy, Place y Binns —y si la pequeña *gentry* de Wyvill se hubiese unido a ellos— Pitt (o Fox) se hubiesen visto obligados a conceder una amplia implantación de la reforma. Pero la Revolución francesa *consolidó* la Vieja Corrupción al unir a los terratenientes y a los industriales en un pánico común; y las sociedades populares eran demasiado débiles y demasiado inexpertas para llevar a cabo una revolución o una reforma por sí mismas.¹⁴⁰

Algo de eso percibió Thelwall cuando visitó Sheffield, en 1796. Se alegró de la inteligencia y la conciencia política de la «*sansculotterie*» de Sheffield. «Pero es un cuerpo sin cabeza. Por desgracia no tiene ningún líder.» Aunque varias personas «con propiedad e influencia considerables ... *piensan* como ellos», ninguna tiene el valor de colaborar:

Si por lo menos tres o cuatro personas con influencia de prestigio y de dinero de este lugar, condujesen a esos honrados, inteligentes fabricantes y su causa, completa y públicamente (como personas de ese tipo ... lo han hecho en Norwich), en Sheffield, como en Norwich, la pequeña tiranía de la persecución provincial desaparecería dentro de poco ...¹⁴¹

Este no era un signo de apostasía jacobina por parte de Thelwall. En 1796, se enfrentó a un dilema real: por una parte, el paternalismo reformista, que cuando —como en el caso de Gurney en Norwich— lo había visto poner en práctica le disgustaba; por otra, la exposición de los reformadores plebeyos a la represalia, en una escala que estaba destruyendo al movimiento o conduciéndolo a la clandestinidad.

179

Además, el movimiento tenía gran necesidad de los recursos intelectuales de aquellos hombres de la clase media educada, algunos de los cuales se encontraban muy desolados por el desencanto revolucionario. El movimiento había perdido prematuramente, debido a la emigración forzosa y voluntaria, a dos de sus propagandistas y organizadores más capacitados, Gerrald y Cooper.¹⁴² No podría sobrevivir siempre basándose en *Los derechos del hombre*, y la imitación de las formas francesas, o en las togas romanas y las blusas sajonas. Pero en su momento

¹⁴⁰ Para estudios sobre las conexiones entre los reformadores y los intereses industriales a principios de la década de 1790, véase E. Robinson, «An English Jacobin: James Watt», *Camb. Hist. Journal*, XI (1953-1955), p. 351; W. H. Chaloner, «Dr. Joseph Priestley, John Wilkinson, and the French Revolution», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 5th Series, VV (1958), p. 25.

¹⁴¹ Thelwall, *The Dos* de sus folletos más convincentes fueron *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, de Gerrald, y T. Cooper, *Reply to Mr. Burke's Invective against Mr. Cooper and Mr. Watt*. Manchester, 1792. Para la emigración de Cooper a Norteamérica, véase D. Malone, *The Public Life of Thomas Cooper*. New Haven, 1926. *Rights of Nature*, Carta I, p. 20.

¹⁴²

culminante, en 1795, el movimiento apenas tenía 4 años de desarrollo; su pensamiento se tenía que elaborar bajo la presión de la organización, en medio de inquietudes y acusaciones de traición, con partidarios ausentes y con un Robespierre que interrumpía las floridas épocas de sus discursos con la tétrica guillotina. Las conferencias de Thelwall se planeaban sin descanso, para un público que siempre contaba con uno de los informadores de Su Majestad. Su mejor obra (de forma significativa) no se realizó hasta la relativa calma de 1796, cuando el movimiento empezaba a desintegrarse. Apenas sorprende que los jacobinos ingleses fueran culpables de falta de madurez y fueran víctimas de su inexperiencia, y que muchos de sus oradores parecieran ridículos debido a sus exageradas actitudes.

Hasta aquí, podría parecer, que se trata de la constatación de la frustración y el fracaso. Pero la experiencia tenía otro aspecto más positivo en su conjunto. No fue una sola tradición, sino muchas las que tuvieron su origen en esos años. Está la tradición intelectual de Godwin y Mary Wollstonecraft, que Shelley reafirmaría. Está la tradición del deísmo y el librepensamiento; apenas habían finalizado las guerras antes de que Richard Carlile empezara a reeditar todas las obras de Paine. Está la tradición de los unitaristas avanzados y los «cristianos librepensadores», transferida por hombres como Benjamín Flower y William Frend a la *Monthly Depository* de W. J. Fox.¹⁴³ Está la tradición de Place, y de los hombres de oficio y artesanos de ideas constitucionales moderadas (algunos de los cuales, como Hardy, Galloway y el propio Place prosperaron, más tarde, como pequeños o grandes patrones), que reaparecieron en la elección de Westminster, de 1807, en apoyo del discípulo de Tooke, sir Francis Burdett, y que permanecieron desde aquel momento en asociación activa.

180

Estas tradiciones se encarnan, no sólo en ideas, sino en personas. Aunque algunos jacobinos se retiraron y otros —John Gales, Thomas Cooper, el «ciudadano Lee», John Binns, Daniel Isaac Eaton y muchos otros— emigraron a América,¹⁴⁴ otros estaban alerta a todas las oportunidades de volver a iniciar la propaganda. John Gale Jones y John Frost fueron miembros, durante las guerras, de clubs de debate de Londres, donde influyeron a una generación radical más joven; y Jones siguió siendo una persona destacada en los círculos del Londres radical, hasta la década de 1820.¹⁴⁵ Y en muchos centros provinciales se puede dar testimonio de la misma continuidad. Pocos centros pueden hacer ostentación de un historial tan largo como el de George Bown de Leicester, que en 1792 fue secretario de su Sociedad Constitucional, en 1794 fue detenido, y todavía en 1848 escribía como defensor del carlismo partidario de la

¹⁴³ Véase F. E. Mineka, *The Dissidence of Dissent*, 1944.

¹⁴⁴ Eaton fue el único de éstos que volvió. Véase más adelante, vol. 2, p. 189. También había una pequeña colonia de jacobinos ingleses *émigrés* en París, entre los que estaban Sampson Perry, Ashley, Goldsmith, el doctor Maxwell y John Stones, que publicaron *Argus*, contrario a Pitt, y la mayor parte de ellos tuvieron una profunda desilusión con el bonapartismo. Véase S. Perry, *Argus*, 1796, p. 257; J. G. Alger, *Englishmen in the French Revolution*, 1889.

¹⁴⁵ Entre los que estuvieron influidos por Gale Jones y John Frost estaba el homónimo de Frost, el antiguo alcalde de Newport, que dirigió la insurrección cañista de 1839 en Gales; véase D. Williams, *John Frost*, Cardiff, 1939, pp. 13-14.

«fuerza física».¹⁴⁶ Pero en muchas ciudades seguían reuniéndose hombres de oficios y artesanos, contrarios a las guerras, que pensaban del mismo modo. El gran grabador, Thomas Bewick, recuerda el «grupode partidarios incondicionales de las libertades de la humanidad», que se reunió en Newcastle en la Campana Azul, el Unicornio y el gabinete de lectura. Aquellos eran «hombres juiciosos e influyentes», «hombres de oficio distinguidos», «empleados de banca, artesanos y apoderados». Entre los que se relacionaban particularmente con Bewick había un zapatero, un constructor, un fundidor, un hojalatero, un editor, un maestro de esgrima, un caballero radical y varios actores. Les unía a todos la condena de la guerra y sus consecuencias sociales:

Los navieros que nadaban en la riqueza, la *gentry* que giraba alrededor del fausto aristocrático, todos ellos olvidaban cuál solía ser su actitud y su comportamiento, bondadoso y amable, hacia los que pertenecían a condiciones más humildes; y parecían mirarles, demasiado a menudo, como si fuesen bazofia. También cambió la naturaleza de los granjeros. Se comportaban como si fuesen caballeros, de forma muy torpe, y en aquel momento no podían beber otra cosa que no fuese vino. ... Cuando esos presuntuosos caballeros salían del mercado, estaban dispuestos a pasar por encima de todo lo que encontrasen ... por el camino; pero eso no era nada comparado con el orgullo y la locura que se posesionaba de sus cabezas vacías o llenas de humos, cuando iban vestidos de escarlata ... y se les llamaba la «caballería de la *yeomanry*».... No ocurría lo mismo con los laboriosos trabajadores. Sus privaciones eran grandes ...¹⁴⁷

181

Si bien entre los pequeños menestrales, los empleados y los hombres de oficio había hostilidad hacia la *gentry* y los grandes labradores, y solidaridad con el «trabajador industrial» (y esta es una característica muy importante de la conciencia radical, que permanecerá por lo menos 50 años después de 1795), sin embargo, se sentían intimidados, como los hombres de oficio de Leeds, por la «influencia aristocrática». Incluso Bewick, con su valor puritano, tenía cuidado durante las guerras de relacionarse sólo con aquellos que podían «dar ejemplo de conducta decorosa a los que tenían una actitud más violenta», y cuya indignación con «las atrocidades políticas de la época» se mantenía «dentro de unos límites». De aquí que los jacobinos plebeyos estuviesen aislados y se vieses obligados a replegarse sobre sí mismos y a descubrir medios de organización independiente cuasilegal o clandestina. (En el Newcastle de Bewick, se formaron durante las guerras muchísimas sociedades de socorro mutuo que tenían su sede en las tabernas, muchas de las cuales eran sin duda coberturas de la actividad de las *trade unions*, en las que antiguos jacobinos contribuían al «caluroso debate y al violento lenguaje» de las reuniones de club.)¹⁴⁸ Aislados de las otras clases, los trabajadores manuales radicales, los artesanos y los obreros, forzosamente, temían que fomentar tradiciones y formas de organización propias. De modo que, en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático, fue en

¹⁴⁶ A. T. Patterson, *op. cit.*, pp. 70, 74; J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs, 1959, p. 132; G. Bown, *Physical Force*, Leicester, 1848.

¹⁴⁷ T. Bewick, *A. Memoir*, compilado por M. Weekley, Cresset, 1961, pp. 146-148, 153.

¹⁴⁸ Véase más adelante, pp. 465-469.

los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca «conciencia obrera de clase».

Incluso en los años más oscuros de la guerra, se puede advertir, a pesar de todo, cómo el impulso democrático actuaba por debajo de la superficie. Éste proporcionó una afirmación de los derechos, una visión momentánea de un milenio plebeyo que jamás se extinguió. Las *Combination Acts** (1799-1800) sólo sirvieron para unir de forma más estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions*.¹⁴⁹

* Leyes dirigidas contra la libre asociación. Fueron derogadas en 1824. (A', de la t.)

Incluso durante los años en que se estaba bajo la fiebre de la «invasión», continuaron fermentando nuevas ideas y nuevas formas de organización. Hay una alteración radical de las actitudes subpolíticas del pueblo, a la cual contribuyeron decenas de miles de soldados renuentes. Hacia 1811 podemos presenciar la emergencia simultánea de un nuevo radicalismo popular y de una militancia reciente en el tradeunionismo. Este fue el producto, en parte, de nuevas experiencias y, en parte, fue la inevitable respuesta a los años de reacción: «*No he olvidado el Reino del Terror en Inglaterra*; ahí tenéis el origen de mis inclinaciones políticas», escribió Ebenezer Elliott, el «Rimador de las *Corn-Laws*», cuyo padre era administrativo en una herrería cercana a Sheffield, y a costa del cual se divertía de vez en cuando la *yeomanry* haciendo recular los caballos a través de sus ventanas». ¹⁵⁰

182

La historia de la agitación en favor de la reforma, entre los años 1792 y 1796, fue la historia (en términos generales) de la simultánea ausencia de reformadores de la clase media y el rápido movimiento «hacia la izquierda» de los radicales plebeyos. La experiencia marcó la conciencia popular durante 50 años, y durante este tiempo la dinámica del radicalismo no estuvo trazada por la clase media, sino por los artesanos y los obreros. A los hombres de las sociedades populares se les denomina, correctamente, jacobinos. Algunos de sus líderes, entre los que se incluía Thelwall, estaban deseosos de aceptar el término:

Asumo el término *Jacobinismo* sin dudar: 1. Porque nuestros enemigos nos lo han impuesto como un estigma ... 2. Porque aunque condeno la ferocidad sanguinaria de los últimos Jacobinos en Francia, sin embargo, sus principios ... son los que más se parecen a mis ideas de la razón y la naturaleza del hombre, de todas las que conozco ... Utilizo el término Jacobinismo simplemente para indicar *un sistema de reforma amplio y global, que no pretende basarse en las autoridades y los principios de la tradición Gótica*.¹⁵¹

La peculiaridad de su jacobinismo se encontraba en el acento que pone sobre la *égalité*. «*Equality*» es un término demasiado negativo (en las connotaciones inglesas habituales) para aplicarlo a las penetrantes y constructivas doctrinas, con respecto a la eliminación de todas las distinciones de rango, que informaban sus procedimientos.

¹⁴⁹ Véase más adelante, vol. 2, pp. 66-67.

¹⁵⁰ Citado en *Poor Man's Guardian* (17 de noviembre de 1832), y añade (referente a la memoria del Terror) «esto es válido en miles de ejemplos junto al del señor Elliott».

¹⁵¹ J. Thelwall, *Rights of Nature*. 1796. II. p. 32.

El movimiento obrero de los años posteriores continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad. Pero la propia existencia de sus organizaciones, y la protección de sus fondos, requería la promoción de un cuadro de dirigentes experimentados, así como un cierto respeto o exagerada lealtad hacia su liderazgo, lo cual resultó ser una fuente de formas y controles burocráticos. Los jacobinos ingleses de la década de 1790 iniciaron tradiciones muy distintas. Había un prurito en la *égalité*, frente a los atropellos en las formas cometidos en el siglo XVIII, que se mostraba por ejemplo cuando lord Daer, jacobino, se sentaba con los artesanos y los tejedores como el simple «ciudadano Daer». Pero la creencia de que «un hombre es un hombre, para todo» encontraba expresión en otras formas, que pueden recordarse como una crítica según las prácticas de nuestros días. *Todos* los ciudadanos de un comité debían tomar parte en alguna de las tareas, la presidencia de los comités era a menudo rotativa, se vigilaban las pretensiones de los líderes, los procedimientos se basaban en la meditada creencia de que todos los hombres eran capaces de razonar y de desarrollar sus habilidades, y de que la referencia y las distinciones de rango eran una ofensa a la dignidad humana. Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al carlismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las distinciones de clase y posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX.

183

No hace falta subrayar la importancia evidente de otros aspectos de la tradición jacobina; la tradición de la autodidaxia y de la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas; la tradición del republicanismo consciente; y sobre todo, la tradición del internacionalismo. Es extraordinario que una agitación tan breve difundiera sus ideas por tantos rincones de Inglaterra.¹⁵² Quizá la consecuencia más profunda del jacobinismo inglés, aunque es la más difícil de definir, fuera el derrumbe de los tabúes acerca de la agitación entre «innumerables miembros». Dondequiera que subsistiesen ideas jacobinas, y dondequiera que se apreciases los ejemplares escondidos de *Los derechos del hombre*, las personas no estaban dispuestas a esperar por más tiempo el ejemplo de un Wilkes o un Wyvill antes de empezar una agitación democrática. A lo largo de los años de la guerra hubo muchos Thomas Hardy en cada ciudad y en cada pueblo por toda Inglaterra, con un arcón o una estantería llena de libros radicales, ofreciendo su tiempo, intercalando palabras en la taberna, el templo, la herrería, la zapatería, esperando el momento para volver a actuar. Y el movimiento que esperaban no pertenecía a los caballeros, los industriales o los contribuyentes; era suyo.

En una fecha tan tardía como 1849, un astuto escritor satírico del Yorkshire publicó una pieza corta sobre un cierto «político del pueblo» que daba la sensación de

¹⁵² W. A. L. Seaman, *op. cit.*, p. 20. da pruebas de sociedades en más de cien lugares en Inglaterra y Escocia.

autenticidad. Es, típicamente, un zapatero remendón, un hombre viejo y el sabio de su población industrial:

Tiene una biblioteca de la que se enorgullece. Es una colección de libros extraña. ... Están la *Pearl of Great Price* y *Twopenny Trash* de Cobbett. El *Pilgrim's Progress ...* y *The Go-a-head Journal*, *The Wrongs of Labour* y *Los derechos del hombre*. *La historia de la Revolución francesa* y *Holy War* de Bunyan *La edad de la razón* y una Biblia anticuada.

184

Es, «por supuesto, un gran admirador de Bonaparte». «Su viejo corazón se caldea como un cuarto* de cerveza caliente con especias, cuando tiene noticia de una revolución que ha triunfado: un trono derribado, reyes que se van, y príncipes diseminados por el extranjero. Entonces piensa que los sueños de su juventud están a punto de cumplirse.» Se permite hacer grandes metáforas sobre «el sol de la libertad» que se alza sobre la «atmósfera horizontal», y afirma tener conocimiento acerca de los acontecimientos de Rusia.

* Cuarto de galón = 1,136 litros. (*N. de la t.*)

Recuerda el día en que apenas se atrevía a andar por las calles. Puede decir cómo le abuchearon, apedrearon y despreciaron ... y la gente le dijo que podía dar gracias de que no le quemasen vivo alguna noche, junto con la efigie de Tom Paine ... Sorprende a los más jóvenes cuando les habla de una época en que no había Hábeas Corpus ... y el Fiscal de la Corona iba por todo el país como un león rabioso. Habla de un hombre que dijo que el rey había nacido desnudo, y por consiguiente fue deportado por sedición...¹⁵³

La revolución que había soñado nunca ocurrió, pero sin embargo hubo revolución de una clase. Fueron los legitimistas. se lamentaba James Watt el joven en 1793, los que —espoleando a la muchedumbre contra los reformadores— se habían «entrometido» en «las clases más bajas del pueblo»:

Poco se les ocurre pensar lo peligroso que es permitir que el pueblo conozca su poder y tampoco piensan que llegará el día en que maldecirán el absurdo grito de Iglesia y Rey, y verán cómo sus propias armas se vuelven contra ellos.¹⁵⁴

Después del año 1795, que casi fue de hambruna, puede percibirse el cambio en muchísimos lugares. En Nottingham, donde los jacobinos habían sido derrotados en 1794, tenían suficiente fuerza para enfrentarse y vencer a sus oponentes en combate abierto, durante las elecciones de 1796.¹⁵⁵ «En casi todas las entradas a esta ciudad — escribió un legitimista escandalizado en 1798— hay un poste con un cartel clavado, en el que se lee “Todos los Vagabundos serán apresados y castigados como dicta la ley”. Ahora, sobre la palabra “Vagabundos” se ha pintado la palabra “Tiranos”, y nadie da un paso para sacarlo.»¹⁵⁶ «Durante mucho tiempo hemos procurado descubrirnos como hombres, — declaraban los amotinados de la armada en 1797—, ahora hemos

¹⁵³ E. Sloane, *Essays. Tales and Sketches*. 1849. pp. 61 y siguientes.

¹⁵⁴ Véase E. Robinson. *op. cit.*, p. 355.

¹⁵⁵ J. F. Sutton. *Date-hook of Nottingham*, 1880, p. 212.

¹⁵⁶ J. W. Cartwright al duque de Portland, 19 de junio de 1798, H.O. 42.43.

descubierto que lo somos. Seremos tratados como tales.»¹⁵⁷

185

En 1812, Scott, viendo a su alrededor con consternación el poder del tradeunionismo escocés y del ludismo en Inglaterra, le escribió a Southey: «El país está sembrado de minas bajo nuestros pies». Fue Pitt quien condujo a los «mineros» a la clandestinidad. Apenas se encontraban hombres como nuestro «Político del Pueblo» en las poblaciones de 1789. Las ideas jacobinas introducidas en las poblaciones de tejedores, las tiendas de los tejedores de punto de Nottingham, los cultivadores del Yorkshire y los hilanderos de Lancashire se propagaron en todos los momentos de subida de precios y de privaciones. No fue Pitt, sino John Thelwall, quien tuvo la última palabra. «Necesariamente se desarrollará una especie de espíritu socrático dondequiera que se reúnan grandes grupos de hombres»;

... el monopolio y la terrible acumulación de capital en pocas manos ... lleva consigo, en su propia atrocidad, las semillas del remedio ... Cualquier cosa que agrupe a los hombres ... aunque puede dar lugar a vicios, favorece la difusión del conocimiento y, a la larga, promueve la libertad humana. Por lo tanto, todo gran taller e industria es una especie de sociedad política, que ninguna ley del Parlamento puede acallar y ningún magistrado puede disolver.¹⁵⁸

¹⁵⁷ C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, p. 300.

¹⁵⁸ Thelwall, *Rights of Nature*. 1, pp. 21. 24.

Segunda parte LA MALDICIÓN DE ADÁN

Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres, y al polvo volverás

GÉNESIS, *III*, 19

Capítulo 6. EXPLOTACIÓN

John Thelwall no era el único que veía en cada «manufactura» un centro potencial de rebelión política. Un viajero aristocrático que visitó los valles del Yorkshire en 1792 se alarmó al descubrir una nueva hilandería en el «valle pastoril» de Aysgarth: «Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa, cuyo arroyo ha acaparado la mitad del agua de los saltos de más arriba del puente. Con el tañido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación; y la rebelión puede estar próxima.» La fábrica aparecía como un símbolo de energías sociales que estaban destruyendo el mismo «curso de la Naturaleza». Encarnaba una doble amenaza hacia el orden establecido. En primer lugar la de los propietarios de la riqueza industrial, aquellos advenedizos que gozaban de una injusta ventaja sobre los terratenientes cuyo ingreso dependía de los libros del registro de sus rentas:

Quando los hombres acceden así a las riquezas, o cuando las riquezas que provienen del comercio se consiguen con demasiada facilidad, el infortunio se cierne sobre nosotros, hombres de ingresos medianos y renta fija; como lo hizo sobre todos los Nappa Halls y la *Yeomanry* de la tierra.

En segundo lugar, la amenaza de la población obrera industrial, a la que nuestro viajero describía con una aliterada hostilidad* que revela una reacción no muy alejada de la que tienen los racistas blancos, hoy en día, hacia la población de color: «La gente, es cierto, tiene trabajo; pero todos ellos se abandonan al vicio propio de la

muchedumbre ... En los ratos que las gentes no trabajan en la fábrica se aplican a la caza furtiva, al libertinaje y al pillaje ...»¹

* En la versión inglesa, el final del texto es como sigue: «... they issue out to poaching, profligacy and plunder...» (N. de la t.)

La correlación entre la fábrica de algodonereros y la nueva sociedad industrial, y la correspondencia entre nuevas formas de relaciones de producción y sociales era algo común entre los observadores, entre 1790 y 1850. A fin de cuentas es lo que expresaba Marx, con una energía poco corriente, cuando decía: «el molino de agua lo asociamos con el señor feudal; la fábrica a vapor, con el capitalista industrial». Y no sólo era el propietario de la fábrica lo que les parecía «nuevo» a los contemporáneos, sino también la población obrera que se había establecido en las fábricas y alrededor de ellas. «Nada más llegar a las lindes de las zonas manufactureras del Lancashire —escribió un magistrado rural en 1808— encontramos una nueva estirpe de seres, tanto por lo que se refiere a las costumbres y la ocupación como a la subordinación ...»; mientras que Robert Owen afirmaba, en 1815, que «la difusión generalizada de manufacturas en todo un país da lugar a un nuevo carácter en sus habitantes ... un cambio esencial en el carácter general del grueso de la población».

190

En las décadas de 1830 y 1840, los observadores todavía se sorprendían ante la novedad del «sistema fabril». Peter Gaskell, en 1833, hablaba de la población manufacturera como de «un Hércules todavía en la cuna», «sólo desde la introducción del vapor como fuerza motriz ha adquirido su importancia primordial». La máquina de vapor había «reunido a la población en densas masas» y Gaskell había visto ya en las organizaciones de la clase obrera un «*imperium in imperio* de la más detestable descripción». ² Diez años más tarde Cooke Taylor escribía en términos similares:

La máquina de vapor no tenía precedente, la *spinning-jenny** no tiene ascendencia, la *mule*** y el telar mecánico iniciaron un patrimonio imprevisto: surgieron de forma repentina como Minerva de la cabeza de Júpiter.

* La *spinning-jenny* era una máquina de hilar con varios husos, fue inventada por James Hargreaves en 1764. (N. de la t.)

** La *mule* era una variante de la *spinning-jenny* inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se la conocía como «muía». (N. de la t.)

Pero lo que más inquietud causaba a este observador eran las consecuencias humanas de esas «innovaciones»:

Cuando un extraño atraviesa las masas de seres humanos que se han aglomerado alrededor de las hilanderías y estampaciones ... no puede contemplar esas «atestadas colmenas» sin sentimientos de ansiedad y aprensión que llegan a consternarle. La población, como el sistema al que pertenece, es NUEVA; pero está creciendo por momentos en extensión y fuerza. Es un agregado de multitudes, que nuestras ideas expresan con términos que sugieren algo amenazador y pavoroso como el lento crecimiento y la plenitud de un océano que, en un futuro no lejano, tiene que arrebatarse

¹ *The Torrington Diaries*, compilado por C. B. Andrews, 1936, m, pp. 81-82.

² P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*. 1833, p. 6; Asa Briggs, «The Language of “Class” in Early Nineteenth-century England», en *Essays in Labour History*, compilado por Briggs y Saville, 1960, p. 63.

a todos los elementos de la sociedad en la cresta de sus olas y transportarlos Dios sabe dónde. Hay poderosas energías que yacen inactivas en esas masas La población manufacturera no es nueva únicamente en su formación: es nueva en sus hábitos de pensamiento y acción, que han sido conformados por las circunstancias de su condición, con poca instrucción, y menor guía, a partir de influencias exteriores...³

191

Cuando Engels describía *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* le parecía que «los primeros proletarios estaban relacionados con la manufactura, fueron engendrados por ella ... los trabajadores fabriles, primogénitos de la Revolución industrial, han formado desde el comienzo hasta el presente el núcleo del Movimiento Obrero».

Por muy distintos que fuesen sus juicios de valor, los observadores conservadores, radicales y socialistas sugerían la misma ecuación: la energía del vapor y la fábrica de algodoneros = la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Al mismo tiempo, la historia de la agitación popular durante el período 1811-1850 parece confirmar esa imagen. Es como si la nación inglesa entrara en un crisol en la última década del siglo XVIII y surgiera con una nueva forma después de las guerras. Entre 1811 y 1813, la crisis ludista; en 1817 el motín de Pentridge;* en 1819, Peterloo; durante toda la década siguiente, proliferación de la actividad de las *trade unions*, propaganda owenita, periodismo radical, el movimiento por las diez horas, la crisis revolucionaria de 1831-1832; y, además de eso, la multitud de movimientos que constituyeron el carlismo. Quizá sea la escala e intensidad de esa agitación popular multiforme la que, más que cualquier otra cosa, ha dado lugar (tanto entre los observadores contemporáneos, como entre los historiadores) a la sensación de algún cambio catastrófico.

* Sublevación que tuvo lugar en junio de 1817. (*N. de la t.*)

Casi todo fenómeno radical de la década de 1790 se puede encontrar reproducido, diez veces mayor, después de 1815. El puñado de panfletos jacobinos dio lugar a una multitud de publicaciones ultraradicales y owenitas. Donde Daniel Eaton cumplía prisión por publicar a Paine, Richard Carlile y sus vendedores cumplían un total de más de doscientos años de cárcel por delitos similares. Donde las Sociedades de Correspondencia mantenían una precaria existencia en muchas ciudades, los Clubs Hampden de la posguerra, o las organizaciones políticas echaban raíces en las pequeñas poblaciones industriales. Y cuando toda esa agitación popular se asocia al espectacular ritmo de cambio de la industria del algodón, es natural suponer una relación causal directa. La fábrica de algodoneros aparece no ya como el agente de la Revolución industrial, sino también de la social; produce no sólo las mercancías, sino también el propio «Movimiento Obrero». La Revolución industrial, que empezó como una descripción, se invoca hoy como una explicación.

192

³ W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*. 1842, pp. 4-6.

Desde la época de Arkwright hasta los tumultos de Plug* y más allá, la imagen que domina nuestra reconstrucción visual de la Revolución industrial es la «sombria fábrica Satánica».

* Los carlistas recogieron 3.315.752 firmas para su segunda petición de 1842. El Parlamento se negó de nuevo a tomarla en consideración. Este mismo año hubo serias huelgas y motines en el norte de Inglaterra y en las áreas industriales. (*N. de la t.*)

En parte, quizá, porque es una imagen visual dramática: los edificios parecidos a cuarteles, las grandes chimeneas, los niños trabajando en la fábrica, los chanclos y las pañoletas, las viviendas arracimándose en torno de las fábricas como si éstas las hubieran parido. (Es una imagen que nos obliga a pensar primero en la industria, y sólo en segundo lugar en la gente relacionada con ella o que está a su servicio.) En parte, porque a los contemporáneos les parecía que la fábrica de algodones y la nueva ciudad fabril —lo repentino de su crecimiento, la ingeniosidad de sus técnicas y la novedad o severidad de su disciplina— eran espectaculares y portentosas: un indicador más satisfactorio para el debate sobre el problema de la «condición-de-Inglaterra»* que aquellos *distritos* manufactureros, anónimos y dispersos, que aún más a menudo figuran en los «libros de disturbios» del Ministerio del Interior. Y de ambos se derivó una tradición literaria e histórica. Casi todos los relatos clásicos de los contemporáneos acerca de las condiciones de vida en la Revolución industrial se basan en la industria del algodón; y en su mayoría en el Lancashire: Owen, Gaskeil, Ure, Fielden, Cooke, Taylor, Engels, por mencionar a unos pocos. Novelas como *Michael Armstrong* o *Mary Barton* o *Tiempos difíciles*** perpetúan la tradición. Y el mismo énfasis se encuentra, de manera notable, en la literatura posterior de historia económica y social.

* Se refiere a la larga polémica sobre las condiciones de vida de la población obrera inglesa durante la Revolución industrial. (*N. de la t.*)

** *Michael Armstrong* fue escrita por Throllope, *Mary Barton* por Gaskeil y *Tiempos difíciles* es de Dickens. (trad. cast. en Orbis S.A., 1982. *N. de la t.*)

Pero quedan muchos puntos oscuros. El algodón fue, desde luego, la industria puntera de la Revolución industrial,⁴ y la fábrica de algodón sirvió de modelo básico para el sistema fabril. Sin embargo, no deberíamos dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural. Porque medio siglo después del «avance decisivo» de la fábrica de algodón (alrededor de 1780) los trabajadores fabriles seguían siendo una minoría de la fuerza de trabajo adulta en la propia industria del algodón. A principios de la década de 1830, los tejedores manuales del algodón eran todavía, ellos solos, más numerosos que todos los hombres y las mujeres empleados en el hilado y el tejido de las fábricas algodoneras, laneras y sederas reunidas.⁵ El

⁴ Para una admirable exposición de las razones de la primacía de la industria del algodón en la Revolución industrial, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, cap. 2. (Hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976, 2 vols.)

⁵ Estimación para el Reino Unido de 1833. Total de la fuerza de trabajo adulta en todas las fábricas textiles; 191.671. Número de tejedores manuales; 213.000. Véase más adelante, p. 433.

hilador adulto no era aún, en 1830, más representativo de aquella figura esquiva, el «obrero medio», de lo que, en la década de 1960, lo es el obrero de la Coventry.***

*** Téngase en cuenta que el libro se publicó por primera vez en 1963. (*N; de la t.*)

193

La cuestión es importante, porque el énfasis exagerado en la novedad de las fábricas de los algodóneros puede conducir a una subestimación de la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras. Los trabajadores fabriles, lejos de ser los «primogénitos de la Revolución industrial», eran los recién llegados. Muchas de sus ideas y formas de organización habían sido ya adoptadas por los trabajadores a domicilio, como los cardadores de lana de Norwich y el West Country, o los tejedores de cintas de Manchester. Y es discutible si la mano de obra fabril —excepto en los distritos algodóneros— «formó el núcleo del movimiento obrero» antes de los últimos años de la década de 1840 (y, en algunas ciudades del norte y las Midlands, los años 1832-1834, que conducen a los grandes cierres patronales). Como hemos visto, el jacobinismo echó raíces muy profundas entre los artesanos. El ludismo fue la obra de obreros cualificados en pequeños talleres. Desde 1817 hasta el carlismo, los trabajadores a domicilio, en el norte y las Midlands, jugaron un papel tan destacado como la mano de obra fabril en todas las agitaciones radicales. Y en muchas ciudades, el núcleo real de donde el movimiento obrero extrajo ideas, organización y líderes estaba constituido por zapateros, tejedores, talabarteros y guarnicioneros, librereros, impresores, obreros de la construcción, pequeños comerciantes y otros por el estilo. El vasto mundo del Londres radical, entre 1815 y 1850, no sacó su fuerza de las principales industrias pesadas (la construcción naval tendía a declinar, y los mecánicos no dejarían sentir su influencia hasta más avanzado el siglo), sino de la multitud de oficios y ocupaciones menores.⁶

Esa diversidad de experiencias ha llevado a algunos autores a poner en duda tanto la noción de una «Revolución industrial» como la de una «clase obrera». El primer reparo no requiere que nos detengamos.⁷ El término es bastante útil en su connotación habitual. En cuanto al segundo, muchos autores prefieren el término *clases* trabajadoras, que subraya la gran disparidad por lo que hace a posición, adquisiciones, calificaciones y circunstancias, que incluye en su seno aquella híbrida expresión. Y en este sentido se hacen eco de las quejas de Francis Place:

194

Si el carácter y la conducta de la gente trabajadora han de deducirse a partir de los estudios, revistas, folletos, diarios, informes de las dos Cámaras del Parlamento y de los Comisionados fabriles, les encontraremos a todos mezclados en los «órdenes inferiores»; los trabajadores más cualificados y los más prudentes con los obreros más ignorantes e imprudentes y los mendigos, aunque la diferencia es muy grande y, en realidad, en

⁶ Cf. Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

⁷ Hay un resumen de esta controversia en E. E. Lampará. *Industrial Revolution*, American Historical Association, 1957. Véase también Hobsbawm. *op. cit.*, cap. 2.

muchos casos apenas admitirá comparación.⁸

Por supuesto, Placc tiene razón: el marinero de Sunderland, el jornalero irlandés, el baratillero judío, el asilado de un pueblo de East Anglia obligado a trabajar en una *workhouse*, el cajista de *The Times*; todos podrían ser considerados por sus «superiores» como pertenecientes a las «clases bajas», aunque ni siquiera pudiesen entenderse en el mismo dialecto.

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de «la clase obrera». Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. Hacia 1832, había instituciones obreras —sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas— sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad.

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la «Revolución industrial»— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una «nueva estirpe de seres». Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas. Era el objeto de un adoctrinamiento religioso a gran escala y el creador de tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros.

195

Considerar a la clase obrera de ese modo es defender una visión «clásica» del período frente a la actitud predominante de las escuelas contemporáneas de historia económica y sociología. Porque el territorio de la Revolución industrial, que fue primero acotado y examinado por Marx, Arnold Toynbee, los Webb y los Hammond, hoy parece un campo de batalla académico. La conocida visión «catastrófica» del período ha sido discutida punto por punto. En lugar de contemplar esa etapa al modo habitual, como de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, hoy se dirige la atención hacia la tasa de crecimiento económico (y las dificultades del «despegue» en la reproducción tecnológica autosostenida). Ahora, el proceso de las *endosares** importa menos por su rigor en desplazar a los pobres de las aldeas, que por su éxito en alimentar una

⁸ Citado por M. D. George, *London Life in The Eighteenth Century*, 1930, p. 210.

población que crecía con rapidez. Se considera que los infortunios del período se deben a las convulsiones que trajeron las guerras, a las comunicaciones defectuosas, a la inmadurez bancaria y crediticia, a los mercados inseguros y al ciclo comercial, más que a la explotación o a la competencia salvaje. El malestar popular se ve como resultado de la coincidencia inevitable de los elevados precios del trigo y las depresiones comerciales, y explicable en términos de un cuadro de «tensión social» elemental derivado de esos datos.⁹ En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos, mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.¹⁰

* Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos. (*N. de la t.*)

La ortodoxia catastrófica clásica ha sido reemplazada por una nueva ortodoxia anticatastrófica, que se distingue de forma muy clara por su prudencia empírica y, entre sus exponentes más notables (sir John Clapham, doctora Dorothy George, profesor Ashton), por una crítica adusta de la imprecisión de ciertos autores de la vieja escuela. Los estudios de la nueva ortodoxia han enriquecido la erudición histórica y han modificado y revisado el trabajo de la escuela clásica en aspectos importantes. Pero como hoy en día la nueva ortodoxia está, a su vez, envejeciendo y se encuentra atrincherada en la mayoría de los centros académicos, está expuesta, también, al desafío de la crítica. Y los sucesores de los grandes empiristas manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un sentido de todo el proceso: el contexto político y social global del período. Lo que surgió como aportaciones valiosas se ha convertido, a través de imperceptibles etapas, en nuevas generalizaciones (que los hechos pocas veces pueden confirmar), y de generalizaciones en actitudes arbitrarias.

196

La ortodoxia empírica se define a menudo en función de una crítica sistemática de la obra de J. L. y Barbara Hammond. Es cierto que los Hammond eran propensos a moralizar la historia y a organizar en exceso sus materiales desde el punto de vista de la «sensibilidad ofendida».¹¹ Muchos aspectos de su obra han sido criticados o modificados a la luz de investigaciones posteriores y nosotros pretendemos también señalar otros. Pero una defensa de los Hammond tiene que basarse no sólo en el hecho

⁹ Véase W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, 1948, especialmente las pp. 122-125.

¹⁰ Algunas de las visiones que aquí se han bosquejado se encuentran, de forma implícita o explícita, en T. S. Ashton, *Industrial Revolution*, 1948 (hay una traducción castellana en Fondo de Cultura Económica, México) y A. Radford, *The Economic History of England*, 2ª edición, 1960. Una variante sociológica es desarrollada por N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, y una confusa popularización se encuentra en John Vaizey, *Success Story*, WEA, sin fecha.

¹¹ Véase E. E. Lampará, *op. cit.*, p. 7.

de que sus volúmenes sobre los trabajadores, con sus copiosas citas y amplia documentación, seguirán siendo una de las fuentes más importantes para estudiar este período, sino también en que a través de su narración nos aproximaron al contexto político en el que tuvo lugar la Revolución industrial. Para un investigador que examina los libros contables de una fábrica de algodón, las guerras napoleónicas sólo aparecen como una influencia anormal que afecta los mercados exteriores y que hace fluctuar la demanda. Los Hammond no habrían olvidado, ni por un momento, que también fue una guerra contra el jacobinismo. «La historia de Inglaterra en la época de la que se ocupan estas páginas aparece como una historia de guerra civil.» Este es el comienzo del capítulo introductorio de *The Skilled Labourer*. Y en la conclusión a *The Town Labourer*, entre otros comentarios de mediocre valor, hay una perspicacia que realza con imprevista claridad todo el período:

En la época en que media Europa estaba embriagada y la otra media aterrorizada por la nueva magia de la palabra ciudadano, la nación inglesa estaba en manos de hombres que contemplaban la idea de la ciudadanía como un desafío a su religión y su civilización; que pretendían convertir deliberadamente las desigualdades de la vida en la base del Estado, y acentuar y perpetuar la posición de los obreros como una clase sometida. De ahí el hecho de que la Revolución francesa haya dividido menos al pueblo francés de lo que la Revolución industrial ha dividido al pueblo de Inglaterra ...

197

«De ahí el hecho ...» Se puede poner en duda el juicio. Y sin embargo, es en esa intuición —que la revolución que *no* tuvo lugar en Inglaterra fue un completamente devasadora, y en algunos aspectos más lacerante, que la que tuvo lugar en Francia— donde encontramos una clave para la naturaleza verdaderamente catastrófica del período. En toda esa época hay tres grandes influencias, y no dos, que actúan simultáneamente. Está el tremendo crecimiento demográfico (en Gran BreUña, de 10,5 millones en 1801 a 18,1 millones en 1841, con el mayor índice de crecimiento entre 1811-1821). Está la Revolución industrial en sus aspectos tecnológicos. Y está la contra-revolución política de 1792 a 1832.

Al final, tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que se estaban configurando. Las fuerzas que contribuían a la reforma política a finales del siglo XVIII — Wilkes, los negociantes de la *City*, la pequeña *gentry* de Middlesex, la «muchedumbre»; o Wyvill y la pequeña *gentry y yeomen*, los pañeros, los cuchilleros y los artesanos— estuvieron en vísperas de conseguir al menos algunas victorias aisladas en la década de 1790: a Pitt le correspondió el papel de primer ministro reformista. Si los hechos hubieran seguido su curso «natural», hubiera sido lógico esperar algún conflicto, mucho antes de 1832, entre la oligarquía agraria y comercial y los fabricantes y la pequeña *gentry*, con la clase obrera a remolque de la agitación de la clase media. E incluso en 1792, cuando los industriales y los profesionales liberales destacaban en el movimiento de reforma, el equilibrio de fuerzas aún era ése. Pero

después del triunfo de *Los derechos del hombre*, la radicalización y el terror de la Revolución francesa, y la arremetida de la represión de Pitt, sólo la plebeya Sociedad de Correspondencia se mantuvo firme contra las guerras contrarrevolucionarias. Y esos grupos plebeyos, a pesar de lo pequeños que eran en 1796, formaron una tradición «subterránea» que actuó hasta el fin de las guerras. La aristocracia y los fabricantes, alarmados por el ejemplo francés y en el fervor patriótico de la guerra, hicieron causa común. El *ancien régime* inglés recobró su vigor, no sólo en los asuntos nacionales, sino también en la perpetuación de las antiguas corporaciones municipales que mal administraban las abultadas poblaciones industriales. Los fabricantes recibieron a cambio importantes concesiones; y señaladamente la derogación o revocación de la legislación «paternalista» que protegía el aprendizaje, la regulación de los salarios o las condiciones de trabajo en la industria. La aristocracia estaba interesada en reprimir las «conspiraciones» jacobinas del pueblo, los fabricantes estaban interesados en frustrar sus «conspiraciones» para aumentar los salarios: las *Combination Acts* servían para ambos propósitos.

198

De ese modo, los obreros se vieron abocados al *apartheid* político y social durante las guerras (en las que, en parte, también tuvieron que combatir). Es cierto que eso no era completamente nuevo. Lo que era nuevo era que coincidiese con una Revolución francesa; con una conciencia creciente de la propia identidad y unas aspiraciones más amplias (puesto que se había plantado el «árbol de la libertad» desde el Támesis al Tyne); con un aumento demográfico, en el que la pura sensación de cantidad, en Londres y en los distritos industriales, se volvió más impresionante de año en año (y a medida que crecían en cantidad, probablemente disminuía el respeto hacia el patrono, el magistrado o el párroco); y con unas formas de explotación económica más intensas y transparentes. Más intensivas en la agricultura y en las viejas industrias domésticas, más transparentes en las nuevas fábricas y quizá en las minas. En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1820 son los años de la generalización de las *endosares*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y —en el sur— al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes (ya sean fabricantes o intermediarios) y de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtiesen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños (y de mujeres, de forma clandestina) en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía *ver* cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados.

Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían más estrictas y menos personales; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba (en palabras de Toynbee) «situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano», esa «libertad» hacía que percibiese más su *no* libertad. Pero en cada uno de los aspectos que buscarse para resistir la explotación, se enfrentaba con las fuerzas del patrono o del Estado, y normalmente con las dos.

199

La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación. Esta no es una idea anacrónica extraída abusivamente de la documentación. Podemos describir algunas partes del proceso de explotación tal como las veía un notable operario de la industria del algodón en 1818, el año en que nació Marx. El relato — una declaración dirigida al público de Manchester, que estaba al borde de la huelga, firmada por «Un Oficial Hilandero de Algodón»— comienza describiendo a los patronos y a los obreros como «dos clases distintas de personas»:

“En primer lugar, pues, por lo que se refiere a los patronos: con muy pocas excepciones, son un grupo de hombres que han surgido del negocio del algodón sin educación ni preparación, excepto la que hayan podido adquirir, gracias a su relación con el pequeño mundo de comerciantes en la lonja de Manchester; pero para contrarrestar ese defecto, dan unas apariencias, gracias a un ostentoso despliegue de mansiones elegantes, ajuares, libreas, parques, caballos, perros de caza, etc., que se cuidan de exhibir ante el comerciante extranjero de la forma más fastuosa. Por supuesto, sus casas son elegantes palacios que superan con mucho, en volumen y extensión, las residencias refinadas y fascinantes que se pueden ver en los alrededores de Londres ... pero el observador puro de las bellezas de la naturaleza y el arte combinados advertirá en ellas una deplorable falta de gusto. Educan a sus familias en las escuelas más caras, decididos a dar a su descendencia una doble ración de lo que a ellos les falta. Así, sin que apenas haya en sus cabezas una segunda intención, son materialmente pequeños monarcas, absolutos y despóticos en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinando cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto. En resumen, me atreveré a decir, sin miedo a la contradicción, que se observa una mayor distancia entre el amo y el hilandero aquí, de la que hay entre el mayor comerciante de Londres y su último criado o el más humilde artesano. Desde luego no se puede comparar. Sé que es un hecho que la mayor parte de los patronos de hilanderos desean mantener bajos los salarios con el propósito de mantener a los hilanderos

indigentes y sin ánimos así como con el propósito de llevarse el beneficio a sus bolsillos.

“Los patronos de hilanderos son una clase de hombres distinta de todos los demás maestros artesanos del reino. Son ignorantes, orgullosos y tiránicos. ¿Cómo deben ser los hombres, o mejor dicho los seres, que son los instrumentos de tales amos? Porque, durante años y años, han sido, con sus esposas y sus hijos, la paciencia personificada, esclavos y esclavas para sus crueles amos. Es inútil ofender nuestro sentido común con la observación de que aquellos hombres son libres; de que la ley protege por un igual a los ricos y a los pobres, y que un hilandero puede abandonar a su amo si no le gustan los salarios que paga. Es cierto, puede, pero ¿dónde debe ir?; por supuesto, a otro amo. De acuerdo, va; le preguntan dónde trabajó antes, «¿te despidieron?» No, no nos poníamos de acuerdo acerca de los salarios. Bueno, no puedo darte empleo a ti ni a nadie que deje a su amo por este motivo. ¿Por qué ocurre esto? Porque existe un abominable *pacto vigente entre los amos*, que se estableció por primera vez en Stockport, en 1802, y desde entonces se ha generalizado tanto, que abarca a todos los grandes amos en una área de muchas millas alrededor de Manchester, aunque no a los pequeños patronos: éstos están excluidos. En opinión de los grandes, son los seres más detestables que se puedan imaginar ... Cuando se estableció el pacto, uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Si va a la parroquia, que es la tumba de toda independencia, le dicen: No podemos ayudarte, si riñes con tu amo te mandaremos a prisión, y no vamos a mantener a tu familia; de modo que el hombre se ve obligado, debido a una combinación de circunstancias, a someterse a su amo. No puede viajar y encontrar trabajo en cualquier ciudad como zapatero, ensamblador o sastre, está confinado en el distrito.

“En general, los obreros son un grupo inofensivo de hombres instruidos y sin pretensiones, aunque es casi un misterio para mí el cómo adquieren esa instrucción. Son dóciles y tratables, si no se les irrita demasiado: pero esto no es sorprendente, si tenemos en cuenta que están acostumbrados a trabajar, a partir de los 6 años, desde las cinco de la mañana hasta las ocho y las nueve de la noche. Dejad que uno de los defensores de la obediencia al amo se aposte en la avenida que conduce a una fábrica, un poco antes de las cinco de la mañana, y que observe el aspecto miserable de los pequeñuelos y de sus padres, arrancados de sus camas a una hora tan temprana y en todo tipo de tiempo; dejadle que examine la miserable ración de comida, compuesta básicamente de gachas y torta de avena troceada, un poco de sal, y a veces coloreado con un poco de leche, junto con unas pocas patatas y un trocito de tocino o manteca para comer; ¿comería esto un trabajador manual de Londres? En la fábrica están

encerrados hasta la noche (si llegan algunos minutos tarde, se les descuenta una cuarta parte del salario) en estancias con una temperatura más elevada que la de los días más calurosos de este verano, y no se les deja tiempo, excepto tres cuartos de hora para comer, en todo el día: cualquier otra cosa que coman en otro momento la deben ingerir mientras trabajan. El esclavo negro que trabaja en las Indias Occidentales, cuando trabaja bajo un sol abrasador, tiene probablemente una pequeña brisa, de vez en cuando, para airearse; tiene un trozo de tierra y un tiempo permitido para cultivarlo. El esclavo hilandero inglés no disfruta de un espacio abierto ni de las brisas del cielo. Encerrado en fábricas de ocho pisos de altura, no tiene descanso hasta que el pesado motor se detiene, y entonces se va a su casa a recuperarse para el día siguiente; no hay tiempo para mantener una agradable relación con su familia; todos están igual de fatigados y agotados. No se trata de una imagen exagerada, es literalmente cierto. Yo pregunto de nuevo, ¿se someterían a esto los trabajadores manuales del sur de Inglaterra?

201

“Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios, y antes de que se utilizaran esas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor, destinadas a suplir la necesidad de trabajo humano, había gran número de lo que luego se llamaron *pequeños patronos*; hombres que con un pequeño capital se podían procurar unas pocas máquinas y emplear a unos pocos trabajadores, hombres y muchachos (es decir, de 20 a 30 años), el producto de cuyo trabajo se llevaba todo al mercado central de Manchester y se ponía en manos de los agentes de negocios ... Los agentes lo vendían a los comerciantes, gracias a los cuales el patrono de hilanderos podía seguir trabajando en su casa y ocuparse de sus trabajadores. En aquellos días, el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en casa, donde lo calentaban y lo limpiaban a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en lo que pueden realizar niños a cambio de unos pocos chelines, 4 o 5 por semana. En aquel momento, si un hombre no se ponía de acuerdo con su amo, le dejaba y podía emplearse en cualquier otro sitio. Sin embargo, hace pocos años cambió el cariz de las cosas. Se empezaron a utilizar las máquinas de vapor, y se requería un gran capital para comprarlas y para construir edificios suficientemente grandes para que cupiesen aquéllas y 600 o 700 trabajadores. La máquina producía artículos más vendibles (aunque no mejores) que los que podía hacer el pequeño patrón por el mismo precio. El resultado fue su ruina en poco tiempo; y los prósperos capitalistas triunfaron con su caída, puesto que aquéllos eran el único obstáculo que quedaba entre ellos y el absoluto control

de los obreros.

“Luego surgieron diversas disputas entre los obreros y los patronos con respecto a la pulcritud del trabajo, puesto que los obreros cobraban de acuerdo con el número de madejas o yardas de hebra que producían a partir de una cantidad de algodón dada, que siempre debía ser verificada por el supervisor, cuyo interés le obligaba a inclinarse en favor del patrono y a considerar el material como más burdo de lo que era. Si el obrero no se sometía *debía emplazar a su patrón ante un magistrado*; el conjunto de magistrados en activo de aquel distrito, con la excepción de dos honestos clérigos, eran caballeros cuyo origen era el mismo que el de los patronos de hilanderos del algodón. El patrono, en general, se contentaba con enviar a su supervisor para que respondiese a cualquiera de esos requerimientos, considerando que situarse frente a frente con su sirviente era rebajarse. La decisión del magistrado era, por lo general, favorable al patrono, aunque sólo se basaba en la declaración del supervisor. El obrero no se atrevía a apelar a los tribunales a causa del gasto ...

“Estos males que se infligen a los hombres han surgido de aquel terrible monopolio que existe en aquellos distritos, en donde la riqueza y el poder están en manos de unos pocos, que, con la arrogancia en sus corazones, se creen los señores del universo.”¹²

Esta lectura de los hechos, en su lógica notable, es una manifestación *ex parte* tanto como lo es la «economía política» de lord Brougham. Pero el «Oficial Hilandero de Algodón» describía hechos de una clase diferente. No es necesario que nos preocupemos por la solidez de todas sus afirmaciones. Lo que hace esta declaración es especificar, una detrás de otra, las injusticias que los obreros sentían como cambios en el carácter de la explotación capitalista: la ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; el empeoramiento de la condición del trabajador y sobre todo su pérdida de independencia, su reducción a la dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de un «instrumento».

203

El hecho de que los obreros sintiesen esas injusticias de alguna manera —y que las sintiesen de forma apasionada— es suficiente en sí mismo para merecer nuestra atención. Y nos recuerda, a la fuerza, que algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años versaron sobre temas que no están englobados por las series del coste-de-la-vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales,

¹² *Black Dwarf* (30 de septiembre de 1818).

«justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan-y-mantequilla». Los primeros años de la década de 1830 están encendidos por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria: los alfareros contra el *Truck System*,* los trabajadores de la industria textil en favor del proyecto de ley de las diez horas; los obreros de la construcción, en favor de la acción directa cooperativa; todos los trabajadores en favor del derecho a afiliarse a las *trade unions*. La gran huelga de la cuenca minera del noreste, en 1831, se hizo por la seguridad de empleo, los «*tommy shops*»** y el trabajo de los niños.

* Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero. (*N. de la L*)

** Almacenes en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos. (*N. de la t.*)

La relación de explotaciones más que la suma de injusticias y antagonismos mutuos. Es una relación que puede verse que adopta formas distintas en contextos históricos diferentes, formas que están en relación con las formas correspondientes de propiedad y poder del Estado. La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es despersonalizada, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del «Oficio». No hay indicios del precio «justo», o de un salario justificado en relación a las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado. El antagonismo se acepta como intrínseco a las relaciones de producción. Las funciones de dirección o supervisión exigen la represión de todos los atributos excepto aquellos que promueven la expropiación del máximo valor excedente del trabajo. Esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital*. El trabajador se ha convertido en un «instrumento», o una entrada entre las demás partidas del coste.

204

De hecho, ninguna empresa industrial compleja se podría dirigir con esa filosofía. La necesidad de paz industrial, de una fuerza de trabajo estable y de un cuerpo de trabajadores cualificados y con experiencia exigía la modificación de las técnicas de dirección —y, por supuesto, el desarrollo de nuevas formas de paternalismo— en las fábricas de los algodonereros hacia la década de 1830. Pero en las industrias que temían un exceso de trabajo externo, donde siempre había una cantidad suficiente de «mano de obra» desorganizada que competía por el empleo, esas consideraciones no afectaban. Ahí, dado que las viejas costumbres se habían erosionado y se había desechado el viejo paternalismo, la relación de explotación surgió omnipotente.

Eso no significa que podamos echar la «culpa» de cada una de las penurias de la Revolución industrial a «los patronos» o al *laissez faire*. El proceso de industrialización debe acarrear sufrimiento, en cualquier contexto social que podamos concebir, y la destrucción de las formas de vida más antiguas y apreciadas. Muchas investigaciones recientes han arrojado luz sobre las dificultades particulares de la experiencia británica: los riesgos de los mercados, las múltiples consecuencias comerciales y financieras de las guerras, la deflación de la posguerra, los movimientos en la relación

real de intercambio, y las presiones resultantes de la «explosión» demográfica. Además, las preocupaciones del siglo XX nos han hecho tener conciencia de la magnitud de los problemas del crecimiento económico. Se puede argüir que Gran Bretaña, en la Revolución industrial, se tropezó con los problemas del «despegue»: la fuerte inversión a largo plazo —canales, fábricas, vías férreas, fundiciones, minas, infraestructura— se hizo a costa del consumo cotidiano; las generaciones de trabajadores situadas entre 1790 y 1840 sacrificaron al futuro parte de, o todas, sus perspectivas de aumento del consumo.¹³

Todos estos argumentos merecen una atención cuidadosa. Por ejemplo, los estudios de la fluctuación de la demanda del mercado sudamericano, o la crisis bancaria en el país, nos pueden decir mucho acerca de las razones del crecimiento o retraso de industrias determinadas. La crítica que se hace a la ortodoxia académica predominante no se dirige a los estudios empíricos *per se*, sino a la fragmentación de nuestra comprensión del proceso histórico completo. En primer lugar, el empirista separa determinados hechos de este proceso y los examina de forma aislada. Como se dan por sentadas las condiciones que dan lugar a los hechos, éstos aparecen no sólo como explicables en sus propios términos, sino como inevitables. Las guerras se debían pagar con una fuerte imposición fiscal; aceleraron el crecimiento de ese modo y lo retrasaron en aquel otro. Dado que esto se puede demostrar, también quería decir que *necesariamente* fue así. Pero miles de ciudadanos ingleses de la época estaban de acuerdo con la condena que Thomas Bewick hacía de «esta guerra extremadamente malvada».¹⁴ El peso desigual de los impuestos, los inversores en deuda pública que sacaban beneficios de la deuda nacional, el papel moneda, no eran aceptados por muchos contemporáneos como datos dados, sino que eran el punto central de una agitación radical intensiva.

205

Pero hay un segundo nivel en el que el empirista puede volver a juntar de nuevo todos esos estudios fragmentarios, construyendo un modelo del proceso histórico compuesto de una multiplicidad de elementos inevitables entrelazados, una sucesión fragmentaria. Cuando examinamos las facilidades de crédito o la relación real de intercambio, en las que cada hecho es explicable y además aparece como una causa, suficiente en sí misma, de otros hechos, llegamos a un determinismo *post facto*. Se pierde la dimensión de la intervención humana, y se olvida el contexto de las relaciones de clase.

Es absolutamente cierto que existía aquello que señala el empirista. Las Órdenes Reales llevaron, en 1811, a ciertos oficios a la casi paralización; los precios crecientes de la madera, después de las guerras, aumentaron excesivamente los costes de la construcción; un cambio pasajero en la moda (encaje en vez de cinta) podía silenciar

¹³ Véase S. Pollard. «Investment, Consumption. and the Industrial Revolution», *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XI (1958), pp. 215-226.

¹⁴ Bewick. *Memoir*. edición de 1961. p. 151.

los telares de Coventry; el telar mecánico competía con el telar manual. Pero incluso estos hechos evidentes, con sus limpias credenciales, merecen ser cuestionados. ¿Consejo de quién, y por qué las Órdenes? ¿Quién sacaría más beneficio del acaparamiento con la escasez de madera? ¿Por qué deberían permanecer ociosos los telares, si decenas de miles de muchachas del país suspiraban por las cintas, pero no se podían permitir comprarlas? ¿Por medio de qué alquimia social se convertían los inventos para ahorrar trabajo en máquinas de empobrecimiento? El hecho en sí —una mala cosecha— parece estar más allá de la elección humana. Pero la forma en que aquel hecho se desarrollaba tenía que ver con las condiciones de un complejo particular de relaciones humanas: ley, propiedad, poder. Cuando nos tropezamos con alguna frase sonora como ésta: «el intenso flujo y reflujo del ciclo del comercio», debemos ponernos en guardia. Porque detrás de este ciclo del comercio hay una estructura de relaciones sociales, que fomenta algunas clases de expropiación (renta, interés y beneficio) y proscribire otras (el robo, derechos feudales), que legitima algunos tipos de conflicto (la competencia, la guerra armada) e inhibe otros (el tradeunionismo, los motines de subsistencia, las organizaciones políticas populares); una estructura que, a los ojos del futuro, puede parecer *a la vez* bárbara y efímera.

206

Plantear esas amplias preguntas podría ser innecesario, puesto que el historiador no puede estar cuestionando siempre las credenciales de la sociedad que estudia. Pero, de hecho, todas esas preguntas fueron planteadas por los contemporáneos; no sólo por hombres de las clases más elevadas (Shelley, Cobbett, Owen, Peacock, Thompson, Hodgskin, Carlyle), sino por miles de obreros organizados. Sus portavoces pusieron en cuestión no sólo las instituciones políticas, sino la estructura social y económica del capitalismo industrial. Opusieron sus propios hechos y sus propios cálculos a los hechos que presentaba la economía política ortodoxa. Así, en fecha tan temprana como 1817, los tejedores de punto de Leicester propusieron, en una serie de resoluciones, una teoría del subconsumo de las crisis capitalistas:

Que el consumo de nuestros fabricantes se debe reducir en la misma proporción en que la Reducción de los Salarios hace a la gran Mayoría del Pueblo pobre y desgraciado.

Que si, en general, se dieran salarios abundantes a los Trabajadores Manuales de todo el País, el Consumo Interior de nuestras manufacturas sería, de inmediato, más del doble, y en consecuencia todo trabajador encontraría empleo pronto.

Que Reducir el Salario del Trabajador Manual en este País a un nivel tan bajo que no puede vivir de su trabajo, para vender Manufacturas Extranjeras a un precio inferior en un Mercado Extranjero, es ganar un cliente fuera y perder dos en el país ...¹⁵

Si los que tienen empleo trabajaran menos horas, y si se restringiera el trabajo de los niños, habría más trabajo para los trabajadores manuales y los desempleados podrían trabajar por su cuenta y cambiar los productos de su trabajo de forma directa, substrayéndose a los caprichos del mercado capitalista; las mercancías serían más

¹⁵ H.O. 42.160. Véase también Hammond. *The Town Labourer*. p. 303, y los datos de Oastler sobre los tejedores manuales más adelante, pp. 326-327.

baratas y el trabajo estaría mejor remunerado. Oponían, a la retórica del libre mercado, el lenguaje del «nuevo orden moral». El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano.

Apenas es posible escribir la historia de la agitación popular durante esos años, a no ser que hagamos al menos el esfuerzo imaginativo de entender cómo interpretaba la realidad un hombre como el «Oficial Hilandero de Algodón». Él hablaba de los «patronos», no como un agregado de individuos, sino como una clase. Como clase, «ellos» le denegaban sus derechos políticos. Si había una recesión comercial, «ellos» recortaban sus salarios. Si el comercio mejoraba, tema que luchar contra «ellos» y su Estado para obtener cualquier porción de la mejora. Si la comida era abundante, «ellos» sacaban beneficio. Si era escasa, algunos de «ellos» sacaban más beneficio. «Ellos» conspiraban, no sobre este o aquel hecho aislado, sino sobre la relación esencial de explotación, dentro de la cual todos los hechos tenían validez. Verdaderamente había fluctuaciones de mercado, malas cosechas y todo lo demás; pero mientras que la experiencia de la explotación intensificada era constante, las causas de las penurias eran variables. Éstas afectaban a la población obrera, no de forma directa, sino a través de la refracción de un sistema particular de propiedad y poder que distribuía las ganancias y las pérdidas con una gran parcialidad.

207

Estas consideraciones más amplias han estado recubiertas, durante algunos años, por el ejercicio académico conocido como la «controversia acerca del nivel de vida» (por la cual los estudiantes pasan y vuelven a pasar). ¿Aumentó o disminuyó el nivel de vida del grueso de la población entre 1780 y 1830, o entre 1800 y 1850?¹⁶ Para entender el significado de la discusión, debemos repasar brevemente su desarrollo.

El debate sobre valores es tan viejo como la Revolución industrial. La controversia acerca del nivel de vida es más reciente. La *confusión* ideológica es todavía más reciente. Podemos empezar por uno de los puntos más lúcidos de la controversia. Sir John Clapham escribió en su prefacio a la primera edición de su *Economic History of Modern Britain*, en 1926:

La leyenda de que todo empeoró para el obrero, a partir de una fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición [1837 y 1851: E.P.T.], tarda en morir. El hecho de que, después de la caída de los precios de 1820-1821, el poder adquisitivo de los salarios en general —por supuesto, no de todos los salarios— fuera claramente mayor de lo que había sido antes de las guerras revolucionarias y Napoleónicas, encaja tan mal con la tradición que pocas veces se menciona; los historiadores sociales ignoran constantemente el trabajo de los estadísticos acerca de los salarios y los precios.

J. L. Hammond dio, en la *Economic History Review* (1930), una respuesta de dos

¹⁶ La inutilidad de una parte de esta discusión se demuestra por el hecho de que tomando distintos grupos de datos puede llegarse a diferentes respuestas. Los del período 1780-1830 favorecen la visión de los «pesimistas»; los de 1800-1850 favorecen la de los «optimistas».

tipos: en primer lugar, criticó las estadísticas de ingresos agrícolas que utilizaba Clapham. Éstas se basaban en la suma de los promedios del país, y luego su división por el número de condados, para llegar a un promedio nacional; como sea que la población con bajo nivel de salarios de los condados del sur era más numerosa que la de los condados con altos niveles salariales (en los que los ingresos de la agricultura se hinchaban por la proximidad de la industria), Hammond pudo demostrar que el «promedio nacional» ocultaba el hecho de que el 60 por 100 de la población trabajadora se encontraba en condados donde los salarios estaban por debajo de la cifra «promedio». La segunda parte de su respuesta consistió en una desviación hacia las discusiones de valor (felicidad) en su forma más nubosa e insatisfactoria.

208

Clapham aceptó la primera parte de esta respuesta, en el prefacio a la segunda edición de su libro (1930); refutó la segunda parte con una seca prudencia («un rodeo en palabras», «asuntos más importantes») pero, sin embargo, reconoció: «Estoy profundamente de acuerdo ... en que las estadísticas sobre bienestar material nunca pueden medir la felicidad de la población.» Además, afirmaba que cuando había criticado el punto de vista de que «todo empeoró», «no quería decir que todo mejorase. Sólo quería decir que los historiadores actuales han subrayado demasiado a menudo ... los empeoramientos y omitido o ignorado las mejoras».

Los Hammond, por su parte, en una posterior revisión de *The Bleak Age*, edición de 1947, hicieron las paces: «Los estadísticos nos dicen que ... están convencidos de que los salarios aumentaron y de que la mayoría de los hombres y mujeres eran menos pobres cuando ese descontento era ruidoso y activo, que cuando el siglo XVIII empezaba a envejecer en un silencio como el del otoño. Los datos, por supuesto, son insuficientes y su significado no es muy sencillo, pero esta visión general es más o menos correcta.» La explicación al descontento «se debe buscar fuera de la esfera de las condiciones estrictamente económicas».

Hasta aquí, bien. Los historiadores sociales del período, más fecundos —pero menos consistentes—, se han tropezado con la severa crítica de un notable empirista; y finalmente ambas partes han cedido terreno. Y a pesar del acaloramiento que más tarde se ha generado, la divergencia real entre las firmes conclusiones económicas de los protagonistas es insignificante. En la actualidad, si bien ningún investigador serio está dispuesto a sostener que todo iba peor, tampoco ninguno que lo sea sostendrá que todo iba mejor. Tanto el doctor Hobsbawm (un «pesimista») como el profesor Ashton (un «optimista») coinciden en que los salarios reales disminuyeron durante las guerras napoleónicas y sus consecuencias inmediatas. El doctor Hobsbawm no afirma que haya con seguridad un aumento notable del nivel de vida hasta mediados de la década de 1840; mientras que el profesor Ashton observa un clima económico «más benigno» después de 1821, un «acusado movimiento hacia arriba sólo interrumpido por los retrocesos de 1825-1826 y 1831»; y en vista de las crecientes importaciones de té, café, azúcar, etc., «es difícil creer que los obreros no participaron de la ganancia».

Por otra parte, su propia lista de precios de los distritos de Oldham y Manchester muestra que «en 1831 la dieta normal de los pobres apenas podía costar mucho menos que en 1791», aunque no ofrece ninguna tabla de salarios correspondiente. Su conclusión consiste en sugerir la existencia de dos grupos principales dentro de la clase obrera: «una amplia clase situada muy por encima del nivel de la mera subsistencia» y «masas de trabajadores no cualificados o poco cualificados —obreros agrícolas empleados de manera estacional y tejedores manuales, en particular— cuyos ingresos quedaban casi por completo absorbidos con el pago de las escuetas necesidades de subsistencia». «Mi *suposición* sería que el número de los que podían compartir los beneficios del progreso económico era mayor que el número de los que estaban excluidos de esos beneficios y que aquél crecía constantemente.»¹⁷

De hecho, por lo que se refiere al período 1790-1830, hay muy pocas mejoras. La situación de la mayoría era mala en 1790, y siguió siendo mala en 1830 (y 40 años son mucho tiempo), pero existe algún desacuerdo en cuanto al tamaño de los grupos relativos dentro de la clase obrera. Y en la década siguiente el asunto no está mucho más claro. Sin duda, los salarios reales aumentaron entre los obreros organizados, durante el estallido de actividad de las *trade unions*, entre 1832 y 1834; pero el período de buenos negocios, entre 1833 y 1837, estuvo acompañado por la destrucción de las *trade unions* mediante los esfuerzos conjugados del gobierno, los magistrados y los patronos; mientras que los años 1837-1842 son de depresión. De modo que, ciertamente, en «alguna fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición» la marcha de los acontecimientos empieza a cambiar; digamos, con el *boom* del ferrocarril en 1843. Por otra parte, incluso a mediados de la década de los cuarenta la situación de grupos muy grandes de obreros continúa siendo desesperada, en tanto que la quiebra del ferrocarril condujo a los años de depresión de 1847-1848. Esto no se parece mucho a la «historia de un triunfo»; durante medio siglo del más pleno desarrollo del industrialismo, el nivel de vida todavía se mantenía —para grupos muy grandes aunque indeterminados de población— en el límite de subsistencia.

Sin embargo, esta no es la impresión que se da en muchas obras contemporáneas. Ya que, del mismo modo que una generación anterior de historiadores, que también eran reformadores sociales (Thorold Rogers, Arnold Toynbee, los Hammond), dejaban que su solidaridad con los pobres les condujera en ocasiones a una confusión de la historia con la ideología, hoy encontramos que la solidaridad de algunos historiadores de la economía hacia el patrón capitalista les ha conducido a una

¹⁷ La cursiva es mía. T. S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en *Capitalism and the Historians*, compilado por F. A. Hayek, pp. 127 y siguientes; E. J. Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790-1850; *Economic History Review*, X (agosto 1957). (De este último hay trad. cast.: -El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona, 1979, pp. 84-121.

confusión de la historia con las disculpas.¹⁸ El punto de transición estuvo marcado por la publicación, en 1954, de un simposio sobre *Capitalism and the Historians*, compilado por el profesor F. A. Hayek, que era el trabajo de un grupo de especialistas «que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguardia de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria». Puesto que este grupo de especialistas internacionales consideraba que «una sociedad libre» era, por definición, una sociedad capitalista, los resultados de una mezcla tal de teoría económica y argumentos especiosos fueron deplorables; y no lo fueron menos en la obra de uno de los colaboradores, el profesor Ashton, cuyos prudentes descubrimientos de 1949 se han trasmutado ahora —sin nuevos datos— en la categórica afirmación de que «en general, hoy día se reconoce que, para la mayoría, el aumento de los salarios reales fue substancial».¹⁹ En este punto la controversia degeneró en una confusión. Y a pesar de los intentos más recientes de rescatarla para la investigación,²⁰ la controversia sigue existiendo desde muchos puntos de vista como una confusión de aseveraciones y argumentos especiosos.

La controversia se divide en dos partes. En primer lugar, está la auténtica dificultad de construir series de salarios, de precios e índices estadísticos a partir de los abundantes pero desiguales datos. Cuando tratemos de los artesanos examinaremos algunas de las dificultades que existen al interpretar los datos. Pero en este punto empieza una serie adicional de dificultades, puesto que el término «nivel» nos conduce desde los datos susceptibles de medición estadística (salarios o artículos de consumo) hacia aquellas satisfacciones de las necesidades que los estadísticos describen a veces como «imponderables».

211

De la alimentación pasamos a las viviendas, de las viviendas a la salud, de la salud a la vida familiar, y de aquí al ocio, a la disciplina del trabajo, la educación y el juego, la intensidad del trabajo, etc. De un estándar de vida pasamos a un modo de vida. Pero las dos cosas no son lo mismo. La primera es una medición de cantidades, la segunda una descripción (y a veces una valoración) de calidades. Mientras que los datos estadísticos son apropiados para la primera, en cuanto a la segunda debemos apoyarnos ampliamente en los «testimonios literarios». Sacar conclusiones para una

¹⁸ Para que el lector no juzgue con demasiada severidad al historiador, podemos recordar la explicación de sir John Clapham respecto de la forma en que el principio selectivo puede organizar la información. «Es muy fácil hacerlo de manera involuntaria. Hace 30 años leí y subrayé el libro de Arthur Young *Trovés in Trance*, e impartí mis clases a partir de los párrafos señalados. Hace 5 años volví a leerlo, y descubrí que siempre que Young hablaba de un francés desgraciado, yo lo había subrayado, pero que muchas de sus referencias a los franceses felices o prósperos las había dejado sin señalar.» Tengo la sospecha de que durante 10 o 15 años, la mayor parte de historiadores de la economía se han dedicado a subrayar la información próspera y feliz del texto.

¹⁹ T. S. Ashton. «The Treatment of Capitalism by Historians», en *Capitalism and the Historians*. p. 41. El ensayo del profesor Ashton sobre «The Standard of Life of the Workers in England», que está reimpresso en este volumen, apareció originariamente en el *Journal of Economic History* (1949).

²⁰ La valoración más constructiva de la controversia se encuentra en A. I. Taylor. «Progress and Poverty in Britain, 1780-1850», *History* (febrero, 1960).

de ellas en base a los datos apropiados sólo para la otra da lugar a un importante foco de confusión. A veces parece que los estadísticos sostuvieran lo siguiente: «los índices revelan un aumento del consumo *per cápita* de té, azúcar, carne y jabón, *por consiguiente* la clase obrera era más feliz», mientras que los historiadores sociales respondían: «las fuentes literarias demuestran que el pueblo no era feliz, *por consiguiente* su nivel de vida debió empeorar».

Esto es una simplificación. Pero se deben establecer argumentos sencillos. Es perfectamente posible que los promedios estadísticos y las experiencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per cápita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre. Junto con los obreros agrícolas, el grupo uniforme de población trabajadora más numeroso, durante todo el período de la Revolución industrial, era el de los criados. Muchos de ellos eran criados domésticos que vivían con la familia que los había empleado, compartían estrechas habitaciones y trabajaban excesivas horas a cambio de unos pocos chelines. Sin embargo, los podemos catalogar, con seguridad, entre los grupos más favorecidos, cuyos niveles de vida (o de consumo de alimento y vestido) por término medio mejoraron un poco durante la Revolución industrial. Pero el tejedor manual y su esposa, en el límite de la miseria, seguían considerando que su posición social era superior que la de un «lacayo». O de nuevo, podríamos citar aquellos oficios, como la minería del carbón, en los que los salarios reales mejoraron entre 1790 y 1840, pero lo hicieron a costa de más horas y mayor intensidad de trabajo, de modo que la persona que mantenía a la familia estaba «acabada» antes de los 40 años. En términos estadísticos esta realidad revela una curva ascendente. Para las familias implicadas podía significar la depauperización.

212

Así, es perfectamente posible sostener dos proposiciones que, vistas por encima, parecen ser contradictorias. A lo largo del período 1790-1840, hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente. Hacia 1840, la mayor parte de la población estaba «más acomodada» de lo que lo habían estado sus predecesores 50 años antes, pero había sufrido y seguía sufriendo esa pequeña mejora como una experiencia catastrófica. Con el fin de explorar esta experiencia, en base a la cual surgió la expresión política y cultural de la conciencia de la clase obrera, debemos hacer lo siguiente: primero, estudiar la experiencia vital cambiante de tres grupos de trabajadores: los trabajadores rurales, los artesanos urbanos y los tejedores manuales;²¹ segundo, hablar de algunos de los elementos

²¹ He seleccionado estos grupos porque parece que su experiencia tiñe más la conciencia social de la clase obrera, durante la primera mitad del siglo. La influencia de los mineros y los obreros del metal no se sentirá plenamente hasta más avanzado el siglo. Los otros grupos clave —los hilanderos del algodón— son el tema de un estudio admirable en la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*.

Cap. 6. La explotación

menos «ponderables» del nivel de vida de la población; tercero, examinar las coacciones más íntimas que provocó la forma de vida industrial y la relación que el metodismo tiene con ellas. Por último, analizar algunos de los elementos que hay en las nuevas comunidades de la clase obrera.

Capítulo 7. LOS TRABAJADORES DEL CAMPO

Si analizamos la historia, entre 1790 y 1830, de los trabajadores que constituían el mayor grupo de todas las ocupaciones —los jornaleros agrícolas—,¹ veremos las dificultades que existen a la hora de fijar «niveles». No es completamente cierto (como suponían los Hammond) que los datos sean «insuficientes». La dificultad reside, más a menudo, en su interpretación. Existe documentación abundante referente a precios y salarios de principios del siglo XIX, pero son más escasas las series continuas con cifras fiables, para el mismo trabajo o la misma región. Cualquiera que haya examinado la densa maleza de datos que hay en la *Economic History of Modern Britain* de sir John Clapham, con su diversidad de usos regionales y ocupacionales, se puede sentir ciertamente abrumado por su exuberancia. Y, desde luego, los capítulos de Clapham sobre «Organización Agraria» y «Organización Industrial» son, en sí mismos, una lección; pero no una lección en cuanto a la interpretación de los datos, sino en cuanto a su cualificación.

A lo largo de toda esa laboriosa investigación, el gran empirista evita todas las generalizaciones excepto una, la busca del mítico «promedio». Cuando trata de la agricultura, encontramos la «granja media», la «pequeña tenencia media», la proporción «media» de jornaleros en relación con los patronos; conceptos que a menudo oscurecen más de lo que aclaran, puesto que se obtienen mezclando datos de las montañas de Gales y las tierras cerealícolas de Norfolk, que el propio Clapham se había tomado el trabajo de distinguir. Seguimos para encontrarnos con «el *cottager** medio de un área afectada por las *endosares*», la pérdida «media» de ingresos rurales debida a los subempleos industriales, los ingresos brutos de «esa figura más bien vaga, el trabajador Inglés (incluyendo al Galés) medio», etc. Ya hemos visto que esta actividad de «promediar» puede darnos resultados muy extraños: el 60 por 100 de los jornaleros que, en 1830, vivían en condados con un bajo nivel de salarios quedaban por debajo del «promedio».² «En cualquier promedio —admitía Clapham— se puede esperar que más o menos el 50 por 100 de las cifras promediadas esté por debajo del límite.» Pero si el mismo promedio se basa en el salario convencional de un trabajador con empleo regular —es decir, si el *squire* hojea sus libros de cuentas e informa al Ministerio de Agricultura que el salario convencional de un arador o un carretero es de 12s.—, podemos esperar que todos o la mayor parte de los jornaleros eventuales

¹ El censo de 1831 indicaba 961.000 familias empleadas en la agricultura: el 28 por 100 de todas las familias de Gran Bretaña.

² Véase p. 217 más arriba. Los «promedios» de los condados en los que se basa el «promedio» nacional se pueden someter exactamente a la misma crítica. Por otra parte, están calculados a partir de datos de los patronos, no de los trabajadores.

queden por debajo de este nivel.

* Bracero agrícola que vivía en una pequeña casa de campo y tenía un minúsculo trozo de tierra. El equivalente castellano podría ser: pegujalero, pelantrín o labrantín. (*N. de la t.*)

214

Pero en el punto que trata de los ingresos complementarios y de las consecuencias de las *enclosures* —como Clapham nos remite de detalles empíricos (las «amorosas siegas» en Glamorgan y los huertos de medio acre en Ludlow) a estimaciones «promedio»— tenemos la sensación de haber perdido el contacto con la realidad social:

Si el cerdo y el huerto del *cottage* le producían menos al jornalero Inglés medio en 1824 que en 1794 ... es muy posible que, de nuevo por promedio, la parcela de patatas equilibrase la pérdida. Verdaderamente, la pérdida de acceso a los bienes comunales durante aquellos 30 años había empeorado la suerte de muchos hombres en muchos lugares, aunque es dudoso que la pérdida de bienestar debida a las *enclosures* de los bienes comunales, hecho el promedio para toda Gran Bretaña, fuese muy grande. El recuerdo popular lo ha exagerado, puesto que en muchas partes de Inglaterra tuvo una importancia muy pequeña, todavía menos en Gales, y en Escocia, para el simple trabajador, no tuvo ninguna.³

¿Qué es lo que se promedia hora? La primera parte de su afirmación podría tener algún valor, si se pudiera demostrar que en las mismas aldeas en las que los huertos de los *cottages* se perdieron, se introdujeron las parcelas de patatas (aunque también deberíamos examinar los ingresos relativos). Pero la segunda parte, que ya se ha incorporado a la tradición, no es un ejemplo de promedio, sino de *adulteración* estadística. Se nos invita a mezclar las cifras que corresponden a las zonas de Gran Bretaña donde *tuvieron* lugar las *enclosures*, con las de las zonas donde *no tuvieron* lugar, a dividir la suma de esa solución rebajada, por el número de condados, y a obtener un «promedio» de pérdida de bienestar «debido a las *enclosures*». Pero esto es absurdo. No se puede sacar un promedio de cantidades desemejantes; ni se pueden dividir cantidades por condados para obtener un promedio cualitativo. Esto es lo que ha hecho Clapham.

Por supuesto, lo que estaba haciendo en realidad era ofrecer un juicio de valor provisional en relación a esa cualidad esquivada, el «bienestar», durante el período de máximas *enclosures*. Pero para hacer esto, deberían haberse introducido muchísimos más factores —tanto culturales como materiales— para sostener el juicio. Y como el juicio surge como un roble de la espesura de los detalles circunstanciales —y puesto que se le disfraza de «promedio»—, fácilmente se confunde con una afirmación de hecho.

215

Tampoco los hechos son tan claros como sugiere Clapham. Los ingresos agrícolas, durante gran parte del siglo XIX, se resisten tenazmente a ser reducidos a una forma estadística.⁴ No sólo debemos enfrentarnos a las acusadas fluctuaciones estacionales

³ *Loc. cit.*, p. 126.

⁴ Es significativo que cuando Clapham se comprometía en estimaciones de las variaciones porcentuales de salarios

de la demanda de trabajo, sino que tenemos por lo menos cuatro formas diferentes de relación entre patrono y empleado. 1) Empleados de la explotación agrícola, contratados por año o por trimestre. 2) Una fuerza de trabajo regular —en las grandes explotaciones agrícolas— con, más o menos, pleno empleo durante todo el año. 3) Trabajo eventual, pagado a jornal o a destajo. 4) Especialistas más o menos cualificados a los que se contrataba por un trabajo.

En la primera categoría, que disminuyó durante este período, se da la mayor seguridad y la menor independencia: salarios muy bajos, muchas horas de trabajo, pero casa y comida en la vivienda del agricultor. En la segunda categoría se encontrarán algunas de las mejores y algunas de las peores condiciones: el arador, que el agricultor prudente mantiene con regularidad, cuya esposa e hijos tienen preferencia en los trabajos eventuales, y que puede comprar leche y grano a precios bajos; en el otro extremo, los jóvenes peones, alojados y alimentados tan pobremente como cualquiera de los aprendices pobres de las primeras fábricas, que viven en los heniles y están sujetos a despido en cualquier momento; y en medio, «aquellos infelices a quienes la necesidad ha obligado a convertirse en esclavos de un hombre», que viven en *cortages* del patrono, y «se ven forzados a trabajar todo el año a cambio, con seguridad, de salarios bajos».⁵ En la tercera categoría existe una gran variedad: trabajo indigente; mujeres y niños con salarios míseros; trabajadores migratorios irlandeses (incluyendo obreros u otros artesanos urbanos que dejaban su trabajo para aprovecharse de los altos ingresos de la cosecha); y los trabajos a destajo sutilmente graduados, como los de la siega de las diferentes calidades de heno. En la cuarta categoría, tenemos incontables usos diferentes e ingresos familiares o de subcontrato disfrazados que hacen estragos en cualquier serie estadística:

216

21 de marzo	Samson, construir canales de drenaje en 29 acres	8.9
	Robert, 1 día serrando árboles desmochados	1.9
20 de mayo	Forasteros, escardar 5 acres de trigo a 3s. 6d.	17.6
29 de julio	Wright, segar 7 acres de trébol	14.0
	Richardson y Pavely, limpiar la alberca del corral	2.12.6

esto se lee en el libro de cuentas de un agricultor de Essex en 1797.⁶ «Trabajé como

y coste de la vida, no confiaba en una ordenación de sus propios datos, sino en el trabajo de otros investigadores, señaladamente Silberling, cuyas series sobre el coste de la vida han sido duramente criticadas recientemente: véase, p.e., T. S. Ashton, en *Capitalism and the Historians*. Para más precauciones respecto de las dificultades de la generalización, véase J. Saville, *Rural Depopulation in England and Wales*, 1957, pp. 15-17.

⁵ Ministerio de Agricultura, *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 162. Una respuesta de Lincolnshire, que contrasta la situación de los *cottagers* vinculados en una hacienda con los jornaleros de otra hacienda en la que el señor le arrienda a cada uno un acre para cultivar patatas y cuatro acres para una vaca.

⁶ A. F. J. Brown, *English History from Essex Sources*, Chelmsford, 1952, p. 39.

constructor de vallas, de bardas, y a destajo haciendo cercas de seto vivo», le dijo Joseph Cárter a Alexander Somerville, refiriéndose a los años 1823-1830:

El *squire* se comportaba como si yo obtuviese de él 64 libras al año, por un trabajo de aquel tipo hecho durante siete años. Pero luego no decía que la mayor parte de las veces tenía a un hombre que me ayudaba, y además a veces dos mujeres. No decía que yo pagaba más de 20 libras al año por los ayudantes.⁷

Si las cifras «no dicen eso», es imposible que muestren una multitud de otras cosas que influyen: pagos en especie o a precios reducidos; huertos y parcelas de patatas; las consecuencias de las *enclosures*; la repercusión de los impuestos, los diezmos, las leyes de caza y los impuestos para asistir a los pobres; las fluctuaciones en el empleo rural industrial; y, sobre todo, la aplicación de las *Poor Laws*, antes y después de 1834. La incidencia de los diversos agravios se siente de manera completamente distinta en diferentes momentos y diferentes lugares. En algunas áreas, y en algunas explotaciones agrícolas, el pago en especie puede ser adicional a los salarios e indicar una mejora de nivel; pero en general (nos ha advertido un historiador de la agricultura) deberíamos considerar esos pagos como «el refinado eufemismo del *truck** en la agricultura»: un medio para mantener bajos los salarios y en casos extremos prescindir completamente de los salarios en dinero.⁸

* Se refiere al *Truck System*. Véase nota de la traductora en el capítulo 6, p. 212. (*N. de la t.*)

Además, Clapham a veces presenta pruebas circunstanciales de tal manera que refuerzan una visión "optimista" de las condiciones, cuando el conjunto general de las pruebas apunta en otra dirección. Por ejemplo, al hablar del impacto del cercamiento, cita ejemplos que dejan la impresión de que las pruebas sobre el declive de la cría de vacas tras la pérdida de tierras comunales son contradictorias y están abiertas a la dudas de interpretación.⁹

217

Pero en esto la evidencia, entre 1790 y 1820, parece ser inequívoca. "Quienquiera que viaje por los condados de Midland", escribió Lord Winchilsea en 1796, "y se tome la molestia de preguntar, generalmente recibirá por respuesta que antiguamente había muchos aldeanos que criaban vacas, pero que ahora la tierra está en manos de los granjeros"; y esto, no sólo porque estos últimos prefieren utilizar la tierra, sino también porque "prefieren que los trabajadores dependan más de ellos".¹⁰

En medio de toda esta maraña de datos contradictorios —entre las consecuencias de las *Poor Laws* aquí y las nuevas parcelas de patatas allí, este derecho comunal perdido y aquel huerto del *cottage*—, el trabajador «medio» resulta ser algo más que esquivo.¹¹ Pero si bien los promedios se nos escapan, todavía podemos esbozar

⁷ A. Somerville, *The Whistler at the Plough*, Manchester, 1852, p. 262.

⁸ Para este y otros aspectos relacionados, véase la valiosa introducción de O. R. McGregor a la obra de Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, edición de 1961, en especial pp. CXVIII-CXXI.

⁹ Clapham, op. cit., pp. 116-17.

¹⁰ Véase también Board of Agriculture, *General Report on Enclosures* (1808), p. 18 y *Estados agrícolas del Reino* (1816), pp. 8-17.

¹¹ Las mejores descripciones generales son todavía las que aparecen en J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*,

algunos de los procesos generales que están actuando en muchas partes del país. Y en primer lugar deberíamos recordar que el espíritu que animaba las mejoras en la agricultura, durante el siglo XVIII, estaba empujado menos por deseos altruistas de acabar con los ominosos yermos o —como reza la tediosa frase— para «alimentar a una población creciente» que por el deseo de obtener rentas más pingües y beneficios más cuantiosos. Esto se convertía, con respecto al jornalero, en una actitud mezquina:

Predomina la costumbre ... de darles bebida tanto por la mañana como por la tarde, sea cual sea el trabajo que tienen que realizar; esta es una costumbre absurda y se debería abolir sin pérdida de tiempo. ¿Qué otra cosa puede ser más absurda que ver a un arador que para su caballo durante media hora, en un día frío de invierno, para beber cerveza?¹²

Los argumentos de los propagandistas de la *enclosure* se expresaban habitualmente en términos de valores más altos para los arriendos y rendimientos por acre más elevados. En una aldea detrás de otra, el cercado destruyó la más que precaria economía de subsistencia de los pobres. El *cottage* que no tenía prueba legal de sus derechos fue indemnizado pocas veces. Al *cottage* que podía probar su derecho se le dejaba una parcela de tierra insuficiente para la subsistencia y debía pagar una parte desproporcionada de los elevadísimos costes del cercado.

218

Por ejemplo, en el recinto de Barton-on-Humber, donde se prestó atención a los derechos comunes, encontramos que, de casi 6.000 acres, el 63% (3.733 acres) se dividió entre tres personas, mientras que cincuenta y una personas recibieron entre uno y tres acres: o, desglosado de otra manera, diez propietarios ac- contaron el 81% de la tierra cercada, mientras que el 19% restante se dividió entre 116 personas. El valor medio de la renta de las tierras cultivables cercadas pasó en cinco años (1794-9) de 6s. 6d. a 20J-. por acre; y los alquileres medios en la parroquia se triplicaron con creces.¹³

No se trata de descubrir una aldea "media" —diluyendo Barton con la vecina Hibaldstow, donde, al parecer, no se permitían los derechos comunes de las casas de campo, anulando esto con el caso excepcional de Pickering (Yorks), donde los propietarios de casas salieron mejor parados que los terratenientes¹⁴— sino de observar una combinación de tendencias económicas y sociales. El cercamiento (si se tienen en cuenta todas las sofisticaciones) fue un caso bastante claro de robo de clase, llevado a cabo de acuerdo con las reglas justas de la propiedad y la ley establecidas por un Parlamento de propietarios y abogados. El objetivo de la operación (el aumento de las rentas) se consiguió durante las guerras napoleónicas. Las rentas se mantuvieron,

y Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, y (por lo que se refiere a viviendas, vestido y comida) G. E. Fussell, *The English Rural Labourer*, 1947.

¹² Rennie, Broun y Shirreff, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1794, p. 25.

¹³ R. C. Russell, *The Enclosures of Barton-on-Humber & Hibaldstow* (Asociación Educativa de Trabajadores de Barton, 1961).

¹⁴ W. Marshall, *Rural Economy of Yorkshire* (1788), pp. 50 y ss.

no sólo por los mayores rendimientos por acre, sino también por los precios más altos: y cuando los precios cayeron, en 1815-16, y en 1821, las rentas se mantuvieron altas o bajaron, como siempre lo hacen, tardíamente, deletreando así la ruina de muchos pequeños propietarios que se habían aferrado a sus explotaciones de pocos acres ganadas con el cercamiento. Las rentas altas sostenían el lujo extraordinario y el gasto ostentoso entre los terratenientes, mientras que los precios altos alimentaban las pretensiones sociales más elevadas —tan lamentadas por Cobbett— entre los granjeros y sus esposas. Este fue el meridiano de aquellos "patriotas rurales" a los que Byron abrasó en su Edad de Bronce.

Pero la codicia sola no puede explicar la situación a la que fue reducido el jornalero durante estos años. ¿Cómo era posible que se mantuviese al jornalero en un brutal nivel de subsistencia, mientras la riqueza de los terratenientes y los agricultores aumentaba? La respuesta debemos buscarla en el tono contrarrevolucionario general de todo el período. Es probable que los salarios reales de los jornaleros aumentasen en las décadas anteriores a 1790, especialmente en las áreas contiguas a los distritos manufactureros o mineros. «Es necesaria una guerra para reducir los salarios», este era el grito de alguna *gentry* del norte en la década de 1790.¹⁵ Y los reflejos de pánico y antagonismo de clase, que se habían avivado en la aristocracia debido a la Revolución francesa, bastaron para acabar con las inhibiciones y agravar las relaciones de explotación entre patronos y empleados.

219

Las guerras presenciaron no sólo la desaparición de los reformadores urbanos, sino también el eclipse de la *gentry* humanitaria, de la que Wyvill es un representante. Además del argumento de la codicia, se añadió otro argumento en favor de la *enclosure* generalizada: el de la disciplina social. Los bienes comunales, «el patrimonio de los pobres desde hace mucho tiempo», respecto de los cuales Thomas Bewick podía recordar a los jornaleros independientes, que habían construido sus cabañas con sus propias manos, viviendo todavía en ellas,¹⁶ eran ahora considerados como un peligroso centro de indisciplina. Arthur Young los veía como un terreno abonado para los «bárbaros», «que alimentaba una estirpe dañina de gente»; con respecto a los pantanos del Lincolnshire decía, «una región tan salvaje alimenta a una estirpe de gente salvaje como el pantano».¹⁷

Al individualismo se sumó la ideología. Para los señores, sacar a los *cottagers* de las tierras comunales, reducir a sus trabajadores a la subordinación, menguar los ingresos complementarios, expulsar al pequeño propietario, se convirtió en una cuestión política públicamente fomentada. En un momento en que Wordsworth ensalzaba las virtudes del viejo Miguel y su esposa, en su lucha por mantener sus «tierras patrimoniales», el *Commercial and Agricultural Magazine*, muchísimo más

¹⁵ R. Brown, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1799, Apéndice

¹⁶ Bewick, *op. cit.*, pp. 27 y siguientes.

¹⁷ A. Young, *General View of the Agriculture of Lincolnshire*, 1799. pp. 223, 225, 437.

influyente, miraba al «*yeoman*» bajo una perspectiva diferente:

Un pequeño agricultor malvado y perverso es como la cerda en su corral, casi un individuo aislado, que no tiene comunicación con, y por lo tanto ningún respeto por, el mundo.

Y en cuanto a los derechos del *cottager* en la *endosare*, «parece innecesario tener en cuenta sus demandas»:

Pero el interés de los otros demandantes implica, en el fondo, permitir que el trabajador obtenga cierta porción de tierra ... porque mediante esta gratificación los impuestos para asistir a los pobres disminuirán con prontitud; puesto que un cuarto de acre de tierra de huerto será una buena forma para que el campesino deje de necesitar cualquier ayuda. Sin embargo, hay que ser moderado en este benéfico intento, o corremos el peligro de transformar al jornalero en un pequeño agricultor; es decir, de trasladarlo de la más provechosa a la más inútil de todas las aplicaciones de la laboriosidad. Cuando un jornalero posee más tierra de la que él y su familia pueden cultivar por las tardes... el agricultor ya no puede contar con él para el trabajo regular, y la siega del heno y la cosecha ... sufrirán las consecuencias hasta tal punto que ... en algún momento se convertiría en un perjuicio nacional.

220

Y en cuanto a los pobres de la aldea, son «picaros intencionados que, bajo diversos pretextos, intentan estafar a la parroquia», y «aplican todos sus recursos para practicar el engaño, que les puedan proporcionar un subsidio en dinero de los asistentes de la parroquia para sus fines ociosos y libertinos».¹⁸

Por supuesto, hay excepciones. Pero así es como iban las cosas entre 1790 y 1810. Aumentar la dependencia de reservas baratas de trabajo era una cuestión de política: «las aplicaciones de la laboriosidad» en beneficio del agricultor en la época de la siega del heno y la cosecha, y para la construcción de carreteras y los eventuales trabajos de vallado y drenaje que se derivaban de las *endosares*. Tanto los terratenientes como los industriales aprobaban sinceramente lo que Cobbett llamaba la «Filosofía Escocesa» y los Hammonds denominaban «el espíritu de la época». Pero mientras que éste se ajustaba como un guante a las condiciones de la Revolución industrial, en la agricultura rivalizaba (en el mejor de los casos) con las viejas tradiciones paternalistas (el deber del *squire* hacia sus trabajadores) y con la tradición de los ingresos basados en la necesidad (las viejas costumbres de diferenciación según la edad, el estado civil, los hijos, etc. que se perpetuaron bajo el sistema Speenhamland de ayuda a los pobres); en tanto que (en el peor de los casos) estaba forzado por]a arrogancia feudal de la aristocracia hacia la estirpe inferior de los trabajadores. Hacía tiempo que la doctrina de que el trabajo encuentra su propio precio «natural», de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, había empezado a sustituir la noción de salario «justo». Durante las guerras se propagó por todos los medios. «La demanda de trabajo debe, necesariamente, regular los salarios», escribía un magistrado rural en 1800. Y seguía para argumentar que los impuestos para asistir a los pobres, al mantener un excedente

¹⁸ *Commercial and Agricultural Magazine* (julio, septiembre, octubre de 1800).

de población y favorecer los matrimonios —asegurando de ese modo una oferta de trabajo en los momentos de exceso de demanda—, bajaba el coste total de los salarios. Desde luego, demostró ser un precursor de la ciencia del «promedio»:

Vamos a suponer que sumamos los impuestos anuales para asistir a los pobres y el monto total de los salarios en toda Inglaterra; creo que este total sería menor que la suma *exclusiva* de los salarios, en el caso de que los impuestos para asistir a los pobres no existiesen.¹⁹

221

Los motivos que condujeron a la introducción de diversos sistemas de ayuda a los pobres, que ponían en relación la ayuda con el precio del pan y el número de hijos, sin duda fueron variados. La decisión de Speenhamland, de 1795, estuvo impulsada tanto por el humanitarismo como por la necesidad. Pero la perpetuación de los sistemas Speenhamland y «*roundsman*»,* en toda su variedad, se vio asegurada por la demanda de los grandes labradores —en una actividad que tiene necesidades excepcionales de trabajo temporero o eventual— de una reserva permanente de mano de obra barata.

* Trabajador que necesitaba ayuda de la parroquia, al que se enviaba de una explotación agrícola a otra en busca de trabajo. Su salario se costeaba en parte a expensas del agricultor y en parte a expensas de la parroquia. (*N. de la t.*)

Después de las guerras existe un nuevo énfasis: los agricultores están mucho más dispuestos a escuchar las advertencias de Malthus en contra de «una plétora de población». Los impuestos para asistir a los pobres habían aumentado desde menos de 2 millones de libras anuales en la década de 1780, hasta más de 4 millones en 1803, y unos 6 millones después de 1812. En aquel momento una plétora de población apareció, tal y como lo describiría la comisión de las *Poor Law* en 1834, como «una plétora de indolencia y de vicio». Los terratenientes y los agricultores acomodados empezaron a lamentar la pérdida de los bienes comunales —la vaca, la oca, los pastos— que habían permitido que los pobres subsistiesen sin tener que recurrir al inspector de la parroquia. Volvieron algunas vacas; las parcelas de patatas hicieron algunos avances aquí y allí; el Ministerio de Agricultura prestó un tenaz apoyo a la propaganda de la parcelación. Pero era demasiado tarde para invertir el proceso general: nunca se devolvieron unas tierras comunales (si bien se cercaron muchas más) y pocos terratenientes iban a arriesgarse arrendando tierras (quizá cuatro acres para una vaca, a un mínimo de 6 libras por año) a un jornalero. Los agricultores, que habían convertido la mezquindad en una doctrina durante los años de prosperidad de la guerra, no estaban dispuestos a ser menos mezquinos cuando los precios del trigo cayeron. Además, la población de las aldeas se vio aumentada con el retorno de los soldados, los pequeños propietarios en bancarrota ingresaron en el grupo de los jornaleros, el trabajo eventual en los cercados disminuyó y la concentración de las industrias textiles en el norte y en las Midlands debilitó todavía más la situación del jornalero en East Anglia, el West Country y el sur. En algunos condados, las nuevas industrias rurales o las que estaban en expansión (trenzado de paja o el encaje)

¹⁹ *Ibid.*, octubre de 1800.

proporcionaban una ayuda temporal; pero el decaimiento global (muy particularmente en el hilado) está fuera de toda disputa. Y como faltaban los trabajos a domicilio, aumentaba el trabajo barato de las mujeres como jornaleras agrícolas.²⁰

222

Las rentas elevadas o los precios bajos; la deuda de la guerra y las crisis monetarias; los impuestos sobre la malta, las ventanas, los caballos; las *Game Laws* con toda su parafernalia de guardabosques, trampas de alambre con escopeta, cepos y (después de 1816) sentencias de deportación, todo ello tenía como fin apretarle los tornillos al trabajador. «Los jacobinos no hicieron esas cosas», exclamó Cobbett:

¿Y pretenderá el Gobierno que esto lo hizo la «Providencia»? ... ¡Bah! Esas cosas son el precio de los esfuerzos que hicieron para aplastar la libertad en Francia, *para que el ejemplo de Francia no produjese una reforma en Inglaterra*. Esas cosas son el precio de aquella empresa ...²¹

El jornalero tampoco podía esperar encontrar un protector en el párroco «medio», que, según Cobbett, era un absentista que detentaba varios beneficios eclesiásticos al mismo tiempo y que tenía a su familia en Bath,* mientras un cura mal pagado atendía los servicios.

* Ciudad situada en el oeste de Inglaterra que recibe su nombre y es famosa por sus aguas termales. (*N. de la t.*)

Durante casi cuatro décadas, existe una sensación de erosión de las legitimidades tradicionales y de un agro gobernado con licencia contrarrevolucionaria. «Por lo que se refiere a los *impuestos para asistir a los pobres* —escribió un «filósofo» de Bedfordshire (el doctor Macqueen) al Ministerio de Agricultura en 1816— siempre los he visto asociados con la holgazanería y la depravación de la clase obrera»:

La moralidad y las costumbres de los órdenes más bajos de la comunidad han ido degenerando desde los momentos más tempranos de la Revolución francesa. La doctrina de la igualdad y de los derechos del hombre no se ha olvidado todavía, al contrario se mantiene con fervor y se abandona a regañadientes. Consideran a sus parroquias respectivas como su derecho y su patrimonio, donde tienen derecho a recurrir ...²²

Uno tiene que esforzarse para recordar que Inglaterra también pertenecía a los jornaleros.

En las parroquias del sur y el este, la larga guerra de desgaste se centró en el derecho de los pobres a recibir ayuda. Después de la pérdida de los bienes comunales, éste era el último —el único— derecho que tenía el jornalero. Él joven, el soltero —o el artesano de la aldea— se podía arriesgar a ir a las ciudades, a trabajar en los canales (y más tarde en las vías férreas) o a emigrar.

223

Pero el jornalero maduro que tenía una familia, tema miedo de perder la seguridad de su *settlement** esto junto con el apego a su propia comunidad y a las costumbres rurales le impedía competir en masa con los irlandeses pobres (que, todavía más infelices que él, ni siquiera temían un *settlement* que perder) en el mercado de trabajo

²⁰ I. Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 57 y siguientes.

²¹ *Rural Rides*, edición Everyman, I, p. 174.

²² *Agricultural State of the Kingdom*, 1816. p. 25.

industrial. Incluso en las épocas de «escasez» de mano de obra en los distritos industriales, no se alentó su migración. Cuando los comisarios de las *Poor Laws* intentaron estimular esta emigración, después de 1814, principalmente hacia las fábricas del Lancashire y el Yorkshire —quizá para asestar un golpe contra las *trade unions*—, se dio preferencia a las «viudas con familia numerosa, o artesanos ... con mucha familia. Los hombres adultos no podrían adquirir la cualificación necesaria para los métodos superiores de las fábricas». En Manchester y en Leeds se establecieron mercados de mano de obra, donde los propietarios de las fábricas podían escudriñar los detalles de las familias: la edad de los niños, el carácter como trabajador, el carácter moral, diversas observaciones («absolutamente saludable», «magnífico para su edad», «dispuestos a asumir el papel de padres para tres huérfanos»); como si fueran ganado de venta. «Tenemos muchas pequeñas familias —añadía un esperanzado guardián de Suffolk— como ésta, compuesta de marido y esposa que estarían dispuestos a cobrar, si usted les contrata juntos, digamos el hombre 85. y la mujer 4s.»²³

* Residencia o establecimiento legal en una parroquia determinada, que le daba derecho a una persona a recibir ayuda de los impuestos para asistir a los pobres. (*N. de la t.*)

Así pues, los impuestos para asistir a los pobres eran el último patrimonio del jornalero. Desde 1815 a 1834, continuó la contienda. Del lado de la *gentry* y los inspectores, hacer economías, litigios en torno a los establecimientos, picar piedra y trabajos de castigo, cuadrillas de trabajadores con salarios muy bajos, las humillaciones de las subastas de mano de obra, e incluso de los hombres enganchados a los carros. Del lado de los pobres, amenazas a los inspectores, sabotajes esporádicos, un espíritu «servil y astuto» o «taciturno y malhumorado», una desmoralización evidente que está documentada, página tras página, en los Informes de los comisarios de las *Poor Laws*. «Sería mejor para nosotros convertirnos inmediatamente en esclavos que trabajar bajo este sistema ... cuando un hombre tiene el ánimo abatido, ¿para qué sirve?» En los condados del sur, que estaban bajo el sistema Speenhamland, los jornaleros tenían sus propios chistes amargos: los agricultores «nos mantienen aquí [con los impuestos para asistir a los pobres] como si fuéramos patatas en un hoyo, y sólo nos cogen para utilizarnos cuando ya no pueden pasar sin nosotros».²⁴

224

Esta es una descripción acertada. Cobbett tenía razón en cuanto a la descripción de las causas, cuando lanzaba sus improperios contra la despoblación rural masiva, pero se equivocaba en las conclusiones. Parece probable que las *enclosures* — particularmente de las tierras de labranza del sur y del este durante las guerras— no tuvieron como consecuencia la despoblación general. Al mismo tiempo que los

²³ *First Annual Report of Poor Law Commissioners*, 1836. pp. 313-314; W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, 1842, pp. 246-247. Véase también A. Redford, *Lahour Migration in England, 1800-1850*, 1926. cap. 6.

²⁴ *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, p. 212. El mismo chiste se «entendía a la perfección» en Wiltshire en 1845; pero en este caso c) «hoyo» se había convertido en un asilo de pobres: A. Somerville. *op. cit.*, p. 385.

jornaleros emigraban —en oleadas, desde las aldeas a la ciudad, y de condado en condado—, el crecimiento demográfico general compensó de sobras la pérdida. Después de las guerras, cuando cayeron los precios y los agricultores ya no pudieron «tener un escape para nuestros jóvenes en el ejército o la armada» (un poder disciplinario útil en manos de un magistrado rural), la queja fue acerca del «exceso de población». Pero, después de que se aplicasen las nuevas *Poor Laws* en 1834, se demostró que en algunos pueblos ese «exceso» era ficticio. En esos pueblos la mayor parte del coste de la mano de obra se cubría a través de los impuestos para asistir a los pobres; los jornaleros eran contratados de vez en cuando o por medio día y luego devueltos a la parroquia. «Si hay una helada les despiden —decía un inspector—, cuando empieza la temporada vienen a mí y los contratan de nuevo. Los agricultores convierten mi casa en lo que en nuestro oficio llamamos una lonja.» El tiempo húmedo crea «excedente»; la cosecha «escasez». Los patronos, recelosos de subvencionar la mano de obra de sus vecinos a través de los impuestos para asistir a los pobres, despedirían a sus propios jornaleros y solicitarían su trabajo a través del inspector: «Fulano ha despedido a dos de sus hombres; si yo tengo que pagar por sus salarios, él debe pagar por los vuestros; por lo tanto, tenéis que ir». Es un sistema abierto a infinitas combinaciones de embrollos, despilfarro y extorsión; y también abierto a unos pocos trucos por parte de los jornaleros. Pero —aparte de las picardías y las testarudeces absolutas— iba dirigido a una única cosa: destruir el último vestigio de control, por parte del jornalero, de su propio salario o de su vida de trabajo.²⁵

«Un sistema —reza la sesgada frase de la economía política de la época, cuando tiene que referirse a Speenhamland— que ha roto los vínculos de mutua dependencia entre el patrono y su empleado.» En realidad, el jornalero del sur había quedado reducido a una dependencia total en relación con los patronos como clase. Pero el trabajo esclavo es «antieconómico», en particular cuando se les impone a los hombres que alimentan agravios en base a derechos perdidos y a las resistencias rudimentarias del «inglés libre por nacimiento». Es «antieconómico» supervisar las cuadrillas de trabajadores (aunque esto se hizo durante muchos años en los condados del este); durante la mayor parte del año los jornaleros trabajan en grupos de dos o tres con el ganado, en los campos, haciendo trabajos de cercado, por su propia iniciativa.

225

A lo largo de esos años, la relación de explotación se intensificó hasta el punto en que, simplemente, dejó de «salir a cuenta»; quienes constituían este tipo de mano de obra pobre pasaron a ser rateros de nabos, gorriones de cervecería, cazadores furtivos y vagos. Era más fácil emigrar que resistir; porque reforzar las relaciones de explotación significaba reforzar la represión política. El analfabetismo, el agotamiento, la emigración de los ambiciosos, los listos y los jóvenes de las aldeas, la sombra del *squire* y el párroco, el violento castigo contra los que participaban en

²⁵ Véase A. Redford, *op. cit.*, pp. 58-83; y en cuanto a los excedentes ficticios, *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 229-238; W. T. Thornton, *Over-Population*, 1846, pp. 231-232.

tumultos de subsistencia o contra las *endosares* y contra los cazadores furtivos; todo esto se conjugaba para inducir al fatalismo e inhibir la articulación de los agravios. Cobbett, el mayor tribuno de los jornaleros, tenía muchos partidarios entre los agricultores y en las pequeñas ciudades de mercado. Es dudoso que, antes de 1830, muchos jornaleros conociesen su nombre o comprendiesen cuál era su propósito. Cuando Cobbett pasaba cabalgando por la «Cuesta Maldita» de Old Sarum, se encontró a un jornalero que regresaba del trabajo:

Le pregunté cómo le iba. Dijo: muy mal. Le pregunté cuál era la causa. Dijo: los *tiempos difíciles*. «¿Qué *tiempos*? —dije— ¿Hubo jamás un verano más bueno, una cosecha mejor ...?» «¡Ah! —dijo— así y todo, *ellos* hacen que sea mala para los pobres.» «¿*Ellos*? —dije— ¿Quiénes son *ellos*?» Se mantuvo en silencio. «¡Oh, no, no! amigo mío -dije— no son *ellos*; es esta Cuesta Maldita la que te ha robado ...»²⁶

A lo largo de las guerras, la «gran fábrica de la sociedad» se sustentó sobre esa «afligida ... base rústica». «Son las esposas de esos hombres —escribió David Davies— quienes crían a esas robustas camadas de hijos que, además de suministrar al campo los brazos que necesita, llenan los vacíos que deja la muerte de continuo en los campos y las ciudades.»²⁷ Después de las guerras, con la subida de precios y el retorno de los soldados a sus pueblos, se produjo algún estímulo de revuelta. «No estamos dispuestos a soportar por más tiempo la Carga que ahora ha recaído sobre nosotros», rechazaba una carta del distrito de Yeovil, firmada con un corazón sangrante: «Sangre, Sangre y Sangre, debe haber una Revolución General ...».²⁸ Pero la misma violencia de estas amenazas sugiere una sensación de impotencia. Sólo en 1816, en East Anglia, donde los jornaleros eran contratados en grandes cuadrillas, estallaron disturbios serios. A la demanda de un salario mínimo (2s. por día) se unió la demanda de un máximo de precios; hubo motines de subsistencia, recaudaciones forzosas de dinero de la *gentry*, y destrucción de máquinas trilladoras. Pero el desorden se reprimió brutalmente, y provocó la vuelta a la clandestinidad de la caza furtiva, la carta anónima y la quema de los almiarés de grano.²⁹

226

Cuando llegó la revuelta, en 1830, con una muchedumbre curiosamente vacilante y no sanguinaria («la turbulencia de los hombres libres desmoralizados»), se afrontó con la misma sensación de ultraje que hubiese provocado un levantamiento de los «negros». «Exhorté a los magistrados a que cabalgasen», consignaba el vencedor de Waterloo,

cada uno a la cabeza de sus propios criados, partidarios, mozos de cuadra, monteros, guardabosques armados con látigos, pistolas, escopetas y todo lo que pudiesen tener, y atacasen con coordinación ... a esas muchedumbres, las dispersaran, las destruyesen y

²⁶ *Rural Rides*, edición Everyman, II, pp. 56-57.

²⁷ W. Belsham, *Remarks on the Bill for the Better Support... of the Poor*, 1795, p. 5; D. Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, 1795, p. 2.

²⁸ Carta adjunta a la de Moody a Sidmouth, 13 de mayo de 1816, H.O. 42.150.

²⁹ H.O. 42.149/51. Para las cuadrillas de trabajadores en East Anglia, véase W. Hasbach, *History of the English Agriculture! Labourer*, 1908, pp. 192-204.

que cogiesen y pusieran en prisión a los que no pudieran escapar.³⁰ Sin embargo, no fue el duque, sino el nuevo gabinete *whig* (que aprobaría el proyecto de reforma) el que envió comisiones especiales para aterrorizar a los insurgentes. Y fue el órgano del radicalismo de la clase media, *The Times*, el que encabezó la demanda de ejemplos de severidad. Se siguió el consejo:

El 9 de enero [1831], se dictó sentencia de muerte contra veintitrés acusados, por la destrucción de una máquina de papel en Buckingham; en Dorset, el día 11, contra tres por obtener dinero mediante extorsión, y contra dos por robo; en Norwich, fueron condenados cincuenta y cinco acusados por rotura de máquinas y amotinamiento; en Ipswich, tres por obtener dinero mediante extorsión; en Petworth, veintiséis por rotura de máquinas y amotinamiento; en Gloucester más de treinta; en Oxford, veintinueve; y en Winchester, de más de cuarenta acusados, seis pasaron a ser ejecutados. ... En Salisbury, fueron condenados cuarenta y cuatro acusados ...³¹

Y de nuevo fue un gabinete *whig* el que, 3 años más tarde, decretó la deportación de los jornaleros de Tolpuddle, en Dorsetshire, que habían cometido la insolencia de formar una *trade union*.

Esta revuelta de los jornaleros rurales se extendió más ampliamente por East Anglia y las Midlands, así como en los condados del sur, y duró más tiempo de lo que se trasluce en la narración de los Hammond. Han sobrevivido unos pocos relatos de primera mano, de la parte de los jornaleros. En 1845, Somerville tomó nota de la historia de Joseph Cáster, un jornalero de Hampshire del pueblo de Sutton Scotney (uno de los lugares donde se inició la revuelta) que fue condenado a ser deportado por su participación en ella, y que estuvo durante 2 años en las galeras de Portsmouth. «Todo el mundo se sintió impulsado por un igual al ir —decía Cáster—: Nadie se negó.»

227

Yo estuve en la reunión en aquella casa de la esquina, allí, al otro lado de la calle, la noche en que Joe Masón nos leyó a todos la carta que provenía de Overton. La carta no estaba firmada. Pero Joe dijo que sabía de quién era. Joe era un hombre instruido. La carta, yo lo sé, era del viejo D--s; que bien muerto esté; y venía de Newton, nunca vino de Overton. Decía que teníamos que parar el trabajo, y que los hombres de Sutton teman que salir al campo y parar los arados. Tenían que mandar las caballerías a los agricultores para que se las arreglasen ellos solos e iban a llevar hombres con ellos. E irían y sacarían a los hombres de los establos. Y todos irían a romper las máquinas que los agricultores habían comprado para hacer la trilla ...

Bien, en cuanto a la carta, Joe Masón la leyó. Entonces no sabíamos de quien era. Pero ahora todos los de este lugar lo sabemos, aquel viejo D--s tenía que ver con aquello. Era un gran amigo del señor Cobbett. Solía escribirle al señor Cobbett. Nunca se puso en líos. Era demasiado buen político para poner a la gente en líos, y para ponerse él mismo en ellos. No, no le doy la culpa de eso al señor Cobbett. Sólo me refiero al viejo D--s, el zapatero ...

³⁰ *Wellington Despatches*, serie segunda, VIII, p. 388, cit. H. W. C. Davis, *op. cit.*, p. 224.

³¹ A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, p. 372. En total, fueron ahorcados 9 jornaleros, 457 fueron deportados y casi 400 encarcelados. Véase J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, caps. X y XI.

Luego los trabajadores recogieron dinero, o lo obtuvieron por extorsión, de la *gentry* y los agricultores, e hicieron tesorero a Joseph Cárter:

Dijeron que yo era honrado y me lo dieron para que lo guardase. En cierto momento tuve 40 libras: 40 libras chelín por chelín. Desde entonces, mucha gente me ha dicho que debería haberme ido con él. Una vez pensé en hacerlo. Llegó el coche cuando estábamos en la carretera de Londres, y me vino a la cabeza subir al coche con las 40 libras, y desentenderme de todo el asunto. Pero pensé que dejaba a mi esposa y que todos me llamarían vagabundo, y el coche pasó de largo ...

No era necesario que me pusiesen a prueba. Vinieron una y otra vez cuando estaba en la prisión de Winchester, para hacerme hablar en contra de los dos Masón. Me ofrecieron la absolución con decirles simplemente lo que sabía contra ellos. Si hubiese dicho lo que sabía, les hubiesen colgado, tan seguro como colgaron a Borrowman, y Cooke y Cooper. Me llevaron junto con otros prisioneros a verles colgados. Con eso intentaban asustarnos para que dijésemos todo lo que sabíamos unos de otros. Pero yo no iba a chivar. De ese modo a Masón sólo lo deportaron y también me deportaron a mí. La muchedumbre me arrastró contra mi voluntad, pero eso no era suficiente para chivar luego, porque como ves, yo seguí estando con ellos. ... Fueron los compañeros jóvenes quienes lo hicieron ...³²

228

La revuelta de los jornaleros fue un auténtico estallido de destrucción de máquinas, con pocos indicios de una motivación política ulterior. Aunque se destruyeron almares de grano y otras propiedades (así como maquinaria industrial en los distritos rurales), el principal ataque fue contra las máquinas trilladoras, que (a pesar de los sermones futuristas) desplazaban de manera evidente a los casi famélicos trabajadores. Por lo tanto, la destrucción de las máquinas tenía, de hecho, como resultado cierto alivio momentáneo.³³ Pero es posible que entre los «compañeros jóvenes» se divulgasen ideas políticas de mayor trascendencia.³⁴ Un hombre «instruido» como Joe Masón puede prefigurar a George Loveless. Remedones radicales como D.....s podían encontrarse en la mayor parte de las pequeñas ciudades de mercado. Es tentador sugerir que en Norfolk las agitaciones de los jacobinos y los radicales habían dejado algunas huellas en los pueblos. En Lincolnshire, en 1830, se hicieron los más enérgicos esfuerzos para intimidar a los jornaleros que habían leído el *Register* de Cobbett.³⁵ Pero si bien se estaba despertando una conciencia política, ésta no alcanzó el punto necesario para que los trabajadores urbanos y rurales pudiesen formar organizaciones comunes o hiciesen

³² A. Somerville, *op. cit.*, pp. 262-264.

³³ Véase E. J. Hobsbawm, «The Machine-Breakers», *Past and Present* (1 de febrero de 1952), p. 67. (Hay trad. cast.: «Los destructores de máquinas» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona, 1979, pp. 16-35.)

³⁴ Tuvo amplia repercusión lo que, al parecer, dijo un jornalero de Kent: «Este año destruiremos las hacinas y las máquinas trilladoras. El año que viene les tocará a los Párrocos, y el tercer año les declaramos la guerra a los Hombres de Estado»; véase, como ejemplo, octavilla en H.O. 40.25.

³⁵ Véase J. Hughes, «Trid Beyond Endurance», *The Landworker* (noviembre, 1954).

causa común, hasta varios años después de que la revuelta de los jornaleros hubiese sido reprimida.³⁶

La revuelta de 1830 no dejó de tener resultados por completo. En los condados del sur condujo a una elevación temporal de los salarios. Y, de forma indirecta, dio un empujón final a la Vieja Corrupción. Muchos agricultores, y unos pocos miembros de la *gentry*, se habían avergonzado de la cuestión, habían negociado con las muchedumbres o les habían dado un apoyo pasivo. La revuelta, por una parte socavó la confianza de la *gentry*, y por otra contribuyó a que surgiera la agitación en favor de la reforma de los años 1831-1832. «La característica importante del asunto —escribió Cobbett— es que la *clase media*, que anteriormente siempre se había alineado, hablando en general, contra la *clase obrera*, está ahora *con ella* en corazón y en pensamiento, aunque no siempre en acto. ... Entre los hombres de oficio, incluso los de la metrópolis, *99 de cada 100 están del lado de los jornaleros.*»³⁷ La aristocracia perdió «prestigio»: la necesidad y la urgencia de la reforma se hizo más evidente. Y desde este momento en adelante se puede ver un desarrollo político articulado entre los jornaleros rurales: bolsas de tradeunionismo en la década de 1830; el padre de Joseph Arch («firme como el Pasado, un hombre perseverante») represaliado en 1835 por negarse a firmar una petición en favor de las *Com Laws* una propagación de secciones carlistas en East Anglia y el sur.

229

Pero los agravios de los jornaleros tuvieron, por así decirlo, una existencia delegada, ensortijados con las otras hebras que componían la conciencia de la clase obrera urbana. Aunque —a diferencia de Francia o Irlanda— nunca dio lugar a una agitación nacional coherente, el mar de fondo de la protesta rural siempre volvía al acceso a la *tierra*. «Los tiempos solían ser mejores antes de que Bedlow fuese cercado ... Estaríamos contentos de vivir en un *rood** de tierra y pagar la renta máxima por él» (Petición de los Braceros de Buckinghamshire, 1834). «... pequeñas parcelas de tierra para que los trabajadores las cultivasen con una laya ...» (Petición de los Braceros de Essex, 1837). «Deseaba que todo jornalero tuviese tres o cuatro acres de tierra a la misma renta que pagaban los agricultores. Pagarían esto y estarían contentos. (Fuertes aplausos ...)» (discurso de un jornalero de Wiltshire, 1845). Cuando el jornalero o sus hijos se trasladaban a la ciudad, esta aspiración permanecía. Y cuando los diezmos, las *Game Laws* y las máquinas trilladoras se habían olvidado, la sensación de haber perdido unos derechos persistía; o, como dice Clapham, se «exageraba» en «el recuerdo popular». Veremos cómo Cobbett y Hunt, ambos agricultores, ayudaron a configurar el nuevo radicalismo urbano; pero los recuerdos rurales se alimentaron en la cultura de la clase obrera urbana a través de innumerables experiencias

³⁶ En 1833, James Watson hizo un llamamiento a los miembros de *la National Union of Working Classes* para que hiciesen un esfuerzo especial para crear secciones entre los trabajadores rurales. *Working Man's Friend* (3 de agosto de 1833). Véase también *Radical Reformer* (19 de noviembre de 1831).

³⁷ *Political Register* (4 de diciembre de 1830).

personales.³⁸ A lo largo del siglo XIX, el obrero urbano elaboró de forma articulada el odio al «hacendado aristócrata», que quizá su abuelo había alimentado en secreto: le gustaba ver al *squire* repudiado en horribles melodramas, e incluso prefería un Comité Protector a la caridad de lady Bountiful; consideraba que el terrateniente no tenía «derecho» a su riqueza, mientras que el propietario de la fábrica, aunque fuese con medios poco honrados, se la había «ganado». La respuesta de los miembros urbanos de las *trade unions* ante la deportación de los jornaleros de Tolpuddle fue inmediata y abrumadora; y ante las luchas posteriores de la *Arch's unión* apenas fue menor. Y el anhelo de tierra emerge una y otra vez, entremezclado con el deseo de «independencia» de los trabajadores a domicilio, desde los tiempos de Spence hasta el *Land Plan* carlista y más allá. Quizá sus vestigios se encuentren aún hoy entre nosotros, en las parcelas y los pequeños huertos. La tierra siempre lleva consigo asociaciones —de posición social, seguridad, derechos— más profundas que el valor de su cosecha.

* Medida de superficie para medir tierras, que tiene unos 40 *pales* o *perches* (medidas de longitud que equivalen a 5,029 m), pero que pueden variar localmente. (*N. de la t.*)

230

La influencia de esto la encontramos, en un momento tan temprano como la década de 1790, en el odio jacobino hacia la aristocracia terrateniente. Esta fue una característica perdurable del radicalismo de los artesanos, alimentada por la *Agrarian Justice* de Paine y la propaganda de Spence en favor de la nacionalización de la tierra. Durante la fuerte depresión de la posguerra, el doctor Watson y otros oradores se ganaron un gran apoyo por parte de los desempleados, los soldados y marineros licenciados que asistieron a los mines de Spa Fields: «... los oficios y el comercio han sido aniquilados, pero la tierra, por naturaleza, todavía estaba preparada para sostener a la humanidad. La tierra siempre es suficiente para que el hombre supere la miseria ... si por lo menos tiene una pala y un azadón ...».³⁹ En la década siguiente, a medida que el owenismo cambió de forma entre sus seguidores plebeyos, el sueño de una comunidad cooperativa basada en la tierra adquirió una fuerza extraordinaria.

Y de ese modo, al mito político de la libertad inglesa anterior al «Bastardo normando y su ejército de bandidos», se le añadió el mito social de la edad dorada de la comunidad aldeana antes de las *enclosures* y antes de las guerras:

En eso reside que podamos ver la restauración de los viejos tiempos de Inglaterra, de la vieja comida inglesa, las viejas fiestas inglesas, y la vieja justicia inglesa, y que cada hombre viva con el sudor de su frente ... cuando el tejedor trabajaba en su propio telar y desentumecía sus miembros en su propio campo, cuando las leyes reconocían el derecho del pobre a una abundancia de todo ...

Quien lo dice es Feargus O'Connor, el líder carlista, que le daba proporciones gargantuescas al mito; pero Cobbett, Hunt, Oastler y otros muchos líderes radicales contribuyeron a ello. Se olvidaron del feroz código penal, las privaciones, los

³⁸ Richard Hoggart ha dado testimonio respecto de la supervivencia de recuerdos rurales entre la clase obrera de Leeds, en la década de 1930. Véase *Uses of Literacy*, 1957, pp. 23-25.

³⁹ W. M. Gurney. *Trial of James Watson*. 1817, I, p. 70.

correccionales de la vieja Inglaterra; sin embargo, el mito de la comunidad paternalista perdida se convirtió en una fuerza de derecho propio, quizá una fuerza tan poderosa como las proyecciones utópicas de Owen y los socialistas. Decir que era un «mito» no quiere decir que todo era falso; más bien era un montaje de recuerdos, un «promedio» en el que cada pérdida y cada injuria queda insertada en un total. En su juventud, «el Viejo Robín» le dice al propietario de la fábrica (en un folleto de O'Connor) «todas esas calles nuevas que están detrás de la casa del señor Twist y el señor Grab y el señor Screw ... eran *open fields*,* y los niños solían ir allí a los ocho, nueve, diez, once, sí, y a los doce años a emplear su tiempo jugando al críquet, al lazo, a las bolas y a la pelota ... y a la pídola...». Luego vino la época «en que la gente rica aterrizó a la gente pobre hasta sacarla de sus cabales con su «Ya viene» y «ellos ya vienen». «¿Quiénes son “ellos”. Robín?»

* Sistema por el que la tierra cultivable de un pueblo se separaba en diversas porciones o franjas no cerradas y se distribuía entre los aldeanos. (*N. de la t.*)

231

Pues, *Boney*** y los franceses, seguro. Bien, fue la época en que la gente rica asustó a la gente pobre y le robó toda la tierra. Todo esto era comunal, señor Smith ... Todo, a la derecha y a la izquierda, más allá de la prisión y los cuarteles todo era comunal. Y toda la gente (de Polvo del Diablo) tendría una vaca, o un burro, o un caballo en los pastos comunales, y jugarían a críquet y a carreras y a lucha libre ...

... Construyeron el cuartel en un extremo y la iglesia en el otro ... y, por fin, todo el pueblo tuvo que vender la vaca para pagar al Abogado Molinero, y al Abogado Recaudador ... y ahora el hijo de uno de ellos es alcalde, y el del otro ... es director de un banco. Sí, querido, muchos de los hombres honrados fueron colgados y deportados lejos de las viejas tierras comunales.⁴⁰

** Se refiere a Bonaparte. (*N. de la t.*)

Es una ironía histórica que no fuesen los jornaleros rurales, sino los obreros urbanos los que organizaron la mayor agitación coherente a nivel nacional, en favor del retorno de la tierra. Algunos de ellos eran hijos y nietos de jornaleros, cuyo talento se había agudizado con la vida política de las ciudades, liberados de las sombras del *squire*. Algunos —los que apoyaban el *Land Plan*— eran tejedores y artesanos de ascendencia rural: «mi padre y mi abuelo y toda la gente de mi pueblo trabajaban la tierra y ésta no acabó con ellos, ¿por qué debería acabar conmigo?». ⁴¹ Enfrentado con los tiempos difíciles y el desempleo en los desiertos de ladrillo de las crecientes ciudades, el recuerdo de los derechos perdidos se alzó con la nueva amargura de la privación.

Nos hemos desviado lejos de los promedios. Esa era nuestra intención. Porque no podemos hacer un promedio del bienestar. Hemos atisbado algo de la otra cara del mundo de las novelas de Jane Austen; y los que vivieron en aquella cara *experimentaron* el período como bastante catastrófico. «Cuando los agricultores se convirtieron en *gentlemen* —escribió Cobbett— sus jornaleros se convirtieron en *esclavos*.» Si es posible argumentar que, al final del proceso, hubo mejora, debemos

⁴⁰ F. O'Connor, *The Employer and the Employed*, 1844, pp. 15, 41-42, 56.

⁴¹ *The Labourer*, 1847. p 46.

recordar que la mejora fue para otra gente. Cuando comparamos a un jornalero de Suffolk con su nieta que trabaja en una fábrica de los algodonereros, estamos comparando —no dos niveles—, sino dos formas de vida.

232

Sin embargo, hay dos puntos importantes que se deben señalar acerca de esos promedios. El primero es que, dadas las mismas cifras, es posible demostrar tanto un relativo declive como un aumento absoluto de la pobreza. La agricultura es una actividad con una demanda de trabajo inelástica: si en 1790, se necesitaban diez jornaleros en una explotación agrícola determinada, en 1830 podrían ser diez u —con arados perfeccionados y máquinas trilladoras— ocho. Podríamos demostrar que el jornalero o el carretero que tenían su empleo regular aumentaron sus salarios reales durante este período; mientras que el aumento demográfico de la aldea —trabajo eventual y desempleados— conducía a un aumento absoluto del número de los pobres. Y aunque esto podía ser más evidente en la agricultura, la misma hipótesis podría surgir en nuestra mente cuando tratemos la visión de conjunto a nivel nacional. Si, por mor de la discusión, tomamos la hipótesis de que un 40 por 100 de la población (10,5 millones) vivía por debajo de un nivel de pobreza determinado en 1790, pero en 1841 sólo el 30 por 100 de la población (18,1 millones) continuaba en la misma situación; sin embargo, nos encontramos con que el número absoluto de pobres habrá aumentado desde, más o menos, cuatro millones hasta bastante más de cinco millones. Se «notará» más pobreza, y por otra parte, habrá, de hecho, más gente pobre.

Esto no es hacer malabarismos con las cifras. Es posible que lo que ocurriese fuera algo de ese estilo. Pero a la vez ninguna valoración de este tipo de los promedios nos puede decir algo acerca de las relaciones humanas «medias». Para juzgarlas, estamos obligados a abrirnos camino como podamos a través de las problemáticas fuentes de información subjetivas. Y una opinión sobre este período debe incluir, con «seguridad, alguna impresión del *gentleman* inglés «medio». No debemos aceptar el impropio de Cobbett: «la más cruel, la más insensible, la más brutal e insolente» de las criaturas de Dios. Pero tampoco debemos retroceder a algunas de las más sospechosas ideas que han reaparecido desde hace poco tiempo: «Los *gentlemen* rurales ingleses eran, ciertamente, quizá la más notable clase de hombres que jamás haya producido sociedad alguna en cualquier parte del mundo». ⁴² En lugar de ésta, podemos dar la opinión de un jornalero de Norfolk, en una carta anónima dirigida a los «*Gentlemen* de Ashill»: «Nos habéis sometido ya a la carga más pesada y nos habéis uncido al yugo más severo que jamás conocimos»;

Es demasiado cruel para soportarlo, a menudo nos habéis cegado diciéndonos que toda la culpa era de los que tienen un escaño en el Parlamento, pero ... ellos no tienen nada que ver con la regulación de esta parroquia.

Hacéis lo que queréis, les robáis a los pobres sus derechos Comunes, roturáis la hierba que Dios mandó crecer para que el pobre pueda alimentar una Vaca, un Cerdo,

⁴² 45. R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, pp. 40-44.

un Caballo y no un Asno; dejáis inmundicias y piedras en el camino para impedir que crezca la hierba ... Hay 5 o 6 de vosotros que tenéis toda la Tierra de esta parroquia en vuestras manos y desearíais ser ricos y matar de hambre a todos los demás pobres ...

233

«Hemos contado que somos 60 por cada 1 de vosotros: por consiguiente ¿deberíais gobernar, siendo tantos contra 1?»⁴³

Pero el odio especial de la comunidad rural se reservaba para el clero que consumía el diezmo. «Prepara tu perversa Alma para la Muerte», ésta es la amenaza que recibió un vicario de Essex en 1830, dentro de la carta había dos fósforos: «Tú & tu pandilla sois los más Desamparados de esta parroquia ...». El párroco de Freshwater (Isla de Wight) recibió una intimidación todavía más explícita de uno de sus parroquianos, en forma de un fuego suave acompañado de una carta. «Durante los últimos 20 años hemos vivido en una Condición Miserable para mantener tu Maldito Orgullo»:

Lo que hemos hecho ahora es luchar contra nuestra Voluntad, pero tu corazón es tan duro como el corazón de un Faraón ... De modo que de momento y por este fuego no te lo debes tomar como una ofensa, porque si no te lo hubieses merecido no lo hubiésemos hecho. En cuanto a ti mi Viejo amigo suerte que no estabas aquí, de lo contrario me temo que te hubieras asado, y si eso hubiese ocurrido cómo se hubieran reído los agricultores al ver a su Párroco asado al fin ...

«Y en cuanto a este pequeño fuego —finalizaba el escritor con el mismo mal humor—, no te asustes, cuando Quememos tu granero será mucho peor ...»⁴⁴

⁴³ Carta adjunta a la de) reverendo Edwards a Sidmouth, 22 de mayo de 1816, H.O. 42.150.

⁴⁴ Cartas adjuntas a las del reverendo W. M. Hurlock, 14 de diciembre de 1830. y el mismo reverendo deán Wood, 29 de noviembre de 1830, en H.O. 52.7.

Capítulo 8. ARTESANOS Y OTROS

Si en la agricultura el promedio es esquivo, no lo es menos cuando nos referimos a los trabajadores de la industria urbana. Todavía en 1830, el obrero industrial característico no trabajaba en una fábrica o factoría, sino (como artesano o «trabajador manual») en un pequeño taller o en su propia casa, o (como peón) en empleos callejeros más o menos eventuales, en solares para edificación, en los muelles. Cuando Cobbett dirigía su *Political Register* hacia la gente común, en 1816, no lo hacía a la clase obrera, sino a los «Oficiales y Peones». Debajo del término «artesano» había grandes diferencias de grado, desde el próspero maestro artesano que tenía mano de obra empleada por cuenta propia y que era independiente de cualquier patrono, a los explotados peones de buhardilla. Por esa razón, es difícil dar cualquier estimación precisa del número y la posición social de los artesanos en los diferentes oficios. Los cuadros referentes a oficios del censo de 1831, no se esfuerzan en diferenciar entre el patrono, el que trabaja por cuenta propia y el peón.¹ Después de los jornaleros agrícolas y los criados domésticos (para Gran Bretaña, en 1831, se cuentan 670.491 mujeres empleadas en el servicio doméstico), los oficios relacionados con la construcción componían el siguiente grupo más numeroso que daba trabajo a un conjunto de 350.000 a 400.000 hombres y muchachos en 1831. Dejando de lado las industrias textiles, en las que aún predominaba el trabajo a domicilio, el oficio artesano independiente más numeroso era el de la zapatería, con una estimación de 133.000 trabajadores masculinos adultos para 1831, seguido de la sastrería, con 74.000. (Estas cifras incluyen al patrono, al zapatero remendón o al sastre rural, al trabajador a domicilio, al tendero y al artesano propiamente dicho.) Con respecto a Londres, el mayor centro artesano del mundo, para el que la doctora Dorothy George parece prestar su autoridad a una estimación grosera de 100.000 oficiales de todo tipo a principios del siglo XIX, sir John Clapham nos informa:

235

... el típico obrero cualificado de Londres no era ni empleado de una fábrica de cerveza, ni carpintero de navíos, ni tejedor de seda, sino miembro de los oficios de la construcción, o zapatero, sastre, ebanista, impresor, relojero, joyero, panadero, ... para mencionar los oficios principales, cada uno de los cuales tenía unos 2.500 miembros adultos en 1831.²

¹ Más tarde, Mayhew describió las estadísticas sobre ocupación como «crudas, no digeridas y esencialmente acientíficas», un documento «cuya insuficiencia es una desgracia nacional para nosotros, puesto que en ellas se encuentran revueltas las clases negociantes y trabajadoras en la más compleja confusión, y los oficios se hallan clasificados de una forma que avergonzaría al simple principiante».

² Para esas cifras, véase *Parliamentary Papers*, 1833, XXXVII; Clapham, *op. cit.*, en especial pp. 72-74, y cap. 5; R. M. Martin, *Taxation of the British Empire*. 1833, pp. 193, 256.

Los salarios de los artesanos especializados, a principios del siglo XIX, estaban a menudo menos determinados por «la oferta y la demanda» en el mercado de trabajo que por nociones de prestigio social o «costumbre». La regulación tradicional de salarios puede abarcar muchas cosas, desde la posición conferida al artesano rural por la tradición, a la intrincada regulación institucional en los centros urbanos. La industria estaba todavía ampliamente dispersa por todas las zonas rurales. El calderero, el afilador y el buhonero solían llevar sus cacharros y sus habilidades de hacienda en hacienda y de feria en feria. En las poblaciones grandes habría albañiles, techadores, carpinteros, carreteros, zapateros, herreros; en las pequeñas ciudades donde se hacía mercado habría talabarteros, guarnicioneros, curtidores, sastres, zapateros, tejedores y muy posiblemente alguna especialidad local como, por ejemplo, hacer estribos, aplicar encajes a las almohadas, así como todo lo relacionado con los mesones de las postas, el transporte de la producción agrícola y el carbón, la molienda, el hornear y otras cosas por el estilo. Muchos de esos artesanos rurales eran más instruidos y polifacéticos que los trabajadores urbanos —tejedores, calceteros o mineros—, con los que entraban en contacto cuando iban a las ciudades, y se sentían «superiores» a ellos. Llevaban consigo sus propias costumbres, y sin duda algunas de ellas influyeron en la fijación de salarios y la gradación de éstos en los oficios de aquellas pequeñas ciudades que se convirtieron, con el tiempo, en grandes industrias urbanas: la construcción, la construcción de coches, e incluso la mecánica.

En muchas de las industrias de los pueblos, los precios se regían por la tradición más que por el cálculo del coste (que rara vez se conocía), en especial cuando se utilizaban materiales —madera o piedra— locales. El herrero podía trabajar a tanto dinero la libra en un trabajo tosco y un poco más caro si se trataba de un trabajo delicado. George Sturt, en su clásico estudio de *The Wheelwright's Shop*, ha descrito hasta qué punto prevalecían todavía los precios tradicionales en Farnham cuando él se hizo cargo de la empresa de la familia en 1884. «Mi gran problema fue averiguar los precios tradicionales».

Dudo que hubiera un hombre de oficio en el distrito —estoy seguro de que no había ningún ruedero— que supiese en realidad cuál era el coste de su producción, o cuáles eran sus beneficios, o si ganaba o perdía dinero en un trabajo en particular.

236

Gran parte del beneficio provenía de las «chapuzas» y las reparaciones. En cuanto a las carretas y los carros, «la única posibilidad que tenía de sacar beneficio hubiese sido bajando la calidad de los productos; y esto quedaba excluido debido a la idiosincrasia de los hombres que trabajaban». Estos trabajaban al ritmo que su arte exigía: «posiblemente (y de manera apropiada) exageraban el respeto por la buena hechura y el buen material»; y en cuanto al último, «ocurría con cierta frecuencia que un trabajador disgustado se negara a utilizar el material que yo le había suministrado». En el trabajador se hallaba «depositado todo el saber local respecto de cómo debía ser

el buen trabajo de un carretero».³

Las acostumbradas tradiciones de la artesanía traían normalmente consigo rudimentarias ideas de precio «equitativo» y de salario «justo». En las primeras discusiones de las *trade unions* eran tan destacados los criterios sociales y morales — la subsistencia, la dignidad, el orgullo de ciertos valores de la artesanía, las retribuciones tradicionales para los diversos grados de destreza—, como los argumentos estrictamente «económicos». El taller de ruedero de Sturt conservaba prácticas mucho más antiguas, y era el primo rural de la industria de la construcción de coches en la ciudad, en la que —a principios del siglo XIX— había una verdadera jerarquía cuyas diferencias en los salarios apenas podían justificarse por motivos económicos. «Los salarios están en proporción a la minuciosidad del trabajo», se nos dice en un *Book of English Trade* de 1818: para los que hacen el armazón, de 2 libras a 3 libras por semana; los que cepillan y pulen la madera «cerca de dos guineas»; los que construyen el carruaje de 1 libra a 2 libras; el herrero alrededor de 30s.; mientras que los pintores tenían su propia jerarquía, los pintores heráldicos, que adornaban con emblemas los carruajes de los grandes y los ostentosos, cobraban desde 3 libras a 4 libras, los que pintaban el armazón cerca de 2 libras, y los oficiales pintores de 20s. a 30s. Las diferencias respaldaban, o quizá reflejaban, gradaciones de prestigio social:

Los primeros son los que construyen el armazón; luego vienen los que construyen el carruaje; luego los que cepillan y pulen la madera, después los herreros; luego los que hacen las ballestas; luego los ruederos, los pintores, los niqueladores, los que hacen los tirantes de la suspensión, etc. Los que construyen el armazón son los más ricos de todos y entre ellos constituyen una especie de aristocracia a la que los demás trabajadores admiran con sentimientos medio de respeto, medio de envidia. Ellos advierten su importancia y tratan a los otros con diversas consideraciones: los que construyen los carruajes tienen derecho a una especie de familiaridad condescendiente: los que cepillan y pulen la madera son considerados demasiado buenos para ser despreciados; a un capataz de los pintores lo pueden tratar con respeto, pero los operarios de los pintores como mucho se pueden ver favorecidos con una inclinación de cabeza.⁴

237

Estas condiciones estaban respaldadas por las actividades de una «Sociedad de Socorro Mutuo de los Constructores de Coches», y sobrevivieron a la condena, en 1819 bajo las *Combination Acts*, del secretario general y otros veinte miembros de la sociedad. Pero en este punto, es importante observar ese uso primitivo del término «aristocracia», con referencia al artesano cualificado.⁵ A veces se da por supuesto que

³ G. Sturt, *The Wheelwright's Shop*. 1923. caps. 10. 37.

⁴ W. B. Adams, *English Pleasure Carriages*, 1837, citado en E. Hobsbawm, «Custom, Wages and Work-load in Nineteenth Century Industry», en *Essays in Labour History*, compilado por A. Briggs y J. Saville, p. 116. (Hay trad. cast.: «Costumbre, salarios e intensidad de trabajo en la industria del siglo XIX» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona. 1979. pp. 352-383.)

⁵ Otro uso primitivo del término se encuentra en el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, p.

el fenómeno de una «aristocracia obrera» coincidió con el sindicalismo de los obreros cualificados de las décadas de 1850 y 1860, o incluso fue una consecuencia del imperialismo. Pero de hecho, en los años comprendidos entre 1800 y 1850 encontramos a la vez una vieja y nueva élite del trabajo. La vieja élite estaba compuesta por los maestros artesanos que se consideraban tan «importantes» como los patronos, los tenderos o los profesionales.⁶ (El *Book of English Trades* cataloga al boticario, al abogado, al óptico y al escribano junto al carpintero, tintorero de pieles, sastre y alfarero.) En algunas industrias, la posición privilegiada del artesano sobrevivió en la producción del taller o la fábrica, merced a la fuerza de la costumbre, o a la asociación y la restricción del aprendizaje, o porque el oficio siguió siendo altamente cualificado o especializado, como por ejemplo, el trabajo delicado y «caprichoso» de las secciones de lujo de los oficios del vidrio, la madera y el metal. La nueva élite surgió con las nuevas técnicas en el acero, la mecánica y las industrias manufactureras. Esto está bastante claro por lo que a la mecánica se refiere, pero incluso en la industria del algodón debemos recordar la advertencia, «no todos somos hilanderos». Entre las 1.225 subdivisiones de las secciones de empleo de la industria del algodón, que se enumeran en el censo de 1841, se encuentran los inspectores, los diversos tipos de «encargados de mantenimiento» especializados que ajustaban y reparaban las máquinas, los diseñadores de dibujos para el estampado del percal, y multitud de otros oficios auxiliares cualificados en los que se podían ganar salarios excepcionales.

Si bien encontramos una aristocracia especialmente favorecida en los oficios de lujo de Londres y en el límite entre las especialidades y las funciones técnicas y de dirección en las grandes industrias manufactureras, también había una aristocracia inferior de artesanos o trabajadores privilegiados casi en cada una de las industrias especializadas. Esto lo podemos detectar si miramos, por un momento, a través de la visión inquisitiva y divertida de Thomas Large, un calcetero de Leicester que formó parte de una delegación que fue a Londres en 1812, para convencer a los miembros del Parlamento en favor de un proyecto de ley para regular las condiciones en la industria calcetera.⁷ Cuando hubieron llegado a Londres, los tejedores de punto —que en aquel momento no tenían una *trade union* organizada de manera permanente, sino sencillamente un comité *ad hoc* que se había formado para promover la aprobación de su proyecto de ley— se pusieron en contacto con los sindicalistas de Londres que, a pesar de las *Combinarian Acts*, se encontraban con facilidad en sus locales de reunión:

238

Hemos ocupado la misma Sala en la que el comité de carpinteros se reunió [escribió Thomas Large a sus amigos de las Midlands] cuando decidieron acelerar el último Proceso sobre el sistema de corte. Hemos tenido la oportunidad de hablar con ellos sobre el tema, ellos pensaban que nosotros teníamos un fondo en base a) principio

134, en un contexto que indica que el término se difundió en aquel momento.

⁶ Para la «aristocracia» del siglo xviii, véase M. D. George, *op. cit.*, cap. 4.

⁷ Véase más adelante, vol. 2, pp. 107-113.

inalterable de responder cualquier demanda en cualquier momento, y si este hubiera sido el caso, nos hubiesen dejado dos o tres mil libras (ya que en el fondo que pertenece a ese Oficio hay 20.000 libras), pero cuando supieron que nuestro Oficio no guardaba ningún fondo regular para mantenerse. En lugar de Prestarnos dinero, hicieron un mecánico gesto de desprecio y se hicieron señas unos a otros con miradas significativas. Exclamando,

¡¡¡Que el Señor nos bendiga!!! ¡¡¡qué locos;ii itienen muy merecido todo lo que les ocurre! ¡¡iy diez veces más!!! ¡Siempre habíamos pensado que los tejedores de punto eran un atajo de pobres criaturas! Tipos tan faltos de espíritu como sus bolsillos lo están de dinero. ¿Qué sería de nuestro Oficio si no nos asociáramos?, ¡quizá un día como hoy, seríamos tan pobres como vosotros! ¡Mirad los otros Oficios! todos se Asocian (exceptuando a los tejedores de Spitalfields, y en qué Miserable Condición se encuentran). Fijaos en los Sastres, Zapateros, Encuadernadores, Batidores de oro. Impresores, Albañiles, sastres especializados en confeccionar abrigo, Sombrereros, Tintoreros de pieles, Canteros, Hojalateros, ninguno de esos oficios Cobra Menos de 30/por semana, y de aquello a cinco guineas todo es gracias a la Asociación, sin ella sus Oficios estarían tan mal como el vuestro ...⁸

A la lista de Thomas Large se pondrían añadir muchos más. Los cajistas y los periodistas estaban en aquel momento en el límite de los 30s., línea de privilegio, habiendo sostenido una lucha particularmente dura para organizarse frente a los patronos asociados de Londres. Algunos trabajadores cualificados eran menos afortunados. La asociación de fundidores de tipos de letras se había disuelto, y se afirmaba que sus salarios eran de 18s. a la semana, por promedio, en 1818, sin haber experimentado ningún avance desde 1790. Lo mismo era también cierto para los ópticos y los constructores de cañerías.

239

El *Gorgon* indicaba en 1819 que el salario del «trabajador manual» medio de Londres podía ser de 25s. si se hacía un promedio para todo el año.⁹ Pero en 1824, cuando se revocan las *Combination Acts* y las *craft unions* de los oficios de Londres se mostraron abiertamente, es cuando podemos hacernos una idea de la «aristocracia inferior», con la mención de algunos oficios que aparecían con mayor frecuencia en las columnas del *Trades Newspaper* de 1825; a la larga lista de Large podemos añadir los toneleros, carpinteros de navío, aserradores, calafateadores de barcos, estiradores de alambre, fundidores de piezas navales, tratantes de pieles, curtidores, cordeleros, fundidores de latón, tintoreros de seda, relojeros, peleteros y otros. Es una lista impresionante; y esos hombres, tanto en Londres como en las ciudades más grandes, constituían el mismo corazón de la cultura artesana y de los movimientos políticos de esos años. Todos estos oficios de ningún modo eran privilegiados por un igual. En 1825, algunos de los oficios tenían menos de 100 miembros y muy pocos excedían los 500. Había una gran variedad que iba desde grupos excepcionalmente privilegiados, como los

⁸ *Records of the Borough of Nottingham 1800-1835*, 1952, VIII, de Thomas Large al Comité de Tejedores de punto, 24 de abril de 1812.

⁹ Véase *Gorgon* (17 de octubre, 21 y 28 de noviembre de 1818, 6 de febrero y 20 de marzo de 1819).

tapiceros (que cobraban «enormes primas» por la admisión al aprendizaje), a los zapateros, los cuales (como veremos) se encontraban ya en las garras de una crisis que les estaba degradando a la posición de trabajadores a domicilio.¹⁰

En las provincias encontraremos parecidos e importantes grupos de artesanos privilegiados o de trabajadores especializados, no sólo en los mismos oficios, sino en oficios que apenas estaban representados en Londres. Esto era particularmente cierto para la cuchillería de Sheffield y las pequeñas industrias de mercería de Birmingham. Más adelante, continuaron existiendo, hasta muy entrado el siglo XIX, los numerosos pequeños talleres que convirtieron a Birmingham en la metrópoli de los menestrales. Los talleres del soho de Boulton tienen un papel importante en el crecimiento económico. Pero la gran mayoría de la población de la ciudad, a finales del siglo XVIII, estaba empleada en talleres muy pequeños, ya fuera como peones o como artesanos casi independientes. Enumerar algunos de los productos de Birmingham es evocar la intrincada constelación de especialidades: hebillas, cuchillería, espuelas, palmatorias, juguetes, pistolas, botones, mangos de látigo, cafeteras, escribanías, campanas, accesorios para carruajes, máquinas de vapor, tabaqueras, cañerías de plomo, joyería, lámparas, cacharros de cocina. «Cada hombre que me encontraba —escribió Southey en 1807— apesta a aceite de ballena y esmeril.»¹¹

240

Aquí, en el Black Country, el proceso de especialización durante las tres primeras décadas del siglo XIX tendió a trasladar los procesos más simples, como la fabricación de clavos y cadenas, a las poblaciones circundantes habitadas por trabajadores a domicilio, mientras que las actividades de especialización más elevada seguían estando en la propia metrópoli de Birmingham.¹² En estos oficios artesanos el abismo, en términos psicológicos y a veces económicos, entre el pequeño menestral y el oficial especializado podía ser menor que el que había entre el oficial y el trabajador urbano no cualificado. El acceso a un oficio completo podía estar limitado a los hijos de los que ya trabajaban en él, o sólo se podía comprar mediante una elevada prima de aprendizaje. La restricción con respecto al acceso a un oficio podía estar respaldada por regulaciones corporativas (como las de la Compañía de Cuchilleros de Sheffield, que no fueron abolidas hasta 1814), alentadas por los patronos y mantenidas por las *trade unions* bajo el sobrenombre de sociedades de socorro mutuo. A principios del siglo XIX, entre estos artesanos (observaron los Webb) «tenemos todavía la sociedad industrial dividida de manera vertical, oficio por oficio, en lugar de horizontalmente entre patronos y asalariados».¹³ De igual modo, podía ocurrir que sólo los obreros de una sección privilegiada de una industria determinada consiguieran restringir o

¹⁰ *Trades Newspaper* (1825-1826). *passim*.

¹¹ J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, I, p. 272; C. Gill, *History of Birmingham*, I, pp. 95-98; Southey, *Letters from England*, Carta XXVI.

¹² Véase S. Timmins (Comp.), *Birmingham and the Midland Hardware District*, 1866, pp. 110 *et passim*; H. D. Fong, *Triumph of Factory System in England*, Tientsin, 1930, pp. 165-169.

¹³ S. y B. Webb, *The History of Trade Unionism*, edición de 1950, pp. 45-46.

aumentar las condiciones de entrada en ella. Así, un estudio reciente de los mozos de cuerda de Londres ha revelado la fascinante complejidad de la historia de una sección de trabajadores —incluyendo a los mozos de cuerda de Billingsgate— de quienes, a primera vista, se podría pensar que eran jornaleros eventuales, pero que, en realidad, se encontraban bajo la vigilancia particular de las autoridades de la *City* y que mantenían una posición privilegiada dentro del océano del trabajo no cualificado, hasta mediados del siglo XIX.¹⁴ Con más frecuencia la distinción se establecía entre el trabajador cualificado, o que había pasado un proceso de aprendizaje, y su operario: el herrero y su *striker** el albañil y su peón, el diseñador de estampados para la tela de percal y sus ayudantes, etc.

* Operario ayudante en las herrerías, que manejaba el mazo o martillo. (*N. de la t.*)

La distinción entre el artesano y el trabajador no cualificado —en términos de posición social, organización y remuneración económica— seguía siendo tan grande, si no mayor, en el Londres de Henry Mayhew de fines de la década de 1840 y la de 1850, como lo era durante las guerras napoleónicas. «Al pasar de los operarios especializados del *west-end* a los trabajadores no cualificados del barrio este de Londres —comentaba Mayhew—, el cambio moral e intelectual es tan grande, que parece como si estuvieras en otro país con otra población»:

241

Los artesanos son, casi todos sin excepción, políticos vehementes. Tienen educación suficiente y son bastante serios para calibrar su importancia en el seno del Estado. ... Los peones no cualificados son un tipo de gente diferente. Hasta ahora son tan apolíticos como los lacayos, y en lugar de sostener violentas opiniones democráticas, parecen no tener opiniones políticas en absoluto; o, si las tienen ... más bien apuntan hacia el mantenimiento de «las cosas como están» que hacia el poder de la población obrera.¹⁵

En el sur, la mayor participación en las sociedades de socorro mutuo se daba entre los artesanos¹⁶ y también era entre ellos donde la organización de las *trade unions* era más estable y continuada, donde florecieron los movimientos educativos y religiosos y donde el owenismo enraizó con mayor profundidad. De nuevo, la costumbre de «deambular» estaba tan extendida entre los artesanos, que un historiador la ha descrito como «el equivalente, para el artesano, del *Grand Toar*».¹⁷ Veremos cómo su dignidad y su deseo de independencia tiñeron el radicalismo político de los años de posguerra. Y, por otra parte, si despojamos al artesano de su oficio y de las defensas que le proporcionaba su *trade union*, era una de las figuras más miserables del Londres de Mayhew. «Los trabajadores manuales desamparados —le dijo a Mayhew el Maestro

¹⁴ W. M. Stern, *The Porters of London*, 1960.

¹⁵ H. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 1862, III, p. 243. Frente a ello se debería poner la afirmación de uno de los basureros de Mayhew: «No me preocupo de la política en absoluto, pero soy carlista.»

¹⁶ Sobre la composición social de las sociedades de socorro mutuo, véase P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, pp. 71 y siguientes.

¹⁷ E. J. Hobsbawm, «The Tramping Artisan», en *Econ. Hist. Review*. Serie 2, III (1950-1951), p. 313. (Hay trad. cast.: «El artesano ambulante», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 49-83.)

de la Wandsworth and Clapham Union— son una clase totalmente diferente de los vagabundos habituales.» Sus casas de huéspedes y sus «locales de encuentro» eran diferentes de los de los vagabundos y de la fraternidad de los «viajeros»; sólo acudirían al asilo cuando estuviesen absolutamente desesperados: «Ha ocurrido algunas veces que, antes de solicitar la entrada, han vendido la camisa y el chaleco que llevaban puestos ...». «El trabajador manual pobre irá a parar al asilo como un hombre perdido, asustado. ... Cuando le vapulean es como un pájaro fuera de su jaula; no sabe a dónde ir, ni cómo conseguir algo.»¹⁸

El artesano de Londres se vería pocas veces tan abatido, había muchos estadios intermedios antes de llegar a la puerta del asilo. Su historia cambia mucho de oficio en oficio. Y si miramos más allá de Londres hacia los centros industriales del norte y las Midlands, encontraremos otras clases importantes de trabajadores cualificados u operarios de las fábricas —mineros en algunas cuencas mineras, hilanderos de algodón, obreros de la construcción cualificados, trabajadores especializados en las industrias del hierro y del metal— que están entre aquellos a quienes el profesor Ashton describe como «con posibilidad de compartir los beneficios del progreso económico». Entre ellos estaban los mineros de Durham (en el área de Sunderland) a quienes Cobbett describió en 1832:

242

Aquí no se ve nada bonito, pero todo parece tener mucho valor, y una cosa importante es que los obreros viven bien ... Los mineros reciben 24 chelines a la semana, no pagan alquiler, el combustible no les cuesta nada, y el médico tampoco les cuesta nada. Su trabajo es terrible, por supuesto, y, quizá, no reciben lo que merecerían; pero, de cualquier modo, viven bien, sus casas y su mobiliario son buenos; y ... sus vidas son todo lo bueno que razonablemente puede esperar la parte trabajadora de la humanidad.¹⁹

Los mineros, que en muchos distritos eran casi una «casta hereditaria», tenían fama de ser unos asalariados que comparativamente ganaban bastante:

Los muchachos de la mina de carbón obtienen oro y plata Los muchachos de la fábrica nada obtienen, sino latón...*

* Collier lads get towld and silver, / Factory lads gets nowt but brass...

El profesor Ashton considera probable que sus salarios fueran más elevados en la década de 1840 que en cualquiera de los años de la guerra, si se exceptúa el mejor. Pero probablemente sus condiciones de trabajo eran peores.²⁰

Muchos grupos como éste aumentaron sus salarios reales entre 1790 y 1840. El progreso no fue tan uniforme ni tan continuo como a veces se supone. Estaba estrechamente relacionado con el éxito o el fracaso del sindicalismo en cada industria,

¹⁸ Mayhew, *op. cit.*, I, p. 351.

¹⁹ *Rural Rides*, II, p. 294. Frente a esta descripción se deberían situar los tempestuosos incidentes ocurridos en la cuenca minera del noreste: el surgimiento y destrucción de la *unión* de Hepburn, entre 1830 y 1832, referidos en R. Fynes, *The Miners of Northumberland and Durham*, caps. 4-6, y *The Skilled Labourer*, caps. 2 y 3.

²⁰ Véase T. S. Ashton, «The Coal-Miners of the Eighteenth Century», *Econ. Journal* (Suplemento), I (1928), pp. 325, 331, 334.

y frente a esa serie salarial «optimista» se debe situar el desempleo o la jornada reducida según las estaciones. Pero si sólo nos preocupásemos de los «trabajadores asociados» cualificados que tenían un empleo regular, entonces la controversia en torno al nivel de vida haría tiempo que se habría resuelto por el lado optimista.

Pero de hecho, el problema en su conjunto presenta infinitas complejidades. El estudiante que se encuentra, en su libro de texto, con una confiada afirmación de este tipo:

243

En 1831, el coste de la vida era un 11 por 100 más elevado que en 1790, pero en este lapso de tiempo los salarios urbanos habían aumentado, al parecer, por lo menos un 43 por 100.²¹

debería percibir inmediatamente el peligro. No sólo se trata de que los mismos índices del coste de la vida sean objeto de una seria disputa (el propio profesor Ashton ha descrito el índice sobre el que fundamenta su propia afirmación como derivado, quizá, de la dieta de un «diabético»),²² deberíamos darnos también cuenta de que el índice de Salarios urbanos se basa, en lo fundamental, en los salarios de trabajadores cualificados con pleno empleo. Y es precisamente aquí donde aparecen multitud de problemas adicionales. ¿Por qué razón deberíamos suponer, en un período de crecimiento demográfico muy rápido, que la proporción de trabajadores cualificados con empleo en relación con la de trabajadores eventuales y desempleados debería evolucionar de manera favorable a los primeros? ¿Cuál es la razón por la que los historiadores sociales encuentren repetidamente datos que sugieren que este fue un período excepcionalmente penoso para las grandes masas de la población? ¿Cómo se explica —si los años que van de 1820 a 1850 revelan un aumento apreciable del nivel de vida— que después de 30 años más de mejora incuestionable, entre 1850 y 1880, los trabajadores no cualificados de Inglaterra viviesen todavía en las condiciones de privación extrema que demostraron, para la década de 1890, Booth y Rowntree?

La primera mitad del siglo XIX debemos verla como un período de subempleo crónico, en el que los oficios especializados son como islas amenazadas por todos lados por la innovación tecnológica y la irrupción de) trabajo juvenil no cualificado. Los mismos salarios por trabajo cualificado esconden a menudo una serie de deducciones obligadas: alquiler de maquinaria, pago por el uso de fuerza motriz, multas por trabajo defectuoso o indisciplina, o sustracciones forzosas de otros tipos. La subcontratación era predominante en la minería, las industrias del hierro y la alfarería, y estaba bastante extendida en la construcción, por lo cual el «intermediario» o el «capataz» emplearía él mismo a trabajadores menos cualificados; mientras que los niños —los *pieceners** en las hilanderías o los *hurryers*** en las minas— eran tradicionalmente empleados por el hiladero o el minero. Los hiladeros de algodón de Manchester declaraban, en 1818, que un salario de 2 libras 3s. 4d. estaba sujeto a

²¹ T. S. Ashton, *The Industrial Revolution. 1760-1830*, 1948, p. 158.

²² T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, p. 146.

las siguientes deducciones:

* Jóvenes empleados en las hilanderías para mantener los bastidores llenos de algodón en rama y para unir los cabos de los hilos que se rompían. (*N. de la t.*)

** Literalmente, uno que va deprimido o que empuja deprimido. (*N. de la t.*)

1er <i>piecer</i> * por semana	0	9	2
2o <i>piecer</i> por semana	0	7	2
3er <i>piecer</i> por semana	0	5	3
Velas, promedio, de invierno y verano, por semana	0	1	6
Enfermedad y otros gastos no previsibles	0	1	6
Gasto	1	5	0 libras

* En las hilanderías, *piecener* (véase nota p. 262) (*N. de la t.*)

244

y quedaba un resto de 18s. 4d.²³ Pueden citarse casos similares para todas las industrias, por lo cual los salarios mencionados por los obreros tienen una fisonomía distinta de los que mencionan los patronos. El «*Truck*», o pago en productos, y los «*tommy shops*» complican todavía más el panorama; mientras que los marineros y los trabajadores ribereños estaban sujetos a extorsiones peculiares, a menudo a manos de los taberneros, por ejemplo, los descargadores de carbón del Támesis —hasta la aparición, en 1843, de una ley que les protegía—, sólo podían obtener empleo a través de los taberneros, quienes, a su vez, sólo daban empleo a los hombres que consumían un 50 por 100 de su salario en la taberna.²⁴

Cuando entraba en juego un oficio, el artesano se preocupaba tanto de mantener su posición frente al trabajador no cualificado, como de presionar a los patronos. Antes de 1830, son muy pocas las *trade unions* que trataban de atender los intereses de los cualificados y los no cualificados a la vez, en el mismo oficio; y cuando los constructores, durante el período de entusiasmo owenita, adoptaron propuestas que abarcaban a los peones, establecieron muy claramente la distinción:

Estas Logias** se deberían componer, gradualmente, por arquitectos, canteros, albañiles, carpinteros, pizarreros, yeseros, fontaneros, vidrieros, pintores; y también picapedreros, ladrilleros y peones tan pronto como se puedan preparar con mejores costumbres y más conocimiento que les permita actuar por sí mismos, ayudados por las otras secciones que tendrán un interés muy grande en mejorar el espíritu, la moral y la condición general de sus familias en el menor tiempo posible.²⁵

** Taller de un grupo de «*freemasons*». El *freemason* (francmasón) era miembro de un grupo determinado de canteros cualificados que iban de ciudad en ciudad trabajando en construcciones importantes. Se reconocían unos a otros por signos secretos y contraseñas. Por extensión se refiere a los talleres de cualquier oficio. (*N. de la t.*)

Pero también debemos tener presente la *inseguridad* general de muchos oficios en un período de rápidas innovaciones técnicas y de débiles defensas de las *trade unions*. El invento devalúa simultáneamente los viejos oficios y encumbra a otros nuevos. El

²³ *Black Dwarf* (9 de septiembre de 1818). Sin embargo el reconocimiento de las cuotas de una asociación mutua para enfermedad (y posiblemente de la *trade union*) como «gastos» necesarios indica una mejora en los niveles de vida.

²⁴ Véase G. W. Hilton, *The Truck System*, Cambridge, 1960, pp. 81-87 *et passim*.

²⁵ *Pioneer* (septiembre 1833), en R. Postgate, *The Builder's History*, 1923, p. 93.

proceso es poco uniforme.

245

En fecha tan tardía como 1818, el *Book of English Trades* (un libro de bolsillo que se basa principalmente en los oficios de Londres) no cataloga los oficios de mecánico, constructor de máquinas de vapor o constructor de calderas; el tornero se consideraba todavía principalmente como ebanista y las destrezas del mecánico se encuadraban en las del «maquinista»: un versátil maestro de muchos oficios, «considerablemente ingenioso y con un gran conocimiento mecánico» que «necesita del talento y la experiencia del ensamblador, el fundidor de latón y hierro, el herrero y el tornero, en su más amplia diversidad». Sólo 10 años más tarde se publicó *The Operative Mechanic and British Machinist*, con no menos de 900 páginas, que mostraba la extraordinaria diversidad de lo que en otro tiempo había sido el oficio de *mill-wright** Y la separación de nuevos oficios la podemos observar en la formación de las primeras sociedades o *trade unions* que más tarde iban a organizar los mecánicos; los bien organizados clubs de oficio de los *millwrights* dan lugar, a finales del siglo XVIII, a la Friendly Society of Iron-moulders (1809), la Friendly and Benevolent Society of Vicemen and Turners (Londres, 1818), la Mechanic's Friendly Union Institution (Bradford, 1822), Steam Engine Makers' Society (Liverpool, 1824) y la Friendly Union of Mechanics (Manchester, 1826).

* Diseñador o constructor de molinos o de maquinaria para molinos. (*N. de la t.*)

Pero la progresión de estas sociedades no nos debería llevar a suponer que se da un historial de avance continuo a medida que se establecen nuevos oficios. Por el contrario, puesto que el *mill-wright* era un aristócrata (al menos en Londres) que se encontraba protegido a la vez por su propia organización (que era tan poderosa que se esgrimió su existencia como razón para aprobar las *Combination Acts*)²⁶ y por las restricciones al aprendizaje, y que mantenía un salario de dos guineas en los primeros años del siglo XIX, la revocación de las cláusulas sobre aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers* en 1814 le dejó expuesto a una seria competencia. En 1824, Alexander Galloway, que había sido secretario adjunto de la SCL y era entonces uno de los patronos de mecánica importantes de Londres, puso de manifiesto que después de la revocación, «cuando un hombre podía trabajar en cualquier empleo, tanto si había servido en él uno, dos, tres o ningún año, aquello decapitó todas las asociaciones». Los viejos *mill-wrights* estaban «tan derrotados por los nuevos trabajadores, que podríamos pasar sin ellos», mientras que el trabajo a destajo y otros incentivos completaban el desconcierto de los sindicalistas. A los *mill-wrights*, que «solían mofarse y desdeñar la reputación de un mecánico» considerándolo un oficio inferior y advenedizo, les tocaba ahora el turno de desaparecer. Se podían encontrar

²⁶ Según un cierto «Statement of faets respecting the Journeymcn Mill-wrights» en P.C. A.158, los *millwrights* habían aumentado sus salarios desde 2s. 6d. a 3s. por día en 1775 y a 4s. 6d. por día en 1799. Los oficiales trabajaban para pequeños menestrales que a su vez estaban empleados por «Cerveceros. Molineros y diversos Fabricantes», y cuyos talleres se paraban por cualquier huelga. De aquí que los oficiales en huelga pudieran hacer contratos con aquéllos, compitiendo con sus propios patronos.

mecánicos que no habían pasado un período de aprendizaje, por 18s. a la semana; y la aplicación del principio automático al torno (el soporte de corredera o «carretilla» de Maudslay) llevó a la afluencia de los jóvenes y los no cualificados.

246

Por lo tanto ni siquiera esta industria —que seguramente es una de las más notables en relación a la introducción de nuevas técnicas— muestra una progresión cómoda en cuanto a posición y salarios, que sea proporcionada al ritmo de las innovaciones técnicas. Más bien, muestra su punto más alto a finales del siglo XVIII, un declive rápido en la segunda década del siglo XIX, acompañada por una afluencia de mano de obra no cualificada, seguida del establecimiento de una nueva jerarquía y de nuevas formas de asociación. El trabajo era sumamente diferenciado, y durante algunos años (como indica la diversidad de nombres de las primeras *trade unions*) no se sabía a ciencia cierta qué oficio tendría la primacía.²⁷ La ascensión del mecánico especializado, en la industria de construcción de maquinaria, fue más fácil debido a la escasez de personas con su experiencia. El movimiento de la mano de obra en los primeros talleres mecánicos era prodigioso; Galloway, que daba trabajo a unos ochenta o noventa hombres en 1824, declaraba que durante los 12 años anteriores habían pasado entre 1.000 y 1.500 hombres por sus talleres; eso significa la total renovación de la mano de obra *per annum*. Agentes de algunos patronos extranjeros recorrían Inglaterra con la esperanza de atraer trabajadores cualificados hacia Francia, Rusia, Alemania y Norteamérica.²⁸ Naturalmente, los patronos de Londres sufrían en especial. Un agente extranjero (decía Galloway) «sólo tiene que apostarse a mis puertas cuando entran y salen, y obtener los nombres de los hombres más capaces: de ese modo se han hecho muchos contratos de este tipo». Por consiguiente, los salarios de los mejores hombres subieron constantemente mientras, hacia las décadas de 1830 y 1840, pertenecieron a una élite privilegiada. En 1845, en Messrs Hibbert y Platt's (Oldham), que era el primer taller de maquinaria textil de Gran Bretaña, con cerca de 2.000 obreros empleados, se pagaban a los hombres valiosos salarios de 30s. y más. Los mecánicos (se lamentaba un obrero metodista) gastaban con liberalidad, apostaban en las carreras de caballos y en las de galgos, adiestraban lebreles y comían carne «dos o tres veces al día». Sin embargo, ahora la rueda había dado la vuelta completa. Donde Galloway se había visto obligado a sobornar a sus mejores hombres para que se quedaran, en 1824, ahora el oficio de mecánico se había multiplicado hasta tal punto que Hibbert y Platt's podían seleccionar cuidadosamente sólo a los hombres mejor cualificados. «Vi a muchos principiantes —recuerda nuestro metodista— que fueron despedidos el mismo día, y algunos en un período de prueba todavía más

²⁷ Véase el testimonio de Galloway: «Nuestro negocio se compone de seis u ocho secciones diferentes; los que trabajan la madera, a los que llamamos carpinteros; éstos cuentan con buenos ebanistas, ensambladores, *millwrights* y otros que trabajan la madera; fundidores de hierro y de latón: herreros, fgoneros y martilladores; ... prensadores y limadores; y torneros del latón, hierro y madera de todas las variedades.»

²⁸ En un esfuerzo por proteger la supremacía industrial británica, se declaró ilegal la salida del país para muchas clases de obreros especializados.

corto.» El mecánico ya no podía confiar por más tiempo en la escasez de su oficio para proteger sus condiciones. Estaba obligado a volver al sindicalismo, y es significativo que Hibbert y Platt's fuese el centro de la agitación del plante de los mecánicos de 1851.²⁹

247

También debemos tener en cuenta este solapamiento entre la extinción de los viejos oficios y el surgimiento de los nuevos. Uno detrás de otro, a medida que el siglo XIX avanza, los antiguos oficios domésticos se ven reemplazados en la industria textil: los «tundidores», los estampadores manuales de percal, los cardadores de la lana, los cortadores de fustán. Y sin embargo, hay ejemplos en sentido contrario de tareas laboriosas y mal pagadas, que se hacían a domicilio a veces realizadas por niños, que con la innovación técnica se transformaron en oficios celosamente defendidos. Así ocurrió con el cardado en la industria de la lana que se hacía con «cardas» cuyo lomo era de cuero, en el que había clavados miles de pequeños dientes de alambre; en las décadas de 1820 y 1830, este trabajo lo hacían niños al precio de $\frac{1}{2}d$. Por 1.500 o 1.600 dientes colocados, y (nos cuentan de un pueblo pañero del West Riding) «en casi todos los hogares de los *cottages*, pequeños trabajadores que apenas si sabían andar aligeraban la monotonía de la fatigosa tarea poniendo un diente en la carda por cada habitante del pueblo, diciendo en voz alta cada nombre a la vez que insertaban el alambre que los representaba.³⁰ Menos de cincuenta años más tarde, las innovaciones en la maquinaria de fabricación de cardas habían permitido que la pequeña *unión* del oficio de cardero y el de mantenimiento de maquinaria se situara en una posición privilegiada entre la «aristocracia» de la industria lanera.

Pero cuando reseguimos la historia de industrias particulares y vemos cómo surgen nuevos oficios a medida que los viejos declinan, puede ocurrir que olvidemos que el viejo oficio y el nuevo casi siempre constituían retribuciones para personas distintas.

248

En la primera mitad del siglo XIX, los industriales favorecían cada innovación que les permitía prescindir de los artesanos varones adultos y reemplazarlos con mujeres o mano de obra juvenil. Incluso cuando se reemplazaba un oficio viejo con un nuevo proceso que exigía la misma o mayor destreza, pocas veces encontramos a los mismos trabajadores trasladados del uno al otro, o desde la producción doméstica a la fábrica. La inseguridad y la hostilidad frente a la maquinaria y la innovación, no era el resultado del simple prejuicio y (como a la sazón suponían las autoridades) del conocimiento insuficiente de la «economía política». El tundidor o del cardador de lana

²⁹ Véase *The Book of English Trades*, 1818, pp. 237-241; J. Nicholson, *The Operative Mechante and British Machinist*, 1829; J. B. Jeffreys, *The Story of the Engineers*, 1945, pp. 9-18, 35 y siguientes; *First Report from Select Committee on Artizans and Machinery*, 1824, pp. 23-27; Clapham, *op. cit.*, I, pp. 151-157, 550; Thomas Wood, *Autohigraphy*. Leeds, 1856. p. 12 *et passim*. Véase también W. H. Chaloner. *The Hungry Fones: A Re-Examination*. Historical Association, 1957, en el que, sin embargo, se da a entender de manera imprudente que las buenas condiciones de los trabajadores cualificados en Hibbert y Platt's son más características de los «Cuarenta» que las malas condiciones de los tejedores manuales.

³⁰ Frank Peel. «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril 1884).

sabían bastante bien que, aunque la nueva maquinaria le podía ofrecer un empleo cualificado a su hijo, o al hijo de cualquier otro, a él no le ofrecería ninguno. Las recompensas de la «marcha del progreso» siempre parecían ser cosechadas por otros.

Cuando estudiemos el ludismo veremos esto con más claridad. Pero aun así, sólo estamos en la orilla del problema, porque esas inseguridades particulares eran sólo un aspecto de la inseguridad *general* de todos los oficios durante este período. La misma noción de regularidad en el empleo —en un puesto de trabajo, durante un número de años, por una cantidad regular de horas y un nivel salarial— es anacrónica.

249

Hemos visto que en la agricultura el problema crónico era el del empleo a tiempo parcial. También era este el problema en la mayoría de industrias y en la experiencia urbana por lo común. El trabajador cualificado, que había seguido un proceso de aprendizaje, era propietario de sus herramientas de trabajo y trabajaba en un oficio durante toda la vida, era una minoría. Es de todos conocido que en los primeros estadios de la industrialización, las ciudades en crecimiento atraían mano de obra desarraigada y migratoria de todo tipo; esta es todavía la experiencia actual en África y Asia. Incluso los trabajadores establecidos pasaban con rapidez por una sucesión de empleos. Las series salariales extraídas de los sueldos que se pagaban en los oficios cualificados no nos ofrecen la realidad desagradable, e imposible de reducir a estadísticas, del ciclo del desempleo y del trabajo eventual que aparece en los recuerdos de un cartista del Yorkshire, que evocan su mocedad y su juventud desde finales de la década de 1820 hasta la de 1840.

Los Años de Colegio de Tom Brown no hubiesen tenido encanto alguno para mí, puesto que nunca en mi vida asistí a un día de escuela; cuando era muy joven tuve que empezar a trabajar, y me sacaban de la cama entre las 4 y las 5 en punto ... en verano para ir con un asno a una milla y media de distancia, y luego participar en el ordeño de diversas vacas; y por la tarde tenía que ir de nuevo con la leche, y se harían los ocho antes de que acabara. Más tarde fui a un taller de cardas y allí tenía que hincar 1.500 dientes de carda por *Vid.* Desde 1842 a 1848 no llegué a cobrar 9/ de salario semanal por término medio; el asilo y el trabajo eran difíciles de conseguir en aquella época y los salarios eran muy bajos. He sido tejedor de lana, cardador de lana, peón caminero en el ferrocarril y en el desmonte en la cantera, por todo ello declaro que conozco un poco la situación de las clases trabajadoras.³¹

Hay algunas pruebas que indican que el problema empeoraba hacia las décadas de 1820 y 1830 y durante los años cuarenta. Es decir, mientras los salarios evolucionaban lenta pero favorablemente en relación al coste de la vida, la proporción de trabajadores crónicamente subempleados evolucionaba de manera desfavorable en relación a los que tenían pleno empleo. Henry Mayhew, que dedicó una sección de su gran estudio de los pobres de Londres al problema del trabajo eventual, creía que éste era el punto capital del problema:

³¹ B. Wilson, *The Struggles of an Old Chartist*, Halifax, 1887, p. 13. El que trabajaba en el «desmonte de la cantera» era un cantero.

En todos los oficios hay ... un *exceso de mano de obra*, y esto sólo tendería a darle al empleo de un amplio número de trabajadores un carácter eventual más que regular. En los oficios, en general, se hace el cálculo de que una tercera parte de la mano de obra está plenamente empleada, una tercera parte lo está parcialmente y una tercera parte está desempleada durante el año.³²

250

Mayhew era sin comparación el mejor investigador social de mediados de siglo. Perspicaz, irónico, objetivo y, sin embargo, compasivo, sabía apreciar todas las particularidades desagradables que se le escapan a la medición estadística. En una época de investigación, buscaba los hechos que quienes trabajan con cifras olvidaban; escribió conscientemente a contra corriente de las ortodoxias de su época, poniendo de manifiesto sus propias terribles «leyes» de la economía política: «los salarios insuficientes provocan un exceso de trabajo» y «el exceso de trabajo provoca los salarios insuficientes». Sabía que cuando un viento del este obstruía el paso por el Támesis, 20.000 estibadores de sus muelles quedaban de inmediato sin trabajo. Conocía las fluctuaciones estacionales del negocio de la madera o de la confección de gorras y la repostería. Se tomaba la molestia de averiguar durante cuántas horas y por cuántos meses al año estaban en realidad empleados los barrenderos y los carreteros que trajinaban basuras. Asistió a reuniones de los que trabajaban en los oficios que investigaba y tomaba nota de sus historias de vida. Si (como sugiere el profesor Ashton) la controversia sobre el nivel de vida se basa realmente en una «estimación» respecto de qué grupo tenía un mayor crecimiento, los que «tenían la posibilidad de participar de los beneficios del progreso económico» y «los que se hallaban excluidos», entonces la estimación de Mayhew merece nuestra atención.

Mayhew nos da su estimación de la siguiente forma:

... si calculamos que las clases trabajadoras totalizan entre cuatro y cinco millones de personas, creo que podemos afirmar con seguridad, teniendo en cuenta cuántos dependen de épocas particulares como las estaciones, las modas y las casualidades para obtener empleo, y teniendo en cuenta la gran cantidad de sobretrabajo y de trabajo chapucero que hay en casi todos los oficios ... la cantidad de mujeres y niños que son incorporados continuamente a las diversas actividades manuales con el fin de reducir los ingresos de los hombres, en algunos casos el desplazamiento de trabajo humano por parte de la maquinaria ... teniendo en cuenta todas estas cosas, afirmo que creo que podemos concluir que ... apenas hay suficiente trabajo para el empleo *regular* de la mitad de nuestros trabajadores, de modo que sólo 1.500.000 de ellos tienen pleno empleo de forma constante, mientras que 1.500.000 más sólo están empleados la mitad de su tiempo, y los 1.500.000 restantes están completamente desempleados obteniendo *de vez en cuando* trabajo por un día debido al desplazamiento de alguno de los otros.³³

³² Mayhew, *op. cit.*, II, p. 338. Las partes de la obra de Mayhew en las que me he basado más ampliamente para las próximas páginas incluyen su relato sobre los sastres y los zapateros en el *Morning Chronicle*, 1849, y *London Labour and the London Poor*, II, pp. 335-382, III, pp. 231 y siguientes.

³³ Mayhew, *op. cit.*, n, pp. 364-365. Cf. *Mechanics Magazine* (6 de septiembre de 1823): «Es evidente que la razón por la cual no hay trabajo para la mitad de nuestra población es que la otra mitad trabaja el doble de lo que debería.»

Esto no pasa de ser una simple estimación, un intento de captar, en términos estadísticos, las complejidades de la experiencia de Londres. Pero se basa en otros hallazgos; en particular, que «por norma general ... los hombres de cada oficio que pertenecían a una asociación comprenden más o menos a uno de cada diez del conjunto».³⁴ Los salarios de los hombres asociados eran los que estaban regulados por la tradición y la presión de las *trade unions*; los salarios de los hombres que no pertenecían a una asociación estaban «determinados por la competición». En Londres, hacia la década de 1840, había una demarcación clara entre las partes «honrosas» y «deshonrosas» de los mismos oficios; y los oficios en los que esta división era escandalosa incluían a los ebanistas, carpinteros y ensambladores, los que confeccionaban zapatos y botas, los sastres y todos los que trabajaban en la pañería y la industria de la construcción. La parte honrosa comprendía las secciones de lujo y calidad; la parte deshonrosa comprendía todo el abanico de lo «feo y barato»: los vestidos de confección, el mobiliario ostentoso u ordinario, costureros chapados y espejos baratos, trabajo subcontratado (por los «*lumpers*»*) en la construcción de iglesias, trabajo contratado para la armada o el gobierno.

* Pequeño contratista. (*N. de la t.*)

En varios oficios, que Thomas Large había apuntado como a la vez organizados y bien pagados en 1812, se produjo un serio deterioro en cuanto a la posición social y al nivel de vida de los artesanos durante los siguientes treinta años. La degradación de los oficios adoptó muchas formas, y a veces sólo se consumaba después de un intenso conflicto, en algunos casos en fecha tan tardía como la década de 1830. Cuando William Lovett, que había sido aprendiz de cordelero en Penzance, fue a Londres en 1821 y —como no encontraba empleo en su propio oficio— intentó obtener trabajo como carpintero o ebanista, la distinción entre los oficios honrosos y deshonorosos todavía no era tan marcada. El hecho de no haber pasado el aprendizaje pesaba mucho contra él, pero después de algunas experiencias malas en un taller deshonoroso, y experiencias peores al intentar vender sus propios productos por las calles, por fin consiguió empleo en un gran taller de ebanistería. Cuando descubrieron que no había hecho el aprendizaje, los hombres ...

hablaban de «ponerme encima a *Mother Shomey*, éste es un término en la jerga del oficio que significa esconderte tus herramientas, estropear tu trabajo y molestarte de tal modo que por fin te vayas del taller ... Tan pronto ... como supe sus sentimientos ... pensé que lo mejor era convocar una reunión de taller y exponer mi caso ante ellos. Para convocar una reunión de este tipo, el primer requisito era encargar una cantidad respetable de bebida (en general un galón** de cerveza), y luego golpear el martillo y el garfio, los cuales haciendo un sonido similar al de una campana son una llamada que hace que todo el taller se agrupe alrededor de tu banco. Luego se elige un presidente y te invita a exponer tus problemas.

³⁴ Según los datos que Mayhew presenta en otras partes, referentes a los ebanistas y los sastres, esto sería una exageración: quizás una cifra más probable sea 1 de cada 15 o 1 de cada 16.

** Medida de capacidad que equivale a 4,546 litros. (*N. de la t.*)

252

La explicación que hizo Lovett de su difícil situación satisfizo a los hombres; «pero las peticiones de bebida que me hacían algunos individuos, a cambio de enseñarme cómo hacer algún tipo particular de trabajo, junto con las multas y las cuentas del taller, a menudo ascendían a siete u ocho chelines por semana, que tenía que descontar de mi guinea».³⁵ Diez o veinte años más tarde no hubiese conseguido obtener empleo en un taller respetable o asociado: la influyente Sociedad de Ebanistas (de la que el propio Lovett llegó a ser presidente) había consolidado la posición de sus miembros en las ramas de calidad del oficio y había cerrado las puertas a la masa de mano de obra sin aprendizaje o semicualificada que clamaba desde fuera. Al mismo tiempo, el oficio deshonesto había proliferado:³⁶ los intermediarios habían instalado «mataderos» o grandes almacenes de mobiliario, y los pobres «*garret-masters*»* de Bethnal Green y Spitalfields empleaban a sus propias familias y a «aprendices» en hacer sillas y mobiliario de bajísima calidad para vender en los almacenes a precios de regalo. Incluso los obreros más desafortunados comprarían o reunirían poco a poco madera para construir costureros o mesas de baraja que vendían por las calles o saldaban a precios reducidos en las tiendas del East End.

* Ebanista o cerrajero que trabajaba por cuenta propia, en general en unas condiciones muy precarias. De ahí el nombre que equivaldría a maestros de buhardilla. (*N. de la t.*)

La historia de cada oficio es distinta. Pero es posible indicar el esbozo de un modelo general. Aunque se acepta en general que los niveles de vida declinaron durante los aumentos de precios de los años de las guerras (y esto es verdaderamente cierto para los jornaleros, los tejedores y los trabajadores no organizados en su conjunto), con todo la guerra estimuló muchas industrias y contribuyó al pleno empleo. En Londres el arsenal, los astilleros y los muelles estaban llenos de actividad, y había grandes contratos del gobierno para la confección de ropa y equipamientos destinados a los cuerpos militares. Birmingham prosperó de manera similar hasta los años del bloqueo continental. Los últimos años de la guerra presenciaron una erosión generalizada de las restricciones en el aprendizaje, tanto en la práctica como en la legislación, que culminaron en la revocación de las cláusulas de aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers*, en 1814.

253

Acorde con su posición social, los artesanos reaccionaron enérgicamente ante esa amenaza. Debemos recordar que en aquella época había muy poca escolarización y no existían ni institutos mecánicos ni escuelas técnicas, y que la técnica y el «misterio» del oficio se transmitían casi por completo mediante el precepto y el ejemplo en el taller, por parte del oficial a su aprendiz. Los artesanos consideraban este «secreto»*

³⁵ W. Lovett, *Life and Struggles in Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom*, edición de 1920, I, pp. 31-32. Para la vieja costumbre de «pagar el derecho de ingreso» y el «*maiden garnish*» (cuando el obrero nuevo o el aprendiz tenían que invitar a beber a todo el taller), véase J. D. Burn, *A Glimpse of the Social Condition of the Working Class*, sin fecha, pp. 39-40.

³⁶ Mayhew, III, p. 231, habla de 600-700 trabajadores asociados, y 4.000-5.000 trabajadores no asociados.

como *propiedad* suya y afirmaban su derecho incuestionable al «uso y disfrute privado y exclusivo de sus ... artes y oficios». En consecuencia, no sólo opusieron resistencia a la revocación, formándose en Londres un «consejo de oficios nacientes» y recogiendo 60.000 firmas a nivel nacional para una petición dirigida a *reforzar* las leyes del aprendizaje,³⁷ sino que hay pruebas de que, como consecuencia de la amenaza, los clubs de oficios se reforzaron realmente, de modo que muchos artesanos de Londres salieron de las guerras en una situación comparativamente fuerte.

Pero en este punto las historias de los diferentes oficios empiezan a diverger. La presión de la marea de los trabajadores no cualificados, que golpeaba las puertas, se abrió camino de distintas formas y con diversos grados de violencia. En algunos oficios la demarcación entre un oficio honroso y otro deshonroso podía detectarse ya en el siglo XVIII.³⁸ El hecho de que el oficio honroso hubiese mantenido su posición a pesar de la existencia, desde hacía mucho tiempo, de esta amenaza, se puede explicar por varias razones. Gran parte de los oficios del siglo XVIII se dedicaba a los artículos de lujo, lo cual exigía una calidad de hechura que no podía obtenerse con trabajo mal pagado. Además, en las épocas de pleno empleo, el oficio deshonroso a pequeña escala podía ofrecer, en realidad, mejores condiciones que aquellos oficios de los hombres que pertenecían a una asociación. Así, la Gormen observó, en 1818, a propósito de los ópticos y los fundidores de tipos de imprenta, que habían aumentado...

una pequeña clase de hombres de oficio, llamados *garret-masters*, que no sólo venden sus manufacturas a precio más bajo que las de aquellos que poseen una gran capital, y que tienen el oficio en tina escala más extensiva, sino que en realidad pagan salarios más elevados a los hombres que emplean. Creemos que esto es lo que ocurre en todos los oficios ...³⁹

El perfil de esta demarcación se puede ver en la diferenciación que existía entre los sastres «*Flint*» y «*Dung*», y entre los agresivos y bien organizados zapateros que confeccionaban zapatos para las damas y los trabajadores del oficio de confección de botas y zapatos para hombres. Sin embargo, los zapateros de ambos grupos fueron de los primeros que experimentaron de lleno el efecto del influjo de los trabajadores «ilegales». La posición de los londinenses se debilitó con el crecimiento de la gran industria de la bota y el zapato, en la que predominaba el trabajo a domicilio, de Northamptonshire y Staffordshire.⁴⁰ Alien Davenport, un socialista spenceano, recogió algunos incidentes de la historia de los zapateros de Londres:

254

³⁷ Véase T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Chuses of the Statute of Apprentices», *Econ. Hist. Review*, III (1931-1932), p. 67. Véase también vol. 2, p. 86.

³⁸ La doctora Dorothy George observa que hay *-garret-masters-y -chamber-masters* entre los relojeros y los zapateros: véase *London Life in the 18th Century*, pp. 172-175, 197-198. Véase también E. W. Gilboy, *Wages in Eighteenth Century England*, Cambridge, Mass., 1934.

³⁹ *Gorgon* (21 de noviembre de 1818).

⁴⁰ Véase Clapham, *op. cit.*, I, pp. 167-170; M. D. Geofge, *op. cit.*, pp. 195-201; A. Fox, *History of the National Union of Boot and Shoe Operativos*, Oxford, 1958, pp. 12, 20-23. Para el reglamento de los Oficiales de la Confección de Botas y Zapatos, 1803, véase Aspinall, *op. cit.*, pp. 80-82.

En 1810 empecé a trabajar para el señor Bainbridge, y entonces fue cuando asistí por primera vez a una reunión de taller, porque todos los talleres donde había trabajado con anterioridad estaban desconectados de cualquier reunión ... quizá se les consideraba demasiado insignificantes ... Fui recibido con amabilidad por los miembros de la quinta sección de operarios de mujeres (es decir, los que confeccionaban zapatos de mujer), que luego se reunió en el York Arms, en Holborn; y en muy poco tiempo me convertí en delegado. ... Desde que ingresé hasta 1813, la de operarios de mujeres adquirió una gran fuerza en cuanto al número de sus miembros y experimentó un aumento considerable en cuanto a recursos pecuniarios. Teníamos a la vez catorce divisiones en Londres, que además de formar parte de la *unión*, mantenían correspondencia regular con gente del oficio en cada ciudad y población de alguna importancia, por todo el reino. Pero hacia esta época el oficio inició un pleito contra un patrono que había empleado a un trabajador ilegal y se negaba a despedirle. El caso fue llevado a los Tribunales Reales por dos inteligentes compañeros de taller ... ayudados por un abogado. Ganamos el caso, pero el proceso le costó al oficio cien libras que fueron dinero malgastado, porque casi inmediatamente después se revocó la ley de Elizabeth que consideraba ilegal que un patrono emplease a un hombre que no hubiese hecho el aprendizaje en nuestro oficio; y entonces el oficio quedó abierto a todo el mundo.

En la primavera de 1813, la *unión* sostuvo una huelga en apoyo de una lista de precios detallada: «se concedieron todas las demandas y volvimos cómodamente a nuestro trabajo»:

Pero algunos de los miembros más turbulentos, embriagados por el éxito de la última huelga, propusieron alocadamente que empezásemos otra huelga pocas semanas después. ... Esta arrogante forma de proceder suscitó una crisis en el oficio; los patronos, que hasta aquel momento no estaban asociados y no se conocían unos a otros, se alarmaron, se reunieron y formaron una asociación y, al estar completamente organizados, resistieron la huelga; los hombres fueron derrotados y dispersados a los cuatro vientos y cientos de hombres, mujeres y niños sufrieron las mayores privaciones durante el invierno siguiente. En esta huelga situó la fecha de la caída del poder de los trabajadores, y el inicio del despotismo entre los patronos zapateros.⁴¹

255

Se puede calibrar el encarnizamiento de la lucha de los zapateros por el extremo radicalismo de muchos de sus miembros a lo largo de los años de posguerra. Los que confeccionaban zapatos para las damas alcanzaron su posición en los años del *boom*, 1820-1825; pero la recesión de 1826 mostró su debilidad inmediatamente. Los hombres organizados se encontraban rodeados de multitud de pequeños talleres «deshonrosos», en los que «*snobs*» o «*translators*»* confeccionaban zapatos a 8d. o 1s. el par. En el otoño de 1826, algunos de sus miembros fueron procesados por motín y asalto a raíz de una huelga de una duración de siete o más semanas; se afirmaba que un sindicalista le había dicho a un «esquirol» que «le deberían haber sacado el hígado

⁴¹ *Life* de Davcnport, reimpresso en *National Co-operative Leader*, 1861. Estoy en deuda con el señor Roydon por dirigir mi atención hacia esta fuente.

por trabajar a un precio inferior».⁴² Pero los obreros del ramo de la confección de botas y zapatos, a pesar de todo, mantuvieron algún tipo de organización nacional, y en la gran ola de creación de *unions*, de 1832-1834, los trabajadores a domicilio de Northamptonshire y Staffordshire se incorporaron a la misma lucha por la «igualación».⁴³ Sólo la destrucción generalizada del sindicalismo en 1834 les privó de su categoría de artesanos.

* La primera palabra hace referencia a los zapateros remendones. La segunda se refiere en particular a los remendones que remozan los zapatos viejos. (*N. de la t.*)

Los sastres mantuvieron su categoría de artesanos durante bastante más tiempo. Podemos tomar su *unión* como modelo de las *trade unions* cuasilegales de los artesanos.⁴⁴ En 1818 Francis Place publicó el relato más completo que poseemos acerca de su actuación. Gracias a la organización eficaz los sastres de Londres habían conseguido empujar hacia arriba sus salarios durante la guerra, aunque probablemente quedándose un poco por detrás del avance del coste de la vida. Las cifras son las siguientes (en el promedio que ofrece Place), 1795, 25*s.*; 1801, 27*s.*; 1807, 30*s.*; 1810, 33*s.*; 1813, 36*s.* Con cada avance la resistencia de los patronos se volvió más firme: «En cualquiera de esos períodos, no se obtuvo un solo chelín que no fuese a la fuerza». Y en los numerosos locales de reunión de los sastres «*Flint*» se llevaban libros con los nombres de los miembros, y los patronos las utilizaban virtualmente como agencias de colocación.⁴⁵ «Nadie está autorizado a pedir empleo», los patronos tienen que recurrir a la *unión*. El trabajo se asignaba por lista de tanda, y la *unión* disciplinaba a quienes «no eran buenos trabajadores». Los sastres tenían una suscripción doble, la cotización más grande se reservaba para los subsidios y la más pequeña para las necesidades de la propia *unión*. Era obligado hacer una jornada laboral de doce horas, excepto en las épocas de pleno empleo. Había recaudaciones para los desempleados y se podían hacer recaudaciones especiales cuando se preparaba una huelga, con respecto a lo cual los miembros no hacían preguntas, incluso en el caso de que no se les hubiese explicado el objetivo. La dirección real de la *unión* se protegía cuidadosamente de la persecución a que estaba sujeta bajo las *Combination Acts*. Cada local de reunión tenía un representante,

256

escogido mediante una especie de acuerdo tácito, con frecuencia sin que una gran mayoría sepa quién ha sido escogido. Los representantes forman un comité, y escogen de nuevo, de forma algo parecida, un comité muy pequeño, en el que, en ocasiones muy especiales, reside todo el poder ...

⁴² *Trades Newspaper* (10 de septiembre, 10 de diciembre de 1826).

⁴³ Véase más adelante, p. 474, para la organización en Nantwich.

⁴⁴ Place consideraba que la asociación de los sastres era «con mucho, la más perfecta de todas». Pero, por supuesto, tenía la oportunidad excepcional de descubrir sus secretos.

⁴⁵ Cf. anuncios como éste en los periódicos: «Trabajador competente para dirigir cualquier obra en la rama de la construcción, se puede conseguir dirigiéndose a los siguientes locales...» (oficiales carpinteros, en *Trades Newspaper* 17 de julio de 1825).

«Ninguna ley podía suprimirlo —escribió Place—, nada excepto la falta de reserva entre los mismos hombres podía impedir su existencia.» Y de hecho los «Caballeros de la Aguja» parecían sumamente fuertes, al menos hasta la recesión de 1826. Su organización se podría describir con imparcialidad como «casi un sistema militar». Pero en el propio relato de Place se escondía un presentimiento de debilidad:

Están divididos en dos clases, llamadas *Flints* y *Dungs*; los *Flints* tienen más de treinta locales de reunión, y los *Dungs* alrededor de nueve o diez; los *Flints* trabajan por días, los *Dungs* por días o por piezas. Entre ellos existía una gran hostilidad anteriormente, porque los *Dungs* trabajaban en general a cambio de salarios más bajos, pero durante los últimos años no han habido grandes diferencias en los salarios ... y en algunas de las últimas huelgas, habitualmente ambas partes han hecho causa común.

Esto puede verse como un intento impresionante de mantener al oficio deshonesto en algún tipo de relación organizativa con los «*Flints*», que eran extremadamente conscientes de su posición social. En 1824, Place calculaba una proporción de un «*Dung*» por cada tres «*Flints*»; pero los «*Dungs*» trabajan muchas más horas y sus familias les ayudan». Hacia principios de la década de 1830, la marea del oficio barato y de confección ya no se podía refrenar por más tiempo. Los «Caballeros» fueron por fin degradados en 1834, sólo después de un conflicto formidable, en el que se dijo que 20.000 estaban en huelga bajo el lema de «igualación».⁴⁶

257

John Wade todavía podía hablar de los sastres de Londres de 1833, como trabajadores «que tienen una remuneración más elevada de la que recibe por regla general la gente trabajadora de la metrópoli». En verdad, los citaba como un ejemplo de artesanos que gracias a la fuerza de su asociación habían «fortalecido sus propios intereses frente a los intereses del público y de otras gentes trabajadoras».⁴⁷ Sin embargo, cuando Mayhew empezó su investigación para el *Morning Chronicle*, en 1849, citaba a los sastres como uno de los peores ejemplos de industria explotada, «barata y de mala calidad». Mayhew calculaba que de los 23.517 sastres de Londres, en 1849 había 2.748 maestros sastres independientes. De los restantes, 3.000 eran hombres asociados en el oficio honroso (en comparación con los 5.000 o 6.000 que lo estaban en 1821), y los 18.000 que estaban en el oficio deshonesto dependían completamente para sus ingresos de grandes intermediarios de los negocios del «*slop*»* o de la confección.

* Prendas de vestir, de confección, baratas y de mala calidad. (*N. de la t.*)

La situación de Londres no debería considerarse excepcional, aunque Londres fuese la Atenas del artesano. Y es importante observar que existe un modelo de explotación que contradice las pruebas de las series salariales recopiladas a partir de los precios de la mano de obra que se hallaba en los oficios honrosos. Éste adopta la

⁴⁶ *Gorgon* (26 de septiembre, 3 y 10 de octubre de 1818); *First Report ... Artizans and Machinery*, 1824, pp. 45-46; Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 106-107; [T. Cárter], *Memoirs of a Working Man*, 1845, pp. 122-124. Para la huelga de 1834, véase G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, 1953. Para el antagonismo entre los organizados sombreroeros y los deshonestos «alcornoques», véase J. D. Burn. *op. cit.*, pp. 41-42, 49-50.

⁴⁷ J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 5ª edición, 1835. p. 293.

forma tanto de la desintegración de las restricciones y las condiciones tradicionales, como de las defensas de las *trade unions*. En general es cierto que los oficios «artesanos» atravesaron dos períodos críticos de conflicto. El primero fue en 1812-1814, cuando las regulaciones referentes al aprendizaje fueron revocadas. Aquellos oficios, como el de los zapateros y el de los sastres, que tenían ya una organización fuerte, fueran las *unions* o los clubs del oficio, pudieron defender en alguna medida su situación después de la revocación, mediante huelgas y otras formas de acción directa, aunque en los mismos años se diera una mayor organización entre los patronos. Pero la consolidación en talleres «asociados» cerrados, entre 1815 y 1830, se hizo a un precio. Se mantuvo a los «ilegales» fuera de las mejores partes del oficio sólo para aumentar el número de los que estaban fuera, en el desorganizado oficio «deshonroso». El segundo período crítico es 1833-1835, cuando, en la cresta de la gran ola de las *trade unions*, se hicieron intentos de «igualar» las condiciones, disminuir las horas de trabajo en el oficio honroso y suprimir el trabajo deshonroso. Esos intentos (señaladamente el de los sastres de Londres) no sólo fracasaron ante las fuerzas conjugadas de los patronos y el gobierno, además condujeron a un deterioro al menos temporal de la posición de los trabajadores «asociados». Los historiadores de la economía deberían considerar los casos de los mártires de Tolpuddle y de los grandes cierres patronales de 1834 como algo tan importante para todas las clases de trabajo como los radicales y los sindicalistas de la época opinaban que lo fueron.⁴⁸

258

Pero este conflicto entre los artesanos y los grandes patronos sólo fue parte de un modelo de explotación más general. La parte deshonrosa del oficio creció con el desplazamiento de los pequeños menestrales (que empleaban a unos pocos oficiales y aprendices) por parte de grandes «fábricas» e intermediarios (que empleaban trabajadores a domicilio o subcontrataban); con el hundimiento de cualquier protección significativa del aprendizaje (excepto en la honrosa isla) y el influjo de las mujeres y los niños, no cualificados; con el aumento de horas y de trabajo los domingos; y con la rebaja de los salarios, los precios del trabajo a destajo y por tarea realizada. La forma y la extensión del deterioro está en relación directa a las condiciones materiales de la industria: el coste de las materias primas, las herramientas, la cualificación necesaria, las condiciones que favorecen o desalientan la organización de las *trade unions*, la naturaleza del mercado. Así, los ebanistas y los zapateros podían obtener sus materiales baratos y ser propietarios de sus propias herramientas, de modo que el artesano sin empleo se establecía como «*garret-master*» o «*chamber-master*»,* con toda su familia trabajando —y quizá otros menores— cerca de siete días a la semana y vendiendo los productos por cuenta propia.

* Zapatero que trabaja en su propia casa. (*N. de la t.*)

Los carpinteros que necesitaban una inversión más costosa no tuvieron otra salida

⁴⁸ La mejor descripción —aunque todavía incompleta— de este segundo período se encuentra en G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*.

que los «grandes talleres» en los que se mantenía un ritmo infernal de producción de objetos sin valor bajo la vigilancia de un capataz, y donde cada hombre que se quedaba atrás era despedido. Los trabajadores de sastrería, que pocas veces podían adquirir sus propias telas, se volvieron totalmente dependientes de los intermediarios que cultivaban el trabajo externo a precios de explotación. La costura —un oficio notoriamente «explotado»— la hacían costureras (a menudo inmigrantes del campo o de pequeñas ciudades) en talleres contratados por establecimientos más grandes. El trabajador de la construcción, que no podía ni comprar sus ladrillos ni vender por su cuenta una parte de una catedral por las calles, se encontraba a merced del subcontratista; incluso el trabajador cualificado «asociado» esperaba que le despidiesen en los meses de invierno; y ambos tipos de trabajadores intentaban con frecuencia escapar de su situación apurada mediante la construcción especulativa directa; «la tierra —como dice Clapham— alquilada a cambio de promesas, los materiales conseguidos a base de créditos, con una hipoteca sobre la casa a medio construir, antes de ser vendida o arrendada, y un elevado riesgo de quiebra».⁴⁹ Por otra parte, el constructor de coches, el constructor de navíos o el mecánico que no eran propietarios de todas sus herramientas ni adquirían sus propios materiales, estaban, sin embargo, bien situados, en razón del carácter de su trabajo y de la escasez de personas de su oficio, para mantener o extender las defensas de la *trade union*.

259

En los viejos centros provinciales tuvo lugar un hundimiento parecido de la categoría del artesano. Se dan muchas complejidades y modificaciones. Por un lado, la industria de botas y zapatos de Stafford y de Northamptonshire había perdido desde hacía tiempo su carácter artesano y se llevaba a cabo en base a un trabajo a domicilio, en un momento en que los zapateros de Londres estaban todavía intentando frenar el oficio deshonesto. Por otra parte, la especialización extrema de la industria cuchillera de Sheffield —junto con las tradiciones políticas y de las *trade unions*, excepcionalmente fuertes, de unos obreros que habían sido los más resueltos jacobinos— había conducido al mantenimiento de la posición del trabajador cualificado en un mundo intermedio de semiindependencia, en donde trabajaba para un comerciante (y, a veces, para más de uno), alquilaba su fuerza motriz en la «rueda pública», y observaba de manera estricta las listas de precios. A pesar de la Declaración de los Cuchilleros de Sheffield (1814) que abolía las restricciones que habían limitado el oficio a los hombres avecindados* y que daba paso a una situación en la que «cualquier persona puede trabajar en los oficios asociados sin necesidad de estar avecindado, y puede tomar cualquier número de aprendices por el tiempo que sea», las *unions* eran suficientemente fuertes —a veces con la ayuda del «robo y la destrucción» y otras formas de intimidación— para frenar el avance de los no cualificados, aunque existía la amenaza continua de los «pequeños menestrales», a veces hombres «ilegales» u oficiales que trabajaban por cuenta propia, que intentaban

⁴⁹ Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

rebajar los precios para competir con el oficio legal.⁵⁰ En las industrias de Birmingham se encuentran todo tipo de variantes, desde el gran taller, pasando por los laberintos de los pequeños talleres y los oficiales que trabajaban por cuenta propia, honrosos y deshonorados, a los trabajadores a domicilio medio desnudos y degradados que vivían en las poblaciones donde se fabricaban clavos. Una descripción de Wolverhampton en 1819, nos muestra cómo aparecía el «*garret master*» en una época de depresión:

* En el original inglés «*freemen*» hombres que poseían los derechos de ciudadanía o vecindad de una ciudad. (N. de la t.)

El orden de las cosas ... está completamente invertido. Hoy día, el último recurso del famélico oficial es establecerse como patrono, su patrono no le puede dar trabajo del que sacar cualquier beneficio y se ve obligado por lo tanto a despedirle; entonces el pobre infeliz vende su cama, y compra un yunque, se procura un poco de hierro, y cuando ha manufacturado unos pocos artículos, los vende por ahí... a cambio de lo que le den. ... Antes podría haber cobrado 10s. a la semana trabajando como criado; pero ahora es afortunado si obtiene 7s. Trabajando como patrono fabricante.⁵¹

260

En la industria de tejido de cintas de Coventry había otra situación intermedia, medio trabajador a domicilio, medio artesano: los tejedores que conservaban una condición artesana precaria, eran propietarios de sus costosos telares y a veces empleaban a un mancebo; mientras que otros tejedores de la ciudad estaban empleados en talleres o fábricas por salarios equiparables, pero hacia el norte, en los pueblos tejedores había una amplia fuente de reserva de tejedores medio desempleados, que trabajaban a precios degradados como trabajadores a domicilio eventuales.⁵²

Desde un punto de vista, puede considerarse que la auténtica industria a domicilio es aquella que ha perdido completamente su categoría artesanal y en la que no queda parte «honrosa» alguna del oficio:

Se puede decir que el trabajo capitalista a domicilio está establecido por completo sólo cuando el material pertenece al patrono comerciante y se le devuelve después de que el proceso, para el cual se necesita la destreza del trabajador a domicilio, se ha completado: la lana distribuida para ser hilada, el hilo distribuido para ser tejido, la camisa distribuida para coser las costuras, poner escudetes y ribetes», el cuero que es devuelto en forma de botas.⁵³

Clapham estimaba que esta era la «forma predominante» de organización industrial durante el reinado de Jorge IV; y si añadimos a los verdaderos trabajadores a domicilio (tejedores manuales, los que hacían clavos, la mayor parte de los cardadores, los que hacían cadenas, algunos trabajadores del calzado, los tejedores de punto, los

⁵⁰ T. A. Ward (comp. A. B. Bell), *Peeps in to the Past*, 1909, pp. 216 y siguientes; S. Pollard, *A History of Labour in Sheffield*, Liverpool, 1959, cap. 2; Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

⁵¹ *New Monthly Magazine* (1 de julio de 1819), citado por S. Maccoby, *op. cit.*, p. 335. Véase también T. S. Ashton, «The Domestic System in the Early Lancashire Tool Trade», *Econ. Journal* (Suplemento, 1926-1929), I, pp. 131 y siguientes.

⁵² Véase el lúcido relato en J. Prest, *The Industrial Revolution in Coventry*, Oxford University Press, 1960, caps. 3 y 4.

⁵³ Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.

cortadores de fustán, los guanteros, algunos alfareros, las encajeras de bolillos y muchos más) los que trabajaban en las partes «deshonrosas» de los oficios artesanos urbanos y de Londres, probablemente siguió siendo dominante hasta 1840.

Más adelante estudiaremos al tejedor como ejemplo del trabajador a domicilio. Pero existen algunos aspectos generales que ponen en relación a los trabajadores a domicilio y a los artesanos. En primer lugar, no vale la pena dar razones convincentes de la situación de los tejedores o de los trabajadores del «*slop*» como «ejemplos del declinar de los viejos oficios que estaban siendo desplazados por un proceso mecánico»; ni tampoco aceptaremos la afirmación, en su contexto peyorativo, de que «los ingresos más bajos se daban, no entre los que trabajaban en la fábrica, sino entre los trabajadores a domicilio, cuyas tradiciones y métodos eran los del siglo XVIII».⁵⁴

261

Lo que nos sugieren estas afirmaciones es que estas condiciones se pueden, de algún modo, separar en nuestra mente del verdadero impulso de mejora de la Revolución industrial; pertenecen a un orden preindustrial «más viejo», en tanto que los auténticos rasgos del nuevo orden capitalista se pueden ver donde hay vapor, operarios de las fábricas y mecánicos que comen carne. Pero el número de los que trabajaban en la industria doméstica se multiplicó enormemente entre 1780 y 1830; y muy a menudo *el vapor y la fábrica eran los multiplicadores*. Los que empleaban a los trabajadores a domicilio eran las fábricas que hilaban el hilo y las fundiciones que hacían las varillas de los clavos. La ideología puede desear exaltar una y desacreditar a la otra, pero los hechos nos deben llevar a decir que cada una era un componente complementario de un solo proceso. Este proceso multiplicó primero a los trabajadores manuales (estampadores manuales de percal, tejedores, cortadores de fustán, cardadores) y luego hizo desaparecer su sustento con la nueva maquinaria. Además, la degradación de los trabajadores, a domicilio muy pocas veces fue tan simple como indica la frase «desplazados por un proceso mecánico»; se llevó a cabo con métodos de explotación parecidos a los que había en los oficios deshonorosos y a menudo precedió a la competencia de la máquina. Tampoco es cierto que «las tradiciones y los métodos» de los trabajadores a domicilio «fueran los del siglo XVIII». El único grupo amplio de trabajadores a domicilio de aquel siglo cuyas condiciones anticiparon las de los proletarios a tiempo parcial del siglo XIX que hacían trabajo a domicilio son los tejedores de seda de Spitalfields; y esto debido a que la «Revolución industrial» en la seda precedió a la del algodón y la lana. En verdad, podemos decir que el trabajo a domicilio explotado a gran escala fue tan intrínseco a esta revolución, como lo fue la producción fabril o el vapor. Por lo que se refiere a las «tradiciones y métodos» de los trabajadores del «*slop*» en el oficio deshonoroso, éstos, por supuesto, han sido endémicos durante siglos dondequiera que hubiese mano de obra barata y abundante. Sin embargo, debió aparecer como un cambio serio de las condiciones de los artesanos londinenses de finales del siglo XVIII.

⁵⁴ F. A. Hayek y T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*. pp. 27-28. 36.

Lo que podemos afirmar con seguridad es que el artesano *sentía* que su posición social y su nivel de vida estaban amenazados o se habían deteriorado entre 1815 y 1840. La innovación técnica y la superabundancia de mano de obra barata debilitaban su posición. No tenía derechos políticos y el poder del Estado se utilizaba, aunque sólo fuese de manera caprichosa, para destruir sus *trade unions*.

262

Como demostró claramente Mayhew, el pago de un sueldo insuficiente (en los oficios deshonrosos) no sólo provocaba el trabajo excesivo, también provocaba que hubiese *menos* trabajo por todos lados. Esta experiencia es la que subyace a la radicalización política de los artesanos y, de forma más drástica, de los trabajadores a domicilio. Las injusticias reales e imaginadas se combinan para dar forma a su cólera: el prestigio perdido, la degradación económica directa, la pérdida del orgullo del oficio a medida que éste se envilecía, las perdidas aspiraciones de llegar a ser patronos (como todavía podían esperar los hombres de la generación de Hardy y Place). Los hombres que estaban «asociados», aunque eran más afortunados, no eran los menos radicales; muchos de los líderes de la clase obrera de Londres y las provincias provenían, lo mismo que William Lovett, de ese estrato social. Sólo habían podido mantener su posición social gracias a su ingreso en la militancia en las *trade unions*; y su forma de ganar el sustento les proporcionaba una educación corriente en los vicios de la competencia y las virtudes de la acción colectiva. Presenciaban cómo los vecinos o compañeros de taller menos afortunados (debido a un accidente o a su debilidad por la bebida) caían en los más bajos fondos. Quienes se encontraban en esos fondos eran los más necesitados, pero también quienes menos tiempo tenían de reflexión política.

Si los jornaleros del agro suspiraban por la tierra, los artesanos aspiraban a la «independencia». Esta aspiración tiñe gran parte de la historia del radicalismo primitivo de la clase obrera. Pero en Londres el sueño de convertirse en un pequeño menestral (que todavía era fuerte en la década de 1790; y aún lo era en Birmingham en la década de 1830) no podía sostenerse, en las décadas de 1820 y 1830, frente a las experiencias de los «*chambee*» o «*garret-masters*»; una «independencia» que significaba la esclavitud de toda la semana respecto de los almacenes o a los talleres de *slop*. Esto nos ayuda a explicar la súbita ole; da de apoyo al owenismo, a finales de la década de 1820; las tradiciones de las *trade unions* y la aspiración a la independencia estaban entrelazadas en la idea del control social de los propios medios de subsistencia; se trataba de una independencia *colectiva*.⁵⁵ Cuando la mayor parte de las empresas owenitas fracasaron, el artesano de Londres todavía luchó hasta el final: cuando se acabaron el cuero, la madera y la tela, pasaron a engrosar el tropel de los vendedores callejeros que pregonaban la venta de cordones de zapato, de naranjas o nueces. Principalmente se trataba de trabajadores rurales que ingresaron en los «grandes talleres». El artesano de origen londinense apenas podía soportar el ritmo, pero tampoco quería convertirse en un proletario.

⁵⁵ Véase la discusión del owenismo más adelante, vol. 2, pp. 391-422.

Quizá no hemos clarificado los índices salariales, pero hemos propuesto una forma de interpretar y criticar esos índices tal y como se nos presentan ahora. En particular, debemos averiguar siempre si las cifras se han obtenido a partir de los trabajadores asociados o no asociados y cuán lejos llegó la división, en cualquier oficio y en cualquier momento determinado. Hubo ciertas experiencias comunes a la mayor parte de oficios e industrias. Unas pocas no se vieron afectadas durante la depresión de la posguerra, y la mayor parte de ellas fueron boyantes entre 1820 y 1825; por supuesto, en un período como aquél, del más pleno empleo, los oficios deshonrosos podían extender realmente su radio de acción y pasar casi inadvertidos, puesto que no amenazaban la situación de los obreros asociados. Los doce meses posteriores a la revocación de las *Combination Acts* fueron un período de optimismo excepcional, cuando la prosperidad general junto con el agresivo sindicalismo llevó a considerables avances por parte de muchos grupos de trabajadores. En el verano de 1825, se publicó un informe de las alfarerías en el *Trades Newspaper*, que admitía su situación de prosperidad en un lenguaje completamente insólito en el periodismo radical u obrero de la época. «Sería difícil señalar un período ... en el que las clases trabajadoras, excepción hecha de los tejedores, hayan disfrutado de un grado más elevado de bienestar.» Las alfarerías habían sido sacudidas, durante los ocho meses anteriores, por una verdadera oleada de huelgas:

En Staffordshire, los carpinteros fueron los primeros en ponerse en huelga, y luego todos los demás oficios tomaron el relevo por turno. Los mineros sabían que los alfareros no podían seguir adelante sin ellos, y cuando los últimos hubieron obtenido un avance, no se levantó ni un solo pico, ni se bajó un solo cubo. ... Los alfareros resistieron un segundo momento y jugaron sus cartas con la siguiente declaración, que un trabajador ordinario hoy en día cobra 6s. al día, mientras que un oficial de mayor categoría que trabaje a destajo ingresa realmente 3 libras a la semana. Incluso los sastres se negaron tenazmente a cortar, coser, planchar o hacer las costuras o acolchar un cuello, a menos que supieran la razón detallada; mientras que los animosos barberos ... insistían en obtener un anticipo del 50 por 100...⁵⁶

Gran parte de estas conquistas se perdieron en 1826, se recuperaron en los 3 años siguientes y se volvieron a perder de nuevo a principios de la década de 1830. Y dentro de esta historia más amplia se encuentran las historias particulares de los oficios individuales. En general, en aquellas industrias en las que se necesitaba mucho capital, técnica y maquinaria el artesano perdió algo de su independencia, pero pasó a ser, por etapas bastante sencillas, un proletario especializado e incluso privilegiado: el *millwright* se convirtió en mecánico o trabajador del metal, el oficio de constructor de navios estaba todavía dividido entre los oficios de la construcción naval. En aquellas industrias en las que se podía prescindir de trabajo o se podía hacer entrar mano de

⁵⁶ *Trades Newspaper* (24 de julio de 1825). Véase también W. H. Warburton, *History of T.U. Organization in the North Staffordshire Potteries*. 1931, pp. 28-32.

obra joven o no cualificada, el artesano conservaba algo de su independencia, pero sólo al precio de una inseguridad creciente y una seria pérdida de categoría.

264

Lo que más nos interesará cuando volvamos a la historia política de los años de la posguerra es el punto de vista del artesano. Podemos ser, por lo tanto, más impresionistas al tratar a aquellos que vivían en los bajos fondos indignos de aquél. De hecho, se conoce menos acerca de los trabajadores no cualificados durante las primeras décadas del siglo XIX, puesto que no tenían *unions*, pocas veces tenían líderes que articularsen sus agravios y pocos comités parlamentarios investigaron su situación a no ser como problema sanitario o de vivienda. El artesano degradado pocas veces tenía las condiciones físicas o las aptitudes necesarias para incorporarse a las penosas tareas semicualificadas o no cualificadas. Estos grupos de ocupación o bien se reclutaban a sí mismos o se ampliaban por medio de los inmigrantes rurales o irlandeses. Algunos de ellos ganaban buenos salarios a cambio de un trabajo irregular, en los muelles, como peones camineros o paleadores. Éstos se transforman en los «afortunados», o trabajadores eventuales; y los que se encontraban totalmente sin empleo e inmigraban a la ciudad podían quedar reducidos, al igual que el joven William Lovett cuando por primera vez llegó a Londres, a «una hogaza de pan de un penique al día y un trago de la fuente más cercana durante varias semanas seguidas». Él y un compatriota de Cornualles;

... en genera] nos levantábamos a las cinco de la mañana y andábamos por todas partes preguntando en diferentes talleres y edificios hasta las nueve; luego comprábamos una hogaza de un penique y la dividíamos entre los dos; luego volvíamos a andar por ahí hasta las cuatro o cinco de la tarde, hora a la que terminábamos nuestro día de trabajo con otra hogaza repartida; y nos íbamos a la cama muy temprano con los pies cansados y hambrientos.⁵⁷

Pero esta austeridad para hacer que se estiren los últimos pocos peniques era muy poco frecuente. La inseguridad habitual en el empleo, como saben todos los investigadores sociales, desalienta la previsión y da lugar al familiar ciclo de penuria alternado con las ocasionales parrandas con mucho gasto de dinero, cuando se tiene trabajo. Aquellos para quienes el «azar» se había convertido en una forma de vida (vendedores callejeros, mendigos y gorriones, pobres, delincuentes ocasionales y profesionales, el ejército) eran distintos de los peones (mozos de cuadra, barrenderos, trabajadores ribereños, peones de albañil, carreteros, etc.). Algunos de los vendedores callejeros eran negociantes prósperos, otros eran sablistas incorregibles; otros, como los vendedores ambulantes, charlatanes y los vendedores de baladas, constituían una antítesis cómica y devastadora de las tesis sentenciosas de Edwin Chadwick y el doctor Kay.

265

El entendimiento se queda anonadado ante los recursos de los seres humanos para sobrevivir, recolectando excrementos de perro o vendiendo pamplinas o escribiendo

⁵⁷ Lovett, *op. cit.*, I. pp. 25-26.

cartas a *1d.* ó *2d.* por un tiempo determinado (para las cartas de amor «se necesita el mejor papel con orla dorada y un sobre de lujo, y un diccionario»). Verdaderamente, hacia la década de 1840, la mayor parte de los vendedores callejeros eran desesperadamente pobres. Siguiendo una profunda inspiración estadística, podemos aventurar la opinión de que el nivel de vida del delincuente medio (sin contar a las prostitutas) aumentó durante este período hasta el establecimiento de un cuerpo de policía eficaz (a finales de la década de 1830), puesto que las oportunidades de robar en los almacenes, los mercados, las gabarras de los canales, los muelles y los ferrocarriles se multiplicaban. Con toda probabilidad muchos trabajadores eventuales complementaban de ese modo sus ingresos. Parecería que el auténtico delincuente profesional o «viajante», según su propia confesión, tenía un nivel de vida espléndido: se le puede considerar un «optimista». El nivel de las madres solteras, excepto en los distritos donde el trabajo femenino era abundante, como en el Lancashire, probablemente descendió: habían cometido una ofensa no sólo contra Wilberforce, sino contra Malthus y las leyes de la economía política.

Hubo una época en que una viuda con seis hijos de entre 5 y 15 años, que viviese en una ciudad fabril, podía considerarse afortunada; y en la que un mendigo ciego era un «aristócrata» de la fraternidad de los vagabundos, con quien intentaban viajar quienes tenían la vista normal y quienes estaban sanos para compartir sus ingresos. «Un hombre ciego puede encontrar un guía para ir a cualquier sitio, porque sabe que obtendrá algo con seguridad», le dijo a Mayhew el ciego vendedor de cordones de zapatos. Viajando de casa de huéspedes en casa de huéspedes, desde mi Northumberland nativo hacia abajo, y llegando a ser «avisado en los trucos» del mendigar, «estuve cada vez más y más complacido con esta vida, y me preguntaba cómo cualquiera podía vivir de otro modo». Cuando por fin llegó a Londres, «a medida que andaba por las calles ... no sabía si yo iba por las calles o ellas me llevaban».⁵⁸

Entre los optimistas también se encontraban los sumamente profesionales «sablistas», que tenían tantos disfraces como un transformista, y que se hacían eco de los cambios, según la situación del oficio, a base de apropiarse de las desgracias de otros: «el respetable hombre de oficio arruinado o el caballero jueguista venido a menos», «el hurto del trabajador manual indigente», «los marineros del portazgo en los canales»:

Salí ... como uno de la Brigada Shallow, vestido con una camisa y unos calzones Guernsey, o unos pantalones andrajosos. Era una comitiva de cuatro. Sólo nos ganábamos justo la vida: 16s. o 1 libra entre todos. Solíamos abordar a todo aquel que se nos cruzaba —cargadores de carbón incluidos— capitanes de barcos de pesca. «Bien, mi noble capitán de pesquero —solíamos decir—, que nos disparen fuego y metralla desde vuestro arsenal de babor, a nosotros, *bulldogs* de Nelson»; ... La Shallow se hizo tan conocida en Londres que los suministros escasearon y abandoné la armada de tierra. Los naufragios se volvieron algo tan corriente en las calles, sabe, que la gente ya no se

⁵⁸ Mayhew, I, p. 452.

preocupaba de ellos ...⁵⁹

266

Los impostores, que estudiaban el mercado y eran ágiles para cambiar los surtidos de sufrimiento para satisfacer la cansada e inelástica demanda de compasión humana, tenían mejor suerte que las auténticas víctimas, que eran demasiado orgullosas o demasiado inexpertas para poner a la venta su propia miseria para sacar provecho de ella. Hacia la década de 1840 se conocían muchos de los trucos de los impostores; y el hombre de clase media, a menos que tuviese el conocimiento de la humanidad que poseían Dickens y Mayhew, veía en todas las palmas abiertas la prueba de la holgazanería y el fraude. Y por lo que se refiere al centro de Londres o de las grandes ciudades, podía estar perfectamente en lo cierto, puesto que andaba por un mundo surrealista: la palma abierta podía ser la de un receptor de cosas robadas; el hombre medio desnudo en medio de la nevada podía estar haciendo el «truco de tiritar» («un buen truco en una estación bastante inclemente ... no era tan buen recurso por dos tembleques al día como antes»); el niño sollozando en el arroyo sobre un paquete de té derramado y una historia sobre el cambio perdido, podría haber sido aleccionado por su madre para el truco. El minero que había perdido ambos brazos era un hombre que merecía la envidia por parte de los demás, y: «Está el hombre con una pierna, que se sienta en el pavimento y cuenta una larga historia acerca de la vagoneta que le había atropellado en la mina. Lo hace muy bien, notablemente bien.»⁶⁰

La mayor parte de las peores víctimas no estaban allí. Seguían, con sus familias, en las buhardillas de Spitalfields; los sótanos de Ancoats y el sur de Leeds; en las aldeas de trabajadores a domicilio. Podemos estar bastante seguros de que el nivel de vida de los pobres declinó. Los 30 años que conducen hasta las nuevas *Poor Laws* de 1834 presencian los continuos intentos de rebajar los impuestos para asistir a los pobres, acabar con la beneficiencia fuera de los asilos, o promover los asilos de nuevo tipo.⁶¹ Crabbe escribió en *The Borough* (1810), no sobre una de las «Cárceles» de Chadwick, sino sobre un modelo anterior:

267

No me gusta vuestro plan; con un número
 Habéis puesto a vuestros pobres, a ese grupo digno de lástima;
 Allí, en una casa, para toda la vida,
 El palacio de los pobres, al cual detestan ver:
 Aquel edificio gigantesco, con aquel elevado muro que lo rodea,
 Aquellos paseos desnudos, aquel vestíbulo grandioso e imponente
 Aquel reloj grande y estrepitoso, que da cada temida hora,
 Aquellas verjas y cerraduras, y todos aquellos signos de poder:
 Es una cárcel, con un nombre más suave,

⁵⁹ *Ibid.*, I, p. 461. Durante algunos años después de las guerras, el mayor grupo de mendigos de Londres se componía de verdaderos marineros licenciados: *Fourth Report of the Society for the Suppression of Mendicity*, 1822, p. 6.

⁶⁰ *Ibid.*, I, p. 465.

⁶¹ Véase J. D. Marshall, «The Nottinghamshire Reformers and their Contribution to the New Poor Law», *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XIII (3 de abril de 1961).

En la que pocos viven sin miedo o vergüenza.*

* Your plan I love not; -with a number you / Have placed your poor, your pitiable few; / There, in one house, throughout their lives to be, / The pauper-palace which they hate to see: / That giant building, that high-bounding wall, / Those bare-worn walks, that iofty thund'ring hall! / That large loud dock, which tolls each dreaded hour, / Those gates and locks, and all those signs of power: / It is a prison, with a milder name, / Which few inhabit without dread or shame.

La ley de 1834 y su aplicación subsiguiente, por parte de hombres como Chadwick y Kay, fue quizá el intento más prolongado, en la historia de Inglaterra, de imponer un dogma ideológico desafiando la evidencia de la necesidad humana. Ninguna discusión acerca del nivel de vida después de 1834 puede tener sentido si no se analizan las consecuencias, a medida que preocupadas comisiones de vigilantes intentaban aplicar las insensatas circulares de órdenes de Chadwick referentes a la abolición o a la restricción salvaje de la beneficencia al margen de los asilos, en los centros industriales deprimidos; y si no sigue la pista al celo misional de los comisarios auxiliares en su intento de llevar la doctrinaria luz del benthamismo malthusiano al empírico norte. La doctrina de la disciplina y el control fue, desde el principio, más importante que la de la «menor elegibilidad» material,⁶² el Estado más ingenioso hubiera encontrado difícil crear instituciones que simulasen condiciones peores que las de los *garret-masters*, los jornaleros de Dorset, los tejedores de punto y los que hacían clavos. Se desplazó la poco práctica política de la miseria sistemática por la de la disuasión psicológica: «trabajo, disciplina y control». «Nuestra intención —dijo un comisario auxiliar— es hacer que los asilos se parezcan a las cárceles tanto como sea posible»; y otro añadía, «nuestro objetivo ... es establecer allí dentro una disciplina tan severa y repulsiva como para convertirlo en un espanto para los pobres e impedir que ingresen». El doctor Kay señalaba con satisfacción sus éxitos en Norfolk; la reducción de la dieta demostró ser menos eficaz que «una observación minuciosa y regular de la rutina», los ejercicios religiosos, el silencio durante las comidas, «la obediencia inmediata», la separación total de sexos, separación de familias-(incluso en el caso de que fuesen del mismo sexo), trabajo en una reclusión absoluta. «He observado», anotaba en ese bastardo inglés ceremonial que algún día será tan chocante como las empulgaderas y los cepos:

268

que se había conservado la costumbre de permitirles a los pobres retener sus posesiones mientras vivían entre las paredes del asilo, cajas, porcelana, prendas de vestir, etc. ... Por lo tanto, mandé que esos artículos fueran puestos en poder de varias gobernantas ... y fueran depositados en la despensa. Al efectuar esos cambios en el asilo de la Cosford Union, el señor Plum encontró grandes cantidades de pan escondidas en las cajas (lo cual muestra cuán abundante es la dieta), y asimismo encontró jabón y otros artículos hurtados de los almacenes del asilo ... La mañana siguiente a este cambio doce mujeres pobres y sanas abandonaron la casa, diciendo que preferían trabajar fuera.

«Ni las viudas con hijos, ni los viejos y los achacosos, ni los enfermos —seguía el

⁶² Se tenía la intención de que las condiciones de los pobres en los asilos después de 1834 fueran «menos elegibles» que las de los peones peor situados, que estaban fuera de ellos.

doctor Kay, en pleno alarido al estilo de Chadwick— deberían librarse de esas humillaciones del asilo, por miedo a mantener la imprevisión y la impostura, y de socavar las motivaciones para la laboriosidad ... la frugalidad ... la prudencia ... los deberes filiales ... esfuerzos independientes de los jornaleros durante sus años de capacidad y actividad...»

¡Fue una notable victoria para el doctor Kay y el señor Plum! ¡Doce mujeres sanas se habían convertido en frugales y prudentes (¡quizá se habían transformado por arte de encantamiento de pesimistas en optimistas?) de golpe! Y sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, los informes incompletos de 443 *unions* de Inglaterra y Gales en las que estaban en funcionamiento las nuevas cárceles desde hacía tres meses de 1838 (con exclusión, entre otras áreas, del Lancashire y el West Riding) daban la cifra de 78.536 asilados. Hacia 1843 la cifra había subido hasta 197.179. El testimonio más elocuente de la intensidad de la pobreza reside en el hecho de que a pesar de todo, los pobres acudían a los asilos.⁶³

⁶³ El testimonio del doctor Kay se encuentra en G. Cornwall Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, pp. 34-35; los informes de los asilados en 1838. en el *Fifth Report of the Poor Law Commissioners*, 1839, pp. 11, 181; un ejemplo de las «insensatas» cartas de órdenes de Chadwick, cuando se contrastan con la necesidad de beneficencia durante la depresión industrial, se encuentra en su correspondencia con los vigilantes de Mansfield. *Third Annual Report PLC*, 1837, pp. 117-119; *Tenth Annual Report*, 1844, p. 272. Entre la extensa literatura sobre las *Poor Laws*, recomiendo la lúcida descripción de la resistencia a ella en el norte, que se encuentra en C. Driver, *Tory Radical*, 1946, caps. 25 y 26.

Capítulo 9. LOS TEJEDORES

La leyenda de los mejores tiempos está constantemente presente en la historia de los tejedores del siglo XIX. Los recuerdos más intensos son los del Lancashire y el Yorkshire. Pero los recuerdos prevalecen en la mayor parte de Gran Bretaña y en la mayoría de las ramas de la industria textil. Por ejemplo, de los calceteros de las Midlands, en la década de 1780: «Para la víspera de fiesta, el calcetero tenía guisantes y judías en su abrigado huerto, y un buen barril de espumosa cerveza.» Tema «un traje de diario y uno para los domingos y tenía mucho tiempo libre».¹ De los tejedores de Gloucester: «Sus pequeños *cottages* parecían felices y contentos ... ocurría a menudo que un tejedor pedía ayuda a la parroquia. ... La paz y la satisfacción perduraban en la frente del tejedor.»² Del barrio de tejedores de lino de Belfast: «... un barrio que en una época fue notable por su pulcritud y su orden; recordaba sus casas blanqueadas y sus pequeños jardines floridos, y el aspecto decente de sus familias en los mercados o en el culto público. Esas casas eran ahora un montón de suciedad y miseria ...»³ La doctora Dorothy George, en su lúcida y persuasiva obra *England in Transition*, ha argumentado que la «época dorada», en general, fue un mito. Y sus argumentos se han impuesto.

Quizá lo han hecho con demasiada facilidad. Al fin y al cabo, si erigimos el bolo de una «edad de oro» no será difícil derribarlo. Verdaderamente, la situación de los tejedores de seda de Spitalfields en el siglo XVIII no era envidiable. Y es cierto que la organización capitalista de las industrias de la lana y el estambre del sudoeste y de Norwich pronto dio lugar a muchas formas de antagonismo que mostraban de antemano procesos desarrollados de forma más tardía en el Lancashire y el Yorkshire. Es cierto que las condiciones de las comunidades de tejedores del siglo XVIII fueron idealizadas por Gaskell en su influyente obra *Manufacturing Population of England* (1833); y por Engels cuando (siguiendo a Gaskell) evocó una imagen de los abuelos de los obreros de las fábricas de 1844 «llevando una vida virtuosa y pacífica con toda devoción y honradez».

270

Pero la realidad de un siglo XVIII con penuria y conflicto por un lado, y la idealización del siglo XIX por el otro, no acaban con el problema. Los recuerdos

¹ W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 43. Véase también M. D. George, *England in Transition*, edición Penguin, 1953, p. 63.

² T. Exell, *Brief History of the Weavers of Gloucestershire*, citado en E. A. L. Moir. «The Gentlemen Clothiers», en H. P. R. Finberg (comp.), *Gloucestershire Studies*, Leicester, 1957, p. 247.

³ Emmerson Tennant, miembro del Parlamento por Belfast, en la Cámara de los Comunes, el 28 de julio de 1835. Véase también (para los tejedores de seda de Spitalfields) el relato de Thelwall, aparecido con anterioridad, pp. 145-146.

perduran. Y lo mismo ocurre con la abundante información que no permite una fácil interpretación. La existencia de ingresos complementarios que provenían de la agricultura en pequeña escala o simplemente de estrechas franjas de huerta, del hilado, del trabajo durante la cosecha, etc., está confirmada para la mayor parte del país. Han llegado pruebas arquitectónicas hasta nuestros días que testimonian la solidez de muchas pequeñas aldeas de tejedores de finales del siglo XVIII, situadas en los Peninos. Hoy en día, el error más común no es el de Gaskell y Engels, sino el del optimista que emborriona la naturaleza difícil y dolorosa del cambio de posición social, desde la de artesano a la de trabajador a domicilio deprimido, con algunas frases consoladoras como las siguientes:

La visión de que el período anterior a la Revolución industrial fue una especie de edad de oro es un mito. Muchos de los males de la primera época de la fábrica no fueron peores que los de un período anterior. Los hilanderos y los tejedores domésticos del siglo XVIII habían sido «explotados» por los pañeros de manera tan despiadada como los obreros de las fábricas fueron «explotados» por los fabricantes en la década de 1840.⁴

De entre las relaciones tejedor-patrono que se encuentran en el siglo XVIII, podemos distinguir cuatro tipos: 1) La relación cliente-tejedor, el Silas Marner* que vivía en una situación de independencia en un pueblo o ciudad pequeña, de forma muy parecida a un maestro en sastrería, realizando los encargos para los clientes. Su número era decreciente, y aquí no debemos preocuparnos de él. 2) El tejedor, con la categoría de artesano superior, que trabajaba por cuenta propia, y lo hacía por piezas para una selección de patronos. 3) El oficial tejedor, que trabajaba en el taller del maestro pañero o, más comúnmente, en su propia casa y con su propio telar para un solo patrono. 4) El agricultor o pequeño propietario que también era tejedor y sólo trabajaba a tiempo parcial en el telar.

* Personaje principal de una novela de George Eliot que tiene por título el mismo nombre. Hay traducción castellana en Fontamara, Barcelona, 1980. (*N. de la t.*)

271

Los tres últimos grupos se interseccionan unos con otros, pero es útil hacer las distinciones. Por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, en Manchester los oficios de la mercería y el tejido de telas de cuadros eran ampliamente controlados por tejedores-artesanos (grupo 2) con un elevado grado de organización. A medida que la industria del algodón se expandía, en la segunda mitad del siglo, más y más agricultores con pequeños trozos de tierra (grupo 4) se sentían tentados, gracias a los elevados salarios, de convertirse en tejedores a tiempo parcial. Al mismo tiempo, la industria lanera del West Riding seguía estando ampliamente organizada sobre la base de pañeros con pequeños talleres, en donde ellos mismos trabajaban, que empleaban a un puñado de mancebos y aprendices (grupo 3) en su propia unidad doméstica. Podemos simplificar las diversas experiencias de los años que van de 1780 a 1830, si decimos que estos años presenciaron la fusión de los tres grupos en uno solo cuya categoría se degradó

⁴ Introducción de W. O. Henderson y W. H. Chaloner a F. Engels, *Condition of the Working Class in England in 1844*, 1958, p. XIV.

en gran medida: el grupo de los proletarios a domicilio, que trabajaban en su propia casa, unas veces eran propietarios y otras veces alquilaban el telar, y que tejían el hilo según las órdenes del agente o representante de una fábrica o de algún intermediario. Perdieron la categoría y la seguridad que podían esperar los grupos 2 y 3, y los ingresos complementarios del grupo 4; se vieron expuestos a condiciones que, a juicio del artesano de Londres, eran completamente «deshonrosas».

Entre los tejedores del norte, los recuerdos de la condición perdida se basaban en experiencias auténticas y persistieron mucho más tiempo. En el West Country, hacia finales del siglo XVIII, los tejedores eran ya trabajadores a domicilio, empleados por el gran *gentleman* pañero que «compra la lana, paga por el hilado, tejido, batanado, teñido, tundido y apresto, etc.», y que podía dar trabajo hasta a 1.000 obreros que trabajasen en esos procesos. Un testimonio del Yorkshire, de 1806, comparaba los dos sistemas. En el West Country,

no existe lo que nosotros, en el Yorkshire, denominamos el sistema doméstico; al decir sistema doméstico me refiero a los pañeros con pequeños talleres que viven en pueblos o en lugares aislados, con todas sus comodidades, sosteniendo el negocio con su propio capital ... Tengo entendido que en el oeste de Inglaterra ocurre exactamente lo contrario, allí el pañero es igual que el obrero común de una fábrica en el Yorkshire, excepto en que vive en una casa independiente; en el oeste le entregan la lana para que la teja, en el Yorkshire es propiedad del propio trabajador.⁵

Pero en la industria doméstica del Yorkshire, en el siglo XVIII, la lana era propiedad, no del tejedor, sino del maestro pañero que tenía un pequeño taller. La mayor parte de los tejedores eran oficiales que trabajaban para un solo pañero y (por mucho que luego se haya idealizado) estaban en una situación de dependencia. En un «Poema Descriptivo de las Costumbres de los Pañeros, escrito hacia el año 1730»⁶ encontramos una imagen «idílica» de la vida de los pañeros. Nos muestra a los tejedores —no sabemos si Tom, Will, Jack, Joe y Mary son mancebos, aprendices o hijos e hijas del «Maestro»— comiendo en una misma mesa, después de haber empleado el «tiempo con las manos y los pies/iDesde las cinco de la madrugada hasta las Ocho de la *noche!*»

272

Dice el Maestro: «Muchachos, os ruego que trabajéis con ahínco,
El paño debe estar listo el próximo día de Mercado.
Y Tom tiene que ir mañana a casa de los hilanderos,
Y Will tiene que ir a buscar las bobinas;
Y Jack, mañana debe levantarse pronto,
E ir a la casa de aprestos para aprestar los paños,

⁵ Citado por E. A. L. Moir, *op. cit.*, p. 226. Para la industria del oeste de Inglaterra, véase también D. M. Hunter, *The West of England Woollen Industry*. 1910, y J. de L. Mann, «Clothiers and Weavers in Wiltshire during the Eighteenth Century». En L. S. Presnell (comp.), *S Judí es in the Industrial Revolution*, 1960.

⁶ La copia del manuscrito que se encuentra en la Leeds Reference Library ha sido transcrita por F. B. en *Publications of the Thoresby Society*, XLI, Parte 3, N.º 95 (1947), pp. 275-279; hay resúmenes en H. Heaton, *Yorkshire Woollen and Worsted Industries*, 1920, pp. 344-347. El libro del profesor Heaton sigue siendo la principal autoridad sobre la industria doméstica en el Yorkshire durante el siglo XVIII.

Y hacer que os preparen el urdido de la pieza
Para que podáis montarla en el telar.
Joe, ve a darle pienso a mi caballo
Pues mañana quiero ir a los Wolds;
Así que encárgate de limpiar mis botas y mis zapatos,
Porque mañana me levantaré imuy *temprano*!
Mary, aquí hay lana, cógela y tíñela
¡Es aquella que está en el hatillo!»

Ama: «Tal y como me estás diciendo qué trabajo debo hacer,
Creo que es más necesario que zurza tu camisa,
Te ruego que me digas, ¿quién debe sentarse en el torno de hilar?
¡Y nunca hay un bizcocho en la cesta!
Y nosotras tenemos que cocer al horno, amasar y mezclar,
Y ordeñar y mandar a los niños a la escuela,
Y hacer pastelitos de frutas para los muchachos,
E ir a buscar levadura enferma y todo
Y fregar platos mañana, tarde y noche,
Y lavar las escudillas con agua caliente y desnatar la leche,
¡E ir otra vez a por los niños cuando anochece!»,*

* Quoth Maister -'Lads, work hard, I pray, / 'Cloth mun be peaked next Market Day. / 'And Tom mun go to-morn to t'spinners, / 'And will mun seek about for t'swingers; / 'And Jack, to-morn, by time be rising, / 'And go to t'sizing house for sizing, / 'And get you web, in warping, done / 'That ye may get it into t'loom. / 'Joe -got give my horse some corn / 'For I design for t'Wolds to-morn; / 'So mind and clean my boots and shoon, / 'For I'll be up it 'morn right *soon*! / 'Mary -there's wooltak thee and dye it / 'T's that 'at ligs i th'clouted sheet! / 'Mistress: 'So thou's setting me my wark, / 'I think I'd more need mend thy sark, / 'Prithie, who mun sit at' bobbin wheel? / 'And ne'er a cake at top o' the' creel! / 'And we to bake, and swing, to blend, / 'And milk, and barns to school to send, / 'And dumplings for the lads to mak, / 'And yeast to seek, and 'syk as that! / 'And washing up, morn, noon and neet. / 'And bowls to scald, and milk to fleet, / 'And barns to fetch again at neet!

La imagen nos induce a establecer una comparación con la nostálgica reconstrucción de Cobbett de las relaciones patriarcales que se establecían entre el agricultor del sur con pocas tierras y sus jornaleros, que compartían su mesa y su suerte en el siglo XVIII. Es una imagen creíble de una época en que, en los distritos de Halifax y Leeds, casi todos los procesos de la fabricación del paño tenían lugar en una sola unidad doméstica.

273

Hacia finales del siglo XVIII serían necesarias algunas modificaciones. El patrono ya no compraría la lana en los *Wolds** (ahora podía comprar el hilo directamente a una hilandería) y los procesos de acabado se encargarían a talleres especializados. Ni era tan «libre» el mercado para sus piezas, aunque la última de las grandes Lonjas de Paños del *yeoman* se construyese en fecha tan tardía como 1779, y en la década de 1790 se estableciera una nueva lonja pirata en Leeds, en la que los comerciantes no autorizados, los «zapateros y hojalateros» que no habían hecho el aprendizaje y los tejedores que trabajaban por cuenta propia vendían sus paños. El pañero con un pequeño taller se iba haciendo progresivamente dependiente de los comerciantes, los agentes comerciales o las fábricas. Si tenía éxito, podía convertirse en un pequeño

capitalista, que emplease a 15 o 20 tejedores, muchos de los cuales trabajaban en sus propias casas. Si no lo tenía, podía encontrarse en la situación de perder su propia independencia; si perdía su beneficio al hacer un simple pago del trabajo encargado, podía quedar reducido a tejer el hilo bajo las órdenes de un intermediario. En los períodos malos para el oficio podía quedar endeudado con el comerciante. Estaba en camino de convertirse en un simple tejedor manual y, a medida que la competencia se hacía más intensa, la economía doméstica del ama de la casa se perdió debido a las exigencias del oficio.

* Se usa en designaciones específicas de ciertas regiones montañosas de Inglaterra, por ejemplo, la zona montañosas del este y North Riding (Yorkshire Wolds). (*N. de la t.*)

Estos procesos fueron lentos y al principio no fueron excepcionalmente dolorosos. Entre quienes cabalgaron hacia York para votar por Wilberforce en 1807, había cientos de pañeros *yeomen*. Las complicadas subdivisiones de la industria permitieron a algunos menestrales sostenerse todavía durante 50 años más, mientras otros creaban pequeños talleres de acabado y de tundido. Además, el gran aumento de la producción de hilo forzaba una demanda especial sobre el trabajo del tejedor; entre los años 1780 y 1820 la pérdida de independencia y de categoría del pañero se vio paliada hasta cierto punto por la abundancia de trabajo. Y, si bien la categoría del Maestro, en algunos casos, estaba descendiendo hacia la de sus oficiales, la de Tom, Will, Jack y Joe parecía estar ascendiendo. A medida que los agentes comerciales y las fábricas buscaban tejedores, el oficial ganaba alguna independencia respecto del maestro pañero. Ahora podía elegir cuidadosamente a sus patronos. Esa fue," tanto por lo que se refiere a la lana como al algodón, la «época dorada» del oficial tejedor.

Las relaciones que se describen en el poema, para los primeros años del siglo XVIII, son idílicas sólo en un sentido patriarcal. En el debe, el mancebo no gozaba de mucha más independencia, con respecto a su amo, que la mano de obra con contrato anual en la explotación agrícola. El aprendiz de la parroquia, si se colocaba con un mal amo, estaba durante años en una situación cercana a la servidumbre. En el haber, el mancebo se consideraba más un «pañero» que un simple tejedor; su trabajo era variado, la mayor parte de él se realizaba en el telar, pero alguno tema lugar fuera; tenía alguna esperanza de obtener crédito para comprar lana y convertirse en menestral por cuenta propia. Si trabajaba en su propia casa, en vez de hacerlo en el taller del amo, no estaba sujeto a disciplina alguna excepto la de su forma de hacer. Las relaciones entre los menestrales y sus trabajadores eran personales y algunas veces estrechas: seguían las mismas costumbres y eran fieles a los mismos valores comunitarios.

Los «*Hule makers*»* ... eran hombres que no se descubrían ante nadie, y no reconocían derecho alguno, por parte del *squire* ni del párroco, a hacer preguntas o entrometerse en sus asuntos. ... Su brusquedad y su forma simple de expresarse podía resultar a veces ofensiva. Si el *little maker* ... se elevaba alguna vez lo suficiente como para emplear a unos pocos de sus vecinos, no por ello dejaba de trabajar con sus propias manos, sino que trabajaba tan duro o quizá más que cualquiera de los que había empleado. No

pretendía tener ninguna superioridad ni en la forma de hablar ni en la de vestir.⁷

* Fabricantes con pequeños talleres, equivalente a menestrales. (*N. de la t.*)

El maestro pañero fue el campesino, o pequeño *kulak*, de la Revolución industrial; y con respecto a él se puede establecer la fama de franqueza e independencia del Yorkshire.

En la industria del algodón la historia es distinta. En ésta, la unidad de producción media es mayor y se pueden encontrar relaciones parecidas a las de Norwich y el oeste de Inglaterra desde finales del siglo XVIII. Hacia la década de 1750, los merceros y los tejedores de tela de cuadros de Manchester habían organizado poderosas sociedades del oficio. Estaban ya intentando mantener su posición por medio de resistir el influjo de la mano de obra que no había hecho el aprendizaje. Los trabajadores «ilegales» empezaron a «multiplicarse tan deprisa que aparecían uno detrás de otro». En verano, se quejaban los tejedores, esos hombres «acudían a trabajar al campo, por ejemplo a jornal», y en otoño «volverían de nuevo al Telar, y estarían satisfechos de trabajar a cualquier Precio, o conformarse con hacer cualquier Tipo de Trabajo servil, antes que morir de hambre en Invierno; y las condiciones a las que se resignaban, se convirtieron pronto en Norma general ...».⁸ Cuando los tejedores de telas a cuadros intentaron, en 1759, asegurar la imposición legal de las restricciones al aprendizaje, el juez del *Assize* dictó una sentencia desfavorable en la que se dejaban de lado las leyes del país en favor de las todavía-no-establecidas doctrinas de Adam Smith. Si se imponía el aprendizaje, «aquella Libertad de establecer Oficios (el Fundamento de la actual Condición floreciente de Manchester) [sería] destruida»;

275

En los Inicios del Oficio, las Leyes de la Reina Elizabeth podían estar bien pensadas para el Bienestar público; pero ahora, cuando ha alcanzado la Perfección que podemos observar, quizá sería Útil revocar dichas Leyes, porque tienden a estorbar y a restringir aquel Conocimiento que al principio era necesario obtener como Norma ...

Y en cuanto a las asociaciones, «si los Inferiores tienen que dar órdenes a sus Superiores, si el Pie aspira a ser la Cabeza ... ¿con qué Fin se promulgan las Leyes?». Era el «Deber indispensable de cada uno, como Amigo de la Comunidad, esforzarse por reprimirlas en sus Inicios».⁹

Este notable veredicto se anticipaba en más de medio siglo a la revocación real del *Statute of Artificers*. Aunque de ningún modo desaparecieron sus organizaciones, los tejedores quedaron sin la menor sombra de protección legal, cuando el gran crecimiento de la producción de hilo que provenía de las primeras hilanderías condujo a la asombrosa expansión del tejido por todo el sudeste del Lancashire. Es bien conocida la descripción hecha por Radcliffe de estos años en las tierras altas de los Peninos:

⁷ Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril de 1884). Peel, historiador local de gran precisión, escribía hacia la década de 1830 en una zona del West Riding, en donde los maestros pañeros persistieron durante más tiempo.

⁸ Véase A. P. Wadsworth y J. de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire*, Manchester, 1931, p. 348.

⁹ *Ibid.*, pp. 366-367.

... como los talleres de tejido eran insuficientes, todos los trasteros, incluso los graneros viejos, los almacenes para carretas y los cobertizos de cualquier tipo se separaron, se abrieron ventanas en las paredes y se adecuaron todos para ser talleres de tejido. Al agotarse por fin este modo de hacer espacio, surgieron en todas direcciones nuevos *cottages* de tejedores con sus telares ...¹⁰

Fue el telar y no la hilandería quien atrajo a los inmigrantes por miles. A partir de la década de 1770 en adelante, empezó la gran colonización de las tierras altas: Middleton, Oldham, Mottram, Rochdale. Bolton pasó de tener 5.339 habitantes en 1773 a tener 11.739 en 1789; al principio de las guerras, «a pesar del gran número que se han enrolado, no se consiguen con facilidad casas para la clase obrera; y el verano pasado se construyeron muchas casas en las afueras de la ciudad, que ahora ya están ocupadas».¹¹

276

Los agricultores con pequeñas explotaciones se transformaron en tejedores, y los jornaleros agrícolas y los artesanos inmigrantes ingresaron en el oficio. Radcliffe describió los 15 años que van desde 1788 a 1803 como «la época dorada de este gran oficio» para las comunidades tejedoras:

Sus viviendas y pequeños huertos limpios y bien arreglados; toda la familia bien vestida; los hombres cada uno con un reloj en su bolsillo, y las mujeres vestidas cada una a su gusto; la iglesia llena a rebotar todos los Domingos; todas las casas bien amuebladas con un reloj de pared de elegante caoba o una caja lujosa; distinguidos servicios de té de Staffordshire ... Alfarería de Birmingham y baterías de Sheffield para uso cotidiano u ornamento ... muchas de las familias de los *cottages* tenían su vaca ...¹²

Aquí la experiencia y el mito se encuentran entrelazados, al igual que en el relato de Gaskell acerca de las familias de tejedores que ganaban 4 libras a la semana en el cambio de siglo y en la descripción de Bamford de sus propios *Early Days* en Middleton. A través de un viejo diarista de Oldham sabemos que la prosperidad no se extendía hasta los tejedores de fustán, que constituían la rama más burda del oficio.¹³ De hecho, probablemente sólo una minoría de tejedores alcanzaba el nivel descrito por Radcliffe, pero muchos aspiraban a él. Durante esos 15 ó 20 años de prosperidad moderada surge en las comunidades de tejedores un modelo cultural diferenciado; un ritmo de trabajo y ocio; en algunos pueblos, un wesleyanismo más suave y más humanizado de lo que sería en las primeras décadas del siglo XIX (en la escuela

¹⁰ W. Radcliffe, *Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 65.

¹¹ J. Aikin, *A Description of the Country ... round Manchester*, 1795, p. 262. Obsérvese el temprano uso del término «clase obrera».

¹² Radcliffe, *op. cit.*, p. 167.

¹³ Véase S. J. Chapman, *The Lancashire Cotton Industry*, Manchester, 1904, p. 40. Hay indicaciones de reducciones generalizadas alrededor de 1797. Una Asociación de Tejedores de Algodón, con sede en Bolton, afirmaba que los salarios se habían reducido una tercera parte entre 1797 y 1799; reverendo R. Bancroft, 29 de abril de 1799, P.C. A. 155; A. Weaver, *Address to the Inhabitants of Bolton*, Bolton, 1799; Radcliffe, *op. cit.*, pp. 72-77. Pero los salarios parecen haber alcanzado su máximo de 45s. a 50s. por semana, en Blackburn en 1802; *Blackburn Mail* (26 de mayo de 1802).

dominical de Bamford le enseñaron tanto a escribir como a leer), con líderes de clase y predicadores locales entre los tejedores; una agitación de radicalismo político, y una profunda adhesión a los valores de la independencia.

Pero la prosperidad ocasionada por el vertiginoso aumento de producción de hilo hecho a máquina enmascaraba una pérdida de categoría más esencial. Es precisamente en la «época dorada» cuando el artesano, u oficial tejedor, se convierte en el genérico «tejedor manual». Excepto en algunas ramas especializadas, los viejos artesanos (habiendo sido totalmente derribados los muros del aprendizaje) quedaron equiparados con los nuevos inmigrantes; a la vez que muchos agricultores-tejedores abandonaron sus pequeñas explotaciones agrícolas para centrar su actividad en el telar. Reducidos a una dependencia completa respecto de la hilandería o de los «*puners-out*»^{*} que llevaban hilo a las tierras altas, los tejedores estaban ahora expuestos a las reducciones salariales una vez tras otra.

^{*} Término derivado del verbo *to put out*: dar trabajo para que se realice fuera del establecimiento industrial, o para que lo haga alguien que no tiene un empleo regular. (V. *de la t.*)

277

La reducción de los salarios había sido sancionada desde hacía tiempo, no sólo por la codicia del patrono, sino por la teoría ampliamente difundida de que la pobreza era un estímulo fundamental para la industria. El autor de *Memoirs of Wool* estaba probablemente pensando en la industria del oeste de Inglaterra cuando escribió:

Es un hecho bien conocido ... que la escasez, hasta cierto punto, fomenta la industria, y que el fabricante que subsiste con tres días de trabajo estará ocioso y borracho el resto de la semana. Los pobres que viven en los condados manufactureros nunca trabajarán, en general, más tiempo del que les es exactamente necesario para vivir y mantener sus vicios semanales. ... Podemos afirmar con justicia que la reducción de salarios en la manufactura de la lana sería una bendición nacional y una mejora, y no sería un perjuicio real para los pobres. Gracias a ello, podríamos mantener nuestra industria, sostener nuestras rentas, y reformar al pueblo por añadidura.¹⁴

Pero esta teoría la encontramos, de manera casi universal, entre los patronos, así como entre muchos magistrados y clérigos, y también la encontramos en los distritos algodoneros.¹⁵ La prosperidad de los tejedores generó sentimientos de viva alarma en las mentes de algunos patronos y magistrados. «Hace algunos años —escribía un magistrado en 1818—, los tejedores recibían unas retribuciones tan excesivas que trabajando tres o cuatro días a la semana se podían mantener con relativo nivel de lujo.» «Gastaban gran parte de su tiempo y su dinero en las cervecerías, y en su casa la mesita del té estaba provista, dos veces al día, con una botella de ron y el mejor pan de trigo con mantequilla».¹⁶

Durante las guerras napoleónicas, las reducciones las impusieron a veces los grandes patronos, a veces los patronos menos escrupulosos, a veces los menestrales o los tejedores que trabajaban por cuenta propia y que producían para las «*commission*

¹⁴ J. Smith, *Memoirs of Wool*, 1747, II, p. 308.

¹⁵ Véase Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 387 y siguientes.

¹⁶ Aspinall, *op. cit.*, p. 271.

houses».* Cuando los mercados estaban inactivos, los fabricantes sacaban partido de la situación dando trabajo a los tejedores que estaban desesperados por encontrar cualquier trabajo a cualquier precio; por esa razón les obligaban a «fabricar gran cantidad de productos en un momento en que no eran en absoluto necesarios». ¹⁷ Cuando volvía a haber demanda, entonces lanzaban los productos al mercado a precio de saldo; de modo que después de cada recesión menor había un período en el que el mercado se hallaba abarrotado de mercancías baratas que, de ese modo, mantenían bajos los salarios al mismo nivel que tenían en la época de recesión. Las prácticas de algunos patronos eran sumamente desaprensivas, tanto por lo que hace a la deducción de penalizaciones por trabajo defectuoso como a la estafa en el peso del hilo. Sin embargo, a la vez que los salarios eran presionados más y más abajo, el número de tejedores siguió creciendo durante las tres primeras décadas del siglo XIX; porque el tejido, junto con el trabajo no cualificado en general, constituía el gran recurso de los desempleados del norte. El tejido del fustán era pesado, monótono, pero se aprendía con facilidad. Los obreros agrícolas, los soldados desmovilizados, los inmigrantes irlandeses; todos seguían engrosando la mano de obra disponible.

* Casas que subcontrataban trabajo. llamadas también «mataderos». (*N. de la t.*)

278

Las primeras reducciones fuertes generalizadas tuvieron lugar en el cambio de siglo: se produjo una mejora en el último año o dos de las guerras, seguida por una nueva reducción después de 1815 y una disminución ininterrumpida después. La primera petición de los tejedores, desde 1790 en adelante, fue de un salario mínimo legal; demanda a la que dieron apoyo algunos patronos como forma de imponer unas condiciones justas de competencia con sus rivales menos escrupulosos. Al rechazo de esta petición por parte de la Cámara de los Comunes, siguió una huelga durante la cual de 10.000 a 15.000 tejedores se manifestaron en días sucesivos en St Georges Fields, Manchester. La manifestación fue dispersada, por orden de los magistrados, con efusión de sangre; y la actitud plenamente vengativa de las autoridades se hizo patente con el juicio y posterior encarcelamiento, por parte del Estado, de un destacado fabricante, el coronel Joseph Hanson de los Voluntarios, quien había prestado su apoyo al proyecto de ley de salario mínimo, por el delito de cabalgar entre los tejedores profiriendo «palabras rencorosas e incendiarias»: «Persiste en tu causa y seguro que triunfarás. Hoy, ni Nadin ni nadie de su banda te impedirán nada. *Gentlemen*, no podéis vivir de vuestro trabajo. ... Mi padre era tejedor; a mí me enseñaron el oficio de tejer; soy un auténtico amigo de los tejedores». Más tarde, los tejedores rindieron homenaje al coronel Hanson en forma de una copa de plata, en la compra de la cual contribuyeron 39.600 personas. «Los efectos de ese desafortunado juicio —comentaba el historiador de Manchester, Archibald Prentice— se dejaron sentir durante mucho tiempo como una ofensa. Introdujeron aquel resentimiento de

¹⁷ Petición de los tejedores en favor de un proyecto de ley de salario mínimo, 1807, suscrito —según se afirma— por 130.000 tejedores de algodón; véase J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 74.

los empleados contra los patronos que se manifestó en 1812, 1817, 1819 y 1826 ...»¹⁸

Las fechas que ha escogido Prentice son las de la destrucción de telares mecánicos (1812, 1826), de la marcha de los tejedores de mantas (1817) y Peterloo (1819). Sin esperanza alguna de protección legal, los tejedores se dirigieron de manera más directa hacia los canales del radicalismo político.¹⁹ Pero durante algunos años después de 1800, una alianza entre el metodismo y el gamberrismo de los partidarios de la «Iglesia y el Rey» mantuvo a la mayor parte de los tejedores como «legitimistas» políticos. Se dijo que 20.000 de ellos se alistaron en los Voluntarios al principio de las guerras, y que hubo un tiempo en que a uno le podían derribar de un golpe si criticaba la monarquía o la lista de los que cobraban una pensión real. «Tengo a la vista a dos o tres individuos —declaró un testigo de Bolton ante la Comisión Especial que investigaba sobre los tejedores manuales en 1834— que estuvieron en grave peligro por el hecho de ser reformadores de la vieja escuela.» Después de las guerras fue cuando se inició la verdadera corriente radical; y en 1818 tuvo lugar una segunda confrontación crítica entre los tejedores y sus patronos. Fue el año de la gran huelga de hilanderos de algodón de Manchester, y del primer intento impresionante de sindicalismo generalizado (la «*Philanthropic Hercules*»), Una vez más los tejedores se pusieron en huelga, reunieron las lanzaderas y las encerraron en las capillas o los talleres, y no sólo lo hicieron en Manchester, sino en todas las ciudades de tejedores: Bolton, Bury, Burnley. La huelga finalizó con unas concesiones efímeras de parte de los patronos, y con el procesamiento y el encarcelamiento de varios de los líderes de los tejedores.²⁰ Fue el último movimiento de huelga general eficaz de los tejedores del Lancashire; después de esto, en la mayoría de las ramas los salarios siguieron siendo rebajados —9s., 6s, 4s. 6d. e incluso menos semanalmente por un trabajo sin regularidad— hasta la década de 1830.

Atribuir la causa de la degradación de las condiciones de los tejedores al telar mecánico constituye una simplificación excesiva.²¹ La situación social de los tejedores se había quebrantado hacia 1813, en un momento en que el número total de telares mecánicos en el Reino Unido se estimaba en 2.400 y en que la competencia de lo mecánico con lo manual era en gran parte psicológica. El cálculo de telares mecánicos aumenta a 14.000 en 1820, pero incluso entonces el telar mecánico era lento y tosco y todavía no se había adaptado al sistema Jacquart, de modo que no podía tejer difíciles modelos con dibujos. Puede argumentarse que el mismo bajo precio y la abundancia de mano de obra para el telar manual *retrasó* la invención mecánica y la inversión de capital en el tejido. La degradación de los tejedores se parece mucho a la de los obreros

¹⁸ *State Trials* de Howell, vol. XXXI, pp. 1-98; Prentice, *op. cit.*, p. 33.

¹⁹ Para los sucesos que conducen al ludismo (1812), véase más adelante, vol. 2, p. 114.

²⁰ Hammond, *op. cit.*, pp. 109-121. Los documentos del Ministerio del Interior sobre la huelga de 1818, utilizados por los Hammond, son hoy asequibles por completo en Aspinall, *op. cit.*, pp. 246-310.

²¹ Se pueden ver procesos similares en la industria del tejido de seda de Spitalfields, en el siglo XVIII, en los que el telar mecánico no intervino para nada. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, p. 187.

de los oficios artesanos deshonrosos. Cada vez que se les rebajaban los salarios, su situación era más indefensa. Ahora el tejedor tenía que trabajar más horas por la noche para ganar menos; al trabajar más aumentaba la posibilidad de que otros quedaran sin empleo. Incluso los partidarios de la nueva «economía política» estaban horrorizados. «¿Ha visto alguna vez el doctor A. Smith un estado de cosas como éste?», exclamó un patrono humanitario, cuya honorable práctica fue la causa de su propia ruina:

280

Es inútil leer su libro para encontrar remedio a una enfermedad que ni siquiera se imaginaba que existía, a saber: 100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000 cuando no había demanda (como se dice), y lo hacían por la mitad de la manutención y el resto pagado con los impuestos para asistir a los pobres, ¿podía imaginarse que los beneficios de una Manufactura fueran lo que un Patrono pudiera exprimir, más que otro, de los fatigosos ingresos de los pobres?²²

«100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000»; esta es la esencia de los oficios deshonrosos, como más tarde observó Mayhew para Londres; una reserva de mano de obra excedente, empleo a tiempo parcial, indefensión y la rebaja continua de los salarios de unos y otros. Las mismas circunstancias del trabajo de los tejedores, especialmente las de las pequeñas aldeas de las tierras altas, constituían un obstáculo adicional para el sindicalismo. Un tejedor de Salford explicaba esas condiciones ante la Comisión Especial de 1834:

Las mismas circunstancias particulares en que se encuentran los tejedores manuales excluyen la posibilidad de que tengan el menor control sobre el valor de su propio trabajo. ... El hecho de que incluso los tejedores de un mismo patrono estén diseminados por un vasto distrito ofrece a ese patrono la continua oportunidad, si está dispuesto a hacerlo, de utilizar a sus tejedores como medios para reducir los salarios de unos y otros de manera alternativa; a algunos les dirá que otros están tejiendo por mucho menos y que no deben cobrar más o se quedarán sin trabajo, y a su vez les dice lo mismo a los demás. ... Ahora bien, la dificultad y la pérdida de tiempo que les acarrearía a los tejedores el descubrir la verdad o falsedad de esa afirmación, el miedo de que, en el ínterin, otros se entrometieran y le dejaran sin el trabajo que se le había ofrecido en aquellas condiciones ... la envidia y el resentimiento encendidos en todos los espíritus, con su tendencia a dividirlos por lo que hace a sentimientos y opiniones, todo se confabula para que la reducción se lleve a cabo, con seguridad ...

281

El declive de los tejedores de lana y estambre del Yorkshire siguió un curso paralelo, aunque se rezagaran unos quince años o más con respecto a los cambios en el algodón. Las pruebas que se presentaron ante la Comisión del Oficio de la Lana de 1806 ponían de manifiesto que el sistema doméstico todavía dominaba la industria lanera. Pero los «*titile makers*» iban disminuyendo: «muchas de las casas que antes eran ocupadas por patronos, ahora son casas de obreros»; mientras que al mismo tiempo los fabricantes comerciantes reunían una cantidad de telares manuales, así como de procesos de

²² Hammond, *op. cit.*, p. 123. Véase también la impresionante declaración de los tejedores de Manchester en 1823, en el libro de los Hammond, *Town Labourer*, pp. 298-301.

acabado, bajo un solo techo en «fábricas» no mecanizadas. («Una fábrica —decía un testigo— es el lugar en el que trabajan quizá unos 200 obreros en un solo y el mismo edificio.») Las fábricas —en particular las de Benjamín Gott de Leeds— dieron lugar a un acerbo disgusto tanto entre los menestrales como entre los oficiales, puesto que les estaban quitando los mejores clientes, y estaban contratando trabajadores «ilegales» en los procesos de acabado, en los que los aprestadores o los tundidores estaban sumamente organizados. La riqueza, declaraba un testigo, «ha ido cada vez más a los contratistas». Los oficiales se quejaban de que las fábricas daban más trabajo a los tejedores a domicilio en las épocas de actividad, y les dejaban sin trabajo en las épocas de inactividad sin el menor escrúpulo, mientras que los maestros pañeros que tenían pequeños talleres todavía intentaban encontrar trabajo para sus propios mancebos. Además, incluso antes de la mecanización, las «fábricas» que tenían telares manuales vulneraban prejuicios morales profundamente arraigados. Entre los tundidores y los tejedores existía una *trade union* —la Comunidad de los Pañeros o «la Tradición»— cuyo objetivo declarado era unirse con los pañeros que tenían pequeños talleres para solicitar la restricción de las fábricas y la obligatoriedad del aprendizaje.²³

Ni los «*tile makers*», ni los oficiales recibieron respuesta satisfactoria alguna que proviniese de la Cámara de los Comunes: sus peticiones sólo sirvieron para llamar la atención sobre su asociación y sobre los viejos estatutos paternalistas que un poco después fueron abolidos. En los distritos pañeros de Leeds y Spen Valley, los pañeros que tenían pequeños talleres fueron tenaces y su declive se prolongó durante unos cincuenta años más. En los distritos de Bradford y Halifax, que trabajaban mayoritariamente el estambre, y en el distrito lanero suntuario al sur de Huddersfield, fue donde el *putting-out system** se desarrolló más plenamente hacia la década de 1820; y, al igual que en el algodón, los tejedores fueron las víctimas del recorte de los salarios, y de los comisionistas que almacenaban existencias de productos de precios rebajados.

* Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios o *putters-out*. (*N. de la t.*)

282

Del mismo modo que los tundidores eran la élite artesana de la industria lanera, los cardadores eran los trabajadores de élite del estambre. Al controlar un cuello de botella en el proceso de fabricación, estaban en situación de mantener su posición tanto tiempo como pudiesen limitar la entrada a su oficio. Y esto lo habían conseguido con bastante éxito, gracias a su extraordinaria organización de *trade union* que se remontaba por lo menos a la década de 1740. A principios del siglo XIX, a pesar de las *Combinarian Acts*, tenían una organización nacional eficaz, una constitución imponente, con todos los inconvenientes de una *unión* clandestina, y la fama de

²³ Véase más adelante, vol. 2, pp. 527-9

rebeldía e indisciplina en cuanto a la organización del tiempo: «Vienen el Lunes por la mañana, y cuando hayan encendido el fuego de la marmita de la carda, a menudo se irán y quizá no volverán hasta el Miércoles, o incluso el Jueves. Siempre hay un banco de más en el taller, en el que pueden descansar los *ambulantes* ...»²⁴

En febrero de 1825, la fiesta en honor del obispo Blaize, el santo de los cardadores, se celebró en Bradford con una gran magnificencia.²⁵ En junio, como si fuera para señalar la transición hacia el nuevo industrialismo, se inició la huelga más dura de la historia de Bradford, en la que participaron 20.000 cardadores y tejedores, que tuvo una duración de 23 semanas y acabó en una derrota total para los huelguistas.²⁶ Las *Combination Acts* habían sido revocadas el año anterior. Habiendo empezado en demanda de mejoras salariales y racionalización, la huelga devino una lucha por el reconocimiento de la *unión*, y los patronos llegaron al punto de despedir de las hilanderías a todos los niños cuyos padres se negasen a firmar un documento de renuncia a la *unión*. La contienda fue considerada como algo crucial en todo el país, y se recogieron más de 20.000 libras de ayuda para los fondos de la huelga. Después de la derrota, el cardador, de la noche a la mañana, pasó de ser un artesano privilegiado a ser un trabajador a domicilio indefenso. Las restricciones en el aprendizaje se habían acabado y durante los años anteriores a 1825 miles de trabajadores se habían sentido atraídos hacia el oficio debido a los elevados salarios. Aunque algunos cardadores trabajaban en grandes talleres, para otros lo acostumbrado había sido reunirse en grupos de tres o cuatro que compartían un taller independiente. Ahora veían cómo aumentaba su número debido a cientos de recién llegados cuyo insalubre oficio se llevaba a cabo en sus propias casas. Aunque hacia 1825 existía ya maquinaria para el cardado, su utilidad era dudosa para el cardado de calidad; y el hecho de que la mano de obra para la carda fuera barata permitió que la amenaza de la maquinaria se mantuviera durante más de 20 años sobre sus cabezas. Durante este tiempo los cardadores siguieron distinguiéndose por su independencia y su política «democrática». La *unión* calculó que en 1825 había 7.000 u 8.000 empleados en el oficio, en Bradford; 20 años más tarde todavía había 10.000 cardadores manuales en el distrito. Muchos de ellos llegaron, durante la década de 1820, desde los distritos agrícolas:

283

Venían de Kendal, North Yorkshire, Leicester, Devonshire e incluso de Emerald Isle; de modo que si se permanecía una hora en una taberna (el cardador la llamaba la hora sedienta) se podía oír una perfecta Babel de dialectos diferentes. ... Su apego a la vida rural estaba claro por el hecho de que durante la siega del heno y la cosecha, abandonaban sus cardas, cogían su guadaña ... y se iban a segar a su propia tierra. ...

²⁴ *Book of English Trades*, 1818, p. 441.

²⁵ Véase más adelante, pp. 473-474.

²⁶ Para conocer relatos de la huelga, véase L Burney, *History of Wool and Woolcombing*, 1889, pp. 166 y siguientes; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, 1857, pp. 400 y siguientes; *Trades Newspaper* (junio-septiembre de 1826); W. Scruton, «The Great Strike of 1825», *Bradford Antiquary*, 1888, I, pp. 67-73.

También eran aficionados a los pájaros, y a menudo transformaban sus talleres de carda en perfectos aviarios. ... Algunos cardadores tenían talento para la elocución y podían recitar con una capacidad maravillosa. ... Otros eran tan hábiles en la representación dramática que llegaban al extremo de constituir compañías ... así reza un relato de Bradford.²⁷ Un relato que proviene de Cleckheaton se expresa en términos más sombríos:

Quizá no existió jamás una clase de trabajadores más desgraciados que los viejos cardadores de lana. Todo el trabajo se hacía en sus propias casas, ocupando la mejor parte de sus *cottages*. Toda la familia, de seis u ocho miembros a veces, tanto hombres como mujeres, trabajaban juntos alrededor de una «marmita de carda» calentada con carbón vegetal, cuyos humos tenían un efecto nocivo sobre su salud. Si a eso añadimos que el taller era a la fuerza el dormitorio, no nos sorprenderá que los cardadores de lana estuviesen ojerosos de manera casi invariable ... y que muchos de ellos no viviesen ni la mitad de sus días ...

También sus esposas debían «permanecer a menudo atadas a la tarea y trabajar desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche como sus maridos». «Otra peculiaridad de los cardadores de lana era que sin excepción eran políticos exaltados. ... El movimiento Cantista no tuvo otros partidarios más entusiastas que ellos; su único libro de estudio era la “*Northern Star*”»²⁸

284

Quizá ningún otro grupo fue arrojado, de forma tan precipitada, de las condiciones «honrosas» a las «deshonrosas» como los cardadores de lana. Los tejedores de estambre y de lana no habían conocido una posición tan privilegiada como la de los cardadores del siglo XVIII; y en un primer momento resistieron de manera menos resuelta a medida que sus salarios disminuían. En fecha tan tardía como 1830, el mayor patrono de tejedores manuales de Bradford escribía:

Los tejedores son, de todos los tipos con los que tenemos que tratar, los más disciplinados y trabajadores, nunca en ningún momento, que yo sepa, han forzado un aumento de salarios, sino que se han resignado a todas las privaciones y sufrimientos con una paciencia y un dominio de sí mismos casi sin igual.²⁹

Dos años más tarde, Cobbett fue a caballo por el distrito de Halifax e informó que:

Es verdaderamente lamentable contemplar a tantos miles de trabajadores, que anteriormente ganaban 20 ó 30 chelines por semana, obligados ahora a vivir con 5s., 4s. o incluso menos. ... Es de lo más pesadoso contemplar a esos trabajadores en esta situación, porque todavía conservan el carácter franco y valiente que adquirieron en los días de su independencia.³⁰

La depresión en el oficio «de lujo» de Huddersfield había continuado sin interrupción

²⁷ W. Scruton, *Bradford Fifty Years Ago*, Bradford, 1897, pp. 95-96.

²⁸ Frank Peel, *op. cit.* La situación de los cardadores en la década de 1840 se describe en J. Burney, *op. cit.*, pp. 175-185; su repentina desaparición debido al perfeccionamiento de la maquinaria del cardado, en Bradford a finales de la década de 1840, es descrita por E. Sigsworth en C. Fay, *Round About Industrial Britain*, 1830-1850, 1952, pp. 123-128; para su extinción en Halifax en 1856, véase E. Baines, *Yorkshire Past and Present*, II, p. 145.

²⁹ Citado en W. Cudworth. *Condition of the Industrial Classes of Bradford & District*, Bradford, 1887.

³⁰ *Political Register*, 20 de junio de 1832.

desde 1825. En 1826, había 3.500 familias en el registro de pobres de Delph, en el distrito de Saddleworth, y se dio cierta extensión del sistema «Speenhamland industrial» (que ya se aplicaba en algunos distritos algodoneros del Lancashire), por el cual los tejedores que todavía tenían trabajo recibían ayuda que provenía de los impuestos para asistir a los pobres, reduciendo de ese modo sus salarios todavía más. (En Saddleworth, los tejedores recibían, por dos días de trabajo, a la semana, 12 libras de harina de avena al día.) En Huddersfield, una comisión de los patronos verificó que, en 1829, de una población de 29.000 personas había más de 13.000 que —cuando dividían el salario entre todos los miembros de la familia— subsistían con 2*d.* al día por cabeza. Pero esta fue una curiosa «depresión» en la que la producción real de paño de lana sobrepasó la de cualquier período anterior. Las condiciones de los tejedores se atribuyeron abiertamente al «abominable sistema de reducir los salarios».³¹

Una vez más el declive precedió a la competencia seria con el telar mecánico. La mecanización no se introdujo en el tejido del estambre, a cualquier escala, hasta finales de la década de 1820; en los géneros de lana «de lujo» hasta finales de la década de 1830 (y entonces sólo parcialmente); mientras que el telar mecánico no se adaptó de manera eficaz al tejido de alfombras hasta 1851. Incluso donde se daba una competencia directa con el telar mecánico, la velocidad de tejido aumentó sólo muy lentamente hasta conseguir triplicar o cuadruplicar la producción del telar mecánico.³² Pero se produjo sin duda una reacción en cadena, a medida que los tejedores eran sacados a la fuerza de los algodones y fustanes bastos, empezaron a hacer tejidos de calidad o seda o estambre y de ahí a la ropa de lana «de lujo» o a las alfombras.³³ Durante 10, 15 o 20 años, el tejido mecánico, en realidad, siguió siendo en muchas ramas del textil un auxiliar del tejido manual. Informó un testigo a la Comisión Especial (de forma un tanto ilógica):

285

En Halifax hay dos fábricas muy grandes, de dos hermanos (los señores Akroyd); el uno teje con telares mecánicos y el otro con telares manuales. tienen que vender sus

³¹ W. B. Crump y G. Ghorbal, *History of Huddersfield Woollen Industry*, Huddersfield. 1935, pp. 120-121.

³² Este es un argumento técnico difícil. Los testigos que comparecieron ante la *Comisión Especial para las Demandas de los Tejedores del Telar Manual* no coincidían en cuanto a si se debía estimar la proporción media de producción de tejidos de algodón sencillos en telares mecánicos y manuales en 3 a 1 o 5 a 1. Se afirmaba que el *dandyloom*, un tipo de telar manual que funcionaba mecánicamente por lo que se refiere al movimiento de la tela en el telar, y a cuyo ritmo se debía adaptar el tejedor mediante acelerados movimientos de la lanzadera manejada de forma manual, trabajaba al mismo ritmo que el telar mecánico, pero con unos grandes costes en cuanto a la salud del tejedor. En el estambre. J. James estimaba que en el West Riding había 2.768 telares mecánicos en 1835, en comparación con los 14.000 telares manuales que se estimaban en el distrito de Bradford en 1838; hacia 1841, había 11.458 telares mecánicos en el West Riding. Las estimaciones que aparecen en el *Leeds Times* (28 de marzo, 11 de abril de 1835) indican que el tejedor de estambre que trabajaba en un telar mecánico (en general una muchacha o mujer que atendía dos telares) podía producir de dos y media a tres veces más que el tejedor manual. Pero durante los 15 años siguientes la velocidad de los movimientos de la lanzadora de un *six-quarter loom* pasó a ser más del doble (H. Forbes, *Rise, Progress, and Present State of the Worsteds Manufactures*. 1852, p. 318). El telar mecánico Crossley para alfombras, patentado en 1851, podía tejer a una velocidad de 12 a 14 veces mayor que el telar manual («Reminiscences of Fifty Years by a Workman». *Halifax Courier*. 7 de julio de 1888).

³³ Véase S. C. *on Handloom Weavers' Petitions*, 1835, p. 148 (2066).

mercancías compitiendo el uno con el otro, por lo tanto tienen que situar sus salarios en un punto de comparación tan cercano como sea posible ... para tener beneficio.³⁴

En este caso el telar mecánico podría aparecer como un recurso para reducir los salarios de los tejedores manuales y *viceversa*. Desde otro punto de vista, el fabricante estaba satisfecho con un arreglo que le permitiera sostener el negocio regular con sus navas de telares mecánicos, y en las épocas de mayor actividad en el negocio dar más trabajo a los trabajadores manuales que soportaban por sí mismos los costes de los gastos fijos debidos al alquiler, el telar, etc. «En el caso de que haya una demanda decreciente —informaba el comisario auxiliar que investigaba en el West Riding en 1839— el fabricante que emplea telares mecánicos a la vez que telares manuales, hará trabajar por supuesto su capital fijo tanto como sea posible. De ahí que prescinda en primer lugar de los servicios del tejedor manual.»

286

Las condiciones de la mayor parte de los tejedores, desde la década de 1820 a la de 1840 y más allá, se mencionan como «indescriptibles» o como «conocidas». Sin embargo, merecen ser descritas y mejor conocidas. Había grupos escogidos de tejedores que mantuvieron su categoría de artesanos gracias a alguna habilidad especial, hasta la década de 1830; los tejedores de paños de Leeds estaban mejor situados que la mayoría, mientras que los tejedores de estambre de Norwich, cuyas tradiciones jacobinas y sindicales eran excepcionalmente fuertes, consiguieron mantener altos los salarios en la década de 1830, gracias a la combinación de formar piquetes, intimidar a los patronos y a los trabajadores «ilegales», la política municipal y la violenta oposición a la maquinaria; todo lo cual contribuyó a la sustitución de la industria de Norwich por parte de la del West Riding.³⁵ Pero la gran mayoría de los tejedores vivía al borde —y algunas veces más allá del borde— de los límites del hambre. La Comisión Especial sobre Emigración (1827) recibió información respecto a las condiciones de vida en algunos distritos del Lancashire que parecen una anticipación del hambre irlandesa de las patatas:

Mientras visitábamos a los pobres, una persona casi famélica nos pidió, a la señora Hulton y a mí, que entráramos en una casa. Allí encontramos a un lado del fuego a un hombre muy viejo, que parecía moribundo, al otro lado a un joven de unos 18 años con un crío en sus rodillas, cuya madre acababa de morir y ser enterrada. Ya nos íbamos de esta casa, cuando la mujer dijo: «Señor, no lo ha visto todo». Subimos las escaleras, y, bajo algunos andrajos, encontramos a otro hombre joven, el viudo; y al doblar los harapos, que él mismo era incapaz de retirar, descubrimos a otro hombre que estaba muriendo, y que murió durante el día. No tengo la menor duda de que la familia estaba realmente muriendo de hambre en aquel momento ...

La información provenía de West Houghton, donde la mitad de los 5.000 habitantes

³⁴ *Ibid.*, 1835, p. 60 (465-466).

³⁵ En el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 135-146, aparece una descripción de la fuerza del Comité de Tejedores de Norwich durante su resistencia a «esa cosa sucia que se llama trabajo a bajo precio» (desde el punto de vista de los patronos). Véase también J. H. Clapham «The Transference of the Worst Industry from Norfolk to the West Riding», *Econ. Journal*, XX.

estaban «totalmente desprovistos de lecho y casi totalmente desprovistos de vestidos». Seis de ellos fueron descritos en el proceso real de morir de hambre.

Es cierto que los salarios citados para esos años (de 10s. a 4s.) quizá sólo representan uno de los varios salarios de la misma familia, puesto que muchas viudas, niñas o jóvenes trabajaban en un segundo o tercer telar. Pero los salarios también escondían pagos o deducciones adicionales.

287

Los tejedores de estambre de Bradford, en 1835, afirmaban que de un salario medio de 10s. habría un desembolso de 4d. por aprestar, 3d. por montar la urdimbre en el telar, 9 ½d. por devanar la trama, 3 ½d. para luz y aún se deberían añadir 4d. por la inversión, el desgaste y las reparaciones del telar. Si a eso se añadía el desembolso por el alquiler (1s. 9d.) y el fuego y la colada (1s. 6d.), las deducciones sumaban en total 5s. 3d., aunque cuando la esposa o el hijo también trabajaban en un segundo telar, esos gastos generales se podían repartir entre dos salarios.³⁶ En algunos casos el mismo tejedor alquilaba el telar, en otros casos era propietario, pero tenía que alquilar al patrono los engranajes o lizos para tejer según la muestra. Muchos tejedores estaban en un perpetuo estado de endeudamiento respecto del «*putter-out*», deshaciéndose de la deuda mediante entregas de su trabajo, y en una situación en la que eran incapaces de rechazar cualesquiera salarios por bajos que fueran.

A medida que empeoraban sus condiciones, debían invertir más y más tiempo en trabajos no remunerados: llevando y yendo a buscar trabajo, y una serie de cosas más. «Aún recuerdo el tiempo», escribía un observador en 1844,

en que los fabricantes alquilaban habitaciones en los distritos, y las tramas y las urdimbres se les llevaban a caballo o en carro, para facilitar el trabajo de los tejedores, y el patrono preguntaba por el empleado; pero hoy la situación es diametralmente opuesta, el trabajador no sólo emprende largos viajes en busca de trabajo, sino que está condenado a tener muchas contrariedades.³⁷

Y de Pudsey proviene una descripción todavía más gráfica de todo este trabajo adicional no remunerado:

Cuando el oficio no iba mal, era muy común ver a los tejedores y los hilanderos yendo de un lugar a otro en busca de trabajo. ... Si lo conseguían era, en general, a condición de que a cambio ayudasen a desempaquetar la lana; es decir, abrían los fardos, luego seleccionaban los vellones de lana, sacando las partes más bastas que se llamaban el *britch*, lo ponían en grandes sábanas y luego iban al molino y ayudaban a limpiarlo y luego a «tintarlo» o teñirlo. ... Todo esto se hacía a cambio de nada, a no ser en algunas ocasiones una pequeña paga para un poco de cerveza o pan y queso. ... Cuando el torcedor había sacado la primera tanda de hilaza, a menudo se convertía en un serio problema saber a quién le tocaba quedársela, y con frecuencia el modo de decidirlo sería echarlo a suertes. ... Cuando la tela estaba deformada se llevaba a cabo el proceso de aprestado y, por norma, los tejedores tenían que comprar su propio apresto. ... Después de aprestar la tela, uno de los procesos más críticos es tenderla al aire libre para el

³⁶ *Leeds Times* (7 de marzo de 1835).

³⁷ R. Howard, Cirujano, *History of the Typhus of Hepstonstall-Slack*, Hebden Bridge, 1844.

secado. ... Se escoge un lugar, se sacan los bastidores de la tela, y si hiela, se coge un pico con el fin de hacer agujeros en el suelo para poner estacas que sirvan para atar los extremos de la tela. ... A veces se puede ver a un hombre y a su esposa de rodillas sobre la nieve, con una tela para secar ...

288

Después, el trabajo de tejer, a última hora de la tarde a la luz de una vela o una lámpara de aceite, con «un muchacho o una muchacha o quizá la esposa del tejedor, de pie a un lado del telar atentos para ver cuando se rompía un hilo, mientras el tejedor vigilaba el otro lado, puesto que si se rompía un hilo y arrancaba otro se podían romper una docena más». Y después de tejer, había que volver a hacer media docena de trabajos más antes de que el trajinero se llevase la pieza a Leeds: «Toda esa labor de más, afirmamos, se hacía a cambio de nada. ... Además, no era extraño que, cuando ya habían hecho el trabajo, los tejedores no consiguieran cobrarlo hasta algún tiempo después. ... No podemos asombrarnos de que al tejedor manual se le llegase a llamar «aldaba de la pobreza».³⁸

Algunas de esas prácticas no se daban en el algodón, o en todo caso, en el estambre se habían incorporado, desde hacía tiempo, a los procesos especializados. Son un indicador de lo anticuado del oficio de la lana en pequeña escala. Pero en los distritos tejedores del estambre y los productos laneros de lujo había también formas de trabajo que suponían pérdidas de tiempo. Entre las pequeñas aldeas dispersas de la tierra alta era conocido el «caballo de carga humano»: el hombre o la mujer que alquilaba su trabajo para transportar las pesadas piezas acabadas, 5 o incluso 10 millas, por los caminos de los páramos. Las mayores poblaciones de trabajadores a domicilio, deprimidas en extremo, se encontraban en los distritos tejedores situados en los alrededores de centros como Bradford, Keighley, Halifax, Huddersfield Todmorden, Rochdale, Bolton, Macclesfield. La Comisión Especial de 1834 informó que consideraba que «no sólo no se habían exagerado los sufrimientos de ese amplio y valioso grupo de trabajadores, sino que durante años habían continuado hasta llegar a un extremo y una intensidad que apenas se podía creer o imaginar». Cuando John Fielden testificó ante la misma Comisión en 1835, declaró que un gran número de tejedores no podía obtener suficientes alimentos del tipo más sencillo y barato; iban vestidos con harapos y estaban avergonzados de mandar a sus hijos a la escuela dominical; no tenían muebles y en algunos casos dormían sobre paja; trabajaban «a menudo 16 horas al día»; estaban desmoralizados por el abatimiento y debilitados por la subalimentación y la mala salud. Las adquisiciones que habían conseguido en la «época dorada» se habían desvanecido de los hogares de los tejedores. Un testimonio de Bolton declaraba:

289

Por lo que puedo recordar, casi todos los tejedores que yo conocía tenían una cómoda en su casa y un reloj y sillas y camas con somier y candelabros e incluso cuadros, artículos de lujo; y ahora me encuentro con que aquello ha desaparecido, ha ido a parar

³⁸ J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, pp. 26-30.

a las casas de los obreros, o a las de las personas de clase más alta.

El mismo testigo, un fabricante, sólo podía «recordar un caso en que uno de mis tejedores se comprase una chaqueta, durante muchos años». Un vasto cobertor, que valía 2s. 6d. cuando era nuevo, servía a menudo como manta; «he visto muchas casas que sólo tenían dos o tres taburetes de tres patas y he visto algunas sin un taburete o una silla, sólo con un cajón de té para guardar sus ropas y sentarse encima».

Por lo que se refiere a la dieta del tejedor pobre y su familia, hay unanimidad: harina de avena, torta de avena, patatas, gachas de avena y cebolla, leche fermentada, melaza o cerveza elaborada en casa, y como cosas de lujo té, café, tocino entreverado. «Muchos de ellos — afirmaba Richard Oastler— no saben lo que es probar carne fresca de año en año ... y sus hijos irán a veces a Huddersfield a mendigar y traerán un trozo a casa, y esto constituye un verdadero lujo. ...» Si hacía falta tener una confirmación, ésta la aportaron las cuidadosas investigaciones de los Comisarios Auxiliares que viajaron por el país después del nombramiento de la Comisión Real en 1838. Quizá las peores condiciones fueran las que se encontraron en los sótanos de las viviendas de las grandes ciudades —Leeds y Manchester— donde los desempleados irlandeses intentaban ganarse unos pocos chelines con el telar.

Pero es fácil suponer que los tejedores de las zonas rurales que vivían en sólidos *cottages* de piedra, con amplias ventanas divididas por el parteluz de los talleres de tejido, en las hermosas tierras altas de los Peninos —en la zona alta del valle del Caldcr o Wharfedale, Saddleworth o Clitheroe— gozaban de atractivos que les compensaban por su pobreza. Un cirujano que investigó una epidemia de tifus en una pequeña aldea cerca de Heptonstall (un pequeño pueblo lanero que era floreciente durante la Guerra Civil) nos ha dejado una imagen terrible de la muerte de una de esas comunidades. Aunque estaba situada arriba en los páramos, las provisiones de agua estaban contaminadas: un riachuelo que discurría por la superficie, contaminado por un matadero, se convertía en verano en «un criadero de nauseabunda vida animal». La alcantarilla pasaba directamente por debajo de las losas de uno de los *cottages* de los tejedores. Las casas eran húmedas y frías, los pavimentos estaban por debajo del nivel de la tierra: «Se puede-decir con justicia que la harina de avena y las patatas son casi lo único que les permite subsistir», junto con la leche vieja y la melaza. Si no podían conseguir té o café, se preparaban una infusión de menta, tanaceto o hisopo. Pero incluso de esta dieta «de ningún modo tienen suficiente ... Los habitantes están sufriendo un rápido deterioro». La atención médica y los gastos del entierro se pagaban, en general, con los impuestos para asistir a los pobres; sólo una de cada diez mujeres recibía atención médica durante el parto:

290

¿Cuál es la situación de la esposa del tejedor manual durante los esfuerzos de parto? Está de pie, con una mujer a cada lado, sus brazos alrededor de los cuellos de aquéllas; y, en los dolores de dar a luz, casi derriba a sus sostenes; y en estas condiciones tiene lugar el nacimiento. ... ¿Y por qué se hace así? La respuesta es, porque no hay mudas de ropa de cama ...

«Cómo consiguen subsistir —exclamaba ese humanitario cirujano— es algo que desconcierta a las propias facultades de ver y oír.»³⁹

La reacción contemporánea contra «los Hammond» ha llegado tan lejos que es casi imposible citar estas fuentes, donde las hay en superabundancia para esos años, sin ser acusado de intenciones peyorativas. Pero es necesario hacerlo porque, sin ese pormenor, es posible que la mirada pase por encima de la frase «la decadencia de los tejedores manuales» sin darse en absoluto cuenta de la escala de la tragedia que tenía lugar. Las comunidades de tejedores —algunas situadas en el West Country y los Peninos, con 300 y 400 años de existencia ininterrumpida, algunas de fecha mucho más reciente pero, sin embargo, con sus propias pautas y tradiciones culturales— se estaban literalmente extinguiendo. Los patrones demográficos de Heptonstall-Slack eran extraordinarios: en una población de 348 personas, más de la mitad tenían menos de 20 años (de éstos, 147 estaban por debajo de los 15), mientras que sólo había 30 por encima de los 25 años; estos datos no representan una comunidad creciente, sino una baja esperanza de vida. Durante los catastróficos años de las décadas de 1830 y 1840, cuando el telar mecánico, la afluencia irlandesa y la nueva *Poor Law* remataron lo que ya había iniciado el recorte de los salarios, se produjeron —junto con las esperanzas insurreccionales de los tejedores artistas— las historias más horripilantes: los clubs de entierro de los niños (en los que cada alumno de la escuela, dominical contribuía con Id. a la semana a su propio funeral o al de un compañero); la difusión y seria discusión de un folleto (firmado por «Marcus») que estaba en favor del infanticidio. Pero esta no es toda la historia. Hasta que tuvieron lugar esos sufrimientos finales, los miembros de las comunidades más antiguas de tejedores preferían con mucho la forma de vida que éstas les ofrecían, frente a los niveles de vida material más elevados de las ciudades fabriles. El hijo de un tejedor del distrito de Heptonstall, que en la década de 1820 era un chiquillo, recordaba que los tejedores «tuvieron sus buenos tiempos». «El humo de la fábrica ... no ensuciaba la atmósfera.»

291

No había sirena alguna que les llamase a las cuatro o a las cinco ... había libertad para empezar y dejar de trabajar cuando quisieran. Por las tardes, mientras trabajaban, en las celebraciones de las escuelas dominicales, los hombres y mujeres jóvenes se unirían con entusiasmo al canto de los himnos, mientras el ritmo musical de las lanzaderas marcaría el tiempo ...

Algunos tejedores obtenían frutas, hortalizas y flores de sus huertos. «Mi trabajo estaba al lado del telar, y cuando no devanaba, mi padre me enseñaba a leer, a escribir y aritmética.» Un niño de la fábrica de Keighley, que a la edad de 18 años había dejado la fábrica por un telar manual, informó a la Comisión Sadler (1832) que prefería «con mucho» el telar a la fábrica: «Estoy más relajado: puedo mirar a mi alrededor y salir y refrescarme un poco.» En Bradford. los tejedores tenían la costumbre de reunirse en el descanso de la comida a mediodía:

³⁹ R. Howard, *op. cit.*, *passim*.

... y charlar con otros tejedores y cardadores sobre las noticias o contar chismes del momento. Algunos de estos grupos pasarían una hora hablando del engorde del cerdo, de la cría de la gallina y de la caza de pájaros y de vez en cuando habría disputas muy acaloradas sobre la gracia redentora, o acerca de si el bautismo de los niños o la inmersión de los adultos era la forma correcta y bíblica de realizarlo. Más de una vez he visto a varios hombres dispuestos a pelear unos contra otros por este ...tema.⁴⁰

Una mezcla única de conservadurismo social, orgullo local y elaboración cultural componía la forma de vida de la comunidad tejedora del Yorkshire o el Lancashire. Estas comunidades eran, en un sentido, ciertamente «atrasadas»; se adherían con igual fuerza a sus tradiciones dialectales y a sus costumbres regionales como a la enorme ignorancia médica y a las supersticiones. Pero cuando más de cerca observamos su modo de vida, más inadecuadas nos parecen las nociones simples de progreso económico y de «atraso». Además, entre los tejedores del norte había verdaderamente un fermento de hombres autodidactas y organizados que habían alcanzado logros considerables. Cada distrito tejedor tenía sus tejedores poetas, biólogos, matemáticos, músicos, geólogos, botánicos: el tejedor viejo de *Mary Barton* está sacado con certeza de la vida real. Hay museos del norte y sociedades de historia natural que todavía poseen relaciones o colecciones de lepidópteros hechas por los tejedores; a la vez que existen relatos sobre tejedores de aldeas aisladas que se enseñaban geometría dibujando con tiza sobre las losas del suelo y que ansiaban discutir sobre cálculo diferencial.⁴¹ En algunos tipos de trabajo sencillo con hilo resistente se podía realmente apoyar un libro en el telar y leer mientras se trabajaba.

292

También existe poesía de los tejedores, alguna de tipo tradicional, otra más sofisticada. Las baladas de «Jone o' Grinfilt» del Lancashire atravesaron un ciclo patriótico a principio de las guerras (con contrabaladas jacobinas) y continuaron durante la época cartista hasta la guerra de Crimea. La más conmovedora es la canción de «Jone o' Grinfilt el joven», al final de las guerras:

Soy un pobre tejedor, como muchos ya sabéis,
No tengo qué comer ni ropa qué vestir,
Todo lo que hay en casa no vale ni seis peniques,
Mis zuecos y mis botas están rotos y voy sin calcetines;
Y que luego te manden a la guerra
A reventar y hacerlo lo mejor que puedas.
El cura de la parroquia hace mucho que nos dice,
Que vendrán días mejores si tengo la lengua quieta.
La he tenido tanto tiempo que no puedo ni respirar,
Tal vez me quiera decir que al final reventaré;

⁴⁰ J. Greenwood, «Reminiscences», *Todmorton Advertiser* (10 de septiembre de 1909); J. Hartiey, «Memorabilia», *Todmorton and District News* (1903); W. Scruton, *op. cit.*, p. 92.

⁴¹ Véase también J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, p. 45; y M. D. George, *op. cit.*, p. 188, para los tejedores de Spitalfields. Esas tradiciones también eran fuertes en el West Country. Norwich y, de forma más señalada, entre los tejedores escoceses. En Spitalfields, los tejedores de seda daban apoyo a sociedades de matemáticas, historia, floricultura, entomología, recitación y música: G. I. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, 1949, p. 26.

Él se lo pasa muy bien, maldiciendo al diablo,
Pero sin dar golpe en su vida.

Llevamos seis semanas y cada día nos parece el último,
Esperando y dando vueltas, y hasta la fecha en ayunas;
Viviríamos de agujas, si se pudiesen tragar.
Las gachas de Waterloo son lo mejor que comimos;
Y a decir verdad, poca gente veo
Que viva mejor que yo-...*

* Aw'm a poor cotton-wayver, as mony a one knaws, / Aw've nowt t'ate i' th' heawse, un' aw've worn eawt my cioas, / Yo'd hardly gie sixpence tur o' aw've got on, / Meh clogs ur' boooth baws'n, un' stockins aw've none; / You'd think it wur hard, to be sent into th'ward / To clem un'do best 'ot yo' con. / Eawr parish-church pa'son's kept tellin'us lung, / We'st see better toimes, if aw'd but howd my tung; i Aw've howden my tung, toll aw con hardly dran breath. / Aw think i' my heart he meons t'clem me to deoth; / Aw know he lives weel, wi'backbitin' the de'il. / Bur he never pick'd o'er in his loife. / Wey tooart on six weeks, thinkin'aich day wur th'last, / Wey tarried un' shifted, til' neaw wey're quite fast; / Wey liv't upo' nenies, whoile nettles were good, / Un' Wayterloo porritch wur' the best o' us food; / Aw'm tellin' yo' true, aw con foind foak enoo. / Thot're livin' na better nur me...

Irrumpen los alguaciles y después de un forcejeo se llevan el mobiliario.

Le he dicho a mi Marget, acostado con ella en el suelo,
«Nunca estaremos peor en este mundo, estoy seguro ...» **

** Aw said to eawr Marget, as wey lien upo' th' floor, / 'Wey ne'er shall be lower i' this wo'ald, aw'm sure...'

Cuando le lleva la pieza al patrono, le dicen a Jone que está en deuda porque por la última pieza le dieron sobrepaga. Sale del almacén desesperado y vuelve con su mujer.

293

Mi Marget dice: si tuviésemos ropa qué ponernos,
Nos iríamos a Londres para ver la gran ciudad;
Y, si una vez allí, las cosas no nos fuesen mejor,
Quién sabe lo que haríamos, luchando hasta el final,
No tenemos nada contra el rey, pero queremos justicia,
Y quién sabe a lo que puedes llegar cuando te hieren.⁴²

El otro tipo de tejedor poeta era el autodidacta. Un ejemplo notable fue Samuel Law, un tejedor de Todmorden, que publicó un poema en 1772 siguiendo el modelo de las *Seasons* de Thomson. El poema tiene poco valor literario, pero revela un conocimiento de Virgilio, Ovidio y Homero (en sus versiones originales), y también conocimientos de biología y astronomía:

Sí, el largo día, y en cada melancólico atardecer,
Meditaba en el telar...
Mientras tanto, tejía la florida y ondeante tela,
Con dedos más fríos que el tímpano de hielo;
Y a menudo, mi entera complexión de hombre,

⁴² J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, 1865, pp. 223-227. («Eawr Marget declares, if hoo'd, if hoo'd clooas to put on, / Hoo'd go up to Lunnon to see the great mon; / Un' if things didno' awter, when theere hoo had been, / Hoo says hoo'd begin, un' feight blood up to th' e'en, / Hoo's nout agen th' king, bur hoo loikes a fair thing, / Un' hoo says hoo acón tell when hoo's hurí.»)

La recorrían oscuros y fríos horrores, y un malestar.⁴³

Otros tejedores poetas posteriores transmiten a menudo poco más que patetismo, los tímidos esfuerzos por emular las formas literarias ajenas (en particular la «poesía de la naturaleza») que poco recoge de la experiencia real de los tejedores. Un tejedor, que de 1820 a 1850 trabajó en un telar manual y luego obtuvo trabajo en una fábrica con telares mecánicos, lamentaba las consecuencias que el cambio había operado en sus versos:

Entonces trabajaba en una habitación pequeña, dominando con la vista el cementerio de Luddenden. Solía salir por los campos y los bosques ... durante las horas de las comidas, y escuchar los sonidos de los pájaros veraniegos, o contemplar las temblorosas aguas del Luddon ... Algunas veces me despertaba de esos ensueños alguna doncella abandonada, enferma de amor, que ... había lanzado los lamentos de su corazón al ingrato viento. Entonces iba a casa y escribía. ... Pero todo esto se acabó; tengo que continuar trabajando en medio del estruendo de la maquinaria.

Es triste que los años de autodidaxia sólo tuviesen como resultado una pátina de tópico. Pero era el logro en sí mismo lo que producía satisfacciones auténticas; como persona joven a finales de la década de 1820, sus observaciones de la naturaleza parecen tener una base mucho más sólida que sus observaciones de doncellas enfermas de amor:

Coleccionaba insectos junto con varios jóvenes del pueblo. Creamos una biblioteca. ... Creo que un compañero y yo ... reunimos 22 grandes cajas de insectos; 120 tipos diferentes de huevos de pájaros británicos; además de una gran cantidad de conchas (de tierra y de agua), fósiles, minerales, monedas antiguas y modernas ...⁴⁴

294

Samuel Bamford hace las veces de puente entre las tradiciones populares de las comunidades del siglo XVIII (que persistieron largo tiempo en el siguiente siglo) y los logros de tipo intelectual con una mayor conciencia de sí mismos que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX. Entre estos dos períodos se dan dos experiencias profundamente transformadoras: la del metodismo y la del radicalismo político.⁴⁵ Pero por lo que se refiere al fermento intelectual, deberíamos recordar también la cantidad de pañeros con pequeños talleres que quedaron reducidos a la categoría de tejedores,⁴⁶ y que trajeron consigo logros educativos y pequeñas bibliotecas.

La expresión más completa de los valores de las comunidades de tejedores pertenece a la historia del movimiento carlista. Una elevada proporción de los

⁴³ *A Domestic Winter-piece ...* de Samuel Law, natural de Barewise, cerca de Todmorden, tejedor del Lancashire (Leeds, 1772). (Yes, the day long, and in each evening gloom, / I meditated in the sounding loom... / Meanwhile, I wove the flow'ry waved web, / With fingers colder than the icy glebe; / And of tentimes. thro' the whole frame of man, / Bleak chilling horrors. and a sickness ran.)

⁴⁴ W. Heaton, *The Old Soldier*. 1857, pp. XXIII, XIX.

⁴⁵ Para el metodismo y los tejedores, véase el capítulo 11, más adelante. Para el radicalismo político de la posguerra, véase más adelante, vol. 2, pp. 233-237.

⁴⁶ John Fielden declaró ante la Comisión Especial de 1835: «Pienso que por lo menos las tres cuartas partes de los fabricantes del vecindario en el que vivo han sido reducidos a la pobreza.»

dirigentes cañistas locales del norte y las Midlands eran trabajadores a domicilio, cuyas experiencias formativas tuvieron lugar en los años que van de 1810 a 1830. Entre ellos se encuentran Benjamin Rushton de Halifax, nacido en 1785 y que en 1832 era ya un «veterano» reformador. O William Ashton, un tejedor de lino de Barnsley nacido en 1806, deportado en 1830 por supuesta complicidad en tumultos sucedidos durante las huelgas, puesto en libertad en 1838 y retornado de Australia gracias a las suscripciones de sus compañeros tejedores, para jugar un papel dirigente en el movimiento carlista y sufrir un nuevo período de encarcelamiento. O Richard Pilling, un tejedor manual que había pasado a los telares mecánicos, y al que se conocía como el «Padre» de los motines de Plug en el Lancashire. O John Skevington, predicador local de los metodistas primitivos, calcetero y dirigente carlista de Loughborough; William Rider, un tejedor de paño de Leeds, y George White, un cardador de lana de Bradford.⁴⁷

295

La trayectoria de estos hombres nos conduciría más allá de los límites de este estudio. Pero el radicalismo de] Lancashire de los años 1816-1820, fue en gran medida un movimiento de tejedores, y la *formación* de estos últimos dirigentes se dio en las comunidades de ese tipo. Lo que aportaron al primer movimiento obrero apenas si se puede valorar en exceso. En la medida que se mantenían los recuerdos de su «época dorada» tenían, al igual que los artesanos de la ciudad, una sensación de posición social perdida, y con ella fomentaban los valores de la independencia. En este sentido, en 1816, proporcionaron un público natural para Cobbett. Aparte de la enojosa cuestión del desfalco de hilo, casi todos los testimonios hablaban en favor de la honradez y la independencia de los tejedores: «tan leales, honrados y dignos de confianza como cualquier cuerpo colectivo entre los súbditos de su Majestad ...».⁴⁸ Pero poseían, en mayor medida que los artesanos de la ciudad, un profundo igualitarismo social. Del mismo modo que su forma de vida, en los mejores años, había sido compartida por la comunidad, los sufrimientos eran los de toda la comunidad; y quedaron tan degradados que no existía clase alguna de trabajadores no cualificados o eventuales que estuviese por debajo de ellos y frente a la cual hubiesen erigido muros protectores de tipo económico y social. Esto confería a su protesta una resonancia moral particular, cuando se expresaba en lenguaje owenita o bíblico; hacían un llamamiento a los derechos fundamentales y a las nociones elementales de solidaridad y de comportamiento humanos, más que a intereses sectoriales. Al pedir mejoras lo hacían como comunidad entera, y las ideas utópicas de volver a crear la sociedad de nuevo, de golpe —las comunidades owenitas, la huelga general universal, el *Land Plan* carlista— se extendieron entre ellos como fuego en un pajar. Pero en esencia el sueño que surgió con formas muy distintas era el mismo: una comunidad

⁴⁷ Para Rushton, véase más adelante, pp. 444-446. Para Ashton, diversas fuentes en la Barnsley Reference Library. Para Pilling, véase *Chartist Trials*, 1843. Para Skevington, véase J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*. 1959, pp. 130-131. Para White Rider, véase Harrison, «Chartism in Leeds», *ibid.*, pp. 70 y siguientes.

⁴⁸ Radcliffe, *op. cit.*, p. 107.

de pequeños productores independientes, que intercambiasen sus productos sin la distorsión de los patronos y los intermediarios. En fecha tan tardía como 1848, un tejedor de lino de Barnsley (un compañero que había sido deportado junto con William Ashton) declaró ante la Convención Cartista Nacional que cuando se ganara la Carta «dividirían la tierra en pequeñas casas de labranza, y darían a todos los hombres la oportunidad de ganar su sustento con el sudor de su frente».⁴⁹

Llegados a este punto deberíamos informarnos con mayor rigor acerca de la situación real de los tejedores en la década de 1830, y de los remedios posibles. Se acostumbra a describir su situación como «sin esperanza», en un oficio «enfermo» u «obsoleto», librando una «batalla perdida» y encaminado a una «decadencia inevitable». Por otra parte, puede afirmarse que hasta finales de la década de 1820 se utilizó el telar mecánico como *una excusa* para desviar la atención de otras causas de su decadencia.⁵⁰ Hasta 1820 es difícil dar una razón fundada para la competencia *directa* entre el telar mecánico y el manual; aunque los telares mecánicos se multiplicaban, se olvida a veces que el consumo de algodón estaba aumentando al mismo tiempo.⁵¹ Algo parecido es cierto para la industria del estambre hasta 1835; y en otras ramas de la lana hasta la década de 1840.⁵² Así, hubo dos fases en el declive de los tejedores manuales. La primera, hasta 1830 o 1835, en la que el telar mecánico fue una causa secundaria que avanzaba con lentitud, aunque en términos psicológicos jugaba un papel más importante (y, en ese sentido, era un mecanismo para reducir los salarios); la segunda, en la que los productos del telar mecánico realmente desplazaron los productos manuales. La mayor reducción de salarios (digamos, de 20s. a 8s.) tuvo lugar en la primera fase.

296

¿Eran inevitables las dos fases? En opinión de la mayor parte de los historiadores parecería que lo fueron, aunque a veces se apunta que los tejedores podrían haber recibido una mayor asistencia o consejo. En opinión de muchísimos contemporáneos

⁴⁹ *Halifax Guardian* (8 de abril de 1848).

⁵⁰ G. H. Wood, *History of Wages in the Cotton Trade*, 1910, p. 112, ofrece salarios medios para los tejedores de algodón que fluctúan desde 18s. 9d. (1797); 21s. (1802); 14s. (1809); 8s. 9d. (1817); 7s. 3d. (1828); 6s. (1832). Estos datos, probablemente, subestiman el declive: en muchos distritos, en la década de 1830, el promedio era verdaderamente de 4s. 6d. En la mayoría de ramas del estambre y la lana, el declive era el mismo, empezando un poco después y cayendo pocas veces con tal lentitud. Quienes prefieran las estadísticas pueden consultar las voluminosas pruebas de los Informes de la Comisión Especial y de los Comisarios Auxiliares; se encuentran útiles cuadros estadísticos en *S.C. on Hand-Loom Weaver's Petitions*, 1834, pp. 432-433. 446; y en J. Fielden, *National Regeneration*, 1834, pp. 27-30.

⁵¹ Estimación de telares mecánicos de algodón en Inglaterra: 1820, 12.150; 1829, 55.000; 1833, 85.000. Estimación del consumo de torzal en libras de peso: 1820, 87.096 millones de libras; 1829, 149.570 millones de libras. Estimación del número de tejedores manuales de algodón en el Reino Unido: 1801, 164.000; 1810, 200.000; 1820, 240.000; 1830, 240.000; 1833, 213.000; 1840, 123.000. Véase N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, pp. 137, 148-149, 207.

⁵² En la parroquia de Halifax, en donde predominaba el estambre, el consumo de lana dio un salto desde los 3.657.000 de libras, en 1830, a los 14.423.000 de libras, en 1850. Durante el mismo período, los telares mecánicos para estambre pasaron, de ser algunos cientos, a ser 4.000. En el sector del estambre de Bradford, la proporción de telares mecánicos respecto de telares manuales, en 1836, era todavía de 3.000 a 14.000, más o menos.

—incluyendo a los tejedores y a sus representantes— no lo eran. A la primera fase del declive contribuyeron una docena de factores, que comprendían las consecuencias generales de la década deflacionaria de la posguerra; pero las causas subyacentes serían, al parecer: primero, el deterioro tanto de la tradición como de la protección de las *trade unions*; segundo, el hecho de que los tejedores estuviesen expuestos a las peores formas de recorte de salarios; tercero, la sobresaturación del oficio por parte de los desempleados para quienes se había convertido en «el último refugio de los fracasados». Un fabricante de Bolton definía la causa eficiente de forma sucinta:

297

... Opino que desde el mismo principio de la fabricación de muselinas en Bolton, el oficio de tejer ha estado sujeto a reducciones arbitrarias que empezaron a un ritmo muy rápido. Se suponía que la remuneración del trabajo encontraría un nivel adecuado; pero ya desde el principio, cualquier fabricante ha podido ofrecer un ejemplo de reducción de salarios; y sé de cierto, que cuando no podían obtener por las mercancías un precio como el que pensaban que debían obtener, inmediatamente empezaban a reducir los salarios de los tejedores.

Pero al mismo tiempo, en Bolton, en 1834 —que fue un buen año— «no hay tejedores sin empleo; no hay peligro de que alguien esté sin empleo en esta época».⁵³

La intervención del Estado tuvo una influencia directa en la desintegración de la tradición y el sindicalismo. Ésta fue «inevitable» sólo si aceptamos la ideología dominante y el tono contrarrevolucionario de esos años. Los tejedores y sus defensores oponían a esta ideología un análisis contrario y políticas contrarias, que se centraban en la demanda de un salario mínimo regulado que se impusiera desde comisiones del oficio compuestas por fabricantes y tejedores. Daban una negativa directa a los sermones de «la oferta y la demanda». A la pregunta de por qué no se debía dejar que los salarios encontrasen su propio «nivel», un tejedor de seda de Manchester respondió que entre «lo que se llamaba capital y trabajo» no había semejanza alguna:

En cuanto al capital, puedo afirmar que no es otra cosa que la acumulación de los productos del trabajo. ... Siempre llevan el trabajo al mercado quienes no tienen nada más que guardar o que vender y que, por lo tanto, deben desprenderse de él inmediatamente. ... ¿Puedo embotellar el trabajo que ... podría realizar esta semana, si, a imitación del capitalista, me niego a desprenderme de él ... porque me ofrecen un precio inadecuado por él? ¿Puedo conservarlo en salmuera? ... Estas dos distinciones entre la naturaleza del trabajo y del capital (a saber, que el trabajo siempre lo venden los pobres y siempre lo compran los ricos, y que el trabajo no se puede almacenar de ningún modo, sino que se debe vender o perder en cada momento), son suficientes para convencerme de que el trabajo y el capital jamás pueden, en justicia, estar sujetos a las mismas leyes ...⁵⁴

Los tejedores veían con claridad, declaraba Richard Oastler, que «*el capital y la propiedad están protegidos y su trabajo se deja a la suerte*». El testimonio de Oastler

⁵³ *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 381 (4901). p. 408 (5217).

⁵⁴ *Ibid.*, 1835, p. 188 (2686).

ante la Comisión Especial, al ser asediado a preguntas por uno de los partidarios de la «economía política», pone de manifiesto los puntos de vista alternativos acerca de la responsabilidad social:

298

[*Oastler.*] Se debería reducir el tiempo de trabajo, y ... el Gobierno debería crear una comisión ... escogida por los patronos y los trabajadores ... que decidiera la cuestión de cómo se deben regularlos salarios. ¹

P. ¿Pondría usted fin a la libertad de trabajo?

R. Pondría fin a la libertad para el asesinato, y a la libertad de emplear trabajadores más allá de su fuerza; pondría fin a todo aquello que impide que el trabajador pobre se gane bien la vida con un trabajo justo y razonable; y le pondría fin, porque destruye la vida humana.

P. ¿Tendría el resultado deseado?

R. Estoy seguro de que el resultado actual del trabajo libre es la pobreza, el dolor y la muerte. ...

P. Suponga que tuviera que aumentar el precio de forma muy considerable, y ¿podría dejar de exportar mercancías?

R. Podemos consumirlas en el país.

P. No consumirían tantas, ¿no es cierto?

R. El triple y mucho más, porque los trabajadores estarían mejor pagados y ellos las consumirían. Los capitalistas no consumen las mercancías, y ahí está la gran equivocación ... Si los salarios fueran más elevados, el trabajador podría vestirse ... y alimentarse ... y aquellos trabajadores son, después de todo, los grandes consumidores de la producción agrícola e industrial, y no el capitalista, porque un gran capitalista, por muy rico que sea, sólo viste un abrigo cada vez, a lo sumo, en verdad rara vez viste dos abrigos a la vez; pero 1.000 obreros que pudiesen comprar mil abrigos, mientras que ahora no pueden comprar ni uno. aumentarían sin duda el comercio ...

Por lo que se refiere a las *commission-houses* o «mataderos», Oastler abogaba por la intervención legislativa directa;

Jamás hacéis una ley en esta Cámara que no limite la libertad; hacéis leyes para impedir a la gente que robe, esto es una limitación de una libertad del hombre; y hacéis leyes para impedir que los hombres asesinen, esto es una limitación de una libertad del hombre ... Y yo debería afirmar que esos trabajadores de los mataderos no deben hacer lo mismo ...

Los capitalistas «parecen ser seres de un orden privilegiado, pero nunca supe por qué lo eran». ⁵⁵

«Ahí está la gran equivocación»: los tejedores que tejían telas, mientras ellos mismos vestían harapos, eran educados a la fuerza en el error corruptor de la economía política ortodoxa. Antes de que se diera la competencia del telar mecánico —y mientras todavía aumentaban numéricamente— los tejedores del Lancashire ya cantaban su triste

«Lamento»:

299

⁵⁵ *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 283-288.

Cap. 9. Los tejedores

Vosotros caballeros y hombres de negocios, que os enseñoreáis por doquier a voluntad,
Dignaos mirar a esa pobre gente; es suficiente para haceros llorar;
Dignaos mirar a esa pobre gente, cuando cabalgáis arriba y abajo,
Creo que hay un Dios por encima de todos que rebajará vuestro orgullo.

Coro: Vosotros tiranos de Inglaterra, quizá vuestra estirpe desaparezca pronto,
Quizá se os pidan cuentas de todo lo que habéis hecho de forma abusiva.

Bajáis nuestros salarios, da vergüenza contarlo;
Vais a los mercados y decís que no podéis vender;
Y cuando os preguntamos cuándo se arreglarán los malos tiempos,
Nos respondéis con rapidez, «Cuando se acaben las guerras».*

* You gentlemen and tradesmen, that ride about at will, / Look down on these poor people; it's enough to make you crill, / Look down on these poor people, as you ride up and down. / I think there is a God above will bring your pride quite down. / *Chorus:* You tyrants of England, your race may soon be run. / You may be brought into account for what you've sorely done / You pull down our wages, shamefully to tell; / You go into the markets, and say you cannot sell; / And when that we do ask you when these bad times will mend, / You quickly give an answer, 'When the wars are at an end'.

Los vestidos de los hijos de los tejedores son harapos, mientras «los vuestros visten tan monos como micos de feria»;

Los domingos vais a la iglesia, estoy seguro que no es otra cosa que arrogancia.
No puede haber religión donde la humanidad se deja de lado;
Si el lugar del cielo va a ser como el de la Bolsa,
Nuestras pobres almas no deben acercarse allí, sino vagar como oveja perdida. Vuestras mesas están cubiertas de los más exquisitos manjares,
Con buena cerveza y coñac fuerte, para que vuestros rostros se pongan colorados;
Invitáis a una serie de visitas —lo cual constituye todo vuestro placer—
Y conspiráis juntando vuestras cabezas para que nuestros rostros palidezcan.

Decís que *Bonyparty* ha sido la ruina total,
Y que tenemos motivo para rezar por su derrota;
Ahora *Bonyparty* está muerto y ha desaparecido, y se ha visto claramente
Que nuestros mayores tiranos son nuestros propios *Boneys*.⁵⁶

A su ira y a sus sufrimientos se añadía la transparencia de su explotación: nada del sistema que llevaba tropas a Peterloo o permitía a sus patronos erigir grandes mansiones en los distritos manufactureros les parecía «natural» o «inevitable».

Los historiadores que dan por sentado que la regulación de los salarios era «imposible» no se han molestado en presentar un ejemplo que pudiese ser contestado. Las propuestas de John Fielden de un salario mínimo estudiado en cada distrito por comisiones del oficio no eran más «imposible» que el proyecto de ley de las 10 horas

⁵⁶ J. Harland. *op. cit.*, pp. 259-261. (You go to church on Sunday, I'm sure it's nought but pride, / There can be no religion where humanity's thrown aside; / If there be a place in heaven, as there is in the Exchange, / Our poor souls must not come near there; like lost sheep they must range. / With the choicest of strong dainties your tables overspread, / With good ale and strong brandy, to make your faces red; / You call'd a set of visitors —it is your whole delight— / And you lay your heads together to make our faces white. / You say that Bonyparty he's been the spoil of all. / And that we have got reason to pray for his downfall; / Now Bonyparty's dead and gone, and it is plainly shown / That we have bigger tyrants in Boneys of our own.)

que sólo se ganó después de tres décadas de agitación intensiva y frente a una oposición igual. Fielden tenía a su favor no sólo a los tejedores, sino a muchos de los patronos que deseaban poner límite a los menos escrupulosos y a los «mataderos». La dificultad residía no (como ha señalado el profesor Smelser) en el «sistema de valores dominante en la época», sino en la fuerte oposición de una minoría de patronos y en el carácter del Parlamento (al cual elogia el profesor Smelser por su éxito en «manejar» y «canalizar» los «injustificados síntomas de alboroto» de los tejedores).⁵⁷

300

En 1834 la Cámara nombró una Comisión Especial presidida por un comprensivo fabricante de Paisley, John Maxwell. Él y John Fielden (que era miembro de la Comisión) aseguraron que estuviese provista de testigos comprensivos. La Comisión, aunque expresando una profunda preocupación por la situación de los tejedores, no llegó a ninguna recomendación firme en 1834; pero en 1835, después de recoger pruebas adicionales, se pronunció con un inequívoco informe en favor de la propuesta de ley sobre el salario mínimo de Fielden: «el resultado de la medida sería quitarles a los patronos que pagan peor, el poder que tienen en la actualidad de regular los salarios». Era imprescindible hacer una prueba de la aplicación de esta medida, y «se demostrará al menos, que el Parlamento se ha compadecido de su dolor, y ha prestado oídos a sus súplicas de ayuda».

En cuanto a la opinión de que el Parlamento no puede y no debe intervenir en casos de esta naturaleza, Vuestra Comisión se opone decididamente. Por e) contrario, cuando el bienestar y la felicidad de cualquier número considerable de súbditos británicos está en juego, Vuestra Comisión cree que el Parlamento no debería perder un momento para informarse y, si es posible, poner en marcha el remedio.

Vuestra Comisión, por lo tanto, sugiere que se presente inmediatamente un proyecto de ley de la naturaleza del que proponía el señor Fielden ...⁵⁸

Siguiendo estas recomendaciones, John Maxwell presentó realmente un proyecto de ley el 28 de julio de 1835. La fuerza de la oposición se expresó en un discurso de Poulett Thomson: «¿Era posible que el Gobierno del país fijara una tarifa para los salarios? ¿Era posible que el trabajo del hombre no debiera ser libre?»

301

Una medida como aquella constituiría «un acto de tiranía». El doctor Bowring y Edward Baines (del *Leeds Mercury*) aconsejaban a los tejedores que se ayudasen a sí mismos haciendo que sus hijos aprendieran otros oficios. El *Hansard* consideró que John Fielden era «inaudible». Se rechazó el proyecto de ley por 41 votos contra 129. Propuesto de nuevo por Maxwell en 1836, su segunda lectura fue pospuesta repetidas veces y finalmente abandonada. Vuelto a presentar en mayo de 1837 por Maxwell en una moción por la suspensión, se negó el permiso de presentar una propuesta de ley

⁵⁷ Véase N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 247. Para hacer justicia al profesor Smelser, debería añadirse que su libro, aunque profundamente insensible en sus argumentos generales, contiene algunas valiosas ideas sobre el efecto de los cambios tecnológicos en las relaciones familiares de los obreros del algodón.

⁵⁸ S. C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1835, p. xv. He citado esta parte del Informe con el fin de corregir las informaciones incorrectas que hay en Smelser. *op. cit.*, pp. 263-264, y Clapham, *op. cit.*, I. p. 552.

por 39 votos contra 82. En las garras de una legislatura del *laissez-faire*, los fabricantes de Paisley y Todmorden (muchos de cuyos miembros estaban al borde del hambre) siguieron luchando. John Fielden propuso presentar un nuevo proyecto de ley el 21 de diciembre de 1837; rechazado por 11 votos a 73. Pero entonces Fielden se mantuvo firme e hizo saber que se opondría a cualquier proyecto de ley referente a dinero hasta que la Cámara hiciese algo. Esta vez fue «audible». Se nombró una Comisión Real, que estaba firmemente controlada por aquel *decano* de la «economía política» ortodoxa, Nassau Sénior, y se inició otra etapa de «manejo y canalización». En 1838, los comisarios auxiliares recorrieron los distritos afectados, prevenidos por Sénior de que deberían «combatir muchas teorías predilectas, y puede defraudar esperanzas imprecisas o exageradas, pero abrigadas durante mucho tiempo». Por muy humanos e inteligentes que, en algunos casos, fueran esos hombres que investigaron minuciosamente las condiciones de los tejedores, eran, sin embargo, ideólogos del *laissez faire*. Sus informes —y el informe final de la Comisión— se publicaron en 1839 y 1840. El árido informe del comisario auxiliar para el West Riding indica que —a menos que fuera para el uso de futuros historiadores sociales— no había necesidad alguna de encargarse de su trabajo: «La conclusión general que me he esforzado por establecer es que es labor de la legislación acabar con todas las restricciones que afectan a la acumulación de capital, y aumentar de ese modo la *demanda* de trabajo; pero en cuanto a la oferta del mismo no tiene por qué intervenir». Pero éste era ya su punto de partida. «Ni el poder del Zar de Rusia», se decía,

pudo aumentar los salarios de los trabajadores en una situación similar ... lo único que queda por hacer, por lo tanto, es instruir a los tejedores manuales respecto de su situación real, aconsejarles que abandonen el oficio y que se guarden de dirigir a sus hijos hacia él, del mismo modo que se guardarían de cometer los crímenes más atroces.⁵⁹

302

Todo este «manejar y canalizar» tuvo por lo menos dos resultados: convirtió a los tejedores en carlistas partidarios inveterados de la «fuerza física», e hizo que hubiese, sólo en el algodón, 100.000 tejedores menos en 1840 que en 1830. Sin duda alguna, la propuesta de ley de Fielden sólo hubiese sido parcialmente eficaz, sólo hubiese proporcionado un ligero alivio a medida que la competencia del telar mecánico aumentaba en la década de 1830, y podría haber trasladado el aumento del empleo a tiempo parcial hacia alguna otra industria. Pero debemos ser escrupulosos en cuanto a las palabras: el «ligero alivio» en la década de 1830 podría haber sido la diferencia entre la muerte y la supervivencia. «Pienso que ha habido ya una demora demasiado larga —dijo Oastler ante la Comisión Especial de 1834—, creo que la demora ocasionada en este problema ha enviado a muchos cientos de operarios británicos a sus tumbas.» De los 100.000 tejedores que perdió el Lancashire en aquella década, es probable que sólo una minoría encontrara otros empleos: una parte de la mayoría

⁵⁹ *Journals of House of Commons y Hansard, passim; Reports of Hand-Loom Weavers' Commissioners, 1840, Parte 111, p. 590, A. Briggs, Chartist Studies, pp. 8-9.*

murieron dentro de su plazo natural, mientras que la otra parte simplemente «murieron» prematuramente.⁶⁰ (A algunos de ellos los debieron mantener sus hijos que habían entrado a trabajar en las fábricas.) Pero fue en 1834 cuando la misma legislatura que se había considerado incapaz de ofrecerles cualquier medida de apoyo golpeó directa y activamente sus condiciones de vida mediante la propuesta de enmienda a la *Poor Law*. La beneficencia —que era el recurso de muchas comunidades, a veces en una escala del tipo de «Speenhamland»— fue (por lo menos en teoría) reemplazada por las «Bastillas»* a partir de los últimos años de la década de 1830. El resultado fue verdaderamente catastrófico. Si el profesor Smelser analizase el «sistema de valores dominante» de los tejedores, descubriría que les disgustaba *lodo* tipo de subsidio para los pobres, pero para el asilo malthusiano los valores de la independencia y del matrimonio eran un tabú absoluto. La nueva *Poor Law* no sólo le negó la ayuda al tejedor y a su familia, y le *mantuvo* en el oficio hasta el fin, sino que en realidad condujo a otros —como a algunos de los irlandeses pobres— al seno del oficio. «No puedo contemplar este estado de cosas sin perder la paciencia», dijo un tejedor de muselinas de Bolton a la Comisión de 1834:

* En inglés, sinónimo de cárcel. Eran los nuevos asilos para los pobres. (*N. de la t.*)

Mi situación es la siguiente: en este momento, dentro de un año cumpliré 60 años, y calculo que en el lapso de ocho años me habré convertido en un pobre. Me es imposible, por mucho que me esfuerce, ganar un chelín más; y cuando tengo salud necesito todos mis esfuerzos para mantener el alma y el cuerpo juntos. ... Hablo con sentimiento sobre este tema, como lo haría cualquier hombre en las mismas circunstancias; veo el presente proyecto de enmienda de la *Poor Law* como un sistema de coerción sobre el pobre, y que dentro de muy poco tiempo estaré bajo su terrible actuación. No he merecido esto. Soy un hombre leal, con un gran cariño por las instituciones de mi país, y soy un amante de mi país. «Inglaterra, con todos tus defectos, y sin embargo, te amo», es el lenguaje de mi alma ...⁶¹

303

En estos distritos tejedores como Ashton (donde el párroco carlista, Joseph Raynor Stephens, bacía discursos insurreccionales), Todmorden (donde Fielden desafió abiertamente la ley), Huddersfield y Bradford la resistencia a la *Poor Law* fue violenta, prolongada e intensa.

Pero cuando se inició la segunda fase del declive de los tejedores, es decir, la competición plena con los telares mecánicos, ¿qué soluciones había? «Es difícil decir qué decreto —escribió Clapham— que no fuesen pensiones del Estado para los tejedores, la prohibición del telar mecánico, o la prohibición del adiestramiento en el tejido con telar mecánico, hubiese tenido la más mínima utilidad.»⁶² Éstas no se

⁶⁰ Véase el diario de W. Varlcy, un tejedor, en W. Bennett, *History of Burnley*, Burnley, 1948, III, pp. 379-389; (febrero, 1827): «el mal y la enfermedad imperan por todas partes, y es normal que así sea. (helor) y el hambre y el duro trabajo a que están sometidos los pobres. la viruela y el sarampión se llevan a los niños a razón de dos o tres por casa.»

⁶¹ *Loc. cit.*, 1834. pp. 456-460.

⁶² Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.

encontraban entre las peticiones de los mismos tejedores, aunque ellos protestaban contra:

... el uso sin restricción (o, más bien, el abuso) de maquinaria mejorada y perfeccionada continuamente ...

... el descuido en cuanto a proporcionar empleo y manutención de los irlandeses pobres, que se ven obligados a invadir el mercado de trabajo inglés en busca de un pedazo de pan.

... La adaptación de las máquinas, en cada uno de sus perfeccionamiento, a los *niños*, los *jóvenes* y las *mujeres*, lo cual supone la expulsión de quienes deberían trabajar: LOS HOMBRES.⁶³

La respuesta de los tejedores a la maquinaria fue, como indican estas resoluciones, más perspicaz de lo que se supone a menudo. Rara vez tuvo lugar la destrucción directa de telares mecánicos excepto cuando su introducción coincidía con una desgracia extrema y el desempleo (West Houghton, 1812; Bradford, 1826). Desde finales de la década de 1820, los tejedores hicieron tres propuestas constantes:

Primero, proponían un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las condiciones de la competencia, parte del cual se podría destinar a la ayuda de los tejedores. No se debe olvidar que el tejedor manual no sólo estaba él mismo gravado por los impuestos para asistir a los pobres, sino que pagaba una pesada carga en impuestos indirectos: «El telar mecánico les ha quitado el trabajo; su pan está gravado; su malta está gravada; su azúcar, su jabón y casi todas las cosas que usan y consumen están gravadas. Pero el telar mecánico no paga impuesto alguno ... », así rezaba una carta de los tejedores de paños de Leeds, en 1835.⁶⁴

304

Quando tratamos los detalles de los asuntos financieros, a veces olvidamos las disparatadas y explotadoras bases del sistema impositivo posterior a las guerras, así como su función redistributiva, de los pobres hacia los ricos. Entre otros artículos gravados con impuestos se encontraban los ladrillos, el lúpulo, el vinagre, las ventanas, el papel, los perros, el sebo, las naranjas (que eran un artículo de lujo para los niños pobres). En 1832, de unos ingresos de 50 millones de libras, recaudados en su mayor parte mediante los impuestos indirectos sobre artículos de consumo corriente, se gastaron más de 28 millones de libras esterlinas en la Deuda Nacional y 13 millones de libras en el ejército, en contraste con las 356.000 libras gastadas en servicios civiles y las 217.000 libras en la policía. Un testigo dio el siguiente resumen de los impuestos que probablemente recaían cada año sobre el trabajador, ante la Comisión Especial en 1834:

N.º 1. Impuesto sobre la malta, 4 libras lis. 3d. N.º 2. Sobre el azúcar, 17s. 4d. N.º 3. Té o café, 1 libra 4s. N.º 4. Sobre el jabón, 13s. N.º 5. Sobre la vivienda, 12s. N.º 6. Sobre los víveres, 3 libras. N.º 7. Sobre los vestidos, 10s. Total de los impuestos que pesan sobre el trabajador anualmente, 11 libras 7s. 7d. Suponiendo que un trabajador gana al

⁶³ *Report and Resolutions of a Meeting of Deputies from the Hand-Loom Worsted Weavers residing in and near Bradford, Leeds, Halifax, &c., 1835.*

⁶⁴ *Leeds Times* (25 de abril de 1835).

día 1s. 6d., y calculando que trabaja 300 días al año (cosa que muchos trabajadores hacen), el ingreso será de 22 libras 10s.; así, se reconocerá que por lo menos se le extrae, 100 por 100, o la mitad de sus ingresos mediante los impuestos ... porque haga lo que haga, comer, beber o dormir paga impuestos de un modo u otro.⁶⁵

El resumen abarca artículos que pocos tejedores podían comprar, incluyendo, demasiado a menudo, el mismo pan:

Tejedor que tienes el pan tasado, todos pueden ver
En qué te ha beneficiado este impuesto,
Y tus hijos, con un destino infame,
Cantando himnos por un vergonzoso mendrugo de pan,
Hasta que las piedras de todas las calles
Conozcan sus pequeños pies desnudos.*

* Bread-tax'd weaver, all can see / What that tax hath done for thee, / And thy children, vilely led, / Singing hymns for shameful bread, / Till the stones of every Street / Know their little naked feet.

así reza una de las «*Com Law Rhymes*» de Ebenezer Elliott.⁶⁶

No es sorprendente que los ataques de Cobbett a los inversores en deuda pública encontrasen una buena acogida, y que Feargus O'Connor se ganara en primer lugar el aplauso de los que llevan «chaquetas de fustán y barbas sin afeitar» del norte, pulsando la misma nota: «Pensáis que no pagáis nada, cuando, en realidad, todo lo pagáis vosotros. Sois vosotros quienes pagáis seis u ocho millones en impuestos para mantener el ejército; ¿y, para qué? para mantener los impuestos ...».⁶⁷ Ciertamente, no parece más «imposible» poner un impuesto sobre los telares mecánicos que sobre las ventanas, las naranjas o los ladrillos.

305

Las otras dos propuestas eran relativas a la limitación de horas de trabajo en las fábricas que tenían telares mecánicos, y al empleo de tejedores masculinos adultos en los telares mecánicos. La primera de ellas constituyó -un poderoso influjo que condujo a muchos tejedores de telares manuales a apoyar la agitación en favor de las diez horas. Sobre este tema se creó una difícil situación, desde la década de 1830 hasta la actualidad, con la acusación hecha a los hombres de «refugiarse en las faldas de las mujeres» o de utilizar la situación de los niños como pretexto para su propia demanda de una jornada laboral más corta. Pero, de hecho, los operarios y los tejedores declararon abiertamente su objetivo. En su modelo alternativo de economía política se hallaba intrínseco el hecho de que una jornada laboral de menos horas en la fábrica aligeraría el trabajo de los niños, permitiría hacer una jornada de trabajo más corta a los obreros adultos y extendería el trabajo disponible de manera más amplia entre los trabajadores manuales y los desempleados. En el segundo caso, mientras que el hilado con *mule* estaba en general reservado a los obreros, el telar mecánico estaba atendido más a menudo por mujeres o jóvenes. Y aquí debemos observar con más detención

⁶⁵ S. C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 293 y siguientes. El testigo, R. M. Martin, fue autor de *Taxation of the British Empire*, 1833.

⁶⁶ E. Elliott, *The Splendid Village, &c.*, T834, I, p. 72.

⁶⁷ *Halifax Guardian* (8 de octubre de 1836).

las razones de los tejedores para oponerse al sistema fabril.

«Razón» no es la palabra apropiada, ya que el conflicto se da entre dos modos o formas de vida distintos desde el punto de vista cultural. Hemos visto que incluso antes de la aparición del telar mecánico, a los tejedores de lana les disgustaban las fábricas con telares manuales. En primer lugar, se resentían por la disciplina: la campana o la sirena de la fábrica; el cronometraje que hacía caso omiso de la mala salud, la organización doméstica o la elección de ocupaciones más variadas. William Child, un oficial tejedor que fue castigado por sus actividades con «la Tradición» de 1806, se negó a entrar en una fábrica con telares manuales debido a sus reparos a «estar obligado a ir con exactitud a tal hora y tal minuto, y al mal comportamiento que allí se tema ...»:

Cuando un trabajador auxiliar trabajaba en casa podía hacer el trabajo en sus ratos libres; aquí debes llegar a la hora: la campana suena a las cinco y inedia, y luego de nuevo a las seis, luego se daban diez minutos para que la puerta estuviera abierta; cuando expiraba el minuto undécimo, se cerraba la puerta ante cualquiera, ya fuese hombre, mujer o niño; tienes que esperar ahí en la puerta o volver a casa hasta las ocho.⁶⁸

306

En la «época dorada» una queja frecuente de los patronos había sido que los tejedores celebraban «San Lunes» —y algunas veces hacían fiesta los martes— acabando el trabajo los viernes y los sábados por la noche. Según la tradición, los primeros días de la semana el telar iba al ritmo lento de «Tiempo-de-sobra. Tiempo-de-sobra».* Pero durante el fin de semana el telar repiqueteaba, «Queda un día. Queda un día».** Sólo una minoría de tejedores del siglo XIX habrían tenido una vida tan variada como el tejedor pequeño propietario cuyo diario, en la década de 1780, le describe tejiendo en los días húmedos y faenando —acarreando, cavando y drenando, segando, batiendo mantequilla— en los días de buen tiempo.⁶⁹ Pero debió de existir variedad de algún tipo, hasta en los peores tiempos: aves de corral, algunos huertos, las «vigilias» o las fiestas e incluso un día de caza con perros:

* Plen-ty of time. Plen-ty of time.

** A day t'lat. A day t'lat.

Venga, todos vosotros tejedores de algodón, debéis levantaros muy temprano.

Porque tenéis que trabajar en las fábricas desde la mañana hasta la noche:

No podéis ir dos o tres horas al día a vuestros huertos,

Porque tenéis que estar a sus órdenes, y mantener sus lanzaderas en movimiento.⁷⁰

«Estar a sus órdenes», esta era la afrenta que más profundamente se resentía. Porque, en el fondo, el tejedor sentía que era el verdadero *hacedor* de la tela (y sus padres recordaban la época en que el algodón o la lana se hilaban también en casa). Hubo un tiempo en que se creyó que las fábricas serían una especie de asilos para los niños

⁶⁸ *Commiltee on the Woolen Trade*, 1806, p. 111 *et passim*.

⁶⁹ T. W. Hanson, «Diary of a Grandfather». *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916.

⁷⁰ J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (So, come all you cotton-weavers, you must rise up very soon, / For you must work in factories from morning until noon: / You mustn't walk in your garden for two or three hours a-day, / For you must stand at their command, and keep your shuttles in play.)

pobres; e incluso cuando desapareció este prejuicio, entrar en la fábrica suponía descender, en cuanto a posición social, desde la del trabajador con interés propio, por muy pobre que fuese, a la del empleado o «mano de obra».

Además, se resentían por los efectos del sistema fabril sobre las relaciones familiares. El tejido había ofrecido un empleo a toda la familia, incluso cuando el hilado se había alejado del hogar. Los niños pequeños devanando las bobinas, los muchachos más mayores vigilando las imperfecciones, repasando la tela o ayudando a tirar la lanzadera en el telar ancho; los adolescentes trabajando en un segundo o tercer telar; la esposa alternando el tejido con sus tareas domésticas. La familia estaba junta, y por muy pobres que fuesen las comidas, al menos se podían sentar juntos en momentos escogidos. Alrededor de los talleres de tejido se había desarrollado un modelo completo de vida familiar y comunitaria; el trabajo no impedía conversar y cantar. Las hilanderías —que sólo daban empleo a sus hijos— y más adelante las naves de telares mecánicos, que en general sólo empleaban a las esposas o a los adolescentes, fueron resistidas hasta que la pobreza derribó todas las defensas. Aquellos lugares se consideraban «inmorales»: lugares de licencia sexual, lenguaje soez, crueldad, accidentes violentos y costumbres extrañas.⁷¹ Los testigos ante la Comisión Especial destacaban ahora una objeción y después otra:

307

... a nadie le gustaría trabajar en un telar mecánico, no les gusta, hay tal martilleo y estruendo que podría volver locos a algunos hombres; y además, tendría que estar sujeto a una disciplina que ningún tejedor de telar manual estaría dispuesto a aceptar jamás.

... todas las personas que trabajan en el telar mecánico lo hacen a la fuerza, porque no pueden vivir de otra forma; en general son personas que han tenido aflicciones familiares y cuyos negocios han fracasado ... tienen tendencia a ir como pequeñas colonias a colonizar las fábricas ...

Un testigo de Manchester, que había perdido un hijo en un accidente en la fábrica, declaró:

He tenido siete hijos, pero si tuviera 77 nunca mandaría a uno de ellos a una hilandería.

... Uno de los reparos que tengo contra ellas es que su moralidad está muy corrupta. ...

Tienen que estar en las fábricas desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, por consiguiente no tienen medios de instrucción ... no se les da buen ejemplo ...

«Por mi parte estoy resuelto a que si inventan máquinas para sustituir el trabajo manual, deban encontrar muchachos de acero para atenderlas.»⁷²

Por último, tenemos todas estas objeciones, no tomándolas por separado, sino tomándolas como indicadores del «sistema de valores» de la comunidad. Este sería un material verdaderamente valioso para un estudio de sociología histórica; puesto que,

⁷¹ Véase la declaración de los tejedores de Manchester (1823): «Los males de la vida fabril son incalculables. ... Allí se mezcla la juventud, ignorante y sin control, de ambos sexos ... sin ningún tipo de vigilancia de los padres. ... Confinados en un calor artificial en perjuicio de su salud. ... El espíritu expuesto a la corrupción, y la vida y los miembros expuestos a la Maquinaria ... consumiendo una juventud en la que los 40 años de edad equivalen a los 60 en constitución física ...» (Hammond, *The Town Labourer*. p. 300).

⁷² *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*. 1834, p. 428 (5473), p. 440 (5618); p. 189 (2643-6).

en la Inglaterra de la década de 1830, tenemos una «sociedad plural», con comunidades de fábrica, de tejedores y agrícolas que se influyen unas a otras, con diferentes tradiciones, normas y expectativas. La historia de los años que van desde 1815 a 1840 es, en parte, la historia de la confluencia de las dos primeras en una agitación política común (radicalismo, reforma de 1832, owenismo, campaña en favor de las 10 horas, carlismo); mientras que la última etapa del carlismo es, en parte, la historia de su frágil coexistencia y su disociación final. En las grandes ciudades como Manchester o Leeds en donde los tejedores manuales compartían muchas de las tradiciones de los artesanos, se casaban entre ellos y pronto enviaron a sus hijos a las fábricas, estas distinciones eran menos marcadas. En los pueblos de tejedores de las tierras altas, las comunidades tenían un sentido de clan mucho más fuerte; despreciaban a la «gente de la ciudad», todos ellos hechos de «desperdicios y mendrugos hervidos». ⁷³ Durante años, en áreas como Saddleworth, Clitheroe, la zona alta del valle del Calder los tejedores de las aldeas de las laderas se mantuvieron alejados de las fábricas situadas en el fondo de los valles, adiestrando a sus hijos para que ocupasen sus lugares en el telar.

308

Verdaderamente, luego, hacia la década de 1830, podemos empezar a hablar de una ocupación «condenada», que en parte estaba autocondenada por su propio conservadurismo social. Pero incluso en los lugares en que los tejedores aceptaban su destino, el consejo de la Comisión Real de «abandonar el oficio» a menudo no venía al caso. Los niños podían encontrar un puesto de trabajo en las fábricas, o las hijas crecieras empezar a trabajar en el telar mecánico:

Si entráis en un taller de tejido, en el que hay tres o cuatro pares de telares,
 Todos están desocupados, son estorbos en las habitaciones;
 Y si preguntáis la razón, la vieja madre os dirá sencillamente,
 Mis hijas los han abandonado, y se han ido a tejer con vapor.⁷⁴

Pero esto no siempre era posible. En muchas fábricas, los hilanderos o la mano de obra existentes tenían prioridad para sus propios hijos. Donde eso tenía lugar, a la vergüenza de los tejedores se añadía su dependencia respecto de su esposa y sus hijos, la forzosa y humillante inversión de los papeles tradicionales.

Hay que recordar la falta de equilibrio entre trabajo juvenil y adulto en el primer sistema fabril. A principios de la década de 1830, entre una tercera parte y una mitad de la mano de obra (para todo tipo de trabajo) de las hilanderías tenía menos de 21 años. En el estambre, la proporción de mano de obra juvenil era bastante más elevada. De los adultos, bastante más de la mitad eran mujeres. El doctor Ure hacía una estimación de una mano de obra adulta en todas las fábricas textiles del Reino Unido,

⁷³ Edwin Waugh, *Lancashire Sketches*, 1869, p. 128.

⁷⁴ J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (If you go into a loom-shop. where there's three or four pairs of looms, / They all are standing empty, encumbrances of the rooms; / And if you ask the reason why, the old mother will tell you plain, / My daughters have foresaken them, and gone to weave by steam.)

a partir de los informes de los inspectores de fábrica en 1834, de 191.671, de los cuales 102.812 eran mujeres y solamente 88.859 eran hombres.⁷⁵ El modelo de empleo masculino está bastante claro:

309

En las fábricas de los algodoneros del Lancashire, los salarios de los hombres en el grupo de edad en que hay el mayor número de empleados —de los 11 a los 16 años— son de una media de 4s. 10 ³/₄d. a la semana; pero en el siguiente grupo de edad de 5 años, de los 16 a los 21, el promedio aumenta a 10s. 2Vzd. por semana; y por supuesto, el fabricante tendrá tan pocos como pueda a ese precio. ... En el siguiente grupo de edad de 5 años, de 21 a 26, el promedio de salarios semanales son 17s. 2 ¹/₂d. Aquí hay un motivo todavía más fuerte para no seguir empleando hombres en la medida que ello sea posible. En los dos grupos de edad subsiguientes el promedio salarial todavía aumenta más, hasta 20s. 4 ¹/₂d, y 22s. 8 ¹/₂d. En este nivel salarial sólo se empleará a aquellos hombres que son necesarios para realizar un trabajo que requiera una gran fuerza física, o una gran cualificación en algún arte, oficio o misterio ... o personas empleadas en cargos de confianza.⁷⁶

Debemos señalar dos aspectos evidentes, pero importantes, acerca de este modelo de empleo. El primero —que ya lo hemos apuntado en relación a los oficios «deshonrosos»— es que no podemos separar de manera artificial en nuestras mentes los salarios «buenos» de las fábricas, de los salarios malos de las industrias «anticuadas». En un sistema que se basa en la discontinuidad del empleo de los varones adultos «en la medida que ello sea posible», el salario del obrero fabril cualificado y el salario del obrero no cualificado desplazado de la fábrica a los 16 o los 21 años se debe inscribir en las dos caras de la misma moneda. En realidad, en las industrias textiles laneras, los trabajadores jóvenes desplazados de las fábricas a veces se veían obligados, antes de cumplir los 20 años, a volver al telar manual. El segundo punto es que el tejedor de telar manual, varón y adulto, incluso cuando las privaciones vencían sus prejuicios, tenía pocas oportunidades más que el trabajador agrícola de encontrar empleo en una fábrica. Pocas veces se adaptaba al trabajo de la fábrica. No tenía ni una «gran fuerza física» ni cualificación en cualquier oficio de la fábrica. Uno de los patronos mejor dispuestos, John Fielden, recordaba respecto del año 1835:

Semanalmente acudían a mí multitud de tejedores de telar manual que se hallaban en una situación tan apremiante como para verse obligados a buscar un trabajo como aquel, y tanto a mí como a mis compañeros nos causaba un gran dolor estar ... obligados a negarles el trabajo a la mayoría de los que lo pedían.⁷⁷

En los oficios artesanos del Lancashire, a principios de la década de 1830, los salarios eran razonablemente elevados: entre los fundidores de hierro, los mecánicos, los zapateros, los sastres y los trabajadores de la construcción cualificados oscilaban entre

⁷⁵ A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, p. 481; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, pp. 619-620; James, *Continuaron of the History of Bradford*, 1866, p. 227. Los informes subestiman, a menudo, la mano de obra juvenil.

⁷⁶ Ure, *op. cit.*, p. 474.

⁷⁷ J. Fielden. *The Curse of the Factory System*, 1836, p. 68.

15s. y 25s. (y en las industrias mecánicas eran todavía más altos). Pero esos sueldos se habían alcanzado sólo gracias a la fuerza de la organización, uno de cuyos objetivos era mantener alejados de la fábrica a los despedidos jóvenes y a los tejedores de telar manual. Si el tejedor hubiese podido cambiar de ocupación hacia otro oficio *artesano* —o hubiera podido colocar a sus hijos de aprendices—, el conservadurismo social no lo hubiese impedido. Había un cierto prejuicio comprensible contra el trabajo no cualificado, era considerado como una pérdida definitiva de categoría:

310

Pero dejaré este oficio, y trabajaré con una azada.

O iré a picar piedra a la carretera ...*

* But aw'll give o'er this trade, un work wi' a spade. / Or goo un' break stone upo' th' road ...

declara «Jone o' Grinfilt» en el punto álgido de sus tribulaciones.

Pero incluso aquí había dificultades. El tejedor de seda de Manchester que expuso los elementos de una teoría obrera del valor a la Cámara de los Comunes había fracasado en su intento de obtener trabajo como mozo de cuerda (con unos salarios de 14s. a 15s.). La constitución física de los tejedores pocas veces era apta para realizar trabajos pesados no cualificados (los salarios de los peones de albañil y los «paleadores» eran de 10s. o 12s.), y competían con los jornaleros irlandeses que eran más fuertes y estaban dispuestos a trabajar por menos dinero.⁷⁸ Y mientras que los tejedores de las grandes ciudades encontraban sin duda trabajos sueltos mal pagados muy variados, el tejedor rural de mediana edad no podía trasladar su casa y su familia:

El cambio tuvo un efecto terrible en los espíritus de algunos tejedores viejos de telar manual ... Vimos a un viejo tejedor de Pudsey con lágrimas en los ojos mientras ... contaba las buenas cualidades de su telar. Sí, estaba sujeto como debe estar un telar, y se balanceaba de un lado a otro como un telar debe hacerlo, la lanzadera volvía con facilidad y hacía su trabajo sin trabas y admitía cualquier cantidad de trama. Cuando el telar llegó desde uno de los mejores talleres de construcción de telares de Inglaterra ... todos los vecinos vinieron a verlo, lo admiraron y lo codiciaron. Pero ahora durante algún tiempo tanto este telar como otro ... han enmudecido y están cubiertos de polvo y de telarañas ...⁷⁹

La historia de los tejedores de telar manual afecta en multitud de aspectos a la cuestión general de los niveles de vida durante la Revolución industrial. En sus primeras etapas parece proporcionar pruebas al lado «optimista»: las hilanderías son los multiplicadores que atraen a miles de trabajadores a domicilio y aumentan su nivel de vida. Pero a medida que su nivel de vida aumenta, su posición social y sus defensas disminuyen; y desde 1800 a 1840 el balance es casi absolutamente «pesimista». Si vamos a enjuiciar los niveles de vida de esos años, no en términos «futuristas», sino en los términos de las generaciones vivas que los experimentaron, entonces debemos ver a los tejedores como un grupo que no sólo no «compartió los beneficios» del progreso económico, sino que sufrió una decadencia drástica. Puesto que las textiles

⁷⁸ Los salarios que aquí se apuntan son los que dio como promedio la Cámara de Comercio de Manchester en 1832: véase *First Annual Report P.L.C.*, 1836, p. 331, y *British Almanac*, 1834, pp. 31-61.

⁷⁹ J. Lawson, *Progress in Pudsey*. pp. 89-90.

fueron las principales industrias de la Revolución industrial, y puesto que había muchos más adultos involucrados en las ramas del tejido que en las del hilado, esta parecería ser una forma tan válida de describir la experiencia de esos años como cualquier otra. La historia tradicional, quizá debido a cuestiones de estilo dramático, fija su atención sobre el multiplicador (la *mule*, la fábrica y el vapor); nosotros hemos observado a la gente que se multiplicó.

311

Los «optimistas» reconocen, por supuesto, la situación de los tejedores; en todos los relatos hay alguna salvedad, que exceptúa a «unos pocos y reducidos grupos de población especialmente infelices, como los tejedores de telar manual», «un pequeño grupo en una comunidad que florece», o «bolsas de desempleo tecnológico».⁸⁰ Pero como muy bien sabía Clapham, los tejedores no se pueden describir de ningún modo como un «pequeño» grupo antes de los últimos años de la década de 1840. Los tejedores eran, y probablemente lo habían sido durante algunos cientos de años, el mayor grupo singular de trabajadores industriales de Inglaterra. Fueron los labradores de nuestras principales industrias. En algún momento entre 1820 y 1840 llegaron a ser los terceros en las listas de ocupación, después de los jornaleros agrícolas y los criados domésticos, y sobrepasando con mucho cualquier otro grupo industrial. «Nunca se hizo un censo de ellos [por ejemplo, de telares en el Reino Unido]; pero no pudieron ser menos de 500.000 y debieron ser muchos más.»⁸¹ Las estimaciones para el Reino Unido, incluyendo los telares de algodón, lana, seda, hilo, lino, así como las ramas especializadas como el tejido de cintas (pero excluyendo a los tejedores de punto), se elevaban algunas veces hasta 740.000. Pero en muchas familias habría dos, tres y cuatro telares. La estimación de la Comisión Especial de 1834-1835 de que de 800.000 a 840.000 personas eran completamente dependientes del telar debe ser lo más exacto que podemos obtener.

El persistente mito de la libertad en una ideología anticuada permite que no hacer nada y dejar que las fuerzas económicas «naturales» inflijan daño a una parte de la comunidad constituya una justificación completa para una legislatura. El telar mecánico proporcionó una excusa de oro tanto al Estado como a los patronos. Pero, del mismo modo, podríamos considerar la historia de los tejedores como la expresión de la situación sumamente anormal que existía durante la Revolución industrial. En la historia de los tejedores tenemos un caso paradigmático de la actuación de un sistema represivo y explotador sobre un grupo de trabajadores sin las defensas de las *trade unions*. El gobierno no sólo intervino contra sus organizaciones políticas y sus *trade unions*, también impuso a los tejedores el dogma negativo de la libertad del capital de forma tan intransigente como lo iba a hacer sobre las víctimas del hambre irlandesa.

312

⁸⁰ Clapham, *Economic History*, I, p. 565; F. A. Hayek en *Capitalism and the Historians*, p. 28; R. M. Hartwell, «The Rising Standard of Living in England, 1800-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.^a serie, XIII (abril 1961).

⁸¹ Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.

Hoy en día todavía está presente el fantasma de este dogma. El profesor Ashton lamenta quedos factores financieros retrasaran la inversión en telares mecánicos:

A veces se sugiere que los «males» de la Revolución industrial se debieron a la rapidez con que aquélla se produjo: el caso de los trabajadores textiles a domicilio indica exactamente lo contrario. Si en el tejido hubiese habido un hombre como Arkwright, si los tipos de interés se hubiesen mantenido bajos, si no hubiese habido inmigraciones ni subsidios con la *Poor Law*, la transferencia a la fábrica se hubiese realizado con rapidez y con menos sufrimiento. Tal y como se produjo, grandes cantidades de trabajadores manuales siguieron, durante más de una generación, librando una batalla perdida contra la energía del vapor.⁸²

Pero, como hemos visto, para los patronos de los telares mecánicos no era una «batalla», sino una gran ventaja tener una fuerza de trabajo barata adicional, como recurso en los buenos tiempos y como medio de mantener bajos los salarios de las mujeres y las chicas (de 8s. a 12s. en Manchester, en 1832) que atendían los telares. Además, apenas había «transferencia hacia la fábrica». Si la introducción del telar mecánico hubiese sido más rápida, sus consecuencias —siendo todo lo demás igual— habrían sido incluso más catastróficas.

Algunos historiadores de la economía parecen no estar dispuestos (quizá debido a un «progresismo» encubierto, que iguala el progreso humano con el crecimiento económico) a afrontar el hecho evidente de que la innovación tecnológica durante la Revolución industrial, hasta la época del ferrocarril, desplazó (excepto en las industrias del metal) al obrero cualificado adulto. Los obreros desplazados de ese modo pasaban a engrosar la provisión ilimitada de mano de obra barata que se empleaba en los penosos trabajos de pura fuerza humana muscular, que eran tan pródigos en la época. Había poca mecanización o ninguna en las minas, en los muelles, las ladrillerías, las fábricas de gas, la construcción, en la construcción de canales y tendidos de-ferrocarril, en el acarreamiento y el porteo. El carbón todavía se subía a hombros por las largas escaleras de las bodegas de los barcos.

313

En Birmingham todavía se podían alquilar hombres, en la década de 1830, por s. al día para acarrear arena en carretillas nueve millas por carretera y nueve millas de vuelta sin carga. La disparidad de salarios de un mecánico (de 26s. a 30s.) o un carpintero (24s.) y el paleador (de 10 a 15s.) o el tejedor (digamos 8s.) en 1832 es tal que no podemos dejar que la explique sólo el conservadurismo social. Indica que los trabajos cualificados son los excepcionales, y que las condiciones en el trabajo manual no cualificado o en las industrias domésticas, lejos de ser «especialmente infelices» eran características de un sistema diseñado por los patronos, los legisladores y los ideólogos para abaratar el trabajo humano de todas las formas posibles. Y el hecho de que el tejido llegara a estar sobresaturado en un momento en que las circunstancias eran de rápido declive es una confirmación elocuente. En las industrias domésticas, escribió Marx, era donde la explotación era más «desvergonzada», «porque en esos

⁸² T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, p. 117.

últimos reductos de las masas que se han vuelto “superfluos” debido a la industria y la agricultura modernas, la competencia por el trabajo alcanza sus máximas cotas». ⁸³

Por supuesto, hay un argumento «futurista» que merece atención. De hecho, es un argumento que muchos obreros, que vivieron hasta llegar a tiempos mejores, aceptaron. Uno de esos obreros comentaba, a pesar de haber sufrido plenamente la transición:

...los tejedores del telar mecánico no tienen que comprarse los telares y una *jenny* que hile para ellos; o las bobinas, frascos y canastos; o pagar renta e impuestos para establecerse; tampoco tienen que pagar velas, o gas y carbón para iluminar y calentar el taller. No tienen que pagar las reparaciones, por el desgaste ... no tienen que comprar lanzaderas, recogedores, aparadores, mostradores, guiahilos, estacas, mallas y cuerdas. ... No tienen que atarse a los pedales y bancos ... ni deben vendar su muñeca para reforzarla. ... No tienen que ir a buscar hilazas ni preparar el urdido, reforzar los orillos, aprestar, sacar los tejidos a secar, estirarlos en el tendedero, sacarlos, humedecerlos y teñirlos; ni, además de todo, tendrían que seleccionar la lana, limpiarla y teñirla y *hacerlo todo a cambio de nada*. ⁸⁴

Si contemplamos el trabajo de los tejedores de telar manual bajo esta perspectiva, éste era verdaderamente penoso y obsoleto, y cualquier transición, por muy llena de sufrimiento que estuviese, estaría justificada. Pero este es un argumento que desestima el sufrimiento de una generación a cuenta de las ganancias del futuro. Para quienes sufrieron, este consuelo retrospectivo no sirve de nada.

⁸³ *El capital*, edición de 1938, p. 465. (Hay trad. cast. en OME, 40 (1976), 41 (1970). 42 (1980), Crítica. Barcelona.)

⁸⁴ J. Lawson. *op. cit.*, p. 91.

Capítulo 10. NIVELES DE VIDA Y EXPERIENCIAS

I. LOS BIENES

La controversia que se refiere a los niveles de vida durante la Revolución industrial posiblemente ha adquirido mayor valor cuando ha abandonado la búsqueda, un tanto irreal, de los niveles salariales de unos hipotéticos obreros medios y ha dirigido su atención hacia los artículos de consumo: alimentos, vestidos, vivienda, y, además de éstos, salud y mortalidad. Muchos de los aspectos expuestos a debate son complejos, y todo lo que aquí se puede intentar ofrecer son observaciones acerca de una discusión que continúa. Cuando tomamos en consideración cantidades mensurables, parece claro que entre los años 1790 y 1840 el producto nacional aumentaba con mayor rapidez que la población. Pero es extremadamente difícil establecer cómo se distribuía este producto. Incluso en el caso de que dejemos otras consideraciones de lado (¿Qué parte de este aumento salía fuera debido a la desfavorable relación real de intercambio? ¿Qué parte se dirigía a inversiones de capital, más que a artículos de consumo?), no es fácil descubrir qué parte de este aumento iba a los diferentes sectores de la población.

El debate acerca de la dieta de la población durante la Revolución industrial versa principalmente sobre cereales, carne, patatas, cerveza, azúcar y té. Es probable que el consumo *per cápita* de trigo disminuyese, desde los niveles de los últimos años del siglo XVIII, durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX. El señor Salaman, el historiador de la patata, ha ofrecido un convincente relato, punto por punto, de la «batalla de la hogaza», mediante la cual los terratenientes, los labradores acomodados, los párrocos, los fabricantes y el gobierno mismo intentaron hacer pasar a los jornaleros de una dieta de trigo a una de patatas. El año crítico fue 1795. Después, la necesidad del tiempo de guerra reemplazó los argumentos referentes a los beneficios de reducir a los pobres a una dieta básica barata. El aumento del área cultivada de patatas durante las guerras no se puede atribuir sólo a la escasez de trigo: «había alguna deficiencia, pero la división desigual entre las diferentes clases de la sociedad, que era resultado de los precios excesivos, fue un factor mucho más poderoso ...» La gran mayoría de la población inglesa, incluso en el norte, había pasado, hacia 1790, de los cereales más bastos al trigo; y el pan blanco se consideraba celosamente como un símbolo de su posición social. El jornalero rural del sur se negaba a dejar su dieta de pan y queso, incluso cuando se encontraba al borde de la inanición; y durante casi cincuenta años tuvo lugar una guerra dietética regular entre las clases, con las patatas invadiendo el terreno del pan en el sur, y con la harina de avena y las patatas invadiendo en el norte. En realidad, el señor Salaman descubre en la patata un

estabilizador social más eficaz incluso que el que Halévy encontró en el metodismo:

315

... el consumo de la patata ... permitió, de hecho, que los obreros sobrevivieran con el mínimo salario posible. Es probable que, de este modo, la patata prolongara y fomentara el empobrecimiento y la degradación de las masas inglesas, durante otro centenar de años; pero seguramente, la alternativa no era otra que la revolución sangrienta. El hecho de que Inglaterra escapase a tal trastorno violento, en las primeras décadas del siglo XIX, ... se debe anotar, en gran medida, en el haber de la patata.¹

Hoy en día, los expertos en nutrición nos informan de que la patata está llena de virtudes, y verdaderamente, siempre que los niveles de vida subieron de forma suficiente para que la patata fuese un artículo añadido que proporcionaba variedad a la dieta, ello fue un logro. Pero la sustitución del pan o la harina de avena por las patatas se vivió como una degradación. Los inmigrantes irlandeses con su dieta de patatas (Ebezener Elliott les llamaba «hordas irlandesas alimentadas de raíces») constituían un testimonio elocuente, y muchísimos ingleses estaban de acuerdo con Cobbett acerca de que los pobres eran víctimas de una conspiración para reducirlos al nivel de los irlandeses. Durante toda la Revolución industrial, el precio del pan (y de la harina de avena) fue el índice principal del nivel de vida, en opinión de la población. Cuando, en 1815, se aprobaron las *Corn Laws*, las tropas tuvieron que defender las cámaras del Parlamento de los ataques de la población. Entre las pancartas que había en Peterloo, destacaban las que decían: «NO A LAS *CORNLAWS*», y las cosas siguieron como estaban (especialmente en el Lancashire) hasta la agitación de la década de 1840 contra las *Corn Laws*.

La carne, como el trigo, acarreaba sentimientos de posición social muy por encima de su valor dietético. El cordero asado de la Vieja Inglaterra era el orgullo del artesano y la aspiración del jornalero. Una vez más, el consumo *per cápita* disminuyó probablemente entre 1790 y 1840, pero las cifras están en discusión. La discusión gira en torno al número y al peso de las reses sacrificadas en los mataderos de Londres. Pero incluso en el caso de que estas cifras estén establecidas, no podemos todavía estar seguros respecto de qué sectores de la población consumían la carne y en qué proporciones. Verdaderamente, la carne sería un indicador sensible de los niveles de vida, puesto que era uno de los primeros artículos en los que se debe haber gastado cualquier aumento de los salarios reales. Los trabajadores estacionales no planificaban meticulosamente su consumo sobre 52 comidas de domingo; más bien, gastaban el dinero cuando tenían trabajo y durante el resto del año tomaban lo que la fortuna les deparaba. «En los largos y hermosos días de verano», le contaron a Henry Mayhew,

316

la hija pequeña de un obrero de una ladrillería solía encargarle al carnicero chuletas y otros manjares selectos, diciendo, «Por favor, señor, a mi padre no le importa el precio, ahora mismo; pero quiere unas buenas chuletas, señor, y tiernas, por favor ... porque es

¹ R. N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, 1949. en especial las pp. 480. 495, 506, 541-542. J. C. Drummond y A. Wilbraham, los historiadores de *The Englishman's Food*, 1939, también consideran que este es un período de declive.

ladrillero.» En invierno la cosa era como sigue, «Oh, por favor, señor, aquí tiene una monedita de cuatro peniques, y debe darme algo barato para mi padre. No le importa qué trozo sea mientras sea barato. Estamos en invierno y no tiene trabajo, señor, porque es ladrillero.»²

Los londinenses tendían a tener unos niveles de expectativas mayores que los jornaleros de provincias. En el punto más bajo de la depresión de 1812, un observador tuvo la impresión de que a los pobres de Londres les iba mejor que a los del norte y el oeste:

Los Pobres de la Metrópoli, a pesar del enorme precio de los productos de primera necesidad, viven en realidad, comparativamente, de manera confortable. El peón más humilde aquí consigue carne (carne comestible) con frecuencia, y siempre consigue pan y queso, con algún tipo de cerveza, para sus comidas, en cambio un campesino del West Country no puede conseguir esta comida para su familia.³

Por supuesto, había una variedad de «carnes» inferiores en venta: arenques ahumados, arenques salados, pies de vaca, pies de oveja, orejas de cerdo, albóndigas, callos y morcillas. Los tejedores rurales del Lancashire despreciaban la comida de la ciudad, y preferían (la carne de animales muertos a cuchillo —una frase que sugiere, a la vez, la supervivencia de su propia economía de la cría directa del cerdo y la sospecha de que la carne de la ciudad no estaba en buenas condiciones—; si se veían obligados a comer en la ciudad, «cada bocado se tragaba en medio de dolorosas especulaciones en torno a qué debía ser el cuadrúpedo cuando estaba vivo y sobre qué razón particular había tenido para morir».⁴ Para los habitantes de la ciudad, no era algo nuevo estar expuestos a los alimentos impuros o adulterados; pero a medida que la proporción de los trabajadores urbanos aumentaba, la exposición devenía peor.⁵

317

No hay duda de que el consumo *per cápita* de cerveza disminuyó entre 1800 y 1830, y tampoco hay duda de que el consumo *per cápita* de té y de azúcar aumentó; mientras que entre 1820 y 1840 se produjo un notable aumento en el consumo de ginebra y whisky. Una vez más, esta es una cuestión tanto cultural como dietética. La cerveza se consideraba —por parte de los jornaleros agrícolas, los descargadores de carbón, los mineros— como algo fundamental para realizar cualquier tarea pesada (para «restituir el sudor»), y en algunas zonas del norte la cerveza era sinónimo de «bebida». La fabricación casera de cerveza de poca calidad era tan esencial para la economía doméstica que «si una mujer joven sabe cocer tortas de avena y hacer buena cerveza, se considera que será una buena esposa»; mientras que «algunos jefes de clase metodista dicen que no podrían dirigir sus clases sin darles una jarra de bebida»⁶ La disminución se atribuyó de manera directa al impuesto de la malta; un impuesto tan

² Mayhew. *op. cit.*, n, p. 368.

³ *Examiner* (16 de agosto de 1812).

⁴ E. Waught, *Lancashire Sketches*, pp. 128-129.

⁵ Véase J. Burnct, «History of Food Adulteration in Great Britain in the Nineteenth Century», *Bulletin of Inst. of Historical Research* (1959). pp. 104-107.

⁶ J. Lawson, *op. cit.*, pp. 8, 10.

impopular que algunos contemporáneos lo consideraban como una incitación a la revolución. Abolida el impuesto de la malta, argumentaba un magistrado eclesiástico en 1816, y el obrero:

irá alegremente a su trabajo diario, y lo hará con energía viril y satisfacción, y sentirá apego por su casa, su familia y, por *encima de todo*, su país, que le permite compartir, junto con sus superiores, esa sencilla y saludable bebida, a lo cual aspira un pobre, más, por supuesto, que a cualquier otra cosa que le pueda conceder un Parlamento Británico.⁷

El impuesto adicional sobre la cerveza fuerte condujo a una extensa evasión fiscal, y los «despachos clandestinos» proliferaron, como aquel en el que casi asesinaron a Samuel Bamford como sospechoso de ser un recaudador del *excise*, hasta que uno de los bebedores lo reconoció como un radical *bona fide* «en activo».

Sin duda, los impuestos tuvieron como resultado reducir la producción casera de cerveza y el consumo casero de ésta y, del mismo modo, hicieron que la bebida fuese cada vez menos una parte de la dieta normal y más una actividad externa a la casa. (En 1830 se revocó el impuesto sobre la cerveza fuerte y se aprobó la *Beer Act*, y en 5 años aparecieron 35.000 cervecerías, como si de setas se tratase.) El aumento en el consumo de té se dio, en parte, como reemplazo de la cerveza y, quizá también, de la leche; y una vez más, muchos contemporáneos —con Cobbett a la cabeza— vieron en ello pruebas de deterioro. El té se consideraba un sustituto y, junto con el mayor consumo de alcohol, como un indicador de la necesidad de estimulantes debido a las excesivas horas de trabajo con una dieta inadecuada. Pero hacia 1830 el té se juzgaba como algo indispensable: las familias que eran demasiado pobres para comprarlo, pedían a los vecinos las hojas de té utilizadas, o incluso imitaban su color echando agua hirviendo sobre una corteza de pan tostado.⁸

318

En resumen, es un recuerdo común. En 50 años de la Revolución industrial, la participación de la clase obrera en el producto nacional casi había disminuido en relación con la participación en el mismo de las clases propietarias y profesionales. El obrero «medio» permanecía muy cerca del nivel de subsistencia en un momento en que se hallaba rodeado por la evidencia del crecimiento de la riqueza nacional, gran parte de la cual era claramente el producto de su propio trabajo, y pasaba, por medios igualmente claros, a manos de sus patronos. En términos psicológicos, esto se sentía en gran medida como una disminución de los niveles de vida. Su propia parte de los «beneficios del progreso económico» consistía en más patatas, unas pocas prendas de vestir de algodón para su familia, jabón y velas, un poco de té y azúcar, y un buen número de artículos que constan en la *Economic History Review*.

⁷ *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 95.

⁸ Para tener una indicación de los puntos que aquí se discuten, véanse los artículos sobre el nivel de vida de los autores T. S. Ashton, R. M. Hartwell, E. Hobsbawm y I. Taylor citados con anterioridad.

II. LOS HOGARES

Los datos referentes al entorno urbano no son mucho más fáciles de interpretar. A finales del siglo XVIII había jornaleros agrícolas que vivían con sus familias en casuchas de una sola habitación, húmedas y por debajo del nivel del suelo: 50 años más tarde esas condiciones eran menos frecuentes. A pesar de todo lo que se pueda decir acerca de la construcción no planificada de mala calidad y de la especulación que se desarrolló en las ciudades industriales en crecimiento, las casas propiamente dichas eran mejores que aquellas a las que estaban acostumbrados muchos de los inmigrantes del campo. Pero a medida que las ciudades industriales envejecían, los problemas de suministro de agua, saneamiento, superpoblamiento y de la utilización de las viviendas para actividades industriales se multiplicaron hasta llegar a las espantosas condiciones que revelaron las investigaciones sobre vivienda y condiciones sanitarias realizadas en la década de 1840. Es cierto que las condiciones en los pueblos rurales o las pequeñas aldeas de tejedores pudieron ser tan malas como las de Presten o Leeds. Pero la magnitud del problema era verdaderamente peor en las grandes ciudades, y la multiplicación de las malas condiciones facilitaba la propagación de las epidemias.

319

Además, las condiciones en las grandes ciudades eran —y se vivían como tales— más enérgicamente ofensivas y molestas. El agua de la aldea, si nacía cerca del cementerio, muy bien podía ser impura: pero al menos los aldeanos no tenían que levantarse por la noche y hacer cola para tener un turno en la única cañería que abastecía varias calles, ni tenían que pagar por ello. A menudo, el habitante de la ciudad industrial no podía escapar al hedor de los residuos industriales y las cloacas abiertas, y sus hijos jugaban por entre los desperdicios y los muldares privados. Después de todo, algunos de los testimonios continúan existiendo hoy en día en el paisaje industrial del norte y de las Midlands.

Hoy, este deterioro del entorno urbano nos disgusta, como disgustó a muchos contemporáneos, por ser una de las consecuencias más desastrosas de la Revolución industrial, tanto si se considera en términos estéticos, en términos de comodidades para la comunidad o en términos de sanidad y densidad de población. Además, esto ocurrió de manera más acentuada en algunas de las áreas de salarios altos, en las que los datos «optimistas» relativos a la mejora de los niveles de vida están mejor fundamentados. El sentido común nos aconsejaría tomar en consideración los dos tipos de datos a la vez; pero, en realidad, se han dado diversos argumentos como atenuantes. Se han encontrado ejemplos de propietarios modelo de fábricas que se preocupaban por las condiciones de vivienda de sus empleados. Esto nos puede conducir a pensar mejor acerca de la naturaleza humana, pero no hace otra cosa que tocar el problema general de refilón, al igual que los admirables hospitales de caridad afectaban probablemente los índices de mortalidad sólo en una décima. Además, la

mayor parte de los experimentos serios de comunidades modelo (aparte de New Lanark) datan de después de 1840; o de después de que la opinión pública se despertase con las investigaciones sobre las Condiciones Sanitarias de las Clases Trabajadoras (1842) y la Higiene de las Ciudades (1844), y fuera alertada por las epidemias de cólera de los años 1831 y 1848. Los experimentos de este tipo anteriores a 1840, como el de los Ashworths en Turton, tuvieron lugar en poblaciones fabriles autosuficientes.

También se sugiere que el empeoramiento de las condiciones se puede dispensar de algún modo porque no era culpa de nadie, y menos de los «capitalistas». No se puede encontrar a ningún bribón que responda al nombre de «Jerry».*

* Abreviación de *jerry-builder*. Un *jerry-builder* es un especulador cuyo negocio consiste en construir casas con materiales de mala calidad. (*N. de la t.*)

Algunas de las peores construcciones fueron emprendidas por intermediarios con pequeños negocios, negociantes especuladores de poca monta o incluso obreros de la construcción que trabajaban por cuenta propia. Un investigador de Sheffield situaba la culpa entre el propietario de la tierra, el pequeño capitalista (que ofrecía préstamos a elevadas tasas de interés), y el pequeño constructor especulativo «que sólo podía disponer de unos pocos cientos de libras», y algunos de los cuales «en realidad, no pueden ni siquiera escribir sus nombres».⁹

320

Los precios se mantenían altos debido a los impuestos sobre la madera del Báltico, los ladrillos, las baldosas y las pizarras; y el profesor Ashton puede disculpar completamente a todos los acusados: «sin ningún género de dudas quienes tuvieron la culpa no fueron la máquina, ni la Revolución industrial, ni siquiera el albañil especulador o el carpintero».¹⁰ Todo esto puede ser cierto: de todos es sabido que la vivienda de la clase obrera proporciona ejemplos del proverbio según el cual todas las pulgas tienen «pulgas menores que les piquen». En la década de 1820, cuando muchos tejedores de Lancashire hicieron una huelga de alquileres, se dijo que algunos propietarios de *cottages* se vieron arrojados a subsistir de los impuestos para ayudar a los pobres. En los barrios pobres de las grandes ciudades, se citaba a los taberneros y los tenderos con pequeños establecimientos entre los propietarios de los peores «rediles» o madrigueras humanas, hechos de mortero que se desmoronaba. Pero nada de eso mitiga ni pizca las condiciones reales; ni puede, la discusión sobre la correcta asignación de responsabilidades, disculpar un proceso por el cual algunos hombres estuvieron en condiciones de vivir a costa de las necesidades de otros.

Una observación más valiosa es la que subraya en qué medida, en algunas ciudades más antiguas, las mejoras del pavimento, alumbrado, alcantarillado y limpieza de los barrios pobres se pueden situar en el siglo XVIII. Pero en el ejemplo de Londres, que a menudo se cita, no está de ningún modo claro si las mejoras que se hicieron en el centro de la *City* se extendieron al East End y a los distritos portuarios, o hasta qué

⁹ G. C. Holland, *The Vital Statistics of Sheffield*. 1843. pp. 56-58.

¹⁰ *Capitalism and the Historians*, pp. 43-51.

punto se mantuvieron durante las guerras. De suerte que el reformador sanitario, doctor Southwood Smith, daba la siguiente información de Londres en 1839:

Mientras que se han hecho esfuerzos sistemáticos, a gran escala, para ensanchar las calles ... para extender y perfeccionar el desagüe y el alcantarillado ... en los lugares donde residen las clases más ricas, hada en absoluto se ha hecho por mejorar la situación de los distritos que habitan los pobres.¹¹

Las condiciones en el East End eran tan nocivas que los doctores y los funcionarios de las parroquias arriesgaban sus vidas en el curso de la realización de sus deberes. Además, como señalaron los Hammond, donde se encontraban las peores condiciones era en las ciudades *boom* de la Revolución industrial: «lo que sufrió Londres (durante la revolución comercial) lo sufrió el Lancashire a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX». ¹² Casi con seguridad, Sheffield, una ciudad antigua y comparativamente próspera con una elevada proporción de artesanos cualificados, vio una mejora en las condiciones de vivienda —a pesar de los *jerry-builders*— durante la primera mitad del siglo XIX, con un promedio, en 1840, de cinco personas por vivienda, la mayoría de las cuales eran artesanos que alquilaban un *cottage* familiar para ellos solos, que tenía una sala y dos dormitorios. Las pruebas más atroces de deterioro —densa superpoblación, viviendas en sótanos, suciedad indescriptible— se encuentran en los distritos textiles y en las ciudades que más expuestas estaban a la inmigración irlandesa: Liverpool, Manchester, Leeds, Preston, Bolton, Bradford.¹³

321

Por último, se indica con pesada repetición que los barrios pobres, los ríos fétidos, el polipio de la naturaleza y los horrores arquitectónicos pueden perdonarse porque todo ocurrió de forma tan rápida y tan fortuita, bajo una intensa presión demográfica, sin premeditación y sin experiencia previa. «La causa de la miseria fue más a menudo la ignorancia que la avaricia.»¹⁴ De hecho, ambas cosas se pueden demostrar, y no está de ningún modo claro que una característica sea más benigna que la otra. El argumento es válido sólo hasta cierto punto; hasta el punto en que, en la mayor parte de las grandes ciudades, en las décadas de 1830 o 1840, doctores y reformadores sanitarios, benthamitas y cartistas, libraron repetidas batallas en favor de la mejora y contra la inercia de los que detentaban la propiedad y la demagogia de los contribuyentes del «gobierno barato». Hacia esta época los obreros estaban virtualmente segregados en sus hediondos enclaves, y las clases medias mostraron su auténtico parecer respecto de las ciudades industriales, yéndose tan lejos de ellas como el transporte ecuestre las hiciese accesibles. Incluso en Sheffield, ciudad

¹¹ *Fifth Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1938, p. 170. Véase también el *Fourth Report*, 1838, Apéndice A, N.º 1.

¹² Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 2; *England in Transition*. Penguin, p. 72; Hammond, *The Town Labourer*, cap. 3 y prefacio a la segunda edición; doctor R. Willan, «Observations on Disease in London», *Medical and Physical Journal* (1800), p. 299.

¹³ G. C. Holland, *op. cit.*, p. 46 *et passim*. En la obra de J. F. C. Harrison, *Learning and Livings*, 1961, pp. 7-20, se encuentra una excelente descripción del entorno urbano de los obreros de Leeds a mediados de siglo.

¹⁴ R. M. Hartwell. *op. cit.*, p. 413.

comparativamente bien construida: «Todas las clases, excepto la de los artesanos y los tenderos necesitados, se sienten atraídas por las comodidades y el retiro del campo. El abogado, el fabricante, el abacero, el pañero, el zapatero y el sastre fijan sus residencias principales en algún lugar hermoso ...» De los 66 abogados que había en Sheffield en 1841, 41 vivían en el campo, y 10 de los 25 restantes eran recién llegados a la ciudad. Los pobres, en sus patios interiores y sótanos vivían,

... ocultos a la vista de las categorías más altas, por las moles de los almacenes, las fábricas, los depósitos y los locales industriales, y son menos conocidos para sus acaudalados vecinos —que viven principalmente en los espacios abiertos de Cheetham, Broughton y Chorlton— que los habitantes de Nueva Zelanda o Kamchatka.

322

«Los ricos pierden de vista a los pobres, o sólo los reconocen cuando su atención se ve obligada a constatar su existencia, debido a su aparición como vagabundos, mendigos o delincuentes.» «Hemos perfeccionado el proverbio “Medio mundo ignora cómo vive la otra mitad”, cambiándolo por “Medio mundo *no se preocupa* de cómo vive la otra mitad”. Ardwick sabe menos acerca de Ancoats que acerca de China ...»¹⁵

Ciertamente, el índice de crecimiento demográfico sin precedentes y la concentración en las áreas industriales hubiesen creado problemas importantes en cualquier sociedad conocida, y sobre todo en una sociedad cuya racionalidad se hallaba en la búsqueda del beneficio y en la hostilidad hacia la planificación. Deberíamos contemplar éstos como los problemas del industrialismo, agravados por los ataques de rapiña del capitalismo del *laissez faire*. Pero, por muy definidos que estén los problemas, las definiciones no son más que diferentes formas de describir o interpretar los mismos hechos. Y ninguna visión general de los núcleos industriales puede pasar por alto la evidencia de la devastación visual y la privación de comodidades. Al fin y al cabo, el siglo que reedificó Bath no estaba desprovisto de sensibilidad estética ni ignoraba la responsabilidad cívica. Las primeras etapas de la Revolución industrial presenciaron un declinar de ambas; o, por lo menos, una drástica lección de que esos valores no se iban a hacer extensivos a la clase obrera. Por muy espantosas que fueran las condiciones de los pobres en las grandes ciudades antes de 1750, sin embargo en siglos anteriores la ciudad encarnaba ciertos valores cívicos y bellezas arquitectónicas, cierto equilibrio entre oficios, comercio y manufactura, cierto sentido de la variedad. Las «*Coketowns*» fueron quizá las primeras ciudades de más de 10.000 habitantes que se dedicaron de forma tan absoluta al trabajo y a la «acción».

323

¹⁵ G. C. Holland, *op. cit.*, p. 51; W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 12-13. 160.

III. LA VIDA

Los problemas de la salud y la longevidad aún presentan mayores dificultades de interpretación. Hasta hace poco tiempo era ampliamente aceptado que el factor principal de la «explosión» demográfica en Gran Bretaña, entre 1780 y 1820, era el descenso de la tasa de mortalidad, y en particular el descenso de la tasa de mortalidad infantil. Por lo tanto, era razonable suponer que ello era resultado de las mejoras en los conocimientos médicos, la nutrición (la patata), la higiene (el jabón y la camisa de algodón), el abastecimiento de agua o la vivienda. Pero, hoy en día, se ha puesto en cuestión toda esta línea de razonamiento. La «explosión» demográfica puede considerarse un fenómeno europeo, que tiene lugar de manera simultánea en Gran Bretaña, en Francia, y en España e Irlanda, donde muchos de esos factores no actuaban con la misma intensidad. En segundo-lugar, en el presente los demógrafos discuten los datos que se habían aceptado, y se han propuesto sólidos argumentos que ponen un énfasis renovado en el ascenso de la tasa de natalidad, más que en el descenso en la tasa de mortalidad, como factor causal.¹⁶

Si aceptamos el punto de vista del doctor Krause respecto de que la tasa de natalidad aumentó después de 1781 y descendió después de 1831 y de que «no se observa ningún cambio importante en la tasa de mortalidad», esto de ningún modo proporciona pruebas en cuanto a una mayor salud o longevidad de la clase obrera. Es interesante observar que la tasa de fertilidad (es decir, el número de niños de 0 a 4 años por 1.000 mujeres, de los grupos de mujeres en edad de tener hijos) era más elevada en 1821: primero, en el núcleo central de la Revolución industrial (Lancashire, el West Riding, Cheshire, Staffordshire); segundo, en los «condados de la *Poor Law*» más maltratados del sur. A primera vista, parecería que esto aporta confirmación a los argumentos malthusianos —tan ampliamente defendidos en la época y que tanto disgustaban a Cobbett— de que la beneficencia del tipo Speenhamland y las oportunidades de empleo en las fábricas (incluyendo el trabajo de los niños) contribuían a aumentar la tasa de natalidad. No es necesario suponer que los padres decidían, conscientemente, tener más hijos para proveerse de asalariados adicionales o para tener derecho a los impuestos para asistir a los pobres. Un aumento en la tasa de natalidad podría explicarse en términos de la ruptura de los modelos tradicionales de comunidad y vida familiar (tanto el sistema Speenhamland como las fábricas pudieron debilitar los tabúes contra el matrimonio temprano y «desprovisto»), el debilitamiento de la costumbre de que los criados agrícolas y los aprendices vivieran en la casa, el impacto de las guerras, la concentración en nuevas ciudades, o incluso la selección genética de las más fértiles. Además, un aumento de la tasa de natalidad no puede considerarse, desde luego, como una prueba del aumento de los niveles de

¹⁶ Véase especialmente J. T. Krause, «Changes in English Fertility and Mortality, 1781-1850», *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XI, N.º 1 (agosto 1958), y «Some Neglected Factors in the English Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, XIX (4 de diciembre de 1959).

vida.¹⁷ A principios del siglo XIX, el hecho de que los más pobres y los más «desprovistos» de entre los obreros tuviesen las familias más numerosas, era un tema que continuamente trataban los observadores; mientras que en Irlanda hizo falta la lacerante experiencia del Gran Hambre para que se alterase todo el modelo matrimonial de la vida campesina irlandesa.¹⁸

324

Los argumentos son complejos y, por el momento, es mejor dejárselos a los demógrafos. Pero hemos llegado a un punto en el que los datos —que tradicionalmente se han interpretado en base al supuesto de que la tasa de mortalidad descendía— requieren que los examinemos de nuevo. Al parecer, los avances médicos sólo pudieron tener una mínima influencia sobre la esperanza de vida de la población obrera antes de 1800. Es posible que a mediados del siglo XVIII tuviera lugar algún descenso real en Londres y otras ciudades «artesanas» más antiguas, al cual contribuyó la disminución del consumo de ginebra y los primeros esfuerzos dedicados a la mejora de las condiciones sanitarias y la educación. También es posible que los comienzos de la «explosión» demográfica daten de mediados de este siglo y surjan del declive de las epidemias debido a «cambios en la virulencia y la resistencia, sobre los cuales el esfuerzo humano no tenía ninguna influencia».¹⁹ El crecimiento demográfico inicial se apoyó en una larga serie de buenas cosechas y en una mejora de los niveles de vida que pertenecen, no a los últimos, sino a los primeros años de la Revolución industrial. A medida que la Revolución se aceleraba y a medida que vamos encontrando las condiciones clásicas de superpoblación y desmoralización en las grandes ciudades que crecen con rapidez —engrosadas por una multitud de inmigrantes desarraigados— se produce un serio deterioro en la salud de las poblaciones urbanas. En las primeras tres o cuatro décadas del siglo XIX, la tasa de mortalidad infantil era mucho más elevada —y a veces era el doble— en las nuevas ciudades industriales que en las áreas rurales. «Ni el 10 por 100 de los habitantes de las grandes ciudades disfrutaban de plena salud», declaró el doctor Turner Thackrah de Leeds;²⁰ y existen abundantes testimonios literarios, muchos de ellos pertenecientes a médicos, relativos a la incidencia de la enfermedad, malnutrición, mortalidad infantil y malformaciones laborales entre la población obrera. La información es a veces contradictoria, particularmente en cuanto a las consecuencias del trabajo infantil en las fábricas, ya que, en el punto culminante de la agitación en favor de las 10 horas, en la década de

¹⁷ Véase J. T. Krause, «Some Implications of Recent Work in Historical Demography», *Comparative Studies in Society and History*, I, 2 (enero 1959).

¹⁸ K. H. Connell, «The Land Legislation and Irish Social Life», *Econ. Hist. Review*, XI (1 de agosto de 1958).

¹⁹ T. McKown y R. G. Brown, «Medical Evidence Related to English Population Changes in the Eighteenth Century», *Population Studies* (noviembre 1955). Véase también J. H. Habakkuk, «English Population in the Eighteenth Century», *Econ. Hist. Review*, VI, 2 (1953); G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England*, 1962, cap. 3; y para un análisis minucioso de los datos económicos y demográficos de una región, J. D. Chambers, *The Vale of Trent, 1670-1800*, Economic History Society, suplemento, 1957.

²⁰ *The Effects of Arts, Trade and Professions ... on Health and Longevity*, 1832, compilado por A. Meiklejohn, 1957, p. 24.

1830, los médicos argumentaban, algunas veces, representando intereses opuestos. Pero ya era hora de que se pusiera fin a la tendencia de los historiadores «optimistas» a despreciar, como «sesgada», la información de los médicos favorable a las demandas de los reformadores, mientras se aceptaba como «objetiva» y autorizada la información de los testimonios médicos solicitados para dar apoyo a la causa de los patronos.²¹

325

El Primer Informe del *Registrar-General** (1839) mostraba que cerca de un 20 por 100 de la tasa de mortalidad total se atribuía a la tisis: una enfermedad que se asociaba normalmente a la pobreza y la superpoblación, tan frecuente en las zonas rurales como en las urbanas. De 92 muertes de obreros jóvenes y adultos de una fábrica lanera de Leeds, entre los años 1818-1827, por lo menos 22 se atribuyeron a la tisis o «consunción», las dos categorías siguientes eran «agotado» o «demasiado viejo» (9) y asma (7). Es interesante examinar las cifras más detalladas presentadas por el doctor Holland, médico del Hospital General de Sheffield, y que abarcan las causas de muerte del registro del distrito de Sheffield, durante los 5 años que van de 1837 a 1842. De las 11.944 muertes de este período (incluyendo a los niños) se citaron las siguientes enfermedades como causantes de la muerte de más de 100 personas, en el período de 5 años:

* Funcionario jefe de la Oficina del Registro General. (*N. de la t.*)

1. Tisis	1.604
2. Convulsiones	919
3. Inflamación de los Pulmones	874
4. Decaimiento Físico	800
5. Accidentes (declarados por el <i>Coroner</i> **)	618
6. Fiebre, Escarlatina	550
7. Debilidad	519
8. Dentición	426
9. Infección Intestinal	397
10. Infección Cerebral	351
11. Consunción	346
12. Sarampión	330
13. Viruela	315
14. Tos Ferina	287
15. Inflamaciones diversas	280
16. Fiebre, Común	255
17. Asma	206
18. Garrotillo	166
19. Parálisis	107
20. Afección hepática	106

²¹ El único respaldo para esa forma de interpretar los datos parecería ser la discusión impresionista y sumamente insatisfactoria de las pruebas médicas sobre el trabajo de los niños que se halla en W. H. Hutt, «The Factory System in the Early Nineteenth Century», *Económica* (marzo 1926); vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*, pp. 166 y siguientes. Véase más adelante, p. 372.

** En la época moderna su función principal es llevar a cabo investigaciones sobre los cuerpos de los que han muerto supuestamente de forma violenta o por accidente. (*N. de la t.*)

326

No es necesario señalar la insuficiencia de los diagnósticos (no constan ni la gastroenteritis, ni la difteria). El doctor Holland comentó que las declaraciones no eran «muy de fiar»: la «consunción» así como muchos de los casos de «asma», se deberían atribuir a la tisis. Y por lo que se refiere a *un* solo caso de muerte por «falta de alimentos»;

Muy limitada debe ser la observación de cualquier médico, que no le haya llevado a la conclusión de que las muertes de cientos de personas de esta ciudad se deben atribuir a una carencia de las cosas indispensables para vivir. Puede que mueran de enfermedad, pero ésta es ocasionada por el hecho de vivir en la pobreza, conjugada con el excesivo esfuerzo en el trabajo.

Sin embargo, las cifras de Sheffield sólo muestran 64 muertes por parto durante los 5 años (muertes en las que los errores de diagnóstico apenas son probables). Esto representa una mejora drástica respecto de los 100 años anteriores, a la cual pudieron contribuir de manera fundamental la disminución de las fiebres puerperales, los avances de la higiene y la asistencia a las parturientas. Pero si en todas las clases disminuía la mortalidad maternal las madres de la clase obrera sobrevivían sólo para parir más hijos cuyas oportunidades de vivir, en los centros industriales, disminuían. Y la mortalidad infantil era elevada, debemos recordar que el período crítico de la vida de un niño no era de 0 a 1 año, sino de 0 a 5 años. De este modo, de las 11.944 muertes de Sheffield en este período, la distribución por edad es la siguiente:

Menos de 1 año	2.893
1 año	1.511
de 2 a 4 años	1.544

Esto nos da un total de 6.038 muertes por debajo de los 5 años, y las 5.906 restantes se distribuyen entre los otros grupos de edad. La tasa de mortalidad infantil (de 0 a 1 año) en Sheffield en esta época era aproximadamente de 250 por 1.000, mientras que la tasa de mortalidad (de 0 a 5 años) era de 506 por 1.000. Más o menos lo mismo es cierto para Manchester donde (según observó el doctor Kay) «más de la mitad de la prole de los pobres ... muere antes de acabar el quinto año», y donde el informe del *Registrar-General* (1839) indicaba un índice de muertes en el grupo de edad de 0 a 5 años de 517 por 1.000.

327

Pero estas cifras subestiman —y quizá subestiman seriamente— la tasa real de mortalidad infantil, porque los centros industriales eran continuamente engrosados por inmigrantes adultos. Así, el censo de 1851 (que registraba los lugares de nacimiento) mostraba que «en casi todas las grandes ciudades los inmigrantes que provenían de otros lugares excedían en número a las personas nacidas en la ciudad»; y las muertes de los inmigrantes tendrían el efecto de diluir continuamente los datos reales de mortalidad infantil. El crecimiento de las ciudades grandes no se puede atribuir, antes de 1840, a una tasa de crecimiento natural mayor que la del campo. Si

el punto de vista tradicional es cierto, y el grueso de la población, en los centros más antiguos, ciudades con mercado y pueblos, se beneficiaba en algún grado en cuanto a su salud de los productos (y el conocimiento sanitario) de la Revolución industrial, los que producían aquellos bienes no lo hacían. A uno se le ocurre la idea de que en los centros industriales en los que se ganaban salarios elevados, se engendraba una generación tras otra de niños, más de la mitad de los cuales morían antes de que supiesen hablar; mientras que en las zonas rurales donde se ganaban salarios bajos, los niños se mantenían vivos gracias a los impuestos para asistir a los pobres, con fin de suplir, mediante la migración, la cuantiosa mano de obra adulta de las ciudades.²²

No hay razón para suponer que la salud de los obreros adultos de las fábricas estuviera por debajo de la media, y hay algunos datos que sugieren que la salud de los hilanderos de algodón mejoró entre 1810 y 1830 y con mayor rapidez a partir de entonces a medida que se restringió el horario, se pusieron protecciones en la maquinaria, y el espació, la ventilación y el encalado de las paredes se mejoraron. Pero sus hijos parecen haber sufrido junto con el resto de la mano de obra. En un informe encargado por parte de los empresarios de Manchester en 1833, se veía que los hilanderos casados estudiados habían tenido 3.166 hijos (un promedio de cuatro y medio por cada matrimonio): «de esos niños, 1.922, es decir el 60,5 por 100, estaban vivos, y 1.244, es decir el 39,5 por 100, habían muerto».²³ Se puede razonablemente suponer que el 39,5 por 100 podría aumentar hasta el 50 por 100 en el momento que los niños, que eran muy pequeños cuando se hizo el informe, alcanzaran la edad de 5 años o no llegaran a ella. Esta elevada mortalidad infantil entre los hijos de los obreros, que a menudo se citan como los beneficiarios de la Revolución industrial, puede atribuirse en parte a las condiciones generales de salud ambiental. También se puede haber debido a la deformación característica y al estrechamiento de los huesos pélvicos, en las chicas que habían trabajado desde la infancia en las fábricas, que contribuían a los partos difíciles;²⁴ la debilidad de los niños nacidos de madres que trabajaban hasta la última semana del embarazo; pero sobre todo a la falta de un cuidado apropiado de los niños. Las madres, por miedo a perder el empleo, volvían a la fábrica tres semanas después, o menos, del nacimiento; todavía más, en algunas ciudades del Lancashire y el West Riding, en la década de 1840, se llevaban los niños a las fábricas para amamantarles en el descanso de la comida. Las madres solteras, que quizá habían trabajado en la fábrica desde la edad de 8 o 9 años, no tenían preparación doméstica; la ignorancia en cuestiones médicas era espantosa; los padres eran víctimas de supersticiones fatalistas (que algunas veces fomentaban las iglesias);

²² G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 8; J. P. Kay, *The Moral and Physical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture of Manchester*, 1832; *First Annual Report of the Registrar-General*. 1839, *passim*; Redford, *op. cit.*, p. 16.

²³ W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 261.

²⁴ Véase la información del doctor S. Smith, de Leeds, en *Poor Man's Advocate* (5 de mayo de 1832). La baja incidencia de las muertes maternas en el parto, en Sheffield, se puede relacionar quizá con el hecho de que menos chicas jóvenes trabajaban en empleos que requerían estar de pie durante 12 o 14 horas al día.

se utilizaban los narcóticos, particularmente el láudano, para tranquilizar a los bebés que lloraban. Los recién nacidos y los pequeños que empezaban a andar se dejaban al cuidado de parientes, viejas nodrizas o niños que eran todavía demasiado pequeños para encontrar trabajo en la fábrica. A algunos les daban sucios muñecos de trapo para chupar, «a los que se ataba un mendrugo de pan remojado en leche y agua», y se podía ver a los pequeñuelos de 2 y 3 años «correteando arriba y abajo con esos trapos en la boca, alrededor de las fábricas».²⁵

328

«Un peón de fábrica», escribió uno que era él mismo un lisiado:

se puede reconocer con facilidad cuando anda por las calles; es casi seguro que tiene algunas articulaciones mal. O bien tiene las rodillas hacia adentro, los tobillos hinchados, un hombro más bajo que el otro, o es cargado de espaldas, el pecho hundido por ambos lados, o está deformado de algún modo.²⁶

Pero esto mismo era cierto para muchas profesiones industriales, tanto si se hacían dentro como fuera de la fábrica. Si a los hilanderos pocas veces se les daba trabajo después de los 40 (y quienes lo conseguían era a través de un largo proceso selectivo que eliminaba a los débiles), lo mismo ocurría con los mineros o los cuchilleros viejos. El doctor Thackrah encontró una gran incidencia de enfermedad laboral entre los borradores y los traperos, mientras que el doctor Holland escribió un tratado detallado sobre las enfermedades y los accidentes entre los amoladores de Sheffield. Hemos visto las malas condiciones de trabajo de los cardadores de lana a domicilio, mientras que los tejedores estaban también sujetos a deformidades. Lo mismo es cierto para los obreros del vidrio en los Mendips, los de las panaderías o los de muchos de los oficios mal pagados de Londres. Los sastres tenían una deformidad característica de los hombros y el pecho, que era resultado de estar sentado cada día durante muchas horas «con las piernas cruzadas sobre un banco».

329

El doctor Turner Thackrah veía poca diferencia entre los peores empleos domésticos y las hilanderías. Los niños que salían de las hilanderías de Manchester le parecían:

... casi todos con mal aspecto, pequeños, enfermizos, descalzos y mal vestidos. Muchos *parecían* no tener más de 7 años. Los hombres, en general de 16 a 24 años, y ninguno de edad, estaban casi tan pálidos y delgados como los niños. Las mujeres eran las que tenían un aspecto más tolerable ...

Los comparaba con los obreros de las fábricas de menor tamaño y los talleres de acabado del West Riding: «los fornidos obreros que lavaban los paños, los robustos torcedores, los sucios pero alegres *pieceners* con sus caras sonrosadas». Observando a los obreros del algodón, «vi, o creí ver, una estirpe degenerada —seres humanos mal desarrollados, debilitados y depravados— hombres y mujeres que no iban a llegar a viejos, niños que jamás llegarían a ser adultos saludables». Puso en cuestión los datos

²⁵ W. Dodd. *The Factory System Illustrated*. 1842, p. 149.

²⁶ *Ibid.*, pp. 112-113.

sobre salud recogidos por los patronos del algodón, puesto que la mayor parte de los obreros varones eran desechados en los primeros años de su edad adulta, y el hilandero de algodón a quien le faltasen las fuerzas moriría en algún otro oficio. Tanto en las nuevas fábricas como en muchos de los viejos oficios domésticos, los obreros viejos parecían «enormemente inferiores, en cuanto a fuerza y aspecto, comparados con los campesinos viejos».²⁷

Tenemos que ver el multiplicador y el multiplicando al mismo tiempo. Frente al, sin duda, amplio número de niños que eran lisiados de la fábrica, tenemos que poner el número de víctimas del raquitismo entre los hijos de los tejedores y de los trabajadores a domicilio en general. Hacia 1830, se daba por supuesto que el obrero urbano industrial medio estaba mal desarrollado y no estaba capacitado, debido a su debilidad física, para el trabajo manual pesado que estaba reservado a los irlandeses pobres; cuando el hilandero de algodón se quedaba sin trabajo estaba indefenso, o, como mucho, podía esperar que le emplearan para «hacer recados, servir a los vendedores del mercado, vender alfileres y fruslerías, baladas, cintas y encajes, naranjas, pan de jengibre ...».²⁸

330

Mientras las principales estadísticas demográficas estén en discusión, cualquier conclusión debe ser provisional. Nada debería llevarnos a subestimar las espantosas tasas de mortalidad de Londres durante la «epidemia» de la ginebra de principios del siglo XVIII. Pero al parecer, las condiciones de vida y de trabajo de los artesanos y de algunos jornaleros rurales eran más saludables en la segunda mitad del siglo XVIII, que las de los obreros de las fábricas o los trabajadores a domicilio de la primera mitad del siglo XX. Si Londres y Birmingham muestran un descenso en la tasa de mortalidad durante estos años, quizá se debe a que siguieron siendo en gran medida ciudades «artesanas» con niveles elevados de cuidado de los hijos y unas condiciones de trabajo algo más saludables. En el norte industrial, en las alfarerías y en la mayor parte de cuencas mineras, la mortalidad infantil aumentó y la vida se volvió más corta y más difícil. Quizá como resultado de ello, aumentó el consumo de alcohol y el uso de narcóticos, añadiéndose a los riesgos de las enfermedades laborales. Y la miseria absoluta puede haber contribuido a aumentar el índice de reproducción. El doctor Holland encontró a «los más disolutos, imprudentes y poco previsores» entre los obreros peor pagados y menos organizados de Sheffield: «al afirmar que, cuando más miserable es la condición de los artesanos más jóvenes se casan, lo hacemos en base a extensas investigaciones».²⁹

Si aceptamos que la tasa nacional de mortalidad —y más en particular la tasa de mortalidad infantil— presentó un leve descenso durante las primeras cuatro décadas del siglo XIX, debemos preguntar todavía a las estadísticas exactamente las mismas

²⁷ Trackrah, *op. cit.*, en especial las pp. 27-31, 146, 203-205.

²⁸ W. Dodd, *op. cit.*, p. 113.

²⁹ G. C. Holland *op. cit.*, pp. 114-115.

cuestiones que hemos visto en cuanto a los salarios y los artículos de consumo. No hay razón para suponer que los niños moribundos o la enfermedad se distribuyesen de forma más equitativa que los vestidos o la carne. En realidad, sabemos que no ocurría. El hombre adinerado raras veces podía —como observó Oastler— vestir dos abrigos a la vez, pero su familia tenía diez veces más oportunidad de obtener un diagnóstico, medicinas, enfermeros, dieta, espacio, tranquilidad. Se han hecho intentos para establecer la edad promedio de fallecimiento según los diversos grupos sociales en varios centros urbanos, en 1842:

	<i>Gentry</i>	Gentes de oficio	Obreros
Rulandshire	52	41	38
Truro	40	33	28
Derby	49	38	21
Manchester	38	20	17
Bethnal Green	45	26	16
Liverpool	35	22	15

331

En Leeds, donde se estimaba que las cifras eran 44, 27, 19, la media *global* de los tres grupos era 21. En Halifax, una parroquia amplia y dispersa, que tenía un resultado favorable en cuanto a tasa de mortalidad al ser comparada con otros centros más concentrados, un médico local calculaba que el promedio de edad de defunción para la «*gentry*, los fabricantes y sus familias» era de 55 años; para los tenderos, 24 años; para los obreros, 22 años.³⁰

Los demógrafos estarían en lo cierto al considerar éste como «un dato literario más que estadístico». Pero sugiere que un descenso sustancial de la mortalidad infantil y un aumento de la esperanza de vida entre varios millones de las clases medias y la aristocracia del trabajo ocultarían, en promedios nacionales, un empeoramiento de la situación de la clase obrera en general. Y en esta opinión, se nos adelantó el doctor Holland de Sheffield:

No tenemos ningún género de dudas al afirmar que los sufrimientos de las clases trabajadoras, y por consiguiente la tasa de mortalidad, son mayores en la actualidad que en épocas anteriores. Por supuesto, en la mayor parte de distritos fabriles es espantoso ver la tasa de mortalidad en estas clases, cuando se puede estudiar sólo respecto de ellas y *no en relación a toda la población*. El supuesto avance, por lo que se refiere a la longevidad, proviene principalmente de ... una clase media relativamente mucho más numerosa que la que anteriormente existía ...

Las «estadísticas groseras —seguía diciendo— pueden engañarnos»;

³⁰ *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Classes*, 1842. p. 153; G. C. Holland, *op. cit.*, p. 128; para Halifax, doctor Alexander, citado en W. Ranger, *Report on ... Halifax*, 1851, pp. 100 y siguientes; para más datos, véase James Hole, *The Homes of the Working Classes*, 1866, pp. 18 y siguientes.

... en la creencia de que la sociedad mejora progresivamente por lo que se refiere a su condición física y social, cuando, en realidad, la clase más numerosa puede estar en situación estacionaria o en proceso de deterioro.³¹

IV. LA INFANCIA

Ya hemos tocado el tema del trabajo infantil, pero merece un análisis adicional. En un sentido, es curioso que la cuestión se pueda aceptar como polémica: se produjo un aumento drástico de la intensidad de explotación del trabajo infantil entre 1780 y 1840, y todo historiador que esté familiarizado con las fuentes sabe que eso ocurrió así. Fue cierto en las minas, tanto en los ineficaces pozos a pequeña escala, en donde los pasadizos eran tan estrechos algunas veces que los niños podían pasar más fácilmente por ellos, como en diversos yacimientos de carbón mayores, en los que — a medida que la veta de carbón se alejaba del pozo— se requerían niños para trabajar como «*hurryers*» y para accionar las portillas de ventilación. En las fábricas la fuerza de trabajo infantil y juvenil aumentaba de año en año; y en varios de los oficios «deshonrosos» o que se hacían a domicilio aumentaron las horas de trabajo y éste se intensificó. ¿Qué queda, entonces, por discutir?

332

Pero los «optimistas» han rodeado la cuestión de tantas reservas, desde la época de los Hammond, que casi podría sospecharse que existe una conspiración para justificar el trabajo de los niños. Se dice que no había «nada nuevo» en ello; que las condiciones eran tan malas en las «viejas» industrias como en las nuevas; que gran parte de la información es partidista y exagerada; que las cosas ya estaban mejorando antes de que tuviera lugar la protesta de la década de 1830; que los propios obreros eran los peores culpables del trato que recibían los niños; que la protesta provino de partes «interesadas» —terratenientes hostiles a los fabricantes o sindicalistas adultos que querían una limitación de horas para sí mismos— o de los intelectuales de clase media que no sabían nada acerca del asunto; o que (paradójicamente) todo el problema revela, no el infortunio y la insensibilidad, sino la creciente humanidad de la clase de los patronos. Pocas cuestiones se han perdido de igual modo para la historia, mediante una mezcla liberal de argumentos especiosos e ideología.

El trabajo de los niños no era nuevo. Antes de 1780, el niño era una parte intrínseca de la economía agrícola e industrial, y lo siguió siendo hasta que la escuela le liberó. Algunas de sus ocupaciones —deshollinadores o grumetes— eran peores que cualquier cosa excepto las peores condiciones en las primeras fábricas: un huérfano cedido como «aprendiz», por parte de la parroquia, a un Peter Grimes* o a un minero borracho trabajando en una pequeña galería de una mina de carbón estaría sujeto a

³¹ G. C. Holland, *op. cit.*, p. 124.

una crueldad y a un aislamiento aún más espantoso.³² Pero es una equivocación generalizar, a partir de ejemplos tan extremos, por lo que se refiere a las actitudes predominantes antes de la Revolución industrial; y, de todos modos, uno de los puntos importantes de la historia de Peter Grimes es su reducción al ostracismo por parte de las mujeres de la comunidad de pescadores, y la culpabilidad que le conduce a la tumba.

* Personaje principal y título de una historia rimada de George Crabbe (1755-1832) en base al cual Benjamin Britten (1913-1976) compuso, en 1945, una ópera con el mismo título. (*N. de la t.*)

La forma predominante de trabajo infantil se daba en el hogar o en el seno de la economía familiar. Los niños que apenas sabían caminar se podían poner a trabajar trayendo y llevando cosas. Uno de los hijos de Crompton recordaba que le pusieron a trabajar «poco después de que supiese andar»:

Mi madre solía pasar el algodón en rama por un cedazo de alambre. Luego lo ponía en un lebrillo hondo y oscuro con una fuerte lejía de jabonaduras. Entonces, mi madre me arremangaba las enaguas alrededor de la cintura y me ponía dentro del cubo para que pisoteara el algodón que estaba en el fondo. ... Este proceso seguía hasta que el lebrillo estaba tan lleno que ya no podía mantenerme de pie con seguridad en su interior, en aquel momento ponía una silla al lado y yo me cogía en el respaldo ...

333

Otro hijo recordaba que «cuando tenía 7 años le ponían encima de un escabel para extender el algodón sobre un aparato que preparaba el hilado, mientras otro hermano mayor hacía girar la rueda para ponerlo en marcha».³³ Luego venía la tarea de devanar las bobinas; y cuando se llegaba a los 10 u 11 años, el hilado o —si las piernas eran bastante largas para alcanzar los pedales— un turno en el telar. Tan profundamente arraigado estaba el trabajo infantil en las industrias textiles, que a menudo éstas se presentaban como algo envidiable para los obreros de otros oficios en los que los hijos no podían ser empleados y acrecentar de este modo los ingresos familiares; a la vez que las primeras «factorías» de la industria lanera, que trabajaban con telares manuales, encontraron oposición sobre la base de que conducirían al desempleo de los niños. Si el sistema fabril llegaba a ser predominante, declaró un testigo en 1806,

sacaré a todos los obreros pobres de sus habitaciones y sus hogares, y les llevará a la fábrica, y allí... no tendrán la ayuda y la asistencia de sus familias que antes tenían en casa. Suponiendo que yo fuera padre de cuatro, cinco o seis hijos, y uno de ellos tuviera 14, otro 12 y otro 10 años; si trabajase en casa con mi familia, les podría dar empleo, uno devanar bobinas, otro trabajar en el telar y el otro en la *jenny*, pero si voy a trabajar a la Fábrica no me dejarán tener a los muchachos, sino que debo dejar que se echen a perder por el ancho mundo ...³⁴

Para los valores contemporáneos esto era penoso, incluso brutal. En todos los hogares las chicas se ocupaban horneando, haciendo cerveza, limpiando y haciendo

³² Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 5.

³³ G. F. French, *Life of Samuel Crompton*. 1859, pp. 58-59. 72; véase también B. Brierley, *Home Memories*, Manchester. 1886. p. 19.

³⁴ *Committee on the Woollen Trade*, 1806, p. 49.

tareas domésticas. En la agricultura, los niños —a menudo mal vestidos— trabajaban con buen o mal tiempo en los campos o alrededor de la casa labriega. Pero si lo comparamos con el sistema fabril, hay importantes diferencias. Había alguna variedad en las tareas (y la monotonía es particularmente cruel para los niños). En circunstancias normales, el trabajo sería intermitente: seguiría un ciclo de tareas, e incluso las ocupaciones regulares, como devanar bobinas, no sería necesario hacerlas todo el día a no ser en circunstancias especiales (como por ejemplo si había uno o dos niños al servicio de dos tejedores). Ningún niño tenía que pisar algodón en un cubo durante ocho horas al día y durante seis días a la semana. En resumen, podemos suponer que se daba una introducción gradual al trabajo, relacionada de algún modo con las capacidades del muchacho y su edad, entremezclado con llevar recados, coger moras, recoger leña o jugar. Y sobre todo, el trabajo se hacía en el seno de la familia y bajo el cuidado de los padres. Es cierto que las actitudes de los padres hacia los hijos eran excepcionalmente severas en el siglo XVIII. Pero no se puede argumentar que hubiese un sadismo generalizado o falta de cariño.

334

Otras dos circunstancias confirman esta interpretación: la persistencia, durante el siglo XVIII, de juegos, danzas y deportes que apenas hubiese sido posible si los niños hubiesen estado confinados las mismas horas en la fábrica; y la resistencia de los trabajadores manuales a mandar a sus hijos a las primeras fábricas, lo que constituyó una de las causas de que en ellas se emplease a los aprendices pobres. Pero no sólo fue la fábrica lo que condujo a la intensificación del trabajo infantil entre los años 1780 y 1830; y, quizá, ni siquiera fue lo fundamental. Fue en primer lugar, el mismo hecho de la especialización, la diferenciación creciente de los papeles económicos y la ruptura de la economía familiar. Y, en segundo lugar, el fracaso del humanitarismo de finales del siglo XVIII, y el clima contrarrevolucionario de las guerras, que alimentó los áridos dogmatismos de la clase patronal.

Volveremos sobre el segundo punto. Por lo que se refiere al primero, casi todos los vicios conocidos en el siglo XVIII se perpetuaron en las primeras décadas del xX, pero de forma intensificada. Como sabía Dickens, Peter Grimes se podía encontrar al igual en el Londres Victoriano que en el Aldeburgh georgiano. Los informes de las comisiones que trataban el asunto del empleo de los niños, de 1842, mostraban un nuevo modelo de Juntas Tutelares en Staffordshire, Lancashire y Yorkshire que todavía se desembarazaban de los muchachos pobres de 6, 7 y 8 años colocándolos como aprendices con mineros, con una guinea de propina «para ropa». Los muchachos estaban «totalmente en poder de los *butties*»* y no recibían un solo penique de paga; un chico de Halifax al que su patrono le pegaba y le tiraba trozos de carbón se escapó, durmió en galerías abandonadas y comió «durante mucho tiempo las velas que encontraba en los pozos que los mineros abandonaban por la noche».³⁵ La mezcla de terror y fatalismo de los niños se revela a través de sus lacónicas explicaciones. Una

³⁵ *Children's Employment Commission. Mines*, 1842, p. 43.

niña de 8 años, empleada durante 13 horas al «día», para abrir y cerrar trampillas: «Tengo que manipular la trampilla sin ninguna luz, y estoy asustada ... A veces, cuando tengo una luz. canto, pero no lo hago en la oscuridad; entonces no me atrevo». O Patience Kershaw, de 17 años, quien trataba sobre los pros y los contras de distintos empleos:

* Intermediarios que contrataban trabajadores para extraer carbón o minera) a tanto por tonelada. (*N. de la t.*)

335

... la calva que tengo en la cabeza me la hice empujando cargas; mis piernas jamás se han hinchado, pero a mis hermanas sí les ocurrió cuando fueron a la fábrica; empujó a toda prisa las cargas una milla o más por debajo del suelo y luego de vuelta; pesan 3 quintales. ... los picadores para quienes trabajo van desnudos excepto sus gorras ... algunas veces me pegan, si no voy bastante deprisa. ... Preferiría trabajar en una fábrica que en una mina de carbón.³⁶

Esto no es otra cosa que la multiplicación de las peores condiciones del siglo XVIII. Pero la especialización y la diferenciación económica llevó a que se les dieran, a los niños que trabajaban fuera de las fábricas, tareas especiales pagadas a destajo y que requerían una monótona aplicación de trabajo durante 10, 12 o más horas. Ya hemos citado con anterioridad la población de carderos de Cleckheaton, en la que «pequeñuelos de 4 años de edad ... estaban hora tras hora haciendo la monótona tarea de clavar los alambres en las cardas con sus minúsculos dedos, hasta que sus pequeñas cabezas estaban aturdidas, sus ojos rojos y doloridos y los más débiles crecían encorvados y contrahechos». Esto todavía se podía hacer en casa, y los datos indican que el trabajo infantil mal pagado de este tipo incluso aumentó, durante las primeras décadas del siglo, en la mayoría de industrias a domicilio, en las industrias rurales (trenzado de paja, encaje), y en los oficios deshonorosos.³⁷ El delito del sistema fabril fue heredar las peores características del sistema doméstico en un contexto que no tenía ninguna de las compensaciones domésticas: «sistematizó el trabajo infantil, pobre y libre, y lo explotó con una persistente brutalidad ...».³⁸ En el hogar, las condiciones del niño debieron variar de acuerdo con el carácter de los padres o del patrono, y hasta cierto punto su trabajo debió ser escalonado de acuerdo con su habilidad. En la fábrica, la maquinaria determinaba el ambiente, la disciplina, la velocidad y la regularidad del trabajo y las horas de trabajo, tanto para los frágiles como para los fuertes.

No es necesario que repitamos la crónica, larga y miserable, de los niños en la fábrica, desde los primeros aprendices pobres de la fábrica hasta la agitación fabril de las décadas de 1830 y 1840. Pero, puesto que hoy en día se divulgan consoladoras ideas referentes a las «exageradas» historias de los contemporáneos y los historiadores, deberíamos tratar algunas de estas afirmaciones. La mayor parte de

³⁶ *Ibid.*, pp. 71, 80.

³⁷ Hay que señalar que algunos de los ejemplos más terribles de *El capital* de Marx están tomados de la Comisión de Empleo de los Niños de la década de 1860.

³⁸ H. L. Beales, *The Industrial Revolution*. 1928. p. 60.

ellas se encuentran en un provocativo, casi frívolo, artículo publicado por el profesor Hutt en 1926. Una cucharada de zumo de limón a veces es buena para el sistema, pero no podemos vivir siempre de zumo de limón.

336

Este artículo flojo, apenas documentado, y a menudo directamente engañoso ha aparecido citado en notas a pie de página hasta nuestros días, y se ha vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*.³⁹ Casi cada uno de los puntos que introduce había sido previsto y refutado en los argumentos de los partidario de las 10 horas y particularmente en el comedido y bien documentado libro de John Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836.

Sería tedioso repasar todos los puntos. Es cierto que algunas de las peores atrocidades se infligieron a aprendices indigentes a finales del siglo XVIII, y que el sistema de aprendizaje parroquial dio paso cada vez más al trabajo "libre" en el siglo XIX. Es cierto —y es alentador saberlo— que algunos empleadores, como Samuel Oldknow y los Greg, ofrecían condiciones bastante decentes a sus aprendices. Es cierto que algunos reformadores desenterraron los peores casos y los citaron muchos años después de los hechos. Pero no es en absoluto cierto que esto proporcione pruebas en cuanto a la extinción de los mismos abusos en la década de 1830. (Los reformadores a menudo encontraban las mayores dificultades para conseguir pruebas juradas de abusos contemporáneos, por la sencilla razón de que los trabajadores temían perder su empleo). Es cierto que las dos leyes de Peel, de 1802 y 1819, indican tanto un despertar de la humanidad como un intento por parte de algunos de los grandes patrones de imponer la regulación a sus rivales más pequeños o sin escrúpulos. También es cierto que en 1830 se produjo una mejora general de las condiciones en Manchester, Stockport y sus alrededores. Pero esta mejora no se extendió a zonas más alejadas o distritos rurales ni fuera de la industria algodonera. Y como en las tres primeras décadas del siglo XIX se produce una gran expansión de las fábricas rurales, así como la introducción del sistema de fábrica completa en la hilatura de estambre, y su expansión en la seda y el lino, las ganancias de Manchester se ven contrarrestadas por los abusos de Bradford, Halifax, Macclesfield y las tierras altas de Lancashire.

Es cierto —y este es un aspecto que se cita con frecuencia— que la información expuesta ante la Comisión Sadler de 1832 era parcial; y que historiadores como los Hammond y Hutchin y Harrison (pero no Fielden o Engels), pueden ser criticados por basarse en ella de forma demasiado acrítica. Con la ayuda de Oastler, los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral, de los obreros, organizaron la recogida de datos —particularmente del West Riding— para presentarlos ante esa Comisión; su presidente, Michael Sadler, fue el principal defensor parlamentario del proyecto de ley de las 10 horas; y su información se publicó antes de que se recogiera información alguna de parte de los patronos.

³⁹ W. H. Hutt, «The Factory System of the Early Nineteenth Century», *Económica* (marzo de 1926).

Pero de ello no se deduce que la información presentada ante la Comisión Sadler pueda, por lo tanto, ser calificada de falsa. En realidad, cualquiera que lea el grueso de la información encontrará que tiene una autenticidad que empuja a creerla, aunque se debe tener el cuidado de distinguir entre testimonios, y de observar las diferencias entre algunas de las peores condiciones en las fábricas pequeñas en los centros industriales menores (por ejemplo, Keighley y Dewsbury) en comparación con las condiciones en las fábricas mayores de las grandes ciudades algodoneras. No existe ningún tipo de fundamento para las afirmaciones hechas por el profesor Hutt acerca de que la Comisión de Fábrica nombrada —debido a la insistencia de los patronos— durante el siguiente año, aportara «respuestas verdaderas a casi todas las acusaciones hechas ante la comisión [de Sadler]». Gran parte de la información presentada ante la Comisión de Fábrica tiende hacia conclusiones diferentes. Además, cuando la información es contradictoria, uno queda perplejo ante el razonamiento lógico por el cual se nos pide que demos preferencia, sin duda alguna, a lo que alegan los patronos (y sus vigilantes) frente a lo que aducen sus empleados.⁴⁰

Quienes, como los profesores Hutt y Smelser, ensalzan la información de la Comisión de Fábrica (1833), como opuesta a la de la Comisión Sadler, son culpables del mismo error del que se acusa a los Hammond. Correcta o equivocadamente, Oastler y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral consideraban que el nombramiento de aquella Comisión era una medida deliberada de dilación y que sus comisarios eran instrumentos de los patronos. Como cuestión política se negaron a testimoniar ante ellos. Se vigilaban atentamente los movimientos de los Comisarios Auxiliares en los distritos fabriles. Se les criticaba por comer y beber con los propietarios de las fábricas y por dedicar sólo una parte irrisoria de su tiempo en las tareas de inspección. Se observó que antes de sus visitas, se encalaban y se limpiaban las fábricas, y los niños que tenían menos edad de la autorizada eran quitados de la vista. Los obreros se contentaban organizando manifestaciones hostiles.⁴¹ Las informaciones de los comisarios recibieron tantas críticas de parte de los obreros como recibió la Comisión Sadler por parte de los empresarios.

«Uno de mis vecinos me pidió», declaró uno de los testigos de Sadler,

que le recomendase a la Comisión ir al Puente de Leeds a las cinco y media de la mañana, mientras pasan los pobres niños de las fábricas, y en una sola hora de estar allí recogerán más información que la que obtendrían en 7 años de investigación. He visto a algunos niños corriendo hacia la fábrica y llorando, con un mendrugo de pan en la mano que es

⁴⁰ *Capitalism and the Historians*, pp. 165-166. El profesor Hutt repite incluso el chismorreo de los patronos y del doctor Ure. como por ejemplo la acusación infundada de que John Doherty había sido declarado culpable de «agresión grave» a una mujer.

⁴¹ Véase *The Voice of the West Riding* (1 de junio de 1833): «Los hombres de Leeds —las clases trabajadoras— han cumplido su deber notablemente. Se han negado con indignación a cooperar con un grupo de hombres que, si tuvieran el más mínimo sentido de la honestidad, hubiesen dejado que los Tiránicos Señores de las Fábricas hiciesen su propio trabajo sucio ...» También *ibid.* (15 y 22 de junio de 1833) y Driver, *op. cit.*, cap. 10,

todo lo que deben comer hasta las 12 de la noche; lloraban por miedo a llegar demasiado tarde.

Incluso si dejamos de lado las historias de los vigilantes sádicos, en aquel momento empezaba un día, para multitudes de niños, que no acabaría hasta las siete o las ocho; y en las últimas horas del cual, los niños lloraban o se dormían de pie, con las manos sangrando debido a la fricción del hilo al «unir las hebras», incluso sus padres les abofeteaban para mantenerlos despiertos, mientras los vigilantes patrullaban con la correa. En las fábricas de las zonas rurales que funcionaban con energía hidráulica, cuando había trabajo «acumulado», comúnmente se trabajaba por la noche o se hacían jornadas de 14 y 16 horas. Si bien el profesor Hutt no considera esto como «crueldad sistemática», los empresarios humanos como Fielden y Wood no tenían la menor duda de que sí lo era.

Tampoco hay misterios por lo que se refiere a la actitud de los obreros adultos, muchos de los cuales eran padres o parientes de los niños. Como ha demostrado el profesor Smelser,⁴² la economía familiar del sistema doméstico se perpetuó en la fábrica en un sentido. Los ingresos de los niños eran un componente fundamental del salario familiar. En muchos casos, aunque probablemente no en la mayoría, el hilandero adulto o el obrero podía ser pariente del niño que trabajaba para él. La demanda de reducción de horas tanto para los adultos como para los niños era una necesidad por el hecho de que trabajaban en un proceso común; si sólo se reducía el horario de los niños, no podría evitarse la distracción del adulto, o el hecho de que los niños trabajasen en turnos dobles (alargando de este modo la jornada laboral del adulto). La reducción sólo se podía garantizar con la detención real de la maquinaria de la fábrica. Pero que los adultos también se plantaran para beneficiarse de la reducción de horarios no significa que fueran indiferentes a las consideraciones de tipo humano ni tampoco justifica la sugerencia ofensiva de que las grandes peregrinaciones y manifestación en nombre de los niños de las fábricas, en la década de 1830, fueran hipócritas.

339

Es absolutamente cierto que los padres no sólo necesitaban los ingresos de sus hijos, sino que esperaban que éstos trabajasen. Pero aunque unos pocos de los obreros se comportaban de forma brutal incluso con sus propios hijos, los datos indican que la comunidad fabril esperaba que se observasen ciertos niveles de humanidad en el trato. Un hilandero de la zona de Dcwisbury, que se distinguía por su mal carácter y porque les pegaba a los niños con el torno para torcido, «no consiguió que trabajase nadie para él en toda la ciudad y se fue a otro lugar ...». Son frecuentes las historias de padres que se vengaban de los obreros que maltrataban a sus hijos. Así, un testigo ante la Comisión Sadler describió cómo, cuando era un niño, el torcedor le pegó. «Uno de los jóvenes que trabajaba para el cardero salió y fue a buscar a mi madre»; «Ella entró ... y me preguntó cuál era el instrumento con el que me había golpeado, pero no

⁴² N. J. Smelser, *op. cit.*, en especial) los caps. 9 y 10.

me atreví a decírselo; algunos de los espectadores señalaron el instrumento ... y entonces ella lo cogió ... y lo blandió contra la cabeza del tipo, y le hizo uno o dos ojos morados.»⁴³

Este hecho concuerda poco con las afirmaciones que se hacen a la ligera respecto de la indiferencia general de los padres. Los testimonios de los dos Informes indican que la fuente de la crueldad provenía de la propia disciplina de la maquinaria, complementada con profusión por la actuación de los vigilantes o (en las fábricas pequeñas) del patrono. Decir que prácticas comunes a industrias enteras se continuaban «contra la voluntad y contra el conocimiento de los patronos» es algo que no requiere refutación. Es cierto que muchos padres hacían la vista gorda al empleo de sus hijos que no llegaban a la edad legal decretada en 1819 y 1833. Hay que decir en honor a hombres como Doherty y de los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral que hicieron una enérgica campaña entre los obreros contra tales males, fomentando la dignidad entre los degradados y explicando el valor de la educación entre los ignorantes. El Movimiento Fabril también comprometió a muchos cientos de personas que no eran obreros fabriles: los tejedores que deseaban «amordazar al monstruo del vapor»; los padres desplazados de las fábricas por los jóvenes y que se mantenían gracias a los ingresos de sus hijos. Gaskell observó (en 1833) que el descontento de los obreros se debía menos a los simples problemas salariales que a

340

«la separación de las familias, la destrucción de los hogares, la ruptura de todos aquellos lazos que unen el corazón del hombre a la mejor parte de su naturaleza; es decir, sus instintos y sus sentimientos sociales ...».⁴⁴

El Movimiento Fabril, en sus primeras etapas, representaba menos un crecimiento del humanitarismo de la clase media que una afirmación de los derechos humanos por parte de los mismos trabajadores.

De hecho, pocos argumentos son tan especiosos como el que dice: dado que en el siglo XVIII se toleraba el trabajo infantil ilimitado, pero éste, en sus nuevas y más intensas formas, se volvió menos tolerable en la década de 1830, ello constituye un signo del creciente humanitarismo de «la época». El profesor Hayek ha hecho referencia a «este despertar de la conciencia social», a este

«creciente conocimiento de hechos que antes habían pasado desapercibidos. ... El sufrimiento económico se volvió más visible y pareció menos justificado, puesto que la riqueza general crecía más rápido que nunca».

El profesor Ashton ha ofrecido una variante de este argumento. Las Comisiones Reales y los comités parlamentarios de investigación, de principios del siglo XIX,

«son una de las glorias de la primera época victoriana. Señalaron una aceleración de la

⁴³ Frente a estas historias tenemos que situar los espantosos relatos de sadismo, que los mismos obreros adultos empleaban con los aprendices pobres, durante el período de las guerras. Véase J. Brown. *Memoir of Robert Blincoe*. Manchester. 1832. pp. 40-4).

⁴⁴ P. Gaskell. *The Manufacturing Population of England*. p. 7.

conciencia social, una sensibilidad hacia la desgracia, que no se había puesto de manifiesto en ningún otro período ni país».

Y ha mostrado un apasionamiento desacostumbrado en su defensa de los investigadores parlamentarios:

... una generación que tuvo el espíritu emprendedor y la laboriosidad de reunir los hechos, la honestidad de revelarlos y la energía de emprender la tarea de la reforma, ha sido presentada hasta la calumnia como la autora, no de los *Blue Books** sino de los propios males.⁴⁵

* Uno de los informes oficiales del Parlamento y del Consejo Privado, que se publica con cubiertas azules. (*N. de la t.*)

Los *Blue Books*, a principios del siglo XIX, eran útiles para muchos propósitos, pero la reforma era uno de los últimos. Las investigaciones parlamentarias se realizaban como respuesta rutinaria a las peticiones; como un medio de «manejar y canalizar» el descontento, aplazar decisiones o apartar de sus propósitos a los miembros del Parlamento que no se comportaban adecuadamente; o puramente debido a un exceso de oficiosidad utilitarista. El declive de Irlanda a través de sufrimientos consecutivos hasta llegar al punto culminante, aparentemente inevitable, de la Gran Hambre estuvo acompañado por la ausencia de cualquier medida importante de mitigación; y por un promedio de cinco investigaciones parlamentarias por año.⁴⁶ Los tejedores de telar manual y los tejedores de punto fueron debidamente investigados mientras morían de hambre. Ocho investigaciones en 10 años precedieron el establecimiento de la policía. (Es aleccionador el hecho de que las investigaciones tuvieran como resultado la acción en el último caso, pero no en los anteriores.) El señor Grandgrind se repuso con toda seguridad después de 1815, pero como muy bien sabía Dickens no representaba un «despertar de la conciencia social» o «sensibilidad hacia la desgracia», sino la eficacia, el gobierno centralizado con pocos gastos, el *laissez faire* y la «economía política» sólida.

341

Los *Blue Books* (al menos hasta que lleguemos a las grandes investigaciones sobre sanidad) no eran el producto de «una época» o el fruto de «una generación», sino un campo de batalla en el que luchaban reformadores y obstruccionistas, y en el que las causas humanitarias, las más de las veces, eran enterradas. Y por lo que se refiere a las clases más elevadas, lo que vemos en la década de 1830 no es un nuevo «despertar de la conciencia», sino la erupción casi volcánica, en distintos lugares y entre distintas gentes, de una conciencia social que había estado inactiva durante las guerras napoleónicas. Esta conciencia es verdaderamente evidente en la segunda mitad del siglo XVIII. La campaña para proteger a los deshollinadores, en la que participó Hanway, alcanzó el *statute-book** en 1788, frente a una reducida oposición. Durante las guerras volvieron todos los abusos, y todos los intentos de asegurar una nueva

⁴⁵ *Capitalism and the Historians*, pp. 18-19, 35-36.

⁴⁶ Véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, p. 80; y el comentario del señor Strauss: «La ignorancia de los hechos no fue una de las causas de la miseria irlandesa durante el siglo XIX.»

protección legislativa, después de aquéllas, chocó con una oposición frontal, y fueron rechazados en la Cámara de los Lores; puesto que, si se hubiese prescindido de los chicos, sus señorías tendrían que haber reformado sus chimeneas.⁴⁷ Todo el honorable trabajo de Howard en nombre de los prisioneros dejó una impresión poco perdurable, cuando las condiciones retrocedieron después de su muerte. Hemos advertido ya cómo la infección de odio de clase y de miedo corrompió la conciencia humanitaria. Es cierto que la *Peel's Act* de 1802 destaca en esta situación de ofuscación; pero su aplicación se limitaba a los aprendices pobres y era menos un precedente para una nueva legislación que un intento de extender las salvaguardas tradicionales del aprendizaje en un nuevo contexto. Lo más importante —y lo más desastroso para los niños que trabajaban en la fábrica— fue la atrofia de la conciencia de la *gentry* rural, los únicos hombres que tenían la autoridad o la obligación tradicional de proteger a los pobres.

* Serie completa de los volúmenes que forman el registro oficial de las leyes. (*N. de la t.*)

342

No hay nada que confirme mejor esta atrofia, y la profunda alienación de las clases, que la forma que tomó el «despertar» real cuando llegó. Multitud de *gentlemen* y de profesionales que prestaron algún apoyo a las causas humanitarias en las décadas de 1830 y 1840 parecen haber estado viviendo, en la década de 1820, en medio de los populosos distritos manufactureros, inconscientes de los abusos que tenían lugar a pocos cientos de metros de sus puertas. El mismo Richard Oastler vivía en las afueras de Huddersfield, pero no se dio cuenta de la existencia del trabajo infantil hasta que el fabricante de Bradford, John Wood, le *habló* de él. Cuando sacaron a las niñas medio desnudas de los pozos de las minas, las lumbreras locales parecieron estar auténticamente sorprendidas: «El señor Holroyd, procurador, y el señor Brook, cirujano, que ejercen su profesión en Stainland, estaban presentes, y confesaron que, aunque vivían a pocas millas de aquí, no habían podido creer que existiera un sistema de crueldad no cristiana como éste.»⁴⁸ Olvidamos por cuánto tiempo los abusos pueden seguir siendo «desconocidos» hasta que son evidentes; por cuánto tiempo la gente puede contemplar la miseria y no advertirla, hasta que la propia miseria se rebela. Según la visión de los ricos, entre 1790 y 1830, los niños de las fábricas eran «activos», «laboriosos», «útiles»; se les mantenía lejos de sus jardines y huertos y eran baratos. Si surgían remordimientos de conciencia, en general, podían silenciarse mediante los escrúpulos religiosos; como subrayó un Miembro honorable acerca de los deshollinadores en 1819: «los muchachos que generalmente trabajaban en esta profesión no eran los hijos de los pobres, sino hijos de hombres ricos engendrados de manera ilícita.»⁴⁹ Esto demuestra un delicado sentido de la propiedad moral, así como una completa ausencia de prejuicio de clase.

Pero la conciencia de «los ricos» en esta época está llena de complejidad. El

⁴⁷ Véase J. L. y B. Hammond, *The Town Labourer*, pp. 176-193.

⁴⁸ *Children's Employment Commission, Mines*, 1842, p. 80.

⁴⁹ Citado en *The Town Labourer*, p. 190.

argumento de que los exaltados ataques «Tory» hacia los abusos del industrialismo, en la década de 1830, expresados por hombres como Sadler, Shaftesbury, Oastler o Disraeli, eran poco más que la venganza de los intereses de los terratenientes sobre los fabricantes y su Liga *Anti-Corn Law* tiene cierto sentido en términos de «política de partido». Es cierto que revelaban profundas fuentes de resentimiento y de inseguridad entre los tradicionalistas ante las innovaciones y el poder creciente de la clase media adinerada. Pero incluso una lectura apresurada de *Sybil*, de la vida de Shaftesbury' escrita por los Hammond o de la impresionante vida de Oastler escrita por Cecil Driver nos revelará la superficialidad de cualquier valoración que se limite a esos términos. Parece que seamos testigos de una mutación cultural; o, como en el caso del constitucionalismo del siglo XVIII, de una retórica aparentemente hueca y convencional que se encendió, en espíritus individuales, como una creencia meditada y apasionada.

343

Además, junto con los viejos argumentos del paternalismo *tory* tenemos la nueva influencia del romanticismo frustrado. En su repugnancia hacia la Ilustración, Wordsworth, Coleridge y Southey habían reafirmado certidumbres tradicionales, «los instintos del hombre natural y social». En su vuelta hacia el orden, la autoridad, el deber, no habían olvidado la enseñanza de Rousseau acerca de los niños. En el Libro VIII de *The Excursion*, Wordsworth condenaba el sistema fabril por contraste con la vieja economía familiar rural:

¡Las habitaciones vacías! o por ventura
 La Madre sola, sin ninguna ayuda
 Para mecer la cuna de su inquieto bebé;
 Ninguna hija a su alrededor, que esté ocupada en el torno de hilar,
 O que le cuente los pequeños progresos diarios
 De las tareas del hogar: ningún delicado arte
 De bordado; ninguna actividad en el fuego.
 En el que un tiempo se preparó con orgullo la comida;
 Nada para hacer que corra el día, o para animar el espíritu;
 ¡Nada que alabar, que enseñar o que ordenar!
 El Padre, si por ventura todavía sigue haciendo
 Sus antiguas tareas, va al campo o al bosque
 Sin que le sigan o le precedan sus hijos;
 Acaso estuvieran ociosos; pero lo estaban bajo *su* mirada;
 Respirando el aire fresco y pisando la verde tierra:
 Hasta que acabó la corta fiesta de su infancia,
 ¡Para no volver jamás! Hoy se ha perdido este derecho de nacimiento.*

* The habitations empty! or perchance / The Mother left alone —no helping hand / To rock the eradle of her peevish babe; / No daughters round her, busy at the wheel, / Or in dispatch of each day's little growth / Of household occupation; no nice arts / Of needle-work; no bustle at the fire, / Where once the dinner was prepared with pride; / Nothing to speed the day, or cheer the mind; / Nothing to praise, to teach, or to command! / The Father, if perchance he still retain / His old employments, goes to field or wood / No longer led or followed by the sons; / Idlers perchance they were but in *his* sight; / Breathing fresh air and treading the green earth: / Till their short holiday of childhood ceased, / Ne'er to return! That birthright

now is lost.

La equivocación, hoy en día, es suponer que el sentimiento paternalista debe ser distante y lleno de superioridad. Puede ser apasionado y comprometido. Esta corriente del radicalismo social tradicionalista, que va desde Wordsworth y Southey pasando por Carlyle y más allá, parece contener, tanto en su origen como en su desarrollo, una dialéctica por la cual apunta continuamente conclusiones revolucionarias. El punto de arranque de los tradicionalistas y de los jacobinos era el mismo. «Qué otra cosa es una inmensa fábrica —exclamaba Thelwall—, sino una prisión corriente, en la que una desventurada multitud está condenada al libertinaje y al duro trabajo, para que un individuo pueda elevarse a la opulencia desmesurada.»⁵⁰ «Detesto el sistema fabril» declaraba su compañero jacobino, Thomas Cooper, que había sufrido las primeras etapas de la Revolución industrial en el Lancashire:

344

«En este sistema se debe convertir a una gran proporción de la población en meras máquinas ignorantes, viciosas y brutales, para que el excedente de sus 12 o 14 horas de trabajo diarias pueda ir a parar a los bolsillos y suministrar los lujos de los ricos, capitalistas comerciales y fabricantes».⁵¹ Southey puso furioso al «filósofo» de los fabricantes, el doctor Andrew Ure, con su condena, incluso más radical, del sistema fabril como «un quiste, una excrescencia fungosa del cuerpo político».⁵²

A pesar de que los jacobinos y los *tories* están en polos políticos opuestos, entre ellos se dan continuos intercambios de destellos de sentimiento y argumentación. Los profetas de la «marcha del intelecto» —Brougham, Chadwick, Ure— parecen pertenecer a un mundo diferente. Siempre que los tradicionalistas *lories* iban más allá de la discusión de ideas acerca del sistema fabril e intentaban dar rienda suelta a sus sentimientos en la acción, se veían obligados a una embarazosa alianza con los sindicalistas o los radicales obreros. La clase media liberal sólo veía en ello la prueba de la hipocresía *tories*. Cuando Sadler luchó por su escaño en Leeds (y perdió) en las elecciones del proyecto de ley de la Reforma de 1832, un tendero que escribía un diario observó:

«... nadie le apoyaba excepto unos pocos que están bajo el yugo de la Tiranía y unos pocos Radicales de la clase más baja, ha sido obra de *Bony* que el Viejo Partido *Tory* se vea Obligado a volverse Radical en todas y cada una de las cosas para mantener su sistema ... ».⁵³

Dos años más tarde, con la promulgación de la *Poor Law*, que con sus disposiciones malthusianas y chadwickianas atropellaba todo «instinto del hombre natural y social», pareció que se les presentaba a unos pocos *lories* radicales una elección definitiva, entre los valores del orden y los de la humanidad. La mayoría se retiraron y se contentaron con proyectos de diferente tipo para una mejora humanitaria; pero unos

⁵⁰ *Monthly Magazine* (1 de noviembre de 1799). Estoy en deuda con el doctor D. V. Erdman por esta referencia.

⁵¹ T. Cooper. *Some Information Respecting America*. 1794, pp. 77-78.

⁵² R. Southey, *Sir Thomas More: or Colloquies ...* 1829, I, p. 711; A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, pp. 277-278. Véase también Raymond Williams, *Culture and Society*, Penguin, 1961, pp. 39 y siguientes.

⁵³ MS. Diario de Robert Ayrey, Leeds Reference Library.

pocos estaban preparados para asociarse, no sólo con los cobbettitas, sino con los owenitas, los librepensadores y los cartistas. Joseph Raynor llegó incluso a hacer llamamientos para incendiar las «Bastillas» y Oastler fomentó la desobediencia civil —algunas veces, muy incivil— y, en su papel de protector de los niños de la fábrica, incluso recomendó el uso del sabotaje industrial contra los propietarios de las fábricas que violaran la ley:

345

En este caso imprimiré una pequeña tarjeta que trate sobre *Inutilizar y Arena y Clavos Oxidados*, con directrices precisas y muy explícitas, que harán que esos transgresores de la ley miren a su alrededor y se arrepientan de haber sido tan locos como para reírse de la Ley y del Rey. Esas cartas mías deberán ser entonces el catecismo de los niños de la fábrica.⁵⁴

Durante 10 años pisó Oastler los límites de la revolución; pero el título que le puso a una de sus publicaciones fue *The Home, the Altar, the Throne, and the Cottage*.

Diffícilmente podemos atribuir esta erupción de compasión a una «época» que, a la vez, encarceló a Stephens y vilipendió a Oastler. Muchos de los que realmente se esforzaron en favor de los niños de la fábrica durante los primeros años se enfrentaron con los malos tratos, el ostracismo por parte de su clase y algunas veces con pérdidas personales. Y, como ha señalado el señor Driver, el momento crucial en la trayectoria de Oastler no fue la toma de conciencia respecto del trabajo infantil, sino el «*Fixby Hall Compact*» entre él mismo y los sindicalistas radicales. La toma de conciencia no fue, en todo caso, característica del toryismo como conjunto. Si quisiéramos analizar minuciosamente la conciencia *tory* del año 1800 o del 1830, deberíamos empezar por la actitud del *squire* hacia sus propios jornaleros. Verdaderamente, puede encontrarse un antecedente cultural del humanitarismo de la década de 1830, tanto en el paternalismo *tory* como en las tradiciones más sumisas de servicio y «buenos trabajos» de la disidencia liberal. Pero, como una verdadera fuerza, sólo aflora aquí y allí, en mujeres y hombres individuales; Oastler y Bull no son más representativos de los *tories*, de lo que Fielden y la señora Gaskell lo son de la conciencia liberal inconformista.

Si Tawney tenía razón, y el trato que recibía la infancia y la pobreza son las dos «piedras de toque» que revelan «el verdadero carácter de una filosofía social»,⁵⁵ la que sale peor parada de esta prueba, en 1830, es la tradición liberal e inconformista. Es cierto que hay un humilde mundo crepuscular, medio escéptico, medio disidente, del cual provendría gran parte de lo mejor de la temprana vida intelectual y espiritual victoriana. Pero es igualmente cierto que durante los años que van desde 1790 a 1830 se produce un espantoso declinar de la conciencia social de la disidencia. Y sobre todo están los proverbiales empresarios inconformistas, con sus vigilantes metodistas, con su odiosa fama de mentores de los niños en los días laborables, trabajando para sus fábricas hasta cinco minutos antes de la medianoche del sábado y obligando a los

⁵⁴ C. Driver, *op. cit.*, pp. 327-328.

⁵⁵ R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalista*, Penguin, p. 239.

niños a que asistieran a la escuela dominical el *Sabbath**

346

La imagen está sacada, en parte, de la novela de Francés Trollope, *Michael Armstrong, The Factory Boy*, 1840, en la que «los señores Robert y Joseph Tomlins, los dos circunspectos *gentlemen*, como corresponde a la fábrica ... asisten en persona todos los domingos por la mañana para comprobar que tanto los niños como el maestro aprovechan el tiempo». Es una imagen de ficción y pintoresca, que pertenece quizá más a 1820 que a 1840, que es más aplicable a las fábricas rurales apartadas en las que sobrevivía el sistema de los aprendices de la parroquia, que a cualquier gran ciudad algodonera. Pero las condiciones que describe la señora Trollope en «*Deep Dale*»,** en el Derbyshire, se pueden encontrarse todavía, en la década de 1830, en muchos valles aislados tanto del lado de los Peninos que corresponde al Lancashire como en el del Yorkshire.

* Séptimo día de la semana, considerado día de descanso religioso, en la tradición judía corresponde al sábado; en la cristiana al domingo. (*N. de la t.*)

** «Valle Profundo». (*N. de la t.*)

Un viaje de investigación a la zona alta del río Calder, emprendido por un propagandista de las 10 horas, y en el que se prestó una atención especial a las reacciones del clero local, muestra la complejidad de cualquier generalización. En Ripponden el vicario se negó a dar su apoyo, pero la capilla metodista fue prestada para hacer un mitin en favor de las 10 horas. En Hebden Bridge un viejo predicador metodista laico declaró que él siempre predicaba contra el sistema fabril «porque, dice, podemos predicar hasta que nuestras lenguas hiendan el paladar de nuestras bocas, ipero nunca haremos nada bueno mientras se permita que el sistema funcione como en la actualidad!». Pero se había hecho tan detestable, que el empresario metodista local, en Mytholmroyd, cerraba siempre la capilla cuando le tocaba predicar. En Sowerby Bridge, el reverendo Bull, hermano del párroco Bull de Bierley (famoso compañero de Oastler durante la agitación en favor de las 10 horas), negó su apoyo y se mostró seguro de que la benevolencia de los patronos «no se puede superar». Un grupo de obreros, al pasar ante la capilla metodista construida por uno de los empresarios, el señor Sutcliffe, «se volvieron hacia la capilla y desearon que se fuera al infierno y el señor Sutcliffe con ella». «Dije que estaba muy mal, porque el señor Sutcliffe había construido la capilla para su provecho. “Maldito sea —dijo otro— le conozco, he tenido buena muestra de él, y considero que una esquina de esta capilla es mía, y que toda ella pertenece a sus obreros”...»⁵⁶ El valle del Cragg, un afluente aislado del Calder, era un verdadero «*Deep Dale*». Un pastor del que se desconoce la filiación declaró:

347

Si había algún lugar en Inglaterra que necesitaba intervención legislativa, era este lugar,

⁵⁶ Se cree que muchos propietarios de fábricas tenían un fondo especial que provenía de las multas que ponían a sus obreros, y que lo dedicaban a fines caritativos o a la construcción de capillas. En Dewsbury hay una gran capilla que se conoce todavía, entre la generación vieja, como «la capilla del hilo roto» debido a las multas que se cobraban por los hilos que se rompían.

porque trabajaban 15 y 16 horas al día con frecuencia, y algunas veces toda la noche: ¡oh! éste es un sistema asesino, y los propietarios de las fábricas son la plaga y la desgracia de la sociedad. Las leyes humanas y divinas son insuficientes para tenerles a raya; no hacen caso del proyecto de ley de Hobhouse y dicen «Dejad que el Gobierno haga las leyes que se le antoje, que en este valle saben cómo hacer pasar por ellas carros y carretas».

Explicó la historia de un muchacho al que había enterrado hacía poco, le habían encontrado durmiendo de pie con los brazos llenos de lana y la habían golpeado para mantenerle despierto. Aquel día trabajó 17 horas; su padre le llevó a casa, no pudo ingerir la cena, se despertó a las cuatro de la mañana y les preguntó a sus hermanos si podían ver las luces de la fábrica porque tenía miedo de llegar tarde y luego murió. (Su hermano menor, de 9 años, había muerto con anterioridad; el padre era «sensato y laborioso», era maestro de la escuela dominical.) El cura anglicano del lugar dio su apoyo sin reservas en favor de la limitación del trabajo infantil:

He visto cómo los pobres de este valle estaban oprimidos, y he creído que era mi deber revelarlo ... Tengo el deber, desde la responsabilidad que se desprende de la naturaleza de mi cargo, de contrastar esta realidad con la verdad liberal y bondadosa del Evangelio. ... Y donde se ejerce la opresión, ésta en general recae de la forma más pesada sobre aquellos que son menos capaces de soportarla ... porque la viuda no tiene marido, y sus hijos no tienen padre terrenal ... a menudo les vemos muy maltratados ...

A consecuencia de sus sermones —y de protestas personales a los patronos—, los propietarios de las fábricas maldijeron e injuriaron a él y a sus hijas en las calles. A las denuncias siguió un mitin de protesta que fue anunciado con carteles del estilo característico de Oastler:

... sois más Tiránicos, más Hipócritas que los tratantes de esclavos de las Indias Occidentales. ... Vuestra cacareada *Liberalidad* ... Demostraré que vuestro alarde de *Piedad* es, en realidad, *Tiranía* ... ni más ni menos que *Blasfemia*. ... Vuestro sistema de «*Palizas*» —de «*Multas*», de «*Turnos alargados*», de «*Truck*», de «*limpieza de la maquinaria durante el tiempo de la comida*»— de «*Trabajo en Domingo*», de «*Salarios Bajos*» ... todo ello debe someterse a la Prueba de la «*Investigación Pública*» ...

348

«El mismo sábado por la noche, cuando regresaba del mitin,» declaró Oastler:

Vi dos fábricas que brillaban a toda furia en el valle. Sus ocupantes, pobres pequeños sufridores, tenían que permanecer allí hasta las 11.30, y descubrí que el propietario de una de ellas era un destacado murmurador, rezador e hipócrita religioso ...⁵⁷

Debemos volver al metodismo y ver por qué su misión particular consistió en actuar como justificadora del trabajo infantil.⁵⁸ No hay ninguna duda de que el párroco Bull tenía principalmente en la cabeza a los empresarios inconformistas, cuando atacaba a la «estirpe» de los patronos:

... una stirpe, toda la sabiduría de la cual consiste en aquella astucia que les permite

⁵⁷ G. Grabtree, obrero, *Brief Description of a Tour through Calder Dale*, 1833; *Voice of the West Riding*, 20 (27 de julio de 1833); *Account of a Public Meeting Held at Hebden Bridge* (24 de agosto de 1833).

⁵⁸ Sin embargo, es interesante señalar que Cecil Driver, *op. cit.*, p. 110, dice que los Metodistas Primitivos prestaban a menudo sus templos a Richard Oastler.

inventar los medios más baratos para obtener la mayor cantidad de trabajo posible de los obreros más jóvenes que sea posible, en el mínimo tiempo posible, a cambio de los mínimos salarios posibles ... una estirpe de hombres de los cuales Agur hubiese dicho: *existe una generación, ¡oh, qué orgulloso es su mirada! y sus párpados están abiertos. Existe una generación cuyos dientes son como espadas, y sus molares son como cuchillos para devorar a los pobres de la superficie de la tierra, y a los necesitados de entre los hombres.*⁵⁹

Por otra parte, aunque la efectiva complicidad unánime de parte del inconformismo oficial se exponía a los ataques bíblicos de Bull y Oastler, así como a los de los obreros del Comité para la Reducción de la Jornada Laboral (algunos de los cuales habían aprendido a leer en las escuelas dominicales de los propietarios de las fábricas), de ningún modo se debe suponer que la iglesia oficial estuviese trabajando de manera unitaria y sin remisión en favor de los niños. Por cierto, lo dice el mismo Shaftesbury —quien con seguridad hubiese creído a la iglesia si ello hubiese sido conveniente— que con la notable excepción de Bull, el clero anglicano como «un cuerpo ... no hará nada».⁶⁰

349

Así pues, la afirmación referente a un «despertar de la conciencia» es engañosa. Lo que hace es minimizar el verdadero frenesí de piedad que conmovió a la escasa veintena de profesionales del norte que adoptaron la causa de los niños; empujar la violencia de la oposición con la que se enfrentaron, y que les condujo en ocasiones a posiciones casi revolucionarias; y —como han tendido a hacer los historiadores humanitarios— a subestimar la parte que desempeñaron en la agitación a lo largo de 20 años agotadores, o más, hombres como John Doherty y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral que era propio de los trabajadores. Más recientemente, un escritor ha examinado el problema con ese aire de fastidio apropiado a la holgada conciencia de la Era Nuclear. El lector moderno, dice, «bien disciplinado por su familiaridad con los campos de concentración» se queda «comparativamente impasible» ante el espectáculo del trabajo infantil.⁶¹ Se nos puede permitir pues reafirmar un punto de vista más tradicional: que la explotación de los niños pequeños, a esa escala y con esa intensidad, fue uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia.

⁵⁹ *Manchester and Salford Advertiser* (29 de noviembre de 1835).

⁶⁰ E. Hodder, *Life of Shaftesbury*, edición de 1887, pp. 175, 378.

⁶¹ R. M. Hartwell, «Interpretations of the Industrial Revolution in England», *Journal of Econ. Hist.*, XIX (2 de junio de 1959).

Capítulo 11. EL PODER TRANSFORMADOR DE LA CRUZ

I. LA MAQUINARIA MORAL

Puritanismo, Disidencia, Inconformismo: el declive desemboca en una capitulación. La *disidencia* todavía lleva consigo el sonido de la resistencia frente a Satanás y a la Prostituta de Babilonia, el *inconformismo* es modesto y está lleno de disculpas: pide que le dejen solo. Mark Rutherford, uno de los pocos que comprendió la completa desolación de la historia interna del inconformismo de] siglo XIX —y que, sin embargo, es en sí mismo una prueba de los valores que de algún modo sobrevivieron—, describió en su *Autobiography* la forma tradicional del servicio durante su juventud:

En general, empezaba con una confesión de que todos éramos pecadores, pero nunca se confesaban los pecados individuales, y luego seguía una especie de diálogo con Dios, que se parecía mucho a los discursos que he oído, en los últimos años, en la Cámara de los Comunes, hechos por los promotores de las peticiones dirigidas a la Corona y los que les dan apoyo, en las sesiones de apertura del Parlamento.

El ejemplo se ha tomado de los calvinistas independientes, pero también servirá de manera excelente para describir la actitud del metodismo ante la autoridad temporal. Esta capitulación estaba implícita en el origen del metodismo: en el torismo de su fundador y en su actitud ambivalente ante la Iglesia oficial. Desde el principio los wesleyanos se situaron de manera ambigua entre la disidencia y la oficialidad, e hicieron todo lo que estuvo a su alcance para combinar las peores características de ambas, sirviendo como justificadores de una autoridad a cuyos ojos eran un objeto de ridículo o de condescendencia, pero jamás de confianza. Después de la Revolución francesa, las conferencias anuales sucesivas manifestaron siempre su sumisión y su celo para combatir a los enemigos del orden establecido; y llamaron la atención en cuanto a su actividad para «elevar el nivel de moralidad pública, y promover la lealtad entre las categorías medias, así como la subordinación y la laboriosidad entre los órdenes más bajos de la sociedad».¹ Pero los metodistas pocas veces eran admitidos como interlocutores de la oficialidad; y cuando esto ocurría lo eran sólo por la puerta trasera; nunca fueron condecorados con ninguno de los honores del rango; y si

¹ Citado en Halévy, *op. cit.*, III, p. 53. Para tener información sobre la postura política del metodismo durante estos años, véase E. R. Taylor, *Methodism and Politics, 1791-1850*, y R. F. Wearnouth, *Methodism and the Working Class Movements of England, 1800-1850*, 1937, en especial los capítulos que tratan sobre «The Methodist Loyalty» y «The Methodist Neutrality». Véase también *The Town Labourer*, cap. 13, «The Defences of the Poor».

hubiesen sido mencionados en los despachos, probablemente se habría entorpecido el tipo de espionaje moral que acometían con mayor facilidad.

351

Durante las guerras se observó un aumento notable de los partidarios del metodismo.² También se asistió (nos dice Halévy) a «un declive ininterrumpido del espíritu revolucionario» entre todas las sectas inconformistas. El metodismo es muy destacable durante las guerras por dos cosas: en primer lugar, sus avances fueron mayores entre la clase obrera industrial; en segundo lugar, los años posteriores a la muerte de Wesley presencian la consolidación de una nueva burocracia de ministros eclesiásticos, que consideraban como su deber manipular la sumisión de sus seguidores y disciplinar toda tendencia que se desviara en el seno de la Iglesia y que pudiera ofender a la autoridad.

En eso fueron muy eficaces. Durante siglos la Iglesia oficial había predicado a los pobres los deberes de la obediencia; pero estaba tan lejos de ellos —y su distancia casi nunca fue mayor que en aquella época de absentismo y vida plural— que sus homilías habían dejado de surtir efecto. El respeto del campo se basaba en la amarga experiencia del poder del *squire*, más que en cualquier convicción interior. Y hay pocas pruebas respecto de que el movimiento evangélico en el seno de la Iglesia encontrase un éxito mucho mayor: muchos de los folletos de medio penique, de Hannah More, se dejaban para cubrirlos sueldos de los alojamientos de los criados de las grandes casas. Pero los metodistas —o muchos de ellos— *eran* los pobres. Muchos de sus folletos eran confesiones de pecadores arrepentidos, de entre los pobres; muchos de sus predicadores locales eran hombres humildes que hallaban las imágenes para su discurso (como dijo uno de ellos) «detrás de mi *spinning-jenny*». Y la gran expansión que se produjo después de 1790 fue en los distritos mineros y fabriles. Junto con las Salems y Bethels, más viejas, las nuevas capillas de ladrillo de Brunswick: y Hanover proclamaban la lealtad al metodismo. «He oído cosas extraordinarias acerca de vuestro anfiteatro de Liverpool», escribió un pastor al reverendo Jabez Bunting en 1811: «Se necesitarán unos poderosos pulmones para que las palabras lleguen de un extremo al otro de él. En Bradford y en Keighley están construyendo templos casi tan amplios como la Capilla de Carver Street de Sheffield. ¿En qué se convertirá el metodismo en pocos años?».³

352

Jabez Bunting, cuyo ministerio activo abarca plenamente medio siglo. era la figura dominante del wesleyanismo ortodoxo, desde la época del ludismo hasta los últimos años del movimiento cartista. Su padre, un sastre de Manchester, había sido un «Radical de pies a cabeza» que «se adhirió apasionadamente a la causa de los primeros revolucionarios franceses», pero no por ello fue menos metodista.⁴ Pero a finales de la

² Véase más adelante, p. 433.

³ T. P. Bunting. *Life of Jabez Bunting*, D. D., 1887. p. 338.

⁴ *Ibid.* p. 11. Es interesante señalar que el padre de Oastler, un pañero de Leeds, también era metodista y partidario de Tom Paine. En su madurez, la opinión de Oastler acerca del metodismo apenas si fue algo más lisonjera que la de

década de 1790, y después de la separación de la Nueva Conexión Kilhamita, surgió un grupo de pastores más jóvenes, entre los cuales se hallaba Bunting, cuya preocupación principal era eliminar la mancha jacobina del metodismo. En 1812, Bunting ganó distinción al renegar de los metodistas luditas; al año siguiente, en Leeds, contaba con «varios magistrados *tory* de la vieja escuela, partidarios de la Iglesia y el Rey, que, probablemente, jamás habían cruzado el umbral de un templo disidente, entre sus asiduos oyentes».⁵ Él y sus compañeros de ministerio —de los cuales uno de los más detestables se llamaba reverendo Edmund Grindrod— eran sobre todo organizadores y administradores, ocupados con las interminables intrigas de la Conexión y un exceso de celo disciplinario. Los sucesores de Wesley continuaron con el desagrado de éste hacia la anarquía de carácter autónomo de la Vieja Disidencia, con la autoridad que se le concedía a la Conferencia Anual (escorada con los ministros que el propio Wesley había designado) y su Comité de Privilegios (1803). Los metodistas primitivos fueron expulsados porque se temía que sus reuniones al aire libre derivaran en «tumultos» y sirvieran de precedentes políticos (como de hecho lo fueron); los «metodistas» de «*tent methodist*» y los cristianos de la Biblia, o bryanitas, fueron sometidos a disciplina de forma similar; se les prohibió predicar a las mujeres; se reforzaron los poderes de la Conferencia y de los inspectores de circuito. Se alentó el espionaje de las flaquezas morales de los demás; se hizo más severa la disciplina dentro de las clases; y, después de 1815, se expulsó o se borró del «proyecto» a muchos predicadores locales tanto por «reincidencias» de tipo político, como religioso. En el libro de actas de los predicadores locales de Halifax, encontramos la siguiente entrada: «Bro. M. acusado de asistir a una reunión política, cuando debería haber estado en su clase» (16 de diciembre de 1816); también encontramos allí el alarmado escrito de un corresponsal de Newcastle a Bunting:

353

... un tema de dolorosa y penosa preocupación, que dos de nuestros predicadores locales (de North Shields) han asistido al inmenso mitin de los Reformistas Radicales ... espero que ninguna parte considerable de nuestros hermanos se encuentre entre los Radicales; pero un pequeño número de nuestros líderes están entre los amigos más acérrimos de su espíritu y proyecto ... y un sentido equivocado de la hermandad ha hecho que algunos de los auténticamente devotos se pongan de su lado. Por lo que se refiere a las amonestaciones, me alegro de decir que varios miembros han dejado sus clases (ya que han adoptado casi toda la organización metodista. de modo que entre ellos son completamente corrientes los términos «Jefes de Clase», «Reuniones de Distrito», etcétera, etcétera). Si los hombres se tienen que adiestrar a estar frente a una multitud con serenidad y adquirir soltura para hablar en público, en las reuniones Misionales y Bíblicas y luego empiezan a emplear la terrible arma moral, que han obtenido de ese modo, para poner en peligro la misma existencia del Gobierno del país, verdaderamente *nosotros* podemos empezar a temblar ...

Cobbett.

⁵ J. Wray, «Methodism in Leeds», Leeds Reference Library.

Esto ocurría en 1819, el año de Peterloo. La respuesta de) Comité Metodista de Privilegios a los sucesos de ese año fue hacer pública una circular, que «tiene vestigios claros» de la redacción de Bunting, que expresaba

una firme y decidida desaprobación de ciertas reuniones tumultuosas que se han presenciado últimamente en diversas partes del país; en las cuales han sido reunidas grandes masas de población de forma irregular (a menudo bajo pancartas con las inscripciones más sorprendentes e impías) ... planeadas, a la vez desde los principios paganos, las teorías políticas disparatadas y engañosas, y las arengas incendiarias y violentas ... para desprestigiar a todo gobierno e introducir el descontento universal, la insubordinación y la anarquía.⁶

Al menos Wesley había sido un valiente caballo de guerra; jamás se había excusado a sí mismo; era un exaltado que se había mantenido en pie en la plaza del mercado para que le apedreasen. Bunting, con su «sólida, matemática manera de hablar», es un carácter menos admirable. Su propio consejo era «adaptar tus principios a tus exigencias». «En nuestro trato familiar», informaba un amigo de la época de su ministerio juvenil a su hijo:

su conversación era uniformemente seria e instructiva. Al igual que su ministerio en el pulpito, todas las palabras tenían su lugar apropiado y todas las frases podrían haber sido meditadas con anterioridad. Algunas veces el irrefrenable ingenio de tu querida madre interrumpía de pronto nuestra seriedad; pero jamás se le vio de otro modo que en su carácter adecuado como ministro del evangelio de Cristo.

354

El sabbatismo intransigente de Bunting se paraba a corta distancia de donde empezaba su propia conveniencia: «no dudaba en emplear animales. en el necesario cumplimiento de su trabajo pastoral; aunque siempre con la reserva que se imponía a sí mismo ...» Respecto de los niños era otro problema. A menudo estamos tentados de perdonar al metodismo alguno de sus pecados cuando recordamos que al menos proporcionaba una rudimentaria educación a los niños y a los adultos, en sus escuelas dominicales; y a veces se recuerda la feliz imagen dada por Bamford de la escuela de Middleton a finales de la década de 1790, a la que asistían «los grandes muchachos de los mineros del carbón y sus hermanas», y los hijos de los tejedores y los jornaleros de Whittle, Bowlee, Jumbo y el White Moss. Pero precisamente *esta* imagen de indisciplina de los primeros metodistas es lo que Bunting no podía perdonar. Cuando, durante su ministerio en Sheffield en 1808, vio que se les enseñaba a *escribir* a los niños en la escuela dominical su indignación no tuvo límites. Aquello era «una terrible ofensa al *Sabbath*». Por lo que se refiere a la impropiedad teológica, no podía haber duda alguna: para los niños aprender a leer las Escrituras era un «bien espiritual», mientras que escribir era un «arte secular» del que podía resultar un «provecho temporal». La batalla, de la cual Bunting salió victorioso, empezó en Sheffield (con James Montgomery, que había sido «jacobino», defendiendo la causa de los niños en el *Sheffield Iris*; se repitió de nuevo al año siguiente en Liverpool (1809) con el mismo

⁶ T. P. Bunting, *op. cit.*, pp. 527-528.

resultado; y Bunting estuvo en la vanguardia de un movimiento que tuvo un éxito muy amplio en extirpar esa perniciosa «violación» del Día del Señor, hasta la década de 1840. Esta fue, por cierto, una de las formas en que Bunting demostró su valía a nivel nacional.⁷

Quizá era necesaria esta valía para espolear a los niños durante los seis días de la semana. En el caso de Bunting y de sus compañeros parece que tropecemos con una deformidad de la sensibilidad, complementaria de las deformidades laborales de los niños de la fábrica cuyo trabajo no condenaban. En toda la copiosa correspondencia del período de sus primeros ministerios en los núcleos industriales (Manchester, Liverpool, Sheffield, Halifax y Leeds, 1804-1815), entre interminables pequeñas disputas de la Conexión, tonterías moralistas y salaces investigaciones de la conducta privada de mujeres jóvenes, ni él ni sus colegas parecen haber tenido ni un solo escrúpulo respecto de las consecuencias del industrialismo.⁸ Pero los líderes más jóvenes del metodismo no sólo eran culpables de complicidad con el hecho del trabajo infantil por omisión. Debilitaron a los pobres desde su interior, añadiéndoles el ingrediente activo de la sumisión; y alentaron dentro de la iglesia metodista aquellos aspectos más adecuados para componer los elementos psíquicos de la disciplina laboral, de la cual estaban muy necesitados los fabricantes.

355

En fecha tan temprana como 1787, el Robert Peel de la primera época escribió: «He dejado la mayor parte de mis talleres del Lancashire bajo la dirección de metodistas, y me sirven maravillosamente bien.»⁹ Weber y Tawney han analizado de forma tan completa la interpenetración del modo de producción capitalista y la ética puritana que a primera vista poco se puede añadir. Se puede ver el metodismo como una simple extensión de esta ética en un medio social cambiante; y en el hecho de que el metodismo, en la época de Bunting, demostrase estar excepcionalmente bien adaptado, gracias a su exaltación de los valores de la disciplina y el orden y a su opacidad moral, tanto a los propietarios de fábricas, que lo eran por su propio esfuerzo, y a los fabricantes, como a los capataces, vigilantes y grupos que estaban inmediatamente por debajo de los patronos, tenemos a mano un argumento de tipo «económico». Y este argumento —que el metodismo servía como autojustificación ideológica para los patronos-fabricantes y para sus satélites— contiene una parte importante de la verdad. Por cuanto, John Wesley —en un pasaje que a menudo se cita— preveía y deploraba a la vez:

... la religión debe dar lugar a un tiempo a la laboriosidad y a la frugalidad, y éstas sólo

⁷ *Ibid.*, pp. 295-297, 312-314, 322-323; Bamford. *Early Days*, pp. 100-101. Es justo señalar que la Iglesia oficial y otras sectas inconformistas también prohibieron enseñar a escribir en domingo.

⁸ La única causa humanitaria a la que los metodistas como Bunting dieron un apoyo coherente fue a la agitación antiesclavista; pero a medida que pasan los años y el tema se saca a relucir una y otra vez, se empieza a sospechar que aquello que mantenía en alto su estandarte era menos un vestigio de conciencia social que un deseo de desarmar a la crítica.

⁹ L. Tyerman, *John Wesley*, 1870, III, p. 499. Véase también J. Sutcliffe, *A Review of Methodism*, York, 1805, p. 37.

pueden producir riqueza. Pero a medida que la riqueza aumenta, lo mismo harán la soberbia, la ira y el amor al mundo.... ¿Cómo es posible entonces que el metodismo, que es una religión de corazón, aunque hoy florezca como un laurel, pueda continuar en el mismo estado? Porque los metodistas en todos los lugares crecen diligentes y frugales; en consecuencia aumentan sus bienes. Por tanto, aumentan en proporción la soberbia, la ira, el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y el orgullo de la vida. Así, aunque permanezca la forma de la religión, el espíritu se desvanece rápidamente.

Muchos propietarios de fábricas metodistas —y, por supuesto, el mismo Bunting— podrían servir como confirmación de ello a principios del siglo XIX.¹⁰ Y sin embargo, el argumento se tambalea en un punto crítico. Porque exactamente en este momento el metodismo obtuvo su mayor éxito al servir *simultáneamente* como religión de la burguesía industrial (aunque en este grupo compartía el terreno con otras sectas inconformistas) y de amplios sectores del proletariado. Ni puede haber duda alguna respecto de la lealtad, profundamente arraigada, de muchas comunidades de la clase obrera (de igual modo entre los mineros, los tejedores, los obreros industriales, los marineros, alfareros y jornaleros rurales) a la iglesia metodista. ¿Cómo fue posible para el metodismo desempeñar, con una energía tan notable, este doble servicio?

356

Este es un problema que ni Weber ni Tawney trataron. Los dos estaban preocupados, fundamentalmente, por el puritanismo de los siglos XVI y XVII, y por la génesis del capitalismo comercial; ambos se dedicaron, de manera principal, al desarrollo psíquico y social de la clase media, el primero subrayando el concepto puritano de una «llamada», el segundo los valores de la libertad, la autodisciplina, el individualismo y la ambición. Pero en los dos argumentos está intrínseco que el puritanismo contribuyó a la energía psíquica y a la coherencia social de los grupos de la clase media que se sentían «llamados» o «elegidos» y que se hallaban comprometidos (con algún éxito) en actividades ambiciosas. ¿Cómo debió, entonces, una religión como ésta atraer al naciente proletariado cuya masificación, en un período de dureza excepcional, no les predisponía a ningún sentido de llamada colectiva, cuyas experiencias en el trabajo y en sus comunidades favorecían los valores colectivos más que los individuales, y cuyas virtudes de frugalidad, disciplina o ambición proporcionaban beneficios a sus patronos más que éxito a ellos mismos?

Tanto Weber como Tawney aducen, ciertamente, poderosas razones referentes a la *utilidad*, desde el punto de vista de los patronos, de que se extendieran los valores puritanos o pseudopuritanos a la clase obrera. Tawney analizó la «Nueva Medicina para la Pobreza», con su denuncia de la pereza y la negligencia del trabajador, y su cómoda creencia de que —si el éxito era una señal de elección— la pobreza era, en sí misma, una prueba de vileza espiritual.¹¹ Weber ponía más énfasis en la cuestión crucial para la clase obrera: la disciplina en el trabajo. «Dondequiera que el capitalismo moderno ha empezado su tarea de incrementar la productividad del trabajo humano

¹⁰ Véase W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 168-180.

¹¹ R. H. Tawney, *op. cit.*, pp. 227 y siguientes.

mediante el incremento de su intensidad —escribió Weber— se ha encontrado con la resistencia enormemente terca del ... trabajo precapitalista.»

La economía capitalista de los tiempos presentes es un cosmos inmenso en el que nace el individuo y que se le presenta ... como un orden de cosas inalterable en el que debe vivir. Obliga al individuo, en la medida que se halla implicado en el sistema de relaciones de mercado, a ajustarse a las reglas de funcionamiento capitalistas.

357

Pero, cuando surgió el capitalismo industrial, esas reglas de funcionamiento se veían como limitaciones antinaturales y odiosas: el campesino, el jornalero rural de los pueblos que no habían sufrido el proceso de cercado, incluso el artesano urbano o el aprendiz, no medían la remuneración del trabajo exclusivamente en términos de ingresos monetarios, y se rebelaban contra la idea del trabajo disciplinado semana tras semana. En la forma de vida que describe Weber (de manera poco satisfactoria) como «tradicionalismo», «un hombre por naturaleza no desea ganar más y más dinero, sino vivir simplemente de la forma que está acostumbrado y ganar lo que sea necesario con este objeto». Incluso el pago a destajo y otros incentivos pierden su eficacia en un punto determinado, si no existe una coacción interna; cuando ha ganado suficiente. el campesino abandona la industria y vuelve a su pueblo, el artesano se emborracha. Pero, al mismo tiempo, la disciplina opuesta de los salarios bajos es ineficaz en un trabajo que requiere atención o responsabilidad. Lo que se necesita —y aquí Fromm amplía la explicación de Weber— es una «coacción interna» que demostraría ser «más eficaz en canalizar todas las energías hacia el trabajo de lo que cualquier otra coacción externa pueda serlo jamás»:

Contra la coacción externa siempre hay cierta dosis de rebeldía que impide la eficacia del trabajo o incapacita a la gente para realizar cualquier tarea específica que requiera inteligencia, iniciativa y responsabilidad. ... Sin duda el capitalismo no se hubiese podido desarrollar si no se hubiera, canalizado la mayor parte de la energía humana hacia el trabajo.

Hay que convertir al trabajador «en su propio capataz de esclavos».¹²

358

Los ingredientes de la coacción no eran nuevos.¹³ Weber apuntó las dificultades que tuvieron los patronos en las industrias de «putting-out» —en particular en el tejido—, durante el siglo XVII, como consecuencia de los hábitos irregulares de trabajo de los obreros (embriaguez, desfalco de hilo, etc.). En la industria lanera del oeste de Inglaterra —en Kidderminster— el eclesiástico presbiteriano, Richard Baxter, realizó un cambio notable, con su ministerio, en las relaciones laborales; y muchos de los elementos de la disciplina de trabajo metodista se pueden hallar

¹² Weber, *op. cit.*, en especial pp. 54, 60-67, 160-161, 178; E. Fromm, *The Fear of Freedom*. edición de 1960, p. 80.

¹³ Esta disciplina de trabajo tampoco se limita al metodismo. Aquí tratamos al metodismo como el ejemplo sobresaliente de tendencias que también corresponden a la historia del evangelismo y de la mayor parte de sectas inconformistas durante la Revolución industrial.

completamente formulados en su *Christian Directory* de 1673.¹⁴ A lo largo del siglo XVIII, los propietarios de las minas, los fabricantes laneros del norte y los algodoneros se encontraban con dificultades parecidas. En general, los mineros del carbón recibían una paga mensual; la queja era que «son de natural turbulento, apasionado y tienen un carácter y un comportamiento rudos»:

Sus ingresos son cuantiosos e *incierto*s, y su empleo es una especie de trabajo a destajo, cuyo beneficio pocas veces se puede determinar con anterioridad. Esta circunstancia hace que adquieran los hábitos derrochadores de un jugador. ...

Otro rasgo del carácter del minero del carbón es su predilección por los cambios de situación. ... Los cambios anuales son casi tan habituales en los mineros, como el paso de las estaciones. ... Cualesquiera que sean los favores que pueda haber recibido, está dispuesto a considerarlos todos invalidados con el rechazo de una sola petición.¹⁵

El tejedor que además era pequeño propietario tenía fama de abandonar su trabajo cuando sucedía cualquier emergencia agrícola; la mayor parte de los obreros del siglo XVIII cambiaban con mucho gusto sus empleos por un mes de trabajo en la cosecha; muchos de los obreros adultos de las primeras hilanderías temían «hábitos relajados y errabundos, y pocas veces permanecían por mucho tiempo en el establecimiento».¹⁶

Algunos de los problemas de dirección de las primeras empresas se indican en la lista de multas de los talleres Etruria de Wedgwood:

359

... Cualquier obrero que golpee, o maltrate de forma parecida, a un vigilante perderá su empleo.

Cualquier trabajador que tenga cerveza o licor en la fábrica durante las horas de trabajo, pagará una multa de 2/-.

Cualquier persona que practique el juego de pelota contra cualquiera de las paredes en las que hay ventanas, pagará una multa de 2/-...¹⁷

Tanto si sus obreros estaban empleados en una fábrica como si lo estaban en sus casas, el patrono-fabricante de la Revolución industrial estaba obsesionado con estos problemas de disciplina. Los trabajadores a domicilio necesitaban (desde el punto de vista de los patronos) ser educados en cuanto a los hábitos «metódicos», atención meticulosa a las instrucciones, cumplimiento de los contratos a tiempo y en cuanto a la maldad de malversar los materiales. Hacia la década de 1820 (nos dice un contemporáneo) «la gran mayoría de los Tejedores» estaban «profundamente imbuidos de las doctrinas del Metodismo». Algunos de los hombres que, gracias a sus

¹⁴ Weber, *op. cit.*, pp. 66-67, 282; Tawney, *op. cit.*, pp. 198 y siguientes. Los escritos de Baxter eran lecturas preferidas entre los primeros metodistas, y se reimprimieron muchas veces en las primeras décadas del siglo XIX.

¹⁵ *Report of the Society for Bettering the Condition of the Poor*, I, 1798, pp. 238 y siguientes; relato de los mineros del carbón del duque de Bridgewater (cerca de Manchester). Los mineros del carbón del duque tenían fama de ser «más morales» que la mayoría, y «algunos de los representantes del duque son personas religiosas y han fundado escuelas dominicales ...»

¹⁶ A. Redford, *op. cit.*, pp. 19-20. En fecha tan tardía como la década de 1830, Samuel Greg se lamentaba de «ese espíritu inquieto y migratorio que es una de las características peculiares de la población fabril».

¹⁷ V. W. Bladen, «The Potteries in the Industrial Revolution», *Econ. Journal* (suplemento), 1926-1929, I, p. 130. Véase también M. McKendrick, «Josiah Wedgwood and Factory Discipline», *His. Journal*, IV, I (1961), p. 130. La intención de Wedgwood era «convertir a los *Hombres en Máquinas* que no se puedan equivocar».

propios esfuerzos, eran ahora sus patronos, eran metodistas o disidentes cuya frugalidad —como había predicho Wesley— había producido riqueza. Éstos tenderían a favorecer a sus compañeros de religión, ya que en ellos encontraban una «garantía de buena conducta» y «una conciencia de la importancia del carácter». ¹⁸ Las tradiciones «artesanas» de los tejedores, con su acento en los valores de la independencia, ya les había preparado para alguna variante de la religión puritana. ¹⁹ Y ahora, ¿qué decir de los obreros fabriles?

En el libro del doctor Andrew Ure, *Philosophy of Manufactures* (1835) —un libro que, con su invocación satánica, influenció mucho a Engels y a Marx— encontramos una completa anticipación del argumento de tipo «económico» que explica la función de la religión como disciplina del trabajo. Para Ure, el término fábrica: «acarrea la idea de un vasto autómatas compuesto por varios órganos mecánicos e intelectuales, que actúan con una coordinación ininterrumpida para la producción de un objeto común, y todos ellos están subordinados a una fuerza motriz que se regula de forma automática.»

360

«La dificultad principal» del sistema fabril no se hallaba tanto en la tecnología como en la «organización de los diferentes miembros del aparato en un cuerpo cooperativo», y, sobre todo, «en el adiestramiento de los seres humanos para que renunciases a sus hábitos de trabajo poco regulares y se identificasen con la regularidad invariable del complejo autómatas»:

La hercúlea empresa, la noble consecución de Arkwright, fue idear y poner en práctica un código de disciplina logrado, que fuese adecuado a las necesidades de celeridad de la fábrica. Incluso en la actualidad, cuando el sistema está perfectamente organizado, y el trabajo ha sido aligerado al máximo, se hace casi imposible convertir a las personas que han pasado la pubertad, tanto si provienen de ocupaciones rurales como artesanas, en mano de obra fabril útil. Después de luchar durante un período de tiempo para someter sus hábitos apáticos o levantiscos, o bien renuncian espontáneamente al empleo, o los vigilantes les despiden debido a su poca atención.

«Someter los caracteres obstinados de los obreros, acostumbrados a paroxismos irregulares de actividad, requería, de hecho, un hombre de nervio y ambición napoleónicos ... Esto era Arkwright.» Además, cuanto más cualificado era un obrero, más difícil de someter a disciplina se volvía, «más terco, y ... un componente menos adecuado de un sistema mecánico, en el que, debido a irregularidades circunstanciales, se podían provocar grandes perjuicios al conjunto». Por ello, los fabricantes tenían la intención de eliminar cualquier proceso que exigiera «una habilidad y una regularidad de manipulación particular, ... de manos del *astuto* trabajador» y ponerlo a cargo de un «mecanismo regulado de forma tan automática, que hasta un niño pudiese supervisarlos». «Por lo tanto, el gran objetivo del fabricante moderno es, mediante la

¹⁸ R. Guest, *A Compendious History of the Cotton Manufacture*, 1823, pp. 38, 43.

¹⁹ Durante el siglo XVII las sectas puritanas tenían muchos seguidores entre los tejedores, pero —si exceptuamos el oeste de Inglaterra— esta tradición tuvo una corta vida durante los primeros años del siglo XVIII.

unión del capital y la ciencia, reducir la tarea de sus obreros al ejercicio de vigilancia y destreza, facultades ... que en los jóvenes alcanzan la perfección con rapidez».²⁰

Para los niños, la disciplina del vigilante y de la maquinaria podían ser suficientes; pero para los que habían «pasado la pubertad» eran necesarias coacciones internas. De ahí que Ure dedicara una parte de su libro a la «Economía Moral del Sistema Fabril», y un capítulo especial a la religión. El obrero irredento era una criatura terrible a los ojos de Ure; una víctima de «los demagogos astutos»; continuamente dado a las conspiraciones y las asociaciones secretas; capaz de cualquier atrocidad contra sus patronos. Los elevados salarios que cobraban los hilanderos de algodón les permitían «comer caprichosamente durante los achaques nerviosos provocados por una dieta demasiado rica y excitante para sus actividades que se desarrollaban en locales cerrados»:

361

Las fábricas concentran, de forma natural, a un gran número de población en un espacio reducido; dan todas las facilidades para las conspiraciones secretas ... ; comunican información y energía a los espíritus vulgares; con sus generosos salarios proporcionan los recursos pecuniarios de la revuelta ...

En tales circunstancias, las escuelas dominicales constituían un «espectáculo sublime». El comité de la escuela dominical de Stockport, construida en 1805, se felicitaba por el «decoro» que se había mantenido en la ciudad, en 1832, en una época en que reina la «excitación política» por doquier: «es casi imposible acercarse a la ciudad ... sin tropezar con una o más de esas silenciosas fortalezas, que una sabia generosidad ha construido frente a los abusos del vicio y la ignorancia». Y Ure extraía una lección moral de ello, no sólo respecto de la subordinación política general, sino respecto del propio comportamiento en la fábrica: «Una mirada experimentada detecta con facilidad la inobservancia de la disciplina moral, en cualquier establecimiento, por el desorden del sistema general, las irregularidades de las máquinas individuales, la pérdida de tiempo y de material ...» El simple pago de los salarios jamás podría asegurar unos «servicios cuidadosos». El patrono que descuidase las consideraciones y fuese él mismo «un extraño para las abnegadas bendiciones del Evangelio»

sabe que está destinado exclusivamente al servicio de vigilancia, y por lo tanto ejercerá la más estrecha vigilancia para impedir que sus obreros le dominen, pero lo hará en vano; ellos en su totalidad, como si de un instinto natural se tratase, conspiran contra un patrono como él. Por mucho que se esfuerce, nunca podrá imponer un funcionamiento superior. ...

Por lo tanto, es de sumo interés para todo empresario *organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica*, porque de otro modo nunca

²⁰ Ure, *op. cit.*, pp. 13-21. Cf. también p. 23: «De hecho, el objetivo permanente y la tendencia de todas las mejoras de la maquinaria es reemplazar totalmente el trabajo humano, o disminuir su coste, sustituyendo el trabajo de los hombres por la laboriosidad de las mujeres y los niños; o el de los artesanos cualificados por el de simples peones.» Como expresión de las intenciones de los propietarios de las fábricas es interesante y aplicable a la industria textil; pero como expresión de una «ley» del desarrollo capitalista, quizá Marx y Engels dieron demasiado crédito a las afirmaciones de Ure.

dispondrá de las manos aplicadas, los ojos vigilantes y la cooperación rápida, que son esenciales para la excelencia del producto. ... De hecho, no hay otro caso al que se pueda aplicar mejor la verdad Evangélica «La Piedad es un gran beneficio», que a la administración de una gran fábrica.²¹

362

De este modo se completa el argumento. El sistema fabril exige una transformación de la naturaleza humana, los «paroxismos de trabajo» del artesano y el trabajador a domicilio se deben someter a disciplina hasta que el trabajador se adapte a la disciplina de la máquina.²² ¿Pero, cómo se les deben inculcar esas virtudes disciplinarias a aquellos cuya Piedad, probablemente, no les reportará ningún beneficio temporal (a no ser que lleguen a ser vigilantes)? Sólo se puede conseguir inculcando «la primera y gran lección ... que el hombre debe esperar su completa felicidad, no en el presente, sino en un estado futuro». El trabajo se debe emprender como un «*acto de virtud puro* ... inspirado por el amor a un Ser superior, que actúa ... sobre nuestra voluntad y nuestros afectos»:

¿Dónde encontrará la humanidad este poder transformador?: en la cruz de Cristo. Es el sacrificio que borra la culpa del pecado; es el móvil que acaba con el amor al pecado; mortifica al pecado mostrando que su vileza es imborrable si no es con esta terrible expiación; expía la desobediencia; motiva la obediencia; proporciona fuerza para la obediencia; hace que la obediencia sea factible; la convierte en aceptable; la hace de algún modo inevitable, porque la convierte en necesaria; no sólo es, por fin, el motivo para la obediencia, sino el modelo de ella.²³

Así pues, Ure es el Richard Baxter de *Cottonopolis*.^{*} Pero llegados a este punto debemos descender desde sus alturas trascendentales para considerar, con mayor brevedad, los problemas mundanos de la teología. Es evidente que, en 1800, había suficientes, sofismas en la teología de todas las iglesias inglesas aseguibles, para reforzar el propio sentido de autoestima de los fabricantes. Tanto si tenía una fe jerárquica, como si se sentía elegido, o consideraba que su éxito era una prueba de gracia o de piedad, sentía pocos impulsos para cambiar su residencia junto a la fábrica en Bradford, por una celda monástica en Bardsey Island. Pero la teología metodista, gracias a su oportunismo inmoral, estaba mejor adaptada que cualquier otra para servir como religión de un proletariado cuyos miembros no tenían la más -mínima razón, por lo que a experiencia social se refiere, para considerarse «elegidos». Wesley parece haber prescindido, en su teología, de los mejores elementos del puritanismo y haber seleccionado, sin vacilar, sus peores elementos: si en términos de clase el metodismo era hermafrodita, en términos doctrinales era un mulo. Ya hemos observado la ruptura del metodismo con las tradiciones intelectuales y democráticas de la Vieja Disidencia. Pero en cambio, las doctrinas de sumisión a la autoridad de Lutero podrían haber servido como texto para cualquier conferencia wesleyana de los

²¹ *Ibid.*, III, caps. 1 y 3. La cursiva es mía.

²² Cf. D. H. Lawrence en *The Rainbow*: «Green que deben transformarse para adecuarse a la mina y al empleo, en vez de transformar las minas y los empleos para que se adecúen a ellos. Es más fácil.»

²³ Ure, *op. cit.*, pp. 423-425.

años posteriores a 1789:

* La Ciudad del Algodón, es decir, Manchester. (*N. de la t.*)

363

Incluso en el caso de que los que detentan la autoridad sean malvados o no tengan fe, no obstante la autoridad y su poder es buena y proviene de Dios. ...

Dios preferiría sufrir que exista el gobierno, sin importarle cuán malvado fuera, que permitir a la canalla que se amotinase, sin importarle cuán justificado estuviera que lo hiciesen ...

(Sin embargo, Jabez Bunting, a diferencia de Lutero, jamás hubiese admitido la idea de que se pudiese «justificar» a la canalla.) Se han apuntado a menudo los sesgos luteranos generales del wesleyanismo.²⁴ La adhesión de Wesley a la doctrina de la universalidad de la gracia era incompatible con la idea calvinista de la «elección». Si la gracia era universal, también lo era el pecado. Cualquier hombre que llegase a declararse culpable de pecado podría ser visitado por la gracia y podría saberse redimido por la sangre de Cristo. Así, lejos como está de ser una doctrina de] igualitarismo espiritual, al menos supone la existencia de una igualdad de oportunidades en el pecado y en la gracia, tanto para los ricos como para los pobres. Y como religión «del corazón» más que del intelecto, los más simples y menos educados podían tener esperanza de alcanzar la gracia. En este sentido, el metodismo suprimía todas las barreras doctrinales y sociales y abría sus puertas de par en par a la clase obrera. Y esto nos recuerda que también el luteranismo era una religión de los pobres; y que, como anunció Munzer y Lutero aprendió a su costa, el igualitarismo espiritual tenía tendencia a rebasar sus orillas y a fluir por los canales temporales, ocasionando de ese modo una tensión constante en los credos luteranos que también se reprodujo en el metodismo.

Pero la redención de Cristo era sólo provisional. En este punto la doctrina de Wesley no estaba establecida. Jugaba con la idea de que la gracia era perpetua una vez que había visitado al penitente, y de este modo una forma desaparecida de calvinismo (ahora el «elegido» se había convertido en el «redimido») volvía a entrar por la puerta trasera. Pero a medida que el siglo XVIII avanzaba lentamente la doctrina de la justificación mediante la fe se consolidaba, quizá debido a la evidencia de que multitud de quienes habían sido «redimidos» en las campañas del resurgimiento recaían en sus viejas costumbres después de años o sólo meses. De este modo, se convirtió en doctrina que el perdón del pecado sólo duraba mientras el penitente siguiera sin pecar. Los hermanos y hermanas que habían sido «redimidos» se encontraban en un estado condicional, de elección provisional. Siempre era posible «recaer», y, teniendo en cuenta la fragilidad humana, eso era, a los ojos de Dios y de Jabez Bunting, más que

²⁴ Weber, cuando trata brevemente el metodismo en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, exagera los elementos calvinistas de su teología, y por esa razón no capta su especial capacidad de adaptación como religión del proletariado. Así, lleva demasiado lejos el sentido de «llamada» entre los wesleyanos, en especial cuando intenta aplicarlo a la «llamada» del obrero, una doctrina que en Inglaterra tiene menos importancia que la de la sumisión y la obediencia.

probable. Además Bunting se esmeró en señalar que desde el punto de vista de Dios:

364

La naturaleza del pecado no cambia, mediante el perdón del pecador, para que deje de ser «censurable en extremo». Se perdona el castigo, y desaparece la obligación de sufrir dicho castigo; pero por naturaleza todavía lo merece, aunque graciosamente se perdona. De ahí provienen la conveniencia y el deber de seguir confesando y lamentando incluso los pecados perdonados. Aunque estemos libres de sus perjudiciales consecuencias gracias a un acto de clemencia divina, deberíamos seguir recordando que nuestro lugar apropiado ante Dios es el polvo de la humillación ...²⁵

Pero existen complejidades adicionales para la doctrina. Sería presuntuoso suponer que un hombre se pudiese salvar *a sí mismo* mediante un acto de voluntad propia. La salvación era prerrogativa de Dios, y todo lo que un hombre podía hacer era prepararse para la redención, mediante la humillación absoluta. Sin embargo, una vez convencido de la gracia e introducido completamente en la hermandad metodista, «recaer» no era una cuestión que un hombre o una mujer pudiesen tomar a la ligera. Podía significar la expulsión del único grupo comunitario que conocían en el desierto de la Revolución industrial; y significaba el miedo, siempre presente, a una eternidad futura de castigo espeluznante:

Hay un infierno espantoso
Y tormentos perpetuos.
Donde los pecadores deben vivir con los demonios
En medio de la oscuridad, el fuego y las cadenas.*

* There is a dreadful heli / And everlasting pains, / Where sinners must with devils dwell / In darkness, fire and chains.

Entonces, ¿cómo seguir en gracia? No mediante las buenas obras, puesto que Wesley había elevado la fe por encima de las obras: «Sólo debéis ocuparos de salvar las almas». Las obras eran las trampas de la soberbia y las mejores obras estaban mezcladas con la escoria del pecado; aunque —mediante otra estrategia oportunista— las obras podían ser una *señal* de gracia. (Aquí nos encontramos con un calvinismo residual dirigido a los propietarios de las fábricas y a los tenderos.) Puesto que este mundo es la antesala de la eternidad, las cosas temporales como la riqueza y la pobreza importan muy poco: los ricos podrían dar pruebas de gracia sirviendo a la iglesia (particularmente, construyendo templos para sus propios obreros). Los pobres eran afortunados por tener menos tentaciones provenientes de «el deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida». Tenían más probabilidades de permanecer en gracia, no debido a su «llamada», sino porque debían hacer frente a menos tentaciones de recaer.

365

Se presentaban tres medios seguros de preservar la gracia. Primero, a través del servicio a la misma iglesia, como jefe de clase, predicador local o en ocupaciones más

²⁵ Jabez Bunting, *Sermón on Justificarían by Faith*, Leeds, 1813, p. 11. La metáfora de Bunting nos recuerda que en enero del mismo año (1813), algunos luditas habían sufrido las máximas «consecuencias penales» en la horca, mientras que otros habían visto su pena «graciosamente rebajada» a 40 años de deportación.

humildes. Segundo, a través del cultivo de la propia alma, en los ejercicios religiosos, la lectura de los tratados, pero sobre todo en los esfuerzos por reproducir las convulsiones emocionales de la conversión, contrición de los pecados, penitencia y visita de la gracia. Tercero, a través de una metódica disciplina en todos los aspectos de la vida. Sobre todo, en el trabajo mismo (que, al ser humilde y desagradable, no se debe confundir con las buenas obras), que se lleva a cabo sin ulteriores motivos que no sean (como dijo el doctor Ure) «un acto de virtud puro», hay una señal evidente de gracia. Además, la maldición de Dios sobre Adán, cuando fue expulsado del Jardín del Edén, daba un apoyo doctrinal irrefutable a la bendición del trabajo arduo, la pobreza y el dolor durante «todos los días de tu vida».

Podemos ver ahora la extraordinaria correspondencia entre las virtudes que el metodismo inculcaba y los desiderata del utilitarismo.²⁶ El doctor Ure señala el punto de confluencia, en su consejo al propietario de la fábrica de «organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica». Desde este punto de vista, el metodismo fue el desierto paisaje interior del utilitarismo en una época de transición hacia la disciplina laboral del capitalismo industrial. A medida que los «paroxismos de trabajo» del trabajador manual se disciplinan y sus impulsos hacia la inactividad se ponen bajo control, aumentan sus paroxismos emocionales y espirituales. La otra cara de la moneda del deshumanizado estilo en prosa de Edwin Chadwick y el doctor Kay son los rastreros folletos de confesiones. La «marcha del intelecto» y la represión del corazón van al unísono.

Pero Wesley había declarado que el metodismo era, por encima de todas las cosas, una «religión del corazón». Precisamente sus diferencias más marcadas respecto de las sectas puritanas más viejas estaban en el «entusiasmo» y los éxtasis emocionales.²⁷ Podríamos apuntar algunas de las etapas acostumbradas de la experiencia religiosa, a partir de un folleto característico que describe la conversión de un marinero, Joshua Marsden, durante la década de 1790.

366

Estos folletos siguen, normalmente, un modelo convencional. En primer lugar, están las descripciones de una juventud pecaminosa: maldiciones, juego, embriaguez, pereza, sexualidad disoluta o simple «deseo de la carne».²⁸ Luego sigue, o bien alguna experiencia dramática que hace al pecador consciente de la muerte (una curación milagrosa de una enfermedad mortal, un naufragio o la muerte de la esposa o los hijos); o bien algún encuentro casual con la palabra de Dios, en el que el pecador empieza mofándose, pero acaba por descubrir el camino de la salvación. Nuestro marinero tuvo todas estas experiencias. Un naufragio le dejó «temblando de horror al

²⁶ Weber y Tawney, por supuesto, dirigen su atención al desarrollo paralelo de los dogmas puritano y utilitario: cf. Tawney, *op. cit.*, p. 219: «Algunos de los eslabones de la cota de malla utilitarista habían sido forjados por los teólogos puritanos del siglo XVII.» Sin embargo, fue el metodismo el que forjó los últimos eslabones de las cadenas utilitaristas que ataban al proletariado.

²⁷ Exceptuando, por supuesto, a los baptistas, particularmente en Gales.

²⁸ Para un ejemplo sacado de este folleto, véase p. 48 más arriba.

borde del abismo húmedo y ardiente, ... los fantasmas de sus pecados pasados pasaron por delante de él con pálidas formas». Una grave enfermedad «le condujo, sollozante y traspasado de dolor, a un trono de gracia», «extinguidos y consumidos sus deseos sensuales», y «le mostró el horror de morir en la ignorancia de Cristo». Cuando un amigo le invitó a una reunión de clase metodista, «su corazón se deshizo en sollozos como el de un niño. Las lágrimas corrían por sus mejillas como riachuelos». A continuación viene la larga prueba de la intercesión para el perdón y la lucha con la tentación de reincidir en la anterior vida de pecado. Sólo la gracia puede abrir «los siete sellos de lacre con los que la ignorancia, la soberbia, la falta de fe, la enemistad, el egoísmo, la lujuria y la codicia cierran el corazón del pecador». Una y otra vez sucumbe el penitente, durante su «noviciado», a «tentaciones» oscuramente indicadas:²⁹

A pesar de todo, a veces era arrebatado por la violencia y el ímpetu de la tentación, que atraía sobre él toda la angustia de un espíritu desesperado. Después de ser vencido por el pecado, redoblaría sus plegarias. ... A veces el miedo de morir en estado de culpa agitaba mucho su espíritu, y le impedía dormirse por miedo a despertarse en la vida eterna.

Cuando el «deseo de la carne» ha sido humillado hasta cierto punto, el «Enemigo» pone tentaciones espirituales más sutiles en el camino del penitente. Entre ellas, la más importante es *cualquier* actitud que conduzca a la «dureza de corazón»: la frivolidad, la soberbia, pero sobre todo la tentación de «comprar la salvación» con buenas obras en vez de esperar con paciencia hasta «recibirla como obsequio de Dios, a través de las virtudes infinitas del sangrante Redentor». La doctrina de las buenas obras es «esa doctrina Hebrea y Católica de la valía humana». Así, la «dureza de corazón» es cualquier rasgo del carácter que se resista a la sumisión completa:

367

Antes de que Dios pueda perdonarnos libremente ... debe aplastar nuestra falsedad, marchitar la flor de la esperanza altanera, quitar el sostén de la confianza en uno mismo, despojarnos de la envoltura de la virtud no cristiana, detener la jactancia farisea de independencia, y conducir al pecador, culpable, avergonzado, ruboroso, desesperado, a los pies de la Cruz.

Llegados a este punto de humillación, «todas sus esperanzas parecían un yermo desierto». Pero «ahora había llegado el momento de la redención». En la fiesta del amor del templo metodista, el penitente se arrodillaba en el reclinatorio «y, en una situación de tormento del alma, empezaba a luchar con Dios». Aunque «el enemigo se enfurecía y avanzaba hacia él como una marea»,

Algunos de los líderes, con algunas mujeres piadosas, entraron en la galería, y se unieron para interceder por él ante el trono de gracia: cuanto más rezaban, más aumentaba su

²⁹ El lenguaje sugiere a menudo que el componente objetivo del «pecado» era la masturbación. Y esto se podía deducir claramente de tres hechos: 1) La naturaleza introvertida del estado de abstracción en que se hallaba el penitente. 2) La obsesiva enseñanza metodista referente a lo pecaminoso de los órganos sexuales. 3) El hecho de que se esperaba que los hijos de los metodistas adquiriesen sentido del pecado hacia la edad de la pubertad. Véase G. R. Taylor. *The Angel Makers*. 1958, p. 326. para el aumento de la literatura sobre este tema durante esos años.

dolor y su carga, hasta que por fin quedó casi agotado; y empezó a sudar ... y se tendió en el suelo del reclinatorio casi sin poder moverse. Sin embargo, este fue el momento de la redención. ... Sintió lo que no puede describir palabra alguna, y pareció que algo, como la presencia de Dios que penetraba en su cuerpo, se posaba en él; se levantó de un salto y sintió que podía confiar en Cristo gracias a la fe.

A partir de este momento la «carga del pecado disminuyó». «La nueva creación se manifestó con nuevas bellezas morales: amor, alegría, esperanza, paz, respeto filial, gozo en Cristo, tierna confianza, deseo de una comunión más estrecha y una conformidad más plena. ... Un nuevo reino de virtud se estableció en su corazón.» La gloria de Dios se convirtió en «el fin de cada acción». Pero la salvación era condicional; la creencia en la gracia coexistía con el conocimiento de que el hombre «es un pobre, ciego, perdido, desdichado, miserable y (sin la gracia divina) indefenso pecador».³⁰

Nuestro pecador ha sido pues «trasladado desde el poder de Satanás al reino y a la imagen del querido Hijo de Dios». Y en la fantástica expresión figurada podemos ver la penosa experiencia psíquica mediante la cual la estructura del carácter del rebelde jornalero o artesano preindustrial se reconvirtió de manera violenta en la del sumiso obrero industrial. Aquí está, por cierto, el «poder transformador» de Ure. Es un fenómeno, que podría considerarse casi diabólico en su penetración hasta las mismas fuentes de la personalidad, dirigido a la represión de las energías emocionales y espirituales. Pero «represión» es un término engañoso; no se trató tanto de inhibir esas energías como de desplazarlas de su expresión en la vida personal y social, y confiscarlas para ponerlas al servicio de la iglesia. Los templos ennegrecidos, parecidos a cajas, se levantaban en los distritos industriales como grandes trampas para la psique humana. Dentro de la misma iglesia había un drama emocional constante de reincidentes, confesiones, incursiones contra Satanás y ovejas descarriadas; uno sospecha que, en particular, la hermandad piadosa encontró en esto uno de los grandes «consuelos» de la religión. Para los más intelectuales había el drama espiritual de:

368

pruebas, tentaciones, muerte del alma, dudas, luchas, tristeza, manifestaciones, victorias, frialdades, delirios, persecuciones, redenciones, ayudas, esperanzas, respuestas a la plegaria, interposiciones, consuelos, quejas... convulsiones del alma, profesiones de fe, guías a través de los laberintos de las oscuras dispensas ... pruebas de fuego, y socorro en el momento de hundirse.³¹

Pero lo que se debe subrayar es el *carácter intermitente* del sentimentalismo wesleyano. Lo que más a menudo destacaban los contemporáneos del carácter cotidiano del metodismo, o de la vida doméstica metodista, era su actitud metódica, disciplinada y reprimida. Es la paradoja de una «religión del corazón» que sería célebre por la inhibición de toda espontaneidad. El metodismo sólo aprobaba las «emociones del corazón» cuando se daban en acontecimientos de la iglesia; los metodistas

³⁰ Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor* (autobiografía en tercera persona). Hull, sin fecha, *passim*.

³¹ *Sketches of the Early Life of a Sailor*. pp. 104. 111.

escribieron himnos, pero no poesía secular importante; durante estos años, la idea de un amante metodista apasionado es ridícula. («Evita todo tipo de pasiones», aconsejaba Wesley.) Aunque la palabra es desagradable, es difícil no ver en el metodismo de estos años una forma ritualizada de masturbación psíquica. Las energías y las emociones que eran peligrosas para el orden social, o que simplemente eran improductivas (en el sentido del doctor Ure) se liberaban en la inofensiva forma de esporádicas fiestas del amor, vigiliadas nocturnas, reuniones musicales o campañas de resurgimiento. En estas fiestas del amor, después de los himnos y del ceremonial corte del pastel o del bizcocho de agua, hablaba el predicador, de una tosca manera emocional, de sus experiencias espirituales, tentaciones y luchas con el pecado: «Mientras el predicador está así ocupado, del público salen susurros, gemidos, deseos piadosos, y... exclamaciones de plegaria o elogio, en todas las direcciones.» En la tensión que seguía a esto, los miembros individuales de la congregación se levantaban y hacían sus confesiones íntimas de pecado o tentación, que a menudo tenían una implicación sexual. Un observador advirtió la «timidez y los signos evidentes de agitación interior de que había dado muestras la parte más joven de las mujeres, justo antes de levantarse para hablar».³²

369

El metodismo —escribió Southey— convirtió la religión en «una cuestión de sensación y pasión, anhelando perpetuamente sentimientos y excitantes».³³ Esos orgasmos de sentimiento del *Sabbath* hacían posible, con mayor facilidad, la firme canalización cotidiana de esas energías hacia la consumación del trabajo productivo. Además, puesto que la salvación nunca estaba asegurada y las tentaciones estaban por todas partes al acecho, había un estímulo constante para el comportamiento «discreto y laborioso» —signo visible de la gracia— todas las horas del día y todos los días del año. Las consecuencias de la indisciplina en el trabajo podían ser no sólo «el saco»,* sino además las llamas del infierno. Dios era el vigilante más atento de todos. Incluso colgaba sobre la campana de la chimenea la frase, «Dios me ve». Al metodista se le había enseñado no sólo a «soportar su Cruz» de pobreza y humillación; la crucifixión era (tal como opinaba Ure) el mismo modelo de su obediencia: «Los verdaderos seguidores de nuestro Cordero sangrante, morimos Ahora en Tu cruz cotidiana ... »³⁴ El trabajo era la Cruz de la que pendía el obrero industrial «transformado».

* Castigo que consistía en ser metido dentro de un saco, cosido éste, y luego ahogado. En la antigua Roma era el castigo reservado a los parricidas. (*N. de la t.*)

Pero esta nueva dirección de los impulsos no podía realizarse sin una desorganización capital de la personalidad humana. Podemos analizar por qué Hazlitt

³² Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807. pp. 203 y siguientes.

³³ R. Southey. *Life of Wesley and Rise and Progress of Methodism*, edición de 1890, 318 y siguientes.

³⁴ J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 240:

Arrojamos nuestro pecado a ese fuego

Que tu sacrificio purificó,

Y todo deseo vil y vano

Al juicio diario de la cruz.

describió a los metodistas como «una colección de religiosos inválidos».³⁵ Si Wesley tomó su autoritarismo de Lutero, de los eclesiásticos puritanos ingleses del metodismo del siglo XVII adoptó la falta de alegría: una vida metódica y disciplinada «combinada con la evitación estricta de todos los placeres espontáneos».³⁶ De ambos adoptó el sentido casi maniqueo de culpabilidad en la perversión del hombre. Y, como adiciones gratuitas, los Wesley absorbieron y transmitieron en sus himnos y escritos el extraño fenómeno de la necrofilia de principios de siglo XVIII y las perversas metáforas que constituyen el aspecto menos agradable de la tradición morava. Weber ha apuntado la conexión que hay entre la represión sexual y la disciplina de trabajo en las enseñanzas de eclesiásticos como Baxter:

370

El ascetismo sexual del Puritanismo sólo difiere en grado, no en cuanto a principio fundamental, del de la vida monástica; y debido a la concepción puritana del matrimonio, su influencia práctica tiene mayor alcance que la del segundo. Puesto que la relación sexual sólo se permite, incluso dentro del matrimonio, como el medio ordenado por Dios para aumentar Su gloria de acuerdo con el mandato «Creced y multiplicaos». Junto con una moderada dieta vegetariana y baños fríos, se da la misma prescripción para todas las tentaciones sexuales que contra las dudas de tipo religioso y una sensación de indignidad moral: «Trabaja con ahínco para ganar tu llamada.»³⁷

El metodismo está impregnado de enseñanzas referentes a lo pecaminoso de la sexualidad y a la extremada maldad de los órganos sexuales. Estos —y en especial los órganos sexuales masculinos (puesto que iba en aumento la opinión de que las mujeres no podían sentir «el deseo de la carne») — eran las ciudadelas carnales visibles de Satanás, la fuente de continuas tentaciones y de incontables impulsos sumamente desordenados (a menos que estuvieran dirigidos a la procreación intencionada y piadosa) e improductivos.³⁸ Pero la obsesiva preocupación del metodismo por la sexualidad es, en sí misma, reveladora del pervertido erotismo de las metáforas metodistas. Hemos observado ya, en la conversión de John Nelson, la identificación de Satanás con el falo. Habitualmente, Dios es una simple imagen del padre, vengativa, autoritaria y prohibitiva, ante quien Cristo debe interceder, el Cordero del sacrificio «sangrante e implorando Gracia/ Para todas las Almas Humanas». Pero la asociación de Cristo a una imagen sexual femenina —o, con mayor frecuencia, ambivalente— es más complicada y desagradable.

Aquí nos enfrentamos a estratos y más estratos de simbolismo contradictorio. Cristo, que es la personificación del amor al que se dirigen la gran mayoría de los himnos wesleyanos, es a veces maternal, edípico, sexual y sadomasoquista. A menudo se ha subrayado la extraordinaria asimilación de las heridas y las imágenes sexuales

³⁵ W. Hazlitt, «On the Causes of Methodism», *The Round Table* (1817), *Works*, IV, pp. 57 y siguientes.

³⁶ Weber, *op. ch.*, p. 53.

³⁷ *Ibid.*, pp. J 58-159.

³⁸ Sólo teniendo en cuenta hasta qué punto esta obsesión impregnó la cultura inglesa —y en particular la cultura de la clase obrera— puede llegar a entenderse por qué Lawrence se sintió impulsado a escribir *Lady Chatterley's Lover*. (Hay trad. cast.: *El amante de Lady Chatterley*. El libro de bolsillo, Alianza Editorial. Madrid, 1980.)

en la tradición morava. El hombre, como «gusano» pecador, debe encontrar «Alojamiento, Cama y Comida en las Heridas del Cordero». Pero la metáfora sexual se transfiere con facilidad a la metáfora del útero. La «querida pequeña abertura del sagrado, amado e infinitamente bello pequeño costado» es también el refugio del pecado en el que «el Regenerado descansa y respira»:

371

Oh, querida abertura del Costado hendido
Deseo vivir dentro de ti. ...
Ahí, en la alegría divina del Costado hendido.
Pasaré mis Días futuros.
Sí, sí, permaneceré por siempre
Ahí, donde tu Costado fue hendido.³⁹

Aquí parecen estar asimiladas la metáfora sexual y «de regresión al útero». Pero después de que los Wesley rompieran con los hermanos moravos, el lenguaje de sus himnos y la acusación persistente de herejía antinomiana entre las comunidades moravas llegó a ser un escándalo público. En los himnos de John y Charles Wesley se reprimió de manera consciente la metáfora sexual abierta, y se dio paso a la metáfora del útero y las entrañas:

¡Venid, hermanos míos, pecadores, venid,
Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
Su corazón sangrante os hará sitio,
Su costado abierto os acogerá ...*

* Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in ...

Esta metáfora está, sin embargo, subordinada a la abrumadora imagen del sacrificio de la sangre, como si las tradiciones subterráneas del sacrificio mitraico de la sangre, que preocupaban a la iglesia cristiana primitiva, salieran de pronto a borbotones en el lenguaje de los himnos metodistas del siglo XVIII. Ahí está el «amor sangrante» de Cristo, la sangre del Cordero del sacrificio en la que deben bañarse los pecadores, la asociación del sacrificio con la culpa del penitente. Ahí está la «fuente» que «brota de Su costado,/ Abierta de modo que todos puedan entrar»:

La fuente de Tu Sangre todavía
Se mantiene abierta de par en par para los pecadores;
Ahora, incluso ahora, Señor mío y Dios mío.
Me purifico en Tu costado.**

** Still the fountain of Thy blood / Stands for sinners open'd wide; / Now, even now, my Lord and God, / I wash me in Thy side.

372

Y el lenguaje del sacrificio, el masoquismo y lo erótico, todos encuentran un nexo común en el mismo simbolismo de la sangre:

Estamos sedientos de Tu preciosa sangre,

³⁹ Véase R. A. Knox, *Enthusiasm*, Oxford, 1950, pp. 408-4)7; G. R. Taylor, *op. cit.*, pp. 166-167. (O precious Side-hole's cavity / I want to spend my life in thee ... / There in one Side-hole's joy divine, / Til spend all! future Days of mine. / Yes, yes, I will for ever sit / There, where thy Side was split.)

Languidecemos por descansar en tus heridas,
Anhelamos el alimento inmortal,
Y suspiramos por regalarnos con todo Tu Amor.*

* We thirst of drink Thy precious blood, / We languish in Thy wounds to rest, / And hunger for immortal food, / And long on all Thy love to feast.

La unión con el amor de Cristo, en especial en la eucarística «fiesta del matrimonio» (en la que la iglesia, colectivamente, «se ofrece a sí misma a Dios» mediante la «ofrenda a Dios del Cuerpo de Cristo») ⁴⁰ une los sentimientos de mortificación de sí mismo, la añoranza por el olvido del útero y el deseo sexual atormentado, «escondidos en el pecho del Salvador»:

Aquí es donde me gustaría para siempre morar,
Y ni por un momento salir,
Escondido en la hendedura de Tu costado,
Eternamente asido a Tu corazón⁴¹

Es difícil imaginarse una desorganización más sustancial de la vida humana, una corrupción de las fuentes de la espontaneidad que se refleja, inevitablemente, en todos los aspectos de la personalidad. Puesto que la alegría estaba asociada con el pecado y la culpa, y el dolor (las heridas de Cristo) con la bondad y el amor, todos los impulsos quedaban transformados en sus contrarios, y llegó a ser algo natural el suponer que un hombre o un niño sólo alcanzaban la gracia a los ojos de Dios cuando realizaban tareas dolorosas, laboriosas o abnegadas. Trabajar y afligirse era hallar placer, y el masoquismo era «Amor». Es inconcebible que los hombres pudieran realmente *vivir* así; pero muchos metodistas hicieron lo que pudieron. W'hitfield, cuando planeaba casarse, se consolaba con el pensamiento: "Si conozco algo de mi propio corazón, estoy libre de esa insensata pasión que el mundo llama amor". El galanteo itinerante de Wesley parece haber sido una forma de pseudo-noviazgo que nunca llegó a consumarse y que tanto le mortificaba a él como humillaba a la mujer. Cuando se casó, parece que lo hizo como castigo para sí mismo y, sobre todo, para su esposa. La tradicional obsesión del wesleyanismo con el pecado femenino y la prostitución es bien conocida. ¿Y dónde, sino en el diario devocional de un ministro metodista de la Inglaterra victoriana temprana, podría encontrarse una entrada tan desoladora como ésta?

373

Día de Navidad. Me casé con una pareja en South Parade y luego me di un baño frío en los Baños (Lily Lane). Cerré este triste año de rodillas . . . con mi corazón elevado hacia Dios.⁴²

⁴⁰ J. E. Rattenbury, *op. cit.*, p. 132.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 109-111, 202-204, 224-234; y J. E. Rattenbury, *The Evangelical Doctrines of Charles Wesley's Hymns*, 1941, p. 184. Este tema merece que los especialistas le presten atención de nuevo y que ésta sea mayor. El estudio del señor G. R. Taylor sobre *The Angel-Makers* es sugerente, pero su intento de encontrar una explicación «sexual» de) cambio histórico, en las orientaciones paternas y maternas que se dan a ios hijos, se lleva hasta e) punto de) absurdo. (This there I wnuold always abide, / And never a moment depart, / Concal'd in the cleft of Thy side, / Eternally held in Thy heart.)

⁴² E. V. Chapman, *John Wesley & Co. (Halifax)* (Halifax, 1952), p. 70.

Estas extrañas metáforas se mantuvieron durante los años de la Revolución industrial, no sólo en los himnos metodistas, sino también en la retórica de los sermones y las confesiones. Todo ello no pasó inadvertido. «La Divinidad se personifica y se encarna en la más grande de las imágenes», comentaba Leigh Hunt en un ensayo «Sobre las Indecencias y los Éxtasis Profanos del Metodismo». «Si debemos dirigirnos a Dios con un lenguaje de afecto mundano, ¿por qué no dirigirnos a él como a un padre en vez de como a un amante?»⁴³ Pero hacia finales del siglo XVIII, la tradición metodista estaba sufriendo un triste cambio. La negación o la sublimación del amor empezaba a tender hacia el culto a su opuesto: la muerte. El propio Charles Wesley había escrito más de un himno que presagiaba este cambio:

¡Ah. Hermosa aparición de la Muerte!
Ninguna otra Visión en la Tierra es tan bella.
Ni todos los alegres Espectáculos que *respiran*
Se pueden comparar con un Cuerpo muerto.*

* Ah, lovely Appearance of Death! / No Sight upon Earth is so fair. / Not all the gay Pageants that *breathe* / Can With a dead Body compare.

Aquí, la tradición metodista es ambivalente. Por un lado, los predicadores metodistas perfeccionaron sus técnicas para provocar paroxismos de miedo a la muerte y a los dolores ilimitados del infierno. Los niños, desde la edad en que aprendían a hablar, eran aterrorizados con las imágenes de infinito castigo por el más leve mal comportamiento. Sus noches se convertían en algo espeluznante con la lectura del *Book of Martyrs* de Fox y otras parecidas.⁴⁴ Pero al mismo tiempo, los que sabían leer se vieron inundados, a lo largo de los primeros años del siglo XIX, con los folletos que celebraban la «Muerte Sagrada». Ninguna revista metodista o evangélica, ya fuera para los mayores o para los niños, estaba completa sin una escena del lecho de muerte en la que (como también advirtió Leigh Hunt) la muerte era a menudo anticipada en el lenguaje de una novia o un novio impaciente por la noche de boda. La muerte era el único fin que se podía desear sin culpa, era la recompensa de paz después de una vida de sufrimiento y trabajo.

374

En los últimos años, la historia del metodismo la han escrito, hasta tal punto, defensores o seculares imparciales que intentaban hacer concesiones a un movimiento que no podían entender, que nos provoca sobresalto la opinión de Lecky, a finales del siglo XIX: «Pocas veces ha existido un sistema más detestable de terrorismo religioso, un sistema que estuviera hecho más a medida para trastornar y arruinar el intelecto y

⁴³ El editor de) *Examiner An Attempt to shew the Folly and Danger of Methodism*, 1809, en [Leigh Hunt], en especial pp. 54-64, 89-97. El lenguaje también exponía a los metodistas a las acusaciones de que las fiestas del amor, las vigiliás nocturnas y el fervor del resurgimiento se convertían en ocasiones de relaciones sexuales ilícitas. Entre los críticos moderados, Nightingale desechaba estas acusaciones, Leigh Hunt les daba crédito y Southey se reservaba la opinión. Véase la literatura de gente *canalla* como: Un Profesor, *Confesiones of a Methodist*. 1810.

⁴⁴ Cf. W. E. H. Lecky, *History of England in the Eighteenth Century*, edición de 1891, n, p. 585: «Las horribles imágenes [los predicadores metodistas] evocadas continuamente, emponzoñaban sus imaginaciones, les perseguían en cualquier hora de debilidad o depresión, marchitaban todas sus opiniones sobre el mundo, y añadían un horror diez veces mayor a la oscuridad de la tumba.»

para oscurecer y amargar una naturaleza sensible.»⁴⁵ La figura del reverendo Jabez Branderham (modelado casi con seguridad sobre la imagen de Jabez Bunting), que aparece en la macabra pesadilla de Lockwood al principio de *Cumbres borrascosas*,* se cernía sobre la Revolución industrial: «¡buen Dios! qué sermón, dividido en *cuatrocientas noventa partes ...* ¡y cada una de ellas tratando de un pecado distinto!» Frente a este omnipresente «¡No Debes!», que durante estos años impregnaba *todas* las creencias religiosas en diversos grados, podemos apreciar en toda su altura la talla de William Blake. En 1818, pasó de sus libros proféticos, densamente alegóricos, a una última fase de claridad proverbial en *The Everlasting Gospel*. En él reiteró los valores presentes en sus primeras canciones, la afirmación casi antinomiana de la alegría de la sexualidad y la afirmación de la inocencia. Casi cada línea puede considerarse como una declaración de «guerra menta]» contra el metodismo y el evangelismo.⁴⁶ La «Visión de Cristo» de aquellos era «el mayor Enemigo» de su visión. Sobre todo, Blake negó su asentimiento a la enseñanza de la humildad y la sumisión. Esta humildad negadora era, en su opinión, la que «oscurece el Sol y la Luna», «Deforma los Cielos de Polo a Polo»,

* Hay trad. cast. en Destino, Barcelona 1979, 8ª ed. (*N. de la t.*)

Hundiendo con las espinas y el tallo

El Alma sepultada con todos sus Tesoros.*

* Rooting over with thorns & stems / The buried Soul & all its Gems.

375

II. EL MILENARISMO DE LA DESESPERACIÓN

La utilidad del metodismo como disciplina para el trabajo es evidente. Lo que ya no es tan fácil de entender es por qué tantos obreros estaban dispuestos a someterse a esa forma de explotación psíquica.

¿Cómo pudo el metodismo representar, con tamaño éxito, el doble papel de religión de los explotadores y los explotados a la vez?

Durante los años que van de 1790 a 1830 ⁴⁷ se pueden aducir tres razones para ello: el adoctrinamiento directo, el sentido de comunidad de los metodistas y las consecuencias psíquicas de la contrarrevolución.

⁴⁵ Lecky. *op. cit.* III, pp. 77-78.

⁴⁶ Cf. Wilberforce, *A Practical View of Christianity*, p. 437: «Recordad que todos somos criaturas perdidas, nacidas en el pecado, y depravadas por naturaleza, la Cristiandad no reconoce ninguna *inocencia o bondad de corazón.*»

⁴⁷ Estos años abarcan el período de ascensión y dominio de Jabez Bunting y su círculo. Después de 1830 se puede observar cómo actúan tendencias liberalizadoras en el seno de la Conexión Metodista; y a pesar de que Bunting libró un combate determinado para cubrir la retirada, hacia la década de 1840 el metodismo entró en una nueva fase de algún modo suavizada. Por una parte, una segunda o tercera generación de propietarios de fábricas y de patronos abandonaron el metodismo a cambio de la respetabilidad de la Iglesia oficial. Por otra parte, el metodismo aparece como la verdadera perspectiva de algunos que pertenecen a los grupos de tenderos con pequeños negocios, empleados de oficina y a los encargados de dirección, en quienes un radicalismo callado se ha unido a la ideología de la «ayuda a uno mismo». Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, caps. 5, 6, y W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 122-135.

La primera razón —el adoctrinamiento— no se puede exagerar. Las escuelas dominicales evangélicas siempre fueron activas, aunque es difícil saber hasta qué punto se pueden designar sus actividades correctamente como «educativas». Los wesleyanos habían heredado de su fundador una convicción particularmente sólida respecto de la maldad natural de los niños; y ésta se expresaba —en el caso de Wesley— con una fuerza que podría haber hecho palidecer a más de un jesuita:

Doblega su voluntad temprano. Empieza esta tarea antes de que puedan correr solos, antes de que puedan hablar claro, quizá antes de que sepan decir una palabra. Cueste lo que cueste, doblega su voluntad si no quieres condenar al chiquillo. Deja que a un niño de un año se le enseñe a temer la vara y a llorar silenciosamente; haz que haga lo que se le ordena desde esta edad, aunque tengas que azotarle diez veces consecutivas para conseguirlo. ... Doblega su voluntad ahora, y su alma se podrá salvar y probablemente te bendicirá para toda la eternidad.⁴⁸

En la escuela de Wesley, en Kingswood, sólo se permitían «recreaciones» rigurosamente activas —cortar madera, cavar y cosas parecidas— puesto que los juegos y las diversiones eran «indignos de un niño Cristiano». («Destruiré o curaré —dijo Wesley, que pocas veces decía cosas que no pensaba—. *Tendré* una cosa u otra, una escuela Cristiana o ninguna.») Una rápida ojeada a los materiales «educativos» que se usaban de forma corriente en las escuelas dominicales de las primeras décadas del siglo XIX revela su verdadero propósito. Los alucinantes himnos de Wesley, que se empleaban en los servicios para adultos, se sustituían por los *Divine Songs of Children* de Isaac Watts, u otras variantes moralistas de autores posteriores. Se les enseñaba a cantar a los pequeñuelos, que apenas sabían andar, que eran «Por naturaleza y también por costumbre, Un miserable esclavo del pecado». El «penetrante ojo» de Dios, que Todo lo ve, miraba sus más «secretas acciones»:

376

No hay un solo pecado de los que cometemos,
Ni una sola palabra blasfema de las que decimos,
Que no esté escrita en tu terrible libro,
Para el día del juicio.*

* There's not a sint that we commit, / Nor wicked word we say, / But in thy dreadful book 'tis writ, / Against the judgement-day.

Una historia moral característica de la época ejemplifica la tendencia general de esta «enseñanza».⁴⁹ John Wise es hijo de «un hombre muy pobre que tenía muchos hijos y apenas conseguía pan para todos ellos aunque trabajase mucho. Tenía que trabajar con todas sus fuerzas cada día de la semana y se alimentaba de tortas de avena y harina de avena hervida con agua». Sin embargo, su padre era un buen «rezador», que continuamente daba gracias por las bendiciones que recibía: por ejemplo, «Algunos

⁴⁸ Southey, *op. cit.*, p. 561. Por ejemplo, a partir de las memorias de Bamford, de la década de 1790, y a partir de la obra de Thomas Cooper's *Life* (que corresponde a la época en que trabajaba como maestro en una escuela metodista, en la década de 1820, y consideraba como una señal de gracia el hecho de que *no les* pegara a sus alumnos), podemos observar que las enseñanzas de Wesley fueron humanizadas por sus seguidores de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Pero véase la defensa utilitaria ortodoxa de Jabez Bunting en *Sermón on ... a great work described*, 1805.

⁴⁹ *The History of John Wise. a Poor Boy: intended for the Instruction of Children*, Halifax, 1810.

de nosotros podrían haber muerto, pero todos estamos en el reino de los vivos». La madre de John le había enseñado el himno de Watts sobre el sol, disciplinado y trabajador:

Cuando desde la morada del este
Empieza su recorrido matutino,
Nunca se cansa, ni se para a descansar,
Sino que resplandece alrededor del mundo,

Así, como el sol, debería yo cumplir
Los deberes de este día,
Empezar mi trabajo temprano, y seguir
Andando por mi camino celestial.*

* When from the chambers of the east / His morning race begins, / He never tires, nor stops to rest, / But round the world he shines, / So, like the sun, would I fulfil / The duties of this day, / Begin my work betimes. and still / March on my heavenly way.

Los padres de John le enseñan la santidad del *Sabbath*, y le entregan diversas homilías sobre el deber, la obediencia y la laboriosidad. Luego sucede la terrible historia de Betty, la hermana mala de John, que sale un domingo a pasear y vuelve mojada y cubierta de barro, y ha perdido un zapato. Su padre la reprende y lee a toda la familia el decreto de Moisés según el cual el hombre que recogiera leña en el *Sabbath* debía ser apedreado hasta la muerte. El pecado de Betty es mucho peor que el de aquel hombre, pero por esta vez se le perdona. Pero siguen pecados peores: algunos niños hacen novillos a la escuela dominical y, en lugar de ello, van a jugar a *fútbol*. El siguiente domingo se reprende a los niños y se les cuenta la historia de los 42 niños que se burlaban del viejo Elisha, y que fueron despedazados por orden de un Dios misericordioso. Luego los niños cantaron otro de los himnos de Watts:

377

Cuando los niños en su travieso juego,
Trataron de ese modo al viejo Elisha;
Y le dijeron que se fuera,
«Lárgate tú, calvo, vete:»

Rápidamente Dios paralizó su perversa respiración,
Y envió osos rabiosos,

Que los despedazaron, miembro a miembro, hasta la muerte,
Con sangre, gemidos y lágrimas.*

* When children in their wanton play, / Serv'd old Elisha so; / And bid the prophet go his way, / 'Go up, thou bald-head, go!' / GOD quickly stopt their wicked breath, / And sent two raging bears, / That tore them limb from limb to death, / With blood, and groans, and tears.

Al final, la piedad de John y su padre se ven recompensadas por una herencia que proviene de un extraño, profundamente conmovido por su paciencia y su sumisión a la pobreza.

Podemos reírnos, pero las atrocidades psicológicas a que fueron sometidos los niños eran terriblemente reales para ellos. Podemos tener dudas en cuanto al énfasis que pone un autor reciente en el efecto represivo de la costumbre puritana de ceñir a

los niños (con apretados pañales) y el adiestramiento anal, aunque no se puede desechar el asunto.⁵⁰ Pero a pesar de todos los tópicos que se repiten en la mayoría de los libros de texto acerca de las «iniciativas educativas» de las iglesias en esta época, las escuelas dominicales fueron un cambio espantoso, incluso para las escuelas de damas de los pueblos. La provisión para la educación de los pobres, durante el siglo XVIII, por muy inadecuada y desigual que fuera, era, sin embargo, una provisión *para educación*, de algún modo, aunque (como en el caso de la maestra de Shenstone) consistiera en poco más que nombrar las flores y las plantas. Esta situación se corrompió, durante los años contrarrevolucionarios, debido a la actitud predominante de los evangélicos, de que la función de la educación empezaba y acababa con el «rescate moral» de los hijos de los pobres.⁵¹ No sólo se desalentó la enseñanza de la escritura, sino que muchos de los alumnos de las escuelas dominicales las dejaron sin saber leer, lo cual, teniendo en cuenta las partes del Antiguo Testamento que se consideraban más edificantes, era por lo menos una bendición. Otros aprendieron poco más que la pequeña que le dijo a uno de los comisarios del trabajo infantil en las minas: «si muriese siendo una buena niña iría al cielo; si fuera mala sería quemada en azufre y fuego: me lo dijeron ayer en la escuela, antes no lo sabía».⁵² Mucho antes de la pubertad, el niño estaba sujeto, tanto en la escuela dominical como en casa (si sus padres eran piadosos), al peor tipo de intimidación emocional para que hiciera confesión de sus pecados y alcanzara un sentido de la salvación; y muchos de ellos, como el joven Thomas Cooper, se dirigían «veinte veces al día a lugares secretos, para rezar por su perdón ...».⁵³

378

El epíteto de Lecky, «terrorismo religioso», no es en modo alguno un término excesivo para aplicar a una sociedad que no proporcionaba programas educativos alternativos para los hijos de los pobres; al menos hasta que apareció el movimiento lancasteriano* de escuelas benéficas, en el que la idea de «rescate moral» era sustituida por auténticas intenciones educativas y por una preocupación utilitaria por preparar a los niños para los empleos industriales.⁵⁴

* De Joseph Lancaster, que estableció un sistema de monitores en las escuelas. (*N. de la t.*)

Pero debemos tener cuidado —y aquí llegamos a la segunda razón— de ofrecer una imagen demasiado poco afable e incompetente de las iglesias evangélicas, a partir de los testimonios de los libros de texto de las escuelas dominicales, o de los dogmas de hombres como Bunting. Lo que pretendía el pastor metodista ortodoxo es una cosa, lo que ocurría en realidad en muchas de las comunidades puede que sea otra. Los viejos metodistas «arminianos» tenían una actitud más humanitaria hacia la enseñanza

⁵⁰ G. R. Taylor, *op. cit.*

⁵¹ Cf. Raymond Williams, *The Long Revolution*, 1961, pp. 135-136.

⁵² Citado en J. L. y B. Hammond, *Lord Shaftesbury*, edición de Penguin, p. 74.

⁵³ T. Cooper, *Life*, p. 37.

⁵⁴ Creo que los autores que en la actualidad denuncian, con razón, la degradación humana que resulta del abuso comercial de los medios de comunicación, sacan las cosas de quicio cuando consideran el alcance y el carácter del adoctrinamiento de masas en períodos anteriores.

en las escuelas dominicales; los metodistas de la Nueva Conexión siempre eran más intelectuales en su forma de enfocar las cuestiones que los pertenecientes a la ortodoxia wesleyana; ya hemos apuntado que James Montgomery (del *Sheffield Iris*) dirigió la lucha de los inconformistas de Sheffield para que se siguiera enseñando a escribir en los programas de estudios de la escuela dominical. Los profesores laicos, que ofrecían sus servicios de manera voluntaria, eran menos propensos a ser doctrinarios, y existía una continua tensión que, a veces, producía resultados desiguales. «Incluso nuestras Escuelas Dominicales —le escribía al duque de Portland, en 1798, un pastor de Bolton— se pueden convertir en algunos Casos en Seminarios de la Facción. Hemos descubierto uno o dos que han prestado Juramento a los Ingleses Unidos, que están actuando en calidad de Maestros de la Escuela Dominical *gratis* ...»⁵⁵ Las «silenciosas fortalezas» de las escuelas dominicales de Stockport, que tanto había elogiado el doctor Ure en la década de 1830, habían sufrido un auténtico asedio (y en cierto grado se habían visto desplazadas), entre 1817 y 1820, cuando el reverendo Joseph Harrison y la Unión Política de Stockport respaldaron un movimiento radical de la escuela dominical que debió estar compuesto, en parte, por antiguos profesores y alumnos de las escuelas ortodoxas.⁵⁶

379

Y procesos como éste se debieron dar no sólo en las escuelas, sino también en relación a la influencia general de las iglesias metodistas. Como dogma, el metodismo aparece como una implacable ideología del trabajo. En la práctica, este dogma se suavizaba en grados diversos, se humanizaba o se modificaba según las necesidades, los valores y las pautas de relación social de la comunidad en la que se hallaba. Después de todo, la iglesia era algo más que un edificio, y más que los sermones y las enseñanzas de su pastor. También estaba encarnada en las reuniones de clase, los grupos de costura, las actividades de recogidas de fondos, los predicadores locales que caminaban varias millas después de trabajar para asistir a pequeñas funciones en aisladas aldeas que pocas veces recibían la visita del pastor. La imagen de compañerismo entre los metodistas que por lo común se presenta es demasiado eufórica, se ha acentuado hasta el punto de olvidar todas las demás características de la iglesia.⁵⁷ Pero sigue siendo cierto y es importante que el metodismo, con las puertas de sus capillas abiertas, ofreció a la población desarraigada y abandonada de la Revolución industrial algún tipo de comunidad para reemplazar las viejas pautas comunitarias que estaban siendo desplazadas. Por el hecho de ser una iglesia no consolidada (aunque no democrática), existía un sentido en el que los obreros se la podían apropiarse; y cuanto más estrechamente unida estaba la comunidad en la que arraigaba el metodismo (poblaciones de mineros, pescadores o tejedores) más ocurría

⁵⁵ Reverendo Thomas Bancroft, 12 de febrero de 1798, P.C. A. 152.

⁵⁶ Véase D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, pp. 51 v siguientes, y más adelante, vol. 2, p. 320.

⁵⁷ El sentido del compañerismo en los primeros años de la Iglesia se expresa con benevolencia en L. F. Church, *The Early Methodist People*, 1948. Véanse también, por supuesto, los libros del doctor Wearmouth, entre muchos otros.

esto.

Durante esos años, el «carnet» metodista de pertenencia a la iglesia adquirió para mucha gente una importancia verdaderamente fetichista; para el obrero que emigraba podía ser la tarjeta de entrada a una nueva comunidad cuando se trasladaba de ciudad a ciudad. En esta comunidad religiosa había (como hemos visto) su drama propio, sus propias gradaciones de posición e importancia, su propio chismorreo y una buena dosis de ayuda mutua. Había incluso un cierto grado de movilidad social, aunque muy pocos de los eclesiásticos provenían de hogares proletarios. Los hombres y las mujeres tenían la sensación de ocupar algún lugar en un mundo, por otra parte hostil, cuando formaban parte de la iglesia. Allí obtenían un reconocimiento, quizá por su discreción, o su castidad o piedad. Y había otras cosas positivas, como por ejemplo la contribución a la estabilidad de la familia y el hogar; sobre ello volveremos más adelante. Además, la configuración del carácter no era algo que sólo se pudiese poner al servicio de la iglesia y del patrono. Una vez operada la transferencia, encontraremos la misma dedicación, que permitía a esos hombres cumplir esos papeles, en quienes encabezaban las *trade unions* y los clubs Hampden, que adquirían una educación por sí mismos estudiando por las noches y tenían la responsabilidad de dirigir las organizaciones obreras. Al analizar la ideología del metodismo, hemos mostrado una imagen intelectualizada. En la fluidez de la vida social, el simple sentido común, la piedad, la obstinada vitalidad de las viejas tradiciones comunitarias, todo está mezclado para suavizar sus perfiles severos.

380

Sin embargo, existe una tercera razón por la cual los obreros estaban expuestos, de manera excepcional, a la penetración del metodismo durante los años de las guerras napoleónicas. Es, quizá, la razón más interesante de todas, pero apenas si se la ha tenido en cuenta. Podemos aproximarnos mejor a ella si recordamos el aspecto histérico del resurgimiento metodista, baptista y de las pequeñas sectas. Durante los peores años de la Revolución industrial, en los distritos manufactureros, estaba ampliamente extendido el consumo de narcóticos. Y el epíteto de Charles Kingsley, «el opio de las masas», nos recuerda que mucha población obrera se dirigió a la religión como un «consuelo», a pesar de que los sueños inspirados por la doctrina metodista no eran muy felices. Los métodos de los predicadores del resurgimiento se destacaban por su violencia emocional: el inicio tenso, las vividas descripciones de la muerte súbita y la catástrofe, la retórica indeterminada que versaba sobre la enormidad del pecado, la oferta dramática de redención. Y las multitudes que se reunían al aire libre y las primeras congregaciones del metodismo también se caracterizaban por su «entusiasmo»: desvanecimientos, gemidos, gritos, llantos y estados de exaltación. Southey, por su parte, sugería que el resurgimiento era análogo al mesmerismo: Wesley «había provocado una nueva enfermedad, y la explicaba con una teoría teológica en vez de hacerlo con una teoría física».⁵⁸ Algunas veces esos síntomas

⁵⁸ Southey, *op. di.*, pp. 382 y siguientes.

adquirían la forma de una violenta histeria de las masas, como en el incidente de Bristol que Wesley anotó en su *Journal*, en marzo de 1788, cuando un «violento ruido ... estalló como un relámpago por toda la reunión»:

El terror y la confusión fueron indescriptibles. Parecía una ciudad sacudida por la tormenta. Las gentes se precipitaron unos contra otros con suma violencia, los bancos se rompieron a trozos, y las nueve décimas partes de la congregación parecieron ser presas del mismo pánico.

381

En Chapel-en-le-Frith, escribía en 1786, esta histeria se ha convertido ya en un hábito morboso:

Algunos de ellos, quizá muchos, chillan a la vez todo lo fuerte que pueden. Algunos de ellos utilizan expresiones inadecuadas, sin duda indecentes, en las plegarias. Algunos de ellos se dejan caer como muertos y permanecen inmóviles como cadáveres; pero al cabo de un momento se levantan y gritan, Gloria, gloria ...

Wesley condenaba este exceso de histeria, porque «desprestigiaba la auténtica labor». ⁵⁹ Pero a lo largo de la Revolución industrial hubo otras muchas formas de histeria callada, que eran intrínsecas al resurgimiento metodista. Las comunidades de mineros, agricultores de las zonas montañosas p de tejedores que estaban estrechamente unidas podían, en un primer momento, resistir la campaña de predicación en los campos y las reuniones de plegaria entre ellos; luego se podía producir un «pequeño cambio entre los muertos de hambre»; y luego «el fuego prendía, como cuando se queman los matorrales de los campos comunales, iresplandecía magníficamente!». ⁶⁰

El ejemplo está tomado de la propaganda que se hacía en los pueblos tejedores del West Riding, entre 1799 y 1801, cuando comunidades enteras se declararon —aunque sólo fuera temporalmente— «redimidas». Y pocas veces se señala que durante los años de guerra, no sólo se produjo la mayor expansión del metodismo, particularmente entre la clase obrera del norte, sino que esto fue acompañado por nuevas demostraciones de histeria. Por ejemplo, durante los años 1805-1806, cuando gran cantidad de gentes afluyó hacia el metodismo en Bradford, «en muchas ocasiones, apenas se había anunciado el texto, cuando los gritos de las personas afligidas interrumpían al predicador, de tal modo que ... inmediatamente el servicio se convertía en una intercesión fervorosa generalizada». ⁶¹ «Mientras hablaba, cayeron tres —anotó complacido en su diario un predicador de los Cristianos de la Biblia en Devon, en 1816—, rezamos y en seguida cayeron algunos de esta secta entre los agricultores y los jornaleros de los páramos iban acompañados, con frecuencia, de angustias, abatimientos, «gritos de alabanza», y «de gritos fuertes y devotos delos penitentes». ⁶²

382

Puede que el metodismo inhibiera la revolución, pero podemos afirmar con certeza

⁵⁹ Véase la discusión sobre el «entusiasmo» en R. A. Knox. *op. dt.*, pp. 520-535.

⁶⁰ F. A. West. *Memoirs of Jonathan Saville*, Halifax, 1844.

⁶¹ W. M. Stamp, *Historical Notices of Wesleyan Methodism, in Bradford*, 1841, p. 85

⁶² F. W. Bourne, *The Bible Chistians*, 1905, pp. 36-42

que su rápido crecimiento durante las guerras fue un componente de los procesos psíquicos de la contrarrevolución. En un sentido, cualquier religión que ponga un fuerte acento en la vida futura es el milenarismo de los derrotados y los desesperados. «La visión utópica generó una visión contraria. El optimismo milenarista de los revolucionarios dio lugar, a la larga, a la formación de una actitud conservadora de resignación...»; estas son palabras de Karl Mannheim al describir otro movimiento. Y él mismo nos ofrece una pista sobre la naturaleza del proceso psíquico: «El milenarismo siempre ha acompañado los estallidos revolucionario y les ha proporcionado su espíritu. Pero cuando este espíritu mengua o abandona esos movimientos, queda, por debajo, en el mundo un delirio colectivo manifiesto y una furia grosera.»⁶³ Puesto que en la Inglaterra de la década de 1790, el impulso revolucionario fue sofocado antes de que alcanzara el punto del «estallido», tampoco cayó, cuando menguó la energía, en la situación de delirio. Y sin embargo, durante estas décadas se producen muchos fenómenos que no se pueden explicar de otro modo. El auténtico milenarismo acaba a finales de la década de 1790, con la derrota del jacobinismo, el comienzo de las guerras y la reclusión de Richard Brothers en un manicomio. Pero en los siguientes 15 años prosperaron diversas sectas de la «Nueva Jerusalén».⁶⁴ Surgieron un profeta tras otro, como Ebezener Aldred, un pastor unitarista que estaba en un pueblo aislado en el Derbyshire Peak (Hucklow):

Vivía allí en una especie de soledad, se volvió soñador y salvaje; interpretaba las profecías; creía ver a Napoleón en el Libro de la Revelación; al final, se figuraba que él era el Profeta que, sin sostenerse sobre la tierra ni el agua, proclamaría la destrucción de una gran ciudad ...

y, ataviado con una ropa blanca, con su cabello gris cayendo sobre las espaldas, navegó en una barca por el Támesis, repartiendo folletos y profetizando el juicio final.⁶⁵ El radical, el místico y el militarista se disputaron las túnicas de la Revelación: se descubrieron las tribus perdidas de Israel en Birmingham y Wapping; y se descubrieron «pruebas» de que «el Imperio Británico es la posesión particular del Mesías y su dominio naval de promisión».⁶⁶

Pero la prueba más sobrecogedora de la existencia de una «furia grosera» se encuentra en los movimientos que rodean —y sobreviven— a la mayor de todas las profetisas, Joanna Southcott. Su primer estrafalario folleto profético, *The Strange Effects of Faith*, se publicó en 1801. La rapidez con que se extendió la fama de la hija del agricultor de Devon, que era criada doméstica, muestra el clima general de delirio expectante que existía. Su llamada estaba curiosamente compuesta de muchos elementos. Estaba la viva imaginación supersticiosa de la vieja Inglaterra, que era

⁶³ K. Mannheim, *Ideology and Utopia*, edición de 1960, pp. 192-196.

⁶⁴ En marzo de 1801, Earl Fitzwilliam investigó las actividades de los seguidores de Brothers en Bradford, dirigido por Zacchaeus Robinson, un tejedor, que «durante muchos años había sido un convencido metodista y lo que se denominaba un Jefe de Clase». Documentos Fitzwilliam, F 45 (a).

⁶⁵ T. A. Ward, *op. cit.*, pp. 188-189; Eben-Ezer, *The Little Book*, 1811.

⁶⁶ R. Wedgwood. *The Book of Remembrance*, 1814.

especialmente tenaz en el West Country, de donde era ella.

383

«La creencia en la mediación sobrenatural —escribió el *Tauion Courier* en 1811— está extendida de manera universal por todos los Condados del Oeste, y hay muy pocos pueblos que no cuenten por lo menos con una persona conocedora de la “Gramática Negra del Infierno”. El Espectro de Samford ganó, durante un tiempo, sus miles de devotos...»⁶⁷

Estaban las fantásticas metáforas y el fervor de la comunión metodista, a las cuales (según Southey) Joanna había estado «vinculada con entusiasmo». ⁶⁸ Estaba la extraña amalgama que constituía el propio estilo de Joanna, en el que se ponían versos místicos ramplones junto con prosa autobiográfica perspicaz o poco imaginativa: relatos de sus memorias de la infancia, asuntos amorosos desgraciados y encuentros entre la testaruda hija del campesino y los descreídos párrocos y la *gentry*. Y sobre todo estaba la miseria y el abatimiento de esos años de guerra, y la expectación milenarista de una época en que los seguidores de Brothers vivían diariamente en la esperanza de una nueva revelación; una época en que: «Un loco publicaba sus sueños, otro sus visiones; uno había visto cómo un ángel salía del sol con una espada en la mano, otro había visto fieros dragones en el aire, y ejércitos de ángeles en orden de batalla. ... Las clases bajas ... empezaron a creer que se iban a abrir los Siete Sellos ...»⁶⁹

Joanna no era Juana de Arco, pero compartía uno de los atractivos de Juana para los pobres: la opinión de que la Revelación podía recaer tanto en la hija de un campesino como en un rey. Se la aclamó como la verdadera sucesora de Brothers y reunió a su entorno un séquito que incluía a varios hombres y mujeres cultos. (Si bien los libros proféticos de Blake pueden considerarse, en parte, como un ensayo idiosincrásico al margen de la corriente profética predominante, su conocido, William Sharp, también grabador y con pasado jacobino, entregó toda su lealtad a Joanna.) Pero donde más fuerte caló la llamada de Joanna fue entre la población obrera del oeste y del norte: Bristol, el sur del Lancashire, el West Riding, Stockton-on-Tees.

384

¡Oh Inglaterra! ¡Oh Inglaterra! ¡Oh Inglaterra! el hacha apunta hacia el árbol y éste debe ser y será cortado; no sabéis cuándo será el día de vuestro castigo ... La medianoche se acerca para todos vosotros, y os caerá encima. Os prevengo de peligros que están ante vosotros ahora, porque está llegando el momento en que se cumplirán todas las cosas. «Quién es aquel que venía de Esaú, con ropas teñidas de Bozrah; que hablaba con razón, y tenía el poder de salvar a todos los que creían en él; pero a mis enemigos los pisaré con ira y los pisotearé con furia; porque el día de la venganza está en mi corazón y ha llegado el año de mis redimidos.»

La mayor parte de las profecías de Joanna transmiten poco más que una sensación

⁶⁷ Citado en *Alfred* (24 de agosto de 1811). Véase también F. W. Bourne, *op. cit.*, pp. 55, 64-65, para los relatos de mujeres poseídas por el diablo y de una mujer «que afirmaba que ella era Cristo».

⁶⁸ Southey, *Letters from England*, 1808, segunda edición, III, p. 238.

⁶⁹ *Ibid.*, III, p. 232.

apocalíptica y los augurios de catástrofe son tan vagos que podían aplicarse con facilidad a las crisis y trastornos de la Europa napoleónica, con el propio Bonaparte representado en LA BESTIA. SU estilo carecía de la particularidad revolucionaria de Brothers; pero, con toda seguridad, su apocalipsis era de un tipo en el que había que separar irrevocablemente las ovejas de los machos cabríos. «La Tierra se llenará de Mi bondad —dijo el Señor a través de Joanna— y el infierno se llenará de Mis Terrores. ... Mi furia emergerá, y Mi Tierna Benevolencia salvará completamente a todos aquellos que ahora vienen hacia MÍ.» «Despierta, despierta, Oh Sión, viste tus bellos ropajes, Oh Jerusalén: porque el día del Señor está al llegar ... Rebajaré el orgullo de los Altaneros, y elevaré el Espíritu de los Mansos...»

A los redimidos se les ofrecía una Utopía indefinida:

Cuando redima a mi pueblo
Del poder del infierno y el pecado.
Construiré de nuevo vuestras casas,
Y pondré palacios ante vosotros;
Porque tengo guardadas minas de oro:
Los mares espumeantes llevarán a la orilla
Millones de tesoros ocultos allí dentro,
Y se verán minas de diamantes ...
Tengo oro de Ofir, que llegará
Para construir de nuevo Jerusalén,
Y los primeros que sean redimidos
Pueden decir, exigimos estas promesas *

* When I my people do redeem / From every power of hell and sin. / Your houses I shall build anew, / And palaces bring to your view; For golden mines I have in store: / The foaming seas shall send on shore / Millions of treasure hid therein, / And mines of diamonds shall be seen... / I've gold of Ophir, that shall come / To build Jerusalem up again, / And those that are the First redeem'd / May say, these promises we claim...

385

Había incluso un cierto eco del «Bastardo y sus bandidos armados» de Paine, y una sugerencia de que la tierra sería devuelta a la población trabajadora:

Pero ahora quiero liberar a los herederos,
Y arrojaré a todos estos siervos,
Y los verdaderos herederos no deben dudar en absoluto;
Porque exterminaré la estirpe bastarda,
Y en su lugar pondré a los verdaderos herederos
Para que posean esta tierra ...*

* But now the heirs I mean to free, / And all these bondmen I'll cast out, / And the true heirs have nought to doubt; / For I'll cut off the bastard race, / And in their stead the true heirs place / For to possess that very land...

Es probable que Joanna Southcott no fuera, en absoluto, una impostora, sino una sencilla y a veces insegura mujer, víctima de su propio desequilibrio y credulidad. (La opinión acerca de algunos miembros del círculo que la «promocionaba» puede ser más severa.) Las transcripciones de sus «Voces», tan poco imaginativas, tienen algo de patético. Los largos mensajes que el Señor le ordenaba que comunicase estaban repletos de los mejores testimonios de la habilidad de la propia Joanna;

Porque algo nuevo aparece sobre la tierra.

Os digo, que desde que creé la tierra,

Jamás hubo aquí abajo una mujer tan maravillosa ...**

** For on the earth there's something new appears. / Since earth's foundation plac'd I tell you here, / Such wondrous woman never was below...

Halagada de este modo por el mejor de los Árbitros, pudo ejercer una forma de chantaje psíquico sobre los crédulos que no era menos terrorífico que el de los predicadores de las llamas del infierno. Un día, mientras barría una casa después de una venta, «el Señor le permitió encontrar, *como por accidente**, un sello vulgar. Desde aquel momento sus seguidores —los «*Johannas**» o southcottianos— podían obtener un sello especial de ella, una especie de pagaré que daba derecho al portador a «heredar el Árbol de la Vida, ser Heredero de Dios junto con Jesucristo». La promesa del milenio sólo era asequible para «LA GENTE QUE POSEYERA EL SELLO», mientras los que se mofaban recibían las amenazas más terribles:

Y ahora, si aumentan los enemigos, os digo,

Que aumentarán con rapidez todas las aflicciones,

Las Guerras, sus tumultos jamás cesarán

Hasta que los corazones de los hombres se vuelvan hacia mí

Y abandonen el furor de perseguirte a ti.*

* And now if foes increase, I tell you here, / That every sorrow they shall fast increase, / The Wars, her tumults they shall never cease / Until the hearts of men will turn to me / And leave the rage of persecuting thee.

De este modo, miles y miles recibieron el sello (según una estimación, 100.000). Durante una época existió, ciertamente, un mercado de sellos comparable al mercado de reliquias de la Cruz de finales de la Edad Media. El desequilibrio emocional de la época se hace patente, no sólo en el entusiasmo de los «*Johannas**», también en los violentos sentimientos correspondientes de las multitudes que, de vez en cuando, atacaban a los profetas subalternos de Joanna. El southcottianismo apenas era una forma de milenarismo revolucionario, no incitaba a los hombres a la acción social efectiva, y casi nunca se comprometía con el mundo real; su fervor apocalíptico era muy parecido a los fervores del metodismo: conducía a un punto de intensidad histórica, el deseo de salvación *personal*. Pero verdaderamente era un culto de los pobres. El dios de Joanna maldecía a los falsos pastores de Inglaterra (los terratenientes y gobernantes) que conspiraban para elevar el precio del pan:

386

Mis acusaciones contra ellos serán graves, y mis sentencias deberán ser importantes en el país, si hacen pasar hambre a los pobres en medio de la abundancia. ... Lo que dije de Nínive, Sodoma y Gomorra, lo que dije de Tiro y Sidón, lo que dije referente a los Galileos, son ahora acusaciones contra los pastores de Inglaterra.

Se resucitó la vieja metáfora de la «Prostituta de Babilonia» con una confusión desbordante, y se señalaba a todo «el Clero de todo el país» como «Amantes y Adúlteros» con Jezabel, que «adulteró mi Biblia como un hombre adúltero cometería fornicación con una mujer adúltera». Como en todos los cultos de los pobres, se hacía una identificación directa entre su situación y las tribulaciones de los Hijos de Israel: «igual que el Faraón persiguió a los Hijos de Israel muy de cerca, perseguirá Satanás al Pueblo que posee el Sello, mediante tentaciones interiores y sin persecuciones ...».

A veces, cualquier viso de sentido desaparece debajo de la avalancha de esas imágenes; en ellas los nombres propios del Antiguo Testamento luchan con los ritmos del *Ancient Pistok*

¡Venid! ¡venid! dejad que Sodoma sufra su perdición. ¿Dónde está Lot ahora? ¡Fuera de peligro en Zoar! ¿Dónde está su mujer? ¿No es toda ella de sal? En la pared está escrito: Tú te diviertes de manera obscena con las entrañas de Dios. ... ¡Deja que Bel estalle en pedazos! ... Los santos están juzgando la tierra. El omnipotente está aquí, en poder y espíritu en la palabra. ¡La espada, el caballo blanco, y el Rey de reyes ha desenfundado la flameante espada! ¡Alegraos, vosotros santos, alegraos! ... ¡Gran Og y Agag dónde estáis! ¡Las murallas de Jericó caen! Los cuernos de carneros de Josué, siete y doce, cruzan el río Jordán. ... Los reinos ungidos del Señor. Las varas o leyes de Efraim, diez en una, atadas a la falda de Judá. El Hijo del Hombre reina sobre Israel. Surgen los muertos de hambre. ... Ha llegado la novia. El novio recibe el sello de) matrimonio. La ley y el evangelio están ahora unidos. Aparecen la luna y el sol. Caleb y Josué cruzan triunfalmente la corriente para restaurar. ¿Dónde estáis ahora, vosotros cananeos? ¿Dónde toda vuestra gente enloquecida?

¡Marchaos hititas! no vengáis más a hacer daño o a molestar;
Ahora los hijos de Israel triunfan y disfrutan de la tierra de Canaán.
Fijaos bien, vengo de Edom, con los ropajes manchados de sangre:
Mis hijos han sido liberados, y salvados y purificados en el torrente púrpura...⁷⁰

387

El primer delirio del culto fue entre 1801 y 1804; pero se alcanzó un segundo punto álgido en 1814, cuando la envejecida Joanna tuvo un embarazo histérico y prometió dar a luz a «Shiloh», el hijo de Dios. En el West Riding «todo el distrito estaba infestado de profetas barbudos», mientras que Ashton, en el Lancashire, se convirtió más adelante en una especie de «metrópolis» para los «*Johannas*» del norte.⁷¹ El culto demostró estar profundamente arraigado cuando la profetisa murió en la última semana de 1814, trágicamente desilusionada por su propia «Voz». Aparecieron sucesivos pretendientes a la herencia del manto profético, el más célebre de los cuales fue un cardador de lana de Bradford, John Wroe. Los varios descendientes de los southeottianos pasaron de una aberración a otra, y se mostraron capaces de súbitas

⁷⁰ Este último pasaje no es de Joanna, sino una «pequeña parte de los pensamientos de «un *gentleman* muy respetable» que se contaba entre los seguidores de aquella. Todos los demás pasajes pertenecen a los escritos de Joanna. Véase *Strange Effects of Faith*, Libro 5º, p. 235; Libro 6º, p. 275; *A Continuation of Prophecies*, 1802, pp.15. 48-49; *A Word in Season*, 1803, p. 17; *A Word to de Wise*. 1803, p. 32; *Sound an Alarm in My Holy Mountain*, 1804, pp. 31,45; *A Warning to the World*, 1804. p. 8; *Copies and Parts of Copies*, &c, 1804, p. 49; *Letters and Communications*. 1804, pp. 44-45; *Answer to Five Charges in the Leeds Mercury*, 1805, pp. 20-21; *Divine and Spiritual Communications*, 1809. pp. 20, 39. Véase también G. R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, caps, del 1 al 7; William Sharp, *An Answer to the World*, 1806. (Hitites be gone! no more appear to hurt or to annoy; / Now Israel's sons in peace succeed and Canaan's land enjoy. / Behold, from Edom I appear, with garments dipt in blood: / My sons are freed, and sav'd and wash'd amidst the purple flood ...)

⁷¹ Los seguidores del culto estaban obligados a llevar barbas. Para la penetración de los southeottianos en el norte, véase J. Crossley, *Remarks and inquires on a Sermón Preached by the Rev. J. Cockin*, Leeds, 1806; G. Turner, *A Vindicaban forthe Honour of God*, Leeds, 1807; W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 230; F. Peel, *Nonconformity in the Spen Valley*, p. 187-188.

manifestaciones de vitalidad mesiánica hasta los últimos años del siglo XIX.⁷²

No hay duda que el culto a la Southcott causó estragos en el terreno metodista, particularmente en Bristol, el Lancashire y el Yorkshire. Ciertamente, los pocos ensayos de Joanna que abordan polémicas de tipo teológico se dirigían a los metodistas, a quienes acusaba de sostener dogmas «calvinistas», y de ese modo: «convertir al gran Creador y Padre de todos en un ser de una crueldad tal. que no hay palabras que puedan expresarlo, o lápiz que pueda describirlo, en lugar de un SER cuyo AMOR está en todas partes y cuya MISERICORDIA está *en todas* sus OBRAS».⁷³ Por supuesto, los metodistas tenían muchas ventajas sobre los southeottianos: estabilidad organizativa, dinero, una actitud indulgente por parte de las autoridades. Probablemente, los miembros que perdían para el culto los volvían a recuperar pronto. Pero esto no significa que podamos rechazar el culto como un mero «capricho» que no es relevante para las inalterables líneas del desarrollo social. Por el contrario, deberíamos considerar que los «*Johannas*» y el resurgimiento metodista de esos años están íntimamente relacionados. Las guerras fueron un momento de apogeo para los predicadores laicos itinerantes, con sus «exclamaciones pías, sus gemidos celestiales, sus desmayos angelicales»;⁷⁴ las «absolutas tonterías» que tanto enfurecían a Cobbett:

388

Sus dones celestiales, sus llamadas, sus inspiraciones, los sentimientos de gracia que actúan en su interior y todo el resto de su galimatías hipócrita, constituyen un insulto enorme y monstruoso al sentido común y un gran escándalo para el país. Es inútil que hagamos alarde de nuestro *ilustrado estado*, mientras una secta como ésta aumenta diariamente.⁷⁵

A medida que el wesleyanismo ortodoxo prosperaba, lo mismo hacían los grupos disidentes de «*ranter*s»*, los «*jumpers*»** galeses (primos de los «*shakers*» americanos), los metodistas primitivos, los «*tent methodists*», los «metodistas mágicos» de Delemere Forest, que entraban en trance y tenían «visiones», los bryanitas o cristianos de la Biblia, los «metodistas cuáqueros» de Warrington y los «metodistas independientes» de Macclesfield. En la Inglaterra de la guerra y la posguerra se podía ver por las calles a los misioneros del resurgimiento gritando: «¡Dirígete al Señor y busca la salvación!».

* Miembros de los metodistas primitivos, el grupo se originó en 1807-1810. Un *ranter* es una persona que reza en voz alta y de forma rimbombante. (*N. de la t.*)

** El nombre se aplicaba, en el siglo XVIII, a un grupo de metodistas galeses que solían saltar y bailar como parte de su culto religioso. (*N. de la t.*)

Es sorprendente, no sólo la sensación de desequilibrio, sino la *transitoriedad* del fenómeno de conversión metodista. Las gráficas de adscripción a la iglesia son engañosas; lo que se produce es, más bien, una palpitación de resurgimiento, o una

⁷² Véase G. R. Balleine, *op. cit.*, caps. 8 al 14; W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, pp. 274-276; y más adelante, vol. 2, pp. 413-417.

⁷³ *Divine and Spiritual Communications*. 1809. p. 33.

⁷⁴ Cartel del Teatro Real de Halifax, 1793.

⁷⁵ *Political Register* (12 de junio de 1813).

oscilación entre períodos de esperanza y períodos de desesperación y angustia espiritual. Después de 1795, los pobres habían entrado de nuevo en el Valle de la Humillación. Pero esta vez entraron de mala gana, mirando continuamente hacia atrás; y cada vez que resurgía la esperanza, el resurgimiento religioso se dejaba de lado, sólo para reaparecer con un fervor renovado sobre las ruinas del mesianismo político que había sido derrumbado. En este sentido, puede considerarse que el gran reclutamiento metodista, que se produce entre los años 1790 y 1830, es el milenarismo de la desesperación.

Esta no es la interpretación tradicional del período; y se ofrece sólo como una hipótesis que requiere una investigación más detallada. En vísperas de la Revolución francesa los metodistas afirmaban tener unos 60.000 partidarios en Gran Bretaña. Esto sugiere que tenían poco más que un apoyo en todos, excepto unos pocos, los distritos industriales. Después las cifras mostraban un avance como sigue: 1800, 90.619; 1810, 137.997; 1820, 191.217; 1830, 248.592.⁷⁶ Los años especialmente destacados para el reclutamiento del resurgimiento fueron de 1797 a 1800, de 1805 a 1807, de 1813 a 1818, de 1823 a 1824 y de 1831 a 1834. Estos años están cerca de los de máxima conciencia y actividad política que el doctor Hobsbawm tiene razón al llamar la atención sobre el «marcado paralelismo entre los movimientos de conciencia religiosa, social y política».⁷⁷ Pero mientras que la relación entre la agitación política y la religiosa es, evidentemente, íntima, sigue siendo oscura la naturaleza de esta relación: no debe deducirse necesariamente la conclusión de que «el metodismo avanzaba cuando el radicalismo avanzaba y no lo hacía cuando éste se debilitaba».⁷⁸ Por el contrario, es posible que el resurgimiento religioso tomara el relevo exactamente en el momento en que las aspiraciones «políticas» o temporales se enfrentaran a la derrota. Así, casi podríamos ofrecer una gráfica espiritual que se iniciaría con los trastornos emocionales de gran alcance asociados con la Revolución francesa y *Los derechos del hombre*. En los primeros años de la década de 1790 encontramos un jacobinismo secular y las esperanzas milenaristas de Richard Brothers; a finales de la década de 1790 y durante la década de 1800, encontramos el resurgimiento metodista y el delirio de los **Johannas**, que más de un testigo contemporáneo consideraron como parte del mismo fenómeno y reuniendo a la misma audiencia;⁷⁹ después del ludismo (1811-1812) se produce una nueva ola del resurgimiento, que dio paso luego al resurgimiento político del invierno de 1816-

⁷⁶ Censo del Culto Religioso. Inglaterra y Gales, 1851 (1853), p. LXXVin. Se afirmaba que los circuitos ortodoxos wesleyanos con más de 1.000 miembros en 1815 eran: Londres, Bristol. Redruth, St Ives, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Manchester, Bolton, Liverpool, Coiné, Noningham, Sheffield, Leeds, Birstal, Bradford, Halifax, Isle of Man, Sunderland, Wakefield. Dewsbury, Epworth, York, Hui), Darlington, Barnard Castle, Newcastle, Shields. Véase M. E. Edwards, «The Social and Political Influence of Methodism in the Napoleonic Period», Londres, tesis de doctorado, 1934, p. 244.

⁷⁷ *Priminve Rebels*, pp. 129-130.

⁷⁸ Véase E. J. Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution», *History Today* (1957), VII, p. 124.

⁷⁹ Véase, por ejemplo, Leigh Hunt, *op. cit.*, p. XIV.

1817. En los dos últimos años, los metodistas primitivos penetraron en los pueblos de tejedores de punto de Nottinghamshire, Derbyshire y Leicestershire, y parece que la relación entre el resurgimiento y el radicalismo político fue especialmente estrecha. El domingo de la Pascua de Pentecostés de 1816, se afirma que se reunieron 12.000 personas en el mitin al aire libre con acampada que tuvo lugar en Nottingham Forest. Desde el otoño de 1816 hasta el verano de 1817 parece que las energías populares están absorbidas por la agitación radical, que culmina en la «sublevación» de Pentridge de junio de 1817, en la que por lo menos un predicador local desempeñó una parte destacada. Pero el gran resurgimiento de los metodistas primitivos que en estos condados tuvo lugar en 1817 y 1818 («uno de los más notables ... que jamás se había experimentado»), parece que prendió *después* del desastre de Pentridge.⁸⁰ El año de máxima actividad política de la década de la posguerra, 1819, es un año sin importancia para el resurgimiento; mientras que el fervor del resurgimiento de los años que van de 1831 a 1834 puede atribuirse, en parte, a las campañas que se realizaron en los condados rurales del sur y el este, inmediatamente después de la «Última Revuelta de los Braceros».⁸¹

300

La sugerencia es provisional. Para seguir adelante con ella deberíamos saber más acerca, no sólo de los años del resurgimiento, sino de los meses; no sólo los condados, sino las ciudades y los pueblos. Además, la relación de los metodistas primitivos o de los cristianos de la Biblia con la agitación política era muy diferente de la que tenían los wesleyanos ortodoxos. Un examen minucioso de todas las iglesias que experimentaron resurgimientos muestra, sin embargo, que su progreso no se caracteriza por un movimiento ascendente constante, salpicado de pendientes más pronunciadas, de vez en cuando, en los momentos de conversiones masivas. Tenía más bien la naturaleza de una palpitación, una oleada hacia adelante seguida de una retirada. El relato de Thomas Cooper sobre su propia conversión, en la década de 1820, puede tomarse como característica: «el ejemplo era extraordinariamente contagioso. Cientos de personas de la ciudad [Gainsborough] y del circuito empezaron a rezar por la santidad de corazón ... ». Durante semanas se sintió transfigurado, en un «cielo sobre una tierra de santidad». Luego, por fin, volvió a la tierra, se enojó con los niños de la escuela donde impartía clases y perdió su sensación de transfiguración:

La experiencia de multitud de otros miembros de nuestra ciudad y de pueblos del circuito fue parecida a la mía. Y en todos los circuitos de la conexión se dio la misma. A menudo, lo que recibe el nombre de resurgimiento empieza con alguno o varios

⁸⁰ H. B. Kendall, *History of the Primitive Methodist Church*, 1919, pp. 7-8, 31. El papel del resurgimiento puede determinarse mediante el incidente legendario, registrado por Kendall. de un «ludita» de 1817 que estaba planeando un asesinato y fue detenido en su misión y llevado a un templo metodista.

⁸¹ De forma parecida, el profesor Armytage encuentra que los años de mayor emigración de los distritos industriales, en la década de 1840, hacia la ciudad mormona de Sión fueron años de inactividad carlista. Véase más adelante, vol. 2, p. 417.

esfuerzos por conseguir la santidad. El asunto enciende el deseo en otras personas ... y algunas veces llena, durante varios meses, a todo un circuito de agitación entusiasta. Pero invariablemente empieza el declive ...⁸²

391

Cooper nos proporciona la experiencia concreta. Pero en términos del proceso social podemos suponer que se daba algo parecido a una oscilación, con el resurgimiento religioso en el polo negativo, y la política radical (teñida de milenarismo revolucionario) en el positivo. La idea que los pone en contacto es siempre la de los «Hijos de Israel». En uno de los polos, el milenarismo de la desesperación podía convertir al obrero metodista en uno de los seres humanos más rastreros. Sus pastores le prevenían constantemente contra los reformadores, como «aquellos hijos del Mal»; «... Debíamos esperar en silencio la salvación del Señor. Cuando sea el momento, librá a su *propio y querido pueblo escogido*.»⁸³ Como «persona escogida» a veces le destruían sus herramientas o se le negaba el ingreso a las *trade unions*, bajo la sospecha de ser un «soplón» del patrono. Cobbett todavía llevaba más lejos el ataque contra los metodistas: «Entre las gentes del norte han servido como espías y como hombres que cobraban dinero manchado de sangre.»⁸⁴

Por otro lado, como para confundir las expectativas que de ellos se hacían, durante el siglo XIX, surgían repetidamente obreros metodistas y predicadores locales —en grupos, aquí y allá— que eran activos trabajadores en los diferentes campos de la política de la clase obrera. Hubo unos pocos metodistas jacobinos, más metodistas ludistas, muchos metodistas tejedores que se manifestaron en Pcterloo, metodistas sindicalistas y carlistas. Pocas veces (exceptuando el sindicalismo de las minas y, más tarde, de la agricultura) fueron los iniciadores; este papel lo cumplían más a menudo los owenitas o los librepensadores que provenían de distintas trayectorias morales. Pero a menudo se les encontraba como fieles oradores y organizadores, que llevaban consigo —incluso después de que les expulsasen de la iglesia metodista— la confianza de sus comunidades.

Una de las razones que explica esto reside en las tensiones que existían en el corazón del wesleyanismo. Al igual que las limitaciones represivas sobre la sexualidad conllevaban el peligro continuo de provocar lo opuesto, ya fuera en la forma del puritano rebelde característica (el precursor de Lawrence) o en la forma del antinomianismo; del mismo modo, las autoritarias doctrinas del metodismo engendraban a veces antítesis libertarias. El metodismo (y sus equivalentes evangélicos) eran religiones políticamente muy conscientes. Durante los 100 años anteriores a 1789, la disidencia, en su retórica popular, tuvo dos enemigos principales: el Pecado y el Papa. Pero en la década de 1790 se produce una reorientación del odio: se desplazó al papa de su asiento de conminación y en su lugar se situó a Tom Paine.

⁸² T. Cooper. *Life*, pp. 85-86.

⁸³ Estas palabras se ponen en boca de un predicador metodista en un folleto radical, *A Dialogue between a Methodist Preacher and a Reformer*, Newcastle, 1819, pero representan fielmente los sermones metodistas de la época.

⁸⁴ *Political Register* (3 de enero de 1824).

«El metodismo —declaró Bunting— odia la democracia tanto como odia el pecado.» Pero el continuo sermoneo contra el jacobinismo también sirvió para que se mantuviera el asunto en un lugar destacado de la conciencia pública. En las épocas de privaciones o de agitación política ascendente, toda la «hostilidad reprimida»⁸⁵ en la mente del obrero metodista se podía desbordar; y entonces, con la misma rapidez de las campañas del resurgimiento, las ideas jacobinas o radicales podían extenderse «como fuego en los matorrales».

392

Además, deberíamos recordar la tensión que existía entre el igualitarismo espiritual y temporal característico del luteranismo. En el Antiguo Testamento, los obreros encontraban algo más que un Dios vengativo y autoritario, también encontraban una alegoría de sus propias tribulaciones. Este conjunto de simbolismos (junto con el *Pilgrim's Progress*) era lo que tenían en común los milenaristas, «*johannas*», «*jumpers*», y los wesleyanos ortodoxos. Ninguna ideología es completamente absorbida por sus partidarios; en la práctica, cede de cien formas diferentes bajo la crítica del estímulo y la experiencia: la comunidad obrera inyectó sus propios valores de ayuda mutua, buena vecindad y solidaridad en los templos. Además, debemos darnos cuenta de la increíble farsa que debían parecer aquellas genealogías hebreas, los anatemas y las crónicas cuando se ponían al lado de la experiencia diaria de los tejedores o los mineros. Aquí y allá acudirían a la vista textos aplicables a casi todos los contextos, y era tan probable que apareciesen como imágenes de la lucha de clases, como de la peregrinación espiritual. Este fue el caso de la organización «clandestina» de 1801, acerca de la cual se informó de manera creíble que los conspiradores del Lancashire habían prestado juramento en base a Ezequiel:

Y tú, profano impío príncipe de Israel, llegó tu día, el término del tiempo de la iniquidad.

Así dice Yavé: ¡Fuera tiara! ¡Fuera corona! Eso no será más. Será ensalzado lo humilde y humillado lo alto.

¡Ruina, ruina! ¡A ruina las reduciré!, y no serán más mientras no venga aquel a quien de derecho pertenecen y a él se las daré ...

¡La espada! Desenvainada está la espada para degollar, bruñida para consumir, para fulgurar.⁸⁶

393

También lo encontramos en el lenguaje de uno de los ministros no remunerados de los metodistas independientes del distrito de Newcastle, un grupo que se disolvió después de las expulsiones de los predicadores laicos radicales en 1819:

⁸⁵ Cf. E. Fromm, *Fear of Freedom*, edición de 1960, pp. 81-83. Traducción castellana: *El miedo a la libertad*. Paidós. Barcelona. 1984.

⁸⁶ R. F. Wearmouth, *Methodism and Working-Class movements, 1800-1850*, p. 61: Ezequiel, XXI, 25-28. Es interesante señalar que este texto también lo utilizaron los *levellers* ingleses: cf. Gerrald Winstanley, *Fire in the Bush*, 1650, «Vosotros poderes opresores del mundo ... ¿lo recordáis? Vuestra ruina, ruina, vuestra ruina ha llegado ...» Para otro ejemplo, véase más adelante, vol. 2, p. 80.

Las leyes desiguales y la administración parcial clavan una espina en todos los pechos y extienden la tristeza a todos los semblantes ... De tales gobernantes se puede decir con justicia que Su cepa es la cepa de Sodoma y los campos de Gomorra; sus uvas son uvas de hiel, sus racimos son amargos; su vino es el veneno de los dragones y el veneno cruel de los áspides. Pero en el reino del Mesías, la paz fluye como un río ... La vara de la fuerza de Dios, que crece en Sión, no es una vara de opresión.⁸⁷

De este modo, incluso las «fortalezas» de las escuelas dominicales podían engendrar rebelión. Una hoja de colecta⁸⁸ de principios del siglo XIX, que proviene de Todmorden, en la que todos los que suscriben el fondo de apoyo a la huelga figuran en la lista con los seudónimos que han escogido, nos proporciona la impresión de este período, en el que el templo y la taberna hacían causa común en un momento de crisis industrial:

	<i>l.</i>	<i>s.</i>	<i>d.</i>
Uno que lamenta ver a un Hombre coronado con el manto de Plata del tiempo, confirma las verdades de Salomón, Pro. 27, versículo 22	0	2	6
Un tipo Salado con un Asno	0	0	2
Mantenerse Fiel	0	0	6
Posada de la Liebre y los Podencos	0	0	6
Amor misericordioso, haz justicia	0	0	4
Colgad a ese viejo amigo	0	0	2
La esposa de Jam a Tum	0	0	2
Amicus	0	1	0
Posada del Rey Jorge	0	1	0
Decidle al Viejo Robertshaw que lea el versículo 13 del capítulo 22 de Jeremías	0	0	6
Tejedores de Eastwood	0	5	4
Si la esposa de Kick de Jos deja de quemar las Notas, los Viejos Leños Fulminantes hablarán de su gasto de media corona en una Juerga del Domingo	0	44	3 ½
Un tipo que no tiene chaqueta	0	0	2
Corta su cola y vuélvesela a coser como castigo	0	0	4

394

Pero por lo que se refiere a los años que van entre 1790 y 1830, sería tan ridículo describir la participación de predicadores metodistas lai cos que eran rebeldes, así como de otros, en las agitaciones radicales extremas como una «contribución metodista» al movimiento obrero, como lo sería describir la práctica del amor libre

⁸⁷ Hugh Kelly, *The Stone Cut Out of the Mountain* Newcastle, 1821, p. 13; H. Kelly, *An Impartial History of Independent Methodism*, Newcastle, 1824.

⁸⁸ Cartel en posesión de) autor. La lectura de Jeremías recomendada es: «¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, / sus salones con la iniquidad, / haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, / sin darle el salario de su trabajo!»

entre los antinomianos extremos como una «contribución puritana» a la liberación sexual. Ambos son modelos culturales *reactivos*, pero al igual que el puritano rebelde en materia sexual (como Lawrence) sigue siendo un «puritano» en su profunda preocupación por «una relación correcta» entre hombres y mujeres, del mismo modo el metodista rebelde desde el punto de vista político mantuvo en su actividad radical o revolucionaria una seriedad moral, un sentido de la virtud y de la «llamada», una capacidad «metodista» para la dedicación continuada a la organización y (en el mejor de los casos) un alto grado de responsabilidad personal. Esto lo hallamos en los metodistas que participaron en el levantamiento de Pentridge, uno de los cuales, ejecutado por alta traición en Derby, «había sido el predicador local más capacitado del Circuito».⁸⁹ Lo hallamos en las mejores cualidades de Samuel Bamford, y en la autodisciplina que aportó a los manifestantes de 1819. Lo hallamos en Loveless, el jornalero de Dorchester y «Mártir de Tolpuddle». Siempre que la agitación popular aumentaba en intensidad, esta forma de «herejía» se volvía manifiesta. En realidad, hacia la década de 1830 —a pesar de todos los intentos de la vieja guardia de Bunting para controlar la situación mediante anatemas y expulsiones— comunidades enteras, en particular de tejedores y calceteros, habían llegado a combinar su metodismo y su cartismo.

Hubo otros factores que influyeron en este proceso. Hacia principios del siglo XIX existía una tensión notable entre el wesleyanismo profesionalizado de los ministros que cobraban un estipendio y el voluntarismo de los predicadores laicos. La separación de la Nueva Conexión Kilhamita no había puesto fin, de ningún modo, al resentimiento que experimentaban muchos laicos ante la cesión del gobierno supremo del metodismo ortodoxo a manos de un círculo de ministros nombrados de manera arbitraria. Una y otra vez Cobbett denominaba de forma satírica a la conferencia metodista como el «CÓNCLAVE». La presentaba como una nueva burocracia, compuesta por «el grupo de hombres más atareados y perseverantes del mundo», absorta en preservar sus intereses mundanos y en perpetuar un nuevo clero hereditario, que vivía confortablemente a costa de los peniques que cotizaban los pobres. Consideraba que la escuela de Wesley, en Kingswood, era la maquinaria para perpetuar una nueva élite.⁹⁰ Cobbett acusaba a los ministros profesionales, y no a los predicadores locales, de ser «los enemigos más implacables de la libertad en Inglaterra»:

395

... a pesar de lo hostil que ha sido el clero oficial a la libertad, su hostilidad no ha sido nada, en cuanto a virulencia, comparada con la de esos canallas sectarios. ... Escriben

⁸⁹ Benjamín Gregory, *Autobiographical Recollections*, 1903, pp. 126-129.

⁹⁰ «Los miembros de esta Conferencia tienen una escuela en *King's Wood*, ien la que se *educan sus hijos* (y no los hijos de sus congregaciones)! ... También esto se mantiene a expensas de las congregaciones ... Los hijos que se educan de este modo, salen decididamente, a su debido tiempo, para ser *gentlemen*; es decir ... para ser recaudadores del *excise*. recaudadores de impuestos, oficinistas y funcionarios de diversos tipos.» *Political Register* (27 de enero de 1820).

libro tras libro, tratado tras tratado. Predican un sermón infame tras otro. Protestan amargamente ... contra los propietarios de esclavos de las Indias Occidentales; pero jamás oírás una palabra suya contra los propietarios de esclavos en el Lancashire o en Irlanda. Por el contrario, le dicen continuamente a la población que debería dar gracias a Dios ... no por tener la panza llena y la espalda abrigada. sino por esa gracia abundante de la que ellos son portadores, y por la cual sólo les cobran un penique a cada uno por semana.⁹¹

De todos modos, los ataques de Cobbett no eran totalmente desinteresados. En su época *tory*, había atacado a los metodistas, con la misma desmesura, pero por razones opuestas, cuando descubrió que varios de los compañeros del coronel Despard eran metodistas.⁹² Este era uno de sus prejuicios constantes. Y, en los primeros años de la década de 1820, estaba enfurecido, no sólo con el fuerte torysmo de Bunting y el «CÓNCLAVE», sino también con la facilidad con la que la iglesia metodista utilizaba los peniques de los mismos hombres que asistían a las manifestaciones radicales. Pero sin duda muchos de los predicadores laicos y de los jefes de clase compartían su desagrado por el ministerio con dedicación completa, así como las prácticas como la *pew-rent** y los privilegios para los ricos. Y Cobbett se esforzaba por fomentar este desagrado. «Un hombre que haya estado toda la semana haciendo zapatos — escribió — no por ello predicará peor el domingo.»

* Renta que se pagaba para tener lugar, banco o reclinatorio, destacado en la iglesia. (Af. de la t.)

Hay miles y miles de jornaleros, artesanos y fabricantes que, sin embargo, nunca intentaron predicar, y que son más capaces de hacerlo que los miembros de la Conferencia, que en su gran mayoría han sido jornaleros y artesanos, y se han convertido en *predicadores* porque era más agradable *predicar* que *trabajar*.

396

Los predicadores locales «piadosos y desinteresados», que no recibían remuneración alguna, estaban siendo (según la descripción de Cobbett) «*relegados a los puestos inferiores*» por la «arrogante» oligarquía de la Conferencia:

Los Líderes de la Conferencia los miran con desprecio, los tratan como si fueran intrusos, los mandan a los pueblos pequeños para que prediquen ante media docena o una decena de personas, mientras ellos predicán ante miles. Ahora bien, debería haber un acuerdo entre los metodistas de todo el reino de acudir a escuchar sólo a esos hombres desinteresados; y si la Conferencia les negase la entrada a los templos, les deberían ir a escuchar a sus propias casas, seguirles hasta los graneros o debajo de los árboles.

El otro «remedio» que Cobbett les proponía a los metodistas era «*negarse a pagar los peniques*», o por lo menos, negarse a pagárselos a todos los ministros excepto los partidarios de la reforma.⁹³

⁹¹ *Ibid.* (3 de enero de 1824).

⁹² *Ibid.* (23 de julio de 1803): «De los seis trabajadores ... ejecutados junto con Despard ... tres eran Metodistas, y tuvieron un maestro metodista para atenderles en los últimos momentos. ... La secta está compuesta principalmente por pobres diablos rastrosos, de las grandes ciudades y centros fabriles o sus alrededores ...» Cf. T. E. Owen. *Methodism Unmasked*, 1802.

⁹³ *Ibid.* (27 de enero de 1820. 13 de enero de 1821)

No está claro si muchos metodistas siguieron el consejo de Cobbett, o si Cobbett dio este consejo porque ya había personas que habían tomado esa iniciativa. Pero verdaderamente nos ayuda a entender el carácter de muchas sectas que se separaron — particularmente los metodistas primitivos y los cristianos de la Biblia— durante las primeras décadas del siglo XIX. Mientras que la secesión kilhamita había mostrado una escisión vertical en el seno de la iglesia, en la que se habían separado los miembros más intelectuales, las secesiones de este período fueron, sobre todo, escisiones horizontales, en las que los predicadores laicos y sus congregaciones se separaban del ministerio profesional. Los cristianos de la Biblia aparecieron porque un laico apasionado, William O'Bryan, descubrió que la oficialidad metodista se negaba a reconocer su llamada. Se dedicó a predicar de forma independiente por la zona del norte de Devon, ignorando las limitaciones disciplinarias de la sociedad, y fue expulsado como un «mendigo ambulante». Se llevó consigo a sus grupos de conversos. Al leer la biografía de Bunting junto con la de Hugh Bourne, el fervoroso *mill-wright* y ensamblador (a quien se le encargaba revisar la maquinaria, reparar maderamen, o trabajar con hierro en las minas de carbón o en las «explotaciones agrícolas de montaña» en Staffordshire) que fundó los metodistas primitivos, tenemos la sensación de pasar entre dos mundos diferentes. «Nuestros templos —recordaba Bourne— eran los bancos de las minas de carbón, o cualquier otro lugar, y en nuestro modo de conversar predicábamos el Evangelio a todos, buenos y malos, incultos y con cultura.»⁹⁴ La oficialidad wesleyana local tenía poco interés en los conversos que hicieran Bourne y Clowes en las minas y las ciudades alfareras. El entusiasmo evangélico que condujo a las primeras reuniones al aire libre en Mow Cop (1807 y 1808) fue rechazado con prontitud.

397

Bunting miraba con desprecio a los obreros desde las alturas de las intrigas de la conexión, Bourne y Clowes formaban parte de la población obrera. Bunting estaba resuelto a situar al metodismo en un puesto a la derecha de la Iglesia oficial: los metodistas primitivos vivían todavía en el mundo de las privaciones y las persecuciones del origen del wesleyanismo. Apenas si podemos tratar las dos iglesias en los mismos términos. La predicación de los primitivos era tan ardua como las vidas de sus congregaciones; requería (como ha dicho el doctor Hobsbawm) destacar el más agudo contraste «entre el oro de los redimidos y la negra llamarada de los condenados». Pero esto no se les predicaba a los pobres, sino que lo predicaban los *mismos* pobres. En esta y en otras sectas, los predicadores locales hacían suya la iglesia, y por este motivo esas sectas contribuyeron de forma mucho más directa a la historia posterior del sindicalismo y el radicalismo político que la conexión ortodoxa.⁹⁵

⁹⁴ J. T. Wilkinson, *Hugh Bourne, 1772-1852*, 1952, pp. 21-32. Véase también la vida de William Clowes escrita por el mismo autor.

⁹⁵ Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, cap. 8. Los metodistas primitivos eran 200 en 1811, y 7.842 en 1820. Véase H. B. Kendall, *op. cit.*, p. 31.

Había otro contexto en el que el metodismo de *cualquier* variedad asumía, necesariamente, una forma de mayor conciencia de clase: en las áreas rurales. En un pueblo agrícola, el templo era una afrenta inevitable para el párroco y el *squire*, y constituía un centro en el que el jornalero ganaba independencia y dignidad. Una vez más, la influencia de los metodistas primitivos —particularmente en East Anglia— demostró ser muy notable. Pero su lógica podemos verla en un folleto de un indignado párroco rural de 1805, varios años antes de que se fundaran los metodistas primitivos.⁹⁶ Los jornaleros agrícolas convertidos al metodismo recibieron acusaciones de todo tipo de intenciones sediciosas. Decían «Que el Grano y todos los demás frutos de la tierra crecen y son un regalo de la Providencia, tanto para los pobres como para los ricos». Estaban menos satisfechos con sus salarios y menos dispuestos «a trabajar horas extraordinarias como sería necesario para las exigencias de sus patronos». Peor todavía, en vez de recuperarse para el siguiente día de trabajo, se agotaban caminando varias millas los domingos para ir a escuchar al predicador. Las noches de los días laborables, en lugar de irse derechos a la cama, malgastaban fuego y velas cantando himnos; una imagen que había horrorizado al párroco al verla «en algunos de nuestros *cottages* más pobres, a una hora tan tardía como las nueve ... de una noche de invierno». Muchos años más tarde George Howell destacó la perpetuación de esas actitudes entre la *gentry*, cuando hacía observaciones sobre el caso concreto de los jornaleros de Dorchester. El metodismo era «una ofensa vergonzosa en aquellos días en muchos pueblos, en especial en Dorset y otros condados del Oeste. Ciertamente, junto con la caza furtiva era la más grave de todas las ofensas».

398

De estas formas, se generaban continuamente tensiones en el corazón de una religión cuyos dogmas teológicos eran los de la sumisión y la santificación del trabajo. El máximo desarrollo de esta dialéctica reactiva corresponde a la historia posterior del sindicalismo entre los mineros y los trabajadores rurales, y a la historia del carlismo. Pero sus orígenes se sitúan en las décadas que van desde 1810 a 1830, cuando los líderes cartistas como Ben Rushton de Halifax y John Skevington de Loughborough atravesaban sus años de formación. Rushton, un tejedor de telar manual nacido en 1785 y predicador local con la Nueva Conexión Metodista, fue activo en la política radical en la época de Peterloo, probablemente le encarcelaron y o bien le expulsaron o se fue de la Conexión en la época de la llamada de Cobbett a los metodistas para que se negaran a pagar sus obligaciones. Fue activo de nuevo durante la agitación contra la *Poor Law* y en favor de los tejedores manuales a principios de la década de 1830. En 1839, en uno de los primeros de la serie de grandes mítines con acampada de los cartistas (que se hacían siguiendo el modelo de los metodistas primitivos), varios predicadores locales intervinieron junto con Rushton. Uno de ellos, William Thornton, abrió el acto con una plegaria —que «se acabe la maldad de los malvados»— y Feargus O'Connor le dio unas palmadas en la espalda diciendo: «Bien dicho,

⁹⁶ *A Letter to a County Gentleman on the Subject of Methodism*, Ipswich, 1805.

Thornton, cuando consigamos la Carta del Pueblo procuraré que te nombren Arzobispo de York». Otro propuso una resolución que comprometiera a la reunión a «no asistir a ningún lugar de culto en el que quien administre los servicios sea enemigo de la libertad civil ... y en cambio reunirnos en el futuro en nuestras distintas localidades de forma y manera que sea adecuada a las circunstancias de cada caso». Ben Rushton apoyó la resolución, declarando que: «Por su parte no les había dado nada a los párrocos desde 1821, y el próximo penique que les diera les haría mucho bien». Otro predicador local, Hanson, añadió sus censuras al clero:

Predicaban a Cristo y un mendrugo, una obediencia pasiva y la ausencia de resistencia. Que el pueblo deje de ir a esas iglesias y templos («¡Lo haremos!»). Que vayan a escuchar a esos hombres que predicán a Cristo y una panza llena, Cristo y una espalda bien abrigada, Cristo y una buena casa para vivir, Cristo y el Sufragio Universal.⁹⁷

399

Los hombres como Rushton, Thornton y Hanson hicieron una contribución al movimiento carlista que es imposible valorar en exceso. Lo vemos en el carácter de los mítines al aire libre y en el fervor de los himnos cartistas, como «Unios Hijos de la Pobreza»:

Vosotros, pobres de espíritu, mirad a los valientes,
Que defienden vuestra justa causa:
¿Quién no les ha tratado como enemigos?
Son, como lo fue Jesús, Perseguidos
Por hombres malos y leyes malvadas.
Sacadles de su cómoda inactividad.
Importunadles en medio de su orgullo;
Acrecentad vuestras filas, aumentad vuestro número.
Extendad la Carta por todas partes:
La verdad está con nosotros,
El mismo Dios está de nuestro lado.⁹⁸

Lo vemos en los amotinados de Plug que entraron en Halifax cantando el «Old Hundreth». Lo vemos en los lemas, como el de la gran pancarta que los tejedores del pueblo de Rushton, en Ovenden, llevaron a una de las manifestaciones cartistas: «No les tengáis miedo, recordad al Señor, que es grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, vuestros hijos e hijas, vuestras esposas y vuestras casas».⁹⁹ Lo vemos en los templos cartistas: en el Valle del Spen, donde el diácono Priestley les había dado trigo a los «pobres de Cristo», donde John Nelson había visto a Satanás en la cuesta de Gomersal, donde se encontrarían los southcottianos, los antinomianos y los metodistas ludistas a principios de siglo; en la década de 1840, encontramos un

⁹⁷ B. Wilson, *op. cit.*, p. 3; *Halifax Guardian* (25 de mayo de 1839). Hanson fue expulsado de los metodistas debido a esta intervención.

⁹⁸ *National Chartist Hymn Book*. (See the brave, ye spirit-broken, / Who uphold your righteous cause: / Who against them hath not spoken? / They are, just as Jesús was, / Persecuted / By bad men and wicked laws. / Rouse them from their silken slumbers, / Trouble them amidst their pride; / Spread the Charter far and wide: / Truth is with us, / God himself is on our side.)

⁹⁹ *Halifax Guardian* (21 de abril de 1848). Véase también los lemas de 1819, más adelante, vol. 2, p. 292.

templo de este tipo del cual nos queda un relato de la predicación de Rushton. sobre el texto «Los pobres que siempre están con vosotros». Rushton dividía a los pobres en tres clases: los tullidos y los ciegos, que eran los «pobres de Dios»; los holgazanes y los derrochadores, que merecían ser abandonados a su suerte:

Luego, en tercer lugar, estaban los pobres que se habían afanado y habían trabajado con ahínco toda su vida, pero que se habían empobrecido, o se habían mantenido en la pobreza, debido a la perversidad de otros. ... Con una vehemente elocuencia siguió para denunciar a los hombres que rechazaban la justicia política para su vecino, y que los oprimían hasta que su vida se convertía en una lucha larga y desesperada por la simple existencia.

A medida que su elocuencia e indignación reunían fuerzas, «los sentimientos de la audiencia se manifestaban con apasionadas exclamaciones ... hasta que al fin una persona, exaltada por la fuerte denuncia que el señor Rushton hacía de los opresores, exclamó: «¡Ay! malditos sean, malditos sean».¹⁰⁰

400

Aunque los hombres como Rushton aportaron un fervor moral excepcional al movimiento en muchos distritos, nada sería más equivocado que suponer que estaban predispuestos a favorecer el partido de la «fuerza moral» (como opuesto a la «fuerza física») dentro del carlismo. Por el contrario, servían a un Dios de Batallas a quien los hombres del Nuevo Ejército Modelo habrían comprendido; y más de unos cuantos ex predicadores laicos estaban deseosos de hablar sobre el texto, «El que no tenga espada, que venda sus ropas y compre una». Rushton —a quien un amigo había descrito como «el político más juicioso, valiente y honesto que jamás había pisado un estrado inglés»— estaba dispuesto a encabezar a los amotinados de Plug (y a incurrir en otro período de cárcel); y cuando tenía 60 años todavía hizo campaña en favor de Ernest Jones. El tejedor-predicador fue muy popular hasta su muerte; unas veces le encontramos predicando vestido con ropas usadas y calzado con zuecos, en un servicio de aniversario en una pequeña aldea de tejedores, ante una congregación ataviada con «sus mejores vestidos, es decir, zuecos y ropas de trabajo, incluidos largos delantales o *bishops*»; otras veces le encontramos andando muchas millas cada noche, esforzándose por mantener elevados los ánimos de algunas secciones carlistas que estaban en lucha. (Una vez, un joven compañero de Rushton advirtió que sus zuecos estaban gastados hasta los calcetines. «Ay —dijo el viejo interrumpiendo sólo por un momento su discurso político—, pero piensa en la recompensa futura.») Su muerte, en 1853, motivó un gran funeral carlista; y puesto que Rushton había estipulado que no debía officiar ningún sacerdote pagado, las oraciones fueron pronunciadas por Gammage y Ernest Jones.¹⁰¹

¹⁰⁰ F. Peel, *Spenn Valley, Past and Present*, Heckmondwike. 1893, pp. 317-319.

¹⁰¹ *Commonwealth* (16 de noviembre de 1866); *People's Paper* (2 de julio de 1853); *History of Luddenden Dean Chapel*, 1928, p. 5. Para tener información sobre un hombre de una fuerza y una integridad parecidas que pertenecía a los Metodistas Primitivos, John Skevington de Loughborough, véase Harrison, «Chartism in Leicester» en A. Briggs. *Chartist Studies*. 1959. pp. 70 y siguientes.

Cap. 11. El poder transformador de la Cruz

Pero Jabez Bunting y Ben Rushton no pertenecían a los mismos mundos. Sólo violentando nuestra imaginación podemos concebir que el tejedor carlista y el autoritario sacerdote hubiesen coincidido alguna vez en un mismo «movimiento». Porque ¿quién era Rushton, sino el Adán a quien el Dios de Bunting había maldecido?

Capítulo 12. LA COMUNIDAD

I. OCIO Y RELACIONES PERSONALES

El resurgimiento metodista de los años de guerra intervino en la disciplina de trabajo del industrialismo. También fue, en parte, un reflejo de la desesperación entre la población obrera. El metodismo y el utilitarismo, tomados en conjunto, componen la ideología dominante de la Revolución industrial. Pero en el metodismo vemos sólo la más clara expresión de procesos que actuaban en el conjunto de toda la sociedad. Muchas de sus características se reproducían en todas las iglesias del movimiento evangélico, y en las enseñanzas sociales de algunos utilitaristas y deístas. Hannah More sostenía con la misma firmeza que Wesley el punto de vista de que era «un error fundamental considerar que los niños era seres inocentes», en vez de seres de «naturaleza corrupta y propensión al mal».¹ Y en las escuelas dominicales que promovía la Iglesia de Inglaterra en muchos pueblos, durante las décadas de 1790 y 1800, encontramos exactamente el mismo énfasis (aunque a veces utilizando un tono más paternalista) sobre la disciplina y la represión que el que hemos señalado en las escuelas de Stockport o Halifax. Su función se describe, de manera invariable, como la de conservar en los hijos de los pobres «un espíritu de laboriosidad, economía y piedad»; los maestros de las escuelas dominicales de Caistor (Lines) tenían orden de:

... contener la ferocidad de sus indómitas pasiones, reprimir la excesiva rudeza de sus modales, corregir la repugnante y desmoralizadora obscenidad de su lenguaje, someter la tenaz rebelión de sus voluntades, convertirles en personas honradas, obedientes, educadas, laboriosas, sumisas y ordenadas ...²

Las presiones tendentes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica, por una parte, y la escuela dominical, por otra, a todos los aspectos de la vida: el ocio, las relaciones personales, la forma de hablar, los modales. Junto con la mediación disciplinaria de las fábricas, las iglesias, las escuelas, y los magistrados y militares, se establecieron medios cuasi-oficiales para reforzar una conducta moral ordenada. El lugarteniente moral de Pitt, Wilberforce, combinó el distintivo del metodismo con el celo de la oficialidad, y fue muy activo entre 1790 Y 1810 en su causa. En 1797, explicó, detenidamente «la gran ley de la subordinación», y fijó normas para el gobierno de los pobres:

... que su camino más humilde les ha sido asignado por la mano de Dios; que les corresponde cumplir sus deberes lealmente y sufrir con alegría sus incomodidades; que la vida presente es muy corta; que los objetos por los cuales hombres prolijos se pelean

¹ H. More, *Strictures on the Modern System of Female Education*, 1799, p. 44.

² R. C. Russell, *History of Elementary School & Adult Education in Nettleton and Vistor, Caistor*, 1960, pp. 5, 7.

con ansia, no merecen la contienda ...³

Hacia 1809, estaba satisfecho de que el jacobinismo ostensible ya no fuese un peligro, pero en cada manifestación de indisciplina moral veía el Peligro de un resurgimiento jacobino. «Somos sensibles a las ofensas políticas —escribió—, pero parecemos sumamente insensibles ante el delito moral.»

En esto era demasiado modesto, puesto que su propia Sociedad para la Supresión del Vicio había llevado a cabo con éxito 623 procesos por violar las leyes del *Sabbath*, sólo en 1801 y 1802.⁴ Pero su convicción en cuanto a la íntima correlación existente entre la ligereza moral y la sedición política en las clases más bajas es una característica de su clase. Aumentaron los procesos por embriaguez y comportamiento obsceno; el viejo enemigo de Blake, el obispo Watson de Llandaff, predicó un sermón en 1804 en el que consideraba que el papel del delator común era «un noble Designio ... tanto desde un Punto de Vista religioso como político». Se predicó y se legisló contra las diversiones de los pobres, hasta que incluso las más inofensivas fueron consideradas bajo un aspecto aterrador. La Sociedad para la Supresión del Vicio extendió su esfera de actuación hasta «los bailes de dos peniques, las ferias de pan de jengibre, y las imágenes obscenas».⁵ Los que se bañaban desnudos en el mar eran perseguidos como si fueran premonitorios de potros de castigo y guillotina. «Con respecto al adulterio, —escribió oscuramente John Bowdler— al igual que está castigado de forma capital por los Judíos, algunos piensan que entre nosotros ... también debería estarlo.» Los evangélicos exhortaban a las clases altas a reformar su conducta como ejemplo para los pobres. En la propia «Sociedad» durante los años posrevolucionarios se observó una creciente reserva en los modales ... funesta para la alegría y el humor»⁶

403

El proceso de disciplina social encontró contestación. El intento de los seguidores del doctor Bowdler de elaborar nueva legislación para que se encarcelara a los adúlteros fracasó en la Cámara de los Comunes; a diferencia de los castigos que se impusieron a quienes violaban el *Sabbath*, vagabundos, gitanos, bailarines y saltimbanquis, cantores de baladas, librepensadores y bañistas desnudos, la legislación contra el adulterio estaba expuesta a las objeciones porque podía perjudicar tanto la diversión de los ricos como la de los pobres. Otros intentos de intervenir en las diversiones de los pobres fueron rechazados por la Cámara de los Comunes, gracias a mayorías escasas compuestas de una parte de la inercia del *laissez faire*, una parte de la defensa foxita de la libertad del individuo y una parte de la tradicional tolerancia *tory* hacia el «pan y circo» y del desagrado por el «fanatismo» metodista. (Una de las ironías de la época fue la defensa del *bull-baiting** por parte de Windham, ministro de

³ W. Wilberforce, *A Practical View of the Prevailing Religious System of Professed Christians*, 1797, pp. 405-406.

⁴ Véase L. Radzinowicz, *op. cit.*, III. pp. 504-506. y las partes 3 y 4 *passim*. Véase también G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 36: «... el período de cambio moral decisivo no se dio en la época de ascenso a) trono de Victoria, ni siquiera en el siglo XIX, sino ... durante la década de 1790-1800».

⁵ *Gorgon* (24 de abril de 1819).

⁶ T. Moore, *Life of Sheridan*, 1825. p. 217.

la guerra, frente a los evangélicos y los reformadores; defensa que propició que surgiera el grito de «¡Windham y Libertad!», desde los baluartes de Satanás.)

* Acoso de toros con perros. (*N. de la t.*)

Pero si bien los partidarios de la disciplina perdieron unas pocas escaramuzas legislativas, ganaron la batalla de la Revolución industrial; y en este proceso el temperamento «irlandés» que a menudo se atribuía a los ingleses pobres de la ciudad y del campo del siglo XVIII se tradujo en la forma de vida metódica del capitalismo industrial. En las zonas rurales esto se puede ver con mucha claridad en el triunfo de la economía monetaria por encima de los ritmos estacionales, «poco económicos», de la semisubsistencia campesina. En las áreas industriales se puede ver en la extensión de la disciplina de la sirena o el reloj de la fábrica, de las horas de trabajo a las de ocio, de los días laborables al *Sabbath*, y en el ataque al «Lunes del Zapatero» y a las fiestas y ferias tradicionales.

Aunque todavía tenían una gran importancia las funciones económicas de la feria del siglo XVIII —«contrataciones» anuales, las ferias de caballos y de ganado vacuno, la venta de diversas mercancías— no debemos olvidar su misma importancia por lo que se refiere a la vida cultural de los pobres. En los primeros tiempos de la Revolución industrial, el año del trabajador todavía se componía de ciclos de ardua tarea y comida en el mismo tajo, salpicados por días de «fiesta» en los que la bebida y la comida eran más abundantes, se compraban caprichos para los niños, como naranjas y cintas, y tenían lugar bailes, cortejos, visitas festivas y deportes. Hasta finales del siglo XIX, se mantenía todavía una red de ferias por todo el país (muchas de las cuales la autoridad trataba de limitar o proscribir), a las que asistían buhoneros, fulleros, gitanos auténticos o supuestos, vendedores de baladas y vendedores ambulantes.⁷ Un hombre de Northumberland que escribía un diario en 1750 describe el domingo de la Pascua de Pentecostés:

404

... fuimos a los Juegos de Cartón, con la silla de montar, la brida, el látigo, etc., todo lo necesario para Galopar. ... había muchos hombres y mujeres jóvenes que se divertían con el juego o pasatiempo que llaman Perder la Cena. ... Y después de todo esto, acababan su recreo hartándose de beber en las cervecerías y los hombres Besando y jugueteando casi toda la noche con sus queridas. ...

Tres semanas más tarde tuvieron lugar los Juegos de Lebberston. «Se jugaba a los Tejos una Cacerola de Cobre ... y también había una Paloma primorosamente engalanada y adornada con Cintas de diversos colores y otros elegantes Ornamentos, cuya danza realizaron las Muchachas del País ...»⁸ En 1783, un magistrado de Bolton se lamentaba de que —en una época en que la harina de avena se vendía a dos guineas la carga—

... había tan poca apariencia de escasez en este pueblo que una tarde me encontré con

⁷ El lector recordará las novelas acerca de Wessex, escritas por Hardy. Para una descripción de algunas de las ferias de la década de 1830, véase. *First Report of the Constabulary Comission*, pp. 30-42.

⁸ MS. del Diario de Beswick, citado en G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 16.

una gran procesión de hombres y mujeres jóvenes con violines, guirnaldas y otras muestras de adornos rurales, bailando las *Morris dances** en la carretera simplemente para celebrar un frívolo aniversario, o lo que a ellos les gusta llamar desde hace un año o dos, una verbena en una miserable cervecería con el techo de paja cercana a la zona comunal.⁹

* Danza grotesca realizada por personas disfrazadas que representan los personajes de la leyenda de Robin Hood. (*N. de la t.*)

Es tentador explicar el declive de las viejas diversiones y fiestas simplemente en términos de la sustitución de los valores «rurales» por los «urbanos». Pero es engañoso. Las diversiones más arraigadas, ya fuesen en la violenta forma del acoso de animales y el boxeo, o en festividades más alegres, pueden encontrarse, tanto o más a menudo, en Londres o en las grandes ciudades durante el siglo XVIII como en las zonas rurales. Siguieron existiendo durante el siglo XIX con una fuerza que nos recuerda tanto las revoltosas tradiciones de los aprendices de Londres de la época de los Tudor, como la gran proporción de londinenses que había inmigrado desde los pueblos. La mayor festividad de todas era la Feria de San Bartolomé, con sus repertorios de fieras, carteristas, pantomimas de Arlequín y Fausto, tahúres, juegos, exhibiciones de hombres salvajes y jinetes. En 1825, el *Trades Newspaper* se quejaba:

405

«Desde muchas semanas antes se denuncia desde el pulpito y la prensa, y se sacan a relucir historias de aprendices desviados de los caminos de la honestidad, de criadas perdidas para cualquier trabajo, de cabezas rotas y reyertas ...».¹⁰ En la década anterior las autoridades habían temido que la feria se convirtiese en «el lugar de encuentro general para la sedición y la señal para la insurrección».¹¹

Por otra parte, la Revolución industrial, que vació las zonas rurales de algunas de sus industrias y destruyó el equilibrio entre la vida rural y la urbana, también creó en nuestras mentes una imagen de aislamiento rural y de «estupidez». La cultura inglesa urbana del siglo XIX era más «rural» (en sus connotaciones tradicionales), mientras que la cultura rural era más rica, de lo que a menudo suponemos. «Es una gran equivocación suponer —insistía Cobbett— que la gente se ha atontado por el hecho de permanecer siempre en el mismo lugar.» Y no se trata tanto de que la mayoría de las ciudades industriales desplazaran al campo, como de que crecieron *sobre* él. La configuración industrial más corriente de principios del siglo XIX era un núcleo comercial o industrial que servía como centro de un círculo de poblaciones industriales dispersas. Los grandes centros urbanos de finales del siglo XIX se formaron a medida que aquellas poblaciones se convirtieron en suburbios y las tierras labrantías se cubrieron de ladrillos.

Pero en todo este proceso no hubo nada tan violento como el forzar la ruptura de las viejas tradiciones. En el sur del Lancashire, las Potteries,* el West Riding y el Black Country, las costumbres locales, las supersticiones y el dialecto no fueron reprimidos

⁹ B. T. Barton, *Historical Gleanings of Bolton*. Bolton, 1881, I, p. 263.

¹⁰ 11 de septiembre de 1825.

¹¹ *Sherwin's Weekly Political Register* (15 de septiembre de 1817).

ni trasplantados: el artesano del pueblo o la ciudad pequeña se convirtió en obrero industrial. Bamford, en su *Early Days*, ha dado testimonio del vigor de la tradición en los pueblos de tejedores del Lancashire en el cambio de siglo. Había cuentos de brujas, de espectros, de hadas; el violento pugilismo y la pelea de gallos; las tradiciones, como las carreras con huevos (por Pascua) o «montar al negro»; las fiestas con sus celebraciones tradicionales: Navidad, Carnaval, el «domingo de Cymbalin», y el *Rushbearing*** en agosto, cuando los bailarines de la *Morris dance* se podían encontrar en Middleton, Oldham o Rochdale:

* Distrito del North Staffordshire en el que se encontraban Hanley y Stoke-upon-Trent, centro principal de la industria alfarera inglesa. (*N. de la t.*)

** Ceremonia anual de los distritos del norte que consiste en llevar juncos y guirnaldas a las iglesias y hacer alfombras o decorar las paredes con ellas. (*N. de la t.*)

406

Mis zapatos nuevos son tan buenos,
Que si quisiera podría bailar las *morris*;
Y si me vistiera con camisa y sombrero,
Bailaría las *morris* con la mejor.***

*** My new shoon they are so good, / I cou'd doance morrice if I wou'd; / i An' if hat an sark be drest, ' I will doance morrice wi' the best.

O había el «*Mischief-need*», el primero de mayo, en el que los muchachos dejaban señales en los peldaños de la puerta de las mujeres del pueblo:

Un arbusto de aulaga significaba una mujer con fama de deshonestas; y un arbusto de acebo, una mujer a la que aman en secreto; un cuerno de carnero especificaba que el hombre o la mujer no eran fieles al matrimonio; una rama de un árbol muy joven, verdaderamente enamorada; una ramita de abedul, una muchacha bonita.¹²

Junto a la descripción de Bamford, correspondiente a la década de 1790, podemos situar los recuerdos de Joseph Lawson, acerca de un pueblo pañero «atrasado» del West Riding —Pudsey— durante la década de 1820, en el momento de transición de las viejas a las nuevas formas de vida. Las casas estaban dispersas «como si hubiesen surgido de semillas caídas al azar», las calles sin iluminación ni pavimento, los grupos de casas comunicados por tortuosos apriscos y callejones. Las habitaciones son bajas, con pequeñas ventanas sin cristales: «Hay una gran ignorancia de los conocimientos sanitarios. Cuando un médico entra en una casa en la que hay alguien con fiebre y golpea el cristal con su bastón. la primera dosis de medicamento que le proporciona es el aire fresco.» La mayoría de las casas no tiene horno, pero tiene una *bakstone** para cocer. Los suelos de piedra están enarenados, el mobiliario es sencillo y escaso: «en algunas casas hay una cómoda de roble o un cofre, una reliquia de familia, o una pequeña alacena colgada en un ángulo, y un estante para ollas y platos de Delft**». El agua es escasa, y los días de colada se puede formar una cola de 20 o 30 personas en la fuente. El carbón y las velas son muy apreciados, y en invierno los vecinos se reúnen para compartir el fuego. El pan y la cerveza se hacen en casa; el pan blanco y la carne se consideran un lujo; «los principales artículos de alimentación son: tortas de avena,

¹² *Early Days*, caps. 13 al 16.

pan moreno, budín de gachas de avena, leche desnatada, patatas y cerveza casera».

* Losa de piedra que se calienta para cocer pan. (*N. de la t.*)

** Ciudad holandesa conocida por sus baterías de cocina de loza de barro vidriado. (*N. de la t.*)

Esta amplia rutina se rompe con las ocasionales «festividades» o banquetes, en los que se compra «un trozo de carne de vaca» y todos van a la feria, donde se vende pan de jengibre, frutas y juguetes, y se muestran imágenes de la batalla de Waterloo, se hacen representaciones de Punch y Judy,* hay casetas de juego, columpios y un «mercado del amor» tradicional, en el que los hombres jóvenes cortejan a las muchachas con «presentes» de galletas de brandy y nueces. Muy pocos obreros pueden leer el periódico con suficiente soltura, aunque los periódicos se reciban (y se leen en voz alta) en la herrería, la barbería y en diversos establecimientos públicos. Muchas de las noticias todavía llegan por medio de los vendedores de folletos y los cantores callejeros.

407

Las viejas supersticiones son una fuente de terror viva, tanto para los viejos como para los jóvenes. Hay espectros en el Manantial del Remolino, en la Horca de la Bailía, en el Sendero de los Espíritus; los padres, en general, castigan a sus hijos encerrándoles «en los sótanos u otros lugares oscuros para que los espíritus negros se los lleven». «Otra superstición muy seria y dañina, que prevalecía en todas partes, era la creencia de que cuando moría un niño, era la voluntad del Señor y, por lo tanto, debía ser así.» A los reformadores de la sanidad se les consideraba como «Descreídos». Eran corrientes las peleas de perros y de gallos; y también era corriente, en las épocas de fiestas, «ver diversos cuadriláteros instalados, en los que hombres desnudos lucharían a veces durante una hora, hasta que no se podía reconocer a los combatientes ... ». Emborracharse era muy común, especialmente en las fiestas y durante el «Lunes del Zapatero», que celebraban los tejedores y desbarradores así como los zapateros. Pero también había muchos pasatiempos menos violentos: *knur and spell*,** «*duck knop*»,*** y fútbol en las calles. La aldea daba lugar a un fuerte sentimiento de pertenencia y era una comunidad cerrada para los forasteros, aunque fueran de lugares que sólo distaban dos o tres millas. Sobrevivían algunas tradiciones muy antiguas, como «*Riding the Stang*»**** de modo que si un hombre maltrataba a su esposa y esto se sabía, o se creía que una mujer había cometido actos impúdicos, la multitud vociferante transportaba por las calles una efigie de paja y la quemaba ante la casa del infractor o infractora.¹³

* Espectáculo de títeres. Punch es la abreviación de Polichinela, representa a un personaje jorobado, Judy es su esposa. (*N. de la t.*)

** Juego de la zona norte del país parecido al *trap-ball*, que consiste en lanzar una bola de madera colocada en el extremo de una trampilla, a base de golpear el otro extremo con una maza y luego darle a la pelota con la misma maza. (*N. de la t.*)

*** Juego de chicos que se practica con un botón o una piedra, en el segundo caso se llama *duck stone*, en él puede participar un solo jugador. (*N. de la t.*)

**** Forma de expresar la desaprobación popular, llevando a un transgresor de la norma cabalgando sobre una estaca para burla pública. (*N. de la t.*)

¹³ J. Lawson, *Progress in Pudsey, passim*.

Es posible que durante los primeros años de la Revolución industrial, lejos de extinguirse las tradiciones locales, se produjera un aumento del orgullo provincial y de la valorización local. El sur del Lancashire y el West Riding no eran desiertos rurales antes de 1780, y habían sido durante dos siglos centros de industria doméstica. A medida que la disciplina fabril invadía la forma de vida de los trabajadores manuales, y a medida que se abrían las calles de la Corporación y la Coronación en el Pardillo y el Hoyo de la Rana y Los Acebos, se agudizaba la conciencia local por la pérdida, y en la cultura de los obreros industriales se mezcla un sentimiento cuasinacionalista con uno de clase (las nuevas máquinas contra las viejas costumbres, la tiranía de Londres o del capital «ajeno» contra el pañero local, el trabajo de los irlandeses rebajando los precios del tejedor nativo). George Condy, un importante propagandista del movimiento por las 10 horas, escribió un prefacio para el *Traditions of Lancashire* de Roby (1830); Bamford sólo era uno entre los muchos autores plebeyos que seguían los pasos del «Tim Bobbin» del siglo XVIII, al ensalzar e idealizar las costumbres locales y el dialecto.

408

Pero esto era una resistencia consciente ante la desaparición de una antigua forma de vida y con frecuencia estaba asociada con el radicalismo político.¹⁴ En esta desaparición, la pérdida de tiempo libre para jugar y la represión de los impulsos de diversión fueron tan importantes como la simple pérdida material de los bienes comunales y de los «espacios de juego».¹⁵ Wesley transmitió la totalidad de las enseñanzas puritanas de Bunyan o Baxter: «Evita cualquier ligereza, como evitarías el fuego del infierno; y evita hablar con despreocupación, como evitarías maldecir o blasfemar. No toques mujer alguna ...». Los juegos de cartas, los vestidos de colores, los adornos personales, el teatro, todo estaba incluido en la prohibición metodista. Se escribían tratados contra las canciones «profanas» y el baile;¹⁶ la literatura y las artes que no tuviesen una orientación devota eran consideradas profundamente sospechosas; el terrible *Sabbaih* «Victoriano» empezó a extender las redes de su opresión incluso antes del nacimiento de la reina Victoria.

Un folleto característico pone de manifiesto el alcance de la determinación metodista para desarraigar las tradiciones preindustriales de los distritos manufactureros.¹⁷ En una reunión trimestral de Sheffield, en 1799, se había observado

¹⁴ El que acude a la mente es Cobbett. Pero quizá William Hone hizo más esfuerzos por recoger las viejas costumbres, a) publicar sus *Date Book*, *Every-Day Book*, y *Table Book*, así como el *Sports and Pastimes* de Strutt, todos ellos en la década de 1820.

¹⁵ Véase la obra de los Hammond, *The Black Age*, cap. 6.

¹⁶ Los defensores de estos tratados se encontraban con algunas dificultades respecto de la referencia del *Eclesiastés* a «un tiempo para el baile». Pero puesto que «en la Biblia no se encuentran ejemplos de bailes, en los que los dos sexos se ejerciten al unísono; se argumentaba que sólo podía permitirse que bailasen los miembros de *un* sexo (separados de los del otro), y que bailasen en ocasiones sagradas a plena luz del día y en días laborables. (Tampoco se reseñan ocasiones como éstas en la Biblia.) Véase A. Young, *A Time to Dance*. Glasgow, sin fecha; y también Southey, *op. cit.*, pp. 546-549.

¹⁷ Rev. James Wood, *AnAddress to the Members of the Methodist Societies*, 1799, *passim*.

que algunos miembros no se habían «liberado completamente de la costumbre de *visitar y recibir visitas*, en la *Fiesta anual*». Estas fiestas, que se conocían por diversos nombres como «Vísperas» (en Derbyshire y Staffordshire). «*Rushbearing*» (en el Lancashire) y «Veladas» (en el oeste de Inglaterra), en su origen podrían haber sido lícitas, pero habían llegado a estar «terriblemente prostituidas por los objetivos más diabólicos». Se pasaba el tiempo «comiendo y bebiendo sin moderación; hablando de cosas profanas, o por lo menos cosas inútiles; riendo y haciendo broma, practicando la fornicación y el adulterio ...». La más mínima participación en ellas suponía «la asociación con las obras más estériles de la oscuridad». Los pobres despilfarraban el dinero que debían haber ahorrado; muchos de ellos contraían deudas. Los metodistas que participaban en estas festividades se exponían a las costumbres mundanas de los no convertidos; la recaída era un resultado corriente. Debían rechazar alojar incluso a los amigos y parientes (que se encontraran entre los no convertidos) que pudiesen acudir; y si a tales visitantes no se les podía disuadir cuando llamaban a la puerta, entonces se les debía alojar, pero sólo bajo la condición de leerles la Biblia, hablarles de cosas sagradas y cantar himnos:

409

«¡Oh, Hermanos, qué estamos haciendo! La muerte está aquí mismo. Ha empezado el tormento. Se ha desatado la ira contra los profesores estériles. La desidia del pecado pesa sobre nosotros ...»

Otras costumbres que sobrevivían, como la de comer y beber en el «velatorio» del funeral, merecían la misma condena. Incluso la visita de parientes en un *Sabbath* normal no se podía permitir, excepto en casos de enfermedad repentina.¹⁸

El calor de la argumentación indica que en muchos lugares, como el Middleton de Bamford, la lucha entre la vieja forma de vida y la nueva disciplina fue aguda y prolongada. Y el relato que hacía Lawson acerca de Pudsey muestra a la «gente de iglesia» como un grupo que se mantenía *aislado* de la comunidad por su conducta sombría. Hubo muchas personas educadas en familias devotas que reaccionaron violentamente contra su educación, como William Lovett:

... el hecho de ser obligado a acudir tres veces durante el domingo a un lugar de culto, tener estrictamente prohibidos todos los libros excepto la Biblia y el Libro de Rezos, y de que no se me permitiera disfrutar de un paseo si no era a la capilla ... son suficientes para explicar aquellos sentimientos juveniles. Mi pobre madre ... creía que al gran poder que había creado las numerosas cosas alegres, divertidas y cantarinas de la tierra y el aire, se le debía complacer con los rostros solemnes, los vestidos gazmoños y el comportamiento medio soñoliento de los seres humanos; y que la religión consiste en

¹⁸ Los velatorios eran ocasiones importantes para la relación familiar, cuando las gentes de la ciudad visitaban a sus parientes que vivían en el campo, y -la hija casada volvía a su vieja casa con sus hijos». Howitt, que los describía como «una pequeña pausa en la, por otra parte imparable, maquinaria de la servidumbre», relataba cómo los viejos de los pueblos, cuando se les preguntaba acerca de sus hijos e hijas, decían; «Bien, bien, les veremos en el Velatorio.» Los velatorios podían incluso con el disciplinario Wedgwood, quien decía que los velatorios «se debían celebrar aunque llegara el fin del mundo»; R. E. Leader, *Reminiscences of Old Sheffield*. Sheffield, 1876, pp. 200-202; W. Howitt, *Rural Life of England*. 1838, I, p. 59, pp. 245-254; N. McKendrick, *op. cit.*, p. 46.

escuchar la repetida historia de la caída del hombre ...¹⁹

A muchos hombres de la generación de la posguerra, como Lovett, les parecía que los metodistas eran incultos y atrasados. Y esto nos hace recordar la dificultad extrema que supone generalizar respecto del tono moral y los comportamientos de las comunidades de la clase obrera durante la Revolución industrial. Está claro que entre 1780 y 1830 tuvieron lugar cambios importantes. El obrero «medio» inglés se volvió más disciplinado, más sujeto al ritmo productivo «del reloj», más reservado y metódico, menos violento y menos espontáneo. Los deportes tradicionales fueron sustituidos por aficiones más sedentarias:

410

«Los ejercicios Atléticos de los Tejos, la Lucha Libre, el Fútbol, el *Prisonbars** y la Caza con Arco han caído en desuso ... ahora son aficionados a las Palomas, criadores de Canarios y cultivadores de Tulipanes...» o cosas por el estilo, se lamentaba un escritor del Lancashire en 1823.²⁰ Francis Place hacía a menudo comentarios sobre un cambio que, desde su punto de vista, suponía un aumento de la dignidad personal y una elevación «del carácter del obrero». «Fijaos incluso en el Lancashire», escribió un mes después de Peterloo:

* También denominado *prisoner's bars* o *prisoner's base*. Juego en el que participan dos equipos que ocupan dos «bases» o «casascontiguas»; cada jugador que corre fuera de su base es perseguido por uno del otro equipo, y si le cogen es hecho prisionero. (*N. de la t.*).

Hace pocos años, cuando un extranjero se paseaba por sus ciudades se le «miraba con malos ojos», es decir, era abucheado, y algunas veces se apedreaba a un forastero. «Bruto del Lancashire» era un apelativo común y apropiado. Hasta hace muy poco hubiese sido peligroso tener reunidos a quinientos de ellos por cualquier motivo. Al menos los panaderos y los carniceros hubiesen sido saqueados. Hoy en día, se pueden reunir 100.000 personas y no tiene lugar motín alguno a continuación ...²¹

En este punto la valoración se convierte en algo extremadamente difícil. A pesar de que muchos escritores contemporáneos, desde Cobbett a Engels, lamentaban la desaparición de las viejas costumbres inglesas, es absurdo considerar la cuestión sólo en términos idílicos. No todas esas costumbres eran inofensivas o pintorescas. La madre soltera castigada en un correccional, y quizá repudiada por la parroquia en la que tenía derecho a recibir la beneficencia, tenía pocos motivos para admirar la «alegre Inglaterra». No es de lamentar la desaparición de la Senda de la Ginebra, la Feria de Tyburn, de las borracheras orgiásticas, de la sexualidad animal y de los combates a muerte con zuecos tachonados con clavos de hierro, en los que se ganaba un premio en dinero.

411

Pero los alineamientos a favor y en contra de las "diversiones" tradicionales son tan complejos que desafían el análisis. Por ejemplo, a menudo se supone que el terrateniente anticuado veía *con tolerancia las viejas costumbres* o las defendía

¹⁹ Lovett. *op. cit.*, I. p. 8.

²⁰ Guest, *op. cit.*, pp. 38-39.

²¹ Wallas, *op. cit.*, pp. 145-146.

activamente contra los ataques. Hay pruebas de que, en los condados rurales, a veces era así. Pero estos mismos terratenientes eran famosos por las medidas vengativas que empleaban en defensa de su caza. Cuanto más cerca vivían de los centros manufactureros, más celosos eran de su intimidad y privilegios. Las hijas de los cuchilleros de Sheffield no podían recoger nueces en mayo (en las calles había carteles de advertencia que amenazaban con perseguir a los que recogieran nueces):

Los grandes de la nación [se quejaba un panfletista en 1812] han reclamado... todas las liebres, perdices, becadas, caza de páramo, etc., etc., por no hablar de los peces; y al final están empezando a prestar atención a la nuez común.²²

O, por poner otro ejemplo, mientras que el ataque metodista y evangélico contra las diversiones dominicales de los pobres parece haber estado motivado a menudo por un fanatismo oficioso o por el deseo de encontrar alguna ocasión dramática para un encuentro con Satanás²³, a veces se trataba de cuestiones más complejas. En la zona de Newcastle, en los años treinta, los evangélicos de todas las confesiones libraron una dura batalla para suprimir la práctica de las "contrataciones dominicales" en verano, en las que los agricultores obtenían su mano de obra para la cosecha en ferias, a las que atraían a los trabajadores con puestos de juego, carreras y mucho licor. Algunos sindicalistas apoyaron a los evangélicos, mientras que del lado de las ferias dominicales estaban los cartistas, los granjeros, los mercachifles, los corredores de apuestas y los publicanos.²⁴

412

No está en absoluto claro que el cambio en el comportamiento de los trabajadores pueda atribuirse a la influencia de la enseñanza wesleyana, como los historiadores del metodismo han tendido a suponer.²⁵ Sin duda, el movimiento evangélico en general, y la escuela dominical en particular, contribuyeron en gran medida a la estructura de carácter puritano del artesano del siglo XIX, incluso cuando (como Lovett) repudió la estrechez de su educación y se convirtió en un librepensador. La capilla metodista de Todmorden, construida en el emplazamiento de la antigua plaza de toros, es un emblema de este cambio. Pero las pruebas se presentan a menudo de forma demasiado unilateral. Si algunas viejas supersticiones perecieron, se multiplicaron las ilusiones

²² El que se compadece de los oprimidos, La queja del mendigo (Sheffield, 18:2). En épocas de gran aflicción, la caza furtiva, en las cercanías de los distritos manufactureros, asumía a veces formas de guerra civil. Un relato del ludismo de Nottingham (H.O. 42.1:9, 24 de diciembre de 1811) concluye: "una banda desesperada de cazadores furtivos entró en las reservas de Lord Middleton en Wollaton, cerca de Nottingham, y destruyó más de demasiados faisanes". Véase también el excelente relato de "The Poaching War" en E. W. Bovill's *English CountryLife 1780-1830* (1962), Ch. XII.

²³ Hugh Bourne, el fundador de los Metodistas Primitivos, se enteró en 1808 de que era costumbre celebrar fiestas en la cima del Wrekin el primer domingo de mayo: "Inmediatamente se me ocurrió conseguir predicadores y celebrar allí una reunión campestre". Véase también su hostilidad hacia los "velorios" de Norton y el origen de las primeras reuniones campestres en Mow Cop, 1807. J. T. Wilkinson, Hugh Bourne, pp. 43-7, 58-9.

²⁴ Véase J. Everett, *Sunday Wrings* (Newcastle, 1837); y la publicación periódica *Newcastle Sabbath*, 16 de junio de 1838 y ss.

²⁵ Para ejemplos, véase J. Wesley Bready, *England Before and After Wesley* (1938); J. H. Whiteley, *Wesley's England* (1938), y los libros del Dr. Wearnmouth. Para la sobriedad moral del radicalismo, véase más adelante, pp. 737-43.

históricas de nuevo tipo. El propio Wesley perpetuó supersticiones ignorantes y bárbaras: bibliomancia, creencia en la posesión por el diablo y remedios médicos tan peligrosos o crueles como cualquiera de los conocidos en el siglo XVIII. Hemos observado las aberraciones de los Methodist Ranters y de los Southcottians. Además, bajo la apariencia intolerante del comerciante o artesano evangélico, podían persistir formas más frías y mezquinas de caza de brujas y oscurantismo; fatalismo hacia la mortalidad infantil, intolerancia violenta hacia los "ateos" y librepensadores.

De hecho, entre la vieja superstición y el nuevo fanatismo, conviene ser cauteloso a la hora de responder a las pretensiones de los Evangelios de haber sido una agencia de ilustración intelectual. Ya hemos señalado la tendencia de los metodistas a convertirse en una secta, a mantener a sus miembros alejados del contagio de los inconversos y a considerarse a sí mismos en estado de guerra civil con la taberna y los habitantes de las fortalezas de Satanás. Cuando los metodistas eran un grupo minoritario dentro de una comunidad, las actitudes se endurecían en ambos bandos; las profesiones de virtud y las declamaciones contra el pecado revelan menos sobre las costumbres reales que sobre el rencor de las hostilidades. Además, el aire de principios del siglo XIX está lleno de afirmaciones y contraafirmaciones, especialmente cuando los valores de los trabajadores manuales y los de las fábricas estaban en conflicto, o los de los oponentes y los defensores del trabajo infantil. Los detractores del sistema fabril lo consideraban destructor de la vida familiar y acusaban constantemente a las fábricas de ser centros de la más grosera inmoralidad sexual; el lenguaje grosero y los modales independientes de las muchachas de las fábricas de Lancashire escandalizaban a muchos testigos. Gaskell contrapuso la inocencia idílica de las trabajadoras domésticas, cuya juventud transcurría en una libertad pagana que sólo conllevaba la obligación de casarse si se producía la concepción, a la febrilidad de las mujeres de los molinos, con la promiscuidad febril de la fábrica, donde algunos de los patronos representaban escenas con las molineras que...

413

sonrojaban a la lasciva Saturnalia de los romanos, los ritos de las pagodas de la India y la vida en el harén del otomano más voluptuoso²⁶.

No es de extrañar que no sólo los empresarios, sino también los propios trabajadores de las fábricas, se resintieran de tan pintorescos relatos. Señalaban que la tasa de ilegitimidad en muchos distritos rurales era inferior a la de las ciudades fabriles. En muchas fábricas se imponía la mayor corrección. Si había "otomanos" entre los propietarios de los molinos, también había paternos que despedían a cualquier muchacha a la que se le detectara una falta moral.

La discusión es poco gratificante, no por la escasez de pruebas sobre la vida familiar y el comportamiento sexual, sino porque las pruebas nos dicen muy poco sobre las relaciones esenciales entre padres e hijos, o entre hombres y mujeres. No cabe duda de que las Iglesias ganaron adeptos entre los que habían sido testigos del sufrimiento

²⁶ *The Manufacturing Population of England*, p. 64.

causado a los niños por padres borrachos o imprudentes. Pero no hay pruebas de que un código sexual represivo y unas relaciones familiares patriarcales contribuyeran a mejorar la felicidad o el amor. Incluso el animalismo podría ser preferible a una sexualidad fría y culpable; mientras que, a medida que la conducta sexual a principios del siglo XIX se volvía más inhibida y secreta, también crecía la prostitución en las grandes ciudades. Tampoco podemos asumir ninguna correlación directa entre la pertenencia a una iglesia, o incluso las formas de matrimonio, y las lealtades familiares. Mayhew descubriría que grupos como los costermongers, entre los que el paganismo y el concubinato eran habituales, mostraban tanta lealtad mutua como los cristianos profesos.

414

Los trabajadores descubrieron en la Revolución Industrial una retórica moral que era auténtica y profundamente expresiva de sus quejas y aspiraciones colectivas, pero que parece rebuscada e inadecuada cuando se aplica a las relaciones personales. Pero hay muchas pruebas de la heroica lealtad familiar que sostuvo a mucha gente en esos años. Y también hay pruebas de una minoría de hombres y mujeres, en su mayoría radicales y librepensadores, que buscaban conscientemente una camaradería y una igualdad desconocidas entre los trabajadores del siglo XVIII. William Lovett, el ebanista, cuyo compromiso se rompió durante un año porque su prometida (una doncella) lo encontró herético en puntos doctrinales; y que, después de su matrimonio, compartió con ella su autoeducación, "leyéndole y explicándole los diversos temas que se nos presentaban", puede tomarse como ejemplo.

Es aquí donde resulta más difícil establecer un equilibrio. Por un lado, la afirmación de que la Revolución Industrial mejoró la condición de la mujer parece tener poco sentido si se compara con el número excesivo de horas de trabajo, el hacinamiento en las viviendas, la maternidad excesiva y las aterradoras tasas de mortalidad infantil. Por otra parte, las abundantes oportunidades de empleo femenino en los distritos textiles otorgaron a las mujeres la condición de asalariadas independientes. La solterona o la viuda quedaban liberadas de la dependencia de los parientes o de la ayuda parroquial. Incluso la madre soltera podía alcanzar, gracias a la laxitud de la "disciplina moral" en muchas fábricas, una independencia desconocida hasta entonces. En las fábricas de seda más grandes de Macclesfield, los empleadores justos se enorgullecían de despedir a las muchachas que daban un solo "paso en falso", observaciones inquietantes para el moralista:

He observado, de forma muy generalizada ... el caso de que, cuando las fábricas y las factorías están casi libres de madres con hijos ilegítimos, las calles están infestadas de prostitutas; y que por el contrario, donde se permite que las muchachas vuelvan a su trabajo, después de dar a luz un niño, allí las calles se encuentran comparativamente vacías de esos seres infelices.²⁷

415

²⁷ W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 194. Margaret Hewitt cuestiona alguna de la documentación, sobre todo las fuentes posteriores a 1840, en *Wives and Mothers in Victorian Industry*, 1958, en especial cap. 5.

El período pone de manifiesto muchas paradojas como ésta. Los años de guerra presenciaron una superabundancia de folletos que limitaban o refutaban las reivindicaciones de los derechos de las mujeres, que se asociaban con el «jacobinismo». La subordinación de la mujer dentro del matrimonio se disponía en los términos más crudos. «Las escrituras Cristianas», declaraba Paley, imponen a la esposa una obediencia en el matrimonio en términos tan imperiosos y absolutos, que parece abarcar todo lo que no sea delictivo, o no sea completamente contrario a la felicidad de las mujeres».²⁸ Pero estos años también presenciaron la existencia de una inquebrantable tradición minoritaria, compuesta sobre todo por profesionales y artesanos radicales en las grandes ciudades, que planteaban reivindicaciones de más largo alcance que cualquiera de las planteadas antes de la Revolución francesa. Las declaraciones que habían hecho en la década de 1790 Mary Wollstonecraft, William Blake y Thomas Spence jamás fueron abandonadas por completo; se repiten, no sólo en el círculo de Shelley, sino también en las publicaciones radicales de los años de la posguerra. Se hicieron eco de ellas, mostrando su desacuerdo, el *Black Dwarf*; de manera más estridente, las publicaciones de Richard Carlile; y con la mayor fuerza, Anna Wheeler y William Thompson y en el movimiento owenita.²⁹ Pero en los distritos textiles fue donde el cambio en la situación económica de las mujeres dio lugar a la primera participación amplia de las mujeres obreras en la agitación política y social. Durante los últimos años del siglo XVIII, las sociedades femeninas de socorro mutuo y las clases metodistas femeninas pueden haberles proporcionado experiencia y confianza en sí mismas; la demanda de las mujeres de actuar como predicadores locales fue una «herejía» wesleyana persistente. Pero los años de la guerra, con la mayor demanda de trabajo no sólo por parte de las hilanderías, sino también en el telar manual, aceleraron el proceso.³⁰ En 1818 y 1819, se fundaron las primeras Sociedades Femeninas para la Reforma, en Blackburn, Preston, Bolton, Manchester, Ashton-under-Lyne. El relato de Samuel Bamford —si podemos darle crédito— sugiere que se produjo un repentino salto hacia adelante en cuanto a conciencia. En un mitin en el distrito de Saddleworth, que está en el límite del Lancashire y el Yorkshire,

en el transcurso de una intervención, insistí en el derecho, y también en la corrección, de que las mujeres presentes en reuniones como aquella votasen con el brazo alzado en favor o en contra de las resoluciones. Esta era una idea nueva, y las mujeres, que asistían en gran número desde un palco elevado, se mostraron muy satisfechas. Como los hombres no discreparon, cuando se planteó la resolución las mujeres levantaron sus manos en medio de muchas risas; y desde entonces las mujeres votaron junto con los hombres en las reuniones Radicales ... Se convirtió en una costumbre, se formaron

²⁸ W. Paley, *Concise Admonitions for Youth*, 1809, p. 68. Véase también T. Gisborne, *Enquiry into the Dudes of the Female Sex*. 1797, en especial las pp. 226-229.

²⁹ *Black Dwarf* (9 y 30 de septiembre de 1818); para Carlile y los owenitas, véase más adelante el capítulo 16.

³⁰ Para el aumento del número de mujeres tejedoras durante las guerras, véase Ivy Pinchbck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 164-166.

unions políticas femeninas, con su presidenta, sus comités y otros cargos; y a partir de nosotros, rápidamente adoptaron la misma costumbre ... las instituciones religiosas y de caridad.³¹

416

(Al mismo tiempo, en Newcastle, uno de los corresponsales de Jabez Bunting se lamentaba de la falta cometida por la «hermandad pía» que bordaba los estandartes de la reforma.) Durante los 20 años que median entre 1815 y 1835, también se producen los primeros síntomas de actuación de *trade unions* independientes entre las mujeres obreras. John Wade, al comentar una huelga de 1.500 mujeres carderas del West Riding en 1835, extraía la siguiente conclusión: «Los alarmistas consideran que estos síntomas de independencia femenina son más amenazadores respecto de las instituciones que existen, que la «educación de las clases bajas».³²

Pero incluso en este progreso se da una paradoja de sentimientos. El radicalismo de las mujeres del norte se componía de nostalgia por la condición perdida y de afirmación de derechos recién descubiertos. Según convenciones profundamente arraigadas, la posición de la mujer dependía de su éxito como ama de casa en la economía familiar, en la organización doméstica y la previsión, la elaboración de pan y cerveza, la limpieza y el cuidado de los hijos. La nueva independencia, ya fuese en la fábrica o haciendo una jornada de trabajo completa en el telar manual, que hacía posibles los nuevos derechos, se vivía simultáneamente como una pérdida personal de importancia y de independencia. Las mujeres se volvieron más dependientes del patrono o del mercado de trabajo, y evocaban un pasado «dorado» en el que los ingresos domésticos que provenían del hilado, las aves de corral y cosas parecidas, se podían ganar cerca de la propia casa. En los buenos tiempos la economía doméstica, al igual que la economía campesina, sostenían una forma de vida centrada en el hogar, en la que los caprichos y las coacciones interiores eran mucho más evidentes que la disciplina externa. Cada etapa de la diferenciación y la especialización industrial afectó también a la economía familiar, alterando las relaciones tradicionales entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos, y estableciendo una diferencia más aguda entre «trabajo» y «vida». Transcurrirían 100 años completos antes de que esta diferenciación trajera recompensas, en forma de aparatos que permiten ahorrar trabajo, a los hogares de las mujeres obreras. Mientras tanto, cada mañana la sirena de la fábrica separaba brutalmente a la familia, y la madre, que también era una asalariada, a menudo sentía que le tocaba la peor parte tanto del mundo doméstico como del industrial.

417

«Hubo un tiempo en que podríamos haberos dado la bienvenida, desplegando ante vos una mesa que representara la hospitalidad Inglesa, abastecida por nuestro trabajo», así se dirigían las Mujeres Reformadoras de Bolton a William Cobbett en 1819: «Hubo un tiempo, en que podríamos haberos recibido con los semblantes rosados de las mujeres Inglesas. ... Podríamos haberos mostrado nuestros *Cottages*,

³¹ *Passages in the Life of a Radical*, edición de 1893, pp. 141-142.

³² J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 1835. pp. 570-571.

que rivalizaban en cuanto a pulcritud y orden con el Palacio de nuestro Rey.» Las Mujeres Reformadoras de Blackburn recogían el mismo tema: sus casas «despojadas de todos sus ornamentos», sus lechos «arrancados ... por la mano implacable del insensible recaudador de impuestos», de modo que «los tiranos que traficaban con los municipios» podían descansar en «camas de plumón» mientras que sus familias yacían sobre la paja. Sobre todo, protestaban en favor de sus hijos: «se nos rompe diariamente el corazón al verles devorar con avidez la basta comida que algunos apenas les darían a sus cerdos». Era natural que reaccionaran positivamente ante Cobbett, que pronto iba a consolidar su apoyo con su *Cottage Economy*, y también ante Oastler, que ponía mucho énfasis en «el hogar». Ni Cobbett ni Oastler dieron el más mínimo apoyo a la idea del sufragio femenino, pero tampoco las Sociedades Femeninas para la Reforma lo reivindicaron por su parte. Su papel se reducía a dar apoyo moral a los hombres, confeccionando pancartas y gorras de la libertad que se presentaban con ceremonia en las manifestaciones en favor de la reforma, aprobando resoluciones y discursos y aumentando el número de personas en los mítines.³³ Pero incluso estas formas de participación motivaban el insulto por parte de sus oponentes. El *Courier* describía a las «reformadoras con enaguas» de Manchester como «mujeres degradadas», culpables de «la peor prostitución del sexo, la prostitución del corazón», «abandonando su puesto en la sociedad» y cambiando la «naturaleza sagrada» de la esposa y la madre «por los turbulentos vicios de la sedición y la impiedad». Cualquiera que fuese la opinión de Cobbett acerca del sufragio de las mujeres, no tenía segundas intenciones en cuanto a prestar ayuda a las Mujeres Reformadoras:

¡Exactamente como si las mujeres no supieran hacer otra cosa que cocinar la harina de avena y barrer una casa! ¡Cómo si las mujeres no fueran inteligentes! ¡Cómo si Hannah Moore y la *Gentry* hubiesen reducido a las mujeres al mismo nivel de los Negros del África! ¡Cómo si Inglaterra no hubiese tenido nunca una reina ...!³⁴

418

II. LOS RITUALES DE LA MUTUALIDAD

Una y otra vez la «desaparición de la vieja Inglaterra» elude el análisis. Si recordamos que la Revolución industrial no era una situación social consolidada, sino una fase de transición entre dos modos de vida, podemos ver las líneas de cambio con mayor claridad. Y debemos prestar atención, no sólo a la comunidad «típica» (Middleton o Pudsey), sino a muchas comunidades diferentes que coexisten unas con otras. Sólo en el sudoeste del Lancashire se podían encontrar, a pocas millas unas de otras, la cosmopolita ciudad de Manchester, a la que se dirigían emigrantes de todos

³³ Se puede observar el inicio de otra tradición en el relato de un confidente sobre la *Manchester Political Union*, de) 17 de noviembre de 1819: «La *Union* es miserablemente pobre, ha tenido que pedir ayuda a la *Union* femenina porque no podía mantenerse desde el punto de vista financiero (H.O. 42.198).

³⁴ *Political Register* (23 de octubre, 29 de diciembre de 1819); *Courier* (15 de julio de 1819).

los lugares del reino; poblaciones mineras (como las minas de carbón del duque de Bridgewater) que salían de una situación semifeudal; poblaciones modelo de carácter paternalista (como Turton); ciudades fabriles nuevas (como Bolton); y viejas aldehuelas de tejedores. En todas estas comunidades actuaban un número de influencias convergentes, todas ellas encaminadas hacia la disciplina y el desarrollo de la conciencia de la clase obrera.

La comunidad obrera de principios del siglo XIX no fue producto del paternalismo o del metodismo, sino, en gran medida, del esfuerzo consciente de la clase obrera. En Manchester o Newcastle las tradiciones de las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo, con su acento en la disciplina y sus fines comunitarios, se retrotraen al siglo XVIII. Las reglas que sobreviven de los tejedores de artículos de mercería, en la década de 1750, muestran ya una atención meticulosa hacia los procedimientos y la etiqueta institucional. Los miembros del comité deben sentarse en un orden determinado. Las puertas deben mantenerse cerradas. Existen minuciosas regulaciones para custodiar la «caja». Se les recuerda a los miembros que «la Intemperancia, el Rencor y la Impiedad son la Plaga y el Parásito que corroen las Partes Vitales de toda Sociedad».

Si consideramos que esta Sociedad no es una Colectividad de Hombres que se reúnen para regalarse con Cerveza y Tabaco, y para hablar de forma indiferente sobre cualquier Tema; sino más bien una Sociedad reunida para Proteger los Derechos y Privilegios de un Oficio por medio del cual subsisten varios cientos de Personas ... qué desagradable debe parecer ver a sus Miembros revueltos de forma promiscua unos con otros, hablando de manera indiferente de cualquier Tema ...

Las consignas son «Decencia y Regularidad»; siempre se tiene la esperanza de que cuando los «Gentlemen y los Magistrados» acaten este orden «venerarán más que castigarán una Sociedad como ésta».³⁵

419

Esto representa el código del artesano con dignidad, aunque la esperanza de que tal sensatez ganara el favor de las autoridades se vería ampliamente defraudada. Hombres como Hardy y Place recibieron su educación en una escuela parecida a ésta, en Londres. Pero a medida que la Revolución industrial avanzaba, este código (a veces en forma de leyes modélicas) se extendió a sectores crecientes de la población obrera. Las gentes con pequeños negocios, los artesanos, los jornaleros, todos intentaban asegurarse contra la enfermedad, el desempleo o los gastos del funeral,³⁶ mediante la pertenencia a *box clubs* o sociedades de socorro mutuo. Pero la disciplina que era esencial para proteger los fondos, mantener una conducta ordenada en las reuniones y la resolución de los casos conflictivos, suponía un esfuerzo de autoorganización tan grande como las nuevas disciplinas de trabajo. Un examen de las reglas y preceptos

³⁵ Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 345-347.

³⁶ La población obrera le confería un gran valor a la ceremonia del funeral. Un funeral pobre era la desgracia social más extrema. La ceremonia ocupaba un papel importante en el folklore y preocupaba a los moribundos. «Desearía — escribió un condenado ludita — que John Rawson, John Roberts y John Roper llevaran mi féretro; querida esposa, escoge tú misma a los otros tres»; *The Surprising ... History of "General Ludd"*, Nottingham, sin fecha, p. 239.

de las sociedades de socorro mutuo que existían en Newcastle durante las guerras napoleónicas nos proporciona una lista de multas y penalizaciones más severas que las de un patrono del algodón de Bolton. Una Sociedad General imponía multas a cualquier miembro que «pusiera en tela de juicio» a otro miembro que recibiera subsidio de enfermedad, por emborracharse durante el *Sabbath*, por golpear a otro, «por ponerse apodos unos a otros», acudir al local del club en estado de embriaguez, usar el nombre de Dios en vano. La hermandad de los Malteadores ponía multas por embriaguez en *cualquier momento*, por dejar de asistir a los funerales de hermanos o de sus esposas. Los vidrieros (que se habían fundado en fecha tan temprana como 1755) imponían multas por dejar de asistir a las reuniones, o a aquellos que se negaban a cumplir su turno en la rotación de cargos; por no guardar silencio cuando se ordenaba, por hablar a la vez, por replicar al moderador, apostar en el club, o (por regla general) por revelar secretos fuera de la sociedad.

Además: «Las personas infames, de mal carácter, pendencieras o desordenadas no serán admitidas en esta sociedad. ... Ningún pocero, minero del carbón, grabador o barquero debe ser admitido ...».

Los barqueros, para no ser menos, añadieron una norma que excluía de los beneficios a cualquier hermano que sufriera «cualquier enfermedad adquirida por yacer con una mujer deshonesto, o que tenga gonorrea o sífilis». Los hermanos serían multados por ridiculizarse o provocarse hasta encolerizarse unos a otros. La Sociedad Unánime retiraría su ayuda a cualquier miembro que cobrando el subsidio de enfermedad fuera visto «en cervecerías, jugando o borracho». Con el fin de mantener su unanimidad, había multas para los miembros que proponían «disertar o discutir sobre temas políticos o eclesiásticos, o del gobierno y los gobernantes». La Sociedad de Socorro Mutuo de Todos los Oficios tenía una regla parecida al *huffing** cuando se juega a las damas: se imponía una multa «si cualquier miembro tiene oportunidad de multar a su hermano, y no lo hace». Los cordobaneros ponían multas por pedir tabaco o bebida antes de que el moderador abandonara la reunión. Los carpinteros y ebanistas tenían una prohibición a los «sentimientos desleales» o a las «canciones políticas».³⁷

* Norma del juego de damas según la cual se saca del tablero, golpeándola, una ficha del oponente como penalización por haber dejado de matar una pieza que se encontraba *en prise*. (*N. de la t.*)

420

Es posible que algunas de estas reglas, como la prohibición de las disertaciones y las canciones políticas, se pusiesen con una cierta ironía. Aunque algunas de estas sociedades eran clubs de enfermedad escogidos, de los que sólo formaban parte 20 o 30 artesanos que se reunían en una taberna, otros probablemente eran coberturas de

³⁷ *Laws and Orders of the Friendly Society who meet at the House of Mr Wm Forster*, N. Shields, 1795, p. 11; *Rules and Orders of the Brotherhood of Maltsters*. Newcastle, 1796, p. 6; *Articles, Laws and Rules of the Glass-makers. Friendly Society*, Newcastle, 1800, pp. 5, 11, 15; *Articles... of the Friendly Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles... of the Friendly Society of Alt Trades*; Newcastle, 1804, p. 9; *Articles... of the Society of Cordwainers*, Hexham, 1806, p. 8; *Rules of the Philanthropic Society of House-Carpenters and Joiners*, Newcastle, 1812, p. 7; *Articles... of the Miners Society*, Newcastle, 1817.

la actividad de las *trade unions*; mientras que en Newcastle, como en Sheffield, es posible que después de las *Two Acts* se utilizara la formación de sociedades de socorro mutuo como tapadera de organizaciones jacobinas. (Un «grupo» de una sociedad de socorro mutuo daba, en 1816, testimonio de las «regulaciones leales, patrióticas y pacíficas» de muchas de las sociedades de Newcastle, pero se lamentaba de que esas regulaciones eran a menudo insuficientes para impedir el «debate apasionado y el lenguaje violento».)³⁸ Durante los años de guerra, las autoridades tenían profundas sospechas respecto de las sociedades, y uno de los objetivos de las reglas era asegurar su inscripción ante los magistrados locales. Pero todo aquel que esté familiarizado con los procedimientos y la etiqueta de algunas *trade unions* y clubs de obreros actuales, reconocerá el origen de prácticas que todavía existen en varias de sus normas. Tomadas en su conjunto, sugieren un logro de autodisciplina y una difusión de experiencia de un nivel realmente impresionante.³⁹

421

Las estimaciones en torno al número de miembros de las sociedades de socorro mutuo indican 648.000 miembros en 1793, 704.350 en 1803, 925.429 en 1815. A pesar de que la inscripción de las sociedades ante los magistrados, bajo la primera *Friendly Society Act* de 1793, permitía la protección de los fondos por parte de la ley si se daba el caso de que hubiese encargados morosos, un gran número, pero desconocido, de clubs no se inscribieron, ya fuese por hostilidad hacia las autoridades, inercia local, o debido a una profunda reserva que, tal y como descubrió el doctor Holland, todavía era bastante fuerte en la década de 1840 como para dificultar sus investigaciones. Antes de 1815, casi todas las sociedades tenían un carácter estrictamente local y autónomo, y combinaban las funciones de seguro de enfermedad con veladas de convivencia del club y «excursiones» o fiestas anuales. En 1805, un observador presenciaba cerca de Matlock la siguiente escena:

... unas cincuenta mujeres precedidas por un violinista solitario que interpretaba una tonada alegre. Era una sociedad femenina de ayuda mutua que había ido a Eyam a escuchar un sermón y ahora iba a comer en comandita, un lujo que nuestras mujeres de la sociedad de ayuda mutua de Sheffield no se permiten, sólo toman té y, en general, cantan, bailan, fuman y beben *negus*.⁴⁰

Pocos de los miembros de las sociedades de socorro mutuo tenían una posición social más elevada que la de los oficinistas o las gentes de oficio con pequeños negocios; la mayor parte de ellos eran artesanos. El hecho de que cada hermano tuviera fondos depositados en la sociedad contribuía a la estabilidad en la afiliación y a la participación vigilante en el autogobierno. Casi no tenían miembros de la clase media

³⁸ *A Shon Account of the Benevolent Society ... at Messrs Angus Manufactory*, Newcastle, 1816.

³⁹ Para la situación legal de las sociedades de socorro mutuo en esta época, véase P. H. J. Gosden. *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, p. 5. Para la composición social de las sociedades, véase G. C. Holland, *op. cit.*; cap. 17.

⁴⁰ T. A. Ward, *op. cit.*, p. 78. Véase también J. H. Priestley, «Ripponden Female Society», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1943. *Negus*: vino (en especial oportó o jerez) y agua caliente, endulzado y aromatizado con limón y especias. (*N. de la t.*)

y, aunque algunos patronos les veían con buenos ojos, en la práctica su conducta dejaba muy poco espacio para el control paternalista. Eran comunes los fracasos debidos a la inexperiencia como actuarios de seguros; eran frecuentes los empleados informales. Estas sociedades, que se difundieron por todos los rincones del país, fueron (a menudo de forma angustiosa) escuelas de experiencia.

En la propia clandestinidad de las sociedades de socorro mutuo y en su opacidad frente al examen a que les sometía la clase alta, tenemos una auténtica prueba del desarrollo de una cultura y unas instituciones obreras independientes. Esta fue la subcultura en base a la cual crecieron las menos estables *trade unions*, y en la que los dirigentes de las *trade unions* hicieron su aprendizaje.⁴¹ Las normas de las *unions*, en muchos casos, eran versiones más elaboradas del mismo código de conducta que los clubs de enfermedad. Algunas veces, como en el caso de los cardadores de lana, se complementaba con los procedimientos de las órdenes masónicas secretas:

422

Desconocidos, el designio de nuestras Logias es el amor y la unidad,
Nuestra protección se basa en las leyes de la equidad,
Y cuando conozcas nuestros derechos místicos,
Te revelaremos todos nuestros secretos.⁴²

Después de la década de 1790, bajo el impacto de la agitación jacobina, los preámbulos a los reglamentos de las sociedades de socorro mutuo adquieren una nueva resonancia; una de las consecuencias más extrañas del lenguaje del «hombre social» de la Ilustración filosófica es su reproducción en los reglamentos de oscuros clubs de reunión que se encontraban en tabernas o «despachos clandestinos» de la Inglaterra industrial. En el Tyneside, las sociedades «Sociales» y «Filantrópicas» expresaban sus aspiraciones en términos que abarcaban desde frases inútiles —«una sociedad firme, duradera y amistosa», «para promover la amistad y la verdadera caridad Cristiana», «el hombre no ha nacido sólo para sí mismo»— hasta imponentes afirmaciones filosóficas:

El hombre, por la constitución de su cuerpo, y la disposición de su espíritu, es una criatura formada para la sociedad ...

Nosotros, los miembros de esta sociedad, tomando en seria consideración, que el hombre está constituido como ser social ... con una necesidad continua de asistencia y apoyo mutuo; y habiendo entretejido en nuestras naturalezas aquellos sentimientos humanos y compasivos que siempre experimentamos ante la desgracia de cualesquiera de nuestros prójimos ...⁴³

⁴¹ Una queja continua de las autoridades era que las sociedades de socorro mutuo permitían que sus miembros retirasen fondos cuando estaban en huelga. En 1812, se describió Macclesfield como «un nido de asociación ilícita», «lleno de sociedades para la enfermedad y el entierro, que son los gérmenes de la revolución»: C. S. Davies, *History of Macclesfield*, Manchester, 1961, p. 180.

⁴² (E. C. Tuffnell), *The Character, Objects and Effects of Trades' Unions*, 1834, vuelto a publicar en 1934, pp. 42 y siguientes. (Strangers, the design of all our Lodges is love and unity, / With self-protection founded on the laws of equity, / And when you have our mystic rights gone through, / Our secrets all will be disclosed to you.)

⁴³ *Rules ... of the Sociable Society*, Newcastle, 1812; *Anieles of the Friendly Society at West Baldón*, Sunderland, 1811; *Rules of the Good Intent Society*. Newcastle, 1815; *Anieles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804; véase

Las sociedades de socorro mutuo, que encontramos en comunidades de tan diverso tipo, fueron una influencia cultural unificadora. Aunque por razones financieras y legales fueron lentas en federarse entre sí, facilitaron la federación regional y nacional de las *trade unions*. Su lenguaje del «hombre social» también encaminó el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Unía el lenguaje de caridad cristiana y la metáfora latente de la «hermandad» en la tradición metodista (y morava), con la afirmación social del socialismo owenita. Muchas de las primeras sociedades y cooperativas de consumo owenitas prolongaban sus reglamentos con la siguiente cita de Isaías (XLI, 6): «Uno a otro se ayudan, uno a otro se dicen: ¡Ánimo!». Pero todavía en la década de 1830 había en circulación una multitud de himnos y canciones de sociedades de socorro mutuo o de *trade unions* que eran elaboraciones del mismo tema.

423

El señor Raymond Williams ha indicado que «el elemento distintivo crucial de la vida inglesa desde la Revolución industrial está ... en la existencia de ideas alternativas en cuanto a la naturaleza y la relación social». En contraste con las ideas de individualismo o (como mucho) de servicio de la clase media, «lo que significa propiamente “cultura de la clase obrera” ... es la idea colectiva básica, y las instituciones, comportamientos, hábitos de pensamiento e intenciones que procedían de aquella».⁴⁴ Las sociedades de socorro mutuo no «procedían de» una idea, tanto las ideas como las instituciones surgieron en respuesta a ciertas experiencias comunes. Pero la distinción es importante. En la simple estructura celular de la sociedad de socorro mutuo, con su característica cotidiana de ayuda mutua, podemos encontrar muchas de las características que se reproducían, de manera más sofisticada y compleja, en las *trade unions*, cooperativas, Hampden clubs, organizaciones políticas y logias cañistas. Al mismo tiempo puede considerarse a las sociedades como la cristalización de un espíritu de solidaridad difundido de forma muchísimo más amplia en los detalles «densos» y «concretos» de las relaciones personales de los obreros, en el hogar y en el trabajo. Todos los testigos presenciales de la primera mitad del siglo XIX —clérigos, inspectores de fábrica, propagandistas radicales— subrayan el alcance de la ayuda mutua en los distritos más pobres. En momentos de emergencia, desempleo, huelgas, enfermedad, parto, el pobre «ayudaba sin excepción a su vecino». Veinte años después de que Place hiciera un comentario acerca del cambio en el comportamiento de los habitantes del Lancashire, Cooke Taylor se asombraba de la forma en que los obreros del Lancashire soportaban «la más extrema de las desdichas», con un elevado tono de dignidad moral, un notable sentido de la propiedad, una decencia, una limpieza y un orden ... que no merecen el intenso sufrimiento que he presenciado. Contemplé la inmólación gradual de la población más noble y más valiosa que jamás existió en este país o en cualquier otro lugar bajo el cielo.

«Casi todos los desdichados obreros que encontré al norte de Manchester ... estaban

también H. J. Maltby, «Early Bradford Friendly Societies», *Bradford Antiquary*, VH, 1933, para encontrar ejemplos de reglamentos con influencia metodista.

⁴⁴ *Culture and Society*, edición de Penguin, pp. 312-314.

completamente horrorizados de verse obligados a recibir la beneficencia parroquial.»⁴⁵

Es un error considerar que esta era la *única* ética «obrera» auténtica. Las aspiraciones «aristocráticas» de los artesanos y los trabajadores manuales, los valores de la «ayuda a sí mismo» o la delincuencia y la desmoralización, también estaban ampliamente extendidos. Se libraba la batalla en torno al conflicto entre formas de vida alternativas, no sólo entre la clase media y la clase obrera, sino en el seno de las mismas comunidades obreras. Sin embargo, para los primeros años del siglo XIX, es posible afirmar que los valores colectivistas dominan en muchas comunidades industriales; existe un código moral con sanciones contra el esquirol, los «instrumentos» del patrono o la mala vecindad, que además es intolerante hacia los excéntricos o los individualistas. Los valores colectivistas se sustentan de forma consciente y se propagan en la teoría política, las ceremonias de las *trade unions*, la retórica moral. En realidad, es esta conciencia colectiva de sí mismos, con su correspondiente teoría, instituciones, disciplina y valores comunitarios, la que distingue a la clase obrera del siglo XIX de la multitud del siglo XVIII.

424

El radicalismo político y el owenismo a la vez se inspiraron, y enriquecieron, en esa «idea colectiva básica». Quizá Francis Place estaba en lo cierto cuando atribuía el cambio de comportamiento de las muchedumbres del Lancashire, en 1819, al avance de la conciencia política «que se extendía por todo el país desde que la Sociedad Constitucional y la Sociedad de Correspondencia habían empezado a actuar en 1792»:

En la actualidad se pueden reunir 100.000 personas y no se produce ningún motín a continuación, y ¿por qué? ... La gente del pueblo tiene un objetivo, cuya consecución les confiere importancia ante sí mismos, les eleva en su propia opinión, y así ocurre que los mismos individuos que hubiesen sido los líderes del motín son los que mantienen la paz.⁴⁶

Otro observador atribuía los cambios ocurridos en el Lancashire a la influencia tanto de Cobbett como de las escuelas dominicales y advertía un «cambio general y radical» en el carácter de las clases trabajadoras: «Los pobres, cuando sufren y están insatisfechos, ya no provocan motines, sino que convocan un mitin; en lugar de atacar a sus vecinos, acusan al Ministerio».⁴⁷

Este aumento de la dignidad propia y de la conciencia política fue un avance real de la Revolución industrial. Sirvió para desvanecer algunas formas de superstición y de deferencia e hizo que algunos tipos de opresión no se considerasen tolerables por más tiempo. Podemos encontrar testimonios abundantes por lo que se refiere al firme desarrollo del espíritu de solidaridad en la fuerza y el orgullo ceremonial de las *unions* y los clubs de oficios que surgieron, en una situación de cuasilegalidad, cuando se

⁴⁵ Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 37-39. Taylor escribía en la época de la depresión del algodón de 1842.

⁴⁶ Wallas, *op. cit.*, p. 146.

⁴⁷ Un miembro del Comité de Manchester para mitigar los sufrimientos del 16 de agosto de 1819 (J. E. Taylor), *Notes and Observations Critical and Explanatory on the Papers relative to the Internal State of the Country* 1820.

revocaron las *Combination Acts*.⁴⁸

425

Durante la huelga de cardadores de lana de Bradford de 1825, encontramos que en Newcastle, donde las sociedades de socorro mutuo estaban tan bien arraigadas, las *unions* que contribuían a reunir fondos para Bradford incluían herreros, *mill-wrights*, ensambladores, zapateros, marroquinos, aprestadores de piel, ebanistas, carpinteros de navíos, aserradores, sastres, cardadores de lana, sombrereros, curtidores, tejedores, alfareros y mineros.⁴⁹ Además, en cierto sentido las sociedades de socorro mutuo ayudaron a aprender e incorporar al movimiento de las *trade unions* el amor por la ceremonia y el elevado sentido de la categoría social del gremio artesano. Estas ceremonias, ciertamente, tenían todavía un notable vigor a principios del siglo XIX, en algunas de las antiguas Compañías o Cofradías con Estatutos de los maestros y maestros artesanos, cuyas ceremonias periódicas expresaban el orgullo tanto de los maestros como de sus oficiales en «el Oficio». Por ejemplo, en 1802, hubo una gran celebración de jubileo de las «Cofradías» de Presión. Durante una semana de procesiones y exposiciones en las que participaron la nobleza, la *gentry*, los comerciantes, los tenderos y los fabricantes,⁵⁰ se confirió un lugar prominente a los oficiales:

Los Cardadores de Lana y los Obreros del Algodón ... estaban precedidos por veinticuatro mujeres jóvenes, bellas y florecientes, cada una con una rama de la planta del algodón, luego seguía una máquina de hilar sostenida a hombros de los hombres, y más adelante un telar erguido sobre una plataforma móvil, con obreros ocupados trabajando en él ...

En Bradford, en vísperas de la gran huelga de 1825, la fiesta del obispo Blaize, de los cardadores de lana, se celebró con un esplendor extraordinario:

Heraldo, llevando una bandera.

Veinticuatro Laneros a caballo, cada caballo enjaezado con un vellón de lana.

Treinta y ocho Hilanderos de Estambre y Fabricantes a caballo, con chalecos de paño blanco, cada uno con una mecha de lana sobre sus hombros y un fajín de paño blanco; los cuellos de los caballos cubiertos con mallas de hilo grueso.

Y así sucesivamente, hasta que llegamos al:

426

OBISPO BLAIZE

Pastor y Pastora.

Zagales.

Ciento sesenta Clasificadores de Lana a caballo, con capas adornadas y bandas de diversos colores.

Treinta Carderos.

Carboneros.

Colores de los Cardadores.

⁴⁸ Véase más arriba, p. 257.

⁴⁹ *Trades Newspaper* (11 de septiembre de 1825).

⁵⁰ Entre las cofradías representadas se hallaban los curtidores, guanteros, cordobaneros, carpinteros, carniceros, vinateros, sastres, herreros, merceros y pañeros. Véase *Leeds Mercury* (4 de septiembre de 1802).

Cap. 12. La Comunidad

Banda de música.

Cuatrocientos setenta Cardadores de Lana, con pelucas de lana, etc.

Banda de música

Cuarenta Tintoreros, con escarapelas rojas, delantales azules y bandas cruzadas de color rojo y azul.⁵¹

Después de la gran huelga, una ceremonia como ésta no se podía repetir.

Este pasaje, que nos lleva desde la vieja perspectiva del «Oficio» hasta la dualidad de las organizaciones de los patronos por un lado, y las *trade unions* por el otro, nos sitúa en el centro de la experiencia de la Revolución industrial.⁵² Pero las sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*, al igual que las organizaciones de los patronos, trataban de mantener el ceremonial y el orgullo de la antigua tradición; es más, desde el momento en que los artesanos (o, como todavía se llaman, las gentes de oficio) fueron conscientes de que ellos eran los *productores* sobre cuya destreza los patronos ejercían la función de parásitos, todavía enfatizaron más la tradición. Con la revocación de las *Combination Acts*, sus estandartes recorrieron abiertamente las calles. En Londres, en 1825, la *Union* de Calafateadores de Barcos del Támesis (fundada en 1794) presentó sus divisas: «*Main et Coeur*», «*Vigueur, Vérité, Concorde, Dépêche*», que revelan el orgullo del oficio medieval.

La *Union* de los Cordeleros seguía con un estandarte blanco en el que había dibujado un enjambre de abejas alrededor de una colmena: «¡Hijos de la Industria! La Unión hace la Fuerza». (Ante las casas de los patronos que les habían concedido un aumento, se detenían y saludaban.) La *Union* Previsora de Carpinteros de Navío del Támesis de John Gast, el abanderado de los «oficios» de Londres, los superaba a todos con un estandarte de seda azul: «Los Corazones de Roble Protegen a los Ancianos», un elegante barco tirado por seis caballos bayos, tres postillones vestidos con chaquetas azules, una banda de música, el comité, los miembros portando más estandartes y banderas y delegaciones en representación del oficio que provenían de Shields, Sunderland y Newcastle. Los miembros llevaban rosetones y ramitas de roble, y en el barco había algunos carpinteros de navío viejos que vivían en los asilos que la *unión* tenía en Stepney.⁴⁵³ En Nantwich, en 1832, los zapateros seguían manteniendo todo el sentido de la categoría de la *unión* del oficio artesano, con su estandarte, «una colección completa de insignias de órdenes secretas, sobrepellices, mandiles engalanados ... y una corona y mantos para el Rey Crispín». En 1833, el rey cabalgó por la ciudad asistido por caudatarios, funcionarios con la «Dispensa, la Biblia, un voluminoso par de guantes, y también bellos ejemplares de botas y zapatos de señoras

⁵¹ J. James, *History of Bradford*. 1866, pp. 164-167; J. Burnley, *Yorkshire Stories Retold*, Leeds, sin fecha, p. 165-175.

⁵² Para la formación de una «conciencia de clase media», entre 1780 y 1846, véase el artículo del profesor Briggs, «Middle-Class Consciousness», *Past and Present* (abril de 1956). Para la importancia de la idea de «el Oficio en el movimiento ludita, véase más adelante, vol. 2, pp. 118-121.

⁵³ *Trades Newspaper* (14, 21, 28 de agosto de 1825). Los calafateadores tenían unos 300 miembros, los cordeleros 200, los carpinteros de navío unos 1.500.

y caballeros»-.

427

«Casi 500 personas formaron parte de la procesión, vistiendo cada una de ellas un mandil blanco primorosamente adornado. Cerraba la procesión un miembro del oficio equipado de ambulante, con sus herramientas atadas a la espalda, y un bastón en la mano.»⁵⁴

Ninguna explicación sencilla será suficiente para dar cuenta del cambio evidente en los comportamientos de los obreros.⁵⁵ Tampoco deberíamos exagerar el grado del cambio. La embriaguez y los alborotos eran todavía frecuentes por las calles. Pero es cierto que los obreros aparecen a menudo más moderados y disciplinados, durante los 20 años posteriores a las guerras, cuando la mayor parte de ellos afirmaba con la mayor seriedad sus derechos. Por lo tanto no podemos admitir la tesis según la cual la moderación era sólo, o incluso principalmente, consecuencia de la propaganda evangélica. Y esto también lo podemos ver, si le damos la vuelta a la moneda y miramos el reverso. Hacia 1830 no sólo la Iglesia oficial, sino también el resurgimiento metodista encontraba una fuerte oposición en la mayoría de centros obreros de librepensadores, owenitas y cristianos no sectarios'. En lugares como Londres, Birmingham, el sudeste del Lancashire, Newcastle, Leeds y otras ciudades, los deístas partidarios de Carlile u Owen temen un séquito muy numeroso. Los metodistas habían consolidado su posición, pero tendían a representar de forma creciente a las gentes de oficios y a los grupos privilegiados de obreros, y a estar moralmente aislados de la vida comunitaria de la clase obrera. Algunos de los antiguos centros del resurgimiento habían recaído en el «paganismo». Hacia la década de 1840, en el Sandgate de Newcastle, que en un tiempo se había «destacado tanto por rezar como por beber más de la cuenta, por cantar salmos y por blasfemar», los metodistas habían perdido a todos sus seguidores de entre los pobres. En zonas del Lancashire, tanto las comunidades de tejedores como los obreros de las fábricas se desvincularon mucho de los templos y fueron recuperados para la corriente del owenismo y el librepensamiento:

428

Si no hubiese sido por las escuelas Dominicales, la sociedad hubiese llegado antes a una situación horrible. La infidelidad aumenta de una forma extraordinaria. ... Los escritos de Carlile y Taylor y de otros infieles se leen más que la Biblia o cualquier otro libro. ... He visto, semana tras semana, como los tejedores se reunían en una sala, que podía dar cabida a unas 400 personas, para aplaudir a las personas que afirmaban y argumentaban que no había Dios. ... He entrado en los *cottages* que están alrededor del templo al que yo acudo, y he encontrado a 20 hombres reunidos leyendo publicaciones infieles ...⁵⁶

A menudo el owenismo y los movimientos seculares prendieron fuego «como matorrales en tierras del común», al igual que el resurgimiento lo había hecho con

⁵⁴ «Reminiscences of Thomas Dunning», compilado por W. H. Challoner. *Trans. Lañes. & Cheshire Antiq. Soc.*, LIX, 1947. A este despliegue llamativo de fuerzas, le siguió la detención de los responsables de Nantwich en el asalto general a las *unions* en 1834.

⁵⁵ Para una discusión adicional sobre la cultura artesana, véase más adelante, vol. 2, pp. 313-353.

⁵⁶ Testimonio de un patrono de Bolton, *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*,

anterioridad.

Engels, que escribía a partir de su experiencia en el Lancashire en 1844, afirmaba que «los obreros no son religiosos y no asisten a la iglesia», exceptuando a los irlandeses, «unas pocas personas mayores, y la mediana burguesía, los vigilantes, los capataces y otros por el estilo». «Entre las masas prevalece de forma casi universal una indiferencia total hacia la religión, o a lo sumo, algún rastro de deísmo ...» Engels debilitó su ejemplo al exagerarlo; pero Dodd citaba una fábrica de Stockport en la que nueve de cada diez no asistían a la iglesia, mientras que Cooke Taylor, en 1842, se asombró ante el vigor y el conocimiento de las Escrituras que mostraban algunos obreros del Lancashire que atacaban la ortodoxia cristiana. «Si yo creyera que el Señor era la causa de toda la miseria que veo a mi alrededor —le dijo uno de esos hombres a un predicador metodista— dejaría de servirle, y diría que no era el Dios en el que yo había creído.» De forma parecida, en Newcastle durante los años del carlismo cientos de artesanos y mecánicos eran librepensadores convencidos. En unos talleres que daban empleo a unas doscientas personas «no hay más de seis o siete que asistan a un lugar de culto». «Las clases trabajadoras», decía un obrero,

están adquiriendo conocimientos, y cuanto más conocimientos adquieren, más amplia se vuelve la brecha que hay entre ellos y las diferentes sectas. Esto no se debe a que ignoren la Biblia. Yo mismo venero la Biblia ... y cuando la leo ... descubro que los profetas se mantenían entre el opresor y el oprimido, y denunciaban al que hacía mal, por muy rico y poderoso que fuese. ... Cuando los predicadores vuelvan a retomar el Antiguo Testamento, por una vez volveré a escucharles, pero no antes ...

429

Todas las escuelas dominicales estaban recogiendo una cosecha inesperada.⁵⁷

El debilitamiento del dominio de las iglesias no significaba, de ningún modo, erosión alguna de la dignidad y la disciplina de clase. Por el contrario, Manchester y Newcastle, con su larga tradición de organización industrial y política, se destacaban durante los años del carlismo por la disciplina de sus manifestaciones masivas. Los ciudadanos y los tenderos sufrieron una vez la alarma de que los «terribles y salvajes mineros» entraban en Newcastle a cualquier precio; ahora en cambio, los propietarios de las minas de carbón se veían obligados a rastrear los barrios bajos para encontrar «*candy-men*»^{*} o traperos que sustituyesen a los mineros en huelga. En 1838 y 1839, decenas de miles de artesanos, mineros y jornaleros se manifestaron semana tras semana en perfecto orden por las calles, pasando a menudo a poca distancia de los militares, y evitando toda provocación. «Nuestro pueblo había aprendido bien —recordaba uno de sus líderes— que no queríamos un motín, sino la revolución.»⁵⁸

* Vendedor ambulante de azúcar cande. (*N. de la t.*)

⁵⁷ Engels, *op. cit.*, pp. 125-126; Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 153-155; *Newcastle Chronicle, Inquiry into the Condition of the Poor*, Newcastle, 1850, pp. 32, 56. Véase también Dodd, *op. cit.*, pp. 181, 186.

⁵⁸ Fynes, *op. cit.*, p. 19; Thomas Burt, *Autobiography*, 1924, p. 34; T. A. Devyr, *The Odd Book of the Nineteenth Century*, New York, 1882, pp. 184-185.

III. LOS IRLANDESES

Este análisis ha dejado de lado, por necesidad, uno de los ingredientes de la nueva comunidad obrera: la inmigración irlandesa. En 1841 se estimaba que más de 400.000 habitantes de Gran Bretaña habían nacido en Irlanda; muchas más decenas de miles habían nacido en Gran Bretaña de familia irlandesa. La gran mayoría de ellos eran católicos y se encontraban entre los trabajadores peor remunerados; la mayor parte de ellos vivían en Londres y en las ciudades industriales. En Liverpool y en Manchester una cifra que oscilaba entre la mitad y una tercera parte de la población obrera era irlandesa.

Este no es el lugar adecuado para repetir la espantosa historia del empobrecimiento de la población irlandesa durante la primera mitad del siglo XIX. Pero los infortunios que afligieron Irlanda provinieron menos del desastre de la patata que de las consecuencias de una contrarrevolución que tuvo lugar después de la despiadada represión de la rebelión de los Irlandeses Unidos (1798) y fue mucho más salvaje que cualquiera de las que se hicieron en Inglaterra; y de las consecuencias políticas, económicas y sociales de la *Act of Union* (1800). En 1794, un eclesiástico de la Iglesia de Irlanda, llamado William Jackson, que actuaba como mediador entre William Rowan, de los Irlandeses Unidos, y los franceses, fue detenido en Dublín en posesión de un documento que explicaba en términos generales la posición de Irlanda y las esperanzas de apoyo en el caso de una invasión francesa. La estimación (equivocada) de la población de Irlanda era de 4.500.000 de habitantes,⁵⁹ de los cuales se suponía que 450.000 eran anglicanos, 900.000 eran disidentes y 3.150.000 eran católicos. Acerca de los disidentes («el grupo más ilustrado de la Nación») se decía:

430

Son Republicanos convencidos, dedicados a la Libertad y han estado de acuerdo de manera entusiasta con todas las Etapas de la Revolución Francesa. Los Católicos, la Gran mayoría de la Población, se encuentran en el punto más Bajo de la Ignorancia y la Necesidad, están dispuestos a cualquier Cambio puesto que ningún Cambio puede empeorar su situación, Todo el Campesinado de Irlanda, el más Oprimido y Afligido de Europa, se puede afirmar que es Católico.

Mientras que en Inglaterra los prejuicios antifranceses «unirían a todas las categorías sociales en oposición a los Invasores», en Irlanda, «un País Conquistado, oprimido e Insultado, el mismo Nombre de Inglaterra y su Poder es Universalmente Odioso ...».

Los Disidentes son enemigos del Poder Ingles debido a la razón y a la Reflexión, los Católicos lo son por Aborrecimiento del Espíritu Inglés ...

En una palabra, sea debido a la Reflexión, el Interés, el Prejuicio, el espíritu de Cambio, la miseria de la mayoría de la nación y sobre todo el Aborrecimiento del espíritu Inglés, como resultado de la Tiranía de cerca de siete siglos, parece haber pocas dudas

⁵⁹ El primer censo, en 1821, arrojó una cifra de 6.803.000.

de que una Invasión sería apoyada por la población.⁶⁰

Se puede argumentar que los franceses perdieron Europa no ante Moscú, sino en 1797, cuando sólo una armada amotinada se interponía entre ellos y una Irlanda que estaba en vísperas de la rebelión.⁶¹ Pero la invasión, cuando llegó, fue de una índole distinta: fue la invasión de Inglaterra y Escocia por parte de los irlandeses pobres. Y el escrito de Jackson nos recuerda que la emigración irlandesa fue más diferenciada de lo que a menudo se supone. Durante los años anteriores y posteriores al 98, los disidentes del Ulster, que era la provincia más industrializada, no eran los más leales, sino los más «jacobinos» de los irlandeses; mientras que sólo después de la represión de la rebelión, *The Castle** fomentó el antagonismo entre los «orangistas» y los «papistas» como medio de mantener el poder. Entre los emigrantes había segadores temporeros procedentes de Connaught, pequeños propietarios de tierra fugitivos de Wexford y artesanos del Ulster, que eran tan distintos unos de otros como los jornaleros de Cornualles y los hilanderos de algodón de Manchester. (Las célebres reyertas de los sábados por la noche se producían más a menudo entre irlandeses e irlandeses, que entre irlandeses e ingleses; tampoco eran siempre enfrentamientos religiosos: las rivalidades de Leinster, Munster y Connaught también se reproducían en los corrales y los patios de Presten y Batley.) Se sucedieron una ola de inmigración tras otra.⁶² Entre 1790 y 1810 todavía había una mezcla considerable de protestantes y personas del Ulster, muchos de ellos gentes de oficios, artesanos, tejedores y obreros del algodón, algunos de ellos partidarios de *Los derechos del hombre*. A medida que se empezaron a sentir los efectos de la competencia económica desigual bajo la Unión, los tejedores de seda y lino y los obreros del algodón abandonaron sus industrias en decadencia por Manchester y Glasgow, Barnsley, Bolton y Macclesfield. En esta oleada llegó el joven John Doherty, que antes de los 20 años había trabajado en una hilandería en Meath, para convertirse en pocos años en el mayor de los líderes de los obreros del algodón del Lancashire.

* Se refiere al Castillo de Dublín, sede de la corte virreinal y de la administración. Se sobreentiende, en términos políticos, a la autoridad y los funcionarios que administraban el gobierno de Irlanda. (*N. de la t.*)

431

Desde este momento en adelante se produjo más que nunca una migración católica y campesina. La *yeomanry* del Lincolnshire, señalaba un periódico en 1811, «no ha dejado de invitarles, durante muchos años, mediante un anuncio público». Esto hacía referencia a los migrantes temporeros, los segadores cuyo «espíritu de ardua laboriosidad» se elogiaba frente al «codicioso» jornalero del Lincolnshire, «que está deseoso de obtener salarios excesivos a costa de la necesidad del agricultor, y a quien no satisface la paga de una guinea al día, en el punto culminante de la estación», y al

⁶⁰ T.S., 11.3510 A (2); *Trial of the Rev. Wm. Jackson*. 1795, pp. 80-81.

⁶¹ Véase E. H. S. Jones, *The Invasion that Failed*, Oxford, 1950.

⁶² Respecto de la considerable colonia irlandesa en el Londres del siglo XVIII, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, pp. 113 y siguientes.

que además se le reconvenía por mirar con envidia al «ayudante irlandés».⁶³ A medida que las rutas de migración se volvían familiares, más inmigrantes llegaban para quedarse. Sucesivos fracasos en la cosecha de patatas, en particular el hambre de 1821-1822, hicieron que aumentase la migración.

La expulsión masiva de campesinos «propietarios» entre 1828 y 1830 aumentó el número de viajeros en los atestados barcos hacia Liverpool y Bristol. Pero Inglaterra estaba «lejos de ser su Meca, y en realidad era el último lugar al que se hubiesen acercado voluntariamente». Los más afortunados, que podían ahorrar el dinero del pasaje, emigraban hacia Norteamérica y Canadá, y los más indigentes eran los que venían a este país. Una vez aquí, tan pronto como conseguían trabajo hacían esfuerzos heroicos para hacer envíos de dinero hacia Irlanda, y a menudo para ahorrar la pequeña suma necesaria para traer a los familiares y reunir a la familia en Inglaterra.⁶⁴

432

Las condiciones que la mayor parte de los inmigrantes de la posguerra dejaban detrás suyo eran, en el lenguaje de los *Blue Books*, insuficientes para mantener «las exigencias más comunes para vivir»;

Sus viviendas son tugurios miserables, varias personas de una misma familia duermen juntos sobre la paja o sobre el suelo desnudo ... su comida consiste por lo común en patatas a secas, y con las patatas se ven

... obligados a hacer sólo una comida al día ... A veces consiguen un

arenque, o un poco de leche, pero nunca comen carne excepto en Navidad, Pascua y Carnaval.⁶⁵

Esta parte de su historia es conocida, puesto que eran la mano de obra más barata de la Europa occidental. Una página tras otra, los *Blue Books* que tratan de las condiciones sanitarias, los delitos, las viviendas, los tejedores de telar manual, están repletos de relatos sobre la miseria que los irlandeses traían consigo hacia Inglaterra; de sus viviendas en los sótanos; la escasez de su mobiliario y sus camas; las basuras delante de las puertas; el hacinamiento; la presión a la baja sobre los salarios de la mano de obra inglesa. No es necesario subrayar lo útiles que eran para los empresarios en este último aspecto. Un fabricante de seda de Manchester declaraba, «en el momento que hay una huelga y necesito conseguir mano de obra con urgencia, envío a buscar a Irlanda 10, 15 o 20 familias ...».⁶⁶

Pero la influencia de la inmigración inglesa fue más ambivalente y más interesante que todo esto. Paradójicamente, el mismo éxito de las presiones que efectuaron los cambios en la configuración del carácter del obrero inglés creó la necesidad de una fuerza de trabajo adicional que no estuviera moldeada por la disciplina del trabajo

⁶³ *Boston Gazette*, en *Alfred* (21 de septiembre de 1811).

⁶⁴ Para la migración en general, véase Redford, *op. cit.*, pp. 114 y siguientes; para un resumen excelente de sus causas económicas y sociales, véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, en especial los caps. 9 y 10.

⁶⁵ *Third Report of the Commissioners for Inquiring into the Condition of the Poorer Classes in Ireland*, 1836, p. 3.

⁶⁶ *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, p. VII.

industrial. Como hemos visto, esta disciplina exigía una dedicación metódica regular, unas motivaciones internas de seriedad, previsión y estricto cumplimiento de los contratos; en resumen, un gasto de energía controlado en los empleos cualificados o semicualificados. Por contraste, las tareas manuales pesadas que estaban en la base de la sociedad industrial exigían un pródigo gasto de pura energía física: una alternancia de trabajo intenso y relajación bulliciosa que corresponde a los ritmos de trabajo preindustriales, y para los cuales no era adecuado el artesano o el tejedor inglés, tanto debido a su debilidad física como a su temperamento puritano.

433

Así pues, la mano de obra irlandesa era esencial para la Revolución industrial, no sólo —y quizá no en primer lugar— debido a que era «barata» (el trabajo de los tejedores y jornaleros agrícolas era en verdad bastante barato), sino porque el campesinado irlandés había escapado a la impronta de Baxter y Wesley. Desmoralizados en Irlanda por una economía que les situaba por debajo de la subsistencia o por el *conacre system** (mediante el cual quedaban reducidos a una semiesclavitud ante los labradores, a cambio de utilizar una pequeña parcela de patatas) habían adquirido una reputación de letargo y poca seriedad. La energía no recibía incentivos en una tierra en la que al buen arrendatario se le penalizaba duplicándole la renta. En Inglaterra eran capaces de realizar hazañas asombrosas, y mostraban

* Tipo de contrato por temporada. (*N. de la t.*)

... buena voluntad, presteza y perseverancia en los tipos de trabajo no cualificados más duros, molestos y desagradables, como por ejemplo ayudar a los canteros, albañiles y yeseros, excavar tierra para puertos, muelles, canales y carreteras, transportar bultos pesados, cargando y descargando barcos.

El doctor Kay, que investigó el valor de la mano de obra irlandesa entre los patronos del Lancashire en 1835, descubrió que preferían a los obreros ingleses en todas las tareas cualificadas, porque tenían «aquella perseverancia regular que el trabajo fabril exige en particular». «Los ingleses son trabajadores más regulares, limpios y hábiles y son más de fiar por lo que se refiere al cumplimiento de los contratos que se hacen entre señor y criado.» Aunque en la industria del algodón había empleados miles de irlandeses, «pocos, si es que había alguno ... trabajaban alguna vez en los procesos superiores ... ; casi todos se encuentran en talleres de preparación de la fibra para la hilatura ...». Casi ninguno llegaba a ocupar «puestos de confianza», y muy pocos «alcanzaban la categoría de hilanderos». Por otra parte, en las tareas no cualificadas la situación era la contraria. Un patrono de Birmingham en 1836 testimoniaba lo siguiente:

Los peones irlandeses trabajarán siempre. ... Les considero trabajadores muy valiosos y no podríamos arreglárnoslas sin ellos. Si se les trata con amabilidad, harán cualquier cosa por ti. ... Un inglés no podría hacer el trabajo que ellos hacen. Cuando les ayudas tienen un deseo de complacer que los ingleses no tienen; preferirían morir debajo de cualquier cosa antes de ser golpeados; preferirían trabajar duramente hasta extenuarse antes de que otro hombre les sobrepasase ...

«Es necesario vigilarles más, hablan más en el trabajo.» Con ellos a menudo son más eficaces los incentivos personales que los económicos; puesto que eran personas de buen carácter, trabajaban mejor para patronos afables que les fomentasen la emulación mutua. «Los irlandeses son más violentos e irritables, pero son menos tercos, taciturnos y voluntariosos que los ingleses.» Era fácil abusar de su generosidad y su carácter impulsivo; es literalmente cierto que «preferirían morir ... antes de ser golpeados». «En su propio país tiene fama de ser perezoso y negligente en extremo, después de cruzar el canal se convirtió en un modelo de laboriosidad y espíritu emprendedor.» Tanto si trabajan a destajo como en cuadrillas, en los muelles o de peones camineros, «ceden a la tentación de trabajar en exceso y de arruinar su salud y su fuerza física en pocos años. Este es el caso de los mozos de cuerda, los cargadores de carbón y muchos de los peones corrientes de Londres», que eran irlandeses en una proporción elevada. Un observador en los muelles de Liverpool señaló de qué forma se cargaba la avena en un barco:

Esos hombres (la mayoría de los cuales eran irlandeses) recibían de un golpe los sacos llenos sobre sus hombros, a medida que la grúa los bajaba, y los transportaban a través de la calle. Proseguían su pesada tarea a lo largo de las horas de trabajo de un día de verano a un ritmo uniforme e infatigable, manteniendo un trote de al menos cinco millas a la hora, ya que la distancia del barco al almacén es de cinco yardas completas ... Haciendo este trabajo un buen peón ganaba, cobrando 164. por saco, diez chelines al día; de modo que, en consecuencia, hacía setecientos cincuenta viajes ... cargando a su espalda, en la mitad de la distancia, un saco lleno de avena, recorriendo así una distancia de ... cuarenta y tres millas ...

Hacia la década de 1830, algunos tipos de trabajo habían pasado totalmente a manos de los irlandeses, puesto que los ingleses o bien se negaban a hacer tareas bajas y desagradables, o no podían seguir el ritmo de trabajo.⁶⁷

De ese modo, los patronos obtenían, a un nivel excepcional, lo mejor de una oferta de trabajo que pertenecía al mundo preindustrial e industrial. El obrero disciplinado en el fondo detestaba su trabajo: la misma configuración del carácter que hacía posible la aplicación y la cualificación levantaba a la vez barreras de dignidad que no les hacían sumisos ante las tareas sucias o degradantes. Un patrono de la construcción, al explicar por qué los irlandeses estaban confinados al papel de trabajadores no cualificados, aportaba información:

Casi nunca tienen habilidad manual; no profundizan en los temas; su conocimiento es rápido, pero superficial; no son buenos *millwrights* o mecánicos, o cualquier otra cosa que requiera reflexión. ... Si se pone un proyecto en manos de un irlandés, es necesario vigilarle constantemente, de otro modo saldrá mal, o más probablemente no se hará.

⁶⁷ *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, pp. V, VII-IX, XXXXXXI; Strauss, *op. cit.*, cap. 14, «The Irish in Great Britain»; *First Annual Report Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 305-306; G. C. Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, p. 24; John Wade, *History of the Middle and Working Classes*, pp. 242-243; sir G. Head, *A Home Tour of Great Britain*, 1835, pp. 190-191.

Esto se debía más a la «falta de aplicación» que a cualquier «incapacidad natural»; era un defecto de tipo «moral» y no «intelectual»; «Un hombre que no se preocupa por el mañana y que sólo vive para el momento presente, no puede someter a su espíritu a una severa disciplina y hacer esos esfuerzos pacientes y fatigosos que debe hacer un buen trabajador manual.»⁶⁸

El *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, que es uno de los ensayos sociológicos más impresionantes entre los que hay en los *Blue Books* de los años treinta, llega a la siguiente

La emigración irlandesa a Gran Bretaña es un ejemplo de población menos civilizada que se acomoda, como una especie de substrato, por debajo de una comunidad más civilizada; y sin sobrepasarla en ninguna rama de la industria, obtiene posesión de todos los sectores más bajos del trabajo manual.

Los empresarios lo encontraban «ventajoso», como observó un patrono de las Potteries, «puesto que la población nativa está empleada por completo en los trabajos más creativos y que requieren mayor habilidad». Sin embargo, desde el punto de vista de muchos patronos la inmigración «no ha sido un beneficio limpio». Porque los irlandeses mostraban la misma exuberancia e indisciplina en los momentos de descanso como en el trabajo. «Un gran número de los obreros irlandeses que trabajan en las ciudades fabriles ... gastan sus ingresos del siguiente modo»;

El sábado por la noche, cuando reciben sus salarios, en primer lugar pagan la cuenta en la tienda ... y el alquiler ... y cuando han pagado sus deudas, se van a beber tanto alcohol como les permite lo que les queda del salario. El lunes por la mañana, no tienen ni un penique ...

Manténían un «nivel de vida fijo, un poco superior al que tenían en su propio país», pero carecían de las virtudes puritanas de la economía y la sobriedad, así como de la aplicación y la previsión. Cada sábado por la noche las calles de Manchester, Liverpool y otras ciudades manufactureras eran ocupadas por cientos de irlandeses borrachos y pendericeros.

436

Además, las virtudes y los vicios de los irlandeses eran, por multitud de cosas, los opuestos a los de los disciplinados artesanos ingleses. Los irlandeses despreciaban, ora con violencia, ora con buen humor, la autoridad inglesa. No sólo eran las leyes y la religión de unos gobernantes extranjeros, sino que no existían sanciones comunitarias que convirtieran en motivo de vergüenza los procesos en los tribunales ingleses. Si se les trataba bien, decía un patrono, eran dignos de confianza: «Si descubren a uno de ellos cometiendo un pequeño hurto, los otros le harán el vacío». Pero si se sabe de un irlandés que comete raterías con un patrono o agricultor impopular o que se niega a pagar el alquiler, no sólo recibe la autorización de sus compatriotas, sino su fuerza colectiva. Un patrono del algodón de Manchester declaraba que «no existe conducta temeraria de la que no hagan alarde alguna vez». Aunque estaban peleando continuamente entre ellos, se volvían como un solo hombre

⁶⁸ *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*. pp. IX. XXX-XXXI.

cuando uno de ellos era atacado por uno distinto a ellos. Cualquier intento de confiscar alambiques de destilación de alcohol conducía a guerras de chafarotes y ladrillos, en las que las mujeres irlandesas no se quedaban atrás. En la Pequeña Irlanda de Manchester, los intentos de cumplir sentencias legales referentes a alquileres, deudas o impuestos, se tenían que llevar a la práctica como pequeñas acciones militares contra la población en orden de batalla. «Es extremadamente peligroso —decía el representante de la policía de Manchester en 1836— ejecutar una orden en una fábrica en la que están empleados muchos irlandeses; éstos tirarán ladrillos y piedras contra las cabezas de los agentes a medida que suban la escalera ...» Y el inspector de vigilancia de Manchester testimoniaba que;

... para detener a un irlandés en las zonas irlandesas de la ciudad, nos vemos obligados a disponer de diez, veinte o más guardianes. Aparece todo el vecindario armado; incluso las mujeres, medio desnudas, trasladan trozos de ladrillo y piedras para que los hombres los lancen. Un hombre resistirá, luchando y esforzándose, para ganar tiempo hasta que sus amigos recojan dinero para el rescate ...⁶⁹

Esos irlandeses no eran ni estúpidos ni bárbaros. Mayhew subrayaba a menudo su generosidad, sus «capacidades de expresión oral y su rapidez de percepción». Tenían un sistema de valores distinto al del artesano inglés; y uno tiene la sensación de que cuando escandalizaban el decoro inglés, a menudo se divertían y hacían el papel de traviosos. Con frecuencia, recordaba un abogado de Bolton, cuando los sentaban en el banquillo de los acusados se hacían los locos, y presentaban a un tropel de paisanos como «testigos de su conducta», entonces mostraban un conocimiento minucioso de los procedimientos legales en sus sofismas, y mareaban a los magistrados con su labia. La misma indiferencia por la veracidad convertía a muchos de ellos en mendigos consumados. Generosos como eran unos con otros, sólo ahorraban dinero para un proyecto concreto: emigrar al Canadá o casarse. Eran capaces de «ahorrar penique tras penique» durante años, para traer a sus esposas e hijos, hermanos y hermanas a Inglaterra; pero «no ahorrarán para impedir que ellos o sus hijos lleguen a la degradación de un asilo ...». Como vendedores callejeros se mantenían en los estratos más bajos, como baratilleros o traperos; su temperamento, comentaba Mayhew escuetamente, no estaba adaptado a «comprar en el mercado más barato y vender en el más caro». Respecto de las *Poor Laws* inglesas mantenían una alegre actitud de rapiña. Se aprovechaban de las anticuadas *Settlement Laws*, paseando en coches arriba y abajo del país a expensas de las parroquias (y ¿quién iba a saber si Manchester era o no era la parroquia de origen de Paddy M'Guire? y escapándose de la carreta del inspector cuando la parada les parecía agradable. Aceptaban la beneficencia parroquial «sin el menor asomo de vergüenza».⁷⁰

437

⁶⁹ *State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. X, XVI-XVII, XX; *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 167-169.

⁷⁰ H. M. Richardson., *Reminiscences of Forty Years in Bolton*, Bolton, 1885, pp. 129-131; Mayhew, *op. cit.*, 1. pp. 109-121.

Este era un elemento perturbador en la comunidad obrera en formación: un flujo aparentemente inextinguible de refuerzos para guarnecer los baluartes de Satán. En algunas ciudades, los irlandeses se encontraban parcialmente segregados en sus propias calles y barrios. En el Londres de 1850, Mayhew les encontraba en el laberinto de callejuelas cercanas a Rosemary-lane, en cuyos recodos se podían ver «golfillos despeinados corriendo por los charcos con los pies desnudos, y muchachas sin cofia acurrucadas en sus manteletas y recostadas en los quicios de las puertas». En los sótanos de Manchester y Leeds había una segregación similar. Y también había una segregación de tipo religioso. En 1800, el número de población obrera nativa que pertenecía a la fe católica era minúsculo. La iglesia católica vio pruebas de un plan divino para recuperar Inglaterra para la Fe en la inmigración irlandesa; y dondequiera que fuesen los irlandeses, les seguían de cerca los sacerdotes. Además, este sacerdocio irlandés era más pobre y estaba más cercano al campesinado que cualquier otro que hubiese en Europa. Con una media de ingresos que se ha estimado en 65 libras al año, vivían en un sentido literal a expensas de su grey, comiendo en las casas de sus feligreses y dependiendo de su buena voluntad. «El sacerdote», decía el obispo protestante de Waterford,

438

debe seguir el impulso de la oleada popular, o ser abandonado en la playa para perecer. ... «Vive conmigo y como yo; no me oprimas con una sabiduría o un refinamiento superior, coge con gratitud lo que tenga a bien darte, y gánatelo estando de acuerdo con mi credo político o mi conducta.» Este es el lenguaje del *cottager* irlandés hacia su sacerdote.

El obispo católico de Waterford lo confirmaba en una amonestación sorprendente a sus eclesiásticos en 1797:

No permitáis que os conviertan en instrumentos de los ricos de este mundo, que intentarán ... convertirlos en instrumentos para oprimir a los pobres, sólo para sus fines temporales. ... Los pobres siempre han sido vuestros amigos, siempre estuvieron firmemente de vuestra parte y siguieron su religión, incluso en los peores momentos. Compartieron con vosotros y con vuestros predecesores su escasa comida. ... Si hubiesen ... imitado la conducta de los ricos, que no sólo os cerraron sus puertas, sino que a menudo os persiguieron como si fueseis bestias salvajes, hoy no podría dirigirme al importante grupo actual de clérigos que se encuentran bajo mi autoridad espiritual ...

Una Iglesia que había suministrado un sacerdote para cabalgar a la cabeza de los insurrectos en Wexford, y otro (O'Coigly) para sufrir en el patíbulo en Inglaterra, era una Iglesia profundamente comprometida con las aspiraciones nacionales del campesinado; durante 30 años después de 1810, Daniel O'Connell intentó que el clero (sobre todo a través de la Asociación Católica) jugara un papel complementario en la agitación política. Cuando los irlandeses pobres fueron a Inglaterra, el clero utilizó todos los medios a su alcance —un ministerio entregado (con un conocimiento del espíritu de sus feligreses, que ningún clérigo inglés podía igualar), el terror psicológico, la ayuda financiera y la exacción financiera, la presión sobre los familiares, el consuelo en la desgracia— para mantener el dominio sobre su grey; y para ello

confiaron en la única forma de evangelismo apropiado para tener éxito en la Inglaterra protestante: la tasa de natalidad. Los descargadores de carbón, los peones camineros y los vendedores ambulantes ingleses eran, muchos de ellos, «paganos», sus análogos irlandeses asistían a misa. El sacerdote era la única autoridad hacia la cual los peones irlandeses mostraban algún respeto. En Bolton, un canónigo católico pudo dominar un motín, durante un sábado por la noche, cuando los magistrados habían fracasado en el intento. Cuando Mayhew acompañaba a un sacerdote durante el recorrido por su grey:

Por todas partes salía gente corriendo para saludarle. ... Las mujeres se agolpaban en los umbrales de sus puertas, y se acercaban silenciosamente desde los sótanos saliendo por las trampillas, simplemente para hacerle una reverencia. ... Incluso cuando el sacerdote andaba por la calle, los muchachos que corrían a toda velocidad se paraban en seco para que les tocara el pelo ...⁷¹

439

Ciertamente, para muchos de los emigrantes el poder del cura aumentó. Después del violento desarraigo que habían sufrido, el cura era el último punto de referencia respecto de su antiguo modo de vida. Instruido, pero no lejano por lo que se refiere a la clase social, libre de la identificación con los patronos y las autoridades inglesas, conociendo algunas veces el gaélico, el cura viajaba con mayor frecuencia entre Inglaterra e Irlanda, traía noticias de la tierra y a veces de los familiares, se le podían confiar envíos, ahorros o mensajes. De ahí que la tradición cultural más perdurable que aportó el campesinado irlandés —hasta la tercera o cuarta generación— a Inglaterra, fuera la de una iglesia nacionalista y semifeudal. En los sótanos más miserables, se podían encontrar todavía algunos de los *hocus-pocus** del romanismo, los cirios, el crucifijo y «las llamativas estampas coloreadas de santos y mártires» junto con la estampa de O'Connell, el «Liberador». Por contraste, la herencia enormemente rica de canción y folklore irlandés pereció en muchos casos con la primera generación. Los inmigrantes debieron continuar con las costumbres de sus pueblos durante un tiempo, haciéndose visitas en las casas de unos y otros «donde bailaban y recitaban con denuedo». Pero sus hijos abandonaron el violín, la pipa y el gaélico.

* Conjuro o fórmula mágica que a veces hace alusión a una derivación de *hoc est Corpus*. (*N. de la t.*)

Si bien en algunas ciudades los irlandeses se encontraban segregados, jamás fueron reducidos a *ghetto*. Hubiese sido difícil convertir en minoría sometida a un pueblo que hablaba el mismo lenguaje y eran ciudadanos británicos según el *Act of Union*. Se produjeron gran cantidad de matrimonios mixtos. Y lo que es notable no son los roces, sino la relativa facilidad con que los irlandeses fueron absorbidos en las comunidades obreras. Por supuesto, hubo muchos alborotos, en especial en aquellos lugares donde el trabajo inglés e irlandés no cualificados entraban en una competencia directa: en la industria de la construcción o en los muelles. En las décadas de 1830 y 1840 tuvieron lugar batallas campales, con víctimas mortales, entre los peones del

⁷¹ *Ibid.*, I, p. 12; E. Wakefield, *An Account of Ireland*. 1812, II, p. 557; Halévy, *op. cit.*, III, pp. 93-95; doctor Hussey, *Pastoral Letter to the Catholic Clergy*. Waterford, 1797.

ferrocarril. En particular, en Londres, el sentimiento anticatólico y antiirlandés siguió siendo fuerte; en la larga contienda parlamentaria para la Emancipación Católica (1800-1829), cada etapa tuvo lugar con un trasfondo de octavillas y baladas, y en fecha tan tardía como 1850 el nombramiento de obispos católicos provocaba la quema de efigies y el grito de «Agresión Papal». Mayhew conoció a «charlatanes» y «cantores» que consideraban que un buen parloteo antipapal era tan lucrativo como un buen asesinato:

440

Monjes y Monjas y bufones que os mantenéis a flote,
 No oiremos más la eterna canción de las bulas,
 ¡Ánimo! y gritad ¡Abajo el Papa!,
 Y su obispo el cardenal Wiseman!*

* Monks and Nuns and fools afloat, / We'll have no bulls shoved down our throat, / Cheer up and shout down with the Pope. / And his bishop cardinal Wiseman.

Pero ninguno de los cantos o letanías que Mayhew recogió contenía ninguna referencia a los irlandeses. Muchos recordaban el folklore de las quemas de Smithfiels y el sentimiento nacional, en la línea de «La Réplica del Viejo Inglés John Bull a la Bula Papal de Roma» .** Los habitantes de los sótanos de Rosemary-lane difícilmente podían incluirse en el folklore de la agresión extranjera.⁷²

** La frase del original es; «Old English John Bull's Reply to the Papal Bull of Rome». En inglés *bull* significa a la vez «toro» y «bula». (*N. de la t.*)

Por el contrario, había muchas razones a favor de que el radicalismo inglés o el carlismo, y el nacionalismo irlandés, hiciesen causa común, aunque la alianza jamás se vio libre de tensiones. El antagonismo apenas podía adoptar formas racistas en el ejército, la armada o en las ciudades fabriles del norte, en todos los cuales los irlandeses luchaban o trabajaban codo con codo con otras víctimas que eran compañeros ingleses. Desde los tiempos de los Irlandeses Unidos y la época en que los irlandeses con sus cachiporras habían ayudado a defender la casa de Thomas Hardy, se había mantenido una alianza política consciente. Los reformadores ingleses, en general, apoyaban la causa de la Emancipación Católica. Durante años, sir Francis Burdett fue su principal líder parlamentario, mientras que Cobbett promovía la causa, no sólo en el *Political Register*, sino también en su obra, creadora de mitos, *History of the Protestant Reformation in England* (1823), en la que el origen de la Vieja Corrupción y de «*the Thing*» se remonta a la expoliación de monasterios y fundaciones caritativas por parte de los Tudor. Los propagandistas radicales también mantenían vivos los recuerdos de la salvaje represión de 1798, y Hone, Cruikshank y Wooler acosaron sin piedad a Castlereagh (el llamado «triángulo Derry-Down») por su complicidad en torturas y palizas. Roger O'Connor, el padre de Feargus, era íntimo amigo de Burdett y fue propuesto, a la vez que Burdett, para ser candidato junto con él por Westminster. En 1828, los irlandeses radicales y contrarios a O'Connell de Londres formaron una Asociación para la Libertad Civil y Política, que contaba con el

⁷² Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 243. 252-253.

apoyo de Hunt y Cobbett, que cooperaba estrechamente con los radicales ingleses avanzados y que fue una de las precursoras de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras (1830), precursora a su vez de la Asociación Cañista de Obreros de Londres (1836).⁷³

441

Así pues, se da una sucesiva alianza clara entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés, entre 1790 y 1850, avivada y confundida a veces por las fortunas de la familia O'Connor. Pero en las Midlands y en el norte la influencia de la inmigración irlandesa era menos explícita. Durante más de veinte años después de 1798, un condado irlandés tras otro fueron barridos por disturbios agrarios, en los que las sociedades secretas —Trilladores, Caravats, Shanavests, Tommy Downshires, Carderos, Tejedores de cintas y los últimos Molly Maguires— empleaban diversas formas de terrorismo para defender los derechos de los arrendatarios, mantener bajas las rentas y los precios, resistir a los diezmos, o expulsar a los terratenientes ingleses. En 1806, los trilladores prácticamente controlaban Connaught, en 1810 los belicosos Caravats y Shanavests era activos en Tipperary, Kerry, Waterford; en 1813, los disturbios se extendieron hasta Meath, King's County y Limerick; mientras que durante el hambre de la patata de 1821-1822 los disturbios se extendieron por Munster, Leinster y partes de Connaught, Por todas partes enseñoreaban la ley de las armas, la toma de rehenes por ambas partes para ejecutarlos, las enemistades locales, el robo de armas, las colectas de dinero forzosas: las contenidas aguas del odio agrario se desbordaban en un lugar tan pronto como en otro habían sido castigadas por medio de ejecuciones y deportaciones. Las zonas rurales mostraban, se lamentaba en 1811 el procurador general de Irlanda, las «formidables consecuencias de un campesinado armado y una *gentry* desarmada». El *Lord Chief Barón* declaraba, al sentenciar a muerte a un muchacho, que apenas tenía 10 años, por haber robado armas: «¿Se puede soportar que aquellas personas que durante el día trabajan, legislen por la noche? ¿Que aquellos que cultivan el suelo durante el día, promulguen leyes por la noche para gobernar el país?». Muchos inmigrantes, como Thomas Devyr de Donegal —que llegó a ser secretario de *Chartist Northern Political Union*, estaban acostumbrados, en su juventud, a oír la «pesada marcha» de los hombres «en formación semimilitar» por las calles del pueblo durante la noche.⁷⁴

442

No podemos citar biografías reales (¿Qué irlandés hubiese confesado, ante un

⁷³ Véase por ejemplo el *Political Register* de Sherwin (19 y 26 de julio de 1817); el *Reformists' Register* de Hone (19 de julio de) 817); el *Political Register* de Cobbett (17 de enero de 1818); *Cap of Liberty* (8 de septiembre de 1819); Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, pp. 308-309; D. Read y E. Glasgow, *Feargus O'Connor*, 1961, pp. 12-14, 19. La conexión de Roger O'Connor con el movimiento inglés se vio complicada por su pretensión de ser el rey legítimo de Irlanda (pretensión que heredó Feargus). La propuesta de Roger de presentarse por Westminster la refutó Cobbett en los siguientes términos: "No: no queremos una multitud de familias reales; la familia real que tenemos es completamente suficiente para satisfacer a cualquier nación que no carezca de toda conciencia.»

⁷⁴ Véase Halévy, *op. cit.*, II, pp. 28-30; Wakefield. *op. cit.*, U, pp. 763 y siguientes; Strauss, *op. cit.*, pp. 88-89; Procesos de los Caravats y Shanavests, en Howell. *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 4)9, 423, 464; Devyr, *op. cit.*, pp. 93, 101.

tribunal inglés, que había pertenecido a los Carderos o a los «*Levellers*»?), pero sin duda algunos inmigrantes trajeron con ellos las tradiciones de estas organizaciones secretas. Su influencia se pondrá de manifiesto en los años 1800-1802 y durante los años lúdicas.⁷⁵ El movimiento rápido de hombres con los rostros tiznados por las noches, el robo de armas, el desjarretado de caballos y reses; esos eran métodos para los cuales muchos irlandeses habían tenido un aprendizaje. Además, la existencia de colonias irlandesas en todas las ciudades fabriles favorecía la comunicación rápida. Contribuían a la natural francmasonería de los desheredados; si bien los irlandeses estaban siempre prestos para pelearse, también lo estaban para ayudarse unos a otros.

Muchos de los campesinos trajeron consigo la herencia revolucionaria que habían recibido, pero no ocurrió lo mismo con los sacerdotes. La Iglesia no tenía deseo alguno de atraer la atención sobre la minoría católica creciente en Gran Bretaña o de hacer recaer sobre ella prohibiciones adicionales. En la década de 1830, la política de los sacerdotes no iba más allá de la lealtad hacia O'Connell; y O'Connell, que había abandonado a los muy pequeños propietarios en Irlanda a cambio de su libertad, que votó en contra del proyecto de ley de las 10 horas, y que aturdió y confundió a los paisanos más críticos que vivían en Inglaterra con su egoísmo, su realismo retórico, y sus continuas entradas y salidas de los *whigs*, ilustra la alianza entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés en su punto más débil. De este modo, sola entre las iglesias de Inglaterra, la Iglesia católica no dio lugar a que clero «inconformista» alguno llegara a ser destacado en los movimientos radicales nacionales. Y aunque los obreros irlandeses estaban prestos a ingresar en organizaciones, la mayoría de ellos trabajaban en oficios no cualificados en los que el sindicalismo era más débil. Por lo tanto produjeron pocos líderes destacados en el movimiento inglés. (John Doherty, con su tenaz interés por la organización de las *trade unions*, y con su adopción consciente de algunos de los métodos organizativos de O'Connell para la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, 1829, fue una excepción.) La influencia irlandesa es más notable en la actitud rebelde de las comunidades y los lugares de trabajo; en una actitud de reto hacia la autoridad, de hacer uso de la amenaza de la «fuerza física» y de negarse a dejarse intimidar por las inhibiciones del constitucionalismo. Los irlandeses, admitió un sacerdote católico en 1836, eran «más propensos a participar en las *trade unions*, organizaciones y sociedades secretas que los ingleses». «Siempre son los oradores y los líderes de grupo», afirmaba otro testigo. Engels consideraba que «el temperamento irlandés vivo y apasionado» era el precipitado que llevaba a los obreros ingleses, más disciplinados y reservados, al punto de la acción política:

443

... la mezcla del temperamento irlandés, más ligero, excitable y orgulloso, con el inglés, más estable, racional y perseverante, a la larga deberá tener buenos resultados para ambos. El brutal egoísmo de la burguesía inglesa hubiese mantenido su dominio sobre la clase obrera inglesa de forma mucho más firme si la naturaleza irlandesa, generosa

⁷⁵ Véase más adelante, vol. 2, en especial las pp. 178-181.

hasta el exceso y regida básicamente por el sentimiento, no hubiese intervenido y suavizado el frío y racional carácter inglés, en parte mediante la mezcla de las razas, en parte por el contacto de la vida cotidiana.⁷⁶

Podemos poner en cuestión el lenguaje de Engels que habla de «naturaleza» y «raza». Pero sólo es necesario sustituir tales términos para descubrir que su opinión es válida. En una época en la que la mecánica de precisión coexistía con la construcción de túneles a pico y pala, era una ventaja para los patronos poder encontrar ambos tipos de trabajo. Pero el precio que tuvieron que pagar fue la confluencia del radicalismo político sofisticado con una actitud revolucionaria más primitiva y exaltada. Esta confluencia tuvo lugar en el movimiento carlista; y cuando Feargus O'Connor rompió con O'Connell, y Bronterre O'Brien adaptó el socialismo de la nacionalización de la tierra a las condiciones inglesas, amenazó con suponer un peligro todavía mayor. En un momento anterior, en la década de 1790, cuando el tío de Feargus, Arthur O'Connor, fue detenido con O'Coigly y Binns en Maidstone, pareció posible unir en una estrategia revolucionaria común el jacobinismo inglés y el nacionalismo irlandés. Si O'Connor hubiese sido capaz de ganarse Irlanda como se ganó el norte de Inglaterra, el movimiento carlista y el de la «Joven Irlanda» podrían haber llegado a un estallido insurreccional común. Las reservas de la «fuerza moral» carlista por un lado, y la influencia de O'Connell y el clero por el otro, junto con la terrible desmoralización de la «Gran Hambre», impidieron que tal cosa ocurriera. Pero esto se sitúa más allá de los límites de este estudio.

444

IV. MIRÍADAS DE LA ETERNIDAD

Si bien podemos ahora ver con mayor claridad muchos de los elementos que compusieron las comunidades de la clase obrera de principios del siglo XIX, todavía se nos debe escapar la respuesta definitiva a la controversia sobre el «nivel de vida». Porque debajo de la palabra «nivel» siempre encontraremos tanto juicios de valor como cuestiones de hecho. Los valores, tenemos la esperanza de haberlo demostrado, no son «imponderables» que el historiador puede tranquilamente desechar con el razonamiento de que, puesto que no son susceptibles de ser medidos, la opinión de cualquiera es igual de buena que la de cualquier otro. Por el contrario, existen aquellas preguntas referentes a la satisfacción humana y a la dirección del cambio social, que el historiador debería ponderar si la historia pretende reivindicar un lugar entre las humanidades destacadas.

⁷⁶ *Report on the State of the Irish Poor*, p. XXIII; Strauss, *op. cit.*, pp. 125-130; Engels, *op. cit.*, p. 124. Véase también Rachel O'Higgins, «The Irish Influence in the Chartist Movement». *Past and Present*, XX (noviembre, 1961), pp. 84-85.

El historiador, o el sociólogo histórico, debe interesarse de hecho por los juicios de valor de dos formas. En primer lugar, le interesan los valores que realmente tenían los que vivieron durante la Revolución industrial. Los modos de producción antiguos y los nuevos sustentaban, cada uno de ellos, distintos tipos de comunidad con formas de vida características. Los consensos colectivos y las ideas alternativas con respecto a la satisfacción humana estaban en conflicto, y si queremos estudiar las tensiones que de ello se derivaban no nos faltarán datos.

En segundo lugar, le interesa hacer algún tipo de juicio de valor acerca de todo el proceso que entraña la Revolución industrial, de la cual nosotros mismos somos un producto final. Lo que hace difícil la valoración es nuestra propia implicación. Sin embargo, nos ayudan a conseguir un cierto distanciamiento. Tanto la crítica «romántica» del industrialismo que procede de una parte de la experiencia, como el recuerdo de la tenaz resistencia gracias a la cual el tejedor de telar manual, el artesano de la ciudad o de las pequeñas poblaciones se enfrentó a esa experiencia y se aferró a una cultura alternativa. A medida que vemos cómo ellos cambian, estamos viendo cómo nosotros hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad. Entendemos con mayor claridad lo que se perdió, lo que fue empujado a la «clandestinidad», lo que todavía queda por resolver.

Cualquier evaluación de la calidad de vida debe suponer una valoración de la experiencia de vida completa, de las múltiples satisfacciones o privaciones, tanto culturales como materiales de la población de la que se trate. También desde este punto de vista debe aceptarse la vieja visión «catastrófica» de la Revolución industrial. Durante los años que van de 1780 a 1840, la población británica sufrió una experiencia de pauperismo, incluso en el caso de que se pueda demostrar una pequeña mejora estadística de las condiciones materiales. Cuando sir Charles Snow nos dice que «con una singular unanimidad ... los pobres han abandonado la tierra por las fábricas con tanta rapidez como las fábricas podían admitirlos», debemos responder, junto con el doctor Leavis, que la «historia real» del «problema humano en su totalidad [fue], de forma patética e incomparable, más complejo que todo eso».⁷⁷ Algunos fueron seducidos, desde el campo, por el resplandor y la promesa salarial de la ciudad industrial, pero a sus espaldas se estaba desmoronando la vieja economía aldeana. Se trasladaron menos por voluntad propia que bajo el mandato de compulsiones externas que no podían poner en cuestión: las *endosares*, las guerras, las *Poor Laws*. el declinar de las industrias rurales, la actitud contrarrevolucionaria de sus gobernantes.

445

El proceso de industrialización es necesariamente doloroso. Supone la erosión de los modelos de vida tradicionales. Pero en Gran Bretaña se cumplió con una violencia excepcional. No fue mitigado por sentido alguno de participación nacional en un esfuerzo común, como ocurrió en los países que experimentaron una revolución

⁷⁷ C.P. Snow, *The Two Cultures*, 1959; F. R. Leavis, «The Significance of C. P. Snow», *Spectator* (9 de marzo de 1962).

nacional. La ideología predominante fue sólo la de los patronos. Su profeta mesiánico fue el doctor Andrew Ure, que consideraba el sistema fabril como «el gran ministerio de civilización del globo terráqueo», que difundía, «la sangre vivificadora de la ciencia y la religión a las miríadas que todavía estaban sumidas “en la región y la sombra de la muerte”». ⁷⁸ Pero quienes la llevaron a cabo no *experimentaron* que así fuera, más que aquellas «miríadas» que supuestamente debían beneficiarse con ella. La experiencia de pauperismo se les presentó en cientos de formas diferentes: para los jornaleros del campo, la pérdida de sus derechos comunales y de los restos de la democracia aldeana; para el artesano, la pérdida de categoría social de su oficio; para el tejedor, la pérdida del sustento y de la independencia; para los niños, la pérdida del trabajo y el juego en casa; para muchos grupos de obreros cuyos ingresos reales aumentaron, la pérdida de seguridad, de tiempo libre y el deterioro del entorno urbano. R. M. Martin, que prestó declaración ante el Comité de Tejedores de Telar Manual de 1834, y que había regresado a Inglaterra después de estar ausente de Europa durante 10 años, se sorprendió ante la evidencia del deterioro físico y espiritual:

Lo he observado no sólo en las comunidades fabriles, sino también en las comunidades agrícolas rurales; parecen haber perdido su animación, su vivacidad, sus juegos al aire libre, sus deportes aldeanos; se han convertido en una población sucia, descontenta, miserable, angustiada, conflictiva, sin salud, alegría ni felicidad.

446

Buscar explicaciones en las que el profesor Ashton ha descrito, de forma correcta, como frases «aburridas» —el «divorcio» del hombre de la «naturaleza» o «la tierra»— es engañoso. Después de la «Última revuelta de los jornaleros», los jornaleros agrícolas del Wiltshire —que se encontraban bastante cerca de la «naturaleza»— se vieron en una situación mucho más degradada que las muchachas de las fábricas del Lancashire. Esta violencia tuvo lugar sobre la naturaleza *humana*. Desde un punto de vista, puede considerarse como el resultado de la búsqueda del beneficio, cuando la codicia de los propietarios de los medios de producción se vio liberada de las viejas sanciones y todavía no había sido sometida a las nuevas formas de control social. En este sentido podemos interpretarlo todavía, como hizo Marx, como la violencia de la clase capitalista. Desde otro punto de vista, puede considerarse como una violenta diferenciación tecnológica entre trabajo y vida.

No es ni la pobreza ni la enfermedad, sino el trabajo, el que proyecta la sombra más oscura sobre los años de la Revolución industrial. Es Blake, él mismo artesano de formación, quien nos transmite la experiencia:

Entonces los hijos de Urizen abandonaron el arado y la grada, el telar,
El martillo y el cincel y la regla y el compás ...
Y convirtieron todas las artes de la vida en artes de la muerte.
Despreciado el reloj de arena porque su simple hechura
Era como el arte del labrador y la noria

⁷⁸ *Philosophy of Manufactures*, pp. 18-19.

Que sube el agua a los aljibes, rotos y quemados
Porque su arte era como el arte de los pastores
Y en su lugar inventaron complejas ruedas, Rueda sin rueda,
Para confundir a los jóvenes en su bullicio y obligar al trabajo
De día y de noche a las miríadas de la Eternidad, para que alisen
Y pulimenten el latón y el hierro hora tras hora, penosa habilidad,
Tenidos en la ignorancia del uso que podrían hacer de los tiempos del saber
Trabajando penosamente para obtener una ración insuficiente de pan,
En la ignorancia de ver sólo una pequeña parte y pensar que es el Todo,
Y llamarla demostración, ciegos a las simples reglas de la vida.*

* Then left the sons of Urizen the plow & harrow, the loom, / The hammer & the chisel & the rule & compasses...
/ An all the arts of life they changed into the arts of death. / The hour glass contemn'd because it's simple
workmanship / Was as the work-manship of the plowman & the water wheel / That raises water into Cisterna,
broken & burn'd in fire / Because its workmanship was like the workmanship of the shepherds' / And in their
stead intricate wheels invented, Wheel without wheel, / To perplex youth in their outgoings & to bind to labours
/ Of day & night the myriads of Eternity, that they might file / And Polish brass & iron hour after hour, laborious
workmanship, / Kept ' f, ignorant of the use that they might spend the days of wisdom / In sorrowful drudgery
to obtain a scanty pittance of bread, / In ignorance to view a small portion & think that All, / And call it
demonstration, blind to al! the simple rules of life.

A veces parece que estas «miríadas de la Eternidad» hayan sido emparedadas en su trabajo como en una tumba. Sus mejores esfuerzos a lo largo de toda la vida y con el apoyo de sus propias sociedades de socorro mutuo, apenas podrán asegurarles lo que tan alto valor tenía para el pueblo: un «Buen Entierro». Surgían nuevas técnicas, persistían los viejos placeres, pero sobre todo esto advertimos la presión general de las largas horas de trabajo insatisfactorio bajo una severa disciplina con fines ajenos. Todo esto estaba en la base de aquella «fealdad» que, como escribió D. H. Lawrence, «traicionó el espíritu del hombre en el siglo XIX». ⁷⁹ Esta impresión permanece, cuando todas las demás se desvanecen, junto con la de la pérdida de cualquier cohesión experimentada en la comunidad, excepto la que la población obrera, en oposición a su trabajo y a sus patronos, construyó para sí misma.

⁷⁹ «Nottingham and the Mining Country», *Selected Essays*, edición de Penguin, pp. 119,122.

TOMO II

Tercera parte

LA PRESENCIA DE LA CLASE OBRERA

"La revolución ha comenzado,
Así que me iré a casa y cogeré mi pistola
y dispararé al Duque de Wellington".

Belper street-song

"El pueblo no es apto.... para ofrecerse voluntario a una rebelión por el efecto
teatral de la cosa".

WILLIAM HAZLITT



Capítulo 13. WESTMINSTER RADICAL

EL RADICALISMO POPULAR no se extinguió cuando se disolvieron las sociedades correspondientes. Se suspendió el Habeas Corpus y se ilegalizaron todas las manifestaciones "jacobinas". Simplemente perdió coherencia. Durante años fue inarticulado por la censura y la intimidación. Perdió su prensa, perdió su expresión organizada, perdió su propio sentido de la dirección. Pero está ahí, como una presencia palpable, en todas las guerras. Apenas es posible ofrecer un relato histórico coherente de una presencia incoherente, pero hay que hacer algún intento.

En 1797, cuando la represión de Pitt se instaló en el país, Grey y Fox presentó por última vez una moción en la Cámara a favor del sufragio doméstico. A partir de entonces, Fox y su ramillete patricio de "commonwealthsmen" whigs se separaron de la Cámara, en protesta por la suspensión del Habeas Corpus y en oposición a la guerra. Se retiraron a sus mansiones campestres, sus diversiones y su erudición, sus discusiones en Holland House y en el Brooks' Club. Ricos e influyentes, no podían ser excluidos por completo de la vida política, ya que estaban seguros en la posesión de distritos podridos que sus propios principios denunciaban.¹ Después de 1800 volvieron a la deriva y retomaron sus escaños en la Cámara. Aunque las convicciones democráticas de la mayoría del grupo eran en gran medida especulativas, algunos miembros individuales —Sir Samuel Romilly, Samuel Whitbread,

H. G. Bennet— se levantaron una y otra vez en la Cámara para defender las libertades políticas o los derechos sociales. Entre 1797 y 1802, Fox parecía ofrecer el único refugio para la reforma. Aquí y allá se reunían grupos para brindar por Fox y Grey, para exigir la restauración de las libertades políticas o para pedir la paz. En Norwich, antiguos jacobinos se reunían de esta manera, y en 1799 iniciaron "una reunión mensual abierta de los Amigos de la Libertad".²

452

Pero el menor indicio de tales grupos llamaba inmediatamente la atención de los magistrados, y el fuego de los publicistas antijacobinos —El menos vitriólico de ellos era un nuevo periodista, William Cobbett, que acababa de regresar de Estados Unidos, donde había trabajado como polemista antijacobino, y que había sido recompensado por su patriotismo con la ayuda del Secretario de Guerra, Windham, para fundar su *Registro Político* (1802). Pero si los reformistas abiertos se dispersaron o pasaron a la clandestinidad, la desafección general creció a lo largo de los años 1799-1802. El

¹ Una de las ironías más extrañas de la época fue el regreso de Horne Tooke en 1800 como diputado por el municipio más podrido de todos: Old Sarum. Tooke fue desbancado por un tecnicismo: que había sido ministro de la Iglesia.

² One of the People, *The Thirty-Sixth of a Letter to the Society which met at The Angel... to Celebrate the Birth-Day of C. J. Fox* (Norwich, 1799).

bloqueo continental de Napoleón trajo a Gran Bretaña el estancamiento de las industrias, el desempleo y la subida de los precios de los alimentos. Los industriales pidieron la paz y recibieron el apoyo de la opinión pública, lo que obligó a Pitt a actuar. Hubo disturbios por alimentos en todo el país. Y hay pruebas que sugieren una insurrección clandestina organizada.¹

La breve Paz de Amiens (abril de 1802 a mayo de 1803) introdujo un nuevo periodo. Pitt dio paso durante un tiempo a Addington (más tarde Lord Sidmouth), que era un Primer Ministro más débil, aunque se mantenía firmemente en la misma tradición antijacobina y represiva. La guerra se había prolongado durante casi diez años, y la paz fue recibida con iluminaciones y regocijo público, el emisario de Napoleón fue paseado en triunfo por las calles de Londres. La oficina de Cobbett fue destrozada porque el *Register* apoyaba la continuación de la guerra. Whigs y reformistas curiosos, incluido el propio Fox, acudieron en masa a París para contemplar la nueva república. (El coronel Thornton, que había arrojado sus regimientos a la "chusma" de York en 1795, llevó a París una jauría de sabuesos zorros, caballos y una caja de pistolas como regalo para el Primer Cónsul).

La paz trajo unas Elecciones Generales, en las que en media docena de circunscripciones avanzado candidatos, con Jacobin lograron un éxito sorprendente. En Kent, donde las sociedades correspondientes habían tenido antaño tanta fuerza en las ciudades de Medway, un candidato foxista derrotó al diputado en ejercicio. En Coventry, tras graves disturbios, un radical no consiguió ser elegido por sólo ocho votos. En Norwich, Windham, el Secretario de Guerra, fue desbancado, y dos candidatos foxistas fueron elegidos con un apoyo jacobino muy activo. En Nottingham hubo escenas extraordinarias de excitación, cuando un reformista fue elegido con el apoyo de la corporación foxista y la multitud exultante. En una procesión triunfal, la banda tocó *Ça Ira* y la "Marsellesa", se izó la tricolor, y (según un panfletista anti-Jacobino) "iiiuna mujer, representando a la Diosa de la Razón, en un estado de ENTERA DESNUDEZ era una figura conspicua!!!". La multitud de Nottingham (comentó Gobbett) era "a todas luces... una turba republicana y revolucionaria". El vencedor fue destituido, en 1803, por la Cámara de los Comunes, con el argumento de que los alborotadores habían intimidado a los electores; y el acontecimiento se convirtió en la ocasión para introducir una legislación que reforzaba el poder de los magistrados rurales en la ciudad manufacturera.²

453

Pero la elección más sensacional fue la de Middlesex, la antigua circunscripción de Wilkes. En los tres años anteriores habían salido a la luz escándalos sobre el trato

¹ Véase más adelante, pp. 472-84.

² J. Bowles, *Thoughts on the late General Election, as demonstrative of the Progress of Jacobinism* (1802), pp. 3-4; y *Salutary Effects of Vigour* (1804), p. 141. Los reformadores desmintieron airadamente a Bowles con respecto a la acusación de una dama desnuda: véase *Ten Letters on the Late Contested Election at Nottingham* (Nottingham, 1803), pp. 24-5; Sutton, *Date-Book of Nottingham*, p. 244. El secreto quizá resida en una referencia a una mujer en la procesión "vestida con ropa de color salmón o carne": *Carta a John Bowles* (Nottingham, 1803), p. 9.

dado a los "prisioneros de Habeas Corpus" del L.C.S. y United Englishmen, reclusos sin juicio en la prisión de Coldbath Fields, bajo el régimen del gobernador Aris. Sir Francis Burdett, diputado y amigo de Horne Tooke, recibió un llamamiento de las víctimas, escrito —según un relato posterior de Cobbett— en la hoja de un libro con una astilla de madera empapada en sangre. Encontró a varios de los prisioneros demacrados, "meros armazones de hombres", y se ocupó de sus casos —en particular del caso del coronel Despard— dentro y fuera de la Cámara de los Comunes. De la noche a la mañana se convirtió en el héroe de la muchedumbre londinense, y el grito se elevó: ¡NO A BASTILLE! En 1802 luchó en Middlesex contra el diputado en ejercicio, un partidario ministerial llamado Mainwaring que también era magistrado asociado con el gobernador Aris. La campaña centró la atención del país. John Frost, que había sido puesto en la picota en 1794, fue uno de los agentes de Burdett; y otros antiguos jacobinos y detenidos ayudaron en su campaña. El todavía conservador Cobbett se lamentó de que:

El camino de Piccadilly a los hustings de Brentford es una escena de confusión y sedición, como nunca se vio, excepto en los alrededores de París, durante los tiempos más terribles de la revolución.... El camino está bordeado de miserables harapientos de St. Giles berreando "Sir Francis Burdett y No Bastille", y en las tribunas hay diariamente media docena de convictos que han cumplido su condena en el correccional, empleados en divertir a la chusma con execraciones a la cabeza del Sr. Mainwaring.

454

La victoria de Burdett fue la señal para iluminaciones casi a la escala de la celebración de la paz. "Tendrá el efecto más terrible", se lamentó Cobbett. "Envalentonará y aumentará la parte desordenada y deshonesta de esta metrópolis monstruosamente exagerada y despilfarradora".¹

Incluso Lancaster presenció una contienda en la que una "turba jacobina" fue dirigida por una dama, que les dijo que "la contienda era entre zapatos y zuecos de madera, entre camisas finas y bastas, entre opulentos y pobres, y que el pueblo lo era todo si decidía hacer valer sus derechos".² Parecía que estaba madurando un movimiento de mayor fuerza que el de 1792-5. El curso de la historia inglesa podría haber cambiado si hubiera habido cinco años de paz. El curso de la historia inglesa podría haber cambiado si hubiera habido cinco años de paz. Pero se produjeron acontecimientos que sembraron la confusión. En noviembre de 1802, el coronel Despard fue detenido acusado de alta traición; en enero, ejecutado.³ En el invierno de 1802-3 las relaciones entre Gran Bretaña y Francia se volvieron enconadas. En mayo de 1803, los dos países estaban de nuevo en guerra.

Pero a muchos reformistas les pareció una guerra diferente. En 1802 Napoleón se

¹ Elegido, Byng (Whig), 3.843, Burdett (Radical), 3.207; No elegido, Main waring (Tory), 2.936. Véase *Cobbett's Political Register*, 10, 17, 24 de julio de 1802; J. G. Alger, *Napoleon's British Visitors and Captives* (1904); J. Dechamps, *Les îles Britanniques et la Revolution Française* (Bruselas, 1949), Cap. V; M. W. Patterson, *Str Francis Burdett* (1931), Caps. IV y VII.

² J. Bowles, *Thoughts on the late General Election*, p. 63.

³ Véase más adelante, pp. 478-84.

había convertido en Primer Cónsul vitalicio; en 1804 aceptó la corona como Emperador hereditario. Ningún verdadero seguidor de Paine podía soportar esto. El endurecido jacobino se sintió tan profundamente herido por ello como los reformistas más moderados se habían sentido consternados por Robespierre. Por mucho que intentaran mantener un distanciamiento crítico, la moral de los reformistas ingleses estaba estrechamente ligada a la suerte de Francia. El Primer Imperio asestó un golpe al republicanismo inglés del que nunca se recuperó del todo. *Los Derechos del Hombre* había sido muy apasionado en su crítica a los tronos, las instituciones góticas y las distinciones hereditarias; a medida que avanzaba la guerra, el acuerdo de Napoleón con el Vaticano, su reinarización y su elevación de una nueva nobleza hereditaria, despojaron a Francia de su último magnetismo revolucionario. *Ça Ira* se desvaneció en la memoria incluso de la multitud de Nottingham. Si el Árbol de la Libertad había de crecer, debía injertarse en tronco inglés.

Para muchos, Francia se presentaba como un simple rival comercial e imperial, opresor de las potencias españolas y extranjeras, pueblos italianos. Entre 1803 y 1806, el Gran Ejército estaba preparado al otro lado del Canal de la Mancha, esperando únicamente el dominio de los mares. "El jacobinismo ha muerto y se ha ido", declaró Sheridan, que se había unido al Ministerio de Addington, en diciembre de 1802: "¿Y por quién? Por quien ya no puede ser llamado el hijo y campeón del jacobinismo; por Buonaparte". Y Windham, recién salido de su derrota en Norwich, hizo en la Cámara un extraordinario llamamiento a la unidad nacional ante el retorno de la guerra:

455

A los jacobinos me gustaría apelar, no como amantes del orden social, del buen gobierno, de la monarquía, sino como hombres de espíritu, como amantes de lo que ellos llaman libertad, como hombres de sangre caliente y orgullosa; les preguntaría si están contentos de ser sometidos al yugo y aplastados por Francia...¹

Con la reanudación de la guerra, los Voluntarios se ejercitaron domingo tras domingo. Tal vez no fueran tan populares como sugieren los publicistas contemporáneos y la leyenda patriótica. "Voluntarios" es, en cualquier caso, un término equivocado. Los oficiales se presentaban mucho más fácilmente que los soldados rasos, misceláneos, indisciplinados e incurablemente anti-militaristas, que perdían su único día de descanso. También se tomaron medidas para mantener las armas fuera del alcance de los desafectos. "En las grandes ciudades", dijo Sheridan en nombre del Gobierno, "como Birmingham, Sheffield y Nottingham, debería preferir las asociaciones de las clases más altas, y en el campo y los pueblos las de las más bajas". En Norwich, *The Times* informó en 1804,

la gente común de la ciudad... y sus alrededores se han mostrado reacios al sistema de voluntariado. El lunes intentaron, sobre todo las mujeres, impedir que los voluntarios del regimiento de Norwich se reunieran. Abusaron e insultaron a los oficiales, y acusaron a los voluntarios de ser la causa de la escasez de pan y del adelanto del maíz.

¹ *Cobbett's Parliamentary Debates*, II, Suplemento, 1667, 1752.

Los hijos del terrateniente, del abogado y del fabricante disfrutaban vistiéndose a caballo y asistiendo a bailes de voluntarios. Entre la aristocracia y la clase media crecía un entendimiento común que formaba ese *espíritu de cuerpo* que más tarde se impondría en el campo de Peterloo; mientras que en los bailes sus hermanas elegían maridos que facilitaban esa fertilización cruzada de riqueza terrateniente y comercial que distinguió a la Revolución Industrial inglesa. Los soldados rasos tenían pocas recompensas: en un pueblo de Northumberland, con un alto porcentaje de "voluntarios", "13 se ofrecieron para servir en la infantería, 25 en la caballería, 130 como guías, 260 como carreteros y 300 como conductores de ganado".¹

456

Pero a pesar de este trasfondo, Sheridan tenía razón. El jacobinismo, como movimiento inspirado en Francia, estaba casi muerto. Entre 1802 y 1806 hubo ciertamente un renacimiento del sentimiento patriótico popular. "Boney", si era admirado, lo era como "guerrero", no como encarnación de los derechos populares. Gran Bretaña se vio inundada de libros patrióticos, folletos y grabados. Si las mujeres de Norwich se resistieron y si los aldeanos de Northumberland se hicieron los tontos, miles de tejedores de Lan cashire se unieron a los Voluntarios. Nelson era un héroe de guerra tan popular como Inglaterra había conocido desde Drake; se pensaba que era un hombre que simpatizaba con los derechos populares, y se recordaba su intercesión por la vida del coronel Despard; la agridulce victoria de Trafalgar (1805) fue el tema de cien baladas y la comidilla de todas las tabernas y aldeas. En 1806, el propio Fox (en el último año de su vida) se unió a la coalición nacional —el "Ministerio de todos los talentos", y se resignó a la continuación de la guerra².

Una vez más, el radicalismo no se extinguió. Pero los términos de la discusión cambiaron hasta hacerse irreconocibles. Los antiguos jacobinos se convirtieron en patriotas, tan deseosos de denunciar a Napoleón por su apostasía a la causa republicana como los legitimistas lo estaban de denunciarle por su usurpación de la Casa de Borbón. (En 1808, un antiguo secretario de la L.C.S., John Bone, hizo un importante intento de reavivar la vieja causa publicando el *Reasoner*, una revista que apoyaba tanto la guerra como muchas de las viejas reivindicaciones "jacobinas"³.) Otros, como Redhead Yorke de Sheffield, sufrieron las clásicas compulsiones de la culpa y el deseo de autoexculpación, tan familiares en los románticos desencantados de tiempos más recientes; Yorke se había convertido en 1804 en un publicista "antijacobino" tan virulento que Cobbett se sintió empujado por él hacia los reformadores por puro disgusto.

457

¹ *Cobbett's Parliamentary Debates*, IV, ttgi, 1362; *The Times*, 5 de noviembre de 1804. Para un registro contemporáneo de la reconciliación entre la tierra y el comercio en los Voluntarios, véase el diario de Sheffield de T. A. Ward, *Peeps into the Past*, *passim*. Y Jane Austen.

² Sobre la literatura de patriotismo popular, véase F. Klingberg y S. Hustvedt, *The Warning Drum ... Broadsides of 1803* (Univ. de California, 1944). Incluso John Thelwall contribuyó con un *Poem and Oration on the Death of Lord Nelson* (1805).

³ Esta publicación periódica de honor fracasó por falta de apoyo. Véase *Reasoner*, 16 de abril de 1808.

Fue en este lugar tan inesperado donde sonó por primera vez la nueva nota del Radicalismo. Porque las mismas influencias que habían dispersado el antiguo jacobinismo habían hecho que el antiguo antijacobinismo perdiera parte de su fuerza. Si Napoleón era un enemigo porque era un déspota que había concentrado todo el poder en sus manos, ¿qué se podía decir de Pitt, que (de nuevo en el poder desde 1804 hasta su muerte a principios de 1806) había erosionado las libertades británicas, encarcelado a hombres sin juicio, sobornado a la prensa y utilizado todas las formas de influencia ministerial para apuntalar su poder? Cobbett, el pugnaz periodista tory que no podía ser acusado de jacobinismo ni por asomo, dio un giro en 1804 y empezó a arremeter contra el Ministerio con polémicas:

La marea ha cambiado: del entusiasmo popular se ha vuelto al despotismo: La exaltación de Buonaparte al cargo de Cónsul vitalicio inició el gran cambio en las mentes de los hombres, que ha sido completado por su más reciente ascensión [es decir. como Emperador], y que no sólo elimina el peligro que antes se podía temer de la prevalencia de nociones favorables a la libertad, sino que tiende a excitar aprensiones de otro tipo, a hacernos temer que, por medio de la inmensa y aún creciente influencia depositada ahora en manos del ministro por el sistema de fondos y billetes de banco, podamos, de hecho, aunque no de nombre, llegar a ser poco menos que esclavos, y esclavos, además, no del rey, sino del ministro de turno....

La lógica que conectaba el despotismo de Napoleón y el de Pitt no está en absoluto clara; Cobbett, tan convincente en los argumentos detallados, a menudo se equivocaba en las líneas generales. Pero el sentido de lo que decía, cada vez con más fuerza y frecuencia, era claro. El despotismo debe ser combatido tanto en casa como en el extranjero. La prensa estaba comprada. El Ministerio era ineficaz y corrupto, y apoyaba a una chusma de "sicofantes de la corte, parásitos, pensionistas, senadores sobornados, directores, contratistas, empleados, asalariados y ministros de Estado". La Lista Civil era una forma de soborno entre facciones, sostenida por el dinero recaudado de los impuestos excesivos. Los *nuevos ricos* advenedizos, engordados por la guerra, amenazaban los derechos del Rey y las libertades del pueblo. Sólo una Gran Bretaña libre podía resistir la invasión extranjera. En una extraña mezcla de toryismo y radicalismo, acusó, no a los reformistas, sino al Ministerio de:

.... tratando de sembrar la semilla de la discordia entre [el pueblo]; de dividirlo de nuevo en jacobinos y antijacobinos; de tramar un pretexto para medidas de coerción extraordinaria; de crear descontento... y deslealtad, para desquiciar el brazo de la guerra y postrarnos a los pies del enemigo.¹

458

Las palabras de Cobbett no fueron menos notables que su ocasión. Mainwaring había alterado el resultado de 1802 por una petición a la Cámara. En 1804 hubo unas elecciones parciales en Middlesex, en las que se emplearon todos los recursos ministeriales para expulsar a Sir Francis Burdett y sustituirlo por el hijo de Mainwaring. Burdett no era un reformista del calibre necesario para asumir el

¹ *Registro Político*, 1 de septiembre de 1804.

liderazgo nacional. Era un patricio radical que conscientemente había inspirado su táctica en Wilkes¹, y que había adquirido una gran riqueza a través de su matrimonio con la señorita Sophia Coutts. Histriónico en las tribunas, demostró ser un débil líder reformista en la Cámara durante los diez o quince años siguientes. Pero fue uno de los únicos portavoces nacionales de la reforma capaz de hacerse oír. No trató de repudiar la mancha de jacobinismo que le había traído su amistad con Horne Tooke y Arthur O'Connor. En 1804 se mantuvo firme, y mientras el pueblo aclamaba NO BASTILLE, él despreciaba tanto a los whigs como a los tories. Durante quince días las encuestas oscilaron entre Mainwaring y Burdett. Todos los días, al cierre de la votación, Burdett se dirigía a enormes y excitadas multitudes, apelando a los propietarios de Middle Sex bajo el lema de "INDEPENDENCIA", instándoles una y otra vez a "ser activos y hacer campaña". ¿Podrían los electores de Middlesex tener "una voz libre e independiente", o la sede iba a ser negociada a perpetuidad bajo el control de "una combinación de destiladores, publicanos y cerveceros interesados, de magistrados y contratistas"? Todos los días, al cierre de la votación, Mainwaring daba un paso al frente para dirigirse a la multitud en la tribuna electoral, y era aullado con gemidos. Los partidarios de Mainwaring colocaron pancartas en Londres con calumnias sobre Burdett y sus conexiones "jacobinas", desafiaron a sus votantes y encuestaron a todos los electores sujetos a influencia: "los oficinistas, cantores de salmos y campaneros de Westminster", "oficiales de policía, empleados y ladrones". El decimoquinto y último día Burdett obtuvo una mayoría de uno: Burdett, 2.833, Mainwaring, 2.832. Una multitud exultante lo arrastró en triunfo a través de Londres "en medio de una cabalgata, que parecía un bosque en movimiento —los carruajes y los jinetes estaban cubiertos de ramas verdes", mientras las bandas tocaban "Rule Britannia" y una bandera voló por encima del carruaje de Burdett pintado con Hércules pisando a la Hidra. A la mañana siguiente, el Sheriff² revocó la decisión por un tecnicismo que dependía de la hora de cierre del escrutinio. Pero el triunfo moral fue completo.²

459

Cobbett tenía razón al hablar de un cambio de tendencia. Su propio apoyo a Burdett —inconcebible dos años antes— era una señal del cambio. El hecho de que tantos propietarios se declararan a favor de Burdett indicaba una inusual intranquilidad entre los comerciantes, los profesionales, los pequeños burgueses y los maestros artesanos. Tenían una docena de quejas, algunas desinteresadas —el atractivo de los viejos gritos de "libertad" e "independencia"—, otras más interesadas; por ejemplo, los contratos del Gobierno para la construcción de carruajes, arneses y ropa militar se adjudicaban normalmente a unas pocas grandes empresas o intermediarios, pasando por encima de la multitud de pequeños maestros y maestros

¹ "Me esforzaré al máximo", dijo en la tribuna electoral en 1804, "para que el 45 y la Libertad lleguen unidos a la posteridad".

² *Registro político de Cobbett*, 25 de agosto de 1804.

artesanos. Cobbett, en 1804-6, no estaba iniciando sino fluyendo *con* una nueva marea reformista. En los años siguientes, su *Register* dio voz a un radicalismo pugnaz y fragmentario, que era tanto más formidable cuanto que cada abuso particular era aireado y argumentado con detalle individual. Cobbett denunció la mala gestión civil y militar, la corrupción, la venta de comisiones por parte de la amante del duque de York, la brutal flagelación en el ejército, con una fuerza que obligó a prestar atención a hombres de diferentes convicciones, para muchos de los cuales las viejas alineaciones de la década de 1790 habían perdido su significado. *Debido a que* Cobbett seguía siendo una especie de tory, que se remontaba a un ideal sentimental de un pueblo robusto, independiente y que hablaba claro, que despreciaba la riqueza y el rango pero era leal a su Constitución, eludió los prejuicios antijacobinos y permitió a los reformistas reagruparse.

Pero el triunfo de Burdett fue posible gracias a la presencia de la multitud londinense, mucho más radical. En 1806, el sentimiento popular encontró otra salida y surgió en el proceso electoral de Westminster. Mientras que Middlesex tenía una franquicia para los propietarios, Westminster era una de las pocas circunscripciones "abiertas" del sur de Inglaterra, con una franquicia para los propietarios que admitía el voto de muchos maestros-artesanos y algunos jornaleros. Desde 1780, uno de sus dos escaños había sido ocupado por Fox. Horne Tooke había disputado el otro escaño, y había obtenido unos resultados respetables en 1790 y 1796, pero el escaño había ido a parar a un candidato ministerial por acuerdo tácito. El partido de Pitt propuso a un diputado y el de Fox al otro, y ambos partidos...". odiaban toda idea de algo parecido a unas verdaderas elecciones. El asunto se resolvió en una reunión conjunta de las dos facciones, como hacen los ladrones al repartirse el botín...¹

460

A la muerte de Fox, el escaño quedó vacante para la facción whig y el duque de Northumberland se arrogó el derecho de nominar a su hijo, Lord Percy, que fue "elegido" sin oposición. Francis Place observó con disgusto cómo los sirvientes del duque arrojaban trozos de pan y queso, y distribuían cerveza, a la servil muchedumbre que luchaba.² Ante la proximidad de las elecciones generales, Gobbett dirigió cuatro cartas abiertas a los electores de Westminster. Los temas eran sencillos:

Al oír a algunas personas hablar de una elección para Westminster, un extraño al estado de cosas creería que los electores son los hombres de los bonos o, en el mejor de los casos, los meros sirvientes de unas pocas grandes familias. La cuestión... parece ser, no qué hombre desean elegir los electores, sino qué hombre prefieren algunos de los nobles....

Los electores deben afirmar su independencia y librarse de la deferencia y el miedo a las influencias:

Sois casi *veinte mil*. Vuestros oficios y ocupaciones son... tan necesarios para vuestros

¹ Véase el relato partidista de Cobbett sobre la contienda de 1806, escrito doce años después, en *Political Register*, 17 de enero de 1818.

² Véase más arriba, p. 77.

empleadores como su empleo es necesario para vosotros. Si os echan de una casa, siempre hay otra dispuesta a recibirlos; si perdéis un cliente, ganáis otro...

En particular, *"los jornaleros*, que constituyen una parte no pequeña de los electores de Westminster, me parece que están totalmente fuera del alcance de la seducción...". Los patronos que pretenden forzar el voto de sus asalariados deberían exponerse al "escarnio público": "Los artesanos de un taller, llevados a las urnas bajo las órdenes del patrón, son degradados al nivel del ganado". A menos que algún candidato independiente se presentara a las elecciones generales, "Westminster se pondría al mismo nivel que Old Sarum o Gatton".¹

Los conservadores propusieron al almirante Hood. Los Whigs propusieron al viejo colega de Fox, Sheridan, que ahora era Secretario Naval del Gobierno de Coalición, en posesión de 6.000 libras al año. Gobbett y los reformistas no querían saber nada de él. En el último momento, se presentó un candidato que personificaba el estado de confusión en el bando radical. James Paull, hijo de un sastre de Perth, era un hombre hecho a sí mismo rico comerciante de la India, que había regresado a Inglaterra en 1804 con el propósito de colaborar en la destitución del gobernador general Wellesley. El círculo de Fox, que entonces contaba con el apoyo del príncipe de Gales, se hizo con sus servicios y, como hombre que podía poner en aprietos a la administración de Pitt, se le encontró (en 1805) un escaño en el podrido municipio de Newtown, en la isla de Wight. El ataque contra Wellesley fue debidamente lanzado. Pero cuando los foxistas entraron en la Coalición, se le dijo en privado a Paull que abandonara el asunto, o al menos que "dejara los remos". Cuando Paull se negó indignado, se encontró en la disolución expulsado de su escaño en Newtown, y repudiado por los hombres que ingenuamente había supuesto que tenían su causa en el corazón. Su respuesta fue lanzarse a los ruedos de Westminster.

461

Paull pasó brevemente por la historia radical, y nadie se ha molestado en averiguar mucho sobre él. Es habitual descartarle como un hombrecillo pendenciero con un agravio personal. Su agravio, sin embargo, era más que personal. La arrogancia, brutalidad y mala fe de Wellesley en sus tratos con Oudh son incontestables. No hay razón para suponer que Paull no se sintiera apasionadamente indignado por estos "actos de agresión gratuita y tiranía" en la India, que comparaba con los que "reprochamos a diario" a Francia. Si las cuestiones eran remotas para los electores de Westminster, Paull se hizo respetar como un hombre al que tanto los whigs como los tories deseaban silenciar. "Lo que nuestro hombre quería en cuanto a talento y conocimiento", escribió Cobbett más tarde,

lo compensaba con creces en *laboriosidad y coraje*. Era un hombre de tamaño pequeño, pero lo que había de él era bueno. Era de caza, cada centímetro de él: un verdadero gallo de caza.

Sabía poco de política inglesa, no tenía gran elocuencia como orador ni agudeza como

¹ *Ibíd*em, 9 de agosto, 20 y 27 de septiembre de 1806.

escritor, pero tampoco tenía inhibiciones ni ambiciones políticas. En tres semanas de tumultuosa campaña, se fundó una nueva alianza de reformistas: Sir Francis Burdett, el patricio radical, que nominó a Paull en la campaña electoral: Cobbett, el reformista empírico que dirigió su campaña, y el mayor Cartwright, el veterano defensor del sufragio masculino, que consiguió que Paull se comprometiera a ser un reformista parlamentario.

"Tuvimos que luchar contra toda la fuerza del Borough facción, que se había unido contra nosotros en abierta, activa y desesperada hostilidad", recordaba Cobbett. Los primeros cuatro días de la encuesta mostró a Paull a la cabeza, tras lo cual Hood y Sheridan, que habían ridiculizado sus posibilidades, formaron una coalición contra él. Por Londres volaron folletines, folletos y canciones:

462

Lo! Corruption stalks forward in Liberty's guise,
 Freemen! rally your legions, and guard your rich prize,
 Wave your banners on high, at fair Liberty's call—
 Shout the watch-word aloud—*Independence and Paull!*
 Let the place-hunting crew 'gainst our politics rant,
 Call us Jacobins, Traitors, and such idle cant;
 With our King we're determined to stand or to fall—
 So success to our cause—*Independence and Paull!**

* Mirad. La corrupción acecha disfrazada de Libertad, / Hombres libres, reunid vuestras legiones y guardad vuestro rico premio, (ondead vuestras banderas en lo alto, a la llamada de la justa Libertad, / Gritad en voz alta la consigna: *Independencia y Paull!*. Que los cazadores de lugares se opongan a nuestra política / y nos llamen jacobinos, traidores y otras tonterías;/ Con nuestro Rey estamos decididos a resistir o a caer— / Así que éxito a nuestra causa-Independencia y Paull!

Es el amigo de los pobres, y de la libertad del hombre, Y aligerará nuestros impuestos tan rápido como pueda...

Los adversarios de Paull ridiculizaban su origen humilde y su apariencia:

... quién es ese tipo raro de más allá,

¿Quién parece un carterista arrastrado a un estanque?

Por un lado, declaraba Cobbett, estaban los "parientes de los colocadores y pensionistas", los "recaudadores de impuestos, magistrados, policías y clérigos dependientes", y los seguidores personales de Sheridan: "actores de teatro, cambistas, apagavelas y personas que se dedican a oficios inmorales". Por otro lado, hay pruebas de los primeros intentos serios de organización electoral democrática entre los artesanos y los jornaleros; comités parroquiales de proselitismo; y apoyo organizado entre los clubes de oficios de los jornaleros-zapateros, impresores, y sastres. Por la noche, noche tras noche, la multitud arrastraba triunfante a Paull por las calles.

James Paull no consiguió el escaño, pero se quedó a sólo 300 votos de Sheridan¹ y la campaña rompió el dominio de ambas facciones sobre Westminster. "Ésa fue la *verdadera lucha*", declaró Cobbett: "ése fue el *verdadero triunfo* de la libertad en Westminster". Cuando llegó la victoria real al año siguiente, Paull no participó en ella.

¹ Hood, 5.478, Sheridan, 4.758; Paull, 4.481.

Burdett había fracasado en su intento de ganar Middlesex en 1806; algunos de los freeholders estaban asustados por su extremismo, aunque seguía acaparando los huzzas de los hustings y en su derrota "la mayoría de las casas de Kensington y Knightsbridge estaban iluminadas, y el conjunto tenía más la apariencia de un triunfo...". Pero también fracasó por otra razón, típicamente quijotesca. En anteriores contiendas había utilizado libremente su gran riqueza a la manera tradicional de hacer campaña electoral, con la al por mayor tratando de votantes, y probablemente tanto engrase general con bebida y dinero como el empleado por sus oponentes. Ahora estaba acosado por acusaciones de soborno, mientras que Cobbett, que ahora era su aliado, había estado haciendo sonar durante 1806 las demandas de austeridad electoral. En unas célebres elecciones parciales celebradas en Honiton en 1806, Cobbett había exigido la prohibición absoluta de sobornos y tratos, y que los candidatos se comprometieran solemnemente a que, si eran reelegidos, no aceptarían ni cargos ni dinero público. Burdett, por lo tanto, adoptó el austera austera; pero, no contento con esto, se negó a hacer más que aparecer cada día en la campaña electoral y pedir a los "electores independientes" que se presentaran por su propia voluntad. No iba a haber ninguna campaña electoral, ningún tratamiento, ningún coche para los votantes de edad avanzada, ninguna organización en absoluto. Cuando sus partidarios formaron un comité, él lo repudió en la tribuna y les instó a confiar en el "principio público sin ayuda". La confianza redujo su voto a la mitad.

463

En 1807, otras elecciones generales dieron a los reformistas su oportunidad. Semana tras semana, en el *Political Register*, Cobbett dirigió cartas a los electores de Westminster, dando la voz de alarma. Los partidarios de Paull se prepararon y se formó un comité que pidió a Burdett que luchara por el otro escaño. Pero Burdett se había rendido:

Con los omnipotentes medios de corrupción en poder de nuestros despojadores, toda lucha es vana. Debemos esperar nuestra reparación y regeneración hasta que la corrupción haya agotado los medios de corrupción.... Hasta que llegue ese momento, pido permiso para retirarme de... todo el servicio parlamentario....

Una delegación le esperó y le preguntó si, en caso de ser elegido sin su permiso o intervención, estaría dispuesto a aceptar el escaño. A esto Burdett dio un cansado asentimiento: "Si soy elegido para Westminster... pero no gastaré ni una guinea, ni haré nada para contribuir a esa elección". Lo peor estaba por venir. Con este asentimiento pasivo, el Comité de Westminster se preparó para presentar a Burdett y Paull como compañeros para los dos escaños. Pero parece que Burdett quiso deshacerse de su plebeyo compañero de candidatura, por lo que el "gallo de caza" montó en cólera y retó a Burdett a un duelo en el que ambos resultaron heridos, Paull tan gravemente que sus partidarios abandonaron su candidatura. En la víspera de la votación de quince días, la causa de los reformistas parecía haberse peleado y

ridiculizado a sí misma fuera del campo.¹ La candidatura de última hora de un marinero radical poco conocido, Lord Cochrane, trajo un ligero resurgimiento de las esperanzas. Pero la mañana en que comenzó el escrutinio, los miembros del comité de Burdett "estaban muy deprimidos":

464

No teníamos dinero, ni medios para exhibirnos, nadie se había unido a nosotros, los conservadores nos despreciaban y los whigs se burlaban de nosotros. Fue el hecho de que se rieran de nosotros lo que produjo el peor efecto de todos. ... aquellos que bien podrían haber soportado ser maltratados no podían soportar que se rieran de ellos.

Pero sólo quince días después, los artesanos y comerciantes de Westminster presidían un tumultuoso triunfo de Burdett y Cochrane. Burdett había dejado muy atrás a los demás, mientras que Cochrane había ganado el segundo escaño con una mayoría de 1.000 sobre Sheridan. (Cochrane estaba tan apenado por Sheridan el último día del escrutinio que se quitó de encima a sus inspectores y le permitió encuestar muchas veces a los mismos votantes para lograr una derrota más respetable). A partir de entonces, Westminster (salvo un curioso episodio en 1819) nunca se perdió para el Radicalismo. La única circunscripción popular de Londres, en la que estaban situadas las Casas del Parlamento, había sido capturada por hombres a los que casi toda la prensa designaba como "jacobinos"²

No se trata de una acusación tan descabellada como parece. Una interesante incidente había tenido lugar en 1806. Paull fue informado de que un miembro destacado de su comité era un notorio jacobino de origen francés, el Sr. Lemaitre. Horrorizado, exigió que Lemaitre abandonara las salas de su comité y pidió a Cobbett que transmitiera el mensaje. Cobbett trató de cumplir la sentencia de destitución tan suavemente como pudo, pero se encontró con un hombre de mayor fuerza de voluntad de lo que esperaba, Lemaitre era de hecho un antiguo jacobino; miembro activo de la L.C.S. y fabricante de cajas de relojes, había sido detenido durante el susto de la "Conspiración Pop-Gun" de 1794-5, encarcelado de nuevo sin juicio en 1796, y fue detenido una vez más entre 1798 y 1801, siendo "confinado gran parte del período entre dieciocho y veinticinco años de edad". Tras su liberación, ayudó a Burdett en las elecciones de Middlesex y adquirió una experiencia considerable. Al entrar en las salas del comité de Paull el tercer día del escrutinio, se encontró con que el comité "no tenía ni plan ni sistema para regular el escrutinio". Durante varios días había trabajado desde primera hora de la mañana hasta medianoche para organizar un plan eficaz de escrutinio. Ahora presentó este plan a Cobbett. "Por mi honor, Sr. Lemaitre, esto es

¹ Para este incidente, véase *Annual Register*, 1807, pp. 425-8, 632-9; M. D. George, *Catálogo de sátiras políticas y personales* (1947), VIII, pp. 528-9.

² Cochrane mantuvo su escaño hasta 1818, cuando renunció a él para acudir en ayuda de las repúblicas sudamericanas. Burdett siguió siendo diputado por Westminster hasta 1837, cuando, con una última floritura quijotesca, cruzó el hemicíclio de la Cámara, renunció al escaño y volvió a disputarlo como conservador, llegando a casa por los pelos. Paull tuvo menos suerte: sobrevivió al duelo poco más de un año, quitándose la vida en 1808,

lo único realmente útil que he visto en este comité", exclamó Cobbett. Se presentaron disculpas y Lemaitre se quedó.

465

La victoria de 1807 fue enteramente obra de Westminster. Varios de sus miembros clave eran antiguos miembros del comité del L.C.S. Lemaitre tenía preparado con mucha antelación su plan de sondeo calle por calle y juzgado por juzgado. En la tercera planta de un "Gin Shop llamado Britannia Coffee House", Francis Place trabajó durante tres semanas sin sueldo, desde el amanecer hasta medianoche, llevando una contabilidad minuciosa, cotejando los resultados del sondeo y preparando informes para el Comité General. Richter, otro antiguo detenido, era su inquilino. "Todos éramos personas oscuras", escribe Place:

... ni un solo hombre importante entre nosotros, ni uno solo conocido por los electores en general, un conjunto de personas tan insignificantes que bien podrían haberse reunido para emprender un asunto tan importante como una elección en Westminster contra la riqueza, el rango, el nombre y la influencia...

Sus oponentes se burlaban de ellos calificándolos de "don nadie, vulgares sastres y barberos". ... Se reían de nosotros por nuestra locura y nos condenaban por nuestra insolencia". Tanto los principios como la escasez de fondos exigían austeridad electoral:

... no debe haber consejeros, abogados, inspectores ni encuestadores a sueldo, ni sobornos, ni pago de tasas, ni tratos, ni escarapelas, ni agentes a sueldo, salvo dos para vigilar las puertas de la sala del comité.

No se gastó dinero, salvo por votación del comité. El mayor gasto, con mucho (hasta las banderas, bandas y cintas del triunfo), fue la impresión de octavillas y pancartas. Place, que sólo salía una vez de las salas del Comité para hacer campaña, era un organizador genial.¹

466

Ahora debemos intentar hacer un repaso de la posición del radicalismo inglés en 1807. En primer lugar, el término "radicalismo" sugiere tanto una amplitud como una imprecisión en el movimiento. Los jacobinos de la década de 1790 se identificaban claramente por su adhesión a los *Derechos del Hombre* y a ciertas formas de organización abierta. — A medida que avanza el siglo XIX, el término "radicalismo" engloba tendencias muy diversas. En 1807 sugiere tanto sobre el coraje y el tono del movimiento como sobre cualquier doctrina. Indicaba una oposición intransigente al

¹ El relato de las elecciones de 1806 y 1807 se basa en gran parte en el *Political Register*, 1806 y 1807, *passim*—, de Cobbett, *Ibid*, 17 de enero de 18x8; en el *Political Revim*, de Flower, mayo de J807; en las reminiscencias de Place, en Wallas, op. cit. pp. 41-7, y en Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 79-81; Anon., pp. 41-7, y en Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 79-81; Anon., *History of the West minster and Middlesex Elections* (1807), pp. 15, 36-7, 145, 157, 345, 379, 437; Comité de Westminster, *An Exposition of the Circumstances which gave rise to the Election of Sir F. Burdett, Bart ...* (1807). Véase también M. W. Patterson, *Sir F. Burdett* (1931), I, Cap. X; G. D. H. Cole, *Life of Cobbett*, Caps. IX y X; C. Lloyd, *Lord Cochrane* (1947), Paet II, cap. 1; S. Maccoby, *English Radicalism, 1786-1833*, pp. 207-8. El relato de Cobbett, aunque no del todo fiable, es un correctivo a los relatos proporcionados por Place (y aceptados demasiado acríticamente) que descuidan la importancia de las elecciones de Middlesex de 1802 y 1804, ridiculizan a Paull y atribuyen el éxito en 1807 únicamente al genio organizador del propio Place.

Gobierno; desprecio por la debilidad de los whigs; oposición a las restricciones de las libertades políticas; denuncia abierta de la corrupción y del "sistema Pitt"; y apoyo general a la reforma parlamentaria. Había poco acuerdo en cuestiones sociales y económicas, y aunque el radicalismo más consistente era el de la población londinense, era lo suficientemente amplio como para incluir a veces el malestar de los fabricantes o de la pequeña burguesía.

A pesar de su confusión, las contiendas de 1806 y 1807 tuvieron verdadera importancia. La causa de la reforma se articuló una vez más. Había dos radicales extremos, elegidos por un electorado plebeyo, en la Cámara. Había un semanario, editado con genio, que la administración apenas podía prohibir, y que se había proclamado fuera del alcance de la influencia tory o whig. Incluso el "padre de la reforma", el mayor Cartwright, se había asegurado una renovada publicidad y popularidad.¹ Se oye por primera vez un nuevo nombre: un caballero granjero, Henry Hunt, que hizo un llamamiento a los propietarios de Wiltshire para que siguieran el ejemplo de Westminster. En la propia ciudad se había creado un nuevo tipo de organización electoral, y el West Minster Committee no se disolvió, sino que permaneció durante muchos años como prototipo de las organizaciones reformistas de la posguerra. Estos nombres —Burdett, Cartwright, Cobbett, Hunt, Place— destacan en la historia del radicalismo articulado de los quince años siguientes. Burdett siguió siendo durante algunos años el favorito de la multitud londinense. Cartwright, cuya fijeza sobrevivió a todos los acontecimientos, iba a promover los primeros Hampden Clubs. Cobbett avanzaría paso a paso desde la "independencia" hasta la denuncia a ultranza de la "vieja corrupción" y, de hecho, de radicales como Burdett y Place. Hunt iba a actuar, ahora como aliado de Cobbett, ahora como su rival, enfrentando su dominio de la oratoria de masas contra el dominio de la polémica de Cobbett. Place desarrollaría la política de permisividad reformista y de alianza entre artesanos y clases medias, y actuaría como enlace entre los reformistas benthamistas y los sindicatos y grupos de debate plebeyos.

467

La victoria de 1807 fue un punto intermedio entre las técnicas patricias de Wilkes y formas más avanzadas de organización democrática. Los logros fueron importantes. Se había dado un nuevo significado a la noción de "independencia". Hasta entonces, la palabra había sido sinónimo de opulencia e intereses terratenientes: Los candidatos whigs y tories eran a menudo recomendados en las tribunas debido a su riqueza, que, se suponía, les haría "independientes" de la necesidad de ganarse el favor o el puesto de los ministros o del rey. La noción de independencia de Cobbett insistía en el deber de los *electores*, ya fueran propietarios, comerciantes o artesanos, de liberarse por sus propios medios del patrocinio, el soborno y la deferencia. El Comité de Westminster había ido aún más lejos; en la medida en que habían organizado la victoria

¹ Además del apoyo que prestó a Paull y Burdett, el propio Cartwright se presentó en 1806 por su propia ciudad de Boston, obteniendo 59 votos frente a los 237 del candidato vencedor.

independientemente de su propio candidato, el *menú peuple* de Westminster había surgido como una fuerza por derecho propio. Además, habían dado un ejemplo sorprendente de la eficacia de un nuevo tipo de organización electoral, que no dependía de la riqueza o la influencia del candidato, sino del esfuerzo voluntario de los electores. En este sentido, el pueblo de Westminster sintió la victoria como propia.

Sin embargo, sería erróneo sugerir que el Comité de Westminster lideraba un movimiento "populista" independiente, y menos aún obrero. El electorado (unos 18.000 propietarios en 1818)¹ incluía a muchos artesanos independientes y a algunos obreros. El grado de radicalismo de estos grupos fue un factor importante en la vida política de la posguerra, e influyó en un sector de las libertades inglesas que resultó ser una vergüenza continua para las autoridades. La mayoría de los juicios políticos y de prensa importantes tuvieron lugar en Londres, y es de este entorno social que procedían los jurados. En la década de 1790, los tenderos y comerciantes formaban jurados intratables. Se conservan listas de posibles jurados en los papeles del Procurador del Tesoro, en los casos de Despard y O'Coigly, que muestran con qué cuidado los funcionarios de la Corona buscaban eliminar a los simpatizantes jacobinos de los jurados.² A pesar de sus precauciones, las autoridades recibieron nuevas humillaciones a manos de los jurados londinenses entre 1817 y 1819.³ A partir de entonces, los jurados se volvieron más dóciles, en parte porque las autoridades desarrollaron nuevos refinamientos del sistema de jurados especiales y otros medios de "empaquetamiento", en parte porque el radicalismo de la City (y sus representantes, como Aldermen Waithman y Wood) se distanciaba cada vez más del movimiento plebeyo.

Así, la victoria en Westminster apenas perteneció a los artesanos, por mucho que contribuyeran a ella. Además, la victoria fue en parte ilusoria. Aparte del hecho de que la necesaria cualificación de la propiedad limitaba la elección de candidatos a hombres de recursos, nadie en el Comité General de Place (y menos Place) habría concebido presentar a uno de los suyos como candidato. El escaño era de Burdett, y la función del Comité era conseguir su apoyo. Además, el Comité demostró en años posteriores tener serias limitaciones como organización democrática. En 1807 se formó en el corazón de un nuevo impulso democrático. En años posteriores se convirtió esencialmente en un organismo autoproclamado —o, como se quejaba Cobbett, un "caucus"—, en parte bajo el control de Burdett y en parte representativo de comerciantes y amos como Place. Al final de las guerras, Place se había convertido en confidente de Bentham y James Mill. Se volvió cada vez más hostil a Hunt y a Cobbett,

¹ *Gorgon*, 4 de julio de 1818.

² En una de esas listas, los nombres de los que debía extraerse el jurado estaban marcados G. (bueno), B. (malo) y D. (dudoso). Entre las numerosas B se encontraban comerciantes como un fabricante de balanzas, un vendedor de vidrio, tenderos, un fabricante de velas y cerveceros (un cervecero de Southwark marcado como "muy B"). T.S. II.333.

³ El jurado que absolvió al Dr. Watson por su participación en los disturbios de Spa Fields (1817) tenía como presidente a un guardián de la oficina de correos y como miembros a un fabricante de botones, /Anchor Smith, Tejedor de lana, Capellán, Ferretero, Platero, Mercer, Zapatero, Transportista y Droguería: *People*, 21 de junio de 1817.

y a los métodos de agitación entre "miembros ilimitados". El Comité de Westminster era un lugar útil desde el que se podía ejercer una discreta presión en interés del artesano sobrio y estudioso. Cuando el escaño de Cochrane quedó vacante, en 1818, el candidato de Cobbett, el mayor Cartwright, fue rechazado en favor del benthamita Radical, Hobhouse. El Comité se fue distanciando cada vez más del pueblo trabajador de Londres en la misma proporción en que crecía el sentido de "autoaprobación" de Place y su desamor por la manifestación y los hustings.¹

469

Esto fue, en parte, un resultado inevitable de la situación en la que se encontraban los radicales de 1807. Antijacobinismo no estaba muerta. Cobbett burló la censura casi por accidente, y apenas había otra prensa radical regular. (En 1810 el propio Cobbett fue encarcelado durante dos años por su ataque a los abusos de la flagelación en el Ejército). El Comité de Westminster sobrevivió como organización electoral, pero las autoridades no tenían intención de permitir un nuevo crecimiento de los clubes populares. Cuando John Gale Jones, el antiguo L.C.S., sobrepasó los límites de la prudencia en los debates que organizó en "The British Forum", frente a Covent Garden, la Cámara de los Comunes lo encarceló en Newgate (1810). Y cuando Burdett denunció su actuación como ilegal, la Cámara lo internó en la Torre. Es cierto que casi toda la población de Londres parecía estar del lado de Burdett. Al principio, Burdett se negó a rendirse a la Cámara, adoptó la política de desafío de Wilkes y se atrincheró en su casa de Piccadilly. Lord Cochrane llegó en un coche de caballos, hizo rodar un barril de pólvora por la puerta y se preparó para minar todas las entradas y defender a Burdett con armas. La gente se arremolinaba en las calles y parecía que los disturbios de la escala de 1780 eran inevitables. El propio Place pensó que el ejército estaba tan descontento que era posible que se produjera alguna insurrección espasmódica. Pero la propia naturaleza del incidente, con sus ecos histriónicos de Wilkes y su confusión entre los líderes radicales, subraya la debilidad de los reformistas. Incluso cuando cabalgaban una marea in surrectionary, no tenían ni organización ni política coherente. Las leyes que prohibían las sociedades correspondientes y las reuniones políticas abiertas habían atomizado el movimiento, de modo que el comportamiento individualista y pendenciero de sus líderes estaba en función de su situación como "voces" más que como organizadores.

El radicalismo seguía siendo un movimiento defensivo, un movimiento articulado de protesta, apoyado por el desamor popular generalizado. Todavía no era una fuerza ofensiva. Para comprender el extremismo de Burdett y Cochrane en 1810, basta con leer a Byron. Esos hombres despreciaban la lucha por el poder y la hipocresía de su propia clase y las pretensiones de los nuevos ricos. En su frustración soñaban quizás a veces con algún espasmo revolucionario que derribara todo el entramado de la "vieja corrupción". Si queremos entender la ira de Cobbett, sólo tenemos que pensar en las

¹ Para conocer el funcionamiento del comité, véase A. Aspinall, "The Westminster Election of 1814", *Eng. Hist. Rev.* XI (1925).

cosas que le enfurecían: los contratos gordos, los escuálidos escándalos de los Duques Reales, los alquileres e impuestos en alza, y el empobrecimiento de los trabajadores rurales, las subvenciones ministeriales a la prensa, la destrucción de las diversiones populares por los informadores de la Sociedad del Vicio. El descontento creció por cientos de razones. La hostilidad a la banda de prensa, las quejas de los soldados discapacitados, las quejas de los artesanos desplazados por las crecientes empresas contratistas de guerra y, después de Trafalgar, la creciente oposición a una guerra aparentemente interminable y sin propósito.

"Es muy probable", escribió un ministro disidente de Sheffield, en 1808,

470

que siempre que la humanidad se constituya en sociedades para el establecimiento de ese reino, en el que *las espadas* se convertirán en *rejas de arado*. . que los grandes hombres serán los principales opositores de la gloriosa obra; especialmente puede esperarse la oposición de *generales, almirantes, contratistas, agentes* y otros semejantes; y muchos de los defensores *del reinado pacífico de Cristo* pueden esperar un trato severo de sus perversas manos.

El "reino de Cristo" sólo podría ser introducido en el mundo después de "mucho oposición y sangre", porque el "Diablo y sus agentes" no permitirían que viniera de otra manera:

Cuántas veces he visto a pobres esposas y madres empeñar su ropa necesaria para redimir a sus maridos o a sus hijos de la queja de un *bribón implacable*". ¡Oh cielos! A qué penurias están condenados los pobres hombres....

"¡Oh pobreza! ¡Tú eres la ofensa imperdonable! . . . No tienes ni derechos, ni fueros, ni inmunidades, ni libertades".

Ven aquí, *viejo SATÁN*, viejo *Murtherer*, y haré por ti lo que hiciste por otro mejor que yo: Te llevaré, a mi vez, a "un monte muy grande y muy alto, y te mostraré todos los reinos de este mundo *cristiano* y la gloria de ellos". Ahora bien, *SATANÁS*, mira hacia abajo sobre *la cristiandad*, y contempla el variopinto grupo; Biblias, Espadas — Iglesias, Cuarteles — Capillas, Fortalezas — Ministros de paz vestidos de negro, y hombres de guerra vestidos de rojo y azul — *unos pocos* hombres que actúan como *Salvadores*; millones de hombres cuyo único negocio es sistematizar y practicar la destrucción de los hombres. Los verdaderos *Sonso of Peace* ligeramente estimados, oscuros, descuidados y despreciados.— *Los Heros of Murder* y el Saqueo, exaltados, ensalzados, honrados, pensionados e *inmortalizados*...¹

471

Es una voz de la vieja Inglaterra de Winstanley y Bunyan, pero de una vieja Inglaterra que había empezado a leer a Cobbett. Y nos recuerda lo remotas que habían sido, en Sheffield, Newcastle o Loughborough, las elecciones de Westminster. En las tabernas y cafés de la ciudad, los radicales podían reunirse para discutir, y podían sentir la fuerza de sus números. De los centros provinciales donde la propaganda jacobina había penetrado más profundamente, sólo Norwich y Nottingham tenían una

¹ G. Beaumont, Ministro del Evangelio de la Paz, *The Warrior's Looking-Glass* (Sheffield, :808). El autor era probablemente un ministro baptista. Para una nota similar de protesta cristiana radical contra la guerra, véase el *Cambridge Intelligencer*, y cartas en el *Tyne Mercury*, por ejemplo del 5 de enero de 1808.

franquicia lo suficientemente amplia como para permitir a los radicales hacer uso del proceso electoral. Birmingham, Manchester, Leeds y la mayoría de los crecientes centros industriales carecían de representación en la Cámara no reformada. Aquí, y en las ciudades más pequeñas y pueblos industriales, la Iglesia y los magistrados vigilaban cualquier signo de "sedición"; incluso un suscriptor del *Registro de Cobbett* podía verse marcado. El reformador se sentía en un aislamiento, "oscuro abandonado y despreciado". El triunfo de Westminster arrojó una mayor oscuridad sobre la represión de las provincias.

De ahí que el movimiento radical adoptara formas muy diferentes en las Midlands y norte industrial— una diferencia que influiría en los acontecimientos durante medio siglo. En Londres, los canales entre los reformistas de la clase media y los de la clase obrera permanecieron abiertos; la forma característica de organización era el comité, en el que unos pocos profesionales trabajaban junto a artesanos autodidactas que tendían a despreciar el atraso político de los obreros y la moralización de los trabajadores y delincuentes. Como represión se relajaba, revivieron el foro, la sociedad de debate y el grupo de discusión. Las elecciones periódicas a Westminster proporcionaron al menos una válvula de escape y una sanción para los tumultos. En las Midlands y en el norte, el radicalismo pasó a la clandestinidad, al mundo de los sindicatos ilegales; se asoció con las quejas industriales, las reuniones secretas y el juramento. Hasta 1815, ni Burdett ni Cobbett significaron gran cosa en el corazón de la Revolución Industrial. El Comité de Westminster no tenía ningún mensaje para los luditas. Al norte del Trent encontramos la tradición ilegal.

Capítulo 14. UN EJÉRCITO DE DESAGRAVIADOS

I. LA LÁMPARA NEGRA

¡LA CABEZA DE UN TRAIADOR!" En febrero de 1803, el verdugo levantó ante la multitud londinense la cabeza de Edward Marcus Despard. Él y sus seis compañeros habían sido declarados culpables de alta traición (que incluía la muerte del Rey) y todos murieron con entereza. Despard declaró que era inocente de la acusación, pero murió porque era "amigo de los pobres y los oprimidos". La multitud estaba furiosa y compasiva. La prensa londinense temía que si las víctimas hubieran sido arrastradas por las calles y ejecutadas en Tyburn o Kennington Common, en lugar de en Southwark, se hubieran producido disturbios y un intento de rescate. Entre los testigos de la ejecución se encontraba un joven artesano llamado Jeremiah Brandreth. Catorce años más tarde, su propia cabeza fue alzada ante la multitud frente al castillo de Derby: "¡Contemplad la cabeza de un traidor!"

Entre Despard y Brandreth se extiende la tradición ilegal. Es una tradición que nunca será rescatada de su oscuridad. Pero podemos acercarnos a ella desde tres direcciones: en primer lugar, desde la consideración de algunas pruebas supervivientes en cuanto al "subsuelo" entre 1800 y 1802; en segundo lugar, desde alguna crítica de las fuentes históricas; y, en tercer lugar, desde algún examen de la tradición sindical cuasi-legal, a menos que hagamos esta preparación, seremos incapaces de entender el movimiento ludita, y los años de posguerra del Levantamiento de Pentridge, Oliver el Espía, y la Conspiración de Cato Street.

Hemos visto el origen de la tradición ilegal en las oscuras sociedades de los "Ingleses Unidos" a finales de la década de 1790.¹ En 1800 y 1801 estalló una oleada de disturbios en toda Inglaterra. La mayoría eran disturbios por alimentos, provocados por la escasez y la subida de los precios durante el bloqueo continental de Napoleón. Pero también hay indicios de una organización incompleta. Varios disturbios y "huelgas" de consumidores se anunciaron con antelación mediante octavillas, a una escala que justifica la organización por comités con acceso a la imprenta. Desde Londres, en septiembre de 1800:

COMPATRIOTAS

¹ Véase más arriba, pp. 167-72.

¿Hasta cuándo vais a sufrir en silencio y cobardemente que un grupo de esclavos mercenarios y asalariados del Gobierno os impongan y os maten de hambre? ¿Podéis seguir permitiéndoles que continúen con sus extensos monopolios, mientras vuestros hijos claman por pan? No, que no existan ni un día más. Nosotros somos la soberanía, levántense entonces de su letargo. Estén en el Mercado de Maíz el lunes.

Durante seis días se produjeron tumultos en el Mercado de Maíz. En noviembre, unos panfletos convocaron a "comerciantes, artesanos, oficiales, obreros, etc., a reunirse en Kennington Common", reunión que sólo fue impedida por una demostración de fuerza militar. En Portsmouth, los "artificieros" de los astilleros decidieron "abstenerse de utilizar mantequilla, nata, leche y patatas" hasta que bajaran los precios. En Nottingham, oficiales del ejército fueron expulsados a pedradas de un teatro cuando intentaron que el público cantara "Dios salve al Rey". También en Nottingham, donde el Árbol de la Libertad seguía plantándose con ceremonia anual a finales de siglo, las autoridades interceptaron una carta en la que se describía una exitosa revuelta por alimentos, con entusiasmo por "la conducta de la gente el martes, que resistió el fuego de la Yeomanry con un coraje tan impertérrito que asombró a los gentiles hombres...". Pero el escritor añadió un comentario significativo. La multitud ya no estaba dividida entre las facciones "jacobina" e "Iglesia y Rey": "Lo que más asustó a los caballeros fue ver que en la Unión de Partidos no se oían painites ni cánticos como Dios salve al Rey". Aquí se produjo un cambio importante en las actitudes populares, en las respuestas subpolíticas de "la plebe".¹

Mientras tanto, llegaban informes alarmantes al Ministerio del Interior. Los peores focos de problemas parecían ser Nottingham, la zona industrial de Lancashire (donde se decía que seguían activos los irlandeses e ingleses unidos) y la región de West Riding. Podemos reconstruir lo que se sabe de esta última región. La organización se extendió desde el Sheffield jacobino. En septiembre de 1800, se encontró un panfleto incendiario clavado abiertamente en un taller: "K. G. y el granjero están ocupados atiborrando de bayonetas los estómagos vacíos de los pobres". En diciembre, los magistrados de Sheffield se vieron en la necesidad de emitir una proclama contra las reuniones "numerosamente concurridas" que se celebraban por la noche en los campos. Se enviaron varios informes al conde Fitzwilliam, lord teniente del condado. En una de estas reuniones, anunciada para considerar la mejor manera de reducir el precio de las provisiones, un espía oyó hablar de picas y armas; cuando el espía fue reconocido, fue expulsado. La gente se inscribía en sociedades secretas y prestaba juramentos solemnes de confederación: "hay un sistema de organización en marcha —comités secretos— y una preparación de armas hostiles". Cerca de Sheffield se celebran frecuentes reuniones.

¹ H.O. 65.I; J. Ashton, *Dawn of the 19th Century in England* (1906), p. 19; D. V. Erdman, *Blake, Prophet against Empire*, pp. 317-19; Hammonds, *The Town Labourer*, p. 291.

a las 10 de la noche, un orador enmascarado arenga al pueblo, lee cartas de sociedades lejanas a la luz de una vela y las quema inmediatamente.

No se admitía a nadie en el campo sin dar una consigna a un anillo de centinelas.¹

En marzo de 1801, la alarma se había extendido a Leeds y Hudders Field, donde los magistrados temían "una insurrección entre las clases bajas". Había "personas que se esforzaban por persuadir a la gente para que juraran apoyarse mutuamente para regular y bajar el precio de todos los artículos de primera necesidad". Una carta de dos magistrados de Lancashire afirmaba que una especie de reunión de delegados de "agentes" de Yorkshire, Birmingham, Bristol y Londres se había celebrado en enero en los alrededores de Ashton-under-Lyne. Al mismo tiempo, expiraron las dos leyes de Pitt (aprobadas a finales de 1795) que prohibían las reuniones sediciosas, así como la suspensión del Habeas Corpus. Aunque cualquier forma de correspondencia organizada entre grupos individuales seguía siendo ilegal, volvió a ser técnicamente legal convocar reuniones públicas. En cuestión de semanas se convocaron reuniones de protesta, a menudo mediante octavillas manuscritas, en una veintena de lugares muy distantes entre sí. En Yorkshire se convocaron reuniones en Sheffield, Wakefield, Dewsbury y Bingley. En Bingley, a principios de abril se distribuyeron secretamente volantes bajo las puertas y en los puestos del mercado, convocando a la gente a asistir a una manifestación de la "asociación de los Amigos de la Libertad". El objetivo de la reunión era manifestarse contra el precio exorbitante de las provisiones, "denunciar el fraude y toda especie de Gobierno Hereditario, disminuir la opresión de los Impuestos, proponer planes para la educación de la infancia desamparada y el cómodo sustento de los ancianos y desamparados... exterminar la horrible práctica de la guerra":

475

¿Vais a permitir que os imponga una mayoría de mercenarios a sueldo, proxenetas del Gobierno, traficantes, ocupantes de puestos, retenedores, paracaidistas, etc., y que vosotros os muráis de hambre? No, no les dejéis existir ni un día más, nosotros somos la Soberanía. ... Sacar la Constitución de su lugar oculto y exponerla a la inspección pública — Sacudir la Tierra hasta su centro.²

"Parece que se está agitando", informó un Comité del Secreto de la Cámara de los Comunes, "para convocar repentinamente numerosas reuniones en diferentes partes del país, el mismo día y a la misma hora, hasta un punto que, si no se impide, pondrá en peligro la paz pública". A finales de abril se promulgó de nuevo la Ley de Reuniones Sediciosas y se suspendió el Habeas Corpus durante un año más.

La agitación volvió rápidamente a la clandestinidad. Podemos intentar una vez más seguir su historia en West Riding. A lo largo del verano de 1801 continuaron las reuniones, principalmente nocturnas; Batley, Ossett y Saddleworth se añaden a la lista de centros. En Halifax, en julio de 1801, parece que se reunió una especie de comité

¹ Fitzwilliam Papers, F.44 (d), (e).

² *Ibidem*, F.45 (a).

de delegados, con representantes de las ciudades textiles y un orador de Sheffield. Se habló de prestar juramento o "enroscarse" a los británicos o ingleses unidos, cuyo principal centro de actividades puede haber estado al otro lado de los Peninos, en Bolton. Todos los que se unían debían responder afirmativamente a tres preguntas: (1) ¿Deseaban un cambio total de sistema? (2) ¿Estaban dispuestos a arriesgarse en una contienda para dejar libre a su posteridad? (3) "¿Estás dispuesto a hacer todo lo que esté en tu mano para crear el Espíritu de Amor, Hermandad y Afecto entre los amigos de la libertad y no omitir ninguna oportunidad de obtener toda la información política que puedas. ..." Se informó de una nueva reunión de delegados en Leeds en agosto; se suspendió, según un magistrado, por la resolución de que "no había ocasión para más reuniones hasta que desembarcaran los franceses". Un magistrado de Wakefield estuvo de acuerdo: "... su objetivo es una revolución y el levantamiento de los desafectos depende totalmente de que el enemigo invada el país".¹

476

Las reuniones se habían extendido tanto que eran en el *Leeds Mercury*, cuyo editor, Edward Baines, había sido secretario de un club "jacobino" en Preston, pero que ahora estaba ansioso por desvincularse por completo de "todas las asociaciones secretas con fines políticos". La práctica de las reuniones políticas a medianoche, se señalaba editorialmente, se había vuelto "muy frecuente". Había fuertes razones para suponer que estaban motivadas por "malos designios" y cierta sospecha de una correspondencia secreta con Francia. Acusaba a los reformadores de encogerse en "agujeros al acecho como un bandolero sin ley". La nota de Baines provocó una respuesta intransigente por parte de Benjamin Flower, cuyo *Cambridge Intelligencer* fue (junto con el *Sheffield Iris* de Montgomery) el último de los periódicos reformistas provinciales que llegó hasta el siglo XIX. En noviembre de 1800 Flower había hecho un llamamiento general a manifestarse por la paz: la gente (decía) "percibe y siente que el efecto de la guerra y los impuestos [es] subir el precio de todos los productos consumibles". Ahora Flower acusaba a Baines de ser un "servidor del tiempo", de ayudar a los propagandistas de "la Iglesia y el Rey", de difamar deliberadamente a los reformadores (que no tenían más remedio que reunirse en secreto) con el libelo de la "correspondencia francesa", y de llevar consuelo a:

ese sistema corrupto y despilfarrador que ha desolado gran parte de Europa, asesinado a millones de nuestros semejantes, despojado al pueblo de este país de sus derechos más valiosos y llevado al reino al borde de la ruina.

Esta brecha, entre el viejo radicalismo painista de hombres como Flower (que no temían arriesgarse a ser perseguidos o a agitar a las masas descontentas) y el cauteloso radicalismo "constitucionalista" de Baines, fue adquiriendo importancia a medida que avanzaba el siglo XIX.²

Parece que hubo una pausa, salpicada de regocijo público cuando se ratificaron los

¹ *Ibidem*, F.45 (a), (d).

² *Leeds Mercury*, 1 de agosto de 1801; E Baines, *Life of Edward Baines*, (1851), p. 51; *Cambridge Intelligencer*, 15 de noviembre de 1800, 8 de agosto de 1801.

Preliminares de Paz en octubre. Luego, en el invierno de 1801-2, hubo nuevos informes de reuniones "nocturnas" en el West Riding y de protestas contra el impuesto sobre la malta, el impuesto sobre las ventanas y las restricciones a la libertad. Aunque la paz llegó en marzo de 1802, las reuniones nocturnas continuaron y, a pesar de todos los esfuerzos, los magistrados no pudieron identificar a ninguno de los líderes. El relato más completo de una reunión se encuentra en una carta del alcalde de Leeds al conde Fitzwilliam en agosto de 1802:

477

Con respecto a las reuniones nocturnas, continúan, aunque el lugar nunca es conocido por los demás hasta que tienen lugar. El viernes por la noche, cerca de la medianoche, se celebró una reunión en una hondonada o valle estrecho a unas seis millas de Leeds y dos de Birstall, a cierta distancia de cualquier camino público. Un hombre de perfecta veracidad me asegura que intentó formar parte del grupo, pero se encontró con que había exploradores apostados por todas partes a cierta distancia, la mayoría de los cuales le abordaron y trataron de desviarle en otra dirección. Al perseverar, encontró otra línea irregular y móvil de exploradores, que le preguntaron por su asunto, y al continuar avanzando hacia la "Lámpara Negra" de hombres, se oyó un silbido, y escuchó expresiones y tonos de voz que le disuadieron bastante de su propósito. De lo que oyó en el camino, pudo deducir fácilmente que se esperaba a ciertas personas a las que llamaban caballeros y que no habían llegado....

De otro lugar en el que puedo confiar, me entero de que el comité que forma la "Lámpara Negra", y que el viernes por la noche podría estar compuesto por unos 200 hombres, está formado por aquellos que han disertado sobre el tema con otros nueve, y les han tomado juramento, cada uno de los cuales, de nuevo, *ad infinitum*, se convierte en hombre del Comité por los mismos motivos. "La abolición de todos los impuestos y el pleno disfrute de sus derechos" son los temas que defienden los líderes y el cemento que los mantiene unidos. "Para Navidad debían ser capaces de llevar sus puntos, y en una noche el levantamiento debía tener lugar en todos los barrios".¹

Cualquier organización que existiera tenía acceso a la imprenta. En junio de 1802, un magistrado de West Riding envió al Ministerio del Interior un pequeño "Discurso a los británicos unidos" de ocho páginas. En él se pretendía unir "en una cadena de afecto" a todos aquellos que buscaban derrocar a los opresores de la nación:

La LIBERTAD independiente de un pueblo sabio, la consideran TRAICION, porque temen que la justicia caiga sobre sus propias cabezas culpables.²

En otoño, dos hombres de Sheffield, William Lee y William Ronkesley, fueron llevados a juicio por administrar juramentos secretos. Se alegó que entre octubre de 1801 y agosto de 1802 habían sido miembros de una asociación secreta, compuesta por 1.000 miembros en Sheffield, que había fabricado picas y tenía depósitos secretos de armas enterradas. La organización estaba dirigida por "Directores y Conductores", que instruían a los miembros por la noche. Sus objetivos eran vagos, pero (el alcalde

¹ H.O. 42.66, impreso íntegramente en Aspinall, *Early English Trade Unions*, pp. 32-3. Original en Fitzwilliam Papers, F.45 (d).

² R. Walker, a H.O.28 junio 1802 (recinto), H.O. 42.64.

de Leeds escribió a Fitzwilliam) "entre los pobres ha surgido la idea de que no deben pagar impuestos... Miles de personas llevan consigo una convicción secreta y albergan la esperanza de que las cosas están madurando".¹ Lee y Ronkesley fueron condenados a siete años de prisión.² Miles de personas llevan consigo una convicción secreta y albergan la esperanza de que las cosas están madurando".¹ Lee y Ronkesley fueron condenados a siete años de prisión.²

478

En noviembre, Despard y sus socios fueron detenidos en Londres. En diciembre hubo más informes sobre la preparación de armas en Sheffield. En agosto de 1803, un informante le dijo a Fitzwilliam que continuaban los juramentos y la fabricación de picas. La organización secreta "ha invadido a la mayor parte de la población del distrito manufacturero de este país", escribió al Secretario de Estado, a pesar de su habitual escepticismo. "Vastos números del Ejército y la Milicia fueron juramentados", con el mismo juramento que se tomó en el asunto Despard. Hubo enviados especiales entre los distritos: "Poco se compromete en papel, pero lo que sea, se destruye tan pronto como se comunica." "Los Gerentes nunca se reúnen en sus propias ciudades: cuando tienen ocasión de deliberar, se alejan de sus hogares".³ A partir de entonces, la "Lámpara Negra" parece apagarse.

Informes similares llegaron, durante el mismo periodo, del sur de Lancashire y partes de las Midlands. Es evidente que existía alguna organización clandestina que pretendía convertir el descontento por la subida de los precios y la escasez de alimentos en una vía revolucionaria. Hay demasiadas pruebas, y de demasiadas fuentes independientes, para que sea posible mantener la ficción histórica aceptada de que la "sedición" no existía más que en la imaginación de ministros, magistrados y espías. Pero en este punto las fuentes sólo conducen a la oscuridad. ¿Tenían los "británicos unidos" alguna existencia *nacional* real? ¿Estaba el coronel Despard relacionado con ella y con la resistencia en Lancashire y West Riding? ¿Existieron vínculos con Francia y con Robert Emmet en Dublín? ¿Continuó la clandestinidad después de 1802?

El juicio de Despard reveló poco, aunque se sugirieron muchas cosas. El coronel Despard (1751-1803) procedía de una familia de terratenientes irlandeses y tenía un distinguido historial militar.

479

"Recorrimos juntos el Meno español", declaró Nelson, que fue llamado por la defensa en el juicio: "Dormimos muchas noches juntos con nuestras ropas en el suelo; medimos juntos la altura de la muralla de los enemigos. En todo ese tiempo... ningún hombre podría haber demostrado un apego más ferviente a su soberano y a su país

¹ J. Dixon, 17 de julio de 1802; W. Cookson, 27 de julio 1802; J. Lowe, 3 de diciembre de 1802: todos en Fitzwilliam Papers, F. 45(d).

² L. T. Rede, *Tort Castle in the Nineteenth Century*, pp. 198-201.

³ Fitzwilliam Papers, F.45 (e). El informante, añade Fitzwilliam, es "un hombre firme y trabajador, no joven, no veo razón alguna para suponer que se trata de la ociosa historia de un...". flippant prater. "

que el coronel Despard".¹ Nelson tenía tan buena opinión de su compañero de armas que esperaba que llegara a ocupar uno de los puestos más distinguidos del ejército. Pero eso fue muchos años antes: los dos hombres no se habían visto desde 1780. Desde 1772, Despard sirvió continuamente en las Indias Occidentales y en Honduras Británica, hasta que fue llamado a media paga en 1790. Parece haber sido el tipo de muchos oficiales de la época que, al no poseer ni riqueza ni influencia suficiente para ser reconocidos, se vieron defraudados en sus ascensos, superados por papanatas con intereses en la corte, acusados de mala conducta por sus rivales y abandonados a su suerte durante años en los pasillos del poder². Podemos ver en Despard algo de la misma mezcla de agravios privados de un oficial en activo y de disgusto general por la corrupción y la falta de sinceridad de la vida política que convirtió a Lord Cochrane en un radical.

Pero Despard también era irlandés, y en 1796 o 1797 se había comprometido tan profundamente con la causa de la independencia irlandesa que trabajaba tanto en el comité de la London Corresponding Society como en los círculos más oscuros de los United Irishmen y United Englishmen de Londres. Formaba parte del grupo con el que O'Coigly había establecido contacto en Furnival's Inn Cellar.³ A principios de 1798, el Consejo Privado recibió varios informes sobre sus actividades, que sugerían que estaba creando una organización *militar* clandestina, en la que se mezclaban curiosamente el estilo del soldado de fortuna isabelino y el del revolucionario del siglo XIX. Aunque los objetivos de la organización eran jacobinos, a los que se alistaban al servicio de Despard se les prometían altos rangos y recompensas en caso de éxito. Encarcelado en virtud de la suspensión del habeas corpus entre 1798 y 1800, el caso El caso de Despard fue uno de los más destacados de la agitación "No a la Bastilla" de Sir Francis Burdett y de la multitud londinense. Tras su liberación en 1800, parece que Despard se puso de nuevo manos a la obra para construir su ejército revolucionario.

480

Fue detenido en la última semana de noviembre de 1802, en "The Oakley Arms", Lambeth, en compañía de unos cuarenta trabajadores y soldados. En el juicio se probaron sin lugar a dudas ciertos hechos. Despard y algunos de sus socios habían estado pasando los meses anteriores de un lugar de reunión a otro en las tabernas de la clase trabajadora de Londres: "The Flying Horse" en Newington, "The Two Bells" y "The Coach and Horses" en Whitechapel, "The Ham and Windmill" en Haymarket, "The Brown Bear" y "The Black Horse" en St. En todos estos lugares había jornaleros y soldados, con una alta proporción de irlandeses, y sin duda se barajaba algún tipo de conspiración jacobina.

¹ Cf. *London Gazette*, 18 de julio de 1780; "Apenas se disparó un cañón que no fuera apuntado por el capitán Nelson, del *Hinchinbroke*, o por el teniente Despard, ingeniero jefe de ..."

² Sobre los comienzos de la carrera de Despard, véase Sir Charles Oman, *The Unfortunate Colonel Despard* (1922); J. Bannantine, *Memoirs of E. M. Despard* (1799).

³ Véase anterior, p. 169.

Se adujeron otros hechos, en su juicio o en el contemporáneo prensa, que deben ser contempladas con un ojo más crítico. Así, se afirmaba que los guardias jacobinos, tanto en el cuartel de Chatham como en el de Londres, habían enrolado a un número considerable de seguidores, ligados a la conspiración por juramentos secretos. Los papeles encontrados a los prisioneros daban la "constitución" de su sociedad:

La independencia de Gran Bretaña e Irlanda-Una equiparación de los derechos civiles, políticos y religiosos-Una amplia provisión para las familias de los héroes que caigan en la contienda.

Una recompensa generosa por méritos distinguidos-Estos son los objetos por los que contendemos, y para obtener estos objetos juramos estar unidos¹

Se había invitado a los soldados a unirse a esta "Sociedad de la Constitución" para "luchar, romper la cadena de la esclavitud y la servidumbre". La organización (según se afirmaba) tenía no menos de siete divisiones y ocho subdivisiones sólo en Southwark, con otras divisiones en el Borough, Marylebone, Spitalfields y Blackwall, principalmente entre "jornaleros, oficiales y soldados rasos", marineros licenciados y estibadores irlandeses. Era una organización paramilitar, con "diez hombres en cada compañía, y cuando llegaban a once, el undécimo tomaba el mando" de una nueva compañía. Cada compañía estaba mandada por un "capitán" y cada grupo de cinco compañías formaba una "división adjunta", mandada por un "coronel". Por otra parte, si éste era el modelo aprobado, no parece que se haya llevado ampliamente a la práctica. Según un testigo, Despard dijo que:

481

una organización regular en Londres es peligrosa para nosotros, está bajo el ojo del Gobierno; pero una organización regular en el país es necesaria, y, creo, general...

Una organización de este tipo en Londres sería "una imposibilidad moral". Pero mencionó Leeds, Sheffield, Birmingham, Manchester y Chatham como centros "rurales" donde existía tal organización, con los que afirmaba estar en contacto.

El juicio trajo nuevas acusaciones. El coronel Despard y su ejército revolucionario fueron acusados de preparar un *golpe de estado* inminente. La Torre y el Banco debían ser asaltados, los cuarteles tomados desde dentro, las prisiones abiertas de par en par y el Rey asesinado o hecho prisionero. "Lo he sopesado todo muy bien", dijo Despard, "y Dios sabe que mi corazón es insensible". El Gabinete era conocido por los conspiradores como "los Comehombres". La toma de la Torre o de la persona del Rey debía ser la señal para que la multitud londinense se sublevara; y los carruajes del correo (que salían todos de Londres desde un punto central, en Piccadilly) debían "detenerse, como señal para la gente del campo de que se habían sublevado en la ciudad".

No hay pruebas reales que sugieran que el caso contra Despard fuera un "montaje", aunque su inocencia fue ampliamente creída en su momento² y la sugerencia se ha

¹ Idénticos papeles se encontraron en: Yorkshire en 1802; Fitzwilliam Papers, F.45 (d).

² Véase, por ejemplo, C. F. Mortimer, *A Christian Effort to Exalt the Goodness of the Divine Majesty, even in a Memento, on Edward Marcus Despard, Esq. And Six Other Citizens, undoubtedly now with God in Glory* (1803), que

transmitido en la tradición Whig de la historia. Es cierto que los testigos de la Corona eran de dudosa reputación, en particular John Emblin, un antiguo relojero jacobino, y uno de los guardias, que se negaron a testificar ante el Rey, y el segundo de los cuales juró por la vida de su propio hermano. También es cierto que buena parte de las pruebas sobre la conspiración en el Ejército implican al propio Despard sólo indirectamente, y pueden haber tenido lugar independientemente de él o incluso en contra de su consejo; mientras que los detalles más pintorescos sobre el intento de asesinato del Rey y la toma de la Torre pueden haber sido inventados para la ocasión. Por otra parte, ni Despard ni su abogado ofrecieron la menor explicación sobre el propósito de estas frecuentes reuniones en oscuras tabernas londinenses, en las que un caballero del rango de Despard era un cliente poco probable. Despard sólo rompió el silencio que mantuvo durante los juicios contra él y sus compañeros conspiradores cuando ya se había dictado sentencia de muerte. Y entonces fue para expostular:

482

Su Señoría me ha acusado de ser el seductor de estos hombres; no creo que haya nada en el juicio o en las pruebas presentadas contra mí que demuestre que soy el seductor de estos hombres.

Dadas las circunstancias, esto sólo puede interpretarse como la admisión de que existió una conspiración, pero que Despard, lejos de iniciarla, fue arrastrado a ella por otros, sobre cuya identidad mantuvo un leal silencio.

"El coronel Despard", Francis Place (que había servido con él en el Comité del L.C.S.) anotó un manuscrito más de treinta años después: "él... era una persona singularmente suave y gentil, un hombre singularmente de buen corazón". El "orador" Hunt, cuyo primer contacto con las ideas jacobinas fue cuando conoció a Despard (encarcelado en el King's Bench), escribió algo parecido: "un hombre suave como un caballero". ¿Debemos aceptar las versiones habituales: que sus seguidores eran "microscópicos" o que "apenas es posible explicar la locura de su complot si no es suponiendo que su mente estaba desordenada"?¹ El estado de Irlanda en 1798 era suficiente para desordenar la mente de cualquier patriota irlandés. Y si suponemos (como es razonable) que Despard y su círculo tenían acceso a antiguos contactos de la L.C.S. así como a los "United Irishmen" en Gran Bretaña,² y que existía algún vínculo entre ellos y organizaciones como la "Lámpara Negra" de Yorkshire³, entonces la conspiración era un asunto serio. Además, los motines de la flota nos recuerdan que

cita el capítulo 28 de Mateo, v. 12: "Dieron grandes Sumas de Dinero a los Soldados, &c."

¹ Véase Cole y Postgate, *The Common People*, p. 163; H. W. C. Davis, *The Age of Grey y Pul*, p. 95.

² Al menos otro de los conspiradores, Charles Pendrill, había sido miembro destacado del L.C.S. Confinado en 1798-1800 en la cárcel de Gloucester con Binns, era un oficial zapatero (antiguo maestro) de Tooley Street. Aunque fue citado en los juicios como uno de los principales conspiradores, fue puesto en libertad en virtud de un indulto general tras la ejecución de Despard y sus socios, pero reapareció en una conspiración similar en 1817. Véase más adelante, pp. 652-3.

³ En 1801 varios "Ingleses Unidos" fueron arrestados en Bolton, y uno de ellos, Gallant, fue ejecutado más tarde acusado de seducir a los soldados para que abandonaran su lealtad; W. Brimelow, *Political History of Bolton* (1882), I, p. 14; G. C. Miller, op. cit. p. 404.

una organización revolucionaria en el Ejército no era en absoluto inconcebible. Al igual que la Marina, el Ejército hervía de quejas en cuanto a salarios, comida y alojamiento, el cuidado de los dependientes, la disciplina y los azotes. A los soldados, entre los que había muchos irlandeses, se les permitía vestir mufti por las noches y mezclarse con obreros y artesanos en las tabernas londinenses. Las medidas de seguridad eran escasas y los emisarios jacobinos podían acceder fácilmente a los barracones de los soldados, como hicieron Bamford y Mitchell en 1817.¹ Hoy puede parecer inverosímil que un soldado de la Guardia de Granaderos bautizara a su hijo con el nombre de "Bonaparte", pero ése es el caso de uno de los socios de Despard. La alegación de la Corona de que no menos de 300 soldados del 3er Batallón de la Guardia y treinta o cuarenta del 1er Batallón estaban implicados en la conspiración puede parecer exagerada; pero las seis víctimas que fueron seleccionadas para ser juzgadas y ejecutadas con Despard eran todos guardias, y tal ejemplo sugiere que el Gobierno estaba seriamente perturbado por el alcance de la conspiración.

483

Cuando se analizan todas las pruebas, el asunto Despard debe considerarse un incidente de gran importancia en la historia política británica. Vinculó las luchas de los nacionalistas irlandeses (Despard tuvo algún contacto con Robert Emmet) con las quejas de los trabajadores londinenses y de los agricultores y tejedores del norte de Inglaterra. Fue un último estallido del viejo jacobinismo de la década de 1790, que sufrió, con Despard, una gravísima derrota. El asunto pareció justificar la política de "alarma" del Gobierno y de suspensión de las libertades populares. Inició también, entre un pequeño círculo de ultrajacobinos, la estrategia (o, tal vez, la fantasía) del *golpe de Estado*. Éste seguiría siendo el objetivo de pequeños grupos en Londres hasta la época de la Conspiración de Cato Street (1820), mientras que la noción de propagar la señal para un levantamiento general deteniendo los carruajes del correo se repetiría en la época cartista.

Despard se llevó consigo la mayor parte de sus secretos. Si, como afirmaba, era inocente de la acusación de tramar el asesinato del Rey y del Gabinete, no ofreció más explicaciones sobre los objetivos de su sociedad. Según un relato, dijo en el cadalso:

Sé que, por haber sido contrario a las medidas sangrientas, crueles, coercitivas e inconstitucionales de los Ministros, han decidido sacrificarme bajo lo que les complace llamar un pretexto legal. ... Os deseo, conciudadanos míos, salud, felicidad y prosperidad; aunque no viviré para experimentar las bendiciones del cambio divino, tened la seguridad, ciudadanos, de que el período será... cuando la gloriosa causa de la Libertad triunfe efectivamente....

484

Si Despard era inocente de complicidad en el complot que existía entre los Guardias, es posible que una defensa fuera, en honor, imposible, porque habría implicado a otros. Pero la acusación también minimizó su papel, limitando su caso a la prueba de ciertos actos manifiestos, y afirmando estar en posesión de más información de

¹ Véase anterior, p. 651.

informadores que no fueron revelados en los juicios, ya que "permanecerán insospechados... para la futura seguridad del Estado". Cuando se celebró el juicio, Gran Bretaña aún estaba en paz con Francia y se rumoreaba que se habían ocultado pruebas de la complicidad francesa. Despard "estaba impresionado con la opinión", declaró el *Morning Post*:

que una revolución no debía ser llevada a cabo por amplias asociaciones . . sino por un pequeño grupo de hombres desesperados, quienes, habiendo dado un gran golpe, como el asesinato del Rey, y llenado la ciudad de consternación, encontrarían miles de personas que los apoyaran.

"Los pobres... lo creen un mártir". "¿Entrará la cabeza menos el cadáver de Despard en cada bar, para hacer prosélitos cien veces. ?"¹

II. LA SOCIEDAD OPACA

Durante algunos años, la alarma expresada por *el Morning Post* parece haber sido excesiva. No fue hasta 1811 cuando la clandestinidad volvió a manifestarse, y entonces lo hizo en forma de violento conflicto industrial: el movimiento ludita. Los ataques luditas se limitaron a objetivos industriales concretos: la destrucción de telares mecánicos (Lancashire), de telares de esquila (Yorkshire) y la resistencia a la ruptura de las costumbres en la industria de tejido de telares de las Midlands. Para explicar sus acciones, ¿hay que ir más allá de los agravios económicos e industriales inmediatos?

485

Propondremos una respuesta diferente. Pero al intentar cualquier respuesta el historiador se enfrenta a dificultades en la interpretación de las fuentes que deben ser explicadas. Desde la década de 1790 hasta 1820 estas fuentes están inusualmente empañadas por el partidismo.

En primer lugar, está el partidismo consciente de las autoridades. De Pitt a Sidmouth, el Gobierno siguió una política única. La desafección debía ser rodeada y aislada; y esto podía hacerse atribuyéndole la sospecha de una conspiración pro-Bonapartista o (después de 1815) una intención insurreccional salvaje. Sucesivos

¹ Este relato de la conspiración de Despard se basa en: J. H. Gurney, *The Trial of Edward Marcus Despard* (1803), esp. pp. 33, 36, 44-5, 72-3, 79, 115, 127, 137, >74, 269; T. S. 11.332 ;T.S. 11.333; "Narrative of John Oxlade" (anotado por Place) en Add. MSS. 27809; *Leeds Mercury*, 27 de noviembre de 1802; *Morning Post*, 22 de febrero de 1803; State Trials at Large, *The Whole Proceedings at the Trials of Colonel Despard* (1803), p. 78. Quince años más tarde, Oliver el Espía informó sobre una conversación con uno de los principales conspiradores, Charles Pendrill: "Admitió que los soldados estaban muy implicados y eran muy incondicionales". En una ocasión, alrededor de 200 soldados se reunieron en armas en casas cercanas a la Torre, listos para intentar el golpe, y Pendrill "parecía estar seguro de que la Torre podría haber sido tomada muy fácilmente en ese momento, y entregada por los soldados, si hubieran reunido algo parecido a la intención; pero los números que aparecieron eran demasiado despreciables". Narrativa de Oliver, en HO. 40.9.

Comités del Secreto de la Cámara (1801, 1812, 1817) presentaron escabrosas e infundadas acusaciones de redes insurreccionales. En cierto sentido, el gobierno *necesitaba* conspiradores para justificar la continuación de la legislación represiva que impedía la organización popular a escala nacional.

Pero el mito de que todos los reformistas eran agentes o conspiradores franceses puso en marcha una curiosa lógica. No sólo significaba que los reformistas se veían forzados a realizar actividades oscuras y secretas, sino que, para penetrar en ellas, las autoridades se veían obligadas a emplear espías e informadores a una escala desconocida hasta entonces. También significaba que, para penetrar en esas formas, las autoridades se veían obligadas a emplear espías e informadores a una escala desconocida en cualquier otro periodo. La línea divisoria entre el espía y el *agente provocador* era indistinta. Al informador se le pagaba a destajo; cuanto más alarmista era su información, más lucrativo era su oficio. Las autoridades que propagaban el mito podían aceptar con entusiasmo la información inventada. En un momento dado, es imposible saber hasta qué punto estaban ellos mismos engañados por las conspiraciones que sus propios informadores engendraban. sus propios informadores. Para aislar y aterrorizar a era posible adoptar una política de provocación deliberada. En este sentido, fue la política de Pitt, al reprimir a las sociedades correspondientes, la que puso en marcha la lógica que condujo tanto a Oliver el Espía como al Alzamiento de Pentridge de 1817. Estos años revelan un patrón tan sucio de pruebas falsificadas, intimidación y agentes dobles, que es posible lamentar que la lógica no funcionara por sí misma hasta su conclusión adecuada. Si los conspiradores de Cato Street hubieran logrado su objetivo de asesinar al Gabinete, éste habría sido asesinado por conspiradores a los que sus propias políticas represivas habían dado género y sus propios espías habían armado.

Así pues, las pruebas presentadas por las autoridades en cuanto a una conspiración clandestina entre 1798 y 1820 son dudosas y a veces carecen de valor. Esta fue, de hecho, la principal línea de contraataque de los reformadores contemporáneos, incluido Burdett y Samuel Whitbread. En un momento dramático en 1817, H. G. Bennet, diputado por Shrewsbury, arrojó el Informe del Comité del Secreto al hemicycle de la Cámara, declarándolo una calumnia contra "todo el pueblo... basura que sólo considero apta para pisotear bajo mis pies". Sucesivos historiadores han adoptado prácticamente la misma postura, ya sea por una preocupación escrupulosa por las leyes de la prueba, por simpatía hacia los reformadores o, más recientemente, por la suposición flemática de que cualquier actividad revolucionaria decidida puede descartarse sin examen por no ser inglesa. En reacción contra los mitos de la conspiración jacobina o spenceana, han propagado un contramito del "constitucionalismo" inglés, y han depositado una gran confianza en la principal fuente alternativa de información: los archivos (manuscritos, reminiscencias, panfletos, recortes, etc.) recopilados por Francis Place.

Estos archivos tienen un valor incalculable. Pero Place estaba lejos de ser esa

criatura mítica que es el "observador objetivo". También era muy partidista, profundamente implicado en las rencillas radicales que desfiguran la todo el periodo período, 1806-1832, y impaciente de los oponentes: a Cobett sólo lo veía como "un cobarde matón sin principios", al orador Hunt como "insolente, activo y vulgar". Cuando llegó el momento de escribir sus reminiscencias, se esforzó por destacar la contribución de los moderados y restar importancia a los "agitadores de la chusma". Además, era sospechoso entre los reformistas avanzados. En 1810 fue presidente de un jurado de instrucción que había exculpado al poco popular duque de Cumberland de la sospecha fundada de haber asesinado a su ayuda de cámara; era conocido por asociarse con personas que los radicales consideraban indeseables; fue acusado públicamente tanto por Burdett como por Hunt de ser un "espía". La acusación es ridícula: los espías eran seres mucho más desaliñados. Por otra parte, Place estaba — después de 1810— tan convencido de la necesidad de una reforma constitucionalista que, si hubiera llegado a sus manos alguna prueba de conspiración insurreccional, bien podría haberla transmitido a las autoridades. Por lo tanto, cuando nos referimos a los archivos de Place, debemos recordar que, aunque estaba bien situado para recopilar información sobre los movimientos reformistas metropolitanos y sobre los sindicatos y clubes comerciales más "respetables", había áreas en las que su información era tan incompleta como la de las autoridades; sabía poco de las Midlands y del norte, poco sobre el comercio ilegal, y poco sobre la política de la Unión Soviética, organización sindical, y si hubiera habido alguna clandestinidad política sería sus organizadores no habrían admitido sin duda a Place en sus secretos.¹

487

Y aquí estamos cerca del meollo del problema. Porque la tercera gran razón por la que las fuentes están enturbiadas es que los trabajadores así lo han *querido*. Y "intención" es un término demasiado racional. Había, en efecto, dos culturas en Inglaterra. En el corazón de la Revolución Industrial estaban surgiendo nuevas instituciones, nuevas actitudes, nuevos modelos comunitarios que, consciente e inconscientemente, estaban diseñados para resistir la intrusión del magistrado, el patrón, el párroco o el espía. La nueva solidaridad no era sólo una solidaridad "*con*", sino también una solidaridad "*contra*". Desde el punto de vista de las autoridades, dos tercios de su problema consistían en obtener información fiable. Los magistrados atraviesan barrios abarrotados a unos cientos de metros de sus sedes y son recibidos como extranjeros hostiles. Eran más impotentes para descubrir las logias sindicales de lo que lo eran los librecambistas de Pizarro para descubrir los cálices de oro en los pueblos de Perú.

De ahí que los registros del Ministerio del Interior (nuestras principales fuentes de primera mano) sean a menudo una lectura desconcertante. Al igual que los viajeros incomprensivos, los magistrados y los oficiales al mando estaban a merced de sus

¹ Añadir MSS. 27809, ff. 16, 17. Véase también W. E. S. Thomas, "Francis Place and Working Class History", *Hist. Journal* (1962), p. 61.

informantes. Una sociedad de socorros mutuos podía parecer un motor de sedición a un hombre que nunca había pensado en el coste de los entierros para los pobres. Un predicador vociferante puede parecer un agente de Despard. Los empresarios pueden querer helar la sangre del magistrado con historias de jacobinos para asegurarse un trato duro para los sindicalistas. Los jacobinos buscaban las noticias de los informadores (pagados o anónimos) y de los intermediarios, como taberneros, vendedores ambulantes y soldados. Aquí encontramos a uno que transmite solemnemente al teniente del West Riding el chisme que su barbero le ha traído esa mañana. Otro, escribiendo desde Barnsley en 1802, dice que "todas las mujeres hablan misteriosamente. Hay una expectación general de no saben qué". Y allí encontramos a un ministro metodista escribiendo al Duque de Portland sobre una Gran Asociación de revolucionarios, con sede en Bolton en 1801 —la historia provenía de un "amigo confidencial" que la obtuvo del "líder de los Cantantes Metodistas" en una capilla de Sheffield, que a su vez lo obtuvo de otra persona.¹

488

Por supuesto, este tipo de chismorreos carecen de valor. Pero aquí debemos examinar con más detenimiento el papel de los informadores. El pueblo inglés creía que el empleo de espías en asuntos internos no era británico y que pertenecía al "sistema de espionaje continental". De hecho, era una parte antigua del arte de gobernar británico, así como de la práctica policial. Se remonta a mucho antes de la época en la que Christopher Marlowe se vio envuelto en sus líos; y el espionaje y contraespionaje contra los católicos, la Commonwealth y los jacobitas nos lleva hasta bien entrado el siglo XVIII. Se mantuvo en la práctica criminal (y se extendió más en los cincuenta años entre 1780 y 1830) por una razón muy diferente. La propia insuficiencia de las fuerzas policiales regulares había conducido al sistema de "pago por resultados", o recompensas graduadas (o entradas de Tyburn) para asegurar diferentes grados de condena. Y esto, a su vez, había engendrado un tipo nauseabundo de intermediario, que se beneficiaba de la revelación de delitos que le interesaba magnificar, o incluso fabricar. A principios del siglo XIX se produjeron varias revelaciones espantosas de tales provocaciones en casos puramente criminales, y sin duda muchas otras pasaron desapercibidas. Los luditas fueron perseguidos, como cualquier grupo de delincuentes, mediante grandes ofertas de recompensas por información que condujera a condenas. Joseph Nadin, el famoso ayudante del sheriff de Manchester, fue sospechoso de beneficiarse de la venta de entradas para Tyburn obtenidas mediante malas prácticas. En 1817, el Banco de Inglaterra procesó a 124 personas por falsificación o emisión de billetes falsos, y la prensa radical sacó a la luz casos en los que informadores del dinero manchado de sangre "colocaban" billetes

¹ Fitzwilliam Papers, F.44 (a), 45 (d); R. F. Wearmouth, *Methodism and the Working-Class Movements of England, 1800-1850*, p. 60. Compárese T. A. Abdy al duque de Portland, 20 de diciembre de 1795, transmitiendo información de "mi propio guardabosque, que por su situación tiene oportunidades de aprender más de lo que yo, como magistrado, puedo... H.O. 42.37".

falsos a víctimas inocentes, y luego se aseguraban la recompensa por su condena.¹

489

Así pues, tanto una tradición política como criminal respaldaba el empleo de espías; y, especialmente después de 1798, esto se vio muy reforzado por la experiencia adquirida en la "pacificación" de Irlanda. Pero los espías así empleados eran de muy diferentes cualidades. En algunos casos, cuando se trataba de movimientos políticos radicales, las autoridades podían seleccionar y enviar al movimiento a hombres con cierta educación y capacidad: El "ciudadano Groves", que consiguió penetrar en los consejos internos del L.C.S., en 1794, era un hombre de este tipo. La gran mayoría de los informadores, sin embargo, pertenecen mucho más a la tradición de los mercenarios del "dinero manchado de sangre". Los recientes intentos de eliminar parte del odio que tradicionalmente se ha atribuido a hombres como Oliver, representándolos como "detectives" que desempeñan una función peligrosa pero honorable, según su punto de vista, están fuera de lugar.² Puede que sea posible adoptar este punto de vista de un espía en tiempos de guerra, incluso en una guerra civil; pero no en una guerra como la que Pitt o Sidmouth libraron contra los reformistas, con fuerzas tan desigualmente dispuestas. Además, estos informantes se dividen en dos grupos. En primer lugar, estaban los que habían caído en desgracia con la autoridad de alguna manera, y que compraron su inmunidad de la persecución (o aseguraron su liberación de la cárcel) tomando el comercio. Los centros de reclutamiento más favorecidos para estos espías eran las cárceles de deudores. A principios de siglo, un ejemplo particularmente desagradable de este tipo de reclutas, llamado Barlow, se entretenía en posadas de Manchester y Sheffield (e intentaba implicar a reformistas de clase media) y escribía con frecuencia al Ministerio del Interior para pedir dinero, no sólo para hacer frente a sus gastos corrientes, sino también para pagar deudas anteriores, que (según alegaba) le habían prometido al aceptar el empleo. Excedió los límites de la discreción, y una de sus cartas de súplica está atestiguada (tal vez por el duque de Portland): "Si hubiera sido necesario algún argumento adicional para deshacerse de Barlow, sin duda lo proporciona esta carta. Me inclino a darle 20 libras y a despedirlo sin demora".³ La conexión entre el Gobierno y Castle, Oliver y Edwards (escribió un escocés que se había convertido él mismo en informante, por razones menos deshonorosas, y que se había avergonzado de su propio oficio) "se originó en la prisión de Fleet".⁴

¹ Para todo el sistema de información penal y sus abusos, véase L. Radzinowicz, op. cit., I. pp. 333 y ss. Southey, *Cartas de Inglaterra* (1808, y edn.), I, pág. 173; Hazlitt, "Sobre el sistema de espionaje", *Obras*, VII, págs. 208 y ss. Para Nadin, véase D. Read, *Peterloo* (Manchester, 1957), p. 65. Para la nota de Dank por gerjes, véase el *Black Dwarf*, 1816-18, *passim*; *Duckett's Dispatch*, 9 de febrero de 1818; H. Hunt *Memoirs* (1822), III, p. 483.

² Véase, por ejemplo, A. F. Fremantle, "The Truth about Oliver the Spy", *Eng. Hist. Sec.*, XLVII (1932), p. 601; R. J. White, *From Waterloo to Peterloo*, Ch. XIII; F. C. Mather, *Public Order in the Age of the Chartists* (Manchester, 1959)

³ Barlow, 16 de noviembre de 1799, PC. A.164. De hecho, Barlow no fue destituido en ese momento, ya que (tal vez porque intuía cómo soplabla el viento) comenzó a enviar largos relatos circunstanciales de combinaciones ilegales.

⁴ A. B. Richmond, *Narrative of the Condition of the Manufacturing Population* (1825) p. 159. Véase también (for

El segundo grupo de informadores está formado por traidores, de reformistas activos que se convirtieron en espías para salvar su pellejo o por dinero; o, más sencillamente, de voluntarios mercenarios ocasionales que intentaban vender información a destajo. Las nociones de honor o de deber profesional apenas son relevantes para los hombres de ninguno de los dos grupos.¹ Por otra parte, es un error suponer que los informes de estos hombres carecen de valor. Los hombres malos pueden trabajar útilmente en una causa mala.² Si se pueden intentar generalizaciones a partir de la colección extraordinariamente diversa de documentos (informes escritos y cartas, transcripciones de declaraciones verbales, confesiones de condenados, etc.) que se encuentran en los documentos del Ministerio del Interior, del Procurador del Tesoro y del Consejo Privado, podrían ser las siguientes:

1. No cabe duda de que el informador tenía (como han señalado los Hammond y otros) un sesgo profesional hacia el sensacionalismo en sus informes. Cuanto más mercenarios eran sus motivos, más se esforzaba por proporcionar el tipo de información que sus empleadores deseaban comprar.

2. Sin embargo, no todos los empresarios eran tontos, algo que a menudo se pasa por alto. Eran conscientes de este sesgo. A los magistrados les interesaba obtener información precisa. No les gustaba ser enviados a hacer recados de tontos en busca de depósitos de armas inexistentes, ni perder el tiempo persiguiendo a demagogos de taberna. Con frecuencia tomaban la precaución de emplear a más de un informador (desconocidos entre sí) como medio de comprobar la información. La práctica general de los J. P. que remitían información al Ministerio del Interior era añadir algún tipo de evaluación sobre la credibilidad de la información.

3. Estas informaciones son, sin embargo, una especie de espejo deformante en el que mirar la historia, no sólo porque la mayoría de los espías tendían a dar una interpretación criminal incluso a actividades "inocentes", sino por la información que *no* enviaban. Esto abarca, por supuesto, las preocupaciones e intereses de la mayoría menos política y más apática. Pero también abarca regiones enteras de Gran Bretaña. Tenemos que pensar, no sólo en los motivos de los espías, sino en los motivos de los J.P.s que los emplearon. Del Public Record Office, Bolton fue el centro más insurrecto de Inglaterra desde finales de la década de 1790 hasta 1820. Pero no está nada claro si esto se debió a que los habitantes de Bolton *eran* excepcionalmente revolucionarios o a que Bolton tenía dos magistrados excepcionalmente celosos, el reverendo Thomas Bancroft y el coronel Fletcher, que empleaban espías (o "misioneros") a una escala

Oliver) la declaración de Charles Pendrill en Cobbett's *Registro Político*, 16 de mayo de 1818; y más abajo, p. 653.

¹ Sobre el sistema de espionaje político en general, véase F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England* (1934), caps. XII y XIV; Hammonds, *The Stilled Labourer*, cap. XII; F. W. Chandler, *Political Spies and Provocative Agents* (Sheffield, 1933); W. J. Fitzpatrick, *The Secret Service under Pitt* (1892).

² Fitzwilliam escribió a Pelham sobre un espía: "... un consumado Rascal, a compañero de tan mal carácter como puede encontrarse... Por muy inútil que sea, puede que no sea el peor agente, con el propósito de introducirse en los secretos de los desafectos"; 25 de septiembre de 1802, Fitzwilliam Papers, F-45(d),

excepcional.

El punto es importante. Durante la mayor parte de este periodo Inglaterra fue gobernada por los Tories. Un magistrado que escribiera industriosamente al Ministerio del Interior era probable que fuera un ferviente tory antijacobino o que estuviera interesado en llamar la atención del Gobierno por alguna razón más privada. En el mismo periodo, muchos informes de Yorkshire eran más lacónicos que los de Lancashire, aunque no hay razón para creer que Sheffield o Barnsley tuvieran un temperamento menos revolucionario que Manchester o Bolton. Yorkshire tenía una magistratura whiggish bajo un lord teniente whig (Fitzwilliam), a quien no le gustaba la intervención tory en sus propios asuntos. Y el mismo argumento se aplica a muchos J.P.s de la "vieja escuela", ya fueran Whig o Tory en su lealtad. El mantenimiento del orden era un asunto parroquial, responsabilidad de la aristocracia local, y escribir largas cartas al Ministerio del Interior era innecesario, una molestia y algo humillante.

De hecho, estos celos de la autoridad central dieron lugar a una serie de enredos extraordinarios. Los sucesivos ministros del Interior llegaron a depender de ciertos magistrados, de celo probado, cuya autoridad fue extendida más allá de su propia fronteras. Los altos cargos de Los altos mandos militares y los magistrados se informaban mutuamente de su actividad o apatía. En la crisis ludita, se animó al Sr. Lloyd, un activo abogado de Stockport, a extender su autoridad al condado de York, hasta el punto de hacer cruzar los Peninos a los testigos de la Corona.¹ En los años de posguerra, el coronel Fletcher de Bolton disponía a menudo de fuentes de información más completas sobre los reformistas de Manchester que la judicatura local. Cuando Oliver fue enviado directamente por Sidmouth a las Midlands y al norte en 1817, estuvo más de una vez en peligro de ser arrestado por los J.P. locales que pensaban que era un revolucionario *de buena fe*.

Por lo tanto, debemos ver que los documentos del Ministerio del Interior dan una visión distorsionada, no sólo en este o aquel particular, sino en su conjunto. Tenemos que leer, no sólo entre las líneas de las cartas enviadas, sino también las cartas que nunca fueron enviadas.

492

En general, puede decirse que las autoridades lograron, tanto a nivel nacional como local, penetrar mucho mejor en las organizaciones políticas ilegales que en las industriales, y en los organismos regionales más que en los locales. Las razones son evidentes. Para un delator era más fácil hacerse pasar por jacobino o radical que por agricultor o tejedor de marcos. Las sociedades políticas se reunían en una amplia región y en diferentes grupos sociales; los sindicatos ilegales o los organismos luditas surgían de talleres y comunidades en los que cada hombre era conocido. La infiltración del espía siempre resultaba más fácil en el punto en que una ciudad o región se unía a otra.

Cuando se tienen en cuenta todos estos puntos, sólo nos quedan dos reflexiones.

¹ Véase más adelante, p. 580.

La primera es la obviedad de que cada informe por separado debe ser examinado con cuidado, de acuerdo con las reglas normales de la prueba. Es necesario decir esto, ya que se ha puesto de moda descartar *todos* los informes como poco fiables o, en todo caso, todos los que no se ajustan a la interpretación elegida. Pero son pocos los informes que no ofrecen alguna posibilidad de crítica: corroboración o contradicción por parte de otras fuentes, pruebas internas, probabilidad inherente, etcétera. Podemos tomar dos ejemplos, ambos en 1817. El primero es el informe de un informador sobre el discurso de un reformista de Manchester:

A continuación, expuso la situación del pobre y sus hijos. El Niño dice a su Padre, dame un poco de pan, el padre responde, no tengo; el Niño dice. El Padre le responde: "Sí, hay mucho, pero los tiranos y los ladrones nos lo quitan. Os toca a vosotros (es decir, al pueblo) extender las manos y recogerlo de nuevo.¹

La segunda es una carta a un abogado de la Corona:

Sr. Litchfield, señor, hay una cosa que no sé si he dicho, pero he pensado que lo más apropiado era comentarle que había que colocar pequeños destacamentos en las diferentes empresas dentro y fuera de Londres para evitar que el gobierno enviara despachos a cualquier parte de la ciudad, ya que sólo se enviaba un alma a bordo con ellos... propuesto por el joven Watson y Thisilwood y aceptado por todos².

¿Hace falta señalar más el contraste? El primero parece tan creíble como cualquier relato de un reportero inexperto. Es evidente que el informador quedó impresionado, a su pesar, por este pasaje del discurso; y ha registrado, con más viveza que el versiones "literarias" publicadas habitualmente en la prensa radical, a la manera del orador demócrata. El autor de la segunda es el notorio *provocador* John Castle, el "protector" de una madame de burdel cuyas pruebas se hicieron trizas en el juicio de Watson en 1817. Pero aunque no lo supiéramos, su estilo le traiciona en la primera línea. Está cayendo sobre su pluma analfabeta en un esfuerzo por congraciarse aún más con las autoridades. Esto no significa que cada palabra de su declaración sea mentira. Significa que cada palabra debe ser fumigada críticamente antes de que pueda ser admitida en el discurso histórico.

493

La otra reflexión es ésta. Lejos de ser llevado a un baile por una serie de impostores, uno está impresionado por la extraordinaria habilidad con la que el Gobierno, entre 1792 y 1820, tuvo éxito en prevenir serios desarrollos revolucionarios, y en mantener un flujo constante de información fiable en cuanto a conspiraciones insurreccionales. Se colocaron espías con éxito en la L.C.S. (aunque sólo intermitentemente en el centro). Descubrieron algunas cosas sobre los United Irishmen y los ingleses. Entraron y dispersaron la conspiración de Despard. Finalmente (pero sólo parcialmente y tras grandes dificultades) se infiltraron en ciertos distritos luditas. En los años de la posguerra, como veremos, el Gobierno conoció antes de que tuviera lugar cada detalle de la conspiración que culminó en el Alzamiento de Pentridge;

¹ Informe del discurso de Bagguley, en H.O. 40.4.

² John Castle, 6 de marzo de 1817, T.S. 11.351.

mientras que Arthur Thistlewood estuvo en la sombra desde 1816 hasta su muerte en el cadalso en 1820. En Manchester "la Persona que designamos con la letra "B" fue nombrada Tesorero para recoger suscripciones para la defensa del Coronel Despard; y el mismo, u otro "B", fue nombrado Tesorero de un "comité secreto" cuasi-ludita en 1812, mientras que él y otros informadores estaban plenamente al corriente de cada acontecimiento de Lancashire entre 1816 y 1820...¹. Las nociones sobre la tradicional estupidez de la clase dirigente británica se disipan al conocer los documentos del Ministerio del Interior.

De hecho, se podría escribir una historia convincente del jacobinismo inglés y del radicalismo popular únicamente en términos del impacto del espionaje sobre el movimiento. En sus primeros años, el L.C.S. se dio cuenta de las actitudes excesivamente entusiastas y provocadoras del espía típico. En 1794 un tal Jones, de Tottenham, fue acusado (erróneamente) de ser espía, por sus violentas resoluciones que supuestamente eran a favor del "propósito *de atrapar a la Sociedad*". Jones (el auténtico informador, Groves, informó con irónica fruición) se quejó:

494

Si un ciudadano presentaba una moción que parecía de algún modo animosa era ...como un espía enviado entre ellos por el Gobierno. Si un ciudadano se sentaba en una cafetería y no decía nada, estaba observando lo que hacían para poder informar mejor... Los ciudadanos apenas sabían cómo actuar.²

En un intento de reforzar la seguridad, la L.C.S. introdujo en 1795 una nueva Constitución que incluía el siguiente Reglamento:

Se debe sospechar de las personas que intentan transgredir el orden, bajo el pretexto de mostrar celo, valor o cualquier otro motivo. Una disposición ruidosa rara vez es señal de valor, y el celo extremo es a menudo un disfraz de traición.³

Pero tales reglas, una vez establecidas, podían ser eludidas por un actor que modificara su estilo. Y el Radicalismo político de la posguerra apenas había empezado a resurgir cuando se encontró con los golpes de Castle y Oliver. Si buscamos una explicación para la fragmentación del Radicalismo de posguerra, y la lealtad dada a los periodistas más que a las organizaciones, la encontraremos aquí.⁴

Por esta razón, la tradición *política* secreta aparece o bien como una serie de catástrofes (Despard, Pentridge, Cato Street), o bien como un goteo de propaganda tan secreto y a pequeña escala, y tan cercado por la sospecha, que apenas tuvo efecto, excepto en aquellos lugares donde se unió con la tradición *industrial* secreta. Tal unión tuvo lugar en el movimiento ludita, y en Nottingham y Yorkshire los luditas resistieron la penetración de los espías con extraordinario éxito. Aquí las autoridades se enfrentaron a una cultura obrera tan opaca que (a menos que un preso ludita se quebrara bajo interrogatorio y por miedo al patíbulo) resistía toda penetración.

¹ T.S. 11.333 y ^ abajo, p. 593.

² Groves, a 1 de julio de 1794, T..S. 11.3510 A (3).

³ Añadir. MSS. 27813.

⁴ Véase adelante, especialmente pp. 626-7.

Cuando dos experimentados magistrados de la policía londinense fueron enviados a Nottingham, informaron al Ministerio del Interior: "casi todas las criaturas del orden inferior, tanto en la ciudad como en el campo, están de su lado".¹

495

Y aquí podemos hacer varias observaciones obvias, en cuanto al estudio del ludismo en particular. Si hubiera habido un submundo en esos años, por su propia naturaleza, no habría dejado pruebas escritas. No habría tenido publicaciones periódicas, ni libros de actas y, puesto que las autoridades vigilaban el correo, muy poca correspondencia. Uno podría, quizás, haber esperado que algunos miembros hubieran dejado reminiscencias personales; y sin embargo, hasta el día de hoy, no han salido a la luz relatos autenticados de primera mano de luditas. Pero muchos luditas activos, aunque alfabetizados, no eran lectores ni escritores. Además, tenemos que mirar hacia adelante desde 1813. El ludismo acabó en el cadalso y, en cualquier momento de los cuarenta años siguientes, proclamarse instigador ludita podría haber atraído la atención de las autoridades, e incluso recriminaciones en la comunidad en la que vivían los familiares de los ejecutados. Los luditas que habían dejado atrás su pasado no tenían más deseos que un hombre con antecedentes penales de que se les recordara su juventud. Para los que no lo habían hecho, hay que recordar que la corriente revolucionaria y conspirativa se extiende a lo largo de 1816-20, 1830-2 y hasta los últimos años cartistas. La cultura obrera de las Midlands y del norte que alimentó el cartismo de fuerza física en 1848 era apenas menos opaca para el investigador gentil que la de los años de guerra. De aquellos luditas "cuyas vidas fueron perdonadas y que permanecieron en el país", escribió Frank Peel,

es singular observar que muchos de ellos parecen haber estado todo el resto de sus vidas mezclados con todos los movimientos políticos y sociales que siguieron, y que estuvieron hasta cierto punto bajo la prohibición de la ley.

La mayoría se convirtieron en seguidores de Cobbett, Hunt y Feargus O'Connor. Un viejo ludita (cuenta Peel) que nunca revelaría nada de los secretos del ludismo, sin embargo en su vejez cantaba canciones luditas a sus nietos; otro huyó de Yorkshire a Lancashire, y fue encarcelado más de veinticinco años después por su participación en el movimiento cartista; otro permaneció "taciturno y silencioso" sobre el ludismo hasta su muerte.² En los pueblos de las Midlands, como en West Riding, las reuniones a medianoche, los simulacros y la retórica insurreccional se prolongaron durante cuarenta años. Hay leyendas de armas luditas, enterradas en 1812 y desenterradas en crisis posteriores. Los recuerdos que sobrevivieron se transmitieron como una tradición secreta.

496

De hecho, no es hasta las décadas de 1860 y 1870 cuando las historias de los supervivientes empiezan a salir a la luz; y un hombre que tenía veintiún años en 1811

¹ Informes de Conant y Baker, 26 de enero de 1812, en H.O. 42.119. (Copia también en Nottingham Reference Library).

² Frank Peel, *The Risings of the Luddites* (Heckmondwike, edn. 1895), pp. 269-70.

tendría ochenta en 1870. Hubo varios supervivientes de este tipo en West Riding, y sus historias fueron recogidas por historiadores locales con simpatía y (hasta donde se puede juzgar) cierta exactitud. Dado que estas obras son la última forma de una tradición verbal secreta, deben tomarse como fuentes serias.¹

En Nottingham nos encontramos ante una circunstancia desconcertante e intrigante. Al menos uno de los líderes de los tejedores de marcos era un hombre de inusual habilidad política y literaria. Gravener Henson (1785-1852) era un hombre que desafia la comparación con Francis Place, en un sentido, y con John Doherty, en otro. No hubo (escribió un contemporáneo) "ninguna combinación comercial en los tres condados de Midland durante los primeros cuarenta años de este siglo con la que... Henson no conociera". En 1812 fue el espíritu que impulsó el Framework-Knitter's Committee, que sin duda era primo del movimiento ludita. En años posteriores fue encarcelado (1817-18) durante la suspensión del Habeas Corpus, y más tarde tomó parte destacada en la campaña para derogar las Combination Acts. Era un hombre autodidacta, de complexión gruesa, "cuello corto, ojos pequeños y penetrantes y cabeza muy ancha en la base, que se eleva angularmente hasta una altura inusual". Estaba enormemente bien informado sobre las leyes relativas a la industria y el sindicalismo, publicó la primera parte de una *Historia de los oficios del marco-tejido y el encaje* (1831), y colaboró con la prensa radical y local. En el distrito de Nottingham se le atribuyó la reputación de haber sido un ludita, incluso el propio "General Ludd". Es casi seguro que esto no es cierto; pero, sin duda alguna, Henson *conocía* la mayor parte de la historia ludita. Y, sin embargo, un escritor tan fluido mostró, hasta el final de su vida, una "decidida repugnancia" a entrar en detalles sobre el tema. De hecho, se dice que dejó valiosos manuscritos revelando los secretos del ludismo en manos de un "miembro influyente" de la Corporación de Nottingham, "en el entendimiento de que serían entregados al público cuando el fallecimiento de ciertas partes hubiera eliminado la única dificultad". Estos manuscritos nunca han aparecido — quizás un "miembro influyente" prefirió llevárselos a la tumba².

497

Lejos de descartar la historia de algún eficaz ludita clandestino, la "repugnancia" de Henson a revelar los hechos le da peso. Y aquí debemos pasar de la crítica de las fuentes a la especulación constructiva. Desde Despard hasta Thistlewood y más allá hay un trecho de historia secreta, enterrada como la Gran Llanura de Gwaelod bajo el mar. Debemos reconstruir lo que podamos.

¹ Hay un poco en Shirley de Charlotte *Bronte-casi* todo del "otro" lado —y en A. L. *Sad Times* (Huddersfield, 1870) y mucho más en D. F. E. Sykes y G. Walker, *Ben o' Bill's, The Luddite* (Huddersfield, s.f.), y Frank Peel, *The Risings of the Luddites* (1ª ed., 1880). Los dos últimos afirman haber sido escritos a partir de las reminiscencias de los supervivientes.

² W. Felkin, *History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures* (1867), pp. XVII, 240-1; *Nottingham Review*, 19 de noviembre de 1852; W.H. Wylie, *Old and New Nottingham* (1853), p. 234. El miembro influyente, según un relato, era Alderman John Bradley. El descubrimiento de estos manuscritos sería del mayor interés,

III. LAS LEYES CONTRA LA COMBINACIÓN

Una de las "manos ocultas" detrás del desorden, de quien las autoridades más sospechaban, era Thomas Spence. Se creía que los spenceanos habían instigado los disturbios del pan en 1800 y 1801, aunque cuando Spence fue juzgado y encarcelado en este último año fue a causa de sus publicaciones sediciosas. En 1817 una vez más un Comité Secreto de la Cámara detectó una conspiración de la "Sociedad de Filántropos Spenceanos". Place, por su parte, dijo que los spenceanos eran "casi nadie y nada", "inofensivos y simples".

Volveremos a los acontecimientos de 1816-17. Pero es probable que, hasta la muerte de Spence en 1814, el relato de Place sea el más cercano a la verdad. Spence no tenía la discreción, ni la aplicación práctica, para un conspirador serio. Por otra parte, su grupo mantuvo vivo en Londres una especie de descontento clandestino, con tizas y toscos panfletos. Y lo que es más importante, en el contexto de la represión, Spence no creía en una clandestinidad centralizada y disciplinada. Su política era la de la *difusión* de la agitación. En marzo de 1801, los spenceanos acordaron organizarse de la forma más laxa posible, con "predicadores de campo". Los partidarios debían formar sociedades que se reunieran en bares "de manera libre y sencilla, sin imponerse reglas"; su función era hablar y difundir los panfletos del ciudadano Spence. (Una sociedad llamada "Free and Easy" se reunía todos los martes en "The Fleece" en Little Windmill Street en 1807). Su intención parece haber sido hacer que la desafección fuera tan amorfa que las autoridades no pudieran encontrar ningún centro ni ningún nervio organizador.¹

498

Este no era el método de la "Lámpara Negra" y del ludismo. Pero proporciona una pista, en la propia política de difusión. Pues la tradición ilegal, de 1800 a 1820, nunca tuvo un centro. No hubo ninguna Conspiración de Iguales babeuviana, ningún Buonarrotti que enviara emisarios por todo el país; y si buscamos uno, cometemos el mismo error que las autoridades.

El jacobinismo se había hecho autóctono en las comunidades obreras exactamente al mismo tiempo que había perdido todo centro nacional, así como la mayoría del apoyo de la clase media. Fue en los viejos centros de propaganda jacobina —Sheffield, Nottingham, el sur de Lancashire, Leeds— donde el "espíritu socrático" de Thelwall se hizo endémico en los talleres y fábricas. En parte, se trataba de una tradición consciente. Grupos de Painitas, que se conocían y confiaban los unos en los otros, se reunían en secreto; los *Derechos del Hombre* pasaban de mano en mano; en Merthyr, según un pintoresco relato,

unos pocos que tenían en alta estima sus *Derechos del Hombre* y *Edad de la Razón* se reunían en lugares secretos de las montañas, y tomando las obras de lugares ocultos

¹ O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, pp. 122-3, 146-7; Add. MSS. 27808.

bajo una gran roca o algo así, las leían con gran unción.¹

Mayhew anotó el relato de un viejo librero londinense que vendía "Tom Paine a escondidas":

Si alguien compraba un libro y pagaba... tres veces más de lo que estaba marcado, él *daría* la "Edad de la Razón" en. Su puesto era bastante un puesto piadoso, y no estaba a menudo sin una copia o dos del "Anti-Jacobin Review"... aunque tenía "Tom Paine" en un cajón.²

En Sheffield los "viejos Jacks" aún se reunían para brindar por la salud de Paine y cantar "God Save Great Thomas Paine":

Los hechos son sediciosos
Cuando tocan cortes y Reyes.
Se levantan ejércitos.
Cuarteles y bastillas construidas,
Inocencia cargada de culpa,
Sangre injustamente derramada,
Los dioses se asombran.³

499

Tras la ejecución de Despard, estos grupos de Painites en las comunidades manufactureras habrán perdido cualquier vínculo nacional. Se replegaron en sus propias comunidades, y su influencia se habrá visto determinada por los problemas y experiencias locales. Sólo en momentos de gran agitación habrán buscado, con extrema cautela, primero contactos regionales y más tarde nacionales. Pero, a medida que se replegaban, sus ideas se veían moldeadas, a su vez, por las peculiaridades de cada comunidad. Los focos de insatisfacción se habrán convertido en económicos e industriales; era más fácil, en Bolton o Leeds, organizar una huelga o una manifestación por el precio del pan, que una discusión política, una petición o una insurrección. Los jacobinos o los painitas no aparecieron; pero la reivindicación de los derechos humanos se difundió más que nunca. La represión no destruyó el sueño de la república igualitaria inglesa; disolvió los lazos de lealtad que quedaban entre los trabajadores y sus amos, de modo que la desafección se extendió en un mundo en el que las autoridades no podían penetrar. Un indignado magistrado clerical, el reverendo J. T. Becher, dio su propia versión del origen del Ludismo:

Atribuyo los... atropellos a esos principios jacobinos con los que las órdenes inferiores han sido sediciosamente inoculadas por los reformadores de Nottingham, quienes, en muchos casos, se han convertido en los objetos de esa organización secreta y confederación malévola que ellos fomentaron con sus ejemplos perniciosos, sus arengas licenciosas y su prensa sediciosa para el logro de los proyectos facciosos de entonces. Así se han introducido y alimentado los males hasta que se han *incorporado*

¹ C. Wilkins, *Historia de Merthyr Tydfil* (1867). Según el mismo relato, "los hombres religiosos tenían los clavos de sus botas dispuestos para formar T.P., para poder pisotear figurativamente a Tom Paine".

² Mayhew, op. cit., I, p. 318.

³ John Wilson, *The Songs of Joseph Mather* (Sheffield, 1862), pp. 56-7. Cf. B. Brierley, *Falsworth, My Native Village*, pp. 14-16.

íntimamente al estado de la sociedad en éste y otros distritos manufactureros.¹

Detrás de este arrebato se esconden animosidades complejas. Becher, como Tory (Regente en su propia persona tanto de la Iglesia como del Rey) sintió que los mangueros de Nottingham habían sido enarbolados con su propio petardo. Algunos habían sido reformistas en la década de 1790; eran disidentes; habían pedido la paz en 1801; habían ayudado a desplazar a un diputado tory en 1802 con el acompañamiento de disturbios y *Ça Ira*. (Irónicamente, este mismo diputado, Daniel Parker Coke, restituido en su puesto en 1803, demostró estar más atento al caso de los tejedores de marcos que sus empleadores whigs). Ahora, los dientes de dragón que habían sembrado en el mercado de Nottingham diez años antes brotaban en armas a su alrededor. Pero Becher tenía razón al ver que lo que antes había sido propaganda de una minoría estaba ahora "íntimamente ligada al estado de la sociedad". Y el tronco sobre el que se había injertado el jacobinismo era el sindicato ilegal.

500

Hay pocas pruebas de que los Painites decidieran deliberadamente "impregnar" los sindicatos y las sociedades de socorros mutuos.² Pero en cualquier momento antes de la década de 1840 es un error separar en nuestra mente la desafección política y la organización industrial. En las sociedades de socorros mutuos, que, aunque legales, no podían establecer vínculos regionales o nacionales, a menudo se respetaba la regla de "no hacer política". Algunos de los antiguos clubes de oficios tenían una tradición similar. Pero en la mayoría de las comunidades manufactureras, la iniciación de *cualquier* movimiento organizado recaía probablemente en una minoría de espíritus activos; y los hombres que tenían el valor de organizar un sindicato ilegal, la capacidad de dirigir su correspondencia y sus finanzas, y los conocimientos para presentar peticiones al Parlamento o consultar con abogados, probablemente tampoco eran ajenos a los *Derechos del Hombre*. A medida que surgían líderes sindicales más jóvenes, se habrían visto rápidamente empujados hacia un radicalismo extremo por las propias condiciones de su conflicto con los empresarios, los magistrados y una Cámara de los Comunes indiferente o punitiva.

Fue Pitt quien, al aprobar las Leyes de Combinación, asoció involuntariamente la tradición jacobina a los sindicatos ilegales. Este fue especialmente el caso en Lancashire y Yorkshire, donde la Ley de 1799 sacudió a los jacobinos y a los sindicalistas en una amplia combinación secreta, mitad política, mitad industrial, en énfasis. "Se originó en Sheffield", informó un informador (Barlow):

... en la sociedad republicana de allí, está conectada con las principales ciudades manufactureras de Yorkshire y se comunica con esta ciudad [Manchester], Stockport y, en particular, Bury.

En Sheffield, el mismo informador encontró un "espíritu general de desafección creado en todas las clases de artesanos y mecánicos por el último proyecto de ley. . que me

¹ Aspinall, op. cit., pp. 170, 174. Cursiva mía.

² W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies*, p. 20, declara que "los clubbistas" pensaban que "su negocio era agusanarse en sociedades de convivencia de todo tipo", en particular sociedades benéficas.

temo que ya ha provocado que *se unan* más de los que habrían pensado en tal medida de no ser por los proyectos de ley". Los sindicalistas (informó) estaban haciendo cálculos del número de trabajadores que probablemente se verían afectados negativamente por la Ley de Combinación, y calcularon 60.000 en Lancashire, 50.000 en Yorkshire y 30.000 en Derbyshire. Los comités secretos de la nueva organización estaban "bajo la dirección de los republicanos". A partir de entonces, es interesante señalar que los clubes políticos supervivientes del norte y las Midlands abandonaron títulos como Sociedades "Patrióticas" o "Constitucionales" y se denominaron a sí mismos "Sociedades Sindicales", un término cuya ambivalencia les permitía abarcar objetivos tanto políticos como industriales. El término (aunque no los clubes) sobrevivió a las Union Societies y los Political Unions de la posguerra.¹

501

En Lancashire, la resistencia a las Leyes de Combinación fue organizada por un comité de sindicalistas cualificados, compuesto por cortadores de fustán, hilanderos de algodón, zapateros, fabricantes de maquinaria e impresores de calicó.² En Yorkshire, los informes persistentes atribuían a los pañeros o cosechadores el papel de iniciadores de organizaciones secretas con fines tanto industriales como ulteriores. Un memorándum presentado ante el Consejo Privado en el momento en que se aprobó la Ley de Combinación de 1799 condenaba especialmente a los "croppers": "el poder despótico que realmente poseen y ejercen casi supera lo creíble".³ En 1802, Earl Fitzwilliam, el templado Lord-Lieutenant de West Riding, envió sucesivos informes al Ministerio del Interior, en los que la organización de los croppers y la combinación ilegal en general aparecen inextricablemente entremezcladas. Al principio, Fitzwilliam se inclinó por tomar los informes de conspiración insurreccional grave con una cucharada de sal. "El verdadero tipo de conspiración jacobina", escribió en julio, "me temo que existe, en mayor o menor grado.... Confío en que el verdadero secreto esté en *muy pocas* manos, que el resto sean ilusos...." La mayoría de las reuniones nocturnas, consideraba, sólo eran "con el fin de aumentar sus salarios, y de las que no se puede esperar nada". En cuanto a la conveniencia de acceder a la petición de algunos grandes fabricantes de que tales reuniones fueran reprimidas por la fuerza, se mostró cauteloso. La necesidad de suprimir las reuniones sediciosas no debe convertirse en un pretexto para "obtener leyes más restrictivas contra las combinaciones de jornaleros para aumentar los salarios". Tales hombres tienen derecho a su parte de "la temporada de cosecha" cuando el comercio es bueno. Penalizar sus combinaciones sería injusto:

502

No estoy seguro de que no debamos darles motivos de queja contra la Constitución, de que no debamos ponerlos al servicio de los verdaderos jacobinos y, con nuestros propios

¹ P.C. A-161, 164. Por esta época, el mayor Cartwright fue "muy consultado para la formación de varias sociedades infantiles", llamadas Union Societies. F. D. Cartwright, op. cit., I, p. 243.

² T. Bayley a H.O., 6 de noviembre de 1799, en P.C. A.164.

³ "Observaciones sobre las combinaciones entre trabajadores", in P.C. A. 152. Véase más abajo, p. 524.

actos, justificar los suyos...¹

En dos meses su opinión había cambiado. Había tres razones. En primer lugar, recibió informes tanto de la "Lámpara Negra" como de la organización sindical secreta, que eran más circunstanciales, y en los que los propósitos sindicales se entremezclaban inseparablemente con rumores de objetivos revolucionarios ulteriores. Se le informó de que:

... había tres casas en Leeds y tres en Wakefield donde se reunían los comités; que se esperaba que una de ellas fuera registrada hace algún tiempo, y que sus papeles estaban escondidos bajo una trampilla en el suelo de la casa y entre las brasas; que cada miembro pagaba i d, por semana al fondo; que se habían hecho muchos comités, y que cada hombre del comité recibía diez más . . que llevaban sus peniques semanales a Leeds; que habría un levantamiento en todo el país la misma noche, y todo volcado a la mañana siguiente.

En segundo lugar, recibió del Ministerio del Interior pruebas convincentes de la estrecha relación entre la organización de los croppers o shearmen en Yorkshire y el oeste de Inglaterra, donde recientemente se habían destruido molinos. En tercer lugar, se alarmó cada vez más ante los informes de una creciente ola de sindicalismo exitoso, que involucraba a una veintena de oficios. A principios de septiembre, el alcalde de Leeds le escribió consternado por "la forma trascendental que ha adquirido el espíritu de combinación entre los obreros de casi todas las clases (pero especialmente entre los esquiladores)":

Permisos, privilegios, tiempo, modo de trabajo, tarifa, quién será empleado, etc., etc., todo depende ahora de las decisiones de nuestros trabajadores, más allá de toda apelación; y todas las ramas están luchando por su parte de estos nuevos poderes. Ya es un hecho confirmado que un albañil, un carpintero, un carretero, etc., tendrá un salario 3s. por semana más alto en Leeds o en Manchester que en Wakefield, York, Hull, Rochdale ...

A finales de septiembre de 1802, todos los cosecheros empleados por Gott, el mayor fabricante de lana de Leeds, se declararon en huelga en oposición al empleo de dos muchachos que superaban la edad reconocida para el aprendizaje (catorce años). (El problema era un pretexto para un enfrentamiento general entre Gott y los cosechadores, y por lo tanto para todo el comercio de West Riding, sobre la cuestión del aprendizaje). El Conde Fitzwilliam escribió ahora a Lord Pelham, pidiendo "más restricciones contra la combinación de oficiales":

503

No puedo dejar de tener la firme opinión de que todas las reuniones, y la sospecha de reuniones, tiene su origen en la combinación de los mismos hombres de los que estoy hablando ahora, los cultivadores. Ellos son los tiranos del país; su poder e influencia ha crecido a partir de sus altos salarios, que les permiten hacer depósitos que los ponen más allá de todo temor de inconvenientes por mala conducta. Ellos son, sin embargo, un orden de hombres no necesarios para la manufactura, y si los comerciantes tuvieran la firmeza de prescindir de ellos, su consecuencia se perdería, sus bancos se arruinarían,

¹ Aspinall, op. cit., pp. 41, 45-6.

sus combinaciones caerían al suelo, y no oiríamos más de reuniones de ninguna clase...¹ No sabemos si algunos de los espíritus que movían el sindicato de cosechadores eran antiguos miembros de la sociedad de "Work ing Mekanicks" que habían escrito al L.C.S. cinco años antes.² Sabemos, sin embargo, que los pequeños productores habían establecido a principios de siglo en Leeds un nuevo salón para el libre comercio de telas, dejando de lado a los pañeros ricos, y que era conocido universalmente como el "Tom Paine Hall". También sabemos que el principal intermediario para la comunicación postal entre los cultivadores de Yorkshire y los esquiladores del oeste del país había un zapatero de Leeds, George Palmer, en quien seguramente podemos detectar al proverbial zapatero radical. Es razonable suponer que algunos de estos hombres alfabetizados, hábiles y muy capaces eran Painites.

Además, las Leyes de Combinación de 1799 y 1800 habían obligado a los sindicatos a entrar en un mundo ilegal en el que el secretismo y la hostilidad a las autoridades eran intrínsecos a su propia existencia. La situación de los sindicatos entre 1799 y la derogación de las Leyes de Combinación (1824-5) fue compleja. En primer lugar, hay que afrontar la paradoja de que fue precisamente en los años de vigencia de las Leyes cuando el sindicalismo registró grandes avances. No sólo los sindicatos que se remontan al siglo XVIII —lecheros, sombrereros, cordoneros y zapateros, carpinteros de ribera, sastres— Durante muchos años de vigencia de las Leyes de Combinación, el sindicalismo se mantuvo más o menos imperturbable; también hay pruebas de que la organización se extendió a muchos oficios nuevos y de los primeros intentos de sindicalismo general. Los Webb consideran que algunos oficios artesanales londinenses "nunca han estado tan completamente organizados... como entre 1800 y 1820".³ Muchos oficios artesanales, como el de los sastres, contaban con su propia red de clubes o logias, locutorios, entradas, apoyo a los miembros que viajaban, control sobre el aprendizaje (que conllevaba un pago sustancial a los fondos del sindicato), beneficios, depósitos bancarios e incluso, en ocasiones, listas de precios oficiales elaboradas de acuerdo con los maestros. Estas pruebas han llevado a sugerir que las Leyes de Combinación eran casi "letra muerta", y que la idea de que hubo alguna "campana contra la libertad" durante estos años es muy exagerada.⁴

504

Esto es tan falso como la idea, que a veces se encuentra en los relatos populares, de que las Combination Acts ilegalizaron sindicatos que antes eran legales. De hecho, antes de la década de 1790 existía legislación suficiente para que casi cualquier actividad sindical concebible pudiera ser perseguida: como conspiraciones en el derecho consuetudinario, por incumplimiento de contrato, por dejar el trabajo sin terminar o en virtud de la legislación que cubría industrias separadas. Las

¹ Ibídem, pp. 53-64. Véase también Hammonds, *The Skilled Labourer*, pp. 174-8.

² Véase más arriba, p. 177.

³ S. y B. Webb, *History of Trade Unionism*, p. 83. Véase también más adelante, pp. 252-7.

⁴ Véase M. D. George, "The Combination Acts¹", *Economic History Review*, 1936, VI, pp. 172 y ss. Un útil resumen de la situación jurídica antes y durante las Leyes se encuentra en Aspinall, op. cit., pp. X-XXX.

Combination Acts fueron aprobadas por un Parlamento de antijacobinos y terratenientes, cuya primera preocupación era sumarse a la legislación existente que intimidaba a los reformistas políticos. También pretendían codificar la legislación antisindical existente, simplificando el procedimiento y permitiendo a dos magistrados proceder por jurisdicción sumaria. Su novedad consistía en esto; en el carácter inclusivo de su prohibición de *toda* combinación; y en el hecho de que, a diferencia de la legislación de la tradición paternalista anterior, no incluían cláusulas "protectoras" compensatorias. Aunque técnicamente también prohibían las combinaciones de amos, eran, como ha demostrado el profesor Aspinall, una odiosa legislación de clase".¹

Como tales, pendieron sobre las cabezas de todos los sindicalistas durante veinticinco años, y se emplearon a menudo. "Dos o más jueces se reúnen diariamente en una u otra de las ciudades manufactureras", escribió un emisario del Home Office desde el oeste de Inglaterra en 1802, "y como la Ley de Combinación ofrece un pretexto muy conveniente para citar e interrogar bajo juramento a cualquier sospechoso, tengo continuamente a algunos ante ellos."²

505

Fue este carácter general de las leyes lo que resultó tan "conveniente". No se ha hecho un recuento del número de casos presentados en virtud de ellas (ya que esto implicaría una larga investigación en la prensa provincial), pero nadie familiarizado con estos años puede dudar de que su influencia prohibitiva general estaba siempre presente. Por otra parte, hay una serie de razones interesantes por las que no se emplearon tan ampliamente como cabría esperar. En primer lugar, a pesar del peso de la legislación, existía una zona nebulosa que, en la práctica, todavía se aceptaba como permisible algún tipo de actividad sindical. Por un lado, los trades clubs —como los de los oficios londinenses—, que hacían hincapié en su función de sociedades benéficas y que guardaban silencio en cuanto a su correspondencia nacional y sus funciones negociadoras, podían permanecer durante años sin ser molestados, hasta que algún conflicto o huelga ofendía a los empresarios o las autoridades. Por otra parte, surgieron ocasiones en las que era legal que los oficiales de un oficio —al menos en diferentes ciudades y distritos— representaran sus intereses en peticiones al Parlamento o asistiendo a las comisiones de la Cámara.

Además, las Leyes no desplazaron del todo a la antigua y obsoleta legislación que facultaba a los magistrados para arbitrar en los conflictos salariales. Para que los jornaleros pudieran solicitar protección, ya fuera ante un magistrado o ante el Parlamento (y las autoridades eran reacias a bloquear por completo las salidas constitucionales para las quejas), se les debía permitir cierta organización para seleccionar a sus portavoces y recaudar los gastos necesarios.

He aquí, pues, una zona disputada en la frontera de la legalidad, que resultó

¹ Loc. cit, p. XVII.

² Hammonds, *The Skilled Labourer*, p. 176.

importante en la historia que conduce al ludismo. Pero, además, había varias razones por las que los patronos se mostraban a menudo reacios a utilizar las Leyes como algo más que una amenaza. En las industrias artesanales, como la sastrería o la zapatería, había muchos pequeños maestros poco organizados entre sí. En Londres o Birmingham, muchos de ellos eran radicales, despreciaban la legislación represiva de la que formaban parte las Combination Acts y tenían escrúpulos contra su uso. Las relaciones con sus oficiales eran a menudo informales y personales; los clubes de oficios habían sido aceptados durante mucho tiempo como parte de la escena; el empleador muy pequeño todavía encontraba conveniente el barco de aprendices. Pensaba en su negocio como algo que le proporcionaba una vida razonable más que en términos de expansionismo, y, en consecuencia, era tan celoso como sus hombres de los pocos grandes empresarios que, haciendo caso omiso de la costumbre y el aprendizaje, se llevaban la crema del mercado y empleaban mano de obra barata. De ahí que, en tales oficios, los sindicatos artesanales existieran dentro de un área indefinida de tolerancia. Si sobrepasaban esos límites, mediante huelgas o reivindicaciones "irrazonables", podían ser perseguidos o ser objeto de la contraorganización de los patronos. No están libres de los efectos de las Leyes de Combinación, pero han aprendido a convivir con ellas.

506

Fuera de los oficios artesanales —de hecho, en la mayor parte de los distritos manufactureros del norte, Midlands y oeste— se daban otras condiciones. La represión del sindicalismo era mucho más severa en las industrias artesanales, en las fábricas y en los grandes talleres. Cuanto mayor era la unidad industrial o la especialización de los oficios, más agudas eran las animosidades entre el capital y el trabajo, y mayor la probabilidad de un entendimiento común entre los empresarios. Algunos de los conflictos más agudos afectan a hombres con conocimientos especiales que intentan alcanzar o mantener una posición privilegiada. privilegiada: hilanderos de algodón, impresores de calicó, patronistas, constructores de molinos, carpinteros de ribera, cosechadores, laneros, algunos tipos de trabajadores de la construcción. Encontramos otros que implican a un gran número de trabajadores externos, en particular tejedores y tejedoras, que intentan resistirse a los recortes salariales y al deterioro de su estatus.

Pero incluso en este caso no siempre se recurrió a las Leyes de Combinación. En primer lugar, éstas hacían recaer la responsabilidad de la persecución en los empresarios. Sin embargo, a pesar de las primeras combinaciones entre los patronos de diferentes industrias, cada empresario estaba rodeado por los celos de sus competidores. Cuanto mayor era su empresa, mayores eran los celos y más probabilidades había de que sus rivales sacaran provecho de su situación embarazosa. (Así, el intento de Gott de vencer a los coppers en 1802 fue derrotado por la capitulación de otros fabricantes de Leeds ante las exigencias del sindicato). Además, allí donde el sindicato era fuerte, la persecución judicial entrañaba muchas dificultades. Era notoriamente difícil obtener dos testigos entre los hombres que

juraran la existencia del sindicato. El empresario sabía que podía perder a muchos de sus mejores artesanos. Si no eran encarcelados o se declaraban en huelga, se irían de uno en uno y de dos en dos y "ennegrecerían" su taller o fábrica. Por otra parte, los resultados de una persecución no siempre justifican las pérdidas que podría acarrear. Para una primera condena, el castigo era de sólo tres meses de prisión; y aunque la condena solía estar asegurada, no era automática. Además, los empresarios se veían disuadidos "por la posibilidad de apelar a las Quarter Sessions . . . que podían colgarlos durante 3 meses antes de que se tomara una decisión, tiempo durante el cual el informante no podría haber llevado a cabo ningún negocio porque sus tiendas de cultivo habrían estado bajo interdicción".¹

507

Así pues, a menudo se incoaban procesos, no en virtud de las Leyes de 1799-1800, sino de la legislación anterior: el derecho consuetudinario de la conspiración, o en virtud del Estatuto isabelino de los artificieros (5 Eliz. c.4), que penalizaba a los trabajadores por dejar el trabajo inacabado. La ventaja de la primera era que podía utilizarse contra los "cabecillas" o dirigentes de un sindicato (acompañada de la incautación de documentos y fondos); que podían imponerse penas más severas; y, no menos importante, que la carga de la acusación recaía en las autoridades y no en los empresarios individuales. La ventaja de la segunda era que, en caso de huelga, el empresario podía proceder por jurisdicción sumaria basándose en las pruebas de la propia huelga, sin necesidad de conseguir testigos que juraran la existencia de una organización sindical formal. "Se han llevado a cabo muy pocos procesos en virtud de las Leyes de Combinación", escribió Gravencr Henson, el líder de los tejedores:

pero se han hecho cientos bajo esta ley, y el trabajador nunca podrá ser libre a menos que se modifique esta ley; la combinación no es nada; es la ley con respecto al acabado del trabajo, que los amos emplean para acosar y mantener bajos los salarios de su gente de trabajo.²

Estas salviedades son importantes, pero no deben llevarnos a conclusiones sobre cualquier disposición templada por parte de la autoridad hacia el sindicalismo. Desde el punto de vista de los sindicalistas, poco importaba si se les perseguía en virtud de las Leyes o en virtud del derecho consuetudinario o de 5 Eliz. c.4, salvo que estas últimas eran más severas o más expeditivas. Para el público en general, en cualquier caso, toda esta legislación se agrupaba bajo el término genérico de "leyes contra la combinación". La eficacia de la legislación no debe juzgarse por el número de enjuiciamientos, sino por su influencia disuasoria general.

508

En virtud de una ley u otra, los golpes eran golpearon a los sindicalistas en momentos críticos, o en puntos críticos del desarrollo: Por ejemplo, los trabajadores de la lana del oeste de Inglaterra (1802), el "Instituto" de pañeros de Yorkshire (1806), los tejedores de algodón de Lancashire (1808 y 1818), los publicistas de *The Times*

¹ Beckett a Fitzwilliam, 28 de enero de 1803, Fitzwilliam Papers, F.45 (e).

² Citado por M. D. George, op. cit., p. 175.

(1810), los tejedores de Glasgow (1813), los cuchilleros de Sheffield (1814), los tejedores de marcos (1814), los impresores de calicó (1818) y los tejedores de lino de Barnsley (1822). Por lo general, estos casos se produjeron en momentos en los que la organización estaba muy extendida y tenía éxito, o cuando el propio Gobierno se alarmó por el desorden y la agitación "sediciosa" que lo rodeaba. La correspondencia del Ministerio del Interior revela que estas consideraciones generales a menudo tenían prioridad sobre las cuestiones industriales concretas y, además, que se producía una lucha continua entre las autoridades (Ministerio del Interior o magistrados), que deseaban que los empresarios fueran procesados, y los patronos, que deseaban que la responsabilidad recayera en el Gobierno.¹ Incluso los grandes empresarios actuaban a menudo con considerable recelo. "La ley es dura", admitió un empresario de Sheffield a su prometida que protestaba en 1814, "porque es difícil mejorar los salarios si no es mediante la combinación, y en un periodo menos insubordinado no habría intentado poner en vigor una ley así".² Una vez más podemos detectar esa zona indefinida de tolerancia, que sólo se alteraba en el punto en el que los sindicalistas se volvían incómodamente exitosos o "insubordinados".

Así, en los oficios artesanos, especialmente en Londres, existía un mundo crepuscular de semilegancia, en el que se alcanzaba un grado muy alto de organización y se acumulaban fondos considerables. (Hemos visto la sugerencia de Thomas Large de que los carpinteros tenían 20.000 libras en 1812, y el relato de Davenport de los zapateros en los mismos años.⁸) Fue de los oficios londinenses de donde surgió en 1818 la primera publicación periódica dedicada a asuntos sindicales: *la Gorgon*, editada por John Wade, un clasificador de lana, y apoyada por John Gast, el líder de los carpinteros de ribera. Pero en los distritos manufactureros del norte y de las Midlands, en condiciones en las que la combinación debía ser generalizada y militante o bien ineficaz, una u otra de las leyes contra la combinación se utilizaba con frecuencia, como auxiliar de la reducción de salarios o de la victimización, desarticulando sindicatos incipientes y empujando a otros hacia formas clandestinas. En el sector textil, Gravener Henson vio las leyes como—

509

una tremenda piedra de molino alrededor del cuello del artesano local, que lo ha deprimido y degradado hasta la tierra: cada acto que ha intentado, cada medida que ha ideado para mantener o aumentar sus salarios, se le ha dicho que era ilegal: toda la fuerza del poder civil y la influencia del distrito se ha ejercido contra él porque estaba actuando ilegalmente: los magistrados, actuando, como creían, al unísono con las opiniones de la legislatura, para controlar y mantener bajos los salarios y la combinación, consideraron cada intento de la parte del artesano para mejorar su situación... como una especie de sedición y resistencia al Gobierno: todo comité u hombre activo entre ellos era

¹ Para un excelente ejemplo, véase la opinión de Spencer Percival, entonces Fiscal General, 5 de octubre de 1804: "Si el Gobierno atiende esta solicitud por parte de los fabricantes de botas y zapatos, se deben esperar solicitudes similares por parte de cualquier otro comercio, y esto llevará a la opinión de que no es asunto de los maestros del comercio que sienten el perjuicio perseguir, sino que es asunto del Gobierno". Aspinnall, op. cit., pp. 90-2.

² T. A. Ward, op. cit., pp. 216-19. ³ Véase más adelante, p. 238 y p. 254.

considerado como un instigador turbulento y peligroso, a quien era necesario vigilar y aplastar si era posible.¹

Fue la asociación de tejedores de marcos de Henson en 1813 cuyos billetes llevaban un escudo con un telar, un brazo sosteniendo un martillo y el lema: "Taisez vous" (callaos). Los hombres del condado de Notts (dijo en 1824) consideran las leyes de combinación "tan opresivas, que su lema ha sido: 'Si ustedes encuentran cárceles, nosotros encontraremos cadáveres' ".² Los Webb, cuyos materiales para *The History of Trade Unionism* se recopilaron a finales del siglo XIX, señalaron que cada sindicato antiguo tenía su "leyenda romántica de sus primeros años": "la reunión de patriotas a medianoche en el rincón de un campo, la caja de actas enterrada, el juramento secreto, las penas de prisión...".³ Así, se supone que la Sociedad de Fundadores del Hierro, creada en 1810, se reunía "en noches oscuras en las cumbres, páramos y páramos de las tierras altas de los condados de Midland".⁴ Cuando se celebraban estas reuniones nocturnas (como sin duda ocurrió), el ambiente general fomentaba las conversaciones revolucionarias, incluso cuando el objetivo inmediato era industrial. Lo más habitual era que los sindicatos se reunieran en la habitación privada de algún tabernero simpatizante. La forma de organización dificultaba la penetración de espías. En algunos casos se basaba en "clases" (una forma tomada de los metodistas),⁵ o en refinamientos que quizá debían algo a la experiencia jacobina e irlandesa. Así, mediante un elaborado sistema de delegación del taller al comité municipal, y de éste al comité regional, era posible ocultar los nombres de los dirigentes y de los miembros de los comités regionales del sindicato. (En algunos casos, los dirigentes eran nombrados por votación secreta en el seno del comité, y sus nombres sólo eran conocidos por el Secretario o el Tesorero.)⁶ Por tanto, si una parte de la organización llegaba a conocimiento de las autoridades, otras partes podían permanecer intactas.

510

Probablemente, los juramentos y las ceremonias de iniciación estaban muy extendidos. No hay razón para dudar de la autenticidad de la conocida ceremonia de los laneros (¿o constructores?), con sus alicatadores interiores y exteriores, su vendaje de los ojos, su solemne juramento de guardar secreto ante la figura de la muerte:

Pido a Dios que sea testigo de esta mi más solemne declaración, de que ni las esperanzas, ni los temores, ni las recompensas, ni los castigos, ni siquiera la propia muerte, me inducirán jamás, directa o indirectamente, a dar ninguna información con respecto a cualquier cosa contenida en esta Logia, o en cualquier otra Logia similar relacionada con la Sociedad; y no escribiré, ni haré que se escriba, sobre papel, madera, arena, piedra, o

¹ [G. White y Gravener Henson], *A Few Remarks on the State of the Laws al present in Existence for regulating Masters and Workpeople* (1823), p. 86.

² *Cuarto informe... Artizans and Machinery* (1824), p. 281.

³ Loc. cit., p. 64.

⁴ R. W. Postgate, *The Builders History*, p. 17.

⁵ Véase R. F. Wearnouth, op. cit., Parte III, Cap. 2.

⁶ Véase A. B. Richmond, op. cit, p. 77.

cualquier otra cosa, por la que pueda ser conocida.¹

Tales juramentos tenían una larga tradición, debida en parte a la albañilería libre, en parte a antiguas tradiciones gremiales y en parte a ceremonias civiles comunes, como el juramento de los burgueses. Así, un juramento de los "Freemen of the Company of Basket-Makers", en uso a mediados del siglo XVIII, obligaba a sus miembros a "guardar bien y fielmente" los secretos del oficio, que no podían enseñarse "a nadie más que a los libres de la misma ciencia", y a pagar "todo tipo de obligaciones, como corresponde a un hermano y a un Freeman".² Una de las "misiones arias" del coronel Fletcher en Bolton desenterró un juramento más horrible, supuestamente importado por los "hombres cinta" irlandeses:

Juro en presencia de vosotros mis hermanos y de nuestra bendita señora María que mantendré y apoyaré nuestra santa Religión destruyendo a los Herejes hasta donde llegue mi persona y mi propiedad, sin exceptuar a ninguno.³

511

A partir de estas fuentes dispares, se elaboraron los juramentos de principios del siglo XIX: los luditas se basaron sobre todo en la tradición irlandesa y los unionistas en las tradiciones artesanal y masónica⁴. Los juramentos sindicales probablemente cayeron en desuso más pronto entre los oficios londinenses y los artesanos de las grandes ciudades. Pero las ceremonias de iniciación y los juramentos persistieron en las Midlands y en el norte (y en otros lugares) durante muchos años después de la derogación de las Combination Acts, no sólo como medida de seguridad contra los empresarios, sino también porque se habían convertido en parte de la cultura moral —solidaridad, dedicación e intimidación— esencial para la existencia del sindicato. La rama de Hudders Field de los Old Mechanics compró, en el momento de su fundación en 1831, una pistola, una Biblia y diez metros de tela para cortinas; claramente, las propiedades de la ceremonia de iniciación fueron una primera carga para los fondos de los miembros.⁵ Durante la gran oleada de sindicalismo general entre 1832 y 1834, parece que hubo un renacimiento de la toma de juramentos, especialmente en el sombrío Yorkshire "Trades' Union" de Yorkshire. Paradójicamente, la tradición de *taisez vous* parece haber estallado en una última fase de ceremonia ampulosa que distaba mucho de ser silenciosa. La alta burguesía se alarma ante los rumores de "juramentos solemnes y espantosos" que obligan a los hombres a matar a los traidores o a los malos amos. Los colonos y los trabajadores de la construcción fueron vistos entrando en posadas donde "hacen un ruido como si estuvieran en un ejercicio militar, y ... cuarenta o cincuenta disparos de pistola se

¹ [E. C. Tuffnell], *Character, Objects and Effects of Trades' Unions* (1834; ed. 1933) p.67.

² Rula en Brit Mus. marca de imprenta L.R. 404.3.4. (52). Véase también la gran variedad de formas en *The Book of Oaths* (1649).

³ H.O. 42.119.

⁴ Sobre la tradición masónica y, en general, sobre el ritual y las ceremonias de iniciación, véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, cap. IX.

⁵ Véase el facsímil en J. B. Jefferys, *The Story of the Engineers*, feeing p. 20.

disparan comúnmente en una noche. Se dispara una pistola sobre la cabeza de cada hombre inmediatamente después de que jure...".¹ Simeon Pollard, el líder del sindicato, negó que se hubieran hecho tales juramentos; pero John Tester, un líder de la huelga de laneros de 1825 (y ahora un acérrimo oponente del sindicalismo) escribió cáusticamente sobre el gasto en parafernalia sindical: "espadas, escenas de la muerte, batas, estandartes, hachas de guerra y grandes cajas vacías como cofres militares". En una investigación sobre un joven pata negra irlandés que murió a consecuencia de una paliza propinada por asaltantes no identificados en Farsley, cerca de Leeds (diciembre de 1832), surgieron detalles que parecen creíbles. Una rama del sindicato se había reunido semanalmente en el "Bay Mare", pagando 3*d.* cada semana por el uso de una habitación privada en el segundo piso:

Se tomaron precauciones extraordinarias para evitar que se oyera lo que ocurría en la sala; la parte inferior de las vigas se entabló con tablas de una pulgada y los intersticios se rellenaron con ahorros de madera; durante las reuniones se colocó un guardia en el exterior de la puerta y uno de los unionistas trajo a la sala toda la cerveza y otros licores.

512

El padre del muerto declaró haberse unido a la Unión para descubrir sus planes, a petición de su amo. Pero su relato parece auténtico:

Cuando se admite a un miembro, hay dos salas, en una de las cuales se reúne la Logia. La primera operación consiste en vendarle los ojos; a continuación, dos miembros le conducen al interior de la Logia; luego se le pide que diga la palabra de paso, que en aquella ocasión era Alfa y Omega; A continuación se le paseó por la sala, durante lo cual se oyó un gran ruido sordo producido por una plancha de hierro; luego se entonó un himno, y él continuó dando vueltas por la sala dos o tres veces, y se le preguntó si sus motivos eran puros; luego le quitaron la venda de los ojos, y lo primero que vio fue un cuadro de la muerte tan grande como un hombre, sobre el cual estaba la inscripción "Recuerda tu fin". Le volvieron a vendar los ojos y le pasearon por la habitación, cuando, al dar una señal, todos los miembros hicieron un gran ruido con los pies. Le ordenaron que se arrodillara junto a una mesa y le volvieron a quitar la venda de los ojos, cuando vio una gran Biblia ante él, con la mano puesta sobre ella.... A continuación, se leyó el Salmo 94 y se prestó juramento en los siguientes términos: obedecer todas las órdenes del Comité de la Unión y guardar todos los secretos en todos los detalles; la conclusión del juramento contenía una imprecación, en la que se hacía desear a cada persona jurada que, si violaba el juramento, su alma ardiera en el pozo más bajo del infierno por toda la eternidad....²

En una época que ha olvidado al Dios de las Batallas, podemos citar algunos versículos del salmo que estos sindicalistas seleccionaron para leer a los iniciados:

Oh Señor Dios, a quien pertenece la venganza; Oh Dios, a quien pertenece la venganza, muéstrate. ...

Señor, ¿hasta cuándo triunfarán los impíos, hasta cuándo triunfarán los impíos? 7

¹ MS. Diario de Anne Lister (Bankfield Museum, Halifax), 31 de agosto, 9 de septiembre de 1832.

² *Leeds Mercury*, 15 de diciembre de 1832, véase también *ibíd.*, 4 de agosto, 8 de diciembre, 22 de diciembre de 1832, y (para Tester) *Leeds Times*, y 14 de junio de 1832. He citado estos pasajes detenidamente porque matizan el admirable relato de Cole, *Attempts at General Union*, cap. VII y XVI.

¿Hasta cuándo dirán y hablarán cosas duras, y se jactarán todos los obradores de iniquidad?

Despedazan a tu pueblo, Señor, y afligen a tu heredad. Matan a la viuda y al forastero, y asesinan al huérfano. ...

Porque el Señor no desechará a su pueblo ni abandonará su heredad.

Pero el juicio volverá a la justicia, y todos los rectos de corazón la seguirán.

¿Quién se levantará por mí contra los malhechores? o ¿quién se levantará por mí contra los obradores de iniquidad? ?

¿Tendrá comunión contigo el trono de iniquidad, que con una ley hace el mal ?

Se juntan contra el alma del justo, y condenan la sangre inocente.

Pero el Señor es mi defensa, y mi Dios la roca de mi refugio.

Y traerá sobre ellos su propia iniquidad, y los cortará en su propia maldad; sí, el Señor nuestro Dios los cortará.¹

513

Este juramento y este salmo, ante la imagen de la muerte en la trastienda de una posada, eran cosas serias para gente en la que aún se agitaban profundas supersticiones, algunos de los cuales, tal vez, habían creído en Joanna Southcott o habían sido arrastrados por el renacimiento wesleyano. Además, un hombre sólo tenía que levantar la vista en el trabajo, o tal vez en la taberna o en la capilla, para encontrarse con los ojos de otros que compartían los mismos votos de secreto. Fue por un juramento como éste que los trabajadores de Dorchester (o "Mártires de Tolpuddle") fueron transportados en 1834, después de lo cual el juramento cayó rápidamente en desuso. Y fue en una reunión multitudinaria en Hunslet Moor, Leeds, para protestar contra las sentencias de Dorchester, cuando un conocido reformador declaró públicamente:

He conocido a hombres de la más estricta moralidad, en los ámbitos más humildes de la vida, que han prestado el mismo juramento. Tantos... que seleccionarlos y transportarlos casi despoblaría el West Riding.²

Pero no debemos pintar un cuadro demasiado colorido de los días heroicos de la ilegalidad. Gran parte del trabajo realizado en las trastiendas de las posadas era monótono. Gran parte era el trabajo sólido y tranquilo de la sociedad de beneficencia y entierro. Muchos de los peores problemas, en los años tranquilos, no provenían de los amos sino de la falta de experiencia o ignorancia de los funcionarios. Los fondos adquiridos lentamente se perdían con un oficial fugitivo, sin recurso posible a la ley, como los de la rama de Tewkesbury de los Tejedores del Marco que fueron imprudentemente confiados a un Secretario que era "aparentemente un Hombre de Habilidades y un giro religioso".³ Si los oficiales servían normalmente sin remuneración, las reuniones de los comités estaban bien lubricadas con cerveza

¹ Otros juramentos se basaban en *Ezequiel XXI* (véase más arriba, p. 392) y *Números XXX*, v.2 y *Deuteronomio XXIII*, v.21-3. Véase E. J. Jones, "Scotch Cattle and Early Trade Unionism in Wales", *Econ. Journal* (Suplemento), 1926-9, I, pp— 389-91.

² *Leeds Times*, 19 de abril de 1834. El presidente, Thomas Barlow, añadió: "Me complace saber que desde hace algún tiempo han seguido prestando juramento".

³ Archivos de la ciudad de Nottingham, 3984 I, 22 de junio de 1812.

pagada con fondos sindicales. Las funciones sociales de los sindicatos eran importantes, pero en los primeros libros de cuentas han quedado suficientes pruebas como para sugerir que otra de las quejas de John Tester no carecía de fundamento:

514

He visto decenas de miembros de comités que parecían no poseer ninguna... cualificación, excepto una extraordinaria capacidad para tragar. Sus poderes de deglución eran prodigiosos.¹

No hay razón para que la tradición secreta no pertenezca tanto a la taberna como a la reunión de medianoche en los páramos. Los caballeros no se encontrarían en ninguno de los dos lugares, y un extraño sería señalado en cuanto entrara en el bar. El secreto debe ser visto como algo más que una cuestión de juramentos y ceremonias; implicaba, durante los años de guerra y después de ella, todo un código de conducta, casi un modo de conciencia. En el trabajo, ningún líder o diputación tenía que dirigirse al patrón con las demandas de los hombres; se dejaba caer una indirecta, se incitaba a un vigilante o se dejaba una nota sin firmar para que el patrón la viera. Si no se satisfacían las demandas, no había necesidad —en el pequeño taller— de una huelga formal; los hombres simplemente se retiraban o avisaban por separado. Si bien se podía conocer a los líderes, también podía ser imposible probar sus actividades. "En 1804, un magistrado de Wakefield escribió: "Se han vuelto tan cautelosos que no es necesaria la huelga general ni la comunicación con los patronos; se hace de una manera perfectamente inteligible para los patronos, pero imposible de presentar como prueba para demostrar la existencia de una combinación"² "Hay algunos pocos individuos", escribió Place veinte años más tarde,

que gozan de la confianza de sus compañeros, y cuando se ha hablado de cualquier asunto relacionado con el oficio, ya sea en el club o en una sala aparte, o en una nave de trabajo o en un astillero, y el asunto se ha hecho notorio, se espera de estos hombres que indiquen lo que debe hacerse, y lo hacen, simplemente con una insinuación. Sobre esto los hombres actúan; y todos y cada uno apoyan a los que pueden ser expulsados del trabajo. ... Los que dirigen no son conocidos por el cuerpo, y tal vez ni uno de cada veinte hombres conozca la persona de alguno de los que dirigen. Es una regla entre ellos no hacer preguntas, y otra regla entre los que más saben, o bien no dar ninguna respuesta

515

Además, las condiciones de ilegalidad eran aquellas en las que los sindicalistas recurrían con más frecuencia a la acción directa para hacer cumplir reivindicaciones que no podían plantearse ni en la ley ni en una negociación abierta. Esto ocurría de varias maneras. En sus formas más suaves, era poco más que una presión moral extrema. El artesano que trabajaba por debajo de la tarifa del sindicato era castigado; el "ilegal" se encontraba con que sus herramientas se "perdían" o era "multado" por sus compañeros. En Spitalfields, la seda se cortaría en el telar; en los distritos de lana, las piezas se recortarían; en la industria del tejido, los "gatos", partes vitales del telar de medias, desaparecerían. Los pata negra o los malos amos se sabían vigilados; un

¹ *Leeds Times*, 7 de junio de 1834. Para ejemplos, véase Postgate, op. cit., pp. 21-2.

² Aspinall, op. cit., p. 93.

ladrillo podía entrar por la ventana, o podían ser atacados en un callejón por la noche. En Gloucestershire los tejedores pata negra eran llevados a horcajadas sobre la viga de sus propios telares y arrojados a un estanque. En Glasgow, Dublín, Manchester y Sheffield se registraron numerosos casos de asesinatos o intentos de asesinato, de lanzamiento de vitriolo o de cargas de pólvora arrojadas a los talleres. Los casos más sensacionales fueron ampliamente difundidos y crearon en las mentes incluso de personas simpatizantes de la clase media un profundo temor al carácter violento de los sindicatos secretos.¹

Por lo general, la acción directa se llevaba a cabo dentro de los límites impuestos por la cultura moral de la comunidad trabajadora. Un pata negra era visto como un intruso que amenazaba con quitar el pan de la boca a los trabajadores e inocentes; pero, aunque no se desperdiciaban lágrimas con él si se le agredía y se le "daba una lección", no había sanción moral para el asesinato o la mutilación. El ludismo era una extensión de este tipo de acción directa, pero también estaba cuidadosamente controlado dentro del mismo código tácito. Incluso en el código más rudo de las aldeas y de los puertos marítimos como Sunderland y North Shields, donde las manifestaciones ruidosas y los disturbios precedían a formas de organización más asentadas, la violencia se mantenía dentro de unos límites que se percibían más que se definían.

Paradójicamente, la persistencia del secretismo y de la violencia ocasional alentó los argumentos a favor de la derogación de las Leyes de Combinación. El argumento de Francis Place resulta familiar:

516

Las leyes contra las combinaciones . . . indujeron [a los trabajadores] a quebrantar y hacer caso omiso de las leyes. Les hicieron sospechar de las intenciones de cada hombre que ofrecía sus servicios. Les hicieron odiar a sus patronos con un rencor que ninguna otra cosa podría haber producido. Y les hicieron odiar a los de su propia clase que se negaban a unirse a ellos, hasta el punto de buscar cordialmente hacerles daño.²

Y el relato del propio Place sobre el éxito de la agitación para su derogación se ha repetido tan a menudo (y tan acriticamente) que ya es legendario. Según este relato, poco después de que terminaran las guerras comenzó, casi en solitario, a agitar la opinión dentro y fuera de la Cámara. Para ello recibió poca ayuda y cierta resistencia de los propios sindicalistas:

Los obreros habían sido engañados con demasiada frecuencia como para estar dispuestos a confiar en alguien que no fuera bien conocido por ellos. Habitualmente astutos y desconfiados de todos los que estaban por encima de su propio rango en la vida, y no teniendo ninguna expectativa de mitigación, y mucho menos de la posibilidad de que las leyes fueran derogadas, no podían persuadirse de que mis comunicaciones tuvieran algún valor para ellos, y por lo tanto no se darían ningún problema al respecto, y mucho menos para dar una información que, pensaban, podría ser utilizada algún día

¹ Un excelente ejemplo de este arraigado temor se encuentra en el tratamiento que la señora Gaskell da a los sindicatos en su compasiva *Mary Barton* (1848).

² Wallas, op. cit., p. 239.

en su contra. Los comprendí perfectamente, y no me desvié de mi propósito ni me ofendí con ellos. Estaba resuelto a servirles tanto como pudiera.¹

Finalmente, encontró en Joseph Hume un diputado lo suficientemente capaz, persistente y de la confianza de los ministros como para pilotar la derogación a través de la Cámara. Un Comité Selecto se llenó de partidarios. Fuera de la Cámara, Place creó un H.Q. permanente para el movimiento sindical, preparando a los mejores testigos y enviando pruebas a Hume; y (en 1824) se presentó un proyecto de ley bajo la estrategia de *Taisez Vous*, tan discretamente que incluso se advirtió a sus partidarios más acérrimos que no hablaran. Este proyecto de ley no sólo derogaba las odiosas Leyes, sino que también excluía explícitamente a los sindicalistas de la persecución por conspiración en el derecho consuetudinario. En 1825, tanto la patronal como el Gobierno contraatacaron y nombraron un nuevo Comité que se esperaba que recomendar el restablecimiento de la legislación punitiva. Pero, una vez más, Place y Hume trabajaron incesantemente para resistir o modificar dicha legislación. La Cámara se llenó de delegaciones que pedían testificar. Finalmente, el proyecto de enmienda de 1825 endureció la legislación hasta el punto de que casi cualquier forma de persuasión o intimidación de los no sindicalistas era un delito, pero dejó los puntos principales ganados: el sindicalismo y las huelgas ya no eran delitos como tales.²

517

Este relato no es falso. El logro de Place fue una hazaña notable de inteligente manipulación y de una labor de presión enormemente diligente y bien informada. No pasó por alto ningún punto de ventaja o de peligro. Explotó al máximo el hecho de que estaba tratando con una Cámara llena de caballeros que encontraban aburridos los asuntos sindicales, a algunos de los cuales no les gustaba el interés manufacturero, otros de los cuales habían hecho del *laissez faire* un dogma incuestionable, y la mayoría de los cuales estaban confundidos o eran indiferentes en cuanto a las cuestiones. Pero hace tiempo que la historia merece ser reexaminada. Y estos son algunos de los puntos que deben tenerse en cuenta.

En primer lugar, los sindicalistas tenían motivos para sospechar de Place. Su amargura había sido despertada, no sólo por las Leyes de Combinación, sino (quizás aún más) por la derogación simultánea o la supersesión de toda la legislación que protegía sus propios intereses.³ Pero tanto Place como Hume eran devotos de la "economía política" ortodoxa y habían colaborado activamente en el desmantelamiento de toda legislación que restringiera la "libertad" del capital o del trabajo. Así, en julio de 1812, Gravener Henson, que en ese momento estaba presionando, frente a una fuerte oposición, para la aprobación segura de un proyecto de ley de protección para los tejedores, escribió con tristeza al comité de Nottingham:

¹ *Ibidem*, p. 204.

² El relato completo de Place se encuentra en Wallas, op. cit., cap. VIII; Webbs, op. cit., cap. II; Postgate, op. cit., cap. II.

³ Véase más adelante, p. 257 y (para los agricultores y ganaderos) *infra*, pp. 544-5.

"Mr. Hume se opuso a nuestro proyecto de ley sobre el Dr. A. Smith de dejar solo al comercio...". La derogación de las cláusulas de aprendizaje de 5 Eliz. c.4 fue activamente diseñada por Place. El comité de maestros fabricantes que organizó la campaña a favor de la derogación (1813-14) estaba presidido por Alexander Galloway, antiguo secretario adjunto del L.C.S., cuya fábrica de Smithfield era ahora el principal taller de ingeniería de Londres. Su secretario, John Richter, fue durante años uno de los más estrechos colaboradores de Place. La cuestión había sido duramente contestada por los sindicatos, y se habían remitido cientos de peticiones para el mantenimiento o la ampliación de la regulación del aprendizaje, que llevaban un total de 300.000 firmas. La oposición de los obreros (y de muchos pequeños maestros de los oficios londinenses) Place la tachó de "intolerancia", "una prueba de la ignorancia de los jornaleros sobre sus verdaderos intereses". Por tanto, no es de extrañar que los sindicalistas siguieran "sospechando de las intenciones" de Place y Hume en 1824.¹

518

En segundo lugar, no es en absoluto cierto que Place llevara a cabo una campaña "en solitario". De hecho, Gravener Henson (que tenía mucha más autoridad entre los sindicalistas, especialmente al norte del Trent), se había adelantado tanto a Place que había redactado un proyecto de ley y conseguido el apoyo de Peter Moore, diputado radical por Coventry, que presentó el proyecto de ley en 1823. Place y Hume actuaron con rapidez, tanto para sabotear el proyecto de ley de Henson como para promover el suyo propio. En palabras de Place, las ideas de Henson se suelen tachar de "complicadas y absurdas", un "cúmulo de despropósitos". Los Webb, más prudentes, señalaron que el proyecto de ley era "elaborado", derogaba las Combination Acts pero "sustituía una complicada maquinaria para regular el trabajo a destajo y resolver los conflictos laborales". "Algunas de estas propuestas eran meritorias anticipaciones de la posterior legislación fabril", continuaban, "pero el momento no estaba maduro para tales medidas". Y continuaban elogiando a Place por su "gran sagacidad política" al utilizar técnicas fabianas particularmente tortuosas para asegurarse de que Henson y Moore fueran apartados del camino.²

De hecho, la "sagacidad política" de Place era tal que él estaba convencido de que las Leyes de Combinación eran la causa, no sólo del secretismo y los atropellos, sino también de las huelgas y del propio sindicalismo. Influenciado por su propia experiencia en pequeñas sastrerías, suponía que si los patronos y los hombres

¹ *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, p. 156; Webbs, *History of Trade Unionism*, pp. 61-2; T. K. Derry, "Repeal of the Apprenticeship Clauses of the Statute of Apprentices", *Eton. Hist. Rev.*, III (1931-2), pp. 77, 85.

² Wallas, op. cit., pp. 207-10; Webbs, op. cit., p. 100, n.i. El proyecto de ley de Moore (y del hijo de Hen) era ciertamente engorroso y tácticamente desacertado. Proponía derogar cerca de 400 leyes y secciones de leyes (incluida la odiosa legislación sobre patronos y sirvientes que se empleó durante muchos años tras la derogación de las Combination Acts); y promulgar medidas: 1) obligar a los empresarios a entregar a los empleados un recibo formal en el que constaran los salarios y las condiciones de trabajo; 2) limitar las horas extraordinarias, 3) suprimir el camión, 4) facilitar las acciones de los empleados contra sus empleadores para recuperar los salarios, 5) establecer un mecanismo de arbitraje. Había una serie de cláusulas menores que cubrían las contrataciones anuales, la malversación de materiales, herramientas, etc. Véase *Parliamentary Papers* (r823), II, pp. 253 y ss.; *Hansard*, nueva serie, VIII, 366.

estuvieran en una condición de completa libertad, cada patrón resolvería los asuntos más o menos amigablemente con sus propios obreros, las leyes de la oferta y la demanda regularían el precio del trabajo, y en unos pocos casos el arbitraje de los magistrados resolvería las dificultades. "El negocio es realmente muy sencillo", aconsejó a Hume, cuando le sugirió cómo eludir a Moore:

Derogar todas las leyes molestas y vejatorias, y promulgar muy pocas en su lugar. Dejad a los trabajadores y a sus empleadores, en la medida de lo posible, la libertad de negociar a su manera. Esta es la manera de evitar disputas....

Y en 1825 se fue a Burdett:

Las combinaciones pronto dejarán de existir. Los hombres se han mantenido unidos durante largos períodos sólo por la opresión de las leyes; derogadas éstas, las combinaciones perderán la materia que las aglutina en masas, y caerán en pedazos. Todo será tan ordenado como incluso un cuáquero podría desear. No sabe nada del pueblo trabajador que pueda suponer que, cuando se le deja en libertad de actuar por sí mismo, sin ser empujado a asociaciones permanentes por la opresión de las leyes, continuará contribuyendo con dinero para experimentos lejanos y dudosos, para beneficios inciertos y precarios.¹

"Esta es la forma de evitar disputas... Esta fue la nota clave de todo el cabildeo de Place; y fue un artículo de M'Culloch, el *decano* de la "economía política", en la *Edinburgh Review*, exponiendo argumentos similares, lo que hizo que muchos diputados apoyaran la derogación. Henson, por supuesto, no tenía tales ilusiones. Pero, como trabajador, sabía por experiencia que para los tejedores, tejedores de marcos y otros, el sindicalismo no era suficiente; y por lo tanto su proyecto de ley pretendía proporcionar la maquinaria de protección positiva para la que la Cámara de los Comunes puede no haber estado "madura", pero de la que los trabajadores necesitaban desesperadamente.

La respuesta de los sindicalistas a los acontecimientos de 1824 y 1825 ahora parece más explicable. Vieron cómo el proyecto de ley de Henson era apartado del camino por hombres conocidos por haberse opuesto anteriormente a las reivindicaciones sindicales y que parecían tener cierta relación con el Gobierno. De ahí su decidida reticencia a dar su apoyo en las primeras fases; y cuando lo hicieron, para testificar ante el Comité de Hume, Place los encontró llenos de reservas:

Los obreros no eran fáciles de manejar. Había que tener mucho cuidado y paciencia para no herir sus prejuicios... Estaban llenos de falsas ideas, todos atribuían sus angustias a causas equivocadas. Todos esperaban una gran y repentina subida de salarios, cuando las Leyes de Combinación deberían ser derogadas; ninguno de ellos tenía la menor idea de la relación entre salarios y población....

520

Cuando vieron de qué iba Place, le dieron su apoyo, no con entusiasmo, sino basándose en el principio de que medio pan era mejor que ninguno. Cuando se derogaron las Leyes, hicieron uso de su nueva libertad con vigor. Cuando parecía

¹ Wallas, op. cit., pp. 210, 217.

probable que se reinstaurarían, en 1825, incluso el Gobierno se vio sacudido por la tormenta de protestas, peticiones, reuniones y delegaciones de todos los gremios. Hombres "vigilantes e inteligentes" de Lancashire, Glasgow, Yorkshire y Tyneside acudieron a observar los procedimientos parlamentarios. John Doherty, el líder de los hilanderos de algodón de Lancashire, escribió a Place que cualquier intento de volver a promulgar las Leyes de Combinación provocaría un movimiento "revolucionario" generalizado.¹

Place fue el principal artífice de la derogación, con lo que se inmortalizó en la historia sindical. Se lo merecía. Pero no por ello debemos reprochar a los sindicatos su "apatía" (como hicieron los Webb)² ni subestimar la casi hilarante estafa de la época. Place era un doctrinario que deseaba la derogación de las leyes porque atentaban contra la buena economía política (y también porque le indignaba toda represión de los trabajadores). No tenía la menor idea de "servir" al movimiento sindical mediante la concertación y el acuerdo. Quería manejar a sus delegados como manipulaba a los parlamentarios: "Sabía muy bien que si se les podía servir... había que hacerlo sin su concurso, a pesar de ellos".³ "Los sindicalistas, por su parte, lo resumieron, vieron que era serio e influyente y le dieron un apoyo cualificado, aunque no era el proyecto de ley que querían. Es casi seguro que Place tenía razón al afirmar que el proyecto de ley de Henson nunca podría haber sido aprobado por la Cámara, como tampoco lo fue, diez años más tarde, el proyecto de ley de Maxwell y Fielden para regular los salarios de los tejedores. Por otra parte, Place se engañó a sí mismo en cuanto a las probables consecuencias de la derogación; y fue en parte la propia fuerza de este engaño (que la derogación evitaría disputas) que permitió a Hume recabar apoyos en una Cámara aburrida u hostil.

521

Una vez conseguida la derogación, no las "leyes" de M'Culloch, sino las organizaciones de hombres como John Gast, Doherty y Henson, se adentraron en el área de la nueva libertad. Los sindicalistas londinenses no recurrieron a Place, sino a Thomas Hodgskin, en busca de su teoría. Durante un breve periodo, varios sindicatos vieron con buenos ojos el evangelio de Place sobre los intereses comunes de trabajadores y empresarios.⁴ Pero la teoría de la colaboración de clases apenas había

¹ Wallas, op. cit., pp. 213-14, 228; Webbs, op. cit., pp. 106-7; *Reports of Select Committee on Artisans and Machinery* (1824), *passim*.

² Ya en enero de 1824, el *Enano Negro* hizo un llamamiento general para que se presentaran peticiones en apoyo de la derogación: en los primeros meses de 1824 se recibieron decenas de peticiones de este tipo procedentes de gremios de todo el país. Es interesante especular hasta qué punto los miembros del Gobierno (como Huskisson) toleraron el proyecto de ley de Hume como un medio para deshacerse del proyecto de ley de Peter Moore. Véase *Black Dwarf*, 17 de enero de 1824; *Mechanics' Magazine*, 24 de enero, 7 de febrero de 1824; *Journals of the House of Commons*. LXXIX, 1824; Huskisson en el debate del 27 de mayo de 1823, Hansard, nueva serie, VIII (1823).

³ Wallas, op. cit., p. 204.

⁴ Los cuchilleros de Sheffield enviaron a Place un bonito regalo, mientras que los hilanderos de algodón de Lancashire celebraron una cena en la que se brindó por Hobhouse, Hume y Place, y también se brindó por "Los fabricantes de algodón de Manchester; y que la paz y la armonía prevalezcan por mucho tiempo entre ellos y sus trabajadores". Véase *Trades Newspaper*, 24 de julio de 1825.

hecho su aparición cuando fue atacada, primero por el *Trades Newspaper* de Gast y, después, por los socialistas owenistas.¹ Salvo en algunos sindicatos artesanales, quedó tan relegada que apenas influyó en el desarrollo sindical durante quince o veinte años. Uno se pregunta si Francis Place, el gran tirador de cables, no estaba él mismo al final de un cable sindical.

IV. CULTIVADORES Y ALMACENISTAS

Esto anticipa nuestra narración. Porque los argumentos más convincentes para la derogación de las Leyes de Combinación eran, en primer lugar, su continua ineficacia para impedir el crecimiento del sindicalismo; y, en segundo lugar, la prevalencia de la acción sindical violenta, que había sido dramatizada por el ludismo. Hemos intentado acercarnos al movimiento ludita desde tres direcciones: la sombría tradición de cierto "subsuelo" político: la opacidad de las fuentes históricas: y las vigorosas tradiciones del sindicalismo ilícito. Ahora debemos analizar más detenidamente el contexto industrial en el que se desarrolló el ludismo.

Este análisis ya existe,² pero puede corregirse y completarse con pruebas que han salido a la luz más recientemente. El ludismo propiamente dicho, en los años 1811-17, se circunscribía a tres zonas y ocupaciones: el West Riding (y los tejedores de algodón), y el distrito de tejido de estructuras centrado en Nottingham y que incluye partes de Leicestershire y Derbyshire.

522

De estos tres grupos, los cultivadores o esquiladores³ eran trabajadores cualificados y privilegiados, entre la aristocracia de los trabajadores de la lana; mientras que los tejedores y los tejedores de marcos eran trabajadores a domicilio, con largas tradiciones artesanales, que sufrían un deterioro de su estatus. Los cultivadores son los más cercanos a los luditas de la imaginación popular. Estaban en conflicto directo con la maquinaria que tanto ellos como sus empleadores sabían perfectamente que los desplazaría. En 1806, la Comisión del Comercio de la Lana describió el trabajo de los cosechadores:

El oficio de pañero consiste en tomar una pieza de tela en estado bruto, tal como viene del mercado o del batán; primero levanta esa tela; después, si es una buena pieza, se corta en húmedo; luego se coge, se musga y se rema; musgar es rellenar la parte inferior

¹ Véase más adelante, cap. XVI.

² The Hammonds' *The Skilled Labourer* sigue siendo el mejor relato del trasfondo del ludismo, Cap. IV, "Los trabajadores del algodón", Cap. VI, sección 4, "Los esquiladores o cosechadores", Cap. VIII, "Los tejedores de armazones", y Cbs. IX y X sobre el ludismo de Nottingham y Yorkshire. *The Rising of the Luddites* de Frank Peel (para Yorkshire) es el estudio regional más vivo. *Popular Disturbances and Public Order in Regency England (Disturbios populares y orden público en la Inglaterra de la Regencia)*, de F. O. Darvall, se basa ampliamente, pero sin imaginación, en los documentos del Ministerio del Interior.

³ Los dos términos eran intercambiables, aunque "croppers" se utilizaba más en Yorkshire y "shearmen" en West Country. A veces también se utilizaba el genérico "cloth-dressers" o "cloth-workers".

de la lana después de haber sido cortada con las tijeras en húmedo, se hace con un mango provisto de teazles en cada mano; después se rema y se tensa... y se seca; si es una pieza fina recibirá tres cortes en seco después del tensor. . y se seca; si es una pieza fina recibirá tres cortes en seco después del tenter....

A continuación, se cortaba el revés y se examinaba la tela en busca de defectos para repararla, cepillarla, limpiarla, plancharla y, tal vez, cortarla por última vez¹. Aparte de la limpieza, el tensado y el prensado, la habilidad del cortador residía en el proceso central, mediante el cual se levantaba la superficie o "napa" de la tela y, a continuación, esta napa se recortaba o esquilaba. La siesta se levantaba con teazles; la esquila se realizaba con tijeras manuales muy pesadas (cuatro pies de longitud, desde el mango a la hoja, y 40 libras de peso). Ambas operaciones requerían experiencia y habilidad. Además, aunque los salarios de los cosechadores estaban regulados por la costumbre en torno al 5% del valor de la tela acabada, "pueden hacer una pieza 20 pr. Cent mejor o peor con el debido cuidado y trabajo o lo contrario". Por lo tanto, se encontraban en una posición negociadora excepcionalmente fuerte².

523

A finales del siglo XVIII, el acabado de la tela se convirtió en un proceso altamente especializado. Algunos grandes fabricantes realizaban todo el proceso en una sola "fábrica", y Gott llegó a emplear hasta ochenta coseedores bajo su propio techo. Pero la mayoría de los comerciantes compraban sus piezas en estado inacabado a los pequeños pañeros y las entregaban para su acabado a talleres que empleaban a "cuarenta, cincuenta o sesenta" hombres cualificados y aprendices en Leeds, pero sólo a cinco o seis en los talleres de acabado más pequeños de los pueblos de West Riding. Las estimaciones de 1806 oscilan entre 3.000 y más de 5.000 cosecheros en el West Riding (la segunda estimación incluye a los aprendices), con 500 maestros aderezadores. En el oeste de Inglaterra había quizá un tercio de esa cifra.³

De este modo, los cultivadores controlaban los procesos de acabado, al igual que los laneros, se encontraban en una posición privilegiada para organizar y excluir a la mano de obra no cualificada. Constituían la aristocracia de los trabajadores de la confección de West Riding y, cuando estaban plenamente empleados, podían ganar en los primeros años del siglo XIX hasta 305. a la semana. Tenían fama de "independientes" o "subordinados". modales, política conciencia y relajación desenfrenada. "En sentido estricto, el Cropper no es un sirviente", escribió un corresponsal en el *Leeds Mercury*.

No se siente, ni se llama a sí mismo como tal, sino como un obrero del paño, y participa mucho más de la naturaleza de un zapatero, carpintero, taylor, &c. Como ellos, va y viene, se detiene más o menos tiempo ... según tenga trabajo.⁴

Según otro relato, tenían "el doble o el triple de dinero en la cervecería que el tejedor,

¹ Loc. cit., p. 296. Una elucidación clara de estos procesos se encuentra en W. B. Crump, *The Leeds Woollen Industry, 1780-1810* (Leeds, 1931), pp. 38-51.

² "Observaciones sobre las combinaciones", 1799, P.C. A.152.

³ *Committee on the Woollen Trade* (1806), pp. 239, 289, 297.

⁴ *Leeds Mercury*, 15 de enero de 1803.

el modista o el tintorero", y eran "notoriamente los menos manejables de todas las personas empleadas en esta importante manufactura".¹

Pero al mismo tiempo eran muy conscientes de que su estatus se había vuelto inseguro gracias a una maquinaria que podía convertirlos casi de la noche a la mañana de un *élite* en "una cantidad de hombres no necesarios para la fabricación". El *gig-mill** era un invento antiguo; de hecho, gran parte del conflicto que condujo al ludismo giró en torno a un Estatuto de Eduardo VI en virtud del cual se prohibía su uso. En esencia, se trataba de un sencillo dispositivo por el que, en lugar de levantar la siesta a mano, se hacía pasar la tela entre cilindros provistos de teazles. Los cosecheros (y algunos maestros aderezadores) sostenían que el molino de rodillos era inadecuado para todo tipo de telas, excepto las más gruesas, ya que desgarraba y forzaba en exceso las telas de calidad más fina; pero estos argumentos se sobrecargaron en el intento de probar la indispensabilidad de la destreza manual. El molino, sin embargo, amenazaba con desposeer al cosechador de sólo una parte del proceso de acabado. Más reciente, e igualmente grave en sus implicaciones, fue la invención del bastidor de cizallamiento, un dispositivo mediante el cual dos o más cizallas, colocadas en un bastidor, podían pasarse sobre la superficie de la tela, con una simplicidad que prescindía de la necesidad de artesanos expertos.

* Máquina con tambor giratorio cubierto de cabezas de cardo, que se utiliza para levantar la pelo sobre telas de lana.

524

La lucha contra la *gig-mill** se remonta al siglo XVIII. Los trabajadores de la confección, que llevaban mucho tiempo utilizándola en algunas partes del oeste de Inglaterra, no se habían reconciliado con su uso; y, aunque a finales del siglo XVIII funcionaban algunos molinos en algunas partes de West Riding, los agricultores se habían organizado para impedir su introducción en Leeds. Durante muchos años, los agricultores habían pasado de Yorkshire a West Country, ya que sus habilidades eran intercambiables, y en la década de 1790 la resistencia a la *gig-mill* estaba llegando a un punto crítico. En 1791, los comerciantes de paños de Leeds emitieron un manifiesto público en el que manifestaban su intención de introducir la nueva maquinaria, y en los diez años siguientes los cosechadores destruyeron más de una fábrica de Leeds. En 1799, el Consejo Privado fue informado de que los agricultores tenían una "bolsa general" que ascendía a más de 1.000 libras. Eran lo bastante fuertes como para imponer el cierre de los talleres y...

un obrero que se atreve, por gratitud, a estar al lado del amo cuando éste lo necesita, se convierte en un *islamista* proscrito. Nunca se le permitirá trabajar donde haya un taquillero hasta que haya jurado su neutralidad y pagado la pena que quieran imponerle. Si algún maestro intentaba cortocircuitar alguno de los procesos de acabado, los cosechadores insistían en que se pagara una multa a sus fondos. Si los maestros devolvían el trabajo mal hecho, el caso era juzgado por un comité de trabajadores. Un molino de Leeds había sido destruido en presencia de "cientos" de testigos, pero, a

¹ *Manchester Exchange Herald*, 21 de abril de 1812, citado en Darvall, op. cit., pp. 60-1, 106.

pesar de la oferta de generosas recompensas, no se pudo encontrar a ninguno que testificara contra los hombres:

El sistema existe más en el consentimiento general a las pocas reglas simples de su unión, que en cualquier forma escrita, y a modo de evadir toda posibilidad de condena ahora se han constituido en un Club General de Enfermos.¹

525

Este club de enfermos fue probablemente la primera forma de "the Institution" o "Clothier's Community" (1802). Su sede estaba en Leeds, pero fue Wiltshire, en 1802, el centro donde se produjeron la quema de molinos y los disturbios. Esto fue, quizás, menos una señal de fuerza que de desesperación. En Leeds, los cultivadores estaban tan fuertemente organizados que ya no era posible introducir el gig-mill.² En agosto de 1802, el alcalde de Leeds había escrito al conde Fitzwilliam:

Con la perfecta convicción de que sus amenazas se cumplirían aquí, si algún comerciante infringía las prescripciones de los pañeros, en estos últimos nueve meses, por mi propia influencia personal, he persuadido en privado a una o dos casas que meditaban añadir un molino o una máquina de esquila a sus fábricas, para que desistieran por el momento, o estoy firmemente convencido de que tendríamos que deplorar aquí atrocidades tan horribles como las que se han practicado en el Oeste.³

Estos "horrendos ultrajes" habían alcanzado su punto culminante en el West Country en los últimos años del siglo XVIII. Cuerpos de alborotadores, de 1.000 o 2.000 personas, atacaron los odiados molinos, y en el condado de Somerset, en diciembre de 1797:

Doscientos o trescientos hombres con los rostros ennegrecidos y armados con cachiporras entraron en las casas de un afilador de cizallas... a unas tres millas de Froome, y demolieron unas treinta libras de cizallas.⁴

En Wiltshire, sin embargo, hay indicios de que los cultivadores ya estaban debilitados por la posición menguante de su propia industria en relación con la de West Riding. Con el licenciamiento de los esquiladores de las fuerzas armadas durante la breve paz, el problema del desempleo se agudizó. En 1802, un diputado de Bradford (Wilts) escribió: "A Souldier Returned to his Wife and weeping Orphans":

Sabemos que se ha mencionado a nuestros grandes hombres y Ministros en el Parlamento por ellos que tienen Factorys cuántos pobres emplean, olvidando al mismo tiempo cuántos más emplearían si lo hicieran a mano como solían hacerlo. El asilo de pobres está lleno de muchachos al acecho... Muchos me informan que habrá una Revolución y que en Yorkshire hay cerca de 30 mil en una Sociedad Correspondiente La quema de Factorías o prender fuego a la propiedad de las Personas sabemos que no

¹ "Observaciones sobre las combinaciones", P.G. A.152. Ver también *Committee on the Woollen Trade* (1806), esp. pp. 235, 264-5, 369; w. B. Grump, op. cit., pp. 46, 317-18, 327; Hammonds, *The Skilled Labourer*, pp. 171-80; Aspinall, op. cit., pp. 40 ss.

² Sin embargo, en los alrededores de Huddersfield había habido gig-mills durante veinte años, que fueron "totalmente parados de trabajar" por "un arrête de los obreros en 1802: Cookson a Fitzwilliam, 30 de agosto de 1803, Fitzwilliam Papers, F.45(d).

³ Aspinall, op. cit., p. 52; Fitzwilliam Papers, F-45(d).

⁴ Bowen al duque de Portland, 20 de diciembre de 1797, H.O.42.41.

está bien, pero el Hambre obliga a la Naturaleza a hacer lo que no haría...¹

526

Un pañero de Gloucestershire recibió una carta más alarmante:

Escuchamos que tienes Shear [es decir, máquinas de esquila] y Y si no los derribas en una quincena de noches, los derribaremos por ti, maldito perro infernal. Y como cuatro, Dios Todopoderoso, derribaremos todos los molinos que levantan y cortaremos sus malditos corazones como lo hacemos, guárdelos y mecamos el resto, caliéntelos o les cortaremos la costura.²

Por obsoleto que fuera el estatuto de Eduardo VI que prohibía los gig-mills, es importante que los cultivadores lo conocieran y sostuvieran que la protección contra el desplazamiento por la maquinaria no sólo era su "derecho", sino también su derecho constitucional. También conocían la cláusula del Estatuto de Artificeros isabelino que obligaba a un aprendizaje de siete años, y un Estatuto de Felipe y María que limitaba el número de telares que podía emplear un maestro. No sólo conocían estas leyes, sino que intentaron ponerlas en vigor. Su oposición a la nueva maquinaria no parece haber sido irreflexiva o absoluta; había propuestas en el aire para la introducción gradual de la maquinaria, encontrando un empleo alternativo para los hombres desubicados, o para un impuesto de 6*d.* por yarda sobre la tela vestida con maquinaria, para ser utilizado como un fondo para los desempleados que buscaban trabajo. Los cosechadores parecen haber abrigado alguna esperanza de una negociación general dentro del comercio, y estaban principalmente indignados por la actitud de unos pocos amos, motivados por la "venganza y la avaricia", y que trataron de presionar a su ventaja en la "conciencia de... la facilidad con que la ley favorece la condena de las combinaciones ilegales".³

527

Es aquí donde la flagrante opresión de clase de las Combination Acts se abatió sobre ellos en todos los puntos. En una época en la que el derecho consuetudinario de la conspiración o 5 Elizabeth c.4 se empleaba para derrotar la acción sindical, cada intento de hacer cumplir las legislaciones favorable a los intereses de los trabajadores acabó en fracaso o en pérdidas económicas⁴. Los trabajadores de la lana del oeste de Inglaterra recaudaron suscripciones a facultar a abogados para iniciar Los patrones, sin embargo, estaban lo suficientemente preocupados como para pedir la derogación de toda la legislación protectora de la industria de la lana. Los obreros de la lana de Yorkshire se vieron arrastrados a la misma lucha legislativa. Los grandes gastos de gastos se incurrió en grandes gastos para emplear a un abogado en su nombre para asistir a la Cámara durante 1802-3, y para enviar testigos a declarar en nombre de los jornaleros. El proyecto de ley de los maestros fue rechazado en 1803 y se perdió en

¹ Hammonds, op. cit., pp. 172-3.

² D. M. Hunter, op. cit., p. 21.

³ Véanse las interesantes cartas de "A Looker On" y "A Merchant" en *Leeds Mercury*, 15, 22, 29 de enero de 1803.

⁴ Ver E. A. L. Moir, op. cit., pp. 254 y 258-9; W. E. Minchinton, "The Beginnings of Trade Unionism in the Gloucestershire Woollen Industry", *Trans. Bristol and Glos. Archaeol. Sac.*, LXX, 1951, pp. 126 y ss.; *Rides & Articles of the Woollen-Cloth Weavers Society* (Gloucester, 1802).

un Parlamento preocupado por la reanudación de la guerra con Francia. En años sucesivos, un proyecto de ley de suspensión anual fue aprobado por la Cámara casi sin debate, renunciando a toda legislación protectora en favor de los trabajadores, mientras que la cuasi-legal Institución incurría en interminables gastos tratando de resistir el avance de los amos. Uno de los testigos de los croppers, en 1806, declaró que sólo los croppers y tejedores de Yorkshire habían recaudado entre £10.000 y 12.000 libras por gastos jurídicos y asistencia al Parlamento en los tres años anteriores.

Mientras tanto, los ánimos eran subiendo, y apoyo para a los agricultores. En Yorkshire, la Institución se había convertido en una organización formidable. No sólo los croppers reclamaban una organización de casi el 100% ("No supongo", declaró un testigo, "que haya veinte Cloth-workers en el condado de York aparte de los que están en la institución"), sino que un gran número de pequeños amos y tejedores estaban suscribiendo a sus fondos. Cuando se confiscaron sus libros en 1806, se descubrió que muchos otros grupos de trabajadores pertenecían a la institución o habían recibido subvenciones de sus fondos: coladores, albañiles, clasificadores de lana, pañeros, carpinteros, aserradores, peluqueros del lino, zapateros, torniqueros, ebanistas, fabricantes de anillos de patrones y fabricantes de papel; mientras que se habían realizado y recibido pagos de los hilanderos de algodón de Manchester. En 1806, de hecho, el caso de los cultivadores casi se había fundido en las quejas y demandas generales de la comunidad trabajadora. En el caso de los cosechadores, la queja era específica: "ahora los gigs y los bastidores de esquila están a punto de generalizarse, si se permite que continúen muchos cientos de nosotros nos quedaremos sin pan".

528

Para los tejedores la cuestión era más amplia: ¿podrían reforzarse las obsoletas cláusulas de aprendizaje de 5 Elizabeth c.4, frenando así la afluencia de mano de obra no cualificada? Todos los artesanos veían esto como un caso de prueba, indicativo de la restauración o la derogación total del antiguo código laboral protector o arbitral que era el único que ofrecía alguna esperanza de defensa legal contra el pleno impacto de los recortes salariales y la dilución de la mano de obra. Para muchos de los pequeños amos —miles de los cuales se encontraban entre los 39.000 que presentaron una petición en 1805 a favor de un proyecto de ley para limitar los telares, acabar con las fábricas de gigs e imponer el aprendizaje— parecía que el propio sistema doméstico estaba en juego. En 1806, cuando se nombró un nuevo Comité para investigar el comercio de la lana, aparecieron delegaciones impresionantes para testificar procedentes de la mayoría de los sectores de trabajadores de la lana y de pequeños amos tanto de Yorkshire como del oeste. Todos los testigos convergieron en una detesta ción general del sistema de fábricas; "admiten francamente", informó el Comité, "que desean mantener esta ley [es decir, el contrato de aprendiz] porque tiende a dificultar el desarrollo del sistema de fábricas y, por tanto, a contrarrestar su crecimiento". La amenaza de la "gig-mill" era sólo una parte de una revuelta general

contra los grandes empleadores que estaban rompiendo las costumbres laborales y perturbando un modo de vida establecido.¹

Sería una triste subestimación decir que los hombres que testificaron ante el Comité de 1806 fueron recibidos con frialdad. Los defensores *del laissez faire* y los tribunos del orden antijacobinos los amedrentaron y amenazaron a ellos y a sus abogados. Las peticiones se consideraron pruebas de conspiración. Los testigos que los campesinos habían enviado a Londres y mantenido a sus expensas fueron interrogados como criminales "Pretendo decir la verdad hasta donde llegue mi conocimiento/" expuso un campesino: "mi carácter es mi pan"). Se consideró un delito escandaloso que hubieran recaudado dinero de fuera de sus propias filas y que hubieran estado en contacto con los trabajadores de la lana del oeste. Se les obligó a revelar los nombres de sus compañeros. Sus libros fueron confiscados. Se examinan sus cuentas. El Comité abandonó toda pretensión de imparcialidad judicial y se convirtió en un tribunal de investigación. "Su Comité apenas necesita comentar", informó a la Cámara de los Comunes, que tales Instituciones son, en sus tendencias últimas, aún más alarmantes desde un punto de vista político que comercial... .

529

Vio en la organización de los cultivadores "la existencia de un plan sistemático y organizado, tan eficaz y peligroso a la vez, tanto por la cantidad de su fuerza como por la facilidad y el secreto con que... esa fuerza puede entrar en acción". "Esto exigía "la consideración más deliberada y seria del Parlamento"²

La Institución, por supuesto, pasó a la clandestinidad. Durante dos años más se aprobaron proyectos de ley de suspensión. En 1808, los cosechadores volvieron a presentar una petición, declarando que "la gran cuestión relativa al uso de esa máquina... se había planteado en tantas sesiones del Parlamento, que los gastos les habían angustiado enormemente". Finalmente, en 1809 se derogó toda la legislación protectora de la industria de la lana, que abarcaba el aprendizaje, el molino de gigas y el número de telares. El camino estaba ahora abierto para la fábrica, el molino, el bastidor de esquila, el empleo de mano de obra no cualificada y juvenil. El camino hacia *cualquier* reparación constitucional estaba finalmente bloqueado. Si había habido una facción "constitucional" y otra "ludita" en las filas de los campesinos, ahora era esta última la que se imponía. Ya en 1805 se había recibido una carta anónima en la Royal Exchange Insurance Office:

Gent. Directores,

En una reunión general pero privada de los Presidentes de todos los Comités de trabajadores de la industria textil en este condado (es decir, York) se ordenó desearle (para su propio beneficio) que no asegurara ningún hecho en el que hubiera maquinaria perteneciente a los trabajadores de la industria textil. Porque se ordenó de nuevo solicitar al parlamento nuestros derechos; y, si no nos los conceden, deteniendo la

¹ *Committee on the Woollen Trade*, 1806, pp. 232, 239, 277, 347, 355, apéndice 13; Hammonds, op. cit., pp. 180-6; Aspinall, op. cit., pp. 66-7.

² *Comité del Comercio de la Lana*, 1806, p. 244, Apéndice, pp. 17-18.

maquinaria que nos pertenece, estamos decididos a concederlos nosotros mismos, pero no deseamos que salgáis perdiendo con ello.

Por orden del
Trabajadores de tela.¹

Después de 1806 y 1807 se había derogado todo vestigio de legislación que sugiriera que los jornaleros de la lana podían recurrir al Parlamento para defender su estatus. Cuando, en los estancados y angustiados años de las Órdenes del Consejo, algunos grandes patronos se apresuraron a instalar la nueva maquinaria con la esperanza de arrinconarla, con mano de obra barata, el poco comercio que quedaba, el ludismo apareció con una lógica casi inevitable. Para los campesinos, Ned Ludd era el defensor de los antiguos derechos, el defensor de una constitución perdida:

530

Nunca depondremos las armas [hasta] que la Cámara de los Comunes apruebe una ley para acabar con toda la maquinaria perjudicial para la Comunidad, y derogue la de colgar a los Rompedores de Armazones. Pero nosotros... No pedimos más —eso no servirá— hay que luchar.

Firmado por el General del Ejército de Redressers
Ned Ludd Clerk

Reparadores para siempre Amén.²

Sin embargo, la señal para el ludismo vino primero, no de los agricultores, sino de los tejedores de marcos. Su historia se complica por el hecho de que no había una única máquina odiosa, como la gig-mill, contra la que se rebelaran; y porque con ellos, las estrategias constitucional y ludita no aparecen como alternativas sino como tácticas empleadas simultáneamente. Es el hilo constitucional el que debemos desenredar primero.

El proceso general por el que los tejedores de telares de calceta se vieron abocados a la pobreza durante las guerras sigue líneas muy similares a las del proceso por el que se degradó a los tejedores. El telar de media, sin embargo, era una máquina más cara que la mayoría de los telares manuales. La industria estaba controlada por los mercaderes-acosadores; la fabricación corría a cargo de los calceteros, que trabajaban en sus propias casas o en pequeños talleres de maestros calceteros. Aunque algunos calceteros³ poseían sus propios telares o bastidores, a partir de 1800 éstos pasaron cada vez más a ser propiedad de los calceteros o de especuladores independientes que invertían pequeñas o grandes sumas en telares, sobre los que cobraban el alquiler de forma muy similar a los propietarios de casas de campo. Así, a los quejas relativas a los recortes salariales y de los salarios y las costumbres laborales, se añadía el agravio de los alquileres de los marcos. Los calceteros, de hecho, tenían dos medios alternativos para bajar los salarios: reducir el precio pagado por el trabajo o aumentar los alquileres de los bastidores. Y, como en la tejeduría en telares manuales, los

¹ *Ibidem*, p. 312. Esta carta es sin duda auténtica, pero no hay pruebas de que fuera autorizada por la Institución.

² W. B. Crump, *op. cit.*, p. 230.

³ Stockinger y framework-knitter son términos intercambiables.

maestros menos escrupulosos socavaban las condiciones de todo el oficio.

531

En 1811 había unos 39.000 telares de medias en el país, y 50.000 trabajadores empleados en el comercio de la calcetería.¹ Aunque quedaba una pequeña parte de la industria en Londres, su cuna en el siglo XIX, ahora se concentraba en gran medida en el triángulo Nottingham-Leicester-Derby. Al igual que en la industria de la lana de Yorkshire, crecían algunos grandes talleres o "fábricas", pero el mayor número de calceteros trabajaba en pequeñas aldeas industriales, en talleres de tres o cuatro bastidores. A diferencia de los cultivadores cualificados, los tejedores de bastidores eran trabajadores externos en una posición excepcionalmente expuesta a la explotación; al igual que los tejedores a troquel, miraban hacia atrás, hacia tiempos mejores. Los relatos de la segunda mitad del siglo XVIII difieren, pero desde 1785 hasta 1805 parece que hubo un nivel de empleo bastante alto, con salarios de 14s. o 15s. a la semana por una jornada de doce horas. Pero a finales de siglo la industria se enfrentaba a difícil reajustes. El tono sombrío de la sociedad antijacobina provocó un descenso de la demanda de las magníficas medias de los años prerrevolucionarios, aunque esto se vio compensado en cierta medida por el aumento de la demanda de calcetería lisa y la introducción gradual del encaje forjado a máquina. Los calceteros experimentaron un creciente deterioro de sus condiciones y reaccionaron con vigor. Como en el caso de los tejedores, había magistrados y maestros que atribuían la insubordinación de los hombres al "lujo y libertinaje" inducidos por su anterior opulencia: "Entre los hombres, la discusión política, la destrucción de la caza o la disipación en las cervecerías sustituían a los deberes de su ocupación durante la primera parte de la semana, y en los tres o cuatro días restantes se ganaba lo suficiente para sufragar los gastos corrientes."²

Las reivindicaciones de los almacenistas eran complejas, y para comprenderlas cabalmente es preciso prestar una atención minuciosa a los detalles del oficio.³ No sólo se fabricaban en las Midlands calceterías sencillas y de fantasía, sino también guantes, tirantes, manoplas, blusas de tela de araña, pantalones, corbatas y artículos diversos; y Leicester, donde se realizaban muchos trabajos finos, no sufrió tanto como Nottingham en los años luditas. Pero todas las quejas giraban en torno a los diversos medios con que los calceteros menos escrupulosos trataban de economizar mano de obra y abaratar la producción. En algunos pueblos el "camión" estaba tan extendido que casi había desplazado al pago de salarios. El pago del trabajo dependía de complicadas tarifas por pieza que, en el caso del encaje, dependían de la finura del recuento del encaje; los hombres se quejaban de que se les pagaba sistemáticamente menos de lo que les correspondía por el trabajo de menor calidad, y de que los

¹ Las cuentas detalladas en Nottingham Archives 39 4 II, f. 29 sugieren 29.355 manos en el oficio. W. Felkin, op. cit., pp. 239, 437, sugiere 29.580 armazones en 1812, y 50.000 tejedores de armazones.

² Véase Hammonds, op. cit., pp. 222-6; Darvall, op. cit., pp. 28-34.

³ Los resúmenes más claros se encuentran en Darvall, op. cit., cap. II, y A. Temple Patterson, *Radical Leicester*, cap. III. Véase también F. A. Wells, *History of the Midland Hosiery Trade* (1935)-.

patrones se negaban a utilizar un instrumento llamado "bastidor" que medía el recuento. Los almacenistas tenían que deducir de sus salarios insuficientes los pagos por las costuras, las agujas, el aceite, el acarreo del trabajo, etc. Intermediarios sin escrúpulos, o intrusos, llamados "bolseros" visitaban los pueblos persuadiendo a los calceteros que tenían poco trabajo, o que deseaban ahorrarse la pérdida de tiempo que suponía llevar su trabajo a los grandes almacenes de los calceteros en Nottingham, para que trabajaran por debajo de las tarifas aceptadas. Pero lo más grave de todo eran las quejas sobre los "cortes" y la "coquización".

532

"No hay ninguna maquinaria nueva en Nottingham, o en sus alrededores, contra la que los obreros dirijan su venganza", así escribía el periódico radical de clase media Nottingham Review:

Las máquinas, o *bastidores*... no se rompen por ser de nueva construcción... sino como consecuencia de los productos que se fabrican en ellos, que son de poco valor, engañosos a la vista, de mala reputación para el comercio, y por lo tanto preñados con las semillas de su destrucción.¹

Las medias recortadas (y otros artículos) se fabricaban a partir de grandes piezas de punto, tejidas en un telar ancho, que luego se cortaban para darles la forma deseada y se cosían por la costura². Sin embargo, eran muy mal vistos en el gremio por varias razones. Los hombres, y muchos de los maestros también, argumentaban que el producto era muy inferior y que las costuras se deshacían. Para el ojo inexperto, se parecían al artículo real y, por lo tanto, podían subcotizar la manguera hecha "de manera artesanal", y esto en un momento en que el colapso del mercado sudamericano y el estancamiento general inducido por las Órdenes del Consejo habían provocado una caída de la demanda. Además, la mala calidad de los "recortes" ofendía el orgullo del artesano por su trabajo y hacía que los productos del oficio cayeran en general en descrédito. Además, este agravio derivó directamente en el agravio en cuanto a la "coquización", o el empleo de mano de obra no cualificada o de demasiados aprendices. Las técnicas de producción baratas fomentaban la afluencia de mano de obra barata y no cualificada. El tejido en telares se degradaba hasta convertirse en un oficio "deshonroso".

533

Los ganaderos, al igual que los agricultores, tenían una larga historia de defensa constitucional y violenta de sus condiciones. Una compañía de tejedores de marcos había obtenido una carta de Carlos II, aunque en el siglo XVIII la industria de las Midlands había eludido de hecho sus reglamentos y había caído en la oscuridad. Entre 1778 y 1779 hubo un intento decidido de conseguir un salario mínimo legal. Cuando el proyecto de ley fue rechazado, se produjeron disturbios y robos. En 1787 se negoció

¹ *Nottingham Review*, 6 de diciembre de 1811.

² Para la oposición al telar ancho como tal, véanse cartas en *Leicester Journal*, 13 de diciembre de 1811, *Derby Mercury*, 19 de diciembre de 1811.

una lista de precios entre los calceteros y los obreros, que se mantuvo en vigor hasta cierto punto durante veinte años. A partir de 1807, los salarios disminuyeron y los calceteros recurrieron de nuevo a la agitación constitucional. Se resucitó la antigua Compañía de Tejedores, y los oficiales pagaron la pesada suscripción de 1£. 13s. esterlinas. 6d. para la admisión, y se iniciaron varias acciones. Un caso de prueba contra la "coquería" tuvo éxito, pero los daños y perjuicios concedidos por el jurado fueron suficientes para disuadir a otros infractores. Los salarios disminuyeron en un tercio desde su nivel de 1807. En 1811, Gravener Henson, que se había convertido en el líder destacado de los hombres, intentó una de las únicas acciones registradas contra los amos en virtud de las Leyes de Combinación. Presentó pruebas de que algunos de los calceteros se habían unido para reducir los salarios y habían publicado sus resoluciones en la prensa de Nottingham. Los magistrados se negaron a atender su denuncia y el secretario municipal se negó a emitir una orden judicial¹.

Al igual que en el caso de los cosechadores, los tejedores de armazones sintieron que cada estatuto que podría haberles proporcionado protección era derogado o ignorado, mientras que cada intento de hacer valer sus "derechos" mediante la acción sindical era ilegal. Aunque algunos de los calceteros, antes de 1811, también deseaban ver la supresión de los "cortes" y la "coquización", las alineaciones de clase se endurecieron mes a mes, y la buena voluntad que había existido anteriormente entre los empresarios que eran reformistas políticos y sus hombres de jornada se disipó. Sin embargo, hay buenas razones para suponer que en 1811-12 algunos de los calceteros que pagaban las tarifas habituales y no fabricaban "cut-ups" simpatizaban activamente con los objetivos de los luditas, si no con sus métodos. El ludismo en Nottingham, como en Yorkshire, era muy selectivo. Sólo se rompían los bastidores que fabricaban trabajos por debajo del precio o "cortados"; cuando las mercancías eran cortadas, en el telar o cuando se cogían del carro del transportista, los "cortados" se destruían mientras que los que tenían orillos adecuados se dejaban intactos. La distinción se hacía claramente en la canción "*General Ludds Triumph*":

534

El culpable puede temer, pero no la venganza que pretende
 En la vida del hombre honesto o Estate,
 Su ira se confina enteramente a los marcos anchos
 Y a los que los precios viejos abaten.
 Estos Engines of mischief fueron condenados a muerte
 Por unanimidad de votos del Comercio
 Y Ludd que puede toda oposición desafiar
 Fue el Gran verdugo hecho.

* * *

Puede censurar la falta de respeto del gran Ludd por las Leyes
 Quien ni por un momento reflexiona

¹ Hammonds, *Town Labourer*, p. 66; *Skilled Labourer*, p. 227; Darvall, op. cit. p. 43; *Committee on Framework-Knitters' Petitions* (1812); J. D. Chambers, "The Framework-Knitters' Company", *Economica*, noviembre de 1929.

Cap. 14. Un ejército de desagraviados

Esa *sucia imposición* fue la única causa
que produjo estos infelices efectos.
Que el altivo ya no oprima al humilde
Entonces Ludd envainará su espada conquistadora,
Sus agravios encontrarán instantáneamente reparación
Entonces la paz será rápidamente restaurada.

Que los sabios y los grandes presten su ayuda y su consejo
Ni se retire su asistencia.
Hasta que la costumbre y la ley establezcan el trabajo al precio de antaño
Entonces el Comercio, cuando esta ardua contienda haya terminado,
levantará su cabeza en todo su esplendor,
Y ya no colarán, cortarán ni escuadrarán
privarán de pan a los honrados obreros*.¹

*The guilty may fear but no vengeance he aims
At the honest man's life or Estate,
His wrath is entirely confined to wide frames
And to those that old prices abate.
These Engines of mischief were sentenced to die
By unanimous vote of the Trade
And Ludd who can all opposition defy
Was the Grand executioner made.

He may censure great Ludd's disrespect for the Laws
Who ne'er for a moment reflects
That *foul Imposition* alone was the cause
Which produced these unhappy effects.
Let the haughty no longer the humble oppress
Then shall Ludd sheath his conquering sword,
His grievances instantly meet with redress
Then peace will be quickly restored.

Let the wise and the great lend their aid and advice
Nor e'er their assistance withdraw
Till full-fashioned work at the old fashioned price
Is established by Custom and Law.
Then the Trade when this arduous/contest is o'er
Shall raise in full splendour its head,
And colting and cutting and squaring no more
Shall deprive honest workmen of bread.

De hecho, los tejedores de marcos reclamaban una sanción constitucional incluso para romper marcos. Bajo la Carta otorgada por Carlos II había una cláusula que facultaba a la Compañía de Tejedores de Marcos a nombrar delegados para examinar los productos y cortar en pedazos los fabricados mal o engañosamente. Los luditas asumieron estos poderes como derechos. En respuesta a las proclamaciones magistrales contra sus actividades, emitieron un contra DECLARACIÓN, salpicada de "Donde sea" y "Cuando sea", declarando tanto su intención como su derecho a "romper

¹ Copia en H.O. 42.119 (con la melodía "Poor Jack").

y destruir toda clase de armazones que fabriquen los siguientes artículos espurios y todos los armazones que no paguen el precio regular acordado hasta ahora por los Maestros y Obreros". Se adjuntaba una lista de las monturas y prácticas ofensivas.¹

535

La fase más importante del ludismo de Nottinghamshire fue entre marzo de 1811 y febrero de 1812; y dentro de ese período hubo dos picos, marzo y abril, y noviembre a enero, cuando la rotura de marcos se extendió a Leicestershire y Derbyshire. En esta fase se destruyeron quizás 1.000 marcos, con un coste de entre 6.000 y 10.000 libras, y se dañaron numerosos artículos. Volveremos sobre estos sucesos. Pero en Nottingham hay una interesante oscilación entre ludita y la protesta constitucional, y es posible que ambas estuvieran dirigidas —al menos hasta 1814— por la misma organización sindical, en la que quizás los luditas y constitucionalistas (probablemente dirigidos por Gravener Henson) diferían en sus consejos. La fase principal del ludismo terminó con la aprobación del proyecto de ley para hacer de la rotura del marco un delito capital, que fue caracterizado en la DECLARACIÓN de "Ned Ludd" como "nulo", ya que había sido obtenido en el "más fraudulenta, interesada, y electoral". Sin embargo, la aprobación del proyecto de ley en febrero de 1812 alarmó tanto a los tejedores de marcos que se dispusieron urgentemente a constituirse en una asociación casi legal, el "Comité Unido de Tejedores de Marcos", muchos de cuyos documentos (incautados en 1814) aún se conservan.

El primer paso del Comité de Nottingham fue abrir correspondencia con los miembros de la asociación se pusieron en contacto con Londres, Leicester, Derby e incluso Dublín, Tewkesbury y Glasgow, e intentaron (sin éxito) conseguir un aplazamiento de la aprobación del proyecto de ley ofensivo para que la Cámara pudiera escuchar sus alegaciones. Las respuestas de sus corresponsales revelan las extremas dificultades para formar una asociación legal. Desde Leicester (20 de febrero de 1812):

Se pensó que era necesario ponerse bajo el amplio escudo de la ley y solicitar la concurrencia de los magistrados del distrito... para celebrar una reunión conjunta del comercio

536

De Derby (3 de marzo de 1812): "los Magestrates de este podrido Borough no nos permitirá celebrar una reunión del gremio". En Londres, donde sólo trabajaban unos 100 calceteros, los magistrados de Hatton Garden fueron más serviciales, pero (4 de marzo de 1812) "dos agentes de policía asistieron a nuestra reunión para convencer al magistrado de que nuestros procedimientos eran legales". Desde Tewkesbury un corresponsal respondió (2 de marzo) que el magistrado había impedido una reunión, y se abrieron cartas. Thomas Latham (que, con Henson, dirigió la mayor parte de la correspondencia) escribió una carta mordaz al alcalde de "Tukesbury":

¿No sabe, señor, que la ley comúnmente llamada "Ley Mordaza" hace tiempo que murió de muerte natural?

Debía tener cuidado de que la gente "se viera empujada a cometer delitos para ejercer su

¹ Conant y Baker a H.O. 42.119 reproducido en parte en Darvall, op. cit, p. 170.

violencia, cuando no puede ejercer sus *derechos*". A pesar de estas dificultades, se formaron comités en todos estos centros, y también se mantuvo la correspondencia con los stockingers de Sheffield, Sutton-in-Ashfield, Belper, Heanor, Castle Donnington y Godaiming.¹

El objetivo del Comité de Nottingham era promover un proyecto de ley que diera alivio parlamentario a los huelguistas. Algunos comités sugirieron que se solicitara un proyecto de ley sobre el salario mínimo. El Comité de Nottingham se opone a estas propuestas:

Es bien sabido que los gobiernos no interferirán en la regulación de la *cantidad de* salarios que se pagarán por una cierta *cantidad de* trabajo; porque la cosa en sí misma equivaldría a la odiosa práctica de fijar un *máximo* y un *mínimo* sobre un artículo, que fluctúa como lo hace nuestra prosperidad nacional, y la adversidad.... Es cierto que el Gobierno ha interferido en la regulación de los salarios en épocas ya lejanas; pero los escritos del Dr. Adam Smith han modificado la opinión, de la pulida parte de la sociedad, sobre este tema. Por lo tanto, intentar aumentar los salarios mediante la influencia parlamentaria, sería tan absurdo como intentar regular los vientos.

Está claro que Henson y sus colegas habían tomado la medida a la oposición. Si querían conseguir el adelanto salarial que deseaban (argumentó el Comité de Nottingham), debían hacerlo mediante una legislación más detallada que impidiera las reducciones *indirectas*:

Y el Comité es de la opinión... ... que los últimos atropellos en esta ciudad y sus alrededores, han tenido su origen, *con las múltiples imposiciones practicadas a los obreros por los calceteros, por falta de reglamentos parlamentarios*.

De ahí que se pretendiera redactar un proyecto de ley que incluyera una serie de cláusulas detalladas: (1) regular el tamaño de las mangueras por el número de gatos (es decir, de alambres en el armazón de la media), (2) hacer obligatorio el marcado de todas las mangueras, para poder distinguir las de buena calidad de las de mala calidad, (3) hacer obligatorio el uso de la "cremallera" a la hora de evaluar el pago de la encaje a máquina, (4) prohibir las copias de calidad inferior de productos de buena calidad, (5) hacer obligatoria la exhibición de listas de precios en todos los talleres, (6) otorgar a los J.P.s la facultad de regular los alquileres de marcos.

En consecuencia, se redactó un proyecto de ley, "Para prevenir fraudes y abusos en la fabricación de tejidos de punto con bastidor", que contenía varias de estas cláusulas, así como la prohibición del pago en "camión". En marzo de 1812 se distribuyeron activamente listas de suscripción y una petición a favor del proyecto de ley. A finales de abril, se habían recogido más de 10.000 firmas de tejedores ("N.B. Todos los hombres del oficio pueden firmar, pero no las mujeres"):

Nottingham	2.629
— — Provincia	2.078

¹ Archivos y *registros* de Nottingham, VIII, p. 139.

Cap. 14. Un ejército de desagraviados

Leicester	1.100
— — Condado	2.057
Derby	239
— — Condado	1.809
Tewkesbury	281
Godaiming	114
Londres	92

Las listas de suscripción muestran un amplio apoyo fuera de las propias filas de los almacenistas: donaciones de publicanos, tenderos, panaderos, carniceros, molineros, granjeros, impresores, algunos maestros calceteros y muchos artesanos. Se hizo un llamamiento a los Clubes de Enfermos para que hicieran donaciones. En junio, cuando el proyecto de ley se presentaba ante el Parlamento, un soldado escribió ofreciéndose a hacer una colecta en el regimiento de milicias de Great Yarmouth, mientras que el Comité agradeció "la generosa suscripción de Milord Biron".

Desde finales de abril hasta finales de julio, Henson, Large, Latham y otros delegados estuvieron con frecuencia en Londres, ocupándose del proyecto de ley. Sus informes sobre la City no fueron nada halagüeños. No sólo encontraron a los sindicalistas cualificados arrogantes, sino que también les pareció que sus dietas del sindicato estiradas al máximo. El 22 de abril informaron de que habían dormido su primera noche en "The Swan with Two Necks", Lad Lane:

538

Cuando con la cena fría de ternera, el alojamiento, el camarero y la camarera se las ingeniaron para sacarnos veinticinco chelines, Tommy Small [es decir, Large] exclamó rascándose la cabeza: "¡Lunnun es el diablo! !!!!!"

(Henson, de vuelta en Nottingham en mayo, escribió para preguntar a sus colegas si "Londres ha mejorado en olor"). Los gastos del asunto fueron cuantiosos. Los costes legales y parlamentarios se tragaron la mayor parte de los fondos, pero también había que pagar los billetes y los gastos de los delegados (Henson, a mediados de junio, hizo una visita relámpago a Dublín), una asignación (141. por semana) para sus esposas y otra asignación (3s. al día) para los miembros del Comité dedicados a tiempo completo a recaudar suscripciones. La respuesta de los propios almacenistas fue desigual. Leicester, cuya fabricación de mangueras de estambre aún no estaba tan afectada como la de algodón de Nottingham, carecía de entusiasmo.¹ "En mayo, un miembro del Comité escribió desesperado sobre la falta de apoyo en los pueblos de Nottinghamshire dedicados al comercio sencillo (de dos agujas), cuyos calceteros sospechaban que el proyecto de ley beneficiaría principalmente a los fabricantes de encaje y seda: "He estado fuera demasiados días y no he podido conseguir ni un Peney me miran con cara de vaca". A medida que pasaban los meses, se planteaban cuestiones sobre el coste de mantener a los delegados en Londres y a las esposas en casa. (Estos celos surgieron inevitablemente en todos los contextos sindicales

¹ es decir, luditas.

tempranos.) Además, mientras el Comité intentaba enérgicamente suprimir la rotura de máquinas que podría perjudicar su caso en Parlement, los sentimientos se exacerbaron en Nottingham, donde siete luditas fueron condenados a ser transportados durante siete o catorce años en marzo. No cabe duda de que el Comité sabía quiénes eran los luditas más destacados del año anterior, aunque en realidad no incluyera a algunos de ellos entre sus miembros. En abril se produjo el único intento de asesinato durante los disturbios de las Midlands: un manguero llamado William Trentham fue herido en la puerta de su casa. El ataque fue precedido por una carta anónima del "Capitán" en la que denunciaba que Trentham pagaba poco a las mujeres.:

539

Usted debe ser consciente, señor, de que estas desafortunadas muchachas están sometidas a fuertes tentaciones de prostituirse, debido a su extrema pobreza. El Capitán me autoriza a decir que estas personas, al estar indefensas, las considera más inmediatamente bajo su protección, ya que cree que sus salarios son los más bajos de Inglaterra.

Desde Leicester, el secretario del comité local escribió consternado a los delegados de Londres:

Me han informado de que el Sr. Trantham Hosier, de Nottm, fue tiroteado el lunes por la noche en la puerta de su casa. El informe dice que el sábado pasado le *descontó* a sus manos dos peniques por par y les dijo que se lo dijeran a *Ned Ludd*. No sé hasta qué punto puede ser cierto, pero lo cierto es que no es el momento adecuado para irritar la mente del público con insultos groseros.

Hay un elemento de patetismo en el desarrollo de los acontecimientos en Londres. Los representantes de los calceteros —y en particular Henson— expusieron su caso de forma impresionante ante el Comité Parlamentario que examinaba el proyecto de ley.¹ Los delegados también ejercieron una intensa presión, mostrando a los parlamentarios ejemplos de mala confección y "cortes", y distribuyendo regalos de sus mejores trabajos (pagados con fondos del Comité) a personas influyentes. Se regalaron medias, un velo de seda, una prensa de seda y pañuelos al Príncipe Regente. Sidmouth recibió amablemente a la diputación, encargando medias y un chal para sus hijas, y los delegados parecían a punto de alcanzar el éxito. En vísperas de la tercera lectura del proyecto de ley, Henson escribió a Nottingham con una nota de triunfo (30 de junio de 1812):

Tenemos algunas razones para [pensar] que el Príncipe Regente también es favorable, sólo tenemos que enfrentarnos a los discípulos del Dr. A. Smith, cuyos principios son execrados en todo el Reino.

Dos días más tarde escribió con desaliento. Hume se había opuesto al proyecto de ley, y luego la Cámara había levantado la sesión, "no habiendo cuarenta diputados presentes, salieron corriendo de la Cámara cuando nuestro asunto empezó como un incendio". Se acabaron los meses de peticiones y colectas, de victimización y de

¹ Véase *Committee on Framework-Knitters' Petitions* (1812), esp. pp. 38-46. Uno de los testigos fue John Blackner, historiador de Nottingham, que había sido tejedora de marcos desde 1780.

intentos de organización legal. En la comisión, la Cámara recibió peticiones de última hora de grandes empresas de calcetería de Leicester y Nottingham. La Cámara decidió entonces suprimir *todas las* cláusulas del proyecto de ley relativas a la calcetería, dejando únicamente las escuálidas cláusulas relativas al encaje y al camión. Henson envió esta noticia a Nottingham en una carta con un salvaje apéndice:

540

P.D. Ahora pueden atracar, trocear, cuadrar, hacer algodón, engañar, robar, hurtar y oprimir a su antojo.

Con la esperanza de conseguir que se restablecieran algunas cláusulas, los delegados esperaron al líder radical:

Sir Francis Burdett nos dijo que el Parlamento nunca se inmiscuyó en las disputas entre amos y obreros.... Sir Francis no asistió para apoyarnos, sino que abandonó la Cámara... es el lado *ministerial* de la Cámara el que aboga por nuestro proyecto de ley.

El emasculado proyecto de ley pasó efectivamente su tercera lectura, a pesar de otro largo discurso de oposición de Hume, el 21 de julio: "Los Ministros estaban a favor del Proyecto de Ley, sólo 12 en la Cámara cuando se aprobó, todos los Patriotas se fueron como de costumbre". Pero es difícil entender qué papel jugaba el "bando ministerial", pues tres días después el proyecto de ley fue rechazado de plano por los Lores. El discurso más contundente en contra (no hubo ninguno a favor) fue el de Lord Sidmouth: "confiaba en Dios que no se volvería a intentar introducir un principio semejante en ningún proyecto de ley que se presentara en esa Cámara".¹

Este no es ni mucho menos el final de la historia de la organización de tejedores. Brevemente, tras la derrota del proyecto de ley, el Comité tomó medidas para fortalecer el sindicato. Se hicieron investigaciones sobre "cómo los carpinteros, sastres, zapateros y cuchilleros dirigen su sindicato"; se redactó una nueva constitución (tal vez con el asesoramiento de Sir Samuel Romilly); y se dio al sindicato el título de "Sociedad para la Obtención de Ayuda Parlamentaria y para el Estímulo de los Mecánicos en la Mejora del Mecanismo".² Como tal, tuvo una existencia efectiva durante casi dos años; se concedieron prestaciones, subsidios de desempleo y de huelga; el sindicato empleó con éxito a algunos de sus propios miembros directamente en la fabricación; y sus actividades fueron lo suficientemente poderosas como para desalentar un recrudecimiento del ludismo. Sin embargo, en 1814 se reanudaron los brotes de "frame-breaking", según un relato en contra de los deseos de Henson y de la sección "constitucional", según otro relato como una forma suplementaria de imposición sindical, por la que pequeñas bandas luditas fueron realmente subvencionados con fondos sindicales. Una huelga en uno de los grandes talleres de manguería de Nottingham llevó a la acción a un "Comité Secreto" de los mangueros y la Corporación, que llevaba mucho tiempo empleando espías para descubrir las actividades del sindicato. Dos dirigentes del sindicato fueron detenidos y encarcelados, y los documentos del sindicato fueron del sindicato. La violación del

¹ Nottingham Archives, 3984 I y II, *passim*; *Records* VIII, pp. 139-62; Hammonds, op. cit, p. 229, 270.

² Copia de los *Artículos y Reglamento General* (Nottingham, 1813) en Nottingham Archivos, 39B4 II, f. 126.

marco continuó esporádicamente hasta 1817; pero está claro que durante esos mismos años el sindicato continuó con una vigorosa existencia clandestina. El secretismo fue dando paso año tras año a manifestaciones masivas y disciplinadas, así como a negociaciones abiertas.¹

541

Gran parte de esta historia pertenece a las secuelas del ludismo. Pero la historia del abortado "proyecto de ley" para regular el tejido de punto en bastidor pone de relieve la difícil situación de los sindicalistas en los años luditas. Aunque no poseemos documentos que nos permitan leer con tanta claridad los pensamientos de los líderes de los tejedores y los cosechadores, debieron de encontrarse con experiencias muy similares en su infructuoso y costoso recurso al Parlamento entre 1800 y 1812. Ya hemos seguido con cierto detalle la historia de los tejedores de algodón de Lancashire. Pero hay que señalar que el ludismo en Lancashire surgió de una crisis entre el paternalismo y el *laissez faire* exactamente paralela a la de las industrias de la calcetería y la lana. Ya en 1800 y 1803 los tejedores, después de una intensa agitación, habían sido capaces de asegurar al menos una medida formal de protección en las Leyes de Arbitraje del Algodón. Los tejedores ya estaban en correspondencia con los tejedores de algodón de Glasgow, y (en opinión del coronel Fletcher de Bolton) su agitación "se origina en las *sociedades jacobinas* y pretende ser un medio para mantener las mentes de los tejedores en un continuo fermento..."² La victoria de las Leyes de Arbitraje resultó ilusoria. Mientras que los magistrados recibieron nuevos poderes para mediar y hacer cumplir un salario mínimo,

los Magistrados, siendo más cercanos a los Maestros por rango y fortuna, y también más familiarizados con ellos por la convivencia, trataron el asunto con mano floja.³

La agitación en favor de un salario mínimo alcanzó su primer punto crítico en 1807-8, con las peticiones, manifestaciones y huelgas que desembocaron en el encarcelamiento del coronel Hanson.⁴ Según un testigo escocés, que afirmaba haber tomado parte destacada en la organización, desde 1809 hasta finales de 1812 existió un impresionante sindicato de tejedores a escala nacional, con su centro en Glasgow y con bastiones en Escocia, Lanca shire, Carlisle e Irlanda del Norte.⁵ En 1811, los tejedores redoblaron sus esfuerzos para obtener un salario mínimo, y 40.000 tejedores de Manchester, 30.000 de Escocia y 7.000 de Bolton firmaron peticiones de protección contra empleadores sin escrúpulos. En 1812 parece que se produjeron algunas

¹ Véanse Hammonds, op. cit., pp. 229-54; W. Felkin, op. cit., p. 238; A. Temple Patterson, op. cit., cap. VI, VII; Darvall op. cit., pp. 139-50, 155-9; Aspinall, op. cit., pp. 169-83, 230, 234-42, 320-8. Durante un breve periodo, Henson trabajó a tiempo completo para el sindicato. En 1816 presentó con éxito dos demandas contra mangueros por infracción de las Leyes de Camiones. En 1817 fue arrestado mientras se encontraba en Londres, donde estaba pidiendo por la vida de los luditas condenados; y estuvo detenido sin cargos durante dieciocho meses durante la suspensión del Habeas Corpus; abajo, p. 671.

² Hammonds, op. cit., p. 67, y (para las leyes de arbitraje) pp. 62-9, 72 y ss..

³ One Who Pity the Oppressed, *The Beggar's Complaint against Rack-Rent Landlords, Com Factors, Great Farmers, Monopolizers, Paper Money Makers, and War...* (Sheffield, 1812), pp. 100 y ss..

⁴ Véase más arriba, p. 278.

⁵ A. B. Richmond, op. cit. pp. 14-28.

divergencias en los consejos de tejedores: los de Lancashire abandonaron toda esperanza de protección y se inclinaron por el ludismo, mientras que los de Glasgow y Carlisle se enfrentaron a largas y costosas causas en los tribunales sobre las cuestiones de la regulación salarial y el aprendizaje. Los de Glasgow, de hecho, ganaron su caso, después de luchar a un gran coste en los tribunales superiores. Pero los fabricantes se negaron rápidamente a pagar el mínimo que los magistrados habían acordado en las Quarter Sessions, con el resultado de que (noviembre y diciembre de 1812) hubo una huelga de tejedores extraordinariamente disciplinada y bien apoyada, desde Aberdeen hasta Carlisle. Los hombres (dijo Richmond) estaban decididos a hacer cumplir por "un esfuerzo moral simultáneo" los salarios concedidos por la ley, y decididos también a "hacer la última defensa de su rango en la sociedad". Los líderes de Glasgow ("personas de una frialdad y habilidad maravillosas"), que se habían esforzado en todo momento por consultar a un abogado y actuar dentro de la ley, fueron arrestados y condenados a penas de entre cuatro y dieciocho meses de prisión. Cuando, dos años más tarde, se derogaron las cláusulas de aprendizaje de 5 Eliz, c.4, una nueva petición (esta vez de los tejedores de Lancashire) declaró que "el presente proyecto de ley para derogar la mencionada ley ha hundido los espíritus de los peticionarios más allá de toda descripción, ya que no les queda ninguna esperanza..."¹

543

El trato dado a los dirigentes de los tejedores de Glasgow fue el ejemplo más indignante de la situación general de los sindicalistas en ese momento. Y este es el punto en el que podemos reunir nuestro análisis de las causas que precipitaron el Ludismo. Por supuesto, es fácil recurrir a una ociosa explicación "economicista", que atribuye el ludismo a la simple causa y efecto de las Órdenes del Consejo. Es cierto que el Sistema Continental de Napoleón y las Órdenes de represalia habían perturbado tanto los mercados de los textiles británicos que las industrias de Lancashire, Yorkshire y las Midlands estaban estancadas. Tanto la guerra como las sucesivas malas cosechas habían contribuido a elevar el precio de las provisiones a niveles de "hambruna". Pero esto no servirá para explicar el ludismo; puede ayudar a explicar su causa, pero no su carácter. Estos años de angustia, 1811 y 1812, añadieron el agravio supremo del hambre continua a los agravios ya existentes. Hizo que cada dispositivo mediante el cual los amos menos escrupulosos trataban de economizar mano de obra y abaratar su valor (telares mecánicos, esquiladoras o "cortadoras") pareciera más ofensivo. Pero el carácter del Luddismo no era el de una protesta ciega, o el de una revuelta por alimentos (como tuvo lugar en muchos otros distritos). Tampoco sirve describir el ludismo como una forma de sindicalismo "primitivo". Como hemos visto, los hombres que organizaron, ampararon o aprobaron el ludismo estaban lejos de ser primitivos. Eran astutos y con sentido del humor; junto a los artesanos londinenses, algunos de ellos figuraban entre los más elocuentes de las

¹ Véase ibídem, pp. 29-40 y las pruebas de Richmond, *Segundo Informe... Alizans and Machinery* (1824), pp. 59 y ss.; Hammonds, op. cit., pp. 85-8; Aspinall, op. cit., pp. 137-50, sep. J.J. Dillon to Sidmouth, pp. 143 y ss.

"clases industriosas". Algunos habían leído a Adam Smith, otros habían estudiado el derecho sindical. Cultivadores, almacenistas y tejedores eran capaces de gestionar una organización compleja, encargarse de sus finanzas y correspondencia, enviar delegados hasta Irlanda o mantener una comunicación regular con el West Country. Todos ellos habían tenido relaciones, a través de sus representantes, con el Parlamento, mientras que los almacenistas de Nottingham, debidamente contratados, eran burgueses y electores.

Debe considerarse que el ludismo surge en el punto de crisis de la derogación de la legislación paternalista y de la imposición de la economía política *del laissezfaire* sobre el pueblo trabajador y en contra de su voluntad y conciencia. Es el último capítulo de una historia que comienza en los siglos XIV y XV, y cuya mayor parte ha sido relatada en *Religion and the Rise of Capitalism*, de Tawney. Es cierto que gran parte de esta legislación paternalista había sido en su origen no sólo restrictiva, sino, para el trabajador, punitiva. Sin embargo, había en ella la imagen sombría de un Estado corporativo benevolente, en el que existían sanciones legislativas y morales contra el fabricante sin escrúpulos o el empresario injusto, y en el que los jornaleros eran un "estamento" reconocido, por bajo que fuera, en el reino. Al menos en teoría, se podía recurrir al J.P. en el último extremo en busca de arbitraje o protección, e incluso si la práctica enseñaba a los trabajadores a esperar una polvorienta respuesta, seguía siendo por esta teoría por la que se juzgaba al magistrado. La función de la industria era proporcionar un medio de vida a los que trabajaban en ella; y las prácticas o invenciones evidentemente destructivas del bien del "oficio" eran censurables. El artesano se enorgullecía de su oficio, no sólo porque aumentaba su valor en el mercado de trabajo, sino porque era un artesano.

544

Puede que estos ideales nunca fueran más que ideales; puede que a finales del siglo XVIII estuvieran desgastados. Pero tenían una poderosa realidad, no obstante, en la noción de lo que debería ser, a la que apelaban artesanos, oficiales y muchos pequeños maestros. Además, los ideales vivían en las sanciones y costumbres de las comunidades manufactureras más tradicionales. Los jornaleros los celebraban cuando celebraban, con pompa y gusto, la fiesta de San Crispín de los zapateros, el jubileo de los "gremios" de Preston o la fiesta del obispo Blaise de los peinadores de lana. Los primeros gremios cuasi legales plasmaron esta tradición en sus ornamentados billetes o carnés de afiliación: los zapateros con el escudo de armas, rematado con las tijeras cruzadas, entre la figura de la justicia y la de la libertad; los zapateros con su lema, "Que las manufacturas de los hijos de Crispín sean holladas por todo el mundo"; todos los sindicatos sindicatos con sus proclamas y manifiestos, firmados "POR ORDEN DEL TRADE". Como suele ocurrir, a medida que la tradición llegaba a sus últimos años, se impregnaba de una luz nostálgica.

Además, a veces se olvida lo rápida que fue la derogación de la legislación paternalista. Ya en 1773 se introdujo la importante Ley de Spitalfields, que permaneció en vigor con modificaciones durante cincuenta años, en virtud de la cual

los tejedores de seda obtuvieron —lo que otros tejedores y almacenistas se esforzaron en vano por conseguir— un salario mínimo legal.¹ Las ineficaces Leyes de Arbitraje del algodón (1800-3) sirvieron al menos para mantener viva la noción de protección. A partir de entonces, en el espacio de diez años, casi todo el código paternalista fue barrido. Entre 1803 y 1808 se suspende la reglamentación del comercio de la lana. En 1809 fueron derogadas. En 1813, las cláusulas de aprendizaje de 5 Eliz. c-4, fueron derogadas. En 1814 se derogaron las cláusulas que facultaban a los magistrados a imponer un salario mínimo. (Sin embargo, se mantuvo la cláusula en virtud de la cual era delito dejar el trabajo sin terminar). En 1814 las restricciones al aprendizaje en la industria cuchillera fueron anuladas por la Sheffield Cutlers' Bill. Durante los mismos diez años, los trabajadores, penalizados por las Combination Acts por cualquier acción sindical directa, recurrieron cada vez más a los tribunales para intentar hacer cumplir una legislación obsoleta. Así, hubo acciones por parte de los trabajadores de la lana en relación con los "gig-mills" y el aprendizaje, por parte de los almacenistas en relación con la "coquería" y el "camión", por parte de los tejedores de algodón en relación con el aprendizaje y la aplicación del salario mínimo, y más de una docena de casos presentados por los gremios de Londres (fabricantes de carruajes, fabricantes de cerraduras, fabricantes de máquinas y otros) entre 1809 y 1813 sobre cuestiones similares.² La gran mayoría de estos casos no tuvieron éxito. Los pocos que prosperaron agotaron los fondos de los sindicatos y reclamaron indemnizaciones irrisorias. Por último, en estos años también se produce la dispersión de los últimos controles consuetudinarios o legales sobre la fijación de precios en el mercado abierto, y no se reactiva el derecho consuetudinario con respecto al forestalling y el regrating.³

545

Hay que imaginar las amargas experiencias de Henson y Large, en su costosa asistencia al Parlamento, centuplicadas. Los trabajadores comprendieron muy bien lo que estaba ocurriendo. Estaban atrapados entre dos fuegos. Por un lado, se enfrentaban al fuego del orden establecido. No todos los magistrados rurales, ni siquiera los tenientes de condado, eran partidarios doctrinarios del *Idsez faire*. En ocasiones, estos hombres sentían verdaderos celos a la hora de intervenir contra los jornaleros, e incluso una fuerte aversión hacia los métodos de los grandes maestros. Pero en el momento en que las quejas de los hombres se expresaban en voz alta y con eficacia, en ese momento también amenazaban los valores del orden. El terrateniente a la antigua podía simpatizar con un almacenero famélico que aparecía como demandante pasivo a su puerta. No simpatizaba en absoluto con los comités secretos, las manifestaciones en las calles, las huelgas o la destrucción de la propiedad.

Por otra parte, los hombres se enfrentaban al fuego de sus patrones, que cada día ganaban nuevos refuerzos de los discípulos *del laissez faire*. Las Leyes del Maíz de

¹ Sobre el funcionamiento de las Spitalfields Acts, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. IV; Hammonds, op. cit., pp. 209 y ss.; J. H. Clapham, "The Spitalfields Acts", *Economic Journal*, diciembre de 1916.

² Véase T. K. Derry, "Repeal of the Apprenticeship Clauses", loc. cit., pp. 71-2.

³ Véase más adelante, pp. 63-8.

1815 iban a revelar lo lejos que estaban la aristocracia y la alta burguesía del verdadero asentimiento a estas doctrinas. Pero al Ministerio en tiempos de guerra le pareció conveniente aceptar los argumentos de la "libre competencia", en la medida en que militaban contra los intereses de la clase obrera, y no contra los de los terratenientes, por puro oportunismo contrarrevolucionario. De hecho, Sidmouth, cuando propuso la derogación del arbitraje salarial en 1813, apenas pensó que el asunto merecía ser discutido:

546

No hacían falta mentes tan ilustradas como las de sus Señorías para darse cuenta de lo pernicioso que tal estado de cosas debía ser tanto para el empleador como para el sirviente, pero especialmente para este último. Por lo tanto, todos ellos deben estar convencidos de que era conveniente derogar estos perniciosos estatutos.¹

Si hombres como los delegados de los agricultores y de los tejedores se encontraron con el rechazo de los ministros, no recibieron ningún consuelo de radicales como Hume o incluso Burdett. Por un lado, se les oponían los valores del orden; por otro, los valores de la libertad económica. En medio, una masa de diputados confusos, algunos de los cuales sentían, tal vez, un oscuro sentimiento de culpa por la injusticia que se estaba cometiendo, tomaron la salida más fácil: "salieron corriendo de la Cámara cuando nuestros asuntos se encendieron como un fuego salvaje".

Byron, en su famoso discurso en los Loes contra el proyecto de ley que tipificaba como delito capital la violación del marco, no se permitía hipérboles: "Cuando se hace una propuesta para emancipar o aliviar, se duda, se delibera durante años, se contemporiza y se manipula la mente de los hombres; pero un proyecto de ley sobre la muerte debe aprobarse de improviso, sin pensar en las consecuencias". Los trabajadores sentían que los lazos, por ideales que fueran, que les unían al resto de la comunidad en obligaciones y deberes recíprocos, se rompían uno tras otro. Se les empujaba más allá de los límites de la Constitución. El agravio fue más amargo para aquellos que, como los tejedores y los almacenistas, sentían que su estatus de artesanos estaba siendo socavado. En 1811, los "Plain Silk Hands" de Derby hicieron un llamamiento a los maestros obreros:

Como un cuerpo de ingeniosos artífices empleados en materiales de gran valor... nos consideramos con derecho a una posición más elevada en la sociedad: y que, en cuanto a emolumentos, deberíamos estar a la altura de los mecánicos de primera eminencia. Protegidos por una ley combinada, no podemos... decirles, como organismo público, que exigimos un anticipo de salario, pero sí podemos decir que la JUSTICIA EXIGE que recibamos una remuneración por un trabajo extra.²

"Cuando consideramos", declaró un comité del Lancashire en 1811, "que la Asamblea Legislativa ya ha interferido en asuntos de menor importancia: ha promulgado leyes para regular el precio del *maíz*, para fijar el precio del *pan*... para aumentar los sueldos de los *jueces* y *clérigos*... este Comité no puede concebir en qué justo fundamento

¹ Véase Hammonds, op. cit, p. 87.

² *Nottingham Review*, 20 de diciembre de 1811.

puede ser impropia la interferencia legislativa en circunstancias tan necesarias":

547

Si usted hubiera obtenido 70.000 votos para la elección de los diputados de esa Cámara, ¿habría sido tratada su solicitud con tanta indiferencia, por no decir desatención? Creemos que no.¹

En primer lugar, debemos ver el ludismo en este contexto. Los jornaleros y artesanos se sentían despojados de derechos constitucionales, y ésta era una convicción profundamente sentida. Ned Ludd era el "Reparador" o "Gran Ejecutor", defendiendo ("por voto unánime del Comercio") derechos demasiado profundamente establecidos "por la Costumbre y la Ley" para que pudieran ser anulados por unos pocos maestros o incluso por el Parlamento:

No cantes más tus viejas rimas sobre el audaz Robin Hood,
Sus hazañas poco admiro.
Cantaré los logros del General Ludd,
ahora el héroe de Nottinghamshire...²

Pero, en segundo lugar, no debemos exagerar el aislamiento en el que se habían visto forzados los ganaderos. A lo largo de los "atropellos" luditas, los quebrantadores de máquinas contaron con el respaldo de la opinión pública en las Midlands y el West Riding. Los grandes patronos, y el sistema fabril en general, despertaron una profunda hostilidad entre miles de pequeños propietarios. En 1795, los pequeños maestros pañeros de West Riding estaban haciendo campaña para apoyar un proyecto de ley "para restaurar y preservar íntegramente el antiguo sistema de fabricación de paños...".

Hasta hace poco, ese sistema consistía en que las personas que residían en diferentes pueblos del condado fabricaban telas y las vendían en los salones públicos de Leeds a los comerciantes que no se dedicaban a la fabricación de telas.

Últimamente, varios comerciantes se han convertido en fabricantes de paños y, para llevar a cabo mejor dicha manufactura, han erigido edificios muy grandes que se llaman fábricas, en las que tienen la intención de emplear a modistos como sus sirvientes, de modo que las personas que, con sus familias, se han dispersado como se mencionó anteriormente, serán asociados dentro o cerca de esos Edificios en un Estado dependiente.

548

El proyecto de ley (que pretendía impedir que los comerciantes-fabricantes completaran sus pedidos comprando telas en los salones públicos) tenía por objeto "preservar un sistema de comercio que ha producido más independencia, prosperidad y moralidad y, en consecuencia, más felicidad que cualquier otra rama manufacturera del Reino".³

La diferencia de estatus entre un "siervo", un trabajador asalariado sujeto a las órdenes y la disciplina del amo, y un artesano, que podía "ir y venir" a su antojo, era lo suficientemente amplia como para que los hombres derramaran sangre antes que

¹ H.O. 42.117. Véase Hammonds, op. cit., pp.84-5, para extractos más completos de este notable documento.

² *General Ludd's Triumph*, en H.O. 42.119.

³ MS. "Heads of Proposed Bill ..." Halifax Reference Library.

dejarse empujar de un lado a otro. Y, en el sistema de valores de la comunidad, los que se resistían a la degradación tenían razón. En 1797 se construyó en Bradford el primer molino de vapor, acompañado de multitudes amenazantes y vociferantes. Los "pequeños fabricantes" de West Riding vieron en la progenie de Arkwright, al otro lado de los Peninos, la sentencia de muerte de su propia industria doméstica. Los pequeños amos que apoyaron la "Institution" o "Clothier's Community", entre 1802 y 1806, tenían a sus espaldas una teoría general de economía moral.

Es fácil olvidar la mala reputación que habían adquirido las nuevas fábricas de algodón. Eran centros de explotación, cárceles monstruosas en las que se confinaba a los niños, centros de inmoralidad y de conflicto industrial;¹ sobre todo, reducían al artesano laborioso a "un Estado dependiente". Para la comunidad estaba en juego un modo de vida y, por lo tanto, debemos ver la oposición de los cultivadores a determinadas máquinas como algo mucho más que un grupo concreto de trabajadores cualificados defendiendo su propio medio de vida. Estas máquinas simbolizaban la invasión del *sistema* fabril. Los prejuicios morales de algunos pañeros eran tan fuertes que sabemos de casos en los que suprimieron deliberadamente las invenciones que ahorraban trabajo, mientras que el padre de Richard Oastler, en 1800, vendió un negocio próspero antes que emplear maquinaria que él consideraba como "un medio de opresión por parte de los ricos y de corrupción, degradación y miseria para los pobres".² Fue este sentimiento, entre pañeros, maestros de la confección, artesanos y trabajadores de todo tipo, e incluso algunos profesionales, lo que dio una sanción a los luditas y les proporcionó protección. El general Grey, al mando de las tropas en el West Riding en 1812, comentó con consternación:

hasta qué punto la opinión y los deseos de la parte más respetable de los habitantes coinciden con los de la población engañada y mal dispuesta con respecto al objeto actual de su resentimiento, los molinos Gig y los bastidores de esquila, y esto se extiende también a las personas que tienen molinos de una descripción diferente empleados en la rama manufacturera.³

Estos sentimientos también existían en las Midlands, donde no se trataba de mejoras importantes en la maquinaria. Los maestros calceteros, los comerciantes, los artesanos e incluso algunos de los calceteros estaban totalmente del lado de los tejedores de marcos, con toda seguridad durante su apelación al Parlamento en 1812. El proyecto de ley que castigaba con la pena capital la violación de los marcos fue desaprobado incluso por los calceteros cuyos intereses se suponía que defendía. Y, a la luz de esto, la imagen convencional del ludismo de estos años como una oposición ciega a la maquinaria como tal se hace cada vez menos sostenible. Lo que estaba en

¹ Compárese el tory Cobbett en el *Political Register*, 23 de julio de 1803: "Los domingos, los niños, liberados de... esas prisiones pestíferas de las fábricas, pueden estirar sus pequeños y estrechos miembros..."; y el liberal *Leeds Mercury* (6 de marzo de 1802): "las grandes fábricas de esta y otras ciudades forman seminarios para todo tipo de profanidad y obscenidad ... No se puede poner en duda la veracidad de esta observación".

² Driver, op. cit., pp. 17-18.

³ Darvall, op. cit., p. 62.

juego era la "libertad" del capitalista para destruir las costumbres del oficio, ya fuera mediante nueva maquinaria, mediante el sistema de fábricas o mediante una competencia no restringida, bajando los salarios, subcotizando a sus rivales y socavando los estándares de la artesanía. Estamos tan acostumbrados a la noción de que era inevitable y "progresista" que el comercio se liberara a principios del siglo XIX de las "prácticas restrictivas", que requiere un esfuerzo de imaginación comprender que el propietario "libre" de una fábrica o un gran manguero o fabricante de algodón, que construyó su fortuna por estos medios, fuera considerado no sólo con celos, sino como un hombre involucrado en prácticas *inmorales e ilegales*. La tradición del precio justo y del salario equitativo vivió más tiempo entre "los de abajo" de lo que a veces se supone. No veían *el laissez faire* como libertad, sino como una "imposición sucia". No veían ninguna "ley natural" por la que un hombre, o unos pocos, pudieran llevar a cabo prácticas que causaran un perjuicio manifiesto a sus semejantes.

550

Una "Declaración Extraordinaria", dirigida a "nuestro bien amado Hermano, y Capitán en Jefe, Edward Ludd", encarna todas estas nociones de la economía moral del "Comercio".

Considerando que se nos ha presentado a nosotros, los Agitadores Generales de los Condados del Norte, reunidos para reparar los Agravios de los Mecánicos Operarios, que Charles Lacy, de la Ciudad de Notting Ham, Fabricante de Encaje Británico, ha sido culpable de diversos Actos fraudulentos y opresivos, por los cuales ha reducido a la pobreza y a la Miseria a Setecientos de nuestros queridos Hermanos fabricando fraudulentamente Red de Punto de Algodón, de un solo hilo, ha obtenido la suma de Quince Mil Libras, con lo que ha arruinado el Comercio de Encaje de Algodón, y por consiguiente a nuestros dignos y bien amados Hermanos, cuyo sustento y comodidad dependían de la continuidad de esa manufactura.

Nos parece que el mencionado Charles Lacy actuó por los motivos más diabólicos, por lo tanto... decretamos la confiscación de las mencionadas Quince Mil Libras, y por la presente... ordenamos a Charles Lacy que desembolse dicha suma, en partes iguales entre los Trabajadores, que hicieron Algodón Neto en el año 1807...¹

Desde este punto de vista, el ludismo puede verse como una violenta erupción de sentimientos contra el capitalismo industrial desenfrenado, que se remonta a un código paternalista obsoleto y sancionado por las tradiciones de la comunidad obrera. Pero en este punto el término "reaccionario" llega con demasiada facilidad a algunos labios. Porque a pesar de todas las homilias dirigidas a los luditas (entonces y después) sobre las consecuencias beneficiosas de la nueva maquinaria o de la "libre" empresa —argumentos que, en cualquier caso, los luditas eran lo suficientemente inteligentes como para sopesar por sí mismos—, los fabricantes de maquinaria, y no

¹ La "Declaración", en fina plancha de cobre, está fechada en noviembre de 1811, y faculta a Edward Ludd a "infligir el Castigo de la Muerte" en caso de incumplimiento, y a distribuir 50 libras entre los verdugos: J. Russell, "The Luddites", *Trans. Thoroton Society*, X, 1906, pp. 53-62.

los tratadistas, hicieron la evaluación más realista de los efectos a corto plazo. Los cultivadores son el ejemplo más claro de una habilidad que simplemente se extinguió:

Se dice que entre 1806 y 1817 el número de gig mills en Yorkshire aumentó de 5 a 72; el número de esquiladores que trabajaban con maquinaria, de 100 a 1.462; y de 3.378 esquiladores, no menos de 1.170 estaban sin trabajo, mientras que 1.445 sólo tenían un empleo parcial.¹

Su mano de obra fue sustituida por la de hombres no cualificados y jóvenes. Según un relato de 1841:

En 1814, había 1.733 cosechadores en Leeds, todos con pleno empleo; y ahora, desde la introducción de la maquinaria, la totalidad de la tela es vestida por un número comparativamente pequeño, principalmente muchachos, de 5 a 8 chelines y algunos hombres de 10 a 14 chelines por semana. Los viejos campesinos se han dedicado a cualquier cosa que puedan hacer; algunos actúan como alguaciles, aguadores, carroñeros, o venden naranjas, pasteles, cintas y encajes, pan de especias, ennegrecimiento, etc. etc..²

Fue el triste final de un oficio honorable. La historia posterior de los calceteros y de los tejedores de algodón ofrece apenas más pruebas de la visión "progresista" de las ventajas de la descomposición de costumbre y de "prácticas restrictivas". Ya hemos examinado con suficiente detalle la destrucción del medio de vida del tejedor. Si hay algún episodio de la Revolución Industrial más desgarrador que el del tejedor en telar manual, es el del calcetero. En 1819, según Felkin, muchos de ellos habían quedado reducidos a entre 45 y 7 J. a la semana por dieciséis o dieciocho horas de trabajo diario; sólo la emigración al Cabo de Buena Esperanza les permitía escapar. A principios de la década de 1820 se produjo una cierta recuperación, con la introducción del encaje a máquina (la "fiebre" del encaje de bolillos), que trajo una nueva afluencia al comercio, seguida de un continuo deterioro. "De vez en cuando pegamos un estirón", dijo uno de ellos a Thomas Cooper en 1840: "Pero pronto volvemos al principio". (4X W. se citaba entonces como salario "medio" cuando se trabajaba). de formas de pequeña explotación —rebaja salarial, "docking" o multas, camiones— por otro, "el pobre tejedor de bastidores estaba agotado, hasta el punto de que se le podría haber conocido por su peculiar aire de miseria y abatimiento, si se le hubiera encontrado a cien millas de Leicester". Y esto se había logrado únicamente mediante la "libre competencia", sin la introducción de ninguna maquinaria de vapor o hidráulica.³

Incluso si tenemos en cuenta el abaratamiento del producto, es imposible designar como "progresistas", en cualquier sentido significativo, procesos que provocaron la degradación, durante veinte o treinta años, de los trabajadores empleados en la industria. Y, visto desde este aspecto, podemos ver el ludismo como un momento de conflicto *transitorio*. Por un lado, miraba hacia atrás, hacia las viejas costumbres y la

¹ E. Lipson, *The History of the Woollen and Worsted Industries* (1921), p. 191.

² W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 15.

³ Felkin, *op. cit.*, pp. 441 y ss.; T. Cooper, *Life*, pp. 137-42. Véase también J. F. C. Harrison, "Chartism in Leicester", en A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 121-9.

legislación paternalista que nunca podrían revivir; por otro lado, intentaba revivir antiguos derechos para establecer nuevos precedentes. En diferentes momentos, sus reivindicaciones incluían un salario mínimo legal; el control del "sudor" de las mujeres o los menores; el arbitraje; el compromiso de los patrones de encontrar trabajo a los hombres cualificados despedidos por la maquinaria; la prohibición del trabajo de mala calidad; el derecho a la combinación sindical abierta. Todas estas reivindicaciones miraban tanto hacia adelante como hacia atrás, y contenían en su interior una imagen sombría, no tanto de una comunidad paternalista como democrática, en la que el crecimiento industrial debía regularse de acuerdo con prioridades éticas y la búsqueda de beneficios debía subordinarse a las necesidades humanas.

552

Por lo tanto, debemos ver los años 1811-13 como una línea divisoria de aguas, cuyas corrientes se remontan en una dirección a la época de los Tudor, y en otra hacia la legislación fabril de los cien años siguientes. Los luditas fueron algunos de los últimos gremialistas y, al mismo tiempo, algunos de los primeros en lanzar las agitaciones que condujeron al Movimiento de las 10 Horas. En ambas direcciones se situaba una economía y una moral políticas alternativas a las del *laissez faire*. Durante las décadas críticas de la Revolución Industrial, los trabajadores se vieron totalmente expuestos a uno de los dogmas más degradantes para el ser humano. dogmas en de la historia: de irresponsable de la competencia irresponsable y sin licencia, y generaciones de trabajadores a la intemperie murieron bajo esta exposición. Fue Marx quien vio, en la aprobación de la Ley de las 10 horas (1847), prueba de que por "primera vez... a plena luz del día la economía política de la clase media sucumbió a la economía política de la clase obrera".¹ Los hombres que atacaron el molino de Cartwright en Rawfolds anunciaban esta economía política alternativa, aunque en un confuso encuentro a medianoche.

V. LOS CHICOS DE SHERWOOD

El ludismo perdura en la mente popular como un asunto grosero y espontáneo de artesanos analfabetos que se resisten ciegamente a la maquinaria. Pero la historia de la rotura de máquinas es mucho más larga. La destrucción de materiales, telares, trilladoras, la inundación de pozos o el daño a los engranajes de los pozos, o el robo o despido de casas o propiedades de empleadores impopulares: éstas y otras formas de acción directa violenta se emplearon en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX, mientras que el "rattening" todavía era endémico en partes de la industria cuchillera de Sheffield en la década de 1860.

553

¹ K. Marx, *Obras escogidas* (1942), II, p. 439.

En ocasiones, estos métodos iban dirigidos contra máquinas consideradas odiosas como tales. Más a menudo eran un medio de hacer cumplir las condiciones habituales, intimidar a los patrones, a los hombres "ilegales" o a los amos, o eran medios auxiliares (a menudo eficaces) de la huelga u otras acciones "sindicales"¹.

Aunque relacionado con esta tradición, el *movimiento ludita* debe distinguirse de ella, en primer lugar, por su alto grado de organización y, en segundo lugar, por el contexto político en el que floreció. Estas diferencias pueden resumirse en una sola característica: al tiempo que encuentran su origen en reivindicaciones industriales particulares, el ludismo era *un movimiento casi insurreccional*, que temblaba continuamente al borde de objetivos revolucionarios ulteriores. Esto no quiere decir que fuera un movimiento revolucionario totalmente consciente; por otra parte, tenía una tendencia a convertirse en tal movimiento, y es esta tendencia la que a menudo se subestima.

El ludismo de Lancashire reveló el mayor contenido político, así como la mayor espontaneidad y confusión. El ludismo de Nottinghamshire era el más organizado y disciplinado, y el más estrictamente confinado a objetivos industriales. El ludismo de Yorkshire pasó de objetivos industriales a objetivos ulteriores. Antes de analizar estas diferencias, debemos presentar una breve narración.

Los principales disturbios comenzaron en Nottingham, en marzo de 1811. Una gran manifestación de calceteros, "clamando por trabajo y un precio más liberal" fue dispersada por los militares. Esa noche, en el gran pueblo de Arnold, unos alborotadores que no tomaron ninguna precaución para camuflarse y que fueron vitoreados por la multitud rompieron sesenta marcos de medias. Durante varias semanas continuaron los disturbios, principalmente nocturnos, en todos los pueblos calceteros del noroeste de Nottinghamshire. A pesar de que agentes especiales y tropas patrullaban los pueblos, no se pudo efectuar ninguna detención.

A pesar de que el "frame-breaking" se había extendido más que en cualquier otro momento desde hacía quizá treinta años, este primer brote de marzo y abril no causó sensación. Los disturbios de uno u otro tipo eran endémicos en los distritos manufactureros y suscitaban pocos comentarios. Pero a principios de noviembre de 1811, el ludismo apareció de forma mucho más disciplinada. Los asaltantes de marcos ya no eran obra de "alborotadores", sino de bandas más pequeñas y disciplinadas, que se desplazaban rápidamente de pueblo en pueblo por la noche. Desde Nottinghamshire se extendió a partes de Leicestershire y Derbyshire, y continuó sin interrupción hasta febrero de 1812. El 10 de noviembre se produjo un grave conflicto en Bulwell, donde un manguero llamado Hollingsworth defendió su local. Hubo intercambio de disparos y uno de los luditas (un almacenero de Arnold llamado John

¹ Véase E. J. Hobsbawm, "The Machine Breakers", *Past & Present*, I, febrero de 1952, pp. 57 y ss. Aunque este artículo ofrece un admirable estudio de los fenómenos generales de la rotura de máquinas. El Dr. Hobsbawm pasa por alto los rasgos que distinguen al movimiento ludita (tal como se define en este capítulo) de otras fases del machine-breaking.

Westley) resultó muerto; pero después de retirarse con su cuerpo, los luditas regresaron, derribaron las puertas y rompieron los marcos. Tres días más tarde, un grupo muy numeroso de luditas, armados con mosquetes, pistolas, hachas y martillos, destruyeron setenta armazones en un gran taller de calderería de Sutton-in-Ashfield. Noche tras noche, durante más de tres meses, los ataques continuaron, a veces en dos o tres pueblos muy separados en la misma noche.

554

A finales de diciembre, el corresponsal en Nottingham del *Leeds Mercury* declaró: "el estado insurreccional al que se ha visto reducido este condado durante el último mes no tiene parangón en la historia, desde los agitados días de Carlos I". Ningún grado de actividad por parte de los magistrados o de grandes refuerzos militares disuadió a los luditas. Cada ataque revelaba planificación y método:

Sólo rompieron los armazones de los que habían bajado el precio del salario de los hombres; los que no habían bajado el precio, tenían sus armazones intactos; en una casa, anoche, rompieron cuatro armazones de seis; en los otros dos, que pertenecían a amos que no habían bajado el salario, no se metieron.

Los luditas iban enmascarados o disfrazados; tenían centinelas y mensajeros; "se comunicaban entre sí por medio de una consigna, y el disparo de una pistola o fusil era generalmente la señal de peligro o de retirada":

Los alborotadores aparecen repentinamente, en grupos armados, bajo comandantes regulares; el jefe de los cuales, sea quien sea, es llamado *General Ludd*, y sus órdenes son tan implícitamente obedecidas como si hubiera recibido su autoridad de manos de un Monarca.

En general, se creía que los luditas actuaban bajo juramento solemne y que la desobediencia a las órdenes del general se castigaba con la muerte.¹

Al mismo tiempo, las incursiones en busca de armas y la recogida general de dinero para los fondos luditas se hizo más general. Una carta de Ashover describía la autoridad con la que actuaban los luditas:

555

Llegaron a este lugar dos hombres que se hacían llamar inspectores del comité; fueron a todas las casas de los almacenistas y los liberaron de trabajar bajo los precios que les dieron en una lista..... Convocaron a todos los almacenistas, unos doce o catorce maestros, a una casa pública con tanta consecuencia como si hubieran recibido un mandato del Príncipe Regente. Cuando los hicieron venir, todo lo que puedo saber en este momento, fue con el propósito de recaudar dinero de ellos para la manutención de aquellas familias que estaban privadas de conseguir su pan rompiendo sus armazones. Cuando encontraban un armazón trabajado por una persona que no había servido un aprendizaje regular, o por una mujer, los despedían del trabajo, y si prometían hacerlo, pegaban un papel en el armazón con estas palabras escritas: "Que este armazón permanezca, los potros retirados".²

En el pueblo de Pentridg (que se haría notorio en otro contexto cinco años más tarde)

¹ Darvall, op. cit., pp. 67-70; Hammonds, op. cit., pp. 261-5; *Lieds Mercury*, 7, 14, 21 de diciembre de 1811.

² Aspinall, op. cit., p. 118

"después de pasar por el pueblo, y examinar los marcos, y a sus poseedores, en cuanto al trabajo que hacían y los precios que recibían, se retiraron sin hacer ningún daño. .
"Por motivos de simpatía o en defensa propia, los calceteros que se ajustaban a las condiciones exigidas por los almacenistas pagaban billetes impresos en sus bastidores:
"ESTE MARCO ES HACIENDO UN TRABAJO COMPLETO, AL PRECIO COMPLETO"¹.

El extraordinario éxito de los luditas les infundió una gran moral:

Ahora por la fuerza no subyugado, y por amenazas inquebrantales
La muerte misma no puede reprimir su ardor
La presencia de los ejércitos no puede asustarle
ni obstaculizar su carrera hacia el éxito
Mientras la noticia de sus conquistas se difunde por todas partes
Cómo sus enemigos dan la alarma
Su valor, su fortaleza, les infunde temor
Porque temen su Omnipotente Brazo....
Y cuando se emplea en la obra de destrucción,
Él mismo no se limita a ningún método,
Con fuego y con agua consigue destruirlos
Pues los Elementos ayudan a sus designios.
Ya sea custodiado por soldados a lo largo de la carretera
o estrechamente asegurado en la habitación,
Los estremece de noche y de día, y nada puede suavizar su perdición*.²

* Now by force unsubdued, and by threats undismay'd

Death itself can't his ardour repress

The presence of Armies can't make him afraid

Nor impede his career of success

Whilst the news of his conquests is spread far and near

How his Enemies take the alarm

His courage, his fortitude, strikes them with fear

For they dread his Omnipotent Arm. . . .

And when in the work of destruction employed

He himself to no method confines,

By fire and by water he gets them destroyed

For the Elements aid his designs.

Whether guarded by Soldiers along the Highway

Or closely secured in the room,

He shivers them up both by night and by day,

And nothing can soften their doom.

556

No sólo ofrecían abiertamente una "recompensa" a quien diera información sobre personas que revelaran sus secretos, sino que también publicaron amenazas contra pseudo-luditas que recaudaban fondos o robaban en granjas aisladas bajo pretextos. La disciplina del "General" está bien ilustrada por una carta a un "Desconocido", que acompañaba a algunos artículos que habían sido robados durante un ataque en Clifton (Notts.), con la petición de que los artículos fueran "Devueltos a sus respectivos propietarios":

¹ *Alfred*, 9 de diciembre de 1811.

² *General Ludd's Triumph*, H.O. 42.119.

. . . it is with extream Regrat that I inform yow hau they Came into my hans when I came out with my men their weir sums joind us that I never had ad with me before and it wear these Villinds that plundered but as we wear going out of Clifton one of my men came and told me that he Believed that those Men ad got some think that they had no Business with I their fore gave hoarders that they should be searched....

La carta terminaba de forma más sombría:

. . . we were gust agoen to have hang'd one of the Villends when we weir informed that Solders weir at hand we thot it Right to Retreat. N.B. The Men that had the things weir entire strangers to my horders or they Never dworst not have tuch'd one thinck, but they have been punished for their vileny for one of them have been hang'd for 3 Menet and then Let down agane I ham a friend to the pore and Distrest and a enemy to the oppressors thron.

GENERAL LUDD¹

En la primera semana de febrero de 1812, ésta —la fase principal del ludismo de los Midlands— murió. Hubo tres razones. En primer lugar, los luditas habían tenido un éxito parcial: la mayoría de los calceteros habían aceptado pagar mejores precios y los salarios habían aumentado hasta 2 s por semana. En segundo lugar, ahora había varios miles de soldados en la zona, complementados por agentes especiales y grupos de vigilancia locales. En tercer lugar, el proyecto de ley para hacer de la violación del marco un delito capital estaba ahora ante el Parlamento, y (como hemos visto) el ludismo dio paso repentinamente a la agitación constitucional, tan repentinamente que es imposible no creer que el nuevo Comité no estaba al menos en parte bajo la antigua dirección ludita.² Pero justo en el momento en que el ludismo de Nottingham se volvió inactivo, el ludismo en Lancashire y Yorkshire se disparó con su ejemplo.

557

En Yorkshire los informes de Nottingham habían sido seguidos con avidez por los agricultores y, según la tradición, los relatos del *Leeds Mercury* se habían leído en voz alta en los talleres. El primer indicio de ludismo activo llegó a mediados de enero, cuando un grupo de hombres con la cara ennegrecida fue sorprendido en el puente de Leeds. A partir de entonces apareció el ludismo, ya adulto, siguiendo el modelo de la disciplina y las tácticas de Nottingham, pero acompañado de un mayor número de enfáticas cartas amenazadoras que podían, o no, provenir de una fuente central. En enero, uno de los únicos molinos de Leeds fue incendiado; en febrero, se produjeron ataques nocturnos en los distritos de Huddersfield y Spen Valley, donde se encontraba el mayor número de molinos y esquilas. Después de un ataque exitoso,

Tan pronto como el trabajo de destrucción fue completado, el Líder reunió a sus hombres, pasó lista, cada hombre respondiendo a un número particular en lugar de su nombre; luego dispararon sus pistolas dieron un grito, y marcharon en orden militar regular.

No se destruyó nada, salvo la odiosa maquinaria:

¹ *Leeds Mercury*, 15 de febrero de 1812; *Nottingham Review*, 7 de febrero de 1812.

² Henson afirmó que aconsejaba la formación de clubes de oficios como alternativa a Ludding: *Cuarto informe... Artisans and Machinery* (1824), p. 282.

... uno de los miembros del grupo preguntó al jefe qué debían hacer con uno de los propietarios, a lo que éste respondió que no le harían daño ni en un pelo, pero que si se veían en la necesidad de volver a visitarlo, no tendrían piedad de él.¹

Parece que hubo diferentes "comandos" luditas en el West Riding, centrados en Leeds, Halifax, Huddersfield y los pequeños pueblos de ropa del valle de Spen, cuyos delegados (de Cleckheaton, Heckmondwike, Gomersal, Birstall, Mirfield, Brighouse, Eiland y "lugares más distantes") se supone que se reunieron en febrero, y que enviaron delegados a otra reunión una o dos semanas después en Halifax.² En Leeds se distribuyó un panfleto, en términos mucho más surreccionarios que todo lo atribuido a los luditas de Nottingham:

A todos los cultivadores, tejedores, etc. y al público en general. Generosos compatriotas,

Se os pide que os acerquéis con armas y ayudéis a los desagraviados a reparar sus agravios y a sacudirse el odioso yugo de un Viejo Tonto, y su Hijo más tonto y sus Ministros Canallas, todos los Nobles y Tiranos deben ser derribados. Sigamos el noble ejemplo de los valientes ciudadanos de París que, a la vista de 30.000 casacas rojas tiranas, derribaron a un tirano. Más de 40.000 Héroes están listos para romper, para aplastar al viejo Gobierno y establecer uno nuevo.

Diríjase al General Ludd Comandante del Ejército de Reparadores.³

558

Un tal Sr. Smith, fabricante de Huddersfield, recibió una carta aún más escalofriante:

Me acaban de informar de que usted es poseedor de esos detestables bastidores de esquileo, y mis hombres me han pedido que le escriba para advertirle de que los derribe. Tenga en cuenta que si no los derriba para finales de la próxima semana, enviaré a uno de mis Tenientes con al menos 300 hombres para destruirlos y, además, tenga en cuenta que si nos da la molestia de venir tan lejos, aumentaremos su desgracia quemando sus edificios hasta reducirlos a cenizas y, si tiene la desfachatez de disparar contra alguno de mis hombres, tienen órdenes de asesinarle y quemar todas sus viviendas. y quemar todas vuestras viviendas, tendréis la bondad de informar a vuestros vecinos de que les espera el mismo destino si no derriban rápidamente sus edificios....

El Sr. Smith y sus "Hermanos en Pecado" fueron entonces informados de que "había 2.782 Héroes Juramentados atados por un Vínculo de Necesidad" sólo en el Ejército de Huddersfield, casi el doble de Hombres Juramentados en Leeds":

Por las últimas cartas de nuestros corresponsales nos enteramos de que los fabricantes de los siguientes lugares van a levantarse y unirse a nosotros para reparar sus injusticias. Manchester, Wakefield, Halifax, Bradford, Sheffield, Oldham, Rochdale y todo el país del algodón, donde el valiente Sr. Hanson los conducirá a la victoria; los tejedores de Glasgow y de muchas partes de Escocia se unirán a nosotros; los papistas de Irlanda se están levantando en masa, por lo que es probable que encuentren en los soldados algo más que hacer que holgazanear en Huddersfield y, entonces, ¡ay de los lugares ahora vigilados por ellos!⁴

¹ *Leeds Mercury*, 18 de enero, 29 de febrero de 1812; Frank Peel, op. cit. (ed. 1880),

² Peel, op. cit., (edn. 1895), pp. 44 y ss. Hay que señalar que siempre que se puede comprobar el relato de Peel es generalmente exacto, incluso en los detalles.

³ W. B. Crump, op. cit., p. 229.

⁴ *Ibidem*, pp. 229-30. El Sr. Hanson es presumiblemente el coronel Hanson, encarcelado por apoyar a los tejedores

Diez días más tarde (20 de marzo de 1812), el magistrado más activo del distrito de Huddersfield recibió él mismo una carta amenazadora, supuestamente procedente del "Procurador del General Ludd" en Sherwood Forest, Nottingham, y que contenía lo siguiente la sentencia del "Ludds Court de Nottingham".¹ Los éxitos en Yorkshire, seguidos de los de las Midlands, la impotencia de los militares y la hostilidad de la opinión pública, fueron demasiado para los pequeños fabricantes, especialmente cuando eran destinatarios de un correo tan espeluznante. Muchos de ellos simplemente capitularon, destruyendo o almacenando sus propios almacenes de esquila. Según la tradición, los luditas realizaban frecuentes ejercicios nocturnos: "los mosqueteros, de diez en diez, se colocaban primero, luego los armados con pistolas... picas y hachas los terceros, y una banda desarmada se colocaba en la retaguardia".² Pero el lugar de honor, según la leyenda popular, lo ocupaban los martilladores, que empuñaban enormes trineos de hierro llamados "Enochs", para romper puertas y destrozarse los marcos. Estos marcos (así como los martillos) eran fabricados por Enoch Taylor, de Marsden, un herrero negro convertido en fabricante de máquinas, y el grito ludita era: "Enoch los hizo, Enoch los romperá". Los asaltos se celebraban en la canción del cosechador, que se interpretaba al "verdadero estilo del patterer de baladas":

And night by night when all is still,
 And the moon is hid behind the hill,
 We forward march to do our will
 With hatchet, pike and gun!
 Oh, the cropper lads for me,
 The gallant lads for me,
 Who with lusty stroke
 The shear frames broke,
 The cropper lads for me!
 Great Enoch still shall lead the van
 Stop him who dare! stop him who can!
 Press forward every gallant man
 With hatchet, pike, and gun!
 Oh, the cropper lads for me.³

* Y noche tras noche cuando todo está quieto,
 Y la luna se oculta tras la colina,
 Marchamos hacia adelante para hacer nuestra voluntad
 ¡Con hacha, pica y pistola!
 Oh, los chicos de la cosecha para mí,
 Los chicos galantes para mí,
 Que con golpe lujurioso
 Los marcos de las tijeras se rompieron,
 ¡Los chicos de la cosecha para mí!

en 1808.

¹ Asa Briggs, *Private and Social Thaners in "Shirley"* (Bronte Society, 1958), p. 9.

² A.L., *Tiempos tristes*, p. 112.

³ Frank Peel, *Spot Valley: Past and Present*, p. 242.

El gran Enoch aún guiará la furgoneta
¡Detened a quien se atreva!
¡Detened a quien pueda!
Presionen hacia adelante a cada hombre galante
¡Con hacha, pica y pistola!
Oh, los muchachos cropper para mí...

La fase principal del Ludismo de Yorkshire llegó a una crisis a mediados de abril, después de sólo seis o siete semanas de existencia efectiva. A medida que disminuía el número de pequeños fabricantes que aún utilizaban las máquinas ofensivas, se hizo evidente que los luditas debían descansar sobre estos éxitos o intentar la destrucción de las pocas fábricas importantes que aún resistían. Eligieron la segunda opción. En la última semana de marzo, dos fábricas cerca de Leeds fueron atacadas con éxito; el 9 de abril la "extensa" fábrica de paños de Joseph Foster en Horbury, cerca de Wakefield, fue saqueada e incendiada, tras un ataque de un contingente de hasta 300 luditas, probablemente reunidos de varios comandos.¹ Ahora se esperaba en general que se haría un ataque a uno de los dos establecimientos sustanciales, cuyos propietarios se habían hecho notorios por su determinación de desafiar a los luditas. William Horsfall, de Ottiwells, cerca de Huddersfield, estaba colérico e impaciente por enfrentarse a un ataque; sus hombres estaban armados, y tenía un cañón montado en su molino, con braseros para cubrir la línea de ataque; se había jactado de que deseaba "cabalgar hasta los cintos de la silla" con sangre ludita, y su odio era tan obsesivo que incluso los niños se burlaban de él en las calles con gritos de "¡Soy el general Ludd!". William Cartwright, de Rawfolds, en el valle de Spen, era más tranquilo pero no menos decidido; tenía soldados y obreros armados en sus instalaciones (donde él mismo dormía) todas las noches, centinelas y (en caso de que se rompieran sus defensas exteriores) barricadas de rodillos con pinchos en sus escaleras y una tina de aceite de vitriolo en la parte superior. Según la tradición, los luditas echaron a suertes cuál sería su primer objetivo. La elección recayó en Rawfolds.

560

El ataque a Rawfolds se ha convertido en legendario. Quizás participaron 150 luditas (se dice que se había esperado a más y que los contingentes de Leeds o Halifax no llegaron a tiempo). Dirigidos por George Mellor, un joven agricultor de una pequeña tienda de acabados en Longroyd Bridge, cerca de Huddersfield, los luditas intercambiaron un intenso fuego con los asediados defensores durante veinte minutos. Al amparo de este fuego, un pequeño grupo de martilleros y hombres con hachas de guerra intentaron en repetidas ocasiones derribar las pesadas puertas del molino. Este grupo sufrió graves bajas, al menos cinco heridos, dos de los cuales —heridos de muerte— quedaron atrás cuando los luditas se retiraron repentinamente. Se dice que su comandante, Mellor, fue el último en quedar en el campo, y que no pudo ayudar a los hombres heridos ya que estaba ayudando a llevar a otro (su propio primo) a un lugar seguro. El suelo alrededor del molino estaba sembrado de

¹ *Leeds Mercury*, 11 de abril de 1812; Darvall, op. cit, p. 114.

mosquetes, hachas, picas y utensilios metálicos.

Mil detalles de este ataque y de sus secuelas entraron en el folclore tanto de los amos como de la población. Y en este punto debemos preguntarnos por qué, además de buscar más a fondo los recursos de las autoridades, el contexto político de abril y mayo de 1812 y los acontecimientos contemporáneos en Lancashire.

561

Una parte del trasfondo se nos ofrece fielmente en *Shirley*, de Charlotte Bronte. El dueño del molino, Gerard Moore (inspirado en Cartwright), pertenece a la clase media, mitad whig, mitad radical, cuyo órgano era el *Leeds Mercury*: indiferente u hostil a la guerra, deseoso de que se eliminen todas las restricciones al comercio, amargamente crítico con la política ministerial y, en especial, con las Órdenes del Consejo. El párroco militar, Helstone (inspirado en el reverendo Hammond Roberson), es un rabioso conservador de la "Iglesia y el Rey", que considera al *Leeds Mercury* como malicioso y a los propietarios de molinos como desafectos y autores de sus propios males. Todo esto es auténtico. El Jacobin-Whig squire de Charlotte Bronte, el Sr. Yorke, dividido entre su lealtad de clase y su simpatía por los agravios populares, también puede tener un original en más de un J.P. que permaneció extrañamente inactivo durante los brotes luditas.

Las limitaciones de *Shirley*, por supuesto, están en el tratamiento de los luditas y sus simpatizantes. Pero la novela sigue siendo una verdadera expresión del mito de la clase media. Durante 1812, los antagonismos tradicionales de clase fueron arrojados al crisol del ludismo; los propietarios de molinos y los terratenientes comenzaron el año en amarga hostilidad mutua; a medida que los luditas lograban intimidar a un fabricante tras otro, crecía el desprecio de los Roberson. Entonces Cartwright, por su acción desafiante en Rawfolds, se ganó la admiración y la gratitud de los oficiales militares y de la escudería tory. En el norte, durante unas semanas, fue un héroe al que nombrar junto a Wellington. El tiroteo de Raw folds significó una profunda reconciliación emocional entre los grandes propietarios de molinos y las autoridades. El interés económico había triunfado, y la lealtad definitiva de los fabricantes frente al jacobinismo de la clase obrera se puso de manifiesto en un incidente dramático.

Pero lo que trajo la reconciliación emocional a las clases adineradas trajo un antagonismo más profundo entre ellas y las clases trabajadoras. Las tradiciones populares del ataque de Rawfolds enfatizaron el heroísmo de los luditas y la insensibilidad de los defensores. El folclore se nutre de los incidentes, de los peligros particulares y del juego de caracteres. Después de la retirada, Cartwright habría negado el agua y la ayuda a los dos soldados, hombres heridos de muerte, a menos que divulgaran secretos luditas. Se supone que Hammond Roberson se comportó con ellos más como un inquisidor que como un clérigo. Cientos de personas se agolpaban frente a la posada donde los hombres agonizaban. Se encontraron manchas de *aqua fortis* (tal vez utilizado para cauterizar) en sus camas, y se creía que habían sido torturados para dar información. Se supone que Roberson permaneció junto a la cama de uno de ellos, John Booth, hijo de diecinueve años de un clérigo anglicano, a la

espera de una confesión moribunda. En el momento de morir, el joven Booth le hizo una señal a Roberson: "¿Puedes guardar un secreto?". "Sí, sí", respondió el ansioso hijo de Rober, "puedo". "Yo también puedo", replicó Booth, y poco después murió.

562

Una carta interceptada por las autoridades, de un obrero de Nottingham, residente en Yorkshire (y quizá refugiado ludita) a su familia en casa, nos da la reacción inmediata:

Hubo un enfrentamiento entre los Luds y el Ejército en el que los Lods fueron derrotados y que se dirigió a Halifax, donde los Lods no subieron como se les había señalado. 16 hombres asaltaron el Plaice, en el que murieron dos de ellos y se llevaron a los heridos, ninguno de los cuales ha sido capturado desde entonces, y los dos hombres fueron enterrados el jueves pasado en Othersfield [Huddersfield], donde el cuerpo fue puesto en una habitación oscura con seis velas de moho, que los amigos de los Luds siguieron a cada hombre por la mañana con un delantal de seda ribeteado de negro que los ministros se negaron a enterrarlos, pero los Luds insistieron en que fueran enterrados en la Iglesia, que también tiene una gran lápida, que vivió durante veinte horas después de que fue capturado, fue la estufa de un párroco de la Iglesia que muchos lo visitaron, pero se negó a enterrarlo hasta entonces.¹

En los días que siguieron al ataque no faltaron incidentes que excitaban la imaginación popular: hubo muchas historias de escapadas por los pelos de los militares, de hombres heridos escondidos en graneros. Más de uno del pequeño grupo de soldados del molino de Cart Wright había mostrado una marcada falta de entusiasmo por el deber, y uno de ellos se negó a disparar su mosquete durante los veinte minutos que duró el asunto, "porque podría herir a alguno de mis hermanos". El desafortunado soldado (de la Cumberland Militia) fue juzgado en consejo de guerra y condenado a recibir 300 latigazos, una probable sentencia de muerte. El castigo fue administrado en Rawfolds, y Cartwright pudo recuperar una parte del favor del público al conseguir la remisión de la mayor parte de la condena.

563

Recuperó poco. En el mito de la clase media, Cartwright y Roberson no sólo eran los héroes del momento, sino los implacables perseguidores de los "malvados maquinadores", misteriosos emisarios y agitadores venidos de lugares remotos, instigadores del desorden. "No conocía a los líderes", escribió Charlotte Bronte sobre Gerard Moore:

Eran forasteros, emisarios de las grandes ciudades. La mayoría de ellos no pertenecían a la clase trabajadora: eran sobre todo "deudores", arruinados, hombres siempre endeudados y a menudo borrachos, hombres que no tenían nada que perder y mucho que ganar en carácter, dinero y limpieza. Moore cazaba a estas personas como a cualquier

¹ Radcliffe MSS, 126/32. De hecho, el autor de la carta concilió los detalles del funeral de John Booth, que fue enterrado apresuradamente en Huddersfield en previsión de que se congregara una gran multitud para rendirle homenaje, con el funeral de Hartley en Halifax, sobre el que véase p. 586 más adelante.

sabueso, y le gustaba la ocupación... le gustaba más que hacer telas. En el folclore popular, sin embargo, Cartwright y Roberson eran simplemente los "sabuesos". La comunidad se cerró en banda contra ellos de forma extraordinaria. Hasta el ataque a Rawfolds, los luditas de Yorkshire (como los de las Midlands) se habían limitado estrictamente a romper marcos. No ellos, sino Cartwright, habían derramado la primera sangre. Durante meses, a pesar de la presencia de 4.000 soldados en West Riding y del empleo generalizado de espías, no se identificó claramente a ninguno de los atacantes de Rawfolds. Miles debieron de conocer a uno u otro de los participantes. Las tradiciones hablan de Disidentes Disidentes Las tradiciones hablan de ministros y cirujanos disidentes que se negaron a transmitir información, de pequeños comerciantes que dieron cobijo a sus propios obreros luditas, de soldados que ignoraron las pruebas. En parroquias enteras, la Ley de Vigilancia y Guardia era inoperante. Las baladas luditas circulan por todas partes:

Vosotros, Héroes de Inglaterra que deseáis tener un oficio
Sed fieles los unos a los otros y no tengáis miedo
Aunque la bayoneta esté calada, no pueden hacer nada bueno.
Mientras mantengamos las Reglas del General Ludd.¹

Incluso el asesinato (el 27 de abril) de William Horsfall de Ottiwell provocó menos revulsión de lo que cabía esperar. La misma crisis que había unido a los hombres de "Church-and-King" y a los *Mercwy de Leeds*, Roberson y Cartwright, había cimentado también el apoyo popular a la revolución contra los magistrados y los grandes patronos por igual.²

564

Además, en abril y mayo de 1812, el ludismo fue el foco por una tensión insurreccional más difusa (y confusa). Una parte de esto surgió de la crisis económica general de 1811-12, la creciente impopularidad de la guerra y la agitación contra las Órdenes del Consejo. Los bloqueos mutuos de Gran Bretaña y Francia, y la ruptura del comercio americano, habían dado lugar a dificultades extremas en muchas secciones de la industria manufacturera —en Birmingham, Sheffield, Liverpool, los distritos textiles— entre 1807 y 1812. Las malas cosechas añadieron su peaje de escasez de alimentos y subida de los precios. Los fabricantes atribuyeron Los fabricantes atribuyeron todos los agravios a la continuación de la guerra, y específicamente a las Órdenes del Consejo que pusieron a gran parte de Europa en estado de bloqueo. Es significativo que el ludismo estallara en aquellas industrias en las que los grandes empresarios se habían ganado el apoyo del público aprovechando este periodo de extremidad económica para introducir nuevas prácticas o máquinas; mientras que en aquellos centros —Sheffield, Birmingham y, en cierta medida,

¹ Brief, *Rex v.* contra Milnes y Blakeborough, T.S. 11.2673.

² El "folklore" del ludismo se encuentra en A.L., *Sad Times*; F. Peel, *Risings of the Luddites*, y *Spenn Valley: Past and Present*; Sykes and Walker, *Ben o' Bill's*. En la medida de lo posible, estos relatos se han cotejado con los aparecidos en el *Leeds Mercury* y en los juicios posteriores. Las cartas de Cartwright, en las que describe el ataque y la "traición" de sus soldados, se encuentran en Hammonds, op. cit., pp. 305-6; y en H. A. Cadman, *Gomtsal: Past and Present* (Leeds, 1930), pp. 114-16.

Manchester— en los que toda la industria estaba parcialmente paralizada, y los propios empresarios habían iniciado manifestaciones y peticiones contra las Órdenes del Consejo (bajo el liderazgo de Brougham y, en Birmingham, del joven Thomas Attwood) el descontento de la clase trabajadora se mantuvo en gran medida dentro de formas "constitucionales".¹

De hecho, en 1812, la vieja squirearchy apenas era capaz de controlar los distritos manufactureros, a menos que contara con el apoyo de los grandes empresarios. Pero, paradójicamente, allí donde los patronos eran hostiles a la administración, los problemas de orden eran menores. El ludismo ilustra todo este problema de orden. En el verano de 1812 había no menos de 12.000 soldados en los condados perturbados, una fuerza mayor que la que Wellington tenía bajo su mando en la Península. Durante meses, estas considerables fuerzas fueron singularmente ineficaces. Esto puede deberse en parte al hecho de que muchos de los soldados rasos simpatizaban con la población, de modo que las autoridades se encontraban bajo la necesidad de trasladarlos continuamente de un distrito a otro por temor a que la "desafección" se extendiera en sus filas.

565

También se debía a la magnífica seguridad y comunicaciones de los luditas, que se movían silenciosamente por terrenos bien conocidos mientras la caballería trotaba ruidosamente de pueblo en pueblo. En la región de West Riding, cuyas colinas se cruzaban y recruzaban con caminos de herradura y antiguos senderos de caballos de carga, los luditas se movían con inmunidad. Los movimientos de la caballería eran "bien conocidos, y el choque de sus espadas y el ruido de los pies de sus caballos se oían a gran distancia por la noche; a los luditas les resultaba fácil escabullirse detrás de los setos, agazaparse en las plantaciones o tomar las carreteras secundarias...".² Los objetivos de los luditas se encontraban en una multitud de pueblos dispersos y molinos diseminados. Estas aldeas carecían prácticamente de vigilancia, y los militares eran reacios a acuartelar soldados de a cinco y de a seis en un peligroso aislamiento. El magistrado a caballo, que entendía poco de la industria y del pueblo, estaba casi indefenso. Sólo el propietario del molino o el fabricante, cuyas instalaciones y libro de salarios abarcaban el pueblo, podía ejercer el control. Por lo tanto, donde los patronos habían perdido la lealtad de sus trabajadores, toda la estructura del orden estaba en peligro, y sólo podía ser reparada complementando su autoridad como en Rawfolds, donde no Roberson sino Cartwright estaba al mando. Pero en aquellos distritos, como Sheffield y Birmingham, donde los fabricantes y los obreros estaban todavía unidos entre sí por un sentimiento común de agravio contra la autoridad, el peligro de desorden real se mantenía bajo el control de los patronos.

Así, el ludismo no sólo unió a magistrados y propietarios de molinos, sino que

¹ Véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, pp. 164-6; A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, pp. 41-7; Chester New, *Life of Heray Brougham* (Oxford, 1961), caps. IV y VI.

² D. F. E. Sykes, *History of the Colne Valley* (Slaitwaite, 1906), p. 309.

también hizo concesiones inevitables por parte de la administración a los intereses manufactureros. Y estas concesiones fueron recibidas con triunfo, con la derogación de las Órdenes del Consejo en junio de 1812.¹ El ludismo quizás aceleró este acontecimiento tanto como la agitación constitucional de Attwood y Brougham. Pero la derogación tuvo lugar en un contexto aún más amenazador, ya que para entonces los graves desórdenes de Lancashire se habían sumado al ludismo de Yorkshire y las Midlands.

566

Es difícil saber hasta qué punto los disturbios de Lancashire pueden describirse como auténtico ludismo. Se componía en parte de disturbios espontáneos, en parte de agitación ilegal pero "constitucional" para la reforma política, en parte de incidentes fabricados por *provocadores*, y en parte de auténticos preparativos insurreccionales. Entre febrero y abril de 1812 se formaron "comités secretos" de al menos dos tipos en varias ciudades de Lancashire. En primer lugar, estaban los comités de tejedores, cuya organización encubierta llevaba varios años agitando y pidiendo un salario mínimo. A principios de abril ya existían comités de este tipo en Manchester, Stockport, Bolton, Failsworth, Saddleworth, Ashton-under-Lyne, Oldham, Stalybridge, Droylesden, Preston, Lancaster, Hindle, Newton, Driltsdale, Hollinwood, Willington y Eccles². En segundo lugar, en el distrito de Manchester-Stockport y tal vez en otros lugares, existía un incipiente consejo secreto de oficios (o "Comité de Oficios") compuesto por "los hilanderos, tayloros, zapateros, albañiles, cortadores de fustán, carpinteros y muchos otros oficios". Tal comité ya existía en 1799, cuando se aprobó por primera vez la Ley de Combinación, y sin duda en Manchester los sindicalistas se consultaban formal o informalmente cada vez que surgía la ocasión.

El 20 de marzo, el almacén de William Ratcliffe, uno de los primeros fabricantes en utilizar el telar mecánico, fue atacado en Stockport. En abril, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. El 8 de abril se produjo un motín algo exuberante en la Bolsa de Manchester. La ocasión era, al menos indirectamente, política. Durante años se había supuesto que el príncipe regente era partidario de los whigs e incluso de la reforma política; y, para sus propios fines, había alentado a la oposición foxista en los primeros años de la guerra. Había crecido la expectativa de que cuando las restricciones a sus poderes llegaran a su fin, a principios de 1812, podría formarse un Ministerio de "Paz y Reforma", en el que Lords Grey y Grenville tendrían un papel destacado. Sin embargo, el Príncipe Regente no había hecho más que ofrecer a "algunas de esas personas con las que se formaron los primeros hábitos de mi vida pública" puestos en una Coalición, en términos que sabía de antemano que eran

¹ Y también la derogación de 5 Eliz. c.4 en 1813 y 1814.

² En la declaración de Yarwood y en los informes de "B" (Bent) de abril de 1812, en H.O. 40.1, se menciona que estas ciudades y pueblos enviaron delegados a varias reuniones secretas. Ver también la declaración de Thomas Whittaker en H.O. 42.121 que en una reunión el 25 de marzo en "The Good Samaritan", Salford, estuvieron presentes delegados de casi todos los pueblos en un radio de quince o veinte millas. Para la autenticidad de estos informes, véase más adelante, pp. 593-8.

inaceptables. En la reorganización subsiguiente, una administración aún más impopular asumió el cargo bajo Perceval, con Castlereagh como Ministro de Asuntos Exteriores y Sidmouth (por primera vez) como Ministro del Interior. Las esperanzas populares se desvanecieron más de lo que se supone. Incluso se sugiere que esta decepción fue la causa directa del inicio del ludismo de Yorkshire.¹

567

En Manchester, el partido de la Iglesia y el Rey juzgó seriamente el sentimiento público y convocó una reunión pública en la Bolsa para enviar un discurso de felicitación al Regente por mantener a los ministros de su padre en el cargo. Los reformistas colocaron pancartas en Manchester con un llamamiento al público para que asistiera a la reunión y rechazara el discurso. Los conservadores se echaron atrás e intentaron cancelar la reunión. Pero una gran multitud se agolpó en torno a la Bolsa y muchos de ellos, principalmente tejedores, se dirigieron después a St. Anne's Square, donde celebraron su propia reunión. Mientras tanto, algunos jóvenes irrumpieron en la sala de prensa, rompieron ventanas y volcaron muebles, y finalmente se produjo un motín general. No fue un acontecimiento importante, pero "indicó un giro en la corriente de la opinión popular". Antes de eso, 'Iglesia y Rey' era el grito favorito, y cazar 'Jacobins' un deporte seguro. ..." Un viejo reformador recordó más tarde: "¡Pero después de aquello no tuvimos turbas de la Iglesia y el Rey!"²

En los quince días siguientes se produjeron disturbios mucho más graves en Manchester, Oldham, Ashton, Rochdale, Stockport y Macclesfield. En general, se trataba de disturbios por alimentos, de una violencia y extensión excepcionales, con el objetivo de forzar la bajada de los precios de las patatas y el pan. Al mismo tiempo, hubo informes contradictorios sobre la instigación activa y la organización de los alborotadores por parte de agitadores "luditas" o "jacobinos". En Stockport, dos hombres vestidos de mujer, autodenominados "esposas del general Ludd", encabezaban a los insurrectos. Recibieron cartas amenazadoras, no sólo los propietarios de telares de vapor, sino también los de maquinaria mejorada para vestir telas:

Injusticia a la humanidad. Creemos que es nuestro deber para darle este aviso que es si no hace que esas máquinas sean retiradas en el plazo de siete días..... su fábrica y todo lo que contiene será incendiado.... no es nuestro deseo de hacerle el menor daño pero estamos completamente decididos a destruir tanto las máquinas de vestir como los telares de vapor *¿Quiénes serán los propietarios?....*³

(Esta carta, sin embargo, no estaba firmada por Ludd sino por el "General Justice".) El 20 de abril se produjo una gran reyerta en Middleton, donde el molino de telar mecánico de Daniel Burton fue atacado por varios miles de personas. El molino fue asaltado a pedradas, y sus defensores respondieron con fuego de mosquete, matando a tres e hiriendo a algunos más. A la mañana siguiente, las amenazadoras multitudes

¹ Véase más adelante, p. 589.

² Prentice, op. cit., pp. 48-52; Darvall, op. cit., pp. 93-5.

³ Carta anónima, 19 de abril 1812, en H.O. 40.1.

se reunieron cada vez en mayor número, y al mediodía se les unieron...

568

un grupo de hombres, entre cien y doscientos, algunos de ellos armados con mosquetes de bayoneta calada y otros con picos de albañil, entraron en el pueblo en procesión y se unieron a los alborotadores. A la cabeza de estos bandidos armados iba un *hombre de paja* que representaba al *famoso* general Ludd, cuyo portaestandarte ondeaba una especie de bandera roja.¹

Como el molino era inexpugnable, los alborotadores quemaron la casa del dueño. Se enfrentaron a los militares, que causaron al menos siete muertos y muchos heridos.

Este fue el punto culminante del ludismo de Lancashire, en lo que se refiere a ataques directos contra la maquinaria. Evidentemente fue mucho más que un movimiento de tejedores — entre los muertos había un panadero, dos tejedores, un vidriero y un carpintero, mientras que los coladores de Holmfild fueron prominentes en el ataque del segundo día. Fue también, en términos de víctimas, la más grave reyerta ludita en todo el país. El 24 de abril, sin embargo, se produjo una secuela un tanto misteriosa: el incendio del molino de Wray y Duncroff en Westhoughton. El misterio en este caso no es que el molino fuera atacado, sino que era un objetivo obvio para la destrucción. No sólo había sido objeto de repetidas amenazas, sino que se había intentado atacarlo más de una vez, a instigación de un "comité secreto" de Bolton dirigido en gran parte por *agentes provocadores* empleados directamente por el coronel Fletcher. Lo desconcertante es que, después de que estas provocaciones llegaran a muy poco, se produjo entonces un ataque con éxito, independientemente (según parece) de la agencia de los espías.²

Este episodio del Ludismo está tan lleno de duplicidad que la mente apenas puede seguir sus tortuosas involuciones. Pero la suposición (derivada de los sucesos de Bolton) de que el ludismo de Lancashire fue poco más que una provocación superpuesta por el coronel Fletcher y Joseph Nadin al hambre de los tejedores, no puede sostenerse. Es cierto que los actos manifiestos de los hombres de Lancashire muestran poco de la organización y disciplina que marcaron los acontecimientos en Nottingham y West Riding.

569

Por otra parte, la destrucción de los telares mecánicos planteó problemas de un orden diferente al de los telares de media o de esquila. El telar mecánico era una máquina costosa, de reciente introducción, que sólo se empleaba en unas pocas fábricas de vapor y que no se encontraba diseminada en pequeños talleres por el campo. Por lo tanto, las tácticas de guerrilla de medianoche eran de poca utilidad en Lancashire: cada ataque debía ser de la escala del asunto de Rawfolds o Burton, con la probabilidad de un encuentro directo con el Ejército. Esto apenas tenía sentido, incluso en términos tácticos limitados. Al mismo tiempo, la gente de Lancashire había

¹ *Leeds Mercury*, informe de Middleton, 25 de abril de 1812.

² La tortuosa historia de "Old S." y "Young S." se cuenta en Hammonds, op. cit., cap. X; Darvall, op. cit. Caps. V, XIV; Prentice, op. cit., pp. 52-8; y Anon. *The Blackfaces of 181 a* (Bolton, 1839)-.

vivido, durante varias décadas, junto a la fábrica de vapor en la hilatura. Debía de haber muchos (y probablemente una mayoría) de tejedores que dudaban de la eficacia de la resistencia a las nuevas máquinas como tales; y esto lo confirman los informes sobre serias divergencias dentro de los propios "comités secretos" de los tejedores. De ahí que el ludismo de Lancashire pasara por su fase de ruptura de máquinas en cuestión de tres o cuatro semanas. Pero es exactamente en el momento en que los ataques a las fábricas llegaron a su fin cuando los informes de juramento, armamento y perforación se hicieron más generalizados. Los ataques a las centrales dieron paso, en mayo y junio, a preparativos insurreccionales más serios. A pesar de las salvajes sentencias impuestas a los alborotadores de abril en los Assizes de Lancashire y Cheshire a finales de mayo de 1812,¹ los disturbios continuaron hasta el otoño. A mediados de junio uno de los informantes mejor informados de Lancashire escribió que "cuerpos de también y más de los luditas han entrado en las casas noche tras noche y han hecho incautaciones de armas". Las incursiones iban acompañadas de señales por cañón, cohete y "luces azules" que revelaban (en opinión de un oficial) "un grado de concierto y organización de lo más extraordinario". Durante semanas, distritos enteros de la frontera entre Lancashire y Yorkshire estuvieron prácticamente bajo la ley marcial. Y un mando militar, en particular, estableció un reino del terror, con detenciones arbitrarias, registros, interrogatorios brutales y amenazas, para el que debemos recurrir a la historia irlandesa en busca de una comparación.²

570

Fue a principios de verano cuando el ludismo alcanzó su punto de crisis. En la semana de los asuntos de Middleton y Westhoughton, también hubo señales alarmantes de muchas partes del país. Se produjeron graves disturbios por alimentos en Bristol, Carlisle, Leeds, Sheffield, Barnsley; en Cornualles los mineros se declararon en huelga y marcharon a las ciudades mercado exigiendo reducciones en el precio de los alimentos; hubo disturbios en Plymouth y Falmouth. En varios de estos lugares, los disturbios por la comida mostraron más que la meditación previa habitual, como una acción política o cívica para imponer un máximo popular, y en Sheffield, donde se irrumpió en un almacén de armas de la milicia, se alegó que los dos principales cabecillas eran —no desempleados hambrientos, que formaban el grueso de los manifestantes— sino "los dos mecánicos más ingeniosos de la ciudad", que recibían salarios de cuatro guineas y media a la semana.³ El 27 de abril, en West Riding, William Horsfall fue asesinado. El 11 de mayo, el Primer Ministro, Perceval, fue asesinado en la Cámara de los Comunes. Durante un día, el país estuvo sumido en el caos. La euforia popular era indisimulada. En Bolton (se quejó el coronel Fletcher) "la *multitud* expresó *alegría*" por la noticia. En Potteries, un testigo oyó la

¹ En Lancaster, de 58 prisioneros, 28 fueron declarados culpables, 8 sentenciados a muerte y 13 a transporte. En Chester, de 47 prisioneros, 29 fueron condenados-15 sentenciados a muerte (aunque sólo dos fueron ahorcados), 8 a transporte.

² Lloyd a H.O., 17 de junio de 1812, H.O. 40.1; F. Raynes, *An Appeal to the Public* (1817), pp. 20-1 y ss.

³ *Leeds Mercury*, 2 de mayo de 1812; T.S. 11. 5480.

noticia cuando...

Un hombre vino corriendo por la calle, saltando al aire, agitando su sombrero alrededor de la cabeza y gritando con frenética alegría: "¡Han fusilado a Perceval, hurra! Perceval ha sido abatido, ¡hurra!".

La multitud de Nottingham lo celebró y "desfiló por la ciudad tocando tambores y ondeando banderas en señal de triunfo". En Londres, la multitud se congregó frente a la Cámara de los Comunes cuando se supo la noticia, y cuando se llevaron al asesino, John Bellingham, hubo "repetidos gritos de aplauso de la parte ignorante o depravada de la multitud". La noticia de que Bellingham era probablemente trastornado, y había actuado por motivos de agravio privado, fue recibido casi con desprecio; se esperaba que hubiera surgido otro Despard más exitoso. Cuando Bellingham fue al cadalso, la gente gritó "Dios le bendiga", y Coleridge les oyó añadir: "Esto no es más que el principio". Se consideró oportuno dar a Perceval un funeral público.¹

La furia insurreccional rara vez ha estado tan extendida en la historia de Inglaterra. Durante algunas semanas se habían pegado con tiza avisos en las puertas y muros de West Riding, ofreciendo 100 guineas por la cabeza del Príncipe Regente.² A mediados de mayo, el Regente y su secretario privado recibieron decenas de cartas amenazadoras, una de las cuales firmado por "Vox Populi", comenzaba: "Pan o sangre, dile a tu amo que es un maldito sinvergüenza insensible...".³ Pero en lo que respecta a los habitantes de Yorkshire, el Príncipe Regente estaba muy lejos, mientras que los propietarios de molinos y los magistrados estaban muy cerca. Tras la derrota en Rawfolds, el ludismo de West Riding entró en una fase más desesperada. Siempre había sido más militar en su disciplina que el ludismo del condado de Nottingham, y mucho más rodeado de secreto y juramentos, ya que había surgido en el mismo momento en que la violación del marco se había convertido en un delito capital. La decisión de asesinar a Horsfall fue probablemente tomada por el propio George Mellor, comandante del distrito local, y no por ninguna reunión de delegados de Yorkshire. Según la tradición, el joven Booth, hijo del clérigo, era su amigo particular y protegido, y su muerte le distrajo. Benjamin Walker, el cómplice que convirtió en prueba a King, declaró que Mellor y sus compañeros en la tienda de John Wood en Long— royd Bridge "conversaron sobre ... los hombres asesinados en Cartwright's" :

571

Dijeron que era un asunto difícil. Mellor dijo que había que abandonar el método de romper las esquilas, y que en su lugar había que fusilar a los amos. Eso fue lo más que oí decir; dijeron que habían perdido a dos hombres, y que debían matar a los amos.

Alegrarse de la muerte de un Primer Ministro lejano era una cosa. El asesinato, a sangre fría desde detrás de un muro, de un hombre que pasaba regularmente por allí y que —a pesar de su impopularidad— "pertenecía" a la comunidad era otra. Es un

¹ H.O. 441.1; Prentice, op. cit., p. 46; *Leeds Mercury*, 16 de mayo de 1812; Peel, *Risings of the Luddites*, pp. 156-7; A. Briggs, *Age of Improvement*, p. 157.

² Radcliffe MSS, 17 de marzo de 1812, 126/26.

³ *London Gazette*, 19 de mayo de 1812; H.O. 42.123.

término demasiado fuerte para sugerir que hubo una violenta revulsión de sentimientos. Cientos de personas debieron sospechar quiénes eran los asesinos y, sin embargo, durante meses no se hizo ninguna revelación. Es más cierto que hubo una revulsión de sentimientos entre aquellos que antes habían sido simpatizantes pasivos o espectadores, mientras que al mismo tiempo hubo un *endurecimiento* de los sentimientos en ambos extremos. "Que yo sepa, no hay ningún habitante en este barrio", escribió el reverendo Hammond Roberson a Cartwright tres días después de la muerte de Horsfall,

que esté al corriente de la situación del país, o mejor dicho, *que sea capaz y se atreva a tomar* parte decisiva en la dirección de las operaciones de las Fuerzas Armadas, aparte de mí. Si me fuera posible dedicar *todo* mi tiempo a las Fuerzas Armadas, lo haría lo mejor que pudiera.¹

572

Por su parte, los luditas empezaron a perder miembros y recurrieron a las amenazas para restaurar su decaída disciplina. Los ataques a los esquileos terminaron (aunque ahora había pocas empresas aún desafiantes), y dieron paso a incursiones generalizadas en busca de armas y dinero. Estas incursiones, como las de Lancashire, continuaron durante mayo, junio, julio, agosto y septiembre, aunque uno o dos grupos de ladrones de casas disfrazados de luditas confundieron el panorama. Los relatos de estas incursiones son comparables a una operación partisana en territorio ocupado por el enemigo. Un magistrado describió, en julio de 1812, una incursión en el pueblo de Clifton (Yorks), y comentó:

... la precisión, intrepidez y rapidez con la que un grupo de bandidos armados registraban regularmente una populosa aldea de una milla de largo en busca de armas, y se llevaban seis o siete sin intentar tocar ninguna otra propiedad, disparando repetidamente a las casas y a los individuos que intentaban la menor resistencia, con una prontitud y aparente disciplina que ninguna tropa regular podría superar...²

El ludismo de Yorkshire se extinguió entre arrestos, traiciones, amenazas y desilusión. Una vez más, la historia fue transmitida por el folklore, así como revelada en los juicios de York en enero de 1813. Los espías, reclutados en otros distritos, realizaron varias operaciones encubiertas. Un grupo de paineístas, incluido un sombrerero, John Baines, fueron arrestados en Halifax acusados de administrar juramentos luditas. Benjamin Walker, compañero de trabajo y cómplice de Mellor, reveló los secretos del asesinato de Horsfall. Otros luditas se convirtieron en informantes para salvar sus propias vidas. Algunos de los hombres que participaron en el asunto Rawfolds fueron localizados; hubo otros arrestos en Barnsley y Holmfirth. En octubre, Joseph Radcliffe, el magistrado más activo en la persecución de los luditas, recibió una última amenaza: "Con toda seguridad me convertiré en otro Bellingham y tengo el pellit hecho que se enviará en la sangre de su Hart si lo hiciera en la casa de Dios".³ En noviembre, la red

¹ Véase A. Briggs, *Private and Social Themes in "Shirley"*, p. 12.

² Fitzwilliam Papers, F.46 (g).

³ Radcliffe MSS., 126/91. Radcliffe fue perseguido con amenazas *durante* varios años más. "Luddingis va a empezar

estaba cerrada. En la Comisión Especial de York, en enero de 1813, Mellor y dos colegas fueron declarados culpables del asesinato de Horsfall, y fueron ejecutados de inmediato, mientras los demás juicios seguían en curso. Otros quince fueron condenados capitalmente, conmutándoseles a uno sólo la pena de cadena perpetua, por su parte en el ataque de Rawfolds o en incursiones armadas. Otros seis, entre ellos el antiguo demócrata de Halifax, Baines, fueron condenados a siete años de cárcel por prestar juramentos ilegales. Si su delito se hubiera cometido a finales de julio de 1812, en lugar de al principio, habría sido castigado con la pena de muerte.

573

Mientras tanto, Nottingham y los distritos de calcetería habían estado tranquilos durante la primavera y el verano de 1812, en los que el Comité de Tejedores del Marco había estado intentando asegurar la aprobación de su proyecto de ley en el Parlamento. Ninguno de los líderes del movimiento de 1811-12 fue condenado con certeza. A pesar de la aparente paz de 1812-13, la presión sobre los amos para que cumplieran las condiciones de los almacenistas se mantuvo mediante cartas anónimas y amenazas de nuevas acciones:

George Rowbottom esto es para informarle [corrió una carta de este tipo, de abril de 1812] que no hay un hombre en la ciudad de Arnold Bullwel Hucknall ni Basford que toma el trabajo a menos que sea el precio completo de moda completa y el precio y el tamaño adecuado y esto es para darle aviso de que si usted trae o da más trabajo a cabo sin que sea la moda completa precio completo y el tamaño adecuado que trabajará este marco¹ con una soga alrededor de su cuello....

Hubo entonces un pequeño recrudescimiento del ludismo en noviembre y diciembre de 1812, pero durante dos años los trabajadores de la calcetería parecen haber confiado en la acción de su sindicato. Luego se reanudaron algunos ataques dispersos (en 1814), y parece que algunas de las casas de calcetería intentaron de hecho provocar la ruptura del marco con el fin de obtener un pretexto para actuar contra el sindicato.² Cuando el sindicato hubo sido disuelto, y dos de sus oficiales arrestados, los ataques se extendieron más. En septiembre de 1814, un almacenista de Basford, James Towle, fue detenido por su participación en uno de los ataques, pero en el juicio de primavera (1815) fue absuelto. Desde el verano de 1816 hasta los primeros meses de 1817 hubo una última fase del ludismo de las Midlands, que alcanzó una intensidad no conocida desde 1811. El ataque más sensacional se produjo en la considerable fábrica de Heathcote y Boden, Loughborough, cuyos guardias fueron dominados por hombres enmascarados con trabucos, y cuyas costosas máquinas de encaje fueron destruidas al grito de: "Luds, cumple bien con tu deber. Es un trabajo de Waterloo, por Dios". Más de 6.000 libras en este único ataque. James Towle fue detenido de nuevo; esta vez fue

aquí otra vez", le advirtió un corresponsal anónimo en marzo de 1815. Los cultivadores "juran que te dispararán primero, viejo Bellsybub te llaman": 126/136.

¹ Aquí hay un dibujo en bruto de una horca, con la sombría nota: "este marco funciona a todo precio y a la moda". H.O. 42.122.

² Véase C. Gray, *Nottingham Through 500 Years* (Nottingham, 1960;), p. 165.

condenado y, a mediados de noviembre, ejecutado. Durante uno o dos meses continuaron los ataques. Según un relato, el hermano de Towle lideraba una banda que estaba ansiosa por demostrar a "Jem que podían hacer algo sin él". Según otros relatos, esta fase final del ludismo fue obra de una o dos bandas casi "profesionales", a las que llamaban y pagaban las logias del sindicato, ahora clandestino. En una confesión la mañana de su ejecución, Jem Towle declaró que nunca había hecho ningún juramento de guardar secreto, ni había oído que se hiciera uso de ninguno:

574

No tienen ningún fondo de dinero en particular, pero cuando se pretende realizar algún trabajo o se necesita dinero para cualquier fin, se recauda entre los calceteros o encajeros que estén trabajando en ese momento.... No tienen depósito de armas. Muchos de la banda tienen una pistola o dos escondidas en sus casas... Cuando se proponen cualquier trabajo, tres o cuatro de las personas principales van a recoger manos para ello entre aquellos que saben que están bien inclinados a Ludding.

Pero Towle no reveló quiénes eran las "personas principales" y su confesión puede haber sido diseñada para despistar a sus interrogadores. A principios de 1817 otros miembros de su banda fueron detectados, y en abril de 1817 seis fueron ejecutados en Leicester y dos más sentenciados a transporte. Uno de los condenados, Thomas Savage, en declaraciones en el fuerte la noche antes de la ejecución, declaró que en estas últimas fases "Ludding y Politicks estaban estrechamente relacionados". Alegó que había una colonia de luditas refugiados en Calais.¹ Intentó implicar a Gravener Henson (a quien acusó de ser "igual a la perpetración de cualquier cosa que Robes pierre haya cometido"), como el "Jefe de todo". Pero su variopinto y sospechoso relato no relacionaba de hecho al propio Henson en ningún momento con la rotura de máquinas; las acusaciones eran que Henson había sido el iniciador de la agitación ultraradical entre los stockingers que culminó en el movimiento del Hampden Club del invierno de 1816-17, y que había esperado una revolución republicana y "hablado de atacar los cuarteles de Nottingham". Fuese verdad o mentira, Henson no estaba en libertad de revelar sus simpatías cuando tuvo lugar el "levantamiento" de Pentridge en junio. Porque, en la misma semana que Savage había hecho sus acusaciones, Sidmouth había sido informado por un magistrado de Nottingham de que Henson ("un tipo sensato y muy aficionado a hablar") había tomado el correo de Londres con la intención de presentar una petición para salvar la vida de los condenados. En Londres fue detenido y, en virtud de la suspensión del Habeas Corpus, encarcelado durante ocho meses. Pero mucho antes, el movimiento ludita, tal como lo hemos definido aquí, había llegado a su fin.²

575

¹ Esto no es imposible. Había una colonia de tejedores ingleses en Calais. Véanse las pruebas de Henson en *Fourth Report... Artizans and Machinery* (1824), p. 274; y H.O. 79.3 f. 31.

² Confesión de W. Burton en H.O. 40.4; deposiciones de Thomas Savage, H.O. 42.163; IL W. C. Davis, *Age of Grey and Peel*, p. 172; Darvai), op. cit., pp. 144-9, 155⁹ⁱ; Hammonds, op. cit., pp. 238-42.

VI. POR ORDEN DEL GREMIO

"Tales marchas y contramarchas 1", exclamó Byron en la Cámara de los Lores:

De Nottingham a Bullwell, de Bullwell a Banford, de Banford a Mansfield... y cuando por fin los destacamentos llegaron a su destino, con todo "el orgullo, la pompa y las circunstancias de una guerra gloriosa", llegaron justo a tiempo para presenciar el daño que se había hecho... y regresar a sus cuarteles entre las burlas de las ancianas y los abucheos de los niños.

Sin duda, algunos de los líderes locales del ludismo estuvieron entre los que fueron llevados al cadalso; ciertamente, tanto las pruebas como la tradición popular muestran que George Mellor y Jem Towle eran "capitanes" luditas. Pero hasta el día de hoy, el ludismo se niega a revelar todos sus secretos. ¿Quiénes fueron los "verdaderos" instigadores? ¿Hubo alguno, o el movimiento se desencadenó espontáneamente en un distrito tras otro mediante el ejemplo? ¿Qué tipo de comités existían en los diferentes distritos? ¿Hubo una comunicación regular entre ellos? ¿En qué medida se prestaron juramentos secretos? ¿Qué objetivos políticos o revolucionarios perseguían los luditas?

A todas estas preguntas sólo puede darse una respuesta muy provisional. Hay que decir, sin embargo, que las respuestas generalmente aceptadas no concuerdan con algunas de las pruebas. Los dos estudios más importantes sobre el ludismo son los de Hammond y Darvall. *The Skilled Labourer* es un buen libro, pero los capítulos sobre el ludismo parecen a veces un informe preparado en nombre de la oposición whig, con la intención de desacreditar las exageradas afirmaciones de las autoridades sobre los aspectos conspirativos y revolucionarios del movimiento. Se hace hincapié en el papel de los espías y de los *agentes provocadores* hasta el punto de sugerir que *no existía* una auténtica clandestinidad insurreccional ni pruebas de que los delegados pasaran de un condado a otro. Sobre la toma de juramento, los Hammond declaran que "en la interpretación más liberal, no hay pruebas que demuestren que el juramento estuviera extendido, *o que se administrara alguna vez* excepto en distritos donde los espías estaban ocupados trabajando".¹ El auténtico ludismo (se da a entender) carecía de objetivos ulteriores, y era una cuestión de disturbios espontáneos (Lancashire) o una acción con objetivos industriales estrictamente limitados (Nottingham y Yorkshire).

576

F. O. Darvall, en su obra *Popular Disturbances and Public Order in Inglaterra de la Regencia*, sigue la mayoría de los juicios de los Hammond. "No hay ninguna prueba", declara rotundamente...

de motivos políticos por parte de los luditas. No hay un solo caso en el que se pueda probar que un ataque ludita estuviera dirigido a algo más profundo que las disputas entre amos y hombres, entre obreros y sus patrones. No hubo un solo ludita... contra el

¹ Loc. cit., p. 339. Cursiva mía.

que se presentara o pudiera presentarse una acusación de traición. A pesar de los grandes esfuerzos de los espías por probar tales motivos, no hay indicios de que los luditas, o de hecho algunos agitadores irresponsables, poco representativos y sin importancia, tuvieran grandes designios políticos.

"A pesar de la búsqueda más cuidadosa, no se encontraron grandes depósitos de armas, como los que mencionaban los espías. No se pudo rastrear ninguna conexión entre los desafectos de un distrito y los de otros..." Los comités secretos de las ciudades de Lancashire eran un "crecimiento fungoide", controlado por espías o por hombres que hacían de la "pequeña sedición su fuente de ingresos". Y de los grandes ataques luditas, "no parece que hubiera más organización en estas grandes turbas de la que hay en la multitud que lleva a cabo un 'trapo' universitario espontáneo". No hay "nada, aparte del testimonio no corroborado de los espías, que pruebe que los luditas hicieron algún juramento secreto o ilegal".¹

Atrapados en las minucias de los informes cotidianos —oficiales flemáticos por aquí, magistrados presas del pánico por allá, historias increíblemente tortuosas de espionaje en otro lugar— es posible dudar por completo de la realidad del ludismo. Pero si nos alejamos por un momento de las minucias, veremos que las conclusiones de estas autoridades son tan improbables como la teoría conspirativa más sensata del ludismo.

577

Cualquiera que haya organizado una rifa o un torneo de dardos sabe que no se puede reunir de noche a decenas de hombres de varios distritos en un punto determinado, disfrazados y armados con mosquetes, martillos y hachas; formar en fila; reunirse por número; marchar varios kilómetros hacia un ataque con éxito, con el acompañamiento de señales luminosas y cohetes, y todo ello con la organización de un "trapo" universitario espontáneo. A cualquiera que conozca la geografía de las Midlands y del norte le resultará difícil creer que los luditas de tres condados colindantes *no* tuvieran contacto entre sí. Se requiere un ejercicio de agilidad mental para segregar el Luddismo en nuestras mentes, como un movimiento puramente "industrial", totalmente ajeno a la "política", en un momento en que los irlandeses desafectos llegaban por centenares a Lancashire, y cuando la gente celebraba con triunfo en las calles el asesinato del Primer Ministro. En resumen, tales visiones del ludismo sólo pueden sostenerse mediante un alegato especial que exagera la estupidez, el rencor y la provocación de las autoridades hasta el punto del absurdo; o mediante un fracaso académico de la imaginación, que compartimenta la vida y desprecia todo el peso de la tradición popular.

El hecho es que *no hay* fuentes de pruebas sobre la organización del ludismo que no estén en cierto grado "contaminadas". Como señalan los Hammond y Darvall, sólo sabemos de delegados o de juramentos por rumores; o por las historias de "espías"; o por la magistratura y los militares; o por confesiones de hombres, condenados a

¹ Loc. cit., pp. 174-96

muerte o con miedo a ser condenados, y ansiosos por salvar sus vidas. Lo mismo puede decirse de los objetivos ulteriores del ludismo. Pero, ¿qué otro tipo de pruebas podría haber? *Todo* prisionero se convierte automáticamente en objeto de coacción, *todo* delator se convierte enseguida en "espía".

Tomemos como ejemplo los juramentos. Si hay pocas pruebas de juramentos por parte de los luditas de Midland, puede haber una razón para ello. La fase principal del frame-breaking de Midland terminó en febrero de 1812. Fue sólo en ese mes que el frame-breaking se convirtió en a delito capital delito. Yorkshire y Lancashire, el ludismo comenzó sabiendo que la detección significaba la muerte; por lo tanto, es probable que se haya prestado algún juramento de secreto (como insistían tanto los espías como la tradición popular). En julio de 1812, prestar juramento con fines delictivos también se convirtió en un delito capital. Se rumorea que en el condado de York se siguieron prestando juramentos hasta finales de año. Pero cuando el ludismo se reanudó en las Midlands en 1814 a 1816 es probable, una vez más, que los pequeños grupos comprometidos no hayan querido añadir el riesgo de capital suplementario que supone el delito adicional.

578

Dos de los grupos de prisioneros juzgados en York Assizes en enero de 1813 fueron condenados por prestar juramento. Uno de los casos, el de Baines y los demócratas de Halifax, es muy sospechoso. Fueron condenados sobre la base de la evidencia de dos espías profesionales, de notorio mal carácter, reclutados especialmente de Manchester para el propósito, y hay buenas razones para creer que el caso fue un "montaje". Tanto los Hammond como Darvall insinúan que el otro caso —el de un tejedor de Barnsley— era igualmente sospechoso y obra de un "espía" profesional¹. El informante, Thomas Broughton, era un tejedor de Barnsley y masón, que ofreció información voluntaria por razones que no están claras, y que prestó declaración ante dos magistrados de Sheffield en agosto de 1812. Según ésta, se había unido a un "comité secreto" de cinco tejedores de Barnsley a principios de año. Habían "enredado" a 200 en Barnsley, principalmente tejedores, pero incluyendo a dos publicanos, un sombrerero y un jardinero. (No se admitían irlandeses.) Sus funciones consistían en asistir a las reuniones, recaudar dinero y mantener correspondencia con otros comités. Barnsley (donde no hubo Luddismo) fue considerado como un centro nuevo y débil, la fuerza principal estaba en Sheffield y Leeds. En los círculos luditas se alardeaba de 8.000 "retorcidos" en Sheffield, 7.000 en Leeds y 450 en Holmfirth. Se enviaron delegados a reuniones en Manchester, Stockport y Ashton. En Halifax los luditas se reunieron "como disidentes bajo el manto de la religión". Muchos de los luditas eran también miembros de la milicia. "Los luditas tienen en vista, en última instancia, derrocar el sistema de gobierno, revolucionando el país". El propio Broughton había asistido a una reunión de delegados en Ashton, donde otro delegado le dijo que la primera señal sería un ataque a las Casas del Parlamento. Si la revolución tenía éxito,

¹ Véase Hammonds, op. cit., pp. 314, 325.

se esperaba que el mayor Cartwright y Burdett se unieran a ella. Había recibido tor.*iod.*, como gastos por actuar como delegado.¹

Como muchas otras declaraciones de este tipo, es casi imposible distinguir la verdad de la falsedad. Pero se pueden hacer dos observaciones. El primero es que Broughton parece haber sido un informante *de buena fe*, es decir, un hombre que había sido un auténtico ludita y se había convertido en traidor. La segunda es que en el caso presentado en York sobre las pruebas de Broughton —contra John Eadon, uno de los miembros del Comité de Barnsley— no se citó ni una sola palabra de esta declaración. La acusación sólo pretendía aportar pruebas de que se había prestado un juramento ilegal:

579

Yo por mi propia voluntad y a título declaro y juro solemnemente que nunca revelaré a ninguna... persona o personas o cualquier otra cosa que pueda conducir al descubrimiento de la misma, ya sea de palabra, signo o acción, bajo pena de ser expulsado de este mundo por el primer hermano que puede reunirse conmigo más juro que voy a castigar con la muerte cualquier trato o tratante, si surge alguien entre nosotros voy a perseguirlo con venganza insaciable, si él vuela al borde de la ley. Seré sobrio y fiel en todos mis tratos con todos mis hermanos Así que ayúdame DIOS para mantener este mi juramento inviolable Amen.²

A primera vista, el juramento suena auténtico.³ Pero de lo que se trata aquí es de examinar un poco más a fondo los motivos de la autoridad. Los gobernantes británicos eran insensibles e indiferentes al pueblo trabajador; pero Gran Bretaña no era un "estado policial". Había magistrados y oficiales —el reverendo Hammond Roberson o el coronel Fletcher de Bolton— cuyo odio hacia el ludismo era obsesivo y que, como Nadin, el famoso ayudante del sheriff de Manchester, no se detenían ante ningún truco o violencia para conseguir una condena. Y aún había otro tipo de opinión pública a la que enfrentarse. Earl Fitzwilliam, el Lord-Lieutenant Whig del West Riding, era un hombre de temperamento templado que más tarde perdería su Lieutenancy como resultado de su protesta pública sobre Peterloo y que es poco probable que haya autorizado provocaciones reales. El juez, en varios casos luditas en Midlands, el Sr. Justice Bayley, fue fuertemente atacado por su indulgencia. En un caso más importante en Manchester, en el verano de 1812, el jurado se negó a condenar a treinta y ocho reformistas radicales a los que Nadin había intentado "incriminar" por la administración del juramento ludita. Los agentes de la ley eran muy conscientes de que la condena no era automática.⁴

En esos años, además, el Gobierno era odiado por los trabajadores y activamente detestado por muchos sectores de clase media. Incluso si, sobre la base de declaraciones como la de Broughton, los oficiales de la ley hubieran aconsejado que

¹ Deposición en Fitzwilliam Papers, F.46 (g).

² *Rex v. Eadon*, Howell's *State Trials*, XXXI, 1070.

³ Los juramentos fabricados por los *agentes provocadores* solían ser mucho más espeluznantes: uno de ellos incluía la promesa de cortar la cabeza y las manos de cualquier traidor y de toda su familia.

⁴ Esta fue la razón por la que los principales juicios a los luditas fueron por Comisión Especial.

un proceso por traición no interesaba a las autoridades proceder de esta manera. La sospecha de que actuaban principalmente por motivos políticos habría inflamado a la opinión pública.

580

Lo suyo era limitar el enjuiciamiento a los *actos delictivos manifiestos*: allanamiento de morada y ataques nocturnos, robo de armas, prestación de juramento. Declaraciones como las de Broughton eran, de todos modos, un material pobre para los tribunales, especialmente cuando la defensa podía contratar los servicios de un abogado como Brougham. Se basaban en informes no confirmados de retórica revolucionaria; reuniones con delegados de otros distritos que generalmente no eran identificados o actuaban bajo seudónimo; exageraciones obvias y sugerencias altamente improbables, como las afirmaciones de que Cartwright, Whitbread o Burdett liderarían la revolución.

De hecho, durante el verano y el otoño de 1812, en Yorkshire se produjo una curiosa disputa entre las autoridades locales y el Ministerio del Interior. "El Sr. Lloyd, un abogado muy activo de Stockport, contratado por el Gobierno para obtener información enviando espías por todo el país" (como señaló un diputado de Yorkshire en una carta a Fitzwilliam),¹ actuaba bajo la protección directa del Ministro del Interior, tratando de armar casos herméticos, por métodos que en algunos países no se habían utilizado. J.P.s podría haber deplorado, y de hecho secuestrando y llevando a través de los Peninos en custodia secreta de protección a sus testigos clave.²

Se puede sugerir una cierta divergencia en el enfoque. Por un lado, el Ministerio del Interior (ahora bajo Sidmouth) ya estaba siguiendo políticas que condujeron a las provocaciones de posguerra de Oliver, Edwards y Castle. Sidmouth, Lloyd, Nadin, querían muchas detenciones, juicios sensacionales y ejecuciones, para sembrar el terror en los corazones de luditas y reformistas, y tenían muy pocos escrúpulos en cuanto a si sus víctimas eran "auténticos" luditas o no, ni en cuanto a los medios empleados en la fabricación de pruebas. Por otra parte, hombres como Fitzwilliam y Radcliffe no estaban menos ansiosos por destruir el ludismo, pero eran más escrupulosos en cuanto a los medios y estaban decididos a detener a los verdaderos delincuentes, por ejemplo, los asesinos de Horsfall y los hombres que atacaron el molino de Cartwright. En cualquier caso, los principales casos que se llevaron a juicio (con la excepción de los treinta y ocho de Manchester) eran los que ofrecían una mayor seguridad "ejemplos de detección, condena y castigo" por delitos *concretos*, y en los que los cargos más importantes de sedición política se mantuvieron en un segundo plano. Incluso en el caso de los demócratas de Halifax, si bien es cierto que había motivos políticos detrás,³ la acusación se esforzó en acusar a los prisioneros por sus opiniones sólo indirectamente, y en basar su caso en la prueba del acto manifiesto de

¹ Fitzwilliam Papers, g de julio de 1812, F.46 (g).

² Sobre esta curiosa maraña, véanse Hammonds, op. cit., pp. 315 y ss. y Darvall, op. cit., pp. 125-33.

³ El escrito, *Rex contra Baines*, en los papeles del Procurador del Tesoro, comienza: "el mayor de los Baines es un Hatter, un hombre notoriamente desafecto al Gobierno": T.S. 11.2673.

prestar juramento a cierta persona en cierta ocasión. Por lo tanto, si se pregunta por qué no se presentó ningún cargo de traición, la respuesta es que tal cargo habría sido impopular, dudoso en derecho, y podría (como en el caso de Manchester) haber dado lugar a una absolución.

581

Las autoridades tampoco deseaban instituir juicios al por mayor por prestar juramento. Deseaban simplemente ponerle fin.¹ Y para ello, querían dar ejemplo, mediante el juicio y el transporte, de los casos más favorables. Por diferentes razones, se tomaron como ejemplo a los hombres de Halifax y Barnsley. Suponer que la autoridad estaba motivada por el deseo de perseguir todos los casos posibles hasta el final es confundir la naturaleza del poder. En York, las "leyes lesionadas" y los valores del orden se apaciguaron una vez que se tuvo la certeza de que los asesinos de Horsfall habían sido condenados, que varios hombres iban a ser transportados por prestar juramento y que otros catorce debían ir al cadalso por robo de armas y ataques nocturnos. Ir más allá habría sido atormentar a la opinión pública más allá de lo soportable, hasta que cada J.P. y molinero del norte pasó su vida entre ejecutorias. En este punto, el libro se cerró y se emitió una proclamación de amnistía. Seguramente ya había habido suficiente venganza.

Así pues, no podemos argumentar sobre la organización del ludismo a partir de los casos llevados a juicio ni de las pruebas aportadas por la acusación. En efecto, las autoridades actuaron generalmente sobre la base de pruebas o fuertes sospechas que nunca aparecieron en el juicios.² De hecho, estaban en posesión de una gran cantidad de pruebas sobre reuniones secretas, perforaciones, juramentos y el paso de delegados, algunas de ellas oscuras, otras de dudosa reputación, la mayoría de escaso valor en un tribunal de justicia. Esto incluía decenas de cartas anónimas, así como cartas y declaraciones de informadores, algunas de ellas muy circunstanciales, como una que describía el sistema ludita de palabras clave:

582

Debes levantar tu mano derecha sobre tu ojo derecho, si hay otro ludita en la compañía, él levantará su mano izquierda sobre su ojo izquierdo, entonces debes levantar el dedo índice de tu mano derecha hacia el lado derecho de tu boca, el otro levantará el dedo

¹ Las pruebas de F. Raynes, *An Appeal to the Public* (1817) sobre todo esto son abrumadoras. El capitán Raynes comandó una unidad con la responsabilidad especial de infiltrarse y detectar a los instigadores luditas, en Lancashire (junio-septiembre de 1812) y en West Riding (septiembre-diciembre de 1812). Por motivos de agravio privado publicó más tarde un relato de su servicio, junto con su correspondencia con oficiales superiores. En varios distritos de Lancashire, como Newton, el juramento era "casi universal entre las clases manufactureras y bajas". En más de una ocasión sus agentes lograron penetrar en la conspiración, pero los luditas (al darse cuenta de que habían sido detectados) se apresuraron inmediatamente a acudir al magistrado más cercano y se "desenredaron" prestando juramento de lealtad —para intensa irritación del capitán Raynes. El escepticismo en cuanto a la prevalencia del juramento no puede sobrevivir a una lectura cuidadosa de este panfleto. (Copia en Manchester City Reference Library.)

² Se ha insistido en este punto porque también ayuda a explicar parte de la confusión que rodea los casos de Despar y Brandreth. Los escritos que se conservan en los documentos del Procurador del Tesoro revelan el gran cuidado con el que los funcionarios de la Corona seleccionaban las pruebas para los actos manifiestos más fáciles de probar. Incluso en el caso de O'Coigly (arriba, p. 170) el informe de la Corona está anotado: "¿Debería mencionarse la invasión de Irlanda?" (T.S. 11.333). Para el caso de Thomas Bacon, véase más adelante, p. 665.

meñique de su mano izquierda hacia el lado izquierdo de su boca y dirá: ¿Qué eres? La respuesta: Decidido. Él dirá: ¿Para qué? Tu respuesta: Libertad.¹

Es correcto decir que tales declaraciones carecen de valor como prueba ante un tribunal. Pero, si seguimos a los Hammond y Darvall, al descartar *todas* estas pruebas,² terminamos en una posición ridícula. Debemos suponer que las autoridades, a través de sus agentes, crearon realmente organizaciones conspirativas y luego instituyeron nuevos delitos capitales (como el de prestar juramento) que sólo existían en la imaginación o como resultado de las provocaciones de sus propios espías. Además, toda esta línea de argumentación delata una incapacidad para imaginar el ludismo en el contexto de la comunidad local. En Nottingham y el West Riding en particular, la fuerza de los luditas estaba en las pequeñas aldeas industriales donde cada hombre era conocido por sus vecinos y unido en la misma estrecha red de parentesco. La sanción de un juramento habría sido lo suficientemente terrible para un pueblo supersticioso, pero la sanción de la comunidad era aún más fuerte. Los líderes luditas eran populares en sus propios pueblos, como George Howarth, un tejedor que probablemente era miembro de un comité secreto del condado de York, de "tez fresca y complexión robusta; un gran cantante en compañía; conversación vulgar, como un hombre de campo..."³

583

Las autoridades tuvieron grandes dificultades para convencer a los testigos de que se presentaran y nombraran a un vecino. En parte, esto se debía al miedo a las represalias luditas. Pero, además, actuar como informador era una violación de la economía moral, que conllevaba una condena a la proscripción de la comunidad. Incluso los magistrados locales no podían ver a Benjamin Walker, el cómplice que aportó las pruebas de King contra Mellor, de otra manera que como un Judas. En la víspera de su ejecución, Mellor declaró: "Que preferiría estar en la situación en que se encontraba entonces, por terrible que fuera, antes que tener que responder por el crimen de su acusador, y que no cambiaría de situación con él, ni siquiera por su libertad y dos mil libras". La situación de los luditas que salvaron la vida declarando ante las autoridades era casi más lamentable que la de los condenados. Walker, que fue visitado por un cuáquero después de las ejecuciones en York, fue encontrado con un "semblante... pálido y espantoso, y sus articulaciones, por así decirlo, tan destensadas que apenas podían sostener su cuerpo". De hecho, nunca recibió las 2.000 libras esterlinas que le correspondían; continuó con una miserable existencia de vagabundo, y al final se vio reducido a la mendicidad. Dos luditas de Nottingham que se convirtieron en informantes temieron por sus vidas y mendigaron a la Corona sus

¹ Fitzwilliam Papers, F46 (g).

² Hay una cantidad considerable de este tipo de testimonios, en cuanto a delegados de perforación, ambiciones revolucionarias, en los papeles del Ministerio del Interior. Darvall facilita su argumentación no citando ninguno de ellos y descartando cada ejemplo, en despectivas notas a pie de página, como obra de informadores imaginativos o interesados.

³ F. Raynes, op. cit., pp. 114-15.

pasajes a Canadá. Otros sospechosos de delatar fueron simplemente condenados al ostracismo; un hombre de Yorkshire se negó a seguir viviendo con su esposa, que por indiscreciones estúpidas había dado pruebas que condujeron a la ejecución de uno de los asaltantes de Rawfolds. En una ocasión similar, varios años más tarde, dos delatores de Yorkshire fueron condenados al ostracismo por la comunidad hasta el final de sus vidas; si entraban en una habitación o en una casa pública, la reunida compañía se inmediatamente dejaría de hablar, o se levantaría para marcharse.¹

Hay que imaginar la solidaridad de la comunidad, el aislamiento extremo de las autoridades. Es esto lo que elevó a Cartwright y Roberson a la categoría de héroes, a los ojos de Charlotte Bronte, que había experimentado ella misma el mismo aislamiento en la casa parroquial de Haworth durante las agitaciones cartistas. Cuando Rawfolds fue atacado, a pesar de los disparos nadie en el pueblo se movilizó en su ayuda. Sólo después de que los luditas se hubieron retirado aparecieron los tres o cuatro hombres de la localidad dispuestos a declararse del lado de los asediados: el reverendo Hammond Roberson, el señor Cockhill (un gran maestro tintorero), el señor Dixon (director de una fábrica química), un *bon vivant* local llamado Clough. Rápidamente fueron rodeados por una multitud que murmuraba, cuyas simpatías estaban claramente del lado de los luditas heridos.² Además, tanto los juicios como los funerales se convirtieron en ocasión para demostraciones de simpatía pública, que a veces tomaron la forma de intimidación, a veces de fervor religioso. Los juicios de los luditas acusados en Nottingham tuvieron lugar entre amenazas, manifestaciones y, en una ocasión, en una sala del tribunal abarrotada que se suponía que contenía hombres armados.³ El presidente de un jurado que condenó a varios hombres por complicidad en ataques luditas, en Nottingham en marzo de 1812, fue perseguido hasta Worksop:

584

Señor,

He venido a Worksop a preguntar por su carácter hacia nuestra causa y lamento decir que encuentro que se corresponde con la conducta que últimamente ha mostrado hacia nosotros. Recuerde, se acerca rápidamente el momento en que hombres de su calaña serán llevados al arrepentimiento. Recuerda —eres un hombre marcado,

Suyo para el General Ludd,
un verdadero Hombre.⁴

A pesar de que los juicios de Yorkshire se celebraron en York, a más de treinta millas de los focos de disturbios, las autoridades reclutaron fuerzas militares adicionales y

¹ *An Historical Account of the Luddites* (Huddersfield, 1862k p. 79; Peel, *Risings of the Luddites* (1895 edn.), p. 278; Peel, *Spin Valley: Past and Present*, pp. 261, 264; Hammonds, op. cit., p. 241-2; Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*, p. 335. En los años de posguerra se convirtió en práctica de las autoridades prometer a los informadores de la clase trabajadora su pasaje a una de las colonias. Véase también Hammonds, *The Tam Labourer*, pp. 259-61.

² Peel, *Spin Valley*, pp. 255-6. Cf. *Leeds Mercury* (9 de mayo de 1812): "... Creemos que hay una disposición muy general entre las clases bajas a ver las acciones de las personas comprometidas en esta asociación con complacencia, por no decir con aprobación. Esta es la fuerza y la sangre vital de la Asociación".

³ T. Bailey, *Annals of Nottinghamshire* (1855), IV, p. 280.

⁴ H.O. 42.122.

temieron un intento de rescate. Incluso sus oponentes admiraban la fortaleza de los condenados. Mellor y sus dos compañeros se negaron a hacer confesión alguna. Lo mismo hicieron los catorce que murieron pocos días después. Si alguno de estos desafortunados hombres poseía algún secreto", escribió el *Leeds Mercury*, "lo dejaron morir con ellos". Sus descubrimientos fueron escasos en extremo".¹ (De acuerdo a la tradición, el presidente del tribunal se permitió un poco de ligereza en esta ocasión. Al preguntársele si los catorce condenados debían ser colgados de una sola viga, respondió, después de pensarlo un poco: "Pues no, señor. Considero que colgarían más cómodamente de dos"). Los siete primeros en ser llevados a la ejecución, en presencia de una gran multitud, subieron al cadalso cantando el himno metodista:

585

Contemplad al Salvador de la Humanidad,
 clavado al vergonzoso árbol;
 Cuán vasto el amor que le inclinó,
 A sangrar y morir por mí.
 Escucha: ¡cómo gime! mientras la naturaleza tiembla,
 y los fuertes pilares de la tierra se doblan;
 El velo del templo se rompe,
 los sólidos mármoles se desgarran.
 El precioso rescate está pagado.
 "Recibe mi alma", clama;
 Mira dónde inclina su sagrada cabeza,
 inclina su cabeza y muere*.²

* Behold the Saviour of Mankind / Nail'd to the shameful tree; / How vast the love that him inclin'd, / To bleed and die for me. / Hark: how he groans! while nature shakes, / And earth's strong pillars bend; / The temple's veil in sunder breaks, / The solid marbles rend. / 'Tis done! the precious ransom's paid, "Receive my soul", he cries; / Ver where he bows his sacred head, He bows his head and dies.1

En los tres condados tenemos la impresión de una activa sanción moral dada por la comunidad a todas las actividades luditas menos el asesinato. Las propias autoridades lo lamentaron:

Las dudas sobre la bajeza moral de estos crímenes los alentaron, y el fanatismo religioso, que desgraciadamente existe en un grado excesivo en esos populosos distritos, elevó el mal a su máxima expresión.³

Al igual que el mito popular retrataba a todos los delatores como Judas, Charlotte Bronte siguió el mito de la clase media cuando caricaturizó en Moses Barraclough, un predicador "Ranting" y "a joined Methody", a un instigador ludita hipócrita; y cuando

¹ Un oficial que presenció la ejecución escribió a Radcliffe: "Considero que había ocho verdaderos *Luds*... y nueve depredadores que se aprovecharon de los tiempos" [es decir, ladrones de casas]. El capellán le informó de que los "verdaderos *Luds*" se negaban a confesar: "Realmente creo que no lo consideraron *una gran* ofensa". Y añade: "Creo que todos eran metodistas". Coronel Norton a Radcliffe, enero de 1813, Radcliffe MSS, 126/114.

² *Proceedings under the Special Commission at fork* (Leeds, 1813), pp. 67-9; Hammonds, op. cit., p. 332; H. Clarkson, *Memories of Merry Wakefield* (Wakefield, 1887), p.40.

³ Introducción autorizada a los juicios de York, en Howell, *State Trials* XXXI, 964.

dio al intento de asesinato de Gerard Moore una lengua del Antiguo Testamento: "Cuando el malvado perece, hay gritos; como pasa el torbellino, así deja de ser el malvado. ..."¹ Las pruebas al respecto son tan desordenadas como de costumbre. Dos o tres de los ejecutados en York eran ciertamente metodistas. Pero aunque muchos se habían criado en una cultura metodista (o en sus márgenes Ranting y Southcottian), ni siquiera en la celda de los condenados sus ministros —que estaban sumamente ansiosos por exculpar al metodismo de complicidad— tenían poder sobre ellos. El fervor del Antiguo Testamento se había asimilado a una solidaridad de clase que ni siquiera Jabez Bunting podía penetrar.

586

Los funerales luditas lo ilustran bien. El funeral de John Westley, el ludita muerto en una reyerta en noviembre de 1811, fue la ocasión para una demostración de simpatía popular en Nottingham. "El cadáver fue precedido por un número de antiguos compañeros de club del difunto, portando varitas negras, adornadas con nudos de crape".

La escena fue realmente espantosa. El Alguacil Mayor, el Subalguacil y una media docena de Magistrados se encontraban en el lugar, asistidos por un pelotón de Alguaciles y unos treinta dragones montados... antes de que el cuerpo fuera retirado, se leyó la Ley de Disturbios en varias partes de la ciudad.²

Los dos hombres que murieron a causa de sus heridas en Rawfolds fueron atendidos con la misma simpatía. En Huddersfield se evitó un funeral público masivo sólo porque las autoridades enterraron a Booth en silencio antes de lo previsto. Hartley fue enterrado en Halifax, seguido por cientos de dolientes, con los brazos vendados con crespones blancos. Sus amigos reclamaron para él un entierro metodista, y cuando Bunting se negó a leer el oficio hubo escenas de enfado. El domingo siguiente, una gran multitud se reunió para un servicio conmemorativo. Jonathan Saville, un predicador local lisiado, recordaba que fue "la mayor congregación que jamás se haya reunido en la capilla de Halifax":

... la gente vino de todas partes para mostrar su dolor por el difunto. Llenaron la capilla a rebosar; cientos de personas se quedaron fuera, sin poder entrar, y los alguaciles se paseaban ante las puertas para mantener el orden. El predicador previsto para esa tarde se había ido a Huddersfield, probablemente para salir del paso....

Bunting volvió a negarse a predicar y ordenó a Saville que se retirara. El lisiado predicó sobre el contraste entre la muerte de un creyente y la de un infiel:

En aquella época, tal vez más que nunca, la infidelidad estaba ocupada entre las clases bajas... Exclamé: "¡Infiel, muérete fuerte! ¡Nunca saques la bandera negra cuando la Muerte te enfrente!". El efecto, sin embargo, no fue el deseado por Saville, que fue apedreado al salir de la capilla. En paredes y puertas se escribió con tiza: "Venganza por la sangre de los inocentes". Durante las semanas siguientes, Bunting (que también recibió cartas amenazadoras) contó con guardia armada cuando acudía

¹ *Shirley*, caps. VIII, XXX.

² *Leeds Mercury*, 23 de noviembre de 1811; Bailey, op. cit., IV, p. 247.

a sus citas en el campo. Se produjeron problemas similares en Holmfirth y en Greetland (cerca de Halifax) cuando el ministro metodista se negó a dar sepultura a los hombres ejecutados en York.¹ Y las mismas manifestaciones públicas asistieron al funeral de James Towle en Nottingham en noviembre de 1816, cuando un magistrado clerical, el Dr. Wylde, prohibió la lectura del Servicio de Entierro. A pesar de ello, 3.000 personas asistieron a la ceremonia y, según el informe de un espía:

587

Un maestro de escuela, me dijeron, dio los Himnos que fueron cantados desde su Casa hasta y en la Tumba por Seis mujeres jóvenes. Allí había una estrella o una cruz sobre la tapa del ataúd, lo que suscitó muchas conjeturas sobre su significado. Algunos decían que era porque había muerto jugando, otros porque había sido ahorcado, y algunos maldecían al Dr. Wylde por no permitir que se leyera el servicio fúnebre. Badder dijo que... no significaba nada para Jem, pues no quería a ningún Parsons cerca de él.²

No es satisfactoria ninguna explicación del ludismo que se limite a una interpretación industrial limitada, o que descarte sus matices en sus trasfondos religiosos con hablar de a unos pocos "Incluso en Nottingham, donde el ludismo demostró mayor disciplina en la búsqueda de industriales, la conexión La conexión entre la ruptura del marco y la sedición política se asumía por todas partes, ya que no sólo los tejedores de marcos sino también los "órdenes inferiores" compartían generalmente la complicidad con los luditas en su contienda con los calceteros, los militares y los magistrados. En Lancashire, mientras que la columna vertebral de la organización estaba formada por tejedores, colineros, hilanderos de algodón y comerciantes de todo tipo participaron en los disturbios. En la región de West Riding, aunque los objetivos de los ataques eran los molinos y los esquileos, no sólo los cultivadores, sino también "numerosos tejedores, sastres, zapateros y representantes de casi todos los oficios" se asociaron a los luditas. John Booth, el hijo del párroco asesinado en el ataque de Rawfolds, era aprendiz de un fabricante de arneses.³ Entre los prisioneros llevados a juicio ante la Comisión Especial de York había 28 cosechadores, 8 jornaleros, 4 tejedores, 3 zapateros, 3 carboneros, 3 hilanderos de algodón, 2 sastres, 2 pañeros, y un carnicero, un tahúr, un carpintero, un tejedor de alfombras, un sombrerero, un buhonero, un tendero, un cantero, un aguador y un hiladero de lana.⁴

588

Ahora podemos aventurar una explicación del curso del ludismo. Comenzó (1811) en Nottingham como una forma de aplicación directa del "sindicato", respaldada por la comunidad trabajadora. Como tal, inmediatamente se convirtió en ilegal, y su propia situación lo llevó a una dirección más insurreccional. En el invierno de 1811-

¹ J. U. Walker, *History of Wesleyan Methodism in Halifax* (Halifax, 1836), p. 255; E. V. Chapman, *John Wesley & Co (Halifax)* (Halifax, 1952), p. 35; F. A. West, *Memorias de Jonathan Saville* (1844), pp. 24-5.

² Hammonds, op. cit., p. 239.

³ Pee, op. cit., pp. 6, 18.

⁴ *Report of Proceedings under Commissions of Oath & Terminer ...for the County of York* (Hansard, 1813), pp. xiv-xix. Hay que decir, sin embargo, que algunos de estos eran pseudoluditas, acusados de allanamiento de morada, mientras que el sombrerero, los zapateros y el tahúr eran demócratas de Halifax. Casi todos los acusados por su participación en el asunto Rawfolds eran croppers. Véase también TS. 11.2669.

12 es probable que los "delegados", oficiales o no, viajaran a otras partes del norte.¹ El ludismo de Yorkshire (febrero de 1812) comenzó con un temperamento más insurreccional. Por un lado, el ejemplo de Nottingham encendió las quejas de los campesinos, que venían de lejos. Por otro lado, pequeños grupos de demócratas o Painitas vieron en el ludismo una oportunidad revolucionaria más general. Los dos impulsos pueden verse en pasajes de dos cartas luditas, ambas enviadas en marzo de 1812. La primera, probablemente procedente de Huddersfield, expresa las quejas particulares de los agricultores:

N.B.....el General... me ordena que le informe de que los pañeros del distrito de Huddersfield se han gastado siete mil libras en solicitar al Gobierno que ponga en vigor leyes que detengan los esquilos y los molinos de Gig, sin ningún resultado, por lo que ahora están probando este método, y se le ha informado de que teméis que se lleve a cabo con otro propósito, pero no debéis preocuparos por ello, porque tan pronto como vuestra odiosa maquinación sea detenida o destruida, el General y su valiente ejército serán disueltos y volverán a sus puestos de trabajo, como otros súbditos vasallos.²

La otra carta, enviada más o menos una semana antes, es la más improbable de las cartas de un "súbdito de Lieja". Sugiere que la decepción por el fracaso del Príncipe Regente a la hora de formar un ministerio de paz y reforma (la ocasión del posterior motín en la Bolsa de Manchester) fue el detonante del ludismo de Yorkshire:

589

La causa inmediata de que comenzáramos cuando lo hicimos fue esa carta sin escrúpulos del Príncipe Regente a los Señores Grey y Grenville, que no nos dejó esperanzas de ningún cambio a mejor, y el hecho de que se uniera a ese maldito grupo de granujas, Percival y compañía, a quienes atribuimos todas las miserias de nuestro País. Pero esperamos la ayuda del Emperador francés para sacudirnos el yugo del Gobierno más podrido, malvado y tiránico que jamás haya existido, entonces caerán los Tiranos de Hannover y todos nuestros Tiranos, desde el más grande al más pequeño, y seremos gobernados por una República justa, y que el Todopoderoso acelere esos Tiempos felices es el deseo y la Oración de Millones en esta Tierra.³

Si aceptamos ambas cartas como auténticas, esto sugeriría que el ludismo de Yorkshire comenzó con consejos divididos. Si es así, el temperamento insurreccional se hizo dominante a medida que un acontecimiento seguía a otro. Debe darse cierto peso a la tradición verbal, recogida por Frank Peel, según la cual Baines, el viejo sombrerero de Halifax, estaba de hecho en el centro de un grupo de "Tom Painers" que formaron "un club democrático o republicano" reuniéndose en la Posada de San Crispín, Halifax. Aquí tuvo lugar en marzo una importante reunión de delegados luditas, y Baines dio la bienvenida a su movimiento desde la presidencia:

Durante treinta años he luchado por despertar al pueblo contra este mal, y he sufrido

¹ Véase, por ejemplo, una carta interceptada de corresponsales de Yorkshire a un hermano de Nottingham, relativa a un hombre de Nottingham que se alojaba con ellos: "Nosotros... lo recibimos como un amigo tuyo, lo cual creímos que era, y nos hemos divertido con una o dos jarras de cerveza, y él ha leído la canción del Sr. Luds"; 19 de abril de 1812, Radcliffe MSS, 126/32.

² Radcliffe MSS., 126/27.

³ W. B. Crump, op. cit., p. 230

mucho por mis opiniones en cuerpo y hacienda.... me estoy acercando al final de mi peregrinaje, pero moriré como he vivido; mis últimos días los dedicaré a la causa del pueblo. Aplaudo vuestro levantamiento contra vuestros opresores, y espero que continúe hasta que no haya ningún tirano que conquistar. He esperado mucho tiempo el amanecer del día venidero, y puede ser que, viejo como soy, aún vea el glorioso triunfo de la democracia.

Según la misma tradición, también habló un delegado de Nottingham llamado Weightman: "Nuestro consejo está en comunicación diaria con las sociedades en todos los centros de desafección, e instan a un levantamiento general en mayo".¹

Hay razones para suponer que, no las palabras, sino la tendencia general de este relato, es cierta. Las autoridades estaban claramente decididas a asegurar una condena contra Baines, a pesar de las muy poco sólidas pruebas de sus espías. Un testigo alegó que Baines había dicho que él "no tenía la costumbre de tener nada que ver con ninguna gente, pero que estaban familiarizados con las dos palabras Aristocracia y Democracia"; mientras que el Juez consideró como un agravante de su delito que se había jactado de que "sus ojos se habían abierto durante tres y veinte años".² Si esto era sólo un caso de "incriminación" de los radicales locales, o si realmente tenían conexiones con el Ludismo es otra cuestión. Pero se arroja luz sobre esto en los informes del informante clave de Lancashire, "B", en marzo y abril de 1812. "B" afirmó haber sido visitado por un delegado llamado Walsh de Leeds, y (en abril) haber recibido una carta describiendo los éxitos luditas de un tal Mann, de la misma ciudad.³ Walsh le dijo que en el comité secreto de Leeds, "a ninguno de los viejos Jacks [es decir, jacobinos] se les permite actuar, como se ha sospechado en los últimos años":

590

Algunos de los antiguos Jacks deseaban actuar, pero el antiguo Comité había actuado tan salvajemente que no se obtuvo ni prudencia ni éxito, por lo que no se permite que ninguno forme parte del Comité, sino que permanece en un segundo plano.

La organización de Yorkshire (Walsh dijo "B") estaba dirigida por un "Comité de Oficios", cuyas reuniones se celebraban con extremo secreto en Leeds:

Los comités nunca celebran sus reuniones en una casa pública, sino en casas particulares, o cuando el tiempo lo permite incluso en los Campos por la noche, y no como se hacía antiguamente para que toda la Ciudad se enterara de ello.⁴

Puede ser que mientras los "viejos Jacks" se mantuvieron en un segundo plano en Leeds, en Halifax los Ludditas eran menos circunspectos. Y está en consonancia con las pruebas existentes sugerir que el ludismo en Yorkshire tomó una forma insurreccional más generalizada tras el fracaso del ataque de Rawfolds. Sin duda en

¹ Peel, op. cit., (1880 edn.), pp. 23-6. En el prefacio a la segunda edición, 1888, Peel relata cómo se conservó esta tradición.

² *Informe de los procedimientos... bajo Oyer y Terminer*, pp. 124, 207.

³ James Mann, un campesino de Leeds, fue detenido bajo la suspensión de Habeas Corpus en 1817 (abajo, p. 668) y más tarde se convirtió en el vendedor de libros radical más importante de Leeds. Sería interesante saber si estos dos "Manns" eran el mismo.

⁴ Informes de "B", 25 de marzo, 18 de abril de 1812, H.O. 40.1. El "antiguo Comité" y el "antiguo asunto" se refieren presumiblemente a la conspiración de 1801 y 1802, más adelante pp. 474-8.

abril había algún sistema secreto de delegados de West Riding en funcionamiento. Después de Rawfolds, la organización ludita cambió su énfasis hacia los preparativos revolucionarios generales. Los meses de abril a septiembre son meses de frecuentes alzamientos de armas, colectas de dinero y rumores de juramento. El plomo (para balas) desapareció como la nieve en un cálido; "bombas y surtidores de agua desaparecen constantemente";¹ Incluso desaparecieron las tintorerías y los canalones. La conspiración se extendió a zonas como Sheffield y Barnsley, donde no había ni cosechadores, ni molinos, ni esquiladores. Los luditas se inspiraron en "burdas nociones acerca de alterar al propio Gobierno, cuando su organización se hubiera extendido por todo el país y hubieran reunido suficientes armas".²

591

Si el ludismo de Yorkshire se extendió desde las quejas de los agricultores a objetivos revolucionarios más generales, no hubo un único tema que uniera a los descontentos de Lancashire. Disturbios por la comida, tizas incendiarias, agitación *sub rosa* por la reforma política, comités sindicales secretos, asaltos con armas, ataques al "ludismo de Lancashire" es el capítulo menos satisfactorio de *The Skilled Labourer*. El capítulo sobre el "ludismo de Lancashire" es el menos satisfactorio de *The Skilled Labourer*. Algunas de sus afirmaciones son claramente falsas, como la afirmación de que todos los disturbios en Lancashire y Cheshire habían terminado a principios de mayo de 1812. Otras, como como el prodigiosa influencia que atribuida a unos cuantos espías de Bolton y "B" de Manchester— se basan en especulaciones y argumentos especiales, disfrazados de narración. Las conclusiones son poco menos que ridículas. Se nos pide que creamos que setenta y una compañías de infantería, veintisiete tropas de Guardias a Caballo y Dragones, así como miles de alguaciles especiales (1.500 sólo en Salford Hundred) estaban en servicio activo en Lancashire en mayo de 1812 porque "Old S", "Young S" y "B" habían helado la sangre de sus patrones con historias de insurrección, y porque se habían producido algunos disturbios espontáneos por alimentos.

Lo que es más notable en el manejo de las fuentes por parte de los Hammond es una marcada disposición a *comenzar* su investigación con la suposición de que cualquier plan insurreccional de *buena fe* por parte de los trabajadores era o bien altamente improbable o, alternativamente, erróneo y no merecedor de simpatía, y por lo tanto atribuible a una franja lunática e irresponsable. Pero es difícil ver por qué, en 1812, esto debía suponerse. Con un año de intervalo, la guerra había continuado durante casi veinte años. El pueblo tenía pocas libertades civiles y ninguna sindical. No estaban dotados de clarividencia histórica, para que pudieran consolarse sabiendo que en veinte años (cuando muchos de ellos estuvieran muertos) la clase media se aseguraría el voto. En 1812 los tejedores habían experimentado un desastroso declive de su estatus y nivel de vida. La gente estaba tan hambrienta que estaba dispuesta a

¹ *Leeds Mercury*, 6 de junio de 1812.

² Peel, op. cit. (ed. 1880), p. 9.

arriesgar su vida por una carretilla de patatas. En estas condiciones, podría parecer más sorprendente que los hombres *no* hubieran tramado levantamientos revolucionarios que si lo *hubieran hecho*, y parecería altamente improbable que tales condiciones alimentaran una cosecha de reformistas constitucionales gradualistas, actuando dentro de una Constitución que no admitía su existencia política.

592

Como mínimo, cabría suponer que una cultura democrática abordaría la situación de estos hombres con cautela y humildad. De hecho, apenas ha sido así. Varios de los historiadores que fueron pioneros en el estudio de este periodo (los Hammonds, los Webbs y Graham Wallas) eran hombres y mujeres de convicciones fabianas, que analizaron la "historia temprana del movimiento laborista" a la luz de las posteriores Leyes de Reforma y del crecimiento de la T.U.C. y del Partido Laborista. Como los luditas o los revoltosos de la comida no aparecen como "precursores" satisfactorios del "movimiento laborista", no merecían ni simpatía ni atención. Y este sesgo se complementó, desde otra dirección, con el sesgo más conservador de la tradición académica ortodoxa. De ahí que la "historia" se haya ocupado con justicia de los mártires de Tolpuddle y con entusiasmo de Francis Place; pero los cientos de hombres y mujeres ejecutados o transportados por prestar juramento, jacobinos conspiración jacobina, Ludismo, los levantamientos de Pentridge y Grange Moor, las revueltas por los alimentos, los cercados y los turnpike, los disturbios de Ely y la revuelta de los obreros de 1830, y una veintena de afrentas menores, han sido olvidados por todos excepto por unos pocos especialistas, o, si se les recuerda, se piensa que eran simples u hombres manchados de locura criminal.

Pero para quienes la viven, la historia no es ni "temprana" ni "tardía". Los "precursores" son también los herederos de otro pasado. Los hombres deben ser juzgados en su propio contexto; y en este contexto podemos ver a hombres como George Mellor, Jem Towle y Jeremiah Brandreth como hombres de talla heroica.

Además, los prejuicios se cuelan en los detalles de la investigación histórica. Esto es particularmente relevante en el asunto del ludismo de Lancashire. Sólo hay una razón para creer que las diversas deposiciones en los documentos del Ministerio del Interior en cuanto a sus características revolucionarias son falsas, y esta es la suposición que cualquier prueba de este tipo está *destinada a ser falsa*. Una vez asumido esto, los Hammond se embarcan en los mares de la ficción histórica. Así, el informante más habitual de Lancashire, en los años luditas y de posguerra, era un individuo designado como "B". Este "B" posiblemente había sido empleado como informador desde 1801 o 1802,¹ y gozaba de la confianza de los ultrarradicales de Manchester. Su nombre era Bent, y era un pequeño comerciante, descrito en 1812 como "un comprador y vendedor de desechos de algodón".² Como hombre de relativa

¹ Véase *The Skilled Labourer*, pp. 67, 73 y más adelante, p. 493. Sin embargo, no es absolutamente seguro que se trate del mismo "B", ya que se emplearon otros "B". -por ejemplo, Barlow, véase más adelante p. 489.

² Declaración de H. Yarwood, 22 de junio de 1812, en H.O. 40.1. También se le describió como "un respetable comerciante de algodón": véase *The Trial at Full length of the 38 Men from Manchester* (Manchester, 1812), p. 137.

afluencia, fue nominado frecuentemente como Tesorero de diferentes comités secretos — un admirable puesto de escucha para un espía. A primera vista, estaba bien situado para proporcionar información privilegiada.

En *The Skilled Labourer* "B" aparece con frecuencia, en el papel de un sensacionalista y un *provocador*:

593

Los papeles del Ministerio del Interior contienen numerosos comunicados analfabetos suyos, llenos de insinuaciones escabrosas sobre los estallidos que se avecinan entre los de abajo, alentados por mis seres misteriosos en las altas esferas. El levantamiento general, con el número de miles de personas que han prestado juramento en diferentes partes del país, es su tema constante.

El juramento ludita de Lancashire (declaran los Hammond), "no es descabellado suponer... que se originó en el fértil cerebro de 'B'". Ante la evidencia de que un delegado de Manchester visitó un comité secreto de los tejedores de Stockport y trató de involucrarlos en los preparativos revolucionarios, los Hammond encuentran la explicación conveniente:

Ahora bien, nadie que haya leído los documentos del Ministerio del Interior correspondientes a este período puede dejar de reconocer en el informe de lo que dijo el delegado de Manchester, la voz de "B"....

Sobre esta hipótesis (apoyada en la suposición de un conocimiento superior que pocos lectores se preocuparán de cuestionar) se elabora la ficción de la provocación. Pero unas páginas más adelante, cuando a estos mismos autores les conviene dar credibilidad a otra parte de los informes de "B", informan sin rodeos al lector: "Que Bent haya intentado alguna vez seriamente inducir a alguno de sus colegas a trabajar por medidas violentas es improbable, ya que de lo contrario hombres de la talla de John Knight no habrían seguido confiando en él... " En resumen, los informes "B" se tuercen de cualquier forma que convenga a la leyenda del momento¹.

594

Se puede sugerir que los documentos del Ministerio del Interior pueden leerse de otra manera. Bent no era un provocador, era un simple informador, y limitaba sus propias actividades a lo necesario para asegurarse la confianza de sus compañeros radicales. Parece haber sido un hombre algo estúpido pero observador, una combinación nada inusual. De ahí que sólo se pueda confiar en su testimonio cuando describe acontecimientos en los que él mismo participó, mientras que en sus informes sobre objetivos ulteriores o sobre la organización en el resto del país pasa por alto las fanfarronadas de algunos de los agitadores más optimistas. La sugerencia de que Bent fue el delegado de Manchester que involucró al comité de Stockport en planes conspirativos no resistirá el examen.²

¹ *Ibidem*, pp. 274-5, 297, 336-7.

² Durante el comienzo de la primavera de 1812, "B" informó con regularidad. Los Hammond basan su relato de la reunión de Stockport, en febrero, en la confesión de Thomas Whittaker en H.O. 42.121. Pero "B" informó el 25 de marzo de que todavía no había conseguido entrar en ninguna de las reuniones secretas, aunque esperaba poder hacerlo. Pero "B" informó el 25 de marzo de que todavía no había conseguido entrar en ninguna de las reuniones secretas,

De hecho, si dejamos de seguir el falso escenario de la provocación, es posible reconstruir un relato más coherente de la historia interna del ludismo de Lancashire, utilizando prácticamente las mismas fuentes empleadas por los Hammond. En primer lugar, debemos recordar que el jacobinismo había echado raíces más profundas en Lancashire que en cualquier otro distrito manufacturero, y que la inmigración irlandesa le había dado un tono particularmente revolucionario. En Lancashire, casi solo, hay un hilo ininterrumpido de *abierta* agitación antibélica y reformista, desde la década de 1790, a través de los "Ingleses Unidos", hasta la época del ludismo. En 1808 se informó de esta agitación, no sólo desde Manchester, sino también desde Royton, Bolton y Blackburn. "¿No ha llegado el momento?", se preguntaban algunos tejedores de Bolton al anunciar su intención de manifestarse todos los domingos durante dos meses en Charters Moss, en las afueras de la ciudad,

para sacar la Constitución británica de su escondrijo y exponerla en su pureza original y desnuda, para mostrar a cada individuo *las leyes de sus antepasados*?¹

Año tras año, la infructuosa agitación de los tejedores por un salario mínimo les había empujado en la dirección de la agitación política, ya fuera de carácter revolucionario o constitucionalista.

595

En segundo lugar, cuando el ludismo comenzó en 1811-12, el sindicalismo ilegal ya estaba fuertemente arraigado en el condado de Lancashire. Ya hemos señalado el grado de organización y consulta de los oficios artesanos y de los hilanderos de algodón en Manchester. Probablemente, la organización de los tejedores también era amplia y sólida. En las ciudades e incluso en algunos pueblos de Lancashire había "comités secretos" de tejedores más o menos representativos, acostumbrados a consultarse entre sí sobre solicitudes al Parlamento, peticiones, recaudación de fondos, etc.²

Así, cuando el ludismo llegó a Lancashire no lo hizo en un vacío. Ya existían, en Manchester y en los centros más grandes, sindicatos de artesanos, comités secretos de tejedores y algunos grupos nuevos y viejos de radicales painistas, con una efervescente franja irlandesa. Lancashire era un campo rico para espías y *provocadores*, no porque hubiera tan poco, sino porque había mucho en marcha. Y los informes son contradictorios, no porque todos los informadores mintieran, sino porque había contradicciones en el movimiento. En un distrito que era, relativamente, tan sofisticado políticamente como Lancashire, era inevitable que hubiera división de opiniones sobre el valor de la rotura de máquinas. Este conflicto en los consejos

aunque esperaba ser admitido en breve (H.O. 40.1). En abril consiguió asistir a varias reuniones de tejedores, pero en mayo fue excluido de una reunión importante por una disputa sobre dinero (declaración de Yarwood, H.O. 42.121).

¹ Véase Aspinall, op. cit, pp. xxiii n. 2, 98-9 n. 1, 100-I n. 2.

² Véase la declaración de A. B. Richmond, citada anteriormente en la p. 542. También hay una declaración completa en los Fitzwilliam Papers, F.46 (g) sobre un tenebroso "sindicato de tejedores", que se dice que se extendía "de Londres a Nottingham, y de allí a Manchester y Carlisle", obligado por el más estricto secreto, con diferentes grados de juramento en los diferentes niveles de la organización, extremas precauciones en la transmisión de documentos — la asignación nocturna en el páramo, el mensaje dejado en un palo hueco en la esquina de un campo designado, etcétera.

obreros causó muchas fricciones entre febrero y finales de abril de 1812. Así, parece que en algún momento de febrero la política de Luddism propiamente dicha fue refrendada por reuniones de delegados de los tejedores, representantes de comités secretos de varias ciudades. Según la declaración de un tal Yarwood, que era a su vez subdelegado del comité secreto de Stockport, los tejedores se inscribieron (y se "enroscaron" con juramentos) en una organización cuyos objetivos eran la destrucción de los telares de vapor, la recaudación de dinero para armas y la repulsa de la fuerza por la fuerza. Se recaudaban suscripciones de 1*d.* a la semana, y de hecho se empleó a un organizador a tiempo completo durante uno o dos meses, en John Buckley Booth, un antiguo "ministro disidente".¹ Pero en este punto la declaración de Yarwood se vuelve imprecisa. Parece que otros gremios, en particular los hilanderos, sastres y zapateros, tenían representantes en el comité secreto de Manchester y de Stockport, y que muchos otros, además de los tejedores, estaban "enroscados". Pero los planes reales de los comités no eran conocidos por Yarwood, que sólo era secretario de un distrito de la organización de Stockport, y que entregaba su dinero y recibía sus instrucciones de John Buckley Booth.

596

Sin embargo, del relato de Yarwood, así como de otros, se desprende claramente que los comités estaban divididos. Ya el 5 de abril, el comité de Manchester se negó a "Lud":

Aquella noche sólo reinó entre ellos la discordia. Los Distritos no produjeron dinero suficiente para pagar el poco licor que había tomado el Comité Secreto.

Fue necesario reunir el dinero necesario para enviar delegados a Bolton y Stockport "para informarles de que Manchester no actuaría en concierto" pidiéndolo prestado (a sugerencia de Yarwood) al "Sr. Bent . . . a quien había visto con el Comité Secreto en el Prince Regent's Arms". Los disturbios de mediados de abril parecen haber sido, en la mayoría de los casos, asuntos espontáneos, no impulsados (ni siquiera apoyados) por los comités secretos. A finales de abril, los comerciantes de Manchester (especialmente los hilanderos y sastres) se negaron a pagar más dinero, por lo que los delegados de Manchester (incluido Bent) fueron excluidos de una importante reunión de delegados en Failsworth el 4 de mayo.

A partir de ese momento, parece haber habido dos formas simultáneas (y quizá superpuestas) de organización en Lancashire. Por un lado, una parte del movimiento se concentró en la renovación de la agitación para la paz y la reforma parlamentaria. Bent informó de una reunión de delegados celebrada para preparar una petición con este fin el 18 de mayo, a la que asistieron representantes de varias ciudades tanto de Lancashire como de Yorkshire: como de costumbre, consiguió que le nombraran tesorero. Esta fue la agitación a la que se asociaron John Knight y los "treinta y ocho", que fueron arrestados por Nadin en Manchester en junio (como resultado de la información de Bent) y acusados de administrar juramentos. Por otra parte, otra parte

¹ ¿Quizás predicador local?

del movimiento estaba ciertamente involucrada en preparativos insurreccionales. Ya el 28 de marzo Bent afirmó haber tenido una reunión con conspiradores irlandeses, "tipos peligrosos y atrevidos, y no menos de cuatro de ellos habían estado en la rebelión de Irlanda". En abril afirmó que un delegado irlandés había visitado, después de haber pasado por Dublín, Belfast y Glasgow, y con la intención de continuar su viaje a Derby, Birmingham y Londres. Afirmaba haber sido oficial en la rebelión, se hacía llamar Patrick Cannovan y tenía "unos cuarenta años, aspecto gentil, bien vestido de negro con botas Hessian". El siguiente visitante de Bent fue un delegado de Birmingham, que pasó por Manchester de camino a Glasgow vía Preston y Carlisle. Otro delegado visitó uno de los comités a mediados de mayo, desde Newcastle, en Potteries, y trajo la noticia de que varios miles de personas habían jurado y estaban armadas en su distrito, pero que Londres estaba "muy atrasada... no se está llevando a cabo con el espíritu que cabría esperar". Los participantes en la conspiración de Londres eran "principalmente tejedores y Taylors de Spitalfields" o "caballeros de la aguja".

597

No hay ninguna improbabilidad inherente en estas historias de una clandestinidad, cuyo principal canal de comunicación era a través de los refugiados irlandeses del 98. Sin embargo, es un error intentar dividir el panorama de forma demasiado tajante en reformistas constitucionales aquí e irlandeses insurrectos allá. Es igualmente posible que los reformistas políticos más sofisticados se consideraran revolucionarios más serios que los rompe-máquinas.¹ "El Ejecutivo", escribió Bent a principios de mayo, recomienda a la gente que sea pacífica y que no perturbe la paz por ningún motivo; la gente que lo hace no es de los que se tuercen....

"El hecho es", escribió un jacobino anónimo desde Lancaster el 6 de mayo, firmando como "Tom Paine",

que hay una organización regular, general y progresiva del pueblo que avanza. Pueden ser llamados Hamdenitas, Sidneyitas o Paineitas. Me ha tocado a mí unir a miles, NOSOTROS —pues hablo en nombre de multitudes— decimos que negamos y repudiamos toda o cualquier conexión con los rompe máquinas, los incendiarios de fábricas, los extorsionadores de dinero, los saqueadores de la propiedad privada o los asesinos. Sabemos que toda máquina destinada a reducir el trabajo humano es una bendición para la gran familia de la que formamos parte. Queremos empezar por la fuente de nuestros agravios, ya que no sirve de nada hacer peticiones, queremos *exigir* y *ordenar* la reparación de nuestros agravios....

598

Se puede sugerir que en mayo de 1812 el ludismo, tanto en Lancashire como en Yorkshire, había dado paso en gran medida a la organización revolucionaria, que estaba entrando en contacto, a través de los emigrantes irlandeses y los antiguos jacobinos, con muchos centros. (Sheffield, Barnsley, Birmingham, Potteries, Glasgow) en los que no se habían producido brotes luditas. Del ludismo propiamente dicho,

¹ Cf. el comentario de Peel sobre la reacción de los demócratas de Halifax ante el asesinato de Horsfall: "El asesinato no encontró partidario ni defensor en el viejo demócrata Baines". Peel, op. cit., p. 164.

sólo sobrevivió el nombre del General. Para acceder a las reuniones se utilizaban toscas tarjetas bloqueadas a mano, así como cuentas, signos secretos y palabras de paso.¹ Una prueba aún más tentadora consiste en unos papeles que, según se afirma, fueron recogidos en la carretera poco después del ataque ludita al molino de Foster en Horbury, cerca de Wakefield. Consisten en dos largos discursos, en florida retórica libertaria, junto con una "Constitución" y un "Juramento" que son *idénticos a los descubiertos a un asociado de Despard*, y citados como prueba en su juicio.² A menos que supongamos algún "montaje" deliberado (y no hay razón para suponerlo), esto apunta inequívocamente hacia algún vínculo entre la clandestinidad de 1802 y la de 1812.³

Las pruebas en cuanto a algún tipo de subterráneo de este tipo proviene, de hecho, de tantas fuentes diferentes que, para descartarlo todo, debemos recurrir a alguna hipótesis que forzaría mucho más la credibilidad, como la existencia de una verdadera fábrica de falsedades, que produce fantasías complementarias, con el único propósito de engañar a las autoridades. Así, un informante bastante diferente, un tejedor llamado "R.W.", dijo a su J.P. local a principios de junio que se había celebrado una reunión de delegados de Lanca shire en Stockport, a la que habían asistido hombres de Nottingham, Derby y Huddersfield. Estos delegados culparon...

la precipitación de la gente de aquí al comenzar los disturbios antes de la hora señalada, y antes de que fueran suficientemente numerosos y estuvieran provistos de armas.

Al parecer, la fabricación de lucios seguía adelante en Sheffield, algo relativamente sencillo en una ciudad con tantos pequeños talleres y forjas. Ahora se hablaba de que el levantamiento estaba previsto para finales de septiembre o principios de octubre. Un "hombre de aspecto gentil" se dirigió a una reunión a medianoche en un campo cercano a Didsbury. No había "ni una palabra sobre molinos o maquinaria", sino un llamamiento a una subida *general*, en lugar de "parcial". Era un orador "tan apto para subir al púlpito o al estrado como cualquier otro hombre del reino".⁴

599

Pero es en el punto en el que nos encontramos con rumores de organización *nacional* y líderes "gentiles" donde debemos ser más cautelosos. Obviamente, los auténticos agitadores intentaron reforzar la moral de sus seguidores con grandes promesas de apoyo nacional o incluso de personalidades (Cartwright, Burdett, Cochrane, Whitbread, el coronel Wardle y otros) que se esperaba que ayudaran a la revolución. Pero cualesquiera que fuesen los oscuros vínculos que proporcionaban el sindicato de tejedores, los "Caballeros de la Aguja" o los delegados irlandeses

¹ Véase el ejemplo de la p. 187.

² Véase más arriba, p. 480.

³ Oliver informó sobre una reunión de delegados de West Riding (28 de abril de 1817): "Encontré que había muchos entre ellos que no dudaban en decir que estaban bien preparados con Despard &c. en 1802, y que Job se había perdido totalmente por la pérdida de unos pocos que habían descuidado mantener una estrecha comunicación entre ellos". Narrativa" de Oliver, H.O. 40.9.

⁴ Esta discusión sobre el ludismo de Lancashire se basa en gran medida en declaraciones de Bent, Yarwood, Whittaker, "R.W.", informes de magistrados y cartas anónimas en H.O. 40.1 y 42.121 y 42.123.

itinerantes, lo cierto es que el ludismo era un movimiento sin liderazgo ni centro nacional, y sin apenas objetivos nacionales más allá de la angustia común y el deseo de derrocar al Gobierno. Por encima de todo, la charla (que hombres como Bent transmitieron) de un "Gran Comité" en Londres era totalmente ilusoria, y mostraba un malentendido entre los revolucionarios provinciales en cuanto a su verdadera situación.

El General Maitland probablemente tenía razón cuando declaró que no había "ningún fondo real" en el ludismo, y que:

en la actualidad el conjunto de estos Movimientos Revolucionarios se limita a los órdenes más bajos del pueblo en general; a los lugares donde se manifiestan; y que no existe ningún concierto, ni se traza ningún plan, más allá de lo que se manifiesta en los actos abiertos de violencia que se cometen diariamente.¹

Podemos aceptar este juicio, siempre que prestemos atención a lo que se dice. Observadores menos informados que Maitland se asustaron porque no podían concebir un "Movimiento Revolucionario" que no tuviera algún nudo interno de "hombres malvados y maquinadores", algunos líderes aristocráticos o de clase media, que estuvieran inspirando secretamente al conjunto. Cuando no se pudo encontrar a tales conspiradores, la opinión osciló hacia el extremo opuesto: si no había directores, entonces no podía haber existido movimiento revolucionario alguno. Era inconcebible que los agricultores, ganaderos y tejedores intentaran derrocar a la autoridad por su cuenta.² "No había, al parecer, ninguna prueba que demostrara un *montaje*; ninguna prueba que demostrara un *complot*". Así comentó Cobbett el Informe del Comité Secreto de la Cámara de los Comunes en 1812. "Y esta es la circunstancia que más desconcertará al ministerio. No pueden encontrar *agitadores*. Es un movimiento del *propio pueblo*".³

600

Fue un movimiento, sin embargo, que pudo comprometer durante unos meses a 12.000 soldados, y que llevó al Vice-Teniente del West Riding, en junio de 1812, a declarar que el país estaba tomando el "Camino directo a una Insurrección abierta":

... excepto en los lugares que estaban ocupados por soldados, el país estaba prácticamente en posesión de los anárquicos ... los afectados superaban en muchos grados a los habitantes pacíficos.⁴

Desde un punto de vista, el ludismo puede considerarse lo más parecido a una "revuelta campesina" de los trabajadores industriales; en lugar de saquear *los castillos*, se atacó el objeto más inmediato que simbolizaba su opresión: el molino de vagones

¹ Darvall, op. cit., p. 175. Cf. Beckett a Maitland, 29 de agosto de 1812: "debe haber más cooperación simultánea y más sistema en lo que hacen antes de que haya que temer algún daño serio de ellos", H.O. 79.2.

² Véase *The Historical Account of the Luddites*, p. 11: "Prevalecía la opinión de que las opiniones de algunas de las personas involucradas en estos excesos se extendían a medidas revolucionarias, y contemplaban el derrocamiento del gobierno; pero esta opinión no parece haber sido apoyada por ninguna prueba satisfactoria; y es admitido por todos, que los líderes de los disturbios, aunque poseían una influencia considerable, eran todos de las clases trabajadoras".

³ Cole, *Life of Cobbett*, p. t8o.

⁴ Darvall, op. cit., p. 310.

o el molino de telar mecánico. Tras veinte años en los que la imprenta y las reuniones públicas habían permanecido prácticamente en silencio, los luditas no conocían ningún liderazgo nacional en el que pudieran confiar, ninguna política nacional con la que pudieran identificar su propia agitación. Por lo tanto, siempre fue más fuerte en la comunidad local y más coherente cuando participaba en acciones industriales limitadas.

Incluso cuando atacaban estos símbolos de la explotación y del sistema fabril, se daban cuenta de que tenían objetivos más amplios, y existían grupos de "Tom Painers" que podían dirigirlos hacia objetivos ulteriores. Pero aquí, la estrecha organización que servía para destruir un molino o las fábricas de medias ya no era tan útil; no había ningún Old Sarum en su comunidad que pudieran derribar, y las Casas del Parlamento estaban fuera de su alcance. Sin duda, los luditas de diferentes distritos se pusieron en contacto entre sí; y sin duda, en Yorkshire y Nottingham, se estableció algún tipo de liderazgo de distrito, conocido sólo por algunos de los "Capitanes" como Towle y Mellor. Pero si, como es probable, los relatos de las reuniones de delegados en Ashton, Stockport y Halifax son ciertos, fue aquí es donde el ludismo estaba en su punto más débil, más abierto a la penetración de espías y más dado a hablar de insurrecciones con la ayuda de franceses, irlandeses o escoceses. Sólo a mediados del verano de 1812 parece que estaba naciendo una organización conspirativa seria, que se había desprendido de las limitadas quejas industriales y se estaba extendiendo a nuevos distritos. Para agosto (en opinión del capitán Raynes) los luditas debían "hacer un esfuerzo desesperado para alzarse en masa", o bien el movimiento debía colapsar.¹ Dos causas le pusieron fin. En primer lugar, la derogación de las Órdenes del Consejo y el rápido aumento del comercio. En segundo lugar, la creciente presión de las autoridades: más tropas, más espías, más arrestos y las ejecuciones de Chester y Lancaster.

601

Desde otro punto de vista, podemos ver el movimiento ludita como una transición. Debemos ver a través de la rotura de máquinas los motivos de los hombres que empuñaban los grandes martillos. Como "movimiento del *propio pueblo*", uno se sorprende no tanto por su atraso como por su creciente madurez. Lejos de ser "primitivo" exhibió, en Nottingham y Yorkshire, disciplina y autocontrol de alto nivel. Se puede ver el ludismo como una manifestación de una cultura obrera de mayor independencia y complejidad que cualquiera conocida en el siglo XVIII. Los veinte años de la tradición ilegal antes de 1811 son años de una riqueza que sólo podemos adivinar; en particular en el movimiento sindical, los nuevos experimentos, la creciente experiencia y alfabetización, una mayor conciencia política, son evidentes por todos lados. El ludismo surgió de esta cultura —el mundo de la sociedad de beneficencia, la ceremonia secreta y el juramento, la petición cuasi legal al Parlamento, la reunión de artesanos en la casa de llamadas— con aparente inevitabilidad. Fue una

¹ F. Raynes, op. cit., p. 58.

fase de transición en la que las aguas del sindicalismo seguro de sí mismo, represadas por las Leyes de Combinación, se esforzaban por abrirse paso y convertirse en una presencia manifiesta y abierta. Fue también un momento de transición entre Despard y la "Lámpara Negra", por un lado, y Peterloo, por otro. "Estoy autorizado a decir", escribió un (probablemente no autorizado¹) "Secretario del General Ludd" desde Nottingham a Huddersfield el 1 de mayo de 1812, que la opinión de nuestro general y de nuestros hombres es que mientras ese tipo borracho y putero llamado Príncipe Regente y sus sirvientes tengan algo que ver con el gobierno, no nos ocurrirá nada más que angustia allí [en sus] escabeles. Se me pide además que diga que se espera que recuerde que está loco [hecho] de la misma pasta que Gorg Guelps Juner y que se envía maíz y vino para usted tanto como para él.

602

En los tres condados, la agitación por la reforma parlamentaria comenzó exactamente en el punto en el que el ludismo fue derrotado. En Halifax, incluso antes del juicio de Baines, se fundó una de las primeras Uniones para la Reforma Parlamentaria. "He oído que estáis pidiendo una Reforma Parlamentaria", escribió George Mellor a un amigo, mientras esperaba el juicio en el castillo de York: "Deseo que se den los siguientes nombres...". Se adjuntaban los nombres de treinta y nueve compañeros de prisión. ("Recuerda", añadió, "un alma tiene más valor que el trabajo o el oro"). Y, si seguimos la lógica hasta su conclusión, podemos dar crédito al exacerbado comentario de un magistrado de Derbyshire en 1817:

En la actualidad, los luditas se dedican principalmente a la política y a la caza furtiva. Son los principales líderes de los Hampden Clubs, que se han formado en casi todos los pueblos situados entre Leicester, Derby y Newark.²

¹ Además de las cartas que probablemente emanaban de grupos luditas de *buena fe*, el periodo fue productivo para una buena cantidad de libre empresa en la escritura de cartas. Entre los autores que he mencionado están: "Mr. Pistol", "Lady Ludd", "Peter Plush", "General Justice", "Thomas Paine", "A True Man", "Eliza Ludd", "No King", "King Ludd", y "Joe Firebrand", con direcciones como "Robin Hoods Cave" y "Sherwood Forest".

² Radcliffe MSS, 126/46 y 126/127A; *An Appeal to the Nation* (Halifax, 1812); Lockett a Beckett, 12 de enero de 1817, H.O. 40.3.

Capítulo 15. DEMAGOGOS Y MÁRTIRES

1. DESAFECCIÓN

LAS GUERRAS TERMINARON en medio de disturbios. Habían durado, con un intervalo, veintitrés años. Durante la aprobación de las Leyes del Maíz (1815), las Casas del Parlamento fueron defendidas con tropas de multitudes amenazantes. Miles de soldados y marineros disueltos volvieron a encontrar el desempleo en sus pueblos. Los cuatro años siguientes son la época heroica del radicalismo popular.

Este Radicalismo no era (como en la década de 1790) una propaganda minoritaria, identificada con unas pocas organizaciones y escritores. Después de 1815, las reivindicaciones de los *Derechos del Hombre* tenían poco de novedosas; ya estaban *asumidas*. La mayor parte de la retórica y el periodismo radicales se dedicaron a denunciar poco a poco los abusos del sistema "burgués" o "gestión de fondos" —los impuestos, los abusos fiscales, la corrupción, las sinecuras, el pluralismo clerical; y estos abusos, que se consideraba que procedían de una camarilla venal e interesada de terratenientes, cortesanos y colocadores, apuntaban hacia su propio remedio— una amplia reforma parlamentaria. Esta era la corriente de propaganda radical, cuya voz periodística más insistente era la de William Cobbett y cuya voz más convincente en los recintos electorales era la de Henry Hunt. En cuanto a la *causa* de nuestras miserias actuales", escribió Cobbett en su famoso Discurso a los Jornaleros y Obreros (2 de noviembre de 1816), "es la *enorme cantidad de impuestos* que el gobierno nos obliga a pagar para el mantenimiento de su ejército, sus soldados, sus pensionistas, etc. y para el pago de los intereses de su deuda".

El "orador" Hunt trató los mismos temas. En una de las grandes manifestaciones en los Spa Fields de Londres a finales de 1816 declaró:

¿Cuál era la causa de la falta de empleo? La fiscalidad. ¿Cuál era la causa de los impuestos? La corrupción. Fue la corrupción la que permitió a los mercaderes municipales librar esa guerra sangrienta que tenía por objeto la destrucción de las libertades de todos los países pero principalmente de los nuestros.... Todo lo que se refería a su subsistencia o comodidades estaba sujeto a impuestos. ¿No se gravaba su pan? ¿No se gravaba su cerveza? ¿No se gravaba todo lo que comían, bebían, vestían e incluso decían? Ellos [los impuestos] fueron impuestos por la autoridad de una facción burguesa que no pensaba en otra cosa que en oprimir al pueblo y subsistir con el botín arrancado de sus miserias...¹

¹ *Examiner*, 17 de noviembre de 1816.

El radicalismo era una retórica libertaria generalizada, una batalla constante entre el pueblo y la Cámara de los Comunes, en la que una cuestión tras otra pasaban a primer plano. Alrededor de esta batalla creció (o, quizá debería decirse, Cobbett creó) un martirologio radical y, más especialmente, una demonología, en la que el Príncipe Regente, Gastlereagh, Sidmouth, los espías —Oliver, Castle y Edwards—, la Yeomanry de Manchester, Peel y el papel moneda, y reformadores de medio corazón o equívocos como Brougham, todos tenían papeles rituales. Otras voces fueron a veces más influyentes que las de Cobbett o Hunt: T. J. Wooler y el *Enano Negro*, las sátiras de William Hone, Carlile y el *Republicano*. Pero esta retórica radical generalizada los abarcaba a todos, y se extendía en los años inmediatamente posteriores a la guerra desde sus representantes más sofisticados —Byron y Hazlitt, *Independent Whig* de Henry White y *Examiner* de John y Leigh Hunt— hasta las publicaciones periódicas ultraradicales como *Medusa* y *The Cap of Liberty*.

Esta retórica reflejaba y era apoyada por la disposición radical de la multitud en Londres, las ciudades y los distritos manufactureros. Existe una tradición apenas rota de manifestaciones antiautoritarias por parte de la multitud londinense, desde los días de Wilkes, pasando por las grandes manifestaciones convocadas por el L.C.S. en 1795, hasta las agitaciones en apoyo de "Burdett y No Bastilla" y de ahí a las grandes reuniones del Radicalismo de posguerra. Incluso en 1802-3 se puede ver esta disposición, no sólo en la simpatía mostrada hacia Despard, sino también en las execraciones que asistieron a la ejecución del gobernador Wall, por el crimen de ordenar la flagelación hasta la muerte de un soldado inocente.¹ Diez años más tarde, cuando Eaton, el viejo editor deísta, fue puesto en la picota por publicar un tratado de Paine bajo el título de la "tercera parte" de la *Edad de la Razón*, hubo aún más enfáticas manifestaciones de protestas. "Vi al Sr. Eaton en la picota", recordaba Cobbett algunos años después;

605

El día anterior, en el mismo lugar, un hombre había estado en la picota por peijuria, y había sido acribillado con huevos podridos, y casi estrangulado con sangre y vísceras traídas de los mataderos, y arrojadas a su cara. Muy diferente fue el recibimiento que tuvo el señor Eaton. Una inmensa muchedumbre le aclamó durante toda la hora: unos le tendían bizcochos, como para obsequiarle; otros, vasos de vino, y otros, banderitas de triunfo y ramos de flores. Mientras el verdugo y los oficiales de Justicia eran abucheados. *Esta fue la verdadera causa de que se pusiera fin al castigo de la picota.*

La muchedumbre (dijo Cobbett) era "un espécimen de Londres": "Caballeros, comerciantes, comerciantes de todo tipo, artesanos y trabajadores, y una buena proporción de mujeres":

No ignoraban la causa de que estuviera en la picota... y, sin embargo, no podían dar su

¹ *Registro Político* de Cobbett. 6 de febrero de 1802. Junto a la banda de la prensa, la flagelación era quizá la más odiada de las instituciones de la vieja Inglaterra. Cobbett sentó las bases de su gran popularidad entre el pueblo llano cuando fue encarcelado en x8to por denunciar su abuso. Para Wail, véase también Southey, *Letters from England*, Carta IX.

asentimiento a un castigo infligido por una *cuestión de opinión*.¹

Así pues, el radicalismo de la multitud londinense no era un fenómeno nuevo, pero en los años de posguerra asumió formas más conscientes, organizadas y sofisticadas. Lo que fue más nuevo fue el cambio en las actitudes subpolíticas de las masas en las provincias, y especialmente en las Midlands y el norte durante los años de la guerra. En la década de 1790, sólo Norwich y Sheffield eran considerados por las autoridades como centros incurablemente jacobinos; en los primeros años del siglo XIX, Nottingham, Coventry y Bolton se añadieron a la lista; en la época del movimiento ludita, la mayoría de los municipios de Lancashire y West Riding, así como muchos otros de las Midlands, eran "desafectos"; al final de las guerras, de Carlisle a Colchester y de Newcastle a Bristol, la "chusma" era radical en su disposición. A la inversa, podemos encontrar pruebas de ello en el amplio programa de construcción de cuarteles en tiempos de guerra: entre 1792 y 1815 se construyeron 155 cuarteles, muchos de los cuales se ubicaron deliberadamente en los distritos "desafectos" de las Midlands y el norte.² Inglaterra, en 1792, había sido gobernada por el consentimiento y la deferencia, complementados por la horca y la turba de "la Iglesia y el Rey". En 1816, el pueblo inglés fue sometido por la fuerza.

606

De ahí que el Radicalismo de posguerra fuera a veces menos un movimiento de una minoría organizada que la respuesta de toda la comunidad. Podemos citar dos ejemplos, ambos en 1817. El primero es la ejecución de un marinero, Cashman, por su participación en un ataque a una armería después de la reunión en Spa Fields el 2 de diciembre de 1816.³ Cashman era un pescador irlandés, con "muchos años" de servicio en las guerras navales, en las que había sido herido nueve veces. Según sus propias declaraciones, el Almirantazgo le debía más de cinco años de salarios atrasados, así como una suma considerable en premios. Nunca le pagaron una suma de una libra al mes que había entregado a su madre, que vivía en la pobreza en Irlanda. Al final de la guerra fue licenciado sin un céntimo, y en busca de la restitución había sido remitido de una oficina de locución de circunscripción a la siguiente. La mañana del motín había estado de nuevo en el Almirantazgo; a su regreso se había encontrado con "un hermano marinero, un suboficial" que le había convencido para que asistiera a la reunión de Spa Fields, invitándole a licores y cerveza por el camino. Comprendía muy poco el propósito de la reunión y, tal vez, no recordaba demasiado sus acontecimientos.

Las autoridades difícilmente podrían haber elegido una víctima más popular que Cashman, y una más propensa a hacer aflorar todas las simpatías y el radicalismo latente de la multitud londinense. Los "alquitranes" británicos (muchos de los cuales habían estado presentes en la reunión de Spa Field) eran conocidos por su carácter

¹ *Ibidem*, 27 de enero de 1820.

² Véase Halévy, *England in 1815* (ed. Penguin), I, p. 104; Hammonds, *The Total Labourer*, p. 85.

³ Véase más adelante, pp. 633-5.

alborotador: "siempre son los primeros en *salir...* ya sea para pelear, para chorrear, para bailar o para *armar jaleo*". Fueron los héroes populares de innumerables baladas de las guerras. El lamentable trato que recibían los Cashman contrastaba odiosamente con las generosas asignaciones para los titulares de sinecuras y para los parientes de los ministros y oficiales, con las 400.000 libras concedidas a Wellington para la compra de una mansión y una finca (además de otros emolumentos), con las subvenciones a los inspectores ausentes de los puertos o a los empleados del Almirantazgo. El propio Cashman se indignó sobre todo por la injusticia de su caso, por haber sido arrastrado en un carro por las calles y "expuesto como un vulgar ladrón". "Esto no es por cobardía", exclamó,

No me han traído aquí por ningún robo. Si estuviera en mis aposentos,
No me mataría el humo: Estaría en el fuego. No he hecho nada contra mi Rey y mi país;
sino que he luchado por ellos.

La ejecución asumió el carácter de una gran manifestación popular, y el cadalso tuvo que ser defendido por barricadas y una "inmensa fuerza" de alguaciles:

607

A medida que los sheriffs avanzaban, la muchedumbre expresaba los más fuertes sentimientos de indignación: gemidos y silbidos brotaban de todas partes, y se hacían intentos de precipitarse hacia delante... Cashman... pareció entrar en el espíritu de los espectadores, y se unió a sus exclamaciones con un grito terrible..... "¡Hurra, mis compañeros de causa! ¡Éxito! ¡Ánimo!"

En el patíbulo, Cashman rechazó las espantosas peticiones de confesión y arrepentimiento de dos clérigos anglicanos: "No me molesten, es inútil, sólo quiero la misericordia de Dios". Luego, dirigiéndose a la multitud, "Ahora, cabrones, dadme tres hurras cuando tropiece"; y, después de decirle al verdugo que "soltara el foque", Cashman "estaba vitoreando en el instante en que la tabla fatal cayó de debajo de sus pies". Tras unos minutos de silencio sepulcral, la multitud "renovó las expresiones de repugnancia e indignación hacia cada persona que había tomado parte en la espantosa exhibición", con gritos de "¡Asesinato!" y "¡Vergüenza!". Pasaron varias horas antes de que la gente se dispersara.¹

El otro ejemplo procede de Lancashire, en el mismo mes. Samuel Bamford, tejedor de Middleton y secretario del Hampden Club de su localidad, fue detenido por Joseph Nadin y un grupo de soldados en su pueblo natal. Inmediatamente, una multitud se reunió en torno a Nadin y su grupo y amenazó con llevar a cabo un rescate. Los captores de Bamford lo metieron en un carruaje, escoltado por dragones, y cabalgaron a través de Chadderton para intentar realizar nuevas detenciones:

En el camino hacia Chadderton Hall aconsejé a mi conductor que parara y regresara a Manchester, asegurándole que no capturaría a nadie más de mi lote ese día, y para confirmarlo señalé hacia Chadderton Heights y el campo vecino, por el que decenas de personas corrían como cazadores, como si fueran a encontrarse con el carruaje

¹ *Courier*, 12 de marzo de 1817; *Cobbett's Weekly Political Pamphlet*, 15 de marzo de 1817; *Black Dwarf*, 19 de marzo de 1817.

cerca de Royton. Dije que todo el país estaba en pie y que todo aquel a quien él pudiera necesitar estaría informado de su llegada. El oficial al mando de los dragones, que cabalgaba junto a la puerta de la diligencia, observó que había visto algo parecido en Irlanda, pero nunca en ningún otro lugar¹.

II. PROBLEMAS DE LIDERAZGO

El Hampden Club se fundó en Londres en 1812. En sí mismo era un organismo sin importancia: un selecto grupo de reformistas whigs, cada uno en posesión de unos ingresos anuales de más de 300 libras esterlinas al año procedentes de bienes raíces. Sin embargo, ofrecía al mayor Cartwright una plataforma desde la que pronunciar discursos y una base desde la que realizar giras de cruzada por las Midlands y el norte en pro de la reforma parlamentaria. "Los caballeros ingleses viajan continuamente", respondió a los críticos de su propaganda: "Algunos van a ver lagos y montañas. ¿Acaso no era tan permisible viajar para ver la condición real de un pueblo hambriento?"²

608

Es difícil exagerar la importancia de las giras evangelizadoras de Cartwright en 1812, 1813 y 1815. Durante quince años, los grupos de reformistas parlamentarios de todo el país habían carecido de una dirección o estrategia nacional, excepto la proporcionada por Burdett y el Comité de Westminster, o por el *Registro de Cobbett*. Tanto Cartwright como Cobbett vieron la fase insurreccional del ludismo como aborrecible e inútil. Pero ambos también miraron con renovado interés hacia el norte y las Midlands, donde crecía el descontento. El dramático giro de Cobbett hacia los "Journeymen and Labourers" no tuvo lugar hasta 1816. Fue el inflexible Mayor, ahora con más de setenta años, quien decidió entrar en los condados luditas.

La intención de Cartwright no era formar un movimiento radical "obrero". De hecho, pensaba que era su deber oponerse...

cualesquier intento de incitar a los pobres a invadir la propiedad de los ricos. No es mediante la invasión de dicha propiedad como se deben emendar las condiciones de los pobres, sino mediante... LEYES DE IGUALDAD...

La mejor forma de ejercer presión para la reforma sería "en su mayor parte a través de las clases medias". Deseaba desviar el descontento insurreccional hacia formas constitucionales³ y sentar las bases de un movimiento nacional de peticiones

¹ S. Bamford, *Passages in the Life of a Radical* (1893 edn.), p. 77.

² F. D. Cartwright, *Life and Correspondence of Major Cartwright* (1826), II, p. 45; E. Haldvy, *The Liberal Awakening* (1949 edn.), pp. 11 y ss.

³ Cartwright a Thomas Hardy, 5 de enero de 1801: "No estoy de acuerdo con muchos, que piensan que incluso ahora es demasiado tarde para componer la mente pública como para ser capaz de detenerse en la *Reforma*, en lugar de seguir adelante hacia una *Revolución*. El ejemplo de Francia operaría ciertamente, para impedir que pensáramos en asentar las cosas sobre un fondo totalmente nuevo". F. D. Cartwright, op. cit., I, pp. 292-3.

continuas al Parlamento. En el Hampden Club londinense se vio obligado a relegar a un segundo plano su propia creencia en el sufragio masculino y en los Parlamentos anuales, y a transigir con la demanda de sufragio de los contribuyentes. Aun así, los reformistas patricios se quejaban de sus extravagantes opiniones y ni siquiera asistían a las cenas anuales del Club. Y el Mayor se despreciaba a los reformistas tímidos y whiggistas. Seguía creyendo en la agitación entre "miembros ilimitados". Le interesaban más los principios de los hombres con los que trabajaba que sus ingresos o su ocupación.

609

En esto demostró valor. "Recientemente he tenido comunicación con personas relacionadas con los distritos perturbados", escribió en mayo de 1812. "Para convertir los descontentos en un cauce legal favorable a la Reforma Parlamentaria, están ansiosos por contar con el consejo y el apoyo de *nuestra Sociedad*". Ya en enero de 1812 había visitado Derby y Leicester, y había intentado celebrar una reunión pública reformista en Nottingham en el momento álgido de los brotes luditas. En cartas abiertas publicadas en la *Nottingham Review*, había denunciado la timidez de los caballeros reformistas que no le habían prestado su apoyo: "Cuando el comercio fracasa, y los obreros *no pueden conseguir pan...* ¿no es éste, señor, un *momento apropiado* para reunirse?". Cuando John Knight y los "Treinta y ocho" fueron encarcelados en Manchester en el verano de 1812, Cartwright escribió inmediatamente para ofrecer su aliento y prestar ayuda en la defensa. En otoño decidió entrar de nuevo en los "distritos perturbados".

En su gira de 1812 celebró reuniones en Leicester, Lough borough (donde asistieron 600 personas), Manchester, Sheffield, Halifax, Liverpool y Nottingham. En enero y febrero de 1813 emprendió una segunda gira, celebrando reuniones en treinta y cinco lugares de las Midlands, el norte y el oeste en menos de treinta días.¹ (Esta gira —y las giras de Oliver en 1817— nos recuerdan que estamos demasiado dispuestos a hacer hincapié en las dificultades de comunicación antes de la llegada del ferrocarril). En cada uno de estos centros había un núcleo de reformadores que habían emprendido los preparativos de la reunión. Cartwright se puso a su servicio, no importaba que fueran caballeros, pequeños comerciantes, artesanos o tejedores; y presentó una correcta frialdad a la tibia alta burguesía y a los grandes empresarios whigs que se escandalizaban de la chusma con la que se asociaba. Incluso su viejo colega Wyvill le denunció, en un panfleto seudónimo, por apoyar a luditas e incendiarios. Cuando se celebró una cena en su honor en Sheffield por los "Amigos de la Reforma Parlamentaria", un fabricante que se consideraba un reformista se indignó porque "las entradas para la cena tenían un precio tan bajo que la compañía, con pocas excepciones, era de la más baja categoría". Predominaban los "hombres del Parlamento

¹ Lutterworth, Hinckley, Leicester, Loughborough, Chesterfield, Sheffield, Huddersfield, Bradford, Wakefield, Leeds, Preston, Wigan, Liverpool, Bolton, Manchester, Lees, Stockport, Newcastle, Birmingham, Worcester, Tewkesbury, Gloucester, Stroud, Bath, Shepton Mallet, Bridgwater, Taunton, Wellington, Bristol, Caine, Marlborough, Newbury, Hungerford, Abingdon, Reading.

Anual y del Sufragio Universal", y la presidencia estaba ocupada por "uno de nuestros violentos".¹

610

Cartwright afirmó que regresó de estas giras con 200.000 firmas para peticiones de reforma. (Otra gira, en 1815, le llevó a Escocia.) Las reuniones no transcurrieron sin incidentes. En Huddersfield, el 22 de enero de 1813 (sólo una semana después de la ejecución de catorce luditas), su reunión fue invadida por los militares, se confiscaron papeles y peticiones, Cartwright y los reformistas locales (principalmente "mecánicos obreros") fueron arrestados, y sólo el evidente conocimiento de la ley constitucional por parte del mayor impidió una mayor persecución. En Bolton, Rochdale, Salford, los reformistas que recogían firmas para sus peticiones fueron encarcelados o victimizados. Podemos suponer que, al pasar Cartwright rápidamente de una ciudad a otra, los incipientes clubes que dejó tras de sí tuvieron grandes dificultades para mantenerse. Hasta 1816 no echaron raíces en los distritos manufactureros².

Los bastiones del jacobinismo habían estado en los centros artesanos. Después de 1815 no es posible hacer una definición tan clara. En diferentes momentos entre 1815 y 1832, la agitación contra determinados abusos —el impuesto sobre la renta, los diezmos, las Leyes del Maíz, las curas sine— se extendió por muchos sectores de la población. Manipuladores, agricultores, pequeños burgueses, profesionales, artesanos y jornaleros, compartían la demanda de alguna medida de reforma parlamentaria. Pero el empuje constante del movimiento reformista procedía de "las clases laboriosas": almacenistas, tejedores en telares manuales, hilanderos de algodón, artesanos y, junto a ellos, una amplia dispersión de pequeños propietarios, comerciantes, publicanos, libreros y profesionales, de entre cuyos grupos se extraían a veces los dirigentes de las sociedades políticas locales.

La complejidad del movimiento reformista difería de una región a otra, lo que influyó en la estrategia y el énfasis. En Bristol, donde Henry Hunt fue el portavoz de una impresionante agitación antes de que terminaran las guerras, los artesanos eran los más destacados, sobre todo los cordoneros y los vidrieros.³ En el sur de Lancashire, donde el abismo entre los grandes fabricantes y los trabajadores era más profundo, el movimiento reformista de la clase obrera era más "independiente", manteniendo su distancia incluso de los activos reformistas de clase media de Manchester. En West Riding, las divisiones económicas no eran tan marcadas, los tejedores en telares manuales no entraron en su peor fase de crisis hasta finales de la década de 1820, y en Leeds hubo cierta cooperación entre los reformistas artesanos y los de clase media. En Birmingham, donde las gradaciones sociales eran menos pronunciadas y donde el artesano aún aspiraba a convertirse en un pequeño amo, existía un vigoroso

¹ F. D. Cartwright, op. cit., I, p. 243, II, pp. 17, 21, 31-55, no; H.O. 42.119; *Nottingham Review*, 27 de diciembre de 1811, 3 y 17 de enero de 1812; T. A. Ward, *Peeps into the Past*, p. 191.

² F. D. Cartwright, op. cit., pp. 47-55; Fitzwilliam Papers, F.46 (g); Radcliffe MSS., 126/117.

³ Henry Hunt, *Memorias* (1822), HI, pp. 7-12.

radicalismo autóctono apoyado por muchos empresarios y hasta cierto punto bajo el liderazgo de la clase media.

611

El Radicalismo de Manchester, Birmingham o Leeds, guardaba una relación directa con la estructura de cada comunidad. Es menos fácil señalar un auténtico Radicalismo londinense derivado de su estructura industrial o patrones comunitarios. Todos los que aspiraban al liderazgo o la influencia radicales tenían seguidores en Londres: Cobbett, Burdett, Carlile, Thistlewood, los Benthamitas, Henry Hunt y muchos más. De las prensas londinenses salía un flujo constante de periódicos y libros radicales. Pero Londres en sí rara vez apareció como un foco nacional para la organización de la reforma popular hasta la víspera de 1832.

El problema radicaba, en parte, en el tamaño de Londres y en la diversidad de sus ocupaciones. En los centros manufactureros era posible que surgiera un liderazgo local, de hombres bien conocidos en la comunidad y con su apoyo asegurado. En Londres había una serie de fuertes distritos radicales —entre ellos, Bethnal Green, Lambeth, Southwark, Finsbury, Islington— de los que a veces surgían líderes. Los "spenceanos" y los conspiradores de Cato Street esperaban con confianza el apoyo de la población en general y, en particular, de los trabajadores de la construcción, los estibadores y los "navegantes" que excavaban el canal de Paddington. En la mayoría de las ocasiones se podía confiar en que los tejedores de seda de Spitalfields se unirían a las manifestaciones radicales, mientras que los reformistas de Westminster, de mentalidad constitucional, contaban con el apoyo constante de los clubes de artesanos. Pero el liderazgo londinense real tendía a superponerse a este apoyo en lugar de proceder directamente de él. En Londres había más oportunidades de movilidad social para el artesano inteligente que en Barnsley o Loughborough. En los pueblos industriales y ciudades más pequeñas, los mismos líderes radicales pueden permanecer en sus puestos, sin apenas cambios de ocupación o estatus, durante veinte o incluso cuarenta años.

612

Hay una sensación de impermanencia en el liderazgo londinense. Destacadas personalidades nacionales, oradores, periodistas o demagogos de taberna, se sucedían en favoritismo y a menudo se enzarzaban en agrias polémicas internas a la vista del público. Además, el radicalismo londinense salió de las guerras muy dividido. El contendiente obvio por el liderazgo era el antiguo Comité de Westminster. Pero este Comité se había movido ahora decisivamente en la dirección de la alianza entre reformistas artesanos y de clase media. Burdett, cuyo entusiasmo radical se estaba enfriando, inició en abril de 1816 una campaña para admitir al sufragio a todos los que pagaban impuestos directos. Fue apoyado por el Comité de Westminster, que había inaugurado su agitación de posguerra con una petición contra el impuesto sobre la renta (un llamamiento directo al apoyo de las clases acomodadas, y especialmente de los reformistas de la City, cuyo portavoz era Aiderman Waithman). Lord Cochrane seguía ocupando el otro escaño de Westminster, con el gusto byroniano del patricio

revolucionario, pero su reputación se había visto empañada por escándalos en la Bolsa, estaba poco dotado como líder político y, cuando renunció a su escaño (para alistarse como demócrata librecambista en las guerras sudamericanas), fue finalmente sustituido por el benthamita John Cam Hobhouse, a quien Burdett y Place preferían a los candidatos del sufragio masculino, Cartwright o Hunt.¹

Este movimiento en Westminster no fue fortuito. Francis Place y sus compañeros artesanos y pequeños maestros (algunos de ellos, como Alexander Galloway, ahora grandes empresarios) habían abandonado su fe jacobina: creían en el sufragio masculino y en la agitación popular no limitada. Despreciaban a la chusma londinense y se alarmaban por sus elementos alborotadores o insurrectos. Tenían poco contacto con el mundo de la taberna, donde ahora trabajaba una nueva generación de agitadores. Place declararía más tarde que Cobbett era "demasiado ignorante... para ver que la gente común debe ser siempre imbécil en este aspecto [es decir, en la organización política] cuando no es alentada y apoyada por otros que tienen dinero e influencia". El propio Place estaba directamente bajo la influencia de Bentham y de James Mill. Aunque no dejaba de ser un radical en su desprecio por la ineficacia y el irracionalismo del gobierno aristocrático, y en su indignación por las Leyes del Maíz o por cualquier legislación represiva, era profundamente hostil a cualquier estrategia abierta de agitación y organización popular. El 30 de enero de 1817, cuando los diputados de los Hampden Clubs estaban reunidos en Londres, Place redactó un discurso publicitario para el Hone's *Reformist's Register* que era un claro intento de rescatar el movimiento reformista de la influencia de la política del sufragio masculino. "Es a la clase media *ahora*, como en *otros* tiempos", declaraba el discurso, "a quien debe confiarse la salvación de todo lo que debería ser querido por los ingleses. ... Es de *esta* clase... de la que debe proceder todo lo bueno que pueda obtenerse"²

613

En 1817, Cobbett ya había apodado al Comité de Westminster "el Rump". En 1820 ya lo condenaba como "un pequeño grupo de hombres que se han inmiscuido en los grandes asuntos políticos de Westminster", una "pequeña y agradable corporación que ha tenido la amabilidad de asumir el cargo de... la elección de los miembros que representarán a la ciudad en el Parlamento", y como un "miserable grupo... que a todos los efectos prácticos han convertido a Westminster en un municipio tan podrido como Gatton o Gatton"... que, a todos los efectos prácticos, han convertido a Westminster en un municipio tan podrido como Gatton o Old Sarum".³ No tiene mucho sentido repasar todo el barro que Burdett y Place, por un lado, y Cobbett y Hunt, por otro, se arrojaron mutuamente durante estos años. Es más importante señalar que en 1816 la estrategia del grupo mejor organizado entre los radicales londinenses era separar el movimiento en el país de la influencia de Hunt y Cobbett, y unir a los seguidores de

¹ Casi todos los radicales avanzados se opusieron a esta selección. Ver Wallas, op. cit., p. 138.

² Add. MSS. 27809 ss. 16, 17, 51. Hay que decir que Hone no siguió las indicaciones editoriales de Place.

³ *Registro Político*, 9, 16 de diciembre de 1820.

la clase obrera a un nuevo liderazgo parlamentario cuyas estrellas en ascenso eran Hume, Hobhouse y Brougham.

Una estrategia de este tipo tenía poco atractivo para los reformistas más fervientes de la tradición jacobina, ni para los elementos más radicales de la multitud londinense. Sin embargo, el único liderazgo alternativo al Comité de Westminster que se ofreció, en 1816, fue el de la pequeña "Sociedad de Filántropos Spenceanos". El propio Thomas Spence había muerto en septiembre de 1814 y había sido "enterrado con cierta pompa" por "unos cuarenta discípulos" de entre los cuales se había organizado la Sociedad. Se supone que entre sus principales miembros se encontraban los dos Watson, padre e hijo,¹ Arthur Thistlewood, Thomas Preston, Allen Davenport y los dos Evans, padre e hijo. Como resultado de las reminiscencias de Place, aparecen en la mayoría de las historias como maniáticos y nulidades: Watson, el mayor, como "un hombre de costumbres relajadas... desgraciadamente pobre", su hijo como "un salvaje derrochador", Evans, el bibliotecario de la sociedad, como un excéntrico que "solía ir desde su casa a las casas públicas donde... se celebraban las reuniones de la *sociedad*, con una vieja biblia bajo el brazo".²

614

Los Spencean eran "casi nadie y nada", continuó Place: eran "inofensivos y simples". Pero en la medida en que fueron los principales contendientes con Place y el Westminster Committee, en 1816-17, por el liderazgo del radicalismo londinense, Place no es un testigo desinteresado. Para un benthamista, la obra de Thomas Evans *Christian Policy the Salvation of the Empire* (1816) debía parecer una locura. Pero puede sugerirse que el socialismo agrario de Evans era más racional y seminal que el Cálculo Felicista de Bentham. Los defensores de Spence habían ganado mucho apoyo entre los gremios, especialmente entre los zapateros. Su política —que "toda feudalidad o señorío en la tierra sea abolido, y el territorio declarado granja común del pueblo"— estaba preparando las mentes de los artesanos para la aceptación de la *Nueva Visión de la Sociedad* de Owen.³

Si los spenceanos eran más que "simples", también eran... en 1816, de cierta influencia. En el vocabulario de Place, ser "casi nadie y nada" significaba que no tenían cables que tirar en el Parlamento ni en los círculos influyentes de la clase media. Pero Preston y Thistlewood sin duda conocían el mundo de las tabernas de Londres mejor que Place. Los Spencean, a lo largo de las guerras, habían defendido la política del "free and easy", la reunión informal en Lambeth o Bethnal Green. El Comité del Secreto, que en febrero de 1817 informó de que inmediatamente después de la guerra las sociedades spenceanas se habían multiplicado entre mecánicos y fabricantes, y entre soldados y marineros licenciados, puede que no fuera tan alarmista como se suele suponer. Hay indicios de que a finales de 1816 los spenceanos habían

¹ No debe confundirse con James Watson, librero radical y socio de Carlile y Hetherington.

² *Ibidem*, ss. 72, 99.

³ Para el *Christian Polity* de Evans, véase más arriba p. 162.

reorganizado su trabajo, en secciones y divisiones, siguiendo el antiguo plan de la London Corresponding Society¹.

615

Además, tal vez haya cierta confusión en la propia denominación de "spenceano". Evans era sin duda un discípulo de Spence, y él y su hijo fueron perseguidos con excepcional vindicta por las autoridades porque tuvo el valor de propugnar en letra impresa la expropiación de los terratenientes —que un Parlamento de terratenientes no podía imaginar mayor crimen—. Él y su círculo llevaron a cabo una pequeña propaganda filosófica a favor del socialismo agrario en 1816-17.² Pero los líderes políticos más influyentes de Londres —Dr. James Watson, Arthur Thistlewood y Thomas Preston— son probablemente mejor designados como republicanos, o jacobinos en la vieja tradición paineísta, que —durante el desempleo generalizado de los años de la posguerra— también apoyaron el remedio de volver a las pequeñas granjas y a la "maritalidad de pala" como una solución al problema del hambre.³ Es difícil descubrir mucho sobre el Dr. Watson. Quizás tenía cincuenta años en 1816, fue descrito en su juicio como "médico y quimista", era pobre y quizás había estado involucrado en trabajo político clandestino durante varios años.⁴ Era amigo de ese otro cirujano jacobino, John Gale Jones, que intervino en varias reuniones bajo su presidencia. Arthur Thistlewood, antiguo oficial del ejército y antiguo caballero agricultor, había estado en Francia a finales de la década de 1790 y (según un relato) había servido en los ejércitos revolucionarios. Preston, aunque a veces se le menciona como zapatero, parece haber sido un pequeño empresario en el comercio del cuero. "He visto tanta miseria en Spitalfields", dijo al alcalde en diciembre de 1816,

que he rezado a Dios para que me trague... he visto a una buena joven que no ha estado en una cama durante nueve meses... me he arruinado, no he £1, he mantenido a cuarenta hombres en el trabajo....

616

Estos hombres constituían el núcleo del ultraradicalismo londinense, ya fueran spenceanos o "old Jacks" en la tradición conspirativa de Despard. Su campo de agitación era el club de oficios y la taberna.⁵ Samuel Bamford y sus compañeros delegados de los Hampden Clubs del norte asistieron a varias reuniones de este tipo

¹ Véase O. D. Rudkin, *Thomes Spence and his Contemporaries*, pp. 146-9; A. W. Waters, *Spence and his Political Works*; A. Davenport, *The Life, Writings and Principles of Thomas Spence*; W. M. Gurney, *Trial of James Watson* (1817), I, p. 4.5; *Address of the Spencean Philanthropists* (1816), p.4.

² Véanse las pequeñas publicaciones periódicas editadas por Robert Wedderburn, de color (hijo de un caballero escocés y de una esclava jamaicana) y sastre de sílex, *The "Forlorn Hope"* y *Axe Laid to the Root*, ambas de 1817. Los Evans fueron encarcelados bajo la suspensión del Habeas Corpus en 1817-18 (por segunda vez), y su caso suscitaron una gran simpatía.

³ Véase el extracto del discurso del Dr. Watson en Spa Fields, arriba p. 230.

⁴ Ver interrogatorio de Thomas Preston ante el Lord Mayor, 4 de diciembre 1816: "Siempre consideré a los Watson —a ambos— los hombres más valientes de Inglaterra... creo que ambos son cirujanos. T.S. 11.203. Véase también la entrada en D.N.B.

⁵ "Preston habló de un Free and Easy Club como la mejor manera de reunir a los hombres (en Spitalfields)". Declaración de J. Williamson, 24 de septiembre de 1817, T.S. 11.197.

cuando estuvieron en Londres en los primeros meses de 1817.¹ Es probable que la mayoría de este grupo heredara la idea de Despard de que Londres debía desempeñar el papel de París en una Revolución Inglesa, bien mediante disturbios que culminaran en una insurrección general dirigida contra la Torre, las prisiones y la Cámara del Parlamento, bien mediante el *golpe de Estado*. Tampoco hay que suponer que un movimiento insurreccional, en 1817 o 1819, no podría —de haber cobrado suficiente ímpetu— haber logrado al menos un éxito temporal. Pero, si varios del grupo tuvieron la triste ocasión de demostrar que eran valientes, nada puede exonerarlos de la acusación de amateurismo culpable. Cayeron víctimas de su propia retórica inflada; conspiraron con granadas y picas de fabricación casera pero fueron incapaces de levantar, en las calles londinenses, una sola barricada defendida; en más de una ocasión fueron sorprendidos en posturas románticas derivadas. Su submundo de bravuconadas tabernarias fue penetrado con facilidad por los espías de Sidmouth. Fue aquí donde Oliver obtuvo las credenciales que le dieron acceso a los consejos de los reformadores de las Midlands y del norte. Y sobre los dos auténticos intentos de conspiración en Londres (los disturbios de Spa Fields y Cato Street) siempre pesará la sospecha de que fueron obra en más de una mitad de Castle y Edwards, los propios *provocadores* del Gobierno.

Así, el movimiento reformista londinense comenzó dividido, entre constitucionalistas cautelosos, por un lado, y conspiradores por el otro. El término medio entre estos extremos fue ocupado por Cartwright, Hunt y Cobbett. Pero no podemos apreciar toda la complejidad del problema de la organización y el liderazgo radicales a menos que miremos fuera de Londres, y también a la situación en la que todavía se encontraban los reformistas por la Ley de Sociedades Sediciosas bajo la cual las Sociedades Correspondientes fueron suprimidas en 1799.

En virtud de esta ley, ninguna organización política nacional era legal. Además, era ilegal formar sociedades locales que fueran filiales de una sociedad nacional, o que se comunicaran con un centro nacional mediante correspondencia o intercambio de delegados. (Esta legislación aún resultó ser una vergüenza para la Asociación Nacional de la Carta en 1841). Los únicos derechos indiscutibles de los reformistas eran, en primer lugar, formar clubes o grupos de discusión locales y autónomos²; en segundo lugar, el derecho a presentar peticiones al Parlamento o al Rey, y a reunirse con ese fin.³

617

El club informal y la reunión de taberna eran una parte del proceso democrático que había sobrevivido a la represión de 1796-1806, tanto en las provincias como en Londres. Un artículo publicado en el *Leeds Mercury* en 1802 se refería a las

¹ Bamford, op. cit., pp. 25-6.

² Esto apenas fue aceptado como un "derecho" por algunos magistrados provinciales, que se encargaron de intervenir y disolver reuniones. El Leeds Hampden Club fue disuelto por intervención magistral.

³ Incluso en los peores años de la represión, el propio Gobierno pagó a este derecho "inviolable". Véase también P. Fraser, "Public Petitioning and Parliament before 1832", *History*, XLVI, 158, octubre de 1961.

"sociedades y clubes" en los que los comerciantes...

se reúnen todas las noches en tabernas y casas públicas. Casi todas las calles de las grandes ciudades tienen un pequeño senado de este tipo; y los privilegios de sentarse en consejo para tratar los asuntos de la nación, y una olla de portero, han sido reclamados durante mucho tiempo por los británicos libres, y reconocidos por *todas las* administraciones.¹

En "sociedades" como éstas se reunían Bewick y sus compañeros comerciantes radicales en Newcastle durante las guerras. Desde Liverpool, durante las elecciones de 1812, Brougham escribió a lord Grey:

No puedes tener ni idea de la naturaleza de unas elecciones en Liverpool.... Tienes que ir todas las noches a los diferentes clubes, sociedades benéficas, etc., que se reúnen y dan discursos... Tuve nueve noches de clubes, además de un discurso regular cada día al cierre de las urnas. En ese tiempo pronuncié ciento sesenta discursos impares.²

En 1817 Cobbett podía escribir:

Tenemos *Piti Clubs*, Whig Clubs, Clubs para suprimir el vicio, Clubs para detectar y castigar a los ladrones, Bible Clubs, School Clubs, Benefit Clubs, Methodist Clubs, Hampden Clubs, Spencean Clubs, Mili tary Clubs, Naval Clubs, Gaming Clubs, Eating Clubs, Drinking Clubs, Masters' Clubs, Journeymen's Clubs, y mil otras clases de clubs y asociaciones.³

Pero el paso del grupo informal de taberna al club radical declarado —el Hampden Club o la Unión Política— fue largo. Tenemos registros interesantes de las discusiones que acompañaron la formación de los primeros Hampden Clubs en Lancashire. Por ejemplo, está el informe de un informador que asistió a una "reunión del comité de reforma" en el Sign of the Dog, Little Bolton, en noviembre de 1816:

618

John Kay comenzó el asunto preguntándonos si habíamos sopesado deliberadamente las consecuencias en nuestras propias mentes. Dijo, ¿estáis dispuestos a sufrir persecución, por separado y en vuestras propias personas por el bien de esa gran y buena causa de la reforma.... Nuestra tarea es ardua y peligrosa. ¿Están ustedes aquí dispuestos a comprometerse en ella tal como es?

Robeson Bradley dijo: "Sé que sufriremos, *me temo, antes de que termine el invierno*". Dijo que nuestros opresores nos han llevado a tal situación que apenas merece la pena preservar la vida y la libertad.... Kay dijo que es legal buscar reparación por la vía de la reforma. Pero cuando el Parlamento se reúna *pueden hacer que sea ilegal* reunirse y no es probable que renuncien dócilmente a sus sinecuras, penas, etc., de las que han disfrutado durante años. Dijo que los malvados preferirían sacrificar a la mitad de la población de la nación antes que renunciar a ella pacíficamente, si renuncian a ella debe ser por la fuerza, y en su caída aplastarán a miles de nosotros. ...

Se acordó escribir al Sr. Knight (el veterano de Oldham del juicio de los "Treinta y Ocho" en 1812), y también al "Sr. W. Cobbett donde reside", "pidiéndoles que nos informen si sería legal recibir dinero en la puerta para sufragar los gastos de alquiler

¹ *Leeds Mercury*, 6 de marzo de 1802.

² Brougham, *Vida y época* (1871), II, p. 62.

³ Cobbett's *Weekly Political Pamphlet*, 1 de marzo de 1817.

y comunicación, folletos políticos, etc.". "También se conserva la respuesta de John Knight a esta consulta:

Señor, acabo de recibir su carta y, como respuesta, tengo que decirle que puede ocupar una sala con el fin de debatir cuestiones políticas o de otro tipo (sin licencia para la sala) siempre que no pida dinero por la entrada ni cierre la puerta exterior durante su estancia, sino que la gente entre y salga a su antojo. En una carta que recibí ayer de Lon don se recomienda que tales reuniones se anuncien públicamente, que se informe de ello a un magistrado y, además, que se eviten las reuniones secretas y que la asistencia a las reuniones sea lo más numerosa posible; el lenguaje utilizado debe ser suave y constitucional, pero firme y claro. Hemos contratado una sala aquí [es decir, en Manchester] con capacidad para mil personas. Habíamos pensado *inaugurarlo el próximo lunes*, pero con la esperanza de ganar un número considerable de las clases altas (como se les llama) retrasándolo una semana, hemos acordado hacerlo así...¹

Es muy probable que Knight recibiera consejos del mayor Cartwright o de Thomas Cleary, su lugarteniente. Tanto en Lancashire como en Leicestershire, en el invierno de 1816-17, varios clubes mantenían correspondencia libremente entre sí dentro del condado, e incluso llegaban a convocar reuniones de delegados o comités de condado muy concurridas. El 6 de enero de 1817, un informador del club de Leicester pudo informar:

619

Se había enviado una delegación a Manchester. Graham y Warburton fueron. Graham declaró la gran angustia en que se encontraban en Lancashire. Que la mayor parte de la gente pobre sólo podía conseguir un poco de agua y sal y avena; algunos tenían una comida al día, y algunos tenían una comida en tres días. Luego leyó una carta de Derby, en la que se decía que una persona de Manchester haría escala en el club de Leicester de camino a Birmingham y Bristol. Luego lee una carta del Mayor Cartwright, diciendo que había recibido información de catorce sociedades diferentes que pretenden enviar Delegados a un Comité en Londres el 22 de enero...²

Unas semanas antes, los reformadores de Lancashire habían ido aún más lejos. En una reunión de delegados en Middleton, a la que asistieron "diputados de Cheshire y West Riding", así como de Lancashire, se designaron cuatro "misioneros": dos para viajar a través de Potteries hasta Birmingham y dos para celebrar reuniones en Yorkshire. Incluso se resolvió que "todos los organismos solicitantes de todo el Reino Unido deberían enviar... uno o más diputados a Manchester... para ayudar a reunir toda la fuerza de las Uniones en un solo punto de vista".³

Así, en los últimos meses de 1816 se produjo un crecimiento muy notable de los Clubes Hampden o sociedades de la Unión provinciales;⁴ y a las pocas semanas de su formación, estos clubes estaban presionando para establecer contactos regionales y nacionales que eran ilegales según la Ley de Sociedades Sediciosas. En un momento

¹ H.O. 40.3, citado en H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers, 1816-17*, (Manchester, 1926), pp, 21-2.

² H. W. C. Davis, *The Age of Grey and Perle*, p. 181.

³ H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, pp. 27-8.

⁴ Aparte de Lancashire y Leicestershire, los principales centros de los Hampden Clubs eran Nottinghamshire, Derbyshire, Birmingham, Norwich y partes de West Riding.

dado pareció que Manchester podría asumir el liderazgo nacional. Sin embargo, fueron Cartwright y el London Hampden Club quienes convocaron una convención de delegados de los clubes, que se reunió a finales de enero de 1817 en la taberna "Crown and Anchor". Esta reunión, a la que asistieron setenta delegados, trató de sortear la Ley reuniéndose en sesión pública y afirmando representar a "personas que pueden ser delegadas de ciudades, pueblos y otras comunidades solicitantes para consultar juntas... sobre los mejores medios de llevar a cabo una reforma constitucional". Sus deliberaciones no fueron interrumpidas por las autoridades; y cuando esto se contrasta con el tratamiento de la "Convención Británica" en Edimburgo en 1793, esto indicaba un ligero avance. Pero la reunión también puso de relieve la incoherencia del movimiento nacional.

620

El trasfondo inmediato de la reunión fue la creciente influencia popular de Cobbett y las grandes reuniones de Spa Fields de noviembre y diciembre de 1816, dirigidas por Henry Hunt. El relato de Bamford es bien conocido:

En esta época, los escritos de William Cobbett adquirieron repentinamente una gran autoridad; se leían en casi todos los hogares de los distritos manufactureros del sur de Lancashire, en los de Leicester, Derby y Nottingham; también en muchas de las ciudades manufactureras escocesas.... Dirigió a sus lectores a la verdadera causa de sus sufrimientos: el desgobierno, y a su correctivo adecuado: la reforma parlamentaria. Los disturbios pronto empezaron a escasear... los clubes Hampden se establecieron ahora....

Los laboristas... se volvieron deliberados y sistemáticos en sus acciones. ...¹

"La existencia de conocimientos políticos o de principios políticos fijos entre los pobres de este barrio es muy reciente", escribió un reformador de Manchester en 1820, que también atribuyó el cambio a "los magistrales ensayos del Sr. Cobbett sobre la situación financiera del país y los efectos de los impuestos en la reducción de las comodidades de los trabajadores":

El bajo precio de estas publicaciones les aseguraba una amplísima circulación; y el estilo fuerte, claro, condensado y argumentativo del escritor, se adaptaba felizmente a la capacidad de la clase más numerosa de sus lectores....²

Durante varios años, el Registro Político de Cobbett, cuyo precio era de 1s. o debido a los elevados derechos de timbre, había ido ganando circulación en el norte.³ El cambio decisivo se produjo en noviembre de 1816, cuando Cobbett, encontrando un resquicio en las regulaciones de los sellos, comenzó a publicar su artículo principal por separado a 2d. como un *panfleto político semanal* ("Twopenny Trash"). El primer panfleto fue su famoso "Address to the Journeymen and Labourers":

* Discurso a los oficiales y obreros

Amigos y compatriotas,

¹ Bamford, op. cit., pp. 11-12.

² [J. E. Taylor], *Notas y Observaciones' sobre las Papas relativas al Estancamiento Interno del país* (1820). Véase también p. 424 above.

³ Véase T. A. Ward, op. cit., p. 163 para referencias ya en 1810 al "club que acoge el registro de Cobbett", "Cobbett's Club", en Sheffield.

Cualquiera que sea el orgullo del rango, o de las riquezas o de la erudición puede haber inducido a algunos hombres a creer que... la fuerza real y todos los recursos de un país, siempre han surgido y siempre deben surgir, del *trabajo* de su gente... Vestidos elegantes, muebles soberbios, edificios señoriales, bellas carreteras y canales, flotas de caballos y carruajes, barcos numerosos y robustos, almacenes repletos de mercancías; todo ello... son tantas marcas de riqueza y recursos nacionales. Pero todos ellos nacen del *trabajo*. Sin los jornaleros y los obreros ninguno de ellos podría existir....

621

"Los insolentes asalariados os llaman *chusma*, *chusma*, *escoria*, *multitud canalla*, y dicen que vuestra voz no es nada; que no tenéis nada que hacer en las reuniones públicas. ..." Cobbett demostró, en términos sencillos, la carga que suponen para el pueblo los impuestos indirectos; el fuerte gasto en "*sincuras* y *pensionistas*", la conexión constitucional entre impuestos y representación. Atacó el argumento maltusiano de que los sufrimientos de los pobres se debían a sus matrimonios precoces y a su excesiva fertilidad ("Así pues, un hombre joven, del brazo con una chica de mejillas sonrosadas, debe ser un espectáculo de mal agüero"), y el argumento de que el único remedio para el desempleo era la emigración: "Ustedes, que contribuyen a mantenerlos con los impuestos que pagan, tienen tanto derecho como ellos a permanecer en el país. Vosotros tenéis padres y madres y hermanas y hermanos e hijos y amigos tanto como ellos...". El único remedio verdadero era un parlamento reformado: — "Debemos tener *eso primero*, o no tendremos nada bueno."

Os exhorto a proceder de manera pacífica y legal, pero al mismo tiempo, a proceder con celo y resolución en la consecución de este objetivo. Si *los Skulkers* no se unen a vosotros, si la alta burguesía del "lado del fuego decente" sigue manteniéndose al margen, proceded por vosotros mismos. Cualquiera puede redactar una petición, y cualquiera puede *llevarla* a Londres...¹

Cuarenta y cuatro mil ejemplares del Discurso se habían vendido a finales de noviembre de 1816: "Que la corrupción *lo borre* si puede". A finales de 1817 se reclamó por ella una venta de 200.000.² Ningún escrito había obtenido tal influencia popular desde los *Derechos de Maw*, y fue seguido por panfletos semanales, en forma de cartas abiertas a "Los Hombres Buenos y Verdaderos de Hampshire", a "Todos los Ingleses de Corazón Verdadero", o a estadistas individuales, cada uno con una amplia circulación. Pero Cobbett se abstuvo de dar cualquier paso que pudiera organizar el movimiento reformista, y, aunque los Hampden Clubs fueron fomentados por sus escritos, ésta no era su intención. Las grandes manifestaciones reformistas de Londres, del 15 de noviembre, 2 de diciembre y 10 de diciembre de 1816, en Spa Fields, fueron convocadas por iniciativa de un comité en el que los "spenceanos" (Dr. Watson, Thistlewood, Preston, Hooper) eran los más influyentes. Cobbett, de hecho, rechazó una invitación para hablar en la primera, y el orador principal en las tres reuniones fue Henry Hunt.

¹ La mayor parte de este Discurso se reproduce en G. D. H. y M. Cole, *The Opinions of William Cobbett* (1944), pp. 207-17.

² Véase W. H. Wickwar, *The Struggle for the Freedom of the Press, 1819-1831* (1928), pp. 52-4.

Hunt era un acaudalado caballero agricultor, que había sido reformista del talante de Cobbett durante diez años y había ganado prominencia nacional por primera vez cuando luchó en una impresionante campaña como radical en las elecciones de Bristol de 1812. La descripción que Bamford hace de él —tal como lo recordaba en 1817— es la de un hombre apuesto, "caballeroso en sus modales y atuendo, de un metro ochenta y más de estatura":

Sus labios eran delicadamente finos y retraídos.... Sus ojos eran azules o gris claro, no muy claros ni rápidos, sino más bien pesados; excepto, como tuve ocasión de observar más tarde, cuando se excitaba al hablar; en esos momentos parecían distenderse y sobresalir; y si se ponía furioso ... se manchaban de sangre, y casi se salieron de sus órbitas. Fue entonces cuando hubo que observar la expresión de sus labios: la amable sonrisa se trocó en el gesto de desprecio o en la maldición de la indignación. Su voz bramaba; su rostro estaba hinchado y enrojecido; su mano agarrotada palpitaba como si fuera a pulverizarse; y toda su actitud daba muestras de una energía dolorosa, que luchaba por expresarse.

La vanidad de Hunt casaba mal con la igualmente grande autoestima del tejedor de Middleton, y el juicio final de Bamford sobre Hunt fue duro. Pero Bamford también hizo una importante salvedad: Hunt "estaba constantemente... colocándose en las situaciones más arduas.... Siempre estaba luchando contra una tempestad creada por él mismo o por otros. Por lo tanto, tuvo que soportar más que cualquier otro correo de su época y posición, y debe ser juzgado en consecuencia".¹ Esto es cierto. Desde el final de la guerra hasta la aprobación de la Ley de Reforma, con la excepción de varios años a mediados de la década de 1820, Hunt fue el principal orador público del movimiento reformista. Habló en Spa Fields en 1816. Continuó su actividad durante la suspensión del Habeas Corpus en 1817, cuando Cobbett pensó que era más político retirarse a América. Fue el principal orador en Peterloo, y fue encarcelado por su participación en la reunión. Fue elegido al Parlamento por la circunscripción "scot and lot" de Preston en 1830 y fue el defensor solitario del movimiento reformista de la clase obrera en la no reformada Cámara de los Comunes. De 1830 a 1832 se mantuvo fiel a la reivindicación del sufragio masculino y atacó el proyecto de ley de 1832 como una traición a los reformistas plebeyos. Su propia coherencia y pugnacidad le convirtieron en centro de controversia y blanco de abusos.

El abuso, sin embargo, no era infundado, pues Hunt poseía tanto las cualidades como los defectos del demagogo. Estas características se encuentran en una veintena de líderes de este periodo, por lo que debemos considerarlas como características del movimiento de la época. Estaba, en primer lugar, la vieja tradición wilkesiana, sólo gradualmente derrumbada, por la que incluso el movimiento democrático buscaba al líder aristocrático o caballeresco. Sólo el caballero-Burdett, Cochrane, Hunt, Feargus O'Connor, conocían las formas y el lenguaje de la alta política, podían ser valientes en las tribunas o reñir a los ministros en su propia lengua. El movimiento reformista

¹ Bamford, op. cit., pp. 19-20.

podía utilizar la retórica de la igualdad, pero muchas de las viejas respuestas de deferencia seguían estando presentes incluso entre las multitudes. Cada vez que un trabajador parecía elevarse "por encima de sí mismo", incluso en el movimiento reformista, atraía rápidamente los celos de muchos de su propia clase. Además, existía ese elemento demagógico, inevitable en un movimiento popular excluido del poder o de la esperanza de poder, que fomentaba la retórica de la denuncia, totalmente poco constructiva. Junto a sus mártires y sus intrépidos organizadores voluntarios, el movimiento radical tuvo su cuota de borrachos, tesoreros fugitivos y periodistas pendencieros efímeros, y éstos no eran los menos ampulosos y extravagantes en su lenguaje. Las propias frustraciones de un movimiento popular, en el que miles de hombres impotentes se enfrentaban a un Establishment armado, se liberaban en hípérbolo; y Hunt, como orador en las grandes asambleas reformistas, sabía cómo tocar estas respuestas. Su estilo de oratoria le venía dado por las frustraciones de aquellos a quienes se dirigía.

Pero muchos otros factores contribuyeron a la elevación del demagogo. A escala nacional, el Radicalismo nunca conoció la autodisciplina de la organización política. Dado que cualquier partido o centro correspondiente era ilegal, y dado que ningún ejecutivo elegido determinaba la política y la estrategia, el liderazgo recaía inevitablemente en oradores y periodistas individuales. Los auténticos desacuerdos sobre cuestiones de política desembocaban en celos personales; y, del mismo modo, el líder cuya política era respaldada por la aclamación popular encontraba en ello alimento para su vanidad personal. Las condiciones de la agitación fomentaron la personalización de los temas. La gran reunión de masas exigía una figura pintoresca. A Hunt, con su sombrero de copa blanco, le gustaba ser conocido como el "Campeón de la Libertad" o (durante su encarcelamiento después de Peterloo) como "San Enrique de Ilchester", al igual que Oastler se describió posteriormente como el "Rey de los Niños de la Fábrica" y O'Connor como "El León de la Libertad".

624

Además, el Radicalismo y el Cartismo populares convivieron, durante medio siglo, con el dilema que acosó a Thelwall, Gale Jones y los "tribunos" jacobinos de la década de 1790. El conflicto entre los reformistas de la fuerza "moral" y los de la fuerza "física" se expresa a veces de forma demasiado dogmática, como si pudiera trazarse una línea clara entre los conspiradores decididos como el Dr. Watson y Thistlewood, por un lado, y los constitucionalistas inmaculados como Place o Bamford,¹ por otro. De hecho, tanto el Radicalismo como el Cartismo habitaban una región intermedia entre estos dos extremos. Pocos reformistas antes de 1839 se involucraron en preparativos serios para la insurrección; pero menos aún estaban dispuestos a negar por completo el derecho último del pueblo a recurrir a la rebelión frente a la tiranía. El lema cartista,

¹ Aunque Bamford se presenta a sí mismo como un sobrio reformista constitucional en sus *Pasajes en la vida de un radical*, escrito en 1839, hay muchos indicios de que el autor (que se había alejado tanto de su propio pasado agitador que estaba dispuesto a servir como agente especial contra los cartistas) se esforzó por encubrir sus propias conexiones con el lado conspirativo del movimiento.

"pacíficamente si podemos, por la fuerza si debemos", expresa también la noción común sostenida por los radicales de 1816-20 y 1830-32. El mayor Cartwright insistía en el derecho de los ciudadanos a llevar armas. Henry White, editor del moderado *Independent Whig*, fue sólo uno de los muchos periodistas radicales que recordaron a los lectores el precedente de la Revolución Gloriosa de 1688:

Es a una *Revolución a la que* deben toda porción de Libertad civil y religiosa que aún se les permite disfrutar, y... es a una Revolución a la que finalmente se verán obligados a recurrir, si se les niegan todos los demás medios legales para obtener una Reparación de Agravios.¹

El nombre de los Clubes Hampden recordaba un precedente aún más drástico, y Cobbett se esforzaba por subrayar que la Revolución era una buena doctrina whig. El derecho a resistir la opresión por la fuerza (escribió) "está claramente reclamado y establecido por las leyes y costumbres de Inglaterra":

625

No digo que el derecho deba ejercerse ahora en absoluto. Digo, por tanto, sobre este punto, lo que dice el JUEZ BLACKSTONE: y es que el derecho a resistir la opresión siempre existe, pero *que aquellos que componen la nación en un momento dado deben ser dejados para juzgar por sí mismos cuando la opresión ha llegado a un punto que justifique el ejercicio de tal derecho.*

Más que esto, Cobbett estaba dispuesto a salir en defensa del levantamiento de Pentridge: "¿Qué hizo Brandreth más de lo que hicieron los whigs en la Revolución?"²

Cobbett se basó deliberadamente en esta ambigüedad: el pueblo tenía derecho a rebelarse, pero sólo si la opresión superaba cierto punto indefinido. Wooler adoptó la misma postura en el *Enano Negro*: "el *derecho del pueblo a resistir la opresión siempre existe, y el poder necesario para hacerlo siempre reside en la voluntad general del pueblo*".³ Carlile, en el *Republicano*, fue más allá después de Peterloo y abogó por el tiranicidio.⁴ Todos los periódicos y oradores radicales populares hicieron alguna referencia, oblicua o directa, al derecho de rebelión. Insinuar, advertir o fanfarronear sobre el recurso final del pueblo a la fuerza física formaba parte de la retórica esencial de un movimiento que casi no tenía acceso a la reparación legal a través del sufragio. Cuando Henry Hunt se dirigió a los asistentes a la primera gran reunión de Spa Fields (15 de noviembre de 1816), no fue más lejos que otros oradores:

Conocía la superioridad de la fuerza mental sobre la física, y no aconsejaba recurrir a esta última hasta que la primera hubiera resultado ineficaz. Antes de aplicar la fuerza física, era su deber hacer peticiones, protestar y pedir en voz alta una reforma oportuna. Los que se resistían a las justas exigencias del pueblo eran los verdaderos amigos de la confusión y del derramamiento de sangre, pero si el día fatal estaba destinado a llegar, les aseguró que si sabía algo de sí mismo, no lo encontrarían escondido detrás de un

¹ *Independent Whig*, 27 de julio de 1817.

² *Registro Político*, 4 de abril, 6 y 20 de junio, 26 de diciembre de 1818.

³ *Black Dwarf*, 30 de diciembre de 1818.

⁴ Véase más adelante, p. 764. También Sherwin's *Political Register*, 23 de mayo de 1818.

mostrador, ni refugiado en la retaguardia.¹

Tales referencias al "día fatal" o al "día del juicio final" provocaban los más sonoros gritos de las multitudes. Tampoco debemos pasar por alto los vicios que acompañan a tal estilo. Fomentaba también al demagogo de taberna, cuyo radicalismo tenía más espuma que cuerpo; e incluso a los oradores ambulantes a sueldo (que Bamford tanto deploraba) "que se dedicaban a pronunciar discursos" y se disputaban la aclamación de la muchedumbre con "la más salvaje y extravagante retórica"². Los líderes nacionales —Cobbett y Wooler con sus plumas, Hunt con su voz— eran expertos en situar su retórica justo en el lado correcto de la traición; pero se expusieron (como hicieron Oastler y O'Connor después de ellos) a la acusación de animar a otros hombres a emprender acciones ilegales o traicioneras, de cuyas consecuencias ellos mismos escaparon.

626

Esta fue una fuente de disputas entre los dirigentes radicales. Otra fuente perpetua de conflictos eran los asuntos de dinero. Tanto Cobbett como Hunt tenían razones para saber que ser un líder radical era un asunto caro. Además de los discursos, las publicaciones, los viajes y la correspondencia, se incurría en cuantiosos gastos para la defensa legal o durante las contiendas electorales. Cobbett y, sobre todo, Hunt eran extravagantes en sus gustos: Cobbett en sus empresas agrícolas y Hunt en su estilo de vida en general. Ambos eran descuidados en sus asuntos financieros. El incoherente movimiento radical, sin un ejecutivo elegido y sin un tesorero acreditado, estaba perpetuamente sujeto a peticiones de comités *ad hoc* para ayudar con fondos para tal o cual emergencia. Cobbett recuperaba sus pérdidas con los beneficios de sus publicaciones, mientras que Hunt intentaba sacar provecho de la propaganda vendiendo "polvo para el desayuno radical" (un brebaje a base de maíz tostado que se vendía como sustituto del té o el café, y que se recomendaba a los radicales como medio de boicotear los artículos gravados con impuestos). No se trazó una línea clara entre sus negocios privados y las finanzas del movimiento. Cuestiones como el uso y la administración de los fondos radicales, o la confusión de intereses públicos y privados se convirtieron —como lo serían para O'Connor y Ernest Jones— en objeto de humillantes recriminaciones públicas.³

Pero la mayor causa de desacuerdo radical fue la pura vanidad. Y la vanidad era un trastorno tan común entre los líderes radicales que aparece menos como una causa de desacuerdo que como un síntoma de la falta general de organización coherente. Casi todos los líderes reformistas se apresuraron a impugnar los motivos de sus compañeros a la primera señal de desacuerdo. Las sospechas se vieron alimentadas

¹ *Examiner*, 16 de noviembre de 1816.

² Bamford, op. cit., p. 36.

³ Por ejemplo, después de Peterloo, Hunt se enzarzó en una larga disputa pública con su colega reformista, Joseph Johnson, de Manchester, en la que se expusieron el coste de los intercambios mutuos de hospitalidad, las facturas de lavandería, la cantidad de avena suministrada al caballo de Hunt y la propina dada (o no) a una camarera en una posada. Véase J. Johnson, *A Letter to Henry Hunt* (Manchester, 1822).

por la revelación del papel desempeñado por los *provocadores*, Castle, Oliver y Edwards. A partir de 1817 el aire se volvió denso con el rencor de los hombres que se acusaban mutuamente de ser "espías".

627

A falta de una organización política democrática, la política radical se personalizó. El movimiento posterior a 1816 tenía muchas de las virtudes del movimiento de la década de 1790, pero no las de *Agalite*. Cobbett había marcado una moda, por la que apenas es justo criticarle. La aparición de una prensa radical independiente después de las guerras fue en gran medida su triunfo personal. Su propio relato de este logro (escrito en 1817 y 1819) se acerca mucho a la verdad:

Hace muchos años me propuse ser una especie de *político autónomo*. Mis opiniones eran las mías. Hice caso omiso de todos los prejuicios. Desdeñaba seguir a nadie en cuestiones de opinión. Antes de mi época, todos los escritores de talento se alistaban bajo las banderas de un partido, o de un ministerio, o de otro. Yo me mantuve libre de tales conexiones. ... Así que, durante muchos años, he sido objeto de odio por parte de los hombres en el poder, de los hombres que aspiran al poder....

Al final de las guerras se había convertido (según la descripción de Hazlitt) en "una especie de *cuarto estado* en la política del país", y "sin duda el escritor político más poderoso de la actualidad". "Los reformistas lo leían cuando era tory, y los tories lo leen ahora que es reformista". Las sucesivas leyes para aumentar el impuesto sobre periódicos y publicaciones periódicas, y para endurecer la ley de difamación sediciosa, iban dirigidas en gran parte contra el propio Cobbett. "No hay nada que huelga a *egoísmo* en que yo diga esto", admitió Cobbett; y sus conclusiones son característicamente personales:

Ese hombre no puede ser culpable de egoísmo, para frenar el progreso de cuyos escritos se ha hecho una revolución total en las leyes de un gran reino. Tal hombre se convierte necesariamente en un gran tema de discusión y de registro; todas sus acciones, sus modales, los hábitos de su vida, y casi el tamaño de su cuerpo y el color de su pelo, se convierten, con la gente de ese reino, en objetos de cierto interés.

De hecho, el tema favorito de Cobbett era William Cobbett de Botley. Página tras página de su *Register* está llena de sus asuntos, autojustificaciones, argumentos, sentimientos, impresiones fortuitas y encuentros. La causa de la reforma se personalizó en el enfrentamiento entre William Cobbett y la vieja corrupción. Castlereagh, "Bolton Fletcher", Wilberforce, Malthus, Brougham, Burdett, eran —o se convirtieron en— sus enemigos *personales*. Sus compañeros de profesión se movían inquietos en el veleidoso calor de su aprobación personal; "se pelea con sus propias criaturas", señaló Hazlitt con cierta justicia, "en cuanto las ha puesto un poco de moda, y en prisión".

628

Tenemos que aceptar los vicios de Cobbett como el lado oscuro de su genio, un genio que le permitió ejercer más influencia, semana tras semana durante treinta años, que ningún otro periodista en la historia de Inglaterra. Es cuando estos vicios se encuentran sin su genio cuando parecen menos amables. Porque Cobbett estableció

un estilo que, inevitablemente, sus colegas y competidores trataron de imitar: Hunt, en sus *Memorias*, publicadas por entregas desde la cárcel de Ilchester, Carlile en el *Republicano*, y una docena de hombres menores. Los años entre el final de las guerras y la Ley de Reforma fueron la época del "político independiente". Todos los radicales eran protestantes políticos; todos los líderes se declaraban individualistas, sin más deferencia hacia ninguna autoridad que la de su propio juicio y conciencia. "Un Reformista", escribió Hazlitt en 1819, "se rige habitualmente por un espíritu de contradicción".

Es una mala herramienta de trabajo; una pieza de una máquina que nunca encaja en su lugar; no puede ser entrenado para la disciplina, porque... el primer principio de su mente es la supremacía de la conciencia, y el derecho independiente del juicio privado. Su entendimiento debe estar satisfecho en primer lugar, o no cederá ni un ápice; no puede por nada del mundo ceder un principio a un partido. Prefiere la esclavitud a la libertad, a menos que sea una libertad precisamente a su manera....

Un líder reformista (continuó Hazlitt) "se pelea con todos los que trabajan con el mismo remo... ¡y piensa que ha hecho un buen servicio a la causa, porque ha saciado su propio mal humor y voluntad propia, que confunde con el amor a la libertad y el celo por la verdad!".

Otros ... se meten en comités. . crean para los jefes de un partido, en oposición a otro partido; abusan, vilipendian, exponen, traicionan, contrarían y socavan mutuamente en todos los sentidos, y echan el partido en manos del enemigo común...¹

Las virtudes de este individualismo intratable pueden verse en la larga contienda de Carlile con la autoridad.² Pero, tanto en Hunt como en Carlile, los vicios eran ofensivos, y perjudicaron profundamente al movimiento reformista. De la agitación del pueblo surgió como vapor la vanidad de los grandes o pequeños líderes. Place veía a todo el mundo, excepto a sí mismo y a unos pocos benthamitas, como tontos que deben ser manipulados. Bamford ejemplifica la autoestima complaciente del autodidacta; sus principios eran a prueba de persecuciones, pero no de una palabra amable de lord Sidmouth o de un cumplido de un caballero sobre sus versos. Carlile era el individualista definitivo, tan seguro de su propio juicio que repudiaba la noción misma de consulta u organización política. Hunt (si hemos de creer sólo una parte de las acusaciones vertidas contra él por colegas como Bamford y Johnson) era a veces despreciable en su vanidad". En una ocasión, Hunt y sus coacusados después de Peterloo hicieron un recorrido público, mientras esperaban el juicio, por las ciudades algodoneras de Lancashire. "Me divertía", recordaba Bamford, "además de humillarme un poco, lo que ocurría continuamente cerca de mí":

629

Hunt se sentó en el palco... Moorhouse estaba de pie en el techo del carruaje, sujeto por una cuerda que estaba sujeta a los hierros de cada lado. Había mantenido esa posición durante todo el trayecto desde Bolton Hunt se quitaba continuamente el sombrero, lo

¹ W. Hazlitt, Prefacio a *Ensayos políticos* (1819), *Obras*, VII, pp. 13-17.

² Véase más adelante, pp. 720-8.

agitaba por lo bajo, se inclinaba graciosamente, y de vez en cuando dirigía unas palabras amables a la gente; pero si transcurrían unos cinco o diez minutos sin que se oyeran uno o dos hurras, o el sonido aún más agradable: "Hunt for Ever". ... se levantaba de su asiento, se daba la vuelta y, maldiciendo al pobre Moorhouse en miembros, alma u ojos, decía: "¿Por qué no gritas, hombre? ¿Por qué no gritas? Dales la cadera, tú, ¿no ves que están mariconeando?"¹

Tenemos que recordar, cuando consideramos a Hunt o Burdett u Oastler u O'Connor, que sus progresos se parecían a los de la realeza más popular, y sus apariencias a las de una *prima donna*. Hunt fue recibido en un pueblo de Lancashire en 1819 con la calle alfombrada de flores. A las consignas — "¡Burdett y no a la Bastilla!", "¡Hunt y la libertad!"— se añadieron las canciones:

Con Henry Hunt iremos, iremos,
Con Henry Hunt iremos;
Levantaremos la gorra de la libertad,
a pesar de Nadin Joe.²

En la escuela dominical radical de Manchester, los monitores llevaban al cuello retratos de Hunt en forma de medallón en lugar de crucifijos.³ Ninguna reunión estaba completa a menos que se hubieran desenjanzado los caballos del carruaje del orador principal, y éste hubiera arrastrado en triunfo por el pueblo a través de las calles. Las grandes manifestaciones tenían un carácter ritual, en el que el orador se movía entre declamaciones y preguntas retóricas, jugando a esperar las respuestas tumultuosas.⁴ Los oradores carismáticos eran los que tenían gusto por la autodramatización. El rugido de aprobación de las gargantas de 20.000 personas habría inflado la autoestima de la mayoría de los hombres. A medida que crecía la vanidad, los oradores se volvían adictos a la vista y el sonido de la multitud. multitud vitoreando abajo en bajo la tribuna. "Su apetito", dijo Prentice de Hunt, "crecía con lo que se alimentaba". Se volvió celoso de la rivalidad, siempre al acecho de oportunidades para adoptar una pose dramática, y descuidado y despreocupado con sus colegas menos importantes, que a su vez veían su vanidad lastimada por el olvido popular: ¿por qué no "Johnson y Liberty" o "Bamford y Liberty"?

630

El demagogo es un líder malo o ineficaz. Hunt expresó, no los principios, ni siquiera la estrategia radical bien formulada, sino las emociones del movimiento. Esforzándose siempre por decir lo que provocara la aclamación más ruidosa, no era el líder sino el cautivo de la parte menos estable de la multitud. Según Place,

Hunt dice que su forma de actuar es atacar a los buenos puntos y no preocuparse por nadie; que no se mezclará con ningún comité ni con ningún partido; actuará por su

¹ Loc. cit., p. 200.

² J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, p. 262.

³ D. Read, *Peterloo* (Manchester, 1957), p. 54.

⁴ Por ejemplo, Saxton en Rochdale: "El país entero sólo tiene que *recorrer una milla... y exigir* sus derechos como HOMBRES decididos a ser libres, o morir noblemente en la lucha. -(*Aplausos reales.*) Sherwin's *Weekly Political Register*, agosto de 1819.

cuenta; que no tiene intención de ofender a nadie, pero que no le importa quién se sienta ofendido.

Pero Place también escribió (en una carta a Hobhouse) en términos más generosos sobre Hunt, tras su triunfal recepción en Londres en la cumbre de su popularidad tras Peterloo:

Sí, y se lo merecía [es decir, la bienvenida de Londres] también, y más de lo que obtuvo. Si el pueblo —me refiero al pueblo trabajador— va a tener un solo hombre, lo apoyará, como debe ser, al menos con sus gritos. Y también hay muchos casos en los que lucharían con él o por él. ¿De quién es la culpa de que no haya un hombre mejor entre el pueblo? No es de ellos; se aferrarán al mejor hombre que haga causa común con ellos. Recuerdo cómo me sentía cuando era un trabajador. Si nadie se muestra sino Hunt, Hunt debe ser su hombre.¹

631

III. LOS CLUBES HAMPDEN

No podemos entender la extraordinaria desorganización del Radicalismo de posguerra a menos que tengamos en cuenta estos problemas de personalidad y liderazgo. Fue la época heroica del Radicalismo popular, pero, en la escena nacional, sus líderes rara vez parecían heroicos y a veces parecían ridículos. Desde 1815 hasta los años cartistas, el movimiento siempre pareció más vigoroso, consistente y saludable en la base, y especialmente en centros provinciales como Barnsley y Halifax, Loughborough y Rochdale. Sus verdaderos héroes fueron los libreros y vendedores de periódicos locales, los organizadores sindicales, los secretarios y oradores locales de los Hampden Clubs y los Political Unions, hombres que no esperaban convertirse en honorables pensionistas vitalicios del movimiento como recompensa por su encarcelamiento y que, en muchos casos, eran demasiado desconocidos como para dejar más que unos pocos registros de su actividad en la prensa local o en los periódicos del Ministerio del Interior. Estos hombres proporcionaron la plataforma sin la cual sus polémicos líderes protestantes habrían sido impotentes; y a menudo observaban con consternación las disputas entre los líderes.

La confusión de los acontecimientos del invierno y la primavera de 1816-17 ilustra estos problemas de un movimiento nacional creciente que no había logrado encontrar un centro nacional. La reunión de delegados de los Hampden Clubs locales en el "Crown and Anchor" (enero de 1817) se convocó por iniciativa del comandante Cartwright, y fue la culminación de una campaña nacional de peticiones, en la que se presentaron peticiones de reforma (la mayoría a favor de los parlamentos anuales, el sufragio universal masculino y el voto por papeleta) con un total estimado entre medio millón y un millón y medio de firmas.

¹ Wallas, op. cit., pp. 120, 146.

Pero entre el momento en que Cartwright había enviado su diferencia de la carta circular de convocatoria de la reunión (septiembre de 1816) y de la propia reunión, se habían producido los disturbios relacionados con la segunda gran reunión de Spa Fields del 2 de diciembre. El origen y significado de estos disturbios sigue siendo oscuro. Ya en marzo de 1816 parece haber habido algún tipo de agitación ultra jacobina en Londres, dirigida contra las cárceles de deudores. Las autoridades interceptaron una carta dirigida a "Nuestros compatriotas encarcelados", que pretendía proceder del "Comité tricolor" y anunciaba la intención de izar el "estandarte tricolor" el 2 de marzo. En ese día "las puertas de la prisión se abrirán, ... [y] vuestras altivas *Bastillas* serán reducidas a Cenizas":

632

Le rogamos que dé a conocer nuestros planes a todas las prisiones de Londres: Bench, *Fleet, Marshalsea, Horsemonger Lane*, etc., para que *todos* puedan *actuar al mismo tiempo*.¹

Esta agitación tampoco es del todo improbable. Los pequeños maestros de Londres y Birmingham, que habían estado trabajando con contratos de guerra, fueron algunos de los que más sufrieron en la depresión de posguerra. Hubo muchos fracasos. Durante la guerra, muchos de estos pequeños maestros habían estado subcontratando a grandes agentes, que se llevaban la mayor parte de los beneficios. Ahora veían a los intermediarios cómodamente establecidos, como resultado de su trabajo, mientras que a ellos se les dejaba soportando la carga de los impuestos y de la ayuda a los pobres en los distritos más afectados.² Tales experiencias les impulsaron hacia un radicalismo extremo para el que habían sido preparados durante mucho tiempo por la propaganda del

L.G.S. y de las sucesivas elecciones de Westminster. Si las cárceles de deudores eran lugares donde, en ocasiones, se podían reclutar espías, también eran, en mayor medida, escuelas de acabado para radicales, donde las víctimas que languidecían bajo los rigores punitivos de las leyes de la deuda podían leer, discutir y ampliar sus conocimientos³.

De las amenazas de marzo de 1816 no salió nada. Pero el tema de un ataque a las prisiones se repite en el asunto de Spa Fields de diciembre. Tenemos que abrirnos camino a través de al menos tres versiones contradictorias de este suceso: la presentada por la acusación en el posterior juicio del Dr. James Watson, la ofrecida

¹ T.S. 11.203; H.O. 40.7/8.

² Esta era una queja permanente de los pequeños maestros y artesanos tasados para la tasa de pobres en el East End. Así (en la década de 1790) en los años malos la tasa de pobres era de 5s. a 10s. en el £ en Spitalfields y Mile End, pero sólo as. a as. 6d. en die West End. Véase A Magistrate, *An Account of a Meat and Soup Charity in the Metropolis* (1797); W. Hale, *Carta a S. Whitbread sobre las penurias de los pobres en Spitalfields* (1806); T. F. Buxton, *The Distress in Spitalfields* (1816); *Trades Newspaper*, 15 de octubre de 1826.

³ Aunque en 1797 y 1801 se promulgaron leyes de insolvencia, éstas no aliviaron a los pequeños deudores, que se veían obligados a permanecer encarcelados mientras se pagaban sus deudas propia detención añadida a sus deudas. Véase J. Neild, *Account of the Society for the Relief of Small Debtors* (1802), pp. 301, 335-7. Los documentos del Ministerio del Interior de 1816 y 1817 contienen muchas peticiones lastimeras de deudores.

por Henry Hunt en sus "Memorias" de 1822 y la presentada por la defensa o por el propio Watson. Ninguno de estos relatos es fiable. La acusación de la Corona se basaba en gran medida en las declaraciones de un cómplice que se había convertido en *provocador*, John Castle: resultó ser un testigo de dudosa reputación, un perjuero y el protector de una "madame" de burde.,¹ Hunt, escribiendo desde Ilchester Gaol tras la Conspiración de Gato Street —y después de que él mismo se hubiera peleado decisivamente con Watson— estaba interesado en ofrecer una versión que minimizara su propia participación; mientras que Watson, en una polémica con Hunt en la prensa en el otoño de 1819, se negó a desvelar su versión de la historia, alegando que aún no era el momento oportuno.

633

La verdadera historia quizá sea ésta. El otoño de 1816 fue un período de extrema miseria y desempleo de posguerra, que afectó por igual a Lancashire, Yorkshire, los oficios de Birmingham y Londres. En la metrópoli se produjo una depresión simultánea de dos industrias básicas: el comercio de relojes y la industria de la seda. Se decía que sólo en Spitalfields, en noviembre, había 45.000 personas que carecían de alimentos y clamaban por entrar en los hospicios². Al mismo tiempo, Londres estaba repleta de soldados y marineros licenciados. Pero quedó muy claro que el Comité de Westminster se estaba retrasando y se negaba a intentar cualquier tipo de agitación entre las masas londinenses. Aparte de los "hustings" de Westminster en tiempo de elecciones (y de las elecciones municipales, cuando grandes multitudes se reunían ante el Guildhall), desde 1795 no se había convocado en Londres ninguna manifestación totalmente "ilimitada" de carácter radical.

Se formó, pues, un pequeño comité ultrajacobino (o "spenceano"), cuyos miembros más activos eran Watson y su hijo, Preston, Thistlewood, Hooper y Castle, el espía. Este comité hizo un llamamiento para una manifestación en Spa Fields el 15 de noviembre de 1816, y se dirigió a una serie de destacados radicales con invitaciones para que asistieran. Cobbett se mantuvo a distancia y sólo Hunt aceptó hablar. Hunt no se reunió con los organizadores hasta la víspera de la reunión, cuando sustituyó las resoluciones propuestas por el comité por otras más moderadas. En la reunión propiamente dicha, no se habían hecho los preparativos necesarios para una campaña electoral adecuada, pero se congregó una enorme cantidad de gente, más allá de las expectativas de los organizadores, a la que Hunt se dirigió desde una ventana que daba a los campos.

634

La reunión se "aplazó" hasta el 2 de diciembre. Según el relato de Hunt, los organizadores estaban entusiasmados con su éxito, le acompañaron de vuelta a su posada y se enzarzaron en una buena conversación de bravatas revolucionarias durante la cena, en la que nada menos que Castle propuso el brindis: "Que el último de los Reyes sea estrangulado con las tripas del último cura". (Watson y Thistle wood

¹ Véase anterior, pp. 489, 492

² Véase especialmente el *People*, 19 de abril de 1817; T. F. Buxton, *The Distress in Spitalfields* 1816),

esperaron a Hunt al día siguiente, y se disculparon por el comportamiento de Castle!). Más o menos al mismo tiempo, se formó en la metrópoli un "comité de oficios", al que Preston estaba activamente asociado, y del que otro espía más (T. Thomas) consiguió ser elegido presidente. Según Thomas, Preston estaba organizando con éxito a los tejedores de Spitalfields; en conversaciones privadas hablaba de acabar con todos los terratenientes y poseedores de fondos, y planteaba un levantamiento en el que se atacaría al Banco, la Torre y las prisiones. Castle secundó con entusiasmo estas propuestas y, de hecho, colocó algunas armas en un carro que fue llevado a Spa Fields el 2 de diciembre. La multitud que asistió a esta reunión era aún mayor que la de la primera, e incluía a muchos soldados y marineros. Había corrido el rumor de que "algo" iba a "ocurrir" en la reunión, y el rumor había llegado incluso hasta el norte de Inglaterra.¹ En opinión de Preston, el Ejército estaba al borde del motín, no sólo por las quejas de los soldados, sino también por la simpatía general con el pueblo.² Una de las pancartas desplegadas en Spa Fields declaraba: "Los valientes soldados son nuestros amigos, tratadlos con amabilidad".

"... las necesidades del Vientre crean una fiebre del Cerebro..". Así rezaba un fragmento de un panfleto, redactado para su uso entre las tropas, supuestamente encontrado en casa del Dr. Watson después del asunto de Spa Fields. Pero la fiebre cerebral más notable, el 2 de diciembre, parece haber sido, no la de los soldados, sino la del hijo del Dr. Watson. Ambos Watson (según Preston) habían estado bebiendo antes de la reunión, y el joven Watson había bebido inmoderadamente. Al llegar temprano a la tribuna, arengó a una parte de la multitud, muchos de cuyos miembros (como Cashman) parecían estar tan borrachos como él. Luego, saltando del carro, se zambulló en la multitud y encabezó un contingente en dirección a la Torre. Otros fragmentos partieron en distintas direcciones. Varias armerías fueron saqueadas. Algunos de los alborotadores llegaron a la Torre, y un hombre (tal vez Preston o Thistlewood) se encaramó al muro y pidió a las tropas que se unieran a la gente. En los Minorities se produjeron disturbios durante varias horas, a una escala que recordaba a los disturbios de Gordon, con un hombre (cuya identidad era desconocida tanto para las autoridades como para los conspiradores) que dirigía a la muchedumbre a caballo. El Gobierno, prevenido de algún intento de estallido, había tomado precauciones, y Hunt se sorprendió al ver "gran número de alguaciles y agentes de policía" apostados frente a la prisión de Cold Bath Fields. Pero los disturbios no llegaron a involucrar más que a una parte de la gran multitud. La mayor parte permaneció para escuchar el discurso de Hunt,³ y luego se dispersó pacíficamente, después de acordar una vez más

¹ El 3 de diciembre, en Manchester, grupos de delegados de los Hampden Clubs de los alrededores aguardaban expectantes la llegada del correo de Londres. En Sheffield había expectativas similares.

² Preston declaró: "su situación es más cómoda que la de los mecánicos, pero el miserable estado de sus amigos y parientes pesa en sus mentes". (T.S. 11.203.) Las tropas habían mostrado, de hecho, una marcada falta de ardor cuando fueron llamadas contra los disturbios de la Ley del Maíz de 1815: Hammonds, *The Town Labourer*, p. 86.

³ El Dr. Watson también afirmó que se había quedado atrás y había intentado pacificar a la multitud. Véase *Independent Whig*, 3 de agosto de 1817.

"aplazar" la reunión hasta el 9 de diciembre.

635

Esta tercera reunión de Spa Fields se celebró, de hecho, con una asistencia aún mayor que la anterior.¹ No es fácil seleccionar una explicación que concuerde con todos estos confusos acontecimientos. Los disturbios no fueron un simple brote de embriaguez, ni una provocación cuidadosamente planeada, ni tampoco un intento definido de simular la caída de la Bastilla, sino que tuvieron algo de las tres cosas. Es posible que el Dr. Watson sólo se fijara en el efecto de la propia manifestación. Pero es igualmente posible que Thistlewood y el joven Watson (con la complicidad de Castle) tuvieran la vaga idea de provocar un motín "espontáneo" que abriera el camino a un *golpe de estado* popular. El joven Watson se escondió, y unos meses más tarde fue introducido de contrabando en un barco con destino a América desde el Támesis, disfrazado de cuáquero y con la cara desfigurada con cáustica.² Hunt no participó en ninguna conspiración insurreccional; pero, igualmente, estuvo dispuesto a presentarse como testigo de la defensa en el juicio del Dr. Watson y a declarar sobre su influencia moderadora,³ y continuó trabajando estrechamente con el doctor durante dos años más.

636

Place calificó a los alborotadores de Spa Fields de "conjunto despreciable de tontos y malhechores". Pero no hay razón para suponer que la mayoría de los londinenses los vieran así. Si sufrieron las consecuencias de un liderazgo amateur y de actitud, esto fue en parte consecuencia de la incapacidad del Comité de Westminster para mantenerse fiel a sus antiguos principios jacobinos. Pero el asunto de Spa Fields tuvo al menos tres consecuencias graves. En primer lugar, proporcionó a las autoridades el pretexto que necesitaban para actuar contra los reformistas. En segundo lugar, al comienzo mismo de la agitación de posguerra, asustó a los reformistas moderados de clase media y los alejó del movimiento popular radical.⁴ En tercer lugar, sumió en la confusión a los líderes reformistas en vísperas de la reunión de delegados de los Hampden Clubs. Burdett, que había firmado la circular original de Cartwright convocando la reunión de delegados en nombre del Hampden Club londinense, se ausentó a sus propiedades de Leicester y no asistió al "Crown and Anchor". Cobbett, según sus propias palabras, se demoró hasta la víspera de la reunión; creía que "una reunión así, en una crisis así, presentaría una marca muy deseable para los ejes de la corrupción", y que los delegados estarían expuestos, si no al arresto, al menos a la

¹ Otros intentos de celebrar manifestaciones en Spa Fields en febrero y marzo de 1817 (después de las Dos Leyes y la suspensión del Habeas Corpus) fueron infructuosos. El relato anterior procede, en su mayor parte, de W. M. Gurney, *Trial of James Watson* (1817), esp. I, pp. 45-51, 56-61, 73, 531, II, p. 190; *Memoirs of H. Hunt* (1822), III, pp. 329, 344, 369-72, 447; examen de Preston por el Lord Mayor, 4 y 5 de diciembre de 1816, en T.S. 11.203; T. Thomas a Sir N. Conant, 9 y 27 Noviembre de 1816, en H.O. 40.4; papeles en H.O. 40.3 y 7; *D.N.B.*

² *Independent Whig*, julio, 12 de octubre de 1817.

³ Hunt también ocupó la presidencia en una cena celebrada con motivo de la absolución del Dr. Watson del cargo de alta traición, *ibíd.*, 3 de agosto de 1817.

⁴ Véase Halévy, *op. cit.*, pp. 18-22.

atención de los espías del Gobierno¹ También tenía una visión más astuta que la mayoría de los reformistas sobre el sistema de provocación del Gobierno, y sobre su estrategia de dividir el movimiento incitando a los radicales extremos a actos abortivos de insurrección. "Suspiran por un complot", escribió en diciembre de 1816: "¡Oh, cómo suspiran! Están trabajando y esclavizándose, inquietándose y guisando; están sudando por todas partes; ¡están absolutamente suspirando y muriendo por un complot!"²

En el último momento, Cobbett aceptó asistir (como "suplente" de Westminster), con Hunt (el suplente de Bristol y Bath). El mayor Cartwright ocupó la presidencia a su imperturbable manera, "con su larga sobrevesta marrón y su sencilla peluca marrón, caminando por la sala y sentándose plácidamente en el asiento principal".³ Pero los delegados de los vigorosos clubes de Lancashire y Leicestershire se sintieron consternados al ver que la reunión se sumía de inmediato en la controversia. Se intentó (con el apoyo de Cobbett) seguir los deseos del ausente Burdett y limitar las demandas de los reformistas al sufragio doméstico. Hunt declaró por el sufragio masculino, y recibió el apoyo de los delegados provinciales. Cobbett se anunció entonces convertido, por razones típicamente pragmáticas. Había apoyado el sufragio doméstico (explicó) sólo porque no podía ver cómo "los hombres que no tenían una vivienda estable y visible en cuya seguridad estuvieran interesados podían ser encuestados con exactitud":

637

No veía cómo se podía impedir que grandes multitudes de hombres marcharan de una parroquia a otra, y votaran así dos o tres veces en el mismo día, y por cinco o seis miembros diferentes.

Por fin, "un hombre muy sensato y modesto, cuyo nombre lamento haber olvidado, y que procedía de *Middleton*, en Lancashire", respondió a sus objeciones señalando que, en virtud de las leyes de la milicia, existían censos de todos los habitantes varones de cada parroquia, y que podían utilizarse los mismos medios para confeccionar las listas electorales. "Esto me bastó. La cosa nunca me había llamado la atención..."⁴

El "hombre sensato y modesto de Middleton" era Samuel Bamford, el tejedor y — cuando se han hecho todas las críticas— el mayor cronista del Radicalismo de principios del siglo XIX. De hecho, es probable que la favorable impresión causada a Cobbett por hombres como Bamford contribuyera más a convertirle a la causa del sufragio masculino que la cuestión de las listas de la milicia. La línea divisoria entre el sufragio de los padres de familia y el de los hombres fue, en términos prácticos, la línea de demarcación durante muchos años entre los movimientos reformistas de la clase media y de la clase trabajadora; y la adhesión de Cobbett a este último fue de gran importancia. Pero su adhesión no resolvió en absoluto los problemas de

¹ *Registro Político*, Ji de abril de 1818. Ver también *ibid*, 18 de abril de 1818: "Siempre le dije (a Burdett) que el efecto sería exponer a un paquete de hombres indefensos a los colmillos de la Corrupción".

² *Political Register*, 14 de diciembre de 1816. Véase también Cole, *Life of Cobbett*, p. 216.

³ Bamford, *op. cit.*, p. 20.

⁴ Cobbett's *Weekly Political Pamphlet*, 22 de febrero de 1817.

organización y liderazgo a los que se enfrentaban los Hampden Clubs. A Cobbett le disgustaban por igual la política de compromiso de Burdett y el "Rump" de Westminster y la clandestinidad conspirativa de los clubes de taberna de Londres. El curso alternativo de agitación, al que Cobbett dio su apoyo formal, fue el propuesto por el viejo Mayor Cartwright. Pero las nociones de Cartwright todavía pertenecían, en muchos aspectos, a los días de Wyvill y las Asociaciones del Condado de pequeños caballeros reformistas. Si la "alta burguesía" no se presentaba, el comandante se complacía en asociarse con artesanos o pequeños maestros. Pero seguía confiando en el viejo estilo de actividad, la petición y la reunión del condado. Los Comités Secretos podrían ir y venir, la suspensión podría seguir a la suspensión del Habeas Corpus: Mayor Cartwright permaneció en su puesto, desafiando a las autoridades para que lo encarcelaran, emitiendo discursos, buscando antiguos precedentes constitucionales (ya que todavía vivía en la era del ejemplo anglosajón) y expedientes medio en el lado correcto de la ley. Canning le rindió un tributo hostil cuando le describió como "el viejo corazón de Londres del que se surten las venas de la sedición en el país".¹ Pero el tributo de Bamford es, desde el punto de vista de un Radical de campo, más preciso: durante la suspensión del Habeas Corpus en 1817 (escribió) "el digno y viejo Mayor permaneció en su puesto, valiente como un león, sereno como un niño inconsciente; y también, en el ajetreo y tumulto de aquel tiempo, tan poco notado".²

638

Poco más se le podía pedir. Pero en 1817 Cobbett asumió las anticuadas nociones de organización de Cartwright, añadiendo poco excepto una confianza ilimitada en el poder de sus propios escritos. Hasta el final de su vida tuvo un miedo persistente a las sociedades jacobinas; se sentía infeliz en cualquier movimiento que no estuviera sometido a su influencia. Exageraba el poder de la palabra escrita actuando sobre "el público", y menospreciaba la importancia de las organizaciones a través de las cuales la opinión pública debe mediar para hacerse efectiva. Además, a principios de 1817 tenía razones privadas y públicas para extremar la prudencia. Ya había sufrido bastante persecución durante su encarcelamiento en tiempos de guerra. Se hallaba en una de sus fases periódicas de graves apuros económicos y, en privado, estaba decidido a evitar nuevas atenciones de las autoridades.

Todos estos factores, tanto de personalidad como de ideología, nos ayudan a entender por qué —apenas una semana después de la Convención del Hampden Club celebrada en Londres a finales de enero de 1817— el movimiento radical se fragmentó en la confusión. La Convención, en cualquier caso, no había tomado ninguna decisión organizativa seria. Después de un fin de semana de debates, se disolvió tras conseguir que Lord Cochrane se comprometiera a presentar las peticiones. A su regreso de la apertura del Parlamento, el 28 de enero, el Príncipe Regente fue asaltado y la ventana de su carruaje fue rota. El Gobierno puso inmediatamente en marcha la maquinaria

¹ Véase R. J. White, *Waterloo to Peterloo* (1957), p. 134.

² Bamford, *op. cit.*, p. 44.

de "alarma" que había heredado de Pitt y los acontecimientos de 1795, y se nombraron Comités de Secreto. Mientras éstos escudriñaban las "Bolsas Verdes" con sus supuestas pruebas de traición, una gran manifestación de reformistas llevó a Lord Cochrane a la Cámara de los Comunes, con una petición (de Bristol) en los brazos "del tamaño de un barril tolerable". El Comité de la Cámara de los Lores presentó un informe a mediados de febrero, en el que describía las actividades de los Spenceans, los alborotadores de Spa Fields y los Hampden Clubs en los términos más escabrosos. Encontró pruebas que demostraban que:

639

... se ha formado una conspiración traidora en la metrópoli con el propósito de derrocar, por medio de una insurrección general, el Gobierno establecido, las leyes y la Constitución de este reino, y de efectuar un saqueo general y la división de la propiedad y la que tales diseños se extendieron ampliamente en algunas de las más populosas y distritos manufactureros.¹

En los últimos días de febrero y en marzo se aprobó una sucesión de medidas contra los reformistas, que reeditaban en toda su crudeza la legislación represiva de la década de 1790. Se suspende el Habeas Corpus hasta el 1 de julio de 1817.² La Ley de Reuniones Sediciosas (en vigor hasta el 24 de julio de 1818) tenía como objetivo garantizar que todas las "Sociedades y Clubes... reformistas fueran totalmente suprimidos y prohibidos como combinaciones y confederaciones ilegales". No se podía celebrar ninguna reunión de más de cincuenta personas sin previo aviso a los magistrados, a quienes se otorgaban poderes para dispersar las reuniones que (a su juicio) tuvieran una tendencia sediciosa. Al mismo tiempo, Sidmouth envió desde el Ministerio del Interior una circular en la que llamaba la atención de los magistrados sobre su potestad para detener a personas sospechosas de difundir libelos sediciosos.

En ese momento Cobbett desertó. Su desertión fue doble. En primer lugar, eligió el momento en que las autoridades se movilizaban contra los Hampden Clubs para emitir su propio rechazo general a *todas las* sociedades reformistas:

Aconsejo a mis compatriotas que no tengan nada que ver con ningún *club político*, ninguna *cábala* secreta, *ninguna correspondencia*, sino que confíen en los *esfuerzos individuales* y en *las reuniones abiertas* ... Hay hombres muy dignos y celosos, que pertenecen a tales Clubes; pero, me será muy difícil que me hagan creer, que así se emplean de la mejor y más eficaz manera.

640

Esta advertencia, de mediados de febrero, fue seguida de un descargo de

¹ Informe del Comité de la Cámara de los Lores, Hansard, 1817, XXXV, p. 411. Sid mouth sólo veía en los Hampden Clubs "combinaciones que, bajo la máscara de la reforma parlamentaria, persiguen la confusión pública y la revolución" -Sidmouth a Fitzwilliam, a diciembre de 1816, Fitzwilliam Papers, F.45 (g).

² La Ley de Suspensión del Habeas Corpus, aprobada el 4 de marzo de 1817, volvió a promulgarse en julio y no expiró hasta enero de 1818. Place estimó que en el otoño de 1817 había noventa y seis personas confinadas acusadas de traición en Inglaterra y treinta y siete en Escocia, la mayoría de las cuales fueron liberadas posteriormente sin cargos de traición. Sin embargo, los registros de Inglaterra en H.O.42.172 sólo muestran cuarenta y tres detenidos. Para un resumen de esta fase de la represión, véase H. Jephson, *The Platform*, I, pp. 399-434.

responsabilidad aún más contundente dos semanas más tarde: "*Siempre* me he esforzado por persuadir al público de que los clubes de todo tipo son, en general, de *tendencia maliciosa* y que, *en ningún caso*, pueden producir *nada bueno*".

He dicho... que si el objetivo no se obtuviera mediante la impresión y expresión general, libre, sin prejuicios, de la mente pública, nunca podría obtenerse, y nunca debería obtenerse en absoluto.¹

Esta renuncia absoluta a la organización popular, publicada en la misma semana de la suspensión del Habeas Corpus, provocó que Wooler, en el *Enano Negro*, expusiera: "Por el amor de Dios, señor, no nos traicione así en manos de nuestros enemigos, con consejos que sólo pueden producir daño":

Nuestros enemigos son *apaleados* en todas direcciones a nuestro alrededor. ¿Los clubes militares, los clubes navales y los clubes de burgueses no hacen ningún bien a la causa de la corrupción? ... Siempre he pensado que los clubes de todo tipo eran el medio más importante para recoger y condensar esa opinión general, libre, sin prejuicios, de la voz pública, que usted dice que es esencial. Señor, usted está jugando muy maliciosamente con la causa de la reforma, dando así a sus oponentes su sanción a los peores argumentos contra ella. El hombre que quiere dividir al público, en efecto destruye la mente pública.²

A finales de marzo se produjo la segunda deserción de Cobbett. Argumentando que la legislación represiva del Gobierno iba dirigida especialmente contra él mismo, se exilió voluntariamente en América.³ Una veintena de otras revistas trataron de llenar el vacío —notablemente el *Black Dwarf*, el *Hone's Reformists' Register* y el *Sherwin's Political Register*— y, al resistir con éxito la persecución, ensombrecieron la deserción de Cobbett. Pero su huida trajo consigo la consternación y desmoralización inmediatas, y en la confusión subsiguiente no puede verse ningún centro nacional para el movimiento reformista.

641

Esta coincidencia de persecución y confusión es el trasfondo de la enmarañada historia de la Marcha de los Blanketeers, la Conspiración de Ardwick y el Alzamiento de Pentridge. En muchas partes de las Midlands y del norte, el movimiento reformista local era fuerte. En el otoño y el invierno anteriores se habían celebrado impresionantes reuniones públicas.⁴ La crisis política de principios de la primavera coincidió con una situación de extrema penuria económica, desempleo en los distritos textiles y siderúrgicos y subida de los precios, todo lo cual continuó hasta finales del verano de 1817. En el invierno de 1816-17, el hábito de las reuniones políticas y de la

¹ *Folleto político semanal*, 15 de febrero, 1 de marzo de 1817.

² *Black Dwarf*, 5 de marzo de 1817.

³ Cobbett no regresó hasta finales de 1819. Pero, tras un intervalo, reanudó la publicación del *Register*, comentando a larga distancia acontecimientos ingleses, a menudo cinco o seis meses después de que hubieran tenido lugar. Así, sus comentarios sobre las ejecuciones de Derby (7 de noviembre de 1817) aparecieron en el *Register* el 11 de abril de 1818. Sus comentarios, sin embargo, estaban generalmente bien informados, como resultado de su correspondencia y también de los informes de los reformadores refugiados que llegaban a Estados Unidos.

⁴ Por ejemplo, se celebraron reuniones reformistas en Nottingham, Bolton y Sheffield (8.000 asistentes) en septiembre y octubre de 1816, y en Birmingham en enero de 1817: *Nottingham Review*, septiembre, 4 y 11 de octubre de 1816; Langford, *A Century of Birmingham Life*, II, pp. 414-6.

lectura y el debate se había extendido por la mayoría de los distritos manufactureros. Desde centros como Leicester, Manchester, Nottingham, Derby, Sheffield y Birmingham irradiaba una red de contactos con los grupos reformistas de las aldeas industriales. En los centros más grandes, que proporcionaban la organización central, los reformistas normalmente incluían a número artesanos y pequeños comerciantes, algunos jornaleros y algunos "huntitas" extremos de la clase media. Éstos ganaban adeptos no sólo en su propio centro urbano, sino también entre los artesanos o trabajadores manuales de los alrededores. Una vez que la causa de la reforma había arraigado en las aldeas de tejedores, alfareros, fabricantes de clavos o tejedores en telares manuales, se formaban clubes locales de municipios o aldeas, casi totalmente proletarios en su carácter y con el mismo tipo de dominio sobre la simpatía de la comunidad local que los activistas luditas.

Tenemos más información sobre el movimiento en Leicester shire y Lancashire. El club de Leicester se fundó en octubre de 1816. Su presidente era un tintorero y maderero, su vicepresidente un zapatero, y entre sus miembros más activos figuraban un impresor, un enmarcador y los líderes de las tejedoras locales. En un mes, el número de miembros (con una suscripción de un penique a la semana) había aumentado a más de 500. Un espía informó de lo sucedido en una asamblea general celebrada a finales de noviembre de 1816. Asistieron más de 200 personas; durante más de una hora se bebió, se habló y se recaudaron suscripciones. Entonces se nombró al presidente de la velada: William Scott, el herrero, un veterano paineísta de la década de 1790. Se dirigió a la asamblea, presentando una copia del Calendario Judicial y lectura de una lista de pensionistas, acompañada de silbidos y comentarios del público:

642

Alguien dijo: "Nos reunimos para deshacernos de algunos de estos tipos"... Otro respondió: "Que mueran en sus ligas". Otro dijo: "Enviadlos a la Torre". Otro dijo: "Esperen sólo *dos* años"... Ejércitos permanentes condenados en voz alta. ... Un hombre llamado Riley propuso que se compraran 100 copias del *Registro de Cobbett* por semana. Fue aprobada a mano alzada.

En una votación de agradecimiento al Presidente, Scott respondió con una canción:

Dijo que era la misma que cantaba cuando los rufianes irrumpieron en el Three Crowns hace unos dieciocho años; *iMillones sean libras!* Fuertes aplausos
Cantó una canción revolucionaria.

A finales de 1816 había más de treinta Hampden Clubs en ciudades y pueblos de Leicestershire. Hay indicios de que la propagación de los clubes coincidió con la organización sindical de los tejedores de armazones, y más de un magistrado alarmado vio en los clubes un "intento de injertar la reforma parlamentaria en el ludismo". Las autoridades vieron la penetración del Radicalismo político en los pueblos con la mayor ansiedad, alegando que los stockingers "estaban únicamente impresionados con la creencia de que la Revolución era el objetivo, y no estaban más interesados que en mantenerse listos para luchar cuando fuera necesario"... El cese inmediato de la

actividad manifiesta de los Leicester Hampden Clubs, tras la suspensión del Habeas Corpus, fue interpretado por las mismas autoridades (con razón) como una prueba de que los reformistas se habían replegado a formas secretas de organización para las que les habían preparado las experiencias del ludismo.¹

En Lancashire el panorama es algo similar. Manchester era la gran metrópoli reformista, aunque otros centros —Oldham, Stockport, Bolton, Rochdale— eran lo suficientemente grandes como para proporcionar modelos alternativos y estabilizar el movimiento cuando los reformistas de Manchester se enzarzaban en disputas. Las reminiscencias de Bamford comienzan con una lista de "los principales reformistas de Lancashire" a finales de 1816:

Se trata de John Knight, de Manchester, fabricante de algodón; William Ogden, de Manchester, impresor tipográfico William Benbow, de Manchester, zapatero; Bradbury, de Manchester, cortador de piedra; Charles Walker, de Ashton, tejedor; Joseph Watson, de Mossley, perrero; Joseph Ramsden, de Mossley, tejedor de lana; William Nicholson, de Lees, impresor de tipografía; John Haigh, de Oldham, tejedor de seda; Joseph Taylor, de Oldham, sombrerero; John Kay, de Royton, fabricante de algodón; William Fitton, de Royton, estudiante de cirugía; Robert Pilkington, de Bury, tejedor de algodón; Amos Ogden, de Middleton, tejedor de seda; Caleb Johnson, de Middleton, tejedor de algodón; y Samuel Bamford, de Middleton, tejedor de seda. Poco después se nos unieron John Johnston, de Manchester, sastre; y Joseph Mitchell, de Liverpool, pañero.²

643

A éstos podríamos añadir otros nombres de hombres destacados entre 1816 y 1819: John Browe, de Oldham, oficial de máquinas y predicador laico en la Capilla Metodista Unitaria; el cómico amigo de Bamford, Joseph Healey, barbero y médico "curandero"; John Bagguley, criado, y Samuel Drummond, de Stockport, principales organizadores de la marcha de los "Blanket—eers"; Joseph Johnson, de Manchester, pequeño fabricante de cepillos; y el grupo en torno al Radical *Manchester Observer*, fundado a principios de 1819, especialmente Wardle, James Wroe y J. T. Saxton. Además, entre los hombres detenidos bajo sospecha de complicidad en la conspiración de Ardwick había un afilador de cuchillos, un tonelero y un blanqueador.

Un relato de los primeros meses del movimiento de Lancashire procede de la pluma poco fiable del impresor Joseph Mitchell. A principios de 1816 había sido miembro de la Sociedad Concéntrica de Liverpool, una sociedad mayoritariamente de clase media que le disgustó por su negativa a hacer propaganda pública:

Beberían, cantarían, fumarían, brindarían, harían juegos de palabras y discurrirían después de una buena cena y con una botella, y fanfarronearían de

¹ H.O. 40.3; A. T. Patterson, *Radical Leicester*, pp. 107 y ss. J. H. W. C. Davis, *La era de Grey y Peel*, pp. 180-3.

² Bamford, op. cit., (3ª edición, Heywood, s.f.), p. 9. Una nota del magistrado de 1816 (H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 24) describe a Knight como "un hombre sin propiedades ni carácter", a Kay y Fitton como tejedores. Mitchell era un oficial de imprenta, cuya esposa tenía un negocio de pañería.

hombres como Brougham y similares, pero no harían ni un solo actuar para favorecer la causa del pueblo.¹

Mitchell viajó al sur de Lancashire en busca de trabajo, conoció a muchos reformistas "profesos" pero inactivos, y decidió "mezclarse entre la gente para difundir información moral y política". Se convirtió en el primer misionero político autoproclamado, visitando pueblo tras pueblo y manteniéndose gracias a la venta de los panfletos de Cartwright y de su propio *Address to the People: or A.B.C. of politics*. A principios de noviembre de 1816 visitó Cartwright en Londres, y conoció a Cobbett, quien le dio la agencia de Lancashire del *Political Register* (un puesto que parece haber compartido con Benbow). A partir de este momento su historia se funde con la de los Hampden Clubs.²

644

Aunque había un puñado de pequeños fabricantes y profesionales activos en el movimiento de Lancashire, éstos deben distinguirse claramente del pequeño grupo de reformistas activos de clase media de Manchester. Éstos tenían su propia prensa, su propia ideología benthamista, y se esforzaban por distanciarse de los reformistas huntianos incluso en aquellas ocasiones en las que participaban en agitaciones comunes o (como después de Peterloo) les prestaban una ayuda importante.³ Es curioso observar que ningún hilandero de algodón o molinero figura entre los líderes radicales locales. No cabe duda de las simpatías radicales de los hilanderos. Las autoridades de Manchester señalaron en febrero de 1817 que las reuniones de los reformistas "aumentan mucho en número desde el momento en que las hilanderías de la zona dejan de trabajar, una prueba de que el descontento no se limita a los que están afligidos, ya que las circunstancias de los hilanderos son comparativamente buenas⁴. Los hilanderos, que estaban sufriendo reducciones en esos años, se acercaban al primer punto álgido de su fuerza sindical. En 1818 se produce la gran huelga de los hilanderos y los primeros e impresionantes intentos de organizar una "Unión General de Oficios". Durante la huelga, las cartas de los magistrados al Ministerio del Interior contenían muchas quejas sobre la influencia de los agitadores radicales como Bagguley y Drummond sobre las hilanderas y los tejedores⁵.

Las hilanderas de Lancashire se encontraban, por tanto, en el núcleo del sindicalismo del norte y, de hecho, eran pioneras de nuevas formas de organización en la escena nacional. ¿Por qué no produjeron líderes reformistas notables? Las razones pueden ser en parte circunstanciales y en parte políticas e ideológicas. El sindicato de hilanderos era (en virtud de la Ley de Combinación) un organismo casi

¹ Para la Concentric Society, véase B. Whittingham-Jones, "Liverpool's Political Clubs", *Trans. Lancs. & Cheshire Hist. Soc.*, 1959, p. 129.

² *Blanketteer*, noviembre de 1819; *Address to the People* (1816) en H.O. 40.9.

³ Para los reformistas de clase media, véase A. Prentice, op. cit., pp. 73-4; D. Read, *Peterloo*, Ch. V.

⁴ H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 30.

⁵ Véase Hammonds, *The Skilled Labourer*, cap. V; Aspinall, *Early English Trade Unions*, cap. VII; Cole, *Attempts at General Union*, cap. II. Para la impresionante carta por un hilandero de algodón en el *Enano Negro* en 1818, véanse pp. 199-202 más adelante.

legal. A lo largo de los años, los trabajadores se habían convertido en expertos en mantener a sus líderes efectivos en un segundo plano. Eran mucho más vulnerables que los tejedores o artesanos a la victimización por parte de sus empleadores; y los propietarios de los molinos de Lancashire tenían tradición de incluir en listas negras a los agitadores políticos.¹ En este sentido, el trabajador de la fábrica era menos "independiente" que el tejedor, aunque este último pudiera estar viviendo al borde de la hambruna. Además, hay que recordar las largas jornadas de trabajo en las fábricas de algodón. El modo de vida descrito por Bamford, según el cual, en los periodos álgidos de agitación, los tejedores y artesanos semiempleados podían tomarse tiempo libre para recorrer muchos kilómetros hasta las reuniones de delegados o para arengar a las reuniones de reformistas, no estaba al alcance del hilandero de algodón adulto.

645

Pero no es difícil sugerir otras razones por las que los hilanderos se mantuvieron al margen de una posición de liderazgo entre los reformistas. El radicalismo de Cobbett y de Hunt, con su énfasis en los valores de la independencia económica, su hostilidad emocional hacia el sistema fabril y su crítica del presente a la luz de un pasado ideal de lazos mutuos y reciprocidad económica, no hablaba de la difícil situación de los trabajadores fabriles. Hasta la década de 1820, cuando empezó a producirse una confluencia entre el owenismo y el sindicalismo, es difícil señalar un radicalismo en sintonía con la experiencia de quienes trabajaban en las fábricas de algodón; aunque hay indicios de que algunos grupos de hilanderas preferían el atractivo más tenso y utilitario de Wooler y Carlile a la moralina del *Register* de Cobbett. El radicalismo huntita tenía poco que decir sobre la reforma de las fábricas o las cuestiones sociales en general. La energía de los obreros de las fábricas de 1816-20 se canalizó principalmente a través de su propia organización sindical. Aquí los resultados eran inmediatos, la cuestión tangible. La mayoría de los hilanderos de algodón eran radicales, pero las autoridades no temían un levantamiento de los hilanderos ni una marcha sobre Londres.

A esto podemos añadir que Manchester ya tenía algunas de las debilidades, así como fortalezas, de una metrópoli. Su gran tamaño, la diversidad de ocupaciones, la extensión de los barrios marginales y el constante paso de inmigrantes por la ciudad le daban un sentido de cohesión menor que el que existía en los municipios de las tierras altas. La numerosa población irlandesa, aunque simpatizaba con la agitación de 1816-20, no se integró en el movimiento. Además, aunque algunas de las ciudades algodoneras (sobre todo Bolton) contaban con celosos magistrados "lealistas", muchas de las más pequeñas tenían un carácter casi totalmente proletario y apenas eran

¹ 1 A principios del siglo XIX se animó a los propietarios de molinos de Lancashire a despedir a los sospechosos de jacobinismo (Aspinall, op. cit., p. XXIII). En octubre de 1816, los "tiránicos propietarios" despidieron a los trabajadores que asistían a reuniones radicales (H.O. 40.9). En la década de 1830 hubo una purga de obreros owenistas: G. Simmons, *The Working Classes* (1849), p. 70.

vigiladas.¹

646

En Manchester, el subcomisario permanente, Joseph Nadin, había adquirido experiencia en la caza de radicales durante los años luditas. Los líderes radicales conocidos eran marcados y vigilados, y los espías se infiltraban continuamente en la Sociedad Constitucional de Manchester o en la Unión Política. En Manchester, en 1817 y 1819, los hombres de Nadin y los líderes reformistas se rozaban en las calles, y a veces se quedaban para intercambiar bromas o amenazas. William Ogden, detenido en marzo de 1817, declaró que "el notorio J. Nadin... me había declarado durante seis semanas, de vez en cuando, que si no dejaba de asistir a las reuniones públicas, me apresaría".² Nadin comentó en una ocasión, para animar la moral de uno de sus prisioneros: "Para empezar, es un poco largo", "pero será más largo antes de que vuelva a Reighton: luego te golpearán".³ Pero la "gente del campo" sólo sufrió sus atenciones groseras en contadas ocasiones.

Los "patriotas rurales" fueron, pues, la columna vertebral de los movimientos reformistas de esos años. Así lo sentían ellos mismos. Tras una reunión al aire libre celebrada en Manchester a finales de octubre de 1816, un informador regresó "con un rebaño de los reformistas de Failsworth":

Descargaron las más amargas maldiciones y reproches contra los habitantes de Manchester, pero sobre todo contra las clases superiores. Se consolaron atribuyendo la ausencia de los habitantes de Manchester a la coacción de los amos.... De los presentes Informante cree que la mitad eran personas del país.⁴

La mayoría de los que partieron de Manchester con sus peticiones y mantas para marchar a Londres (marzo de 1817) eran tejedores del campo.⁵

647

Aunque en 1818 Stockport proporcionó un modelo importante de un tipo bastante diferente de movimiento de reforma urbana, bajo el liderazgo del reverendo Joseph Harrison, un ministro metodista convertido en orador y maestro de escuela radical,⁶ la gente del "campo" volvió a dominar en 1819. Eran los hombres cuyos simulacros nocturnos, de los que Bamford ha dejado descripciones idílicas y demasiado inocentes, fueron el preludio de Peterloo. (Los trabajadores de los molinos de Manchester no

¹ A. T. Patterson hace la misma observación sobre Leicestershire, donde, en esta época. Loughborough sólo tenía un residente J.P.; y establece una distinción entre la tradición de "fuerza física" de los pueblos del norte de Leicestershire, y (en comparación) la reputación respetuosa con la ley del propio Leicester. Véase "Luddism, Hamp den Clubs, and Trades Unions in Leicestershire", *English Historical Review*, LXIII (1948), p. 172.

² Cobbett's *Political Register*, 16 de mayo de 1818.

³ Bamford (3ª ed. Heywood), p. 174.

⁴ H. W. C. Daves, *Lancashire Reformers*, p. 24. Debe tenerse en cuenta que en esta reunión las repetidas solicitudes a reformistas de clase media de Manchester para ocupar la cátedra habían encontrado negativas.

⁵ Lista de los detenidos (en H.O. 42-172) muestran una gran preponderancia de tejedores. En un lote de 48 detenidos, 29 eran tejedores y 2 hilanderas, 2 peones, y 1 de cada uno de los siguientes: ebanista, aserrador, encuadernador, carpintero, maquinista, vendedor de sebo, tintorero, zapatero, cordelero, "hombre calendario". En otro lote de 173 prisioneros había bastantes más hilanderos, cardadores, blanqueadores, empalmadores, etc., pero la gran mayoría eran tejedores.

⁶ Para la Stockport Union Society, véase D. Read, op. cit., pp. 47 y ss., y más abajo p. 717.

tenían tiempo para tales preparativos, ni los páramos apartados en los que llevarlos a cabo). Estas fueron también las personas cuyos grandes contingentes ordenados —de Lees y Saddleworth, Middleton y Rochdale, Oldham y Bury— llenaron una parte tan grande de St. Peter's Fields el 16 de agosto de 1819. Y, al igual que el partido más extremista de la "fuerza física" en las provincias esperaba una señal de Londres, muchos de los tejedores de las tierras altas esperaban con impaciencia que Manchester iniciara la insurrección. La furia, no sólo contra las autoridades, sino también (se sospecha) contra esta apática Babilonia del sistema-fábrica, alimentó la charla en 1817, y de nuevo en 1819, de comenzar la insurrección haciendo un "Moscó de Manchester". Y, a finales de 1819, cuando el movimiento de Manchester empezaba a disolverse en una maraña de disputas personales y facciones enfrentadas, concluye un entretenido informe de un espía sobre una reunión terriblemente rencorosa y desordenada del Sindicato de Manchester:

... en ese momento se presentaron dos campesinos, uno de los cuales se levantó y quiso saber si esto era el Sindicato... pasó algún tiempo antes de que nadie hablara... por fin alguien dijo que debía serlo... el forastero dijo entonces que venía de Flixton, para ver cómo iba la Reforma... alguien gritó: "¿le envía el Juez Wright?" El anciano no hizo caso, pero continuó diciendo que en su país cientos de personas se unían diariamente a sus Secciones, y que si él les contaba lo que había visto esta noche nunca confiarían en el Sindicato de Manchester¹.

Estas personas eran, por supuesto, en su mayoría tejedores en telares manuales, cuyos problemas y modo de vida hemos examinado en un capítulo anterior. En 1819, comunidades enteras de tejedores de Lancashire se habían adherido a la causa de la reforma; y desde esta época hasta los últimos años cartistas, los tejedores y almacenistas estuvieron siempre entre sus más acérrimos y extremistas.

648

Los sucesivos fracasos de sus agitaciones en favor de la protección parlamentaria condujeron directamente a la cuestión de la reforma —o derrocamiento— de la propia sede del gobierno. No podían esperar mejorar su posición únicamente mediante la acción sindical; y el fracaso de la gran huelga de tejedores de 1818, que no consiguió ningún logro duradero, subrayó la lección. Si la ideología de la "independencia" económica y del individualismo político, expresada por Cobbett y Hunt, desentonaba con la experiencia de los obreros, encajaba como un guante con la de los tejedores. Los tejedores compartían la aversión de Cobbett por el ruido y la opresión de las fábricas; su énfasis en el derecho de todo hombre a obtener, con el sudor de su propia frente, una buena comida, un abrigo decente y bienestar físico; su desconfianza hacia Londres, el papel moneda, "la Cosa"; su preferencia por los argumentos morales, más que por los utilitarios; su nostalgia por los valores rurales del pasado. De hecho, respondieron con entusiasmo a la mayoría de los puntos de vista de Cobbett en 1817, a excepción de su rechazo a las sociedades y clubes políticos.

Así pues, la fuerza de los reformistas extremistas residía en los pueblos de

¹ H.O. 42.198, citado íntegramente en D. Read, op. cit., Apéndice B, p. 221.

trabajadores manuales de las Midlands y el norte. Esperamos haber eliminado la idea errónea de que estos aldeanos industriales eran "bumpkins" o "yokels", entre los sectores más "atrasados" de la población. Mientras que los baluartes artesanales de las ciudades —Londres, Birmingham, Norwich, Sheffield, Newcastle— proporcionaron los primeros seguidores del deísmo de Carlile y del socialismo de Owen, los obreros manuales tal vez se situaban junto a ellos en la escala de inteligencia y alfabetización, en la que se comparaban favorablemente con otros grupos industriales —trabajadores del hierro y mineros, los pobres de la ciudad, trabajadores manuales y muchos obreros de los molinos¹. La prosperidad comparativa de los primeros años de la Revolución Industrial, como consecuencia del auge de las máquinas hiladoras, había conducido a un aumento no sólo de los valores materiales, sino también de los culturales. Fue el socavamiento de este modo de vida lo que dio una fuerza extrema a la protesta de los trabajadores manuales. Si los centros de la "conspiración" radical estuvieron durante treinta años en lugares como Pentridge, Lough borough y Barnsley —si las conspiraciones se discutían en una capilla de Middleton, en un pub de Thornhill Lees y en una gravera de Heck— mondwike—, no era porque estos lugares estuvieran al borde de la nada, sino porque la gente de estos pueblos y las aldeas estaban en el centro del conflicto entre el individualismo económico no planificado y un modo de vida más antiguo. Los tejedores y los almacenistas fueron las peores víctimas del *laissez faire*, y por ello merecieron también la mayor atención de lord Sidmouth y Oliver. Eran —no los atrasados— sino los trabajadores característicos de esta fase de la Revolución Industrial.

649

IV. BRANDRETH Y OLIVER

Pero todos los grandes centros de trabajadores manuales estaban a 100 ó 200 millas de Londres. Si los centros textiles hubieran estado en Essex, las aldeas de fabricación de clavos en Sussex —si los tejedores hubieran llevado sus estandartes a Spa Fields en lugar de a St. Peter's Fields—, el curso de la historia inglesa habría cambiado. Así las cosas, cada vez que el sentimiento insurreccional latía en los Peninos o en Warwickshire, no tenía un objetivo obvio a mano. En 1817, el ludismo estaba ampliamente desacreditado. ¿Cómo se iba a conseguir que el peso del sentimiento en las provincias recayera sobre el propio Gobierno? La Marcha de los Blanketeers (que, tal vez, en sus primeras etapas de planificación, Cartwright y Cobbett podrían haber conocido y alentado) fue un intento de ejercer esta presión.

¹ Véase R. K. Webb, "Working-Class Readers in Early Victorian England", *English Historical Retrial*, LXV (1950), págs. 333 y ss., donde se demuestra que (a pesar de las persistentes quejas sobre un reciente declive) el nivel de alfabetización de los tejedores en telares manuales en 1840 se comparaba favorablemente con el de otros grupos.

Los hombres de Lancashire debían marchar pacíficamente con sus peticiones hacia Londres, celebrando reuniones y recabando apoyos por el camino. Se esperaba el apoyo de otros grupos de manifestantes de Yorkshire y las Midlands, y se dice que uno de los líderes de Manchester dijo: "Si pudiéramos llevaros hasta Birmingham, todo estaría hecho, porque no dudo de que seréis 100.000".¹ En cuanto a lo que se pretendía hacer en Londres, corrían varios rumores. Los organizadores declararon que no se pretendía más que la presentación de sus peticiones al Príncipe Regente. Pero se esperaba una acogida tumultuosa por parte de la población londinense, y es posible que se esperara que los manifestantes desempeñaran un papel similar al de los marselleses en París en 1792.

De nuevo debemos hacernos una pregunta. No se trata sólo de *lo que* se pretendía, sino de *quién lo* pretendía. La situación geográfica de los obreros manuales no sólo los aisló del centro de poder, sino que también supuso una debilidad crucial en la comunicación y la organización. Hemos observado la cohesión de las comunidades industriales más pequeñas, y su opacidad ante el escrutinio de las autoridades. Los puntos débiles de su organización fueron siempre los *vínculos* entre ellos y los centros regionales y, sobre todo, entre estos centros y Londres. Era relativamente fácil para las autoridades infiltrar espías en la organización en Manchester, e incluso en Sheffield y Notting Ham; y estos espías, por su prepotencia y su capacidad para ausentarse del trabajo, muy a menudo conseguían ser delegados en los comités regionales. Lo más fácil era colocar espías entre los extremistas de las tabernas londinenses.

650

Un relato ampliamente aceptado de los acontecimientos de la primavera y el verano de 1817 es el siguiente:

En marzo y de nuevo en junio, los magistrados se abalanzaron sobre las reuniones de los delegados de la clase obrera y los arrestaron a todos. Se suponía que estos hombres estaban haciendo planes para una insurrección general; pero aparte de las pruebas proporcionadas por espías e informadores a sueldo, no hay nada que demuestre que existiera tal movimiento. Sin duda hubo rumores, pero no hay ninguna prueba irrefutable de una conspiración organizada.²

Esta es la interpretación Whig clásica de 1817, y es también la defensa utilizada por los propios reformistas de la época. Es una interpretación que recibió el respaldo de los estudiosos en *Skilled Labourer* (Capítulo XII) de Hammonds, que sigue siendo la reconstrucción más autorizada de la carrera del notorio Oliver.³

El caso Whig, sin embargo, es una grave simplificación. No es necesario que repasemos una vez más nuestra discusión sobre lo que constituye una prueba "no

¹ H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 31. Los mineros de Staffordshire habían sentado un precedente en 1816 con el primer intento de "marcha del hambre". Los "Blanketeers" fueron de hecho impedidos de marchar por los militares, más de 200 fueron arrestados, y pocos llegaron más lejos que Leek.

² Cole y Postgate, *The Common People*, p. 217.

³ Artículo de A. F. Fremantle, "La verdad sobre Oliver el espía", *Eng. Hist. Review* XLVII (1932), pp. 601 y ss. es utilizado en gran parte por R. J. White en su reciente relato del levantamiento de Pentridge en *From Waterloo to Peterloo*, cap. XIII. Ambos relatos son, sin embargo, inferiores al de los Hammond.

contaminada". Pero hay razones abrumadoras para suponer que en 1817 se estaba preparando algún tipo de conspiración de "fuerza física", que estaba inextricablemente entrelazada con la contra-conspiración de los *provocadores* del Gobierno. Ya en diciembre de 1816 existían contactos poco estrechos entre el partido "jacobino" de Londres y los reformistas extremistas de las provincias. Al menos dos de los misioneros nombrados por la reunión de delegados de Lancashire en el mismo mes, con instrucciones de visitar Yorkshire y las Midlands, eran del partido de la "fuerza física": William Benbow y Joseph Mitchell. A partir de ese momento, Mitchell (a quien un magistrado bien informado de Lancashire describió como "una especie de jefe para toda esta parte del país"¹) se desplazaba con frecuencia entre Londres, las Midlands y el norte. Cuando Bamford asistió a la "convención" del club Hampden en enero de 1817, tanto Mitchell como Benbow habían hecho muchos contactos en Londres. Benbow actuó "casi como maestro de ceremonias", y Mitchell acompañó a Bamford en una visita a los cuarteles donde (por accidente, según el falso relato de Bamford) distribuyeron panfletos radicales. Dado que Cartwright, Cobbett y Hunt no ofrecían un liderazgo organizado serio, algunos de los delegados provinciales tuvieron más reuniones en "The Cock" en Grafton-Street con el Dr. Watson y su grupo, donde se discutieron planes de comunicación nacional y (quizás) de organización secreta.²

651

Así, cuando se suspendió el Habeas Corpus en la primera semana de marzo, ya existía un sistema incompleto de organización nacional. Las autoridades afirmaban que había cuatro centros de organización controlados por "comités secretos": 1. Nottingham, Derby y Leicester. 2. Birmingham y distrito. 3. Lancashire. 4. Yorkshire. Hubo sin duda un considerable paso de delegados y también de correspondencia radical. Mitchell ha dejado algún relato de estos meses, cuando él, Benbow, y Knight eludieron a las autoridades, "casi nunca descansaba dos noches en un mismo lugar".³ "Bamford también ha descrito sus días "a la fuga" con Healey, en una época en la que algunos reformistas de Lancashire no se atrevían a salir "salvo como búhos al anochecer", mientras que otros "se reunían con diversos pretextos":

A veces se las denominaba "sociedades de beneficencia", a veces "reuniones botánicas", "reuniones para socorrer a las familias de los reformistas encarcelados" o "de los que habían huido del país"; pero su verdadero propósito, divulgado sólo a los iniciados, era llevar a efecto el ataque nocturno contra Manchester....

Un informante de una de esas reuniones, en Chadderton en marzo, informa en términos que son familiares, desde los tiempos luditas hasta los cartistas:

El hombre de Chadderton dijo que la mayoría de la gente ya tenía armas. Dijo que pensaba que reunirían unos 70 Firelocks....

Se acordó ir a M'chester el viernes por la tarde a las 3 en punto y reunirse en el Royal Oak en Ardwick Bridge, para escuchar las noticias que habían llegado de B'ham, Sheffield

¹ Véase H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 28.

² Bamford (ed. 1893), pp. 21, 32-3; H. Hunt, *The Green Bag Plot* (1819), p. 9.

³ *Blanketeer*, 23 de octubre de 1819.

y cualquier otro lugar de donde se esperaba información. El hombre de Chadderton dijo que había visto al diputado de Bury y había estado en Huddersfield y Leeds y estaba seguro de que la gente estaba lista para empezar en cualquier momento, ya que habían estado recogiendo una gran cantidad de armas que habían estado escondidas desde la época de los luditas.¹

652

"Debían avanzar cuando vieran un Cohete..." Se pueden encontrar pasajes casi idénticos en los documentos del Ministerio del Interior de 1839 y 1848. El partido de la fuerza física siempre estaba esperando "oír qué noticias habían llegado" de Birmingham . . . o de Londres ... o de Newport. Desde un punto de vista la historia es patética. Fue a partir de media docena de reuniones de este tipo que se construyó la "Conspiración de Ardwick", a finales de marzo, con el pretexto de la cual fueron apresados varios de los líderes más activos de Lancashire. Desde otro aspecto es más grave. En docenas de ocasiones y en una docena de lugares los hombres se reunieron con unas pocas pistolas y armas de fabricación casera en pueblos de las Midlands y del norte, y realizaron movimientos irresolutos, menos por timidez que por su miedo a la traición y su sensación de aislamiento geográfico. Si en alguna de estas crisis *hubiera* llegado la "noticia", si un centro importante hubiera sido "capturado" por los revolucionarios, entonces la insurrección podría haberse extendido rápidamente a otros distritos.

En mayo, el sentimiento revolucionario crecía en varios distritos y había una comunicación esporádica entre ellos. Pero no había un centro organizador responsable. El país esperaba en Londres; pero los londinenses con los que mantenían un contacto esporádico eran menos capaces de iniciar un intento insurreccional que los paisanos. William Stevens, un costurero de Nottingham que tomó parte activa en la conspiración y más tarde escapó a América, declaró más tarde que tras la suspensión del Habeas Corpus "muchos cientos... y, según cree, muchos Miles, dijeron que... era hora de volver":

... esta era la manera de pensar de una gran parte de la gente de su Ciudad en los meses de Marzo, Abril y Mayo de 1817....

Pero "aunque los medios de resistencia eran ansiosamente deseados... no se formó ningún plan de resistencia hasta algún momento del mes de mayo". Se planteó por primera vez cuando, en abril, "el Sr. Mitchel pasó por Nottingham... de camino a Londres".² Mitchell (dijo Bamford) "se movía en una esfera propia, cuyo alcance nadie conocía salvo él mismo". En abril visitó en Londres a Charles Pendrill, el zapatero jacobino y antiguo socio de Despard, que por aquel entonces estaba haciendo los preparativos para el golpe de Estado para escapar a América. Pendrill había ayudado recientemente a un amigo, conocido por él como William Oliver, a salir de la cárcel de deudores: poco después Oliver "comenzó a hacer vehementes profesiones de patriotismo y expresó una ansiedad poco común por saber si había alguna asociación

¹ Bamford, op. cit., p. 44; H. W. C. Davis, op. cit" p. 35-.

² Deposition en el *Registro Político* de Cobbett, 16 de mayo de 1818.

política en la que pudiera ser admitido".¹ Las profesiones de Oliver fueron creídas y en marzo había sido admitido en el círculo íntimo de los reformistas londinenses. El 28 de marzo solicitó una entrevista con lord Sidmouth. En abril, Pendrill y otros reformistas le presentaron a Mitchell, quien le esperó en sus habitaciones y quedó impresionado por su "figura de bronce de Napoleón de cuerpo entero" en la chimenea, y los retratos de Burdett, Cobbett, Horne Tooke y Fox:

Me dijo que era el deseo de los amigos de Londres formar una conexión con los amigos del campo. Le dije... También era muy deseado por el país.

Pero cuando Mitchell solicitó una reunión con el comité de Londres, Oliver le aseguró que era un momento demasiado peligroso para convocarlos.²

Oliver convenció a Mitchell para que le permitiera acompañarle en su siguiente gira por las provincias. Los dos hombres partieron el 23 de abril en una gira que iba a durar (para Oliver) veintitrés días y que iba a asegurarle presentaciones a los principales reformistas en los principales centros de las Midlands y el norte.³ Fue un espléndido golpe de espionaje, y Sidmouth fue bien servido por los informes de Oliver. El 5 de mayo informó de su asistencia a una reunión central de delegados en Wakefield, a la que asistieron hombres de Birmingham, Sheffield, Huddersfield, Barnsley, Leeds y Thomas Bacon por el distrito de North Midlands; se hicieron grandes promesas sobre el número de hombres que se alzarían en cada distrito. La fecha del levantamiento estaba prevista para el 26 de mayo, y Oliver prometió que Londres "estaría listo". En privado, informó de que se trataba de "un plan débil y poco práctico, y que si se retrasaba explotaría por sí mismo".⁴

654

Pero —quizá por un error de cálculo— Mitchell había sido arrestado el 4 de mayo, y Oliver procedió, como "delegado de Londres", por su cuenta.⁵ A partir de entonces se produjo una situación extraordinaria, en la que los preparativos insurreccionales avanzaban en varios distritos, pero en la que el único hombre de contacto de Londres que puede ser identificado era un agente del Gobierno. En Londres, Watson, Thistlewood, Preston y Hooper seguían a la espera de juicio por alta traición, por su participación en el asunto de Spa Fields, y en general se esperaba una condena. Algunos de los principales reformistas estaban escondidos; otros habían seguido a

¹ Declaración de Pendrill en el *Registro Político* de Cobbett, s6 de mayo de 1818. Pendrill conocía a Oliver desde 1811, época en la que había sido capataz de un carpintero. Oliver ha sido descrito en diversas ocasiones como constructor, carpintero y contable; de hecho, era un empleado superior o contable y topógrafo.

² *Blanketleer*, 23 de octubre de 1819.

³ Oliver salió de Londres el 24 de abril: 25, Birmingham: 26, Sheffield vía Derby: 27, 28, Wakefield, Dewsbury: 29, Leeds: 30, Manchester: 1 y 2 de mayo, Liverpool: 3, Manchester: 5º, Wakefield: 6º, Huddersfield: 7º. Wakefield: 8º, Huddersfield: 9º, Barnsley: 10º. Ossett: 11º, Spen Valley: 12º, Bradford: 13º, Leeds: 15º, Londres. En el viaje entre Birmingham y Leeds. Mitchell presentó a Oliver a un importante reformador del Derby "mientras se cambiaban los caballos del carruaje". H. Hunt, *The Green Bag Plot*. Véase también el documento titulado "O's Tour" en T.S. 11.351, y la "Narrative" (H.O. 40.9) y las cartas (H.O. 40.10) de Oliver.

⁴ Hunt, op. cit.; y declaración de Stevens.

⁵ Según un relato, Mitchell viajaba con un nombre falso, "vestido como un tejedor con ropa de fustán y con un delantal a su alrededor". T. W. Tattie a Fitzwilliam, 22 de enero de 1820, Fitzwilliam Papers, F.52 (c).

Cobbett a América; otros estaban ya en prisión. Hasta aquí todo parece bastante claro. Pero a partir de este punto las fuentes se volvieron fuertemente partidistas. Los reformistas y los críticos whigs del Gobierno (como Bennet en la Cámara de los Comunes y Baines en el *Leeds Mercury*) se esforzaron en presentar todas las pruebas para demostrar que Oliver era el principal instigador y organizador de los sucesos del 9 de junio. Las autoridades, por su parte, alegaron que el papel de Oliver era únicamente el de informador, que si intervino en los planes revolucionarios fue sólo para posponerlos o desorganizarlos, y que sólo gracias a su vigilancia se evitó una peligrosa insurrección.

La verdad es probablemente más compleja que cualquiera de los dos relatos. Oliver no era el único espía de la organización secreta. Los magistrados de Lancashire y Nottingham estaban bien informados por sus propios informadores locales. Pero, al mismo tiempo, no es cierto que los únicos instigadores de la revolución fueran espías. Bamford fue visitado en Middleton en mayo, no por Oliver, sino por delegados de Derby —Thomas Bacon y Turner—, ambos implicados en el levantamiento de Pentridge. William Stevens declaró que cuando Thomas Bacon presentó su informe al comité de North Midlands, procedente de la reunión de Wakefield del 5 de mayo,

Brandreth, Turner y Ludlam estaban presentes, así como muchas otras personas... Unos cinco o seis días antes del 26 de mayo, llegó a Nottingham una carta de nuestros amigos de Sheffield, informándonos de que el levantamiento se había aplazado hasta el 9 de junio como consecuencia del consejo de Oliver... porque las noches se y porque todo el país estaría en ese momento en un estado más perfecto para levantarse. ... En consecuencia, los preparativos continuaron en Nottingham y en los alrededores hasta el día del levantamiento.

655

Mientras tanto, Oliver había regresado a Londres para informar a sus amos, sin olvidar buscar a su antiguo colega Mitchell en la prisión de Cold Bath Fields (lo que le valió la sospecha de que también era un espía).¹ El 23 de mayo (según las autoridades), Sidmouth fue informado por los magistrados de las Midlands y el norte de que la insurrección tendría lugar el 9 de junio, con o sin el apoyo de Londres. "Envié a Oliver por correo al campo".²

Pero en esta segunda gira, Oliver actuó como un hombre con unas intenciones muy distintas. Su discurso estaba ahora lleno de grandes promesas. En ocasiones se había presentado a sí mismo como "delegado" de Burdett, Cochrane, Hunt o el mayor

¹ Baines, que desenmascaró a Oliver en el *Leeds Mercury*, también dirigió el ataque contra Mitchell. Mitchell era un conspirador aficionado y tonto, pero no era un espía. Su nombre fue limpiado por una investigación radical formal, encabezada por Jones Burdett. Bamford dedicó un capítulo a su reivindicación, concluyendo, en mayúsculas: "Si hubiera sido un espía, habría traicionado a los que nunca fueron traicionados", una admisión de que había más en el complot de lo que incluso Oliver sabía. Al salir de la cárcel, Mitchell desoyó el consejo del mayor Cartwright de que, si era un hombre honrado, debía retirarse de la vida pública; volvió a entrar en la política radical; defendió su reputación contra las acusaciones de Baines en su *Blanketteer*; fue apedreado y arrojado al canal en Leeds; y fue encarcelado en 1820 por difamación sediciosa. Véase Bamford, op. cit., caps. XII, XXVI; *Life of Edward Baines*, p. 109; *Blanketteer*, 23 de octubre a 20 de noviembre de 1819; Fitzwilliam Papers, F.52 (c); L. T. Rede, *fork Castle in the Nineteenth Century*, p. 630.

² Véase H. Hunt, op. cit.

Cartwright.¹ Ahora añadía conversaciones sobre los planes de los reformadores de Wolverhampton para tomar Weedon Barracks: Wooler, el editor del *Enano Negro*, "trabajaba entonces en Londres imprimiendo las Proclamaciones que publicaría el Gobierno Provisional": los preparativos (decía) estaban siempre más avanzados en cada lugar que en el que él se encontraba. Su atención se concentraba en West Riding y Nottingham en particular.²

656

Es significativo que Oliver se estableciera en los dos distritos en los que la organización secreta ludita había sido más fuerte. Además, ambos eran los centros de una tradición revolucionaria aún más antigua. "La gente de Nottingham", escribió Sherwin, "ha... un sentimiento habitual de odio contra la opresión que quizá no sea superado por ningún pueblo del mundo"³. Benbow celebró una reunión en Pentridge ya en diciembre de 1816. El principal reformador de este distrito, Thomas Bacon, era un "viejo Jack", probablemente de unos cuarenta años, que había trabajado durante algunos años como martillero o preparador de hierro fundido en la Butterly Iron Works. (Víctima de sus actividades políticas, en 1817 volvió a dedicarse al oficio de tejedor de armazones). Según el sumario preparado por la Corona contra él (pero que, posteriormente, nunca se utilizó), había sido desde 1791 "un activo partidario de las doctrinas de la libertad y la igualdad y un celoso discípulo de Thomas Paine". Sostenía que había que "igualar" la propiedad, dividir los latifundios y distribuir 8 acres a cada hombre. Para Bacon, el *Registro de Cobbett* y los Hampden Clubs "no iban lo bastante lejos"⁴

En el otro centro revolucionario, West Riding, la situación era algo más confusa, ya que la magistratura whig de Fitzwilliam y lord Sidmouth estaban a menudo enfrentados. (Parece probable que el propio lord teniente no estuviera al corriente de la identidad y los objetivos de Oliver). En la última semana de mayo, los magistrados activos de Sheffield, actuando según su propia información, sorprendieron una reunión a medianoche de los "Líderes de las Decenas" en "la Muela del Sr. Chandler". "Cuando la reunión dio la alarma los hombres se precipitaron desde las puertas y ventanas y se apresuraron hacia el bosque". Wolstenholme, uno de los líderes locales, y otros tres fueron apresados, y a partir de entonces el movimiento de Sheffield quedó

¹ Véase, por ejemplo, la declaración de Scholes en *Leeds Mercury*, 21 de junio de 1817; W. Cliff (de Derby) en *Duckett's Dispatch*, 9 de diciembre de 1818.

² El documento titulado "O's Tour" (T.S. 11.351) da el siguiente itinerario: 23 de mayo, salida de Londres; 24, Birmingham; 25, Derby; 26, Derby; 27, Nottingham; 28, pueblos cerca de Nottingham; 29, Sheffield a Wakefield; 30, Bradford y Halifax; 31, Manchester; 1 de junio, Liverpool; 2, Manchester a Wakefield; 3, Wakefield; 4, en Camps Mount (cuartel general del general Byng, cerca de Wakefield); 5, Leeds; 6, Thornhill, cerca de Dewsbury; salida con el correo para Nottingham; 7, Nottingham; salida con el correo de London.Q. cerca de Wakefield); 5, Leeds; 6, Thornhill I "es, cerca de Dewsbury; salió con el correo para Nottingham; 7, Nottingham; salió con el correo de London. En Lancashire, según Bamford y Prentice, tanto la clase media como los reformistas de la clase obrera ya sospechaban de él y lanzaban advertencias contra sus planes. Véase también Sherwin's *Political Register*, 15 de noviembre de 1817, 14 de febrero de 1818; "Narrative" y cartas de Oliver, en H.O. 40.9/10; pruebas de Bradley y Dickenson, H.O. 42.165 y 167.

³ Sherwin's *Political Register*, 21 de junio de 1817.

⁴ *Rexv. Thomas Bacon*; escrito en T.S. 11.351.

sumido en la confusión.¹

Desde Nottingham, en estos días, podemos comparar dos fuentes independientes, en las que cabría esperar que el sesgo tuviera tendencias opuestas. En la primera, un informador local (que no conocía la verdadera identidad de Oliver) informó a un magistrado local:

Yo... fui a casa de Jerry Brandreth entre las 6 y las 7 de esta tarde.... Salimos de su casa... y nos encontramos con Stevens frente a la cárcel. Caminamos por Sandy Lane... Stevens dijo que yo debería haber estado aquí el lunes por la noche. ... Declaró que había un Delegado de Londres, quien informó que había alrededor de 70.000 en Londres dispuestos a actuar con nosotros; y que estaban muy maduros en Birmingham. ... No se dijo dónde vivía, pero que era un amigo incondicional, y que... iba a estar aquí de nuevo el miércoles o el jueves, y a traer la determinación de la hora que se fijaría para la Insurrección.²

657

En el segundo, Stevens hace su propio relato casi un año después:

... el 1 ó 2 de junio, Oliver llegó a Nottingham... a la casa de este deponente. Dijo, que todo estaría listo en Londres para el 9 de junio Oliver tenía una reunión con nosotros ahora, en cuya reunión Brandreth y Turner, y muchos otros estuvieron presentes. En esta reunión nos presentó un documento que llamó Plan de Campaña....

Cuando Oliver hubo arreglado así todo con nosotros, se dispuso a partir para organizar las cosas en Yorkshire, a fin de que todo estuviera listo para moverse en el País en el momento en que el levantamiento tuvo lugar en Londres, donde nos dijo que había Cincuenta Mil Hombres con armas preparadas, y que tomarían la Torre....

Una "convención" de delegados del norte se reuniría en Sheffield el 7 de junio para tomar las disposiciones finales:

Cuando se hubiera reunido, los miembros debían separarse e ir a las distintas grandes ciudades; y los miembros debían ir, no a sus propios lugares de residencia, sino a otros lugares, para que se estableciera la confianza mutua y para que se intercambiara información veraz....

Stevens, de hecho, partió hacia Sheffield el 7 de junio, pero "fue alcanzado por un Boy a caballo", a consecuencia de lo cual regresó a Nottingham:

En su propia casa encontró a Oliver, quien ahora dijo que había ocurrido alguna traición en Yorkshire; pero que, como todo estaba listo en Londres, todo iría bien, si se mantenían firmes en sus promesas en Nottingham y Derby. Se celebró entonces una reunión, en la que estuvo presente Oliver....

Tras esta reunión, Oliver se trasladó inmediatamente a Londres, explicando que debía "dar a los sublevados de Londres una garantía de la sincera cooperación del país".³

¹ Parker a Fitzwilliam, 29 de mayo de 1817, Fitzwilliam Papers, F.45 (i).

² Informador (¿H. Sampson de Bui)well?) adjunto en Enfield a Sidmouth, 1 de junio. 1817, H.O. 40.6.

³ Declaración de William Stevens en Cobbett's *Political Register* el 16 de mayo de 1818. Estas referencias contradicen las sugerencias de A. F. Fremantle y R. J. White de que Oliver nunca había tenido contacto con Brandreth. Véase también *Nottingham Review* 7 de noviembre de 1817.

Se supo mucho sobre los movimientos de Oliver en Yorkshire entre el 2 y el 6 de junio. Se movió rápidamente de ciudad en ciudad, en preparación de una reunión de delegados en Thornhill Lees, cerca de Dewsbury, el 6 de junio. Dos días antes tuvo una entrevista privada con el general de división John Byng, al mando de las tropas en el norte. La reunión de Thornhill Lees fue rodeada y los delegados apresados por tropas bajo el mando personal del general Byng.¹ A Oliver se le permitió "escapar", pero un reformador lo vio unas horas más tarde en un hotel de Wakefield (poco antes de su partida en la diligencia de Sheffield) conversando con un criado del general Byng, y la verdad se filtró. Cuando Oliver llegó a Nottingham, en la tarde del día 7, algunos rumores de traición ya habían llegado a la ciudad; y la reunión final descrita por Stevens incluyó un agotador interrogatorio del espía, al que tuvo suerte de sobrevivir. Un hombre alto dijo (según informó Oliver) que "en Nottingham no les gustaba tanto que los colgaran por nada como en Lancashire, y que si no me detenía no sabría qué pensar de mí".²

Pero "Jerry" Brandreth no estaba en esta reunión final. Como ya el 5 de junio, el secretario municipal de Nottingham había sido denunciado por su propio informador:

Vi a Jerry en su propia casa... Le pregunté si habían tenido alguna comunicación con alguien que no fuera el Delegado de Londres, y me dijo que no, pero que algunos de los muchachos sí... Me dijo que iba a Pentridge para siempre, para comandar a los hombres que se alzarían allí, y que los traería aquí... y recoger de todos los pueblos por los que pasasen...

Más tarde, ese mismo día, la esposa de Brandreth le dijo al informante que él ya se había ido: "Pensó que no volvería hasta que comenzara el trabajo"³. Lord Sidmouth estaba al corriente de todos estos acontecimientos. Desde el 7 de junio el Gobierno, el Ejército y los magistrados estaban a la espera de la revuelta de Pentridge. El día 7, el secretario municipal de Nottingham estuvo todo el día en conferencia con los magistrados sobre "los medios para prevenir y suprimir una esperada insurrección de la población en esta ciudad y sus alrededores". El día 9, el secretario municipal escribió: "Mi empleado confidencial está al acecho cerca de Pentridge, viendo el resultado de los movimientos amenazantes del viejo Bacon.... Estuvimos sentados en consejo esperándolo durante la primera parte de la noche".⁴

"Oliver se dirigió hacia Londres, abandonando el éxito de sus víctimas sucesivamente en las trampas que les había preparado... Los patrones de Oliver podrían, en una hora, haber detenido totalmente esos preparativos, y haberlos hecho saltar por los aires. [Ellos] deseaba, no impedir, sino producir esos actos..."⁵. Esta fue

¹ Estos arrestos no eran intencionados por Sidmouth o Byng, sino que fueron forzados por un magistrado celoso. Véase Hammonds, op. cit, p. 358.

² Para estos días, véase H.O. 40.9 y *Leeds Mercury*, esp. 21 de junio de 1817.

³ H.O. 40.6

⁴ D. Gray, *Nottingham Through 500 Tears* (Nottingham, 1960), p. 169; S. Maccoby, op. cit., p. 352.

⁵ Cobbett's *Political Register*, 16 de mayo de 1818.

la interpretación de Cobbett y es difícil ver cómo se puede dar otra interpretación a las pruebas. Las recientes sugerencias de que Oliver no era un *provocador* o, alternativamente, que si lo era, se excedió en las instrucciones de Sidmouth¹, no pueden sostenerse. Tampoco hay razón alguna para suponer que los miembros de la administración de Liverpool tuvieran remilgos —o, de hecho, algún sentimiento de culpa— ante la idea de derramar sangre. "Uno nunca puede sentir que el Rey está seguro en su trono hasta que se ha atrevido a derramar la sangre de los traidores", había escrito el propio Lord Liverpool, cuando se negó a interceder por la vida del Mariscal Ney.² Castlereagh había servido su aprendizaje en la represión de la rebelión irlandesa. Lord Chancellor Eldon estaba librando una acción de retaguardia contra Romilly y los reformadores penales, en defensa de las penas capitales.³ El Gobierno se preparaba en aquel momento para juzgar por alta traición no sólo al Dr. Watson y a sus colegas, sino también a grupos de reformadores de Sheffield y Glasgow.⁴ *La Máscara de la Anarquía* no revela la "ignorante injusticia" de los juicios de Shelley,⁵ sino juicios que la mayor parte de los compatriotas de Shelley llegaron a compartir. El Gobierno quería sangre, no un holocausto, pero sí la suficiente para dar ejemplo.

La historia de Pentridge se cuenta pronto. Brandreth, el "capitán del jamón de Nottingham", interpretó el papel que se le había encomendado. Dos o tres días antes del 9 de junio estuvo haciendo preparativos, reclutando y celebrando consejos en una de las posadas de Pentridge.

660

La noche del 9, dos o, a lo sumo, trescientos hombres de las aldeas situadas al pie de Derby Peak (Pentridge, South Wingfield, Ripley). Eran almacenistas, canteros, trabajadores del hierro (de la Butterley Iron Works) y jornaleros, con algunas armas y más picas, guadañas y cachiporras. Muchos de ellos —Ludlams, Weight mans y Turners— estaban emparentados entre sí. Partieron bajo la lluvia para recorrer las 14 millas hasta Nottingham, llamando a granjas y casas y exigiendo armas y apoyo en el camino. En una de estas granjas se derramó la única sangre del levantamiento; Brandreth, exigiendo imperiosamente la entrada a una casa donde se creía que había un arma, disparó a través de la ventana y mató a un criado de la granja. Brandreth dirigió al cada vez más abatido (y menguante) grupo con sombría determinación. Había repetido unos versos que captaban el estado de ánimo de aquella noche:

Cada hombre su habilidad debe probar,
Él debe resultar y no negar;

¹ Véase A. F. Fremantle y R. J. White, *ubi más adelante*.

² Véase R. J. White, op. cit., p. 95; E. P. Thompson, "God and King and Law", *New Rasoner*, 3, 1957-8.

³ Por ejemplo, en 1813 intentó mantener las penas medievales para la alta traición. Véase L. Radzinowicz, op. cit., I, pp. 519-20.

⁴ Los seis trabajadores de Sheffield incautados a finales de mayo estaban acusados de altos pero nunca fueron llevados a juicio, en parte porque la opinión de Yorkshire, incluida la de muchos miembros de la alta burguesía, se sintió ultrajada por las revelaciones de Oliver. En febrero habían sido arrestados varios reformadores de Glasgow, pero gracias a la valentía del principal testigo de cargo fueron absueltos en julio.

⁵ R. J. White, op. cit., p. 70.

Ningún soldado sangriento debe temer,
Debe salir y luchar por el pan.
Ha llegado el momento de que veas claramente
que el gobierno debe oponerse.*

* Every man his skill must try, / He must turn out and not deny; / No bloody soldier must he dread,
/ He must turn out and fight for bread. / The time is come you plainly see / That government
opposed must be.

Uno de sus lugartenientes aseguró a un seguidor que:

Creía que el día y la hora estaban fijados cuando se esperaba que toda la nación se
levantara; y antes de la mitad de la semana, creía que habría cientos de miles en armas...
había hombres designados por toda la nación....

Brandreth añadió más promesas, adecuadas a la moral del momento, o a su audiencia:
"Nottingham sería entregada antes de que llegaran allí", "deberían proceder de
Nottingham a Londres, y acabar con la Deuda Nacional", las fuerzas "saldrían por la
mañana de Yorkshire como una nube", y:

... por una carta que había visto ayer de Londres, las llaves de la Torre serían entregadas
al partido del club Hampden, si no lo estaban ya.

A algunos reclutas reticentes se les prometió "carne asada y cerveza", ron e incluso un
viaje de placer en el Trent. Se formaría un "gobierno provisional" que enviaría ayuda
al campo para las esposas e hijos de los que habían tomado las armas. Siempre
prometía que las "nubes del Norte" arrasaría todo ante ellos, y todo hombre que se
negara sería fusilado en el lugar". Durante toda la noche, las aldeas de los alrededores
se vieron perturbadas por "disparos, bocinazos, gritos y ruidos diversos". A medida
que la columna se acercaba a Nottingham al día siguiente y no encontraba ningún
apoyo esperándola, los hombres se fueron desanimando cada vez más y empezaron a
escabullirse, mientras Brandreth se volvía más imperioso y amenazaba con fusilar a
los desertores. Al final vieron que se les acercaba una pequeña fuerza de húsares. La
insurrección terminó en pánico, ya que los hombres soltaron sus armas y corrieron a
refugiarse, mientras las tropas cabalgaban tras ellos o los acorralaban en los días
siguientes.¹

661

Pentridge no fue el único pueblo que se levantó en la noche del 8 al 9 de junio. A
pesar de la detención de los delegados de Yorkshire en Thornhill Lees,² varios cientos
de trabajadores de la confección, principalmente del valle de Holmfirth, avanzaron
sobre el campo de Hudders bajo un líder que les dijo: "Ahora, muchachos, toda
Inglaterra está en armas, nuestras libertades están aseguradas, los ricos serán pobres
y los pobres serán ricos". Una explicación de por qué tuvo lugar este intento, a pesar

¹ W. B. Gurney, *Trials of Jeremiah Brandreth &c.* (1817), I, 87, 152, II, 398, 420, 443, 450. Uno de los pueblos
que atravesaron los rebeldes fue Eastwood-D. La "vieja Inglaterra salvaje" de H. Lawrence.

² Es posible que estos delegados, procedentes de Leeds, Wakefield, Dewsbury, Holmfirth, Huddersfield, Bradford
y el valle de Spenn, sólo fueran reformistas de clase obrera a los que Oliver había atraído a la reunión. Pero al menos
uno de ellos, James Mann, el segador de Leeds, era un líder reformista local, que más tarde se convertiría en el principal
librero radical de Leeds. Es más probable que en realidad fueran "delegados" de algún tipo. Véase *Leeds Mercury*, 14 y
21 de junio de 1817.

de que la traición de Oliver ya era conocida en Yorkshire, se ofrece en las declaraciones de dos de los insurgentes. Uno de los líderes locales (en uno de los relatos) leyó el *Leeds Mercury* y "dijo que todo había terminado, ya que el Plan había sido completamente quebrado, y dijo que o se hacía ahora o todos seríamos colgados...". En otro relato, un líder dijo: "Debemos irnos. Muchachos, ya que no servirá de nada eludirlo, el asunto debe hacerse esta noche", "él creía que íbamos a luchar por la libertad...". El incidente reproduce en muchos detalles el levantamiento de Pentridge; pero en el levantamiento de "Folley Hall", los insurgentes fueron mucho más afortunados que sus compañeros del condado de Derby. Se intercambiaron algunos disparos con un pequeño grupo de militares, pero no se perdió ninguna vida. Cuando los militares regresaron con refuerzos, los insurgentes (quizás descorazonados al no encontrar revolucionarios al mando de Huddersfield) habían desaparecido en la noche. Dos de los líderes se escondieron. Los que fueron aprehendidos se beneficiaron de la revulsión de sentimientos provocada por las revelaciones del *Leeds Mercury* en cuanto al papel de Oliver; cuando fueron llevados a juicio en julio, el jurado se negó a condenarlos.¹

662

Hemos relatado extensamente la historia de Oliver porque es uno de los grandes relatos de la historia inglesa que llegó a tener casi la cualidad de mito. Oliver fue el arquetipo del Judas radical, y su papel legendario ejerció influencia en toda la historia del siglo XIX. Podemos distinguir entre la influencia inmediata y la influencia a largo plazo. El empleo de informadores se había convertido prácticamente en una práctica rutinaria por parte de los magistrados en los grandes centros industriales durante los años ludditas; y desde la década de 1790 una parte de los recursos propios del Gobierno se había destinado a tales fines de servicio secreto. Pero la práctica era considerada por un amplio sector de la opinión pública como totalmente ajena al espíritu de la ley inglesa. La noción de acción policial "preventiva" incluso en casos criminales era chocante, y cuando se extendió a asuntos de creencias políticas "domésticas" fue una afrenta a todos los prejuicios del inglés nacido libre. La revelación en el *Leeds Mercury* de que Oliver era un *agente provocador* asombró literalmente a la opinión pública. Mientras que el historiador puede leer los informes de Oliver en los papeles del Ministerio del Interior con poca sorpresa —viendo en él sólo a uno de los más laboriosos y audaces de un cuerpo de informadores— había miles de tenderos, terratenientes, ministros disidentes y profesionales que, en 1817, no tenían ni idea de que tales cosas pudieran ocurrir en Inglaterra.

De ahí que las revelaciones del *Leeds Mercury*, publicadas menos de una semana después de los levantamientos, tuvieran un efecto desastroso en la reputación del Gobierno. En la misma semana en que tuvo lugar el asunto Pentridge, el Dr. Watson estaba siendo juzgado por alta traición. La defensa hizo trizas al principal testigo de

¹ *Leeds Mercury*, ig y 26 de julio de 1817; D. F. E. Sykes, *History of Huddersfield* (1908), pp. 292-4; deposiciones de John Buckley y John Langley, en Fitzwilliam Papers, F.45 (k); T.S. 11.3336 y 4134 (2).

cargo, Castle, y el jurado tuvo tiempo de escuchar las primeras revelaciones sobre Oliver antes de emitir su veredicto. Fue "No culpable". Esta fue solo una de una serie de derrotas en los tribunales: las absoluciones de los "estafadores" de Glasgow y Folley Hall, y de Wooler y (en diciembre) de Hone, acusados de libelo sedicioso. Aunque a lo largo de 1817 muchos reformistas seguían encarcelados bajo la suspensión del Habeas Corpus, el clamor crecía en todo el país contra el "sistema de espionaje continental". En lugar de aislar a los reformistas de la "fuerza física", la repulsa contra las acciones de Oliver unió a grupos extremistas y moderados. "Las prácticas más abominables registradas en la historia", escribió John Wade en la *Gorgona*. Diez años más tarde, Francis Place escribió: "Desespero de poder expresar adecuadamente ideas correctas de la singular bajeza, la detestable infamia, de su conducta igualmente mezquina y asesina":

663

Los que aprobaron las Leyes Mordaza en 1817 y las Seis Leyes en 1819 eran tan malhechores, que si hubieran actuado así en una comunidad bien ordenada, todos habrían sido ahorcados...¹

La reacción de Cobbett (en América) fue inevitablemente tardía; pero desde sus primeros comentarios en 1818 nunca permitió que se olvidaran los nombres de Brandreth o de Oliver. El Gobierno había indignado no sólo a los reformistas, sino también a todos aquellos que valoraban la vieja retórica del constitucionalismo libertario, según la cual el propósito mismo del gobierno era salvaguardar los derechos individuales.

Esta profunda alienación de sentimientos se hizo aún más profunda por el posterior juicio y ejecución de los alborotadores de Derby. Mientras que el caso de Brandreth era una conclusión inevitable (ya que había matado a un hombre), sus seguidores bien podrían haber sido acusados sólo de disturbios. Pero la administración estaba decidida a hacer correr toda su sangre. Treinta y cinco hombres fueron procesados por alta traición. Se puso un cuidado extraordinario en la elección del jurado más complaciente.² Diez abogados actuaron por la acusación, frente a los dos asignados a la defensa. El juicio, aplazado hasta octubre, se celebró en un ambiente de terror. Los prisioneros llevaban semanas a pan y agua y no recibían visitas. ("Que cuelguen a todos los jacobinos" estaba escrito con tiza en las paredes de la iglesia de Todos los Santos de Derby.) Además, el propio juicio siguió un curso curioso. Todo el país hablaba de Oliver, y se esperaba que la defensa intentara probar su instigación. Pero nunca se mencionó el nombre del espía. La acusación (que mantuvo a Oliver en reserva en Derby *de incógnito*) basó su caso en la prueba de los actos manifiestos cometidos por el acusado. La Defensa en el caso de Brandreth, en la persona del "Abogado Cross", alegó que el prisionero había sido instigado y engañado —no por Oliver— sino por *Cobbett* y por las "arteras e insidiosas publicaciones" de la

¹ *Gorgon*, 27 de junio de 1818; Wallas, op. cit., p. 123.

² Véase Hammonds, op. cit., p. 366-8.

prensa radical:

664

No puedo evitar aludir... a una de las publicaciones más malignas y diabólicas que jamás haya salido de la prensa inglesa. Se titula — "Discurso a los oficiales y obreros"...

Se trataba de "las publicaciones más maliciosas que jamás se hayan puesto en manos del hombre".¹ Tras la condena de Brandreth, la defensa cambió el énfasis y alegó que sus socios habían estado bajo el hechizo de su carismático líder, Denman, que comparó al capitán de Nottingham con el *Corsario* de Byron:

Respiran pocos cuyo aspecto pueda desafiar
el pleno encuentro de su ojo escrutador;
Había un diablo risueño en su mueca,
Eso suscitó emociones tanto de rabia como de miedo....

*There breathe but few whose aspect might defy / The full encounter of his searching eye; / There was a laughing devil in his sneer, / That raised emotions both of rage and fear. . . .

A los granjeros del jurado de Derby esto no les pareció un argumento atenuante suficiente, por mucho que mejorara la reputación de Denman como abogado. Turner, Ludlam y Weightman fueron declarados culpables y condenados a muerte, tras lo cual los demás prisioneros, entre ellos el veterano reformador Thomas Bacon, se declararon culpables en el entendimiento de que se les perdonaría la vida. Sobre la parte de Oliver "se corrió un tupido velo".²

Se trata de un asunto extraordinario, tanto más cuanto que había reformistas en el país que se habían ofrecido voluntarios para ir a Derby y testificar sobre las actividades de Oliver, aun a riesgo de incriminarse a sí mismos.³ No podemos aceptar la explicación de que la defensa no citó a Oliver porque éste, de hecho, no tenía ninguna relación con Brandreth. En primer lugar, sabemos que la tenía. En segundo lugar, Denman lo sabía. Antes del juicio escribió a un amigo que tenía razones para creer que Oliver estaba en el fondo de "todo el asunto". Defendiendo su conducta en 1820 en la Cámara de los Comunes dijo que no tenía "la menor duda" de que el levantamiento fue instigado por Oliver, "por la información que había obtenido en ese momento, como abogado de los prisioneros, y que después había seguido...". Sin embargo, había considerado imprudente llamar a los espías como testigos de la defensa porque, según las normas del procedimiento legal, no podía interrogar a sus propios testigos: "cuando el contrainterrogatorio era impracticable, habrían arrojado todo el peso de su testimonio contra los prisioneros". Y había otra consideración (y quizás la más importante): presentar a Oliver "para que hablara de sus conversaciones con Brandreth sólo habría demostrado que el plan de insurrección estaba más arraigado de lo que los prisioneros pretendían". De hecho, ahora sabemos que el escrito de la defensa de los prisioneros está respaldado por una nota en la que se afirma que la prueba de la instigación por parte de Oliver "es inadmisibles y, si es

¹ W. B. Gurney, *Trials*, I, pp. 198-200.

² Weightman fue aplazado, y se unió a otros trece que fueron transportados.

³ Ver Sherwin's *Political Register*, 15 de noviembre de 1817.

admisible, no disminuye la malignidad del delito..".¹

665

Es una explicación plausible. Pero es difícil creer que no se hubiera encontrado algún medio procesal para desenmascarar un caso tan flagrante de provocación. Aunque la prueba de instigación por Oliver no podría constituir una base legal para una defensa, jurados en Londres y en Yorkshire habían revelado cuan poderoso efecto, de hecho, tales sospechas producían. Hay otras explicaciones posibles. Las autoridades estaban desesperadas por conseguir una condena. (Lord Sidmouth estaba enfermo en octubre, pero "obtuvo más beneficios de la terminación de los juicios de Derby que de todo lo que los médicos pudieron darle"). También estaban dispuestos a tomar medidas extraordinarias para evitar que se diera a conocer el nombre de Oliver. De los escritos del Procurador del Tesoro se desprende claramente que, en un principio, la Corona tendía a juzgar primero a Thomas Bacon (que no había participado en el levantamiento propiamente dicho) por traición e insurrección. Pero aunque (como muestra el sumario) la Corona podría haber montado un caso contra Bacon sin recurrir a las pruebas de Oliver, el veterano reformador sin duda habría forzado la situación de alguna manera, e incluso podría haberse defendido a sí mismo. A la enésima hora, la Corona cambió de táctica: "hemos resuelto no presentar ninguna acusación en la que el nombre [de Oliver] pueda ser puesto en duda". Con Brandreth como principal acusado, fue posible limitar los cargos a los actos manifiestos de rebelión.

Además, los propios prisioneros estuvieron aislados hasta el momento del juicio y es posible que no conocieran la historia completa del papel de Oliver. Aunque sus familiares lo vendieron todo, hasta sus camas, para conseguir fondos para la defensa, no fue hasta el otoño, cuando un alambrista radical de Londres llamado West formó un comité de defensa (y, en el último momento, persuadió a Hunt para que acudiera a Derby), que se produjera alguna ayuda nacional. De hecho, no es imposible que el Gobierno ejerciera cierta presión sobre la Defensa. Incluso en el cadalso se tomaron medidas para impedir que las víctimas ejercieran su derecho habitual a pronunciar sus "últimas palabras", interponiéndose el capellán entre los condenados y la multitud.— La prensa radical sostuvo con cierto colorido que se había llegado a un entendimiento con la acusación, atribuyendo los peores motivos al "abogado Cross". El caso de Brandreth estaba perdido. ¿Podría la Corona haber insinuado que las vidas de algunos, o de todos, sus compañeros podrían ser perdonadas, si la Defensa no hacía mención de la parte de Oliver? ¿O podría la acusación haber amenazado con implicar a muchos más reformistas si se hubiera recurrido al testimonio de Oliver?²

666

¹ Arnould, *Memoir of... Lord Denman* (1873), I, p. 116; *Hansard* (nueva serie) I, 267; R. J. White, op. cit., p. 173. Véase también *Nottingham Review*, 8 de agosto de 1817.

² T.S. 11.351; II. Hunt, *Memorias*, III, pp. 499-502; *Black Dwarf*, 12 de noviembre 1817; Cobbett's *Political Register*, 25 de abril de 1818; Hammonds, op. cit., p. 368; R.J. White, op. cit., p. 172; E. P. Thompson, op. cit., pp. 73-4.

Pero en esta especulación es fácil olvidar a los prisioneros. ¿Quién *era* Jeremiah Brandreth? Los Hammond, característicos aliados, lo describen como "un tejedor de marcos medio muerto de hambre, analfabeto y desempleado", "dispuesto a ... presentar cualquier propuesta por descabellada que sea". Se trata de un escrito peyorativo. Sabemos que Brandreth no era analfabeto. Si estaba medio muerto de hambre y sin trabajo, también lo estaban muchos cientos de sus compañeros almacenistas, especialmente en el comercio de "Derbyshire Ribs" en el que trabajaba. Sabemos que tenía una casa en Nottingham, y que cuando fue arrestado su esposa fue enviada como indigente a su asentamiento en Sutton-in-Ashfield. Desde allí escribió a su marido, al enterarse por él de su condena:

... si te has dejado arrastrar (que es la opinión general) por ese desgraciado de Oliver, perdónale, y déjale a Dios y a su propia conciencia. Ese Dios que dará a cada hombre su recompensa, aunque, cuando lo llamo ser humano, apenas lo considero así (aunque con la forma de uno). Ojalá pudiera expiarlo todo y salvarle la vida.

(Incluso esta carta le fue suprimida a Brandreth por el carcelero.) Ann Brandreth, sin dinero, caminó de Sutton a Derby para despedirse de su marido. Su propia última carta a ella fue escrita con una mano "clara, llana y firme":

No siento temor al pasar por la sombra de la muerte a la vida eterna; así que espero que hagas la promesa de Dios como yo la he hecho, a tu propia alma, cuando nos encontremos en el Cielo... Amado mío... esto es la relación de lo que te envió: una bolsa de trabajo, dos ovillos de estambre y uno de algodón, y un pañuelo, un viejo par de medias y una camisa, y la carta que recibí de mi querida hermana...¹

667

Es a partir de estos detalles, así como del juicio, que debemos reconstruir una imagen de Brandreth, y por una razón interesante. Hasta el final se negó a "decir dónde había nacido, los diferentes puestos que había ocupado en su vida, o cualquier detalle sobre su filiación". Se rumoreaba que había tenido diferentes oficios y que procedía de Exeter. En la cárcel se declaró "de confesión baptista". "Se habla mucho", contaba Denman a un amigo, "del patriotismo severo e inflexible de su carácter". A un magistrado que le pidió una confesión en la cárcel, le soltó "una andanada de improperios y burlas", pero en otras ocasiones se mostró singularmente silencioso y decidido.²

De hecho, estos conspiradores no eran todos los paletos iletrados que algunos historiadores quieren que sean.³ Debido a que uno de sus seguidores pensó que un "gobierno provisional" tenía algo que ver con "provisiones", no tenemos por qué suponer que todos tenían paja en el pelo. Algunos eran antiguos soldados que habían viajado mucho durante su servicio. De los compañeros de Brandreth, William Turner era albañil, tenía cuarenta y siete años y había servido en Egipto y en otros lugares en

¹ Hammonds, op. cit., p. 358; Arnould, op. cit., p. 116; Cobbett's *Political Register*, 25 de abril de 1818.

² *Leeds Mercury*, 8 y 15 de noviembre de 1817; Arnould, op. cit., p. 115.

³ De los 35 procesados en los juicios de Derby, 13 eran armadores, 7 peones, 5 coladores, 2 canteros, 2 encofradores y uno de cada uno de los siguientes: cantero, moldeador, herrero, ingeniero, aserrador, sastre, T.S. 11.351.

la milicia.¹ Weightman era aserrador, "un personaje muy civilizado y decente", "un hombre sobrio y capaz". Isaac Ludlam "era un hombre de pequeñas propiedades, copropietario de una cantera de piedra" cerca de Derby, y "muy conocido en algunos kilómetros a la redonda como predicador metodista".² En la cárcel se consolaba leyendo el *Llamamiento a los no convertidos* de Baxter. Los delegados de Yorkshire arrestados eran, en su mayoría, artesanos superiores³, mientras que nueve de los veinticuatro hombres acusados de delitos tras el levantamiento de Folley Hall eran agricultores.

668

Esto sugiere otra forma de ver a los insurgentes. El rumor persistente sugería que el propio Brandreth había sido un ludita —Tal vez incluso un "capitán" ludita⁴. El valle de Holmfirth, de donde procedían los insurgentes de "Folley Hall", era una zona persistentemente relacionada con los juramentos luditas de 1812. Al menos uno de los insurgentes tenía "un viejo Halbert que, según dijo, había sido utilizado en tiempos de Ludding". Un oficial observó que el intento fue acompañado por luces de señales en las colinas y el disparo de cañones de señales: "el sistema parece ser exactamente similar al practicado en la época de los luditas". Es posible que James Mann, el segador de Leeds, fuera un líder del ludismo de Leeds, mientras que otro de los delegados arrestados en Thornhill Lees (Smaller) era "un notorio ladrón de armas en 1812". "Un levantamiento el 8 o 9", informó un magistrado de Leeds, "ha sido la conversación común en las tiendas de los croppers durante 2 o 3 semanas".⁵

Hay razones, pues, para suponer que algunos de los implicados no eran ilusos, sino revolucionarios experimentados. El largo silencio de Brandreth tuvo un heroísmo que ha sido poco comprendido. Es probable que guardara silencio sobre Oliver con la esperanza de que su propia muerte expiara las ofensas de sus compañeros, y para evitar la implicación de otros reformadores. "Brandreth", según un relato, "se dice que declaró que su sangre debía ser derramada, como él había derramado sangre; pero esperaba que él fuera la única víctima". Pero, al mismo tiempo, "no sentía contrición" por el asesinato que había cometido. Aunque "estaba dispuesto a participar en cualquier acto religioso", estaba "insensible a cualquier remordimiento, y a prueba de

¹ *Independent Whig*, 23 de octubre de 1817.

² *Leeds Mercury*, 30 de octubre de 1817. Esto fue denegado la semana siguiente, por "petición", pero Ludlam puede haber pertenecido a uno de los cuerpos metodistas que se separaron —New Connexion o Primitives. Véase también 'B. Gregory's evidence, arriba, p. 394.

³ Dos cosecheros, tres pañeros, un zapatero, un carpintero, un tejedor, un tahúr y un publicano. *Ibidem*, 14 de junio de 1817;

⁴ Véase, por ejemplo, *Legislator*, i March 1818, y Lord G. Cavendish a Fitzwilliam, 25 xAugust 18x7, Fitzwilliam Papers, F.45 (k). Y lo que es más notable, Brandreth estuvo presente en la ejecución de Despard; cuando se le ofreció una explicación de las formas de la pena por alta traición, dijo que ésta podía ser perdonada, ya que había sido testigo de ello en el caso del coronel Despard (*Independent Wing*, 9 de noviembre de 1817). Otros dos conspiradores de esta época estaban implicados en el asunto Despard: Pendrill y Scholes de Wakefield. Véase también el testimonio de Oliver, arriba, p. 598 n. 3.

⁵ Wood a Fitzwilliam, 6-7 y 9 de junio de 1817; declaración de John Buckley; Capt. J. Armytage a Fitzwilliam; todo en Fitzwilliam Papers, F.45 (*) y W Para Mann véase más arriba, p. 590.

todo temor". "Dios me dio una gran fortaleza", escribió a su esposa, "para soportar mis espíritus en la prueba".¹

Podemos ver el levantamiento de Pentridge como uno de los primeros intentos en la historia para montar una insurrección totalmente proletaria, sin ningún apoyo de la clase media. Los objetivos de este movimiento revolucionario quizá no puedan caracterizarse mejor que con las palabras de la canción callejera de Belper: "The Levelution is begun...".²

669

El intento arroja luz sobre el aislamiento extremo al que se habían visto forzados los trabajadores del norte y de las Midlands durante las Guerras, y es un momento de transición entre el ludismo y el radicalismo "populista" de 1818-20 y 1830-2. Incluso sin las evidentes provocaciones de Oliver, probablemente se habría intentado algún tipo de insurrección, y quizá con mayor éxito. Incluso sin las evidentes provocaciones de Oliver, probablemente se habría intentado algún tipo de insurrección, y quizás con mayor éxito.³ De hecho, en opinión de la Corona, no Oliver ni Mitchel), sino Thomas Bacon, que había viajado entre Nottingham, Derby, Yorkshire, Lancashire y Birmingham, fue el principal instigador de la rebelión.⁴

Esto ofrece, en términos de *realpolitik*, una pizca de justificación para las acciones de Sidmouth y el Gobierno. Creyendo que era inevitable que se produjera algún estallido, decidieron manejarlo de tal manera que se produjera un ejemplo de terror y castigo que silenciara, de una vez por todas, la monstruosa sedición de los "órdenes inferiores". Pero esto no quiere decir que, en cualquier circunstancia, en 1817 una insurrección de la clase obrera tuviera alguna esperanza de éxito. Cada detalle de la historia ilustra la debilidad de la organización revolucionaria y la falta de una dirección experimentada. experiencia. El testimonio del informador de Nottingham, que también estaba evidentemente empleado (con el conocimiento del secretario municipal y de Sidmouth) en un papel provocador, ilustra la posición de los reformistas en un centenar de pueblos industriales. El 6 de junio visitó a Charles Smith en Arnold (durante mucho tiempo un notable centro ludita) "y empezó a hablar con él sobre el Trabajo y le preguntó si tenía a alguien preparado":

Dijo que todo el pueblo estaba preparado, si había alguna probabilidad de éxito, pero que no creía que hubiera ninguna posibilidad. Dijo que no se podría hacer nada a menos que estuvieran debidamente organizados y tuvieran un buen líder, y me aconsejó que me mantuviera alejado de las manos de la Justicia, ya que el intento previsto sólo

¹ *Independent Whig*, 9 de noviembre de 1817; *Nottingham Review*, 24 de octubre de 1817.

² B. Gregors—, *Recuerdos autobiográficos*, p. 129. Los hombres de Pentridge se autodenominaban "los Regeneradores".

³ Véase la declaración de uno de los más implicados, James Birkin, que no dudaba de que la insurrección habría estallado "en varios lugares de Nottingham, Yorkshire, Lancashire y Staffordshire" sin la intervención de Oliver (H.O. 42.172).

⁴ *This King v. Thomas Bacon*, escrito en TS. 11.351; Lord G. Cavendish a Fitzwilliam, 25 de agosto de 1817, Fitzwilliam Papers, F.45 (k).

conseguiría que ahorcaran a muchos.¹

V. PETERLOO

En los meses siguientes, hombres como Charles Smith lloraron a Brandreth por millares. Cashman aparte, esta fue la primera sangre derramada en el encuentro. Las consecuencias psíquicas fueron profundas, y a partir de entonces tanto el Gobierno como los reformistas vieron la cuestión como una mera contienda de poder.

670

Sin embargo, la influencia a largo plazo del asunto Oliver fue el fortalecimiento del ala constitucionalista del movimiento reformista, en contraposición a la revolucionaria. Un levantamiento *sin* Oliver habría provocado el pánico entre la clase media, que se habría pasado al bando de la administración. Un levantamiento *con* Oliver puso en alerta a los whigs y a los reformistas de clase media. Durante tres años, las contiendas políticas cruciales se centraron en la defensa de las libertades civiles y los derechos de la prensa, donde la propia clase media era más sensible. El asunto Oliver dio al movimiento reformista de la clase obrera después de 1817 una actitud decidida pero constitucionalista. El "pacíficamente si podemos" tuvo prioridad sobre el "por la fuerza si debemos". Las absoluciones de Wooler, Hone y los insurgentes de Folley Hall, y las protestas contra el "sistema de espionaje" de hombres como el conde Fitzwilliam y Coke de Norfolk (y de gran parte de la prensa), subrayaron la importancia de los derechos vestigiales y de la tradición constitucionalista. El fracaso de Pentridge puso de relieve el peligro extremo de la conspiración. Sólo la conmoción de Peterloo (agosto de 1819) devolvió a una parte del movimiento a la senda revolucionaria; y la Conspiración de Cato Street (febrero de 1820) sirvió para reforzar la lección de Oliver y de Pentridge. Desde 1817 hasta la época cartista, la tradición obrera central fue la que explotó todos los medios de agitación y protesta sin llegar a la preparación insurreccional activa.

Además, los reformistas moderados y los whigs no tardaron en sacar provecho de la lección de Oliver. De hecho, el *Leeds Mercury* extrajo una lección de las revelaciones, a saber, que la clase obrera debía ponerse bajo la guía y protección de los whigs y los reformistas de clase media. En su editorial sobre los juicios de Derby aconsejaba a los reformistas:

.... rechazan como enemigo a todo misionero político que intente inculcar en sus mentes las mortales semillas de la rebelión debe ser sospechoso en adelante como espía, o delator, o incendiario, quien hable de cualquier fuerza que no sea la de la razón.²

¹ H.O. 40.6. Una semana antes Smith había dicho al informador: Ha leído sobre muchas Revoluciones, pero ninguna que haya tenido éxito sin la cooperación de algunos grandes hombres y piensa que no hay ninguno que ayude a los procedimientos actuales....

² *Leeds Mercury*, 30 de octubre de 1817. *2 Independent Whig*, 23 de octubre de 1817.

En Londres, el Burdettite *Independent Whig* extrajo una lección muy parecida: una de las víctimas de Derby había cancelado su suscripción al *Whig* en 1817 y había anunciado su intención de suscribirse al *Political Register*, y el levantamiento se consideró una consecuencia de la propagación de las "doctrinas venenosas" de Cobbett.⁸ Cobbett, por su parte, vio sus advertencias contra todos los "clubes y correspondencias" confirmadas, mientras que Hunt, en más de una ocasión en el futuro, lanzó el grito de "Oliver" para silenciar a críticos como Watson, Cleary y Thistlewood. Durante cuarenta años más, el nombre de Oliver resonó en la memoria de los reformadores de la fuerza física y de los artistas, y dio una irresolución fatal a todos sus preparativos.

671

Hay un sentido en el que Peterloo siguió directa e inevitablemente a Pentridge. Fue el resultado de una agitación "constitucionalista" extraordinariamente poderosa y decidida, en gran medida de carácter obrero, dentro de un contexto potencialmente revolucionario. Lo que se puso de manifiesto en 1819 no fue la fuerza, sino la creciente debilidad del *ancien régime* inglés. Fragmentado y aterrorizado, con muchos líderes locales bajo arresto, el movimiento reformista tuvo poca expresión organizada durante gran parte de 1818. Pero, de forma curiosa, las autoridades también se vieron impotentes. El Gobierno se reunió en un Londres hostil, donde los jurados se habían negado a condenar a Wooler y Hone, donde se exhibían en los escaparates estampas grotescas y lampoons, y donde se difundían impunemente publicaciones que, a los ojos de las autoridades, eran atrocidades sediciosas. Uno a uno se vieron obligados a liberar a los reformadores —Thomas Evans, Gravener Henson, Knight, Bamford, Johnson, Bagguley, Mitchell y muchos otros— detenidos por sospecha en 1817. Los liberados se negaron a acostarse: pronunciaron discursos, asistieron a cenas en su honor e intentaron demandar al Gobierno por detención ilegal. En Lancashire y las Midlands hubo grandes huelgas en las que sindicatos supuestamente ilegales desfilaron por las calles. La represión de la década de 1790 había sido respaldada no sólo por los terratenientes y muchos patronos, sino por una opinión pública suficiente, tanto en la clase media como en la obrera, para silenciar a los jacobinos. La represión de 1817 provocó, por el contrario, una adhesión de fuerza a los reformistas radicales, mientras que un amplio sector de la opinión de la clase media se mantenía distante del Gobierno. En 1795, Pitt pudo presentarse como defensor de la Constitución frente a las innovaciones francesas. En 1819 Liverpool, Sidmouth, Eldon y Castlereagh eran vistos como hombres empeñados en desplazar los derechos constitucionales por un gobierno despótico "continental".

1819 fue un ensayo de 1832. En ambos años fue posible una revolución (y en el segundo estuvo muy cerca) porque el Gobierno estaba aislado y había fuertes diferencias dentro de la clase dominante. Y en 1819 aparecieron los reformistas *más* poderosos de lo que habían sido nunca, *porque* se presentaron en el papel de constitucionalistas. Reclamaban derechos, algunos de los cuales eran difíciles de negar ante la ley, que nunca se había pretendido extender a los "órdenes inferiores". Pero si

se conseguían estos derechos, significaba, tarde o temprano, el fin del antiguo régimen: como decenas de magistrados escribieron al Ministerio del Interior, en términos muy similares, si se permitían las reuniones o los sindicatos o los panfletos sediciosos, *¿en qué momento se acabaría esto?* Porque nadie suponía que la estructura del poder descansara únicamente en los cuarteles de Pitt. El tegumento del poder, en el campo o en la ciudad corporativa, estaba compuesto de deferencia y miedo. Si los disturbios o las huelgas eran, de vez en cuando, inevitables, todavía debía haber suficientes de estos dos requisitos para que la insubordinación fuera acobardada tan pronto como se diera un ejemplo de los líderes.

672

En 1817 este mundo estaba pasando. En 1819, en regiones enteras de Inglaterra, había pasado. Las defensas de la deferencia habían sido debilitadas por la disidencia y (a su pesar) por el metodismo. Habían sido desafiadas por el Ludismo y los Hampden Clubs. En mayo de 1817 Sherwin profundizó en la visión de Thelwall sobre la influencia de las manufacturas en el trabajador. "La naturaleza de su vocación le obliga a integrarse en la sociedad de sus semejantes". En un distrito manufacturero la discusión política es inevitable, mientras que los trabajadores tienen los medios de organización para juntar sus monedas. El número hace que no haya deferencia:

Si un aristócrata se encuentra con un tejedor en la calle, y éste no decide quitarse *el sombrero*, el hombre importante no puede hacerle daño. De aquí surge ese desprecio por suponer grandeza y pequeño despotismo, que podemos observar en todas las ciudades manufactureras. Y de este desprecio procede... ese odio francamente arraigado, que podemos observar cuando oímos a un hombre de mentalidad aristocrática hablar de aquellas partes del país donde han florecido las manufacturas y la información política...¹

Los derechos que los reformistas reivindicaban en 1819 eran los de organización política, libertad de prensa y libertad de reunión pública; además de estos tres, estaba el derecho al voto. Podemos tomarlos en orden. En cuanto a la primera, la clase obrera británica ya se había convertido —y lo seguiría siendo durante cien años— en la clase obrera más "asociativa" de Europa. La facilidad con la que los trabajadores ingleses formaron sociedades a principios del siglo XIX es formidable. La influencia del metodismo y de las capillas disidentes; la larga experiencia de las sociedades de socorros mutuos y de los sindicatos; las formas del constitucionalismo parlamentario, tal como se observaban en los recintos electorales o como las transmitían los reformistas de clase media y autodidactas al movimiento obrero; todas estas influencias habían difundido una adicción general a las formas y a las propiedades del constitucionalismo organizativo. A veces parece que media docena de trabajadores apenas podían sentarse juntos en una sala sin nombrar a un Presidente, plantear una cuestión de orden o proponer la Cuestión Previa:

673

... se presentó una moción: "Que sólo voten los Jefes de Sección". Un Gen. se levantó y habló como sigue: ¡Sr. Presidente! ¡¡¡Sr. Presidente!!! Sr. Presidente Después de

¹ Sherwin's *Political Register*, 24 de mayo de 1817.

repetirlo tantas veces que temí por sus pulmones, el Presidente gritó ¡Orden! Orden!! y con una voz que me hizo temblar.... Luego procedió, —Señor Presidente, *nos considero* aquí, como diputados enviados a *este lugar*, para llevar a cabo los asuntos de la Reforma, de la misma manera que nuestros asuntos deberían ser llevados a cabo en el Parlamento, con el que nos comparó aquí... Tomó asiento cuando otros dos o tres se levantaron.... uno de ellos diciendo sólo tenía unas palabras que decir en oposición a ese Gentr. que había comparado este lugar con la Cámara de los Comunes, esa Cámara de la Corrupción, esa Guarida de Ladrones, como Cobbett la llamó apropiadamente, si pensaba que se parecían a esa Compañía de alguna manera nunca volvería a entrar en este lugar...¹

El relato procede de Manchester. Pero, si hemos de creer el informe de otro informador, los conspiradores de Cato Street, mientras tramaban en una buhardilla el asesinato del Gabinete, consideraron necesario nombrar a uno de ellos Presidente (con una pica como símbolo de su cargo), y plantear las cuestiones de la decapitación de Castlereagh y el incendio de la Torre de Londres en debida forma, con una votación sobre la moción de fondo.

Este juego en el Parlamento era sólo el lado ridículo de la tradición creativa de organización. Unirse frente a la explotación o la opresión era casi la respuesta instintiva de hombres como los tejedores y los coladores. Ellos mismos habían llegado a comprender que sólo a través de la organización podían transformarse de turba en movimiento político. Además, mientras que la legislación de Pitt contra las sociedades *nacionales* delegadas o correspondientes seguía vigente, cuando las "Leyes mordaza" expiraron en 1818, el derecho de organización local sólo podía impugnarse legalmente con dificultad. Los últimos meses de 1818 y los primeros de 1819 vieron una serie de nuevos modelos de sociedades reformistas locales: la Unión Política de Stockport: los Protestantes Políticos de Hull: el Foro Británico de Londres. En comparación con los Corresponding Societies o los Hampden Clubs, se distinguen por su carácter *abierto*. Eran, sobre todo, centros de debate y discusión política (en Newcastle se llamaban "Sociedades de Lectura Política") y de venta de publicaciones radicales. Como tales, estaban menos abiertos a las provocaciones de los espías. Los espías podían entrar, pero ¿qué más podían hacer?²

674

A falta de una organización nacional, las sociedades locales tomaron su ejemplo de la prensa radical. Fue precisamente porque esta prensa proporcionaba los tejidos sin los cuales el movimiento se habría desmoronado, por lo que la reivindicación de la más completa libertad de prensa fue una de las principales demandas radicales. 1816-20 fueron, sobre todo, años en los que el Radicalismo popular tomó su estilo de la prensa manual y del semanario. Este medio de propaganda estaba en su fase más igualitaria. La impresión a vapor apenas había avanzado (comenzó con *The Times* en

¹ H.O. 42.198, reproducido íntegramente en D. Read, op. cit., pp. 219-20.

² Para un relato del impresionante modelo de Stockport, véase más adelante, p. 717; para los protestantes políticos, Wearmouth, op. cit., pp. 88 y ss., y Halévy, op. cit, pp. 59-60.

1814), y el grupo radical plebeyo tenía tan fácil acceso a la prensa manual como la Iglesia o el Rey. El transporte era demasiado lento para que el periódico nacional (o londinense) debilitara la posición de la prensa provincial; pero lo suficientemente rápido para permitir que el semanario *Political Register* o *Black Dwarf* mantuviera un comentario continuo sobre las noticias. Los medios de producción de la página impresa eran lo suficientemente baratos como para que ni el capital ni los ingresos por publicidad supusieran una gran ventaja; mientras que la exitosa publicación periódica radical proporcionaba un medio de vida no sólo al editor, sino también a los agentes regionales, libreros y vendedores ambulantes, convirtiendo así al radicalismo, por primera vez, en una profesión que podía mantener a sus propios agitadores a tiempo completo. En condiciones favorables la difusión de las publicaciones de publicaciones de Cobbett, Carlile, Wooler y Wade competían con, o superaban con creces, a todas las revistas establecidas salvo a unas pocas.¹

Desde el momento de la desertión de Cobbett, fue el *Enano Negro* el que contaba con la mayor audiencia radical. Su editor, T. J. Wooler (1786-1853) era un impresor nacido en Yorkshire, que había hecho su aprendizaje en Shoreditch, y su aprendizaje de la política en las pequeñas sociedades de debate (como la Socratic Union, que se reunía en la "Mermaid Tavern", Hackney) y publicaciones periódicas de los años de la guerra.² En 1815 había fundado *The Stage*, cuya mezcla de sátira de mano dura y retórica libertaria marcó también la pauta para el *Enano Negro*. Contaba con el apoyo moral (y quizá las subvenciones) del mayor Cartwright, y él mismo era excepcionalmente fluido como orador y como escritor, componiendo, en ocasiones, sus artículos directamente sobre la piedra. Fue un defensor constante de la organización radical, según el modelo abierto y constitucionalista:

675

Quienes condenan a los clubes o bien no entienden lo que pueden conseguir, o bien no desean que se haga nada.... Observemos y emulemos la paciente resolución de los cuáqueros. Han conquistado *sin* armas —*sin violencia*— *sin* amenazas. Conquistaron mediante la unión.

Los "Protestantes Políticos" (cuyo primer club se fundó en Hull en julio de 1818) ejemplificaban, para él, la forma organizativa conveniente, con clases (de no más de veinte), una suscripción semanal de un penique y la función principal de vender y discutir las publicaciones radicales. "Las reuniones más grandes no están tan bien calculadas para las discusiones". Por norma, se desautorizaban todas las "transacciones secretas", y los miembros que las propusieran podían ser censurados o expulsados. "Nuestros libros y cuentas... estarán siempre abiertos a la inspección de los magistrados". Contra tales medidas (proclamó) "los espías serán inútiles", y —en su característico estilo exagerado— "los agentes de un Sidmouth y un Castlereagh serán tan inofensivos como el demonio ceñudo que se asustó a la oreja de Eva por el

¹ Sobre todos estos puntos, véase más adelante, pp. 718 n.

² Véase la entrada en *D.N.B.*

toque de Ithurriel".¹

Wooler tenía muchos competidores. En Londres, el *Independent Whig* de Henry White era un importante semanario, admirable en su cobertura, pero (por su política whiggish o burdettiana) poco interesado en la organización radical. El *Examiner* de John Hunt actuó con brillantez como semanario de la intelectualidad radical, con Hazlitt como colaborador habitual. John Thelwall había resurgido para asumir la dirección del *Champion*. Todas estas revistas se mantuvieron al margen del movimiento plebeyo: a John y Leigh Hunt les irritaba que se les confundiera con su homónimo, cuya "vulgaridad" les desagradaba. (El *Examiner* se desvinculó editorialmente del Orator tras la primera reunión de Spa Fields —"nunca pronuncia una frase que merezca la pena oír"— con una discriminación que era tanto preciosa como obtusa.)² Entre la veintena de publicaciones periódicas de tamaño panfleto, las más influyentes fueron el Sherwin's *Political Register* y la *Gorgon*.

676

Sherwin había sido despedido de la custodia de Southwell Bridewell por declararse discípulo de Paine. Aunque apenas tenía dieciocho años, su *Registro* fue (junto con la *Gorgona*) quizás la más convincente y bien escrita de las publicaciones periódicas. Además, ocupa un lugar en la historia de la teoría radical debido a la asociación de Sherwin con Richard Carlile, quien se hizo cargo primero de la publicación y luego del control editorial del *Register*, transformándolo finalmente en el renombrado *Republican*.³ La *Gorgona*, de un penique, tenía una tirada menor, limitada a Londres y Manchester. Editada por John Wade, un antiguo jornalero de la lana, era la más austera y reputada en términos intelectuales. Wade fue también el autor del impresionante *Libro Negro*, cuyas bien documentadas pruebas de corrupción parlamentaria, sinecuras, pluralismo y absentismo en la Iglesia, y nepotismo y extravagancia en el Banco y la Compañía de las Indias Orientales, se publicaron en partes quincenales de seis peniques, con una venta de 10.000 por cada una. La principal influencia de The *Gorgon* fue en la teoría de la conformación del movimiento obrero, donde sirvió de punto de unión entre los utilitaristas y los sindicalistas radicales: "deseamos" (de clared Wade) "que los Ultra Reformistas, los hombres del Sufragio Universal, a los que pertenecemos, hagan algunos avances hacia los Reformistas moderados".⁴ En el otro flanco de Wooler y Cobbett, había una docena de publicaciones periódicas más o menos efímeras del partido de la fuerza física, la más longeva de las cuales era la *Medusa: o Penny Politician*, editada por Thomas Davison, un librero de Smithfield, que publicaba editoriales sobre temas como "La voladura del sistema actual", y que advertía a sus críticos de que-

¹ *Black Dwarf*, 9 de septiembre de 1818.

² *Examiner*, 24 de noviembre de 1816.

³ Durante sus primeras semanas, el *Register* de Sherwin llevó este título. Para Sherwin, véase Wickwar, op. cit., pp. 69 y ss., y para Carlile, véase más adelante, pp. 762-8.

⁴ *Gorgon*, 25 de julio de 1818. Véase también infra, p. 770, y Wickwar, op. cit. pp. 60-1,67.

... hay árboles, postes de luz y cabestros por todas partes, si se requiere justicia sumaria, para hacer ejemplos de cualquier villano endurecido e incorrigible, o de cualquier *gran* o pequeño saqueador de propiedades.¹

677

Eran las publicaciones periódicas que irradiaban el radicalismo desde Londres a las provincias, cuyos directores, editores, libreros... vendedores, buhoneros e incluso pegadores de carteles estuvieron al frente de la contienda por la libertad de prensa entre 1817 y 1822.² Uno de los principales negocios de los radicales era aumentar sus ventas. Pero, a medida que el movimiento crecía, los centros provinciales empezaron a desarrollar su propia prensa. El más impresionante, con diferencia, fue *el Manchester Observer*, un periódico más que una publicación periódica, cuya tirada a finales de 1819 se aproximaba a la del *Enano Negro*, y que tenía un mayor sentido de las *noticias* del movimiento que cualquier competidor. El *Observer* estaba, por supuesto, estrechamente implicado en la política de Manchester, y la política local dio lugar a la necesidad de periódicos en otros centros. En Birmingham, George Edmonds libró una dura campaña radical que le permitió ser elegido, en abril de 1819, miembro de la Junta de Guardianes de Birmingham. Llevó a cabo su lucha en una serie de *cartas*³ que más tarde dieron lugar al *Edmond's Weekly Register*. En Norwich, donde la vieja alianza jacobino-whig que había llevado a William Smith al Parlamento en 1802 aún tenía cierta vigencia, la Elección General de 1818 dio lugar a un *Enano Azul y Blanco*. Pequeñas hojas aparecieron en Coventry, Dudley y sin duda en otros lugares.

" Los obreros, los jornaleros y los patrones hablan un mismo lenguaje de descontento y desafío"⁴. Sería prolijo repetir la alarma que este fenómeno suscitó entre los magistrados y los ministros. En opinión de un observador, el efecto de la prensa fue que...

se trazó una línea de demarcación entre los diferentes rangos de la sociedad y se engendró una antipatía arraigada y un feroz espíritu de represalia en las mentes de las clases trabajadoras⁵.

A finales de 1819, durante la marea alta de las brillantes sátiras de Hone y Cruikshank (se supone que *The Political House that Jack Built* vendió 100.000 ejemplares), Eldon declaró indignado:

Cuando estaba en el cargo [como Fiscal General en 1794] nunca oyó hablar de carros llenos de papeles sediciosos para ser distribuidos por todos los pueblos, para ser esparcidos por las carreteras, para ser introducidos en las casas de campo.... Apenas había... un pueblo en el Reino que no tenía su tiendecita en la que no se vendía más que blasfemia y sedición.⁶

¹ *Medusa*, 1 y 29 de mayo de 1819. Véase también Wickwar, op. cit., pp. 63-4.

² Véase más adelante, pp. 727-32.

³ G. Edmonds, *Cartas a los feligreses de Birmingham* (1819). Véase también una recopilación de tratados anti-Edmonds (British Museum, 8135 cc. 6); y *Birmingham Inspector* (1817).

⁴ Véase R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, p. 47 y ss.

⁵ A. B. Richmond, *Narrative*, p. 54.

⁶ Véase Wickwar, op. cit., pp. 135 y ss.

"Apenas hay una calle o un poste en el país que no esté rotulado con algo sedicioso", escribió "Bolton Fletcher". Procesamientos aparte, en había muchos intentos de "escribir Cobbett Cobbett", con subvencionado lealista subvencionados: Merle's *White Dwarf*, *Shadgett's Weekly Review of Cobbett, Wooler, Sherwin, and Other Democratical and Infidel Writers*, el *Manchester Patriot*, y los escabrosos panfletistas de la tribu de "Job Nott" en Birmingham. (Las perpetuas disputas en las propias filas de los reformistas proporcionaban a estas revistas buena parte de sus ejemplares).

Podemos tomar un ejemplo de tales publicaciones, como indicación del tono de pánico que se encuentra a finales de 1819. Se trata de una falsa *Guía del Reformador* (diseñada para hacerse pasar por el artículo genuino), publicada en Leeds, y una copia de la cual fue enviada por sus orgullosos autores a Lord Sidmouth, con la esperanza de llamar la atención del Ministro:

Una reforma radical significa una revolución completa. Es un cambio de gobierno, fundado en principios republicanos, y su objeto es una nueva modificación de los derechos de la humanidad. Este es su verdadero carácter, y sus características son el pillaje, el asesinato y la masacre.

Los reformadores sostenían un "principio de nivelación", y "si tenemos el mismo derecho a la propiedad de los demás... el mismo argumento... paliaría y excusaría la violación de sus esposas e hijas".

¿Quiénes son esos que engordan con tu locura? Dirígete a los libreros políticos. ... Al principio, como ciertos reptiles venenosos, se encontraban en oscuros callejones y agujeros, y escondites, sin atreverse a salir....

Pero ahora se aprovechaban de la credulidad del pueblo:

Bendice a Dios por sus misericordias contigo. No puedes hacer eso honestamente, y ser un personaje faccioso descontento. Agradece que eres inglés.... Lee tu Biblia.... Mantén a tus esposas e hijas en casa...¹

El tercer derecho que los reformistas constitucionalistas reclamaron en 1819 fue el de la reunión pública y la manifestación al aire libre. Entre las últimas manifestaciones de la L.C.S. y las reuniones de Spa Fields transcurrieron veinte años. Durante todo este tiempo, las reuniones políticas populares habían estado en gran medida en suspenso, excepto en épocas de elecciones o en aquellas ocasiones en las que las autoridades whigs locales habían convocado reuniones de condado presididas por la alta burguesía. En las provincias, el hecho de que los trabajadores asistieran a reuniones auspiciadas por hombres de su propia clase era, en la mente de la alta burguesía lealista, sinónimo de disturbios e insubordinación. Cuando un magistrado clerical impidió la celebración de una reunión reformista ordenada en Birmingham a principios de 1817, las palabras que surgieron de sus labios fueron "procedimientos alborotadores y vergonzosos —clamor y violencia de un populacho descarriado— procedimientos tumultuosos... maquinaciones de unos pocos individuos

¹ *Reformer's Guide or The Rights of Man Considered* (Leeds, 1819).

maquinadores... artificios perversos... ".¹ Cuando se celebró la primera reunión reformista al aire libre en Potteries (en Burslem, enero de 1817), el conde Talbot, teniente lord de Staffordshire, y un grupo de magistrados consideraron necesario asistir en persona, mientras las tropas se mantenían a corta distancia fuera de la vista².

679

Fue, sobre todo, en Lancashire donde maduró por primera vez el nuevo modelo de manifestación reformista constitucionalista. Ya en octubre de 1816 hay constancia de una manifestación ordenada al aire libre en Blackburn. En enero de 1817, una reunión en Oldham fue precedida por una procesión, con banda de música, encabezada simbólicamente por un boticario cuáquero.³ El asunto de Spa Fields —y luego la experiencia de Pentridge— redobló la determinación de los constitucionalistas de refutar las acusaciones de que eran una chusma desordenada y harapienta. El relato de Bamford sobre los preparativos de Peterloo es bien conocido:

Se consideró conveniente que esta reunión fuera tan moralmente eficaz como fuera posible y que ofreciera un espectáculo como nunca antes se había presenciado en Inglaterra. La prensa se había burlado con frecuencia de nosotros por nuestro aspecto andrajoso y sucio... por la confusión de nuestros actos y por las multitudes en que nos congregábamos....

"'Limpieza', 'sobriedad', 'orden', fueron los primeros mandatos emitidos por el comité, a los que, por sugerencia del señor Hunt, se añadió posteriormente el de 'paz'". Este era uno de los principales objetivos de los ejercicios nocturnos o de madrugada que precedieron al 16 de agosto de 1819. Esta era también la función de la disciplina y la pompa con la que los contingentes se dirigían a Manchester: un jefe por cada cien hombres (que se distinguía por llevar una ramita de laurel en el sombrero), las bandas y los grandes estandartes bordados (presentados con ceremonia por los sindicatos femeninos), el contingente de "nuestras chicas más guapas" al frente.⁴

680

Pero Bamford exagera la novedad de esta disciplina y pantalla. Las formas adoptadas por los radicales procedían de varias fuentes. Las reuniones de campamento de los metodistas primitivos contribuyeron algo, pero su influencia puede verse más claramente en las reuniones de campamento de los artistas del norte. Algo contribuyeron también los veteranos del ejército que se convirtieron en sargentos de instrucción radicales. Los reformistas debían mucho más a la tradición política radical, a los sindicatos y a las sociedades de socorros mutuos. Desde los tiempos de Wilkes, los londinenses se habían deleitado con el ceremonial de las grandes ocasiones políticas. Incluso el sobrio Comité Westminster de Place gastó más en las celebraciones posteriores a la victoria de 1807 que en toda la campaña electoral.⁵ Cada

¹ G. Edmonds, *Carta a los habitantes de Birmingham* (1817), p. 15.

² H.O. 40.4. El conde Talbot, sin embargo, quedó favorablemente impresionado por el orden de la multitud de 3.000 personas, y recomendó a lord Sidmouth que se suprimiera el Hampden Club (y no el derecho de reunión).

³ H.O. 40.4.

⁴ Bamford, ed. de 1893, cap. XXIV, XXV.

⁵ Véase más adelante, p. 465.

gran ocasión era planeada por un comité especial, que organizaba el orden de la procesión, su recorrido, los favores y eslóganes apropiados que debían exhibirse, la disposición de las bandas y los estandartes. Cuando Henry Hunt hizo su entrada triunfal en Londres el 15 de septiembre de 1819 (en el intervalo entre Peterloo y su juicio), las órdenes para ese día ocupaban toda una columna de letra pequeña: "Cientos de hombres a pie portando grandes ramas de roble, álamo, etc.". "Los Comités, portando varas blancas, y todos llevando nudos de cinta roja y hojas de laurel en sus sombreros", "Una bandera de seda verde, con letras doradas y un arpa irlandesa", bandas, jinetes, "Una bandera blanca coronada y bordeada con crespón", y con una inscripción en negro a las víctimas de Peterloo, "La vieja bandera roja, con la inscripción 'Sufragio Universal' ", un carruaje con los Sres. Watson, Thistle wood y Preston y otros amigos del Sr. Hunt, más bandas, más banderas, más jinetes, el Sr. HUNT ... y así sucesivamente, a lo largo de la página. Incluso un perro llevaba un favor, con "No Dog Tax" en su collar. "Me llevaría todo un día y un cuarto de papel darte algún detalle", escribió Keats a su hermano George. "Toda la distancia desde el Angel en Islington hasta el Crown and Anchor estaba bordeada de multitudes".¹

681

Esta tradición era obviamente menos fuerte en el norte, que no había Burdett ni elecciones en Westminster. Más influyentes eran las sociedades de socorros mutuos y los sindicatos. Ya hemos mencionado el ceremonial medieval de los gremios de Preston y de los peinadores de lana, del que las sociedades de beneficencia legales habían tomado prestado gran parte.² En los años de posguerra hay cada vez más pruebas de que los sindicatos "ilegales" mostraban abiertamente su fuerza. Los mineros de Dewsbury atravesaron la ciudad, en 1819, con bandas y estandartes ondeando; las tejedoras formaron manifestaciones ordenadas en Nottingham en 1819; en Manchester, durante la gran huelga de 1818, las hilanderas "marcharon por Piccadilly el martes y fueron 23 minutos antes de irse", informó el informador, Bent: "Un hombre de cada tienda es elegido por la gente y les da órdenes, les forma en filas y... le obedecen tan estrictamente como los soldados a su coronel y hablan tan poco como en un regimiento".³

"El apacible comportamiento de tantos miles de no emplear a los hombres no es natural", comentó en esta ocasión el general Byng. Es una frase sobre la que merece la pena detenerse. La alta burguesía, que había tachado a los reformadores de chusma, se horrorizó y algunos incluso sintieron pánico al comprobar que *no lo eran*.

... que la misma ORDEN lloraron ante
Después los irritó diez mil veces más,
Cuando descubrieron que estos hombres, en sus "harapos radicales",

¹ *Cap of Liberty*, 15 de septiembre de 1819; *Independent Whig*, 19 de septiembre de 1819; John Keats, *Works* (Glasgow, 1911), V, p. 108.

² Véase más arriba, pp. 425-7.

³ Dewsbury, véase Aspinall, op. cit., p. 341; Nottingham, véase ibíd., p. 320; Manchester, véase *The Skilled Labourer*, p. 100.

marchaban pacíficamente con sus estandartes y banderas*.¹

* . . . that very ORDER they cried up before / Did afterwards gall them ten thousand times more,
/ When they found that these men, in their "Radical Rags", / March'd peaceably on, with their
Banners and Flags.

El comentario, de Newcastle, sirve con fuerza redoblada para Manchester. Norris, el Presidente del Tribunal, al procesar a Hunt después de Peterloo, habló (quizá para atenuarse) de una reunión,

reunidos, con tales insignias y de tal manera, con la *bandera negra*, el *puñal ensangrentado*, con "Igual representación o muerte".... Acudieron de forma amenazadora, bajo las banderas de la muerte, mostrando así su intención de derrocar al Gobierno².

Bamford admitió que la bandera negra del sindicato de Lees y Saddleworth, con la inscripción "Love" (amor), dos manos unidas y un corazón, era "uno de los objetos de aspecto más sepulcral que se podían inventar". Pero no era la *disciplina de los sesenta* o cien mil que se reunieron en St. Peter's Fields que despertó tanta alarma. La instrucción, en las semanas que precedieron a la reunión, a veces llevada a cabo por viejos hombres de Waterloo —y, en ocasiones, con bastones al hombro como mosquetes, o palmas para simular disparos— dio color a los testigos de la acusación que hablaron de una "formación militar". (El propio Hunt había desaprobado este "juego de soldados".) Sin embargo, por debajo de esta respuesta contingente, debemos entender el miedo más profundo evocado por la evidencia de la transformación de la chusma en una *clase* disciplinada.

682

Incluso los reformistas de clase media presenciaron esta evolución con alarma: el "ajetreo y la pérdida de tiempo" de la "sucesión constante de reuniones", las "resoluciones violentas" y las "arengas intempestivas", todo ello hace "infinitos estragos, que impiden por completo que los hombres moderados les deseen éxito".³ Para las autoridades lealistas, el desafío se presentaba como uno entre el orden y la pérdida de toda autoridad moral, e incluso física. "Armados o desarmados, señor", escribió un lealista de Yorkshire,

Considero que tales reuniones, como la celebrada en Manchester, no son ni más ni menos que levantamientos del pueblo; y creo que estos levantamientos del pueblo, si se permite que continúen, terminarían en una rebelión abierta.⁴

El efecto de las sucesivas demostraciones sobre la moral de los reformadores fue instantáneo. Con cada brecha en los muros de la deferencia, las aguas de la insubordinación se abrieron paso. La moral de cada tejedor o zapatero se elevaba gracias a la tranquilidad de los números, la pompa y la retórica. Si la organización abierta del pueblo hubiera continuado a esta escala, habría sido imposible gobernar. Las semanas anteriores a Peterloo fueron testigo de decenas de pequeñas reuniones y

¹ "Bob in Gotham", *Radical Monday* (Newcastle, 1821), p. 4.

² Un observador, *Peterloo Massacre* (Manchester, 1819), p. 46.

³ *Manchester Gazette*, citado en D. Read, op. cit, p. 71.

⁴ A Yorkshire Freeholder, *A tetter to S. W. Nicholl, Esq.* (1819), p. 8.

(semana tras semana) de manifestaciones cada vez más impresionantes en los centros regionales: en Manchester y Stockport en junio, en Birmingham, Leeds y Londres en julio.¹ La política de constitucionalismo abierto estaba demostrando ser más revolucionaria en sus implicaciones que la política de conspiración e insurrección. Wooler y Hunt habían logrado, sin "correspondencias" secretas ni sistema de delegados, una posición en la que podían convocar un movimiento nacional. La elección (en Birmingham en julio) de Sir Charles Wolseley como "abogado legislador" para representar a los no representados, señaló el camino hacia un desarrollo aún más peligroso: una Convención Nacional, nombrada por sufragio radical, desafiando al Parlamento. Enfrentada a este creciente poder, la vieja corrupción se enfrentó a las alternativas de hacer frente a los reformistas con represión o concesión. Pero concesión, en 1819, habría significado —concesión a un movimiento reformista mayoritariamente obrero; los reformistas de clase media no eran todavía lo bastante fuertes (como lo eran en 1832) para ofrecer una línea de avance más moderada. Por eso tuvo lugar Peterloo.

683

Esto hay que decirlo de nuevo, ya que se ha sugerido recientemente que Peterloo fue un asunto, en parte impremeditado, en parte derivado de las exacerbadas relaciones en la propia Manchester, pero en ningún sentido parte de una política meditada de represión gubernamental. El Sr. Donald Read, en un estudio sobre *Peterloo* que hace mucho por situar el acontecimiento en su contexto local, sostiene esta opinión:

Peterloo, como demuestran las pruebas del Ministerio del Interior, nunca fue deseado ni precipitado por el Ministerio de Liverpool como un sangriento gesto represivo para mantener a raya a las órdenes inferiores. Si los magistrados de Manchester hubieran seguido el espíritu de la política del Ministerio del Interior nunca habría habido una "masacre".

Probablemente nunca seremos capaces de determinar con certeza si Liverpool y Sidmouth participaron o no en la decisión de dispersar la reunión por la fuerza.² Pero no podemos entender la importancia de Peterloo en términos de la política local de Manchester como no podemos entender la importancia estratégica de Waterloo en

¹ Véase Halivy, op. cit., pp. 62-3.

² Loc. cit., p. 207. Mr. Read da mucha importancia (p. 120) a una carta de Sidmouth doce días antes de Peterloo, en la que aconsejaba a los magistrados de Manchester "abstenerse de cualquier esfuerzo por dispersar a la muchedumbre". Pero si Sidmouth y los magistrados tomaron alguna "decisión sobre Peterloo", es probable que lo hicieran en privado la semana anterior a la reunión. Y es muy poco probable que se dejara constancia de ello en los documentos oficiales del Ministerio del Interior para su posterior inspección. La correspondencia "privada y secreta" entre Hobhouse y Byng y Norris (en H.O. 79.3) es curiosamente ambigua. Varias cartas (que tienen el aire de ser "para el registro") desaprueban la acción "precipitada" o por la fuerza contra la multitud (folios 479, 480, 483); pero hay un aire de anticipación sin precedentes, se da una dirección privada a Norris (Presidente del Manchester Bench) para la correspondencia (folio 489), y dos días después de Peterloo Hobhouse registra la satisfacción de Sidmouth en el juicio del Coronel L'Estrange en "su empleo de la Yeomanry en la Furgoneta, de acuerdo con el Plan en el que sé que tenía intención de actuar" (folio 510). Mi opinión es (a) que las autoridades de Manchester ciertamente tenían la intención de emplear la fuerza, (b) que Sidmouth conocía —y aceptó— su intención de arrestar a Hunt en medio de la asamblea y dispersar a la multitud, pero que no estaba preparado para la violencia con la que esto se llevó a cabo.

términos del campo y las órdenes del día. Si el Gobierno no estaba preparado para las noticias de Peterloo, ninguna autoridad ha actuado nunca tan enérgicamente para hacerse cómplices después de los hechos.

684

Dentro de una noche fuerte las felicitaciones de Sidmouth y el agradecimiento del Príncipe Regente fueron comunicados a los magistrados y militares "por sus medidas rápidas, decisivas y eficientes para la preservación de la paz pública". Las peticiones de una investigación parlamentaria fueron resueltamente rechazadas. El Fiscal General y el Procurador General se mostraron "plenamente satisfechos" con la legalidad de las acciones de los magistrados. El Lord Canciller (Eldon) era de la "clara opinión" de que la reunión "era un acto manifiesto de traición"; veía por delante "una espantosa elección entre el gobierno militar y la anarquía". Se iniciaron acciones judiciales, no contra los autores, sino contra las víctimas de la jornada —Hunt, Saxton, Bamford y otros— y la primera intención de acusarlos de alta traición sólo se abandonó con reticencia. Si los magistrados de Manchester iniciaron la política de represión, el Gobierno la respaldó con todos los recursos a su alcance. Hunt, Cartwright, Burdett, Carlile, Sir Charles Wolseley, Wroe (del *Manchester Observer*), Edmonds (de Birmingham), son sólo algunos de los encarcelados o en espera de juicio a finales de 1819. Hay, el magistrado clérigo destacado en el banquillo de Peterloo, fue recompensado con las *2.000 libras* de Rochdale. El conde Fitzwilliam, por probar en la masacre, fue retirado de su Señor Teniente. Las Seis Actas sellaron lo que el 16 de Agosto inició. Si el Peterloo Peterloo fue impremeditada, parece haber sido la señal que el Gobierno estaba esperando.¹

Lord Liverpool declaró que la actuación de los magistrados de Manchester era "sustancialmente correcta", aunque no del todo "prudente". "No quedaba otra alternativa que apoyarles". En algún momento, el encuentro fue inevitable. Pero lo que lo hizo menos que "prudente" fue su peculiar salvajismo, y para ello debemos buscar la explicación en el contexto de Manchester. Entre los leales a Manchester y los reformistas de la clase obrera existía un antagonismo excepcional. En parte, esto era el resultado de la madurez del movimiento obrero; en parte, de una docena de factores: los sentimientos lealistas de muchas de las grandes casas comerciales y manufactureras; su antagonismo con los sindicatos; el legado del ludismo y de la guerra civil de 1817; la influencia de Nadin; la influencia de los eclesiásticos tories. "Estos señores y magistrados de Manchester son más brutos de lo que usted se imagina", escribió Place a Hob House:

685

Conozco a uno de estos tipos que jura "Malditos sean sus ojos, siete chelines a la semana es suficiente para ellos"; y cuando va a ver cuánto trabajo tienen sus tejedores en sus telares, se lleva un perro bien alimentado. Hace algún tiempo dijo que "Los hijos de las perras se habían comido todas las ortigas en diez millas a la redonda de Manchester, y

¹ Véase, entre otros, C. D. Yonge, *Life of Lord Liverpool* (1868), II, pp. 378, 409, 419-22, 432; H. Twiss, *Life of Lord Eldon*, II, pp. 337-40; Wickwar, op. cit., pp. 129-31 *et passim*; Pellew, *Life of Lord Sidmouth*, pp. 283 y ss.

ahora no tenían verduras para su caldo". Ante mi indignación, dijo: "Malditos sean sus ojos, ¿qué necesidad tienes de preocuparte por ellos? Cómo podría venderte mercancías tan baratas si me importaran algo".

"Cortaron y pisotearon a la gente; y entonces iba a terminar igual que terminaría cortar y pisotear los arbustos de tojo en un común."¹ La semana anterior a Peterloo, un escritor del *Manchester Observer* se dirigió a los "caballeros oficiales de Manchester": "Desafío a los partidarios sedientos de sangre de Danton, Marat y Robespierre a que proporcionen un equipo más despótico y tiránico "²: "Desafío a los partidarios sedientos de sangre de Danton, Marat y Robespierre a que proporcionen una tripulación más despótica y tiránica".² Un mes después de Peterloo, un magistrado clérigo se permitió el privilegio de dirigirse a los acusados:

Creo que es usted un reformista de pacotilla. Algunos de ustedes, reformistas, deberían ser ahorcados, y algunos de ustedes seguramente lo serán; la soga ya está alrededor de sus cuellos.³

Hay dos aspectos de Peterloo que, de alguna manera, se han perdido en los relatos recientes. El primero es la violencia sangrienta del día. Fue realmente una *masacre*. No es necesario que volvamos a relatarla hora por hora.⁴ Pero, independientemente de lo que tuvieran en mente algunos de los tejedores de taladros, Hunt se había esforzado eficazmente durante la semana anterior al acontecimiento para garantizar la obediencia a su petición de "tranquilidad y orden", y un "comportamiento *constante, firme y templado*". Los líderes de los contingentes habían advertido a sus seguidores que ignoraran cualquier provocación. Muchos bastones —o "walking-sticks"— habían quedado atrás. La presencia de tantas mujeres y niños era un testimonio abrumador del carácter pacífico de una reunión que (los reformistas sabían) toda Inglaterra estaba observando. Se atacó esta multitud con el veneno del pánico.

686

Pero el pánico no era (como se ha sugerido) el pánico de los malos jinetes acorralados por una multitud. Fue el pánico del odio de clases. Fue la Yeomanry — los fabricantes, comerciantes, publicanos y tenderos de Manchester a caballo— la que causó más daño que los regulares (húsares). En la Yeomanry (según el testimonio de un reformista de clase media) "hay... individuos cuyo rencor político se acerca a la locura absoluta"⁵. Éstos eran los hombres que perseguían a los estandartes, conocían

¹ Wallas, op. cit., p. 141.

² *Manchester Observer*, 7 de agosto de 1819.

³ *The Times*, 7 de septiembre 1819.

⁴ Véanse los relatos de Bamford, Prentice, J. E. Taylor; los informes contemporáneos de Tyas en *The Times*, de Baines en el *Leeds Mercury*, y de Carlile en Sherwin's *Political Register*; las declaraciones de testigos y partícipes en el juicio de Henry Hunt, la *investigación sobre John Lees* de Oldham y la acción contra el coronel Birley; F. A. Bruton, *The Story of Peterloo* (1919) y *Three Accounts of Peterloo* (1921), y (en defensa) [Francis Philips], *An Exposure of the Calumnies &c.* (1819).

⁵ J. E. Taylor, op. cit., pp. 175-6. Hunt publicó una lista de las ocupaciones de los Yeomanry que sirvieron realmente el 16 de agosto: entre ellos había varios hijos de publicanos y fabricantes, un comerciante de vinos, un agente comisionista, un maestro de baile, un quesoero, un carnicero, etc.; *Address to the Radical Reformers*, 29 de octubre de 1822, pp. 13-16. Véase también D. Read, op. cit. p. 81.

a los oradores por su nombre y trataban de saldar viejas cuentas, y que se reunían y vitoreaban al final de su triunfo. "Hubo silbidos por aquí y por allá", declaró un hilandero de algodón: "Cuando alguno gritaba 'piedad', ellos decían: 'Maldito seas, ¿qué te ha traído aquí?'. En un pasaje como éste podemos hacernos una idea de lo confuso del campo:

Cogí una Gorra de la Libertad; uno de la Caballería cabalgó tras de mí y me la exigió; me negué a dársela. Otros dos se acercaron y preguntaron qué ocurría, cuando el primero dijo: "Este tipo no quiere entregar esta gorra de la libertad". Uno de los otros dijo entonces: "Maldito sea, matadle". Ante esto, corrí.... Uno de la caballería cortó a Saxton, pero su caballo parecía inquieto, y falló su golpe. Entonces gritó a otro: "Ahí está Saxton, maldito sea, atravesadlo". El otro le dijo: "Preferiría que no, eso te lo dejo a "30". Cuando llegué al final de la calle Watson, vi a diez o doce hombres de la Caballería Yeomanry, y a dos de los Húsares cortando a la gente, que estaban muy juntos, cuando un oficial de Húsares cabalgó hacia sus propios hombres, y golpeando sus espadas les dijo: "Malditos seáis, ¿qué queréis decir con este trabajo?". Entonces gritó a la Caballería: "¡Qué vergüenza, caballeros! ¿Qué hacéis? La gente no puede escapar". Desistieron por un tiempo, pero apenas el oficial cabalgó hacia otra parte del campo, volvieron a la carga.¹

No hay otro término para esto que guerra de clases. Pero fue una guerra lamentablemente unilateral. La gente, apretujada y pisoteándose unos a otros en su afán por escapar, no hizo ningún esfuerzo por vengarse hasta los mismos límites del campo, donde unos pocos remanentes atrapados —al verse perseguidos por las calles y los patios— lanzaron bates de ladrillo contra sus perseguidores... Once fueron asesinados o murieron a causa de sus heridas. Aquella noche, en todas las carreteras que salían de Manchester se veían heridos. A finales de 1819, el Comité de Socorro de Peterloo había autenticado 421 solicitudes de socorro por heridas recibidas en el campo de batalla (otros 150 casos seguían pendientes de investigación). De estos, 161 casos eran de heridas de sable, el resto eran heridas sufridas mientras yacían bajo la multitud o bajo los cascos de los caballos. Más de la mitad de los heridos eran mujeres o niñas. Si bien hubo algunos impostores, también hubo decenas de heridos que no reclamaron ayuda, porque sus heridas eran leves o porque temían ser victimizados.² Podemos dejar el campo con la inolvidable imagen de Bamford:

En diez minutos... el campo era un espacio abierto y casi desierto.... La tribuna permanecía en pie, con algunas astas de bandera rotas y cortadas, y uno o dos estandartes rotos y rajados colgando, mientras que por todo el campo había gorras, gorros, sombreros, chales y zapatos, y otras partes de la indumentaria masculina y femenina, pisoteadas, rotas y ensangrentadas. La caballería había desmontado; algunos estaban alisando las cinchas de sus caballos, otros ajustando sus pertrechos y otros limpiando sus sables...³

¹ *Inquest on John Lees* (1820), pp. 70, 180. Compárese el relato de Tyas en *The Times*: "Dos soldados de caballería cabalaron hasta Saxton. Ahí está ese villano, Saxton. No", respondió el otro, "preferiría no hacerlo, te lo dejo a ti". El hombre inmediatamente arremetió contra Saxton".

² J. E. Taylor, op. cit., p. 170.

³ Bamford, op. cit., p. 157.

El segundo aspecto de Peterloo que, en cierto modo, ha escapado a la definición es la *magnitud* del acontecimiento, en términos de su impacto psicológico y sus múltiples repercusiones.¹ Fue, sin lugar a dudas, una experiencia formativa en la historia política y social británica. Una vez más, como en el caso de Pentridge, podemos distinguir entre las repercusiones a corto y a largo plazo. A los dos días de Peterloo, toda Inglaterra conocía el suceso. Al cabo de una semana, todos los detalles de la masacre estaban siendo escrutados en cantinas, capillas, talleres y casas particulares. Al principio es difícil distinguir un patrón claro de respuesta. La nota clave, entre los reformadores y sus partidarios, fue sin duda la indignación, la ira o la compasión, más que la alarma. Ya sobre el terreno, Henry Hunt (que dio lo mejor de sí en el momento de la crisis) parecía intuir que para los radicales Peterloo era una victoria moral. Él mismo había sido víctima de la violencia de la Yeomanry. Tras su detención, se había visto obligado a correr el guante entre los agentes especiales, que le habían golpeado con sus bastones: El general Clay "con un gran bastón le golpeó en la cabeza con ambas manos cuando subía los escalones de la casa del magistrado", golpe que derribó su famoso sombrero blanco y "se lo puso en la cara". No soportando este trato, cuando salió de la casa (recordó un opositor imparcial):

688

Me pareció percibir una sonrisa de triunfo en su semblante. Una persona (Nadin, creo) se ofreció a cogerle del brazo, pero él se echó hacia atrás, y en una especie de susurro dijo: "No, no, eso es algo demasiado bueno..."²

Durante varios días, en Lancashire se habló inmediatamente de venganza. Manchester parecía estar bajo la ley marcial; hubo disturbios y rumores de que la gente del "campo" avanzaba en orden militar; Bamford ha descrito el afilado de guadañas y la preparación de "viejas hachas... destornilladores, espadas oxidadas, picas y uñas de fregona"³. El propio epíteto — "Peter-Loo"—, con su confianza salvajemente sardónica, indica mejor que ninguna otra prueba el tono del sentimiento. En las semanas que siguieron, la tormenta de la prensa radical se vería engrosada por las inspiradas sátiras de Cruikshank y Hone; los "carniceros" de Manchester se encontraron no sólo con la retórica libertaria en toda regla de Hunt y Wooler, sino también con burlas amargas que resultaban más difíciles de soportar. "Éstos son EL PUEBLO, hechos jirones y desgarrados", decía *The Political House that Jack Built*,

Que maldicen el día en que nacieron,
A causa de Impuestos demasiado grandes para ser soportados,
Y rezan por alivio, de la noche a la mañana,
Que, en vano. Petición en todas las formas,
Que, reunidos pacíficamente para pedir la reforma,
fueron saboteados por la caballería de Yeomanry, que
Fueron agradecidos por EL HOMBRE, todos afeitados y rapados,

¹ Véase, no obstante, el útil análisis de las secuelas de Peterloo en Read, op. cit, caps. IX-XIV.

² F. A. Bruton, *Three Accounts of Peterloo*, pp. 20-1, 68.

³ *Ibidem*, p. 163; véase también *Independent Whig*, 22 de agosto de 1819.

Todos cubiertos de Órdenes —y todos desamparados;
LA DANDY DE SESENTA, que se inclina con una gracia,
Y tiene *gusto* en pelucas, cuellos, curiasses, y encaje;
Que, a los embaucadores, y a los tontos, deja el Estado y su tesoro,
Y cuando Bretaña está en lágrimas, navega a su antojo...*

* Who curse the day wherein they were born, / On account of Taxation too great to be borne, /
And pray for relief, from night to morn. / Who, in vain, Petition in every form, / Who, peaceably
Meeting to ask for Reform, / Were sabred by Yeomanry Cavalry, who (Were thank'd by THE MAN,
all shaven and shorn, / All cover'd with Orders—and all forlorn; / THE DANDY OF SIXTY, who
bows with a grace, / And has taste in wigs, collars, curiasses, and lace; / Who, to tricksters, and
fools, leaves the State and its treasure, / And when Britain's in tears, sails about at his pleasure. . .

689

Incluso el discurso del Príncipe Regente en la apertura del Parlamento fue objeto de otra parodia:

Pero he aquí!
¡La CONSPIRACIÓN y la TRAICIÓN están en el extranjero!
Esos diablillos de las tinieblas, engendrados en los vientres
de hilanderías, devanaderas y telares,
en Lunashire...

¡Oh, Señor!
Mi L-----ds y G----- tl--n , tenemos mucho que temer!
Reforma, Reforma, grita la chusma canalla,
significando por supuesto rebelión, sangre y disturbios.
Audaces bribones. Vosotros, mis Señores, y yo,
sabemos que su deber es morir de hambre en silencio*.¹

* But lo!
CONSPIRACY and TREASON are abroad!
Those imps of darkness, gender'd in the wombs
Of spinning-jennies, winding-wheels, and looms,
In Lunashire—
O Lord!

My L ds and G --tl n, we've much to fear!
Reform, Reform, the swinish rabble ry —
Meaning of course rebellion, blood, and riot—
Audacious rascals! you, my Lords, and I,
Know 'tis their duty to be starved in quiet...

Peterloo indignó todas las creencias y prejuicios del "inglés nacido libre": el derecho a la libertad de expresión, el deseo de "juego limpio", el tabú contra el ataque a los indefensos. Durante un tiempo, ultrarradicales y moderados enterraron sus diferencias en un movimiento de protesta con el que muchos whigs estaban dispuestos a asociarse. Se celebraron reuniones de protesta: el 29 de agosto en Smithfield, con el Dr. Watson en la presidencia y Arthur Thistle wood como orador; el 5 de septiembre, una reunión mucho más grande en Westminster, con Burdett, Cartwright, Hobhouse y John Thelwall entre los oradores.² Cuando Hunt hizo su

¹ W. Hone (con Cruikshank), *The Man in the Moon* (1819).

² *Independent Whig*, 29 de agosto, 5 de septiembre de 1819.

entrada triunfal en Londres diez días después, *The Times* estimó que había 300.000 personas en las calles.

Nadie puede suponer que la tradición del "inglés nacido libre" era meramente ficticia si se estudia la respuesta a las noticias de Peterloo. En los meses siguientes, el antagonismo político se endureció. Nadie podía permanecer neutral; en el mismo Manchester los "lealistas" fueron colocados en un aislamiento extremo, y los metodistas fueron el único cuerpo con seguidores populares que se puso (con declaraciones fulgurantes) de su lado.¹ Pero si había muchos hombres de la alta burguesía y profesionales que estaban conmocionados por Peterloo, al mismo tiempo no tenían ningún deseo de conjurar *nuevas* manifestaciones monstruosas del pueblo.² Así, el movimiento efectivo después de Peterloo, que osciló desde el grito de "venganza" de vuelta a las formas constitucionalistas de protesta, fue en gran parte de la clase obrera en la iniciación y el carácter.

690

Si Peterloo pretendía frenar el derecho de reunión pública, tuvo exactamente las consecuencias contrarias. La indignación provocó la organización radical donde nunca antes había existido, y se celebraron manifestaciones al aire libre en regiones hasta entonces bajo el hechizo de los "lealistas". En Goseley, cerca de Wolverhampton, se formó una Unión Política, la primera en esa parte del Black Country. "Desafección", se quejaba un diputado local,

en este barrio ciertamente no puede surgir de la angustia, porque en el punto de empleo y los salarios de los trabajadores en las minas y las obras de hierro son tal vez en una mejor situación que las clases trabajadoras en cualquier otra rama en el reino.³

La adhesión más notable al movimiento se produjo en Newcastle y entre los mineros de Northumberland y Durham. Aquí —a pesar de una tradición continua de radicalismo desde la década de 1790 (Bewick y sus compañeros comerciantes y artesanos, y las fuertes sociedades de socorros mutuos y sindicatos)— el partido de la Iglesia y el Rey controlaba la Corporación y había tímido a los reformistas a la hora de organizarse abiertamente. Hacía tiempo que la facción de Pitt se jactaba", escribió el *Independent Whig*, "de que la población de esta parte de Inglaterra era perfectamente pasiva y carente de espíritu." En julio y agosto de 1819, las "Sociedades de Lectura" radicales dieron origen a los Protestantes Políticos (según el modelo elogiado por el *Enano Blaek*). Después de Peterloo todo el distrito pareció volcarse con los reformistas. Se convocó una manifestación de protesta al aire libre (con el permiso del alcalde) el 11 de octubre. Se esperaba que la "estabilidad comparativa" del comercio del carbón, junto con la amenaza de algunos espectadores de las minas de

¹ H.O. 42. 198. El Comité de las Escuelas Dominicales de Manchester resolvió (24 septiembre de 1819) para excluir a todos los niños que asistieran con sombreros blancos o llevando insignias radicales. Véase, sin embargo, D. Read, op. cit., p. 203 para las disensiones en el Cuerpo metodista.

² Hubo excepciones: por ejemplo, en Yorkshire y en la protesta de Norfolk se celebraron reuniones bajo los auspicios de los whigs.

³ H.O. 42.198. El comité estaba formado por dos panaderos, un herrero, un agente de mina, un martillero de forja, un carbonero, un pequeño artesano y un zapatero.

despedir a los hombres que asistieran, limitaría el apoyo a la manifestación,

Desde el Norte, desde el Sur, desde el Este, desde el Oeste, los RADICALES marcharon a la ciudad, seis por cabeza, con el acompañamiento de una banda tocando "Johnnie Cope, ¿ya te has ido?".

De cincuenta a cien mil personas "se pusieron en marcha, como por arte de magia", y los observadores se asombraron al ver que las instrucciones de "Orden, Espíritu, Unanimidad" eran observadas, no sólo por los temidos picadores, sino también por los marineros de Sunderland y Shields. Después de marchar ocho millas, el contingente de Shields se negó incluso "a participar en un barril de cerveza que se les proporcionó", ya que estaban "decididos a no hacer nada que pudiera poner en peligro la armonía del día". Entre los oradores había un tejedor, un maestro de escuela, un sastre, un maestro impresor, un librero y un zapatero. Después del "Radical Monday" (reivindicado como la "primera reunión política pública celebrada al aire libre" en Newcastle), la ciudad nunca perdió su posición entre los tres o cuatro principales centros radicales y cartistas. En las semanas siguientes se formaron "clases" radicales, con la rapidez de una campaña revivalista, en todos los pueblos y puertos industriales de los alrededores: en Jarrow, Sheriff Hill, Penshaw, Rainton, Hough ton, Newbattle, Hetton, Hebburn, South Shields, Winlaton, Sunderland — *el Enano Negro* podía verse "en la copa del sombrero de casi todos los minero que te encuentras". La sedición se extendió hasta la boca de los mineros de Bishop Wear, quienes (escribió un exasperado magis trate a Sidmouth) "han tenido la osadía de proponer que se emplee a comerciantes conocidos por ser radicales en el suministro de artículos de consumo a las minas de carbón".¹

691

Contra esta amenaza, los leales de Newcastle formaron una Asociación Armada. Contra la Asociación Armada, los leales comenzaron a armarse a su vez. Estos son los preliminares de la guerra civil. Hemos sido demasiado influenciados por la imagen de Bamford de la sobria y contenida respuesta de todos, excepto unos pocos exaltados, a Peterloo. En los meses de octubre y noviembre, el propio constitucionalismo radical dio un giro revolucionario. Si sus oponentes estaban armados y actuaban de forma anticonstitucional, entonces ellos también ejercerían el derecho (que el mayor Cartwright había proclamado hacía tiempo) de todo ciudadano a llevar armas. Si había que derribar reuniones, acudirían a ellas con medios de defensa. Los medios básicos eran las picas, robustas varas de madera con una ranura en un extremo en la que se podía insertar una hoja afilada (que se llevaba en el bolsillo). Las hojas podían fabricarse fácilmente (en diferentes tamaños, desde ir. hasta según los medios del reformador) en una de las pequeñas herrerías en las que abundaban Newcastle, Sheffield, Birmingham y Manchester. Tenemos noticia de uno de estos *empresarios* de Manchester (con un ojo puesto en su *Enano Negro* y el otro en un próspero

¹ *A Full Account of the General Meeting of the Inhabitants of Newcastle* (Newcastle, 1819); "Bob in Gotham", *Radical Monday*; *Black Dwarf* y *Newcastle Chronicle*, *passim*; *Durham Advertiser*, citado en *Political Observer*, 19 de diciembre de 1819; H.O— 42.198; *Independent Whig*, 17 de octubre de 1819; R. G. Wearmouth, *op. cit.*, pp. 102-3.

mercado) llamado Naaman Carter. Fue tan incauto que empleó como agente principal (cuyo negocio consistía en pregonar en los años sesenta, el gobierno de la República Popular Democrática de Corea (que se encargaba de recoger muestras de las picas en las tabernas y "tiendas del silencio" de las aldeas tejedoras, y de cobrar los plazos a los que compraban sus picas en el "nunca jamás") contrató a un hombre en otra capacidad: la de informador "Y". Los relatos circunstanciales y a menudo irrelevantes de "Y" difícilmente pueden ser calificados de inventos. En una ocasión, cuando llamó al herrero radical,

Le encontré peleando con su mujer, y le dije que era una tontería pelearse en sábado, que era mejor aplazarlo hasta el lunes, cuando podrían pelearse. La mujer dijo: "Tú no me vencerás, haré que te metan en el New Bayley por hacer picas". —Dijo esto, justo cuando él la empujaba y la echaba por la puerta....

Pero los problemas de adaptación matrimonial de Naaman Carter no afectaron al comercio del lucio, que prosperaba en la primera semana de noviembre. "Y" encontró un montón de clientes que admiraban las muestras que (dijo uno) "harían el negocio para el Príncipe y cada Bugger de ellos". Uno de sus clientes no era otro que Bamford, que en los informes de "Y", apenas se parece al autorretrato que dibujó veinte años más tarde. En la tienda donde se realizó la transacción, Bamford brindó: "¡Que el Árbol de la Libertad sea plantado en el Infierno, y que los sangrientos Carniceros de Manchester sean su fruto!". Mientras se elevaban los humos del brebaje ilícito, uno de sus compañeros dijo que darían a los carniceros de Manchester "un buen puñetazo, y él se iría a casa a trabajar, hasta que Dios lo maldiga, sus manos saldrían volando, y cantarían Brittainia, y el Diablo se los llevaría a todos".¹

No cabe duda de que este sentimiento era general en los distritos manufactureros. Se rumoreaba que se contrabandeaban pistolas de Birmingham al norte en los "carros de ollas". De ciudad en ciudad, en octubre y noviembre, llegan informes de armamento, instrucción y demostraciones de armas: Newcastle, Wolverhampton, Wigan, Bolton, Blackburn. Los reformistas de Halifax volvieron de una reunión en Hudders Field en noviembre "marchando en filas de ocho o diez en fondo, con música, seis o siete banderas y velas encendidas; muchos de ellos llevaban palos... En cierto momento "gritaron y dispararon muchas pistolas al aire". En Burnley diez o quince mil personas asistieron a una manifestación, a pesar de las pancartas de los magistrados que les advertían de que no lo hicieran. A su cabeza había un grupo con una pizarra en la que se leía "Orden, Orden", pero aquí también "dispararon decenas de pistolas". En Halifax, en una reunión anterior, una de las cuarenta y una pancartas llevaba inscrito: "Gemimos, agobiados, esperando ser liberados.... Pero nos regocijamos en la esperanza de un jubileo". (No era el jubileo de Jorge III el que se anticipaba.) Otro declaraba: "El que derrame sangre de hombre por hombre será su sangre derramada". El contingente de Ripponden llevaba una imagen de un tejedor medio muerto de hambre en su telar: "El trabajo del pobre es tan querido como la propiedad del rico".

¹ Declaración verbal de "Y" a Manchester Boroughreeve, 6 y 8 de noviembre de 1819, en H.O. 42.198.

En Sheffield, una procesión monstruosa marchó hacia el Brocco detrás de bandas que tocaban la "Marcha de los muertos en Saul" y "Los escoceses que han sangrado con Wallace." ¹

693

Pero a finales de diciembre de 1819, el movimiento estaba prácticamente hundido. Esto se debió a dos razones: las divisiones entre los líderes radicales y la represión de las Seis Leyes. La primera constituye una historia enmarañada que aún no se ha logrado desentrañar. Hemos señalado que la organización radical londinense siempre fue débil y amorfa. En Londres, en 1818 y a principios de 1819, no existía un organismo central coherente similar a las Uniones Políticas y Protestantes de las Midlands y el norte. A menudo se convocaban actividades *ad hoc*: reuniones de "los amigos del Sr. Wooler" o cenas especiales en el "Crown and Anchor". Las dos elecciones a Westminster de 1818 habían suscitado muchas disensiones entre los partidarios de Burdett (que insistía en dar primero a un banquero amigo, Kinnaird, y luego a John Cam Hobhouse, su apoyo como segundo candidato frente a las pretensiones de Cartwright, Cobbett o Hunt), y otras agrupaciones radicales.

A pesar del fiasco de Spa Fields, el Dr. Watson y Thistlewood siguieron estando en el centro de los intentos más decididos de organización del radicalismo popular londinense. Si hemos de creer los informes de otro informador bien situado (John William Son), Thistlewood y Preston empezaron de nuevo, en el otoño de 1817, el intento de crear los nervios de la conspiración².

694

El camino les resultó difícil, después del levantamiento de Pentridge. La angustia en Spitalfields ya no era tan grave. En septiembre (según Williamson) Preston dijo que "había estado en Spitalfields... con dos o tres de sus viejos conocidos y descubrió que habían conseguido trabajo y que hombres como él no les gustaban". En lugar de pararse a escuchar su "discourse", siguieron trabajando en el telar. Thistlewood pasaba de una reunión a medianoche a otra. Se habló oscuramente de conseguir una subvención de un inglés en París, un refugiado de la década de 1790. Se prestaron juramentos, pero la organización siguió siendo minúscula porque "Preston dijo que nadie debía saber cuáles iban a ser sus planes" hasta tres horas antes de ponerlos en marcha. Preston hizo una breve visita (diciembre de 1817) a Birmingham, e informó de que los hombres allí estaban de "buen humor". El propio Williamson fue enviado por Thistlewood para reconocer un cuartel y averiguar cuántos cañones había allí. Pero aparte de las fantasías insurreccionales, los logros reales del grupo fueron muy pequeños. Proporcionaron a lord Sidmouth algunas lecturas alarmistas, formaron

¹ Papers relative to the Internal State of the Country", *Debates parlamentarios*, XLI (1820), *passim* (una selección un tanto sensacional de informes de magistrados, etc.); H.O. 42.198; J. E. Taylor, op. cit., pp. 102-34; *Briton*, 11 de noviembre de 1819; *Independent Whig*, a, 17, 31 de octubre de 1819; Halfvy, op. cit., p. 66.

² Según el *Sherwin's Political Register* (13 de septiembre de 1817), las autoridades entraron en pánico ante el rumor de que se planeaba una insurrección coincidiendo con la Feria de Bar tholomew. Se llamó a filas a cuatro regimientos de caballería y el alcalde buscó armas entre las "ostreras, los puestos de salchichas y las cestas de pan de jengibre". Véanse los detalles de esta conspiración en H.O. 40.7 y 8.

algunos grupos de taberna y actuaron como animadores en varias ocasiones para manifestaciones de la multitud londinense.¹

Aunque el Dr. Watson seguía asociado a Thistlewood, probablemente no participó en este intento de conspiración.² En febrero de 1818, Sidmouth encontró un medio conveniente de quitar de en medio a Thistlewood, sin recurrir a un juicio. Thistlewood había publicado una carta abierta, en la que se confundían agravios públicos y privados, exigiendo "satisfacción" al ministro del Interior, es decir, retándole a un duelo. Como resultado, fue confinado en la prisión de King's Bench, como perturbador de la paz, y lord Sidmouth pagó de su bolsillo su mantenimiento allí. En 1819, el Londres radical despertó y se formaron decenas de grupos de tabernas y sociedades de debate (algunas de ellas llamadas Union Societies). Una vez más, Watson intentó crear una organización central, y en el verano de 1819 se le unió Thistlewood, ya en libertad, quien —al parecer— aceptó la política de agitación constitucional y dio la espalda, durante un tiempo, a la conspiración del *golpe de Estado*. En el verano de 1819 se formó un "Comité de los Doscientos" londinense³. Desde junio hasta octubre, Watson, Thistlewood, Preston y Waddington fueron los líderes londinenses más activos e influyentes, especialmente entre los trabajadores. Contaban con el apoyo del viejo orador jacobino, John Gale Jones, así como del Carlile's *Republican*, el *Cap of Liberty* y el *Medusa*. Fue el "Comité de los Doscientos" el que tomó la iniciativa en los bien preparados preparativos para la entrada de Hunt en Londres después de Peterloo,⁴ y el propio "Doctor" llevó a cabo las ceremonias de bienvenida, mostrando una considerable autocontención y tacto ante la hinchada arrogancia y fastidiosidad política de Hunt.

695

En 1820, después de la Conspiración de Cato Street, un observador hostil dio cuenta de la "Sala del Comité Radical", en el "White Lion", Wych-street, que se consideraba un centro de la "clandestinidad" radical londinense. En el "tap-room":

estaba sentado un grupo de tipos sospechosos y de mal aspecto... mientras que en una pequeña mesa de juego a la derecha estaba sentado el señor , con un libro y algunos papeles y billetes impresos delante de él; debido a la oscuridad del lugar, sin más luz que la que procedía de una vela colocada delante del señor , o de la del bar, un extraño que entrase no podría reconocer ninguna de las caras al verlas después en otro lugar. A la derecha... hay un pequeño salón; aquí se reunió una noche un selecto comité y no se admitió a nadie más. Esta era la sala en la que se llevaban a cabo las transacciones más privadas; el señor Thistlewood o el doctor Watson siempre salían al pasillo para hablar

¹ Véase, por ejemplo, la declaración de Williamson, 18 de diciembre de 1817; Thistlewood dijo que "Carlile iba a ser juzgado mañana y que esperaba que todos vinieran y trajeran a todos los que pudieran para darle tres hurras". T.S 11.197,

² Ibid. 27 Septiembre de 1817; "Thistlewood no dijo mucho después de la llegada de Watson. Creo que no le gusta Watson". También el 11 de febrero de 1818 en H.O. 40.9.

³ *Medusa*, 31 de julio 181g

⁴ Hubo dos comités preparatorios: El del Dr. Watson y un comité rival que incluía a Thomas Evans, Galloway y Carlile. Pero ambos se fusionaron bajo la presidencia de Watson. Véase *Independent Whig*, 12 de septiembre de 1819.

con cualquier persona que acudiera allí por negocios. En una habitación muy grande, en el piso de arriba... más de cien personas de mal aspecto se han reunido una noche; en ella se han reunido el comité abierto y los miembros sueltos de la sociedad... Aquí se organizaron sus procesiones, etc., y se guardaron sus banderas... mientras que los asuntos más privados se llevaban a cabo abajo, en el salón.¹

Un centro así era, inevitablemente, objeto de la atención constante de los espías del Gobierno. Pero no por ello todos sus procedimientos eran ridículos. Después de Peterloo, los radicales "ultra" de Londres se vieron en una situación muy difícil. "La reforma no puede obtenerse sin derramamiento de sangre", declaraba rotundamente el *Cap of Liberty* en octubre, mientras que el más irresponsable *Medusa* escribía:

696

No hay puesto de cada parte del Reino que no proporcione algún nuevo y sorprendente ejemplo de la necesidad de llevar armas constantemente.²

Carlile (dos años más tarde) resumió el mensaje de todos sus escritos en este periodo: "La reforma se obtendrá cuando las autoridades existentes ya no tengan poder para impedirla, y no antes...".³ Además, los dos meses posteriores a Peterloo mostraron en toda su extensión la debilidad de la dirección nacional. La pusilanimidad de Hunt estaba en su peor momento. "Además, los dos meses posteriores a Peterloo mostraron en toda su extensión la debilidad de la dirección nacional. La pusilanimidad de Hunt estaba en su peor momento. Después de Peterloo ocupó el centro de la escena, y tanto los reformistas como las autoridades observaban ansiosamente cada uno de sus movimientos. Esto era carne de abundancia para su vanidad. Peterloo podría haber sido una afrenta personal, y sus desfiles por Lancashire y Londres, triunfos personales. Le disgustaba que Watson participara en los honores de la manifestación de Londres; estaba en desacuerdo con la ruta que el Comité había elegido, y en la que miles de londinenses expectantes tuvieron que esperar durante medio día. (De todos modos, le guardaba rencor a Londres, ya que había sido maltratado y abucheado en los hustings de Westminster en 1818). En discutió con Watson sobre la Presidente (Gale Jones) elegido para su cena de bienvenida, gritándole en público: "Eres un maldito entrometido oficioso; ¿por qué no ocupo yo la presidencia, así como Sir Francis Burdett después de su procesión?". Comenzó entonces a discutir sobre asuntos de dinero. En Lancashire consiguió ofender a la mayoría de los líderes reformistas locales, al tiempo que permitía una procesión fúnebre de algunos miles de personas para asistir al entierro de su caballo favorito. De hecho (y no sin razón) estaba más ocupado en maniobrar para conseguir una posición ventajosa en los juicios que se avecinaban que en atender al movimiento en el país.⁴

¹ G. T. Wilkinson, *The Cato-Street Conspiracy* (1820), pp. 56-7.

² *Medusa*, 9 de octubre de 1819.

³ R. Carlile, *An Effort to set at rest some little disputes and misunderstandings between the reformers of Leeds* (1821), p. to.

⁴ *Peterloo Massacre*, p. 72; Bamford, op. cit., pp. 247 y ss.; *Cap of Liberty*, 15 de septiembre de 1819; J. Johnson, *Letter to Henry Hunt, passim*; cartas entre Hunt, Watson y Thistlewood intercambiadas en la prensa general, octubre y noviembre de 1819.

En septiembre, los reformistas se dividieron en revolucionarios y constitucionalistas. La política sancionada por Hunt y Wooler era la de la resistencia pasiva, la protesta, la acción legal contra los autores de Peterloo y la abstinencia de todos los artículos gravados. En agosto, esta política era muy recomendable y contaba con el apoyo leal de todos los sectores del movimiento. Pero en octubre ya estaba agotado. Era abundantemente evidente que las esperanzas de reparación legal estaban vacías, sobre todo en Lancashire; mientras que era superfluo recomendar la abstinencia a los tejedores del norte. Además, a medida que el movimiento de protesta crecía semana tras semana, los moderados no ofrecían más consejo que esperar con paciencia la apertura del Parlamento. Entonces, si no se iniciaba una investigación sobre Peterloo —o si se suspendía el Habeas Corpus—, se podría dar algún otro consejo indefinido. Pero el Parlamento no se reunió hasta el 23 de noviembre, más de *tres meses* después de Peterloo. Los radicales "ultra" argumentaron, con cierto colorido, que el consejo de Hunt significaba amortiguar el movimiento en el país, abandonar la iniciativa popular y, de hecho, ceder el liderazgo a los whigs parlamentarios. Al igual que otros demagogos, Hunt parece haberse alarmado ante los espíritus que él mismo había ayudado a conjurar.

697

Después de esperar casi dos meses, los radicales "ultra" propusieron una política alternativa, que fue apoyada por Watson y Carlile. Se trataba de "reuniones... en todo el Reino en un mismo día". El día propuesto por primera vez fue el 1 de noviembre, aunque posteriormente se pospuso dos veces. A primera vista, esto era sólo para llevar el movimiento constitucionalista un paso más allá, aunque los conspiradores genuinos (de los cuales Arthur Thistlewood era uno) pueden haber esperado que las reuniones simultáneas condujeran directamente a la insurrección. A lo largo de octubre, la política fue ganando apoyos y se planearon reuniones en Newcastle, Carlile, Leeds, Halifax, Huddersfield, Barnsley, Manchester, Bolton, Wigan, Black Burn, Burnley, Newcastle-under-Lyne, Nottingham, Leicester y Coventry. A finales de mes, el habitualmente bien formado general Byng consideraba que Thistlewood "ha superado a Hunt en [la] idolatría" de los londinenses. Thistlewood visitó Manchester (donde ahora existía una Unión Ultraradical, además de la Sociedad Patriótica Huntita), donde la propuesta obtuvo un amplio apoyo. De hecho, se celebraron algunas reuniones y se hicieron nuevos planes para el 15 de noviembre. Pero a mediados de octubre, Hunt, observando que el movimiento se le escapaba de las manos, se esforzó por reafirmar el control. En una "Carta a los reformistas del norte", publicada en el *Manchester Observer* de Wroe (19 de octubre), denunció el plan de reuniones simultáneas. A esta carta siguió otra en la que recordaba el nombre de Oliver y acusaba específicamente a Thistlewood de ser un espía.

698

A partir de entonces, durante semanas, la prensa se abrió a las cartas airadas que pasaban entre Thistlewood y Watson, por un lado, y Hunt y sus partidarios, por el otro, que la prensa lealista reimprimió con deleite bajo el sardónico encabezamiento:

"Radical State Papers". El Dr. Watson había sido encarcelado por deudas al no pagar una factura en la recepción de Hunt, y éste intentó explicar con evasivas lo que había hecho con el dinero recaudado para los gastos. Gran parte de la polémica fue irresponsable por ambas partes. En el fondo, parece que Hunt tenía sospechas fundadas sobre las intenciones conspirativas de Thistlewood..., y un dominio amateur como líder político. Por otra parte, parece que Thistlewood había conseguido crear una cadena de comunicación clandestina en el país, que en algunas partes de las Midlands y del norte sobrevivió a los ataques de Hunt.¹ La Unión Política de Manchester se sintió abatida por la negativa de "Hunt y su Junto" a apoyar las reuniones propuestas. Se hicieron planes revisados para que los delegados del "subsuelo", procedentes de Londres, el oeste de Escocia, Lancashire, Yorkshire, Birmingham y las Potteries, se reunieran en Nottingham el día en que el Parlamento volviera a reunirse, y permanecieran en sesión secreta permanente como "ejecutivo" con instrucciones de convocar reuniones simultáneas en caso de suspensión del Habeas Corpus. La enconada oposición de Hunt impidió que estos planes llegaran a buen puerto.²

Si se puede acusar a Thistlewood de insensatez (por la que iba a sufrir con su propia vida), actuó bajo una gran provocación. La respuesta de los líderes radicales nacionales a las Seis Leyes, que fueron aprobadas a toda prisa por la Cámara en diciembre, fue extremadamente débil.

699

A principios de noviembre, Cobbett había regresado de su exilio, aterrizando en Liverpool y encontrándose con una recepción triunfal por parte del pueblo de Lancashire. Desorientado tras su ausencia, y sin el menor deseo de encabezar una insurrección obrera, parecía un hombre que había perdido la cabeza. En Liverpool anunció que había traído consigo los huesos de uno de los más grandes hijos de Inglaterra: Tom Paine. Entonces (resultó) que no era el republicanismo de Paine sino sus nociones de reforma monetaria lo que Cobbett quería honrar. El *Register* llevaba bravatas alternas ("la gran masa tiene derecho a armarse en su propia *defensa...*") y agua fría: "Mi más ferviente esperanza es que el pueblo deposite su gran confianza en

¹ Sólo dos o tres mil personas asistieron a una reunión en Smithfield convocada por el Comité de los Doscientos en la primera semana de noviembre, y dirigida por Thistlewood y Preston. Pero no se sabe si esto fue consecuencia de los ataques de Hunt en las dos semanas anteriores o del mal tiempo. Véase *Independent Whig*, 7 de noviembre de 1819.

² Este relato se basa en diversas fuentes en H.O. 42.198 y 199; A. B. Richmond, op. cit., pp. 181-4; J. E. Taylor, op. cit., p. 134; *Cap of Liberty*, 13 de octubre y 15 de diciembre de 1819; *Republican*, 12 de noviembre de 1819; General Byng a Wellington, 28 de octubre de 1819 en *Wellington Despatches*, I, p. 84. Véase también D. Read, op. cit., pp. 147-50, 155-8. El secretario de la ultraradical Manchester Political Union, W. C. Walker, cuyo notorio carácter y "dos esposas" causaron tanto alboroto en una reunión, fue considerado por el estipendiario de Manchester, Norris, como el "Thistlewood de esta parte". Pero el coronel Fletcher, de Bolton, y lord Sidmouth sabían más. Por pruebas internas parece que Walker (que iba a ser uno de los delegados en el "ejecutivo" de Nottingham) no era otro que "Alpha", que estaba al servicio del coronel Fletcher. Walker ("Alpha" informó a Fletcher, con cierta satisfacción) "ha formado las conexiones más útiles posibles y ha dado pruebas contra las astutas artimañas de la Policía". Véase "Alpha" a Fletcher, 15 y 17 de noviembre de 1819, en H.O. 42.198 y compárese con D. Read, op. cit., pp. 157, 218-23.

la Deuda". Esta "*excavadora de agujeros*" acabaría con la vieja corrupción por sí misma, sin el esfuerzo del pueblo:

Es la forma *más eficaz* y segura de dejar que la trucha se agote, mientras nosotros sujetamos la caña, el sedal y el anzuelo.

Tras la aprobación de las Seis Leyes, presentó una nueva gran propuesta para "continuar la lucha por los derechos y libertades de nuestro país". La propuesta consistía en crear un Fondo para la Reforma, de unas 5.000 libras esterlinas, que los reformistas y sindicalistas recaudarían mediante suscripciones de dos peniques "y depositarían en mis manos":

para ser utilizado exclusivamente por mí, por supuesto, y sin el control ni el consejo de nadie; y sin que nadie tenga nunca derecho a preguntarme qué voy a hacer con él. No le diré a nadie cómo emplear el dinero: No responderé a ninguna pregunta...¹

Las Seis Leyes aparecen como una codificación y ampliación de la legislación de 1795 y 1817. La primera Ley prohibía los ejercicios y el entrenamiento "militar"; la segunda autorizaba a los jueces a entrar y registrar casas, sin orden judicial, bajo sospecha de que hubiera armas; la tercera prohibía las reuniones que excedieran de cincuenta personas, con ciertas excepciones (reuniones de condados y parroquias) y adiciones (diseñadas para suprimir las reuniones de conferencias radicales); la cuarta Ley (de gran importancia en los doce años siguientes) aumentaba el impuesto de timbre sobre las publicaciones periódicas, elevando su coste a *6d.* y más; la quinta y la sexta leyes fueron diseñadas para ampliar y agilizar los poderes de las autoridades, especialmente en las acciones por libelo sedicioso.² La única medida de las represiones anteriores que no se repitió fue la suspensión del Habeas Corpus. A partir de entonces, el Gobierno emprendió la campaña de enjuiciamientos ante los tribunales más sostenida de la historia británica. En el verano de 1820, Hunt y cuatro reformistas de Manchester (acusados por su participación en Peterloo), Wooler, Burdett, Sir Charles Wolseley, el reverendo J. Harrison, Knight, Carlile, Edmonds, Wroe, Johnston, Bagguley, Drummond y Mitchell fueron encarcelados. Comenzó un gran ataque contra la prensa "sediciosa" y "blasfema". Decenas de procesos, contra editores o vendedores de noticias, habían sido incoados por las sociedades acusadoras privadas o resueltos por la jurisdicción sumaria. Y Arthur Thistlewood había hecho por fin su salida pública del cadalso.

700

VI. LA CONSPIRACIÓN DE LA CALLE CATO

¹ *Registro Político* de Cobbett, 6 de noviembre, 5 de diciembre de 1819, 6 de enero de 1820. El fondo sólo ascendía a unos pocos cientos, y fue gastado en gran parte por Cobbett en su propia candidatura en Coventry en 1820. Este incidente políticamente desacreditable se pasa por alto en Cole, *Life of Cobbett*, p. 242.

² Para resúmenes útiles, véanse Halevy, op. cit., pp. 67 y ss.; Jephson, op. cit., II, pp. 502 ff.; Maccoby, op. cit., Cap. XX. Sobre los procesamientos de la prensa, véase más adelante, pp. 720-6.

Las dos Leyes de 1795 se aprobaron al menos ante manifestaciones monstruosas, a las que el propio Fox se dignó dirigirse. En diciembre de 1819, Hunt, Cobbett, Wooler o Burdett podrían haber llenado de manifestaciones las calles de Londres, las Midlands, el norte y Escocia.¹ Es difícil no llegar a la conclusión de que los propios líderes radicales estaban alarmados por el carácter de sus seguidores en los centros industriales. Hunt estaba muy ocupado distanciándose de los extremistas y absteniéndose de cualquier acción que pudiera despertar prejuicios en su próximo juicio. Cobbett instruía a sus lectores en el uso del trigo tostado como sustituto del café y en la superioridad del agua sobre el vino. El 22 de enero de 1820 publicó, por fin, "UN PLAN". En fue dirigido a "A las Señoras", y para "Promover la sobriedad, la frugalidad y la aversión al juego"² En estas circunstancias tuvo lugar el último episodio de la agitación de posguerra.

701

No sabemos mucho sobre Arthur Thistlewood y los conspiradores de la calle Gato.³ Thistlewood fue a caballero, que había sufrido varias desgracias, la mayoría (al parecer) de su propia cosecha. No muchos hombres que habían sido procesados una vez por alta traición estaban dispuestos a poner sus cabezas en la soga una segunda y una tercera vez, como hizo Thistlewood en 1817-18 y de nuevo en 1820. Su valentía era más que tres partes de tonta dureza ; pero también lo era la de Emmett, o la de los hombres de la "Pascua del 16". Las escabrosas biografías aparecidas en la prensa en el momento de su muerte han perpetuado una tradición que perdura en los escritos actuales⁴. Pero el caso, como mínimo, no está probado y no concuerda con su conducta en el cadalso. Para George Borrow, que puede haber idealizado la historia del mundo subterráneo, Thistlewood era uno de los "viejos radicales", "un valiente soldado" que "había servido con distinción como oficial al servicio de Francia" y "uno de los excelentes espadachines de Europa". Nunca había "desenvainado su espada, pero en defensa de los débiles e insultados, era amable y de corazón abierto, pero de una sencillez demasiado grande...". "Oh, había algo en esos tipos"⁵

Apenas podemos aceptar sin reservas los relatos de sus oponentes o de Borrow. Es cierto que era un "viejo Jack" y un republicano convencido. Y, cuando demasiados de

¹ Véase el comentario en *Union: Prospective of a Nev Publication* (1831), (John Rylands Lib. R.106147): "El Gobierno en 1819 debió su seguridad a la indulgencia del Sr. Hunt".

² *Registro Político*, 4 de diciembre de 1819, 22 de enero de 1820.

³ Queda mucho por descubrir. *La conspiración de la calle Cato* (1962), de John Stanhope, es entretenida en la conocida tradición de "whod nit". Establece sin lugar a dudas el papel provocador de Edwards, basándose en las pruebas de H.O. t4.4-6. Sin embargo, no sitúa la conspiración en su contexto, y los detalles biográficos se extraen en gran medida de los informes hostiles de la prensa y de la versión de los juicios de O. T. Wilkinson. En H.O. 4a y H.O. 40.7/10 quedan por investigar una serie de documentos, endosados en el reverso "Thistlewood Papers".

⁴ Véase, por ejemplo, R. J. White, op. cit., p. 199, donde se le compara con un "traidor de la bomba atómica", asistido por "rufianes golfillos"; y las referencias del Sr. Stanhope (pp. 28, 57) a "personalidades psicopáticas", con "neurosis personales". De hecho, que de los únicos hombres de 1819 20 a los que tenemos derecho a aplicar estos epítetos con precisión clínica es Lora Gastlereagh. Véase H. M. Hyde, *The Strange Death of Lord Castlereagh* (1959).

⁵ G. Borrow, *Romany Rye*, Apéndice, Cap. X. Borrow también dice que Thistlewood perdió su fortuna, no (como en los relatos chuscos) por el juego, sino por un préstamo imprudente a un amigo.

sus asociados expresaban su republicanismo en la retórica de la imprenta y la arenga, se le puede reconocer el mérito de una comparativa taciturnidad y atención a la organización práctica. Pero es más importante apreciar el predicamento en el que se encontraba un hombre como él. En una reunión en el "White Lion" a principios de noviembre (un espía informó a Lord Sidmouth) el Dr. Watson comunicó al comité "que la comunicación entre él y los Country Places se había interrumpido porque se habían puesto de parte de Hunt". En ese momento "Thistlewood estaba con los tejedores en Spitalfields".¹ Según otros informes, Thistlewood estaba profunda y amargamente afectado por la acusación de Hunt de que era un espía, y decidido a eliminar la calumnia con alguna acción audaz. Mientras las Seis Leyes pasaban por el Parlamento, reconstruyó algunas conexiones clandestinas, especialmente con Yorkshire y Glasgow.² En diciembre, la conspiración de Cato Street ya estaba en marcha.

702

Era una repetición, incluso en algunos detalles, de los asuntos de Despard y Spa Fields. Pero era más rudo, más violento, más patético. Thistlewood sintió que recaía sobre él el deber de rescatar al país de la represión. Si tan sólo se pudiera dar el golpe *inicial* —en la Torre, en el Banco, en el Parlamento o en el Rey— entonces se daría la señal (estaba seguro) cuando Spitalfields, los Minorities, Smithfield se alzarían; y los "Country Places" barrerían todo ante ellos. Más que esto, parece que Thistlewood había prometido por su honor a los emisarios provinciales *que* Londres actuaría de esta manera. Si en enero y febrero de 1820 se comportó con una temeridad apenas sensata, fue la temeridad de la desesperación. Se movía ansiosamente (él mismo en extrema pobreza) entre los ultrarradicales londinenses; los artesanos, jornaleros y comerciantes deístas que leían y aprobaban la *Medusa* de Thomas Davison o el *Cometa Teológico* de Shorter, en los que se esperaba con impaciencia el derrocamiento sanguinario tanto de sacerdotes como de reyes.³

Había muchos hombres que aplaudían la idea de un levantamiento —los zapateros, en particular, estaban preparados, y su sindicato era virtualmente una organización jacobina⁴ —, mientras que se decía que los irlandeses del 98 estaban en Londres en noviembre, reunidos en la tienda de Davison, y "*de nuevo* esforzándose por incitar a la Orden Inferior de los Irlandeses a la *Rebelión*".⁵ George Edwards, una especie de

¹ H.O. 42.198. Informe de "I.S.", 10 de noviembre de 1819.

² Ver especialmente A. B. Richmond, op. cit., pp. 183-4. El 23 de diciembre de 1819, nueve delegados de la organización secreta de Lancashire fueron arrestados, presumiblemente por información de "Alpha". Véase *Independent Whig*, 1 de enero de 1820.

³ Véase, por ejemplo. *The Theological Camel: or Free-Thinking Englishman*, 28 de agosto de 1819: "To the Manchester Blood Hounds" "¿Tienes una inclinación tan religiosa como para deleitarte con las barbaridades y masacres de ese monstruoso carnicero Moisés...?"

⁴ La tradición jacobina entre los zapateros va desde Thomas Hardy y John Ashley (ambos secretarios del L.C.S.), pasando por Charles Pendrill (y otros asociados de Despard) y Davenport, el Spencea, hasta los ultrarradicales Preston y Waddington. La mayoría de los conspiradores de Cato Street eran fabricantes de botas y zapatos, y las secciones Central y Oeste de Londres votaron cada una 50 libras para su defensa (*Independent Whig*, 12 de marzo de 1820).

⁵ Reports of "I.S.", 15 de noviembre de 1819, H.O. 42.198.

artista, que había ejecutado un busto de Paine para Carlile y que era hermano de un antiguo Secretario de los Speneans, era particularmente fértil en sugerencias. "Propuso", declaró Thistlewood en su desafiante discurso antes de recibir la sentencia de muerte,

703

un plan para volar la Cámara de los Comunes. Esta no era mi opinión: Yo sólo quería castigar a los culpables, y por eso lo rechacé. A continuación propuso que atacáramos a los ministros en la *fiesta* ofrecida por el embajador español. A esto me opuse resueltamente... había damas invitadas al agasajo, y yo, que pronto subiré al cadalso, me estremecí de horror ante la idea de aquello, una muestra de lo cual había sido ofrecido previamente por los Agentes del Gobierno en Manchester....

"Edwards no dejaba de inventar; y al final propuso atacarlos en una cena de gabinete". Las reuniones se celebraban en varias salas y en el desván de Cato Street. James Ings, un carnicero propenso a las fantasías vívidas, se dejó llevar por la anticipación de su papel cuando (de acuerdo con el plan) se entraría en la casa y se abriría la puerta de par en par a los comensales: "Diré: 'Señores, tengo aquí hombres tan buenos como la caballería de Manchester; entren ciudadanos y cumplan con su deber'". "Las cabezas de Castlereagh y Sidmouth iban a ser colocadas en picas, y en la ciudad se iban a publicar proclamas de un "Gobierno Provisional". A medida que se acercaba el momento del ataque propuesto, Thistlewood parecía haberse aferrado a él sólo con una especie de honor desesperado. *Algo* debía intentarse. "Espero que no renunciéis a lo que vas a hacer", dijo. "Si lo haces, este será otro asunto de Despard".

El plan, por supuesto, era conocido desde hacía tiempo por aquellas cabezas que se proponía llevar en picas por las calles. Incluso el anuncio, en el *New Times*, de la cena del gabinete era un engaño. Los conspiradores fueron debidamente detenidos, aunque no sin una escaramuza en la que Thistlewood atravesó a uno de los Bow Street Runners. Las detenciones crearon la sensación que el Gobierno necesitaba para justificar las Seis Leyes, y también para ayudarles a superar unas elecciones generales.¹ Los efectos de la sensación desaparecieron cuando se celebraron los juicios (a mediados de abril) y cuando se descubrió el papel de Edwards como *provocador*.

En sus juicios y en el cadalso, Thistlewood y sus compañeros se comportaron con valentía, e incluso con bravuconería. (El único sentimiento de desilusión de Thistlewood parece haber llegado, en las semanas anteriores al juicio, cuando los prisioneros pasaron por Londres y no hubo ningún intento de rescate por parte de la multitud londinense). Todos, excepto Davidson (un "hombre de color" de Jamaica que tenía algunas asociaciones metodistas) parecen haber sido deístas, y rechazaron los consuelos del capellán de la prisión. Más de uno de los prisioneros compuso versos desafiantes mientras esperaba su sentencia:

704

Tiranos. Llenáis de temor al pobre
y le quitáis su derecho

¹ Véase Maccoby, op. cit., p. 366.

Y subir el precio de la carne y el pan
Y así su trabajo arruinar.
Nunca trabajas, nunca te afanas,
pero puedes comer y beber;
Nunca cultivar la tierra,
Ni del pobre pensar. ...*

* Tyrants. Ye fill the poor with dread
And take way his right
And raise the price of meat and bread
And thus his labour blight.

You never labour, never toil,
But you can eat and drink;
You never cultivate the soil,
Nor of the poor man think...

"Mi querida Celia", escribió James Ings a su esposa:

Debo morir según la ley, y dejaros en una tierra llena de corrupción, de donde la justicia y la libertad han huido a otras costas lejanas.... Ahora, querida, espero que tengas en cuenta que la causa de que me enviaran al cadalso fue un motivo puro. Pensé que había prestado un servicio a mis compañeros hambrientos, hombres, mujeres y niños....

John Brunt, zapatero, declaró ante el tribunal antes de que se dictara sentencia, "de una manera particularmente audaz y sin vergüenza",

había podido ganar, gracias a su laboriosidad, unas tres o cuatro libras a la semana, y mientras fue así, nunca se metió en política; pero cuando vio que sus ingresos se reducían a diez libras a la semana, empezó a mirar a su alrededor. ¿Y qué encontró? Pues hombres en el poder, que se reunían para deliberar cómo podrían matar de hambre y saquear el país. Consideró las transacciones de Manchester como las más terribles. Él se había unido a la conspiración por el bien público. No era el hombre que se habría detenido. Oh no: habría llegado hasta el final. Moriría como descendiente de un antiguo Británico....

En el cadalso, Thistlewood declaró, con su fuerte acento del condado de Lincoln: "Deseo que todos los presentes recuerden que muero por la causa de la libertad...". Cobbett, en un relato conmovedor y sencillo, recordó el nombre de Sir Thomas Moro. Hobhouse, que presenció las exculpaciones, anotó en su diario:

705

Los hombres murieron como héroes. Ings, tal vez, se obstinó demasiado en cantar "Muerte o Libertad", y Thistlewood dijo: "Cállate, Ings; podemos morir sin todo este ruido".

La multitud se atrincheró a cierta distancia del cadalso para que no se pudiera intentar ningún rescate ni oír los discursos de los moribundos. Cuando se mostraron las cabezas de las víctimas, la muchedumbre enloqueció de ira: "los gritos y las execraciones de la multitud reunida superaron todo lo imaginable".¹

¹ Thistlewood, Ings, Brunt, Tidd y Davidson fueron ejecutados el 1 de mayo. Otros cinco fueron transportados. Este relato se basa en G. T. Wilkinson, op. cit. *passim*; H. Stanhope, *The Cato Street Conspiracy*, esp. Ch. VI (para el papel de Edwards); Cobbett's *Political Register*, 6 de mayo de 1820; R. F. Weymouth, op. cit. p. 71; *Inde pendent* 7 de mayo de 1820; Lord Broughton, *Recollections of a Long Life*, (1909), II, p. 126; E. Aylmer, *Memoirs of George*

Así acabó el "viejo radicalismo", que, a su manera, fue una prolongación en el siglo XIX del jacobinismo de la década de 1790. (Los zapateros de la calle Cato fueron de los últimos en utilizar el término "Ciudadano" y otras formas jacobinas). Hemos intentado corregir, un poco, la imagen habitual de una banda de criminales forajidos. Thistlewood fue ciertamente culpable de locura, al exponer las vidas de sus seguidores a una provocación tan patente. ("Soy como un buey conducido al mercado de Smithfield para ser vendido", estalló Ings en su juicio: "Lord Sidmouth lo sabía todo desde hace dos meses"). Sus planes —apoderarse de cañones y arsenales, incendiar los cuarteles y establecer un Gobierno Provisional en la Mansion House— eran poco más que fantasías. Justificó su complot con la apología romana del tiranicidio. En su juicio declaró que "se había cometido alta traición contra el pueblo de Manchester":

Bruto y Casio fueron alabados hasta el mismísimo cielo por matar a César; de hecho, cuando un hombre, o un grupo de hombres, se sitúan por encima de las leyes de su país, no hay otro medio *de llevarlos* ante la justicia que el brazo de un particular.

Pero incluso si alguna variante de la Conspiración de Cato Street hubiera tenido éxito en su objetivo inmediato, es difícil ver lo que habría seguido. Tal vez, durante unos días, los "Gordon Riots" a una escala mayor y mucho más sangrienta; seguidos, con toda probabilidad, por un "Terror Blanco", con Peterloo recreado en una docena de ciudades inglesas y escocesas. Thistlewood había pasado por alto el comentario irónico de Shakespeare, puesto en boca de Bruto:

706

Agachaos, romanos, agachaos,
Y bañemos nuestras manos en la sangre del César
hasta los codos, y embadurnemos nuestras espadas:
Y, agitando nuestras armas rojas sobre nuestras cabezas,
gritemos todos: "Paz, libertad y libertad".*

* Stoop, Romans, stoop,

And let us bathe our hands in Caesar's blood
Up to the elbows, and besmear our swords:
Then walk we forth, even to the market-place,
And, waving our red weapons o'er our heads,
Let's all cry, "Peace, freedom and liberty."

Pero aquellos que sufrieron con Thistlewood, y que tenían más derecho a condenarlo por su locura, parecen haber sentido por él la mayor lealtad. Susan Thistlewood, además, no aparece como una cifra, sino como una jacobina enérgica por derecho propio, con una actitud fría e intelectual y dispuesta a tomar parte activa en la defensa.¹ No está claro hasta qué punto la Conspiración de Cato Street estaba vinculada a un auténtico plan nacional. Hubo tres intentos de sublevación poco después de la detención de los conspiradores: uno en Glasgow y dos en Yorkshire. En los alrededores de Glasgow, pequeños grupos de tejedores se sublevaron los días 5 y 6 de abril (con su famosa pancarta, "Scotland Free or a Desert"), hubo un fuerte

Eduards (1820).

¹ G. T. Wilkinson, op. cit., pp. 73-4; Cobbett's *Political Register*, 6 de mayo de 1820; Bamford, op. cit., p. 299.

enfrentamiento con los militares en la "Batalla de Bonnymuir", y al final tres hombres fueron ejecutados. Uno de ellos —James Wilson— era un "viejo Jack"; otro era un antepasado de Keir Hardie; ambos eran hombres autodidactas de logros inusuales.¹ Parece que los insurgentes creían que estaban desempeñando su papel en un plan de levantamientos simultáneos en Escocia, Yorkshire, Lancashire y Carlisle, en todos los bastiones de los tejedores.

Seis días antes (31 de marzo de 1820) se había producido un movimiento irresoluto en los pueblos textiles de los alrededores de Huddersfield. Los cosechadores, como de costumbre, estaban profundamente implicados. Después de Peterloo, se habían formado decenas de clubes, donde el *Black Dwarf*, *Cap of Liberty* y *Manchester Observer*. Un campesino que había asistido a manifestaciones sosteniendo una pancarta con la inscripción: "Levantad a los británicos y haced valer vuestros derechos: El león despierta a la sensación de peligro", declaró que se había planeado un levantamiento en noviembre, "como consecuencia de una investigación sobre el hecho de que los procedimientos de Manchester no se habían llevado a cabo de acuerdo con sus deseos". Se distribuyeron tarjetas rotas por la mitad con la inscripción "Demo", y la señal para el levantamiento era la entrega de la otra mitad ("cracy"). El objetivo era "establecer un Gobierno". Con el acompañamiento de señales de faro 200 insurgentes se reunieron con picas, horcas y pistolas, y se dispersaron cuando no aparecieron otros grupos. La noche del 11 de abril tuvo lugar el último intento, en Grange Moor, cerca de Barnsley. Existían cuarenta o cincuenta "clases" radicales entre los tejedores de lino y los coladores de la ciudad, vinculadas por un comité general de delegados, y de ahí a un comité secreto de siete. Los temas tratados en sus reuniones eran:

707

La Opresión de los Pobres, los Impuestos y la Deuda Nacional, y lo que se destinaba a las necesidades de la vida... y la Corrupción de los Ministros y cuántos miles al año se gastaban en ellos y en pensiones y plazas con nuestros ingresos.

Los radicales de Barnsley esperaban que todo el norte y las Midlands se levantaran la misma noche. Debían dirigirse a Grange Moor, donde *se reunirían* con otros contingentes, y luego proseguir:

a través de Barnsley a Sheffield y a Londres. Se decía que los escoceses estarían en Leeds tan pronto como nosotros o no más de un día de marcha detrás de nosotros.

Se reunieron unos 300, con tambores, armas, mochilas (con provisiones para tres días) y una bandera verde con flecos negros: "El que hiera a un hombre para que muera, morirá". Los escoltaban dos antiguos soldados, Comstive (un "hombre de Waterloo" y un "buen plumilla") y Addy (que llevaba el simbólico sombrero blanco). Recorrieron a duras penas las 12 millas hasta Grange Moor, recogiendo pequeños grupos por el camino, y llegaron de madrugada para encontrar la *cita* desierta. Después de esperar algún tiempo, el rumor de un complot del Gobierno se extendió

¹ [Peter Mackenzie], *An Exposure of the Spy System Pursued in Glasgow* (Glasgow, 1832), pp. 71-232, y *The Trial of Jama Wilson* (Glasgow, 1832); A. B. Richmond, op. cit., p. 184.

por las filas, y se dispersaron consternados. Por estos dos intentos fueron transportados Comstive, Addy y varios más.

Los rumores corrían por los distritos manufactureros. "Se dice que los escoceses invadirán pronto Inglaterra y se unirán a los radicales ingleses", anotaba en su diario (7 de abril) un tejedor de Burnley; pero diez días después señalaba que tres ultraradicales "abandonan el país, pero su paradero sigue siendo un secreto, aunque se dice que se han hecho a la mar". El 14 de abril, un tejedor, Joseph Tyas, fue detenido cerca de Huddersfield, y en la gorra de su mujer se encontró una carta dirigida por él a "our brethren in Lankaster Shire":

708

Queridos hermanos:

Esperamos que se encuentre bastante bien, aunque su enfermedad es dolorosa... Nuestra música en Yorkshire ha tocado dos veces, mientras que la vuestra en Lankashire no ha tocado nunca.

Melancólico, Melancólico, Melancólico Yorkshire, tus Reformadores se mantienen fieles... Alrededor de 300 en Grange Moor, marcharon toda la noche, cada hombre tenía su manta de repuesto [lanza] o arma de fuego y bien cargada de municiones pobres hombres ser engañados por hombres cortos de vista habría tenido un efecto en sus sentimientos haber visto a los valientes hombres de pie bajo sus armas toda esa noche después de una marcha de 12 millas y ni un solo hombre para reunirse con ellos de acuerdo con el nombramiento todos sus ejes de pica se quedaron en el más las hojas sacadas excepto 3 o 4 que fue a la fiesta en [demasiado rápido en], los pobres hombres se mantuvieron con los corazones alegres hasta el amanecer, tocando los tambores y sus pechos, pero ninguna otra parte los alegró. Todos no sabían qué hacer. No podían pensar en volver a Barnsley, pero cuando no hubo otra perspectiva, todos empezaron a derramar lágrimas.

"Espero", concluye la carta, "que aún podamos reunirnos todos en un solo Cuerpo y una sola Voz."¹

Una y otra vez", aconsejó el *Manchester Observer*, "advertimos a nuestros compatriotas que no escuchen a ningún *extraño*... bajo cualquier pretendida autoridad como delegados de lugares distantes".²

La calle Cato devolvió a la mente de los reformistas, con fuerza redoblada, el mensaje de Oliver. Con las reuniones prohibidas y la prensa en el punto de mira, las uniones políticas empezaron a desmoronarse.

Mientras esto sucedía, se produjeron otros dos acontecimientos que alteraron el carácter y la dirección del movimiento. El primero fue el comienzo de los años de prosperidad general, de 1820 a 1825. La caída de los precios y el pleno empleo aplacaron la ira radical. Y, al mismo tiempo, los periodistas radicales supervivientes se decantaron (casi con alivio) por una nueva causa: la agitación en nombre del honor y los derechos reales de la reina Carolina, a quien Jorge IV quería apartar por mala

¹ T.S. 11.4131 y 3573; Peel, *Spen Valley*, pp. 262-4 y *Risings of the Luddites* (ed. 1888), pp. 313-9; Bennet *t. History of Burnley*, III, p. 380; H.O. 40.11/12.

² *Manchester Observer*, 15 de abril de 1820.

conducta, y que fue la última víctima de una "Bolsa Verde". No es necesario indagar en las patrañas del caso de la reina. Mostró todos los vicios del movimiento radical (así como de los leales) a gran escala. Su gloria (desde el punto de vista radical) fue que colocó a la vieja corrupción en las posturas más ridículas y defensivas. Permitió que los radicales se dirigieran, protestaran y se quejaron, en defensa del honor, la castidad, la justicia y el "sincero apego al Trono". También permitió a Hone y Cruikshank producir algunas de sus más gloriosas sátiras. Semana tras semana durante 1820, Cobbett dedicó por completo su *Register* a la defensa de la Reina. Brougham, Cobbett y Aiderman Wood se ocuparon de los asuntos de la Reina, e incluso escribieron sus respuestas a los Discursos (que también podrían haber escrito ellos), hasta que el ultra leal *John Bull* pudo decir con justificación: "Es tan líder de los radicales como lo fue Hunt antes que ella":

709

A estos fanfarrones, bocazas y ciegos devotos del desorden y la revuelta les importa tan poco la Reina como les importaba Hunt. Ella sirve de poste para izar la revolucionaria Gorra de la Libertad. Burdett fue el poste en un tiempo Hunt fue el último poste antes de la Reina: y ahora su majestad se establece la verdadera madre Red-Cap de la facción.¹ Pero ya no era la "gorra revolucionaria de la Libertad" la que colgaba de la Reina. Se había perdido en algún lugar entre Peterloo y Cato Street. De hecho, la prominencia en la agitación de Brougham, Wood y Hobhouse fue un presagio de la forma del nuevo movimiento de la década de 1820, bajo la dirección de los utilitaristas de clase media y los whigs más jóvenes.²

Quizá no fueron ni Cato Street ni las Seis Leyes las que ejercieron una influencia más duradera en la tradición política británica, sino Peterloo. Pues tras las reacciones a corto plazo, se percibe una respuesta a más largo plazo. En primer lugar, sirvió para advertir a los reformistas de clase media y a los whigs de las consecuencias que se derivarían de su pérdida de influencia sobre las masas no representadas. Incluso Wilberforce pensó que algunos reformistas moderados deberían, tal vez, presentarse "para rescatar a la multitud de las manos de los Hunts y los Thistlewoods".³ Después de que se calmara el clamor de 1819, el movimiento reformista de la clase media asumió un aspecto más decidido. En segundo lugar, la experiencia de la agitación de posguerra sacudió la confianza del *ancien régime* en sí mismo; y algunos de los leales de 1819 se volvieron, en la década de 1820, dispuestos a admitir la necesidad de concesiones limitadas. Así, incluso el coronel Birley, de la Yeomanry de Manchester, hizo campaña en la década de 1820 a favor de la transferencia de escaños de los distritos podridos a Manchester.⁴ En la mente de hombres como Peel crecía la convicción de que había que establecer alguna alianza entre los intereses

¹ *John Bull*, 24 de diciembre de 1820 (citado en Maccoby, op. cit., p. 354.)

² Sobre el asunto de la reina Carolina, véase Chester New, *Life of Henry Brougham*, cap. XIII; Halevy, *The Liberal Awakening*, pp. 80-106; Maccoby, op. cit., cap. XX; Cole, *Life of Cobbett*, cap. XVI.

³ Wilberforce, *Vida*, V, p. 37.

⁴ Véase D. Read, op. cit, cap. XI.

manufactureros y terratenientes, y en contra de la clase obrera.

710

Pero, en tercer lugar, la influencia duradera de Peterloo reside en el horror de los acontecimientos de aquel día. En 1819, la acción de los leales encontró muchos defensores en su propia clase. Diez años más tarde fue un acontecimiento que se recordaría, incluso entre la alta burguesía, con culpabilidad. Como *masacre* y como "Peter-Loo" pasó a la siguiente generación. Y debido al odio que rodeó al suceso, podemos decir que en los anales del "hombre inglés nacido libre" la masacre fue, a su manera, una victoria. Incluso la vieja corrupción sabía, en su corazón, que no se atrevería a hacerlo de nuevo. Puesto que el consenso moral de la nación proscribía el acoso y derribo de una multitud desarmada, el corolario era que se había ganado el derecho de reunión pública. A partir de entonces, los huelguistas o los trabajadores agrícolas podrían ser derribados o dispersados con violencia. Pero desde Peterloo, las autoridades nunca se han atrevido a utilizar la misma fuerza contra una multitud pacífica británica. Incluso la gestión de los "Plug Riots" (1842) y del Bloody Sunday (1887) fue testigo de una violencia cuidadosamente controlada. El incidente más portentoso del 16 de agosto no tuvo lugar en St. Peter's Fields, sino algún tiempo después en la carretera que salía de Manchester. Samuel Bamford, después de buscar angustiadamente a su esposa, volvió a casa por la carretera por la que cientos de personas se dirigían en desorden a los distritos de las tierras altas. En Harpurhay alcanzó a gran parte de los contingentes de Middleton y Rochdale:

Me reuní con mis camaradas y, formando en fila unos mil, nos pusimos en marcha al son de pífanos y tambores, con nuestro único estandarte ondeando, y en esa forma volvimos a entrar en la ciudad de Middleton.

Capítulo 16. CONCIENCIA DE CLASE

I. LA CULTURA RADICAL

EN CONTRASTE CON los años radicales que la precedieron y los años cartistas que la sucedieron, la década de 1820 parece extrañamente tranquila, una meseta de paz social ligeramente próspera. Sin embargo, muchos años después, un comerciante londinense advirtió Mayhew:

La gente cree que cuando todo está tranquilo es que todo está estancado.

El propagandismo está pasando por todo eso. Es cuando todo está tranquilo que la semilla está creciendo. Republicanos y socialistas están presionando con sus doctrinas.¹

Estos años tranquilos fueron los años de la lucha de Richard Carlile por la libertad de prensa; de la creciente fuerza sindical y la derogación de las Leyes de Combinación; del crecimiento del pensamiento libre, el experimento cooperativo y la teoría owenista. Son años en los que individuos y grupos intentaron convertir en teoría las experiencias gemelas que hemos descrito: la experiencia de la Revolución Industrial y la experiencia del Radicalismo popular insurgente y derrotado. Y al final de la década, cuando se produjo la lucha culminante entre la vieja corrupción y la reforma, es posible hablar de una manera nueva de la conciencia de los trabajadores de sus intereses y de su situación como *clase*.

Hay un sentido en el que podemos describir el radicalismo popular de estos años como una cultura intelectual. La conciencia articulada de los autodidactas era sobre todo una conciencia *política*. Porque la primera mitad del siglo XIX, cuando la educación formal de una gran parte de la población suponía poco más que la instrucción en las Tres Erres, no fue en absoluto un periodo de atrofia intelectual. Las ciudades, e incluso los pueblos, bullían con la energía del autodidacta. Dotados de las técnicas elementales de alfabetización, los obreros, los artesanos, los comerciantes, los empleados y los maestros de escuela se instruían a sí mismos, individualmente o en grupos. Y los libros o instructores eran muy a menudo los sancionados por la opinión reformadora. Un zapatero, al que se le habían enseñado las letras en el Antiguo Testamento, se esforzaba con la *Edad de la Razón*; un maestro de escuela, cuya educación le había llevado poco más allá de dignas homilias religiosas, intentaba con Voltaire, Gibbon, Ricardo; aquí y allá, los líderes radicales locales, tejedores, libreros, sastres, acumulaban estanterías de periódicos radicales y aprendían a utilizar los Libros Azules parlamentarios; los trabajadores analfabetos, sin embargo, iban cada semana a un bar donde se leía en voz alta y se discutía la carta editorial de Cobbett.

¹ Mayhew, op. cit., I, p. 22.

De este modo, los trabajadores se formaron una imagen de la organización de la sociedad, a partir de su propia experiencia y con la ayuda de su educación errática y duramente ganada, que era sobre todo una imagen política. Aprendieron a ver sus propias vidas como parte de una historia general de conflicto entre las vagamente definidas "clases trabajadoras", por un lado, y la no reformada Cámara de los Comunes, por otro. A partir de 1830 fue madurando una conciencia de clase más claramente definida, en el sentido marxista habitual, en la que los trabajadores eran conscientes de seguir librando por sí mismos batallas antiguas y nuevas.

Es difícil generalizar en cuanto a la difusión de la alfabetización en los primeros años del siglo. Las "clases industriales" tocaban, en un polo, al millón o más de analfabetos, o cuya alfabetización se reducía a poco más que la capacidad de deletrear algunas palabras o escribir sus nombres. En el otro polo había hombres de considerable intelectualidad. Analfabetismo (debemos recordar) recordemos que el analfabetismo no excluía en absoluto a los hombres de la vida política. En la Inglaterra de Mayhew, los cantantes de baladas y los "charlatanes" seguían teniendo una próspera ocupación, con sus farsas en las aceras y sus parodias en las esquinas de las calles, siguiendo el estado de ánimo popular y dando un giro radical o antipapal a sus monólogos satíricos o Chaunts, según el estado del mercado.¹ El trabajador analfabeto podía recorrer kilómetros para escuchar a un orador radical, del mismo modo que el mismo hombre (u otro) podía recorrerlos para escuchar un sermón. En tiempos de efervescencia política, los analfabetos hacían que sus compañeros de trabajo leyeran en voz alta los periódicos, mientras que en las Casas de Llamadas se leían las noticias, y en las reuniones políticas se pasaba un tiempo prodigioso leyendo discursos y aprobando largas rondas de resoluciones. El Radical sincero podría incluso atribuir una virtud talismánica a la posesión de obras favorecidas que él era incapaz, por sus propios esfuerzos, de leer. Un zapatero de Cheltenham que llamaba puntualmente cada domingo a W. E. Adams para que le leyera "la carta de Feargus", era sin embargo el orgulloso propietario de varios de los libros de Cobbett, cuidadosamente conservados en estuches de cuero lavado.²

Estudios recientes han arrojado mucha luz sobre la situación del lector de la clase obrera en esos años.³ Para simplificar una discusión difícil, podemos decir que algo así como dos de cada tres trabajadores sabían leer de alguna manera a principios de siglo, aunque eran menos los que sabían escribir. A medida que se dejaba sentir el efecto de las escuelas dominicales y diurnas, así como el afán de superación de los propios trabajadores, el número de analfabetos disminuía, aunque en las peores zonas de

¹ Véase especialmente Mayhew, op. cit., I, p. 252 y ss.

² W. E. Adams, *Memorias de un átomo social* (1903), I, p. 164.

³ Véase especialmente R. K. Webb, *The British Working Class Reader, 1790-1848* (1955), el artículo del mismo autor, "Working-Class Readers in Early Victorian England", *English Hist. Rev.*, LXV (1950); R. D. Altick, *The English Common Reader* (Chicago, 1957). esp. Chs. IV, VII, XI; y J. F. C. Harrison, *Learning and Ewing* (1961), Primera parte.

trabajo infantil el descenso se retrasaba. Pero la capacidad de leer era sólo la técnica elemental. La capacidad de manejar argumentos abstractos y consecutivos no era en absoluto innata; había que descubrirla frente a dificultades casi abrumadoras: la falta de tiempo libre, el coste de las velas (o de las gafas), así como la privación de educación. En el primer movimiento radical se emplearon a veces ideas y términos que, es evidente, tenían para algunos fervientes seguidores un valor más fetichista que racional. Algunos de los rebeldes de Pentridge rebeldes de Pentridge pensaban que a "Gobierno Gobierno Provisional" aseguraría un suministro más abundante de "provisiones"; mientras que, en un relato de los picapedreros del noreste en 1819, "el Sufragio Universal es entendido por muchos de ellos como un sufrimiento universal... 'si un miembro sufre, todos deben sufrir'."¹

Las pruebas que se conservan sobre los logros literarios de los trabajadores en las dos primeras décadas del siglo sólo sirven para ilustrar la insensatez de la generalización. En la época ludita (en la que sólo unos pocos trabajadores habrían apoyado sus acciones), los mensajes anónimos van desde apóstrofes autoconscientes a "Libertad con sus sonrientes atributos" hasta tizas apenas descifrables en las paredes. Podemos tomar ejemplos de ambos tipos. En 1812 se advirtió al forense de Salford, que había emitido un veredicto de "homicidio justificado" sobre el cadáver de un hombre abatido mientras atacaba el molino de Burton:

714

... sabed, maldito insinuator, que si la infame acción de Burton fue "justificable", las Leyes de los Tiranos son Dictados de Razones.-¡Cuidado, cuidado! Un baño de meses en el Lago Estigio no lavaría este hecho sanguinario de nuestras mentes, sino que aumenta la causa hereditaria, que nos agita en la indignación.²

La carta concluye: "Ludd finis est", un recordatorio de que Manchester contaba con una escuela de gramática (a la que el propio Bamford asistió durante un breve periodo de tiempo), así como con escuelas privadas donde los hijos de los artesanos podían obtener el latín suficiente para ello. El otro periódico se encontró en el mercado de Chesterfield. Tiene el mismo propósito, pero (a pesar de las desventajas educativas del escritor) de alguna manera tiene una mayor convicción:

Voy a informaros que hay seis mil hombres que vienen a veros en abril y luego iremos y volaremos la casa del Parlamento y volaremos las cuatro casas de trabajadores, gente que ya no puede soportarlo/condenaremos a todos los roges que gobiernan Inglaterra, pero No importa Ned Lud cuando el general Nody y Harmey vengan, pronto traeremos la gran Revolución y entonces todos estos grandes hombres se irán.*

* I Ham going to inform you that there is Six Thousand men coming to you in Apral and then We Will go and Blow Parlement house up and Blow up all afour hus/labring Peple Cant Stand it No longer/ dam all Such Roges as England governes but Never mind Ned lud when general nody and is harmey Comes We Will soon bring about the greate Revelution then all these greate mens heads gose of.

Otros de los beneficios prometidos de la "noidad general" fueron: "Armaremos las

¹ *Political Observer*, 19 de diciembre de 1819.

² Otra carta ("Eliza Ludd" a Rev. W. R. Hay, 1 mayo 1812) comienza: "Señor, sin duda conoce bien la Historia Política de América.", ambas en H.O. 40.1.

Cárceles y asesinaremos al Juez cuando duerma."¹

La diferencia (nos dirán los críticos) no es sólo una cuestión de estilo, sino también de sensibilidad. El primero podríamos suponer que fue escrito por un artesano canoso y con gafas, un zapatero (o sombrerero o fabricante de instrumentos) con Voltaire, Volney y Paine en su estantería, y un gusto por los grandes trágicos. Entre los prisioneros del Estado de 1817 había otros hombres de este orden procedentes de Lancashire: el septuagenario William Ogden, impresor de cartas, que escribió a su esposa desde la cárcel: "Joseph Mitchell, otro trabajador de la imprenta, cuyas hijas se llamaban Mirtila, Carolina y Cordelia, y que —cuando nació otra hija mientras él estaba en prisión— escribió apresuradamente a su esposa proponiendo que el bebé se llamara Portia; o el propio Samuel Bamford, cuyas instrucciones a su esposa eran más específicas: "a Reformers Wife ought to be an heroine".³ La segunda carta (podemos estar casi seguros) es obra de un colador o de un almacenero de pueblo. Es muy parecida a la carta más juguetona que dejó un minero de la cuenca minera del noreste en la casa de un espectador de la mina en 1831, en la que él y algunos compañeros habían irrumpido durante un motín de la huelga:

715

Estuve en su casa la noche pasada, y me sentí muy a gusto. No tienes familia, y sólo eres un trabajador en la mina, veo que tienes un montón de habitaciones, y grandes bodegas, y mucho vino y cerveza en ellas, de lo que tengo mi parte. No, no conozco a nadie en la mina que tenga tres o menos muchachos y muchachas, y viven en una habitación que no es ni la mitad de bonita que tu bodega. No pretendo saber mucho, pero creo que no debe haber tanta diferencia. El único lugar al que podemos ir los fines de semana es la cantina y tomar una pinta. No pretendo ser una persona de provecho, pero sé, y muchas de mis hermanas también, que no somos lo que debíamos ser, y un gran filósofo dice que no saber es no ser ignorante. Pero acabamos de empezar a descubrirlo, y vosotros, señores y dueños, podéis mirar, porque no habéis ganado tanto a vuestra manera, ganamos para tener algo de trabajo ahora.²

"Si las Sociedades Bíblicas y las Sociedades de Escuela Dominical no han tenido ningún otro beneficio", señalaba Sherwin, "al menos han producido un efecto beneficioso: han sido el medio de enseñar a leer a muchos miles de niños".³ Las cartas de Brandreth y su esposa, de los estafadores de Cato Street y de otros prisioneros del Estado, nos dan una idea de esa gran área entre los logros del artesano cualificado y los del que apenas sabe leer y escribir.⁴ En algún punto intermedio podemos situar a la señora Johnston, dirigiéndose a su marido ("Mi querido Johnston"), que era sastre oficial, en prisión:

... créeme querido si no hay un día ni una hora en el día, pero lo que mi mente está menos o más ocupada contigo. Puedo apelar al todopoderoso que es verdad y cuando me retiro a descansar le pido a Dios que perdone todas mis enemistades y cambie tu corazón....

¹ O. 42.121. 3 H.O. 42.163; *Blanketteer*, 20 de noviembre de 1819.

² R. Fynes, *The Miners of Northumberland and Durham* (ed. 1923), p. 21.

³ Sherwin's *Political Register*, 17 de mayo de 1817.

⁴ Véanse p. 666 y p. 704 más adelante.

Junto a esto podemos poner la carta del carpintero de Sheffield, Wolstenholme, a su esposa:

Nuestro pastor me ha prestado cuatro volúmenes del Registro Misionero que me dan la gran satisfacción de ver cómo el Señor se preocupa por su obra de gracia en continentes lejanos.

716

La redacción de esta carta estuvo plagada de dificultades, ya que "Se me han roto los espetáculos".¹ Esas cartas estaban escritas con un ocio desacostumbrado. Casi podemos ver a Wolstenholme deletreando laboriosamente sus palabras, y deteniéndose a consultar a un prisionero más "letrado" cuando llegaba al obstáculo de la "satisfacción". La Sra. Johnston pudo haber consultado (pero probablemente no lo hizo) a uno de los escritores de cartas "profesionales" que se encuentran en la mayoría de las ciudades y pueblos, que escriben las cartas de aprobación a la vez. Incluso entre los alfabetizados, escribir cartas era una actividad poco común. Sólo el coste del franqueo lo prohibía, excepto a intervalos infrecuentes. Que una carta pase entre el norte y Londres puede costar 1 chelín 10*d.*, y sabemos que tanto la señora Johnston como la señora Wolstenholme sufrían privaciones en ausencia de su marido... Los zapatos de la señora Johnston estaban llenos de agua y no había podido comprar más desde que se llevaron a su marido.

Al parecer, todos los presos de la calle Cato sabían escribir de alguna manera. Brunt, el zapatero, salseaba algunos versos sardónicos con francés, mientras que James Wilson escribía:

la Causa que enervó el brazo de un Bruto
para golpear a un Tirano con alarma
la causa por la que murió el valiente Hamden
por la que desafió el Galante Tell
una insolencia y orgullo Tirants.*

* the Cause wich nerved a Brutus arm
to strike a Tirant with alarm
the cause for wich brave Hamden died
for wich the Galant Tell defied
a Tirants insolence and pride.

Richard Tidd, otro zapatero, por su parte, sólo pudo reunir: "Sir I Ham a very Bad Hand at Righting".² Por supuesto, no podemos tomar a estos hombres como "muestra", ya que su implicación en la actividad política indica que pertenecían a la minoría más consciente que seguía a la prensa radical. Pero pueden servirnos de advertencia para no infravalorar la difusión de la alfabetización efectiva.³ Los artesanos

¹ H.O. 42.172. Estos correspondientes, que esperaban con impaciencia la puesta en libertad, sabían que su correspondencia era leída por el director de la prisión y, por lo tanto, eran especialmente propensos a insertar referencias al perdón, la gracia y la mejora de la lectura.

² Véase J. Stanhope, op. cit., pp. 161-7.

³ Parte de la correspondencia sindical más antigua que se conserva —la de los tejedores de marcos, en los archivos de la ciudad de Nottingham— muestra una difusión generalizada de los logros literarios. Véase más adelante, pp. 535-40.

son un caso especial: la *élite* intelectual de la clase. Pero había, esparcidas por todas partes de Inglaterra, abundantes instituciones educativas para los trabajadores, aunque "institución" sea una palabra demasiado formal para referirse a la dame school, la escuela nocturna de un penique a la semana dirigida por un lisiado de fábrica o un minero herido, o la propia escuela dominical. En los valles de los Peninos, donde los hijos de los tejedores eran demasiado pobres para pagar pizarras o papel, les enseñaban las letras dibujándolas con los dedos en una mesa de arena. Si miles de personas perdieron estos conocimientos elementales al llegar a la edad adulta, por otro lado los trabajos de las iglesias no conformistas, de las sociedades de socorros mutuos y de los sindicatos, así como las necesidades de la propia industria, exigían que se consolidara y avanzara ese aprendizaje. "Alexander Galloway, el maestro ingeniero, informó en 1824,

717

por el modo de gestionar mi negocio, mediante dibujos y descripciones escritas, un hombre no me sirve de mucho a menos que sepa leer y escribir; si un hombre solicita trabajo y dice que no sabe leer y escribir, no se le hacen más preguntas...¹

En la mayoría de los oficios artesanos, los oficiales y los pequeños maestros consideraban una necesidad profesional la lectura y el trabajo con cifras.

No sólo el cantante de baladas, sino también el "hombre número" o "hombre calendario". calendario" en por la clase obrera de la clase obrera, vendiendo libros de lectura², almanaques, discursos moribundos y (entre 1816 y 1820, y a intervalos después) periódicos radicales. (Uno de estos "almanaqueros", que viajaba para Cowdrey y Black, los "impresores sediciosos [es decir, whigs] de Manchester", fue detenido por los magistrados en 1812 porque se descubrió que en sus catálogos estaba escrito: "Ningún rey ciego: Ned Ludd para siempre"³). Uno de los rasgos más impresionantes del radicalismo de posguerra fue su esfuerzo sostenido por extender estos logros y elevar el nivel de conciencia política. Ya en enero de 1816 se formó en Barnsley un club de tejedores que cobraba un penique al mes para comprar periódicos y revistas radicales. Los Hampden Clubs y los sindicatos políticos se esforzaron por crear "sociedades de lectura" y en los centros más grandes abrieron salas de prensa o lectura permanentes, como la de Hanley, en Potteries. Esta sala estaba abierta de 8 de la mañana a 10 de la noche. Se castigaban los juramentos, el lenguaje indecente y la embriaguez. Cada noche, los periódicos de Londres debían ser "leídos públicamente". Según Joseph Mitchell, en las aulas de la Unión de Stockport en 1818, los lunes por la noche había una reunión de líderes de clase; los martes, "lecturas morales y políticas"; los miércoles, "una conversación o debate"; los jueves, se enseñaba "Gramática, Arithmetic, etc."; los sábados había una velada social; mientras que los domingos era día de escuela tanto para adultos como para niños. En Blackburn, los miembros de la Sociedad de Reforma Femenina se comprometieron a "esforzarse al

¹ *Primer Informe... sobre Artesanos y Maquinaria* (1824), P. 25.

² "Juicio de Thurtell", de Catnach, 500.000 (1823): "Confesión y Ejecución de Corder", 1.166.000 (1828).

³ H.O. 40.1

máximo para inculcar en las mentes de nuestros hijos un odio profundo y arraigado hacia nuestros gobernantes corruptos y tiránicos". Uno de los medios fue el uso del "Alfabeto malo para uso de los hijos de las reformadoras": B de Biblia, Obispo y Fanatismo; K de Rey, Mal del Rey, Bribón y Secuestrador; W de Whig, Debilidad, Vacilante y Malvado.

718

A pesar de la represión posterior a 1819, la tradición de ofrecer este tipo de salas de prensa (a veces anexas a la tienda de un librero radical) continuó durante la década de 1820. En Londres, después de la guerra, se produjo un auge de los coffee-houses, muchos de los cuales cumplían esta doble función. En 1833, en el famoso "Coffee and Newsroom" de John Doherty, anexo a su librería de Manchester, se tomaban no menos de noventa y seis periódicos a la semana, incluidos los ilegales "sin sellar". En las ciudades y pueblos más pequeños, los grupos de lectura eran menos formales, pero no por ello menos importantes. A veces se reunían en posadas, "hush-shops" o casas particulares; otras, el periódico se leía y discutía en el taller. El elevado coste de las publicaciones periódicas en la época de los mayores "impuestos sobre el conocimiento" dio lugar a miles de acuerdos *ad hoc* por los que pequeños grupos se asociaban para comprar el periódico de su elección. Durante la agitación de la Ley de Reforma, Thomas Dunning, un zapatero de Nantwich, se unió a sus compañeros de tienda y a "nuestro ministro unitario... para suscribirse al *Weekly Dispatch*, al precio de 8 ½*d.*, siendo el impuesto de timbre de 4*d.*". Era demasiado caro para *un* crispín mal pagado..."¹

La circulación de la prensa radical fluctuó violentamente. El *Register de Cobbett*, 2*d.* entre octubre de 1816 y febrero de 1817, alcanzaba entre 40.000 y 60.000 ejemplares semanales, una cifra muchas veces superior a la de cualquier competidor de cualquier tipo.² The *Black Dwarf* alcanzó los 12.000 ejemplares en 1819, aunque esta cifra probablemente se superó después de Peterloo. A partir de entonces, el impuesto de timbre (y la recesión del movimiento) redujeron drásticamente la circulación, aunque las publicaciones periódicas de Carlile se publicaron por millares durante gran parte de los años veinte.

719

Con la agitación de la Ley de Reforma, la prensa radical volvió a tener una tirada masiva: *Doherty's Voice of the People*, 30.000, *Gauntlet* de Carlile, 22.000, *Poor Man's Guardian* de Hetherington, 16.000, mientras que una docena de publicaciones periódicas más pequeñas, como *Destructive* de O'Brien, se vendían por miles. La caída en la venta de costosas publicaciones semanales (desde 7*d.* hasta 1*s.*) durante la década del impuesto del timbre fue compensada en gran medida por el crecimiento

¹ Sobre las salas de lectura radicales, véase A. Aspinall, *Politics and the Press* (1949), pp. 25-8, 395-6; Wearmouth, op. cit, pp. 24-5, 88-g, 97-8, 111-12. Para Dunning, "Reminiscences" (ed., W. H. Chaloner), *Trans. Lancs. & Cheshire Antia. Sac.*, LIX, 1947, p. 97. Para Stockport, véase *Blanketteer*, 27 de noviembre de 1819, y D. Read, op cit., p. 48 y ss. Para Blackburn, W. W. Kinsey, "Some Aspects of Lancashire Radicalism", (M. A. Thesis, Manchester 1927), pp. 66-7.

² En 1822 la tirada del principal diario. *The Times*, era de 5.730; el *Observer* (semanal), 6.860.

en las ventas de libros baratos y folletos individuales, que van desde *The Political House that Jack Built* (100.000) a *Cottage Economy* de Cobbett (50.000, 1822-8), *History of the Protestant 'Reformation'* y *Sermons* (211.000, 1821-8). En el mismo periodo, en la mayoría de los grandes centros había uno o más (y en Londres una docena) diarios o semanarios que, aunque no eran abiertamente "radicales", atendían a este numeroso público radical. Y el crecimiento de este numerosísimo público lector *pequeñoburgués* y obrero fue reconocido por aquellas influyentes agencias —en particular la Sociedad para la Promoción del Conocimiento Cristiano y la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil— que realizaron prodigiosos y generosamente subvencionados esfuerzos para desviar a los lectores hacia temas más sanos y mejorados.¹

Esta era la cultura —con sus ávidas discusiones en torno a los puestos de los libreros, en las tabernas, talleres y cafés— que Shelley elogió en su "Canción a los hombres de Inglaterra" y dentro de la cual maduró el genio de Dickens. Pero es un error considerarlo como un "público lector" único e indiferenciado. Podemos decir que existían varios "públicos" diferentes que se superponían y afectaban mutuamente, pero que se organizaban según principios diferentes. Entre los más importantes se encuentran el comercial comerciales, puro y público comercial, puro y simple, que podía ser explotado en momentos de excitación radical (los procesos de Brandreth o de Thistlewood eran tan vendibles como otras "confesiones moribundas"), pero al que se seguía según el simple criterio de la rentabilidad; los diversos públicos más o menos organizados, en torno a las Iglesias o los Institutos Mecánicos; el público pasivo al que las sociedades de mejora intentaban llegar y redimir; y el público activo, radical, que se organizaba frente a las Seis Leyes y los impuestos sobre el saber.

720

La lucha por construir y mantener este último público ha sido contada admirablemente en W. D. *La lucha por la libertad de prensa* de Wickwar.² Tal vez no haya país en el mundo en el que la lucha por los derechos de la prensa haya sido tan aguda, tan enfáticamente victoriosa y tan peculiarmente identificada con la causa de los artesanos y trabajadores. Si Peterloo estableció (por una paradoja del sentimiento) el derecho de manifestación pública, los derechos de una "prensa libre" se ganaron en una campaña que se extendió durante quince o más años y que no tiene comparación por su audacia obstinada, sangrienta e indomable. Carlile (un hojalatero que, sin embargo, había recibido uno o dos años de educación secundaria en Ashburton,

¹ He aceptado las cifras dadas por R. D. Altick, op. cit., pp. 381-93, aunque 1 duda de las afirmaciones relativas a *Voice of the People* y *Gauntlet*. Para cifras comparativas de la prensa ortodoxa, véase Raymond Williams, *The Long Revolution* (1961), pp. 184-92. Sobre los intentos de sustituir la prensa radical por material seguro y mejorable, véase R. K. Webb, op. cit., caps. II, III, IV y F. C. Harrison, op. cit., caps. I y II.

² Su relato, que abarca el periodo 1817-1832, se ocupa principalmente de la primera fase de la batalla —el derecho de publicación—, asociada en particular con Richard Carlile. La segunda fase, la lucha de los "G eat Unstamped" (1830-5), asociada particularmente con los nombres de Carpente, Hetherington, Watson, Cleave y Hobson, aún no ha encontrado su historiador, aunque véase C. D. Collett, *History of the Taxes on Knowledge* (1933 edn.), Cap. II, y A. G. Barke, *Henry Hetherington* (s.f.).

Devon) vio con razón que la represión de 1819 convirtió los derechos de la prensa en el punto de apoyo del movimiento radical. Pero, a diferencia de Cobbett y Wooler, que modificaron su tono para hacer frente a las Seis Leyes con la esperanza de vivir para luchar otro día (y que perdieron circulación en consecuencia), Carlile enarboló la enseña negra del desafío incondicional y, como un barco pirata, navegó directamente hacia el centro de las flotas combinadas del Estado y la Iglesia. Cuando, tras Peterloo, fue juzgado (por publicar las Obras de Paine), toda la prensa radical saludó su valentía, pero le dio por perdido. Cuando por fin emergió, tras años de encarcelamiento, las flotas combinadas estaban dispersas más allá del horizonte en desorden. Había agotado las municiones del Gobierno y había convertido sus delaciones *de oficio* y sus jurados especiales en hazmerreír. Había hundido claramente a las sociedades acusadoras privadas. privadas, el Constitucional Asociación Constitucional (o "Bridge-Street Gang") y la Vice Society, que contaban con el patrocinio y las suscripciones de la nobleza, los obispos y Wilberforce.

Carlile, por supuesto, no consiguió este triunfo por sí solo. El primer asalto de la batalla se libró en 1817, cuando hubo veintiséis procesos por libelo sedicioso y blasfemo y dieciséis denuncias de *oficio* presentadas por los funcionarios de la Corona. Los laureles de la victoria, en este año, fueron para Wooler y Hone, y para los jurados londinenses que se negaron a condenar. Wooler dirigió su propia defensa; era un orador capaz, con cierta experiencia en los tribunales, y se defendió con habilidad a la grandilocuente manera libertaria. El resultado de sus dos juicios (5 de junio de 1817) fue un veredicto de "no culpable" y un veredicto confuso de "culpable" (del que tres miembros del jurado se retractaron), que más tarde fue anulado en el Tribunal de King's Bench.¹ Los tres juicios de William Hone en diciembre de 1817 son algunos de los procedimientos legales más hilarantes de los que se tiene constancia. Hone, un librero pobre y antiguo miembro del L.C.S., fue acusado de publicar libelos blasfemos, en forma de parodias del Catecismo, las Letanías y el Credo. Hone, de hecho, no era más que un exponente particularmente ingenioso *de* una forma de chismorreó político establecido desde hacía tiempo entre los vendedores de periódicos y los patterers, y practicado de forma más sofisticada por hombres de todos los partidos, desde Wilkes hasta los escritores del *Anti-Jacobin*. Hone, de hecho, no creía que valiera la pena arriesgar la libertad por sus parodias. Cuando comenzó la represión de febrero de 1817, trató de retirarlas; y fue Carlile, al volver a publicarlas, quien forzó la mano del Gobierno. He aquí una muestra:

721

Señor nuestro que estás en el Tesoro, cualquiera que sea tu nombre, que se prolongue tu poder, que se haga tu voluntad en todo el imperio, como en cada sesión. Concédenos nuestros obispos habituales, y perdona nuestras ausencias ocasionales en las divisiones; como nosotros pronunciamos no perdonar a los que se dividen contra ti. No nos apartes de nuestros puestos, sino mantennos en la Cámara de los Comunes, la tierra de las

¹ *Los dos juicios de T. J. Wooler* (1817).

pensiones y la abundancia, y líbranos del pueblo. Amén.

Hone permaneció en prisión, en mal estado de salud, desde mayo hasta diciembre, porque no pudo conseguir una fianza de 1.000 libras. Había despertado la furia particular y personal de miembros del Gabinete a los que había puesto nombres que nunca se olvidaron: "Old Bags" (Lord Canciller Eldon), "Derry Down Triangle" (Castlereagh) y "the Doctor" (Sidmouth). No se esperaba mucho cuando se supo que tenía intención de llevar su propia defensa. Pero Hone había estado mejorando el tiempo en prisión recopilando ejemplos, pasados y presentes, de otros parodistas; y en su primer juicio ante el juez Abbott consiguió la absolución. En los dos días siguientes, el viejo, enfermo e irritable Lord Chief Justice Ellenborough presidió en persona los juicios. Página tras página de las actas están llenas de interrupciones de Ellenborough. Los reproches imperturbables de Hone al Presidente del Tribunal Supremo sobre su conducta, la lectura de parodias ridículas extraídas de diversas fuentes y las amenazas del Sheriff de arrestar "al primer hombre que vea reír". A pesar de la acusación incondicional de Ellenborough ("... en obediencia a su ciencia y a su Dios, declaró que esto era un libelo de lo más impío y profano"), el jurado emitió otros dos veredictos de "No culpable", con la consecuencia (se dice) de que Ellenborough se retiró a su habitación de enferma para no volver jamás. A partir de ese momento — incluso en 1819 y 1820— todas las parodias y squibs fueron inmunes a la acusación.¹

722

La persecución no resiste fácilmente el ridículo. De hecho, hay dos cosas que llaman la atención sobre las batallas de la prensa de estos años. La primera es, no la solemnidad, sino el deleite con el que Hone, Cruikshank, Carlile, Davison, Ben Bow y otros se cebaron con la autoridad. (Esta tradición fue continuada por Hetherington, que durante semanas pasó por delante de las narices de los alguaciles, en su oficio de editor del *Poor Man's Guardian* sin sello, con el muy improbable disfraz de cuáquero). El encarcelamiento como editor radical no traía el odio, sino el honor. Una vez que los editores decidieron que estaban dispuestos a ir a la cárcel, se superaron unos a otros con nuevos expedientes para exhibir a sus oponentes bajo la luz más ridícula. La Inglaterra radical estaba encantada (y nadie más que Hazlitt) con la resurrección por Sherwin de *Wat Tyler*, la indiscreción republicana de la juventud de Southey. Southey, ahora Poeta Laureado, fue el primero en el clamor para frenar la licencia sediciosa de la prensa, y solicitó una orden judicial contra Sherwin por violación de los derechos de autor. Lord Eldon denegó la medida cautelar: el Tribunal no podía tomar nota de la propiedad de los "beneficios profanos de las publicaciones difamatorias". ¿"No es un poco extraño", se preguntaba Hazlitt, "que mientras este caballero obtiene un interdicto contra sí mismo como autor de *Wat Tyler*, nos

¹ *Second Trial of William Hone* (1818), pp. 17, 45; *Proceedings at the Public Meeting to form a subscription for Hone* (:8i8); F. W. Hackwood, *William Hone* (1912), caps. IX-XI; Wickwar, op. cit, pp. 58-9. Un viejo patterer le dijo a Mayhew (I, p. 252) que, a pesar de las absoluciones, seguía siendo difícil "trabajar" las parodias de Hone en las calles: había un montón de oficiales y alguaciles dispuestos a detener a los tipos, y ... un heak que quisiera complacer a los altos señores, encontraría alguna manera de detenerlos". "

recomiende proyectos de ley de amordazamiento, compensando así por la fuerza su falta de argumentos?"¹ Por otra parte, Carlile (que se había hecho cargo del negocio de Sherwin) estaba más que satisfecho de que se rechazara el requerimiento, ya que las ventas del poema fueron una fuente básica de beneficios en su difícil periodo al inicio de su actividad. "¡Gloria a ti, oh Southey!", escribió seis años después: "*Wat Tyler* siguió siendo una fuente de beneficios cuando todas las demás publicaciones políticas fracasaron. El mundo no sabe lo que puede deberle todavía a Southey".²

723

Los incidentes del pirateo de *la reina Mab* y la *Visión del Juicio* formaban parte de la misma estrategia eufórica. Ningún monarca británico ha sido retratado en posturas más ridículas ni en términos más odiosos que Jorge IV durante la agitación de la reina Carolina, y en particular en *Right Divine of Kings to Govern Wrong*, de Hone y Cruikshank, *The Queen's Matrimonial Ladder*, *Non Mi Ricordo* y *The Man in the Moon. Slap at Slop and the Bridge-Street Gang* (1822), del mismo autor, apareció en el formato del *New Times* subvencionado por el Gobierno, completo con un falso sello de periódico con el diseño de una pata de gato y el lema: "On Every Thing He Claps His Claw" ("En todo aplaude con su garra"), y con falsos anuncios y falsas listas de nacimientos y muertes:

MATRIMONIO

Su Majestad Imperial el Príncipe Despotismo, en una consunción, a Su Antigüedad Suprema, La IGNORANCIA de Dieciocho Siglos, en una decadencia. Los vestidos de novia eran de lo más soberbios.

Mientras Carlile seguía luchando desde la cárcel, los satíricos se ensañaban con sus fiscales.

El segundo punto es la dureza real de la tradición libertaria y constitucional, a pesar del asalto del Gobierno. No es sólo una cuestión de apoyo en lugares inesperados — la lista de suscripción de Hone estaba encabezada por donaciones de un duque whig, un marqués y dos condes— lo que indica un malestar en la propia clase dirigente. Lo que se desprende de los informes de los funcionarios judiciales de la Corona, en todos los juicios políticos, es la cautela con la que procedían. En particular, eran conscientes de la poca fiabilidad (para sus fines) del sistema de jurados. En virtud de la Fox's Libel Act de 1792, el jurado juzgaba tanto el libelo como el hecho de su publicación; y por mucho que los jueces intentaran dejar esto de lado, esto significaba en la práctica que doce ingleses tenían que decidir si consideraban el "libelo" lo suficientemente

¹ Hazlitt, *Obras*, VII, pp. 176 y ss. "En lugar de solicitar un interdicto contra *Wat Tyler*", opinaba Hazlitt, "Mr. Southey haría bien en solicitar un interdicto contra Mr. Coleridge, que ha emprendido su defensa en *The Courier*".

² Sherwin's *Republican*, 29 de marzo de 1817; Carlile's *Republican*, 30 de mayo de 1823.

724 peligroso como para merecer o no el encarcelamiento.

Un proceso estatal que fracasaba era un golpe a la moral de la autoridad que sólo podía ser reparado por tres que tuvieran éxito. Incluso en 1819-21, cuando el Gobierno y las sociedades acusadoras llevaron casi todos los casos¹ (en parte como resultado de su mejor despliegue de recursos legales y su influencia sobre los jurados, en parte porque Carlile estaba en su momento más provocador y había cambiado el campo de batalla de la sedición a la blasfemia), todavía no es posible hablar de despotismo "totalitario" o "asiático". Los informes de los juicios circularon ampliamente, conteniendo los mismos pasajes —a veces, de hecho, libros enteros leídos por los acusados en el tribunal— por los que se condenaba a los acusados. Carlile continuó editando imperturbablemente el *Republican* desde la cárcel; algunos de sus comerciantes, de hecho, emprendieron en prisión la edición de otra revista, como medio de superación personal. Si el *Enano Negro* de Wooler fracasó en 1824, Cobbett permaneció en el campo. Es cierto que estaba muy apagado a principios de los años veinte. No le gustaban el republicanismo y el deísmo de Carlile, ni su dominio sobre los artesanos de los grandes centros; y se volvió cada vez más hacia el campo y se distanció del movimiento obrero. (En 1821 emprendió el primero de sus *Paseos rurales*, en el que su genio parece haber encontrado por fin su forma y su materia inevitables). Pero, incluso a esta distancia, el *Political Register* estaba siempre ahí, con sus columnas —como las del *Republican*— *abiertas* para exponer cualquier caso de persecución, desde Bodmin a Berwick.

Los honores de este concurso no pertenecían a una sola clase. John Hunt y Thelwall (ahora firmemente entre los moderados de clase media) estaban entre los acosados por la "Bridge Street Gang"; Sir Charles Wolseley, Burdett, el reverendo Joseph Harrison, estaban entre los encarcelados por sedición. Pero Carlile y sus comerciantes fueron los que llevaron el desafío hasta sus últimas consecuencias. La batalla principal había terminado en 1823, aunque hubo nuevos procesos a finales de los años veinte y principios de los treinta, y los casos de blasfemia continuaron en la época victoriana. La mayor ofensa de Carlile fue proceder a la publicación descarada de las *Obras Políticas*, y luego las *Obras Teológicas*, de Tom Paine, obras que, aunque circulaban subrepticamente en los enclaves de los "viejos Jacks" en las ciudades, habían sido prohibidas desde el juicio *en ausencia* de Paine en 1792, y los sucesivos juicios de Daniel Isaac Eaton durante las Guerras. A esto añadió muchos otros delitos a medida que avanzaba la lucha, y a medida que él mismo pasaba del Deísmo al Ateísmo, y a medida que lanzaba provocaciones —como la apología del asesinato²— que, desde cualquier punto de vista, eran incitaciones a la pena de prisión. Era un hombre indomable, pero escasamente querible, y sus años de prisión no lo mejoraron. Su fuerza residía en dos cosas. Primero, ni siquiera admitía la posibilidad de la derrota.

¹ En estos tres años, hubo 115 procesamientos y 45 informaciones de *oficio*.

Y segundo, tenía a sus espaldas la cultura de los artesanos.

725

El primer punto no es tan evidente como parece. Los hombres decididos han sido a menudo (como en la década de 1790) silenciados o derrotados. Es cierto que la determinación de Carlile ("LA TIENDA DE LA CALLE FLEET NO CERRARÁ DE OFICIO ") era particularmente difícil para las autoridades. Por mucha ley que tuvieran a su favor, siempre incurrirían en el odio de los procesos. Pero se habían dotado, en virtud de las Seis Leyes, del poder para *desterrar* a los autores de sedición por delitos mucho menores que los que Carlile cometió y admitió con orgullo. Es testimonio del delicado equilibrio de la época, y de los límites impuestos al poder por el consenso de la opinión constitucionalista, que ni siquiera en 1820 se utilizara esta disposición de la Ley. Aparte del destierro, Carlile no podía ser silenciado, a menos que fuera decapitado o, lo que es más probable, puesto en confinamiento solitario. Pero hay dos razones por las que el Gobierno no procedió a tomar medidas extremas: en primer lugar, ya en 1821 les parecía menos *necesario*, pues el aumento de los derechos de timbre estaba surtiendo efecto. En segundo lugar, tras los primeros encuentros era evidente que si Carlile era silenciado, media docena de nuevos Carliles ocuparían su lugar. Los dos primeros que lo hicieron *eran, de hecho*, Carliles: su mujer y su hermana. Después se presentaron los "tenderos". Según un recuento, antes de que terminara la batalla Carlile había recibido la ayuda de 150 voluntarios, que —comerciantes, impresores, vendedores de periódicos— habían cumplido entre todos 200 años de prisión. Los voluntarios se anunciaron en la *Republica*: hombres "libres, capaces y dispuestos a servir en el Cuerpo del General Carlile":

Debe entenderse muy claramente que el amor a la propagación de los principios y el sacrificio de la libertad con ese fin... Y NO GANANCIA, debe ser el motivo para convocar a tales voluntarios, porque, aunque R. Carlile se compromete a... dar a esos hombres el mejor apoyo que esté en su mano, si un gran número de ellos es encarcelado, él no está en una situación tan buena en cuanto a propiedades o perspectivas como para poder prometer una suma determinada semanalmente...¹

A partir de entonces, el "Templo de la Razón" de Fleet Street apenas permaneció deshabitado más de un día. Los hombres y mujeres que se presentaron eran, en casi todos los casos, completamente desconocidos para Carlile. Simplemente venían de Londres, o llegaban en autocar desde Lincolnshire, Dorset, Liverpool y Leeds. Salieron de una cultura.

726

No se trataba de la cultura "obrera" de los tejedores o de los mineros de Tyneside. Entre las personas más destacadas en la lucha había oficinistas, dependientes, el hijo de un granjero; Benbow, el zapatero reconvertido en librero; James Watson, el almacenista de Leeds que "tenía a su cargo un caballo de montar" en una salazón seca; James Mann, el segador reconvertido en librero (también de Leeds). La tradición intelectual procedía en parte de los años jacobinos, del círculo que antaño se había

¹ Véase más adelante, p. 764. 8 Wickwar, op. cit, p. 231.

movido en torno a Godwin y Mary Wollstonecraft, o de los miembros del L.C.S., cuyo último portavoz auténtico —John Gale Jones— fue uno de los partidarios más constantes de Carlile. En parte era una nueva tradición, debida en parte a la creciente influencia de Bentham y en parte a los "cristianos librepensadores" y unitarios, como Benjamin Flower y W. J. Fox. Tocaba esa vigorosa subcultura de los "editores de periódicos dominicales y conferenciantes del Surrey Institute" que *Blackwood's* y el establishment literario tanto despreciaban: maestros de escuela, pobres estudiantes de medicina o funcionarios que leían a Byron y Shelley y el *Examiner*, y entre los cuales la moda no era ser whig o tory, sino "lo correcto y lo incorrecto considerado por cada hombre de forma abstracta".¹

No es muy útil calificar esta cultura de *burguesa* o *pequeñoburguesa*, aunque Carlile tenía más que su parte del individualismo que (se supone generalmente) caracteriza a esta última. Parecería estar más cerca de la verdad que el impulso de la ilustración racional que (en los años de las guerras) se había limitado en gran medida a la intelectualidad radical, ahora era aprovechado por los artesanos y algunos de los trabajadores cualificados (como muchos hilanderos de algodón) con un celo evangelizador para llevarlo a "números ilimitados", un celo propagandista que apenas se encuentra en Bentham, James Mill o Keats. Las listas de suscriptores de la campaña de Carlile atrajeron mucho a Londres; y, a continuación, sobre Manchester y Leeds. La cultura artesanal era, sobre todo, la de los autodidactas. Durante estos doce meses", recordaba Watson de su encarcelamiento, "leí con gran interés y provecho *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon, *Historia de Inglaterra* de Hume y... Mosheim's *Ecclesiastical History*".² Los artesanos, que formaban el núcleo de las "Zetetic Societies" de Carlile (así como de la posterior Rotunda) desconfiaban profundamente de una cultura establecida que les había excluido del poder y del conocimiento y que había respondido a sus protestas con homilías y tratados. Las obras de la Ilustración les llegaron con la fuerza de una revelación.

727

De este modo, un público lector cada vez más obrero se vio obligado a *organizarse*. Durante la guerra y la inmediata posguerra hubo una prensa "conservadora", por un lado, y una prensa radical, por otro. En los años veinte, gran parte de la prensa de clase media se liberó de la influencia directa del Gobierno y aprovechó las ventajas que habían obtenido Cobbett y Carlile. *The Times* y Lord Brougham, a quien le disgustaba la "prensa para indigentes" quizás tanto como a Lord Eldon (aunque por razones diferentes), dieron al término "Radicalismo" un significado bastante diferente: comercio libre, gobierno barato y reforma utilitaria. Hasta cierto punto (aunque no

¹ Keats a su hermano George, 17 de septiembre de 1819, *Obras* (1901), V, p. 108. La carta continúa: "Esto hace que el negocio del librero Carlile sea de gran importancia... en mi mente. Ha estado vendiendo panfletos deístas, reeditado Tom Paine, y muchas otras obras mantenidas en el horror supersticioso. Después de todo, tienen miedo para procesar. Temen su defensa; se publicaría en todos los periódicos... por todo el imperio. Se estremecen ante esto. Los juicios encenderían una llama que no podrían apagar. ¿No crees que esto es de gran importancia?"

² W.J. Linton, *James Watson*, (Manchester. 1880), p. 19.

del todo) arrastraron consigo a la clase media radical —maestros de escuela, cirujanos y tenderos, algunos de los cuales habían apoyado en su día a Cobbett y Wooler—, de modo que hacia 1832 había *dos* públicos radicales: la clase media, que miraba y la clase obrera, cuyos periodistas (Hetherington, Watson, Cleave, Lovett, Benbow, O'Brien) ya estaban madurando el movimiento cartista. A lo largo de los años veinte, la prensa obrera luchó bajo el aplastante peso de los derechos de timbre¹, mientras que Cobbett permaneció afiliado, de forma flexible y temperamental, al movimiento plebeyo más que al de la clase media. La línea divisoria llegó a ser, cada vez más, no estrategias "reformistas" alternativas (ya que los reformistas de clase media podían ser en ocasiones tan revolucionarios en su tono como sus homólogos de clase obrera), sino nociones alternativas de economía política. La piedra de toque puede verse durante la "revuelta" de los jornaleros del campo en 1830, cuando *The Times* (el "BLOODY OLD TIMES" de Cobbett) lideró la reivindicación para que se dieran ejemplos saludables de los alborotadores, mientras que tanto Cobbett como Carlile fueron procesados una vez más acusados de escritos incendiarios.

728

En 1830 y 1831 se izó de nuevo la enseña negra del desafío. Cobbett encontró un resquicio legal y recomendó su *Twopenny Trash*. Pero esta vez fue Hetherington, un trabajador de la imprenta, quien lideró el ataque frontal. Su *Poor Man's Guardian* llevaba el emblema de una imprenta manual, el lema "Saber es poder" y el título: "Publicado en contra de la 'Ley' para probar el poder del 'Poder' contra el 'Derecho'". Su discurso de apertura citaba cláusula por cláusula las leyes que pretendía desafiar:

... el *Poor Man's Guardian* ... contendrá "noticias, información y sucesos" y "comentarios y observaciones al respecto"; y "sobre asuntos de la Iglesia y el Estado que tiendan," decididamente, "a excitar el odio y el desprecio hacia el Gobierno y la Constitución de . . . este país, tal como está establecido POR LEY," y también, "a vilipendiar los ABUSOS de la Religión"....

También desafiaría todas las cláusulas de la legislación sobre el impuesto de timbre, o cualquier otro acto y a pesar de la "ley" o la voluntad y el placer de *cualquier tirano o cuerpo de tiranos*, cualquier cosa aquí antes, o en cualquier otro lugar ... a pesar de lo contrario.

Su cuarto número llevaba el anuncio "SE BUSCA": "Cientos de POBRES sin empleo que no tengan NADA que arriesgar... para vender este periódico a los pobres e ignorantes". No sólo se encontraron voluntarios, sino que surgieron una veintena de periódicos sin sello, en particular Carlile's *Gauntlet* y Joshua Hobson's *Voice of the West Riding*. En 1836, la lucha había terminado y se había abierto el camino para la prensa cartista.

Pero la "gran prensa sin sello" era enfáticamente una prensa obrera. El *Poor Man's Guardian* y el *Working Man's Friend* eran, en efecto, órganos de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras; el *Poor Man's Advocate* de Doherty era un órgano del Factory Movement; Joshua Hobson era un antiguo tejedor de telares manuales que había

¹ En 1830 estos impuestos ascendían a un sello de *un qd.* por cada periódico o semanario, un impuesto de 3s. 6d. sobre cada anuncio, un pequeño impuesto sobre el papel, y una gran fianza contra la acción por difamación

construido una prensa manual de madera con su propio trabajo; el *Destructive* de Bronterre O'Brien buscaba conscientemente desarrollar la teoría radical de la clase obrera. Estos pequeños semanarios, de tirada muy reducida, publicaban noticias de la gran lucha por el sindicalismo general en estos años, los cierres patronales de 1834 y las protestas en el caso Tolpuddle, o debates y exposiciones de la teoría socialista y sindical. Un examen de este período nos llevaría más allá de los límites de este estudio, a una época en la que la clase obrera ya no estaba en ciernes, sino que (en su forma cartista) ya estaba hecha. El punto que debemos señalar es el grado en que la lucha por las libertades de prensa fue una influencia formativa central en el movimiento de conformación. ¿Quizás 500 personas fueron procesadas por la producción y venta de "sin sello"¹ Desde 1816 (de hecho, desde 1792) hasta 1836 en el concurso participaron no sólo editores, libreros e impresores, sino también cientos de vendedores de periódicos, vendedores ambulantes y agentes voluntarios.²

729

Año tras año continúan los anales de la persecución. En 1817, dos hombres que vendían panfletos de Cobbett en Shropshire, a los que un magistrado clerical "ordenó... que fueran detenidos en virtud de la Ley de Vagabundos... y *azotados en el poste de la flagelación*"; en el mismo año, vendedores ambulantes en Plymouth, Exeter, el País Negro, Oxford, el norte; en 1819, incluso un vendedor ambulante que mostró un grabado de Peterloo en un pueblo de Devon. Los encarcelamientos rara vez duraban más de un año (a menudo los vendedores de periódicos eran encarcelados durante unas semanas y luego puestos en libertad sin juicio), pero sus efectos sobre las víctimas podían ser más graves que los encarcelamientos de los editores, que recibían más publicidad. Los hombres eran arrojados a verminosas "Casas de Corrección"; a menudo encadenados y encadenados; a menudo sin conocimiento de la ley o medios de defensa. A menos que Cobbett, Carlile o algún sector de los radicales se hicieran eco de sus casos, sus familias se quedaban sin ingresos y podían verse obligadas a ingresar en el hospicio.³ De hecho, fue en los centros más pequeños donde la lucha por la libertad fue más reñida. Manchester, Nottingham o Leeds contaban con enclaves radicales y lugares de reunión, y estaban dispuestos a apoyar a las víctimas. En la ciudad mercado o en el pueblo industrial, el zapatero o el maestro que acogía a Cobbett o Carlile en los años veinte podía esperar ser vigilado y sufrir persecución de forma indirecta. (A menudo los paquetes de *Registros de Cobbett* a los suscriptores del campo simplemente no llegaban...) —se "perdían" en el correo).

¹ Abel Heywood, librero de Manchester, afirmaba que la cifra era de 750.

² Las Sociedades para la Difusión de "Conocimientos Realmente Útiles" se formaron para ayudar a los "desamparados". Véase *Working Man's Friend*, 18 de mayo de 1833.

³ Véase Wickwar, op. cit., pp. 40, 103-14; *Second Trial of William Hone* (1818), p. ig; para el caso de Robert Swindells, confinado en el castillo de Chester, mientras su mujer y su bebé morían por negligencia, y el hijo que le quedaba era internado en el asilo para pobres; Sherwin's *Political Register*, 14 de marzo de 1818, para los casos de Mellor y Pilling de Warrington, detenidos durante diecinueve semanas encadenados a felones en la cárcel de Preston, enviados para juicio en el Tribunal de King's Bench de Londres —las 200 millas hasta las que tuvieron que caminar—, el juicio trasladado a Lancaster (200 millas de vuelta), y luego puestos en libertad.

En torno a la prensa militante surgió todo un modelo de distribución, con su propio folclore.

730

Los buhoneros (según le contaron a Mayhew), para evitar "vender" el *republicano*, vendían pajitas en su lugar, y luego *daban* el papel a sus clientes. En el valle de Spenn, en los tiempos del "sin sello", se dejaba caer un penique por una rejilla y el periódico "aparecía". En otras partes, los hombres se deslizaban de noche por callejones o campos hasta la cita conocida. Más de una vez, los "sin sello" fueron transportados bajo las narices de las autoridades en un ataúd y con un piadoso cortejo de librepensadores.

Podemos tomar dos ejemplos de comerciantes y vendedoras. El primero, una tendera, sirve para recordarnos que, en estos círculos racionalistas y owenistas, la reivindicación de los derechos de la mujer (casi silenciada desde la década de 1790) volvía a plantearse, y se extendía lentamente de la intelectualidad a los artesanos. Las mujeres de Carlile, que fueron juzgadas y encarceladas, lo hicieron más por lealtad que por convicción. Muy diferente fue el caso de la señora Wright, una encajera de Nottingham, que fue una de las voluntarias de Carlile y que fue procesada por vender uno de sus *Discursos* que contenía opiniones a su manera característica:

Un sistema representativo de gobierno pronto vería la conveniencia de convertir nuestras iglesias y capillas en templos de la ciencia y... de acoger al filósofo en lugar del sacerdote. La Realeza y el Sacerdocio son la perdición de la Sociedad. Esos dos males operan conjuntamente contra el bienestar tanto del cuerpo como de la mente, y para paliar nuestras miserias en esta vida, estos últimos se esfuerzan por bamboozearnos con una esperanza de felicidad eterna.

Dirigió ella misma su larga defensa¹ y apenas fue interrumpida. Hacia el final de su defensa,

La Sra. Wright solicitó permiso para retirarse y amamantar a su hijo que estaba llorando. Se le concedió, y estuvo ausente de la Corte veinte minutos. De camino a la cafetería Castle Coffee House, fue aplaudida y vitoreada por miles de personas, que la animaron a tener buen ánimo y a perseverar.

Algún tiempo después, una noche de noviembre, la metieron en Newgate con su bebé de seis meses y nada más que una estera para tumbarse. Mujeres como la Sra. Wright (y la Sra. Mann de Leeds) tuvieron que enfrentarse no sólo a las acusaciones habituales, sino también a los abusos e insinuaciones de una prensa lealista indignada. Esta desdichada y desvergonzada mujer", escribió el *New Times*, fue atendida por "*varias mujeres*". ¿No son estas circunstancias suficientes para escandalizar a cualquier mente reflexiva?" Era una "abandonada criatura" (el epíteto convencional para las prostitutas) "que ha desechado toda la vergüenza distintiva y el miedo y la decencia de su sexo". Con su "horrible ejemplo" había depravado las mentes de otras madres: "estos monstruos en forma femenina se levantan, con rostros endurecidos, a la luz del

¹ La mayoría de los comerciantes de Carlile recibían largas deferencias escritas por Carlile, y probablemente así fue en su caso.

día, para dar su apoyo público —por *primera vez en la historia del mundo cristiano*— a la blasfemia grosera, vulgar y horrible". Era una mujer, escribió Carlile, "de salud muy delicada, y realmente todo espíritu y nada de materia".¹

731

Las condenas más largas soportadas por un vendedor de periódicos fueron probablemente las cumplidas por Joseph Swann, sombrerero de Macclesfield. Fue detenido en 1819 por vender panfletos y un poema sedicioso:

Fuera tus grilletes; desdeña la broma servil;
Ahora, ahora o nunca, puede romperse tu cadena;
Rápido entonces levántate y da el golpe fatal.

Trasladado de cárcel en cárcel y encadenado con delincuentes, fue finalmente condenado a dos años de prisión por conspiración sediciosa, dos años por difamación blasfema y otros seis meses por difamación sediciosa consecutivos. Una vez dictadas estas monstruosas sentencias, Swann levantó su sombrero blanco y preguntó al magistrado: "¿Habéis acabado? ¿Eso es todo? Creía que me habíais traído un poco de cáñamo y me habíais colgado". Su esposa también fue arrestada brevemente (por seguir vendiendo panfletos); ella y sus cuatro hijos sobrevivían con una asignación parroquial de gj. a la semana, con alguna ayuda de Carlile y Cobbett. Cobbett, de hecho, se interesó particularmente por el caso de Swann, y cuando Castlereagh se suicidó fue a Swann a quien Cobbett dirigió sus triunfantes obloquios necrológicos: "¡CASTLEREAGH SE HA CORTADO LA GARGANTA Y ESTÁ MUERTO! Que ese sonido te alcance en la profundidad de tu calabozo... ¡y lleve consuelo a tu alma sufriente!". Tras cumplir sus cuatro años y medio, Swann "cruzó la puerta del castillo de Chester... con la mente tan obstinada como siempre", y reanudó su oficio de sombrerero. Pero aún no había sido dado de baja. En noviembre de 1831, el *Poor Man's Guardian* informó de un proceso en el tribunal de primera instancia de Stockport, en el que Joseph Swann fue acusado de vender productos "sin sellar". "sin sello". El Presidente de la Tribunal, el capitán Clarke, le preguntó qué tenía que decir en su defensa:

732

Acusado.-Bueno, señor, hace tiempo que estoy sin empleo; tampoco puedo conseguir trabajo; toda mi familia se muere de hambre. Y por otra razón, la más importante de todas; los vendo por el bien de a mis compatriotas; para que vean cómo se les tergiversa en el Parlamento... Deseo hacer saber al pueblo cómo se le humilla...

Bench. Cállate un momento.

Acusado. No lo haré, porque quiero que todos lean estas publicaciones...

Bench.-Eres muy insolente, por lo que se te condena a tres meses de prisión en el correccional de Knutsford, a trabajos forzados.

Acusado. —No tengo nada que agradecerle; y cuando salga, volveré a cazarlos. Y *ffjese usted* [mirando al capitán Clarke] que el primero que pregone será a su casa...

Joseph Swann fue entonces sacado a la fuerza del banquillo.²

¹ Véase Wickwar, op. cit., pp. aaa-3; *Trial of Mrs. Susannah Wright* (182a), pp. 8, 44> 56; *New Times*, 16 de noviembre de 1822.

² Wickwar, op. cit., pp. 105-7; *Independent Whig*, 16 de enero de 1820; Cobbett's *Political Register*, 17 de agosto

En la retórica de la democracia del siglo XX, la mayoría de estos hombres y mujeres han caído en el olvido, porque eran impúdicos, vulgares, excesivamente rácanos o "fanáticos". Siguieron su estela los vehículos de "mejora" subestimados, el *Penny Magazine* y el *Saturday Magazine* (a cuyos vendedores nadie persiguió); y después la prensa comercial, con sus recursos mucho mayores, aunque no empezó realmente a captar al público lector radical hasta los años cuarenta y cincuenta. (Incluso entonces, la prensa popular —las publicaciones de Cleave, Howitt, Chambers, Reynolds y Lloyd— procedía de estos antecedentes radicales). Cabe destacar dos consecuencias de la contienda. La primera (y más obvia) es que la ideología obrera que maduró en los años treinta (y que ha perdurado, a través de diversas traducciones, desde entonces) concedió un valor excepcionalmente alto a los derechos de prensa, de expresión, de reunión y de libertad personal. La tradición del "inglés nacido libre" es, por supuesto, mucho más antigua. Pero la noción que se encuentra en algunas interpretaciones "marxistas" tardías, según las cuales estas reivindicaciones aparecen como una herencia del "individualismo burgués", apenas servirá. En la contienda entre 1792 y 1836, los artesanos y los trabajadores hicieron suya esta tradición, añadiendo a la reivindicación de la libertad de expresión y de pensamiento su propia reivindicación de la propagación sin trabas, de la forma más barata posible, de los productos de este pensamiento.

733

En esto, es cierto, compartían una ilusión característica de la época, aplicándolo con fuerza al contexto de la lucha obrera. Todos los ilustrados y mejoradores de la época pensaban que el único límite impuesto a la difusión de la razón y el conocimiento era el impuesto por la insuficiencia de los medios. Las analogías que se establecían eran a menudo mecánicas. El método educativo de Lancaster y Bell, con su intento de multiplicación barata del aprendizaje mediante monitores infantiles, fue llamado (por Bell) la "MOTORA DE VAPOR DEL MUNDO MORAL." Peacock apuntó con mortal precisión cuando llamó a la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil de Brougham la "Sociedad del Intelecto de Vapor". Carlile confiaba plenamente en que "la lectura de panfletos está destinada a obrar los grandes cambios morales y políticos necesarios en la humanidad":

La Imprenta puede denominarse estrictamente un Tabic de Multiplicación aplicable a la mente del hombre. El arte de la imprenta es una multiplicación de la mente.... Los vendedores de panfletos son los resortes más importantes de la maquinaria de la Reforma.¹

Owen contemplaba la institución, mediante la propaganda, del NUEVO MUNDO MORAL con optimismo mesiánico, pero mecánico.

Pero si esto era, en parte, la ilusión racionalista, debemos recordar la segunda —y más inmediata— consecuencia: entre 1816 y 1836 esta "multiplicación" parecía

de 1822; *Poor Man's Guardian*, 12 de noviembre de 1831; A. G. Barker, *Henry Hetherington*, pp. 12-13.

¹ Véase Wickwar, op. cit., p. 214.

funcionar. Porque los periodistas radicales y sin sello se estaban apoderando de la máquina multiplicadora en nombre de la clase obrera; y en todas partes del país las experiencias del cuarto de siglo anterior habían preparado las mentes de los hombres para lo que ahora podían leer. La importancia de la propaganda puede verse en la constante extensión de la organización radical desde las grandes ciudades y zonas manufactureras a los pequeños distritos y ciudades mercado. Una de las Seis Leyes de 181g (la que autorizaba la búsqueda de armas) se limitaba específicamente a los "distritos perturbados" de las Midlands y el norte.¹ En 1832 —y en la época cartista— se podía encontrar un núcleo radical en cada condado, en las ciudades de mercado más pequeñas e incluso en los pueblos rurales más grandes, y en casi todos los casos se basaba en los artesanos locales. En centros como Croydon, Colchester e Ipswich, Tiverton y Taunton, Nantwich o Cheltenham, había resistentes y militantes radicales o cartistas. En Ipswich encontramos tejedores, guarnicioneros, guarnicioneros, sastres, zapateros; en Cheltenham, zapateros, sastres, canteros, ebanistas, jardineros, un yesero y un herrero: "gente seria y reputada, muy por encima de la media en inteligencia".² Éstas son las personas que Cobbett, Carlile, Hetherington y sus vendedores de periódicos habían "multiplicado".

734

"Gente seria y de buena reputación... —esta cultura autodidacta nunca ha sido analizada adecuadamente.³ La mayoría de estas personas había recibido alguna educación elemental, aunque su insuficiencia queda atestiguada por muchas fuentes:

Recuerdo muy bien la primera escuela de medio tiempo en Bingley. Era una casita a la entrada del molino. El maestro, un pobre anciano que había hecho trabajos sencillos por unos dos mil jornales a la semana, se encargó de enseñar a los alumnos de medio tiempo. Sin embargo, para evitar que enseñara demasiado o que el proceso fuera demasiado costoso, tuvo que estampar arandelas de tela con un pesado mazo de madera sobre un gran bloque de madera durante las horas de clase.⁴

Esta es, tal vez, la "escolarización" de principios de la década de 1830 en su peor momento. En los años veinte se podían encontrar mejores escuelas de pueblo o escuelas baratas de pago patrocinadas por artesanos. En esta época, además, las escuelas dominicales se estaban liberando (aunque lentamente) del tabú de la enseñanza de la escritura, mientras que las primeras escuelas británicas y nacionales (con todas sus insuficiencias) empezaban a tener algún efecto. Pero, para cualquier educación secundaria, los artesanos, tejedores o hilanderos tenían que enseñarse a sí

¹ Los condados de Lancaster, Chester, West Riding, Warwick, Stafford, Derby, Leicester, Nottingham, Cumberland, Westmorland, Northumberland, Durham, la ciudad de Coventry y los county boroughs de Newcastle-upon-Tyne y Nottingham.

² W. E. Adama, op. cit., p. 169. Estoy en deuda con el Sr. A. J. Brown por la información sobre Ipswich. Véase también *Chartist Studies*, ed. A. Briggs, sobre el cartismo en Somerset y East Anglia.

³ J. El admirable relato de F. C. Harrison en *learning and Living* tiende a subestimar el vigor de la cultura radical antes de 1832. Los mejores relatos de primera mano se encuentran en la autobiografía de William Lovett y (para la época cartista) en Thomas Frost, *Forty Years Recollections* (1880).

⁴ Thomas Wood, *Autobiografía (1833-80)* (Leeds, 1956). Véase también An Old Potter, *When I Was a Child* (1903), cap. 1.

mismos. La medida en que lo hacían lo atestiguan las ventas de los escritos educativos de Cobbett y, en particular, de su *Gramática de la lengua inglesa*, publicada en 1818, de la que se vendieron 13.000 ejemplares en seis meses y otros 100.000 en los quince años siguientes.¹ Y debemos recordar que al traducir las ventas (o la circulación de las publicaciones periódicas) en estimaciones de lectores, el mismo libro o artículo se prestaba, se leía en voz alta y pasaba por muchas manos.

735

Pero la "educación secundaria" de los trabajadores adoptaba muchas formas, de las cuales el estudio privado en soledad era sólo una. Los artesanos, en particular, no estaban tan arraigados en comunidades marginadas como es fácil suponer. Viajaban libremente por el país en busca de trabajo; aparte de los viajes forzados de las guerras, muchos mecánicos viajaban al extranjero, y la relativa facilidad con la que miles y miles emigraron a América y a las colonias (impulsados no sólo por la pobreza, sino también por el deseo de oportunidades o de libertad política) sugiere una fluidez general de la vida social. En las ciudades coexistió una cultura plebeya vigorosa y obscena con tradiciones más educadas entre los artesanos. Numerosas colecciones de baladas de principios del siglo XIV atestiguan el fervor con que se cantaba la batalla entre leales y radicales. Tal vez fuera el teatro popular melodramático el que mejor encajaba con el gusto de los jacobinos y de los "viejos radicales" de 1816-20. Desde principios de la década de 1790, el teatro, especialmente en los centros provinciales, fue un foro en el que las facciones opuestas se enfrentaron y se provocaron mutuamente "llamando a las melodías" en los intervalos. Un "Jacobin Revolutionist and Leveller" describe una visita al teatro, en 1795, en un puerto del norte:

... y como el teatro es generalmente el campo en el que los Oficiales Voluntarios pelean sus Campañas, —estos héroes militares. llamados a la melodía de *Dios Salve al Rey*, y ordenó al público que se pusiera de pie al descubierto... Yo me senté cubierto desafiando a los militares.²

Fue en los años de la represión cuando esta canción (con su denuncia de las "bribonadas" de los jacobinos) sustituyó a "The Roast Beef of Old England" como "himno nacional". Sin embargo, a medida que se prolongaban las guerras, el público se mostraba a menudo menos fácil de amedrentar por los matones de "la Iglesia y el Rey" que las generaciones posteriores. Un motín en Sheffield en 1812 comenzó cuando "los oficiales del sur de Devon insisten en que se cante 'God Save the King', y la movilidad en la galería insiste en que no se cante.... Un perturbador ha sido enviado a prisión".³

La mayoría de las revueltas teatrales de principios del siglo XIX tenían algún tinte radical, aunque sólo expresaran el simple antagonismo entre el patio de butacas y los dioses. Los celos de los monopolísticos Teatros de Patente hacia sus pequeños rivales, con sus "burlettas" y sus espectáculos "deshonrados... por la introducción de Caballos,

¹ M. L. Pearl, *William Cobbett* (1953), pp. 105-7. También hubo muchas ediciones piratas.

² *Filántropo*, 22 de junio de 1795.

³ T. A. Ward, op. cit., p. 196. Véase también el ejemplo de Nottingham, más adelante p. 473.

Elefantes, Monos, Perros, Esgrimistas, Trompetistas y Bailarines de cuerda"¹, se vio reforzada por la aversión que sentían los empresarios por la peligrosa ebullición del público. En 1798, los "opulentos comerciantes, constructores navales, fabricantes de cuerdas" y otros empresarios de los alrededores de los muelles londinenses presentaron un memorial al Gobierno, alegando que las representaciones en el Royalty Theatre, cerca de la Torre, fomentaban "hábitos de disipación y despilfarro" entre "sus numerosos fabricantes, obreros, sirvientes, etc."². (La denuncia duraba ya más de doscientos años). "En 1819, el desorden se extendió por el centro de Lon don, noche tras noche, y semana tras semana, en los famosos disturbios de "O.P.", cuando se subieron los precios en Drury Lane. Fue la especial aversión de las autoridades a la mezcla de desorden y sedición del teatro lo que permitió a los Patent Theatres conservar al menos las formas de su monopolio hasta 1843.

La vitalidad del teatro plebeyo no se correspondía con su mérito artístico. La influencia más positiva sobre la sensibilidad de los radicales provino menos de los pequeños teatros que del renacimiento shakespeariano. no sólo Hazlitt, sino también Wooler, Bamford, Cooper y una veintena de periodistas radicales y cartistas autodidactas solían rematar sus argumentos con citas de Shakespeare. El aprendizaje de Wooler había sido en la crítica dramática, mientras que el *periódico Trades News*, estrictamente sindicalista, comenzó, en 1825, con una crítica teatral y una columna deportiva (que cubría las peleas de premios y el concurso entre "el León Nerón y Seis Perros").³ Pero hubo un arte popular que, en los años entre 1780 y 1830, alcanzó un pico de complejidad y excelencia: la prensa política.

Esta fue la época, primero, de Gillray y de Rowlandson, y luego de George Cruikshank, así como de decenas de otros caricaturistas, algunos competentes, otros atrocemente toscos. El suyo era, sobre todo, un arte metropolitano. Los modelos para las caricaturas pasaban en sus carruajes por las imprentas, donde sus pecados políticos (o personales) eran despiadadamente ridiculizados. No había restricciones de ningún tipo, ni para unos ni para otros. Los lealistas representaban a Thelwall, Burdett o Hunt como salvajes incendiarios, con una antorcha en una mano y una pistola en la otra, y con cinturones repletos de cuchillos de carnicero; mientras que Cruikshank retrató al Rey (en 1820) dormitando ciego y borracho en su trono, rodeado de botellas rotas y delante de un biombo decorado con sátiros y trovadoras de grandes pechos. (A los obispos no les fue mejor.)

737

La estampa popular no era en absoluto un arte para analfabetos, como atestiguan los globos llenos de minúscula estampa que salen de las bocas de las figuras. Pero los

¹ Véase H.O. 119.3/4 para las acusaciones y contraacusaciones entre Covent Garden y Drury Lane, por una parte, y los teatritos "ilegítimos", por otra, 1812-18.

² H.O. 65.1

³ *Trades Newspaper*, 31 de julio, en agosto de 1825 y ss. El editor se sintió obligado a disculparse por publicar noticias sobre peleas de premios y mordeduras de animales; pero el periódico estaba dirigido por un comité de sindicatos londinenses, y había que satisfacer los deseos de los miembros.

analfabetos también podían participar en esta cultura, parándose cada hora frente al escaparate de la imprenta y descifrando las intrincadas minucias visuales del último Gillray o Cruikshank: en Knight's, en Sweeting's Alley, en Fairburn's, en Ludgate Hill, o en Hone's, en Fleet Street (recordaba Thackeray), "solía haber una multitud.... de mecánicos de buen carácter, que deletreaban las canciones y las pronunciaban en beneficio de la compañía, y que recibían los puntos de humor con un clamor general de simpatía". En ocasiones, el impacto fue sensacional; Fleet Street quedaba bloqueada por las multitudes; Cruikshank creía que su "Bank Restriction Note" (1818) tuvo como resultado la abolición de la pena de muerte por pasar dinero falso. De hecho, en la década de 1790, el Gobierno sobornó a Gillray para que actuara contra los jacobinos. Durante las guerras, la mayoría de los impresos eran patrióticos y antigalicanos (John Bull adquirió su forma clásica en estos años), pero en cuestiones domésticas los impresos eran salvajemente polémicos y con frecuencia Bur—dettite en simpatía. Después de las guerras se desencadenó una avalancha de impresos radicales, que permanecieron inmunes a la persecución, incluso durante la agitación de Queen Caroline, porque la persecución habría incurrido en un mayor ridículo. A través de todas sus transformaciones (y a pesar de la crudeza de muchos de sus practicantes), siguió siendo un arte urbano muy sofisticado: podía ser agudamente ingenioso o cruelmente franco y obsceno, pero en cualquier caso dependía de un marco de referencia de cotilleos compartidos y de un conocimiento íntimo de los modales y debilidades incluso de los participantes menores en los asuntos públicos, una pátina de intrincada alusividad.¹

La cultura del teatro y de la imprenta era popular en un sentido más amplio que la cultura literaria de los artesanos radicales. La nota dominante de la cultura autodidacta de los años veinte y principios de los treinta era la sobriedad moral. Es habitual atribuirlo a la influencia del metodismo, y sin duda, tanto directa como indirectamente, esta influencia se deja sentir. La estructura del carácter puritano subyace en la seriedad moral y la autodisciplina que permitían a los hombres trabajar a la luz de las velas después de un día de trabajo.

738

Pero debemos hacer dos importantes reservas. La primera es que el metodismo fue una influencia fuertemente *antiintelectual*, de la que la cultura popular británica nunca se ha recuperado del todo. El círculo al que Wesley habría confinado la lectura de los metodistas (señaló Southey) "era bastante estrecho; sus propias obras, y su propia serie de abreviaturas, habrían constituido la parte principal de la biblioteca de un metodista".² A principios del siglo XIX se animaba a los predicadores locales y a los líderes de clase a leer más: reimpressiones de Baxter, la hagiografía del movimiento, o "vollams del Missionary Register". Pero la poesía era sospechosa, y la filosofía, la

¹ Para hacerse una idea de la complejidad de esta producción, pueden consultarse los muy eruditos *Catálogos de sátira política y personal del Museo Británico de la Dra. Dorothy George*, volúmenes VII, VIII, IX y X. Véase también Blanchard Jerrold, *George Cruikshank* (1894), Ch. IV.

² Southey, *Life of Wesley*, p. 558.

crítica bíblica o la teoría política, tabú. Todo el peso de la enseñanza metodista recaía sobre la bienaventuranza de los "puros de corazón", sin importar su rango o sus logros. Esto dio a la Iglesia su atractivo espiritual igualitario. Pero también alimentó (a veces en proporciones gigantescas) las defensas filisteas de los escasamente 1 iterados. "Es *carta blanca* para la ignorancia y la insensatez", estalló Hazlitt:

Aquellos... que no son capaces o no están dispuestos a pensar conectada o racionalmente sobre cualquier tema, son liberados de inmediato de toda obligación de este tipo, diciéndoles que la fe y la razón son opuestas entre sí.¹

De los sucesivos golpes de Paine, Cobbett, Carlile, los ministros metodistas defendieron a sus rebaños: abundaban las pruebas de que la alfabetización sin control era la "trampa del diablo".

Algunos de los vástagos del tronco metodista principal —los Metodistas Unitarios (una extraña conjunción) y, sobre todo, la Nueva Conexión— tenían una inclinación más intelectual, y sus congregaciones se asemejan a las antiguas iglesias disidentes. Pero la principal tradición metodista respondió a la sed de ilustración de un modo diferente. Ya hemos señalado² las afinidades sumergidas entre el metodismo y el utilitarismo de la clase media. Por extraño que pueda parecer, si pensamos en Bentham y su odio a la superstición "juglaresca", el espíritu de la época trabajaba por una conjunción de las dos tradiciones. Si la *investigación* intelectual era desalentada por los metodistas, la adquisición de conocimientos *útiles* podía considerarse piadosa y llena de méritos. El énfasis, por supuesto, estaba en el *uso*. La disciplina del trabajo por sí sola no era suficiente, era necesario que la mano de obra avanzara hacia niveles de logro más sofisticados. El viejo argumento oportunista baconiano —que no podía haber maldad en el estudio de la naturaleza, que es la prueba visible de las leyes de Dios— se había asimilado ahora dentro de la apologética cristiana. De ahí surgió ese fenómeno peculiar de la cultura victoriana temprana, el párroco no conformista con la mano en el Antiguo Testamento y el ojo en el microscopio.

739

Los efectos de esta conjunción ya se dejaban sentir en la cultura obrera de los años veinte. Los metodistas veían con buenos ojos la ciencia —botánica, biología, geología, química, matemáticas y, en particular, las ciencias aplicadas—, siempre que no se mezclaran con la política o la filosofía especulativa. El mundo sólido, estadístico e intelectual que los utilitaristas estaban construyendo era también agradable para la Conferencia Metodista. Ellos también compilaban sus tablas estadísticas de asistencia a la escuela dominical, y Bunting (uno piensa) que habría sido feliz si hubiera podido calcular los grados de gracia espiritual con la precisión con la que Chadwick calculaba la dieta mínima que podía mantener a un indigente con fuerzas para trabajar. De ahí la alianza entre no-conformistas y utilitaristas en el esfuerzo educativo, y en la difusión de "mejora" conocimiento junto a exhortación piadosa. Ya en los años veinte

¹ *Obras*, IV, pp. 57 y ss., de *La Mesa Redonda* (1817).

² Véase más arriba, p. 365.

está bien establecido este tipo de literatura, en la que las amonestaciones morales (y los relatos de las orgías de borrachera de Tom Paine en su lecho de muerte no visitado) aparecen al lado de pequeñas notas sobre la flora de Venezuela, estadísticas del número de muertos en el terremoto de Lisboa, recetas de verduras hervidas y notas sobre hidráulica:

Cada especie... requiere un tipo de alimentación diferente". Linneo ha observado que la vaca come 276 especies de plantas y rechaza 218; la cabra come 449 y rechaza 126; la oveja come 387 y rechaza 141; el caballo come 262 y rechaza 212; y el cerdo, de sabor más agradable que cualquiera de ellos, sólo come 72 plantas y rechaza todas las demás. Sin embargo, tal es la ilimitada munificencia del Creador, que todas estas innumerables miríadas de seres sensibles son ampliamente provistos y alimentados por su generosidad. "Los ojos de todos ellos miran hacia Él, y Él abre su mano y satisface el deseo de todo ser viviente".¹

740

Y ya en los años veinte, la Economía Política puede verse como un tercer socio junto a la Moral y el Conocimiento Útil, en forma de homilías sobre las leyes divinas e inmutables de la oferta y la demanda. El capital, aún más amable en su gusto que el cerdo, seleccionaría sólo al trabajador laborioso y obediente y rechazaría a todos los demás.

Así, el metodismo y el evangelismo aportaron pocos ingredientes intelectuales activos a la cultura articulada del pueblo trabajador, aunque puede decirse que añadieron seriedad a la búsqueda de *información*. (Arnold vería más tarde la tradición no conformista como profundamente filistea e indiferente a la "dulzura y la luz"). Y hay una segunda reserva que hacer, cuando la sobriedad del mundo del artesano se atribuye a esta fuente. La sobriedad moral fue, de hecho, un producto demostrable de la propia agitación radical y racionalista; y debía mucho a las viejas tradiciones disidentes y jacobinas. Esto no quiere decir que no hubiera radicales borrachos ni manifestaciones desordenadas. Wooler era sólo uno de los líderes radicales que, se decía, era demasiado aficionado a la botella; mientras que hemos visto que las tabernas de Londres y las hush-shops de Lancashire eran importantes lugares de reunión. Pero los radicales trataban de salvar al pueblo de la imputación de ser una "turba"; y sus líderes trataban continuamente de presentar una imagen de sobriedad.

Además, había otros motivos para este énfasis. Uno de los reglamentos de la Bath Union Society for Parliamentary Reform (creada en enero de 1817) es característico:

Se recomienda encarecidamente a todos los diputados que no gasten su dinero en casas públicas, porque la mitad de dicho dinero se va en impuestos, para alimentar a los gusanos de la corrupción.²

En los años de la posguerra, Hunt y Cobbett hicieron mucho hincapié en el llamamiento a la abstinencia de todos los artículos gravados, y en particular en las

¹ Thomas Dick, *On the Improvement of Society by the Diffusion of Knowledge* (Glasgo '833), p. 175. Véase también p. 213, donde se afirma que "la aritmética, el álgebra, la geometría, secciones cónicas y otros departamentos de las matemáticas" son estudios particularmente piadosos, ya que "contienen verdades que son eternas e inmutables".

² H.O. 40.4.

virtudes del agua sobre los licores o la cerveza. La sobriedad de los metodistas era el único atributo de su "secta" que Cobbett podía alabar: "Considero que la embriaguez es la raíz de mucho más de la mitad de los males, la miseria y los crímenes que afligen a la sociedad".¹ Este no fue siempre el tono de Cobbett; en otras ocasiones podía lamentar el precio de la cerveza para el trabajador. Pero en la mayoría de los círculos se encuentra un primor moral general. Fue, en particular, la ideología del artesano o del trabajador cualificado que había mantenido su posición frente a la bulliciosa marea no cualificada. Se encuentra en el relato de Carlile sobre su primera juventud:

741

Era un hombre regular, activo y trabajador, que trabajaba temprano y tarde... y cuando estaba fuera del taller nunca fui tan feliz en ningún sitio como en casa con mi mujer y mis dos hijos. La taberna siempre me pareció... Tenía la idea de que un hombre... ...era un tonto si no aprovechaba bien cada chelín.²

Muchos días se había saltado una comida y "llevaba a casa alguna publicación de seis peniques para leer por la noche". Se encuentra, en su forma más admirable y conmovedora, en *Life and Struggles ... in Pursuit of Bread, Knowledge and Freedom*, de William Lovett, un título que, en sí mismo, condensa todo lo que intentamos describir.

Era una disposición reforzada, entre los republicanos y librepensadores, por el carácter de los ataques contra ellos. Denunciados en las estampas lealistas y desde los púlpitos eclesiásticos como ejemplos despreciables de todos los vicios, intentaban exhibirse como portadores, junto a sus opiniones heterodoxas, de un carácter irreprochable. Lucharon contra las leyendas lealistas de la Francia revolucionaria, que era presentada como una sanguinaria cocina de ladrones, cuyos Templos de la Razón eran burdeles. Eran especialmente sensibles a cualquier acusación de incorrección sexual, de mala conducta financiera o de falta de apego a las virtudes familiares.³ Carlile publicó en 1830 un pequeño libro de homilías, *The Moralists*, mientras que *Advice to Young Men*, de Cobbett, no era más que un ensayo más cordial y legible sobre los mismos temas de laboriosidad, perseverancia e independencia. Los racionalistas, por supuesto, estaban especialmente ansiosos por contrarrestar la acusación de que el rechazo de la fe cristiana debía conllevar inevitablemente la disolución de todas las restricciones morales. Junto a la influyente *Ruinas del Imperio*, de Volney, se transcribió y difundió como tratado su *Ley de la naturaleza*, que servía para argumentar —en forma de diálogo— que todas las virtudes respetables debían cumplirse de acuerdo con las leyes de la utilidad social:

742

¹ *Registro Político*, 13 de enero de 1821. El movimiento antialcohólico tiene su origen en esta campaña de abstinencia de posguerra.

² Véase Wickwar, op. cit., p. 68.

³ Cf. T. Frost, *Forty Years' Recollections*, p. 20 (sobre la propaganda antiowenista de los años treinta): "Era un recurso muy común que los denunciantes y los testigos dijeran de una persona acusada de hurto, abandono de esposa o casi cualquier otro delito: 'Es un socialista'; y los informes de todos esos casos llevaban el encabezamiento lateral: 'Efecto del owenismo',,,,"

Q. ¿Por qué dice que el amor conyugal es una virtud?

A. Porque la concordia y la unión que son consecuencia del afecto que subsiste entre las personas casadas, establecen en el seno de su familia multitud de hábitos que contribuyen a su prosperidad y conservación....

Así durante la mayor parte de una página. Y así, a través de capítulos sobre el Conocimiento, la Continencia, la Templanza, la Limpieza, las Virtudes Domésticas, que se leen como un prospecto para la era Victoriana. Cuando aparecía la heterodoxia en materia de relaciones sexuales, como ocurrió entre los comunitaristas owenianos, lo hacía generalmente con un celo característico del temperamento puritano.¹ El pequeño grupo de neomalthusianos que, con considerable valentía, propagó entre los trabajadores, a principios de los años veinte, el conocimiento de los medios anticonceptivos, lo hizo desde la convicción de que la única forma en que las "clases industriosas" podían elevar su nivel físico y cultural era limitando su propio número. Place y sus compañeros se habrían escandalizado mucho si se hubiera sugerido que esos medios contribuían a la libertad sexual o personal.²

La levedad o el hedonismo eran tan ajenos al talante radical o racionalista como al metodista, y se nos recuerda cuánto debían los jacobinos y los deístas a las tradiciones de la antigua disidencia. Pero es posible juzgar demasiado a partir del registro escrito y de la imagen pública del orador. En el movimiento real, la alegría sigue irrumpiendo, no sólo con Hone, sino, cada vez más, con Hetherington, Lovett y su círculo, que eran más suaves, más humorísticos, más sensibles a la gente, menos didácticos, pero no menos decididos, que su maestro, Carlile. Resulta tentador plantear la paradoja de que los artesanos racionalistas según el modelo de Carlile o Volney mostraban los mismos patrones de conducta que sus análogos metodistas; mientras que en un caso se recomendaba sobriedad y limpieza en obediencia a Dios y a la Autoridad, en el otro caso, eran virtudes requeridas en aquellos que formaban el ejército que derrocaría al sacerdocio y al rey. Para un observador que no conociera el idioma, los atributos morales de ambos podrían parecer indistinguibles. Pero esto sólo es así en parte. Los títulos de los capítulos de Volney continúan: "De las virtudes sociales y de la justicia". Había una profunda diferencia entre las disciplinas recomendadas para la salvación de la propia alma y las mismas disciplinas recomendadas como medios para la salvación de una clase. El artesano radical y librepensador creía firmemente en los deberes *activos* de la ciudadanía.

743

¹ Véase, por ejemplo, William Hodson en el *Social Pioneer*, 20 de abril de 1839 (et *passim*): "Permítame, señor, exponer... mi opinión sobre la cuestión [del matrimonio]... ni el *hombre ni la mujer* pueden ser felices hasta que no tengan *los mismos derechos*... casarse entre sí para tener un hogar, como ocurre a menudo ahora, es comprar carne humana; es un trato de esclavos de la peor clase. ... Sostengo que todas las uniones deben ser únicamente por afecto; continuar las uniones cuando ese afecto deja de existir es *per fectamente... prostitución*".

² Véase Wallas, op. cit., pp. 166-72; N. Himes, "J. S. Mill's Attitude toward Neo Malthusianism", *Econ. Journal* (Supplement), 1926-9, I, pp. 459-62; M. Stopes, *Contraception* (1923); N. Himes, "The Birth Control Handbills of 1823", *The Lancet*, 6 de agosto de 1927; M. St. J. Packe, *Life of John Stuart Mill* (1954), pp. 56-9. Véase también más adelante, p. 777.

Además, junto con esta sobriedad, la cultura artesanal alimentaba los valores de la indagación intelectual y de la reciprocidad. Hemos visto mucho de la primera cualidad, puesta de manifiesto en la lucha por la libertad de prensa. El autodidacta tenía a menudo una comprensión desigual, trabajosa, pero era *la suya propia*. Como se había visto obligado a encontrar su propio camino intelectual, no se fiaba demasiado de nadie: su mente no se movía dentro de los esquemas establecidos por la educación formal. Muchas de sus ideas desafiaban a la autoridad, y ésta había intentado suprimirlas. Por ello, estaba dispuesto a escuchar nuevas ideas antiautoritarias. Esta fue una de las causas de la inestabilidad del movimiento obrero, especialmente en los años comprendidos entre 1825 y 1835; también nos ayuda a comprender la rapidez con la que se extendió el owenismo, y la disposición de los hombres a oscilar de uno a otro de los esquemas utópicos y comunitarios que se proponían. (Esta cultura artesanal puede verse, también, como una levadura que sigue actuando en la época victoriana, ya que los hombres hechos a sí mismos o los hijos de artesanos de los años veinte contribuyeron al vigor y la diversidad de su vida intelectual). Por mutualismo entendemos la tradición de estudio, disputa y perfeccionamiento mutuos. Hemos visto algo de esto en los días de la L.C.S. La costumbre de leer en voz alta las publicaciones periódicas radicales, en beneficio de los analfabetos, también conllevaba —como consecuencia necesaria— que cada lectura se convirtiera en una discusión de grupo *ad hoc*. Cobbett había expuesto sus argumentos, tan claramente como podía, y ahora los tejedores, almacenistas o zapateros los debatían.

Un pariente de este tipo de grupo era la sociedad de mejora mutua, ya fuera formal o informal, que se reunía semana a semana con la intención de adquirir conocimientos, generalmente bajo la dirección de uno de sus propios miembros.¹ Aquí, y en los Institutos Mecánicos, había una cierta reunión de las tradiciones de la capilla y de los radicales. Pero la coexistencia fue incómoda y no siempre pacífica.

744

La historia temprana de los Institutos Mecánicos, desde la formación del Instituto de Londres en 1823 hasta la década de 1830, es una historia de conflicto ideológico. Desde el punto de vista del artesano o sindicalista radical, el entusiasmo del Dr. Birkbeck y de algunos clérigos disidentes y profesionales benthamistas por ayudarles a establecer centros para la promoción del conocimiento era muy de agradecer. Pero, desde luego, no estaban dispuestos a recibir esta ayuda *en cualquier condición*. Si Brougham aparece en algunos escritos recientes como un gran radical, aunque oportunista, no era así en absoluto como lo veían los "viejos radicales" de 1823. Le habían visto ofrecer disculpas por el sistema de espionaje en 1817 (en un discurso que Gobbett retomó una y otra vez); y le verían levantarse en la Cámara en el clímax de la campaña de Carlile y declarar que "se alegraba del resultado de algunos juicios recientes" y que consideraba que los prisioneros habían publicado "una masa de la

¹ Véase J. F. C. Harrison, op. cit, pp. 43 y ss.

materia más grosera y criminal".¹ El celo de Brougham por los Institutos fue suficiente para hacerlos sospechosos desde el principio; y los intentos de Place de actuar como intermediario entre Brougham (a quien despreciaba en secreto) y los sindicalistas londinenses (que sospechaban de él menos secretamente) no iban a disipar esta sospecha. Los conflictos cruciales se produjeron en torno a las cuestiones del control, de la independencia financiera y de si los institutos debían o no debatir sobre economía política (y, en caso afirmativo, sobre *la economía política de quién*). Thomas Hodgskin fue derrotado en este último conflicto por Place y Brougham. En los primeros conflictos, Birkbeck, en su afán por recaudar fondos para ampliar las instalaciones del Instituto, hizo caso omiso del consejo de Robertson, Hodgskin y John Gast de que —si el asunto era emprendía menos Los propios artesanos podrían recaudar los fondos necesarios y poseer y controlar el conjunto.

Estas dos derrotas, y la inauguración de las conferencias de Brougham sobre economía política (1825), significaron que el control pasó a manos de los partidarios de la clase media, cuya ideología también dominaba la economía política del programa de estudios. En 1825, el *Trades Newspaper* consideraba que el London Institute era una causa perdida, que dependía de "los grandes y ricos":

Quando se fundó, los mecánicos de la metrópoli manifestaron un sentimiento tan fuerte y general en su favor que estábamos perfectamente convencidos de que, si ese sentimiento no se hubiera desvanecido... los propios mecánicos podrían y habrían proporcionado todos los medios necesarios para garantizarle el éxito más espléndido...

745

En las provincias, la historia de los Institutos de Mecánica es más accidentada. En Leeds (como ha demostrado el Dr. Harrison) el Instituto estuvo controlado desde el principio por patrocinadores de la clase media y, en particular, por fabricantes no conformistas; en Bradford y Huddersfield estuvo controlado durante un tiempo por artesanos radicales. Después de mediados de los años veinte, la tendencia general fue que la costumbre de los artesanos cediera el paso a la de la clase media baja, y que la economía política ortodoxa entrara en el programa de estudios. Pero todavía en 1830 el movimiento parecía lo bastante heterodoxo (debido a su galaxia de patrocinadores utilitaristas y unitarios) como para que muchos clérigos anglicanos y wesleyanos se mantuvieran al margen. Un vicario de Yorkshire, en 1826, veía a los Institutos como agencias de sufragio universal y "librepensamiento universal", que "con el tiempo degenerarían en clubes jacobinos y se convertirían en viveros de desafección". A principios de la década de 1830, un coadjutor atacó a la dirección del Instituto de Mecánica de Leicester por convertirlo en una escuela "para la difusión de principios infieles, republicanos y niveladores". Entre los papeles que se llevó su biblioteca estaba Carlile's *Gauntlet*.²

¹ Véase Wickwar, op. cit., p. 147; y el comentario de Place: "*Bien hecho, hipócrita, tú que no eres cristiano*".

² Véase especialmente J. F. C. Harrison, op. cit., pp. 57-88, 173-8; *Mechanic's Magazine*, 11 y 18 de octubre de 1823; T. Kelly, *George Birkbeck* (Liverpool, 1957), caps. V y VI; "E. Halóvy, *Thomas Hodgskin* (1956), pp. 87-91; Chester New, op. cit, cap. XVII; *Trades News paper*, 17 de julio de 1825; F. B. Lott, *Story of the Leicester Mechanic's*

Hemos hablado de la cultura *artesanal* de los años veinte. Es el término más preciso que tenemos a mano y, sin embargo, no es más que aproximativo. Hemos visto que "*pequeño burgués*" (con sus habituales asociaciones peyorativas) no sirve, y hablar de una cultura "obrera" sería prematuro. Pero por artesano debemos entender un medio que afectaba a los armadores de Londres y a los operarios de las fábricas de Manchester, por un lado, y a los artesanos degradados, los trabajadores a domicilio, por otro. Para Cobbett, éstos eran los "jornaleros y obreros" o, más brevemente, "el pueblo". "Soy de la opinión", escribió al obispo de Llandaff en 1820, "de que su señoría está muy equivocado al suponer que el pueblo, o el vulgo, como a usted le complace llamarlo, es *incapaz de comprender los argumentos*":

Le aseguro que a la gente no le gustan los cuentos sencillos. Tampoco se deleitan en el lenguaje declamatorio, o en la floja afirmación, sus mentes han experimentado, en los últimos diez años, una gran revolución....

Permítanme decir que.... estas clases son, a mi cierto entender, en este momento, más ilustradas que las otras clases de la comunidad.... Ellas ven más allá en el futuro que el Parlamento y los Ministros. Hay esta ventaja que acompaña a su búsqueda del conocimiento. No tienen ningún interés particular que responder; y, por lo tanto, su juicio no está nublado por el prejuicio y el egoísmo. Además, la comunicación entre ellos es perfectamente libre. Los pensamientos de un hombre producen otros pensamientos en otro hombre. Las nociones se barajan sin la restricción impuesta a la sospecha, por el falso orgullo o la falsa delicadeza. Y así se llega rápidamente a la verdad.¹

¿Qué argumento, qué verdades?

II. WILLIAM COBBETT.

Gobbett ejerce su influencia a lo largo de los años que van desde el final de las Guerras hasta la aprobación de la Ley de Reforma. Decir que no fue en ningún sentido un pensador sistemático no quiere decir que no ejerciera una influencia intelectual seria. Fue Cobbett quien *creó* esta cultura intelectual radical, no porque ofreciera sus ideas más originales, sino en el sentido de que encontró el tono, el estilo y los argumentos que podían llevar al tejedor, al maestro de escuela y al carpintero de ribera a un discurso común. De la diversidad de quejas e intereses sacó un consenso radical. Sus *Registros Políticos* fueron como un medio de circulación que proporcionó un medio común de intercambio entre las experiencias de hombres con logros muy diferentes.

Podemos verlo si nos fijamos, no tanto en sus ideas, sino en su tono. Y una manera de hacerlo es contrastar su manera con la de Hazlitt, el más "jacobino" de los radicales

Institute (1935); M. Tylecote, "*The Mechanic's Institutes of one shire and Torksfure before 1851*" (Manchester, 1957).

¹ *Registro Político*, 27 de enero de 1820.

de clase media y el que —durante un largo período de años— más se acercó al mismo movimiento que el de los artesanos. Hazlitt utiliza su cuchillo contra los fondistas y los sinecuristas:

Los gobiernos legítimos (adúlenlos como quieran) no son otra mitología pagana. No son ni tan baratos ni tan espléndidos como la edición de Delphin de las Metamorfosis de Ovidio. Son, en efecto, "dioses para castigar", pero en otros aspectos "hombres de nuestra flaqueza". No se alimentan de ambrosía ni beben néctar, sino que viven de los frutos comunes de la tierra, de los que obtienen la mayor parte, y los mejores. El vino que beben está hecho de uvas: la sangre que derraman es la de sus súbditos: las leyes que hacen no son contra sí mismos: los impuestos que votan, los devoran después. Tienen las mismas necesidades que nosotros: y, teniendo la opción, muy naturalmente se ayudan a sí mismos primero, de la reserva común, sin pensar que otros han de venir después de ellos.... Los indigentes de nuestro Estado tienen sus manos en el plato de todos, y comen suntuosamente todos los días. Viven en palacios y descansan en carruajes. A pesar del Sr. Malthus, sus caballos consumen el producto de nuestros campos, sus perreras están repletas de la comida que mantendría a los hijos de los pobres. Nos cuestan tanto al año en vestidos y muebles, tanto en estrellas y ligas, cintas azules y grandes cruces, tanto en cenas, desayunos y cenas, y tanto en cenas, desayunos y cenas. Estos héroes del impuesto sobre la renta, dignatarios de la lista civil, santos del calendario de la Corte (*compagnons du lys*), tienen sus naturales y no naturales, como el resto del mundo, pero a un precio más caro. Le resultará más fácil mantenerlos a semana que un mes; y al cabo de ese tiempo, despertando del dulce sueño de Legitimidad, puedes decir con Calibán: "Vaya, qué tonto fui al tomar a este monstruo borracho por un Dios"¹.

747

La de Hazlitt era una sensibilidad compleja y admirable. Fue uno de los pocos intelectuales que recibió de lleno el impacto de la experiencia de la Revolución Francesa y, al tiempo que rechazaba las ingenuidades de la Ilustración, reafirmaba las tradiciones de *libertad e igualdad*. Su estilo revela, en todo momento, no sólo que se medía con Burke, Coleridge y Wordsworth (y, más inmediatamente, con *Blackwood's* y la *Quarterly Review*), sino que era consciente de la fuerza de algunas de sus posturas y compartía algunas de sus respuestas. Incluso en su periodismo radical más comprometido (del que éste es un ejemplo) dirigió su polémica, no hacia lo popular, sino hacia la cultura educada de su tiempo. Sus *Ensayos políticos* podrían ser publicados por Hone,² pero, al escribirlos, habrá pensado menos en el público de Hone que en la esperanza de hacer retorcerse a Southey, provocar la apoplejía del *Quarterly* o incluso detener a Coleridge a mitad de frase.

Esto no es en ningún sentido una crítica. Hazlitt tenía una amplitud de referencias y un sentido del compromiso con un conflicto europeo de importancia histórica que hace que los radicales plebeyos parezcan provinciales tanto en el espacio como en el

¹ "¿Qué es el pueblo?", de *Ensayos políticos* (1819), en *Obras*, VII, p. 263.

² Hone dijo en su anuncio: "El Editor afirma concienzudamente, que hay más Pensamiento Original y justo, luminosamente expresado en este Volumen, que en cualquier otra Obra de un Autor vivo."

tiempo. Es una cuestión de papeles. Cobbett nunca podría haber escrito una frase de este pasaje. No podría admitir (ni siquiera como figura retórica) que pudiéramos querer halagar a la Legitimidad; no podría haber aceptado las normas del "mundo", que Hazlitt asume, aunque sólo sea para castigar; no podría haber escrito "*nuestros* tahúres del Estado", ya que cada uno de sus tendones se tensó para hacer que su público viera a los almacenistas y colocadores como *ellos*—, y, como corolario, no podría haber escrito, con este sentido de la distancia, de "los hijos de los pobres", o bien habría dicho (a su público) "*sus* hijos" o habría dado un ejemplo particular. Él no es probable que dijera "nos cuestan tanto al año"; habría dado una cifra concreta, aunque fuera arriesgada. "Estos héroes del impuesto sobre la renta" está más cerca del truco de Cobbett de *nombrar*—;¹ pero con Hazlitt todavía hay el acento del patricio amigo del pueblo (como Wilkes o Burdett, una pizca de rapé justo en el momento en que se prepara en la Cámara para la estocada más mortal); con Cobbett no hay pretensión irónica de ceremonia, salen los nombres, *Parson* Malthus, *Bolton* Fletcher, la *Cosa*, con una brusquedad que hizo sonrojar incluso a Shelley ("El rapé de Cobbett, venganza").

748

Es una cuestión de tono; y, sin embargo, en el tono se encontrará al menos la mitad del significado político de Cobbett. El estilo de Hazlitt, con sus ritmos sostenidos y controlados, y su movimiento antitético, pertenece a la cultura cortés del ensayista. A pesar de *Rural Rides*, no es fácil pensar en Cobbett como ensayista. De hecho, la fértil alusividad y estudiada manera de Hazlitt, al pertenecer a una cultura que no estaba al alcance de los artesanos, bien podría despertar su hostilidad. Cuando Cobbett escribía sobre sinecuras lo hacía en términos como éstos:

Hay de estas plazas y pensiones de todos los tamaños, desde *veinte libras a treinta mil* y cerca de *cuarenta mil libras ayear* \ ... Hay varios colocadores individuales, las ganancias de *cada uno de los* cuales mantendrían a *mil familias*... El Sr. PRESTON... que es *miembro del Parlamento* y tiene una gran propiedad, dice sobre este tema: "Cada familia, incluso de los trabajadores más pobres, compuesta por cinco personas, puede considerarse que paga en *impuestos indirectos* al menos *diez libras al año*, o más de la mitad de su salario a siete chelines por semana". Y, sin embargo, los insolentes asalariados os llaman *chusma, chusma, multitud canalla*, y dicen que vuestra voz no es nada.²

Todo aquí es sólido y está relacionado, no con una cultura literaria, sino con una experiencia comúnmente disponible. Incluso el Sr. Preston es *colocado*. Cobbett devolvió a la prosa los ritmos del habla; pero del habla enérgicamente argumentativa, enfática.

749

Obsérvenlo escribiendo sobre el conocido tema de que el clero debe ser juzgado, no por sus profesiones, sino por sus acciones:

Hay algo desafortunado, por no decir otra cosa, en esta perfecta unión de acción entre

¹ Cf. "Seigneurs of the Twist, Sovereigns of the Spinning Jenny, great Yeomen of the Yarn" de Cobbett.

² "Address to the Journeymen and Labourers", *Political Register*, 2 de noviembre de 1816.

la Iglesia y la Convocación Metodista. La religión no es una idea abstracta. No es algo metafísico. Debe producir un efecto en la conducta de los hombres, o no sirve para nada. Debe tener un efecto sobre las acciones de los hombres. Debe tener una buena influencia en los asuntos y en la condición de los hombres. Ahora bien, si la religión de la Iglesia...¹ La relación de Cobbett con su público en pasajes como éste (y el ejemplo procede del primer *Registro* que me viene a la mano; casi cualquier *Registro* ofrecería lo mismo) es tan palpable que uno podría extender la mano y tocarla. Es un argumento. Hay una proposición. Cobbett escribe "metafísico", mira a su público y se pregunta si la palabra comunica. Explica la relevancia del término. Repite su explicación en el lenguaje más sencillo. Vuelve a repetirla, pero esta vez amplía la definición para que tenga implicaciones sociales y políticas más amplias. Luego, una vez terminadas estas breves frases, comienza de nuevo la exposición. En la palabra "Ahora" sentimos que está implícito: "si todos me han entendido, prosigamos juntos".

No es difícil demostrar que Cobbett tenía algunos muy estúpido y contradictorias, y a veces aporreaba a sus lectores con argumentos engañosos.² Pero tales demostraciones no vienen al caso a menos que se comprenda la profunda, la verdaderamente profunda, influencia democrática de la actitud de Cobbett hacia su público. Paine anticipa el tono; pero Cobbett, durante treinta años, habló así a su público, hasta que los hombres hablaban y discutían como Cobbett por todo el país. Asumió, como una cuestión que apenas necesita demostración, que todos los ciudadanos tenían el poder de la razón, y que era mediante la argumentación dirigida al entendimiento común como debían resolverse los asuntos. Durante los últimos diez años (escribió en 1820)

No he dirigido nada [al pueblo] que no se basara, para tener éxito, en *los hechos*, y en los mejores argumentos que he podido para producir. Mis temas han sido generalmente de la naturaleza más intrincada... No me he servido de ningún medio para atraer la curiosidad o divertir la fantasía. Todo ha sido un llamamiento al entendimiento, al discernimiento y a la justicia del lector.

750

No es cierto, por supuesto, que Cobbett no empleara artificios para "atraer la curiosidad". Si trataba a sus lectores como iguales, a los ministros, obispos y lores los trataba como algo menos. ("Wilberforce", comenzaba una de sus cartas abiertas: "Te tengo ante mí en un panfleto cantinflesco"). A esto hay que añadir otros dos recursos. El primero es la analogía casera y práctica, tomada normalmente de la vida rural. En esto tenía un sentido infalible de la experiencia disponible para todo el cuerpo de sus lectores. Para él, esas figuras no tenían una función decorativa ni eran alusiones pasajeras. Se cogían, se sostenían en la mano, se les daba la vuelta, se utilizaban deliberadamente para hacer avanzar el argumento y luego se dejaban de lado.

¹ *Ibidem*, 27 de enero de 1820.

² La prensa lealista se deleitaba publicando listas de las autocontradicciones de Cobbett. Lo mismo hacían, desde un punto de vista opuesto, sus oponentes ultrarradicales: véase la perjudicial *Vindicación de la Prensa* de Gale Jones, *contra las Aspersiones de William Cobbett, incluyendo una Retrospectiva de su Vida Política y sus Opiniones* (1823).

Podemos tomar como ejemplo la famosa descripción de Cobbett de Brougham y los reformistas moderados como espantapájaros o SHOY-HOYS: "y ahora os diré por qué":

Un shoy-hoy es un simulacro de hombre o mujer, hecho de paja u otro material, enroscado alrededor de una estaca, clavado en el suelo... con un palo o pistola en la mano. Estos "shoy-hoys" se colocan con el propósito de ahuyentar a los pájaros para que no dañen el maíz o las semillas, y a veces para espantarlos de las cerezas u otras frutas. El pueblo quiere una reforma del parlamento, y durante mucho tiempo ha habido un pequeño grupo que ha profesado el deseo de conseguir una reforma parlamentaria. Han hecho mociones y discursos y divisiones, con el fin de mantener vivas las esperanzas del pueblo, y así han podido mantenerlo tranquilo de vez en cuando. Nunca han deseado *triunfar*, porque el éxito pondría fin a sus esperanzas de emolumento; pero han divertido al pueblo. La gran mayoría de las facciones, conociendo la realidad de sus puntos de vista, se han divertido mucho con sus falsos esfuerzos, que nunca les han interrumpido en lo más mínimo en su disfrute del saqueo general. Igual que ocurre con los pájaros y los zancudos en los campos o jardines. Al principio, los pájaros toman las herraduras por un hombre o una mujer de *verdad*; y, mientras lo hacen, se abstienen de su trabajo de saqueo; pero después de haber observado durante algún tiempo la herradura con sus ojos rápidos y penetrantes, y percibido que nunca mueve la mano o el pie, se desentienden totalmente de ella, y no están más obstruidos por ella que si fuera un poste. Lo mismo ocurre con estos politiqueros; pero... *hacen daño*... Recuerdo un caso... que ilustra muy bien las funciones de estos engañadores políticos. Los pájaros estaban haciendo grandes estragos en algunas semillas de nabo...que tenía en Botley. "Pega un shoy-hoy", le dije a mi alguacil. "Eso no *servirá de nada, señor*;" ... me contestó, diciéndome que sí, esa mañana, en el jardín de su vecino MORELL en realidad he visto a un gorrión posarse, con una *vaina*, sobre el *sombrero de los shoy-hoys*, y allí, como sobre una mesa de comedor, picotear los guisantes y comérselos, lo que podía hacer con mayor seguridad allí donde podía mirar a su alrededor y ver la aproximación de un enemigo, que lo que podría haber hecho en el suelo, donde podría haber sido cogido por *sorpresa*. Tales son exactamente las funciones de nuestros shoy-hoys políticos. La agricultura... . engañan a los pájaros depredadores por muy poco tiempo; pero continúan engañando a aquellos que las colocan y confían en ellas, quienes, en lugar de despertarse por la mañana y saltar sobre los depredadores con pólvora y perdigones, confían en las miserables herraduras, perdiendo así su maíz y sus semillas. Lo mismo ocurre con el pueblo, que es el incauto de todos los politiqueros. En Suffolk, y en otros condados del este, los llaman *mawkses*...¹

¹ *Political Register*, 1 de septiembre de 1830. Véase G. D. H. y M. Cole, *The Opinions of William Cobbett*, pp. 253-4.

¿Qué se puede pensar de este tipo de escritos? Por un lado, se trata de un escrito imaginativo de genio. La analogía comienza un poco rígida; la política y la agricultura discurren por líneas convergentes, pero la imagen nos parece inverosímil. Luego —en "ojos rápidos y penetrantes"— los dos argumentos se funden, con un arrebatado de deleite polémico. Cobbett está medio en broma, la imagen crece hasta proporciones surrealistas: Brougham con un gorrión en el sombrero, los reformadores con pólvora y perdigones, semillas de nabo y MORELL (que probablemente nunca volverá a aparecer). Desde otro aspecto, ¡qué cosa tan extraordinaria es esta parte de la tradición política inglesa! Es más que polémica: es también teoría política. Cobbett ha definido, en términos que un obrero o un artesano bien podría entender, la función de una forma muy inglesa de acomodación reformista. Más que esto, ilumina, a lo largo de más de un siglo, las *fauces* de otros partidos y otros tiempos.

El otro dispositivo, que ya hemos señalado¹, es el personalización de las cuestiones políticas, una personalización centrada en el propio Cobbett de Botley. Pero si Cobbett era su propio tema, lo trataba con una objetividad inusual. Su egoísmo se trascendió a sí mismo hasta el punto de que el lector es consciente, no del ego de Cobbett, sino de una sensibilidad franca y observadora, con la que se le anima a identificarse. Se le pide que mire, no *a* Cobbett, sino *con* él. El triunfo de esta manera de ser puede verse en sus *Paseos rurales*, donde no sólo sus contemporáneos, sino las generaciones sucesivas han sentido su presencia palpable mientras hablaba con los jornaleros en los campos, cabalgaba por los pueblos y se detenía para cebar a sus caballos. La fuerza de su indignación es tanto mayor cuanto que se deleitaba con todo lo que le complacía. En Tenterden:

752

La tarde era muy hermosa y, justo cuando subí la colina y entré en la calle, la gente había salido de la iglesia y se dirigía a sus casas. Era un espectáculo muy bonito. *La gente mal vestida no va a la iglesia. Vi, en resumen, dibujados* ante mí, el vestido y la belleza de la ciudad; y vi muchísimas muchachas muy, muy bonitas; y las vi, también, en sus mejores atavíos. Recuerdo a las muchachas del *Pays de Caux* y, realmente, creo que las de Tenterden se les parecen. No sé por qué no habrían de parecerse, pues el *Pays de Caux* se encuentra justo al otro lado del río, frente a este mismo lugar.

O, en un pueblo de Surrey, la ausencia de pobreza se convierte en un punto revelador frente a su incidencia general:

Mientras avanzaba entre Upwaltham y Eastdean, llamé a mi atención a un joven que, junto con otros herradores de nabos, estaba desayunando sentado al abrigo de un seto. Vino corriendo hacia mí con sus vituallas en la mano; y me alegró ver que su comida consistía en un buen trozo de pan casero y un trozo no muy pequeño de *tocino*. ... Al despedirme de él, le dije: "¿Tienes entonces *tocino*?". "¡Oh, sí! Señor", dijo, y con un énfasis y un movimiento de cabeza que parecían decir: "*Debemos* tenerlo y lo *tendremos*". Vi, y con gran deleite, un cerdo en casi todas las casas de los trabajadores. Las casas son buenas y cálidas, y los jardines de los mejores que he visto en Inglaterra.

¹ Véase más adelante, p. 627.

Qué diferencia, Dios mío, qué diferencia entre este país y la vecindad de esos lugares corruptos de *Great Bedwin* y *Cricklade*. ¿Qué clase de *desayuno* habría tomado este hombre en un revoltijo de *patatas frías*? ¿Podría haber *trabajado*, y además mojado, con semejante comida? ¡Mon strous! No debería existir ninguna sociedad donde los trabajadores vivan como cerdos.

"Allí está el *Pays de Caux* justo enfrente de este mismo lugar", "este país", "este hombre" —dondequiera que estuviera, Cobbett siempre obligaba a sus lectores, por la inmediatez de su visión, la confusión de la reflexión y la descripción, la solidez del detalle y el sentido físico del lugar, a identificarse con su propio punto de vista. Y "punto de vista" es la palabra adecuada, porque Cobbett se situaba firmemente en un entorno físico —en su granja de Botley o en la carretera de Tenterden— y luego, a partir de la evidencia de sus sentidos, llegaba a sus conclusiones generales. Incluso durante su exilio americano (1817-19) fue importante para él transmitir esta sensación de lugar:

753

Desde un lado de mi habitación veo el patio de una granja, lleno de forraje y de ganado, ovejas, cerdos y multitud de aves de corral, mientras que, a pocos pasos, más allá del patio, corre el río Susquehannah, que es más ancho que el Támesis y tiene innumerables islas en él, desde un cuarto de acre hasta cinco o seis acres de extensión. Desde el otro lado de mi habitación veo un huerto de manzanas y melocotones de cuarenta acres, situado en un estrecho valle que discurre entre dos montañas de un cuarto de milla de altura, formadas precisamente como la cresta de una casa, con los frontones hacia el río. Anoche llovió: se congeló antes de la mañana, y la escarcha atrapó las gotas que colgaban de los árboles; de modo que el sol, que ahora brilla tan intensamente como en Inglaterra en el mes de mayo, exhibe estos ociosos en incontables millones de brillantes diamantes.

Pero este escenario se convirtió en efecto para dramatizar con mayor fuerza sus sentimientos (expresados en una carta a Hunt) inspirados por la noticia de la ejecución de Brandreth y sus compañeros:

Tengo, mi querido Hunt, las casitas de paja de Waltham Chase y de Botley Common en mi mente, y siento hoy, con más fuerza que nunca, esa pasión que me haría preferir la ocupación de la más miserable de esas humildes moradas, acompañada del carácter de inglés, al dominio y la posesión real de todo lo que he descrito anteriormente, sin acompañar ese carácter. Como dije cuando me fui de Inglaterra, sigo diciendo que nunca podré querer a ningún pueblo tanto como quiero a los ingleses.

Si Cobbett hizo, de las luchas del movimiento reformista, algo así como un martirologio y una demonología, él mismo fue la figura central del mito. Pero deberíamos dudar antes de acusarle demasiado de vanidad personal. Porque el mito también exigía que William Cobbett fuera visto como un simple hombre inglés, inusualmente beligerante y perseverante, pero no especialmente talentoso; un hombre como el que el lector podría pensar que es, o como el jornalero del campo de nabos, o (dado este o aquel giro de las circunstancias) como el hijo de la casera de una pequeña posada en un pueblo de Sussex:

La casera mandó a su hijo a traerme un poco de crema, y era igual que T a su edad, y vestía igual que T. Su vestimenta principal era una bata azul desteñida por el uso y

remendada con *piezas nuevas*. La vista de este me trajo a la memoria muchas cosas muy queridas para mí. Me atrevo a decir que este muchacho desempeñará su papel en Billingshurst, o en algún lugar no muy lejos de allí. Si el accidente no me hubiera apartado de una escena semejante, ¿cuántos villanos y tontos, que han sido bien ...¡habrían dormido en paz por la noche y se habrían pavoneado sin miedo durante el día!

754

Su compasión por los pobres siempre tuvo esta cualidad: "ahí, pero por la gracia de Dios, va Will Cobbett". Su afectación consistía en parecer más "normal" de lo que era. Nunca permitió que sus lectores olvidaran que una vez había seguido el arado y que había servido como soldado raso. A medida que prosperaba, se vestía, no como un periodista (que pretendía no serlo), sino como un caballero granjero a la antigua usanza. En la descripción de Hazlitt, llevaba "un chaleco de paño escarlata con las solapas de los bolsillos colgando, como era costumbre entre los caballeros granjeros del siglo pasado"; en la de Bamford, "vestido con un abrigo azul, un chaleco amarillo de Swansdown, ropa interior de jersey y botas altas... era la representación perfecta de lo que siempre había deseado ser: un caballero granjero inglés". Es Hazlitt quien da el carácter más justo a Cobbett en lo que respecta a la vanidad:

Su egoísmo es encantador, porque no hay afectación en él. No habla de sí mismo por falta de algo sobre lo que escribir, sino porque alguna circunstancia que le ha ocurrido a él mismo es la mejor ilustración posible del tema, y no es hombre que rehúya dar la mejor ilustración posible del tema por una delicadeza remilgada. Se quiere a sí mismo y a su tema demasiado bien. No se antepone a él y dice: "Admiradme a mí primero", sino que nos coloca en la misma situación que él y nos hace ver todo lo que él hace. No hay autocomplacencia abstracta e insensata, ni admiración encubierta de su propia persona por poder: todo es sencillo y sin tapujos. Se escribe a sí mismo como William Cobbett, se desnuda tanto como cualquiera podría desear; en una palabra, su egoísmo está lleno de individualidad y tiene muy poco espacio para la vanidad.¹

Se trata de un juicio literario generoso. Pero un juicio político debe ser más matizado. El gran cambio en el tono y el estilo del Radicalismo popular, ejemplificado en el contraste entre Paine y Cobbett, fue (una vez más) definido por primera vez por Hazlitt:

755

A Paine le gustaba reducir las cosas a los primeros principios, anunciar verdades evidentes. Cobbett se preocupa poco de los detalles y de las circunstancias locales.... Los escritos de Paine son una especie de introducción a la aritmética política en un nuevo plan: Cobbett lleva un libro diario y anota todos los sucesos y cuestiones problemáticas que surgen a lo largo del año.

La personalización de la política —este trabajador en el jardín de su casa, este discurso en la Cámara de los Comunes, ese ejemplo de persecución— se adaptaba bien al enfoque pragmático de un público que apenas despertaba a la conciencia política. También tenía un valor oportunista, en el sentido de que, al centrar la atención en

¹ *Political Register*, junio de 1817, 11 de abril de 1818, 2 de octubre de 1819; *Rural Rides, passim*—, Bamford, op. cit, p. 21; Hazlitt, *Table Talk* (1821).

efemérides circunstanciales y agravios particulares, y al evitar los absolutos teóricos, permitía a monárquicos y republicanos, deístas y eclesiásticos, participar en un movimiento común. Pero el argumento puede llevarse demasiado lejos. *Los Derechos del Hombre* de Paine habían encontrado la misma respuesta en un público no más alfabetizado, y habían fomentado una teoría de los derechos populares más basada en principios; mientras que el éxito contemporáneo de revistas más teóricas demuestra la existencia de un gran público obrero que podía tomarse su política con pulcritud. Cobbett, de hecho, ayudó a crear y alimentar el antiintelectualismo y el oportunismo teórico (enmascarado como empirismo "práctico") que siguió siendo una característica importante del movimiento obrero británico.

"Recordé que mi madre tenía la costumbre de leer Cobbett's Register, y diciendo que le extrañaba que la gente hablara tanto en contra de él; que no veía nada malo en él, sino que veía muchas cosas buenas en él".¹ La madre de James Watson era empleada doméstica en casa de un clérigo, y maestra de escuela dominical. "*Folletos políticos semanales del Sr. Cobbett*", escribió Hone, en 1817,

debería encuadernarse y colocarse en el mismo estante que la Historia de Inglaterra, el Progreso del Peregrino, Robinson Crusoe y el Libro del conocimiento del joven. Todas las bibliotecas caseras y de cocina del reino están incompletas sin él...

Debería ser "tan común y familiar" como el Housekeeper's Instructor y el Buchan's Domestic Medicine². Wooler o Carlile podrían, con sus maneras más sofisticadas e intelectuales, han dado expresión al Radicalismo de los artesanos de la ciudad; pero sólo Cobbett podría haber tenido éxito, en 1816, al poner en el mismo diálogo a ganaderos y tejedores.

756

La curiosa forma en que se había graduado del toryismo al radicalismo implicaba cierto oportunismo en su posición. Había sido capaz de eludir los prejuicios antigalicanos y antijacobinos de los años de la guerra. Pudo repudiar la Revolución Francesa y a Tom Paine como cosas en cuya defensa no había participado. Con el tiempo (como él mismo reconoció en términos generosos) llegó a aceptar muchos de los argumentos de Paine. Pero siempre eludió el intransigente rechazo jacobino del principio hereditario en cualquiera de sus formas, y así pudo presentarse a la vez como un reformista radical y como un constitucionalista. En el "Discurso a los jornaleros y trabajadores" advirtió contra los hombres que "os persuadirían de que, porque las cosas se han desviado de sus verdaderos fines, *no hay nada bueno* en nuestra *constitución y nuestras leyes*". ¿Por qué, entonces, murió Hampden en el campo de batalla y Sydney en el cadalso?". Los estadounidenses, al separarse de Gran Bretaña,

¹ W. J. Linton, *James Watson*, p. 17. Cf. T. Frost, op. cit., p. 6: "los únicos libros que he visto en casa de mi padre, además de la Biblia y algunos viejos libros de texto... eran algunos números impares de Cobbett's Register".

² Hone's *Reformist's Register*, 5 de abril de 1817, sobre la partida de Cobbett a América. Véase, sin embargo, la airada réplica de Wooler: "Casi nos inclinamos a desear que el Sr. Cobbett se hubiera limitado a escribir sobre tales temas, para que pudiera haber... no engañó a nadie más que a criadas de cocina y esculliones". *Black Dwarf*, 9 de abril de 1817.

habían tenido cuidado de preservar "la Carta Magna, la Carta de Derechos, el Habeas Corpus" y el cuerpo de la Common Law:

Queremos grandes cambios, pero no queremos nada nuevo. Alteración, modificación para adaptarse a los tiempos y circunstancias; pero los grandes principios deben ser y tienen que ser los mismos, o de lo contrario habrá confusión.

Incluso cuando (en el último año de su vida) instó al pueblo a resistirse con la fuerza a la Nueva Ley de Pobres, lo hizo en nombre de los derechos constitucionales y de la santidad de las costumbres. Su actitud hacia los racionalistas mostró la misma mezcla de radicalismo y tradicionalismo. Defendió con fuerza su derecho a publicar argumentos contra la religión cristiana. Pero cuando Carlile fue más allá y cometió lo que era (a los ojos de Cobbett) una blasfemia ofensiva al fechar al *republicano* "en el año 1822 del hijo de la mujer del carpintero", apeló a la ley de la muchedumbre. Si esto se hubiera hecho en América (rugió)-

Se te vestiría al instante con un abrigo de alquitrán y plumas, y se te montaría *con las nalgas desnudas sobre una barandilla*, hasta que cayeras al lado de algún bosque o pantano, donde se te dejaría rumiar sobre la sabiduría (por no hablar de la modestia) de establecer nuevos gobiernos y religiones para un fabricante de palmos.¹

757

Difícilmente puede haber habido otro escritor en nuestra historia que haya escrito tantos y tan reveladores ataques contra el clero anglicano (y, en particular, contra el clero rural) como Cobbett. Y, sin embargo, sin ninguna razón que haya sido expuesta seriamente, anunció con frecuencia su apego, no sólo al Trono (que estuvo a punto de derribar en la agitación de la reina Carolina) y a la Constitución (que sus seguidores casi aniquilaron en 1819 y 1832), sino también a la Iglesia oficial. Incluso fue capaz de escribir, en ocasiones, sobre "nuestro deber de aborrecer a turcos y judíos", porque el cristianismo era "parte integrante de la ley".

Tal oportunismo hizo imposible el desarrollo de cualquier teoría política sistemática a partir del Cobbettismo. Y sus prejuicios económicos iban de la mano con este tipo de evasión. Así como desarrolló, no una crítica de un *sistema* político, ni siquiera de la "Legitimidad", sino una invectiva contra "Vieja Corrupción", por lo que redujo el análisis económico a una polémica contra el *parasitismo* de ciertos intereses creados. No podía permitir una crítica centrada en la propiedad, por lo que expuso (con mucha repetición) una demonología, en la que los males del pueblo eran causados por los impuestos, la Deuda Nacional y el sistema de papel moneda, y por las hordas de parásitos-poseedores de fondos, colocadores, corredores y recaudadores de impuestos, que se habían cebado en estos tres. Esto no quiere decir que esta crítica fuera infundada: había suficiente combustible para el fuego de Cobbett en el modelo de explotación fiscal y en las actividades parasitarias de la Compañía de las Indias Orientales y de los bancos. Pero, característicamente, los prejuicios de Cobbett teclearon en con las quejas de los pequeños productores, comerciantes, artesanos, pequeños agricultores y consumidores. La atención se desvió del

¹ *Registro Político*, 2 de febrero de 1822.

terrateniente o industrial capitalista y se centró en el intermediario-el factor o corredor que acaparaba que acaparaba mercados, se beneficiaba de la escasez del pueblo o vivía, de cualquier forma que no estuviera estrechamente ligada a la tierra o a la industria, de ingresos no ganados. Los argumentos eran tanto morales como económicos. Los hombres tenían derecho a la riqueza, pero sólo si se podía *ver* que trabajaban duro. Junto a los sinecuristas, Cobbett odiaba a los especuladores cuáqueros.

Deficiente en teoría, a veces también fue claramente malicioso en su influencia inmediata sobre la estrategia política, mientras que no siempre fue tan directo en sus relaciones personales y públicas como pedía a otros hombres que fueran. No era totalmente responsable de sus fallos como líder político. Era un periodista, y no un líder u organizador político, y fue sólo el accidente del contexto (la ilegalización de la organización política efectiva) lo que le obligó a desempeñar el otro papel. Pero, si no eligió ser un líder político, era (como otros hombres en esta situación) reacio a que el movimiento siguiera otro camino que no fuera el que él prescribía. Cuando todos esto —y otros—, es fácil subestimarle, como a un romántico nostálgico o a un matón.

758

Pero el lugar común juzga tan a menudo, que Cobbett era "realmente un tory", no es útil. Una razón ya la hemos examinado suficientemente: el carácter democrático de su tono. Su relación con su público era peculiarmente íntima: debemos recordar que hablaba continuamente con sus lectores. Se dirigía a ellos en reuniones reformistas. Hizo "giras de conferencias". Incluso cuando estaba en América, su bolsa de correo era pesada, y delegaciones de mecánicos escoceses y reformistas emigrados le esperaban a orillas del Susquehannah. Cabalgaba por el campo para averiguar cómo pensaban y hablaban los hombres. De ahí que las ideas de Cobbett puedan verse menos como un flujo propagandístico unidireccional que como la incandescencia de una corriente alterna, entre sus lectores y él mismo. "Siempre digo que he obtenido de la gente... diez veces la luz que les he comunicado":

Un escritor que se dedica a instruir a un pueblo como éste, se siente constantemente sostenido, no sólo por el aplauso que recibe de ellos, y al percibir que sus trabajos surten efecto; sino también por la ayuda que obtiene continuamente de los nuevos pensamientos que sus ideas producen en sus mentes. Es el encuentro del pedernal y el acero lo que produce el fuego.¹

¡Qué conmovedora es esta visión de la naturaleza dialéctica del propio proceso de formación de sus ideas! Para Cobbett, el pensamiento no era un sistema, sino *una relación*. Se pueden encontrar pocos escritores que fueran tanto la "voz" de su propio público. Es posible seguir el genio de Cobbett como un indicador del movimiento para el que hablaba. En los momentos de crisis, hay una brillante incandescencia. En los momentos en que el movimiento flaquea, se vuelve más malhumorado e idiosincrático: su estilo sólo brilla apagadamente. Y así fue hasta sus últimos años; a medida que su público cambiaba, él cambiaba con él.

759

¹ *Registro Político*, 27 de enero de 1820.

Esto es lo que Raymond Williams ha descrito muy bien como la "extraordinaria seguridad de instinto" de Cobbett. Y sin embargo, ¿Instinto de *qué*? En primer lugar, era un instinto que revelaba la naturaleza *real* de las cambiantes relaciones de producción, que él juzgaba, en parte, contra un pasado patriarcal idealizado, y en parte contra una afirmación del valor de cada trabajador individual que no es, en ningún sentido, retrógrada. En segundo lugar, Cobbett era el "inglés nacido libre" encarnado. Recogió todo el vigor de la tradición del siglo XVIII y lo trasladó, con nuevo énfasis, al siglo XIX. Su punto de vista se aproximaba más a la ideología de los *pequeños productores*. Los valores que apoyaba con todo su ser (y escribía mejor cuando daba rienda suelta a sus prejuicios) eran los del individualismo robusto y la independencia. Lamentaba la desaparición de los pequeños agricultores; de los pequeños comerciantes; la concentración de los recursos del país en "grandes montones"; la pérdida por parte de los tejedores del "carácter franco y audaz formado en los días de su independencia".¹ El pequeño agricultor que se resentía de la gran propiedad del cervecero o del Lord ausente; el pequeño modisto que hacía peticiones contra el crecimiento del sistema de fábricas; el pequeño sastre o zapatero que se encontraba con que los intermediarios recibían contratos del Gobierno o se hacían con el mercado, todos ellos formaban parte de su público natural. También sentían la misma hostilidad difusa hacia la "especulación" y el "sistema comercial"; pero (como Cobbett) se detuvieron ante cualquier crítica radical de los derechos de propiedad.

Si esto hubiera sido todo, Cobbett podría haber seguido siendo el portavoz político de la pequeña burguesía. Pero su público —el propio movimiento radical— le llevó más lejos. "Cada día avanzamos hacia el estado en el que no hay más que dos clases de hombres, los *amos* y los *abyectos dependientes*". Cuando Cobbett consideraba la posición del artesano o del hilandero de algodón, extrapolaba la experiencia de los pequeños amos que se veían obligados a descender a la clase obrera. Veía al proletariado fabril de Manchester menos como hombres de nuevo cuño que como pequeños productores que habían perdido su independencia y sus derechos. Como tales, la disciplina laboral de las fábricas era un ultraje a su dignidad. Tenían razón al rebelarse, como él se rebelaría en la misma posición. En cuanto al trabajo infantil, era sencillamente "antinatural".

Su actitud hacia los trabajadores del campo era algo diferente. Aunque se esforzó por comprender una sociedad comercial y manufacturera, el modelo esencial de economía política en su mente se inspiraba en la agricultura. Y aquí aceptaba una estructura social en la que el terrateniente, el buen arrendatario, el pequeño terrateniente y el jornalero tenían todos su parte, siempre que las relaciones productivas y sociales estuvieran regidas por ciertas obligaciones y sanciones mutuas. En defensa de su propia conducta como terrateniente, citó el caso de un viejo casero que vivía retirado en la granja de Botley cuando él se hizo cargo de ella:

¹ *Political Register*, 30 de enero de 1832. Véase también R. Williams, *Culture and Society* (ed. Pelican), pp. 32-4.

El viejo no me pagaba alquiler; cuando murió, mandé poner una lápida en su tumba para dejar constancia de que había sido un trabajador honrado, hábil e industrial; y di a su viuda un chelín a la semana mientras estuve en Botley.¹

Aquí es indistinguible de la mejor clase de escudero cuyo fallecimiento lamentó tan a menudo. Pero esto no es todo. También está esa frase incómoda: "No debe existir ninguna sociedad en la que los trabajadores vivan como cerdos". JVo la *sociedad debe existir*, la piedra de toque de su crítica social es la condición del trabajador. Cuando, como en la época de la revuelta de los trabajadores o de la Nueva Ley de Pobres, consideraba que esta condición era insoportable, estaba dispuesto a desafiar el orden social establecido:

Dios les dio la vida en esta tierra; tienen tanto derecho a estar en ella como vosotros; tienen un claro derecho a un mantenimiento de la tierra, a cambio de su trabajo; y, si no podéis administrar vuestras tierras vosotros mismos como para tomar trabajo de ellos, a cambio de un sustento, dadles la tierra...²

Lo escribió menos de seis meses antes de morir.

Por eso Cobbett (y John Fielden, su amigo y compañero diputado por Oldham después de 1832) estuvieron tan cerca de ser portavoces de la clase obrera. Una vez que la condición real del pueblo trabajador —para Cobbett, el obrero, para Fielden, el niño de la fábrica— se convierte, no *en una*, sino en *la* prueba de todos los demás expedientes políticos, entonces estamos cerca de las conclusiones revolucionarias. Dentro de la noción aparentemente "nostálgica" de los "derechos históricos de los pobres" que, de diferentes maneras, expresaron Cobbett, Oastler y Carlyle, también maduraban *nuevas* reivindicaciones para que la comunidad socorriera a los necesitados y a los desamparados, no por caridad, sino por derecho.³ Cobbett detestaba el "sistema reconfortante" de caridad y rescate moral y, en su *Historia de la "Reforma" protestante*, su principal propósito era lo que supone un respaldo histórico a su noción de derechos sociales. Las tierras de la Iglesia medieval se habían mantenido en fideicomiso para los pobres. Malversadas o dispersadas injustamente, los pobres seguían teniendo un derecho sobre ellas, que (a los ojos de Cobbett) se reconocía a través de la mediación de las antiguas Leyes de Pobres. La derogación de esas leyes constituyó el último acto de una vergonzosa serie de robos por los que los pobres habían sido despojados de sus derechos:

761

Entre estos derechos estaba el derecho a vivir en el país donde nacimos; el derecho a vivir de la tierra donde nacimos a cambio de nuestro trabajo realizado debida y honestamente; el derecho, en caso de que nos viéramos en apuros, a que nuestras necesidades fueran suficientemente aliviadas con el producto de la tierra, ya fuera que el apuro surgiera de la enfermedad, de la decrepitud, de la vejez o de la incapacidad de encontrar empleo.... Durante mil años, la necesidad fue aliviada con el producto de los Diezmos. Cuando la aristocracia se apoderó de los diezmos y se los quedó para sí misma,

¹ *Twopenny Trash*, i de octubre de 1830. ² *Registro Político*, 28 de febrero de 1835

² Véase Asa Briggs, "The Welfare State in Historical Perspective", *Archiv. Europ. Social.*, II (1961)7p— 235.

o se los dio enteramente a los párrocos, se hizo una provisión de la tierra como compensación por lo que se les había quitado. Esa compensación se daba en las tasas establecidas por la ley de pobres. Quitar esas tasas era violar el acuerdo, que daba tanto derecho a recibir, en caso de necesidad, ayuda de la tierra, como dejaba al terrateniente el derecho a su renta.¹

Este mito histórico, que supone la existencia de un pacto social medieval entre la Iglesia y la alta burguesía, por un lado, y los trabajadores, por otro, se utilizó para justificar la reivindicación de nuevos derechos sociales, del mismo modo que se había utilizado la teoría de la libre constitución de Alfredo y del yugo normando para justificar la reivindicación de nuevos derechos políticos. Según este punto de vista, la tenencia de la tierra por parte de los terratenientes no era de derecho absoluto, sino que dependía del cumplimiento de sus obligaciones sociales. Ni Cobbett ni Fielden partían del supuesto de que los trabajadores tuvieran derecho alguno a expropiarse la propiedad de la tierra o el capital; pero ambos aceptaban que si las relaciones de propiedad existentes violaban, *para* el trabajador o su hijo, reivindicaciones esenciales para la realización humana, entonces cualquier remedio, por drástico que fuera, estaba abierto a discusión. (Para Fielden significaba que él —el tercer gran "Seigneur of the Twist" de Lancashire— estaba dispuesto a trabajar con John Doherty en pos de una Huelga General por la jornada de ocho horas).

762

La piedra de toque de Cobbett era al mismo tiempo una barrera infranqueable entre su tipo de teoría política y la ideología de los utilitaristas de clase media. Si las ideas de Malthus llevaban a predicar la emigración o a restringir el matrimonio de los pobres, entonces eran criticadas por esta piedra de toque. Si los "terapeutas escoceses" y Brougham no podían hacer más que destruir los derechos de los pobres bajo la antigua Ley de Pobres, dejar morir de hambre a los tejedores y sancionar el trabajo de los niños pequeños en las fábricas, entonces esta piedra de toque los proclamaba como pícaros diseñadores. A veces es menos un argumento que una afirmación, una imprecación, un salto de sentimiento. Pero fue suficiente. Cobbett hizo más que ningún otro escritor para evitar que los radicales y los cartistas se convirtieran en seguidores de los utilitaristas o de la Liga Anti-Ley del Maíz. Alimentó la cultura de una clase, cuyos males sentía, pero cuyos remedios no podía entender.

III. CARLILE, WADE Y GAST

Sin embargo, no debemos olvidar las incoherencias, el matonismo, el antiintelectualismo, las profesiones de lealtad al Trono y a la Iglesia, el oportunismo teórico, los giros y vueltas de la efímera escritura política de Cobbett. Estas

¹ *Tour of Scotland* (1833), citado en W. Reitzel (ed.), *The Autobiography of William Cobbett*, pp. 224-5.

debilidades eran más que evidentes para los radicales más elocuentes. Ya en 1817 fue duramente criticado por otras publicaciones periódicas. En 1820 muchos radicales habían dejado de tomar en serio a Cobbett como pensador, aunque no habían dejado de disfrutar con sus gigantescas polémicas. Continuaron leyéndole, pero empezaron a leer también alguna otra revista. Entre estas revistas menores, entre 1817 y 1832, hubo mucho pensamiento original y exigente, que iba a dar forma a la conciencia política de la clase después de 1832. Podemos seleccionar de esto cuatro tendencias: la tradición Paine-Carlile: los utilitaristas de la clase obrera y la *Gorgona*—, los sindicalistas en torno al *Trades Newspaper* de John Gast: y la variedad de tendencias asociadas con el owenismo.

Ya hemos examinado el principal acervo de ideas del primero, en *Rights of Man*, y su contribución más importante en la lucha de Carlile por la prensa libre. La derivación de Paine es explícita. No es sólo el reconocimiento de una deuda, sino la afirmación de una ortodoxia doctrinal:

Los escritos de Thomas Paine, por sí solos, forman un estándar para cualquier cosa digna de ser llamada Reforma Radical. No son Reformadores que no están a la altura de la totalidad de los principios políticos de Thomas Paine. ... No puede haber Reforma Radical sin. ... una forma republicana de gobierno.¹

763

Podemos hacernos una idea de la fuerza y lealtad con que se sostenía esta doctrina en un relato de una reunión de la rama cartista de Cheltenham, cuyo presidente era un viejo herrero:

Una noche... alguien habló de Tom Paine. El presidente se levantó. "No me sentaré en la silla", gritó muy enfadado, "para oír cómo se injuria a ese gran hombre. Tengan en cuenta que no era un boxeador de élite. Tom Paine no existe. Señor Thomas Paine, por favor."²

La hostilidad intransigente al principio hereditario y a las supersticiones y supervivencias "góticas", la afirmación desafiante de los derechos del ciudadano privado, son algunas de sus virtudes. Pero en Inglaterra, al menos a finales de los años veinte, la tradición Paine-Carlile había adquirido cierta estridencia y un aire de irrealidad. El grito, d *has les aristos*, tiene menos fuerza cuando consideramos la estructura real del poder en Inglaterra a medida que avanzaba la Revolución Industrial, la compleja interpenetración del privilegio aristocrático y la riqueza comercial e industrial. Los lametones racionalistas sobre el "sacerdocio", como apologistas a sueldo del privilegio y emisarios de una ignorancia diseñada para mantener a la gente esclavizada, están de alguna manera fuera de lugar; podrían tocar al rector rural cazador de zorros o al magistrado clerical, pero pasaron desapercibidos para los evangélicos y los ministros no conformistas que ya estaban activos en las escuelas británicas y nacionales. La polémica tiende a dispersarse en abstracciones; no *agarra* y *engancha*, como casi siempre hace Cobbett. El "sacerdote" de Carlile era

¹ R. Carlile, *in Effort to set at rest... the Reformers of Leeds* (1821), p.7.

² W. E. Adams, *l. op. cit.*, p. 169.

descrito como ocupado con "arrodillamientos, décimas, peregrinaciones, exorcismos, aspersiones, cruces, sacramentos, abluciones, circuncisiones y galimatías" en los intervalos de "lascivia... y embriaguez".¹ Aunque Carlile sabía más de las cárceles inglesas que cualquier otro radical, seguía confundiéndolas con la Bastilla. Si Jorge IV *hubiera* sido estrangulado en las entrañas del obispo de Llandaff habría sido un triunfo, pero no el triunfo que él suponía. Aún habría tenido que vérselas con el último ayudante de la ciudad y el último predicador local.

Como es característico del doctrinario, a veces intentaba manipular la realidad para que confirmara sus doctrinas. Alimentaba a sus perseguidores con nuevas provocaciones:

764

Así como considero que la mayoría de los Ministros actuales son tiranos y enemigos de los intereses y el bienestar del pueblo de este país, también me atrevo a confesar que, si algún hombre que haya sufrido injustamente bajo su administración, fuera tan indiferente a su propia vida como para matar a uno o más de ellos, afinaría mi lira para cantar sus alabanzas.

Pero tal tiranicida mostraría "una falta de virtud" si buscara compañeros para realizar el acto; debería tener la resolución de hacerlo solo: "Y el pasaje nos lleva a otras de sus debilidades".² En primer lugar, la irresponsabilidad de su ismo individual. Se trata de una incitación que podría publicar (como publicó otras) simplemente *como* una incitación, sin pensar en las consecuencias. Al igual que otros hombres que han codificado ideas en una ortodoxia, no es cierto que se limitara a transmitir las nociones de su maestro. Las osificó convirtiéndolas en doctrina; tomó una parte de las ideas de Paine (la doctrina de los derechos individuales), y descuidó otras. Y la parte que adoptó la llevó a su extremo, el *ne plus ultra* del ismo individual.

Todo ciudadano no debe ninguna deferencia a la autoridad y debe actuar como si no existiera. Así lo hizo él mismo, y estaba dispuesto a asumir las consecuencias. Pero sostenía que el ciudadano sólo debía obedecer a su propia razón; no estaba obligado a consultar a otros, ni siquiera de su propio partido, ni a someterse a su juicio. De hecho, la noción de partido era ofensiva. El poder de la razón era el único organizador que admitía, y la prensa el único multiplicador:

Cuando los principios políticos establecidos por Thomas Paine sean bien comprendidos por el gran cuerpo del pueblo, todo lo que sea necesario para ponerlos en práctica se sugerirá por sí mismo, y entonces los complots y las reuniones de delegados serán totalmente innecesarios. ... En el estado actual de este país, el pueblo no tiene otro deber real que el de familiarizarse individualmente con lo que constituyen sus derechos políticos. ... Mientras tanto, cada individuo debe prepararse y mantenerse listo, como individuo armado, sin relación o consulta con sus vecinos, en caso de que las circunstancias le exijan tomar las armas, para preservar la libertad y la propiedad que ya posea contra cualquier intento tiránico de reducirlas.... Que cada uno cumpla con su deber, y que lo haga abiertamente, sin referencia a lo que haga su vecino. ... ,

¹ Philanthropus, *The Character of a Priest* (1822), pp. 4,6.

² *Republican*, 19 de enero de 1821. Carlile también volvió a publicar "Killing No Murder" de Saxby.

Al poder del conocimiento popular lo llamó "principio zetético":

Esforcémosnos, pues, por progresar en el conocimiento, ya que está demostrado que el conocimiento es poder. Es el poder del conocimiento el que frena los crímenes de los gabinetes y de los tribunales; es el poder del conocimiento el que debe poner fin a las guerras sangrientas y a los efectos nefastos de los ejércitos devastadores.¹

El primer pasaje fue escrito en un año oscuro, 1820, y Carlile estaba en parte ansioso por proteger a los radicales del tipo de organización tan fácilmente penetrable por los *provocadores*. Pero aquí está esta ausencia de lo concreto: "libertad", "conocimiento", "guerras sangrientas" y "gabinetes y tribunales". Y aquí está también esta grave incompreensión de su público: "Que cada uno cumpla con su deber... sin referencia a lo que hace su vecino...." ¿No sabía que la esencia del movimiento obrero radical consistía en que cada hombre "consultara a sus vecinos"? Sin esta consulta, sus comerciantes no se habrían presentado, sus agentes rurales no habrían ocupado sus puestos. La clave de su ceguera está quizá en la frase: "para preservar la libertad y la propiedad que ya posea contra cualquier intento tiránico...". Porque esto no es sólo Paine, también es Locke.

Una vez más el término surge en la mente: "individualismo pequeño burgués". Y, si hacemos el difícil esfuerzo de descartar algunas de las asociaciones peyorativas del término, podemos ver que, en el caso de Carlile, es útil. El modelo en el fondo de su mente es quizás el del pequeño maestro, el sombrerero, el pincelero, el librero; podemos ver, en Carlile, no sólo las limitaciones de la pequeña burguesía, sino también, en esta época insurgente, sus fortalezas. Bewick, si hubiera sido un hombre algo más joven, podría haber leído al *Republicano*. Lo que Carlile estaba haciendo era tomar los celos burgueses del poder de la Corona, en defensa de sus derechos políticos y de propiedad, y extenderlos al sombrerero de Shoreditch o al juguetero de Birmingham y sus artesanos.

En términos de derechos de prensa y expresión, los resultados fueron tan dramáticos como el tono democrático de Cobbett. Pero en términos de teoría política y económica, la posición era estéril o engañosa. La fuerza de la ideología lockeana residía en el hecho de que los burgueses *eran* hombres de grandes propiedades; la exigencia de acabar con el control o la interferencia del Estado era (para ellos) una demanda liberadora. Pero el sombrerero tenía pocas propiedades y sus artesanos aún menos. Exigir la ausencia de regulación estatal significaba simplemente dar rienda suelta a sus competidores más grandes (o a las "fuerzas del mercado"). Y esto era tan evidente que Carlile, no menos que Cobbett, se vio obligado a hacer una demonología de los sincuristas, los colocadores, los devoradores de impuestos. El gran mal que aflige a los pequeños amos debe ser visto como impuestos. Debe haber tan poco gobierno como sea posible, y ese poco debe ser barato.

Esto se acercaba al anarquismo, pero sólo en su sentido más negativo y defensivo.

¹ *Republicano*, 4 de octubre de 1820, 26 de abril de 1822; véase Wickwar, op. cit., pp. 213-15.

Todo hombre debe ser libre para pensar, escribir, comerciar o llevar un arma. Las dos primeras eran su principal pre ocupación, hasta el punto de que la libertad de prensa ya no era un medio sino, en sí misma, un fin. El panorama de las propuestas sociales que se abría en la segunda parte de *Los derechos del hombre* era la parte de la obra del maestro que menos le conmovía. Tenía el desprecio del hombre que se ha hecho a sí mismo y la impaciencia del autodidacta con los que no aprovechan las oportunidades de superación que se les ofrecen. Sirvió de prisión para abrir las puertas de la Razón, y si los trabajadores no las atravesaban era por su propia culpa: "La cervecería, lo sé, tiene encantos insuperables para la mayoría de los mecánicos".¹ Era un hombre de mentalidad minoritaria.

Su racionalismo, como su teoría política, estaba hecho de negaciones. Se complacía en exponer los absurdos bíblicos y en publicar pasajes de obscenidad que se encontraban en la Biblia. Cuando ofreció una cartilla de virtudes positivas, en el *Moralist*, era (como hemos visto) una tibia apología racionalista de las virtudes de un padre de familia burgués. En su actitud hacia la poesía (o hacia cualquier atributo imaginativo) mostró una "visión única" tan estrecha como la de Bentham. Aunque pirateó *Caín* y *La visión del juicio*, se esforzó en señalar que lo hizo "no por admiración a las obras, sino porque las vi amenazadas por mis enemigos". La media docena de Cantos de *Don Juan* que había leído eran "en mi opinión *mera bazofia*, inútiles para la humanidad". (No parece haber notado que ninguno de ellos fuera ingenioso):

No soy poeta ni partidario de la poesía más allá de las cualidades que pueda tener en común con la prosa: el poder de instruir a la humanidad en conocimientos útiles¹.

"En mi opinión..."-esto nos recuerda que la cultura del autodidacta también puede ser filisteo. La democracia del intelecto corría el riesgo de convertirse en una especie de Feria de Bartolomé. En ella, cada cual podía montar su puesto, las opiniones de cualquiera eran tan válidas como las de los demás, se ofrecían los espectáculos más extraños: mujeres sin cabeza y pobres osos viejos que bailaban. Los artesanos entraban y pagaban sus peniques; enseguida se les animaba a montar su propio puesto, a discutir y debatir antes de que hubieran aprendido el oficio. Las mentes más esforzadas que ofrecían su trabajo en el mismo mercado —Hodgskin o Thompson, O'Brien o Bray— debieron maldecir muchas veces a los vendedores ambulantes de opinión que vociferaban a su alrededor.

767

Sin embargo, cuando se han hecho todas estas críticas —y son muchas, y explican en gran medida la estridencia de la tradición racionalista militante en el siglo XIX—, cuando se ha dicho todo esto, fue Carlile quien estableció el mercado. No es una forma de hablar. Sus publicaciones fueron un mercado: fue él quien publicó a Paine, Volney, Palmer, Holbach y muchos otros. Pero también creó el mercado del debate oral. En 1830 fundó la Rotunda, donde tuvieron lugar los debates formativos del movimiento obrero londinense. Sus actas se publicaban regularmente en su *Prompter*. La revista

¹ *Republicano*, 23 de agosto de 1822. 2 Véase Wickwar, op. cit., p. 272.

podría haberse titulado mejor *Prompter*, porque en eso se había convertido Carlile. Era el Showman del Libre Pensamiento, y nadie tenía más derecho a la situación. Buscó artistas estrella que atrajeran a las multitudes. John Gale Jones, el veterano cirujano jacobino, seguía teniendo seguidores. Pero su mayor éxito fue la promoción del reverendo Robert Taylor, un anglicano apóstata y antiguo capellán del rey, que predicaba sermones totalmente canónicos y ateos contra el "sacerdocio egoísta y malvado". Taylor era un hombre serio y erudito, que también cumplió su turno en prisión, y que hizo algo para llevar a "su Divina Majestad, la IGNORANCIA de Dieciocho Centurias" a una mayor decadencia. Pero sus sermones, copiosamente ilustrados con críticas lingüísticas del texto hebraico, eran, para el público, algo rico y extraño: una mujer sin cabeza. También lo era otra de las obras maestras de la Rotonda, Zion Ward, heredero del manto sudista, que hechizaba al público con arengas estupefacientes sobre la Revelación y la Reforma. A pesar de estas atracciones, Carlile informó de un triste descenso en la asistencia a los debates religiosos semanales (agosto de 1831). Los miércoles por la noche, la Rotonda era utilizada por un nuevo inquilino, la National Union of Working Classes. A Carlile (de nuevo en prisión) le irritaba un poco que este sindicato se propusiera *organizar* el siguiente asalto en la lucha por las libertades de prensa, el "no sellado". "No tengo nada que ver con ninguna asociación", escribió, "y no busco... ayuda de nada por el estilo". Como otros individualistas, su egoísmo se había apoderado de la causa, y le molestaba la idea de que otros pudieran hacerla suya. "Cuidado con los clubes políticos", escribió un mes después. Tenía los sentimientos más fuertes contra los clubes, las sociedades e incluso los sindicatos o los clubes benéficos. "Casi todos los horrores de la primera Revolución Francesa surgieron de los clubes políticos... Los declaro a todos ellos asociaciones ruines. asociaciones, despreciables, frívolas, insignificantes nada". A medida que la contienda por el Proyecto de Reforma se hacía semana tras semana más crítica, publicaba información sobre barricadas, granadas de mano y ácidos ardientes: "QUE CADA HOMBRE SE ORGANICE". Pero la Unión Nacional continuó reuniéndose en la Rotonda, y muchos de sus líderes más impresionantes —Watson, Hetherington, Lovett, Cleave, Hibbert, eran asociados de Carlile, que hacía tiempo que le habían dejado atrás, aunque seguían aferrados a su primer principio: "La libre discusión es la única Constitución necesaria, la única Ley necesaria para la Constitución".¹

Veinte años de homilías de Hannah More y el Obispo de Llandaff, Wilberforce y la Conferencia Metodista, habían creado una cabeza de presión anticlerical entre los radicales. La *Gorgona* podía escribir con toda naturalidad sobre "el manso y gentil Moisés, que sacó de Egipto a los israelitas sarmentosos y sarnosos":

No diremos que Moisés fue tan sutil y tan gran impostor como Mahoma. No diremos que Aarón, el sumo sacerdote, era tan necesario a Moisés como Perigord Talleyrand lo fue una vez para Buonaparte. No diremos que Josué fue un rufián militar tan grande

¹ *Republican*, 11 de julio de 1823; *Devil's Pulpit*, 4 y 18 de marzo de 1831; *Prompter*, 30 Agosto, 31 de septiembre, 15 de octubre de 1831; *Radical*, 24 de septiembre de 1831; H.O. 40.25.

como el viejo Blucher o Suvaroff: y que las crueldades y carnicerías cometidas en Canaán fueron diez veces más atroces que cualquiera cometida durante los veinticinco años de guerra revolucionaria. ...¹

Sin embargo, esto *es* lo que la *Gorgona* consiguió decir. Este es un punto en el que toca la tradición de Carlile; y las dos están relacionadas, también, por sus afinidades con el utilitarismo. En Carlile esto está implícito; incluso la poesía debe ser *útil* e impartir *conocimientos*.

769

La historia intelectual *de la Gorgona* es más apasionante. Fue un intento explícito de efectuar una unión entre el benthamismo y la experiencia de la clase obrera. No fue (como podría haberlo hecho Place si lo hubiera plasmado) un intento simplemente de transmitir las ideas de los utilitaristas de clase media a un público de clase obrera. John Wade, el antiguo jornalero clasificador de lana que la editó (en 1818-19), era un hombre original y muy aplicado, que no se fiaba de sus ideas. Estaba asesorado, por un lado, por Place; por otro, por John Gast, quien, como veremos, rechazaba la economía política ortodoxa con la misma rotundidad con la que Place la respaldaba. En consecuencia, la *Gorgona* no parece tanto aceptar estas ideas como luchar con ellas: la pregunta que se plantea es: ¿se puede poner en práctica el utilitarismo en el contexto de la experiencia de la clase obrera?

La influencia de Place fue importante, y debemos llegar más cerca de comprender al hombre. A lo largo de este estudio le hemos vigilado de cerca porque, como archivero e historiador (de la L.C.S., del Radicalismo de Westminster, de la derogación de las Leyes de Combinación) su sesgo ha sido gravemente erróneo. Ha pasado de ser un jornalero fabricante de calzones a ser un próspero comerciante y empresario, el confidente íntimo de Bentham y los Mills, y el asesor desde principios del siglo XIX ha hecho hincapié en la construcción de puentes entre los artesanos y la clase media; ha prestado su apoyo al movimiento de las escuelas lancasterianas y al Instituto de Mecánica; su preocupación ha sido el artesano sobrio y respetable y sus esfuerzos de superación personal. Pero como era tan obviamente un padre fundador de la tradición fabiana (y fue tomado acriticamente como tal por Graham Wallas) no debemos verle sólo como un "cautivo" de la clase media, ni debemos suponer que era incapaz de adoptar las posiciones más intransigentes. En cuestiones de libre pensamiento y expresión seguía siendo medio jacobino; había ayudado a publicar la primera edición en Inglaterra de la *Edad de la Razón*, y aunque llegó a considerar a Carlile un "fanático" le prestó mucha ayuda en sus primeras luchas. Hemos visto su furia contra la represión de 1817 y 1819, y la enorme aplicación con la que iba a trabajar por los derechos sindicales, aunque su celo por la causa de los sindicalistas estaba curiosamente mezclado con la economía política de M'Culloch. En términos intelectuales, hacia 1818 era realmente un cautivo de Bentham: *aprendió* las doctrinas

¹ *Gorgona*, 24 de abril de 1819. Shelley, al escribir *Prometeo desencadenado* en 1818-19, dio al oscuro dios revolucionario el nombre de "Demogorgon": cabe preguntarse si había alguna asociación de ideas?

de Bentham y del mayor de los Mill en lugar de investigarlas, y en sus propios escritos no añadió casi nada a ellas, excepto los hechos ilustrativos que recopiló con tanta industria. Pero en términos políticos era una fuerza por derecho propio; dio a los utilitaristas no sólo un escaño en Westminster que estaba a su alcance, sino un punto de contacto con el mundo de los comerciantes y artesanos radicales. El mero hecho de que un hombre así pudiera desempeñar este papel, tanto ideológica como políticamente, es un fenómeno nuevo.

770

La principal contribución de Place a la *Gorgona* fue la recopilación de material factual sobre los oficios londinenses (especialmente los sastres).¹ John Wade marcó el tono y el énfasis de la publicación periódica. Wade era (junto a Place) el investigador más impresionante entre los radicales. Su *Libro Negro* es muy superior a cualquier otra investigación radical de este tipo. Se puede ver que se sintió atraído por los benthamitas por la solidez de su investigación y su preocupación por los detalles prácticos de la reforma —en la ley, las prisiones, la educación—. Desde el principio, la *Gorgona* expresó su irritación ante la retórica predominante del radicalismo popular. Por un lado, atacaba con dureza los argumentos engañosos de la antigüedad constitucional, que se encontraban con más frecuencia en el *Enano Negro*, donde el mayor Cartwright seguía escribiendo ocurrencias y perpetuando la teoría del yugo normando:

Realmente pensamos que no podemos avanzar mejor la causa de la Reforma que excluyendo de la consideración del tema, todas las alusiones a un estado anterior de la sociedad....

Los argumentos derivados de los "buenos viejos tiempos", señaló Wade, salían extrañamente de la boca de los reformistas de la clase obrera. Gran parte de la "antigua *sabiduría popular que se ha desenterrado*" formaba parte de una legislación severamente represiva *contra* los trabajadores. ¿Pueden los líderes reformistas (se preguntó),

No hay nada en la situación de nuestras finanzas, en nuestro tardío sistema de papel, en el número de indigentes... No hay nada en la situación de nuestras finanzas, en nuestro tardío sistema de papel, en el número de indigentes...

para ser comentada y acusada? Pero si rechazó la engañosa apelación a los precedentes, también rechazó la confianza de Paine en las pretensiones de los "derechos naturales". Si se argumentaba que todos los hombres tenían un derecho *natural* al voto, entonces ¿cómo se podía negar el mismo derecho en las mujeres? Para Wade (como para Cobbett) ésta era la *reductio ad absurdam*. A los lunáticos y a los presos de los asilos (al igual que a las mujeres) se les negaba el voto por evidentes razones de utilidad social; y ésta parecía la base más sólida sobre la que los radicales de la clase trabajadora (o al menos la mitad masculina de ellos) podían apoyar sus

¹ Véase más arriba, p. 255. No está claro si Wade aceptó las notas de Place tal como le llegaron o si se tomó libertades editoriales con ellas. Aunque Place colaboró en la *Gorgona*, nunca conoció a Wade, y el periódico "no era en absoluto una publicación como yo...". hubiera preferido". Véase Wallas, op. cit., pp. 204-5.

reivindicaciones:

771

La UTILIDAD GENERAL es el único y último objeto de la sociedad; y nunca consideraremos ni sagradas ni valiosas las pretensiones naturales o preceptivas que puedan oponérsele.¹

No era difícil justificar una reivindicación del voto sobre esta base. Pero ahí estaba el problema. Wade estaba refrescantemente pre-ocupado con la reforma social y la organización sindical. Si se quería extender el utilitarismo como ideología de la clase obrera, era necesario tener alguna teoría de la estructura social y de la economía política. ¿Cómo determinar el bien del mayor número de personas y si lo que es útil para los empresarios puede ser opresivo para los trabajadores? La teoría de Wade sobre la estructura social era impresionista y derivativa, pero al menos ofrecía algo más que la "Vieja Corrupción" de Cobbett o la retórica del "sistema burgués". Dividió la sociedad en clases parasitarias y productivas. En el primer grupo se encontraban (a) las clases altas, incluidos los dignatarios de la Iglesia y la Ley, y la nobleza, y (b) las "clases medias": párrocos leales, comisarios de impuestos, funcionarios de los departamentos de Hacienda. A éstos los identificaba con la corrupción. En el segundo grupo se encontraban las "clases productivas": el término era lo suficientemente amplio como para incluir a profesionales y empresarios, pero se hacía hincapié en "aquellos que, con su trabajo, aumentan los fondos de la comunidad, como agricultores, mecánicos, obreros, etc.". Por debajo de este grupo situaba a los no elegibles, como los indigentes y los acreedores del Estado:

Los órdenes industriales pueden compararse a la tierra, de la que todo evoluciona y se produce; las otras clases a los árboles, la cizaña, las malas hierbas y los vegetales, que obtienen sus nutrientes... en su superficie....

Cuando la humanidad alcanzara un estado de "mayor perfectibilidad", sólo deberían existir las clases laboriosas. "Las otras clases se han originado en su mayor parte en nuestros vicios e ignorancia... al no tener empleo, su nombre y su cargo cesarán en el estado social"².

772

En ese momento, Wade consiguió la ayuda de Place, y la *Gorgona* empezó a publicar cada semana material sobre la situación de las clases trabajadoras. No está claro de quién es la mano más influyente. Por un lado, se hace mucho hincapié en el trabajo como fuente de valor, un énfasis quizá reforzado por los *Principios de economía* de Ricardo, publicados el año anterior.³ "El trabajo es el producto superabundante de este país", escribía la *Gorgon*, "y es la principal mercancía que exportamos":

De las cuatro manufacturas básicas, a saber, el algodón, el lino, el paño y el hierro, tal vez, por término medio, la materia prima no constituya ni una décima parte de su valor;

¹ *Gorgon*, 20 de junio, 18 de julio, 22 de agosto de 1818.

² *Gorgon*, 8 de agosto de 1818, y *The Extraordinary Black Book* (edn. 1831), pp.217-18. Véase también A. Briggs, "The Language of Class in early 19th-century Britain", *Essays in Labour History*, p. 50.

³ Ricardo es citado en *Gorgon*, 26 de septiembre de 1818.

las nueve décimas partes restantes se obtienen por el trabajo del tejedor, el hilandero, el tintorero, el herrero, el cuchillero y cincuenta personas más. El trabajo de estos hombres constituye el principal artículo del tráfico en este país. Es comerciando con la sangre y los huesos de los jornaleros y trabajadores de Inglaterra como nuestros comerciantes han obtenido sus riquezas, y el país su gloria....

La afirmación es más emotiva que exacta. Nos recuerda que la noción del trabajo como fuente de todo valor se encontraba, no sólo en *Los derechos de la naturaleza* de Thelwall, sino también en un tono enfático en el "Discurso a los jornaleros y obreros" de Cobbett de 1816. Se tiene la impresión de que, mientras escribía, Cobbett tenía en su mente su propia granja y a los jornaleros ocupados con el ganado, en el arado y reparando edificios. Wade (o Place) tenía en su mente al artesano y al obrero, al clasificador de lana o al sastre, que recibía la materia prima en alguna forma y, mediante su trabajo o habilidad, procesaba el material. A la materia prima, una décima parte; al trabajo y la habilidad, el resto.¹

Pero el mismo artículo de la *Gorgona* comenzó de inmediato a instruir a los sindicalistas en los tópicos de la economía política. La remuneración del trabajo está regulada por la oferta y la demanda. "Un aumento de los salarios de los oficiales va acompañado de una disminución proporcional de los beneficios de los maestros", el fondo de salarios. Cuando el precio de la mano de obra aumenta, "tiende a expulsar al capital de esa rama de la industria". Y (muy en el lenguaje del Lugar que asistió a la derogación del Estatuto de los Artificieros)

773

Tanto los maestros como los oficiales deben, en todos los casos, actuar *individualmente*, no *colectivamente*. Cuando una de las partes recurre a medios *artificiales* o *antinaturales*, produce efectos antinaturales.

La teoría de las leyes o derechos naturales, excluida por Wade en la puerta principal, ha sido invitada a entrar por Place en la trasera. En efecto, ya no es posible pensar en el utilitarismo de la clase media sin pensar también en Malthus y en la economía política ortodoxa: la doctrina de la utilidad sólo puede interpretarse a la luz de las "leyes" de la población y de la oferta y la demanda. Si el utilitarismo entrara en la ideología de la clase obrera, la haría cautiva de la clase empleadora.

Sin embargo, la cuestión no iba a resolverse tan fácilmente. A lo largo de septiembre, octubre y noviembre de 1818, la *Gorgona* llevó a cabo exámenes detallados de la situación de algunos de los oficios londinenses: sastres, tipógrafos, ópticos, compositores.² Al mismo tiempo, llevó a cabo una defensa de los hilanderos de algodón de Manchester, cuya huelga estaba atrayendo los ataques más encarnizados tanto de la prensa lealista como de la prensa radical de la nueva clase media (especialmente *The Times*). La comparación de los salarios de los últimos

¹ *Ibidem*, 12 de septiembre de 1818. Para los orígenes de la teoría del valor-trabajo, abordados de forma breve e inexperta en este capítulo, véase G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought, The Forerunners* (1953); A. Menger, *The Right to the Whole Produce of Labour* (1898); R. N. Meek, *Studies in the Labour Theory of Value* (1956).

² Para algunas de sus conclusiones, véase la página anterior. 253.

veinte años en los oficios organizados y no organizados llevó a una conclusión ineludible. Ya fuera "natural" o "artificial", la combinación *trabajo*:

... siempre habíamos pensado que la prosperidad de los patrones y la de los obreros eran simultáneas e inseparables. Pero el hecho no es así, y no dudamos en decir que la causa del *deterioro* de las circunstancias de los obreros en general, y los diferentes grados de deterioro entre las diferentes clases de jornaleros, depende enteramente del grado de perfección que prevalece entre ellos, que la ley ha declarado un delito, a saber, la COMBINACIÓN. Las circunstancias de los obreros no dependen en lo más mínimo de la prosperidad o de los beneficios de los amos, sino del poder de los obreros para *ordenar, incluso extorsionar*, un alto precio por su trabajo.¹

Esto no puede ser Place, en vista de los argumentos que se sabe que adoptó en 1814 y 1824.² Sería tentador ver la mano de John Gast, pero igualmente Wade puede haber estado dividido entre sus dos asesores. Posteriormente, Wade adoptó la ideología de los utilitaristas de clase media, y su popular *Historia de las clases medias y trabajadoras* (1835) tiene esta característica mezcla de política radical y economía ortodoxa, junto con una laboriosa recopilación de hechos. Es, sin embargo, una obra decepcionante para haber venido del autor del *Libro Negro* y del editor de la *Gorgona*.

774

La historia de Gast es diferente. Fue, junto con Gravener Henson y John Doherty, uno de los tres líderes sindicales realmente impresionantes que surgieron en estos primeros años. Cada uno de ellos procedía de industrias que vivían experiencias muy distintas, y la contribución característica de cada uno fue por ello diferente. Henson ejemplifica la lucha de los outworkers, rozando los márgenes del ludismo, organizando su sindicato ilegal, compartiendo su avanzado radicalismo político e intentando hasta 1824 hacer cumplir o promulgar una legislación protectora a su favor. Doherty, de los hilanderos de algodón, fue capaz de poner más énfasis en el propio poder de los trabajadores para mejorar sus condiciones o para cambiar todo el sistema por la fuerza de la combinación, la organización cooperativa cooperativas, y "regeneración y la "regeneración nacional". Gast, que procedía de un gremio especializado más pequeño pero muy organizado, se preocupaba constantemente por los problemas de organización y apoyo mutuo de los *gremios* londinenses y nacionales.

Gast era carpintero de ribera, aprendió en Bristol y llegó a Londres hacia 1790. De sus "treinta o cuarenta" años en el Támesis (según declaró en 1825), veintiocho los había pasado en un astillero de Deptford, en el que era el "jefe", con unos dieciséis hombres a su cargo: "Allí ayudé a construir no menos de veinte a treinta velas de hombres de guerra... excluyendo barcos mercantes. . excluyendo barcos mercantes". En 1793, los carpinteros de ribera se habían organizado en la Sociedad de Beneficencia

¹ *Ibidem*, 21 de noviembre de 1818.

² Place informó al Select Committee on Artizans and Machinery (*primer Informe* (1824), p. 46): "ningún principio de economía política [está] mejor establecido que el de los salarios: el aumento de los salarios debe provenir de los beneficios".

de Santa Elena: "no había diez hombres en el río que no fueran miembros". La sociedad fracasó, pero en 1802 hubo una huelga de carpinteros de ribera y se formó la Sociedad Benéfica Corazones de Roble, en la que Gast tuvo un papel destacado. La sociedad tuvo tanto éxito que no sólo proporcionó las prestaciones habituales por enfermedad, muerte y accidente, sino que también construyó con sus fondos trece casas de beneficencia para marineros jubilados. Cuando en agosto de 1824 se fundó la Thames Shipwrights Provident Union, Gast fue su primer secretario. Para entonces debía de tener unos cincuenta años¹.

775

Tras la derogación de las Combination Acts (Leyes de Combinación), los estibadores se vieron envueltos en una lucha especialmente encarnizada con sus patronos, que encabezaron el grupo de presión para que se promulgara una nueva legislación antisindical en 1825.² De este modo, Gast y su sindicato pasaron a ocupar un lugar destacado. Pero mucho antes ya se había ganado el respeto de los círculos sindicales londinenses. Hemos visto que estaba asociado con la *Gorgona*, mientras que era prominente al mismo tiempo en los intentos (en Manchester y Londres) de formar el "Hércules Filantrópico", el primer Sindicato General de todos los oficios.³ Está claro que en 1818 Gast era la figura principal en más de un comité de "oficios" de Londres. Además, entre 1819 y 1822 se produjo una interesante traslación en el radicalismo obrero londinense. En el primer año, la entrada triunfal de Hunt en Londres después de Peterloo había sido preparada por un comité en el que destacaban hombres como el Dr. Watson, Gale Jones, Evans y Thistlewood, en su mayoría antiguos jacobinos, hombres profesionales, pequeños maestros y unos pocos artesanos. Cuando Hunt fue liberado de la cárcel de Ilchester a finales de 1822, fue recibido en Londres por John Gast, en nombre del "Comité de las Clases Útiles".⁴ A partir de este momento, el radicalismo obrero londinense adquiere una nueva fuerza: es más fácil ver de qué industrias procede su fuerza. En el comité de Gast es posible ver un incipiente "consejo de oficios". En 1825, con la derogación de las Leyes de Combinación, y con la amenaza de su reimposición, los gremios se sintieron lo suficientemente fuertes como para fundar su propio periódico semanal *Trades Newspaper*.⁵

El *Trades Newspaper*, con su lema "Ayudaron a cada uno a su vecino", es importante no sólo porque arroja un torrente de luz sobre la fuerza del sindicalismo

¹ *Trades Newspaper*, 31 de julio de 1825.

² Véase Hammonds, *The Town Labourer*, pp. 138-40.

³ *Ibidem*, p. 311; Webbs, *History of Trade Unionism*, pp. 84-5; Wallas, op. cit., p. 189; G. D. H. Cole. *Attempts at General Union*, pp. 81-2.

⁴ *Discurso de Hunt a los reformistas radicales*, 9 de diciembre de 1822.

⁵ El periódico fue planeado por "los representantes de los oficios de la ciudad y el campo que se habían reunido en Londres para observar el progreso de la última investigación sobre las leyes de combinación". Los propios comerciantes suscribieron 1.000 libras esterlinas para fundar el periódico y, además de los armadores, parece que participaron directamente los aserradores, toneleros, carpinteros, zapateros, calafates y tejedores de seda. El periódico estaba dirigido por un comité de oficios.

que, hasta ese momento, había que seguir a través de las sombras de los Tribunales y los papeles del Ministerio del Interior.¹ También indica un punto de ruptura total entre el utilitarismo de la clase media, por un lado, y la emergente "teoría sindical", por otro. El conflicto era bastante explícito. Es como si las partes ortodoxas del *Gorgon* había continuado con Place y Wade, mientras que las reivindicaciones poco ortodoxas del valor de la combinación se convirtieron en la base de la nueva empresa de Gast. Algunas de las polémicas iban dirigidas específicamente contra Place, y de manera tan desafortunada como injusta; y esto puede ayudar a explicar por qué Gast y los oficios londinenses aparecen tan poco en el relato que el propio Place hace de estos años. De hecho, la controversia se había abierto el año anterior, en las páginas del *Black Dwarf* de Wooler, ahora en el último año de su vida.² Fue provocada por la boda que se había solemnizado, en las páginas de James Mill, entre el maltusianismo y la economía política. Dicho sin rodeos, proponía que el problema del desempleo³ era natural, y no artificial, y que surgía del "excedente" de población; como tal, era insoluble; siendo insoluble, era el determinante subyacente de las tarifas salariales, ya que —por mucho que los grupos cualificados pudieran alcanzar una posición privilegiada mediante la restricción de la entrada en su oficio— la masa de los trabajadores se encontraría con que las leyes naturales de la oferta y la demanda abaratarían el valor de un servicio que estaba en exceso de oferta.

776

A esto Gobbett había dado durante mucho tiempo una negativa apasionada y explosiva ("¡Parson Malthus! Scotch insensibles"). El "Enano Negro" ofreció argumentos más enérgicos. "La cantidad de empleo es ilimitada", escribió:

He visto hombres y mujeres sin medias en este gran país manufacturero, que suministra medias a todos los rincones del mundo. Si todos en estas islas estuvieran tan bien vestidos como... el consumo doméstico sería diez veces mayor de lo que es.

"No es disminuyendo su número", concluyó (en respuesta a las objeciones de Place), "sino agudizando su intelecto como se mejorará la condición de la raza humana".⁴

777

La discusión se reanudó en el primer número del *Trades Newspaper*, cuyo primer editor fue el radical avanzado J. C. Robertson, pionero del London Mechanic's Institute

¹ Véase más adelante, pp. 238-9.

² Véase la polémica sobre la población, que comienza el 12 de noviembre de 1823 y continúa en los números sucesivos.

³ Existe la leyenda de que el "desempleo" estaba fuera del marco semántico de 18203. Quizá tenga su origen en una desacertada afirmación de G. M. Young, *Victorian England* (Oxford, 1936), p. 27, según la cual "el desempleo estaba fuera del alcance de cualquier idea que los primeros reformadores victorianos tuvieran a su alcance, en gran parte porque no tenían una palabra para designarlo": a lo que se añade la autoridad de una nota a pie de página: "No lo he observado antes de los años sesenta". En realidad (como suele ocurrir con estas "dataciones" semánticas) la afirmación es errónea. (Los cucos suelen llegar a estas islas unas semanas antes de que se anuncien en *The Times*). "Desempleados", "los desempleados" y (menos frecuentemente) "paro" se encuentran todos en escritos sindicales y radicales u owenistas de las décadas de 1820 y 1830: las inhibiciones de los "primeros reformistas victorianos" deben explicarse de alguna otra manera.

⁴ *Black Dwarf*, 3 y 31 de diciembre de 1823.

y colega de Thomas Hodgskin.¹ El editorial criticaba a M'Culloch por adoptar la teoría maltusiana y aconsejar a los trabajadores: "Restringid vuestro número para no saturar la demanda de trabajadores". "Esto", escribió Gast, "es conspirar contra la naturaleza, contra la moral y contra la felicidad". Los medios disponibles para tal restricción eran la abstinencia del matrimonio, o del disfrute del matrimonio, o bien el uso de anticonceptivos. Ahora bien, Place había apoyado firmemente la posición maltusiana y se había encargado de propagarla entre la clase obrera; pero, como no confiaba en su capacidad para la abstinencia sexual, había colaborado además en la difusión encubierta de folletos con información sobre los medios de control de la natalidad.² Place intentó ahora defender a M'Culloch en las columnas del *Trades Newspaper*.

Si Place había participado en una acción valiente por las razones utilitaristas más equivocadas, Gast le atacó amargamente por ambos motivos. Por un lado, insinuó que Place estaba asociado a una defensa "sin nombre" e inmoral, demasiado repugnante para ser descrita. (Debemos recordar que esta respuesta a la anticoncepción fue compartida por casi todos los bandos, y no hay razón para suponer que Gast no estuviera realmente escandalizado). Por otro lado, abrió una crítica de mucha mayor trascendencia:

Si hemos de creer a los señores Malthus, M'Culloch, Place y compañía, las clases trabajadoras sólo tienen que considerar cómo pueden restringir más eficazmente su número, para llegar a una solución completa de todas sus dificultades... Malthus & Co... reducirían todo el asunto a una cuestión entre los mecánicos y sus novias y esposas [en lugar de] una cuestión entre los empleados y sus empleadores, entre el mecánico y el cultivador de maíz y monopólico, entre el contribuyente y el recaudador de impuestos.³

778

La nota es bastante clara. Gast había rechazado el modelo de una "natural" y autoajustable política, que, sin restricciones, operaría en beneficio de empleadores y empleados por igual. Se supone un antagonismo esencial de intereses, y su resolución o ajuste debe ser una cuestión de fuerza. Lo que puede ser útil para el capital puede ser opresivo para el trabajo. Y para esta teoría obrera en formación llegaron importantes refuerzos intelectuales. En 1825 se publicó *Labour Defended Against the Claims of Capital* (con el seudónimo "A Labourer") de Thomas Hodgskin, un teniente de navío retirado con media paga. Gast y Hodgskin ya habían estado asociados en el Instituto de Mecánica, para el que este último impartía clases de economía política. En la segunda mitad de 1825, la mayor parte de *Labour Defended* se publicó en extractos en el *Trades Newspaper*, y una serie de artículos editoriales le dieron una

¹ Hay indicios de que las responsabilidades del editor se limitaban a la preparación profesional del texto para la prensa, por lo que he supuesto —quizá erróneamente— que Gast, que era presidente del comité de control de los oficios, escribió los primeros editoriales. Dificultades similares surgen a la hora de atribuir la autoría de los artículos del *Poor Man's Guardian* y de la prensa owenista.

² Véase F. Place, *Illustrations and Proofs of the Principle of Population* (1822). Véase también más adelante, p. 742, n. 2.

³ *Trades Pfcapsaper*, 17, 24, 31 de julio, 11 de septiembre de 1825. Place parece haber ayudado a un rival fracasado del *Trades Pfcapsaper*, el *Artizan's London and Provincial Chronicle* (1825).

cálida, aunque no exenta de crítica, bienvenida. Gast seleccionó de la obra de Hodgskin, con particular aprobación, los elementos de la teoría del trabajo, del valor: lo único que se puede almacenar es la habilidad *del trabajador*:

Todos los capitalistas de Europa, con todo su capital circulante, no pueden por sí mismos suministrar una sola semana de comida y ropa, ...¹

La teoría socialista primitiva de Hodgskin se adaptaba particularmente bien a la experiencia de los oficios londinenses, y de esta experiencia derivó en gran parte su teoría. Ante las renovadas amenazas de legislación, defendió el sindicalismo con argumentos sólidos y de sentido común: "La combinación no es en sí misma un crimen; al contrario, es el principio sobre el que se mantienen unidas las sociedades". Su firma particular se dirigía contra el capitalista en su papel de empresario o intermediario:

Entre el que produce alimentos y el que produce vestidos, entre el que fabrica instrumentos y el que los utiliza, entra el capitalista, que ni los fabrica ni los utiliza y se apropia del producto de ambos. Gradual y sucesivamente se ha insinuado entre ellos, aumentando de volumen a medida que y los separa tanto el uno del otro que ninguno puede ver de dónde proviene el suministro que cada uno recibe a través del capitalista. Mientras despoja a ambos, excluye tan completamente a uno de la vista del otro que ambos creen estar en deuda con él para subsistir...

En su papel activo de técnico o gestor, el capitalista era visto como productivo; en este papel también era un trabajador, y debía ser recompensado como tal. Pero como intermediario o especulador no era más que un parásito:

779

La combinación más exitosa y extendida posible para obtener un aumento de los salarios no tendría otro efecto perjudicial que reducir los ingresos de aquellos que viven de la ganancia y el interés, y que no tienen más derecho que la costumbre a una parte del producto nacional.

Hodgskin no ofreció un *sistema* alternativo (a menos que fuera la supresión de todos los sistemas, en un sentido godwiniano) y hay un sentido en el que eludió la cuestión de los derechos de propiedad. Lo que sancionó fue una creciente presión organizada, con toda la fuerza y los recursos intelectuales y morales de la clase obrera, para confiscar la riqueza bruta del intruso capitalista. Esta guerra entre el capital y el trabajo, entre la "industria honesta" y el "despilfarro ocioso", no terminaría hasta que los trabajadores recibieran el producto completo de su propio trabajo, y "hasta que *el hombre* sea más honrado que el terrón que pisa o la máquina que guía".

IV. OWENISMO

La publicación de *Labour Defended*, y su recepción en el *Trades Newspaper*,

¹ *Trades Newspaper*, 21 y 28 de agosto de 1825 ct. seq.

representa el primer punto claro de unión entre los "economistas del trabajo" o los owenistas y una parte del *movimiento* obrero.¹ Pero, por supuesto, Owen le había precedido; e incluso si Owen, Gray, Pare y Thompson no hubieran estado escribiendo, el trabajo de Hodgskin estaba destinado a conducir a la siguiente pregunta: si el capital era en gran medida parasitario del trabajo, ¿no podría el trabajo simplemente prescindir de él o sustituirlo por un nuevo sistema? Además, por un curioso giro, era posible que el utilitarismo condujera a la misma pregunta: si el único criterio por el que podía juzgarse un sistema social era *el uso*, y si el mayor número de esa sociedad eran trabajadores, evidentemente ninguna veneración por la costumbre o las nociones góticas debería impedir que uno concibiera el *plan* más útil posible por el que las masas pudieran intercambiar y disfrutar de sus propios productos. De ahí que el socialismo owenista siempre contuvo dos elementos que nunca se fusionaron del todo: la filantropía de la Ilustración, que concebía "sistemas nuevos y amplios" según principios de utilidad y benevolencia, y la experiencia de aquellos sectores de trabajadores que seleccionaron nociones del acervo owenista y las adaptaron o desarrollaron para satisfacer su contexto particular.

780

La historia de Robert Owen de New Lanark es bien conocida, incluso legendaria. El modelo de molinero paternalista y hombre hecho a sí mismo que sondeó a la realeza, los cortesanos y los gobernantes de Europa con sus propuestas filantrópicas; la creciente exasperación del tono de Owen al encontrarse con el aplauso cortés y el desaliento práctico; su propaganda a todas las clases y su proclamación del Milenio; el creciente interés por sus ideas y promesas entre algunos trabajadores; el auge y caída de las primeras comunidades experimentales, especialmente Orbiston; la marcha de Owen a América para realizar más experimentos en la construcción de comunidades (1824-29); el creciente apoyo al owenismo. Durante su ausencia, el enriquecimiento de su teoría por Thompson, Gray y otros, y la adopción de una forma de owenismo por parte de algunos sindicalistas; la iniciativa del Dr. King en Brighton con su *Co-operator* (1828-30) y los experimentos dispersos en el comercio cooperativo; la iniciativa de algunos artesanos londinenses, entre los que destacaba Lovett, en la promoción de la propaganda nacional de los principios cooperativos (la Asociación Británica para la Promoción del Conocimiento Cooperativo), en 1829-30; la marea creciente tras el regreso de Owen, cuando se encontró casi a su pesar a la cabeza de un movimiento que desembocó en el Gran Sindicato Nacional Consolidado.

Es una historia extraordinaria y, sin embargo, hay partes en las que *tenía* que ser

¹ En las páginas que siguen no pretendo reexaminar el pensamiento de Owen o de los "economistas del trabajo". Mi propósito es ilustrar en uno o dos puntos el modo en que la teoría incidía en la experiencia de la clase obrera y el modo en que las nuevas ideas se seleccionaban o cambiaban en el proceso; es decir, mi preocupación se centra más en la sociología de estas ideas que en su identidad. Para Hodgskin, véase la edición de G. D. H. Cole de *Labour Defended* (1922) y E. Haldvy, *Thomas Hodgskin* (1956, trad. A. J. Taylor). Para un análisis lúcido y breve de Owen y los economistas del trabajo, véase H. L. Beales, *The Early English Socialists* (1933), caps. IV y V; y para un resumen más completo, G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought*, I, *The Forerunners*, and M. Beer, *Historia del socialismo británico*, Parte III.

así. Podemos empezar por el punto de entrada, con la tradición paternalista. Y debemos ver que los grandes experimentos de New Lanark se instituyeron para hacer frente a las mismas dificultades de disciplina laboral, y la adaptación de los revoltosos trabajadores escoceses a los nuevos patrones de trabajo industrial que ya hemos encontrado en nuestra discusión sobre el metodismo y el Dr. Ure. "En aquella época las clases bajas de Escocia... tenían fuertes prejuicios contra los forasteros...", "las personas empleadas en estas obras tenían, por tanto, fuertes prejuicios contra el nuevo director...":

... poseían casi todos los vicios y muy pocas de las virtudes de una comunidad social. El robo y la recepción de bienes robados era su oficio, la ociosidad y la embriaguez su hábito, la falsedad y el... el engaño su ropaje, las disensiones, civiles y religiosas, su práctica cotidiana; sólo se unían en una celosa oposición sistemática a sus patrones.

781

Estos pasajes, extraídos de *A New View of Society* (1813), son en gran medida la experiencia común del nuevo propietario de un molino o de un maestro ferrero. El problema era adoctrinar a los jóvenes en "hábitos de atención, celeridad y orden". Owen tiene todo el mérito de no haber optado por los terrores psíquicos del metodismo ni por la línea discipular del supervisor y de las multas para alcanzar sus fines. Pero debemos ver, en todo momento, que el posterior socialismo de Owen conservó las marcas de su origen. El Sr. Owen, el filántropo, que se aseguró el acceso a la Corte y al gabinete en los años de la posguerra (hasta que cometió el *error* de rechazar, con amable tolerancia, todas las religiones recibidas como un irracionalismo travieso), se funde sin ningún sentido de crisis en el "benevolente Sr. Owen" que se dirigía a las clases trabajadoras. En un sentido, era el *ne plus ultra* del utilitarismo, que planificaba la sociedad como un gigantesco panóptico industrial; en otro sentido, el más admirable y bondadoso, era un Hanway industrial, que pensaba mucho en los niños, le gustaba verlos felices y realmente se indignaba ante su insensible explotación. Pero la noción del avance de la clase obrera, por su propia autoactividad hacia sus propios objetivos, era ajena a Owen, aunque se sintió atraído, entre 1829 y 1834, exactamente por este tipo de movimiento. Esto puede verse en el tono de todos sus escritos. Deseaba (dijo en 1817) "remoralizar a las órdenes inferiores". Junto a "benevolente", las palabras más frecuentes en los primeros escritos owenistas son "proporcionarles". La educación debería "inculcar en los jóvenes ideas y hábitos que contribuyan a la futura felicidad del individuo y del Estado; y esto sólo puede lograrse instruyéndoles para que se conviertan en seres racionales":

En cuarto lugar, ¿cuáles son las mejores condiciones para que estos hombres y sus familias tengan un *alojamiento, alimentación, vestido, formación, educación, empleo y gobierno* adecuados y económicos?¹

782

Este tono supuso una barrera casi insuperable entre Owen y el movimiento popular, tanto radical como sindical. "Los obreros y las clases trabajadoras eran en ese

¹ R. Owen, *A New View of Society and other writings* (Everyman edn.), pp. 74, 260.

momento extraños para mí y para todas mis opiniones e intenciones", Owen señaló (en su *Autobiografía*) sobre los años inmediatamente posteriores a la guerra. "Sus líderes democráticos y muy equivocados les enseñaron que yo era su enemigo y que deseaba convertirlos en esclavos en estos pueblos de unidad y cooperación mutua". Pero, dadas las circunstancias, esto apenas era sorprendente. El filántropo, el Sr. Owen, apareció a su vista durante los desesperados años de la depresión de posguerra. Muchos de la alta burguesía estaban horrorizados en la extensión de desempleo y la angustia, mientras que también estaban preocupados por el temperamento insurreccional de los desempleados. Además, las tasas de pobreza habían aumentado a más de 6 millones de libras esterlinas en un momento en que la agricultura había perdido su prosperidad de los tiempos de guerra. Los pobres eran antiestéticos, una fuente de culpa, una pesada carga para el país y un peligro. Las columnas de las revistas estaban llenas de discusiones sobre la reforma de las Poor Laws, todas las cuales tenían como objetivo una mayor economía. El Sr. Owen (cuyas extensas propiedades en New Lanark se convirtieron en un complemento de moda para los viajes elegantes) presentó ahora un plan que realmente no podía ser más bonito. Proponía colocar a los pobres en "Aldeas de Cooperación", donde —tras una subvención inicial de capital procedente de los impuestos— *pagarían su su propio sus propios gastos*, y se convertirían en "útiles", "laboriosos", "racionales", autodisciplinados y templados. Al arzobispo de Canterbury le gustó la idea, y lord Sidmouth la estudió detenidamente con el señor Owen. "Milord Sidmouth me perdonará", escribió Owen en una de sus cartas públicas sobre la ayuda a los pobres que apareció en la prensa londinense en el verano de 1817, "porque sabe que no pretendo ofenderle personalmente. Sus disposiciones son conocidas por ser suaves y amables... Esto se publicó quince días después del levantamiento de Pentridge y la denuncia de Oliver.

El Plan olía a Malthus y a esos rigurosos experimentos de los magistrados (como los extrañamente llamados "Reformadores de Nottingham") que ya estaban elaborando el plan chadwickiano de ayuda económica a los asilos. Incluso si el propio Owen estaba (como algunos de los radicales estaban dispuestos a permitir) profundamente serio y consternado por la angustia de la gente, su plan, si era adoptado por el Gobierno, sin duda estaría orientado en este sentido. Cobbett ha sido acusado con demasiada facilidad de "prejuicio" al denunciar las "Aldeas de Cooperación" de Owen como "paralelogramos de indigentes". No sólo le sabían al "sistema reconfortante" de patrocinio y caridad que detestaba, sino que su instinto probablemente era correcto: que las ideas de Owen, si hubieran sido adoptadas por las autoridades en 1817, probablemente habrían dado lugar a una extensión del "empleo productivo" dentro del sistema de casas de trabajo. Pero Gobbett sólo estaba expresando la respuesta radical general. Las instituciones que proponía (escribió Sherwin) serían "prisiones", "una comunidad de vasallos":

Me parece que el objetivo del Sr. Owen es cubrir la faz del país con casas de trabajo, criar

una comunidad de esclavos y, en consecuencia, hacer que la parte trabajadora del pueblo dependa absolutamente de los hombres de propiedad.¹

Cuando Owen intentó interesar a los radicales en sus propuestas, en una concurrida reunión en la City' of London Tavern, los líderes radicales, uno tras otro —Cartwright, Wooler, Aiderman Waithman— se opusieron a él en términos similares. Cuando Gale Jones propuso que el plan merecía al menos ser examinado, fue rechazado a gritos y acusado de apostasía².

El debate sólo sirvió para mostrar las debilidades de ambas partes. Por un lado, Owen simplemente tenía un lugar vacío en su mente donde la mayoría de los hombres tienen respuestas políticas. Una parte del *New View* estaba dedicada al Príncipe Regente, otra a Wilberforce. Quince años más tarde su periódico, the *Crisis* navegó anodinamente por las aguas de 1831 y 1832, llevando cargamentos de informes sobre congresos cooperativos y sobre almacenes comerciales en Slaithwaite, sin "darse cuenta" de que el país se encontraba *de hecho* en un estado de crisis revolucionaria. Esta vacante tenía sus aspectos entrañables: cuando al Sr. Owen se le ocurrió que la realeza era una institución irracional y que los obispos eran un tributo costoso e innecesario a la ignorancia gótica, no dudó en señalarlo a los actuales titulares, estando seguro de que verían que no pretendía "ninguna ofensa personal" y que se liquidarían debidamente sometiéndose a la persuasión racional. Pero esto no era nada simpático para los "viejos radicales" de 1817. Su debilidad, por otra parte, consistía en la falta de toda teoría social constructiva, cuyo lugar era ocupado por una retórica en la que todos los males se atribuían a los impuestos y a las sinecuras, todo lo cual podía remediarse mediante la Reforma.

La respuesta de Hazlitt a la *Nueva Visión* fue la más compleja, y muestra al magullado jacobino que hay en él luchando contra el peso de Burke: "¿Por qué el Sr. Owen pone la palabra 'Nuevo', en letra negra a la cabeza de los anuncios de su plan de reforma"? "La doctrina de la Benevolencia Universal, la creencia en la Omnipotencia de la Verdad, y en la Perfectibilidad de la Naturaleza Humana, no son nuevas, sino 'Viejas, viejas', Maestro Robert Owen":

784

¿No sabe el Sr. Owen que el mismo esquema, los mismos principios, la misma filosofía de los motivos y las acciones... de la virtud y la felicidad, estaban muy extendidos en el año 1793, se oían en el extranjero entonces, se hablaban en las azoteas de las casas, se susurraban en secreto, se publicaban en cuarto y dúodecimo, en tratados políticos, en obras de teatro, poemas, canciones y romances, se abrían camino hasta el tribunal, se colaban en la iglesia, subían a la tribuna, adelgazaban las clases de las universidades...? ... que estas "Nuevas Visiones de la Sociedad" se metieron en los corazones de los poetas y en los cerebros de los metafísicos, se adueñaron de las fantasías de niños y mujeres, y voltearon las cabezas de casi todo el reino dom : pero que hubo una cabeza de la que

¹ Sherwin's *Political Register*, 26 de abril, 9 de agosto, 20 de septiembre de 1817.

² Véase *Independent Whig*, 24 de agosto de 1817. Los únicos periódicos radicales que parecen haber escuchado favorablemente a Owen en 1817-19 fueron el efímero *People* y el *Independent Whig*, que envió un corresponsal a New Lanark.

nunca se adueñaron, que volvió a voltear las cabezas de todo el reino dom ? Así repelida (se burló Hazlitt) parece que *la filosofía* fue expulsada del país, y obligado a refugiarse y a cobijarse durante veinte años en los molinos de New Lanark, con la connivencia del digno propietario, entre la estopa y los husos; de donde nos da a entender que está subiendo de nuevo a Whitehall-stairs, como una marea de primavera con la caída de la luna, y flotando sobre la sangre que ha corrido por la restauración de los Borbones, bajo el patrocinio de la nobleza, la alta burguesía, Mr. Wilberforce y del Príncipe Regente, y de todos aquellos que se rigen, como esos grandes personajes, por el único principio de la verdad y el único deseo del bien de la humanidad. Este soplo no se llevará con nosotros: somos pájaros viejos, no para ser atrapados con paja....

La perspicacia de Hazlitt es extraordinariamente aguda. En efecto, Owen no fue el primero de los teóricos socialistas modernos (Hodgskin estuvo mucho más cerca de serlo), sino uno de los últimos racionalistas del siglo XVIII: era Godwin, que ahora partía de New Lanark para reclamar la presidencia del Consejo de Administración de la Revolución Industrial. En su nuevo disfraz, como hombre práctico y eminentemente exitoso, tenía entrada donde los viejos filósofos eran vilipendiados y desdeñados. "Un hombre que viene desde las orillas del Clyde adquiere' una fuerza de proyectil que lo hace irresistible":

Él tiene acceso, entendemos, a los hombres en la oficina, a los miembros del parlamento, a los señores y caballeros. Él viene ... para golpear hacia abajo todos sus establecimientos, nuevos o viejos, en la iglesia o el estado... y entra tranquilamente en sus casas con sus credenciales en el bolsillo, y los reconcilia con innumerables Casas de Industria que está a punto de erigir en el lugar de sus actuales sinecuras....

785

"No deseamos", continuó Hazlitt, "que altere su tono". Pero profetizó, con asombrosa exactitud, algunas de las secuencias de la estafa, si no lo hacía:

Hasta ahora, sus planes se toleran porque son remotos, visionarios e inaplicables. Ni el gran mundo ni el mundo en general se preocupan por New Lanark, ni se inquietan por si los obreros de allí se acuestan borrachos o sobrios, o si las mozas tienen hijos antes o después del matrimonio cere mony. Lanark está lejos, Lanark es insignificante. Nuestros estadistas no temen el perfecto sistema de reforma del que habla, y, mientras tanto, su perorata contra la reforma en el parlamento ... sirve como diversión práctica a su favor. Pero si el bien que el Sr. Owen dice haber hecho en una pobre aldea corre el peligro de generalizarse... sus sueños de elevado patrocinio se desvanecerán.... Dejemos que su "Nueva visión de la sociedad" haga tantos discípulos como la "Investigación sobre la justicia política", y veremos cómo cambian las tornas. Será señalado como un jacobino, un nivelador, un incendiario, en todas partes de los tres reinos; será evitado por sus amigos, y se convertirá en una palabra célebre para sus enemigos y él se dará cuenta de que no es una tarea tan fácil ni tan segura como se imagina ... hacer que la humanidad comprenda sus propios intereses, o que quienes la gobiernan se preocupen por cualquier otro interés que no sea el suyo propio.¹

¹ *Examiner*, 4 de agosto de 1816; véase *Obras*, VH, p. 97 y ss.

La cualidad de Owen que sus mecenas descubrieron con consternación (y de la que Hazlitt tenía cierta percepción) era la de puro celo propagandístico. Creía, al igual que Carlile, en la multiplicación de la "razón" por medio de su difusión. Gastó una pequeña fortuna en enviar sus Discursos a los hombres influyentes de todo el país, y una fortuna mayor en las comunidades experimentales. Hacia 1819 sus mecenas se habían cansado de él, y él, a su vez, se dirigía más particularmente a las clases trabajadoras. Durante mucho tiempo había sostenido la opinión de que los trabajadores eran criaturas de las circunstancias; deploraba su "grosera ferocidad de carácter" y uno siente que (como Shaw) su principal razón para ser socialista era el deseo de que fueran abolidos. Pero aquí se produce un giro en su pensamiento, de grandes consecuencias. Si los trabajadores eran criaturas de las circunstancias, también lo eran — que se le ocurrió mientras paseaba por el parque tras una entrevista insatisfactoria— eran lord Sidmouth y el arzobispo. El pensamiento fue comunicado en un Discurso a las clases trabajadoras (1819):

786

Desde la infancia, ... te han hecho despreciar y odiar a los que difieren de ti en modales, lenguaje y sentimientos. Esos sentimientos de ira deben ser retirados antes de que cualquier ser que tenga tu verdadero interés en el corazón pueda poner el poder en tus manos, . . . Entonces percibirás claramente que no existe ningún motivo racional para la ira.... Una interminable multiplicidad de circunstancias, sobre las que no tenías el más mínimo control, te colocaron donde estás. ... De la misma manera, otros de tus semejantes han sido formados por circunstancias, igualmente incontrolables por ellos, para convertirse en tus enemigos y graves opresores.... Por muy espléndido que sea su exterior, este estado de cosas a menudo les hace sufrir aún más que tú. . . . Mientras que usted muestra por su conducta cualquier deseo violento de desposeerlos de este poder, de estos emolumentos y privilegios, ¿no es evidente que deben seguir mirándote con sentimientos celosos y hostiles..?

"Los ricos y los pobres, los gobernantes y los gobernados, tienen en realidad un solo interés: formar una nueva sociedad cooperativa. Pero tanto los ricos como los pobres, al ser criaturas de una postura circunscrita, eran incapaces de ver sus verdaderos intereses. (La "súbita admisión de la fuerte luz" de los escritos de Owen corría el peligro de destruir su "infantil capacidad de visión"). Los obreros (o aquellos de ellos que habían visto la luz de la razón) debían desentenderse del conflicto de clases. "Esta contienda irracional e inútil debe cesar", y la *vanguardia* (mediante el establecimiento de comunidades modelo y la propaganda) podría abrir un camino por el que los trabajadores pudieran simplemente *eludir* los derechos de propiedad y el poder de los ricos¹.

Por muy admirable que fuera Owen como hombre, era un pensador absurdo y, aunque tenía el valor de los excéntricos, era un líder político pícaro. De los teóricos del Owen ismo, Thompson es más cuerdo y desafiante, mientras que Gray, Pare, el Dr. King y otros tenían un sentido más firme de la realidad. No hay en sus escritos el

¹ Véase Owen, op. dt., pp. 148-55.

menor sentido de los procesos dialécticos del cambio social, de la "práctica revolucionaria":

La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y que, por tanto, los hombres cambiados son producto de otras circunstancias y de una educación cambiada, olvida que las circunstancias son cambiadas precisamente por los hombres y que el educador debe ser educado. De ahí que esta doctrina llegue necesariamente a dividir la sociedad en dos partes, de las cuales una se eleva por encima de la sociedad (en Robert Owen, por ejemplo)

787

Así rezaba la tercera tesis de Marx sobre Ludwig Feuerbach. Si el carácter social era (como sostenía Owen) el producto involuntario de "una interminable multiplicidad de circunstancias", ¿cómo había que cambiarlo? Una respuesta estaba en la educación, donde se puede ver una de las influencias más creativas de la tradición owenista. Pero Owen sabía que hasta que no cambiaran las "circunstancias" no podría acceder a la escolarización de una generación. La respuesta debe estar, por tanto, en el cambio repentino del corazón, el salto milenario. El propio rigor de su materialismo ambiental y mecanicista le obligaba a desesperar o a proclamar un giliasmo laico.

El Sr. Owen, el Filántropo, se echó sobre los hombros el manto de Joanna Southcott. No sólo Hazlitt, sino también otros contemporáneos suyos, se fijaron en el tono de este charlatán. Un escritor del *Sherwin's Register* lo comparó con Joanna, que...

engañó a miles de personas por un momento, diciéndoles que un Shiloh estaba a punto de venir al mundo; un Príncipe de Paz, bajo cuyo estandarte todas las naciones de la tierra iban a unirse; diciéndoles que ... las espadas se convertirían en rejas de arado.¹

También fue examinado por Engels y Marx, y la promulgación más reciente del descubrimiento en círculos académicos no es original.² Owen prometía, en 1820, "*dar rienda suelta a la prosperidad en el país*", y en sus comunidades ofrecía nada menos que el "Paraíso". En 1820 se formó una sociedad owenista en la metrópoli, y el folleto que anunciaba su publicación periódica, el *Economist*, declaraba:

La abundancia invadirá la tierra, el conocimiento aumentará, la virtud florecerá, la felicidad será reconocida, asegurada y disfrutada.

Owen utilizó con frecuencia analogías extraídas del gran avance de las técnicas productivas durante la Revolución Industrial: algunos individuos "olvidan que es un invento moderno permitir a un hombre, con la ayuda de un poco de vapor, realizar el trabajo de 1.000 hombres". ¿No podrían el conocimiento y la mejora moral avanzar al mismo ritmo? Sus seguidores retomaron la misma imaginaria:

788

... la construcción de una gran máquina social y moral, calculada para producir riqueza, conocimiento y felicidad, con una precisión y rapidez sin precedentes....

¹ Sherwin's *Political Register*, 20 de septiembre de 1817.

² Véase, sin embargo, el generoso homenaje de Engels a Owen en *Anti-Duhring* (1878; Lawrence & Wishart, 1936), pp. 287-92: "un hombre de una sencillez de carácter casi sublimemente infantil, y al mismo tiempo un líder nato de hombres".

Un corresponsal de *The Economist* señaló que "el tono de alegría y exultación que impregna sus escritos es realmente infeccioso".

Los miembros de la sociedad londinense eran conscientes...

que sus procedimientos deben ser comparativamente imperfectos, mientras permanezcan en sus actuales moradas, alejadas... unas de otras.

Con un entusiasmo que recordaba al de los primeros moravos, adquirieron algunas casas "nuevas" en Spa Fields (que ya no sería un lugar de reunión), con una escuela y un comedor común. Las páginas de *The Economist* y otras revistas de los primeros tiempos estaban llenas de especulaciones sobre cómo se podría reunir capital: si se supusiera (una suposición extraña) que había 50.000 familias de las clases trabajadoras en la metrópoli, éstas, si se asociaran, tendrían unos ingresos medios de 50 libras al año o millones colectivamente. Y así sucesivamente. Los comunitaristas de Orbiston se inscribieron en una "Sociedad de la Divina Revelación". En 1830, cuando Owen, de regreso de América, se encontró a la cabeza de un movimiento de masas, este tono mesiánico tenía la fuerza de una religión secular. El 1 de mayo de 1833, Owen pronunció un discurso en la National Equitable Labour Exchange "denunciando el Viejo Sistema del Mundo y anunciando el Comienzo del Nuevo". No sólo el afán de lucro sería desplazado por la cooperación, los vicios del individualismo por las virtudes del mutualismo, sino que *todos los* acuerdos sociales existentes darían paso a las federaciones de aldeas agrícolas e industriales mixtas:

Abandonamos todos los arreglos a los que han dado lugar los intereses [seccionales], como grandes ciudades, pueblos, aldeas y universidades....

Los tribunales de justicia, y toda la parafernalia y locura de la ley ... no pueden encontrarse en un estado racional de la sociedad....

Hasta entonces, el mundo había estado "en una gran oscuridad". Todo culto ceremonial a un Poder desconocido era "mucho peor que inútil". El matrimonio será reconocido como una "unión de afecto solamente". "El celibato, en cualquiera de los sexos, más allá del período diseñado por la naturaleza, ya no será considerado una virtud", sino "un crimen contra la naturaleza". La nueva sociedad ofrecería un equilibrio entre el trabajo intelectual y el físico, el entretenimiento y el cultivo de las facultades físicas, como en Grecia y Roma. Todos los ciudadanos abandonarían toda ambición, envidia, celos y otros vicios nombrados:

789

Por tanto, proclamo ahora al mundo el comienzo, en este día, del milenio prometido, fundado en principios racionales y en una práctica coherente.¹

Esta proclamación podría sobresaltar a algunos gremios de cooperativas de mujeres en la actualidad. También parece, a primera vista, una ideología poco probable de ser aceptada por la gente trabajadora, cuyas experiencias formativas han sido el tema de este estudio. Y sin embargo, si miramos más de cerca, encontraremos que no fue un

¹ *Economist*, 4 de agosto, 20 y 27 de octubre de 1821, *passim*. Para la proclamación del Milenio, he utilizado el relato anexo a la edición de Bronterre O'Brien edición de *Buonarrotti's History of Babeuf's Conspiracy of Equals* (1836), pp. 438-45.

frenesí psíquico o una "paranoia colectiva" lo que dio lugar a la rápida difusión del Owenismo. En primer lugar, *el owenismo* de finales de los años veinte en adelante, era una cosa muy diferente de los escritos y proclamas de Robert Owen. Era la propia imprecisión de sus teorías, que ofrecían, no obstante, una imagen de un sistema alternativo de sociedad, y que las hacían adaptables a diferentes grupos de trabajadores. De los escritos de los owenitas, los artesanos, tejedores y trabajadores cualificados seleccionaron aquellas partes que más se relacionaban con su propia situación y las modificaron mediante el debate y la práctica. Si los escritos de Cobbett pueden verse como una relación con sus lectores, los de Owen pueden verse como materia prima ideológica difundida entre los trabajadores y elaborada por ellos en diferentes productos.

Los artesanos son el caso más claro. El editor de *The Economist* admitió, en 1821, que "pocos" de sus lectores pertenecían a las clases trabajadoras. Pero podemos hacernos una idea de los primeros miembros de la "Co-operative and Economical Society" londinense, que estableció la comunidad en Spa Fields, gracias a una circular enviada a la nobleza y la alta burguesía, solicitando su patrocinio para sus talleres. Se ofrecían para realizar trabajos de talla y dorado, fabricación de botas y zapatos, ferretería (incluidas rejillas y estufas), cuchillería, confección, costura y corte y confección, ebanistería, venta y encuadernación de libros, dibujos en acuarela y sobre terciopelo, y persianas transparentes para paisajes. Esto sugiere artesanos y artesanos autónomos, que abundaban en dos de los mayores centros cooperativos: Londres y Birmingham. El espíritu de estas iniciativas (de las que hubo varias, algunas anteriores a Owen) se expresa en una carta enviada a *The Economist*:

790

... las clases trabajadoras, si se esfuerzan *con energía*, no tienen necesidad de solicitar la menor ayuda de ninguna *otra* clase, sino que tienen en sí mismas ... recursos superabundantes.¹

Este no es el tono de Owen. Pero es ciertamente el tono que hemos encontrado repetidamente al seguir el radicalismo *político* de los artesanos. El individualismo era sólo una parte de su perspectiva; también eran herederos de largas tradiciones de mutualidad: la sociedad de beneficencia, el club de oficios, la capilla, el club de lectura o social, la Sociedad Correspondiente o la Unión Política. Owen enseñaba que el afán de lucro era erróneo e innecesario, lo que encajaba con el sentido de la costumbre y del precio justo del artesano. Owen apoyaba la opinión, sostenida también por Cobbett, Carlile y Hodgskin, de que el capitalista era en gran medida parasitario en su función: "que el trabajo manual, bien dirigido, es la fuente de toda riqueza": esto encajaba con las quejas de los artesanos o pequeños artesanos-maestros contra los contratistas y contratistas e intermediarios. Owen enseñaba que "*la norma natural del trabajo humano*" debía tomarse como "*la norma práctica del valor*",² y que los

¹ *Economist*, 13 de octubre de 1821, 9 de marzo de 1822. Véase Armytage, op. cit., pp. 92-4 para un breve relato del experimento de Spa Fields.

² Véase "Report to the Count of Lanark" (1820), en Owen, op. cit., sp. pp. 261-2.

productos debían intercambiarse según el trabajo incorporado en ellos: esto encajaba con la perspectiva del zapatero, el ebanista y el cepillero, que vivían en la misma corte y que, en cualquier caso, en ocasiones intercambiaban servicios.

De hecho, el germen de la mayoría de las ideas de Owen puede verse en prácticas que se anticipan o se producen independientemente de sus escritos.¹ No sólo las sociedades de beneficencia extendieron en ocasiones sus actividades a la construcción de clubes sociales o casas de beneficencia; también hay varios casos de sindicatos preouwenitas que, cuando estaban en huelga, empleaban a sus propios miembros y comercializaban el producto.² El artesano iba perdiendo poco a poco su condición de trabajador autónomo, o de hombre que hacía trabajos para varios amos; y al hacer tal o cual contrato podía recurrir a la ayuda de otros artesanos con diferentes habilidades. El mercado cubierto o bazar, con sus cientos de pequeños puestos, era una antigua institución. El mercado cubierto, o bazar, con sus cientos de pequeños puestos, era una vieja institución; pero al final de las guerras se abrieron nuevos bazares, que atrajeron la atención de los círculos filantrópicos y owenistas, donde se alquilaba (por pies) una sección de mostrador durante la semana, el día o incluso parte del día. Se invitaba a todo tipo de mercancías —incluso los artistas podían exponer— y cabe suponer que los inquilinos eran artesanos y "maestros de buhardilla" que luchaban por "su independencia".³ En 1827 ya existía un nuevo bazar que actuaba como centro de intercambio de productos fabricados por desempleados de oficios londinenses —carpinteros, sastres, zapateros y otros— que trabajaban con materiales adquiridos con los fondos de los sindicatos.⁴

791

Así, las Equitable Labour Exchanges, fundadas en Londres y Birmingham en 1832-3, con sus billetes de trabajo y el intercambio de pequeños productos, no fueron conjuradas de la nada por profetas paranoicos. Si enumeramos los productos que se llevaron para su intercambio al Congreso Cooperativo celebrado en Liverpool en octubre de 1832, también podemos ver a la gente. De Sheffield, cubiertos y cafeteras; de Leicester, medias y encajes; de Huddersfield, chalecos y chales; de Rochdale, franelas. Había pañales de Barnsley, cosas de Halifax, zapatos y zuecos de Kendal y estampados de Birkacre. Un portavoz de la Birmingham Equitable Labour Exchange

¹ Ya en 1796 se intentó crear una sociedad fraternal británica que combinara los recursos de las sociedades de beneficencia con formas de organización derivadas de la Corresponding Societas. Se originó entre los tejedores de Spitalfields, y se propuso que se pagaran prestaciones de vejez y desempleo, que la Sociedad empleara a sus propios miembros desempleados, y que los productos de los tejedores de seda, sastres, zapateros, etc., se intercambiaran entre sí. Véase Andrew Larcher, *A Remedy for Establishing Universal Peace and Happiness* (Spital fields, 1795) y *Address to the British Fraternal Society* (1796).

² Por ejemplo, el Journe men Tobacco Pipe Manufacturer que, después de una huelga de once semanas en el invierno de 1818-19, comenzó la fabricación directa en el Maze, Borough "un amigo" habiéndonos "procurado un factor". Véase *Gorgon*, 6 y 13 de febrero de 1819.

³ J. Nightingale, *The Bazaar* (1816). Se elogia especialmente el N w Bazaar, 5 Soho Square, abierto ese año; también se menciona un Beehive Bazaar en Holborn.

⁴ *Co-operative Magazine* (1827), pp. 230-1, citado en S. Pollard, "Nineteenth— Century Co-operation: from Communit Building to Shopkeeping", *Essays en Labour Histoij*, p. 87.

dijo que la gente de su distrito "no sabía qué hacer con sus masas de hierro, latón, acero y mercancías japonesas": ¿por qué no iban a cambiarse por algodones de Lancashire y medias de Leicester? La larga lista de oficios que proponen llevar sus mercancías a la Bolsa de Birmingham incluye (en las "B") a los tizoneros, campaneros, fabricantes de escobas de abedul, fabricantes de botones y adornos, fabricantes de abrazaderas, braseros, fabricantes de cepillos, panaderos, fabricantes de fuelles, fabricantes de somieres, fabricantes de cestas. En las "S" encontramos fabricantes de sombreros y gorros de paja, fabricantes de balanzas, fabricantes de rejillas para estufas, tejedores de seda, herreros y blanqueros, y papelerías. No hay (y difícilmente podría haber) caldereros, ni altos hornos, ni constructores; ni carpinteros de ribera, ni hilanderos de algodón; ni mineros, ni ingenieros.¹

792

La lista incluye no sólo a los pequeños maestros y artesanos, sino también a los trabajadores a domicilio. Como su posición (tejedores y almacenistas) era la más desesperada, el owenismo fue sólo una de las soluciones a las que se aferraron en los años treinta. El atractivo de la Bolsa de Trabajo no era tan inmediato en los alrededores de Huddersfield o Burnley, por la razón obvia de que en los distritos donde el producto básico era el tejido, y donde cientos eran semiempleados o empleados en de hambre en los mismos productos, no había un mercado obvio. De ahí que los norteños se vieran impulsados, desde el principio, a buscar un plan nacional de cooperación. "Si nuestros amigos de Birmingham se comprometen a aparecer en nuestras telas", escribió un operador de Halifax:

Nos comprometeremos a cortar nuestra ternera y nuestro pudin (cuando podamos conseguirlos) con sus cuchillos y tenedores, y a tomar nuestro caldo y nuestras gachas de avena con sus cucharas; y si nuestros hermanos londinenses también lo hacen, apareceremos, tan pronto como sea posible, con sus pañuelos de seda alrededor del cuello.²

Fue en Lancashire y Yorkshire donde encontramos el desarrollo más rápido de una *teoría general* de un nuevo "sistema", por el que a escala nacional pudiera tener lugar un intercambio equitativo, así como algunos de los apoyos más duros y prácticos a los experimentos "utópicos" de creación de comunidades. La Manchester and Salford Association for the Promotion of Co-operative Knowledge, fundada en 1830, obtuvo un apoyo inmediato. Los tejedores esperaban encontrar en la cooperación la fuerza para competir con el telar mecánico. Una gran causa de los males sociales, escribió el *United Trades' Co-operative Journal*, era...

en la errónea organización de nuestros asuntos domésticos, sociales y comerciales, por medio de la cual se hace que la maquinaria compita con y contra el trabajo humano en lugar de cooperar con él.

¹ *Crisis*, 30 de junio, 27 de octubre, 8 y 15 de diciembre de 1832.

² *Lancashire and Yorkshire Co-operator*, nº 2. (fecha sin identificar).

"Podemos afirmar que todas las miserias que sufre la sociedad se deben en su mayor parte a la injusta distribución de la riqueza", escribió *el Lancashire and Yorkshire Co-operator*.¹ En estos distritos con su larga tradición de sindicalismo y ayuda mutua, la cooperación ofreció a a movimiento en el que racionalistas racionalistas y cristianos, radicales y políticamente neutrales. El movimiento recogió también las tradiciones de superación personal y esfuerzo educativo, proporcionando salas de lectura, escuelas y conferenciantes itinerantes. En 1832, unos 500 sociedades cooperativas en todo el país, con al menos 20.000 socios.²

793

Mientras Owen (algo afectado, a pesar de su optimismo, por los fracasos de Orbiston y New Harmony) esperaba grandes donaciones de capital antes de poder arriesgarse a más experimentos, los cooperativistas de decenas de centros, desde Brighton a Bacup, estaban impacientes por levantarse inmediatamente con sus propios esfuerzos. En el Congreso de Liverpool de 1832, las actas ofrecen el contraste entre largas arengas evangelizadoras e intervenciones como ésta:

El Sr. WILSON, delegado de Halifax, declaró que en mayo de 1829, él y otras 8 personas depositaron un chelín cada uno, y comenzaron un negocio en una pequeña habitación en una entrada trasera. Su número había aumentado; ... valían ahora 240 libras esterlinas y habían empezado a encontrar mano de obra para algunos de sus miembros (*Oíd, oíd.*)³

Esta yuxtaposición de la pequeña tienda y el plan milenarista es la esencia del estado de ánimo cooperativo entre 1829 y 1834. ^ Se encuentra también en la diversidad de reivindicaciones y organizaciones particulares que sostuvieron durante un breve tiempo el edificio del Gran Sindicato Nacional Consolidado).

En los alrededores de Huddersfield y Halifax, donde la cooperación se extendió entre los tejedores con tanta rapidez, una esperanza era que la tienda pudiera comprar la urdimbre y la trama para el tejedor y luego vender el producto, cortocircuitando a los empleadores. Las cooperativas también podrían, mediante una suscripción de un centavo a la semana, acumular el capital para emplear a los miembros desempleados. Pero la mayoría de estos motivos pueden expresarse mejor citando las reglas de una sociedad formada en 1832 en Ripponden, un pueblo de tejedores de los Peninos:

Por los asombrosos cambios que el curso de una serie de años ha producido en las clases trabajadoras. . de la competencia y del aumento de la maquinaria que sustituye al trabajo manual, combinados con otras causas diversas, sobre las cuales, hasta ahora, las clases trabajadoras no tienen control-las mentes de los hombres pensantes se pierden en un laberinto de sugerencias sobre qué plan adoptar para mejorar, si cabe, sus condiciones....

794

¹ 6 de marzo de 1830; 26 de noviembre de 1831. Véase A. E. Musson, "The Ideology of Early Co-operation in Lancashire and Cheshire", *Transactions Lanes & Cheshire Antia. Sae.*, LXVII, 1957.

² S. Pollard, op. cit., p. 86.

³ *Crisis*, 27 de octubre de 1832.

Mediante el aumento del capital, las clases trabajadoras pueden mejorar su condición, si tan sólo *hacen una milla* y ponen su hombro a la obra; por uniros no queremos decir huelgas y acudir por salarios, sino como hombres de una misma familia, esforzarnos por empezar a trabajar por nosotros mismos....

El plan de cooperación que estamos recomendando al público no es visionario, sino que se lleva a cabo en varias partes del Reino; todos vivimos del producto de la tierra, e intercambiamos trabajo por trabajo, que es el objetivo que persiguen todas las Sociedades Cooperativas. Nosotros, los trabajadores, hacemos todo el trabajo y producimos todas las comodidades de la vida; ¿por qué entonces no deberíamos trabajar para nosotros mismos y esforzarnos por mejorar nuestras condiciones?

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Primero: Que el trabajo es la fuente de toda riqueza; por consiguiente, las clases trabajadoras han creado toda la riqueza.

En segundo lugar, que las clases trabajadoras, a pesar de ser los productores de riqueza, en lugar de ser los más ricos, son los más pobres de la comunidad; por lo tanto, no pueden estar recibiendo una justa recompensa por su trabajo.

Los objetivos de la sociedad incluían la protección mutua de todos los miembros contra la pobreza y "la consecución de la independencia por medio de un capital común". Los medios para alcanzar estos objetivos incluían una suscripción semanal a un fondo común, el empleo del capital en el comercio, el empleo de sus miembros "según lo permitan las circunstancias" y...

Por último, viviendo en comunidad unos con otros, sobre los principios de cooperación mutua, posesiones unidas, igualdad de esfuerzos y de medios de disfrute.¹

No se trata de una mera traslación de las doctrinas de Owen al contexto de una aldea de tejedores. Las ideas se han moldeado, laboriosamente, en función de la experiencia de los tejedores; los énfasis han cambiado; en lugar de la estridencia mesiánica, está la simple pregunta: ¿Por qué no? Una de las pequeñas revistas cooperativas se titulaba acertadamente *Sentido Común*: su énfasis estaba en las "Asociaciones Comerciales":

El objeto de una Asociación Comercial es brevemente el siguiente: suministrar la mayoría de los artículos de alimentación de consumo ordinario a sus miembros, y acumular una cierva con el fin de arrendar tierras para el cultivo, y la formación en ellas de una comunidad cooperativa.

795

Se podía destinar una cantidad semanal de los salarios a la compra al por mayor de té, azúcar, pan o avena.² Desde Brighton, el Dr. King's *Co-operator* defendía esta idea con más detalle.³ La idea encajaba con otras necesidades: la necesidad de escapar de la "tienda de tommy" o del especulador; la necesidad de comprar alimentos básicos baratos y libres de la adulteración criminal que era demasiado común: harina mezclada

¹ J. H. Priestley, *History of Ripponden Co-operative Society* (Halifax, 1932), Cap. IV. No está claro si estas reglas datan de 1833 o 1839.

² *Common Sense*, 11 de diciembre de 1830.

³ Véase S. Pollard, *Dr. William King* (Loughborough Co-operative College Papers,

con "yeso de París, huesos quemados y una sustancia terrosa... llamada Derbyshire White".³

Pero esta idea también atraía a los trabajadores cualificados y organizados de las grandes industrias, cuyo acercamiento al owenismo era más circunspecto. El *Trades Newspaper* publicó algunas notas sobre Orbiston en 1825, pero los planes de Owen para las comunidades se consideraron "impracticables por la aversión a que a los hombres nacidos libres e independientes se les diga lo que tienen que comer... y lo que tienen que hacer"... y lo que tienen que hacer".¹ Además, la idea misma de adquirir una independencia económica, que atraía a algunos pequeños artesanos y trabajadores a domicilio, ofrecía un rechazo al carpintero de ribera o al trabajador de la gran industria: ¿de qué le serviría una aldea de cooperación?

A finales de los años veinte, sin embargo, Gast se había declarado a favor del owenismo.² Una adhesión más importante fue la de los Manchester Cotton Spinners tras su huelga de seis meses en 1829. Doherty fue el pionero, en 1830, de la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, cuyo órgano, el *United Trades Co operative Journal*, pronto se convirtió en la *Voz del Pueblo*. Poco después, otro organismo especializado, el Sindicato de Constructores, cuyos productos no podían llevarse a la Bolsa de Trabajo Equitativa, puso rumbo al mayor de todos los experimentos de acción directa cooperativa. ¿Qué marcó la diferencia?

Una respuesta puede ser simplemente que a finales de los años veinte una variante u otra de la teoría económica cooperativa y "laboral" se había apoderado de los cuadros del movimiento obrero. Cobbett no ofrecía ninguna teoría coherente. El individualismo de Carlile era repelente. Hodgskin, por implicación, señalaba hacia una teoría socialista madura, pero su análisis se detuvo antes de llegar a ese punto y, en cualquier caso, era compatible con la teoría cooperativa, como demostró William Thompson.

796

La propaganda racionalista de la década anterior había sido eficaz; pero también había sido estrecha y negativa, y había dado lugar a una sed de doctrina moral más positiva que fue satisfecha por el mesianismo de Owen. La imprecisión del pensamiento de Owen hizo posible la coexistencia de diferentes tendencias intelectuales dentro del movimiento. Y hay que insistir de nuevo en que el owenismo era a la vez más sano, y más esforzado en términos intelectuales, que el pensamiento de su maestro. Para los obreros cualificados, el movimiento que empezó a tomar forma en 1830 parecía por fin dar cuerpo a su vieja aspiración: el sindicalismo nacional general. Desde el Hércules Filantrópico de 1818 hasta el lobby de las Leyes de

¹ *Trades Newspaper*, 31 de julio de 1825. Para los molinos de maíz casi cooperativos fundados como resultado de la casi hambruna de 1795, véase G. J. Holyoake, *Self Help A Hundred Years Ago* (1891), cap. XL y J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, II, pp. 157-60. En algunos EM "Notas y observaciones sobre las sociedades cooperativas" Lovett deja constancia de que durante las guerras hubo muchas sociedades, especialmente grupos de consumidores, y menciona a los Tejedores de Spitalfields: Add. MSS., 27, 791 ss. 245, 258.

² *Ibidem*, 14 de agosto de 1825. Véase, por ejemplo, *Crisis*, 17 de noviembre de 1832.

Combinación de 1825, se había tendido la mano a la acción unida. A lo largo del verano y el otoño de 1825, el *Trades Newspaper* informó de cada etapa de la huelga de los peinadores de lana de Bradford y del apoyo que llegaba de todas partes del país. Declaró enfáticamente: "Son todos los trabajadores de Inglaterra contra unos pocos amos de Bradford."¹ Doherty vio en el fracaso de la gran huelga de hilanderos de 1829 otra lección: "Se demostró entonces que ningún oficio individual podía resistir los esfuerzos combinados de los maestros de ese oficio en particular: por lo tanto, se buscó combinar todos los oficios."² Uno de los resultados fue la formación de la Operative Spinners of England, Ireland, and Scotland, cuya primera conferencia, celebrada en la Isla de Man en diciembre de 1829, mostró un impresionante intento de superar las complejidades organizativas de la organización unida en tres regiones dispares.³ A partir de esta base, la National Association for the Protection of Labour (Asociación Nacional para la Protección del Trabajo) reunió, durante un breve periodo de tiempo, a trabajadores textiles de la lana, mecánicos, alfareros, mineros, constructores y muchos otros oficios; "pero después de haberse extendido unas cien millas alrededor de esta ciudad (Manchester), le sobrevino una fatalidad que casi amenazó su existencia".⁴ La "fatalidad" se debió a las divisiones y celos dentro de las propias Operative Spinners (Hilanderas Operativas); a las demandas excesivas o prematuras sobre los fondos de huelga de la Asociación; y el imprudente intento de Doherty de trasladar la oficina de la Voz del Pueblo a Londres.

797

Pero a pesar de su fracaso, la Asociación Nacional dio nuevas notas a la idea de cooperación; y mientras el movimiento de Manchester entraba en una fase de recriminaciones, el movimiento continuaba floreciendo en las Potteries y en Yorkshire,⁵ Doherty puede haber intentado hacer avanzar el movimiento demasiado precipitadamente; pero vio acertadamente, en la creciente popularidad de las ideas owenistas, un medio de reunir a los trabajadores organizados del país en un movimiento común. De aquí en adelante, la historia del owenismo y del sindicalismo general deben tomarse conjuntamente.⁶

Las comunidades experimentales fracasaron, aunque una o dos —como la de Ralahine— tuvieron un éxito parcial. Mientras que las empresas más ambiciosas, como la de los constructores, fracasaron, algunas de las cooperativas más pequeñas

¹ *Trades Newspaper*, 11 septiembre de 1825.

² Hammonds, *The Town Labourer*, p. 312.

³ *Informe de las deliberaciones de una reunión de delegados de Cotton Spirmers, &c.* (Manchest 1830).

⁴ *Union Pilot and Co-operative Intelligencer*, 24 de marzo de 1832.

⁵ Véase Doherty's *Poor Man's Advocate*, 21 de enero de 1832: "La dirección [de la Asociación] ha pasado a manos de los animosos e inteligentes operarios de Yorkshire, donde esperamos que se evite el mismo espíritu de celos y facción que, en gran medida, neutralizó la mejor influencia de la Asociación aquí."

⁶ Véase especialmente, G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*; Postgate, *The Builders' Union*, Ohs. III a V; W. H. Warburton, *History of T.U. Organisation in the Potteries* (1931), Ohs. n a IV. Algunos detalles de la "fatalidad" que asoló al N.A.P.L. se encuentran en D. Caradog Morris, "The History of the Labour Movement in England, 1825-51" (tesis doctoral, Londres, 1952).

siguieron adelante. La mayoría de las sociedades y tiendas de principios de los años treinta colapsaron, sólo para renacer en el modelo de Rochdale en unos pocos años. El Labour Exchange o Bazar, en Gray's Inn Road, fue un desastre espectacular. Y, sin embargo, no hay nada totalmente inexplicable en el fermento owenista. Hemos visto cómo artesanos, obreros y sindicalistas tienen cabida en él. Sus elementos milenaristas más inestables proceden en gran medida de dos fuentes: los bienquerientes benévolos y los muy pobres. En primer lugar, el owenismo (puesto que profesaba no ser una doctrina de conflicto de clases ni de expropiación) atrajo hacia sí a un cierto número de caballeros filántropos y clérigos: winianos, cuáqueros, rebeldes intelectuales y chiflados. Algunos de ellos, como el Dr. King y, sobre todo, William Thompson, terrateniente irlandés y autor de *Inquiry into the Distribution of Wealth* (1824), *Labour Rewarded* (1827) y (con Anna Wheeler) *An Appeal of One-Half of the Human Race, Women, against the Pretensions of the Other Half Men, to retain them in Political and then in Civil and Domestic Slavery* (1825), enriquecieron enormemente al movimiento. Otros dieron dinero sin el cual sus experimentos no habrían podido llevarse a cabo. No obstante, en la mayoría de las comunidades existe la figura de uno o varios caballeros malhumorados, cuya inexperiencia en la práctica de cualquier unidad colectiva, y cuyo utópico experimentalismo enfureció a los artesanos owenistas. Declarar que los hombres debían crear un nuevo sistema social era una cosa; declarar que los hombres podían crear el nuevo sistema que quisieran era otra. Un artesano socialista, Allen Davenport, el antiguo Spencean, dejó una imagen un tanto sardónica de la Bolsa de Trabajo de Londres:

798

La opinión pública estaba completamente electrizada por este nuevo y extraordinario movimiento.... La gran sala de asambleas, originalmente acondicionada en el estilo más elegante... el techo estaba magníficamente repujado, y las partes ornamentales ricamente doradas con oro; y con capacidad suficiente para albergar a dos mil individuos. Pero esto... no era suficiente para satisfacer las ideas de belleza del Sr. Owen. Se levantó una espléndida plataforma, sobre la que se colocó un órgano soberbio y majestuoso.... En las noches de fiesta... las avenidas estaban brillantemente iluminadas con costosas lámparas griegas. Se empleaban diez o una docena de instrumentos musicales, y damas y caballeros cantaban al son de los más dulces aires... .

Las fiestas se inauguraron con una breve conferencia sobre el amor social, la caridad universal y las ventajas de la cooperación.

... A la conferencia siguió un concierto, y al concierto un baile. ...

Mientras tanto, todas las avenidas de la Bolsa, durante toda la semana, estuvieron literalmente bloqueadas por la multitud de gente que se reunía constantemente, algunos atraídos por la novedad de la institución, algunos para ver su progreso...; algunos para hacer depósitos y cambios..... Pero, ¡ay! pronto se descubrió que los hermosos billetes de trabajo... . no podían de ninguna manera ser forzados a la circulación general, por lo que el suministro de provisiones falló y un completo fracaso fue el resultado de uno de los movimientos más extraordinarios que jamás se haya intentado en este o en cualquier otro país. Sin embargo, los principios sobre los que se fundó el sistema siguen siendo intachables y deben ser apreciados por el público...

El Owen de este relato es el Owen que Peacock ridiculizó en *Crotchet Castle*. Demasiadas de las empresas owenistas se sobrepasaron a sí mismas y acabaron en este tipo de embrollo de despilfarro, benevolencia y mala planificación. Si Owen fue el mayor propagandista del owenismo, también fue uno de sus peores enemigos. Si la Bolsa de Trabajo se hubiera dejado en manos de hombres como Lovett, el resultado podría haber sido diferente.¹

799

El otro aspecto de esta inestabilidad milenaria llegó, más directamente, del chiliasmo de los pobres. Al igual que en la época de la Revolución Francesa, se produce un renacimiento de los movimientos mesiánicos durante la agitación de la Reform Bill y sus secuelas. Quedaban muchos vástagos del movimiento sudista, cuyas sectas adoptaban ahora formas peculiares y pervertidas² que quizá requieran más atención por parte del psiquiatra que del historiador. Pero cabe señalar tres ejemplos de esta continua inestabilidad milenaria.

El primero es el enorme seguimiento obtenido, entre 1829 y 1836, por un zapatero lisiado, "Sion" Ward, uno de los herederos del manto de Juana. Ward, que había sido un ferviente metodista, se había convencido a sí mismo, mediante acrobacias alegóricas, de que él era el "Siloh" cuyo nacimiento había anunciado la anciana Joanna. Poco después, llegó a creer que él era Cristo (y que antes había sido Satanás), y que toda la Biblia era una profecía alegórica de su anuncio. (El relato de la vida de Cristo en el Nuevo Testamento era un falso informe...) —si el Redentor había venido, "¿por qué no es redimido el hombre?". Lo inusual de la paranoia de Ward (aparte de su solipsismo surrealista) era, en primer lugar, que la apuntalaba con argumentos derivados de Carlile y los deístas; y, en segundo lugar, que dirigía su llamamiento mesiánico hacia la dinámica del radicalismo. Sus seguidores crecieron en Southwark, Hackney, Walworth; en Chatham, Nottingham, Birmingham, Derby, Chesterfield, Leeds—, muchos de estos antiguos bastiones sudistas. En Barns ley arrancó aplausos tempestuosos cuando lanzó un ataque contra todo el clero "que, desde el arzobispo hasta el más insignificante, son perjuros y los falsos profetas mencionados en la Biblia". Esto se convirtió, cada vez más, en la tónica de sus profecías: "¡Sacerdocio detectado! Su derrocamiento proyectado!" El rey debe "quitar los enormes salarios de los obispos y gastar el dinero en el bien público". Lanzó una publicación semanal, *El Tribunal de Cristo* —quizás la única ocasión en la que se ha atribuido a Cristo la dirección editorial semana a semana de una revista popular. A lo largo del verano de 1831 atrajo a enormes audiencias para sus conferencias, llenando a menudo las 2.000

¹ Para Thompson, véase R. Pankhurst, *William Thompson (1054)*. Para los relatos del Latour Exchange, véase R. Podmore, *Robert Owen (1906)*, II; G. D. H. Cole, *Life of Robert Owen (1930)*, pp. 260-6; y Lovett, op. cit., I, pp. 43 y ss. El relato de Davenport aparece en *National Co-operative Leader*, 15 de marzo de 1851.

² Ver T. Fielden, *An Exposition of the Fallacies and Absurdities of that Deluded Church generally known as Christian Israelites or "Johannas"* (1850), para detalles de los misterios "de iniciación y disciplina a manos de la piadosa hermandad: "la mujer coge al hombre por sus partes pudendas mientras en su actitud encorvada sostiene por una mano, y por la otra le da los azotes. "

plazas de la Rotonda de Carlile:

800

N.B. Los escritos del Mesías se venden en la... Rotonda, Blackfriars Road. Predicación en la Rotonda los jueves por la noche a las 7.30 y los domingos por la tarde a las 3.

A principios de 1832 fue declarado culpable de blasfemia en Derby ("Los obispos y el clero son impostores religiosos y, como tales, las leyes de Inglaterra los castigan con penas corporales", un argumento arriesgado) y, junto con otro profeta, fue encarcelado durante dos años. A pesar de la enfermedad y la parálisis parcial, continuó su misión hasta su muerte en 1837.¹

El segundo ejemplo es el del extraordinario "Sir William Courtenay" (o J. N. Tom), que llegó a una sobresaltada Canterbury en 1832, con vestimenta oriental y acompañado de rumores de gran riqueza, recibió 400 votos freak en las Elecciones Generales y, tras ser condenado por perjurio, publicó su *León*, con las opiniones de:

Sir William Courtenay... Rey de Jerusalén, Príncipe de Arabia, Rey de los Gitanos, Defensor de su Rey y de su País . . . ahora en la Cárcel de la Ciudad, Canterbury.

Tom, que era un comerciante de vinos originario del West Country de Joanna Southcott, había sido durante poco tiempo spenciano. Su *Lian* denunciaba por igual a todos los infieles y al clero:

La raíz de todos los males está en la Iglesia.

¡Lucre! ¡iLucre!! ¡iiiLucre!!!

El cielo proteja a la viuda, a los huérfanos y a los desamparados.

Liberado de la cárcel y del manicomio, se fue a vivir a las casas de los campesinos de los pueblos cercanos a Canterbury. En mayo de 1838 empezó a recorrer los pueblos, a caballo y armado con pistolas y una espada, a la cabeza de cincuenta o cien jornaleros, armados con porras. Llevaba una hogaza de pan en un palo bajo una bandera azul y blanca con un león rampante, y se supone que Tom leía a sus seguidores el capítulo V de Santiago:

Id ahora, ricos, llorad y aullad por las miserias que os sobrevendrán.....

He aquí, el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, que os es retenido por fraude, clama: ...

Las mujeres, en particular, creían que tenía poderes milagrosos. Un trabajador dijo más tarde, "amaba a Sir William"

801

Les hablaba de tal manera, y siempre estaba leyendo las Escrituras, que no lo consideraban un hombre común y hubieran muerto alegremente por su causa.

Al igual que Oastler y Stephens en el norte, denunció la Nueva Ley de Pobres como una violación de la ley divina. Finalmente se envió a un estafador para arrestarlo, a quien Courtenay (o Tom) mató. Pero los jornaleros no le abandonaron. Más de cincuenta de ellos se retiraron con él al bosque de Blean, donde en la densa maleza esperaron a los militares. Tom exhibió las huellas de clavos en sus manos y pies, y

¹ G. R. Balleine, *Past Finding Out*, cap. XI; ed. H. B. Hollingsworth, *Zion's Works* (1899), I, págs. 300 ss.; Zion Ward, *A Serious Call: or The Messiah's Address to the People of England* (1831).

anunció que si lo mataban resucitaría:

Este es el día del juicio: el primer día del Milenio —y este día pondré la corona sobre mi cabeza. ¡He aquí, un más grande que Sampson está contigo!

A sus seguidores les prometió tierras, tal vez 50 acres a cada uno. A medida que los soldados se acercaban, hizo sonar una trompeta y dijo que se oía en Jerusalén, donde 10.000 estaban listos para obedecer su orden. Por fin se inició la batalla, quizá la más desesperada en suelo inglés desde 1745. Contra las armas de fuego y las bayonetas, los trabajadores de Kentish sólo tenían cachiporras: "Nunca he visto tanta determinación en mi vida", dijo un testigo: "Nunca vi hombres más furiosos o locos en su ataque contra nosotros en mi vida". Murió un oficial, así como Courtenay y once o doce de sus seguidores. Fue una lista de muertos más alta que la de Pentridge o Peterloo.¹

El asunto de Blean Wood pertenece más a los patrones culturales antiguos que a los nuevos. Fue la última revuelta campesina. Es interesante que los "vociferantes" bryanitas, o cristianos de la Biblia, tuvieran uno de sus bastiones en Kent; y en una época en que el mundo psíquico de los hombres estaba lleno de violentas imágenes del fuego del infierno y del Apocalipsis, y su mundo real lleno de pobreza y opresión, es sorprendente que tales explosiones no fueran más frecuentes. El tercer ejemplo, que nos acerca más al owenismo, es el del extraordinario éxito de la propaganda mormona en los distritos industriales de Inglaterra a finales de las décadas de 1830 y 1840. Miles de conversos fueron bautizados en pocos años, y miles de estos "Santos de los Últimos Días" zarparon de Liverpool a la ciudad de Sión. Los primeros conversos eran "principalmente fabricantes y otros mecánicos... extremadamente pobres, la mayoría de ellos no tenían ni una muda de ropa para bautizarse". Muchos de ellos, a los que se ayudó con dinero para el pasaje, caminaron y empujaron carros de mano todo el camino desde Council Bluffs hasta Salt Lake City.²

802

Todos estos ejemplos sirven para subrayar que es prematuro, en la década de 1830, pensar que el pueblo trabajador inglés estaba totalmente abierto a la ideología laica. La cultura radical que hemos examinado era la cultura de los trabajadores cualificados, de los artesanos y de algunos obreros. Por debajo de esta cultura (o coexistiendo con ella) existían niveles de respuesta más oscuros, de los que los líderes carismáticos como Oastler y O'Connor obtenían parte de su apoyo. (En el movimiento cartista, hombres como Lovett nunca acabaron de encontrar una perspectiva y una estrategia comunes con las "barbillas sin afeitar y las chaquetas fustianas" del norte). La inestabilidad se producía sobre todo cuando los nuevos modelos racionalistas y los metodistas o baptistas de estilo más antiguo entraban en conflicto, o cuando entraban en conflicto dentro de la misma mente. Pero, mientras que el disenso y el racionalismo

¹ P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood* (1961), pp. 4, 96; *An Account of the Desperate Affray in Blean Wood* (Faversham, 1838); *Essay on the Character of Str William Courtenay* (Canterbury, 1833); *The Lion*, 6 y 27 de abril de 1833; *Globe*, 1 de junio, a Agosto de 1838.

² Véase Armytage, op. cit., Parte III, Cap. 7, "Liverpool: Gateway to Zion".

parecen haber ordenado y domesticado el carácter del artesano sureño, en aquellas partes donde el patrón metodista fue dominante durante las Guerras, las energías emocionales parecen haber sido almacenadas o reprimidas. Si en cualquier momento de los años treinta se hurgaba en la cultura obrera del norte, la pasión parecía brotar del suelo.

De ahí que el owenismo recogiera también parte de esta pasión. Con Owen y sus conferenciantes profetizando que "la prosperidad quedaría suelta", era inevitable que reunieran a su alrededor a los Hijos de Israel. El anhelo comunitario revivió, y el lenguaje de la racionalidad se tradujo en el de la fraternidad. Como en todas estas fases de efervescencia, también revivió el antinomianismo, con sus equivalentes místicos de las nociones seculares de liberación sexual sostenidas entre algunos comunitaristas owenitas: "Si os amáis unos a otros", decía Zion Ward a los jóvenes en sus "capillas", "juntaos en cualquier momento sin ninguna ley ni ceremonia". (Ward también tenía un plan para una Colonia de Tierra, "donde aquellos que estén dispuestos a dejar el mundo puedan vivir juntos como una sola familia"). Además, para los pobres, el owenismo tocaba una de sus respuestas más profundas: el sueño de que, de alguna manera, por algún milagro, podrían volver a tener *alguna participación en la tierra*.

803

Uno tiene la sensación de que, en la década de 1830, muchos ingleses sentían que la estructura del capitalismo industrial se había construido sólo en parte, y que el tejado aún no se había colocado sobre la estructura. El owenismo era sólo uno de los gigantescos, pero efímeros, impulsos que captaban el entusiasmo de las masas, presentando la visión de una estructura bastante diferente que podría construirse en cuestión de años o meses si tan sólo la gente estuviera lo suficientemente unida y decidida. Ha crecido un espíritu de combinación, escribía Bronterre O'Brien en 1833, cuyo objeto:

es la más sublime que pueda concebirse, a saber: establecer para las clases productivas un dominio completo sobre los frutos de su propia industria. ... Las clases trabajadoras contemplan un cambio total en la sociedad, un cambio que equivale a una subversión completa del "orden del mundo" existente. Aspiran a estar en la cima en lugar de en la base de la sociedad, o más bien a que no haya ni base ni cima¹.

Es fácil, en retrospectiva, ver este espíritu como ingenuo o "utópico". Pero no hay nada en él que nos dé derecho a considerarlo con superioridad académica. Los pobres eran desesperadamente pobres, y las perspectivas de una comunidad en la que pudieran no sólo combinar la cultura intelectual con las actividades atléticas de Grecia y Roma, sino también *comer*, eran atractivas. Además, existía esta importante diferencia entre el owenismo y los credos anteriores que cobraban ímpetu milenarista. Con los owenistas el Milenio no iba a llegar, iba a *hacerse*, por sus propios esfuerzos.

Y aquí es donde podemos reunir todas las líneas del Owenismo: los artesanos, con

¹ *Poor Man's Guardian*, 19 de octubre de 1833. Véase M. Morris, *From Cobbett to the Chartists* (1948), p. 87.

sus sueños de cortocircuitar la economía de mercado; los obreros cualificados, con su empuje hacia el sindicalismo general; la nobleza filantrópica, con su deseo de una sociedad racional y planificada; los pobres, con su sueño de tierra o de Sión; los tejedores, con sus esperanzas de autoempleo; y todos ellos, con su imagen de una comunidad fraternal equitativa, en la que la ayuda mutua sustituiría a la agresión y la competencia. Maurice escribió en 1838:

Cuando los pobres hombres dicen: "nosotros también reconoceremos que las circunstancias lo son todo en todo, desecharemos cualquier creencia en lo que es invisible, este mundo será el único hogar en el que moraremos", el lenguaje puede apabullar a todos los que escuchan.... Sin embargo, es el "lo haremos" ... que imparte a las secas astillas de la teoría del Sr. Owen la apariencia de vitalidad.¹

804

Este "lo haremos" es una prueba de que los trabajadores se acercaban a la madurez, tomando conciencia de sus propios intereses y aspiraciones como clase. No había nada irracional ni mesiánico en que ofrecieran una crítica del capitalismo como sistema, ni en que proyectaran ideas "utópicas" de un sistema alternativo y más racional. No era Owen quien estaba "loco", sino, desde el punto de vista de los trabajadores, un sistema social en el que el vapor y la nueva maquinaria evidentemente desplazaban y degradaban a los trabajadores, y en el que los mercados podían estar "saciados" mientras el tejedor sin herraduras estaba sentado en su telar y el zapatero en su taller sin abrigo a la espalda. Estos hombres sabían por su experiencia que Owen estaba cuerdo cuando decía eso:

... la organización actual de la sociedad es la más antisocial, impolítica e irracional que pueda concebirse; que bajo su influencia todas las cualidades superiores y valiosas de la naturaleza humana son reprimidas desde la infancia, y que se utilizan los medios más antinaturales para sacar a la luz las propensiones más perjudiciales.²

Lejos de ser retrógrada en su perspectiva, el owenismo fue la primera de las grandes doctrinas sociales que se apoderó de la imaginación de las masas en este período, que comenzó con la aceptación de los poderes productivos ampliados del vapor y el molino. Lo que estaba en juego no era tanto la máquina como el afán de lucro; no el tamaño de la empresa industrial, sino el control del capital social que la sustentaba. Los artesanos de la construcción y los pequeños maestros, que resentían que el control y la mayor parte de los beneficios pasasen a manos de los maestros constructores o contratistas, no suponían que la solución residiese en una multitud de pequeños empresarios³. Es irónico que un movimiento que a veces se supone que ha extraído gran parte de su fuerza de los "pequeños burgueses" haya hecho más intentos serios de ser pionero en nuevas formas de vida comunitaria que ningún otro en nuestra historia. "Todo el fervor y la seriedad de las primeras Sociedades Co-operativas", escribió Holyoake muchos años después, "era ... sobre la vida comunista. Los

¹ F. D. Maurice, *The Kingdom of Christ*, citado en Arniytage, op. cit, p. 85.

² Owen, op. cit, p. 269.

³ Ver Postgate, op. cit, pp. 72-3.

'socialistas' ... esperaban a fundar voluntarias, autosuficientes, ciudades industriales autocontroladas, en el que la riqueza creada debía repartirse equitativamente entre todos aquellos cuyo trabajo la produjera¹. Los que sólo ven en el fracaso de estos experimentos una prueba de su insensatez tal vez estén demasiado seguros de que la "historia" ha demostrado que son un callejón sin salida.

805

Lo que era irracional en el owenismo (o "utópico" en su significado peyorativo común) era la impaciencia de la propaganda, la fe en la multiplicación de la razón mediante conferencias y tratados, la inadecuada atención a los medios. Por encima de todo, estaba la fatal evasión de Owen de las realidades del poder político, y su intento de eludir la cuestión de los derechos de propiedad. El socialismo co-operativo debía simplemente desplazar al capitalismo, sin dolor y sin ningún encuentro, mediante el ejemplo, la educación y creciendo dentro de él desde sus propias aldeas, talleres y tiendas. La co-operación no tiene 'tendencia *niveladora*', se esforzaba por asegurar *The Economist* a sus lectores. Su propósito era "*elevar a todos*"; su riqueza no se tomaría de los poseedores existentes sino que sería "*riqueza recién producida*".² No venimos aquí... como niveladores", declaró un clérigo de Warrington: "No venimos aquí a privar a ningún ser humano de ninguna de sus propiedades".³ En 1834, en el punto más avanzado del movimiento owenista, una "Carta de los Derechos de la Humanidad" declaraba:

La propiedad actual de todos los individuos, adquirida y poseída por los usos y prácticas de la sociedad antigua, debe mantenerse sagrada hasta que... ya no pueda tener ningún uso o valor intercambiable...⁴

Esta era la debilidad viciada del owenismo. Incluso el pequeño grupo de filántropos spenceanos, al final de las guerras, pudo ver que el socialismo implicaba la expropiación de los grandes terratenientes. "Es infantil", había escrito Spence en su *Restorer of Society to its Natural State* (1800):

... esperar volver a ver pequeñas granjas, o ver otra cosa que no sea la máxima jodienda y molienda de los pobres, hasta que se derribe por completo el actual sistema de propiedad de la tierra. Porque ahora se han metido más de lleno en el espíritu y el poder de la opresión de lo que nunca antes se había conocido. Por lo tanto, cualquier cosa que no sea la Destrucción total del poder de estos Sansones no servirá... nada menos que la Exterminación completa del sistema actual de posesión de la Tierra... traerá al Mundo de nuevo a un estado en el que valga la pena vivir.

Esto fue lo que despertó la furia particular de los gobernantes británicos, que sostuvieron al apacible Thomas Evans, autor de *Política cristiana*, sin juicio durante un año, en un momento en que lord Sidmouth discutía las propuestas del ilustrado señor Owen. En ese año, uno de los últimos Spenceans, un sastre de color llamado Robert Wedderburn, promovió una pequeña revista mal impresa; *The "Forlorn Hope"*:

1

2

³ Véase S. Pollard, op. cit., p. 90. *2 Economist*, 11 de agosto de 1821.

⁴ A. E. Musson, op. cit., p. 126. * O'Brien, op. cit., p. 437.

El Sr. Owen... descubrirá que las clases bajas están bastante convencidas de que es un instrumento de los terratenientes y los ministros...¹

Los spenceanos y los viejos radicales de 1817 demostraron estar equivocados en su estimación de Owen; y la ocupación previa de Spence y Evans con el socialismo agrario era inadecuada para la Inglaterra industrial. Pero los spenceanos estaban al menos dispuestos a plantear los problemas de la propiedad y el poder de clase.

Fue porque Owen se negó a mirar de frente a ninguno de los dos, que pudo permanecer bastante indiferente al Radicalismo político, y conducir al movimiento frecuentemente por caminos ilusorios. Durante años, el movimiento cooperativo continuó con esta coexistencia de filántropos y radicales de la clase obrera. Para 1832, sin embargo, hombres como Hetherington, O'Brien y James Watson tenían un énfasis bastante diferente y rechazaban el rechazo de Owen a todos los medios políticos. El owenismo fue siempre para ellos una gran influencia constructiva. Habían aprendido de él a ver el capitalismo, no como una colección de acontecimientos discretos, sino como un *sistema*. Habían aprendido a proyectar un sistema alternativo y utópico de mutualidad. Habían superado la nostalgia de Cobbett por un mundo más antiguo y habían adquirido la confianza necesaria para planificar el nuevo. Comprendían la importancia de la educación y la fuerza del condicionamiento mental del entorno. En habían aprendido, de Thompson y Anna Wheeler, a reivindicar nuevos derechos para las mujeres. A partir de entonces, nada en la sociedad capitalista parecía *dado* e inevitable, producto de la ley "natural". Todo esto está expresado en el Testamento de Henry Hetherington:

Éstos son mis puntos de vista y mis sentimientos al abandonar una existencia que se ha visto salpicada por las plagas y los placeres de un sistema competitivo, revuelto y egoísta; un sistema por el cual las aspiraciones morales y sociales de los seres humanos más nobles se ven anuladas por el trabajo incesante y las privaciones físicas; por el cual, de hecho, todos los hombres son entrenados para ser esclavos, hipócritas o criminales. De ahí mi ardiente adhesión a los principios de ese gran y buen hombre que es ROBERT OWEN.

V. "UNA ESPECIE DE MÁQUINA"

"El daño actual que estos dos hombres [Owen y Hodgskin] han hecho en algunos aspectos es incalculable", señalaba Francis Place². Y en este punto se han alcanzado los límites de este estudio; porque hay un sentido en el que la clase obrera ya no está en ciernes, sino que se ha hecho. Traspasar el umbral, de 1832 a 1833, es adentrarse en un mundo en el que la presencia de la clase obrera puede sentirse en todos los

¹ *The "Forlorn Hope", or a Call to the Supine*, 4 y 11 de octubre de 1817.

² Add. MSS. 27.791 f. 270.

condados de Inglaterra y en la mayoría de los ámbitos de la vida.

La nueva conciencia de clase de los trabajadores puede ser desde dos puntos de vista. Por un lado, existía una conciencia de la identidad de intereses entre los trabajadores de las más diversas ocupaciones y niveles de logro, que se plasmó en muchas formas institucionales, y que se expresó a una escala sin precedentes en el sindicalismo general de 1830-4. Esta conciencia y estas instituciones sólo se encontraban de forma fragmentaria en la Inglaterra de 1780. Esta conciencia y estas instituciones sólo se encontraban de forma fragmentaria en la Inglaterra de 1780.

Por otra parte, existía una conciencia de la identidad de los intereses de la clase obrera, o "clases productivas", *frente a* los de otras clases; y en ella maduraba la reivindicación de un *sistema* alternativo. Pero la definición final de esta conciencia de clase fue, en gran parte, consecuencia de la respuesta a la fuerza obrera de la clase media. La línea se trazó, con sumo cuidado, en las calificaciones del sufragio de 1832. Había sido una característica peculiar del desarrollo inglés que, donde esperaríamos encontrar un creciente movimiento reformista de la clase media, con una cola de la clase obrera, sucedido más tarde por una agitación independiente de la clase obrera, de hecho este proceso se invirtió. El ejemplo de la Revolución Francesa había iniciado tres procesos simultáneos: a pánico contrarrevolucionario respuesta contrarrevolucionaria por parte de la aristocracia terrateniente y comercial; un repliegue por parte de la burguesía industrial y una acomodación (en términos favorables) al *statu quo*, y una rápida radicalización del movimiento reformista popular hasta la revolución jacobina. jacobino jacobinos que eran duros lo suficientemente para de sobrevivir a las guerras eran, en su mayoría, pequeños propietarios, artesanos, ganaderos y otros trabajadores. Los veinticinco años posteriores a 1795 pueden considerarse los años de la "larga contrarrevolución"; e inconsecuentemente el movimiento radical siguió siendo en gran parte de carácter obrero, con un "populismo" democrático avanzado como teoría. Pero el triunfo de semejante movimiento no fue bien recibido por los propietarios de molinos, los amos del hierro y los fabricantes. De ahí la ideología peculiarmente representativa y antiigualitaria de las clases medias inglesas (Godwin dando paso a Bentham, Bentham dando paso a Malthus, M'Culloch y el Dr. Ure, y éstos dando lugar a Baines, Macaulay y Edwin Chadwick). De ahí también el hecho de que la medida más suave de reforma, para hacer frente a las evidentes irracionalidades de la vieja corrupción, se *retrasara* en realidad, por la resistencia del viejo orden, por un lado, y la timidez de los fabricantes, por el otro.

808

La crisis de la Ley de Reforma de 1832 —o, para ser más exactos, las sucesivas crisis desde principios de 1831 hasta los "días de mayo" de 1832— ilustra estas tesis en casi todos sus puntos. La agitación surgió del "pueblo" y rápidamente mostró el más asombroso consenso de opinión en cuanto a la imperiosa necesidad de la "reforma". Desde un punto de vista, Inglaterra atravesaba sin duda en esos doce meses una crisis en la que la revolución era posible. La rapidez con que se extendió la

agitación indica hasta qué punto la experiencia en todo tipo de agitación constitucional y cuasi-legal estaba presente entre el pueblo:

La forma sistemática en que procedió el pueblo, su firme perseverancia, su actividad y habilidad asombraron a los enemigos de la reforma. Se celebraron reuniones de casi todo tipo de personas en ciudades, pueblos y parroquias; de comerciantes oficiales en sus clubes, y de obreros comunes que no tenían clubes comerciales ni asociaciones de ningún tipo....

Así escribió Place sobre el otoño de 1830, añadiendo (de febrero de 1831):

... sin embargo, no había ni la más mínima comunicación entre lugares de la misma vecindad; cada porción del pueblo parecía entender lo que debía hacerse.¹

"La gran mayoría" de los que asistieron a las hinchadas manifestaciones, se quejó el Secretario privado del Rey en marzo de 1831 a Grey, "son de la clase más baja". Las enormes manifestaciones, que superaron las 100.000 personas en Birmingham... y Londres, en otoño de 1831 y mayo de 1832, estaban compuestas en su mayoría por artesanos y obreros².

809

"Nosotros no causamos el entusiasmo por la reforma", escribió Grey un poco malhumorado al Rey, en marzo de 1831: "La encontramos en pleno vigor cuando llegamos al poder". Y, visto desde otro aspecto, podemos ver por qué a lo largo de estos meses de crisis una revolución era de hecho improbable. La razón hay que buscarla en la propia fuerza del movimiento radical de la clase obrera; la habilidad con la que los líderes de la clase media, Brougham, *The Times*, el *Leeds Mercury*, utilizaron esta amenaza de la fuerza de la clase obrera y negociaron una línea de retirada aceptable para todos, excepto para los defensores más acérrimos del *ancien régime*; y la conciencia por parte de los whigs y los tories menos intransigentes de que, aunque Brougham y Baines sólo les estaban chantajeando, si no se llegaba a un compromiso, los reformistas de clase media ya no podrían contener la agitación a sus espaldas.

La burguesía industrial deseaba, con el alma y el corazón, que no se produjera una revolución, pues sabía que el mismo día de su comienzo se produciría un dramático proceso de radicalización, en el que los líderes huntistas, sindicalistas y owenistas contarían con un apoyo creciente en casi todos los centros manufactureros. "Las amenazas de una 'revolución' son empleadas por las clases medias y los pequeños amos", escribió el *Poor Man's Guardian*. Pero

una revolución violenta no sólo está más allá de los medios de quienes la amenazan, sino que es para ellos su mayor objeto de alarma; porque saben que tal revolución sólo puede ser llevada a cabo por los millones de pobres y despreciados, quienes, si se animan a dar el paso, podrían utilizarlo para su propio beneficio, así como para el de ellos mismos, que de este modo... verían en peligro sus queridos derechos de propiedad; tened

¹ Añadir. MSS. 27.789. Para un ejemplo de esta facilidad en la organización espontánea, Ver Prentice, op. cit., pp. 408-10.

² Ver Jephson, *La Plataforma*, II, Cap, XV.

por seguro que una revolución violenta es su mayor temor.¹

Los reformistas de clase media lucharon hábilmente en ambos frentes. Por un lado, *The Times* se presentó como el verdadero organizador de la agitación de masas: "Confiamos en que no haya condado, ciudad o pueblo en el Reino Unido que no se reúna y pida una reforma... Incluso instaba al pueblo "al solemne deber de constituirse en sociedades políticas en todo el reino". Apoyó —como lo hizo Edward Baines, ante multitudes enfervorizadas, en Leeds— medidas coercitivas que conducían directamente a la revolución: el asalto a los bancos, la negativa a pagar impuestos, y el armamento de los miembros de las Uniones Políticas. Por otra parte, los disturbios de Nottingham, Derby y Bristol en octubre de 1831 subrayaron la doble función de las Uniones Políticas según el modelo de Birmingham:

810

Estas Uniones debían ser para la promoción de la causa de la reforma, para la protección de la vida y la propiedad contra los ultrajes detallados pero irregulares de la turba, así como para el mantenimiento de *otros* grandes intereses contra las violencias sistemáticas de una oligarquía.²

Estos incendiarios de clase media llevaban en sus mochilas una porra especial de alguacil. Hubo ocasiones en que los propios tories esperaban ser más listos que ellos, alentando al movimiento reformista independiente de la clase obrera a manifestarse de una forma tan alarmante que Brougham y Baines corrieran a la Vieja Corrupción en busca de protección. Cuando la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras propuso convocar una manifestación en Londres a favor del sufragio masculino, y en resistencia al Proyecto de Reforma Whig, el propio Rey escribió (4 de noviembre de 1831):

A Su Majestad no le disgusta en absoluto que las medidas contempladas por la reunión en cuestión sean tan violentas y.... objetables, ya que confía en que la manifestación de tales intenciones y propósitos pueda brindar la oportunidad... de frenar el progreso de las Uniones Políticas.³

En todo el país, los reformistas de clase media y de clase obrera maniobraron por el control del movimiento. En las primeras etapas, hasta el verano de 1831, los radicales de clase media tenían la ventaja. Siete años antes, Wooler había cerrado el *Enano Negro* con un discurso final tristemente desilusionado. No había (en 1824) un "público devotamente unido a la causa de la reforma parlamentaria". Donde antes cientos y miles de personas habían clamado por la reforma, ahora le parecía que sólo habían "clamado por pan"; los oradores y periodistas de 1816-20 sólo habían sido "burbujas arrojadas en la fermentación de la sociedad".⁴ Muchos de los líderes de la clase obrera de finales de la década de 1820 compartían su desilusión y aceptaron la

¹ 1 de octubre de 1831.

² *The Times*, 1 de diciembre de 1830, 27 de octubre de 1831; véase Jephson, op. cit., II, pp. 69, 107. Durante los disturbios de Bristol, las autoridades se vieron obligadas a llamar a los líderes de la Bristol Political Union para restablecer el orden. Véase *Bristol Mercury*, 1 de noviembre de 1831; Prentice, op. cit., p. 401.

³ Citado en Jephson, op. cit., II, p. 1 ri. De hecho, la manifestación de la Unión Nacional fue declarada sediciosa y prohibida. Era un riesgo demasiado grande para correr.

⁴ Discurso final, prefacio de *Black Dwarf*, XII (1824).

postura antipolítica de su maestro, Owen. No fue hasta el verano de 1830, con la "revuelta" de los trabajadores rurales y la Revolución de Julio en Francia, cuando la marea del interés popular empezó a volver a la agitación política. Y a partir de entonces, la resistencia insanablemente obstinada de los acérrimos (el duque de Wellington, los lores, los obispos) a *cualquier* medida de reforma dictó una estrategia (que fue explotada al máximo por los radicales de clase media) por la que la agitación popular se puso detrás de Grey y Russell, y en apoyo de un proyecto de ley del que la mayoría no tenía nada que ganar.

811

Así se rompió la configuración de fuerzas de 1816-20 (y, de hecho, de 1791-4), en la que la demanda popular de Reforma se identificaba con la plataforma de sufragio masculino del mayor Cartwright. "Si alguien supone que esta reforma conducirá a medidas ulteriores", declaró Grey en la Cámara en noviembre de 1831:

se equivocan, pues no hay nadie más decidido que yo contra los parlamentos anuales, el sufragio universal y la votación. Mi objetivo no es favorecer, sino poner fin a tales esperanzas y proyectos.

Esto lo vieron con suficiente claridad los radicales más antiguos, la mayoría de cuyos elocuentes portavoces despreciaron el proyecto de ley whig hasta los últimos "días de mayo". "No le importaba", declaró un radical de Macclesfield, "si era gobernado por un burgomaestre, un putero o un quesero, si el sistema de monopolio y corrupción iba a seguir manteniéndose".¹ Hunt, desde su puesto de diputado por Preston (1830-2), mantuvo las mismas propuestas, en un lenguaje ligeramente más decoroso. George Edmonds, el ingenioso y valiente maestro de escuela radical, que había presidido la primera gran manifestación de posguerra de Birmingham en Newhall Hill (enero de 1817), declaró:

No soy propietario de una casa. Puedo, a empujones, ser poseedor de un mosquete. George Edmonds desprecia el "nada más que el proyecto de ley", excepto como el primero en cortar al ladrón nacional.²

812

Esta era también la postura de la élite de artesanos radicales de Londres, inscritos en la Unión Nacional de Clases Obreras y Otros, cuyos debates semanales en la Rotunda en 1831 y 1832 se recogieron en *Poor Man's Guardian* de Hetherington — sin duda el mejor semanario obrero que se había publicado (hasta entonces) en Gran Bretaña. A los debates asistieron el propio Hetherington (cuando no estaba en la cárcel), William Lovett, James Watson, John Gast, el brillante y malogrado Julian Hibbert, y el viejo William Benbow (antiguo colega de Bamford y Mitchell), que ahora impulsaba su propuesta de una "Gran Fiesta Nacional", o huelga general de un mes, en el curso de la cual las clases productivas asumirían el control del gobierno y los recursos de la nación.³ Los debates giraron cada vez más en torno a la definición de clase. William

¹ *Poor Man's Guardian*, 10 de diciembre de 1831.

² G. Edmonds, *The English Revolution* (1831), p. 5. Edmonds participó activamente en el movimiento cartista.

³ Véase A. J. C. Ritzer, "Benbow's Grand National Holiday", *Revista Internacional de Historia Social* (Leiden), I, 1936, pp. 217 y ss.

Carpenter, que compartió con Hetherington el honor de iniciar la lucha por la prensa "sin sellos", ofreció una opinión discrepante. El proyecto de ley de los whigs debía ser apoyado como una "cuña". Se quejó de que el *Poor Man's Guardian* utilizara las palabras "middle men" y "middle class" como "términos convertibles", mientras que las clases medias "no sólo *no son* una clase de personas con intereses diferentes a los suyos. Son la *misma* clase; son, en términos generales, hombres *que trabajan o laboran*"¹. Durante toda la crisis continuó la controversia. Tras la aprobación del proyecto de ley, el *Poor Man's Guardian* recogió su conclusión:

Los promotores de la Ley de Reforma la proyectaron, no con vistas a subvertir, ni siquiera a remodelar nuestras instituciones aristocráticas, sino a solidificarlas mediante un refuerzo de la subaristocracia procedente de las clases medias.... La única diferencia entre los Whigs y los Tories es ésta: los Whigs darían la sombra para preservar la sustancia; los Tories no darían la sombra, porque estúpidos como son, los millones no se detendrán en las sombras sino que avanzarán hacia las realidades.²

Es problemático hasta qué punto las Owenidades militantes de la Rotonda representaban a un cuerpo masivo de la opinión de la clase obrera. Comenzaron representando sólo a la intelligentsia de los artesanos. Pero ganaron influencia rápidamente; en octubre de 1831 fueron capaces de organizar una manifestación masiva, quizás de 70.000 personas, muchas de ellas con los pañuelos blancos emblemáticos del sufragio masculino; quizás 100.000 se unieron a sus manifestaciones contra el Ayuno Nacional en marzo de 1832. Place consideraba que los rotundistas (a muchos de los cuales tachaba de "atroces") constituían la mayor de las amenazas para la estrategia de la clase media, y gran parte de su historia manuscrita de la crisis del Reform Bill (en la que los historiadores han confiado demasiado) está dedicada a las maniobras sin escrúpulos con las que intentó limitar su influencia y desplazarla por la de su rival National Political Union. El propio duque de Wellington veía la contienda como una entre el Establishment y la Rotonda, a los que comparaba con dos ejércitos "*en presencia*". Confundía mucho a su mente militar reflexionar que no podía colocar ningún río entre los ejércitos, con centinelas y puestos adecuados en los puentes. El enemigo estaba instalado en puntos sensibles dentro de su propio campo.³

813

La procesión de octubre de 1831, sin embargo, estaba compuesta principalmente (al parecer) por "comerciantes y artesanos superiores". Y aunque el número de personas convocadas era impresionante, no estaba a la altura de las manifestaciones,

¹ W. Carpenter, *An Address to the Working Classes on the Reform Bill* (octubre de 1831) Véase también la polémica subsiguiente en el *Poor Man's Guardian*.

² *Poor Man's Guardian*, 25 de octubre de 1832; véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, p. 258.

³ Véase J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill* (1914), pp. 292-3, 350; Add. MSS., 27.791 51; Memorandum on "Measures to be taken to put an End to the Seditious Meetings at the Rotunda", *Wellington Despatches*, segunda serie (1878), VII, p. 353.

aún mayores, de Birming Ham, con una población más reducida. Parece que, aunque los artesanos londinenses habían conseguido por fin crear una dirección cohesionada y muy articulada, seguía habiendo un gran abismo entre ellos y la masa de trabajadores londinenses y los obreros de los oficios deshonorosos. (Este problema se repetiría una y otra vez en la historia del cartismo londinense.) La posición fue caricaturizada en las páginas de un panfleto alarmista y difamatorio de Edward Gibbon Wakefield. Consideraba a los rotundistas como "desesperados" e idealistas, cuyo peligro residía en que podían desatar las energías destructivas de las clases criminales, "los desamparados de la sociedad", que se hacinaban en las callejuelas y callejones de Orchard Street, Westminster o Whitechapel. Aquí se encontraban los miles de impolíticos (pero peligrosos) "vendedores ambulantes, pastores, matarifes de ganado, mercachifles, traficantes de cadáveres y carne de perro, canallas, ladrilleros, deshollinadores, noctámbulos, carroñeros, etc.". Su actitud hacia los socialistas owenistas de la Rotonda era ambigua. Por un lado, eran en su mayoría "hombres sobrios, que se mantienen gracias a la industria", hombres claramente diferenciados de las clases peligrosas por su talento superior. Por otro lado, muchos de ellos eran "solteros sueltos que viven aquí y allá en alojamientos, que podrían incendiar Londres sin preocuparse por los seres indefensos de sus hogares":

814

En sus modales son más amables que bruscos; pero si tocas a uno de ellos en su punto más delicado —sólo di que crees que el estímulo de la competición es indispensable para la producción de riqueza—, se apartará de ti con desprecio o... te dirá, con ojos brillantes, que el Gobierno te paga para que digas tonterías. Cualquier cosa parecida a un compromiso es lo que les molesta incluso más que una oposición decidida.

Muchos, dijo (con cierta verdad), "van provistos de armas":

Si se produjera una insurrección del populacho londinense, se les encontraría en los puestos más peligrosos, dirigiendo a los ladrones y a la chusma, indicando las medidas más eficaces y muriendo, si la suerte cayera sobre ellos, con gritos de desafío.

"Estos serán los combatientes de nuestra revolución, si es que debemos tener una."¹

La imagen está sobredimensionada, pero no carece por completo de verdad². El peligro, desde el punto de vista de la autoridad (ya fuera whig o tory), residía en una posible conjunción entre los socialistas artesanos y las "clases criminales". Pero las masas no cualificadas de Londres vivían en un mundo distinto al de los artesanos: un mundo de extrema penuria, analfabetismo, desmoralización muy extendida y enfermedades, que se vio agravado por el brote de cólera del invierno de 1831-1832. Aquí tenemos todos los problemas clásicos, el mano a la boca inseguridad, de la ciudad metropolitana repleta de inmigrantes en un periodo de rápido crecimiento demográfico³.

¹ E. G. Wakefield, *Householders in Danger from the Populace* (n.d. octubre de 1831 ?).

² Mientras Lovett y su círculo creían en la máxima presión sin recurrir a la fuerza física (y mantenían algunas relaciones con Place), otros, entre ellos Benbow y Hibbert, se preparaban para una lucha armada.

³ Resulta interesante especular hasta qué punto las frecuentes afirmaciones de Place sobre la mejora de los modales y la moral de la población londinense expresaban la verdad, o simplemente el creciente abismo entre los artesanos y

Los no cualificados no tenían portavoces ni organizaciones (aparte de las sociedades de socorros mutuos). Era tan probable que siguieran el ejemplo de un caballero como el de un artesano. Y, sin embargo, la gravedad de la crisis política que comenzó en octubre de 1831 fue suficiente para agrietar la costra de fatalismo, deferencia y necesidad en la que estaban encerradas sus vidas. Los disturbios de aquel mes en Derby, el saqueo del castillo de Nottingham, los intensos disturbios de Bristol, todo era indicativo de una profunda perturbación en los cimientos de la sociedad, que los observadores esperaban ansiosamente que fuera seguida por el levantamiento del East End londinense.

815

La Unión Política de Birmingham era un modelo aceptable, que *el propio The Times* podía elogiar, porque el contexto industrial local favorecía un movimiento reformista de masas que aún permanecía firmemente bajo el control de la clase media. La historia del radicalismo de Birmingham es significativamente diferente de la de las Midlands septentrionales y del norte. En sus pequeñas industrias no había base para el ludismo, y el "padre" de los sindicatos políticos, Thomas Attwood, adquirió relevancia pública por primera vez cuando dirigió, en 1812, una agitación unida de los maestros y artesanos contra las Órdenes del Consejo. No cabe duda de que hubo grupos de radicales de "fuerza física" en el Black Country en 1817-20, pero —ya fuera por buena suerte o por buen juicio— nunca se vieron expuestos por un movimiento tan laborioso como los asuntos de Pentridge y Grange Moor.¹ Como ha demostrado el profesor Briggs, Thomas Attwood fue capaz en 1830 de "armonizar y unir" los diversos "materiales de descontento" porque la Revolución Industrial en Birmingham había "multiplicado el número de unidades productoras en lugar de aumentar la escala de las empresas existentes". La maquinaria había desplazado poco a la mano de obra cualificada; los numerosos talleres pequeños hacían que los gradientes sociales fueran más suaves, y el artesano aún podía ascender a la categoría de pequeño maestro; en tiempos de recesión económica, los maestros y los oficiales se veían afectados por igual.² Por lo tanto, el antagonismo de clase estaba más atenuado que en Manchester, Newcastle y Leeds. A lo largo de la crisis de la Ley de Reforma, Attwood controló el sindicato de Birmingham con "tal muestra de buena voluntad" (recordaría más tarde O'Brien) "que los operarios de Brummagem parecían creer realmente que estarían

los no cualificados, el estrechamiento del propio círculo de experiencia de Place y el desplazamiento de la pobreza desde el centro de la ciudad hacia el este y el sur. Sobre todo el problema del crecimiento y la desmoralización metropolitanos (y su fundamento "biológico"), véase L. Chevalier, *Classes Laborieuses et Classes Dangereuses a Paris Pendant La Premiire Moitié Du XIX Siicle* (París, 1958), que sugiere muchas nuevas líneas de investigación sobre las condiciones de Londres.

¹ Es difícil descartar el relato circunstancial de Oliver sobre los contactos en Birmingham (narración en H.O. 40.9). Véanse también las pruebas en H.O. 40.3 y 6.

² Véase el airado comentario de Cobbett: "¿Imagináis que los grandes fabricantes, comerciantes y banqueros claman por una REFORMA porque se han convertido al amor por *el derecho popular*? [Las causas financieras] les han hecho aumentar sus salarios; éstos no pueden pagarlos y *pagan también los diezmos y los impuestos*. Por lo tanto, son *reformadores*; por lo tanto, echan sus lujuriosos brazos alrededor de la cintura de la Diosa": *Registro Político*, 17 de octubre de 1831.

virtualmente, aunque no realmente, representados en el parlamento 'reformado". Y, en un tributo impresionante de un crítico tan severo, O'Brien añadió:

816

A este organismo, más que a ningún otro, se le debe el triunfo (tal como fue) de la Ley de Reforma. Sus procedimientos bien ordenados, su amplia organización y las inmensas reuniones de personas en períodos críticos de su progreso, hicieron que la medida fuera irresistible.¹

En centros como Leeds, Manchester y Nottingham, la posición de los reformistas de clase media era mucho más incómoda. En Manchester (al igual que en Londres) coexistieron sindicatos políticos rivales, y a partir de octubre de 1831 el sindicato *manhood suffrage Union* se puso en marcha. En Bolton, ese mismo mes, el rechazo del proyecto de ley por la Cámara de los Lores provocó una escisión en la Unión Política, y la sección más numerosa (sufragio masculino) organizó una manifestación de 6.000 personas bajo las pancartas "¡Abajo los obispos! "Abajo los obispos", "¡No a los Pares!"² En las Midlands y el norte, estos incidentes se repitieron docenas de veces. En enero de 1832, Doherty escribió: "Entra en cualquier callejuela o casa pública donde se reúnan varios obreros":

y escuchar, durante diez minutos, la conversación... En al menos siete de cada diez casos, los temas de debate versarán sobre la terrible cuestión de *si sería más ventajoso atacar las vidas o las propiedades de los ricos?*³

De hecho, en el invierno de 1831-2, el ridículo vertido sobre el proyecto de ley y sobre sus procedimientos concomitantes en el *Poor Man's Guardian* adquiere un aire un tanto académico. No cabe duda de que los rotundistas tenían razón al calificar el proyecto de ley de trampa (y de traición al movimiento radical). Pero la obstinación casi neolítica con la que la vieja corrupción se resistía a *cualquier* reforma condujo a una situación en la que la nación entró, rápidamente y sin premeditación, en el umbral de la revolución. Tardíamente, el *Poor Man's Guardian* ajustó sus tácticas, publicando como suplemento especial extractos de las *Instrucciones defensivas para el pueblo* del coronel Macerone (un manual de lucha callejera).⁴ Durante los "once días de aprensión y agitación de Inglaterra" que precedieron a la aprobación final del proyecto de ley en los Lores en mayo, Francis Place contuvo la respiración. La noche del día en que se aprobó, volvió a casa y anotó:

817

Estuvimos a punto de sufrir una rebelión general, y si el duque de Wellington hubiera podido formar una administración, la Cosa y el pueblo habrían estado en desacuerdo.

Habría habido "barricadas en las principales ciudades, deteniendo la circulación del

¹ *Destructive*, 2 de febrero y 9 de marzo de 1833; A. Briggs, "The Background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities", *Camb. Hist. Journal*, 1952, p. 293, y *The Age of Improvement*, p. 247.

² W. Brimelotv, *Historia política de Bolton* (1882), I, p. 111.

³ *Poor Man's Advocate*, 21 de enero de 1832.

⁴ *Poor Man's Guardian*, 11 de abril de 1832.

papel moneda"; si hubiera comenzado una revolución, "habría sido un acto de todo el pueblo en mayor medida que cualquier otro que se hubiera llevado a cabo antes".¹

En el otoño de 1831 y en los "días de mayo", Gran Bretaña estaba a un paso de una revolución que, una vez iniciada, bien podría (si tenemos en cuenta el avance simultáneo de la teoría cooperativa y sindical) haber prefigurado, en su rápida radicalización, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París. La obra de J. R. M. Butler *The Passing of the Great Reform Bill* nos da una idea de la magnitud de la crisis; pero su estudio se ve debilitado por una insuficiente conciencia de la potencial apertura de toda la situación, evidenciada en comentarios como éste (sobre la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras):

... repugnaba a la gente sensata ... por su arrogante estupidez, como cuando la rama de Bethnal Green solicitó al Rey la abolición de la Cámara de los Lores, o la sección de Finsbury instó a los Comunes a confiscar las propiedades de los 199 pares.²

Se requiere alguna valoración menos complaciente que ésta. El hecho de que no se produjera la revolución se debió, en parte, al profundo constitucionalismo de esa parte de la tradición radical³ de la que Cobbett (instando a la aceptación de media barra de pan) era el portavoz; y en parte a la habilidad de los radicales de clase media para ofrecer exactamente ese compromiso que podría, no debilitar, sino fortalecer tanto el Estado como los derechos de propiedad frente a la amenaza de la clase obrera.

Los líderes whigs consideraban que su r61e era la de encontrar los medios para "unir los números a la propiedad y al buen orden". "Es de suma importancia", dijo Grey, "asociar a la clase media con las clases más altas de la sociedad en el amor y el apoyo a las instituciones y el gobierno del país".⁴ El extremo cuidado con el que se trazó esta línea se evidencia en una encuesta realizada por Baines en 1831, para descubrir "el número y la respetabilidad de los propietarios de £10 en Leeds". Los resultados fueron comunicados a Lord John Russell en una carta que debe considerarse como uno de los documentos clásicos de la crisis del Reform Bill. Los pioneros sondeos psefológicos de Baines...

818

declararon *unánimemente* que la calificación de 10 libras esterlinas no admitía el ejercicio del derecho de sufragio pasivo a una sola persona que no pudiera ser autorizada de manera segura y prudente: que les sorprendía comprobar cuán pocos, comparativamente, podían votar.

En respuesta a la pregunta de Russell sobre la proporción que suponían las 10 libras esterlinas como cabeza de familia respecto al resto de la población, los encuestadores informaron:

¹ Add. MSS., 27, 795 ff. 26.7.

² Butler, op. cit. p. 303.

³ Véase el comentario de Gladstone: "Le hablé a un trabajador sobre el texto establecido, la reforma era la revolución ... Le dije: 'Mira las revoluciones en los países extranjeros, refiriéndome por supuesto a Francia y Bélgica'. El hombre me miró con dureza y dijo: 'Malditos sean todos los países extranjeros, ¿qué tiene que ver la vieja Inglaterra... con países extranjeros?'; No es la única vez que he recibido una lección importante de una fuente humilde". J. Morley, *Life of Gladstone* (1908), I, p. 54.

... en las zonas ocupadas principalmente por las clases trabajadoras, no votaría ni uno de cada cincuenta cabezas de familia. En las calles ocupadas principalmente por comercios, casi todos los cabezas de familia votan. En el municipio de Holbeck, con 11.000 habitantes, principalmente de las clases trabajadoras; pero con varios molinos, tintorerías, casas públicas y viviendas respetables, sólo hay 150 votantes. De 140 cabezas de familia, que trabajan en el molino de los Sres. Marshall y Cía., sólo hay *dos* que tendrán voto. De los 160 o 170 propietarios del molino de los Sres. Willan and Sons, Holbeck, *no hay ni un voto*. De los aproximadamente dos propietarios que trabajan para los Sres. Taylor y Words Worth, fabricantes de máquinas, la clase más alta de mecánicos, sólo *uno* tiene voto. Al parecer, de las clases trabajadoras no más de una de cada cincuenta obtendría el derecho al voto gracias al proyecto de ley.

Incluso esta estimación parece haber sido excesiva. Las declaraciones hechas al Gobierno en mayo de 1832 mostraban que en Leeds (población, 124.000) 355 "obreros" serían admitidos al sufragio, de los cuales 143 "son oficinistas, mozos de almacén, porteros, etc.". Los 212 restantes se encontraban en una situación privilegiada, ganando entre 305 y 40 libras semanales.¹

Tales encuestas sin duda tranquilizaron al Gabinete, que había meditado elevar la franquicia de *10 libras esterlinas* a 15 libras esterlinas. La gran mayoría del pueblo", escribió Place, "estaba seguro de que, o bien los proyectos de reforma serían aprobados por el Parlamento, o bien obtendrían, por su propia fuerza física, mucho más de lo que contenían, si eran rechazados...".² La amenaza de este "mucho más" se cernió sobre Tories y Whigs en 1832, y que permitió que se hiciera ese acomodo, entre riqueza terrateniente e industrial, entre privilegio y dinero, que ha sido una configuración duradera de la sociedad inglesa. En las banderas de Baines y Cobden no figuraban *Agalite y liberty* (aún *menosfraternity*) sino "Free Trade" y "Retrenchment". La retórica de Brougham era la de la propiedad, la seguridad, el interés. "Si hay una turba", dijo Brougham en su discurso sobre la segunda lectura del Proyecto de Reforma,

819

también está el pueblo. Hablo ahora de las clases medias, de esos cientos de miles de personas respetables, el orden más numeroso y, con mucho, el más rico de la comunidad, porque si todos los castillos, señoríos, derechos de caza y derechos de caza de Sus Señorías, con todas sus extensas acres, se pusieran a la venta y se vendieran a cincuenta años de compra, el precio subiría como la espuma cuando se contrapesara con las vastas y sólidas riquezas de esas clases medias, que son también las auténticas depositarias del sentimiento inglés sobrio, racional, inteligente y honesto.... No despertéis, os lo suplico, a un pueblo amante de la paz, sino a un pueblo resuelto. ... Como amigo vuestro, como amigo de mi orden, como amigo de mi país, como fiel servidor de mi soberano, os aconsejo que ayudéis con vuestros mayores esfuerzos a preservar la paz y a mantener y perpetuar la Constitución.³

Despojadas de su retórica, las demandas de los radicales de clase media fueron

¹ Baines, *Life of Edward Baines*, pp. 157-9.

² Add. MSS, 27790.

³ Ver J. R. M. Butler, op. cit., pp. 284-5.

expresadas por Baines, cuando el proyecto de ley había sido aprobado:

Hay que recoger los frutos de la Reforma. Se abolirán los grandes monopolios comerciales y agrícolas. La Iglesia debe ser reformada. ... Se abrirán las empresas cerradas. Se impondrán la restricción y la economía. Se romperán los grilletes del esclavo.¹

Las exigencias del radicalismo obrero estaban formuladas con menos claridad. Se puede citar un programa político mínimo del *Poor Man's Guardian*, el órgano de la Unión Nacional de Clases Trabajadoras:

Extirpación de la diabólica aristocracia; establecimiento de una república, es decir, una democracia de representantes elegidos por sufragio universal; extinción de los cargos, títulos y distinciones hereditarios; abolición de la... ley de primogenitura; ... Administración de justicia barata y rápida; Abolición de las Leyes de Caza; Derogación del diabólico impuesto sobre los periódicos... emancipación de nuestros conciudadanos los judíos; introducción de leyes de pobreza en Irlanda; abolición de la pena de muerte por delitos contra la propiedad; apropiación de los ingresos de los "padres en Dios", los obispos, para el mantenimiento de los pobres; abolición de los diezmos; pago de cada sacerdote o ministro por su secta; la "deuda nacional" no es la deuda de la nación; descarga de la maquinaria del despotismo, los soldados; establecimiento de una guardia nacional.²

820

Este es el viejo programa del jacobinismo, poco desarrollado desde la década de 1790. (El primer principio de una declaración de la Unión Nacional, redactada por Lovett y James Watson, en noviembre de 1831, era: "Toda propiedad (honestamente adquirida) ha de ser sagrada e inviolable")³ Pero en torno a este "mucho más" se acumularon otras reivindicaciones, según los agravios más destacados en los distintos distritos e industrias. En Lancashire, Doherty y sus partidarios argumentaron que "el sufragio universal no significa otra cosa que un poder otorgado a cada hombre para proteger su propio trabajo de ser devorado por otros".⁴ Los owenistas, los reformistas de las fábricas y los revolucionarios de la "fuerza física" como el irreprimible William Benbow presionaban aún más. Pero, en cualquier caso, los términos de la contienda fueron confinados con éxito dentro de los límites deseados por Brougham y Baines. Fue (como Shelley había previsto en 1822) una contienda entre "sangre y oro"; y en su desenlace, la sangre transigió con el oro para mantener fuera las pretensiones de la *egalité*. Los años transcurridos entre la Revolución Francesa y la Ley de Reforma habían visto la formación de una "conciencia de clase" de clase media, más conservadora, más recelosa de las grandes causas idealistas (excepto, quizá, las de otras naciones), más estrechamente interesada en sí misma que en cualquier otra nación industrializada. De ahí en adelante, en la Inglaterra victoriana, el radical de

¹ Baines, op. cit., p. 167

² Citado en A. L. Morton y G. Tate, *The British Labour Movement* (1956), p. 59 y atribuido (erróneamente) a *Poor Man's Guardian*, 3 de marzo de 1831.

³ Véase Lovett, op. cit., I, p. 74.

⁴ A. Briggs, op. cit., p. 66.

clase media y el intelectual idealista se vieron obligados a tomar partido entre las "dos naciones". Es una cuestión de honor que hubiera muchos individuos que prefirieran ser conocidos como cartistas o republicanos antes que como alguaciles especiales. Pero tales hombres —Wakley, Frost de Newport, Duncombe, Oastler, Ernest Jones, John Fielden, W. P. Roberts, y hasta Ruskin y William Morris— fueron siempre individuos desafectos o "voces" intelectuales. No representan en ningún sentido la ideología de la clase media.

821

Lo que Edward Baines había hecho, en su correspondencia con Russell, era ofrecer una definición de clase de una exactitud casi aritmética. En 1832 se trazó la línea en la conciencia social mediante las calificaciones de franquicia, con la crudeza de un lápiz indeleble. Además, estos años encontraron también a un teórico de talla para definir el predicamento de la clase obrera. Parece casi inevitable que fuera un intelectual irlandés, que uniera en sí mismo el odio a los whigs ingleses con la experiencia del ultraradicalismo inglés y el socialismo owenista. James "Bronterre" O'Brien (1805-64), hijo de un comerciante de vinos irlandés y distinguido graduado del Trinity College de Dublín, llegó a Londres en 1829 "para estudiar Derecho y Reforma Radical":

Mis amigos me enviaron a estudiar Derecho; yo me dediqué a la reforma radical por mi cuenta... Aunque no he progresado nada en Derecho, he hecho inmensos progresos en la reforma radical. Tanto es así, que si mañana se instituyera una cátedra de reforma radical en el King's College (algo no muy probable por cierto), creo que me presentaría como candidato. Siento como si cada gota de sangre de mis venas fuera sangre radical...¹

Tras editar el *Midlands Representative* durante la crisis del Reform Bill, se trasladó a Londres y asumió la dirección del *Poor Man's Guardian*.

"Preveíamos", escribió sobre el proyecto de ley de Reforma, "que su efecto sería separar de las clases trabajadoras a una gran parte de las capas medias, más inclinadas entonces a actuar con el pueblo que con la aristocracia que las excluía".² Y en su Introducción a la historia de la Conspiración de los Iguales, de Buonarrotti, estableció un paralelismo: "Los girondinos extenderían el sufragio a los pequeños burgueses (como hicieron nuestros whigs ingleses con el Reform Bill) para mantener más eficazmente a raya a las clases trabajadoras". "De todos los gobiernos, un gobierno de las clases medias es el más demoleedor y despiadado".³

Era un tema al que volvía a menudo. Su ira se reavivaba con cada nueva acción de la administración whig: el proyecto de ley de coerción irlandesa, el rechazo del proyecto de ley de las 10 horas, la ofensiva contra los sindicatos, la Ley de Reforma de la Ley de Pobres. "Antes de la aprobación de la Ley de Reforma", escribió en 1836:

822

se suponía que las clases medias tenían una cierta comunidad de sentimientos con los

¹ *Bronterre's National Reformer*, 7 de enero de 1837. De hecho, O'Brien se licenció en Derecho en el Colegio de Abogados de Dublín.

² *Destructiva*, 9 de marzo de 1833.

³ O'Brien, op. cit, pp. XV, XX. Para O'Brien, véase G. D. H. Cole, *Chartist Portraits* (1941), cap. IX; T. Rothstein, *From Chartism to Labourism* (1929), pp. 93-123; Beer, op. cit., II, pp. 17-22.

trabajadores. Esa ilusión ha desaparecido. Sobrevivió a duras penas a la Ley de Coacción irlandesa y se desvaneció por completo con la promulgación de la Ley de Hambre. Ningún trabajador volverá a esperar justicia, moral o misericordia de manos de una legislatura con ánimo de lucro.¹

Refugiado él mismo de una cultura de clase media, disfrutaba especialmente escribiendo sobre su propia clase en términos que imitaban su propia jerga de salón sobre las clases sirvientes: "Las actividades y hábitos [de las clases medias] son esencialmente degradantes. Su vida es necesariamente una vida de baja astucia y especulación [...]:

Estas dos clases nunca han tenido y nunca tendrán una comunidad de intereses. El interés del obrero es hacer el menor trabajo posible y obtener el máximo por él. El interés del intermediario es obtener tanto trabajo como pueda del hombre, y dar tan poco por él. He aquí, pues, sus respectivos intereses tan directamente opuestos entre sí como los de dos hombres que luchan entre sí.

Y trató, con considerable ingenio, de entrelazar la tradición del ultrarradicalismo con la del owenismo, en un socialismo revolucionario, cuyos objetivos eran la revolución política, la expropiación de las clases propietarias y una red de comunidades owenistas:

Debemos tener lo que Southey llama 'una revolución de revoluciones'; tal como Robespierre y St. Just proyectaron en Francia a principios de 1794; es decir, una subversión completa de las instituciones por las que se distribuye la riqueza... Propiedad-propiedad— esto es a lo que debemos atenernos. Sin un cambio en la institución de la propiedad, ninguna mejora puede tener lugar.

Tal revolución (esperaba) llegaría, sin violencia, inmediatamente después de la consecución del sufragio masculino: "De las *leyes de los pocos* han surgido las desigualdades existentes; por las leyes de los muchos serán destruidas".²

Sin duda, los historiadores de hoy no aceptarían la asimilación demasiado burda que hace O'Brien de la administración whig posterior a la Reforma a los intereses de la "clase media".³ (La vieja corrupción tenía más vitalidad que eso, como demostraría la prolongada lucha por la derogación de las Leyes del Maíz). Tampoco es apropiado seleccionar a este único teórico (de clase media en sus propios orígenes) como expresivo de la nueva conciencia de la clase obrera. Pero al mismo tiempo, O'Brien estaba muy lejos de ser un excéntrico en los márgenes del movimiento. Como editor del *Poor Man's Guardian* y de otras revistas, contaba con un público obrero numeroso y creciente; más tarde se ganaría el título de "maestro de escuela" del cartismo. Sus escritos son un hilo conductor a través de las abundantes agitaciones de principios de la década de 1830, proporcionando un nexo para las antiguas reivindicaciones

¹ *Tuxpenny Despatch*, 10 de septiembre de 1836.

² *Destructivo*, 9 de marzo, 24 de agosto de 1833; *Conservador del Pueblo*; y *Unión del Comercio Gazette*, 14 de diciembre de 1833.

³ El propio O'Brien llegó a arrepentirse de la vehemencia con que descalificaba a la "clase media", cuando en la década de 1840 se presentó la oportunidad de una alianza entre los cartistas y elementos de la clase media: véase Beer, op. cit., II, p. 126.

democráticas, las agitaciones sociales (contra la Nueva Ley de Pobres y a favor de la Reforma de las Fábricas), los experimentos comunitaristas owenistas y las luchas sindicalistas de los sindicatos. O'Brien fue, tanto como Cobbett y Wooler en los años de posguerra, una auténtica voz de su tiempo.

Para la mayoría de los trabajadores, por supuesto, la desilusión con la Ley de Reforma se manifestaba de forma menos teórica. La prueba del pastel estaba en comerlo. Podemos ver la comida en un microcosmos en algunos de los incidentes de una de las contiendas de las siguientes elecciones generales, en Leeds. Aquí, Baines, que ya había utilizado su influencia para nombrar a Brougham diputado por Yorkshire, presentó a Marshall, uno de los mayores empresarios de Leeds, y a Macaulay (o "Mr. Mackholly", como uno de los comerciantes whigs que escribió en su diario) en defensa de los intereses de los whigs. Macaulay fue uno de los más complacientes de los ideólogos del acuerdo de la Reform Bill, traduciendo a nuevos términos la doctrina tory de la "representación virtual":

Las clases superiores y medias son los representantes naturales de la raza humana. Su interés puede ser opuesto, en algunas cosas, al de sus contemporáneos más pobres, pero es idéntico al de las innumerables generaciones venideras.

"La desigualdad con que se distribuye la riqueza se impone a la atención de todos", lamentaba, mientras que "las razones que demostraron irrefragablemente que esta desigualdad es necesaria para el bienestar de todas las clases no son igualmente obvias." Mr. Marshall no estaba a su altura como teórico; pero, si hemos de dar crédito a una hoja electoral radical, opinaba que 12s. a la semana era un buen salario para un hombre con familia, consideraba que las clases trabajadoras podrían mejorar sus condiciones mediante la emigración, y:

824

En el molino de Mr. Marshall, un niño de 9 años fue desnudado hasta la piel, atado a un pilar de hierro y golpeado sin piedad con correas, hasta que se desmayó.¹

El candidato tory, por su parte, era Sadler, principal portavoz parlamentario del Movimiento de las 10 Horas. Oastler había lanzado, con los Short-Time Committees, su apasionada campaña contra el trabajo infantil dos años antes. La asombrosa "Peregrinación a York" había tenido lugar en el mes de abril anterior; y la agitación de las 10 horas (al igual que la agitación owenista) continuó sin pausa durante los meses de crisis del Reform Bill. En una contienda de este tipo, por tanto, se podía contar con Oastler para que se pusiera del lado de Sadler contra Baines, que había llevado a cabo una harinosa defensa de los propietarios de molinos en el *Leeds Mercury*. Se podía contar con Cobbett para hacer lo mismo. De hecho, dio una referencia de Baines que nos recuerda la latitud de las leyes de difamación de la época:

Este gran MENTIROSO de Brougham... que siempre se ha preocupado de tener un miembro, al menos, para hacer más daño a la libertad pública que cualquier otro de los cincuenta miembros de la Cámara de los Comunes; este fanfarrón engréido, codicioso y

¹ J. R. M. Butler, op. cit, pp. 262-5; *Cracker*, 8 de diciembre de 1832.

sin principios, que ha sido el deludor de Yorkshire durante los últimos veinte años.¹ Por tanto, era inevitable una alianza tory-radical detrás de Sadler. También era inevitable que la mayor parte del voto "tendero" no conformista fuera para "Mr. Marshall Our Townsman y Mr:

... en cuanto a Sadler, nunca ha hecho nada bueno ni nunca lo hará... porque siempre ha estado inventando algo que ha tendido a perjudicar a los habitantes de la ciudad de Leeds... fue el primer promotor de la Ley de Mejoras y eso ha costado a los habitantes muchos miles y la carga ha recaído sobre los comerciantes y lo que yo llamo la clase media de la gente... . es cierto que es uno de nuestro Partido Magestrate, pero no es mejor por eso...²

825

Los radicales obreros de Leeds mantuvieron su prensa y organización independientes. Los hombres de Leeds (declararon) que "se han reunido en el mal y el buen informe; ... había sido instantánea a tiempo y a destiempo", había sido traicionada ahora por los hombres que, en los días de mayo, se habían dirigido a sus grandes asambleas y habían prometido Reforma o barricadas:

Los Sres. Marshall y Macaulay pueden. ser muy amigos de las Reformas de todo tipo y tamaño, tanto en la Iglesia como en el Estado; también pueden estar a favor de la abolición de todos los monopolios excepto los suyos, los de los molineros y los placeros; pero que los operarios de Leeds recuerden que si los apoyan, hacen lo posible por poner el poder legislativo en manos de sus enemigos.

Además, los radicales declararon que las viejas formas de soborno e influencia electoral empleadas por los intereses aristocráticos estaban encontrando ahora nuevas formas insidiosas al servicio de los intereses manufactureros. Aunque los obreros no tenían voto, se hicieron grandes esfuerzos para contrarrestar los efectos de las manifestaciones a favor de Sadler, obligando a los obreros a votar por Marshall y Macaulay en las elecciones:

Podríamos nombrar más de una docena de molinos, todos cuyos operarios han recibido órdenes positivas de estar en el Patio el lunes, y de levantar la mano por los candidatos naranjas so pena de ser castigados de inmediato con privación de empleo. Cada uno tiene su puesto asignado en el patio, donde deben ser encerrados como rebaños de ovejas, rodeados por todos lados de vigilantes, empleados y otros subalternos, con el fin de hacer cumplir el alto mandato de la casa de contabilidad.

Al final, la escena se convirtió en un motín, en el que Oastler y los hombres de xo Hour "tocaron maitines en las gruesas calaveras de los naranjas voladores". Cuando Sadler fue derrotado en las urnas, Marshall y Macaulay fueron quemados en efígie en el mismo centro de la ciudad donde Paine había sido quemado por los lealistas en 1792.³

Las elecciones de Leeds de 1832 tuvieron un significado más que local. Había

¹ *Political Register*, 24 de noviembre de 1832. Cobbett recordaba al antiguo miembro del condado de York, Wilberforce.

² MS. Letterbook of Ayrce (Biblioteca de referencia de Leeds).

³ *Cracker*, 8, io, 21 de diciembre de 1832. Véase también A. Briggs, "The Background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities", op. cit., pp. 311-14; E. Baines, *Life*, pp. 164-7; C. Driver, *Tory Radical*, pp. 197-202.

centrado la atención de los reformistas de las fábricas en todo el país, atrayendo direcciones a favor de Sadler de miles de firmantes en las ciudades del norte. No hay duda del nuevo tono después de 1832. En cada distrito manufacturero, un centenar de experiencias confirmaron la nueva conciencia de clase que el proyecto de ley, por sus propias disposiciones, tan cuidadosamente definida. Fue la Cámara de los Comunes "reformada" la que sancionó el transporte de los trabajadores de Dorchester en 1834 ("un golpe dirigido a todo el cuerpo de operarios unidos"),¹ y la que lanzó, con "el documento" y el cierre patronal, la lucha para romper los sindicatos, cuya intensidad y cuyo significado (tanto en términos políticos como económicos) todavía se comprenden demasiado poco. Contra el manifiesto de los amos, el Yorkshire Trades Union publicó el suyo propio:

826

No sólo ha sonado el grito de guerra de los amos, sino los estragos de la guerra; guerra contra la libertad; guerra contra la opinión; guerra contra la justicia; y guerra sin causa que la justifique....

"Los mismos hombres", declaró un sindicalista de Leeds, "que habían mimado a los sindicatos políticos, cuando podían hacerlos siervos de sus propios propósitos, se esforzaban ahora por aplastar a los sindicatos":

Fue el otro día cuando los obreros fueron conducidos en gran número a la reunión de West Riding en Wakefield, con el propósito de llevar el Proyecto de Reforma. En ese momento, los mismos individuos que ahora estaban tratando de acabar con los sindicatos, los estaban organizando para llevar a cabo, por la fuerza de los números, una reforma política que él estaba seguro no se habría obtenido de otra manera de la aristocracia de este país. La reforma así obtenida le parecía el último medio de fortalecer las manos de la corrupción y la opresión².

La línea que va de 1832 al cartismo no es una azarosa alternancia pendular de agitaciones "políticas" y "económicas", sino una progresión directa, en la que movimientos simultáneos y relacionados convergen hacia un único punto. Este punto era el voto. En cierto sentido, el movimiento cartista no comenzó en 1836 con la promulgación de los "Seis Puntos", sino en el momento en que la Ley de Reforma recibió la sanción real. Muchas de las uniones políticas provinciales nunca se disolvieron, sino que empezaron de inmediato a agitar en contra de la franquicia "shopocrat". En enero de 1833, el *Working Man's Friend* pudo anunciar que la fortaleza del radicalismo de la clase media había sido asaltada: A pesar de toda la oposición y las argucias de una MONARQUÍA DE COMERCIANTES, la Unión Midland de las Clases Trabajadoras fue formada por la gente valiente, pero, hasta entonces, engañaba a la gente de ese país³. La ideología característica del radicalismo de Birmingham, que unía a empresarios y jornaleros en oposición a la aristocracia, los bancos, la deuda pública y el "sistema del papel moneda", estaba empezando a

¹ Discurso de William Rider, tejedor de tejidos de Leeds y más tarde destacado líder cartista, *Leeds Times*, 12 de abril de 1834.

² *Leeds Times*, 12, 17, 24 de mayo de 1834.

³ *Working Man's Friend and Political Magazine*, 5 de enero de 1833.

desmoronarse. Durante un tiempo, el propio Attwood se dejó llevar por la nueva corriente, en parte por su lealtad a los regimientos a los que antes había hecho grandes promesas. Una vez más, se reunió una manifestación monstruosa en Newhall Hill (mayo de 1833), a la que se declaró una asistencia de 180.000 personas, y en la que se expresó

827

... un sentimiento de odio común hacia los partidos a los que, habiendo contribuido principalmente a llevar al poder, se reunían ahora para expresar su repulsa por la ... traición que habían manifestado.

La asistencia se engrosó con coladores de Walsall, trabajadores del hierro de Wolverhampton y obreros de Dudley. Había comenzado el proceso de radicalización que convertiría a Birmingham en una metrópoli cartista¹.

Pero el contenido de esta renovada agitación era tal que la propia votación implicaba "mucho más", y por eso tuvo que ser denegada. (El Birmingham de 1833 no era el Birmingham de 1831: ahora era la sede de una Bolsa de Trabajo Equitativa, era la sede del Sindicato de Constructores socialista, albergaba la redacción del *Pioneer*). El voto, para los trabajadores de esta década y de la siguiente, fue un símbolo cuya importancia nos resulta difícil apreciar, con nuestros ojos oscurecidos por más de un siglo de niebla tóxica de "política parlamentaria bipartidista". Implicaba, en primer lugar, *igualdad*: igualdad de ciudadanía, de dignidad personal, de valor. "En lugar de ladrillos, mortero y suciedad, el HOMBRE debería estar representado", escribió un panfletista, lamentando la suerte del "miserable inglés llamado 'nacido libre', excluido del derecho más valioso que el hombre puede disfrutar en la sociedad política".² "Seamos nosotros, de los millones de trabajadores", escribió George Edmonds-

nunca más vistos en los espectáculos de bebés, en los sorteos de peniques del Lord Mayor y en las coronaciones de pan de jengibre— no estén presentes como cómplices en tales tonterías nacionales. Dejemos que los actores de pacotilla se diviertan solos.

"Al igual que los salvajes irlandeses de antaño, los millones de británicos han estado demasiado tiempo insolentemente fuera del alcance de los gobiernos sociales": Ahora expreso los pensamientos de mis millones de compañeros no representados, los ingleses salvajes, los esclavos nacidos libres del siglo XIX.³

828

Pero en el contexto de los años owenistas y cartistas, la reivindicación del voto implicaba también otras reivindicaciones: una nueva forma de alcanzar por parte de los trabajadores el *control social* sobre sus condiciones de vida y de trabajo. Al principio, e inevitablemente, la exclusión de la clase obrera provocó un rechazo contrario, por parte de la clase obrera, de todas las formas de acción política. Owen había preparado durante mucho tiempo el terreno para ello, con su indiferencia hacia el radicalismo político. Pero en el giro posterior a 1832 hacia el sindicalismo general,

¹ *Report of the Proceedings of the Great Public Meeting &c.*, 20 May 1833.

² "I.H.B.L.", *¿Debe votar todo hombre?* (1832).

³ G. Edmonds, *The English Revolution* (1831), pp. 5, 8.

este sesgo antipolítico no fue quietista, sino aguerrido, militante e incluso revolucionario. Examinar la riqueza del pensamiento político de estos años nos llevaría más lejos en la historia del sindicalismo general —y, de hecho, en los primeros años del cartismo— de lo que pretendemos. Son años en los que Benbow promovió su idea de la "Gran Fiesta Nacional" en los distritos industriales; en los que el impresor John Francis Bray llevó adelante las ideas de Hodgskin en conferencias a los artesanos de Leeds, publicadas más tarde como *Labour's Wrongs and Labour's Remedies*; en la que surgieron y desaparecieron el Sindicato de Constructores y el Gran Sindicato Nacional Consolidado; y en la que Doherty y Fielden fundaron la "Sociedad para la Regeneración Nacional" con su remedio de la Huelga General para la Jornada de Ocho Horas. Los comunitaristas owenistas eran fértiles en nociones y experimentos que prefiguraban avances en el cuidado de los niños, las relaciones entre los sexos, la educación, la vivienda y la política social. Los trabajadores de la construcción, alfareros, tejedores y artesanos estaban dispuestos, durante un tiempo, a arriesgar su sustento para poner a prueba sus experiencias. La gran variedad de revistas, muchas de las cuales planteaban exigentes demandas a los lectores, se dirigían a un público auténticamente obrero. En las fábricas de seda del valle de Colden, aislado en los Peninos entre Yorkshire y Lancashire, se leían los diarios owenistas.

De los temas que surgieron una y otra vez en estos años, sólo cabe mencionar dos. El primero es el del ismo internacional. Esto era, sin duda, parte de la vieja herencia jacobina, y los radicales nunca lo habían olvidado. Cuando Oliver fue con el campesino de Leeds, James Mann, y otro revolucionario, a la cita en Thornhill Lees (en 1817), descubrió, por su discurso, que "las recientes noticias de la Brasil parecía animarles con mayores esperanzas que nunca"¹. Cobbett siempre encontraba tiempo para añadir una parada de prensa a sus diarios;

829

Sólo tengo lugar para deciros, que el pueblo de BÉLGICA, la *gente común*, ha *vencido a los ejércitos holandeses*, que marchaban contra ellos para obligarlos a *pagar enormes impuestos*. Es una excelente noticia.²

La Revolución Francesa de 1830 tuvo un profundo impacto en el pueblo, electrizando no sólo a los radicales londinenses, sino también a los reformistas de la clase obrera en lejanas aldeas industriales. La lucha por la independencia polaca fue seguida con ansiedad en la prensa obrera; mientras Julian Hibbert, en la Rotunda, llevaba un voto de simpatía a los tejedores de Lyon, en su malograda insurrección, comparándolos con los tejedores de Spitalfields. En el movimiento owenista, esta tradición política se extendió a las solidaridades sociales y de clase. En 1833 un "Manifiesto de las Clases Productivas de Gran Bretaña e Irlanda" fue dirigido a "los Gobiernos y Pueblos de los Continentes de Europa y de América del Norte y del Sur", comenzando: "Hombres de la Gran Familia de la Humanidad" A finales de ese mismo año, ya se había planteado

¹ Narrative of Oliver, H.O. 40.9.

² *Two-Penny Trash*, 1 de octubre de 1803.

la cuestión de una alianza común entre los sindicalistas de Inglaterra, Francia y Alemania¹.

El otro tema era el del sindicalismo industrial. Cuando Marx era todavía un adolescente, la batalla por las mentes de los sindicalistas ingleses, entre una economía política capitalista y una socialista, se había ganado (al menos temporalmente). Los ganadores fueron Hodgskin, Thompson, James Morrison y O'Brien; los perdedores fueron James Mill y Place. "¿Qué es el capital?", se preguntaba un escritor en el *Pioneer*. Es mano de obra reservada", gritó M'Culloch.... ¿De quién y qué estaba reservado? De la ropa y la comida de los miserables². De ahí que los trabajadores que habían sido "insolentemente colocados fuera de los límites del gobierno social" desarrollaran, etapa por etapa, una teoría del sindicalismo, o de la "masonería invertida"³. "Los sindicatos no sólo harán huelga por menos trabajo y más salarios", escribió "Un miembro del sindicato de constructores",

pero finalmente ABOLIRÁN LOS SALARIOS, se convertirán en sus propios amos y trabajarán unos para otros; el trabajo y el capital ya no serán sino que estarán indisolublemente unidas en las manos de los obreros y las obreras.

830

Los propios sindicatos podrían resolver el problema del poder político; podría formarse un "Parlamento" de las clases trabajadoras, delegado directamente de los talleres y las fábricas: "Las logias envían delegados de las asambleas locales a los distritos y de los distritos a las asambleas nacionales. Aquí hay sufragio universal, elecciones anuales y ningún requisito de propiedad, al instante"⁴. Se desarrolló la idea (en el *Pioneer*) de una Cámara de Oficios de este tipo:

que debe ocupar el lugar de la actual Cámara de los Comunes, y dirigir los asuntos comerciales del país, según la voluntad de los gremios que componen las asociaciones de la industria. Esta es la escala ascendente por la que llegaremos al sufragio universal. Comenzará en nuestras logias, se extenderá a nuestra unión general, abarcará la dirección del comercio, y finalmente se tragará todo el poder político.⁵

Esta visión se perdió, casi tan pronto como se había encontrado, en las terribles derrotas de 1834 y 1835. Y, cuando recuperaron el aliento, los trabajadores volvieron al voto, como la clave más práctica del poder político. Algo se había perdido, pero el cartismo nunca olvidó del todo su preocupación por el control social, para cuya consecución el voto se consideraba un medio. Estos años revelan un paso más allá de la perspectiva característica del artesano, con su deseo de un medio de vida independiente "con el sudor de su frente", hacia una perspectiva más nueva, más reconciliada con los nuevos medios de producción, pero que busca ejercer el poder colectivo de la clase para humanizar el entorno: mediante esta comunidad o aquella sociedad cooperativa, mediante este control sobre la operación ciega de la economía

¹ Véase, por ejemplo, *Destructive*, diciembre de 1833.

² *Pioneer*, 13 de octubre de 1833.

³ *Man*, 13 de octubre de 1833.

⁴ *Man*, 22 de diciembre de 1833.

⁵ *Pioneer*, 31 de mayo de 1834.

de mercado, esta promulgación legal, aquella medida de ayuda a los pobres. Y en su perspectiva estaba implícito, aunque no siempre explícito, el peligroso principio de que la producción no debe ser para el beneficio, sino para *el uso*.

Esta autoconciencia colectiva fue, en efecto, la gran conquista espiritual de la Revolución Industrial, frente a la cual hay que situar el trastorno de un modo de vida más antiguo y, en muchos sentidos, humanamente más comprensible. La clase obrera británica de 1832 fue quizás una formación única. La lenta acumulación de capital había hecho que los preliminares de la Revolución Industrial se prolongaran durante cientos de años. A partir de la época de los Tudor, esta cultura artesanal se fue haciendo más compleja con cada fase de cambio técnico y social. Delaney, Dekker y Nashe: Winstanley y Lilburne: Bunyan y Defoe, todos se habían ocupado de ella en algún momento. Enriquecidos por las experiencias del siglo XVII, llevando a través del siglo XVIII las tradiciones intelectuales y libertarias que hemos descrito, formando sus propias tradiciones de mutualidad en la sociedad amistosa y el club de oficios, estos hombres no pasaron, en una generación, del campesinado a la nueva ciudad industrial. Sufrieron la experiencia de la Revolución Industrial como ingleses articulados y nacidos libres. Los que fueron enviados a la cárcel podían conocer la Biblia mejor que los que estaban en el banquillo, y los que fueron transportados a Van Diemen's Land podían pedir a sus parientes que les enviaran el *Registro de Cobbett*.

831

Esta fue, quizás, la cultura popular más distinguida que Inglaterra ha conocido. Contenía la enorme diversidad de habilidades de los trabajadores del metal, la madera, los textiles y la cerámica, sin cuyos "misterios" heredados y su magnífico ingenio con las herramientas primitivas, los inventos de la Revolución Industrial apenas habrían podido ir más allá del tablero de dibujo. De esta cultura del artesano y del autodidacta surgieron decenas de inventores, organizadores, periodistas y teóricos políticos de una calidad impresionante. Es fácil decir que esta cultura era retrógrada o conservadora. Ciertamente, una dirección de las grandes agitaciones de los artesanos y obreros, continuadas durante cincuenta años, fue *resistirse a* ser convertidos en proletariado. Cuando supieron que esta causa estaba perdida, volvieron a tender la mano, en los años treinta y cuarenta, e intentaron conseguir nuevas y sólo imaginadas formas de control social. Durante todo este tiempo fueron, como clase, reprimidos y segregados en sus propias comunidades. Pero lo que la contrarrevolución pretendía reprimir no hizo más que determinarse en las instituciones cuasi legales de la clandestinidad. Cada vez que la presión de los gobernantes aflojaba, llegaban hombres de los pequeños talleres o de las aldeas de tejedores y hacían valer nuevas reivindicaciones. Se les decía que no tenían derechos, pero ellos sabían que habían nacido libres. La Yeomanry derribó su reunión y se consiguió el derecho de reunión pública. Los panfletistas fueron encarcelados, y desde las cárceles editaron panfletos. Los sindicalistas fueron encarcelados, y a la cárcel les acompañaron procesiones con bandas y pancartas sindicales.

Segregadas de este modo, sus instituciones adquirieron una dureza y resistencia peculiares. La clase adquirió también una resonancia peculiar en la vida inglesa: todo, desde sus escuelas hasta sus tiendas, desde sus capillas hasta sus diversiones, se convirtió en un campo de batalla de clases. Las huellas de ello permanecen, pero el forastero no siempre las comprende. Si en nuestra vida social tenemos poco de la tradición de *égalité*, la conciencia de clase del trabajador tiene poco de deferencia. "Somos huérfanos y bastardos de la sociedad", escribió James Morrison en 1834.¹ El tono no es de resignación, sino de orgullo.

832

Una y otra vez en estos años los trabajadores lo expresaron así: "Quieren convertirnos en herramientas", "aperos" o "máquinas". A un testigo ante la comisión parlamentaria que investigaba a los tejedores de telares manuales (1835) se le pidió que expusiera la opinión de sus compañeros sobre el proyecto de ley de reforma:

Q. ¿Están las clases trabajadoras más satisfechas con las instituciones del país desde que se ha producido el cambio?

A. No lo creo. Consideraban la Ley de Reforma como una medida calculada para unir a las clases media y alta al Gobierno, y dejarlas en manos del Gobierno como una especie de máquina para trabajar según el placer del Gobierno...

Esos hombres se encontraron con el utilitarismo en su vida cotidiana y trataron de rechazarlo, no a ciegas, sino con inteligencia y pasión moral. Lucharon, no contra la máquina, sino contra las relaciones de explotación y opresión intrínsecas al capitalismo industrial. En esos mismos años, la gran crítica romántica del utilitarismo seguía su curso paralelo, pero totalmente distinto. Después de William Blake, ninguna mente se sentía en casa en ambas culturas, ni tenía el genio para interpretar las dos tradiciones entre sí. Fue un confuso Owen quien se ofreció a revelar el "nuevo mundo moral", mientras que Wordsworth y Coleridge se habían retirado tras sus propias murallas de desencanto. De ahí que estos años parezcan a veces mostrar, no un desafío revolucionario, sino un movimiento de resistencia, en el que tanto los románticos como los artesanos radicales se opusieron a la anunciación del hombre adquisitivo. En el fracaso de las dos tradiciones para llegar a un punto de unión, algo se perdió. De cuánto no podemos estar seguros, pues nos encontramos entre los perdedores.

Sin embargo, el pueblo trabajador no debía ser visto sólo como las miríadas perdidas de la eternidad. También habían alimentado, durante cincuenta años y con incomparable entereza, el Árbol de la Libertad. Podemos agradecerles estos años de cultura heroica.

¹ *Pioneer*, 22 de marzo de 1834; véase A. Briggs, "The Language of 'Class' in Early Nineteenth Century England", loc. cit, p. 68.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

HE UTILIZADO fuentes manuscritas de forma selectiva, y en particular en aquellos puntos en los que me ha parecido aconsejable reexaminar los relatos aceptados. En el Public Record Office, las fuentes más valiosas han sido los *Home Office Papers* (H.O.), especialmente las series 40 y 42: varios legajos relacionados con la London Corresponding Society, disturbios alimentarios, etc., en los *Privy Council Papers* (P.C.): y los *Treasury Solicitor's Papers* (T.S.), que a veces contienen las pruebas (informes de informadores, declaraciones, cartas interceptadas, etc.) a partir de las cuales se prepararon los sumarios de la Corona contra los prisioneros del Estado. También he consultado la *Colección Place* del Museo Británico (Add. MSS.), y me han resultado muy útiles la "Autobiografía" de Place, los Libros de Actas y los Libros de Cartas del L.C.S., notas sobre aspectos de la historia del L.C.S. de Hardy, Richter, Lemaitre y Oxlade: Los materiales de Place sobre la vida de Spence y sus notas sobre 1816-20: y la nota de Lovett... sobre la historia de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras y Otros. He explicado en mi texto algunas razones por las que es aconsejable utilizar los materiales históricos de Place con cierta cautela.

Los *Fitzwilliam Papers* forman parte de la gran colección Wentworth colección ahora al cuidado de la Biblioteca de Referencia de Sheffield. Incluyen parte de la correspondencia sobre asuntos públicos del conde Fitzwilliam, junto con informes de Yorkshire J.P.s y otros informantes, durante el tiempo en que fue Lord Teniente de West Riding. He recurrido a las series F. 44, 45 y 52, que son de interés para principios de la década de 1790, los años 1801-3 y para el ludismo. Otras dos fuentes han sido de valor para el ludismo. Los *Radcliffe Papers* incluyen algunas correspondencias conservadas por Sir Joseph Radcliffe, el muy activo magistrado de Huddersfield que recibió el título de caballero en reconocimiento a sus servicios en llevar a juicio a los principales luditas de Yorkshire. Los manuscritos siguen bajo la custodia de su descendiente. Capitán J. B. E. Radcliffe, en Ridding Park, Harrogate, y están catalogados en el Registro Nacional de Archivos, *The Papers of the Framework-Knitters' Committee* se incautó en 1814 y permanece en los archivos de la ciudad de Nottingham. Abarcan los años 1812-14, y se ha publicado una admirable selección en *Records of the Borough of Nottingham, 1800-1832* (1952). Éstas han sido mis principales fuentes manuscritas.

La mayoría de los panfletos, periódicos, etc., citados en el texto se encuentran en el Museo Británico o en la Biblioteca John Rylands (Manchester). No me ha sido posible hacer un seguimiento intensivo de la prensa durante los cincuenta años que abarca mi relato, por lo que, una vez más, he consultado noticias y publicaciones periódicas de forma selectiva, en un intento de arrojar luz sobre determinados

problemas y periodos. He consultado con frecuencia Cobbetts' *Political Register*, *The Times*, *The Leeds Mercury* y *The Nottingham Review*, y en ocasiones otros periódicos provinciales. Entre los periódicos jacobinos, radicales, sindicalistas u owenistas que he consultado se encuentran:

Para la década de 1790: Eaton's *Politics for the People*; *The Patriot* (Sheffield); Thelwall's *Tribune*—, *The Cabinet* (Norwich); Perry's *Argus*; *The Philanthropist*; *The Moral and Political Magazine*; *The Cambridge Intelligencer*; *The Sheffield Iris*. (Sin embargo, los escritos más interesantes de la década de 1790 son panfletos y no publicaciones periódicas).

Para las guerras y los años 1816-20: Flower's *Political Review*; Bone's *Reasoner*; *The Alfred*; *The Independent Whig*; Hone's *Reformist's Register*; Sherwin's *Republican*; Sherwin's *Political Register*; *The Black Dwarf*; *The 'Forlorn Hope'*; *The Axe Laid to the Root*; *The People*; *The Political Observer*; *The Legislator*; *The Briton*; *Duckett's Despatch*; *The Gorgon*; *The Black Book* (publicado originalmente en partes periódicas); *The Examiner*; *The Champion*; *The Cap of Liberty*; *The Medusa*; *The Manchester Observer*; *The White Hat*; *The Theological Comet, or Free-Thinking Englishman*; *The Blanketteer*; Carlile's *Republican*; *The Birmingham Inspector*; *Hunt's Addresses to Radical Reformers*.

En la década de 1820 y principios de 1830: *The Economist*; *The Mechanic's Magazine*; *The Trades Newspaper*; *The Artizan's London and Provincial Chronicle*; Carlile's *Prompter*; Cobbett's *Two-Penny Trash*; *The Devil's Pulpit*; *The Voice of the People*; Dr. King's *Co-operator*; *Common Sense*; *The Union Pilot*; *The Lancashire and Yorkshire Co-operator*; *The Poor Man's Advocate*; *The Voice of the West Riding*; *The Poor Man's Guardian*; *The Working Man's Friend*; *The Radical Reformer*; *The Cosmopolite*; *The Cracker*; *The Crisis*; *The Destructive*; *The People's Conservative*; *The Man*; *The Pioneer*, *The Herald of the Rights of Industry*. También (para periodos posteriores) *Bronterre's National Reformer*—, *The Social Pioneer*—, *The Ten Hours' Advocate*—, *The Labourer!*, *The Northern Star*; *Notes to the People*.

835

En la portada de la primera parte se reproducen las dos caras de una de las monedas simbólicas emitidas por la London Corresponding Society. Se acuñaron muchas monedas de este tipo —por ejemplo, en honor de los jurados que absolvieron a Hardy, Tooke y Thelwall, y a Daniel Isaac Eaton y Thomas Spence acuñó muchas otras. En la portada de la segunda parte hay una tosca tarjeta grabada en madera, supuestamente utilizada como billete de entrada a las reuniones secretas de los luditas en Lancashire (1812). En la portada de la tercera parte, el monumento simulado de Cruikshank a los vencedores de Peterloo procede de *A Slap at Slop* (1822), de William Hone y George Cruikshank.

Por último, hay algunas autoridades secundarias que merecen una mención, ya que he estado (como todos los estudiantes de este periodo) muy en deuda con ellas. A. Aspinall, *The Early English Trade Unions* (1949) ofrece una excelente selección de documentos de los Home Office Papers para los años en que estuvieron en vigor las

Combina tion Acts. G. D. H. Cole y A. W. Filson, *British Working Class Movements: Select Documents* (1951) ofrece una selección más amplia de fuentes materiales, y M. Morris, *From Cobbett to the Chartists* (1948) una selección más abreviada. Aquellos que no puedan acceder al *Registro Político* de Cobbett (sus *Paseos Rurales* están disponibles en la edición Everyman) encontrarán selecciones hábilmente editadas en G. D. H. y M. Cole, *The Opinions of William Cobbett* (1944) y en W. Reitzel, *The Progress of a Ploughboy* (1933). Tanto H. L. Jephson, *The Platform* (1892) como G. Wallas, *Life of Francis Place* (1898) se basan ampliamente y al pie de la letra en los manuscritos de Place, muy a menudo de forma demasiado acrítica. De los libros de J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer* (1919) sigue siendo de gran importancia, y *The Village Labourer* (1911) es apenas menos importante. (*The Town Labourer* (1917) es una obra más impresionista). M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century* (1930); J. H. Clapham, *Economic History of Modern Britain*, (Cambridge, 1927); S. y B. Webb, *History of Trade Unionism* (1894: revisado en 1920); e I. Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution* (1930) se han ganado su lugar como libros de referencia. No existe ningún volumen de peso comparable sobre la historia democrática y radical temprana; quizá las mejores introducciones sigan siendo, G. S. Veitch, *The Génesis de la reforma parlamentaria* (1913), aunque los jacobinos ingleses de Veitch son demasiado piadosos y constitucionalistas para creer en ellos, y, para años posteriores, W. D. Wickwar, *The Struggle for the Freedom of the Press* (1928) y J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill* (1914). (El interesante volumen de S. Maccoby sobre *el Radicalismo inglés, 1786-1832* (1955), está en general demasiado orientado hacia los tejemanajes parlamentarios como para arrojar luz sobre el tipo de problemas que se examinan en este libro), *Passages in the Life of a Radical*, de Samuel Bamford (Heywood, 1841) y *Life and Struggles in Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom*, de William Lovett (1876) —ambos han aparecido en ediciones posteriores— son lecturas esenciales para cualquier inglés. Los estudiantes que deseen situar esta historia en un marco más amplio encontrarán en E. Hobsbawm, *The Age of Revolution* (1962) y Asa Briggs, *The Age of Improvement* (1959) los materiales para un marco de referencia europeo y británico; mientras que E. Hakvy, *England in 1813* (1924) sigue siendo el estudio general más destacado de la sociedad británica de principios del siglo XIX.

836

Intentar una bibliografía completa en un libro que abarca un período tan extenso y tantos temas debe parecer pretencioso o incompleto. En cada sección del libro me he esforzado por indicar en mis notas a pie de página las autoridades secundarias más relevantes; y espero haber dado suficiente indicación de mis principales fuentes primarias en el mismo lugar. Por lo tanto, debo pedir indulgencia al lector, y dejarle con el envoi de un tejedor de seda de Spitalfields [de Samuel Sholl's *Historical Account of the Silk Manufacture* (1811)] a modo de disculpa:

Mi telar está completamente fuera de escuadra,
 Mis rollos ahora están carcomidos por gusanos;

Nota bibliográfica

Mis pinzas y pisones están rotos,
Mis batones, no dan un golpe;
Mi pony está cubierto de polvo,
Mis tijeras y mis recogedores están carcomidos por el óxido;
Mi caña y mi arnés están gastados,
Mi rueda no hace girar ni una pluma;
Mi lanzadera está rota, mi vaso se ha corrido,
Mi gota se ha disparado: imi caña está acabada!*

*My loom's entirely out of square,
My rolls now worm-eaten are;
My clamps and treadles they are broke,
My battons, they won't strike a stroke;
My porry's covered with the dust,
My shears and pickers eat with rust;
My reed and harness are worn out,
My wheel won't turn a quill about;
My shuttle's broke, my glass is run,
My droplee's shot—my cane is done!

AGRADECIMIENTOS

SE AGRADECE a las autoridades y bibliotecas que me han permitido citar fuentes manuscritas. El material inédito protegido por derechos de autor de la Corona que se encuentra en el Public Record Office se ha reproducido con permiso del Controller of

H.M. Stationery Office. El material de los Wentworth. Wood house Muniments (Fitzwilliam Papers) ha sido reproducido con permiso de Earl Fitzwilliam y Earl Fitzwilliam's Went worth Estates Company, por cortesía de Sheffield City Librarian. También debo expresar mi agradecimiento al conservador de manuscritos del Museo Británico (Place Collection); a la Corporación de Nottingham (Framework-knitters Papers); a las bibliotecas públicas de Nottingham; al bibliotecario municipal de Leeds; y al capitán J. B. E. Radcliffe, M.C. (Radcliffe Papers). También quiero dar las gracias a los bibliotecarios y al personal de todas estas instituciones por su ayuda, así como a los bibliotecarios y al personal de la John Rylands Library de Manchester, la Manchester Central Reference Library, la Norwich Central Reference Library, la Brotherton Library (Universidad de Leeds), las bibliotecas públicas de Bradford, Halifax y Wakefield, y el Tolson Memorial Museum de Huddersfield. El "billete" ludita reproducido en p. 187 es Crown copyright, y se reproduce con permiso del Controller of H.M. Stationery Office.

También estoy en deuda con las siguientes casas por autorizarme a citar pasajes de obras protegidas por derechos de autor: George Allen & Unwin Ltd. (*The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* de M. Weber, 1930); Cambridge University Press (*Economic History of Modern Britain* de Sir John Clapham, 1929, Volumen I, y *The History and Social Influence of the Potato* de R. N. Salaman, 1949); Clarendon Press, Oxford (*Wilkes and Liberty* de G. Rudty 1962); Longmans, Green & Co. Ltd. (*The Town Labourer*, 1917, y *The Skilled Labourer*, 1919, ambos de J. L. y B. Hammond); Manchester University Press (*Primitive Rebels* de E. Hobsbawm, 1959); y Oxford University Press (*The Industrial Revolution* de T. S. Ashton, 1948). El texto de la versión autorizada de la Biblia es propiedad de la Corona y los extractos aquí utilizados se reproducen con autorización.

INDEX

- Addy, Richard (Grange Moor rioter), 207-8
Age of Reason, 52, 96-8, 148-9, 184, 498, 604, 769
 Anti-Corn-Law League, 342, 727, 762
 Antinomianism, 30, 36, 371, 391, 399, 802
 Apprenticeship, 239-40, 252-4, 257-9, 273-6, 281-2, 332-3, 336, 339n, 341, 404-5, 504, 506, 517-8, 526-9, 544-5, *See also* Statute of Artificers
 Arbitration (wages), 202, 278, 299-302, 518n, 541-2, 544-6, 566
 Aris, Governor, 174, 453
 Arkwright, Richard, 192, 360
 Artisans, 24, 153-7, 181, 230-1, 234-64, 309-10, 321, 330, 425-7, 505-6, 528, 544-8, 6to, 648, 770, 811-14
 and “dishonourable” conditions, 251-61
 and Owenism, 262, 789-92, 798
 Ashley, John (London shoemaker), 156, 173, 180n
 Ashton, T. S., 195, 208-10, 242-3, 250, 320, 340
 Ashton, William (Barnsley weaver), 294-5
 Ashton-under-Lyne, 303, 387, 415, 474
 Attwood, Thomas, 564, 815, 827
- Bacon, Thomas (of Pentridge), 653-6, 664, 669
 Bagguley, John (of Manchester), 643-4, 671, 700
 Baines, Edward (editor, *Leeds Mercury*), 301, 476, 654, 6550, 809-10, 817-20, 823-4
 Baines, John (Halifax hatter), 572-3, 578, 58 m, 589-90
 Bakery workers, 235, 328
 Ballads (and ballad-singers), 58-9, 7m, 133, 264-5, 292-3, 299, 306, 308, 310, 329, 404, 439-40, 4560, 462, 534, 555, 559, 563, 606, 712, 717
 Bamford, Samuel, 34, 46, 74, 116, 276, 294, 317, 354, 394, 405-9, 415-16, 607, 616, 620, 622, 62411, 629, 637-8, 642-3, 645-7, 651-4, 6550, 671, 680, 682, 687-8, 691-2, 710, 714, 736, 754
 Baptist Churches, 26, 28-32, 35, 73, 118, 380, 802
 Barbers, 156, 263, 465
 Barnsley, 487, 491, 508, 578, 648, 707-8, 791, 799
 Basket-makers, 510
 Bath, 60gn, 740
 Baxter, John (London silversmith), 86-8, 122, 138-9, 156, .174
 Baxter, Richard, 358, 362, 408, 667, 738
 Beggars, 264-5, 322
 Belper, 536, 668
 Benefit Societies, 166, 181, 241, 2440, 290, 415, 418-23, 487, 500n, 504-5, 5 ,3-14, 537, 651, 681, 1780

INDEX

- Benbow, William, 642, 650-1, 657, 722, 726, 812, 81411, 820, 828
- Bent (informer "B."), 493, 590-t, 593-4, 596-7, 599, 681
- Bentham, Jeremy, 82, 468, 612, 738, 766, 769-70, *See also* Utilitarianism
- Bewick, Thomas, 180-1, 219
- Bible Christians, 352, 381, 388, 396, 801
- Bingley, 474-5, 734
- Binns, Benjamin, 166, 169
- Binns, John, 117, 139-40, 143, 145, 148, 153-4, 163, 165-6, 169-71, 174, 180Birmingham, 44n, 48, 53, 239, 252, 259, 262, 313, 330, 433, 455, 471, 474, 481, 609n, 61», 632, 649, 679, 789, 791-2, 799, 815
- Political Union, 813, 815, 826-7
- Blackburn, 4411, 67, 2760, 415, 417
- Blacklegs, 255, 515, 553
- Blake, William, 15, 21, 41, 50-2, 57, a, 97, 116, 119, 162-3, 175, 374, 383, 446, 832
- Blanketeers, 279, 641, 646, 649
- Bolton, 440, 47-8, 275, 279, 288-9, 296-7, 321, 378, 404, 415, 417, 436-8, 487, 490-1, 568, 570, 594, 609n, 610, 816
- Bonaparte, Napoleon, 169, 184, 384, 452-7, 483, 653
- Bone, John (Holborn book-seller), 138, 156, 166, 174,456
- Bookbinders, 156, 238, 6460
- Boot-and-Shoemakers, *see* Shoemakers Booth, John (Yorkshire Luddite), 562, 571, 586-7
- Bourne, Hugh, 396-7, 41 in
- Bown, George (of Leicester), 137n, 180 Bradford (Wilts), 525
- Bradford (Yorks), 46, 131, 281-4, 286-8, 291, 2960, 303, 321, 336, 351, 381, 422n, 425-6, 548, 609n, 745
- Brandreth, Jeremiah, 472, 5820, 592, 625, 654, 656-61, 663-9
- Brass-founders, 239, 245, 2460
- Bray, John Francis, 53, 767, 828
- Bricklayers, 238, 240, 244, 320, 433, 502, 527, 566
- Brickmakers, 312, 316
- Bristol, 39, 44n, 48, 61, 380, 384, 387, 431, 474, 609n, 610-11, 622, *See also* Riots—Bristol
- Brontë, Charlotte, 561, 563, 583, 585
- Brothers, Richard, 117-19, 382-3, 389
- Brougham, Henry, 202, 344, 564, 580, 604, 613, 617, 709, 726, 733, 744, 809-10, 819-20, 823
- Browne, M. C., (of Sheffield), 125, 132, 150
- Brunt, John (Cato Street Conspirator), 704, 716
- Building Workers, 193, 205, 234, 242, 244, 251, 258, 264, 3 to, 313, 319-20, 433-5, 439, 506, 511, 611, 796, 804, 827-30
- Bunting, Rev, Jabez, 351-5, 363-4, 364n, 374, 375n, 378, 392, 394-7, 400, 416, 586-7, 739
- Bunyan, John, 31-5, 37, 40, 52, 194, 408, 471, *See also* *Pilgrims Progress*
- Burdett, Sir Francis, 77, 82, 174-5, 180, 441, 453, 458-9, 461-9, 471, 480, 485-6, 519, 540, 546, 578, 580, 612-13, 623, 629, 636-7, 655, 684, 689, 693, 696, 700
- Burke, Edmund, 56, 72, 83, 89-90, 92-3, 100, 105, 137, 158
- Burnley, 279, 692-3
- Burslem, 440, 679
- Bury, 2J9, 500

INDEX

Byron, Lord George Gordon, 218, 469, 537, 546, 575, 766

Cabinet-makers, 155, 235, 246a, 251-2, 258, 425, 527, 6460

Caistor, 112-13, 401

Calder Valley, 65, 289, 308, 346-7

Calico-printers (and pattern-drawers), 237, 240, 247, 261, 501, 506, 508

Callant (Bolton Martyr), 4820 Caine, 6ogn

Calvinism, 27, 29, 34-5, 3719, 51, 350, 363, 3630, 364, 369

Canterbury, 800

Card-setters, 247, 249, 335, 416, 586

Carlile, Richard, 82, 179, 191, 415, 428, 604, 625, 628-9, 684, 69411, 696-7, 700, 711, 720-9, 730-1, 734, 741-2, 744, 755-6, 762-9

Carlisle, 542, 706

Carpenter, William, 812

Carpenters and Joiners, 155, 200, 235, 237-8, 244, 2460, 251, 258, 263, 313, 320, 420, 425, 502, 508, 527, 566, 588, 6460

Carters, 235, 264, 313

Cartwright, Major John, 62, 82-8, 94, 110, 461, 46611, 468, 578, 580, 624, 770, 783, 811
and Luddism, 608-10

and post-War Radicalism, 608-10, 616, 618-19, 631, 636-8, 641, 651, 655, 675, 684, 689, 693

Cartwright, William (of Rawfblds), 560-3, 565, 571, 583

Cashman (of Spa Fields), 606-7, 669

Castle, John (informer), 489, 492-4, 627, 632-5

Castlereagh, Lord, 440, 566, 659, 671-3, 70m, 703, 721, 731

Cato Street Conspiracy, 483, 485, 494, 671, 673, 695, 700-9

Chadwick, Edwin, 265-8, 344, 365, 739

Chain-makers, 240, 260

Chartism, 8411, 160, t8o, 183, 209, 229-30, 24m, 283, 290, 294-5, 302, 398-400, 429, 441-2, 728-9, 734, 763, 823, 826, 828, 830

Chatham, 480-1, 799

Cheltenham, 733-4, 763

Chesterfield, 6ogn, 714, 7gg

Child Labour, 243-4, 248-g, 258, 282,291, 306-g, 323, 3250, 327-9, 331-49, 354, 76o, 762

“Church and King”, *see* Riots

Church of England, 37, 52, 54, 68-9, 222, 233, 346-8, 350-1, 3750, 430, 757, 761, 763

Claphan, Sir John, tgs, 207-8, 2ton, 213-16, 235, 248, 258, 260, 303, 311

Cleary, Thomas, 618, 671

Cleave, John, 727, 732, 768

Cloth-dressers, *see* Croppers

Clowes, William, 396-7

Coach-makers, 235-7, 258

Coal-heavers, 77, 169

Coal-whippers, 244, 313, 317, 438

Cobbett, William, 360, 41, 46, 76, 82, 94, 206, 220-5, 227-31, 234, 242, 272, 284, 295, 315, 317, 323, 388, 390, 394-5, 405, 417, 424, 440, 441n, 452-71, 486, 5480, 600, 603-4, 608,

INDEX

- 612-3, 616-18, 620-2, 625-8, 636-40, 644, 648-51, 659, 663-4, 670-1, 674, 678, 693,
699-700, 709, 718, 720, 724, 727-9, 734, 740-1, 744-63, 772, 776, 782-3, 817, 824,
- Cochrane, Lord, 77, 127-8, 464, 468-9, 479, 612, 623, 638-9, 655
- Coleridge, Samuel Taylor, too, 157, 164-5, 1T6., 343, 510, 722n, 747, 832
- Colliers, *see Miners*
- Colquhoun, Patrick, 55-7
- Combination Acts, 159n, 181, 198, 238-g, 245-6, 256, 282, 500-16, 526, 545-6, 601
Repeal, 263, 425-6, 4g6, 515-21, 775
- Committees of Secrecy, House of Commons (1794), 18, 136-7; (1799), 167, 172; (1801), 475, 485;
(1812), 485, 600; (1817), 485-6, 497, 614, 636-9; House of Lords (1817), 639
- Comstive, William (Grange Moor rioter), 707-8
- Constitutional Society, *see Society for Constitutional Information*
- Cooper, Thomas (of Bolton), 27, 111, 178, 180, 344
- Cooper, Thomas (Chartist), 31, 375n, 378, 390, 551, 736
- Cordwainers, 155, 426, 611
- Corn Laws, 229, 315, 545, 603, 823
- Cornwall, 63, 66
- Corresponding Societies (Provincial): Birmingham, 1050, 115, 121, 126, 142, 148
Bradford, 131
Bristol, 130-1, ,33n
Chatham, 142, 147-8, 168
Coventry, 122
Derby, 20, 119, 122, 164, 171
Gillingham, 147
Gravesend, 147
Halifax, 130-1
Hertford, 122
Leeds, 121, 126, 142, 177
Leicester, 114, 120, 131, 180
Lowestoft, 142
Lynn, 142, 164
Maidstone, 142, 147, 169
Manchester, 20, in, 114, 120, 122, 1690
Newcastle, 130, 181
Norwich, in, 119-20, 122, 126, 132, 133n, 136-7, ,42, M8, 153, 165-6, 178-9, 451n
Nottingham, 119, 122, 133, 142, 165, 171, 184-5
Portsmouth, 142, 147, 168
Rochdale, 170
Rochester, 142, 147-8
Royton, 116, 130, 170
Sheffield, 20, 102-4, 108, 111, 119-20, 122, 125-6, 131-2, 1330, 136, 142, 149-53, 157, 178
Stockport, 122, 164
Tewkesbury, 122
Wisbech, 142, 164
Yarmouth, 142, 148, 164
For London, *see London Corresponding Society*

INDEX

- Corresponding Societies (Scottish), 122, 24-9, 132
Costermongers, *see* Street-sellers
Cotton-mills, 185, 189-91, 199-202, 223, 275, 291, 306-11, 323-6, 328, 332, 334-7, 413, 433, 548, 644-5
Cotton-spinners, 192-3, 199-202, 206-7, 212n, 237, 242-4, 279, 327-9, 359, 361, 431, 501, 506, 521n, 527, 566, 588, 644-6, 681, 659, 773-4, 795-6
Courtenay, Sir William, *see* J, N, Tom Coventry, 205, 260, 452
Crabbe, George, 266-7, 332, 334
Crime (and criminals), 55-6, 59-61, 710, 264-6, 436-7, 462, 488, 813-14
Crimping-houses, 81, 470
Croppers, 103, 185, 247-8, 281, 501-3, 506, 522-30, 544-8, 550-1, 688, *See also* Luddism (Yorkshire) Crossfield, Dr, R, T., 171
Cruikshank, George, 440, 677, 688, 709, 722-3, 736-7
Curriers, 237-8
Cutlery-workers, 108, 150-2, 239-40, 259, 328, 508, 515, 52m, 545
- Davenport, Allen, 254, 508, 614, 798
Davison, Richard, 131-2
Davison, Thomas (Editor of *Medusa*), 676, 702, 722
Debtors, 121, 489, 631-2, 6320
Deference (or absence of), 184-5, 202-3, 605-7, 672, 677, 681-2
Deism (and free-thought), 27, 53-4, 96-8, 141, 148-9, 166, 179, 401, 412, 414, 427-8, 648, 702, 704, 724-7, 730, 741-3, 766-8, 799, *See also* Richard Carlile.
Derby, 74, 330, 472, 535-6, 609, 665-6, 799, 814
Despard, Colonel Edmund, 169, 172-5, 395, 395n, 453-4, 456, 468, 472, 478-84, 48411, 493-4, 499, 582n, 598, 598n, 652, 668n, 702-3
Devonshire, 27-8, 63-4, 383, 396, 729
Dewsbury, 337, 339, 474
Dickens, Charles, 266, 334, 341
Diet, 201, 209, 211, 217, 264, 267, 286, 289-91, 304-5, 314-18, 326, 406, 417, 432, 795
Discipline, 211, 247, 267, 274, 291, 305-7, 335, 339, 355-62, 365, 367-70, 372, 375, 401-3, 408-12, 432-4, 780-1
Dissenters, 20, 26-54, 69, 71-4, 105, 345-6, 350-1, 363, 391, 430, 672-3, 738
Dockers (and waterside workers), 133, 148, 244, 250, 264, 312, 433-4, 439, 480; 611
Doherty, John, 3370, 340, 340, 431, 442, 496, 520-1, 718, 728, 761, 774, 795-7, 816, 820, 828
Domestic Servants, 211, 234, 311
Dorset, 27-8, 226, 398
Drilling, 172, 495, 569, 647, 679-82, 685-6, 692
Dundas, Henry, 10411, 108, 128-9, 135
Dyers, 155, 239, 523, 6460
- Eadon, John (Barnsley Luddite), 579
East Anglia, 27-8, 148, 164, 225-6, 228n

INDEX

- Eaton, Daniellsaac, 97, 109n, 124, 129, 142, 180, 604-5
Edinburgh, 125, 127, 132, 135
Edmonds, George (Birmingham schoolmaster), 677, 684, 700, 811, 827-8
Edwards, George (informer), 489, 627, 70n, 702-3
Eldon, Lord Chancellor, 659, 671, 684, 721-2, 726
Elliott, Ebenezer ("Corn Law Rhymer"), 182, 304, 315
Ely Riots, *su* Riots
Emigration (to America), 132, 180, 246, 286, 431, 652, 654, 753, 758, 801-2
Enclosures, 150, 214, 216-19, 221, 225,
Engels, Frederic, 191-2, 270, 336, 359, 360n, 428, 443
Engineers, 193, 235, 245-7, 259, 309, 313, 301, 511, 6460
Erskine, Thomas, 85, 88n, 135-6
Essex, 216, 229, 235
Evangelicalism, 56-7, 374, 376, 400, 411-12, 427, 739-40
Evans, Thomas (Spencean), 156, 161-2, 166, 171, 174, 614-15, 671, 775, 805-6
- Factory System, 189-91, 194, 198, 200-2, 247-8, 281, 336, 344, 359-62, 412-13, 528, 547-8
Fairs, 57, 235, 403-6, 408-9, 411n, 693n
Family Economy, 306-8, 323, 328, 330, 332-4, 338-40, 380, 413, 416
Fellowes, Henry (of Maidstone), 169
Fielden, John, 192, 288, 299-301, 303, 309, 336, 338, 345, 520, 760-1, 828
Fines, 243, 252, 419, 515, 540, 551
Fitzwilliam, Earl, 474, 476, 478, 490n, 491, 501-3, 525, 579-80, 656, 670,
Fletcher, Colonel (of Bolton), 490, 510, 541, 568, 570, 579, 678
Flower, Benjamin, 151, 179, 476, 726
Forestalling (and Regrating), 64, 66-8
Folley Hall Rising, 661-2, 667-8
Fox, Charles James, 72, 123, 129, 145, 147, 165, 178, 451-2, 456, 459-61, 653, 700
Framework-knitters, 81, 185, 206, 235, 238, 269, 341, 389, 496, 499, 506, 508-9, 513, 515, 517,
530-41, 545-7.549, 551, 610, 660, 681, 716m *See also* Hampden Clubs, Luddism
Freemasonry, 168n, 170, 421-2, 510
French Revolution, 24, 50, 56-7, 72, 78, 89, too, 105-7, 115, 156-9, 170-3, 178, 196-7, 219, 222,
430, 807-8
Frend, William, 27, 145, 179
Friendly Societies, *see* Benefit Societies
Friends of the People, 86, 106
Frome, 36, 525
Frost, John (Jacobin attorney), 110-11, 114, 129, 180, 453
Frost, John (Newport Chartist), 180n, 820
Fustian-cutters, 247, 260-1, 501, 566
- Gales, Joseph (editor of *Sheffield Register*), 132, 137n, 151-2, 180

INDEX

- Galloway, Alexander, 156, 161, 174, 179, 245-6, 517, 612, 717
Game Laws (and Poaching), 222, 225, 411, 488n, 601
Gaskell, Dr, Peter, 190, 192, 270, 276,
Gast, John, 426, 508, 521, 744, 769, 773-8, 812
Gerrald, Joseph, 88n, 121-30, 148, .154,
Glasgow, 535, 541-2, 659, 662, 706
Glasites (or Sandemanians), 36, 51
Glass-workers, 328, 419, 611
Glorious Revolution (*1688*), 23, 27, 31, 71, 78, 80, 86, 105, 110
Gloucester, 65, 67, 226, 609n
Gloucestershire, 27-8, 269, 526
Godwin, William, 51, 98, 111, 162, 175, ,79, 722, 784
Gordon Riots, see Riots
Gott, Benjamin, 281, 502-3, 506, 523, 526
Grange Moor Rising, 707-8
Grey, Earl, 808-9, 811, 817
Groves, "Citizen" (informer), 133-5, 153, 156, 489, 494
Gurney, Bartlett, 165, 179
- Habeas Corpus, 79-80, 127, 132, 140, 145-7, 451, 474-5, 639, 651, 663, 700
Halevy, Elie, 35, 42, 45.351
Halifax, 45, 64-5, 272- 3, 281, 288, 296n, 331, 334, 336, 352, 354, 475- 562, 572, 578, 586-7, 589-90, 602, 609, 692-3, 791-3
Hammonds, J, L, & B., 195-7, 207-8, 210, 213, 220, 226, 290, 320, 332, 336-7.490, 575-6, 578, 582, 591-4,650
Hampden Clubs (and Political Unions, (*1816-20*), 84, 191, 467, 574, 602, 613, 616-17, 620, 624, 631, 650-71, 673-4, 717-18
 Barnsley, 653
 Bath, 636
 Birmingham, 619, 641, 651, 653, 682
 Blackburn, 679, 717-18
 Bolton, 618, 64m, 642
 Bristol, 619, 636
 Coseley, 690
 Derby, 619, 641, 651
 Huddersfield, 653
 Hull, 674-5
 Leeds, 653, 682
 Lees, 647, 681
 Leicester, 619, 636, 641-2, 651
 Manchester, 619, 63411, 641, 644-7, 651-2, 698n, *See also* Peterloo
 Middleton, 619, 637, 647, 710
 Newcastle, 674, 681, 690-2
 Norwich, 61gn
 Nottingham, 641, 651

INDEX

- Oldham, 642, 647, 679
Potteries, 619, 717
Rochdale, 642, 647, 674, 682, 717
Saddleworth, 647, 681
Sheffield, 641, 653
Stockport, 642, 647, 674, 682, 717
Wakefield, 653
- Hampshire, 27-8, 226, 317
Hanson, Colonel Joseph, 278, 542, 5580
Hardy, Thomas, 17-20, 50-1, 76-7, 102, 111, 121-3, 125-6, 132-7, 151, 157, 179, 183, 262, 419, 440
Harrison, Rev, Joseph, 378, 647, 700
Hatters, 156, 238, 425, 588
Hazlitt, William, 41, 51, 369, 627-8, 675, 722n, 736, 738, 746-8, 754, 783-5
Health, 283, 286, 290, 302n, 319, 322-31
Heckmondwike, 39, 112, 648, *See also* Spen Valley
Henson, Gravener, 496-7, 507, 509, 518-21, 533-41, 545, 574-5, 671, 774
Heptonstall, 35, 289-91
Hetherington, Henry, 72on, 722, 727-9, 734, 742, 768, 806, 811-12
Hibbert, Julian, 812, 81411, 829
Hobhouse, John Cam, 469, 612-13, 685, 689, 693, 709
Hobsbawn, Eric, 53, 208-9, 248, 389, 397
Hodgskin, Thomas, 521, 744, 767, 777n, 784, 807, 828-9
Hodgson, Richard (London hatter), 133-4, 156, 173-4
Holcroft, Thomas, 96, 111, 116
Holland, Dr, G, C., 320-1, 325-6, 328, 330-1, 421
Holmfirth, 661, 668
Hone, William, 4080, 440, 604, 613, 640, 671, 677, 688-9, 709, 720-3, 742, 747, 755
Horsfall, William, 560, 563, 570-2, 580-1
Houses of Call, 241, 255-6, 504
Huddersfield, 29, 440, 131, 281, 284, 288-9, 303, 474, 5", 557-8, 562, 586, 609-10, 706-8, 745, 791-2. *See also* Folley
Hall Rising Hume, Joseph, 516-21, 540, 546, 613
Hunt, Henry ("Orator"), 229-30, 466-8, 482, 486, 603-4, 610, 613, 616, 622-5, 628-37, 651, 655, 666, 671, 675-8, 700, 740, 775, 8II
Hunt, John, 675, 724
Hunt, Leigh, 41, 373-4, 604, 675
- Independent Churches, 26, 28, 39, 51
Ings, James (Cato Street Conspirator), 703-5
Inns, *see* Taverns
Internationalism, 158-9, 183, 828-9
Ipswich, 114, 226, 733-4
Irish (and Ireland), 324, 341, 428, 509-to, 5820, 821-2

INDEX

- and Jacobins, 76, 133, 163, 167-71, 443
 - and Despard, 479-82
 - and Luddism, 442, 510, 578-9, 594, 596-9
 - and post-war Radicalism, 645, 702
 - as immigrant workers, 215, 223, 264, 278, 290, 303, 310, 315, 429-40
 - Iron-workers, 242-3, 309, 509, 648, 656, 660, 690
 - Jacobinism, English, 156-63, 173-4, 182-3, .193, 452-8, 464, 466, 483, 493, 498-500, 590, 615, 701-2, 705. *See also* Corresponding Societies
 - Jewellers (and gold-beaters), 235, 238-9
 - Johnson, Joseph (of Manchester), 629, 643, 671
 - Johnston (Manchester tailor), 700, 715
 - Jones, John Gale, 140-1, 145, 147-8, 156, 165, 180, 469, 615, 695-6, 726, 767, 775, 783
 - Juries, 19, 80, 124, 135-6, 148, 165, 467-8, 468, 584, 671, 720-3
-
- Kay, Dr, John (Kay-Shuttleworth), 265, 267-8, 326, 365, 433
 - Kay, John (of Royton), 618, 643
 - Keighley, 288, 291, 337, 351
 - Kent, 28, 452, 800-1
 - Kilham, Rev, Alexander, 44-6
 - King, Dr, William (of Brighton), 780, 786, 795, 797
 - Knight, John (of Oldham), 593, 596, 609, 618, 642, 651, 671, 700
-
- Labourers, agricultural, 63-4, 198, 207-9, 213-33, 31i, 317, 333, 381, 397-8, 431, 446, 759-60, 800-1
 - urban, 240, 250, 264-5, 3*0, 312-13, 329, 432-5, 443, 588, 6460, 648, 813-14, *See also* Navvies
 - Large, Thomas (Leicester framework- knitter), 238-9, 251, 508, 537-8, "Last labourers1 Revolt", *see* Riots
 - Lawrence, D, H., 3620, 370n, 391, 394, 447
 - Leather-dressers, 239, 425
 - Lee, "Citizen", 141, 180
 - Lee, William (of Sheffield), 477-8
 - Leeds, 44n, 45, 67, 83, 103-4, 223, 266, 272, 274, 286, 288-9, 304, 308, 321, 325, 329, 331, 338, 352, 354, 471, 474-5, 477-8, 481, 502-3, 511-13, 524-5, 590, 60gn, 611, 745, 799, 817-18, 823-6
 - Leicester, 206, 535, 538, 609, 646a, 745, 79,
 - Leisure, 57-9, 211, 230-1, 276, 291, 334, 402-10, 435, 446, *See also* Monday
 - Lemaitre, Paul (London watch-maker), 140n, 464-5
 - Levellers, 22-4, 29-30, 112
 - Lincolnshire, 35, 133, 2t5n, 219, 228, 431
 - Liverpool, 36, 4411, 45-6, 61, 118, 321, 330, 351, 354, 429, 434, 609, 617, 643
 - Literacy, 225, 265, 291, 406-7, 648, 712-7

INDEX

- Locke, 80, 88, 92, 128, 765
- London, 20-1, 316, 324, 330, 404-5, 451-71, 474, 535-8, 791-2, 811-14
and Dissent, 27, 36, 50-3
and "Mob", 20-1, 69-72, 76, 604-7
and Despard, 479-84
and artisans, 236-7, 240-62, 264, 426-7, 505-6, 508, 511
and crime, 57-61, 264-6, 405, 8140
and housing, 320-t
and post-war Radicalism, 193, 604-7, 611-16, 631-3, 652-3, 680, 694-6
and Westminster elections, 462, 464, 467-8, 471
- London—districts:
Bethnal Green, 166, 172, 252, 330, 611, 614, 817
Clerkenwel), 8t Finsbury, 611, 817
Hackney, 43, 125, 131, ,66, 175, 799
Holborn, 81, 161, 169, 254, 79m
Hoxton, 51, 149, 166, 172
Islington, 43, 143, 166, 611
Kennington Common, 473
Lambeth, 611, 614
Minories, 635, 702
Moorfields, 121, 149
Shoreditch, 81, 172
Smithfield, 410, 689, 702
Southwark, 21, 69, 472, 480, 611, 799
Spa Fields, 43, 789, *See also* Riots Spitalfields, 21, 69, 121, 143, 157, 238, 252, 261, 266,
269, 29211, 480, 5,5, 597, 611, 615, 6320, 633-4, 694, 701, 790n, 795n
Tower, 481, 616, 634-5, 660, 702
Westminster, 69, 77, 165, 176n, 180, 458-69, 471, 633, 689, 696, 813
Whitechapel, 72, 813
- London Corresponding Society, 152-7, 197, 464-5, 479.493-4
Formation, 17-21, 25, 152
1792-4, 83, 114, 117-18, 120-3, 129-35, 138, i53, 158
1795-6, 76, 138-45, ,53-8, 160-6
Last Years, 147-9, 166-74, ,77, 482
- Loughborough, 573-4, 609, 6460, 648
- Loveless, George ("Tolpuddle Martyr"), 41, 394
- Lovett, William, 251-2, 262, 264, 409, 412, 414, 727, 741-2, 768, 780, 798, 802, 812, 8140, 820
- Luddism, 62, 193, 352, 3640, 389, 419m 484, 488, 492-8, 5,5, 521, 543, 547-602, 642, 649, 652,
668, 713-,4, 717
Lancashire, 541-2, 553, 565-9, 577-581n, 591-9
Midlands, 494, 496, 534-5, 538-9, 549-50, 553-6, 573-5, 577, 586-9
Yorkshire, 494-6, 529-30, 553, 557-65, 571-3, 577-8, 582-91, 597-8
- Ludlam, Isaac (of Pentridge), 654, 660, 663-4, 667
- Luther (and Lutheranism), 363, 369, 392

INDEX

- Macaulay, Thomas Babington, 823-5
Macclesfield, 4411, 288, 336, 414, 421n, 731
Machine-breaking, 62, 225-8, 279, 515, 552-3, *see also* Luddism
Magistrates, 150-1, 202, 277, 404, 421, 462, 487-8, 490-1, 504, 508, 535-6, 541-2, 544-5, 365, 579-80, 645-6, 658-9, 729, 731-2, *See also* Peterloo
Malthus (and Malthusianism), 265, 267, 323, 344, 621, 742, 762, 769, 773, 776-7, 782
Manchester, 39, 440, 47, 53, 193, 199, 201, 223, 271, 278, 289, 308, 321-2, 326-7, 330, 336, 354, 414-5, 418-19, 429, 436-7, 471, 481, 493, 500, 567, 580-1, 609, 684-5, 816
Mann, James (Leeds cropper), 590, 668, 722, 828-9
Margarot, Maurice, 122, 125-7, 153-4
Marsden, Joshua (Hull sailor), 58, 366-8
Marx, Karl, 189, 195, 199, 203, 313, 359, 306n, 446, 552, 787, 829
Maxwell, John (M.P. for Palisey), 300-1, 520
Mayhew, Henry, 240-1, 249-51, 257, 261-2, 265-6, 316, 413, 437, 440
McCulloch, J. R., 519, 521, 769, 777
Mechanic's Institutes, 253, 743-5, 769, 777-8
Mechanics, *see* Artisans
Mellor, George (Yorkshire Luddite), 560, 571-2, 575, 583, 592, 600, 602
Metal-workers, 212n, 237, 239, 242, 244, 259-60, 312, 815
Methodist Church (and Methodism), 35, 37-48, 50, 53-4, 315, 346-8, 350-400, 402, 740
 and community, 364, 368, 379
 and education, 375-8, 737-9
 and hysteria, 280-2
 and lay preachers, 43, 69, 166, 317, 346, 365, 379, 389, 391, 393-6
Methodist Church—*cent*, and leisure, 57-9, 408-11
 and Luddism, 352, 364, 389-91, 399, 584, 585-7, ,
 and millenarianism, 48-50, 382, 392, 802
 and Radicalism, 149-50, 178, 389-91, 394, 397-400, 673
 and sexuality, 58, 365-6, 369-73
 and theology, 362-7
 and weaver, 276, 294-5, 358-9, 379, 381, 391-4, 398, 400
 and work-discipline, 346, 355-62, 365, 367-70, 372, 375.
 and working-class organization, 42-44, 66, 353, 380, 391, 394, 422, 509, 672-3
Methodist Sects:
 Independent Methodists, 388, 393
 Magic Methodists, 388
 Methodist Unitarian, 738
 New Connexion, 44-6, 352, 378, 394, 396, 398, 738
 Primitive Methodists, 37, 46, 294, 388-90, 396-7, 680
 Qpaker Methodists, 388
 Tent Methodists, 352, 388
 Welsh Jumpers, 388
 See also Bible Christians
Middlesex, 147, 197, 453, 458-9, 462-3, 465
Middleton, 275, 354, 405, 409, 568

INDEX

- Military Forces (and Barracks, &c.), 78, 81, 103, 130, 169, 181, 469-70, 480-4, 562-3, 591, 605, 634
- Mill, James, 155, 468, 612, 669-70, 776
- Millenarian Movements, 48-51, 116-20, 181, 382-9, 391-2, 787, 797-803
- Mill-wrights, 245-6, 263, 396, 405, 506
- Miners, 63, 65, 68, 103, 203, 212n, 235, 242-3, 263, 266, 312, 328, 331-2, 334-5, 358, 396, 419, 429, 511, 527, 568, 588, 648, 681, 690-1, 707, 713, 715, 79b
- Mitchell, Joseph, 643, 650-5, 669, 671, 706, 714, 717
- Monday ("Cobbler's M.", "Saint M."), 282, 306, 357, 403, 407
- Montgomery, James (editor of *Sheffield Iris*), 47, 1371, 354, 378
- Morrison, James, 829, 832
- Moore, Peter (M.P. for Coventry), 518n, 519, 5200
- Moravian Church, 36, 40, 47, 51, 370-1, 422
- More, Hannah, 56-7, 108, 141-2, 351, 400, 417
- Mormonism, 39on, 801-2
- Muir, Thomas, 124-5, 127
- Nadin, Joseph, 278, 488, 568, 579, 607, 629, 646, 685, 688
- Nail-makers, 240, 259-60
- Nantwich, 427, 733
- Napoleonic War, 76, 78, 114-15, 170-1, 180-1, 195-7, 204-5, 218-19, 224, 252-3, 299, 341, 351, 380-2, 451-2, 454-5.470-i, 603
- National Association for the Protection of Labour, 442, 795-7
- National Union of Working Classes and Other, 441, 767-8, 8to-n, 817, 819
- Naval Mutinies (at Spithead and Nore), 148, 167-8, 185, 482
- Navvies, 223, 264, 313, 43315, 438, 6t1
- Nelson, John (Wesleyan preacher), 29, 39-40, 69, 370, 399
- Newcastle-on-Tyne, 36, 39, 44, 352-3, 393, 411-12, 416, 419-27, 609n, 617, 690-1
- Norfolk, 228, 233, 267
- "Norman Yoke", 84, 86-9, 96, 150, 230, 761
- Northamptonshire, 28, 35, 114, 254-5,
- Norwich, 75, 118, 193, 226, 270, 445, 471, *See also* Corresponding Societies
- Nottingham, 36, 44n, 64-5, 74, 184-5, 452-5, 471, 473, 499, 570, 586-7, 609, 656, 799, 814, 816
- Oastler, Richard, 47, 82, 147, 230, 289, 297-8, 302, 336, 342-3, 345-8, 417, 548, 624, 629, 802, 824-5
- Oaths, 170, 471, 474, 477-8, 480, 509-14, 571-81, 595n, 596, 598, 601, 668, 694
- O'Brien, James Bronterre, 443, 727-8, 767-8, 803, 806, 815-16, 821-3, 829
- O'Coigley, Father, 170-2, 174, 438, 468, 479, 582b
- O'Connell, Daniel, 438-9, 442-3
- O'Connor, Arthur, 443, 458
- O'Connor, Feargus, 230-1, 304-5, 398, 443, 623-4, 629, 802

INDEX

- O'Connor, Roger, 440-1
- Ogden, William (Manchester printer), 642, 646, 714
- Oldham, 440, 274-5, 405, 760
- Oliver the Spy (W, J, Richards), 485, 489, 491, 494, 627, 649-71, 708, 782, 828
- Orders in Council, 205, 252, 532, 543, 561, 564-5, 601, 805
- Owen, Robert, 47, 190, 192, 206, 779-90, 79318, 802, 804-7, 810, 832
- Oweiusm, 53, 149, 230, 241, 244, 262, 295, 391, 415, 422, 428, 614, 648, 812-4, 820, 822, 828
and Millenarianism, 787-9, 797-9, 801-3
and Radicalism (1816-20), 781-86,
and co-operative trading, 794-5, 797, 805
- Paine, Thomas, 31, 36-7, 52, 86-103, 108-13, 115, 119-20, 122, 125, 157, 159-62, 169, 179, 184,
230, 391, 498-9, 656, 699, 720, 724, 739, 749, 754-6, 762-4, 770- *See also Age of
Reason, Rights of Man*
- Painters, 236-7, 244
- Palmer, Rev, T, F., 124, 127, 129
- Pattern-makers, 506, 527
- Parker, Richard ("Admiral" of the Nore), 167-8
- Parr, Dr, Samuel, 123, 148
- Paull, James, 460-6
- Peacock, Thomas Love, 206, 733, 798
- Peel, Sir Robert, 336, 341, 355
- Pendrill, Charles, 4820, 4840, 652-3
- Pentridge Rising, 389-90, 394, 485, 493-4, 555, 574, 625, 648, 656, 659-69, 671, 713, 782
- Perceval, Spencer, 566, 570-1
- Peterloo, 47, 279, 299, 3, 5, 353, 455, 579, 622, 624, 629, 644, 670, 679, 681-91, 696-7, 709-10
"Philanthropic Hercules", 279, 644,
- Phillips, Richard (Leicester book- seller), 114, 120
- Pilgrim's Progress*, 31-5, 40, 50, 108, 184, 392
- Pilkington, Robert (Bury weaver), 643
- Pilling, Richard, 294, 7090
- Pitt, William, 18-19, 05-6, 128-9, 132-3, 135-6, 144-7, 54, 178, 185, 197, 402, 451-2, 457, 459,
466, 485, 500
- Place, Francis, 20, 53, 58, 77, 131, 134, 139-43, 45-8, 153-5, 160-1, 163n, 166, 172-3, 79, 193-4,
255-6, 262, 418, 424, 460, 464-9, 482, 486-7, 497, 514-21, 592, 612-14, 624, 628-30,
636, 663, 685, 742, 744, 759-70, 772-3, 776-7, 807-8, 813-14, 816-18
- Plymouth, 440, 410, 729 Poachers, *see* Game Laws Police, 56, 81-2
- Poor Laws, 216-17, 220-3, 248, 266-8, 437, 6320, 760-1, 782, 801
- Poor Law Amendment Bill (*1834*), 82, 223n, 224, 241, 248, 267-8, 290, 302-3, 344-5, 423, 760,
822
- Popular Liberties, 78-88, 175, 466-7, 474-5, 662-3, 670, 672, 689, 691, 699, 710, 830-2
of Meeting, 85, 125, 13 m, 140, 144-8, 158, 161, 474, 616-20, 639, 672-3, 678-82, 720, *See
also* Peterloo
of Petitioning, 79, 85, 617-21, 639

INDEX

- of the Press, 79, 84-5, 97, 151-2, 627-8, 639, 672, 674-8, 699-700,
of Suffrage, 672, 827-8
- Population, 197-8, 221, 224, 232, 275, 290, 321-31
- Porter, 155, 240, 310, 313
- Portsmouth, 147, 473
- Potter, 108, 203, 237, 243, 260, 263, 359, 435, 796-7
- Power-loom (and power-loom weaving), 275, 279-80, 284-5, 290, 295-6, 2960, 303, 305, 307-8,
310, 312-13
- Press, *See* Popular Liberties
- Preston, 321, 415, 425, 431, 476, 609n, 623
- Preston, Thomas, 614-15, 616n, 622, 633-5, 654, 680, 693-5
- Price, Dr, Richard, 27, 35, 41, 105, 114
- Priestley, Dr, Joseph, 26, 74, 78
- Priestley, Joseph (of Heckmondwike), 26-7, 39, 399
- Prince Regent ("Gorg Guelps Juner"), 461, 539, 566-7, 570-1, 588-9, 602, 638, 684, 689, 692, 708-
9, 763, 783-4
- Printers (printing worker , compositor)193, 235, 462, 508, 773
- Prints, 456, 671, 736-7
- Prisons (and Bridewells), 57, 59, 61, 71-2, 75, 121, 128n, 134, 174, 227, 453, 458, 489, 632, 729",
730-1
- Prostitution, 55-6, 7m, 8tn, 414, 493, 73,
- Pudsey, 47, 287-8, 406-8
- Quakers, 26, 30-1, 36, 47, 150
- Queen Caroline, 708-9, 723, 737
- Radcliffe, Sir Joseph, 572, 580
- Radicalism {1816-1832}, 466-71, 603-6, 610, 623-4, 631, 645-9, 670-2, 819-20
and leadership, 611-16, 621, 640, 651, 693-6
and organization, 616-21, 626-7, 638-42, 652, 673-6, 693-4
and press, 718-33
and pageantry, 679-82
and sobriety, 58-9, 679, 691, 740-1
and theatre, 735-6
and popular culture, 711-19, 726-46
- Rawfold, 560-3, 565, 571-2, 580, 583-4, 586-7 ,,
- Reeves, John, 82, 106, 112, 115, 137
- Reform Bill {1832}, 228, 623, 768, 807-27, 832
- Richter, John, 465, 517
- Rights of Man*, 19-23, 36-7, 45, 53, 57, 74, 87-114, 149, 167, 179, 183-4, 197, 431, 454, 466, 498,
500, 603, 755, 766
- Riots (and "mobs"), 62-78, 100, 150, 225, 810, 814-15

INDEX

- Bristol Riots (1831), 62, 74-5, 810, 815
“Church and King”, 19, 27, 73-5, 78, 104-5, 1:2-13, 116, 132-3, 182, 184, 279, 473, 567, 735
“Ely Riots 0816), 62, 74, 225
Food Riots, 62-8, 143, 47213, 567, 570
Gordon Riots (1780), 62, 71-2, 78, 85
“Last Labourers1 Revolt” (1830), 62, 225-8, 233, 811
Spa Fields (1816), 230, 603, 616, 622, 625, 631-6, 638, 654
Theatre Riots, 473, 735-6
See also Luddism, Machine-breaking, Deference
- Ripponden, 112, 346, 693, 79314
Roberson, Rev, Hammond, 561-2, 565, 571, 579, 583-4
Robertson, J. C., 744, 777
Robespierre, Maximilian, 129, 156, 159, ,79, 454- 822
Rochdale, 275, 288, 405, 610, 791
Roman Catholicism, 32, 36n, 71, 73, 170
and Irish, 429-30, 437140, 442-3
Romilly, Sir Samuel, 57, 451, 540, 659
Ronkesley, William (of Sheffield), 477-8
Ropemakers, 239, 251, 426, 427n, 646n
Rotunda, 727, 767-8, 799, 811-13, 816, 829
Rushton, Benjamin (Halifax weaver), 294, 398-40
Russell, Lord John, 818, 820
- Sabbatarianism, 353-4, 402-3, 408-9, 411-12
Saddlers (and harness-makers), 193, 235
Saddleworth, 284, 289, 308, 415, 475
Sadler, Michael, 291, 336-9, 342, 344, 824-5
Sailors (and seamen), 58-9, 164, 167-8, 185, 244, 265-6, 480, 606-7, 634, 690
Sandemanians, *see* Glasites
Sanitation, 289-90, 318, 320-22, 324, 327, 406-7
Sawyers, 239, 425, 527, 6460
Saxton, J. T., (of *Manchester Observer*), 643, 686
Self-education (and reading-groups, etc.), 149-50, 154-5, 291-4, 674-5, 711-19, 727, 732-46, 766-8
Sexual Behaviour, eta, 307, 330, 3730, 402-4, 406-8, 410, 413-14, 419, 742, 788
Sharp, William (engraver), 20, 118, 383
Shearmen, *see* Croppers
Sheffield, 44n, 75, 78, 239, 259, 319-22, 326, 330-1, 351, 354, 409n, 410, 420-1, 473-5, 477-8, 481, 491, 498, 500, 508, 609-: o, 656-7, 693, 791
Shelley, Percy Bysshe, 162, 206, 415, 659, 748, 768n, 820
Sheridan, Richard Brindley, 455-6, 460, 462, 464
Sherwin, T., 640, 672, 676, 715, 722, 783
Shields, North, 103, 352, 426, 515, 690-1

INDEX

- Ship's Caulkers, 239, 426, 4270
Shipwrights, 235, 239, 259, 263, 425-7, 506, 774-5
Shoemakers, 18, 20, 155, 183-4, 193, 200, 228, 234-5, 238-9, 251, 253n, 254-5, 257-8, 260, 316,
425, 427, 462, 501, 508n, 527, 544, 566, 588, 614, b46n, 702n, 705, 790n
Shopkeepers, 464, 467-8, 686
Sidmouth, Lord, 174, 452, 485, 491, 539-40, 546, 575, 580, 629, 649, 653, 655-6, 658-9, 665, 669,
671, 678, 683, 683, 694, 701, 703, 705, 721, 781, 786, 806
Skirving, W., 126-8
Slubbers, 32g, 339
Smith, Adam, 96, 275, 280, 517, 536, 539, 543
Smiths (black- and white-smiths), 235-6, 238, 240, 246n, 425
Society for Constitutional Information, 86, 96, 106, no, 121, 125, 130-2, 137
Society for the Suppression of Vice, 56, 82, 402-3, 470
Somerset, 27-8, 175, 525
Somerville, Alexander, 51, 216, 226
Southcott, Joanna (and Southcottians), 118, 382-9, 399, 513, 767, 787, 799
Southey, Robert, 38, 42, 176, 343, 369, 380, 722-3, 747, 822
Spademen, 264, 310, 313
Speenhamland, 67, 143, 220-1, 223-5, 284, 302, 323, *See also* Poor Laws
Spenn Valley (Yorkshire), 26, 29, 2740, 281, 399, 557, 730
Spence, Thomas, 138-9, 161-3, 175, 229, 497, 613
Spenceans, 161-2, 166, 173, 230, 254, 497, 613-15, 633, 639, 800, 805-6
Spies, 82-3, 163, 172, 485-94, 573, 582-3, 590-1, 593-9, 601, 604, 616, 626-7, 050, 654, 662-3,
674, *See also* Bent, Castle, Edwards, Groves, Oliver
Staffordshire (and Potteries), 254-5, 259, 330, 334, 396, 405, 408, 679
Stamp Duties (on press), 020, 699, 718-19, 720n, 723, 727-9, 768, 812
Statute of Artificers (5 Eliz., c, 4), 245, 253-4, 275, 507, 517-18, 526-8, 542, 544-5
Stevens, William (Nottingham needle-maker), 652, 654-5, 657
Stockingers, *see* Framework-knitters
Stockport, 201, 336, 361, 378-9, 428, 500, 566-7, 593-4, 609n
Stonemasons, 235, 238, 244, 502, 588
Street-sellers, 56, 24m, 264, 329, 437-8, 813
Sub-contracting, 243-4, 258-9, 632
Sunday Schools, 50, 288, 290, 354, 361, 375-9, 400, 713, 715, 739
Sunderland, 44n, 103, 242, 426, 515, 690-1
Swann, Joseph (Macclesfield hatter), 731-2
Swedenborgians, 48-9, 51
- Tailors, 20, 155, 200, 234-5, 23718, 251, 253, 255-8, 263, 310, 328-9, 425, 462, 465, 566, 588,
597, 772-3, 790n Tanners, 235, 425
Taverns, 57-8, 7m, 149, 169, 244, 317, 404, 412, 420, 435, 471, 480, 482-3, 497, 509, 511-12, 514,
538, 614, 616-17, 740-1
Tawney, R. H., 37, 345, 35516, 365, 543
Taxation, 303-5, 317, 470, 603-4, 610, 621-2, 757, 766, *See also* Stamp Duties

INDEX

- Taylor, Dan (Baptist preacher), 35, 37
Taylor, Kev, Robert, 428, 767
Taylor, W, Cooke, 190-2, 423, 428
Ten Hours Movement, 203, 299-300, 305, 325, 336-49, 822-5
Test and Corporation Acts, 27, 52, 85, 105
Tester, John, 511, 514
Tewkesbury, 513, 535-6, 609
Textile Industries:
 Belfast, 269
 Lancashire, 269-71, 274-80, 286, 289-99, 302-10, 508, 566
 Norwich, 270, 286
 West Country, 269, 271, 358, 504-5, 508, 515
 Yorkshire, 269-74, 280-98, 303-10, 508, 527
Thackrah, Dr, Turner, 324, 328-9
Thelwall, John, 18-19, 88n, 22-3, 129, 133, 136, 140-1, 143-5, 148, 152, 156-60, 163-6, 176, 178-9, 182, 185, 189, 343-4, 675, 689, 724, 772
Thistlewood, Arthur, 173, 493, 614-15, 622, 624, 633-5, 654, 671, 680, 689, 693-5, 697-8, 700-6, 709, 775
Thistlewood, Susan, 706
Thompson, William, 206, 415, 767, 779-80, 796-7, 800, 829
Thornhill Lees, 648, 658, 661, 668, 828
Tidd, Richard (Cato Street Conspirator), 716
Tohacco-pipe makers, 239, 7900
Todmorden, 288, 293, 301, 303, 393, 412
"Tolpuddle Martyrs", 226, 229, 257-8, 513, 826
Tom, J, N, ("Sir William Courtenay") 800-1
Tooke, J, Horne, 19, 83, 106, 110-11, 135-7, 157, 165, 180, 451n, 453,
Towle James, 573-5, 587, 592, 600
Trade Unionism, 182, 237-40, 244, 251-9, 262, 274, 281-2, 310, 421, 463, 500-21, 542, 566, 595, 601, 615-16, 644-6
 and ceremonial, 282, 418, 422-3, 425-7, 509-13, 544, 601, 680-1
 general unionism, 209, 257-8, 728, 780, 795-7, 822, 826-30
 and Mechanics Institutes, 743-4 and rural workers, 226, 228-9
 See also Benefit Societies, Combination Acts
Tramping (trade unionists), 241, 282, 504
Transportation, 61, 124-8, 222, 226-7, 294, 478, 513, 573, 705n
Truck System, 203, 244, 518n, 532, 541n, 551
Turner, William, 654, 660, 663-4, 667
Tyas, Joseph (Huddersfield weaver), 707-8
Tyburn, "Tyburn Fair", 38, 59-60, 83, 100, 411, 488
Type-founders, 238-9, 773

Unemployment, 56, 242-3, 248-9, 264-8, 312-13, 776n
Unitarian Churches, Unitarianism, 26-7, 29, 51, 73, 97, 179, 745

INDEX

- United Englishmen, 169, 172, 174, 472-3, 475, 477-9, 482n, 493, 594
United Irishmen, 126, 167-9, 174, 429-30, 440, 473, 479, 482, 493
Upholsterers, 239
Ure, Dr, Andrew, 192, 337n, 344, 359-62, 365, 367
Utilitarianism, 53, 82, 139, 267, 365, 401, 486, 739, 745, 763, 768-71, 773, 775-7, 779, 781, 832
- Volney, Comte de, 98-9, 741-3
Volunteers, 164, 171, 173, 278-9, 455-6
- Wade, John, 257, 416, 508, 663, 676, 769-74, 776
Waithman, Aideman, 468, 612, 783
Wake.Kydd (Gosportbookbinder)1, 175
Wakefield, 131, 47415, 502, 514, 560, 598, 6oqn, 653
Wakefield, Edward Gibbon, 813-14
Wakefield, Gilbert, 175
Wakes, *see* Fairs
Walker, Benjamin (informer), 571, 583
Walker, Thomas (of Manchester), 52-3, 75, 96, 111-13, 120, 124, 129
Wall, Governor, 604
Ward, "Zion", 767, 799-800, 802
Watch and Clock Makers, 155, 235, 239, 253"
Watermen, 419-20, 588
Watson, James (of the Rotunda), 228n, 726-7, 755, 768, 806, 812, 820
Watson, Dr, James (of Spa Fields), 173, 230, 4680, 493, 613-15, 622, 624, 632-5, 651, 654, 662, 671, 680, 689, 693-8, 701, 775
Watson, Dr, (the younger), 613-14, 633-5
Watson, Dr, R, (the Jacobin), 168, 173
Watson, Dr, Richard (Bishop of Llandaff), 52, 175, 402, 745, 763
Watt, James (the younger), 184
Watt, Robert, 132, 135
Weavers (hand-loom), 193, 209, 235, 260-1, 269-313, 316, 320, 328, 340-1, 4050, 418, 425-7, 506, 541, 545-6, 566, 588, 595, 734, 832
 Carpet, 285
 Linen, 269, 431, 508, 707
 Ribbon, 205, 260
 Silk, 69, 143, 155-7, 235, 238, 261, 292n, 279n, 297, 515, 544, 597, 611 -
 See also Spitalfields
 and domestic system, 270-4, 281, 332-3, 275-7, 289, 295
 and literacy, 291-4
 and "putting-out" system, 276-7, 280-1, 287-8
 and Radicalism, 276, 279, 294-5, 307-8, 610-11, 641-3, 646-9
 and wage-cutting, 2760, 277, 284-7, 296-7, 301
Webb, Sidney and Beatrice, 195, 240, 504, 509, 5, 8, 592
Weber, Max, 34, 37, 355-8, 3630, 365

INDEX

- Weddcrburn, Robert (Spencean), 6150, 806
Wedgwood, Josiah, 178, 4090
Weightman, George (of Pentridge), 660, 664, 667
Wellesley, Arthur (Duke of Wellington), 226, 564, 811, 813
Wesley, John, 29, 35, 37-44, 4s, 64, 68, 73, 352, 355, 362-3, 365, 368, 371, 375, 380-1, 408, 412, 738
West Houghton, 286, 303, 568
Westley, John (Arnold stockinger), 554, 586
Westminster Committee, 463-71, 608, 612-16, 633, 636, 680-1, 693
 heeler, Anna, 415, 797, 806
Wheel-wrights, 235-6, 502
Whitbread, Samuel, 451, 486, 580
White, Henry (editor of *Independent Wing*), 604, 624, 675
Wilberforce, William, 56-7, 82, 103-5, 112, 129, 146-7, 265, 374-1, 402, 709, 783-4, 824x1
Wilkes, John, 62, 69-72, 70, 83-5, 174, 83, 197, 458n, 467
Wilks, Mark (of Norwich), 136-7
Wilson, James (Cato Street Conspirator), 716
Wiltshire, 27-8, 114, 2230, 229, 466, 525
Windham, Hon. W., 59, 165, 403, 452, 455
Wire-workers, 239
Wisbech, 66, 118
Wollstonecraft, Mary, 79, 94, 162, 179, 726
Wolseley, Sir Charles, 682-4, 700
Wolstenholme, J. (of Sheffield), 656,
Wolverhampton, 259-60, 655
Women (in industry), 198, 201-3, 221, 225, 234, 248, 258, 265, 283, 286-8, 308-9, 312, 328-9, 414-15
Women's Rights, 79, 94, 162-3, 179, 414-17, 421, 680, 717-18, 730-1, 771, 797, 806
Wood, Alderman, 468, 709
Woolcombers, 248, 260-1, 282-3, 291, 328, 421, 425-6, 506, 798
Wooler, T. J., 604, 625-6, 640, 655, 662, 671, 674-5, 682, 688, 693, 696, 700, 720-1, 724, 736, 739.755n, 776, 783, 811
Wool-sorters, 426, 508, 527, 772
Wordsworth, William, 94-5, 100, 157, 164, 175-6, 219, 343, 832
Work-discipline, *see* Discipline, Methodism
Workhouses ("Bastilles"), 223n, 241, 266-8, 302-3, 306, 729, 782
Wright, Susannah, 730-1
Wroe, John (of the *Manchester Observer*), 387, 643, 684, 700
Wyvill, Rev. Christopher, 24-5, 62, 85-6, 110, 146, 150, 178, 183, 197, 609
- Yarwood (Lancashire informer), 5930, 595-6
Yeovil, 225
York, 273, 824
Yorke, Henry "Redhead, 87-8, 131, 136-7, 150, 456.
Yorkshire Trades Union, 511-13, 826
Young, Arthur, 57, 210n, 219, 358



EDWARD PALMER THOMPSON nació en Inglaterra en 1924, sirvió en África e Italia durante la guerra y se licenció en Cambridge. Desde entonces ha trabajado en la educación de adultos y actualmente es profesor titular en el Departamento de Educación Extraescolar de la Universidad de Leeds. Ha publicado un estudio sobre William Morris y editado un volumen de ensayos políticos titulado *Out of Apathy*, En 1957 colaboró en la fundación de la revista *The New Reasoner*, y hasta hace poco era Presidente del Consejo Editorial de *The New Left Review*. En 1962, el Sr. Thompson obtuvo una beca de investigación del Leverhulme Trust, que le ha permitido completar los muchos años de investigación que se han empleado en este libro.

INDICE

ÍNDICE

9 Prefacio

TOMO I

Primera parte: EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

17 I Miembros ilimitados

26 II El cristiano y Lucifer

55 III "Las fortalezas de Satanás

77 IV El inglés nacido libre

102 V Plantar el árbol de la libertad

Segunda parte: LA MALDICIÓN DE ADÁN

189 VI La explotación

213 VII Los trabajadores del campo

234 VIII Artesanos y otros

269 IX Los tejedores

314 X Niveles de vida y experiencias

314 I. Bienes

318 II. Los hogares

322 III. Vida

331 IV. La infancia

350 XI El poder transformador de la cruz

350 I. Maquinaria moral

375 II. El milenarismo de la desesperación

401 XII La comunidad

401 I. Ocio y relaciones personales

418 II. Los rituales de la mutualidad

429 III. Los irlandeses

444 IV. Miríadas de la eternidad

TOMO II

Tercera parte. LA PRESENCIA DE LA CLASE OBRERA

451 XIII El Westminster radical

472 XIV Un ejército de desagraviados

472 I. La lámpara negra

484 II. La sociedad opaca

497 III. Las Leyes contra la Combinación

521 IV. Cultivadores y almacenistas

INDICE

552	V. Los chicos de Sherwood
575	VI. Por orden del gremio
603	XV Demagogos y mártires
603	I. El desafecto
607	II. Problemas de liderazgo
631	III. Clubes Hampden
649	IV. Brandreth y Oliver
669	V. Peterloo
700	VI. La conspiración de Gato Street
711	XVI Conciencia de clase
711	I. La cultura radical
746	II. William Cobbett
762	III. Garlile, Wade y Gast
779	IV. El Owenismo
807	V. "Una especie de máquina"
833	Nota bibliográfica
837	Agradecimientos